HISPANIA

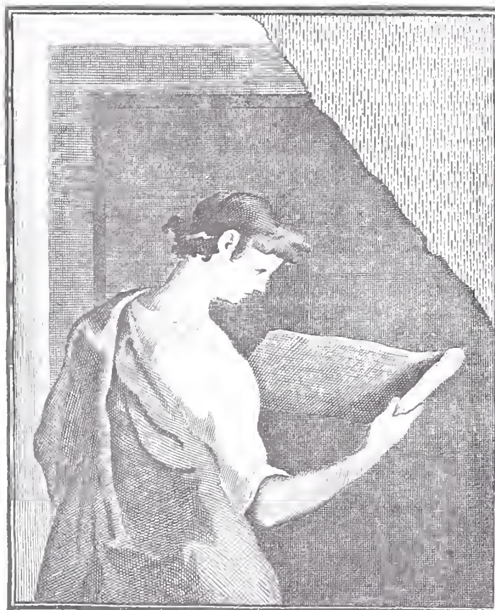
:LITERATURA:
Y
:ARTE:



CRONICAS:
QUINCENALES

HERMENEGILDO:
MIRALLES:

59:
BAILÉN:
BARCELONA:



HISPANIA

LITERATURA Y ARTE.-CRÓNICAS QUINCENALES



Tomo IV.-Año 1902

Tip. de HISPANIA

Hermenegildo Miralles: Calle de Bailén, 59

BARCELONA

ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los trabajos literarios contenidos en este tomo



ÍNDICE

por orden alfabético de autores, de los grabados que contiene este tomo



HISPANIA



HISPANIA

REVISTA QUINCENAL

de Arte, Literatura, Viajes, Curiosidades y Vida contemporánea

Suscripción y venta: HERMENEGILDO MIRALLES: Bailén, 59.-BARCELONA

y en la librería de Don Antonio López, Rambla del Centro, Barcelona

HISPANIA en 1902

Parece, en rigor, inútil que **HISPANIA** diga, antes de pisar los umbrales de 1902, cual va á ser el camino que ha de recorrer en aquel lapso de tiempo.

Y decimos inútil, porque los hechos pasados responden de la conducta futura. **HISPANIA** se propuso ser la Revista más artística — en el alto y noble sentido de la palabra — y detrás dejamos, como un reguero glorioso, nuestra colección que alcanzó en el último Certamen de París el voto de un jurado internacional con medalla de oro, y en España el favor de un púb'ico que no nos ha regateado su apoyo y sus simpatías.

Bastaría, pues, que afirmáramos que **HISPANIA** será en lo porvenir lo que hasta aquí ha sido, pero á tanto nos obligan las muestras de aprobación de nuestros lectores, que no nos parece bastante lo ya conseguido y queremos más todavía: queremos que **HISPANIA** sea en 1902 la Revista por excelencia, la más artística, amena, variada é interesante. Para llegar á este fin, **HISPANIA** ensanchará su horizonte con objeto de que dentro de él tengan cabida todos los aspectos de la vida moderna, todos los modos de ser de la sociedad contemporánea. Cuanto puedan registrar el lápiz y el pincel como medios materiales y artísticos, la pluma como expresión literaria y la fotografía como recurso para fijar la actualidad fugitiva, vendrá á las páginas de **HISPANIA** como á su lugar propio, para formar al terminar el año un anuario completo y expléndidamente presentado.

Esta amplitud de sus medios de acción en 1902, obligará á **HISPANIA**—sin dejar de responder á su título—á dirigir su mirada fuera de nuestras fronteras, á la América española que habla y siente como nosotros, y que, como nosotros también, tendrá en **HISPANIA** algo de su vida, de sus costumbres y de su raza.

Para lograr estos propósitos, que no son en **HISPANIA** sino una forma de la gratitud que debe á la gran masa de lectores que hasta aquí le ha seguido, continua contando con la cooperación de las mejores firmas literarias y artísticas en lo que pudiéramos llamar *alma* de la Revista, y con los procedimientos materiales más selectos en lo que toca al resto. No se nos motejará de alabanza propia si decimos que podrá hacerse *tanto* como nosotros hagamos, pero que no se llegará *una línea más allá* de adonde **HISPANIA** llegue, afirmación que no es una promesa, sino un simple recuerdo de lo que ya llevamos hecho.

HISPANIA, en 1902, constará de **24 páginas**

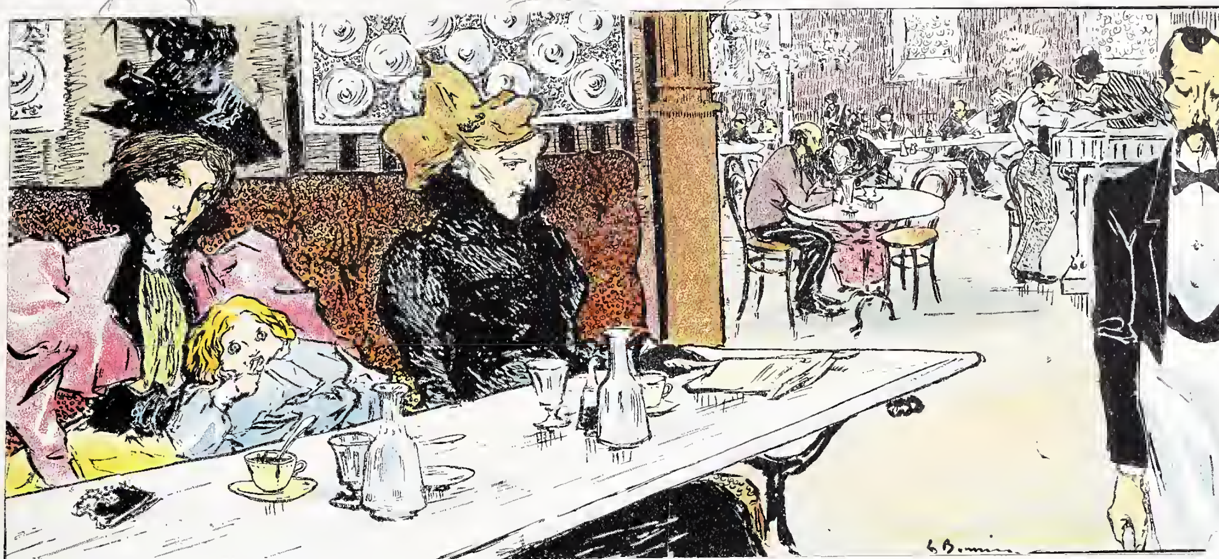
Con el objeto de simplificar nuestra administración y evitar molestias á nuestros suscriptores, conviene que, al suscribirse, abonen el importe de la suscripción anual, que asciende á **quince pesetas.**

Los abonados que hayan satisfecho por anticipado el precio de la suscripción, tendrán derecho á los siguientes

Regalos: Unas elegantes tapas para la encuadernación
24 tarjetas postales, una en cada número

EN EL EXTRANJERO FIJARÁN EL PRECIO NUESTROS CORRESPONSALES

Los corresponsales de la Península é islas adyacentes, al hacer suscripciones anuales, enviarán el importe líquido, deducida su comisión, á esta administración, y de aquí se les mandará un recibo formalizado para cada suscriptor. Se remitirán estrictamente los regalos correspondientes á los recibos que esta administración haya librado.



L. BONNIN.—TRES EDADES

EL SEÑOR AMBROSIO

En breve saldrá para sus posesiones de Tejamar de la Sierra el Señor duque de Bermellón.»

Así decían los diarios de la Corte en su sección de noticias de sociedad, allá por los primeros días del més de Junio de...

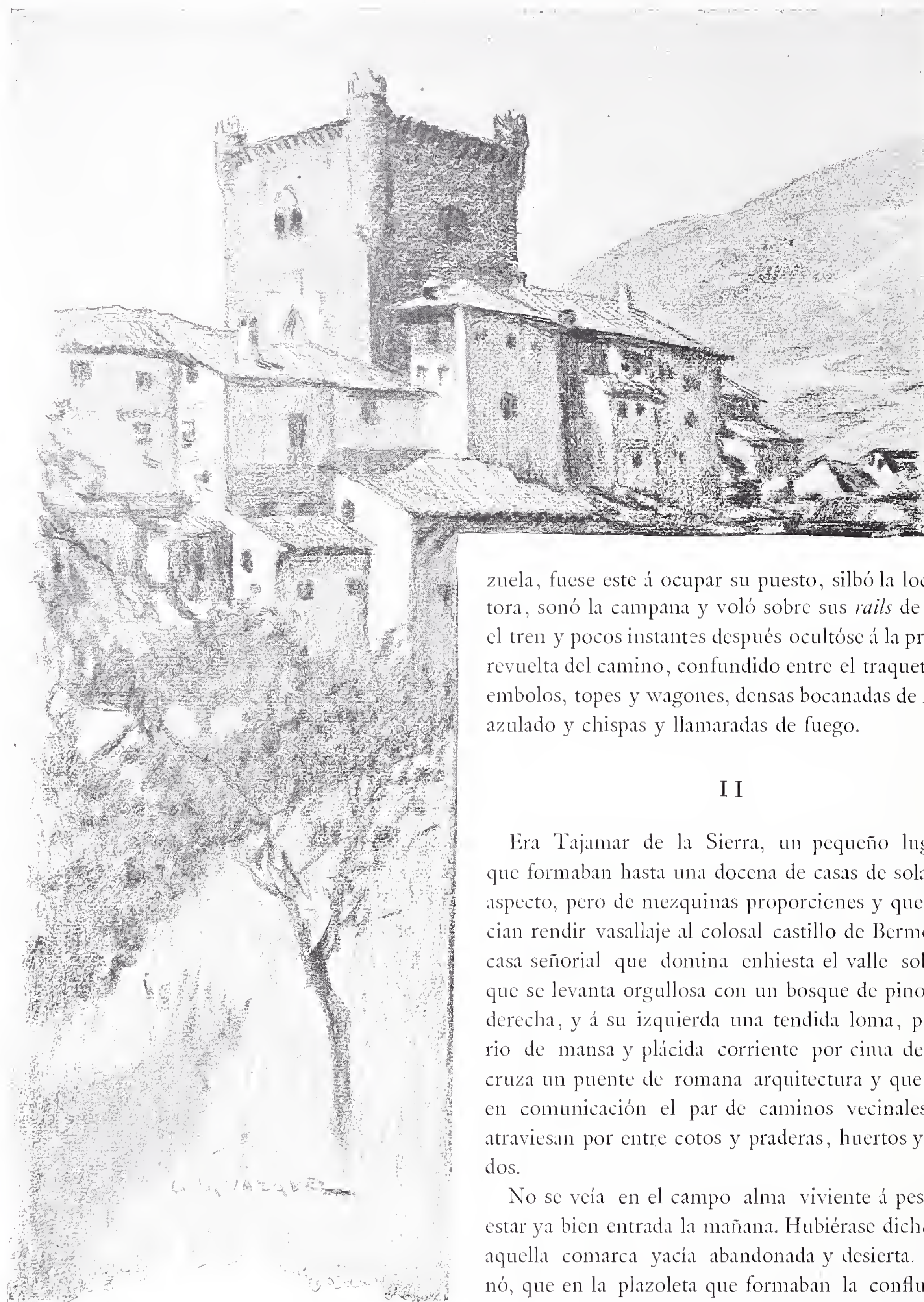
Era el señor Don José Bermejo y Quirós, López-Valdemoros y Gutierrez de la Ensenada, Duque de Bermellón, un joven descendiente de linajuda familia, huérfano, abandonado desde mny niño á su propio instinto, sin mas guía que sus caprichosas inclinaciones, rara vez contrariadas por la humilde advertencia ó cariñosa reconvención de Gaspar, el antiguo servidor de su padre, y que había llegado á ser en la sociedad aristocrática, una de esas figuras obligadas de saraos y cotillones, funciones teatrales, carreras de caballos y juegos de *sport* en que las veleidades de la moda ó el buen tono, reunía lo más florido de nuestra sociedad elegante.

Comentábase mucho la determinación del Duque y se hablaba de negocios fallidos, de pérdidas irreparables, de millones derrochados en el juego ó por satisfacer fútiles caprichos de determinada beldad, toda la larga lista, en fin, de chismes y comidilla que siempre es la eterna historia de la ruina del grande y y el poderoso. Y con este motivo recordábase, por las gentes que le conocieron, la historia de su difunto padre, quien por causas como las que ahora se citaban para explicar la determinación del actual Duque, retirose también á su Castillo de Tajamar de la Sierra, donde merced á su contínuo trabajo y los sabios consejos de su antiguo administrador logró recuperar en parte la cuantiosa fortuna que heredó su hijo y de cuyo malgaste se hablaba á la sazón.

Y algo de cierto debía de haber en estas afirmaciones porque cualquiera que hubiera podido penetrar en casa del Duque á hora descompasada de la noche, hubiese podido observar á Pepe Bermellón, como le llamaban sus íntimos, revisar y guardar cuidadosamente papeles y manuscritos, pasearse inquieto y zozobrante y hacer cuentas y trazar números, tarea á la que no era muy aficionado, ni en honor á la verdad tampoco muy ducho.

No se habían engañado en su afirmación, los diarios, porque á las ocho de una mañana de Junio en que el sol dejaba sentir todos sus rigores, los pocos viajeros que acudían á la estación del Norte pudieron ver á un joven elegante y correctamente vestido á quien acompañaba su ayuda de camara, viejo servidor, de limpio y agradable semblante y el cual precedía al *señor* en su contínuo ir y venir de un lado á otro para mejor disposición y transporte del numeroso bagage, tarea en que estaban ocupados un par de mozos.

A pesar del aire indiferente y frívolo que de ordi-



zuela, fuese este á ocupar su puesto, silbó la locomotora, sonó la campana y voló sobre sus *rails* de acero el tren y pocos instantes después ocultóse á la primera revuelta del camino, confundido entre el traqueteo de embolos, topes y wagones, densas bocanadas de humo azulado y chispas y llamaradas de fuego.

II

Era Tajamar de la Sierra, un pequeño lugarejo que formaban hasta una docena de casas de solariego aspecto, pero de mezquinas proporciones y que parecian rendir vasallaje al colosal castillo de Bermellón, casa señorial que domina enhiesta el valle sobre el que se levanta orgullosa con un bosque de pinos á su derecha, y á su izquierda una tendida loma, por un rio de mansa y plácida corriente por cima del cual cruza un puente de romana arquitectura y que pone en comunicación el par de caminos vecinales que atraviesan por entre cotos y praderas, huertos y viñedos.

No se veía en el campo alma viviente á pesar de estar ya bien entrada la mañana. Hubiérase dicho que aquella comarca yacía abandonada y desierta. Pero, nó, que en la plazoleta que formaban la confluencia de las tres calles en que se agrupaba el reducido caserío, frente al portón de añejo roble, al que sostenían robustos pilares de piedra sillería y que daba entrada al ya deslindado campo del castillo, notábase una desusada animación. Todo el vecindario estaba allí reunido en pequeños y pintorescos grupos por entre los

nario envolvía la figura del Duque, leíase claramente en su rostro una desusada preocupación y aparecía su semblante demacrado y triste.

Ocupó, por fin, el aristócrata su asiento de primera, descubrióse el viejo servidor, llegándose á la porte-

que iba y venía y á los que parecía presidir el señor Ambrosio, rústico montaraz, sexagenario, de afeitado rostro, vestido con su mejor ropa de paño negro, su camisa bordada y su sombrero redondo á la usanza de Castilla, en tanto las ventanas de la casa señorial, cerradas largo tiempo, se veían entornadas y abierta de par en par la puerta cuyos adelantados escalones aparecían recientemente regados.

—Señor Ambrosio, pero es que viene el señorito á instalarse aquí pa siempre?...

—Pa siempre — contestó secamente el aludido.

—Y qué va á hacer aquí?

—Que, qué va á hacer? Pus poner to esto como nuevo y como es menester... ya verás, ya verás y vereis toos los que sus quejais, la noria grande arreglá, y correr el agua á caños por la huerta y el camino reformao y la carretera como la palma de la mano...

—Y usté lo sabe?

—¡Que si lo sé! Pus, pá que me iba á valer haber servío como guarda mayor de toas sus posesiones de Alcalá, al primer Duque de Bermellón, al padre de este, y haber estao á su servicio inmediato másde nuevé años? y además ¿que te crees tú, que no me carteo yo con Gaspar, con el ayuda de cámara del señorito, que lleva más años en la casa que pelos tiene en la cabeza y no se muere allá una mosca sin que el la haiga dao premiso?...



—Pero, es que dicen que viene aquí, porque se ha quedao probe...

—Bah! Calunias, calunias que arman en los Madriles.

—¿A que dices que calunias si sabes que tien razón? — murmuró á la oreja del señor Ambrosio su mujer.

—Cállate, ten prudencia y no me atontes, ni me marees con tus impertinencias, que yo sé muy bien lo que debo hacer. Y si el señorito viene probe, aun tenemos unas miajas de tocino en la despensa y unas onzas de oro en la olla y total... si por él las perdemos con él las hemos ganao, conque.. — y añadió volviéndose á los que le rodeaban—Ya vereis, ya vereis, de que el señorito ponga aquí los pies, tóo esto vuelto patas arriba, como aquel que dice, y correr la gracia de Dios por esos campos á manos llenas y cuidarlo y organizarlo tóo, y cubrirse las mieses y vernos toos enriquecíos...

A esto aparecían por el puente, caballeros en dos caballejos de la tierra, bastos y de pequeña alzada, dos jinetes joven y arrogante el uno, viejo y humilde pero bien montado el otro, y en tanto la gente les aclamaba y saludaba respetuosamente, el señor Ambrosio corria sombrero en mano, disponiéndose á sugetar del diestro el caballo que montaba, y del cual creyó que se apearia el Duque, pero este por el contrario sin detenerse un punto dijo al viejo servidor con seco acento, al penetrar por el porton que daba acceso á la finca: — Cierra, y que no entre nadie.

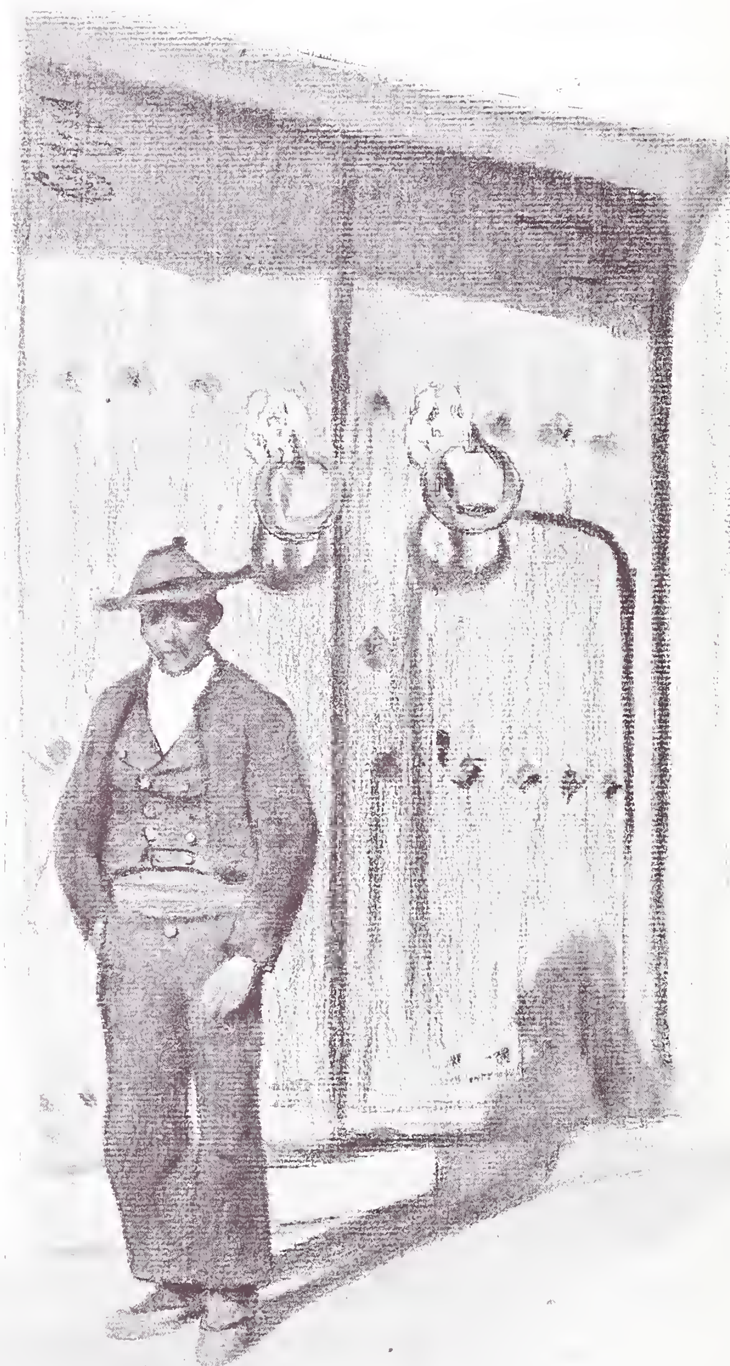
Así lo hizo el señor Ambrosio quedándose á la parte de adentro y encogiéndose de hombros mientras cerraba la puerta, como para dar una satisfacción á los demás, que quedaban fuera ceñudos y malhumorados.

III

Haría ya una media hora que el Duque, repantigado en su antiguo sillón de los que componían el vetusto mobiliario del vestíbulo ó salón del castillo, paseaba distraidamente la mirada, por el magnífico artesonado bajo el cual se cobijaban infinidad de cuadros antiguos y chucherias de cierto gusto moderno, acumuladas mas por frivolidad que por verdadero gusto, colocadas por mano perfectamente agena á cuanto fuese arte y conociendose por la pátina, con que parecía unirles á los muebles y paredes en que se hallabandistribuidos, el transcurso de muchos años sin moverse del lugar que ocupaban.

A esto, sonaron tímidos golpes en la puerta y se oyó la voz del señor Ambrosio que preguntaba desde fuera:

—¿Dá usté su premiso?



Carlos VÁZQUEZ

—Adelante—Contestó el joven volviendo de su abstracción y mirando hacia la entrada.

Penetró entonces el señor Ambrosio, quien dando vueltas al sombrero y tragando saliva, vergonzoso y emocionado, avanzó hasta quedar cerca del Duque y comenzó de esta manera:

—Pus, venía á decir al señor... que como aquí tóo el pueblo piensa, porqué así se lo he hecho yo creer, que el señor viene á... ocuparse de esto y á favorecer á estas probes gentes y...

—Yo vengo aquí á lo que me place ¿lo entiendes? —rugió *el señor* con destemplado tono que molestó al señor Ambrosio, quien no obstante, continuó con el mismo aire de humildad y bajando mas la voz:

—Ya lo sé señor, porque... yo estoy en el secreto, pero, la gente es la gente y hay que darle lo suyo que es lo que se vé dende fuera. Y como yo ya soy perro viejo en esta casa en la que me he criao y gracias á ella he vivío... vamos... que si yo puedo servirle en algo al señor...—Y mientras decía esto último se desliaba de la cintura un repleto bolsillo de seda trenzada á través de cuya ceñida malla se distinguía brillar el oro de las monedas.

Levantóse pálido y descompuesto el Duque y lanzando una furibunda mirada al señor Ambrosio dijo llamando.

—A ver, Gaspar, dad una copa de vino á este hombre y que se vaya.

—Gracias, no bebo de prestado, que tengo vino de mis uvas y cómo el pan de mi trigo — replicó tembloroso el viejo con toda la energía de la nobleza y el amor propio heridos—y ya que se toma por bajeza lo que es cariño y respeto, allá se las compongan, que no he nacío yo pá levantar arrastraos ..

Ya se precipitaba sobre él el Duque al tiempo en que Gaspar interponiéndose, exhortaba medroso á su amo diciéndole:

—Dejadle, por Dios, señor, dejadle.

—¡ Miserable ! — gritó descompuesto el Duque.

Y el señor Ambrosio, ya en el dintel de la puerta se volvía hacia el grupo que formaban Gaspar y el Duque y tendiendo hacia éste la callosa mano, exclamó con suprema dignidad.

—¡ Cuanta miseria y cuanto orgullo ! Así perderás á tu pueblo y te perderás tú — y dando un portazo quedose fuera moviendo tristemente la cabeza y secándose dos gruesos lagrimones con el revés de la mano.

Mientras tanto el Duque que reflexionaba por la primera vez quizá en su vida y á quien no debieron sonar bien las últimas frases del antiguo guarda mayor, ocultaba el rostro entre las manos y decía balbuciente para sí:

—¡ No puede ser ! ¡ sería rebajarme !... ¡ Siempre lo mismo ! ¡ No puede ser !

IV

—¿ Que hay ? ¿ que ha sucedío ?—preguntaba al señor Ambrosio su mujer devorándole con la vista.

—¡ Que, qué hay ! ¿ que quieres que haiga ? que el señorito nos echa de su casa.

—¿ A tí ? ¿ A nosotros ? ¿ Después de guardar la casa treinta años y de estar acallando las murmuraciones de tóo el pueblo ? ¿ no decías que venía á arreglar tóo esto? que iban á correr el agua y la riqueza á caños ? ¿ No decías que lo iba á poner como nuevo ?...

—Sí, sí— replicaba el señor Ambrosio tristemente.

—Pero ¿ qué vamos á hacer ? ¿ que vas á inventar?

—Qué sé yo !... Soy ya muy viejo pa inventar ná... Bien dijo el que dijo : cría cuervos y te sacarán los ojos......

Y cuando los dos viejos tornaban al pueblo mústios, llorosos y cabizbajos, todavía se volvió el señor Ambrosio á hurtadillas de su mujer para dirigir una mirada á la casa señorial, ahogando en lágrimas la pretendida y soñada regeneración.

Fernando Cabello y Lapiedra

Ilustraciones de Carlos Vázquez





JOSÈ LLIMONA LECTURA MATINAL

EL MOTOR SOLAR

¿Qué es un motor solar?

De muchos años á esta parte, preocupa á los ingenieros el problema de utilizar las radiaciones solares directamente, en sustitución del carbón, de la madera ó de cualquier otro combustible. Los ignorantes se burlan de la idea de hacer servir el calor solar para la producción del vapor, y otros no menos ignorantes, que no saben apreciar hasta donde puede llegar lo factible, van por el extremo opuesto y preconizan el empleo en grande escala de este recurso de energía barata.

La producción del poder mecánico por medio de las radiaciones solares directas, es desde hace mucho tiempo un hecho, si bien pocas son las regiones donde este sistema ofrezca notable ventaja sobre los otros. Sin querernos remontar al memorable hecho histórico, del incendio de las naves enemigas de Grecia por Arquímedes, recordemos que Villette construyó un espejo ustorio de 1 m., 25 de diametro que le permitía derretir en pocos segundos un trozo de hierro fundido.

El inglés Parker fabricó, hace algunos años, un lente de 1 metro de diametro aproximadamente, con el cual ponia en licuación á los tres segundos de exposición, un dado de hierro, y en un minuto el mismo objeto de granito.

Antiguamente no permitian los procedimientos técnicos, construir un lente cóncavo de mayores dimensiones; hoy la dificultad ha sido resuelta agrupando sobre un anillo parabólico, multitud de superficies cóncavas poderosas, de manera tal que todos los rayos reflejados por estas superficies elementales viniesen á concentrarse en un hogar común. Sobre este principio se ha establecido el gran reflector solar edificado en California, país donde el sol brilla, por decirlo así, casi sin interrupción. Su construcción ha provocado la admiración de los pueblos y su estructura colosal se percibe de muy lejos. La base mayor de dicho reflector tiene 10 m., 25 de diametro, y la menor mide 4 m., 50. Su superficie interior está guarnecida por 1. 788 lentes pequeños. En el eje de esta figura geométrica, va colocada la caldera, ocupandouna posición análoga á la del mango de un paraguas con relación al mismo, sobre la superficie de cuya caldera se reunen todos los rayos reflejados por el conjunto de los pequeños lentes. La caldera de este modo suspendida en una posición bien definida, tiene 4 m., 10 de longitud, contiene 450 litros de agua, teniendo además una capacidad adicional de 225 litros, reservada al vapor. Todo esto aparece montado sobre un pequeño andamio, suficientemente sólido para resistir el empuje de un viento huracanado.

El reflector debe estar siempre orientado exactamente cara al sol, por lo cual está tan habilmente equilibrado, que á pesar de su peso de algunas toneladas, se mueve con gran facilidad. Descansa sobre un soporte ecuatorial, como el de un gran telescopio, y sigue bajo la impulsión de un movimiento de relojería, el curso del sol. Cuando se quiere poner la caldera en vapor, si se permite usar esta expresión, se la dirige hacia los hogares girando una manivela: un indicador señala cuando se ha obtenido la posición que se requiere. Á los quince minutos, el manometro acusa una presión de vapor de 10 kilógramos por centimetro cuadrado. La caldera construida en plancha de acero está recubierta por una materia que absorbe el calor. El vapor vá conducido de la caldera al motor por una conducción flexible de bronce fosforoso, atada á la base del aparato donde es menor el movimiento.

El motor acciona una bomba que extrae 6.300 litros de agua por minuto y los eleva á una altura de 3 m., 60, trabajo que corresponde á una fuerza de 4 caballos aproximadamente.

El valor práctico de este motor, es incalculable para las comarcas que se encuentran en las condiciones de poderlo aprovechar. No solamente los dominios de California, sino también los del Colorado, del Utah y de los estados vecinos de la gran republica Americana, están en el mismo caso. El motor puede funcionar en cuanto sale el sol y quedar en actividad hasta media hora después de puesto. Asociado á una batería de acumuladores eléctricos, podría funcionar día y noche ó durante los días de cielo nuboso.

Hé ahí explicado lo que es el motor solar y cual es el orden de funcionamiento á que está llamado.



X.

VIDA CONTEMPORÁNEA

La niña más bonita de Italia



Estan en moda los concursos.

Al de niñas bonitas convocado por aun Revista española se han adelantado en Italia. Ya saben allí cual es la italianita mas mona, y los lectores de *Hispania* pueden verla junto á estas líneas.

Se llama de un modo bastante raro: Mosca di Pontedira. Como se vé, la señorita Mosca es, realmente, muy bonita, y promete ser una mujer — como dicen en su pátria — de *primissimo cartello*, ó — como tambien allí se dice — *bocatto di cardinale*.



Un divorcio ruidoso



Apesar de la presión hecha por diversas Cortes de Europa para impedir el divorcio de los grandes duques de Hesse, el escándalo se ha dado.

Un cronista de hechos del mundo oficial dice al dar cuenta de este suceso, «el divorcio es casi una costumbre entre los grandes duques de Hesse cuando la esposa cesa de agradar».

Convengamos en que es una mala costumbre.

Las razones de este divorcio entre príncipes no estan muy claras. Pero desde luego puede asegurarse con solo mirar el retrato de la gran duquesa que acompaña á estas líneas, que no será porque la repudiada deje de ser agradable y simpática.



Seguramente las lectoras de *Hispania* opinarán como nosotros.

El negro catedrático



No es el de la zarzuela sino un negro catedrático auténtico como catedrático y como negro.

El cual, como ya anunciaron los telegramas, ha estado á punto de sublevar contra el nuevo presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt á la *élite* americana por el hecho *schoking* de haber convidado á su mesa á un hombre de color. ¡Convidar á un negro, á un hombre *inferior!*

Esto no se había visto nunca en los Estados Unidos, que son, fuera de eso, el país de la igualdad, la libertad y la fraternidad.

Sin sentarle á su mesa puede el lector darse el gusto de conocer á M. Booker Washington, catedrático negro, ó negro catedrático, de la Universidad de Iale (Estados Unidos) vestido con la toga y birrete de su cargo.



Mlle. Hatto



El triunfo de la ópera de Saint Saens, *Las Barbares,* dá actualidad todavía á la fisonomía de sus intérpretes.

No podemos resistir al deseo de publicar hoy la admirable fotografía hecha por Reutlinger, el fotógrafo de arte universalmente conocido, Mlle. Hatto, todo gracia, hechizo é infinita armonía en la línea suave de su cuerpo elegante y soberbio.

Saint-Saëns, que es de los maestros más difíciles de contentar dijo en el ensayo general de los Bárbaros, — Mlle. Hatto es una artista insuperable.

Y «superior», hubiésemos añadido nosotros.

El «otro yo» del rey Humberto



El rey Humberto pudo haber escapado al revolver de Bresci, si el regicida hubiese hallado en Salerne á M. Bertolani, fotógrafo en aquella ciudad.

En efecto, es imposible encontrar parecido más perfecto que el de la fotografía adjunta.

Esta semejanza la estimaba M. Bertolani hasta el punto de hacerse fotografiar en su casa — porque este es excepcionalmente su « cordonnier bien chaussé » — en las *poses* de actitud más populares de su rey y la del sombrero gris y el bastón de alpinista es una de las más apropiadas.

Pocos días después del crimen sucedió en este pueblo una asombrosa aventura á M. Bertolani que los diarios han referido. Al pasar en carruaje por delante del cuartel de Salerne, fué detenido y apresado, por dos centinelas de imaginación ardiente y escasa cultura intelectual, como «fantasma ó espectro» del muerto rey. Atraido un oficial por los gritos de espanto de uno de ellos, corrió al carruaje, le detuvo, apresó á M. Bertolani, y cuando se convenció que él también era víctima de la alucinación á que arrastraba aquel rostro, se excusó como pudo.

A las excusas del oficial, el fotógrafo de Salerne respondió con frases dignas de la antigüedad: «yo solo siento, dijo, que el regicida no se haya engañado también con este parecido que os admira, porque si yo hubiese muerto, al menos el más adorado de los soberanos viviría aún.»

Tal contestación es sin duda un poco platónica, pero M. Bertolani ha llegado con este hecho al colmo de la popularidad.



Cara palabra



Al otro lado de la Mancha, todas las cualidades, todas las virtudes, todas las flaquezas tienen un precio, un curso como las acciones de los establecimientos financieros.

Es el caso que un defecto de memoria por el cual os obligábais á una promesa de matrimonio tiene un valor determinado. Esta omisión del compromiso matrimonial se llama en inglés *Breach of promise*, y los tribunales británicos legislan diariamente sobre este caso interesante. Entre los *Breach of promise* de la semana se encuentra el del duque de Manchester, que después de haber empeñado su palabra á miss Portia Knight, se ha casado en quintas nupcias con miss Zinnmermann.

Miss Portia se resigna á ser olvidada pero exige una compensación monetaria. Los jueces ingleses lo han acordado, y la moral de Old England quedará satisfecha.

Porque eso sí: la *gentry* inglesa pasa por todo con tal de que el consuelo no sea puramente espiritual.

Y miss Portia podrá no consolarse espiritualmente, pero aplica, traducido al inglés, aquel positivo refrán castellano:

«Los duelos con pan son menos»

Y con libras esterlinas, menos todavía.



Un autor prohibído



En Francia existe aún, como sabe el lector, la censura prévia para el teatro, y rara es la temporada que no excita contra si las iras de autores y prensa.

Hace pocos días prohibió el estreno de una obra de Mr. Brieux titulada *Los averiados*, y no es para contada la campaña que contra la censura se ha desatado en Francia, y que aún dura.

Brieux es un autor en extremo audaz, y aunque en realidad su obra *Los averiados* tiende á un fin moral y social, los medios de que para ello se vale son un tanto crudos.

El autor de *Los averiados* se ha rebelado contra la prohibición de su obra, y la ha leido desde el mismo escenario en que debía haberse representado.

Segun la prensa francesa el éxito de la lectura fué enorme, lo cual debe haber consolado en parte á Brieux.

Pero ¡ cuan cierto es que el picante del escándalo seduce á la vocinglera Fama !

La prohibición de *Los averiados*, y la campaña subsiguiente han hecho á Brieux un reclamo formidable.

Ayer tenía el mismo talento que hoy, y, sin embargo nadie le hacía caso. Era... uno de tantos periodistas que luchan penosamente con la mala ventura.

Hoy es un autor mimado, verdaderamente mimado por Empresas y editores, y apenas puede satisfacer los pedidos que se le hacen de las mejores publicaciones francesas.

Alejandro Dumas (hijo) escribió un cuento que es una preciosidad, y que demuestra filosóficamente la verdad del adagio: «fortuna te de Dios, hijo, que el saber poco te vale». En aquel cuento titulado si no recordamos mal, *Le prix des pigeons*, demostraba Dumas que sirve de mas un buen estómago que un gran cerebro.

A Brieux puede aplicarse esta ley desconsoladora en buena parte.

IMITACIÓN DE HEINE

La luna en el zenit pura brillaba,
lucian en el cielo estrellas mil,
y su luz melancólica copiaba
el rio deslizándose sutil.

En alas de lo ideal crucé el espacio
buscando de mi amada la mansión,
y al hallar dentro el bosque su palacio,
de gozo palpitó mi corazón.

Reclinéme en la grada, miré en torno,
y sus peldaños ávido besé
donde veia aún, cual vago adorno,
la breve huella de su lindo pie.

De repente, cual hada misteriosa
la ví en el ajimez aparecer,
incitante mirarme voluptuosa,
y sonreirme de amor y de placer.

BARTRINA

EL RETRATO

En la reunión de la marquesa, después de desfilar los convidados, siempre quedábamos los íntimos disfrutando su amena conversacion. Aquella noche nos reservaba una curiosa historia, que hizo más interesante la velada.

Hablábase de un matrimonio en proyecto, que por una frívola cuestión de amor propio entre los novios se habia desbaratado recientemente.

Decíase que la novia, tal vez inconscientemente, había desairado á su prometido aceptando un vals de un gentil caballero; que *él* había partido á lejanos países dejando una carta de despedida, y que *ella*, desconsolada, pero inquebrantable, por no humillarse, pensaba entrar en un convento.

—¡Volverá! interrumpimos á coro, y tendremos boda.

—Ella ha de llamarle antes de quince días.

—No conocen ustedes el corazón de los enamorados, exclamó la marquesa; yo creo, y ojalá me equivoque, que se casará cuando yo.

La marquesa era una *solterita*, pues no me atreveré á llamar *solterona* á tan hermosa y bien conservada señora, de cuya soltería más de una vez se burlaba ella misma con mucha gracia.

—Esa carta de despedida, prosiguió, dictada por el despecho, es, y no la conozco, la sentencia de rompimiento eterno. El amor propio ofendido dicta frases terribles, devuelve ofensa por ofensa y atormenta el corazón de la persona amante con los más refinados medios de tortura; no parece sino que quiere aniquilar en un instante todo el amor que siente; trabajo inútil y doloroso en el cual dos personas que se aman hacen á la vez papel de víctimas y verdugos.

—¿Y queriéndose tanto, es posible?

—¿Si es posible? Ahora verán ustedes. Es un episodio que me pertenece; callaré el nombre de la protagonista, amiga mía, que... murió. Así podrán decir ustedes que atestiguo con muertos, y quedarse con la suya.

Todos nos apresuramos á traducir con una galantería la buena fe que nos merecía la marquesa; pero debimos ser algo tardos en la expresión, porque sin dejarnos hablar continuó:

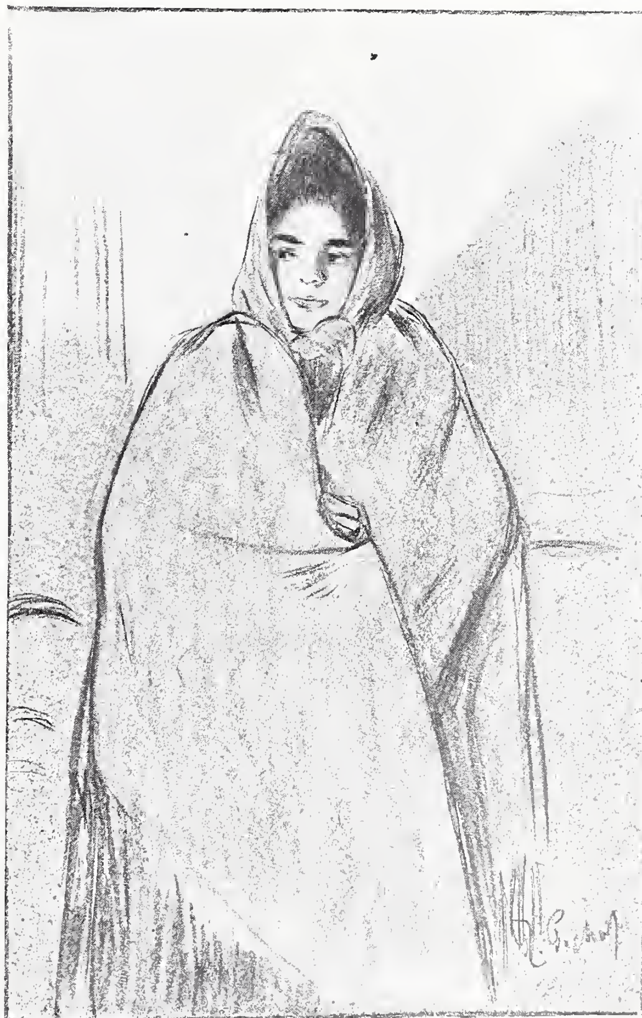
—«Mi amiga Elena, la llamaremos así, era íntima de casa, y en nuestros salones conoció al pobre Enrique, que también los frecuentaba, quedando prendados uno de otro.

»Elena era una joven distinguida, guapísima, de noble estirpe y no escasa dote. Enrique.., figuraos un guapo mozo con títulos de nobleza y risueño porvenir en la carrera diplomática que empezaba.

»Volvía de París temporalmente cuando la conoció, y juro á ustedes que jamás he asistido á felicidad más grande en la tierra, que cuando Elena, sentada á mi lado, espiaba palpitante la entrada de Enrique en el salón, ó cuando abstraídos, locos de amor, fabricaban sus castillos en el aire.

»Las familias de ambos accedieron gustosas á amo-

COPLA



Si cuando tu vas yo vuelvo
y cuando vuelvo tu vas
¿cómo quieres que así nunca
nos volvamos á encontrar?

res tan razonables, y Enrique regresó á París, donde su obligación le llamaba.

»Si las cartas de Elena conmovían, no menos las de Enrique. En ellas ponían todo su ser, y ví á Elena muchas veces regar con lágrimas los renglones que escribía.

»No podían vivir lejos uno de otro, y Enrique acabó por mandar á paseo su carrera y volver al lado de Elena.

»Convencieron, sin embargo, á aquellos dos locos de que tuvieran paciencia unos meses, mientras se preparaba pomposamente la boda, y decidieron á Elena que dejase marchar otra vez á Enrique, y á éste á que se fuese.

»Pasado algún tiempo, cierta noche, en casa, un recien llegado de París trajo noticias de Enrique, y entre varias indiscreciones, dijo que se le había visto en la Opera con una mujer hermosísima; «algún amor pasajero...», aventuró el indiscreto.

»Y Elena, sin encomendarse á Dios y al diablo; escribió á Enrique:

«¿Amas á otra? Dueño eres de ello, y si te sientes valiente para *terminar*, devuélveme mis cartas y te enviaré las tuyas.»

»A los pocos días, Elena desolada vino á verme. Traía un paquete de cartas, las suyas que Enrique le había devuelto. Entonces fué cuando supe que la inadvertida niña le había enviado aquella carta.

— »¡No me ha querido nunca! exclamaba, cuando con tanta facilidad me devuelve mis cartas; ¡nunca, nunca! Yo también le devolví las suyas tranquilamente... y el retrato, y todo se acabó; ¡que se divierta!

»Quería aparecer serena y las lágrimas se escapaban de sus ojos. Procuré calmarla, pero fué en vano; su dolor y su despecho me inspiraron lástima y la dejé marchar. Si no lo hubiera hecho, aún era tiempo de salvarlos.

»Enrique, recibió sus cartas y su retrato, y el retrato de Enrique se lo voy á enseñar á ustedes conforme lo recibió.»

La marquesa sacó de un mueble inmediato una cartera y de ella la fotografía.

Todos sentimos al verla un escalofrío involuntario, algo desagradable que no puedo expresar.

El retrato tenía los ojos taladrados, y por aquellos ojos vacíos, sin luz, parecía escaparse una mirada dolorosa.

Habíamos quedado en silencio, y el retrato pasaba de mano en mano. Volvió á tomarlo la marquesa, y terminó diciendo:

«Enrique no pudo resistir tamaño desprecio; creyó ver en aquel acto indigno un corazón perverso al cual estaba ligado por un amor vehemente.

»Yo disculpo á mi amiga; fué una ligereza que bastante desgraciada la hizo; pero Enrique, como digo, no debió juzgarlo así, porque una mañana le encontraron tendido en su habitación con el cráneo destrozado. En una mano conservaba el revólver y en la otra su profanada fotografía.

»Elena, ya les dije, ha muerto soltera, triste y sola; ¡como yo moriré!»

Y la marquesa no pudo contener una lágrima que cayó sobre aquellos ojos vacíos, que se habían cerrado para siempre.

Aquella lágrima nos dió la clave de su eterna soltería.

Sí, nos persuadimos de que la marquesa y Elena eran la misma persona, la misma mujer desgraciada y digna de lástima.

José Brissa

CUADROS DISOLVENTES

por *Luísa Campos* y *Patricio León*



AUDOUARD FOT

Con una falda de percal *planchá* y unos zapatos bajos de charol...



JUAN BTA. GREUZE — LA LECHERA



J. Mª M. MARQUÉS — AGUAS ARRIBA

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

El fuerte Dankwart les respondió: « No puedo decíroslo. Nosotros podemos descansar aquí hasta que sea de día; estemos donde estemos, echémonos en la yerba. » Al escuchar estas palabras experimentaron grande contento.

Sin advertirlo, estuvieron rojos de sangre hasta que el luminoso sol se levantó por la mañana sobre las montañas; el rey los vió y comprendiendo que se habían batido dijo con cólera:

« ¿Qué ha sucedido, amigo Hagen? Muy poco habeis tenido en cuenta mi presencia, por cuanto vuestras cotas están teñidas de sangre. ¿Qué ha pasado? » Él le contestó: « Else nos ha atacado esta noche.

« Se arrojó sobre nosotros á causa de la muerte de su barquero. Mi hermano mató á Gelfrat; Else huyó de la gran desgracia que le amenazaba: cien de los suyos y cuatro de los nuestros recibieron muerte en el combate. »

No podemos nosotros indicar el sitio en que se detuvieron. Todos los habitantes del campo supieron enseguida que el hijo de la noble Uta iba á la fiesta. Poco después fueron muy bien recibidos en Pazzowe.

El tío del noble rey, el obispo Pilguerin, experimentó grande alegría al saber que estaban en su país sus sobrinos con muchos de sus guerreros: advirtieron que los querían mucho.

Todos los amigos salieron al camino para recibirlos. Como no todos podían ser alojados en Pazzowe, tuvieron que buscar un campo más allá del agua donde levantar tiendas dichosas.

Permanecieron en aquel sitio un día y una noche. ¡Grandes atenciones tuvieron con ellos! Caminaron luégo hacia las tierras de Rudiguero, que supo bien pronto la noticia de la llegada de ellos.

Cansados del camino y habiendo llegado al país, en la Marca encontraron á un hombre que dormía y al que Hagen de Troneja quitó la espada.

Era Eckwart, un buen caballero. Al advertir la pérdida de su espada sintió hondo pesar, porqué aquellos héroes encontraban la Marca de Rudiguero muy mal guardada.

« ¡ Oh, qué vergüenza para mí ! » exclamó Eckwart. « Mucho me aflije el viaje de los Borgoñones: desde que he perdido á Sigfrido no hay alegría para mí: ¡ Oh Rudiguero, que mal he cumplido mi deber contigo ! »

Escuchando Hagen la lamentación del noble caballero, le devolvió su espada y seis brazaletes de oro. « Recíbelos con afección, héroe, y sé mi amigo, eres un fuerte guerrero por cuanto estás aquí solo. »

« Dios te pague tus brazaletes, » le respondió Eckwart; « vuestro viaje hacia los Hunos me causa pena: vosotros habéis matado á Sigfrido y aquí se os odia: estad prevenidos os lo aconsejo sinceramente. »

« Que Dios nos proteja » le contestó Hagen. « Estos guerreros los principes y su gente, no tienen cuidado más que por hallar alojamiento en este país donde descansaremos toda la noche. »

« Nuestros caballos están fatigados por lo rudo del camino y nos faltan viveres, añadió Hagen al héroe: nos hace falta esta noche un jefe que nos dé su pan generosamente. »

Eckwart le respondió: « Os indicaré ese jefe y en ningún país hallareis casa mas hospitalaria si vosotros, héroes atrevidos, lográis ver á Rudiguero. »

« Este jefe vive á lo largo del camino y es el mejor que tuvo casa. Su corazón posee virtudes como la yerba flores en el brillante Mayo, y cuando sirve á los héroes se siente satisfecho. »

El rey Gunter dijo: « ¿Queréis ser emisario y preguntarle á mi amigo Rudiguero si por consideración á mí quiere recibir á los que me acompañan? Yo se lo agradeceré siempre. »

« Con gusto seré vuestro mensajero » contestó Eckwart. Con gran placer emprendió la marcha é hizo saber á Rudiguero lo que le habían encargado. Hacía mucho tiempo que éste no recibía noticias que le agradaran tanto

Vióse ir corriendo hacia Bechlaren á un guerrero al que reconoció Rudiguero. Dijo: « Veo por el camino á Eckwart, uno del séquito de Crimilda. » Pensaba si los enemigos le habrían causado algún pesar.

Salió hasta la puerta en la que encontró al emisario: éste se desciñó la espada y la puso á su lado al alcance de la mano. No le hizo desear mucho tiempo las noticias que llevaba; se las dijo enseguida.

« No tengáis cuidado ninguno », le dijo Eckwart, « Me envían á vos tres reyes, Gunter de Borgoña, Gernot y Geiselher; estos valerosos guerreros os ofrecen sus servicios. »

« Lo mismo hacen también Hagen y Volker con desinterés y buena fé; también os diré que el mariscal de los reyes me ha dicho que estos guerreros tienen gran necesidad de alojamiento. »

Con visible satisfacción le respondió Rudiguero: « Mucho me agrada saber que los reyes tienen necesidad de mis servicios; no se los negaré y si entran en mi casa me sentiré orgulloso de ello. »

« Dankwart el mariscal, me ordena deciros que con él recibiréis en vuestra casa sesenta gerreros atrevidos y mil buenos caballeros con nueve mil servidores. » Esto le causó alegría en el alma.

« Recibir á tales huéspedes », respondió Rudiguero, « es una felicidad para mí, así como también tener en mi casa á señores tan ilustres. Saldré al encuentro de ellos con mis parientes y mi acompañamiento. »

Echaron pié á tierra de sus caballos señores y escuderos: cuanto los jefes les mandaban les parecía bien y no negaban en modo alguno sus servicios. Todavía no sabía nada la señora Gotelinda que estaba en su cámara.

XXVII

DE COMO FUERON RECIBIDOS EN BECHLAREN

El margrave fué á donde estaban su esposa con sus damas y su hija, y les comunicó la alegre noticia que acababa de saber de que los hermanos de la reina iban á llegar á su casa.

« Querida esposa », dijo Rudiguero, « necesario es que recibáis con agrado á los nobles y elevados reyes y á su

acompañamiento, cuando lleguen á nuestros dominios; saludaréis también amistosamente á Hagen el vasallo de Gunter.»

«Con ellos viene un guerrero que se llama Dankwart; y otro cuyo nombre es Volker de preclaro talento. Vos y mi hija abrazaréis á los seis y probaréis á esos guerreros que sois amigas suyas.»

Prometiéronlo las mujeres y estaban dispuestas á hacerlo. Buscaron en los cofres los más hermosos vestidos, pues con ellos querian salir al encuentro de los guerreros. Muchas hermosas mujeres hicieron grandes preparativos.

No se veia allí ninguna mujer con colores: ciñendo la cabeza llevaban brillantes bandas de oro para que el viento no las despeinara; estaban seductoras y hermosas.

Dejemos á las mujeres ocupadas en sus asuntos. Para salir al campo á recibir á los guerreros, los amigos de Rudiguero hicieron grandes preparativos; fueron muy bien recibidos en las tierras del margrave.

Cuando el margrave vió que se aproximaban, Rudiguero el valiente, les dijo con cariño: «Bien venidos sean los señores y toda su gente, una satisfacción es para mí verlos en mis dominios.»

Los guerreros dieron las gracias con buena fé y sin odio, pues les manifestaba claramente la alegría por su llegada. Saludó particularmente á Hagen, al que hacía mucho tiempo que conocia, y lo mismo hizo con Volker, el héroe de Borgoña.

Recibió también á Dankwart; así dijo el fuerte héroe: «Ya que consentís en recibirnos ¿quien cuidará del acompañamiento que hemos traido de Worms sobre el Rhin?»



El margrave respondió: «Ese cuidado es mio.

«En este país se cuidará con esmero de vuestro acompañamiento y también de lo que habeis traido en caballos, plata y vestidos: pondré tan buena guardia, que no se perderá nada ni aun lo que valga media espuela.

«Criados, levantad tiendas en el campo; yo soy el responsable de todo lo que se pierda; quitad las bridas y dejad libres los caballos.» Pocos huéspedes los habían recibido tan bien.

Los extranjeros estaban alegres. Cuando estuvo todo preparado, los señores se alejaron de allí dejando á los criados que se acostaran en la yerba, donde reposaron bien. Pienso que en su viaje nunca se encontraron mejor.

La margravesa había salido fuera de la ciudad con su hermosa hija. Allí se veían con ella mujeres admirables y muchas bellas jóvenes: llevaban muchas piedras preciosas y muchos ricos vestidos.

El fulgor de las piedras preciosas que llevaban en sus adornos, se advertía desde muy lejos y estaban perfectamente puestos. Se acercaban ya los extranjeros y echaron pié á tierra. ¡Oh! cuantas cortesías hicieron los Borgoñones!

Sesenta y tres vírgenes y muchas más mujeres, cuyos cuerpos parecían formados por el deseo, se presentaron ante ellos rodeadas de un gran número de fuertes hombres Distinguidamente saludaron todos á las nobles mujeres.

La margravesa besó á los tres reyes y lo mismo hizo su hija. Hagen estaba al lado de ellos. El padre le dijo que lo abrazara: ella lo miró y pareciéndole muy feroz y muy horrible, se hubiera abstenido de hacerlo de buena gana.

Pero tuvo que hacer lo que su padre le mandaba. Sus colores se mudaban siendo ora pálido ora rojos. También besó á Dankwart y después al distinguido músico: éste beso lo merecía por su valor y su arrojo.

La joven margravesa tomó de la mano al joven Geiselher de Borgoña; y también hizo lo mismo su madre con el fuerte Gunter. Condujeron á los héroes con cariñosos miramientos.

El jefe caminando, al lado de Gernot, penetró en un anchuroso salón. Los caballeros y las señoras se sentaron allí y dieron á los extranjeros del mejor vino que podía encontrarse: nunca hubo héroes que fueran mejor tratados.

Todos fijaban sus ávidos ojos en la hija de Rudiguero, que estaba magníficamente vestida. En lo íntimo de su alma, más de un noble caballero le declaró su amor; en verdad que lo merecía, pues sus sentimientos eran nobles y puros.

Lo que ellos pensaban no podía realizarse. Los buenos caballeros veían por todas partes doncellas y mujeres, de las que había muchas. El noble artista quería mucho y bien al noble Rudiguero.

Se separaron después, según era costumbre en el país, yéndose los caballeros por un lado y las mujeres por otro. Pusieron las mesas en la ancha sala y sirvieron abundantemente á los desconocidos extranjeros.

En prueba de consideración á ellos, la noble margravesa los acompañó á la mesa. A su hija la dejó en compañía de las doncellas como era conveniente. Esto no agradó á los huéspedes que deseaban verla.

Cuando hubieron comido y bebido bien, entraron las hermosas en la sala. No faltaron los cuentos chistosos: Volker habló mucho; era un guerrero fuerte y muy hábil.

El músico dijo en alta voz: «Muy rico margrave, Dios ha obrado con vos misericordiosamente: os ha dado una esposa honrada y bella y una dichosa vida.»

«Si fuera rey, añadió el músico, si ciñera una corona, anhelaría tener por esposa á vuestra hermosa hija, ella ha impresionado fuertemente mi espíritu. Es digna de amor y además noble y buena.»

El margrave le contestó: «¿Cómo es posible que un rey pretendiera á mi querida hija? Nosotros estamos desterrados aquí mi mujer y yó, y nada tenemos que dar; «para qué puede servir su belleza?»

Gernot el noble y buen héroe, dijo: en el caso de que hubiera de escojer una esposa á mi gusto, mi corazón se estremecería de alegría al tenerla por mujer.» Entonces Hagen dijo en amistoso tono.

(Continuará)



CARLOS VAZQUEZ AVENTURA DE LOS MOLINOS

ESCENA FINAL



— Pero ¡ hombre ! ¡ Si yo soy actor cómico y no *me vá* el melodrama !



— Bueno. Venga esa escena final...



— « ¡ Te amo, si ! ¡ te amaré hasta la tumba aunque á ello se opongan el cielo y el infierno ! »



— « ¡Oh, Abelardo mio ! ¡ tus palabras filtran en mi corazon como un dulcisimo veneno ! »



— « ¡ Cielos ! ¡ Oigo pasos ! ¡ Mi esposo llega ! ¡ él es ! »



— « ¡ Miserable perjura ! ¡ amigo aleve ! ¡ Mi venganza vá á ser horrible ! »



— « ¡ Perdón ! — ¡ Muere, infame ! »



— Que sea enhorabuena, amigo mío. Eso no es un melodrama ; es algo más productivo : una Funeraria.

Estudio fisionómico por los señores Cerbón y J. M. González, del teatro Eldorado

DESDE LA PLATEA

Muchos y muy variados han sido los estrenos, arreglos, *reprises* y hasta *fusilamientos* teatrales en la actual ,temporada, casi mediada ya, por lo que bien pudiera ésta llamarse fecundísima en fracasos, é infructuosa en cuanto al resultado práctico de los mismos.

Da grima pensar que en una capital como Barcelona, donde en el intervalo de tres meses se han estrenado más de treinta obras, no lleguen á media docena las que realmente merecen mencionarse. Y lo peor del caso es que la mayoría de éstas proceden de nuestros primeros autores de Madrid, y vienen por lo tanto *aseguradas* con esa especie de *veto* que las pone á salvo del foso y de la crítica.

Ni siquiera los noveles autores de por acá, que este año comenzaron á anunciarse con gran contingente de obras y triunfos, han tenido la fortuna de dar en el clavo y sacar á flote algo que en serio mereciera la pena de figurar en los carteles arriba de quince noches.

Sólo en el teatro Eldorado son diez ú ,once los estrenos verificados desde el comienzo de la temporada, y ahí están para muestra el *Jilguero chico, El Portfolio, Raul y Elena, El Coco, Los Niños llorones, El Bateo y Doloretes,* las cuales se sostienen en el cartel por la sencilla razón de que no hay otra cosa. De éstas, las dos últimas y *El género ínfimo* podrían pasar por buenas , principalmente la de los hermanos Quintero, que lleva el sello personalísimo de los dos celebrados autores sevillanos.

También en el Teatro Romea se ha perpetrado alguno que otro crímen de lesa majestad artística, pues sobre ser muy endeble y de escasa enjundia todo lo allí estrenado, está el pleito pendiente entre Ruiz Contreras y Pompeyo Gener, á propósito de quien sea el verdadero padre de Los *Senyors de Paper* obra que, ya sea de uno, ya de ambos autores, no pasa de ser una medianía, y de las más flojitas é incompletas que se ven por ahí.

Lástima que Pompeyo Gener, que, aparte este pecadillo es un buen escritor, haya comenzado sus viajes al arte dramático sacrificando el bagaje del pobre Ruiz Contreras. ¡Como si no hubiesen por esos mundos cientos y cientos de autores á quienes *pegar un tiro!...*

La empresa Sanchez de León y Lamadrid ha explotado, durante una corta temporada, el teatro Principal, el cual teatro parece destinado á dar muy poca fortuna á autores y cómicos por la corta vida que en él alcanzan las buenas como las malas compañías.

Con una muy aceptable, Sanchez de León ha podido sostenerse hasta dos meses, en cuyo tiempo ha puesto obras todas del repertorio moderno y estrenando varias, entre las cuales figuran la comedia *Sin gobierno,* obra de muy buena fé, de autor catalán, *El cuarto de la plancha*, juguete muy afortunado de los Sres. Cabello y Lapiedra, y por último, *El Nido*, de los hermanos Quintero, una de las mejores comedias hasta ahora hechas por los citados autores.

El coliseo de La Gran vía ha sufrido desde Octubre varias intermitencias; cerrado unas veces y abierto otras, al fin tras de muchos fracasos ha dado con su piedra filosofal en *La pulga,* diminuto animalillo picarescamente criado para juguetear entre los pliegues de seda del traje de la tiple, ó lo que es igual, para que la señorita Gomez luzca diariamente sus gracias y sus camisolines de seda.

Para no ser menos que las demás la compañía de declamación de Novedades ha echado también su cuarto á espadas en lo de estrenar y al efecto ha estrenado varias cosas de autores catalanes, algunas de éstas dignas, por la hermosa candidez, de que el buen público, el público sencillote que paga y aplaude, se solace con ellas, como acontece con *La herencia del Niño Dios* que sigue perenne en el cartel y seguirá hasta que el divino *Niño* se dé cuenta de la felonía que con él hacen.

Réstanos enumerar los varios estrenos verificados en el teatro Nuevo, Barcelonés y algún otro, y de los cuales no nos atrevemos á ocuparnos porque... *peor es meneallo...*

El *clou,* pués, de la temporada, la nota artística del invierno, lo han constituído las solemnidades del Liceo y Novedades, esto es, la corta serie de representaciones ofrecidas por Zacconi, la presentación de Biel y el estreno de la tragedia del llorado poeta Balaguer *Los Pirineos,* poema que ha servido al maestro Pedrell para cimentar su fama de músico eminente.

Respecto al trágico italiano, nada añadiremos nosotros después de lo expuesto por un reputado crítico en un diario local: Zacconi es un grán cómico, dotado de una maravillosa intuición artística y de una flexibilidad de talento extraordinaria. Sin llegar á la creación del personaje, borda la perfecta interpretación de éste y da á la figura todo el motivo de vida, todo el relieve escénico que imaginara el autor.

Su reputación merecidísima le coloca hoy á la cabeza de los primeros comediantes italianos, país donde el imperio del Arte ha educado y educará gloriosos campeones en el teatro.

Pocas pero afortunadas han sido las audiciones de *La Africana,* en las que el joven tenor Biel hase presentado á nuestro público.

Los *amateurs* que recuerdan á Gayarre y á Tamagno han creido ver en el novel cantante al único substituto de aquellos meritísimos artistas en la ejecución de partituras del empuje de *La Africana* y *La Favorita.*

En efecto; Biel parece el artista llamado al triunfo completo; tales son los prodijios de su hermosa voz, á la que tan solo falta la perfección en la escuela de canto.

Una vez perfeccionada ésta, y aprendido que haya á moverse y andar por la escena, es seguro que tendrán razón los muchos entusiastas que le aclaman ya como al cantante privilegiado de antaño.

El triunfo del maestro Pedrell en El Liceo ha puesto de relieve el gran caudal de poesía que atesoró en vida nuestro insigne poeta Balaguer.

En esta ocasión, el maestro Pedrell ha probado un talento exquisito y una altitud de espíritu superior, por que para encaminarse al pináculo de su arte, con nadie mejor que cou la tierna compañía de un poeta como Balaguer.

ALBERTO

ARCHIVO MENUDO

Espiritísmo — La primera sesión de espiritísmo de que se tiene noticia la dió el célebre Hume el mes de Marzo de 1857 en París.

En 3 de Abril Hume evocó los espíritus en las Tullerías, se supone que en presencia de la familia Real.

Los rayos X — Como Lope prediio el telegrafo en aquellos versos.

Con la rapidez del rayo
las noticias han venido.
¡Quien sabe si con el tiempo
vendran con el rayo mismo!

ha predicho Champfleury los rayos X en este párrafo de su novela. *El jardín del rey* publicada en 1882, quince años antes del descubrimiento de aquellos:

« Día vendrá, decía M. Mirovet, profesor de antropología, en que la ciencia proyectará su luz en el interior del cuerpo humano, y verá en él tan claro como vemos los guijarros en el fondo de un arroyo. »

Disfraces de hombre — El carnaval dá cierta actualidad á esta noticia.

La tendencia en algunas mujeres á vestirse de hombres es antigua, y durante la Revolución francesa debió acentuarse mucho, puesto que por un decreto de 16 Brumario año IX de la República, todavía en vigor, se ordenaba, en vista de los repetidos escándalos que daban muchas *damas* que se vestían de hombre, que para hacerlo era preciso solicitarlo del Prefecto de policía, el cual concedía el permiso solamente por razones de salud y con certificado facultativo.

El decreto no decía nada acerca de los hombres que se vistieran de mujer, lo que no deja de ser extraño.

Rocambole — ¿Quieren los lectores saber de donde formó Ponson de Terrail el nombre de su famoso héroe?

Rocambole viene de las palabras inglesas *rogen-bold* (arrogante, audaz, despreocupado.)

¿De donde viene "húsar"? — Pregunta que alguna vez se habrá hecho el lector.

Segun investigaciones de un sabio que no debe de tener cosa de mas meollo en qué ocuparse, *húsar* viene de dos palabras magyares, *husz* (veinte) y *ar*, (tasa), *tasa de los veinte*, porque antiguamente en Hungría cada poblado de veinte casas debía suministrar al ejército un soldado de caballería.

Regocija pensar lo descansado que habrá quedado después de averiguar esto el sabio de referencia.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA

Híspanía no aspira solamente á servir á sus lectores en la esfera en que puede realizarlo toda publicación que desea **hacer arte** *por sí misma, sino que extendiendo sus medios se propone vivir más que hasta ahora en contacto espiritual con aquellos.*

Esta convivencia del espíritu se ha realizado ya en el orden literario con la colaboración expontánea — y agradecida por nosotros — á que debemos trabajos muy estimables. Pero no sucede lo mismo en el orden artístico, y se propone **Híspanía** *estimular el buen gusto de sus lectores en un procedimiento que no por ser puramente científico deja de tener un aspecto artístico: la fotografía.*

La fotografía pasó hace tiempo del dominio de la especulación profesional; hoy es una afición muy extendida y en la que los buenos **amateurs** *han hecho obra de verdadero arte por el asunto y por la colocación y expresión de las figuras. Una Revista que tiene por lema* **Todo por y para el Arte** *no podía desdeñar lo que de artístico tiene la fotografía, á la que ella misma acude cuando es necesario.*

Híspanía *no abre propiamente un concurso de fotografías, pero ofrece sus páginas á aquellos de sus lectores (***amateurs***, no profesionales) que satisfacen esta afición con gusto artístico, agradeciendo la colaboración que en este particular se le ofrezca.*

No es necesario sujetar á base alguna nuestro llamamiento, porque el buen juicio de nuestros futuros colaboradores sabrá discernir entre lo artístico-fotográfico y lo fotográfico simplemente. Escenas, tipos, costumbre, paisajes, todo cabe en el dominio del aficionado artista.

Híspanía *reproducirá los* **clichés** *dignos de la publicidad con la perfección material que ha sido siempre su característica, reservándolos luego á disposición de sus autores, cuyos nombres firmarán los correspondientes reproducciones.*

Ocioso parece añadir que á cada **cliché** *deberá acompañar una prueba y una sencilla noticia del asunto, dirigido todo ello en las mejores condiciones de seguridad del cristal ó película á la dirección de* **Híspanía,** *la cual acusará oportunamente recibo.*

Damos hoy comienzo á la antedicha colaboración publicando el cliché que nos ha remitido el notable **amateur** *don B. M.*



ESTUFA ECONÓMICA — Cliché de D. B. M.)

LO QUE SE LÉE

Hojas Selectas.—Los editores Sres. Salvat y C.ª han emprendido con gran acierto la publicación de esta Revista mensual.

El primer número no tiene que envidiar nada á las Revistas de su género en el Extranjero, y honra á los Sres. Salvat y C.ª

Deseamos á *Hojas Selectas* larga y próspera vida.

The Studio.—Hemos recibido el último número de esta interesante y artística revista inglesa.

Pel y Ploma.—No desmerece de las anteriores el número últimamente publicado de esta notable revista.

Texto é ilustraciones honran en ella el buen gusto de que ha dado pruebas *Pel y Ploma* desde su fundación.

Arquitectura, etc.—Hemos recibido el número 113 de esta notable revista que dirige D. Manuel Vega y March, con texto é ilustraciones de primer orden.

Blanco y Negro.—El número primero de 1902 de este semanario es muy notable.

Por cierto que la empresa de **Blanco y Negro** ha tenido el buen acuerdo de dejar de recortar las puntas de sus números.

El Arte y la Industria en la Exposición Universal de París en 1900, por D. Ginés Codina y Sert.

Publicación digna de figurar en la biblioteca de todos nuestros industriales artistas.

Portfolio de Galicia.—Cuaderno I.—Viuda de Ferrer é hijos, Coruña.

Hemos recibido el primer cuaderno de este notabilísimo *Portfolio.*

Revista Contemporánea.—El número 610 de esta interesante Revista contiene un sumario muy escogido, en el que sobresale un artículo de D. José G. Acuña, sobre Gibraltar.

Melita Palma.—Novela por D.ª Blanca de los Ríos.

Pertenece á la Biblioteca Mignon, y es digna de la justa fama de que goza la distinguida escritora.

El Sr. D. Alberto Williams, nos ha remitido cuatro volúmenes de poesías tituladas: *Vibraciones, Nostálgicas, Versos líricos* y *Catástrofes.*

En todas ellas demuestra el Sr. Williams, un completo dominio de la rima.

Cosas Mevas.—Por R. Suriñach Senties.

Otro tomo de poesías catalanas muy estimable.

El tomo lleva un prólogo del mestre en Gay saber, D. J. Franquesa y Gomis.

Ayer y Hoy.—Revista de Castellón.—Número 1.º—Enero, 1902.

Nuestro apreciable colega el **Boletín Minero y Comercial,** ha abierto el segundo concurso de la série que se propone dedicar á fomentar en España la afición á escribir sobre los asuntos de más inmediato provecho.

Así como el primer concurso fué dedicado á la minería, el segundo lo será á las industrias en general.

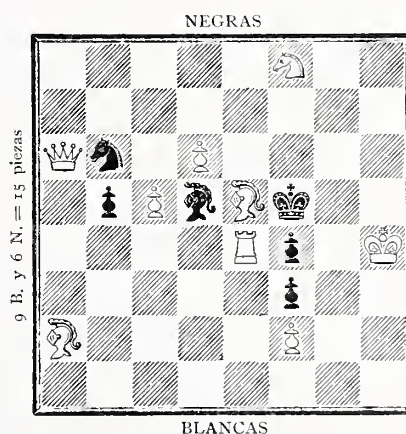
Lo que pide es un *artículo haciendo la indicación de alguna industria nueva que convenga introducir en España ó de una industria rudimentaria que se deba desarrollar ampliamente ó de una industria antigua desaparecida ó decaida que fuera bueno resucitar ó favorecer.*

Nuestro colega otorgará un premio de *150 pesetas* y dos accésits de *50 pesetas* cada uno, en metálico, á los trabajos originales é inéditos que lo merecieren á juicio de un Jurado.

A las personas que deseen más amplios detalles se los facilitarán, seguramente, en la Dirección del **Boletín Minero y Comercial;** Serrano, 36, principal, MADRID.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 44.—J. DOBRUSKY



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 43, POR H. ERLIN

1. A 3 T, etc.

HERMENEGILDO MIRALLES

[illegible] BAILÉN - 70

BARCELONA



[illegible] — [illegible] GENERALES

[illegible] NACIONAL: 2 tomos con [illegible] de España y Colonias

[illegible] con [illegible] mapas en colores

[illegible] con [illegible]



LITOGRAFÍA

[illegible] MODERNOS



[illegible] para [illegible], etc.

[illegible] PABELLONES [illegible] y artísticos

[illegible] de elecciones, etc.

IMÁGENES de todas clases.



[illegible] CARTON PIEDRA

[illegible] PARA LA DECORACIÓN INTERIOR

VÉASE CATÁLOGO

HISPANIA



Domenikos Theotokopoulos



LA VERÓNICA
Retratos del Greco y su esposa.- Santo Domingo el antiguo; Toledo



Gloria del cuadro S. MAURICIO. - Escorial

El Greco

POR

Salvador Sanpere y Miquel

De Domenicos Theotokopoulos ó de Domenico Theotocopuli, que de la primera manera firmaba sus cuadros y de la segunda sus escritos, más conocido por su seudónimo *el Greco*, pídeme el editor de *Hispania* un número, que yo redacto gustoso, á modo, como él dice, de prospecto del libro que sobre tan grande artista he escrito después de haber recorrido Europa de N. á S. y de E. á O. varias veces, para saber de su misteriosa vida y conocer en lo posible todas sus obras de valía.

Hemos llegado tras algunos años de fatiga á tener de la obra pictórica del Greco un conocimiento que creemos completo, pero de lo que es de su vida estamos muy lejos de estar satisfechos, aun cuando creimos, en medio de nuestras investigaciones, que de la patria de origen del *Greco* íbamos á recibir la luz destinada á disipar las misteriosas sombras que rodean la vida del joven Domenico, al saber que hombre tan competente como D. Demetrio Bikelas, rector, si no me equivoco, de la Universidad de Atenas, se había impuesto la gloriosa misión de descubrirnos los secretos, que aun son secretos, de los orígenes del Greco.

Publicaba el Sr. Bikelas en Atenas, en 1894, en la revista griega *Eztia* el resultado de sus investigaciones, y á la buena amistad y compañerismo del catedrático de literatura de nuestra Universidad D. Antonio Rubió y Lluch debimos su conocimiento, pero... el erudito griego no llegó á saber de su compatriota más de lo que dijo nuestro Palomino, con haberse dicho ya con posterioridad otras cosas que hubiera debido saber quien salía de Atenas para recorrer Europa con el propósito de ilustrar la vida de su compatriota, lo cual fué causa de que hasta resultara injusto con Mustoxides, el primer biógrafo helénico del Greco.

Desconoció el Sr. Bikelas lo que en España se había dicho en periódicos y revistas, lo que tenían averiguado los que habían hecho objeto de estudio particular la obra y vida del Greco como D. A. de Beruete, de Madrid, y desconoció lo que había escrito el profesor de la Universidad de Bonn D. Carlos Justi en su *Diego Velazquez und sein Jahrhundert*, tomo I — publicado en 1888 — y con correciones vuelto á publicar en la edición inglesa de *H. Grevel & Compañía*, Londres 1889.

Hubiera, sin duda, podido, D. C. Justi, de haber hecho especial estudio del Greco, decirnos del Greco lo que hemos recogido desde 1888, y por la misma razón tampoco nos lo ha dicho al consagrarle un estudio especial en la *Zeitschrift für Bildende Kunst*, Leipzig 1899, pues aunque «especial» el estudio, desde luego se echa de ver que no se preparó D. Carlos Justi para escribir su *Dominico Theotocopuli von Kreta* como se había preparado para escribir *Diego Velázquez y su siglo*, pues aun cuando en su estudio especial se presentaba mejor documentado que no cuando del Greco escribió en su *Velázq-*

quez, la falta de preparación le llevó entre otros descuidos á atribuirse descubrimientos que no son suyos.

Clave para saber del Greco y de sus primeros tiempos, lo que hoy sabemos, fué el hallazgo por A. Roschini de una carta escrita por el célebre miniaturista Julio Clovio al Cardenal Farnesio en 1570 y publicada en las *Atti e Memorie della R.R. Deputazione di Storia patria per le provincie modenesi e parmensi*. Tomo III. Modena, año 1865, en un artículo sobre *Giulio Clovii*, carta, cierto, de la que no sacó provecho alguno para descubrir los principios del Greco, y de la cual tampoco sacó nada, lo que hasta parece increible, D. John W. Bradley al escribir su admirable libro sobre la *Life and works of Giorgio Giuli Clovio*, publicado en Londres en 1891, libro de donde sacó indudablemente D. Carlos Justi el conocimiento del libro de Kukuljević, pues es incontestable que lo cita sin haberlo leído, ¿como de otra suerte dijera D. Carlos Justi que él es el primero en haber adivinado en la carta de Clovio al Cardenal Farnesio que se trataba del Greco, cuando Kukuljević lo deja dicho en la página 75 de su libro, publicado en Zagreb en 1878 con el título de *Iure Glovic prozvan Julijo Klovio*?

Ivan Kukuljević compatriota de Clovio, salió, como D. Demetrio Bikelas, de su patria, para ilustrar la vida de uno de sus grandes artistas, pasó á Italia, llegó á Nápoles en donde vió el retrato de Clovio pintado por el Greco y de él mandó sacar copia en 1856 que regaló al museo nacional del pueblo croata, presentando ese cuadro como tributo de reconocimiento del Greco á su maestro Clovio y á la hospitalidad que le había encontrado en casa del Cardenal Farnesio.

Kukuljević, es cierto, llamó al Greco Teodoscopolos alias *delle Greche* que por sus días aun no se había fijado bien la lectura del apellido de Domenico, y era corriente la opinión que le hacía hijo del grabador Veneciano *delle Greche*, á pesar de haberla ya combatido Pedro Zanni en su *Enciclopedia metodica, critico-ragionata delle Belle arti* publicada en Parma en el año 1822, citando en prueba las estampas publicadas por delle Greche en 1547. D. Carlos Justi ha puesto definitivamente término á esta discusión, que aun coleaba entre los *nuevos* investigadores de la vida del Greco, que no por nuevos dejaban de estar viejos, recordando todas las circunstancias del viaje y estampas de ese viaje á Palestina publicadas en Praga en 1547.

Al Greco se le señala como año de nacimiento el de 1548, por haber dicho Palomino que había fallecido en 1625, á la edad de 77 años.

Engañose Palomino. Domenico el Greco murió en el día 7 de Abril de 1614, y esto se sabe desde el año 1875 por haber publicado su óbito Foradada en la *Revista de Archivos y Bibliotecas* que se publicaba en Madrid, y por ser tan antiguo el conocimiento del día y año de la muerte del Greco y continuarse aún hoy día, en España y fuera de España, dando por exacta la fecha de Palomino, y esto hasta en las cartelas de los cuadros de nuestro Museo nacional, quise creer que esto no sería efecto de nuestra proverbial desidia, sino de dudarse sobre si no se trataría de otro Greco, por lo cual no una, sino dos veces he registrado por mi mismo no sólo el *Libro de defunciones que principia en 1601 y alcanza hasta el 9 de Mayo de 1614* de la antigua y suprimida parroquia de S. Bartolomé, guardado hoy en la de S. Andrés de Toledo, sino todos los libros posteriores hasta el año de la última fecha del hijo de Domenico, de Jorge, ocurrida en 1631, sin encontrar más Greco que el descubierto por Foradada.

Véase la partida de defunción.

> Una niña.— *En quatro días del mes de Abril de mil y seiscientos y catorce años* fallesció, etcétera.
>
> DOMINICO GRECO.— *En Siete fallesció Dominico Greco*, no hizo testamento. Recibió los sacramentos. *Enterrose en Santo Domingo el Antiguo. Dió velas.*

Destruye esta partida de defunción otro persistente error que da por sepultado al Greco en la iglesia de Sto. Tomás al pie de su celebérrimo cuadro del *Entierro del Conde Orgaz*, y el constar enterrado en Sto. Domingo el Antiguo para pintor de la cual *fué traido á España el Greco*, prueba todavía más, si cabe, que la partida de defunción que hemos citado es la verdadera de Domenico Theotokopoulos. Si diéramos crédito á los años que de vida dió Palomino al Greco, resultaría que éste, al fallecer de 77 años, hubiera nacido en 1537; por consiguiente subsiste la argumentación de Zanni contra la confusión de Greco con dalle Greche, y subsisten en toda su fuerza las pruebas de D. C. Justi que nos presenta á dalle Greche publicando en 1547 las estampas de su *Viaje á Palestina*. Luego la carta de Julio Clovio de 1570 en la cual éste le dice á Farnesio que «había llegado á Roma un joven Candiota», es evidente que no puede referirse á otro Greco que al Candiota ó Cretense Domenico Theotokopoulos.

Sabemos que Domenico era candiota por haberlo él mismo escrito en muchos de sus cuadros y desde luego en el primero que pintó en España; en los que pintó en Italia, en la *Purificación del Templo*, hoy en la Galeria del Sr. Conde de Yarborough en Londres, como en el retrato de Julio Clovio en Nápoles, se llama cretense, abreviando pone KPHC. Pero no sabemos, con saber que Domenico era cretense, en que ciudad vió la primera luz, como no debamos entender, por lo mismo que adopta el nombre nacional, que nació en la capital de la isla, felizmente ha poco substraída al dominio turco, aun cuando no todavía por completo reintegrada á la patria griega.

Día y año de su nacimiento se ignora, pero, si en 1570, era un *giovane*, como escribe Clovio ¿si corrigéramos un error tal vez de pluma de Palomino y dijéramos que murió Domenico, no de 77 años, sino de 67 años, podríamos poner el nacimiento del Greco en el año 1547 y darle 23 años cuando se presentó en Roma en 1570. Fija D. Carlos Justi en 16 años los que tendría el Greco cuando lo recibió Clovio pero sin pruebas ni discurso alguno, estima que se es *giovane* á los 16 años, pero nosotros creemos que también se es joven á los 23. Luego nos consta, no por Palomino, sino por Giusepe Martinez, que el Greco falleció de «edad avanzada», y habiendo muerto en 1614 no tendría más

allá de 60 años el Greco al morir, y de un hombre que fallece á los 60 años no se puede decir que murió de «edad avanzada»: á lo menos le faltaría el pico que según nuestras cuentas le damos.


MONAGUILLO. - Museo de pintura de Nápoles

Cuando salió el Greco de Creta, que nosotros como los italianos llamamos Candía, lo ignoramos, aun cuando dijo un nuestro compatriota que se encontró en buena situación para averiguarlo, Preciado de la Vega, fundador de la Academia española en Roma, «que de muchacho fué educado en España» como puede verse en Bottari, *Raccolta di lettere sulla Pittura scultura ed Architettura*, Tomo IV, Roma 1788, carta de 20 de Octubre de 1765. Hemos dicho que Preciado de la Vega estuvo en situación de saber de la juventud del Greco por haber pasado muchos años en Roma, porque era su esposa la miniaturista Catalina Cherubini, que por ser tal, había de interesarse por Clovio, y haber vivido Clovio en Roma, en casa de los Farnesio. Es por todo esto, por ser el autor de la *Arcadia pictorica en sueño* un hombre serio, establecido ya en Roma en 1733 en donde falleció en 1789, por cuya razón Zanni, que no admitía al Greco entre los discípulos de Ticiano como había dicho de él que lo fué Preciado de la Vega, admitía agobiado por la autoridad de éste que pudo ser un discípulo indirecto de Ticiano, esto es, por haberse formado en España estudiando las obras del gran maestro de la escuela Veneciana. Otros escritores han compartido la opinión de Preciado de la Vega en todo, Nagler en su justamente celebrado *Neues Allgemeines Kuentsler Lexicon*. Munich 1848; el último Don Demetrio Bikelas en sus citados artículos de la revista *Eztia* de Atenas.

Difícil se hace el dar de barato lo dicho por Preciado cuando nos consta hoy que el Greco se llamaba publicamente discípulo de Ticiano, pues deducir lo contrario como Zanni por el silencio de todos los biógrafos de Ticiano que no citan al Greco entre sus discípulos, sería cierto admitir que no estudió en España y que no estuvo aquí de joven, cuando nadie, fuera de Preciado de la Vega, dijo tal cosa, pero ciertas las relaciones del Greco con Ticiano y los venecianos, cierto la mitad de lo dicho por Preciado de la Vega, y entonces, lo repetimos, no se puede desechar lo que este dijo de plano. Pero nosotros no admitimos que el Greco «fuera de muchacho educado en España», porque cuando lo tendremos aquí lle-

vando años de domicilio en Toledo, él mismo nos dirá «que no entendía bien el castellano.» Luego de venir á España de muchacho ¿á donde fué? ¿Diríamos que á Barcelona para estudiar al lado de *Pedro el Greco?* Véase mi estudio sobre *Pedro el Greco* en el *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Año I-n.º 4.*

Vale, como primera fecha conocida, cierta, como primer hecho conocido, cierto, de la vida del Greco, el haberse presentado en Noviembre de 1570 en Roma, á Julio Clovio, llamándose, ó habiendo sido reconocido por el gran miniaturista, discípulo de Ticiano, porque este título le da Clovio al avisar su presentación á Farnesio en la dicha carta de 16 de Noviembre de 1570.

¿Cuando el Greco se presentó en Roma á Julio Clovio sobre sus 23 años de edad, llegaba de Venecia y del taller de Ticiano?

Hemos aludido ya al silencio de los historiadores de la escuela veneciana; ni Ridolfi, ni Baldinucci, ni Boschini han mencionado el Greco entre los discípulos de Ticiano. Ridolfi nos dijo de éste que no era muy aficionado á tener discípulos y que era hasta envidioso de los que pintaban bajo su dirección; que no consintió en su casa á Tintoretto por lo mucho que sobresalía sino corto tiempo; que distrajo de la pintura á su propio hermano por celos: y que al infeliz Girolamo, llamado Ticiano, por haber pasado su entera vida en la casa de su maestro preparándole sus obras le condenó á la miseria y le tuvo en la mayor obscuridad para que de él poco ó nada se supiera, como puede leerse con interesantes detalles en *Le maraviglie dell' arte ovvero le vite degli illustri pittori veneti e dello stato.* Nosotros nos referimos á la segunda edición, Padua 1835, tomo I. Ridolfi, que tan claro habló de la bajeza de alma del gran pintor, de su célebre compatriota, ¿callara el cómo hubiera tratado Ticiano al Greco, de haber encontrado de éste noticia de su presencia en Venecia?

Pretende esplicar D. Carlos Justi el silencio de los escritores venecianos diciendo «que se comprende que los artistas forasteros fueran en Venecia prontamente olvidados», y sin embargo el mismo profesor me prueba como no fueron olvidados, entre otros, griegos como Antonio Basilakes, Tomio Baltha, Domenico delle Greche, etc.; ¿por qué, pues, si estos no fueron olvidados, lo fué Domenico Greco?

Ahora bien: si en favor de la estancia del Greco en Venecia no tenemos más dato que el de haber llamado Clovio al Greco discípulo de Ticiano, ¿qué datos tenemos para afirmar la presencia del Greco en Roma? Pues, tan sólo la carta de Clovio: supóngase ésta perdida y nada sabríamos, porque en vano es buscar en la voluminosa y riquísima obra de Vasari, el gran biógrafo contemporá-



GUIDO CLOVIO (?). - Museo de pintura de Viena. - Austria

neo de Clovio, su estimadísimo amigo, y por éste hubiera podido serlo del Greco, siquiera la mención de su nombre, y esto cuando la biografía de Clovio por Vasari que lo deja vivo, es admirable y minuciosa, cuando nos cuenta los discípulos de Clovio, y en esta cuenta no pone el Greco, de quien sabemos positivamente que fué discípulo de Clovio. El silencio de Vasari no esplica el de los escritores venecianos, pero á nuestro entender ha de tener la misma esplicación.

Lejos estoy de creer que Domenico saliera muchacho de su patria ni para España ni para Venecia, señora á la sazón de la isla de Creta. Fúndome en lo que tiene de característico, en lo que distingue un cuadro del Greco de todos los cuadros de todos los pintores, fuera de Tristán su discípulo, esto es en su colorido, en ese colorido carecterizado por el uso ó abuso del negro, y por su afición al blanco. La paleta del Greco la han estudiado Solvay, Justi, Lefort, etc. en la paleta del cuadro representando á un pintor, que hoy se encuentra en el Museo de pintura de Sevilla, á donde pasó del Palacio de San Telmo. Los colores que hay en aquella paleta son: « el blanco, el negro, el bermellón, el ocre amarillo, y la laca de garance, de donde, ese colorido triste y enfermizo que entristece, entristeciendo las figuras » dice Lefort en su libro impreso en París en 1893 sobre la *Peinture espagnole*. Añadamos ahora como propio, aunque no exclusivo del Greco, el perfilar de negro sus figuras, el dibujar asimismo que los miembros y partes de ellas y pliegues de sus vestidos igualmente de negro, que es lo que ha hecho decir á los que no conocen del Greco más que sus borrones y las obras de su estravagancia senil más ó menos prematura, que parecen sus cuadros una carbonería. Ahora bien: ese colorido, esa técnica del Greco es suya, porque es la de su patria, es la de los pintores cretenses. Nos la ha conservado un manuscrito del Monasterio de Monte Athos que tradujo Durand y publicó Didron en su *Manuel d'Iconographie Chrétienne grecque et latine* publicado en 1845 en París. Dice así:

Como trabajan los Cretenses.—«Pintad así los vestidos: preparad un proplasma obscuro, bosquejad y haced los reflejos por dos ó tres veces. Emplead *le fard* para las figuras.» — *Le Fard,* dice el traductor, «es un blanco empleado en pintura, como por ejemplo, el blanco de cerusa»—«y pintadlas de esta suerte: mezclad ocre obscuro, un poco de negro y una muy corta cantidad de *fard;* emplead el proplasma, esto es, la mezcla dicha, y acabad tocando con un negro bien profundo. Haced los ojos. Para las pupilas no empleis más que el negro puro. Mezclad *fard,* un poco de ocre y de cinabrio, á fin de que las carnes no sean amarillas sino más bien de un rojo blanco. Cuidad de no cubrir enteramente el rostro, sino las partes iluminadas, y marchad disminuyendo hacia los bordes. Añadid un poco de color de carne casi blanco, sobre las luces, y repetid de nuevo esforzando un poco las sombras, y dad algunos toques de *fard.* De la misma manera podeis trabajar los pies y las manos. Los cabellos de los jóvenes los haceis de la manera siguiente: haced un proplasma de negro profundo; bosquejad con otro negro y haced las partes luminosas que se fundirán con aquellas en la sombra. Iluminaréis de otra manera las barbas y los cabellos de los viejos empleando el *linum,* y dando algunos toques de *fard.*»

Vemos pues que en la paleta del pintor cretense figuraban tan sólo el blanco, el negro, el ocre, el cinabrio ó bermellón, de modo que entre esta paleta y la del cuadro de Sevilla, conocido del mundo entero como siendo el retrato de Domenico y contener su paleta, no hay más diferencia que la de haberse añadido á esta un rojo más, la laca de garance. El procedimiento artístico es el mismo; el negro se encarga de dibujar y modelar, no por unión con otros colores, sino por toques y retoques, como se encargaba al artista cretense que lo hiciera, admirable comentario de las siguientes palabras del suegro de Velázquez, que conoció al Greco en su vejez, pues dice Pacheco «que no comprendía que Dominico Greco trajese sus pinturas muchas veces á la mano, y las retocase una y otra vez, para dejar los colores distintos y desunidos, y dar aquellos crueles borrones para afectar valentía», como puede leerse en su *Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas.* Á esta manera de pintar, á la manera cretense, permaneció siempre fiel el Greco, aun en aquellos días de su vida en que más se dejó seducir por el brillante aparato del colorido veneciano del cual se le conocen obras maravillosas, desde su primera obra á la última de su vida.

Entendemos con lo dicho dejar probado que el Greco salió de Creta formado, tanto más, cuando le vemos á poco de conocerle practicando la escultura y la arquitectura, artes que necesitan para ejercerse una preparación más larga y metódica que la pintura, en la cual el genio suple muchas veces las deficiencias del oficio.

Grecia no posee ni conoce obra alguna del Greco: ¡quién sabe si no sería todo lo contrario de estudiarse las miniaturas de la época! Que el Greco fué miniaturista, ó capaz de pintar miniaturas, cuadros como la *Anunciación* del Museo de pintura de Madrid, como el *Sueño de Felipe II* de la colección de don A. Stirling Maxwell en Keir en Escocia, como el *Expolio* del príncipe Drago en Roma, lo ponen fuera de discusión, pues tales cuadros, por lo reducido de sus dimensiones, y número y tamaño de sus figuras, entran de lleno en el arte del miniaturista, y así son todos ellos de acabados, pulidos y limados, lo que no sucede, antes al contrario, en todas las grandes obras del Greco.

Celebrado Domenico en su país más ó menos, poseyendo un estilo propio, un arte propio, entendemos que salió de su ciudad natal para la Metrópoli, para perfeccionarse estudiando las obras portentosas de los maestros venecianos.

Domenico dejose alucinar por las esmaltadoras paletas del Ticiano, del Tintoretto y de Bassano; por la grandiosidad de sus composiciones, en su movimiento sólo igualadas por Rubens, su teatralidad si se nos permite la palabra; pero para ser veneciano precisaba que dejara de ser cretense, y el Greco pudo vestir á la veneciana sus figuras, pero como el hábito no hace el monje, así el brillante y veneciano traje que les puso no logró engañar nunca á nadie, y siempre quedaron siendo cretenses, no por resabio, nó, sino porque el Greco había encontrado en la manera



EXPULSIÓN DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO.- Colección del Conde de Yarborough.- Londres



Dibujo original de Miguel Angel.- Biblioteca nacional de París



EXPULSION DE LOS MERCADERES DEL TEMPLO.- Colección de D. A. Beruete.- Madrid.

cretense la de pintar la naturaleza con mayor naturalidad ó realismo que los venecianos. De aquí que el Greco fuera incompatible con los venecianos; de aquí que no pudiera entenderse con ellos, pues allí en donde ellos no veían ni ponían más que arte, él veía y ponía la naturaleza.

Nace de la incompatibilidad naturalmente la intransigencia y como ésta es de si antipática y la antipatía engendra la separación, yo veo por todas estas razones al joven Domenico, solo y apartado, errante por las calles de Venecia extrañas para él y él extraño para ellas, á pesar de no repudiar nada de lo eminentemente artístico del genio veneciano. Pintaba esta escuela con una paleta de ricos tonos, que ya hemos dicho sedujo al Greco; pintaba como él, tal vez con más expontaneidad, con menos retoques; era de todas las escuelas italianas la más ligera de mano, la que más detestaba el relamido detestando los esfumados, prefiriendo dejar los colores desunidos á los efectos nacarados de otras escuelas, cualidades tan características todas del arte veneciano, que Boschini pudo decir que por ello en sus obras

La si vede el nobil'artifizio
Del Penel venetian, che l' ochio ingana,
E da dileto in proporcion lontana!
E andeghe a presso, zavaria il giudicio,

como se lee en *La Carta del navegar pitoresco*, impresa en Venecia en 1660. De nada de esto arrancaba incompatibilidad alguna entre el sentimiento y técnica veneciana y la cretense que informaba al Greco: el mismo perfilar de negro no es desconocido de los venecianos, ni menos aún repudiado. Sus composiciones teatrales también le sedujeron y el más teatral de todos, Tintoretto, pasa por haber influído en el Greco más que Ticiano; de esta opinión son los señores Justi y de Beruete. Tal vez fué de las prácticas artísticas de Tintoretto lo que sabemos por Pacheco, quien escribió «que en 1611 el Greco le mostró, dentro de una alacena, los modelos en barro de su mano para valerse de ellos en sus obras», que viene á ser lo mismo que nos dice Ridolfi del Tintoretto, que hacía pequeños modelos en cera y barro que luego vestía con trapos-*cenci*, buscando diligentemente con los pliegos de los paños las partes de los miembros. Tal vez del mismo Tintoretto tomó el Greco la afición de pintar sobre tabla y al temple, al temple veneciano, como hoy pinta el hijo del malogrado y glorioso Fortuny para quien es incuestionable que sólo pintando al temple se puede obtener el colorido veneciano propiamente dicho, y para quien son pintados al temple y no al óleo la mayor parte de los cuadros de Ticiano y de Tintoretto.

Pero nosotros no hemos de esforzarnos en sostener que tal vez debió el Greco más al Tintoretto que á Ticiano, cuando de su devoción por éste tenemos algo más positivo que el haberse dado á conocer á Clovio como uno de sus discípulos.

¿Qué llevaba pues en si mismo el Greco tan profundamente impreso, que hubo de hacerle incompatible en Venecia? La paleta cretense para las carnes que no repudia nunca, y un sentimiento tan profundo de la individualidad humana, que en todos sus cuadros, en los buenos como en los malos, los distingue no sólo de todos sus contemporáneos, sino de todos los maestros de la pintura que le han sucedido, Velázquez inclusive, de quien no se puede negar que poseyó grandemente el sentimiento de la individualidad. Así sucede que al más prevenido contra el Greco, á poco que se familiarice con sus obras, encuentra tan frías, tan artificiales las de sus contrarios, que se le hacen irresistibles por lo insignificantes; que es lo que sucede al que se familiariza con los procedimientos de instrumentación y de harmonización de Wagner al encontrarse luego con las obras románticas de la escuela italiana. Por esto se ha dicho de Wagner lo mismo que Jusepe Martínez nos dejó dicho del Greco: «que daba á entender no había cosa en el mundo más superior que sus obras», como se lee en la página 183 de sus *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*, impresos en Madrid en 1866. Es ese sentimiento de la individualidad el que caracteriza las grandes individualidades del mundo, el que las hace antipáticas de jóvenes y de viejos á todos los que quieren medirlo todo con un mismo rasero; y de la misma manera que nosotros vemos á Wagner incompatible con París cuando ni aun ha dado al mundo una de sus grandes obras, así vemos al Greco incompatible en Venecia cuando no es más que un estudiante. De no ser así, no podríamos esplicarnos como pudo pasar por Venecia sin dejar el menor recuerdo; como pudo pasar de la misma manera, luego, por Roma.

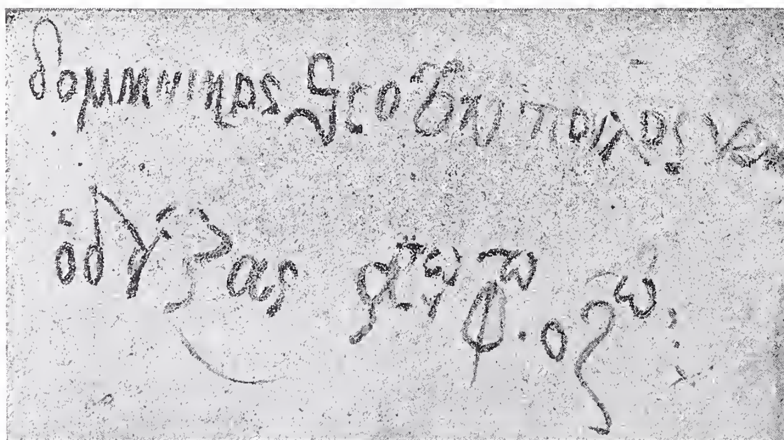
Hasta que punto salió venetizado el Greco de la capital de las lagunas, lo hemos de ver á seguida, porque vamos á hablar de obras suyas atribuídas por los conocedores ora á Ticiano, ora al Veronese, ora á Barocio, y á nosotros mismos nos ha costado mucho el dejar de ver al Greco en aquella *Adoración de los reyes magos* del Museo de Viena, del mayor de los Bassanos, aun á pesar de aquella túnica del rey blanco pintada del verde esmeraldino por él solo encontrado en la riquísima paleta veneciana.

Pintó el Greco en Venecia y de lo que pintó en ella trajo algo para que lo viera Clovio, pues éste se lo participa al cardenal en su tantas veces citada carta. En Venecia y en todo el antiguo estado véneto, no se encuentra hoy una sola obra del Greco: á lo menos todas nuestras investigaciones han resultado infructuosas. Sin embargo, no sucedia así para no muy lejanos tiempos.

Vendiose en Venecia, en 1872, la Galería del marqués Manfrin, y en ésta, por lo que del catálogo de ella resulta, aparecieron dos obras del Greco, una de ellas una repetición del *Expolio* de la catedral de Toledo, que se dió á Barocio, y otra, el número 33, que se dió á Jacopo di Bassano, y representaba una *Mezza figura d' un giovinetto villano che sta soffiando en un tizzone per raanimare la fiamma*. Reproducimos este cuadro, ó una repetición del mismo, que hoy se encuentra en el Museo de pintnras de Nápoles. Nótese desde luego que en Venecia se dieron las dos obras del Greco á dos grandes maestros venecianos, á Barocio y á Bassano Jacopo, que los creyeron los peritos de su escuela, y que el Greco era por consiguiente tan desconocido, que de él nadie se acordó. Esto solo nos parece probar que Manfrin recojería en otra parte que en Venecia los dichos cuadros, que en todos tiempos han viajado mucho tales obras. Cierto que don Carlos Justi da á Venecia el *Expolio* de Manfrin pero esta opinión es de lo más infundado que pueda imaginarse, como ya veremos.

De un retrato de un caballero joven de barba rubia, que reproducimos, dado hoy al Greco y antes á Ticiano, el cual puede verse en la sección española del Museo de Viena, se ignora la procedencia. Sabemos sólo por lo que el doctor Engerth dice en la página 318 de su *Kunsthistoriches Sammlungen-Gemalde Beschreibendes Verzeichniss*, que el cuadro apareció en el Belvedere de dicha ciudad y fué catalogado y descrito por Menchel como siendo del Ticiano, en 1783; lo que no nos dice el doctor Engerth es cuándo se descubrió la firma del mismo, ó cuándo se leyó en el mismo *Toscopoli f. anno MDC*, porque ni la fotografía da el nombre, ni por la altura á que está colocado encima de una puerta se puede descubrir. Desde luego este cuadro, si es del Greco, no puede ser del año 1600 porque para este tiempo no es posible confundir un retrato del Greco con una obra de no importa qué escuela; en todo caso por su factura veneciana ha de ser de la época del Greco en Italia, tal vez del Greco en Venecia.

Señala el profesor Justi como obra de la escuela veneciana el cuadro, que á la vez puede verse en Dresde y



Domenikos Theotokopoulos Kres o deixas — 1577.
Domenikos Theotokopoulos Kretense el que ha manifestado — (año) 1577.

Firma del cuadro LA ASUNCION

Ocho años va á durar, poco más ó menos, la estancia de Domenico en Roma y de esa tan prolongada residencia, ya no sabemos más de lo dicho; si de él callaron los escritores venecianos, de él callaron también los escritores romanos, Vassari, lo repetimos, Vassari que hubo de conocerle personalmente, ni siquiera lo nombra. Valga, pues, para explicar el silencio de los romanos, lo que dijimos para explicar el silencio de los venecianos. ¿Suplirá la obra artística del Greco el silencio de los biógrafos? No; tal vez son mayores las dificultades para Roma que no para Venecia.

Domenico, cualesquiera que fueran sus pretensiones, entraría de seguro resuelto á someterse á la dirección de J. Clovio. Este lo primero que hubo de proponerse fué reprimir el fogoso é iracundo temperamento de su joven compatriota, que tan á las claras se manifiesta en las contorsiones de sus figuras, en la rigidez y sequedad de sus pinceladas, en lo tumultuoso de sus primeras composiciones y en el contraste y vigor de su colorido, por lo cual hubo de indicarle la conveniencia, si quería hacer camino en Roma, que cuidase más su dibujo, que esto era capital para el Greco y para Roma, pues el gran reproche que los romanos hacían á la escuela veneciana era el de que sus maestros no sabían dibujar. A este efecto Clovio hubo de indicarle al Greco que estudiase á Corregio. Que lo estudió, que lo copió, nos consta. En el Escorial, en Santo Domingo el Antiguo de Toledo y en otra iglesia toledana que ahora no recordamos, existen copias del celebérrimo *Esponsalicio de Santa Catalina,* del Corregio, que hoy está en París en el Louvre; y Fray Francisco de los Santos que publicaba en Madrid en 1698 su *Descripción del R. Monasterio de S. Lorenzo del Escorial,* dice de la copia del Escorial: «Hízola Domenico Greco y asientan los que han visto el original que está con toda destreza y semejanza», lo cual confirmamos. Aquí tenemos pues una copia que no pudo hacer el Greco sino mientras estuvo en casa del Cardenal, porque aquel *Esponsalicio* es el farnesiano.

De cómo estudiaba las propias obras de Clovio, nos lo dice un curiosísimo dato que nos conservó Nagler, pues éste cita para el Louvre y para los días de Luís Felipe como formando parte de su gran colección de cuadros españoles, una serie de pinturas de bosquejos de figuras *satíricas* sobre Carlos V con inscripciones griegas — para nosotros aquí no se trata sino de unos apuntes tomados por el Greco de las celebérrimas miniaturas de Julio Clovio sobre los *Triunfos de Carlos V* que se pueden hoy ver en el British Museum, y de las cuales sacó el cuadro de la *Rendición de Granada* poco menos que hecho nuestro insigne Pradilla. Las inscripciones serían resúmenes de los versos que explican los asuntos de las miniaturas, y si las obras se dieron por *Satíricas* sería por estar apuntadas *á lo Greco.* De este trabajo del Greco nadie ha sabido darme noticia ni en París ni en Londres en donde fueron vendidos los cuadros de Luís Felipe. Que el retrato de Clovio del Museo de Nápoles se hizo en Roma, del natural, no puede dudarse, pues ¿cómo no había de plantar gustoso Clovio ante Domenico si el propio retrato de éste habíale, como á los otros pintores de Roma, *asombrado?* Si ahora le damos á Roma el *Monaguillo* de Nápoles, ya no nos quedan más que dos obras, la *Devolución de la vista á un ciego* del Museo de Parma, y la *Expulsión de los mercaderes del Templo* del Conde de Yarborough.

Basta sólo dar una mirada á los cuadros de Dresde y Parma para convencerse de lo que hemos dicho, de cómo la tela de Parma está mejor compuesta que la tabla de Dresde. La composición suelta del primero se ha integrado, los tres grupos se han fundido aún conservándolos, y pues ha habido progreso es indispensable dar éste al tiempo, y dar el cuadro de Dresde á Venecia y el de Parma á Roma. A éste le pone el Greco su visto bueno, pues en el rincón alto de la izquierda se ha retratado. Esta sola circunstancia basta para fijar la jerarquía y época del cuadro.

No podemos dar para la *Expulsión de los mercaderes del Templo* la reproducción del cuadro de sir Francis Cook que se nos había ofrecido, pero damos la del ejemplar del Conde de Yarborough y ya hemos notado las principales diferencias entre uno y otro ejemplar y estará dicho todo añadiendo que el ejemplar de Richmond es tres veces más pequeño que el de Londres. En éste tenemos el grupo de los cuatro pintores, Ticiano, Miguel Angel, Clovio y Greco; los tres primeros bien conocidos, el cuarto no menos conocido, pues se ve bien que se trata del mismo pintor que se retrató en el cuadro de Parma. ¿A qué vienen en el cuadro tales retratos? Esto no lo ha dicho don Carlos Justi que se vanagloria de haber sido el primero en identificarlos: más importancia y más dificultades entrañaba la de su significación.

Domenico entiende que en la repetición romana de la *Expulsión de los mercaderes del Templo* debe dar una pública muestra de gratitud á los maestros del cuadro que son sus maestros. Pone á Ticiano, porque se da como discípulo suyo, porque es suyo el colorido del cuadro: pone á Miguel Angel porque es suya la composición del cuadro: pone á Clovio á su lado, pegado á él y como dándole una lección, porque es de toda evidencia como lo indica el gesto de Clovio y la atención del Greco, que aquél le está señalando los defectos de su primera interpretación y desarrollo de la idea del cuadro, del dibujo de Miguel Angel que le sirvió para componerlo. Esto exacto ¿no es de toda evidencia que no es posible ver en el cuadro de sir Francis Cook una repetición del cuadro del Conde de Yarborough, sino el cuadro original?

Fué otro Cook quien nos puso en camino para dar con el autor de la idea de la *Expulsión de los mercaderes del Templo.*—Cook en su libro *Sketches in Spain,* publicado en París en 1834, dijo en el Tomo II, página 159, al hablar de Santo Domingo el Antiguo de Toledo «que había visto un pequeño bosquejo de la *Purificación del Templo,* pintado á imitación del cartón de Pisa» — esto es, de claro-obscuro — «el cual es igual al dibujo de M. Angel, &.» — Con esto nos pusimos á buscar el dibujo de Miguel Angel, y lo encontramos en la colección de estampas de la Biblioteca Nacional de París, *Colección Armand,* Tomo 68, núm. 57, en donde existe no en original sino en copia fotográfica que es la que á nuestra vez reproducimos.

Sirvió igualmente este dibujo para un cuadro de Venusti que fué á parar después de pintado para la familia

Borghese, á S. Juan de Letran en Roma, y á esto puedo añadir que también lo aprovechó Vasari, y que el cuadro de éste puede verse en el Museo de Viena, sección italiana, número 100. Trátase pues de uno de tantos dibujos de Miguel Angel que corrían por los talleres de los artistas, de lo cual habla repetidas veces el dicho Vasari.

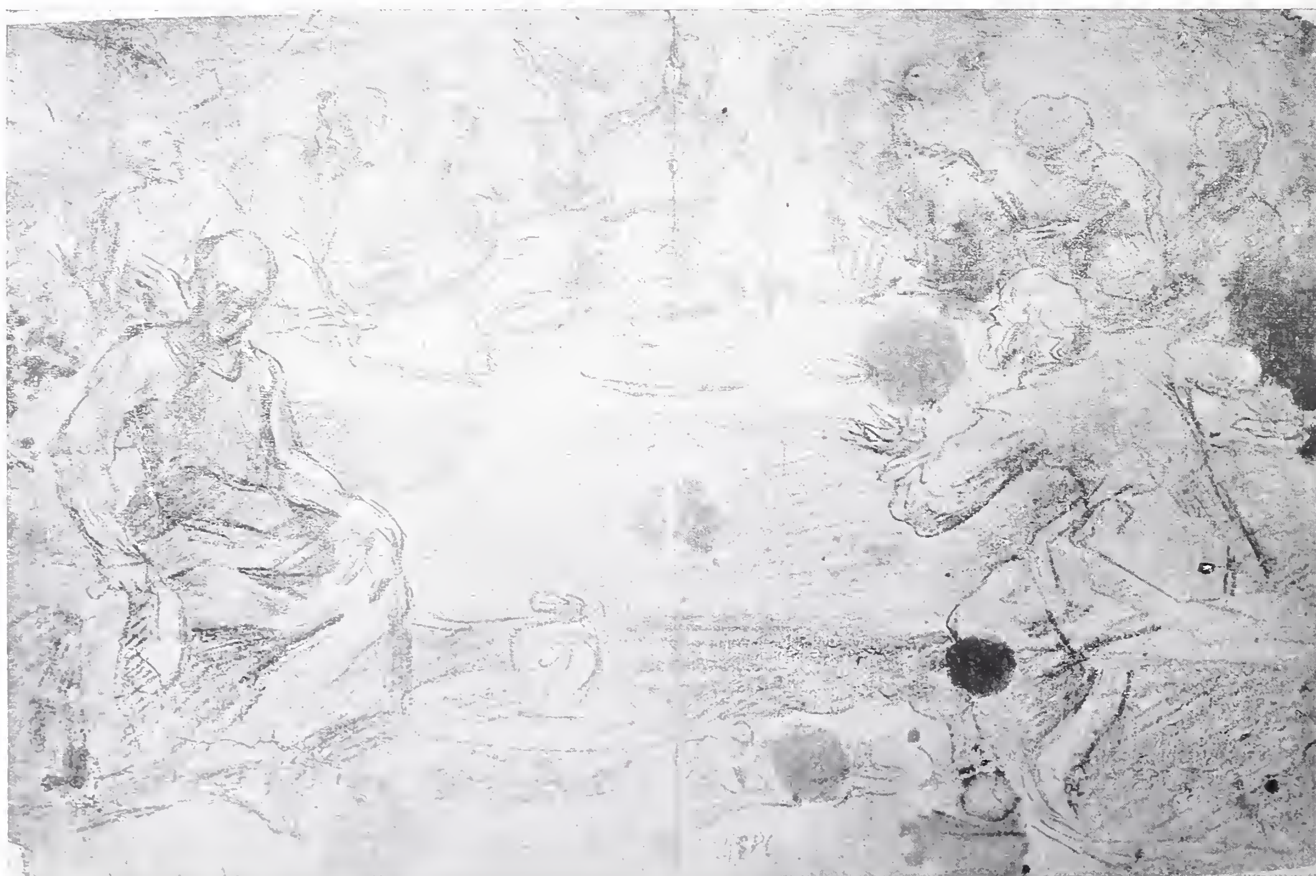
Todo lo dicho nos parece justificar el puesto en que colocamos el cuadro del Conde de Yarborough, y cómo debemos ver en él el cuadro de sir Francis Cook corregido. Pero no fué el cuadro del Conde el último estudio del dibujo de Miguel Angel. Salíase su interpretación y desarrollo demasiado del espíritu de la escuela romana para que Clovio se declarara satisfecho: aquella vendedora de pichones sobre todo había de soliviantarle; era sí, la nota más veneciana, pero una nota desafinada. Convencerían á Domenico las observaciones de su maestro, y nos dió una tercera repetición que damos á conocer reproduciendo la que obra en poder del historiador de Velázquez don Aureliano de Beruete, y reproducimos ésta porque su colorido es tan fuerte, tan brillante, que más bien que un cuadro al óleo (?) parece una pintura al esmalte, circunstancia que no diremos pruebe que sea de la época romana, pero si que en España no tiene nada que se le parezca.

Aparece en esta repetición una figura destinada á gran celebridad, la que reemplaza á la mujer, la del hombre que se baja para recojer una caja, celebridad que alcanza cuando reaparece en el *Expolio*. De esta repetición hay en la *Art Gallery* de Londres un ejemplar regalado por sir Robinsón.

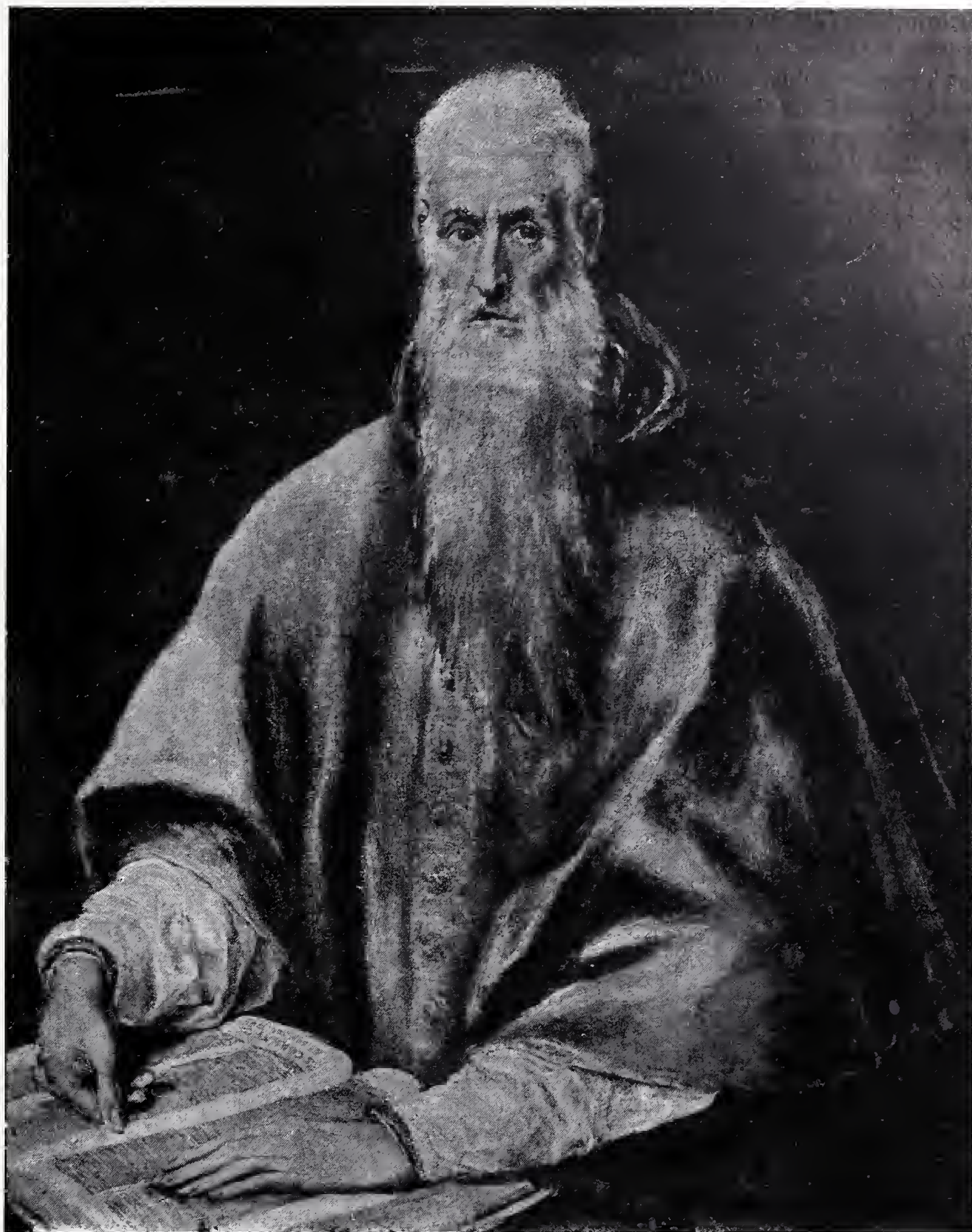
¿Podemos creer que del taller de Domenico no salieran en seis años más obras que las citadas? No por cierto; ¿qué otras podrían atribuirse á la época romana?

Tengo para mí que le pertenecen el retrato de cuerpo entero de Vicentio Anastagi, caballero de S. Juan y uno de los más gloriosos defensores de Malta contra los turcos, fallecido á los 55 años, en 1586. De este retrato no tengo más noticias,—porque todas mis diligencias para encontrarlo y verlo han resultado infructuosas,—que las que nos dejó el Baronet sir Stirling Maxwell á quien tanto debemos los amigos de las bellas artes españolas, y á cuyos hijos tanto debo particularmente y tan agradecido estoy. De ese cuadro dijo, «que sin duda alguna era la mejor muestra que de su pincel poseía Inglaterra, adornando la rica colección de W. Conigham» como puede leerse en *The works*—suyas—, impresas en Londres en 1891, Tomo I. Representó á Fray Anastagi vistiendo la acerada coraza, que no sé por qué me imagino sería la que puso á su Conde de Orgaz en Toledo y copió más tarde Velázquez, trusa de terciopelo verde y calzas blancas, aparejo que también recordará á todos el Felipe II de Ticiano, y en un pedestal junto al guerrero puso una larga inscripción en italiano, resumen de la vida y muerte del valiente Anastagi.

Veo igualmente en esa obra la que hoy podemos todavía admirar en Granada en casa del eminente arabista



Dibujo original del Greco.- Colección de la Biblioteca Nacional de Madrid



CARDENAL QUIROGA.- Museo de pintura de Londres

don L. Eguilaz. El retrato de nuestro célebre Julián Romero el de las Hazañas, con su inscripción y todo, puede darnos idea de lo que es la obra anterior, pues el cuadro de Granada es una obra hermosísima, mucho más hermosa de lo que permite juzgar nuestra fotografía, que ha suprimido del fondo un caballero armado de punta en blanco, con la famosa armadura de que hemos hablado, cruzado con un manto de terciopelo azul con flores de lis de oro. Yo no recuerdo obra más magestuosa que ésta y más digna de que el fotógrafo señor Garzon vuelva por su buen nombre repitiéndonos la fotografía que en tan malas condiciones nos entregó.

Nótese que en la inscripción no se da por muerto á Julián Romero, quien falleció de repente en Cremona en Italia en 1577 ó 78. Luego es el retrato de la época de su viaje á Italia, en donde falleció el ilustre capitán de Flandes.

Fuera de estos dos *Retratos de Anastagi y de Romero* no vemos qué otras obras atribuir á la época romana porque no podemos decidirnos por la opinión de don Carlos Justi que cree romano el *Expolio.*

Sin embargo, hemos de confesar que nos falta una gran obra que justifique el haber sido traído expresamente á España para pintar el altar de Santo Domingo el Antiguo en Toledo, pues aún cuando los *Retratos de Anastagi y Romero,* juzgando del primero por el mérito del segundo, colocaran ya al Greco en primera fila entre sus contemporáneos más famosos de las escuelas veneciana y roma-

na, es lo cierto que nos falta un cuadro religioso, un cuadro de devoción importante que motivara su elección; pero este cuadro no existe ó ha escapado á todas nuestras investigaciones, porque desde este momento para en adelante toda su obra es española.

Para «hazer el retablo de S. Domingo el Viejo» (de Toledo), «el qual tiene acabado y puesto en la dicha Iglesia, fué traydo el Greco á Toledo.» — Esto se lee en unas diligencias judiciales que nos ocuparán luego, publicadas por R. Zarco del Valle en sus *Documentos inéditos para la historia de las bellas artes en España*—Madrid 1870—y como en la cuenta del cuadro del *Expolio* se dice que se le encargó por el cabildo de la Catedral en Julio del año 1577, es de toda evidencia que debe ponerse el paso del Greco á España por lo menos a fines del año 1576.

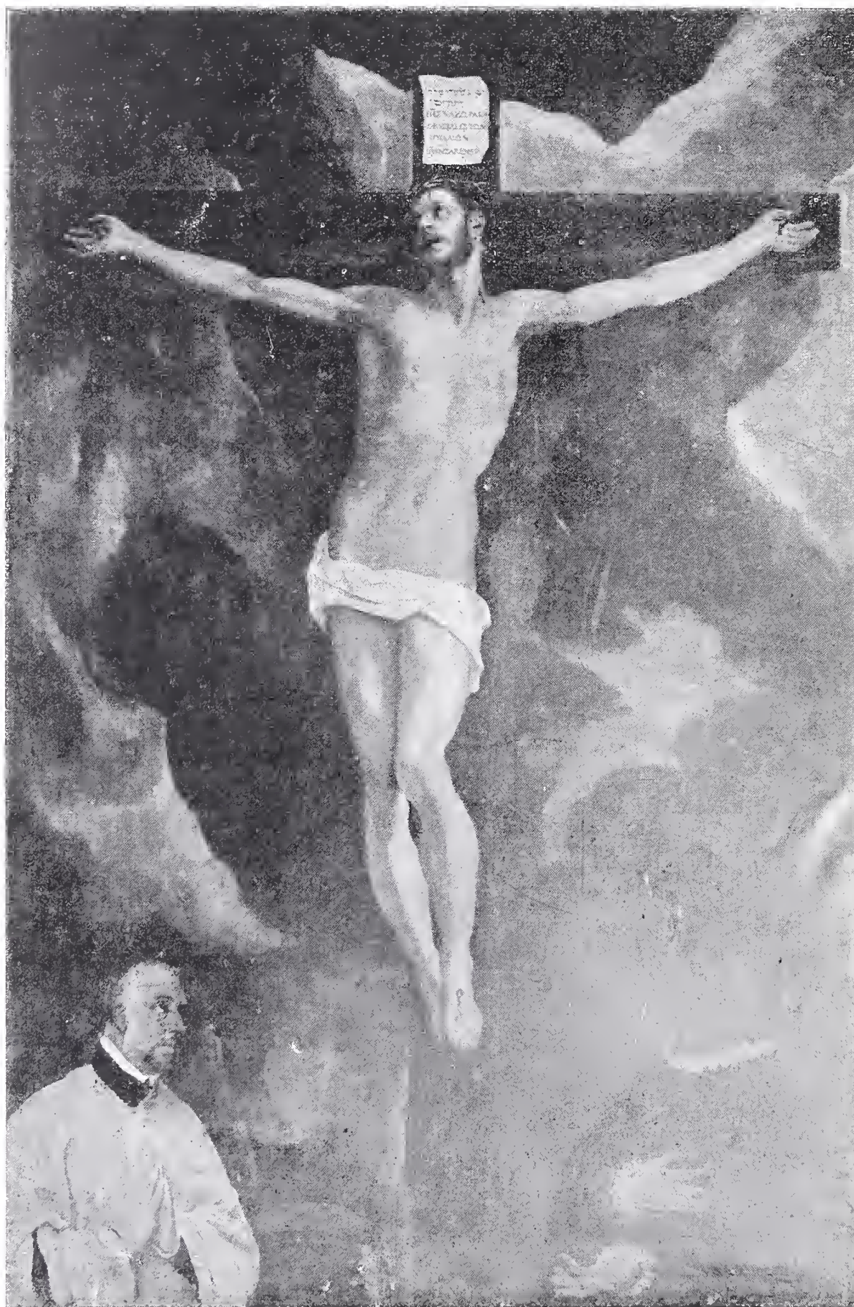
Existe todavía en España la obra entera del Greco en Sto. Domingo el Viejo, pues aunque su gran cuadro de la *Asunción* haya sido reemplazado por una copia de Aparicio, el original, que se lo llevó el Infante don Sebastián, está hoy en Aranjuez, lo cual parece imposible después de lo que viajó por Europa y de las vicisitudes de la familia de don Sebastián.

Tenémosle, pues, en Sto. Domingo el Viejo al Greco tal como entró en Toledo, en donde si la *Asunción* le acredita de derecho como discípulo de Ticiano, la *Adoración de los Pastores*, que se ve en el altar del lado del Evangelio—el izquierdo al entrar—le acredita de discípulo de Corregio. En tanto su *S. Juan Bautista* le acredita de Greco, porque todo el Greco está en esa magnífica figura, cuya cabeza no tiene comparación, sino con la del *Crucificado*, de inmenso misticismo á pesar de tratarse de uno de sus modelos, y del cual podríamos todavia añadir que, si no fuera tan Greco, le acreditaría á éste de no haberse servido en balde de los dibujos de Miguel Angel para tan soberbia figura, junto á la cual no desmerece el *S. Pablo ermitaño*, del cual tenemos el dibujo que para pintarlo hizo el Greco, como lo acredita su cuadrícula, hoy felizmente conservado en el *Gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional*, en Madrid.

Disentimos profundamente del juicio que hace D. C. Justi, ó que hizo de la *Asunción* cuando la vió en Pau. No hay por qué entrar en comparaciones con la *Asunción* de Ticiano; quédese cada maestro con la suya y nosotros con nuestra opinión de que no desmerecería la del Greco, si se la llevara al gran salón del Museo de Venecia, al salón de Ticiano y Tintoretto.

En la deliciosa *Adoración de los pastores* nadie ha reparado hasta hoy. Todo en este cuadro es de Corregio, hasta el juego de luces que ha inmortalizado el *Nacimiento* de Corregio—que es la obra recordada—le tenemos en la obra del Greco, y de la fantasía de éste allí está la gloria, y más abajo dos ángeles de tan clásica figura, que son modelos de la belleza antigua y de los del *Martirio de S. Mauricio* del Escorial y de *la Asunción*.

Nada, pues, tan natural, nada tan puesto en orden como el encargo que el Cabildo Catedral le hace, á la vista de tan bellas obras, de un cuadro para la sacristía re-



EL CRUCIFICADO.- Palacio de Justicia de Prades.- Francia

presentando el *Expolio de Cristo*, obra considerada por propios y extraños, no sólo como la mejor obra de Greco, sino como una de las mejores joyas del arte de la pintura.

¡Y cuantos disgustos no le acarreó á Domenico su *Expolio!*

Terminada la obra, se nombran en 15 de Junio de 1579 por las partes los peritos que han de fijar su importe, y en 27 del mismo al árbitro en discordia, caso de existir entre los peritos, como existió, teniendo que resolver el árbitro Alejo de Montoya, quien dice en 20 de Julio: «vista la dicha pintura ser de las mejores que yo e visto, y que si oviese destimar considerando sus muchas partes que tiene de bondad, se podría estimar en tanta cantidad, que pocos ó ninguno quisieren pagarla, visto la calidad de los tiempos y lo que de ordinario se paga en Castilla por pinturas de grandes artífices», tasa la obra en 3.500 reales... de aquel tiempo.

Notificóse la decisión del árbitro á Domenico en 17 de Agosto siguiente, contestando que ya respondería, y cual fuera su respuesta debe deducirse de haberse presentado el procurador de la obra de la iglesia de Toledo ante el tribunal, reclamando la entrega del cuadro mediante las correcciones propuestas por los peritos, ofreciendo el pago inmediato de lo que se debía; mas, como quiera que fuera forastero el Greco y tener acabada la obra de Sto. Domingo el Viejo para la cual fué traído, por estas razones y por no tener que estar ya en la ciudad ni tener bienes en ella, se le mandó dar fianza ó entregar el cuadro. Pidió Domenico copia de todo por escrito *por no entender bien el castellano;* y como se mostrara reacio, mandó el alcalde en 23 de Septiembre, que de no dar fianza ó entregar el cuadro, fuera puesto en la cárcel. Esta enérgica disposición rindió su resistencia, y al día siguiente se presentó ante el tribunal declarándose conforme en el precio y en corregir del cuadro lo que se debía corregir, conforme con el dictamen de los peritos.

Tenemos, pues, en la sacristía de Toledo corregido el *Expolio;* por consiguiente, todo otro *Expolio* que no esté conforme con el de Toledo podrá dar pie á que se le estime como anterior á éste, ó bien como una protesta del Greco contra las correcciones á que le obligaron sus censores.

Fué la más principal, y para el cuadro la más característica, la de alejar las Marías de la figura de Jesús, por la impropiedad histórica del suceso; es así que las Marías vienen más bajas en el *Expolio* de Toledo, que en el de *Manfrin,* luego la hipótesis de D. C. Justi de haber inventado el Greco el *Expolio* en Italia y deber al éxito de este cuadro su pase á Toledo, tiene fundamento.

Ahora bien: el *Expolio* de Manfrin, por lo que toca al emplazamiento de las Marías, es exactamente igual al *Expolio* del Sr. Abreu, de Sevilla; éste no se distingue del de Manfrin, en detalles notables, más que en el de tener el sayón puesta la mano, como en el de Toledo, sobre Jesús, para despojarle de la túnica. El retrato del Centurión es todavía de un hombre más joven que el de Manfrin, con ser el mismo; es decir: el Greco. Luego el *Expolio* de Abreu destruye la hipótesis del doctor Justi.

Reprobaban asímismo los censores tres ó cuatro cabezas que salían por encima de la del Cristo y dos celadas, y estas celadas no se ven en ninguna de las repeticiones del *Expolio*; todas, por el contrario, concuerdan, diciendo que nó cabe distinguir entre ellas más que en detalles que no afectan la integridad de la composición, variaciones que el Greco hace siempre que reproduce una de sus obras.

Encontramos ahora al Greco pintando el famoso cuadro de *S. Mauricio* y compañeros mártires para el Escorial, por expreso encargo de Felipe II, quien en 25 de Abril de 1580, dice, que habiéndose sabido que no trabaja en él por falta de colores finos y de dinero, manda que se le asista con lo uno y lo otro, enviándole especialmente azul ultramarino.

Ciertos, como no pueden menos de serlo los apuros del Greco por esa época, no se comprende, por poco que se pagaran en Castilla las obras pictóricas, después de lo hecho en Sto. Domingo y la Catedral de Toledo, que tan apurado anduviera, justificándose así lo que nos dejó dicho J. Martínez, «que ganó muchos ducados, mas los gastaba en demasiada ostentación de su casa.»

Terminó el Greco su *S. Mauricio,* que no gustó á nadie, como cuenta el contemporáneo P. Sigüenza, y se arrinconó la obra.

«En el intermedio del *Expolio* al *S. Mauricio* una transformación radical, una verdadera dolencia estética, se había verificado en la fantasía del artista», dijo P. Madrazo en el *Almanaque de la Ilustración española-americana*, publicado en Madrid en 1880.

Repudiaban los frailes el *S. Mauricio*, alegando, como dice el P. Sigüenza en la *Tercera parte de la historia de la Orden de S. Jerónimo*, impresa en Madrid en 1605, porque «los Santos se deben pintar de manera que no quiten la devoción», y esta acusación es injusta; por lo que toca á los Santos pintados, ellos tienen sentimiento de sobra, y por encima campea una gloria, que es una gloria de composición, de dibujo y color que reproducimos á la cabeza de este número.

Lo que tiene el cuadro es vulgaridad, falta de aire—perspectiva aérea—pues no se alejan los protagonistas del cuadro á la vez representados sufriendo el martirio; colorido vago, aquel azul ultramarino empleado, cuando antes le faltaba, ahora con derroche; y luego falta de buen gusto en presentar toda aquella serie de piernas desnudas que contrastan con la pesada indumentaria de los cuerpos. Pero mírese por partes y se verá la magia que hay en aquella serie de hombres entretenidos en elevada y seria plática cuando están á la puerta de la muerte.

Débese acusar la factura del cuadro, factura que preludia la de sus últimos tiempos, cuando pinta llevando siempre el pincel de arriba abajo.

Que en el *S. Mauricio* se transparentan rarezas que se acentúan en el *Entierro del conde Orgaz,* es innegable, y de estas rarezas estéticas el mismo Greco dió la explicación, que no sabemos por qué se ha pasado por alto.

Dijo Palomino que el cuadro del *Entierro* se mandó ejecutar en el año 1584 por el cardenal de Toledo Gaspar de Quiroga, á instancias del cura de Sto. Thomé, An-



Retrato del Capitan Julián Romero el de las Hazañas
Colección de D. L. Eguilaz; Granada

drés Nuñez, de Madrid, en el *Parnaso español pintoresco laureado, tomo III, Madrid 1724*, y de este cuadro famosísimo entre todos los del Greco, admiran unos sólo la parte baja, otros exaltan la parte superior, la gloria, de la que otros abominan, y un profesional, el laureado pintor don Martin Rico, lo proclamó en *El Liberal* de Madrid el 30 de Noviembre de 1894, «fundamento de la escuela española.»

Censúrase, principalmente, lo largo de las figuras celestes, encontrándose desproporcionadas, y esta desproporción se ve también en la parte baja en la figura de S. Agustín y otras; en otros cuadros del Greco llega la desproporción á lo inverosímil; ejemplos: en Toledo, el *S. José*, el *S. Martín;* el *Bautismo de Cristo* en el Hospital de Tavera; ¿y por qué? —léese en el cuadro de la *Vista de Toledo* conservado en el Museo de pintura de dicha ciudad: — « También en la historia de Ntra. Señora, que trae la casulla á S. Ildefonso » — que en el cuadro cae sobre Toledo — « por su ornato que hacen las figuras más grandes, me he valido en cierta manera de ser cuerpos celestiales, como vemos en las luces que, vistas de lexos, por pequeñas que sean nos parecen grandes.»

No tendrían otra razón los artistas de la Edad Media para dar á sus santos formas extraordinarias. El Greco lo confiesa; la desproporción arranca de su concepción de los cuerpos celestiales, que han de distinguirse de los terrenales. Bueno es, pues, conocer la estética del Greco, para cuando su fantasía exaltada y extraviada le lleve á producir monstruosidades.

Imposible decir ahora la época de otros dos grandes, soberbios cuadros, la maravilla del *Sueño de Felipe II*, que se ve en el Escorial y de la que existe una repetición que posee don Archibaldo Stirling-Maxwell, verdadera miniatura de un trabajo y colorido exquisito, y el *Crucificado*, que hoy se encuentra en el Palacio de Justicia, de Prades, en Francia, como donativo del señor Pereire. En esta segunda obra, de figuras de tamaño natural ó algo mayores, el Greco se contrapone al *Sueño de Felipe II,* demostrando que su genio y su mano no tenían límites. En estas dos obras todavía el Greco es el Greco de la *Asunción*, del *Expolio* y del *Entierro del conde de Orgaz;* no es posible, pues, alejarlas mucho de ese tiempo, porque ya para 1590 deberemos renunciar á ver más obras de igual categoría, como no sean retratos ó medias figuras, pues en esto el Greco se conservó hasta sus últimos momentos artista incomparable, por lo cual es muy difícil, faltos de cronología estable, fijar la época de la famosa serie de sus cabezas ó retratos, pues aun cuando no todas sean de igual valor, como ya es de suponer, ni una sola puede citarse, como indigna, de un hombre de su fama.

Falta asímismo, hoy por hoy, la cronología de los muchos cuadros que adornan los principales altares de las iglesias de Toledo, algunos de verdadero mérito, otros de verdadera decadencia; y no es esto tanto de deplorar como lo que resulta para Greco como escultor.

Lleva la fecha de 9 de Enero de 1585 el asiento de la obra de la Catedral de Toledo con Dominico Theotocópuli, para que haga el ornato de la madera del cuadro del *Expolio*, conforme al proyecto que él mismo presentó y fué aprobado, y el cual se obligaba á tener terminado

para Enero de 1586, obra que consta tasada en 17 de Febrero de 1587. ¿Qué fué de este ornato de madera, del cual sabemos que estaba adornado de columnas, capiteles y bajos relieves? Nadie lo sabe en Toledo. Se arrancó un día para ponerle el marco que hoy tiene, y nadie, al parecer, se cuidó de recojer la obra del gran artista, que debía darnos á conocer sus primeras tallas en España.

Mayor importancia artística tenían, seguramente, las estatuas orantes de los sepulcros de los Hinojosas, en el convento de religiosos descalzos de S. Francisco de Illescas. De estas estátuas, del monumento funerario que adornaban tenemos varias noticias, en tanto no nos fué posible á nosotros recojer en Illescas la más mínima acerca de su paradero, desaparición incomprensible, que llega hasta haberse perdido en la localidad el recuerdo del solar del convento. Las estátuas y el monumento funerario serían, sin embargo, posteriores á 1595, año del fallecimiento de Gedeón de Hinojosa, año igualmente memorable por la muerte del insigne poeta Ercilla.

Habia igualmente fallecido el año anterior de 1594 el cardenal de Toledo, Quiroga, á quien debía Dominico el cuadro del *Entierro del conde Orgaz*; de modo que de los ilustres fallecidos en 1584-1595 tenemos, ó teníamos, grandes memorias de ellos de mano del Greco, habiendo llegado hasta nosotros lo más perecedero: las telas consagradas á Quiroga y á Ercilla; del primero conocemos dos; una, en la sacristía de la Catedral de Valladolid; otra, en *The Art Gallery* ó Museo de pintura de Londres : de Ercilla tenemos su retrato en el *Museo del Ermitage,* ó Museo de pintura de San Petersburgo, obras todas ellas tan admirables, que bastan por sí solas á dar á Greco un puesto eminente en la historia de la pintura; y como retratista, dentro de la escuela española, un puesto que sólo Velázquez puede respetuosamente disputarle.

Sería curioso averiguar si los dos grandes retratos que acabamos de citar fueron pintados en vida ó después del fallecimiento de los retratados, porque de lo que era capaz de hacer el Greco de una mascarilla ó de un busto, nos lo dice el retrato del Cardenal Tavera, sacado indudablemente de la mascarilla que sirvió á Berruguete para la estátua yacente de su magnífico sepulcro, obras entrambas guardadas en el Hospital de S. Juan Bautista, de Afuera ó de Tavera, como se dice en Toledo.

Difícil, igualmente, se hace señalar la época del retrato de *Pompeo Leoni,* que hoy está en la *Colección de Keir*, porque pudo el Greco pintarlo antes de 1582, época de la salida de España de Pompeo, como en la época de su regreso, que ocurre á mediados de 1589 ó años siguientes, pues ya no se mueve más, falleciendo en 1610, pero yo me inclino á ver en el busto un sesentón mejor que no un hombre de 52 años, á lo sumo.

Cean Bermúdez dice que fué en 1590 cuando ejecutó el Greco la traza de la iglesia y retablo mayor del colegio de Agustinos Calzados, de Madrid, llamado de doña María de Aragón, hoy el Senado. Probó Cean, contra Palomino, que nada tenía que ver el Greco con la traza de Sto. Domingo el Viejo, de Toledo, que también se le atribuía, y yo creo que sucede lo mismo con el colegio



La Adoración de los Pastores.-Santo Domingo el Antiguo, de Toledo



Coronación de la Virgen - Colección de D. Pablo Bosch; Madrid

como todo el cuadro, por pinceladas que no se cuida de unir, ó que, cuando une, le resulta un todo mantecoso, sin embargo, ¡apenas si en una de estas obras no encontraremos que citar algo de primer orden! Es de ver en el *Bautismo de Jesús,* del Museo de pintura de Madrid, la parte superior, la gloria, verdadera gloria del cuadro, porque la parte inferior es un infierno; y en el de la *Resurrección* el soldado romano que cae de espaldas, escorzo valientísimo, digno de figurar en las Academias como obra de estudio.

Tenemos ahora al Greco en Illescas, enzarzado en 1600 en una grave contienda con su Alcabalero, que exigia alcabalas de la obra que en su hospital hacía. Domenico se sostuvo negando que debiera pagar la obra artística alcabala alguna, y de aquí que Pacheco dijera «que fué gran filósofo, de agudos dichos, y que escribió de la pintura, escultura y arquitectura.» Ganó el pleito, y la sentencia que obtuvo sirvió para otros posteriores de igual índole, como puede verse en los *Diálogos de la pintura* de V. Carducho, Madrid 1865. De su obra en Illescas es de notar el cuadro de *S. Ildefonso,* que merece ser contado entre sus buenas obras; mas, por lo que toca á las dos estátuas mayores del natural, del altar mayor, dos profetas, que pasan por suyas, he de reservarme, porque en las malas condiciones en que me fué dable estudiarlas, no pude formar opinión bastante á convencerme que pudieran ser suyas.

Llevóle su fama de nuevo á Toledo para la obra del altar mayor del Hospital de Tavera, que consta, como obra suya, de escultura y pintura, y como se le abonó la cuenta en 1609, dada la importancia de la obra, hay que ponerla, á lo menos, en 1607, y no es de alabar, siéndolo todavía menos aquel *Bautismo de Jesús,* que recuerda el ya citado del Colegio de doña María de Aragón.

Razón de los extravíos de Domenico la darían, si no se pudiera decir que él bien pudo contribuir á desbaratar la razón de los otros, sus relaciones con los jefes de la jerga cultidiablesca, como decía Lope de Vega. De estas relaciones del Greco con el Trinitario Fray Hortensio FélixPalavicino, tenemos el soneto qne éste le dirigió con motivo del retrato que de él hizo, que es el siguiente:

de doña María de Aragón, pues todo lo que ha podido averiguarnos don Cristóbal Pérez Pastor, el laureado y eminente bibliófilo, es lo que ya sabíamos, que del Greco fueron el altar y los cuadros, pero nada más, pues esto es lo que resulta de las cuentas de Alonso de Arévalo, que copió para servirnos, y pues hemos dicho lo que se le abonó por *Expolio,* no estará demás por ahora decir que por el retablo entero se le pagaron 65.300 reales, entre 1598 y 1600. Como se ve, estamos lejos del año 1590, señalado por Cean Bermúdez para la obra.

Dijo de su altar y de sus pinturas Norberto Caimó en sus *Lettere d' un vago italiano*—Roma 1794—que todo era en él excelente: pinturas, esculturas y dibujo del altar; pero de esta opinión no fueron otros autores que vieron en el salón del Senado dicho altar, ni puedo compartirla á la vista de los cuadros del mismo, cuatro de ellos conservados hoy en el Museo Nacional de Pintura de Madrid, y el resto distribuídos en varios puntos: en Lugo, Sabadell, Villanueva y Geltrú—Museo Balaguer—al cual le ha tocado, tal vez, el mejor de todos y ahora mandados recojer por el Estado para completar la colección de Grecos del Museo Nacional, lo que no aplaudimos por sobrar ya en el mismo telas del valor de las ahora mandadas recojer.

Aquí tenemos ya al Greco víctima del desequilibrio de sus facultades. Las figuras desproporcionadas, horriblemente largas y contorsionadas, pintadas de arriba á bajo,



LA ESPOSA DEL GRECO.- Colección de Sir Stirling Maxwell.- Londres



FRAY HORTENSIO PALLAVICINO. (?) Colección de D. P. Bosch; Madrid

Si este soneto fuera dedicado á un cuadro de composición del Greco, podríamos decir que basta por sí sólo á dar razón de todas las extravagancias del mismo, pues, ¿podía conservar el Greco normales sus facultades, teniendo por amigos y admiradores á Palavicinos y á Góngoras? pues se trata de un retrato, de una cabeza, y ya hemos dicho que en este particular el Greco no decayó nunca: digamos que murió siendo incomparable retratista. De ese retrato de Palavicino, dijo Palavicino que en su tiempo lo poseía el duque de Arcos; no sé más de él, pero don Pablo Bosch posee en su colección el retrato de un trinitario, que reproducimos, y que hasta que se me pruebe lo contrario, he de tenerlo por el del célebre predicador de la corte de Felipe III.

¡Cuántas y cuántas obras del Greco no pasamos por alto! Por su mérito artístico hubiéramos podido clasificarlas, señalarlas época; pero en este artículo-prospecto no era cosa de detenernos, porque el espacio falta.

Divino Greco: de tu obrar no admira,
Que en la imagen exceda á el ser el Arte;
Sino que de ella el Cielo, por templarte,
La vida (deuda á tu pincel) retira.
No el sol sus rayos por su esfera gira,
Como en tus lienzos; basta el empeñarte
En amagos de Dios! Entre á la parte
Naturaleza, que vencerme mira.
Emulo á Prometheo en un Retrato,
No afectes lumbre; el huerto vital dexa,
Que hasta mi alma á tanto ser ayuda,
Y contra veinte y nueve años de trato,
Entre tu mano, y la de Dios, perplexa,
Qual es el cuerpo, en que ha de vivir duda!

Pocos años después falleció el Greco, y á su muerte, el jefe de la escuela literaria, de la que podríamos llamar al Greco el jefe píntor, Góngora, compuso este

SONETO.

Esta en forma elegante ¡ó peregrino!
De pórfido luciente dura llave,
El pincel niega al mundo más suave,
Que dió *espíritu al leño, vida al lino.*
Su nombre, aun de mayor aliento dino,
Que en los clarines de la fama cabe,
El campo ilustra de ese mármol grave:
Venéralo, y prosigue tu camino.
Yace el Griego: heredó naturaleza

Arte, y el arte estudio, iris colores,
Febo luces, sino sombras Morfeo.
Tanta urna, á pesar de su dureza,
Lágrimas beba, y cuantos suda olores
Corteza funeral de árbol sabeo.

Hemos subrayado el cuarto verso porque en él Góngora celebra al Greco como escultor cuando de su obra escultórica tal vez no quede más que lo de Illescas.

Señalaron ya Palomino y Cean como discípulos del Greco á Tristán, Maymó y Orrente, y los grandes historiadores y críticos modernos de Velázquez, don Carlos Justi y don Aureliano de Beruete, confirman lo que ya dijo Palomino de haber sido Tristán y el Greco quienes arrancaron á Velázquez de las mezquinas enseñanzas de su suegro Pacheco.

Hasta donde llegó la influencia del Greco en Velázquez, y hasta dónde llevó éste su estudio, bastaría á decir lo que Stirling Maxwell tuvo por del Greco el famoso *retrato de don Alfonso de Pimentel,* y el ejemplo práctico que aquí ofrecemos presentando la *Coronación de la Virgen* por el Greco, de la colección de nuestro amigo don Pablo Bosch, que parece calcado en el mismo asunto tratado por Velázquez, obrante hoy el cuadro en el Museo de pintura de Madrid.

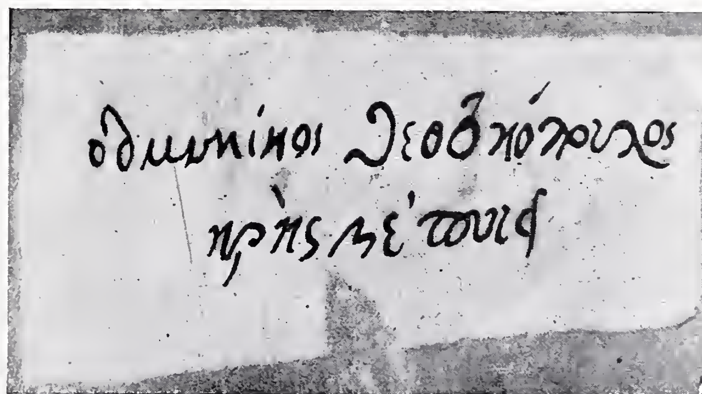
Como para nosotros es muy cierto lo que dijo Palomino del Greco, *que lo que él hizo bien, ninguno lo hizo mejor;* y *lo que hizo mal, ninguno lo hizo peor,* no creemos necesario ni conveniente divulgar lo que hizo mal, por más que siempre, en lo rematadamente malo, se encuentra algo que revela, de un lado, el genio extraviado, y del otro, el práctico insigne, que no retrocedía delante de ninguna de las grandes dificultades de su arte.

Ha padecido el Greco de no tener en Madrid obras de sus buenos tiempos, pues no bastan algunos retratos á colocarlo en su puesto, y hasta hace poco los mismos cuadros que hoy figuran en la primera sala de la gran galería, estaban arrinconados en los sótanos del Museo, á donde tuvimos que bajar para estudiarlos, y claro está que no hemos de pensar que el cariño que por sus obras han demostrado muchos artistas catalanes haya sido causa de que puedan verse en regulares condiciones las mencionadas obras, pero si hemos de decir que la primera estátua levantada al Greco lo ha sido en Cataluña, y que Sitges la posee, gracias al entusiasmo que por el Greco sienten pintor tan celebrado como don Santiago Rusinyol y escultor tan renombrado como don José Reynés.

Cataluña posee pocas obras del Greco y ninguna de gran mérito, fuera de la repetición de *Cristo con la cruz acuestas,* en Olot, de cuyo cuadro—el original—dijo *The Art Journal* en 1896, cuando la Exposición de cuadros españoles, esto es de la repetición de D. A. Stirling-Maxwell, que ni Perugino, ni Fra-Angélico, ni Carlo Dolsi, llegaron á la expresión de lo patético religioso á la altura á que llegó el Greco.

Los cuadros de Sabadell y Villanueva no tienen el mismo valor con ser de la misma procedencia; el segundo aventaja al primero, y de poco valor son los dos que posee don S. Russinyol en Sitges, en su bellísimo *Cau Ferrat.* Otros particulares poseen también varios lienzos secundarios.

Posee la Universidad de Barcelona una copia del *Expolio* del hijo del Greco, de Jorge, una de las pocas obras pictóricas que de él se conocen, que no se recomienda bajo ningún concepto, y la cual, sin embargo, tiene un valor inestimable, porque en el centurión del *Expolio* nos ha dejado el eslabón que se necesitaba, para llegar á determinar en el retrato que posee don Aureliano de Beruete, que reproducimos en la cubierta de este número, la vera efigie de Domingo Theótocopoulos, como creemos haberlo probado en el año pasado en la *Revista de la Asociación Artístico-Arqueológica-Barcelonesa.*



Domenikos Theotokopoulos Kres epoiei — Domenikos Theotokopoulos Kretense hacia.

Firma del cuadro de S. MAURICIO

PANORAMA NACIONAL

BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS



La forman 2 preciosos álbumes lujosamente encuadernados
que contienen cada uno más de 300 vistas,
fotografías grabadas é impresas con esmero

CADA TOMO 20 PESETAS

Hermenegildo Miralles, Editor
BARCELONA

HISPANIA



N.º 72.-15 FEBRERO 1902 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



F. DOMINGO UN BEBÉ

La estrella del rey Carlos de Suecia


Enrique Sienkiewicz

Mientras que todos aquellos cuya mano sentíase capaz de sostener una espada preparábanse al combate en toda la república de Polonia, Carlos Gustavo quedaba en Prusia ocupado en la conquista de las ciudades y en las pláticas con el Elector.

Tras una fácil victoria el soldado perspicaz notaba de pronto que aquella conquista, gloriosa para el león sueco, podía costarle cara.

El regreso de Juan Casimiro, rey de Polonia, destruía para siempre la esperanza de conservar la República íntegra; al menos el monarca escandinavo quería conservar la mayor porción posible, y abarcando todo, aquella Prusia, provincia rica y fértil, llena de grandes ciudades á más de estar limitrofe á sus Estados; pero este país vencido vivía obstinadamente fiel á su primer dueño y á la república

La vuelta de Juan Casimiro y la guerra declarada nuevamente por la Confederación de Tysch, podían reanimar el espíritu patriótico de estas provincias, excitarlas á la resistencia.

Carlos Gustavo lo comprendió así y resolvió vencer para siempre la rebelión, destruir las fuerzas del rey de Polonia y quitar á los prusianos toda esperanza de socorro.

Debiendo hacerlo así, no lo hizo á causa del Elector, siempre dispuesto á amparar la causa del más fuerte. El rey de Suecia conocería entretanto el personaje; no podía dudar que en el caso de una mudanza de fortuna propicia á los polacos, el Elector de Prusia volvería á hacerse su aliado.

No obstante, el sitio de Melboy no adelantaba poco. Aquella fortaleza era siempre defendida con encarnizamiento por Weiter. Carlos Gustavo invadió el territorio de la República, decidido á alcanzar y aplastar á Juan Casimiro en su último refugio.

Y como en este hombre la acción seguía inmediatamente al pensamiento, del mismo modo que el trueno sigue al relámpago que le anuncia, antes que el ruído de esta nueva invasión se estendiera hasta Polonia, el rey de Suecia, reunido que hubo á toda prisa sus tropas diseminadas en los campos, tocó en Varsovia, y sin detenerse fué más lejos y arrojóse en plena hornaza, en el terrible incendio que devastaba todo el país. Y cual la tempestad avanzaba destruyendo todo á su paso, devorado por la cólera, la venganza y el odio. Diez mil jinetes le seguían sobre las estepas cubiertas aun de nieve. Marchaban como el soplo del huracán por mitad de la República.

Á su paso, el suelo consumía y mataba todo sin piedad. Este no era ya el Carlos Gustavo de otras veces, el soberano clemente, humano y placentero. En todas partes donde aparecía hoy, la sangre de la nobleza como la del pueblo ¡ ay ! corría á mares. Por su parte él mataba á los rebeldes, colgaba á los prisioneros y no hacía gracia ni merced á nadie.

Pero cuando en las tinieblas del bosque profundo, donde el eco taciturno y formidable avanza lentamente sin que los lobos embravecidos que le siguen osen aún atacarle, lo mismo en este desierto de estepas innumerables compañías de partidarios y voluntarios seguían paso entre paso al ejército sueco siempre dispuesto á su favor. Los que le precedieron en el camino de la victoria destruyeron los puentes, quemaron los villorríos y acabaron las provisiones. El vencedor escandinavo marchaba literalmente en un desierto, no encontraba un abrigo para el reposo, un trozo de pan para sus soldados hambrientos.

Carlos Gustavo comprendía, en fin, cuanto su empresa tenía de temeraria. La guerra le cercaba por todas partes, cada día era más terrible, más agresiva, como una marea que sube. Prusia estaba ardiendo, la Gran Polonia, que en otro tiempo había aceptado la primera la conquista sueca, no pensaba sino en sacudirse el yugo.

La Polonia menor y la Lithuania estaban también ardiendo.

En los castillos, fortalezas y grandes ciudades, el poder de los suecos se mantenía aún; pero las llanuras, los campos, los prados, las selvas, las riberas y las fuentes eran reconquistadas por los polacos. No sólo algunos soldados aislados, sino un regimiento entero no podía apartarse sin peligro del ejército sueco. La pérdida era cierta; los rezagados desaparecían, y decíase que los prisioneros caídos en manos de los paisanos perecían enmedio de terribles torturas.

Inútil fué que Carlos Gustavo hiciera anunciar en todas las ciudades y villas que todo lugareño que hubiera



estado mayor del ejército.

Entre los que acompañaban al rey en aquella campaña figuraba el príncipe Adolfo, hermano de Su Majestad, Robert Douglas, Enrique Horn Valdemar, conde de Danemark, Müller Aszemberg, y el más célebre de todos, el antiguo bandido Alfredo Wittemberg, feldmariscal y generalísimo. Iban más aún, todos conocidos por su genio militar y sus hazañas, cuya gloria no sobrepujaba la del rey.

Por otra parte, todos comenzaban á temer que aquel valiente ejército pereciera de privaciones y de fatiga. El viejo Wittemberg protestaba contra la nueva campaña:

—¿Cómo podría Vuestra Majestad alcanzar al enemigo que nos huye, que evita todo encuentro, que nos precede en el camino de Polonia y que destruye todo á su paso? ¿Qué haremos el día en que nuestros caballos revienten de hambre y corran igual suerte nuestros soldados? ¿Dónde están los nuevos ejércitos que vendrán en nuestro socorro? ¿Dónde los castillos y fortalezas en que podamos reposar y rehabilitarnos? No trato por cierto de comparar mi mérito con el de mi rey; pero si yo fuese Carlos Gustavo, no arriesgaría por nada una gloria á tan alto precio adquirida, con respecto á tal victoria en semejante campaña.

Pero Carlos Gustavo le respondió simplemente:

—Yo hablaría como vos si me llamara Wittemberg.

Y se adelantaba, pues, tras de una marcha invencible, á pesar de tantos obstáculos, perseverados por el glorioso jefe del ejército polaco, Czarniecki.

No teniendo éste tropas bastante numerosas, bastante disciplinadas para emprender una lucha abierta, evitaba todo encuentro; huía delante de los suecos, pero continuaba contra ellos una guerra encarnizada de emboscadas. El ejército sueco no sabía nunca dónde se encontraba este invisible y formidable adversario, siempre preparado para los ataques inesperados y rápidos como el relámpago; frecuentemente, entre las nieblas del crepúsculo y de la noche los suecos creían ver enemigos emboscados en los montes, ocultos tras la espesura de las selvas impenetrables; locos de rabia comenzaban entonces un fusileo inútil y burlón contra estos imaginarios adversarios. Una fatiga horrible abrumaba á los soldados escandinavos; marchaban adelante por aquella tierra conquistada, pero enemiga, seguidos continuamente por el frío, el hambre y la desesperación, en la creencia perpetua de un ataque decisivo de su invencible y formidable adversario.

Al fin llegaron á reunirse en las cercanías de Goleb, cerca del Vistula.

conducido al campo sueco un hidalgo polaco hecho prisionero, muerto ó vivo, que todo esclavo reunido á la causa de la invasión, estaba libre y perdonado por la voluntad real. Los lugareños hicieron causa común con la nobleza. El pueblo de las montañas, el de los bosques y las estepas se ocultaba en las malezas huyendo ante el enemigo, tendiéndole lazos á cada paso y atacando á la vanguardia; los palos, los falsos cuchillos de los lugareños estaban rojos de sangre sueca, al igual que los sables de los señores y de los nobles.

Y lo que sobre todo exasperaba al rey Carlos era que este mismo país, súbitamente revolucionado hoy, lo había conquistado algunos meses antes casi sin dificultad. ¿De dónde procedían estas fuerzas nuevas, esta resistencia inesperada, aquella guerra sin piedad, de la cual no podía prever el fin?

También eran frecuentes los consejos de guerra en el

Muchos regimientos polacos, preparados ya para el combate, se precipitaban con violencia sobre el enemigo, sembrando en sus filas el espanto y el desorden.

Así lo hizo inmediatamente Wolodyjowsky, con su famoso regimiento de Landau, que atacó al príncipe heredero de Danemark, mientras que Samuel Viawecki con sus caballeros aniquilaba la legión extranjera de los mercenarios ingleses de Wikilson.

En un abrir y cerrar de ojos los suecos fueron rechazados hasta el Vistula. Visto el desastre, Douglas se dió prisa por llegar á la ayuda con sus mejores tropas. Pero este refuerzo no pudo detener el desastre general. Los suecos, enloquecidos se precipitaban desde lo alto de los bordes del Vistula, muy escarpado en este sitio el rio, recubierto de una espesa capa de hielo, sobre la cual los heridos y los muertos se amontonaban.

Pero en este instante, Carlos Gustavo con sus regimientos y su artillería llegó al campo de combate, y la fortuna variable pareció sonreir á los suecos. Las tropas de reserva de Czarniecki, mal disciplinadas, no supieron resistir al ataque inesperado del ejército enemigo, y pronto emprendieron la fuga en dirección á Wiepar.

Czarniecki, queriendo al menos reservar cierta parte de sus tropas distinguidas, aquellas que tan briosa mente habían comenzado la jornada, desesperado Czarniecki hizo tocar retirada. Una parte del ejército polaco obedeció en dirección á Wiepar y la otra en la de Kouskowoli, abandonando el campo de batalla, y la victoria, incierta un instante para Carlos Gustavo, triunfaba una vez más.

El júbilo era inmenso en el campo sueco. Sólo el triunfo y el botín de aquella victoria fueron por demás gloriosos: algunos sacos de grano y algunos carros vacíos. Pero Carlos, por esta vez al menos, no pensó en el botín. Necesitaba el consuelo moral de una victoria, y la había obtenido.

Le hacía dichoso poder probar que la fortuna le seguía fiel como en tiempos pasados, en los que á él le había bastado aparecer para vencer. ¿Y cuál era su adversario? ¡El ilustre Czarniecki, la última esperanza de Juan Casimiro y de la República!

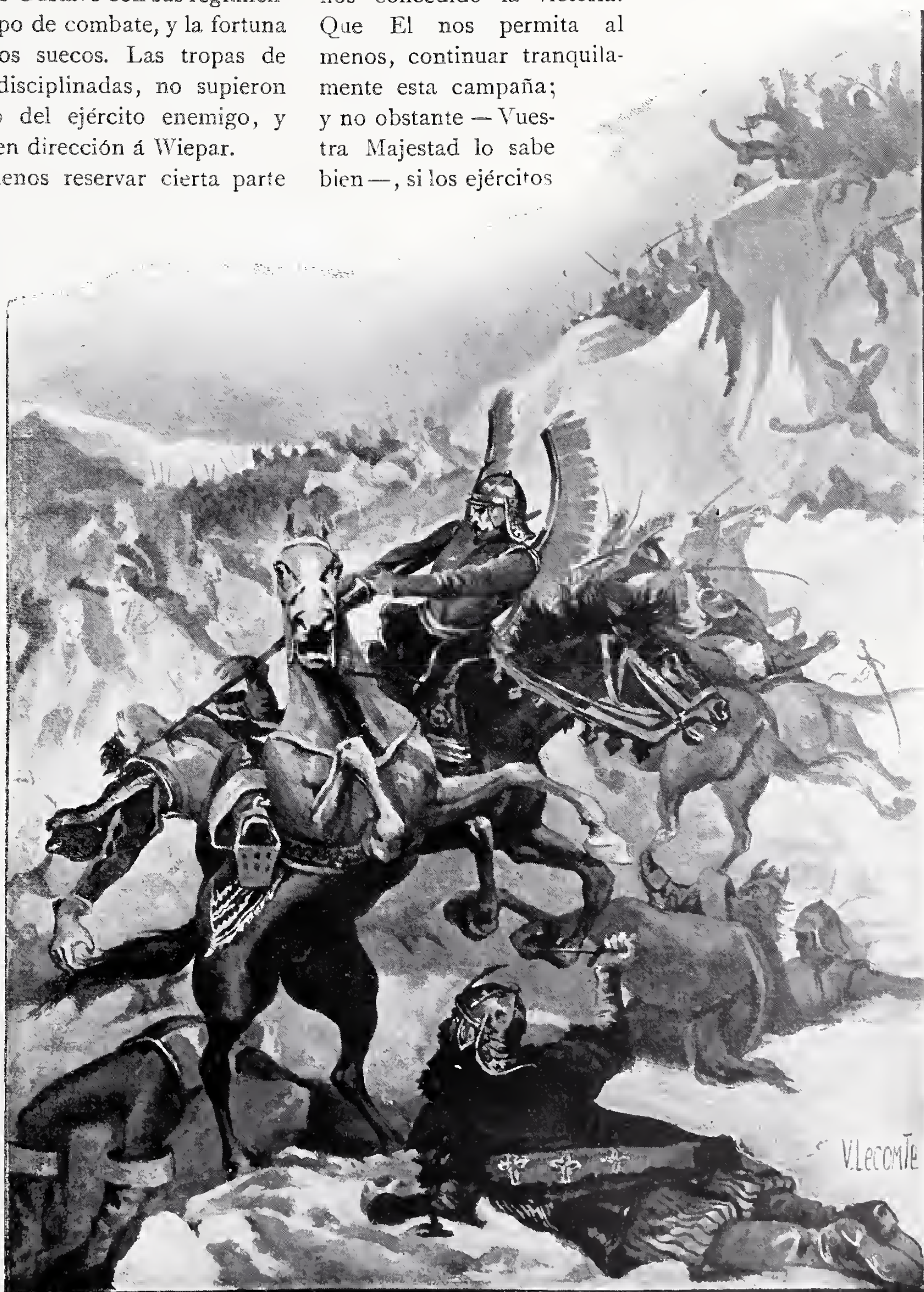
Esperaba que aquella noticia repercutiría pronto en todo el país, y todas las voces de la derrota repetirían al unísono la terrible verdad. ¡Sí! ¡Czarniecki estaba vencido! y los cobardes y traidores, exajerando las proporciones del desastre, quitaban todo el valor de aquellos mismos que volvían á recuperar las armas.

También cuando se condujeron los sacos de grano, único é irremisible botín del combate, el rey de Suecia, dirigiéndose á sus generales, todos inquietos aun, les dijo:

—Que el velo de inquietud que sombrea vuestros rostros se disipe, señores, porque esta es la victoria más grande que hemos conseguido después de un año, y ella por sí sola pone fin á la guerra.

Pero Wittemberg, que más sufrido y más endeble que de costumbre veía todo negro, le respondió:

—Damos gracias á Dios por habernos concedido la victoria. Que El nos permita al menos, continuar tranquilamente esta campaña; y no obstante —Vuestra Majestad lo sabe bien—, si los ejércitos



de Czarniecki se dispersan bien pronto, pronto también reaparecen con una rapidez no menos sorprendente.

El rey le interrumpió:

—Á la verdad, señor mariscal, vuestra gloria de gran capitán es semejante á la de Czarniecki, y por consiguiente, si vos hubiéseis sufrido un golpe parecido al que abate su orgullo, vos mismo, de aquí á dos meses, no podríais reunir un ejército nuevo.

—Sí, en adelante la victoria es segura. Sólo Czarniecki podía disputárnosla; pero vencido Czarniecki, ya no hay más obstáculos.

Los generales suecos participaron pronto de la alegría de su glorioso soberano. Su confianza les granjeaba poco á poco.

Las tropas, borrachas por su triunfo, desfilaron ante los ojos de Su Majestad con gritos de entusiasmo y cantos de victoria.

Czarniecki no les inquietaba ya. ¡El gran enemigo, derribado, no existía! Y aquel pensamiento le hacía olvidar las miserias recientes. La victoria volvía aceptables las pruebas próximas. Las palabras reales que varios oficiales habían oído, se repetían en el campo frecuentemente, y todos comenzaban á creer en una muy importante victoria. Los días de venganza y de dominación estaban, pues, cercanos.

El rey concedió á las tropas algunas horas de descanso. Estaban éstas acampadas en Krowienik y en Lyrsyn; los vieneses habían llegado. Se habían conquistado y quemado las casas abandonadas por los habitantes; algunos paisanos con las armas en la mano, se habían rendido sin resistencia después de un gran festín en aquel lugar. Después los soldados escandinavos se durmieron con un profundo sueño, profundo porque después de mucho tiempo era este un sueño tranquilo.

Al día siguiente, á la hora de la revista, las primeras palabras que vibraron en los oídos de todos fueron las siguientes:

—Czarniecki está vencido.

El ejército sueco se pone en marcha en las mejores disposiciones.

La jornada era fría, pero serena.

Un viento glacial había helado el mar, tan extenso en el término de Lublin. Este camino, entretanto, conservábase en buen estado. Dos regimientos de dragones, al mando del francés Dubois, habían partido á la descubierta en dirección á Grabow. Se alejaban así una legua del grueso del ejército.

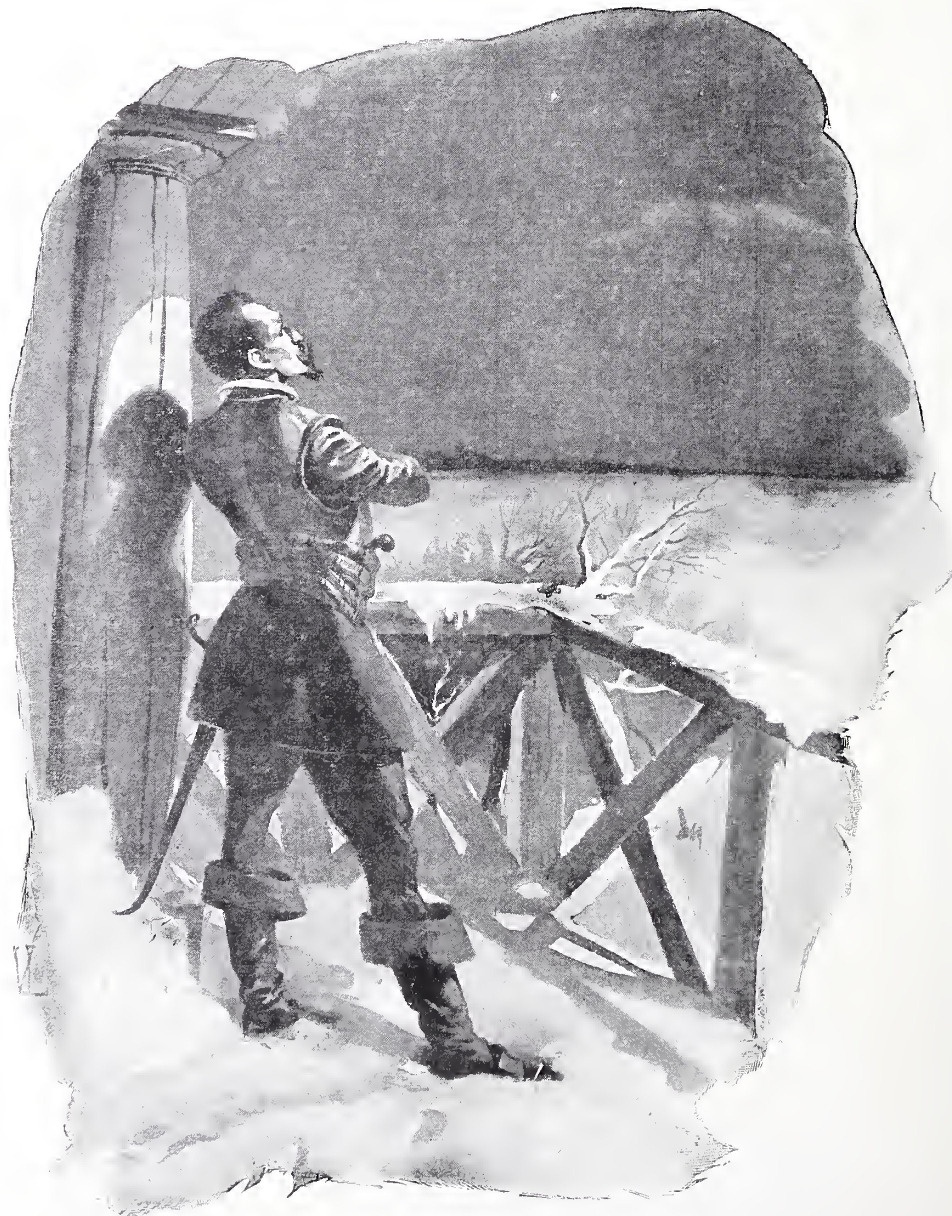
Tal imprudencia se hubiera considerado imposible poco tiempo antes. Pero hoy la gloria y el temor de una reciente victoria marchaban delante de los que ayer parecían amenazados de una muerte cierta.

El ejército sueco seguía tranquilo su marcha. Del fondo de los bosques esta vez nò salieron, como otras, gritos amenazadores á su paso. Aquellos golpes, traídos antes por los invisibles enemigos, no resonaron ya en las avenidas.

Al amanecer, Carlos llegó á Grabow. El rey estaba bien dispuesto y de un humor excelente. El soñaba ya en un reposo bien ganado, cuando el general le envió á decir, con el oficial de guardia, que deseaba hablarle esta misma noche de un asunto grave.

Esta audiencia le fué concedida.

El general entró poco después en las habitaciones del rey; Aszeberg no iba solo, le acompañaba un oficial del regimiento de dragones de Dubois. El rey, que con su mirada penetrante, profundizaba siempre en el fondo de sus recién llegados, adivinando con su vista lo que decían los rostros de éstos, y cuya memoria era talmente segura



que se acordaba de los nombres de todos sus soldados, el rey reconoció de seguida á este oficial.

—¿Qué noticias me traéis, Fried? preguntó. ¿Está Dubois de regreso?

—¡Sire, Dubois está muerto! respondió Fried.

El rey se turbó. Entonces se apercibió que el capitán de dragones estaba pálido como un muerto, y que su uniforme estaba desgarrado y cubierto de polvo y de sangre.

—¿Y mis dragones? ¿Y vuestros dos regimientos?

—Todos muertos, sire, todos muertos hasta el último. Sólo yo he podido escapar.

El rostro súbitamente sombrío del rey apareció más receloso y más taciturno.

—¿Quién ha hecho eso?

—¡Czarniecki!

Carlos Gustavo se turbó, y después de mirar largamente á Aszeberg, aterrado como él, tras un largo silencio continuó interrogando al oficial:

—Todo eso es casi increíble. ¿Has asistido tú al combate? ¿Has visto tú esa mortandad?

—Del mismo modo que tengo el honor de contemplar ahora los ojos de mi soberano. Él me ha encargado que salude á Vuestra Majestad y le diga que ahora iba á pasar á la otra orilla del Vistula; pero que continuaría siguiéndonos, siempre dispuesto al ataque. No sé si ha dicho ó no verdad.

—Bien, dijo el rey de Suecia afectando calma. No creo que sus tropas sean, pues, más numerosas que las nuestras.

—Cuatro mil hombres más, sire. Nos han atacado cerca de Viersiczyn, sobre el cual el coronel Dubois se había dirigido apartándose del camino, porque se le había advertido que tropas enemigas iban á cercarnos la ruta. Este era un lazo infame. Nosotros caímos en una celada. Ni uno de mis camaradas ha podido escapar á la muerte.

—Este hombre ha debido terminar bravamente un pacto con las potencias infernales, dijo el rey bruscamente. Porque osar atreverse con nosotros inmediatamente después de una derrota como la de ayer, eso está por encima de las fuerzas humanas.

—Los temores del mariscal de Wittemberg se han realizado, murmuró Aszeberg.

—¡Vos no sabéis más que prever y anunciar la desgracia, gritó el rey, pero nunca conjurarla!

Aszeberg palideció y se turbó. Carlos Gustavo, cuando estaba de buen humor, parecía la bondad misma; pero le bastaba fruncir las cejas para inspirar un terror pánico á todos los que le cercaban. No obstante, se calmó y continuó preguntando á Fried.

—¿Las tropas de Czarniecki son muy valientes?

—Incomparables, sire, sobre todo la caballería.

—Sí, seguramente son esos los regimientos que nos han atacado los primeros ayer en Goleb. Sin duda son viejos soldados. ¿Y Czarniecki mismo se ha armado nuevamente de valor?

—Sí, sire, hasta tal punto que podría creerse que ha sido él quien ha ganado la victoria. En todo caso ellos han olvidado ya su derrota de la víspera. No pensaban más que en la revancha obtenida hoy. Vuelvo á repetir á Vuestra Majestad lo que Czarniecki mismo me ha encargado que os repita. Mas en el mismo instante en que iba á partir, ileso por milagro, un viejo soldado, fornido, de andar hercúleo, se me aproximó y me dijo que él era aquel cuya mano sacrílega había herido en otro tiempo de un golpe mortal al grande, al inmortal Gustavo Adolfo. Este hombre osó tambien insultar á Vuestra Majestad y los otros le hicieron coro. La audacia de los polacos no tuvo límites. Yo me fuí perseguido por un largo clamoreo de insultos.

—¿Y qué importan sus insultos? gritó Carlos Gustavo. Czarniecki no está destruído, su ejército existe aún, he ahí lo importante. Razón de más para continuar vuestra marcha adelante, á fin de alcanzar y destruir lo más pronto posible la última fuerza polaca. Señores, ya no os detengo más. Hasta mañana.

Los oficiales se inclinaron y salieron.

Carlos Gustavo quedóse solo y pensativo.

Así aquella victoria de Goleb era inútil. No cambiaba en nada la situación presente, al contrario. Sin duda no había hecho más que aumentar la rabia y el resentimiento del país atacado sin razón por los suecos, invadido y aterrorizado por ellos.

Carlos Gustavo afectaba siempre delante de sus generales y sus cortesanos una inalterable confianza.

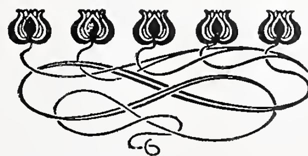
Pero mientras él soñaba con esta guerra, comenzada en otros tiempos bajo tan risueños auspicios—cada vez más difícil al presente—, en su alma inquieta la duda crecía de día en día. ¡Todos los acontecimientos de aquella campaña fueron tan bizarros, tan inesperados! El no veía éxito posible en todo esto. Le hacía el efecto de un hombre que se avanza sobre el mar, sobre una playa de arena, y que se hunde más á cada paso, que siente que le falta el suelo y que se apodera de él el espanto.

Pero Carlos Gustavo creía siempre en las estrellas propicias.

Así, abrió la ventana y se puso á contemplar, en el espacio infinito, aquella estrella que había escogido por símbolo de su destino. Esta era la que ocupa la cumbre de la constelación de la Gran Osa.

El firmamento estaba límpido, el cielo tranquilo y sereno; también en este momento la estrella relucía con mil fuegos, con reflejos azules y rojos de una incomparable belleza. Pero en la inmensidad del espacio, sobre el fondo sombrío del abismo, un nublado siniestro avanzaba lentamente hacia ella, como si hubiese querido apagar y amenazar el destino y la estrella del rey.

Enrique Sienkiewicz





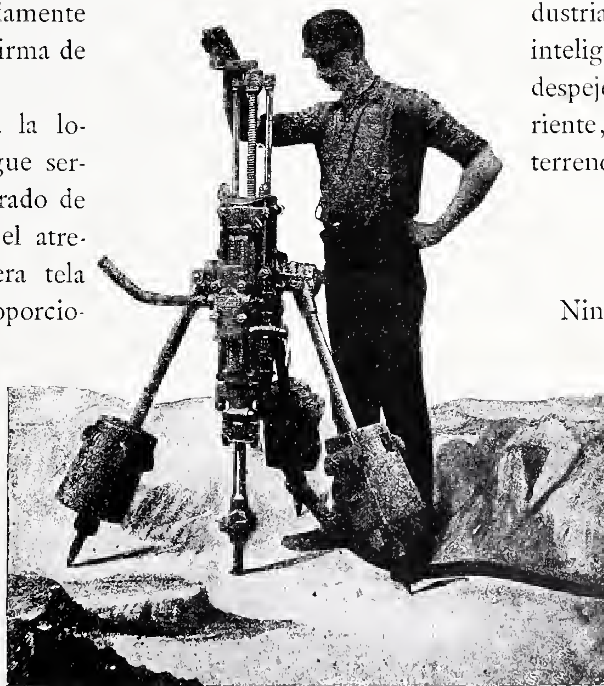
DANIEL URRABIETA VIERGE — GALICIA.—DESPEDIDA DE GIL BLAS



Crónica Científica é Industrial

La ciencia y la industria no están reñidas con el arte. En todos los órdenes de la actividad humana y en las funciones todas de la Naturaleza podemos hallar cosas bellas, dignas de admiración, junto á otras desprovistas de belleza, que nos repugnen ó hastíen. La obra de un pintor no es hermosa por ser obra pictórica; lo es únicamente cuando el artista ha sabido trasladar al lienzo líneas y colores bien combinados. Un mal cuadro, una mala estatua no son obras bellas, aunque por afinidad las declaremos hijas del Arte; y, dentro de este mismo orden de ideas, las obras de la ciencia y de la industria podrán ser hermosas ó no, en virtud de mil causas distintas; pero no hemos de caer en la vulgaridad de oficiar que son necesariamente feas por no llevar al pie la firma de un artista.

¿No es, acaso, hermosa la locomotora que jadeante, sigue serpenteando su camino sembrado de precipicios? ¿No es bello el atrevido puente, que, verdadera tela de araña de hierro, de proporciones gigantescas, abraza y reune las dos márgenes de caudaloso río? ¿No lo es el buque trasatlántico que en su seno lleva una máquina, cuya potencia de 20.000, ó más, caballos de vapor no podría ser superada muchos días por la caballería de todos los ejércitos de Europa, si fuera posible emplearla? ¿Y no sorprenden, y deleitan, y admiran, los resultados del análisis químico, que pone de manifiesto toda materia elementada contenida en el más complejo cuerpo de la Tierra, y los resultados del análisis espectral, que nos revela la composición de las más lejanas estrellas del cielo?



Las obras de la ciencia y de la industria no están reñidas, no, con el arte. Al contrario, el arte moderno, al buscar la belleza en la verdad, parece que quiere hermanarse con aquellas. En el amplia vía del progreso, todo puede marchar con paso franco; pero no hay duda de que la jornada es mucho más agradable y útil si el arte, la ciencia y la industria recorren con la luz de la inteligencia por guía; la fuerza que despeje el camino; la belleza, sonriente, sembrando de flores el terreno.

* * *

Ningún asunto ha atraído más la atención de los novelistas que han querido retratar la vida dura del obrero que el trabajo de las minas. La falta de luz, la carencia de aire, la inminencia de tener la sepultura abierta en el lugar mismo en donde el minero, para poder vivir, se

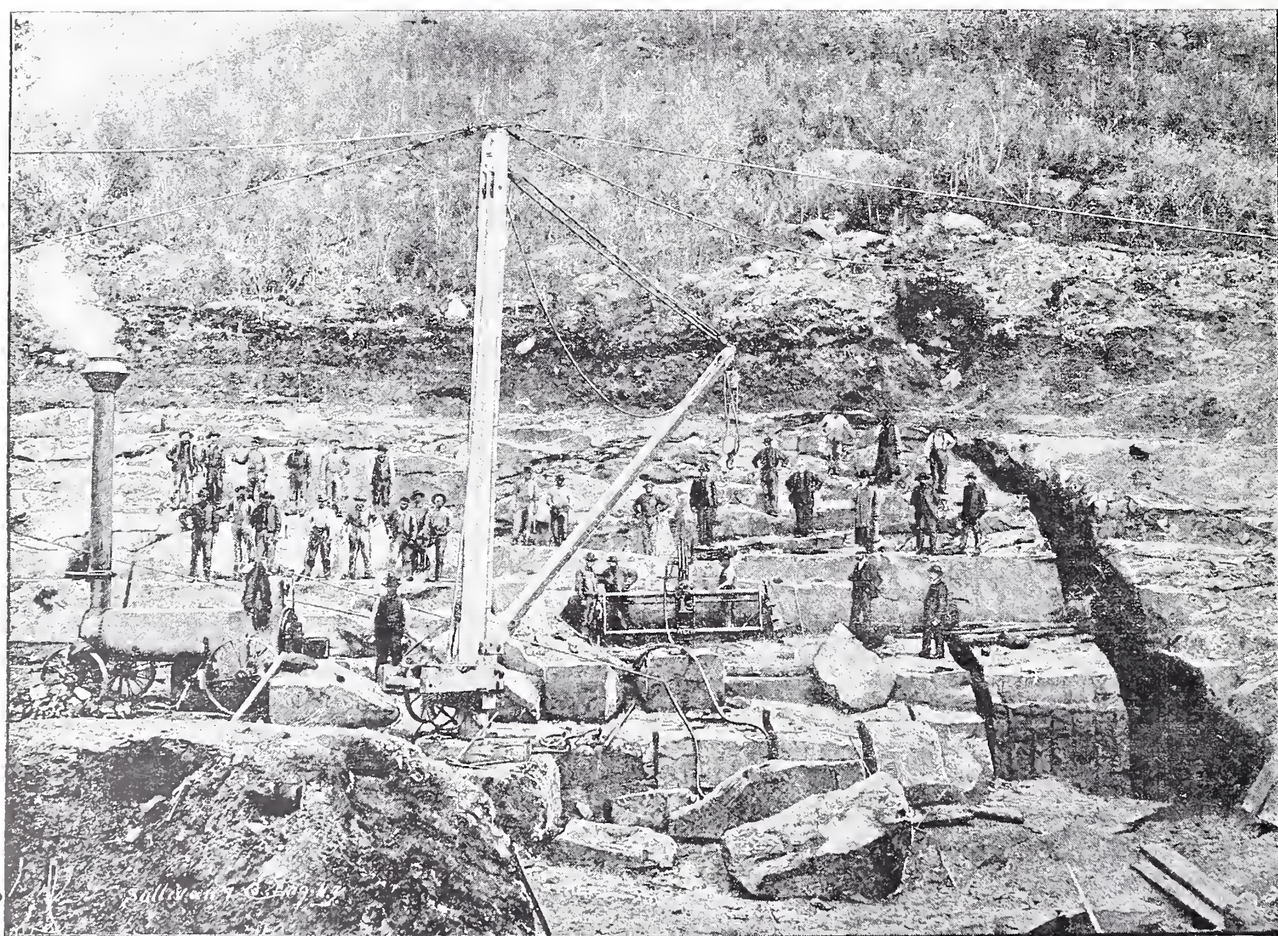
expone sin cesar á morir, da á la mina un interés dramático insuperable. Pero, mientras que el filósofo observador se limita á exponer la escena lúgubre que sus ojos contemplan, la ciencia lleva al fondo del pozo sus artificios de seguridad y sus máquinas para hacer menos penoso el trabajo del obrero.

En nuestro país, apenas son conocidas las máquinas favorecedoras que en otros han transformado por completo la explotación de minas y canteras, y la apertura de túneles. Cuando nosotros nos contentamos con ver al barrenero que, golpe á golpe, barrena la dura roca, se propagan, fuera de España, las instalaciones industriales que permiten efectuar la misma labor por procedimientos mecánicos. Para ello, lo más común es disponer, no lejos del lugar de explotación, una verdadera estación central, ya eléctrica, ya hidráulica, ó de aire comprimido. Este último sistema parece ser el más práctico: verdaderas bombas neumáticas comprimen el aire á gran presión en recipientes adecuados, y de estos recipientes parten tuberías que van á parar al paraje en donde hay que abrir los barrenos, trabajo que ejecutan las perforadoras.

¿Cómo? Un sólido trípode de hierro tiene una especie de cuerpo de bomba, provisto de válvulas adecuadas que hacen imprimir al émbolo de dicho cuerpo de bomba un movimiento alternativo. Este movimiento se transmite á la barra de acero que abre el barreno, con rapidez mucho más grande que la que pudiera conseguir el obrero más robusto; y con perfección mayor también. La máquina lo hace todo: el hombre no hace más que dirigirla, sin fatiga alguna, y con resultado verdaderamente asombroso.

Con las máquinas perforadoras se da impulso grande á la apertura de túneles y á la explotación de canteras. Si la calidad de la piedra lo permite, una serie de agujeros corta la roca en la forma que se desea para obtener los carretales que luego labrarán el cantero ó el escultor; si no lo permite, los agujeros se cargarán con suficiente cantidad de materia explosiva, que hará saltar la roca en cien pedazos. La máquina y la dinamita permiten hoy realizar obras gigantescas; para poder llevarlas á cabo, la antigüedad carecía de fuerzas tan poderosas; pero en cambio disponía de otra potentísima, cuyos resultados aun nos admiran: la esclavitud.

Mariano Rubió y Bellvé



EL RALLY-PAPER
DE LOS
MARQUESES de MARIANAO

Es Barcelona por su población, por su riqueza y por su importancia, una capital en la que todos los *sports* pueden y deben tener cabida.

Háse dado en decir, sin fundamento racional alguno, que la capital del principado, es sólo pródiga en hombres exclusivamente de fábrica y que la distinción y el *chic*, están reñidos con el rudo trabajar diario.

Negamos, en absoluto.

Aquí, como en todas las grandes ciudades comerciales existen ricos, *producidos*, no *improvisados*, por el trabajo, y estos, á los cuales sus medios de fortuna permiten viajar, ponerse en relación con todo el mundo civilizado, europeizarse, son los que *importan*, por decirlo así, lo que en otros pueblos constituye una parte de vida moderna, algo de lo que alejándonos momentáneamente del duro trabajo cuotidiano, nos higieniza, nos oxigena y nos hace más fuertes para resistir la labor á que todo hombre, por sino inalienable de su condición, viene obligado.



Claro está que no todas las aficiones *sportivas* están al alcance de todo el mundo, pero en lo que cabe, puede afirmarse, que en Barcelona se practican todas, en mayor ó menor escala y que para nosotros no es, de bastantes años á esta parte, un *descubrimiento*, ni mucho menos, el *foot-ball*, el *polo*, y otros tantos ejercicios higiénico-recreativos.

Y basta de digresiones y entremos á explicar, siquiera sea someramente lo que constituye el *rally-paper*, de que nos proponemos dar cuenta, por más que no queremos inferir la ofensa, á la mayoría de nuestros favorecedores, de suponer que ignoren de qué clase de *sport* se trata.

* * *

Francia, Alemania é Inglaterra, que rinden culto fervoroso á toda clase de *sport*, celebran estas fiestas muy amenudo, pues cuando á causa de la veda ó de los fríos intensos, los caballos y las jaurías están inactivos, se utilizan para realizar *rallys*, que además de constituir en sí una fiesta agradabilísima, tienen la ventaja de que los animales destinados á la caza, no pierden sus hábitos ni se entumecen en los establos.

El *rally-paper* ó mejor *paper-hunt* (caza de pape-



les), ó *chasse des papiers*, consiste, como no ignoran nuestros lectores, en marcar por medio de menudos papelillos multicolores, una pista ó rastro, que se supone recorrido por la res, y que por lo general se señala con todo sigilo por el que invita á la *cacería*. El encargado de formar la pista, toma como punto de partida un sitio próximo á las afueras de la población y desde allí hasta el *rendez-vous*, vá derramando papelitos por el camino y dirigiéndose (siempre á caballo) por sitios cuyo paso entrañe alguna dificultad. También se hacen rastros falsos, que luego originan divertidos incidentes, pues los jinetes, creyendo buena la pista, la siguen, teniendo después que desandar lo andado. El primero de los de la comitiva que llega al punto final del *rally* es quien se lleva el premio, consistente por regla general en los aplausos y felicitaciones de los compañeros, que menos afortunados, ó con menos ganas de correr, han llegado tarde.

* * *

Los Marqueses de Marianao, que reunen á los grandes medios que para cultivar el *sport* se necesitan, una gran afición y un gusto exquisito, invitaron á sus amigos, el 29 del pasado, á un *rally*, al que sólo asistieran amazonas y jinetes; y con una exactitud





militar, á las diez y media de dicho dia estaban reunidos los invitados, á caballo, en los extensos jardines y patios de las caballerizas, que los Marqueses tienen adosadas á su Palacio del Paseo de Gracia.

Púsose en marcha la brillante cabalgata, compuesta de once amazonas y veinticinco caballeros. Al frente de tan distinguida formación iban los Marqueses.

Desfilaron á lo largo de la Gran-Vía y los estudiantes, que á aquella hora estaban en los alrededores de la Universidad, prorrumpieron en un entusiasta y nutrido aplauso, tributado á las amazonas, entremezclado con las galantes gentilezas que á los muchachos se les habian necesariamente de ocurrir, á la vista de tanta mujer bonita.

El rastro, empezó á señalarse frente á la plaza de toros nueva, continuando por la calle de Tarragona, atravesando parte de la población de Sans, hasta

salir á la carretera de San Feliu de Llobregat y llegando hasta Esplugas. Después y guiados por la pista, hecha una hora antes, por el Profesor de la casa Sr. Soto, doblóse hácia la izquierda tomando la carretera, aún en construcción, de Esplugas á Cornellá, atravesando la línea férrea. Los jinetes en alegre desorden, unos con su caballo al trote y otros á galope, metiéronse por veredas y vericuetos, demostrando todos á cual más, sus arrestos y gallardías. Abandonado Cornellá, se entró en la carretera que une este pueblo con San Baudilio, atravesando el Llobregat por el puente provisional.



En este último pueblo, cuyos habitantes tenían sín duda noticia del paso de la cabalgata, congregóse muchedumbre que presenció el desfile.



Cruzado el pueblo de San Baudilio por la Rambla de Maluquer y al final de ésta, entró la comitiva por un barranco que conduce al caserío del Bori, en donde se iniciaron falsas pistas, que dividieron á los cazadores, siguiendo unos á la Marquesa y otros al Marqués. Estos últimos, se internaron en los bosques de pinos, que contenían la pista verdadera y fueron á salir á la meta, situada en la entrada lateral del Parque de la «Torre-Marianao», en cuya entrada y para que los salvasen los que quisieran, habíanse abierto á corta distancia una de otra, dos zanjas de cinco y cuatro palmos de anchura.

Entre los que saltaron (y los señalamos por orden de prelación), recordamos al Marqués de Marianao, sus hijos María y Salvador, Mercader (D. F.),





Miralles (D. Hermenegildo), barón de Benimuslem, Senillosa y Gallart.

En otro grupo saltaron la Marquesa de Marianao, los Sres. Bertrán, Desvalls, Macaya, Juliá, Bacardí, Boffill, Dorda, López (D. Luís) y Soto.

Las señoras Despujol de Peralta, Llorach de Mercader y las señoritas de Desvalls, Josefina Juliá, Isabel Llorach Mariana de Bofill, María de Sen'llosa, Isabel de Huruela, y otras, junto con los señores de Peralta, España, Huelin, Sicart, Huruela, Barrié, Camín, Torrents y Langlois, fueron á tomar la hermosa *a'lée* que conduce desde la entrada monumental al Castillo, donde numeroso personal, á las



órdenes del Jefe de las Caballerizas, se hacía cargo de los caballos que fueron cómodamente instalados, con la debida separación de sexos.



* * *

Sobre un montículo pintoresco, á veinte minutos del pueblo de San Baudilio de Llobregat, se levanta elegante y señorial el castillo, de severo y marcado estilo gótico-catalán. La meseta en que está emplazado el edificio, es sin duda uno de los puntos de vista más hermosos que tiene el llano de Barcelona.

Compónese el castillo, de un cuerpo de edificio, de dos pisos, rematado por almenas; y, adosada á él, la que pudiéramos llamar *torre del homenaje*, con el escudo de armas, de mármol, y rematada asímismo por un sistema de almenas que corona todo el borde superior de la construcción.

Por la parte posterior, el Castillo desde su gran terraza se une á otra colina, algo más elevada, por medio de un puente levadizo que salva un foso, y conduce á la parte alta del Parque, en la cual una torre-mirador, de carácter rústico, de veinte metros de altura, ofrece un golpe de vista soberbio. Doce ó catorce pueblos se divisan desde el mirador y el llano del Llobregat se extiende, en sujestivo pano-





rama desde las estribaciones del Montserrat, hasta la costa.

El parque está constituido en su parte inferior, por extensas plantaciones de naranjos, que embalsaman con el suavísimo perfume de sus azahares, el ambiente delicioso que allí se respira; por almendros cuya alta flor dando la nota blanca alegrísima, recrean la vista; por palmeras de las más diversas clases conocidas y por multitud de árboles delicados cuya descripción sería prolija.

La parte superior de la posesión es un parque formado casi en su totalidad por bosques de pinos.

Toda la extensión de la finca está cruzada y entrecruzada por sendas comodísimas, que permiten visitar hasta el último y más oculto paraje de ella.

Un hermoso lago con su embarcadero y varios pequeños estanques, alimentados por una poderosa máquina de vapor que extrae el agua de una profundidad de cuarenta metros, riegan de modo ingeniosísimo los altozanos y los valles del maravilloso é inmenso jardín.

La estufa, el umbráculo, las grutas, y los acuariums, completan la ornamentación.

* * *

Una vez pie á tierra congregáronse los invitados en el amplio comedor, insistentemente requeridos por las *batalladas* de la campana que llamaba para el almuerzo.

Con ser todas muy hermosas, es el comedor de la «Torre-Marianao» una de las piezas que más llama la atención por su carácter suntuoso. Ocupa todo el plano de la Torre, y su altura es la de dos pisos, el principal y el segundo. Dos magníficos ventanales góticos orientados al N. y NO. permiten contemplar desde la mesa los más variados y pintorescos panoramas. La monumental chimenea, la lámpara artísticamente hermosa, los *buffets* severísimos y ricos,













decorados cada uno con dos jarrones de mármol y bronce, originales del reputado Campeny, las vajillas y servicios de plata, los platos de metal repujado, los cuadros antiguos de Genaro Villaamil, las cabezas disecadas de distintos animales, las panóplias de armas rarísimas, dan al vasto y señorial comedor un aspecto de elegancia y buen gusto nunca bastante encomiado.

La mesa colocada en forma de T, para 40 cubiertos, estaba profusamente adornada con flores y ramos de hiedra.

El servicio, riquísimo, con las armas de los señores de Marianao, entró en juego para dar lugar al *menú* siguiente:

Huitres de Marennes
Hors d'oeuvre
Riz a la Régence
Foie-gras Bellevue
Loup de mer au gratin
Filet parisien
Châpons du Mans truffés
Biscuit praliné
Desserts
Café et Liqueurs
Vins:
Jerez
Sauternes
Chateau Margaux
Champagne extra

Un opíparo y delicado almuerzo servido con toda la maestría que tiene acreditada el inteligente Pedro Llibre.

La Marquesa y su hija María, con la distinción que les es peculiar, sirvieron el café á los invitados, que impacientes al oir los preludios que en el piano





ejecutaba el Profesor de música de la Casa, Sr. Blay, pasaron al salón, en el que bailaron valses y rigodones las amazonas y los caballeros, hasta las seis, hora en que fué servido un té.

Como todo tiene fin en este mundo también lo tuvo la espléndida y agradabilísima fiesta, no ciertamente por cansancio de los invitados, sino por la necesidad de regresar á Barcelona á primera hora de la noche.

A este efecto, diéronse las oportunas órdenes y cada jinete halló su caballo ensillado y á punto.

La obscuridad de la noche y la lluvia que más tarde cayó sobre los expedicionarios, no fueron sino un pequeño *accidente,* para quienes como ellos, son *sportmen* de sangre y de afición probada, pues sirvió el *accidente* más que para otra cosa, para animar la *causerie,* un solo instante suspendida por la aparición del agua.

Una vez en la Gran-Vía, é impulsados por la necesidad de volver á sus respectivas casas, pues eran las 8 y media, fué cada cual desfilando por su lado, llevando un indeleble recuerdo de la deliciosa partida y una impresión de gratitud profunda por las delicadas obsequiosidades de los aristocráticos anfitriones.

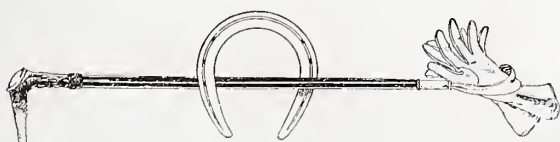
¡Qué lástima que no se repitan con mayor frecuencia fiestas como la descrita!

Esté seguro el Marqués de Marianao de que cuando él quiera, nos tendrá á todos con el pie en el estribo.











F DOMINGO — DE LOS TERCIOS DE FLANDES

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Pero ¿como se arreglan ustedes en el Canadá para soportar un invierno tan cruel?— le preguntaba yo á un obispo de Montreal, con quien trabé conocimiento en el trayecto de La Encina á Valencia.

—Pues, ricamente—me contestó. Ustedes son los que pasan aquí un mal invierno por poco que el tiempo se meta en aguas. Me he fijado en que todos, quien más, quien menos, se quejan de la crudeza de la estación y de los constipados. En Montreal, créame usted, no hace frío en las casas... ni en las camas.

Esto me recordó la frase de Madariaga:

"*¡Qué fríos y qué húmedos son estos climas templados!*"

En el Canadá el frío es seco, tónico y vigorizante. Quizá no hay país en el mundo, salvo Noruega, donde más atractivos tenga la vida al aire libre durante los meses en que la nieve extiende su manto de armiño sobre plantas y cerros. La diversión más común es el *tobogán,* especie de trineo hecho de tablas; establécense montañas rusas en los parques y lugares despejados y todo el día se oye el vibrante *chiss* de los toboganes que resbalan cuesta abajo con la celeridad de relámpagos. Las montañas rusas se hacen artificialmente de madera dándoles un declive agudísimo de un centenar de pies: basta verter agua sobre la rampa para convertirla en una senda dura y lisa como el cristal. A la bajada se dispone un amplio espacio llano para que el toboganista pueda refrenar su montura. Los sábados por la tarde, el aspecto de la gente de todas edades que concurre al deporte de los toboganes es sumamente pintoresco y animado: los grupos de cinco ó seis personas que se apiñan en cada trineo se ven volar literalmente en su rapidísimo descenso.

Para viajar con presteza por la nieve se usan *patines de raqueta* (snow-shoes): tienen sobre cinco pies de longitud y doce pulgadas de ancho; en su centro se ajusta la bota por medio de correas y hebillas. No hay ciudad canadiense que no tenga un *Club de Raquetas,* siendo el más campanudo el de San Jorge, en Montreal. El que por primera vez se calza las *raquetas* imagina que son invención embarazosa, pero muy pronto cobra gusto al deporte y se complace en recorrer doce millas en una hora. De cuando en cuando, el Club de San Jorge dá un espléndido baile de trajes sobre el hielo y hay muchos invitados que acuden á la fiesta caballeros en sus patines desde puntos que distan más de cien millas.

Los canadienses son aficionadísimos á construir palacios y castillos de hielo. No se crea que estos edificios son obra de un rato: exigen la cooperación de multitud de manos durante seis ú ocho semanas. El hielo se toma del río, aserrándolo en bloques rectangulares y se transporta en trineos hasta el solar del castillo, el cual se fabrica con nimio primor, bajo la dirección de un arquitecto. Durante el día brillan estos edificios como el cristal á la luz pálida del sol invernizo, y durante la noche, alumbrados por potentes focos eléctricos, resplandecen como los encantados palacios de los cuentos arábigos. El martes de Carnaval se organiza una función muy vistosa; un simulacro de ataque que termina con el triunfo de los que dan el asalto, generalmente vestidos de pieles-rojas, los cuales, entre una lluvia de cohetes derriban el castillo profusamente iluminado por luces de Bengala.

Pero el verdadero deporte canadiense son las regatas sobre el hielo. Algún trabajillo cuesta decidirse á aceptar un asiento en el yate, pero cuando se ha probado la delicia de volar sobre la helada superficie con mayor velocidad que un tren expreso, todos los demás medios de locomoción parecen niñerías. No hay nada en el mundo que pueda compararse con esto: un yate que no pesa más que ochocientas libras y que lleva mil pies cuadrados de lona. Tendrá de eslora unos cincuenta pies y se apoya en tres patines de acero. El yate vuela como una golondrina sobre los lagos congelados: sesenta, setenta, ochenta millas por hora son cosa corriente en el río Hudsón y en los grandes lagos de agua dulce de la América del Norte.

No faltará quien se sienta encogido ante una diversión de esa índole, ni quien niegue en redondo el placer de devorar el espacio, por estar más á mano diversas cosas devorables que no son de despreciar. En esto de diversiones hay gustos sumamente variados. Las señoras de América encuentran una suprema delicia en fumar; encuentran también en éste hábito masculino una exquisita distinción y buen tono, puesto que allí se dice que las reinas de Rumanía y Portugal y muchísimas damas de alto copete en nuestra vieja Europa se deleitan en tan gustosa monada. En América las bellas fumadoras, cada día más numerosas, ya van atreviéndose á invadir el campo de esta maña hombruna, dándole un adorable giro de picardía. Pero los gomosos americanos han ideado otra cosa: ahora el sello de la elegancia es tomar rapé: Napoleón y Byrón vuelven á estar de moda. Hay quien cree que esta chifladura pasará pronto, pero es de presumir que en el mundo de la goma el rapé se arraigue más de lo razonable, no sólo porque es un hábito tan tiránico como el fumar, una vez se ha contraído, sino porque las ricas tabaqueras que la vanidad ha puesto en manos de aquellos selectísimos jóvenes cuestan demasiado dinero para ser juguete de un día. Las tabaqueras *decentes* y *presentables* cuestan un ojo de la cara; en una subasta

A LA AVENTURA



ALLÁ VA LA NAVE. — ¿QUIÉN SABE DO VA...?

de Londres se vendió no ha mucho una de oro, estilo Luís XVI, por 7.540 duros; otra de la misma forma esmaltada en verde por 2.782, y otra que había pertenecido á la colección del emperador del Brasil, por la módica suma de 2.604 duros. Y luego ¿pensarán ustedes que es cosa fácil tomar un polvo? Más de cuatro cursis presumirán de hacerlo con gracia ...

Esta frivolidad del carácter humano tiene compensación de cuando en cuando en rasgos de generoso desprendimiento y laudable filantropía. Sir Ernesto Cassel, Comendador de San Miguel y San Jorge, ha entregado al rey Eduardo *doscientas mil libras esterlinas* para invertirlas en una obra de beneficencia, y el Rey ha destinado esa espléndida donación á erigir un sanatorio para tísicos. Si nuestro Dr. Moliner tropezase al volver una esquina con otro donante como Cassel, pero forrado de piel española ¿qué de cosas no haría en ese Portaceli que es la Meca de los tuberculosos sin recursos? Cassel ha labrado su fortuna en el comercio y ha sido hombre de singular acierto en sus empresas. En España le hubiésemos premiado con un sillón en la Academia de la Lengua ó le hubiésemos nombrado Director Honorario Perpétuo de Beneficencia y Sanidad, en el caso improbable de que no le diera por el casticismo. En Inglaterra apetecen otros honores: el rey Eduardo ha sacado de pila á un nieto del filántropo.

De todos modos, Sir Ernesto Cassel ha logrado de golpe una popularidad inmensa. Otros se afanan toda su vida en ilustrar su nombre y todavía encuentran al morir quien trata de roerles el prestigio. Casi repentinamente ha dejado este valle de lágrimas el ínclito M. Joseph, el *mâitre d'hôtel* parisiense que había contado entre sus parroquianos á los príncipes de Gales y á los banqueros de más peso: en el divino arte culinario halló un ideal y un filón, pues ha dejado en el Banco 500.000 duros de economías. Sus poemas guisados son celebradísimos; la *Sole à la Reichenberg* con su puntita de queso parmesano y las ostras acompañantes; las *patatas à la Otero*, rellenas de filete de lenguado; el *Homard d'Ivette*, rica langosta que obtuvo su primera desfloración del tenedor de Ivette Guilbert.

Ahora las almas mezquinas regatean á M. Joseph la honra de haber inventado el *canard broyé* y recuerdan su feo vicio de hacer las *cuentas del Gran Capitán*. A Gordón Bennet tuvo tupé de cobrarle 25 duros por un cubierto sin vino, café ni licores. El inglés se amoscó y, habiéndose guardado la minuta, comisionó á un ayudante de buen estómago para que fuese de restorán en restorán, haciéndose servir la misma comida. Gordón publicaba diariamente el costo del cubierto de su ayudante y se dió el caso de que un *marchand de vin*, cerca de la Estación del Norte, pudo servir la minuta por 4 francos 50 céntimos.

Seamos justos é imparciales y confesemos que Joseph al tomar el pelo á Gordón Bennet demostró gran ingenio y sentido práctico. Verdad es que otras eminencias del mandil, como Marguéry, Champaud y Prunier se han asimilado las ideas modernas y han descendido á la vulgaridad de los precios módicos. Pero ¿quien es el más listo? Cuando se mueran esos excelsos *restaurateurs* ¿podrán dejar como Joseph 500.000 duros en el Banco?

Las cuentas del Gran Capitán, de las que fué tan

devoto el malogrado Joseph, son indudablemente una invención utilísima que, rebasando las fronteras de la heróica tierra española, llevan sus beneficios providenciales á los países más cultos del orbe. En el primer teatro del mundo, en la Comedia Francesa, los efectos de esta algoritmia ingeniosa van á pasar á la historia. Allí no hay orquesta, porque únicamente se necesita en alguna que otra obra un solo de violín entre bastidores; sin embargo, la música de la Comedia Francesa, cuesta 15.000 duros al año. En barrer y quitar el polvo se invierten anualmente 8.000 duros y para papel y tinta hay señalados 1.500.

El Ayuntamiento de París es también discípulo del Gran Capitán, que en todas partes cuecen habas. Los ediles cobran dietas de *cinco* duros, para las cuales no hay consignación, y el presupuesto del Municipio se ha saldado este año con nueve millones de francos de déficit. No es porque falten arbitrios, sino porque allí también hace estragos la gran paudemia administrativa. Hay quien se figura que en París atan los perros con longanizas. Bah! Las compañías de tranvías han hecho de la ciudad un inmenso apartadero; los hospitales recuerdan la célica imprevisión del siglo XVIII, el gas, los ómnibus y los entierros se hallan en manos del monopolio, las calles permanecen en lastimoso pergeño, y el alumbrado se reduce á su mínima expresión en dando las doce.

Mas estos defectillos de la gran metrópoli no la privan de la poderosa fascinación que ejerce en los hombres contemporáneos y en la literatura de nuestros días. Mientras la anglofobia decrece visiblemente en Francia, los literatos ingleses muestran el mayor empeño en asimilarse las letras francesas. Mr. Max Hecht, en un libro reciente, se atreve á imitar á Lafontaine y no puede negarse que dicho literato maneja bien la lengua de nuestros vecinos y que ha soprendido mucho de la factura y corte de las inmortales fábulas.

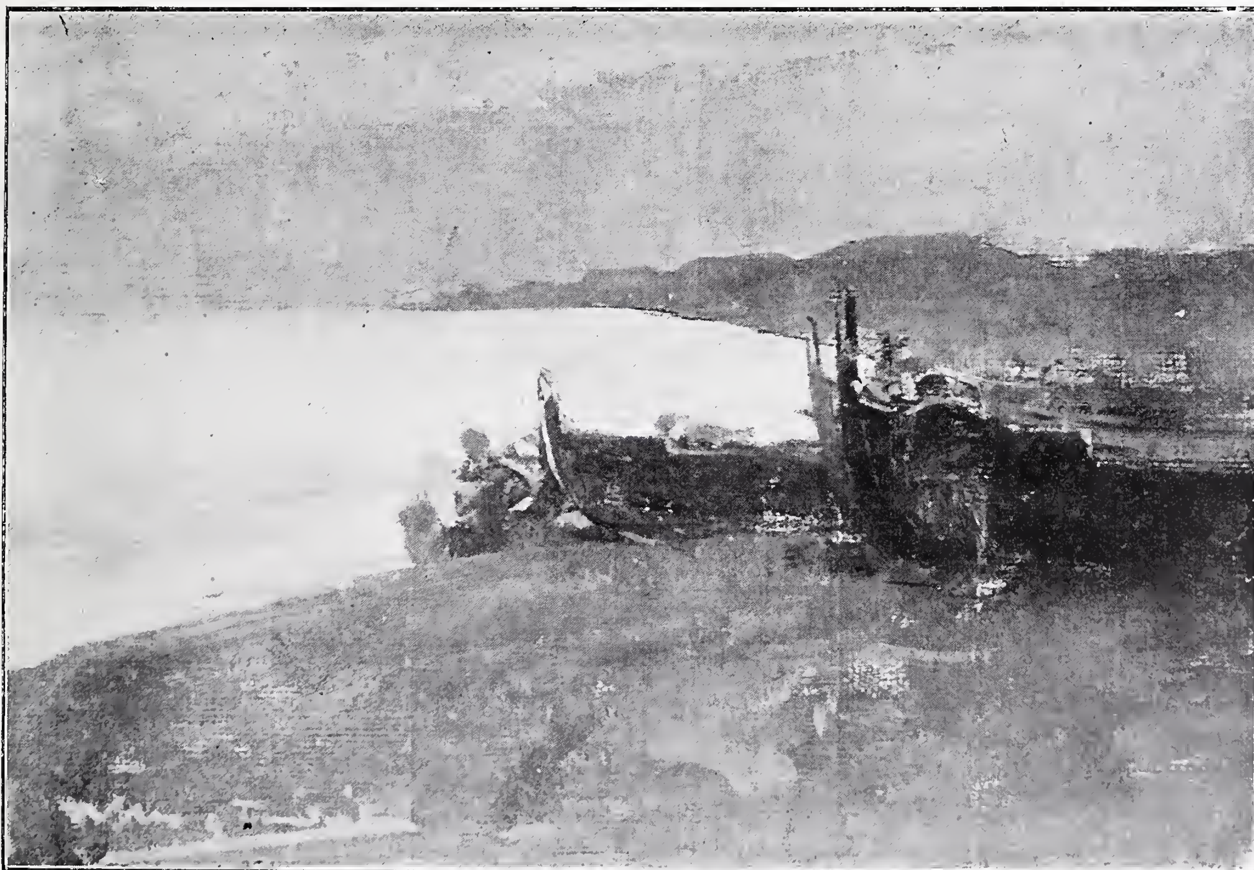
LE CRITIQUE ET L'AUTEUR

Un jeune auteur était assis
Au Restaurant, buvant sa bière;
Un critique était vis-à-vis,
Sorti ce jour sans muselière;
Le critique dit: "Holá!
Vous ressemblez à Zola.
Seulement, on me dit
Que vous manquez d'esprit.
L'auteur ne sonffla mot,
Mais, prenant un gros pot,
Lui fractura la tête:
Pas bête!

MORALE

Contre la critique
Cet argument est sans réplique.

He dejado sin traducir esta fabulita, no sólo porque lo haría seguramente muy mal, sino porque el francés es casi patrimonio de todo lector y, al paso que vamos, pronto será en España la única lengua clásica.



A. MAS Y FONDEVILA — COSTA DE LEVANTE



Biombo ejecutado y pintado sobre piel por el artista catalán Don Victoriano Codina Langlin, en Londres

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Ya debe pensar en tomar mujer mi señor Geiselher, y de tan ilustre prosapia es la joven margravesa, que yo y todos los que me acompañan la serviríamos con gusto; menester es que se venga á Borgoña y ciña la corona.»

Estas frases agradaron mucho al buen margrave y también á Gotelinda; luego muchos guerreros se arreglaron de modo que el noble Geiselher la tomó por esposa, según convenía á tan elevada persona.

¿Qué hay que pueda oponerse á lo que se tiene que cumplir? Rogaron á la joven que fuera á la corte y prometieron al príncipe por medio de juramento la encantadora virgen. Él á su vez prometió amar á la joven digna de las mayores consideraciones.

Dieron á la desposada tierras y ciudades, y los nobles reyes confirmaron la donación extendiendo sus manos en señal de juramento. Así quedó hecho; el margrave añadió: «Yo no tengo ciudades, pero siempre os seré fiel y constante con toda el alma. Doy á mi hija la plata y el oro que cien bestias de carga puedan llevar con trabajo, para que el honor del héroe quede satisfecho.»

Hicieron que ambos permanecieran en un círculo como era costumbre. Muchos jóvenes guerreros de alegre carácter estaban frente á ellos. Se ponían en su caso como en tales ocasiones hacen los jóvenes.

Cuando preguntaron á la joven digna de amor si quería al guerrero, sintió tristeza; ella quería al arrogante joven, pero la pregunta aquella la ruborizaba como acontece á muchas vírgenes.

Le aconsejó su padre Rudiguero que dijera que sí y que tomara su nombre con gusto: el joven Geiselher se adelantó rápidamente hacia ella y le cojió sus blancas manos. ¡Cuan poco gozó de su presencia!

El margrave dijo: «Nobles y ricos reyes, cuando volváis de vuestro viaje, os daré á mi hija según es costumbre, para que la llevéis con vosotros.» Así lo prometieron.

Grande fué la alegría de todos, pero al fin tuvo que cesar. Aconsejaron á la joven que se retirara á su cámara, y á los huéspedes que fueran á dormir hasta que llegara el día. Se prepararon los víveres; el jefe los trató con verdadera munificencia.

Después de hacer la primera comida, hubieran querido partir para el Huneland. «En verdad que tengo que oponerme,» dijo el noble margrave, «pues rara vez tengo huéspedes que me sean tan queridos.»

Dankwart le respondió: «No nos es posible detenernos: ¿de dónde tomaríais los víveres, el pan y el vino, si aun hoy tuviérais que alimentar á tanta gente?» Al escuchar esto, dijo el jefe: «No digáis eso, mis queridos señores, no me neguéis lo que os pido. Sin trabajo ninguno os daré víveres durante catorce días para todo el acompañamiento que lleváis. Nada me ha negado hasta ahora el rey Etzel.»

Por más que se defendieron, les fué necesario permanecer allí hasta la cuarta mañana. El generoso jefe hizo cosas de que se habló durante mucho tiempo: dió á sus huéspedes caballos y vestidos.

No podía durar esto mucho tiempo, porque tenían que marcharse. El valiente Rudiguero no escaseó nada; lo que cada uno deseaba se lo concedía y todos tenían razón para estar muy satisfechos.

Su noble acompañamiento condujo ante la puerta muchos caballos ensillados. Muchos valientes guerreros se adelantaron hacia ellos llevando el escudo en la mano, pues querían caminar hacia el país de Etzel.

El margrave había hecho los regalos á los héroes, antes que los nobles extranjeros entraran en la sala. Podía vivir con honor y en abundancia, pues había concedido su hermosa hija á Geiselher.

Regaló á Gernot una espada muy bien templada que el altivo guerrero usó después siempre en los combates. Este regalo agradó mucho á la esposa del margrave; por ella perdió luego el buen Rudiguero cuerpo y vida.

Regaló al rey Gunter, al héroe distinguido, una armadura que con honor podía llevarla el noble y rico rey, que casi nunca aceptaba los regalos. El rey manifestó su agradecimiento á Rudiguero.

Gotelinda dió á Hagen, según convenía, sus amistosos regalos: ya que el rey los aceptaba él no podía ir á la fiesta sin llevar los suyos; el noble guerrero dijo á pesar de todo:

«De cuanto he visto, nada deseo tanto como llevar ese escudo que está colgado de la pared: quisiera llevarlo conmigo al Huneland.»

Al escuchar estas palabras de Hagen, la margravesa recordó sus penas y rompió á llorar. Pensaba con dolor profundo en la muerte de Nudungo al que había matado Wittich; no pudo contener sus gemidos.

Ella dijo al guerrero: «Quiero daros ese escudo. Quisiera el Dios del cielo que aún gozara de la vida el que se sirvió de él. ¡Murió en un combate! Lo lloraré siempre, así tiene que hacerlo una pobre mujer.»

Se levantó de su asiento la amable margravesa, y tomó con sus blancas manos el escudo que entregó á Hagen: éste se lo ajustó al brazo. Era un regalo de honor para el guerrero.

Una cubierta de brillantes telas velaba sus reflejos. Nunca á la luz del día habían brillado mejores piedras que las de aquel escudo, que de quererlo comprar habría costado mil marcos.

El héroe mandó que recogieran el escudo, y en aquel momento su hermano Dankwart llegó á la corte. La hija de Rudiguero le regaló ricos vestidos que llevó con grande alegría al país de los Hunos.

De tantos regalos como tuvieron, nada hubieran disfrutado sin el cariño del jefe que se les ofreció amistosamente. Sin embargo, llegaron á ser enemigos suyos y fueron los que le dieron muerte.

Volker, el atrevido guerrero, fué á colocarse con su viola ante la noble Gotelinda; tañó sus más dulces sones y entonó una trova; así se despidió al partir de Bechlaren.

La margravesa hizo traer entonces una arqueta y vais á saber ahora cuales fueron aquellos cariñosos regalos: tomó

doce brazaletes y se los puso en la mano: «Volker, llevaréis esto al Huneland y por amor á mí, llevadlos en la corte para que cuando volváis me digan como me habéis servido en la fiesta». Lo que ella deseaba lo hizo después el guerrero.

El jefe dijo á los extranjeros: «Para que caminéis mejor, quiero acompañaros yo mismo; todos os respetarán tanto que nadie se atreverá á molestaros en el camino.» Las bestias de carga fueron preparadas inmediatamente.

El jefe estaba preparado con quinientos hombres, caballos y vestidos, iba alegremente á la fiesta, pero ninguno de aquellos buenos caballeros volvió con vida á Bechlaren.

Con cariñosos besos se despidió Rudiguero de su esposa, y lo mismo hizo Geiselher, según el amor le aconsejaba. Besaron y abrazaron á las hermosas mujeres; después tuvieron que llorar muchas jóvenes.

Se abrieron las ventanas, el margrave iba á caminar con sus hombres. El corazón les predecía desgracias; muchas mujeres y tiernas jóvenes lloraron.

Sus amados amigos, á los que no volvieron á ver nunca en Bechlaren, les inspiraban pesar. Sin embargo, ellos marcharon con alegría por el camino y pasaron el Donau, dirigiéndose hacia el Huneland.

Así dijo á los Borgoñones el amable margrave, el noble Rudiguero: «Anunciemos sin tardanza la noticia de que nos aproximamos al Huneland. Nunca habrá recibido el rey Etzel una más alegre.

El rápido mensajero caminó por el Osterreicheland; en todas partes anunció á las gentes, que iban á llegar los héroes de Worms sobre el Rhin. Nada podía agradar tanto al acompañamiento del rey.

Los mensajeros esparcieron la nueva de que los Nibelungos llegaban al país de los Hunos. Crimilda la reina, estaba en una ventana y desde ella veía llegar á sus parientes.

Vió llegar á muchos hombres de su país natal; el rey que estaba á su lado, le dijo: «Tú los recibirás bien Crimilda esposa mía, un grande honor es para tí la venida de tus amados hermanos.»

«Grande alegría es para mí,» respondió Crimilda. «Aquí llegan mis amigos trayendo escudos nuevos y relucientes corazas: el que quiera ganar mi oro, que piense en mis penas y siempre le estaré agradecida.

»Quiero tomar venganza en esta fiesta y que alcance al que me ha causado tantas aflicciones: así quedaré satisfecha.»

XXVIII

DE COMO CRIMILDA RECIBIÓ Á HAGEN

Cuando los Borgoñones llegaron al país, lo supo el anciano Hildebrando de Berna, el cual lo dijo á su señor. Dietrich estaba con cuidado; y le rogó que recibiera bien á los fuertes y nobles caballeros.

Wolthart el fuerte hizo traer sus caballos. Con Dietrich cabalgaron por el campo muchos atrevidos guerreros; en aquel sitio habían levantado muchas vistosas tiendas.

Cuando Hagen de Troneja los vió avanzar desde lejos, dijo á sus señores cortesmente. «Echad pie á tierra, guerreros, y salid al encuentro de los que vienen á recibiros.

»Veo venir hacia aquí un grupo de señores que me son conocidos, son los valientes guerreros del Amelungenland. El de Berna los guía, son muy altivos: no rehuséis ninguno de los servicios que os ofrezcan.»

Habiendo echado pie á tierra de los caballos, permanecieron al lado de Dietrich muchos caballeros y criados. Se adelantaron hacia los extranjeros hasta el lugar en que estaban los héroes y saludaron amistosamente á los del país de Borgoña.

Desearéis saber lo que Dietrich dijo á los hijos de Uta cuando vió que se acercaban; aquella expedición le causaba pesar y pensaba que Rudiguero lo sabía y se lo habría dicho.

«Bien venidos seáis señores Gunter y Geiselher, Gernot y Hagen, y también vos señor Volker y el arrojado Dankwart: ¿no sabéis que todavía Crimilda llora al del Nibelungenland?»

«Ella puede llorar largo tiempo,» contestó Hagen. «Muchos años hace ya que cayó muerto y debe amar al rey de los Hunos. Sigfrido no puede volver; hace mucho que está enterrado.»

«Dejemos ahora las heridas de Sigfrido; por mucho que viva la señora Crimilda son de temer grandes desgracias.» Así dijo el noble Dietrich de Berna. «Por eso os debéis cuidar, jefe de los Nibelungos.»

«¿Por qué he de cuidarme», contestó el altivo rey. «Etzel nos ha enviado mensajeros, ¿qué tenía más que preguntar para venir hasta su reino? También nos ha enviado su invitación mi hermana Crimilda.»

(CONTINUARÁ)



DESDE LA PLATEA

Decía el gran Sarcey, según nos ha referido Blasco en una de sus admirables críticas, que el público francés y el público español y todos los públicos del mundo van por donde les llevan los autores; que cual un niño encastillado en andadores de vistoso color, el gran público, el monstruo imponente que parece dominar por si propio é imponer su juicio inapelable, ni tiene juicio ni tiene autoridad, y si las tiene, ó no sabe ó no quiere ejercer estos grandes derechos de la inteligencia; le basta con dejarse llevar por la supremacia del genio y encarrilar sus sentimientos y amoldar sus gustos del lado que le impone la sarcástica y rutinaria ley de las costumbres.

Decimos esto á propósito de uno de los últimos estrenos verificados en el Teatro Principal por la compañía del Sr. Salvat.

Y no es que nosotros tratemos ahora de ensalzar el mérito más ó menos positivo de *La pena*—boceto de drama—, aunque la obra lo tiene y muy sobrado; es que en la representación (deficientísima, por cierto) del cuadro de los señores Quintero, el público se aburría, se fastidiaba, se *dormía*, en una palabra, como se dormirá con el mejor drama del mejor autor hecho por los más grandes actores.

Ni *La pena* merece una gran discusión, ni nosotros tratamos de entablarla con el público; pero sí hay en el estreno de esta obra un punto de observación, un detalle precioso que sí vale la pena de recogerlo y analizarlo, siquiera por lo que tiene de humano, y valga por lo que valiere.

Cuando el autor tiene la gracia ó la suerte de escoger un asunto con el cual llega á interesar las fibras del corazón humano y ganar por tan difícil procedimiento el interés y la voluntad del público, el autor triunfa con el legítimo *efecto* de la realidad de su obra, y el público *siente* en toda su intensidad la emoción artística y honda y real de todo lo vivido, de todo lo que, antes de la nota de arte, dá la vibración del sentimiento.

Pues bien; los autores de *La pena,* habilísimos y afortunados de suyo, han ensayado un cuadro de vida íntima, motivado con todas las dulzuras y sinsabores, con las ternuras y delicadezas sentimentales que la naturaleza lleva al hogar del matrimonio joven.

Hay en este cuadro tal ambiente de conmovedora sencillez y son tan sinceras y tiernas las lágrimas de la madre ante su niña muerta; y tan profundo el dolor sagrado del joven padre, y tiene todo el boceto tan simpático sabor á plegaria de corazones doloridos, que por su misma naturalidad, por su sublime sencillez, aquel poemita agridulce es una especie de imantada dolora que busca calor y refugio en el sentimiento del público.

Pero ni nuestro público dió calor á la dolora de los Quinteros, ni la acarició con una mirada de piadosa bondad, ni nadie se enteró del asunto ni menos *sintió* el aleteo espiritual de la identificación al poema.

¿Por qué? Muy sencillo, porque el gusto de nuestro público no *tira* por ese lado, porque el paladar del gran maestro se asoció tiempo ha á los desplantes barateros del duelo sensible que todo lo compone á navajazos, y ante la musiquilla zarzuelera y el falso gesto del colegial enamorado, y el chiste duro y rebuscado del guardia del orden y el enervante *frou-frou* de las almidonadas faldas de la infiel bailadora del sainete, ante las grandes *creaciones* duelistas que hace muchos años que dominan en nuestra escena, no hay pensador posible ni drama venido del otro mundo capaz de interesar y ganar al público.

Hemos, de dar, pues, la razón á Sarcey, y convenir tristemente pensando, en que el crítico francés tenía sobrada razón al decir que el público no tiene voluntad propia, sino una rutinaria obediencia á los autores.

* * *

Para buena fortuna, la que los autores de *La Macarena* tienen con su obra en Barcelona.

Todo es llegar ó saber llegar á tiempo para estrenar una obra, y estos señores han dado en el clavo (de la empresa, ¿eh?) con su sainete de costumbres andaluzas.

Como Molas no ha podido ofrecer á mitad de temporada otro mejor plato que su *Portfolio,* porque ni tiene obras ni personal disponible para grandes campañas teatrales, la empresa sigue estrujando el jugo y hasta la hiel de los cuadros de Arniches y Paso y Paso y Arniches, y con estos y el *refuerzo* de *La Macarena* va tirando de la temporada y acabando con Cerbón, si de Cerbón quedaba algo.

No obstante todo lo expuesto, el público sigue yendo á Eldorado, y bien ó mal, con altas ó bajas en la taquilla, Eldorado acabará la temporada. Y el año próximo pasará lo mismo, si no nos dan algo peor, y trampa adelante.

Porque... ¡Oh! ¡Sarcey! ¡qué bien dijo de los públicos!

* * *

Después de la brevísima temporada de la compañía de Salvat en el Teatro Principal, este coliseo ha abierto nuevamente sus puertas á los muy conocidos y notables actores señores Balaguer y Larra, que hasta el pasado año pertenecieron al teatro Lara de Madrid.

Divorciados de la empresa madrileña, Larra y Balaguer formaron una compañía de cómicos serios, inteligentes, cuajados ya en el oficio de la escena, y con ellos se lanzaron por su propia cuenta á hacer arte verdadero y comedias como Dios manda.

Y no han debido salir mal del todo las cuentas porque la empresa de estos jóvenes directores goza hoy de un muy honroso nombre, y la compañía sigue viento en popa.

De los estrenos anunciados que nos preparan, hasta hoy sólo han puesto en escena el sainete de Benavente *Modas,* que, dado el justo nombre que disfruta el agudísimo y fino autor de *La Farándula,* llevó bastante concurrencia al Teatro Principal.

La obra de Benavente, si bien no sirve para con ella alcanzar una reputación de autor, vale por lo menos para afianzar en su punto al que se lo ha sabido ganar en varias ocasiones.

Tiene el sainete, además de situaciones muy bien pensadas y discretamente hechas, ese chiste frío y acerado, esa sátira culta y punzante, esa especie de alfilerazo elegante y sangriento que constituye la original característica de Jacinto Benavente.

El público acogió *Modas* con singular agrado, y tenemos la buena fe de creer que los aplausos tributados al autor y á la ejecución eran aplausos de buena ley.

Larra y Balaguer estrenaron como se deben estrenar las obras del fuste de *Modas:* sabiendo el papel y cuidándose de la ejecución.

De las demás obras que llevan puestas en escena, baste decir que, como repertorio especial que cultivan, casi todas han sido estrenadas por Larra y Balaguer en Lara, de donde resulta cada comedia un primor y cada noche un nuevo triunfo para la compañía.

* * *

La compañía dramática y de declamación que actuaba en Novedades dió sus últimos *golpes* á *El Nacimiento del Niño Dios* y dejó el puesto á otra de la misma cuerda, que ha comenzado con los consabidos dramones de folletín francés.

Esperemos los estrenos que nos anuncia, y Dios haga que en estos no mueran muchos mártires ni danzen muchas hermanas de la Caridad...

ALBERTO

FOTOGRAFIA ARTISTICA



EN LA ALAMEDA (Cliché de D. Eusebio Bertrán)

Hispania no aspira solamente á servir á sus lectores en la esfera en que puede realizarlo toda publicación que desea **hacer arte** por sí misma, sino que extendiendo sus medios se propone vivir más que hasta ahora en contacto espiritual con aquellos.

Esta convinencia del espíritu se ha realizado ya en el orden literario con la colaboración expontánea — y agradecida por nosotros — á que debemos trabajos muy estimables. Pero no sucede lo mismo en el orden artístico, y se propone **Hispania** estimular el buen gusto de sus lectores en un procedimiento que no por ser puramente científico deja de tener un aspecto artístico: la fotografía.

La fotografía pasó hace tiempo del dominio de la especulación profesional; hoy es una afición muy extendida y en la que los buenos **amateurs** han hecho obra de verdadero arte por el asunto y por la colocación y expresión de las figuras. Una Revista que tiene por lema **Todo por y para el Arte** no podía desdeñar lo que de artístico tiene la fotografía, á la que ella misma acude cuando es necesario.

Hispania no abre propiamente un concurso de fotografías, pero ofrece sus páginas á aquellos de sus lectores (**amateurs,** no profesionales) que satisfacen esta afición con gusto artístico, agradeciendo la colaboración que en este particular se le ofrezca.

No es necesario sujetar á base alguna nuestro llamamiento, porque el buen juicio de nuestros futuros colaboradores sabrá discernir entre lo artístico-fotográfico y lo fotográfico simplemente. Escenas, tipos, costumbres, paisajes, todo cabe en el dominio del aficionado artista.



EN EL BOSQUE (Cliché de D. Eusebio Bertrán)

Hispania reproducirá los **clichés** dignos de la publicidad con la perfección material que ha sido siempre su característica, reservándolos luego á disposición de sus autores, cuyos nombres firmarán las correspondientes reproducciones.

Ocioso parece añadir que á cada **cliché** deberá acompañar una prueba y una sencilla noticia del asunto, dirigido todo ello en las mejores condiciones de seguridad del cristal ó película á la dirección de **Hispania,** la cual acusará oportunamente recibo.

PRIMER PREMIO
en el Baile infantil de trajes del teatro de Novedades



El niño Salvador Medina y Montoro
disfrazado de Rey de Armas del tiempo de los Reyes Católicos

LO QUE SE LEE

Pétalos y sépalos.—Por D. José González Matallana.
Colección de artículos y poesías muy recomendables por su factura.

Sangre española.— Por D.ª Blanca de los Ríos.
La distinguida escritora ha añadido una nueva obra al catálogo de las que ya tiene publicadas.
Esta novela fué premiada en el concurso abierto por nuestro colega *Blanco y Negro*.

Joventut.— El número 100 de esta Revista contiene notables trabajos de Arnau, Martínez, Apeles Mestres, Pena, Brull y otros.

Portfolio de Galicia.— El cuaderno 3.º que hemos recibido es digno de los dos anteriores.
Su precio—60 céntimos—lo pone al alcance del gran público, al que recomendamos esta publicación.

Faulas d'Isop.— Por D. J. Alcoberro y Carós.
Traducción directa del griego al catalán.

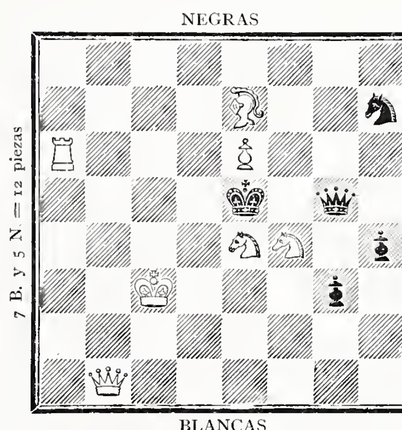
Arquitectura, etc.— Como los anteriores, el número 114 de esta notable publicación interesa en grado sumo á arquitectos, decoradores y constructores.
Está nutrido de artículos é ilustraciones dignas del crédito que ha adquirido.

Lascas.— Poesías de D. Salvador Díaz Mirón.— Veracruz.
Como muestra del *temperamento* del Sr. Mirón copiaremos únicamente estos cuatro versos:

Es un monstruo que me turba. — Ojo glauco y enemigo,
como el vidrio de una rada con hondura que, por poca,
amenaza los bajeles con las uñas de la roca.
La nariz resulta grácil y aseméjase á un gran higo.
Etcétera.

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 45.— A. G. FELLOWS



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

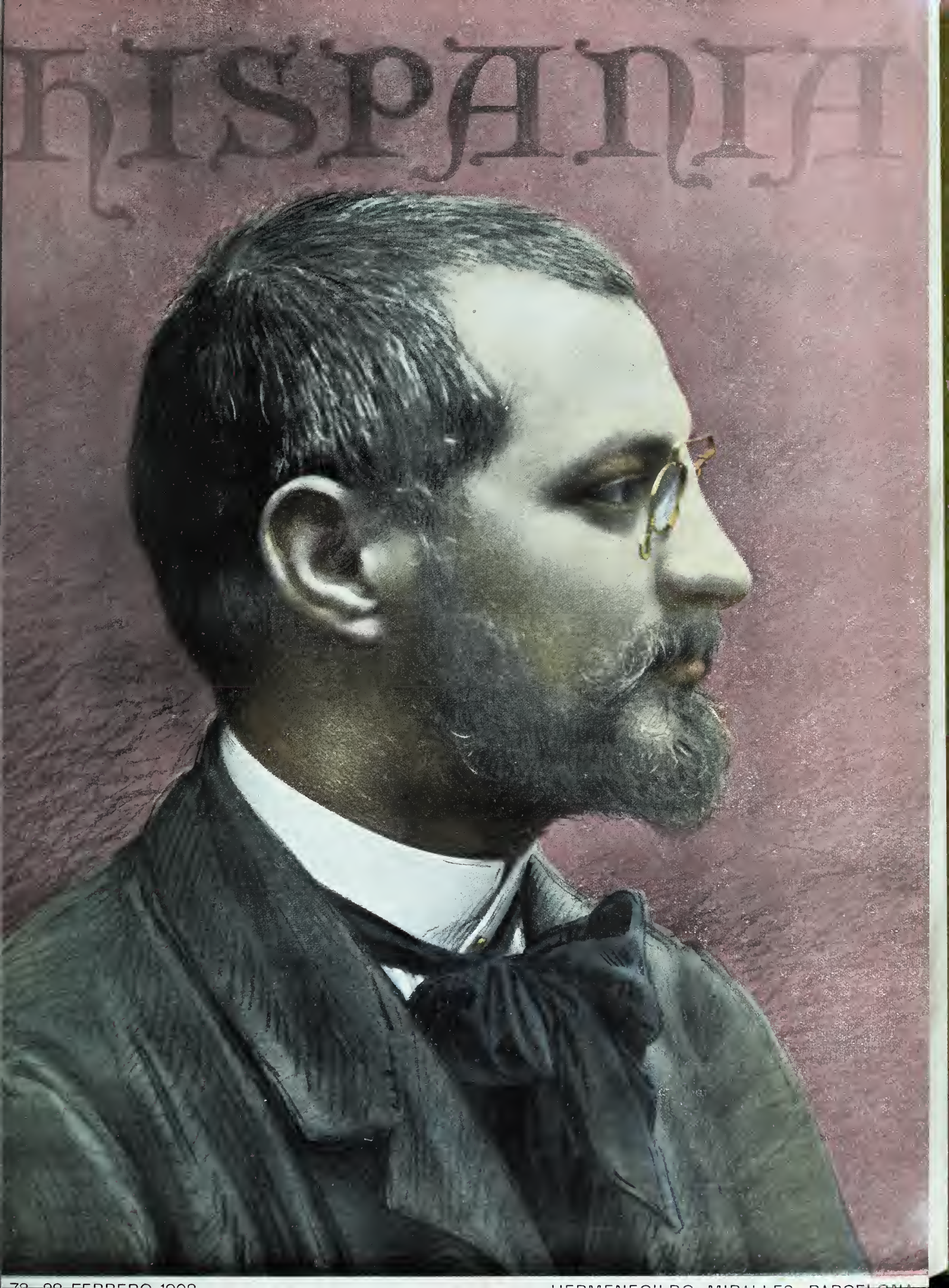
Solución al problema 44, por J. DUBRUSKY

Blancas	Negras
1. D 8 T	1. A toma D
2. T toma P jaque	2. R toma A
3. C 6 C R mate.	

Variantes: Si... C toma D; 2. A 7 C R, etc.— Si... A toma T; 2. A 6 R jaque, etc.— Si... R toma T; 2. A 1 C jaque, etc.— Si... C 2 D; 2. D 8 R, etc.

Las circunstancias excepcionales por que ha pasado Barcelona, nos han impedido, bien á pesar nuestro, publicar el presente número á su debido tiempo.

Sírvanos de excusa la fuerza mayor cerca de nuestros favorecedores.


HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



Proyecto

de monumento

al

Alcalde de Barcelona

Don Francisco

de Paula

Rius y Taulet





José Puig y Cadafalch

POR RAIMUNDO CASELLAS

Bien hace *Hispania* en consagrar uno de sus números á Puig y Cadafalch. Pocos hombres, acaso ningun otro, entre los de la nueva generación, merecerán como él que su obra sea difundida, y estudiada su personalidad. Con los honores gráficos que hoy le tributa, tal vez no haga más esta Revista que adelantarse un tanto al renombre general, puesto que las construcciones del joven arquitecto, ya aclamadas y aplaudidas desde un principio por la aristocracia de nuestro arte, corren gran riesgo de imponerse á las corrientes del gusto público, hasta llegar pronto á hacerse de moda y á convertirse luego en ejemplares de los más corrientes entre las edificaciones artísticas con que soñamos para la Barcelona del porvenir.

Es un espectáculo consolador, para cuantos aman el decoro de nuestra ciudad, ver como de en medio de la extravagancia y la vulgaridad imperantes van surgiendo fábricas de noble abolengo, hijas legítimas del arte maravilloso de los tiempos medios, que tarde ó temprano habrán de desterrar para siempre los pretenciosos é incoherentes edificios que se alzan á nuestro alrededor. ¡ Había descendido hasta tal punto el nivel estético de nuestra arquitectura, desde que manos ineptas la sujetaron á sobados modelos de exótica y reciente importación !

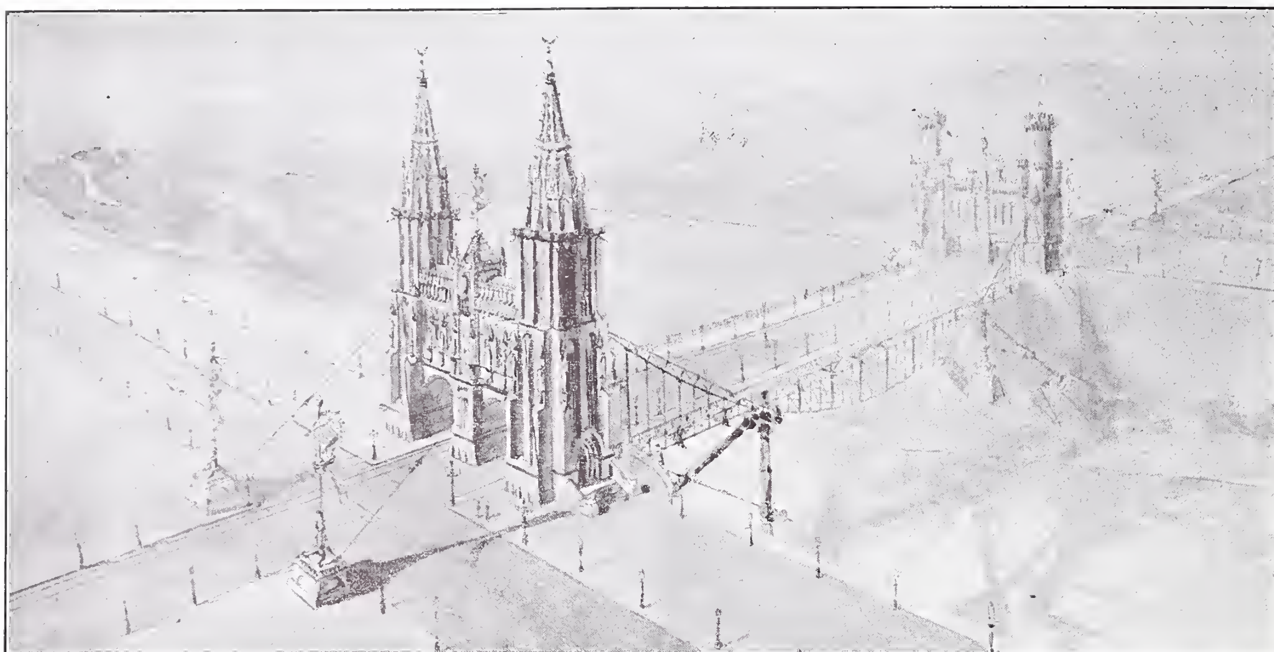
Porqué, menos mal todavía cuando era la generación de los Guastavino, de los Robert y los Granell la que amoldaba las casas de nuestro cuadriculado Ensanche á un estilo neoclásico, aplicado según las fórmulas recién llegadas de Viena ó de Berlín.



Cruz de piedra en la Ermita de la Misericordia en Canet de Mar

Al fin y á la postre, si aquella arquitectura distaba mucho de tocar á las cumbres del gran arte, interpretada por quienes lo interpretaban, bien podía recabar el calificativo de equilibrada, de selecta, de distinguida y hasta de hermosa en ocasiones. Lo peor fué cuando, desaparecida aquella generación de constructores discretísimos, vinieron indignos sucesores á aplicar las forasteras fórmulas sin gusto ni distinción. Desde aquel punto la cursilería y la extravagancia se apoderaron por completo de la edificación en la ciudad nueva barcelonesa. Con sus mármoles y sus dorados, con sus estucos y sus bronces, las flamantes construcciones delataban por una parte el afán de lujo y exterioridad de unos propietarios advenedizos, y descubrian por otra la inepcia de unos constructores que, desconociendo el arte genuino de su propia tierra, bebían su inspiración en vulgarísimos álbumes, no siempre bien comprendidos y copiados. Solo así se explican aberraciones y adefesios como los que estamos condenados á contemplar constantemente por las vías de Barcelona.

Mas, para dicha de nuestra cultura, paralelamente con este aburguesamiento de la arquitectura urbana, se operaba una salvadora reacción, del todo favorable á los ideales del arte y á los ideales del país. Primero Elías Rogent, el adorador y el restaurador del arte románico, más tarde Luís Doménech, el esclarecido maestro y el inspirado restaurador del goticismo, puede decirse que echaron los cimientos de la nueva escuela de arqui-



PUENTE MONUMENTAL
Proyecto del ejercicio de reválida en la Escuela de Arquitectura de Barcelona

tectura catalana, basada en el amoroso estudio de los monumentos levantados en el suelo patrio en las épocas de nuestro apogeo nacional ó en aquellas que más ó menos inmediatamente le subsiguieron. En el actual despertar del espíritu de un pueblo que recobra la conciencia de su personalidad y de su historia, no podía menos de obrarse la resurrección de su arte arquitectónico, glorioso timbre de un pasado esplendoroso. El pueblo que había erigido los cenobios de Ripoll y Besalú, los monasterios de Poblet y Santas Creus, las catedrales de Tarragona y Barcelona, los palacios de Gralla y de Dusay, este pueblo, al reanudar su historia, debía también reanudar su tradición artística, interrumpida en mal hora por extranjera dominación. Las venerandas reliquias de piedra, que Piferrer cantara un día como poeta, debían ser científicamente analizadas y explicadas por los arquitectos videntes de nuestra tierra, dispuestos desde aquel instante, «á arrinconar los Vitrubio, para inspirarse en los Viollet.»

Pues, de esta escuela de arquitectura catalana, Puig y Cadafalch es el discípulo predilecto, el más brillante y el más fecundo. Cada paso dado en su carrera por el joven arquitecto representa un triunfo para él y un triunfo para nuestro arte.

La decoración que, siendo como quien dice un adolescente, ideó para la joyería Maciá, ya fué para todos una revelación. Aquella combinación refinadísima de obscuras maderas, mates estucos y pálidas estofas, formaba una suerte de cuadro á la sordina, rico de matices pero silencioso de tonalidad, que se ofrecía como el más adecuado para servir de estuche á un comercio donde sólo el oro, las perlas y los brillantes deben lucir y cantar. A legos y profanos les pareció soberbio el decorado de casa Maciá, y al que estas líneas escribe todavía le parece oir las frases de aprobación que la obra inspiró al propio Domenech y las íntimas disquisiciones sobre las corrientes del arte moderno que sugirió al desventurado José Yxart.

Unos años mas tarde, el aplauso del mundo intelectual subía de tono con la terminación del edificio de los « Quatre Gats ». Aquella era la casa catalana, esplendorosamente resucitada por un inspirado arquitecto que aspiraba á conciliar las hermosas artes del pasado con las necesidades sociales y económicas de la vida actual. Quien habia concebido aquel bello conjunto, quien había distribuido con tal acierto las porciones de aquella masa, quien había ideado aquella pintoresca combinación de ladrillos y sillares, quien había diseñado la rumbosa vestidura ornamental que en piedra esculpida, hierro forjado, maderas y lozas cubría el edificio, bien podía recabar el título de maestro entre los más originales y entendidos de los que toman la decoración ojival por base de la moderna. Allí se determinaba claramente la personalidad de Puig y Cadafalch. El gusto por lo característico de la localidad y el prurito de señoril distinción; el amor á lo pintoresco de la vida social, reflejada en las esculturas, y la propensión á los contrastes de color, por la elección de los materiales; la variedad garbosa de las líneas y una profunda ciencia del molduraje, y sobre todo y ante todo, la exuberancia, la frondosidad, por no decir

la orgía de exornación, debían ser desde aquel punto los caracteres dominantes del suntuoso constructor.

¡ Cuanto nos hizo soñar aquella casa á los literatos y artistas que nos reuníamos en los bajos, para asistir á las primeras manifestaciones del arte maleante que nos servían en los « Quatre Gats » ! Por una parte nos sentiamos extrañamente retrotraidos á los buenos tiempos de la Barcelona antigua, por obra y gracia de un arquitecto que sabía hacer el milagro de resucitar el hogar de nuestros mayores en una calleja de las más características entre las que constituyen el viejo riñón de la ciudad. Mas, por otro lado nos parecía que el mágico constructor nos había trasladado á una de las capitales cosmopolitas del mundo moderno y nos introducía en el bullicioso recinto de uno de estos artísticos *cabarets,* de estas *maisons d'art,* que son como nidos de bohemia intelectual en París y en Bruselas, en Viena y en Munich.

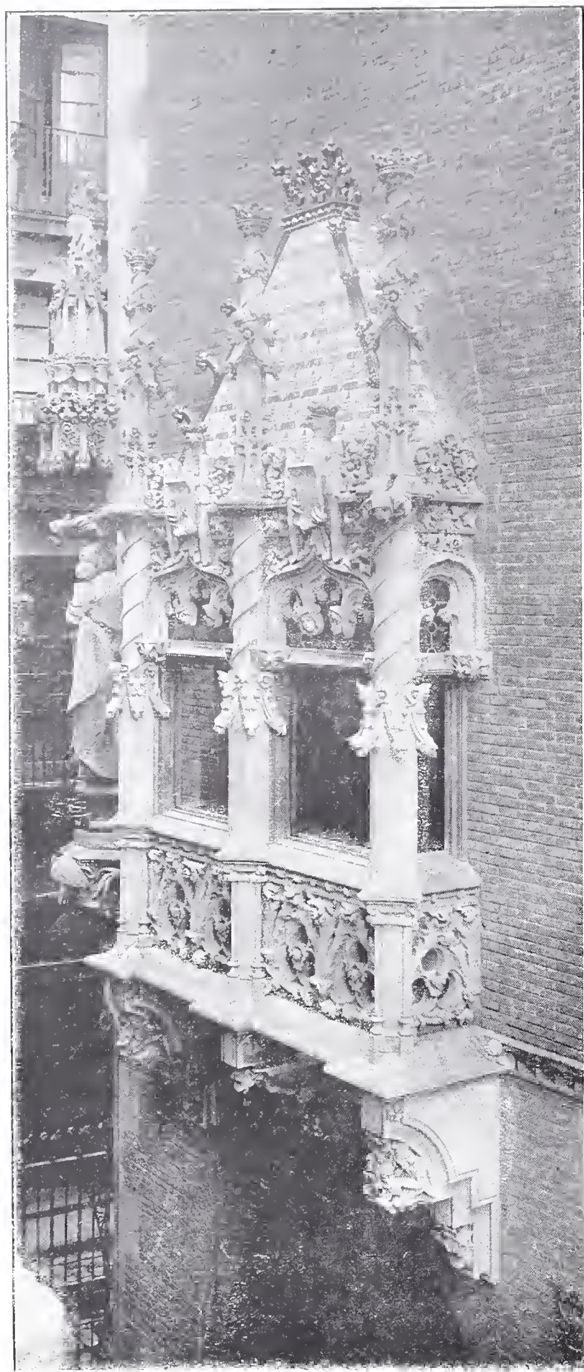
Esta mezcolanza de arqueología y modernismo, de amor á lo antiguo y de pasión por lo nuevo, de curiosidad exótica y de resurrección particularista, que informa una parte principalísima del espíritu de nuestros tiempos, se nos antojaba verla algo simbolizada en aquel especialísimo edificio, manifestación muy significativa del arte de Puig y Cadafalch. Ya dijimos que el joven maestro pertenece á esa aristocracia intelectual de nuestros días que en todo orden de ideas inquiere el alma del pasado para las invenciones del porvenir. En lo artístico y en lo literario, en lo social y en lo político, no les es dable á estos espíritus de selección prescindir del sentido histórico ni del sentido local, como no le es dable al hombre de clara estirpe olvidar los vínculos que le unen con la tradición.

Mas no imagine nadie por estas palabras que ni de cerca ni de lejos pueda nuestro hombre transigir con ranciedades ni rutinas. Con el corazón abierto á todas las expansiones, con la inteligencia cultivada para todos los adelantos, encarna, como pocos entre nosotros, el espíritu de su tiempo. Nadie como él posee un temperamento más opuesto al de estos hombres apocados y enfermos de misoneismo que, por temor á la luz, cierran los ojos al sol que nace. Nadie como él es más refractario á las divagaciones de estos discípulos del evangelio ruskiniano, que por snobismo esteticista, maldicen poeticamente de la aplicación científica á las necesidades de la vida humana. Hombre de ciencia al par que artista, ha debido habituarse desde bien joven á integrar el concepto de la vida en el conocimiento positivo de las cosas y en los métodos de experimentación. Y esta complejidad mental que caracteriza á los hombres verdaderamente fuertes de nuestros días, permitiéndoles ser á un tiempo adoradores del pasado é idólatras de la renovación, es indudablemente un sello distintivo de Puig y Cadafalch.

Así como en su alma de artista lo mismo cabe el amor por las artes de los siglos medios que la simpática curiosidad por las caprichosas combinaciones de los modernísimos estilos, así en su deber de ciudadano y en su conducta de hombre político, lo mismo entra el apostolado por las reivindicaciones históricas de la patria catalana que las protestas, casi demagógicas, contra las uniformidades, contra las reglamentaciones, contra las leyes para todos y contra la



Fachada de una iglesia votiva dedicada á la Santísima Trinidad, de planta triangular
Proyecto ejecutado en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, bajo la dirección de D. Elías Rogent.
Curso de 1890-1891


Tribuna de la casa situada en la calle de Montesión

injusticia social. El amor entrañable á la patria que le vió nacer y el noble orgullo de pertenecer á la raza á que pertenece, le llevaron casi de niño á militar en las filas nacionalistas de Cataluña, le movieron luego á tomar, con su vibrante pluma, un puesto de honor en el periodismo catalanista y le impulsaron más tarde á hacer oir su palabra ardiente en el meeting popular. Pero la prueba más patente de que ni este amor ni este orgullo por la vieja patria, con ser tan altamente históricos, tan altamente conservadores, tan altamente tradicionalistas, pueden ahogar en espíritus como el de Puig las aspiraciones á la libertad y á la justicia humanas, son las campañas que en la prensa catalanista ha sostenido con fervor de apóstol, unas veces en pro de la reforma social y otras veces en contra de judiciales aberraciones como la horrenda inquisición militar del castillo de Montjuich.

Esta dualidad de espíritu, paradoja más aparente que real, puesto que al fin y al cabo no es otra cosa que comprensión sintética de juicios y sentimientos que solo parecen contradictorios á rudimentarios entendimientos, esta dualidad, repito, se refleja en todas las manifestaciones, sociales ó estéticas, de Puig y Cadafalch. La diversidad de terrenos en que vemos aplicarse brillantemente su gran actividad, es muestra evidente de su complejidad mental. Bien diferente de estos hombres, solo dotados de imaginación, que afectan odiar ó desdeñar el conocimiento científico, únicamente porque no lo poseen, nuestro arquitecto ha magníficamente aliado en su intelectualidad las intuiciones del artista y los estudios del hombre docto. Así es como, en ocasiones, ha podido desde la cátedra de Hidráulica y de Resistencia de Materiales, de nuestra Escuela de Arquitectura, exhibir sus conocimien-


Casa propiedad de D. Francisco Martí y Puig, en la calle de Montesión
Año 1895

tos en matemática y en mecánica, ó verter en monografías como sus *Notas arqueológicas sobre las iglesias de Sant Pere de Tarrasa* ó *La casa dels moros de Fabara* ó su *Historia Arquitectónica de Sant Pau del Camp* ó en libros enciclopédicos como la HISTORIA DEL ARTE que la casa Montaner y Simón está publicando, buen acopio de erudición y de doctrina. Y así se explica también que unas veces le hayamos visto engolfado en la resolución de problemas más vecinos de la Ingeniería que de la Arquitectura, como el proyecto y la construcción de grandes *caves* para el labo-



Detalle decorativo de una chimenea de la «Villa Labat» en Biarritz, modelado por Arnau y Llacer

reo y la conservación de los Champagnes Codorniu, y otras veces trazar una red de cloacas para una población, como la que en parte hizo, según los más modernos procedimientos, para Mataró.

En esa ciudad, donde Puig vió la luz primera, se guardan en gran número los recuerdos de su iniciativa y su actividad. Durante el tiempo que ejerció en ella de arquitecto municipal, se prodigó en el proyecto y dirección de cuantas obras y mejoras pudiesen contribuir al decoro y á la cultura de la población. Contribuyó á fundar su biblioteca pública, y su museo arqueológico, trabajó por el desenvolvimiento de su Escuela de Artes y Oficios, restauró el salón de sesiones de la

Casa propiedad de D. Joaquín Coll y Regás, en Mataró. - Año 1898



Casa de D. José Garí, en el Cros, Argentona, construída en 9 meses, en 1899

casa comunal, levantó, para los días de públicos festejos, decorados y arcos de triunfo, como acaso no se hayan visto otros tan artísticos y espléndidos en Cataluña, pues siempre Puig ha de poner en sus cosas, hasta en las más económicamente realizadas, este sello de distinción y fastuosidad que una vez hizo exclamar á un concejal de Mataró : *En manos de nuestro arquitecto todo se vuelven palacios.* Y además de estas obras de carácter público, débele también su ciudad natal lindas y coquetonas casas particulares, como por ejemplo, la del señor Coll y Regás, que con sus rizados hierros, sus finos esgrafiados, sus delicadas esculturas, sus pintados azulejos y su tribuna llena de flores... en medio de las calles dormilonas del morigerado Mataró, hace el simpático efecto de una sonrisa de mujer. En el género que podríamos llamar idílico, es aquella casita un *chef-d'-œuvre,* una perfección.

Decimos en el género idílico, porque en absoluto la obra maestra de Puig, la obra maestra entre todas las ideadas por el fecundo constructor, no se halla en Mataró, aunque radique á pocos kilómetros de la histórica ciudad. Me refiero á la fastuosa mansión de los señores Garí. Siempre habré de recordar con gran placer la tarde del pasado verano que, en compañía de





Comedor de la casa de D. José Garí

Puig y Cadafalch, estuve á visitar aquel soberbio palacio, situado en el pintoresco valle del Cros, del término de Argentona. Entre mis recuerdos se condensa el de aquella visita como un espectáculo de arte entrevisto en un país de ensueño. Allí es donde nuestro arquitecto, sin cortapisa de ordenanzas municipales ni imposición de cicatero propietario, pudo dar rienda suelta á su fantasía y convertir su pensamiento en palacio, según la frase del buen concejal mataronense. Sí, palacio, y palacio de hadas, es aquella morada esplendorosa, acampada en el más plácido rincón de naturaleza que un poeta bocólico pudo soñar.

Al llegar el visitante á la vista del gótico edificio que, destacándose sobre macizos de verdura, refleja su fachada principal en las aguas mortecinas de extenso lago, le parece á uno hallarse en presencia de algún castillo señorial, á la verdad más risueño y más espléndido que sus congéneres medioevales y milagrosamente conservado nuevo á través de las centurias. A medida que nos acercábamos á la espléndida mansión, íbamos con gozo descubriendo las filigranas que decoran aquel gran cubo flanqueado por cuadrangular torreón ó por circulares torrecillas en saledizo, y coronado por porticada galería, cubierta por magnífica techumbre de policromadas tejas. Allí, en los grandes muros, veíamos trepar los finísimos esgrafiados como una hiedra monumental; allí, en los ángulos, veíamos encastillarse, en ajedrezada combinación, losetas de mil colores; allí, sobre las esbeltas columnas de tribunas y ventanales, veíamos suspenderse como un encaje de piedra, las arquerías y lóbulos de labor sutil. Y cuando penetramos en el vestíbulo exterior, airosamente sostenido por retorcidas columnas, y cuando subimos por la regia escalera, decorada con heráldicos motivos, y cuando penetramos en las soberbias estancias del piso principal, unas exornadas con severidad, otras brillantemente ornamentadas, estas y aquellas unidas ó incomunicadas entre sí por recios cortinones ó por grandes puertas correderas... íbamos de sorpresa en sorpresa, pues no recordabamos haber visto en los grandes ejemplares de moderna arquitectura nada parecido á aquellas cámaras, á aquellos salones, á aquel comedor, á aquel mobiliario, que, á pesar de su fastuosa nove-



Baranda de escalera para la « Villa Labat »



Escalera de la casa de D. José Garí

dad, guardaban no sé que sugestivos recuerdos y curiosas reminiscencias de nuestras artes de los siglos medios.

Pero nuestro asombro subió de punto cuando nos contaron que aquel palacio de hadas, en cuya construcción parece que deberían haberse invertido años, se había levantado en poco más de ocho meses. Aun en esta nuestra tierra donde todo se improvisa, sean instalaciones públicas, sean edificios particulares, sean Exposiciones, sean Hoteles Internacionales, aun en esta tierra ha de parecer un *tour de force* la edificación, en tan breve espacio de tiempo, de una fábrica tan grande, tan sólida y tan prolijamente trabajada. Este milagro solo se explica teniendo en cuenta lo expeditivo que es en todas sus cosas Puig y Cadafalch. Rápido en el concebir y en el ejecutar, exige de sus colaboradores aguda penetración para que puedan seguir su pensamiento. Al revés de estos arquitectos pacienzudos, capaces de dibujar un detalle en su escala definitiva, Puig apunta sus ideas en febriles croquis, seguro de que el escultor, el forjador ó el tallista hará en su oficio cuanto sepa, interpretando y definiendo el pensamiento del artista creador. Con su temperamento sanguineo-nervioso, dado á la intermitencia de breves colapsos llenos de ensueño y vaga meditación, y de grandes excitaciones llenas de energía y actividades, aprovecha los intervalos de agitación para dar forma gráfica á las estructuras y á los arabescos que han revoloteado por su mente.

Y de la eficacia con que llena estos períodos de actividad, son tangible demostración las obras que posteriormente ha concebido y llevado á término. Quien le haya visto estos últimos tiempos en Barcelona dar los toques definitivos á la casa Ametller del Paseo de Gracia, mientras empezaba á levantar la casa Macaya del Paseo de San Juan; quien le haya visto ir y venir en bicicleta de una á otra construcción; quien haya visto como á su impulso y personal dirección los dos artísticos edificios habían crecido como por ensalmo, formará buena idea de lo que puede una voluntad como la que anima á Puig. Y todavía la formará mejor cuando sepa que este período de fiebre arquitectónica ha coincidido con un período de fiebre política, en el que nuestro ardiente patriota ha prodigado su pluma, su palabra, sus felices iniciativas y sus dotes de organizador.



Lauda sepulcral en el Panteón de la Familia Dam.-Cementerio del SO. Barcelona

Porque, no podrá nunca completar la fisonomía psicofisiológica de Puig y Cadafalch, aquel observador que únicamente le haya contemplado ante la mesa de dibujo de su despacho, ó entre los planos polvorientos de la casa en construcción, ó desde la cátedra de nuestra Escuela de Arquitectura. No. Para tener el retrato entero, es preciso haberle visto en la peña del Ateneo ó en la reunión del centro político, cuando su rostro, ligeramente moreno y de viriles lineas, se mueve y vibra con la discusión, cuando sus negros ojos brillan detras de los lentes y centellean al compás de la réplica ó el relato, ó cuando, de bruces sobre la mesa de la redacción, escribe un párrafo en medio del general tumulto ó se incorpora un momento para tomar parte en el debate pendiente ó vuelve de pronto al artículo interrumpido ó reanuda al cabo su turno en la discusión... Entonces tendría, quien observase, algo parecido á la figura moral y física de esta interesantísima personalidad, indudablemente destinada á llamar por sus hechos políticos la atención general, como ya la ha llamado por sus construcciones, seguidas en ocasiones por nuestro público con verdadero interés.

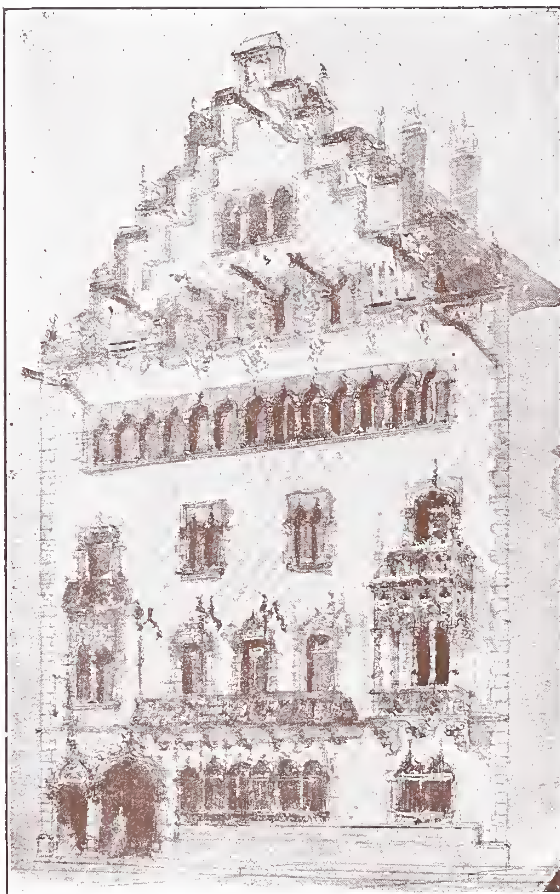


Panteón de la familia Dam
Cementerio del Sudoeste de Barcelona

La citada casa Ametller, favorecida acaso por su emplazamiento en sitio tan frecuentado como el Paseo de Gracia, puede decirse que ha alcanzado los honores de la popularidad. Todos los barceloneses, en sus horas de paseo, han contemplado cien veces aquella casa y cien veces la han calificado de modernista, con más ó menos propiedad. Es de los pocos edificios particulares que han tenido el privilegio, reservado comunmente al cuadro ó á la estatua, de suscitar la pública discusión. Porque... á fuer de verídicos narradores, hemos de hacer constar aquí que, si para los dos tercios inferiores de la obra todo han sido plácemes y elogios, por lo que toca al piñón escalonado que hace oficios de remate, todo han sido reparos y objeciones. Mas los que impugnan y critican, para nada habrán tenido en cuenta que, por los usos á que se destinaba la parte superior del edificio, aquel frontón constituía un pié forzado, que, á causa de las trabas tradicionalmente impuestas por las Ordenanzas Municipales, no pudo ser resuelto con el desahogo que apetecía el arquitecto.

En el interior de la espléndida morada á que nos venimos refiriendo, ha derrochado Puig su fantasía, su saber, su buen gusto y distinción. Después que el visitante ha subido una escalera de aires monumentales como la de un palacio catalogado, da con unos pasillos con arcaturas bellísimas, como las de una Alhambra, penetra en un estudio precioso y recogido, como el de un monje sibarita del arte, entra en un comedor lujoso y sóbrio á la vez, como el de un gran señor del siglo XV, cruza unos fastuosos salones que son digno estuche de los retablos góticos, tablitas flamencas, riquísimos ejemplares de vitraria oriental, de vitraria antigua catalana y de otras mil preciosidades que en sus viajes y peregrinaciones artísticas ha recogido el dueño de aquella suntuosa mansión que á un tiempo es museo y es palacio ...

Mas, ya es hora de poner punto á descripciones y comentarios. La obra de Puig, con ser la de un joven de treintitres años, es tan extensa y tan varia, que su reseña llenaría todavía un gran espacio de esta revista. Ni describiendo su último edificio construido en Barcelona, la casa Macaya, cuyo vestíbulo y cuya escalera son modelo de gusto y originalidad, llenaríamos debidamente nuestro cometido. Nos faltaría aún dar idea del imponente castillo señorial construido en Hostalrich; nos faltaría citar otras casas levantadas en Mataró, en Viladrau, en el Tibidabo; nos faltaría hablar de edículos tan graciosamente concebidos como el kiosko de casa Bosch, levantado en la estación de Badalona; tendriamos que mencionar monumentos de tan subido valor artístico como el gran *Crucifijo*, representando el quinto Misterio de Dolor ó el retablo de azulejos, cerrado por valiosa reja, representando el tercer Misterio de Gozo, ambos erigidos en los picos del Montserrat; habria que registrar altares como el levantado en la iglesia parroquial de Vilassar, ó cruces de término, como las construidas en Lloret y en Canet, ó panteones como el elevado en San Feliu de Guíxols... ¡Sería tan extenso el catálogo que podría trazarse con las obras de Puig y Cadafalch, aun sín contar con proyectos de todos órdenes, que por su valor y por su número dan concepto claro de una extraordinaria fermentación intelectual y de una asombrosa actividad.



Por esto tenemos por síntoma altamente favorable á la cultura y á la prospèridad de Barcelona que los sufragios del pueblo invistieran con la magistratura edilicia al esclarecido arquitecto catalán. Una ciudad como la nuestra, falta de tantos organismos y funciones así del orden moral como del físico, considerados imprescindibles en los grandes centros de población modernos, necesita hombres fuertes de voluntad y fuertes de inteligencia que quieran y sepan europeizar la capital de Cataluña. Puig que tan gran bagaje trae de conocimientos adquiridos en los libros, en la práctica profesional y en los viajes por el extranjero, es de los llamados á desempeñar esta civilizadora y patriótica misión. Las iniciativas que, inmediatamente después de haber pisado los umbrales de la Casa Consistorial, ha tomado en asunto de tanta importancia para la cultura general como la descentralización del servicio de Bellas Artes, y en obra de tanta trascendencia para la salud pública como el saneamiento del suelo y del subsuelo, muestran lo que podemos esperar los barceloneses de las luces y las energías de Puig y Cadafalch.



Casa propiedad de D. Antonio Amatller. 1900

Artista Constructor



Silla de la Casa Amatller



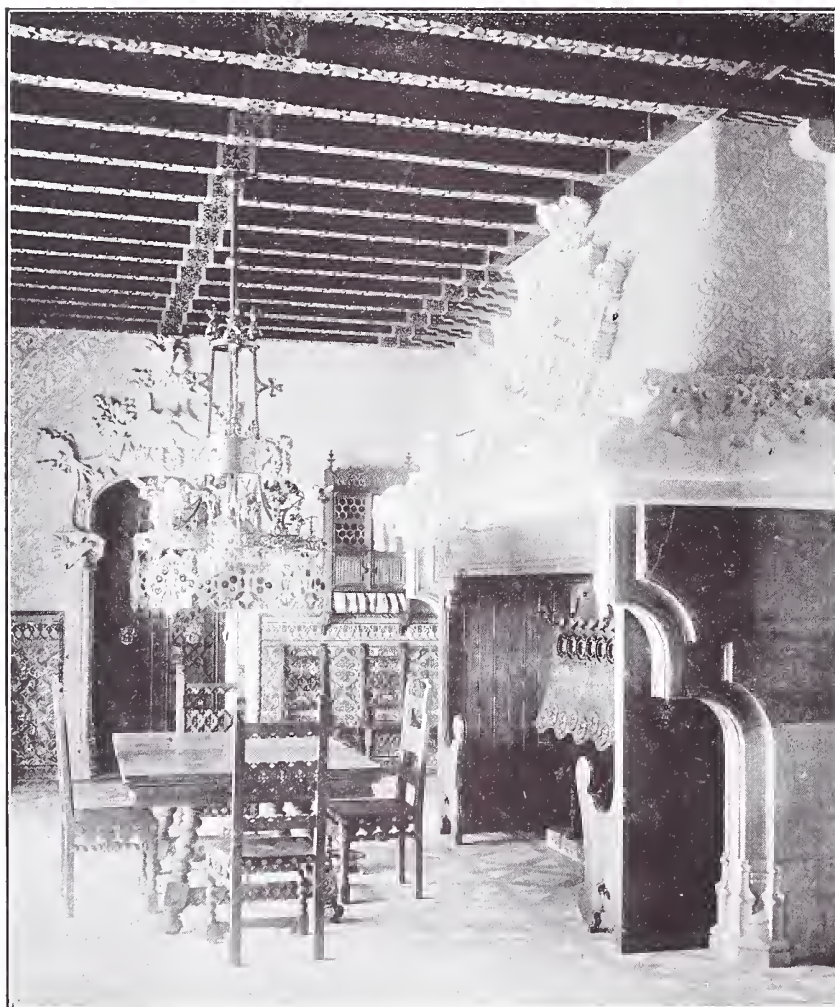
Silla de la Casa Amatller

Es la obra artística de Puig y Cadafalch una de las que, indudablemente, retratarán con más exactitud el carácter de nuestra generación. Y aunque parezca echado con pretensiones de profecía tal aserto, no es más que una perogrullada, si se tiene en cuenta que nada retrata mejor el carácter de un periodo social, que las más alabadas de entre sus más corrientes construcciones.

Que las de Puig son una y otra cosa, es indudable, al menos para los jóvenes artistas que han de imponer su gusto con el tiempo. ¿Por qué lo son? Lo son principalmente por su sana filiación y vigoroso desarrollo.

Cuando el arte catalán se limitaba á ser un eco leve y confuso del francés, surgieron aquellos hombres eminentes que dieron á Cataluña la perdida conciencia de sí misma, y que, cantando su heróica historia y estudiando su antiguo derecho, su literatura, su música popular y el espíritu de su pueblo, le mostraron el camino que debía seguir para marchar con paso firme hacia el progreso.

Uno de ellos fué el inolvidable don Elías Rogent.

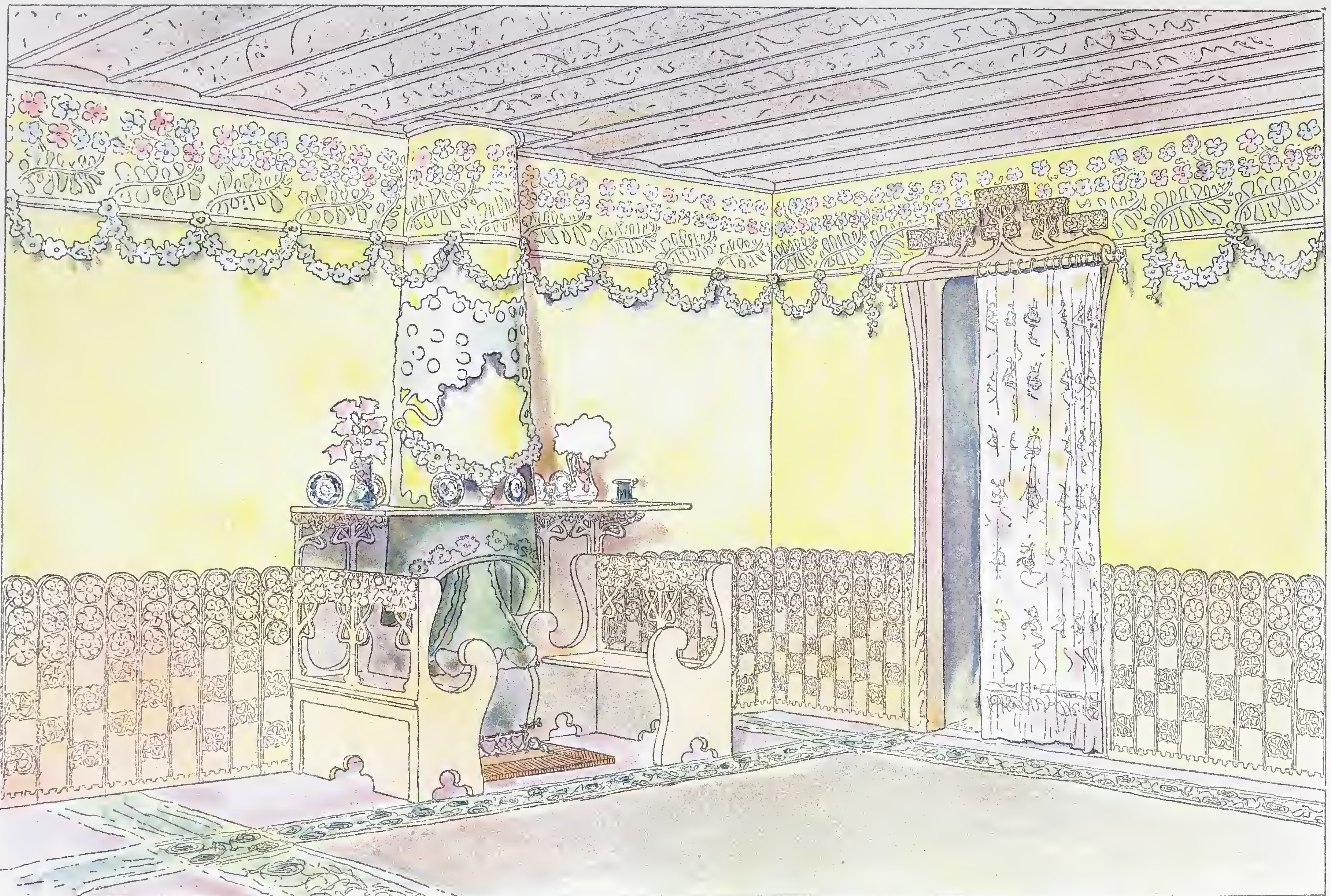


Comedor de la casa Amatller

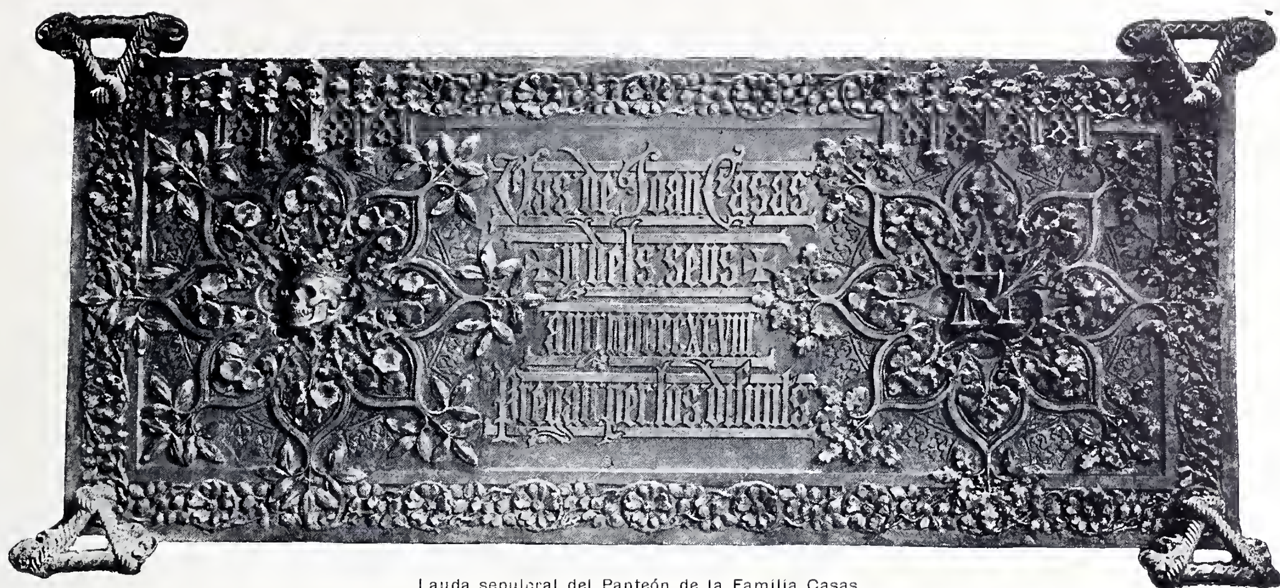
El restaurador de Ripoll enamoróse del arte, ya olvidado, de su patria, que tanto armonizaba con las corrientes románticas de su época—la de Víctor Hugo y Violet-le-Duc;—y desde la dirección y las cátedras de la Escuela de Arquitectura, bajo el influjo aún del deplorable gusto que hasta entonces había dominado — por ser el único imperante en los pocos libros que á su alcance tenía,—enseñó á sus discípulos á estudiar los antiguos monumentos; y visitándolos y conociéndolos, obligóles á amarlos.

El movimiento inicial estaba dado. Sólo faltaba que el modernísimo despertar de las artes nos trajera, en sinnúmero de publicaciones, el ambiente de los profundos estudios y descubrimientos últimamente realizados, para que, empapándose de ellos nuestra sociedad floreciente, naciera —ó mejor dicho renaciera —el arte catalán.

Destácanse dentro de él vigorosamente dos figuras: la más genial é incomparable de cuantas en el terreno de las artes adelantáronse á su época y la del actual director



PROYECTO DE DECORACIÓN — JÓSÉ PUIG Y CADAFALCH

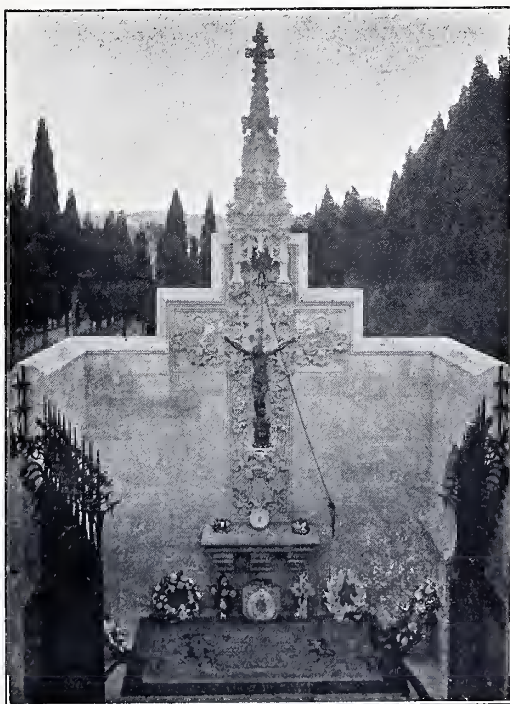


Lauda sepulcral del Panteón de la Familia Casas

de la Escuela Superior de Arquitectura don Luís Doménech y Muntaner. El mismo que, presidiendo la Asamblea de Manresa, proclamó los principios que constituyen el credo político del catalanismo, fué quien, entresacando de sus vastos conocimientos los elementos más preciados del arte antiguo catalán en su apogeo, y combinándolos—en el crisol perfectamente depurado de su exquisito gusto — con las tendencias vivificadoras del arte moderno en Europa, proclamó el credo artístico seguido por nuestra juventud.

Probablemente nadie ha comprendido mejor el espíritu de este credo, mezcla de amor á la tradición y de ambición al progreso, que Puig y Cadafalch.

La personalidad era la primera condición, entre otras varias que el mismo le exigía, para responder debidamente á la idiosincracia de unos tiempos de particularismo desenfrenado y de refinadísimo individualismo; lo razonado del punto de partida y de sus deducciones, la segunda. Puig tuvo muy en cuenta al germinar su obra que el arte más razonado, más complejo y más perfecto, por tanto, era el arte ojival; y que dentro de él, el estilo del siglo XV, por ser el que hacía resaltar mejor sus cualidades—hasta la exajeración amenudo — era el que cuadraba mejor á su temperamento nervioso y meridional; por ser el más rico, era el que satisfacía mejor el actual afán de lujos y esplendores; y por ser el privativo de los tiempos de mayor prosperidad en nuestra tierra, era el que más compenetraba con ella y el que le ofrecía mayor número de datos (dependientes todos del modo de ser de la misma) en que inspirarse.



Panteón de la Familia Casas, en San Feliu de Guixols

Hé aquí su punto de partida; fija la vista en él, amoldólo luego á las necesidades y exigencias del momento, procurando siempre preservarlo, en lo posible, de la influencia extranjera, hija de la presente civilización y demasiado poderosa, por ello, para que pueda dejar de ser imprescindible.

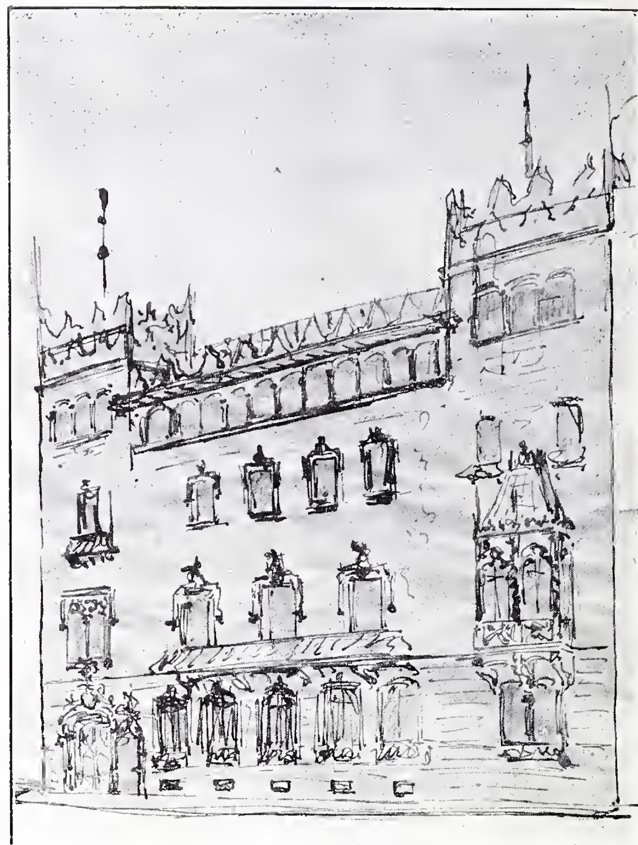
Su obra es, pues, el resultado de una especie de exclusivismo catalanista y de un espíritu progresivo y altamente liberal en el sentido de aceptar y estudiar todas las innovaciones y descubrimientos contemporáneos; y exprofeso deja traslucir ambos influjos cuasi abusivamente de contínuo; porque precisamente de este semi-abuso, de este empleo inusitado de todos los adelantos materiales y del garbo en vestirlos constantemente con el ropaje tradicional, nace el sello personal y característico que distingue y caracteriza su obra de todas las demás.

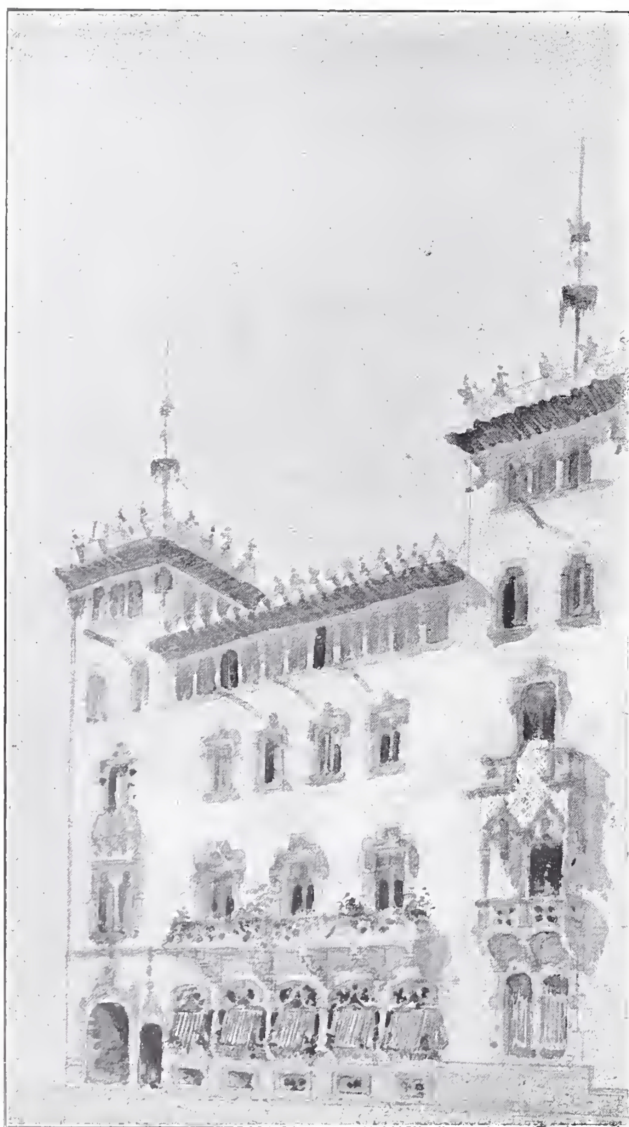
Los medios que emplea para confeccionar dicho ropaje, diríase que son inagotables; en sus mágicas manos, el hierro, sin perder su carácter, acaba por parecer lienzo sutil; la piedra, profusamente esculpida, adquiere

la calidad del ligero y movedizo follaje de los árboles; el estuque, semeja finísimo encaje; la madera se retuerce como flexible cuerda, y la tierra cocida y barnizada (la mayólica) todo lo salpica y enriquece, como podrían hacerlo el oro y los metales más preciosos, dando por resultado final una obra enérgica y atrevida de colores enteros y brillantes, que destacan á la luz vivísima de nuestro espléndido sol, de otro modo que los colores apagados que acostumbran á usar los modernistas septentrionales, cuyos ojos parecen generalmente velados por la niebla de sus hermosos países.

Claro está que, para conseguir este resultado, ha debido sacar de los limbos de la rutina á un sin fin de operarios, á quienes ha educado é iniciado en los últimos *procedimientos* y adelantos, á sabiendas de lo que suele costar el meterse á redentor, y á sabiendas también de que, á pesar de lo fructífero, y por ende de lo simpático de la obra, ellos habían de ser los primeros en denigrarle.

Viva en la mente de muchos estaba, poco ha, la





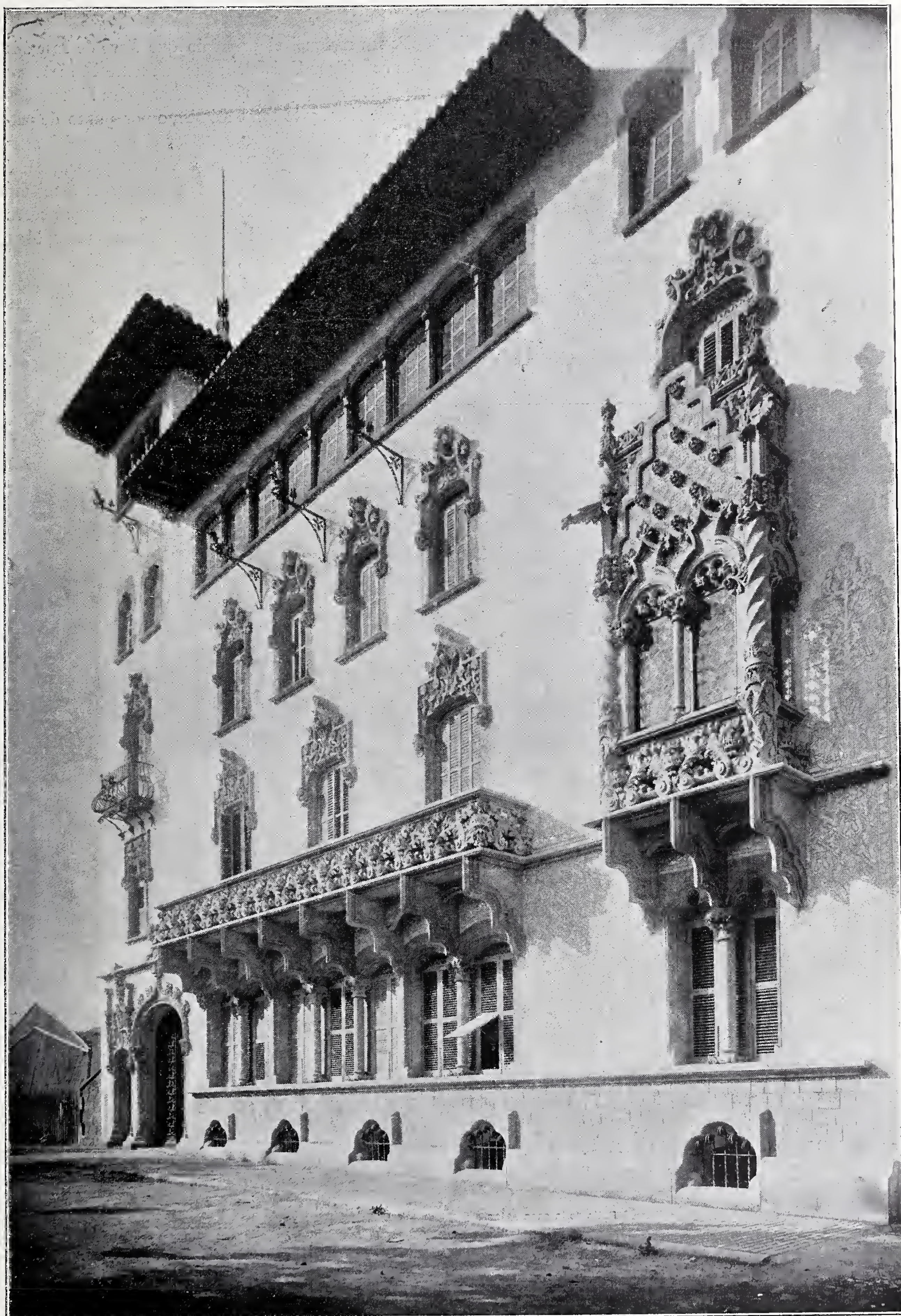
campaña emprendida por los constructores de Mataró contra su joven arquitecto municipal, que les obligaba á tratar con un material cuya manipulación desconocían, porque proyectaba las cloacas para ser construídas de hormigón. Puig sabía á ciencia cierta que así habían de resultar más económicas y mejores que las de bóveda tabicada, que eran las usuales, y á pesar de que al decir de aquellos constructores éstas se sostenían perfectamente (y en los presupuestos, sobre todo) no valiéndoles para el caso todo lo que decían, tentaron de morder en carne joven.

Lo grave del caso, es que jamás se encuentran faltas de eco las lenguas viperinas, máxime cuando pinchan alguna innovación, porque entonces encuentran la suma de los espíritus mezquinos y rutinarios, que acostumbran á ser los más, y máxime cuando pretende ser introducida por un joven apenas conocido, porque además, en este caso, de cualquier lado sale un sanhedrín.

Pero coleaba aún la descrita campaña, cuando en Mataró se empleaba el hormigón (exajerando un poco) para tabiques inclusive.

En último término siempre sucede igual; lo que vale se impone, y truécanse en trofeos los obstáculos.

Nadie imagina lo que las innovaciones (verdaderas pequeñeces que se han de divulgar) avaloran las obras. Acostumbrada la gente á sacar consecuencias semejantes de datos siempre iguales, al variarse éstos parece no saber discurrir. En este concepto se ofuscan aún perso-



Casa palacio propiedad de D. Román Macaya y Gibert, en el Paseo de San Juan. 1900

nas ilustradas y expertas, que atribuyen á las casas edificadas por Puig un valor crecidísimo, siendo así que recuerdo haberle oído decir que las casas de Atmetller y Macaya, lujosamente decoradas en su interior, cuestan, poco más ó menos de cincuenta mil duros, y la de la calle de Montesión («cuatre gats») sólo veintiun mil.

Estas pocas apreciaciones no pueden durar mucho. No creo alejarme de la realidad asegurando que, á no tardar, será moneda corriente lo que años atrás era tenido por estravagancia ó rareza.

Es tan racional el principio que sirve de base á la obra de Puig y Cadafalch; encarna tanto con nuestro modo de sentir, que no ha de faltar quien fije también en él la vista, y lo tome asímismo por punto de partida para entrar dignamente en el campo del arte: campo hermoso y feliz, cuya entrada presentará, á quien tal pretenda, un sólo inconveniente: el mismo que presenta la del Cielo á los muchos que se creen llamados; alabemos, al menos, á los pocos escogidos, y si son de los nuestros, con más obligación.



Patio de la casa palacio propiedad de D. Román Macaya

Una Silueta

Cuando entré por vez primera en la Escuela de arquitectura—hace ya de ello once años—hiciéronme pasar á una gran aula en donde dibujaban, pintaban y modelaban juntos los alumnos de todos los cursos.

Al tratar de orientarme entre aquellos grupos, conocí inmediatamente á Puig y Cadafalch. Estudiaba el último año de la carrera, y ya entonces — y quizás con más fuerza que nunca—resultaba ser el más caracterizado de sus compañeros.

Era el número uno de la Escuela el niño mimado de los catedráticos, que le consideraban tanto más, cuanto más dignos eran de consideración, llevándoles á todos ventaja en lo relativo á distinguirle, su maestro—por no decir su norte—don Luís Doménech y Montaner. Hay que confesar, sin embargo, que tenían motivos más que sobrados para obrar en tal forma; pues Puig podía tratarles de igual á igual, desde el momento que podía llevar dentro de la cartera de dibujo su título de doctor en ciencias físico-matemáticas.

Fijéme en él—como era natural—y lo que desde el primer momento me llamó la atención, y aún hoy me maravilla, fué su vertiginosa actividad: una actividad inverosímil, para mí desconocida hasta entonces.

Parecía un poseído, y lo estaba ciertamente, por el espíritu del trabajo, que semejaba aguijonearle de contínuo.

A pesar de que suelen ser el complemento natural del título de arquitecto, para los que no tienen mucho estómago, las enfermedades del mismo, Puig se lanzaba sobre el tablero, á trabajar, en cuanto acababa de comer, bien seguro de que no le permitirían fijarse en su dispepsia pertinaz las penetrantes punzadas de aquel aguijón espiritual; y trabajaba siempre febril, siempre con ardor quimérico; y en cuanto las clases acababan, faltábale tiempo para ir á su casa, ó á las bibliotecas públicas, ó al Ateneo, ó á cualquier lado en donde hubiese libros que devorar. Y en esto ha sido siempre igual. Lo que ha estudiado y estudia aún, es verdaderamente incalculable. Por sus manos pasan constantemente toda clase de libros artísticos, científicos, etc. (y muchísimos etcéteras, además.)

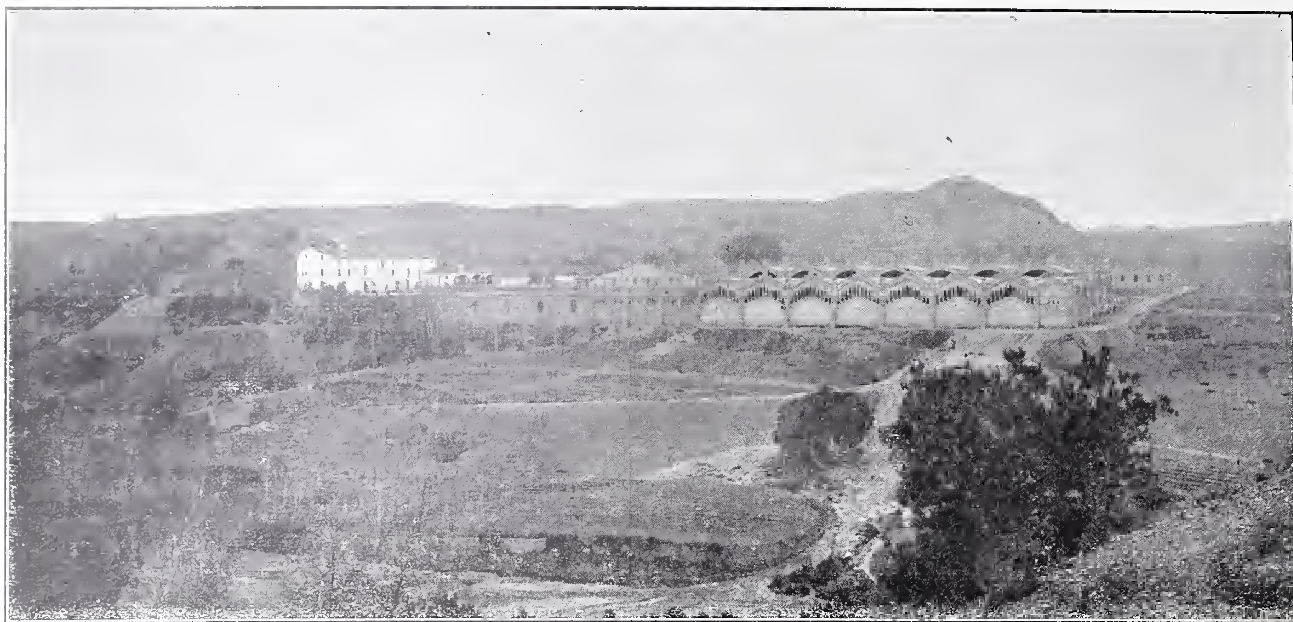
Claro está, por lo antedicho, que aquel joven, más bien alto que bajo, más bien correcto que descuidado ó distinguido, de cara morena, movida constantemente por la expresión, encuadrada por unos cabellos cortados al rape, y una barba lacia que crece porque sí, y una nota culminante de carácter, constituída por una mirada viva y especial, que, partiendo de unos ojillos entornados y atravesando los dorados lentes parece escudriñar y penetrar por todas partes; aquel joven doctor que, trabajando en todo momento se quedaba sin uno sólo para divertirse y charlar, no era el más apropósito para intimar con un chiquillo de quince años. Esto hacía que sintiese por él cierto respeto, y por esto le consulté mi primer disparate literario.

Entonces ofrecióse á mi vista tal cual era: con un compañerismo y una sencillez verdaderamente encantadores, me habló como un amigo de toda la vida. Y es que la modestia — la más angelical de las humanas cualidades, la que más avalora el talento—es patrimonio de Puig, que la posee en alto grado. Recuerdo que al felicitarle por el más ruidoso de sus primeros triunfos—la casa de la calle de Montesión en donde está instalada la taberna de «Els cuatre gats» — me respondió tan solo:

«Ningún mérito tengo; el propietario me ha dejado hacer de su bolsillo particular y de la obra lo que mejor me ha parecido, y



QUINTO MISTERIO DE DOLOR
Rosario Monumental en Montserrat.-Año 1896



Bodegas del Champagne Codorniu, cubiertas con bóvedas de cañón seguido, tabicadas

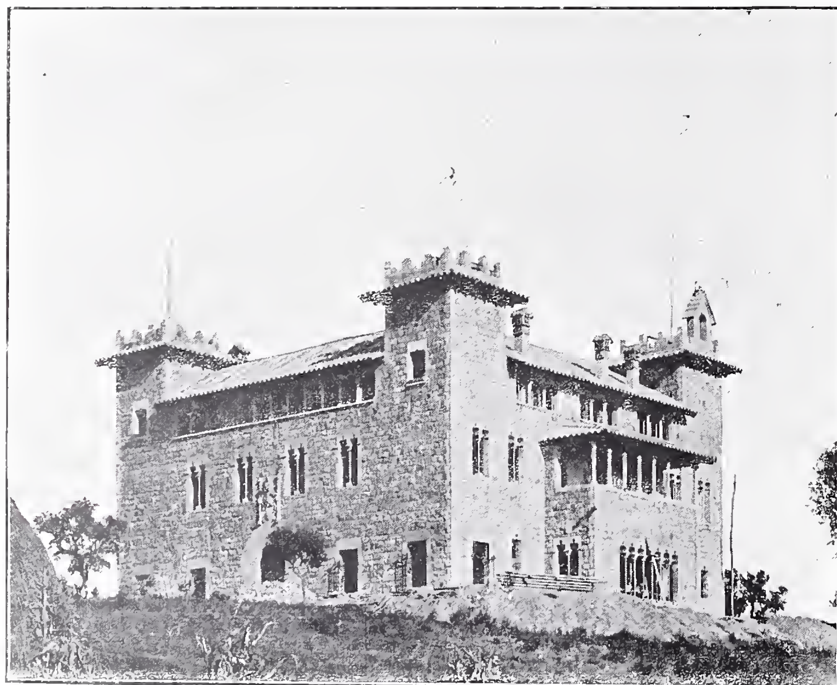
esto explica perfectamente lo demás. » — ¡ Como si fuese posible encontrar un propietario tan candoroso, que fiase su bolsillo á cualquier muchacho que ningún mérito tuviese !

No quiere esto decir que Puig sea un ángel ; no puede serlo quien hace servir su bilis de enérgico y potente corrosivo y su acerada pluma de mandoble.

Probablemente, por tal motivo, hay quien supone que la modestia de Puig no es auténtica; en todo caso, se parecerán una y otra, como dos gotas de agua tomadas en idéntico vaso.

Sólo un orgullo tiene : el orgullo de raza ; el orgullo de haber nacido catalán. Y en aras del mismo, todo lo sacrifica y atropella, guiado siempre más bien que por su sentimiento ó por pasión alguna, por su clara razón que le proporciona las primeras armas.

Durante el período en que *La Renaixensa* representó tan dignamente el renacimiento catalán, Puig entró á formar parte de la redacción de aquel periódico, haciendo sus primeras armas en pro de sus ideales junto con Carner, Prat de la Riba, Durán y muchos otros, que más tarde — por causas tal vez puramente personales, ya que su credo político y su amor á la patria es en todos igual — formaron el grupo llamado regionalista que fundó *La Veu de Catalunya*.



Casa señorial en la Baronía de Quadras, próximo á Hostalrich

Era evidente que Puig debía seguir á los que le llamaban, con no muy sana intención, « hombres prácticos » los partidarios del *tot ó res*.

Los artículos de Puig en *La Veu* han hecho casi siempre sensación. Su táctica es el ataque enérgico, y su efecto el de una carga de caballería, capaz de convertir la más pequeña ventaja en la derrota y desbandada más completas.

Quizás el amor á su tierra, tan natural en todos los espíritus elevados y cultos, máxime cuando se ha estudiado en sus archivos, en sus veredas y en



Chalet en la falda del Tibidabo, propiedad de la Sociedad anónima «El Tibidabo»

sus monumentos, como lo ha hecho Puig, el mismo que con tanta fuerza se manifiesta en lo más borroso y sesudo de nuestra juventud, sea el que, interesándole vivamente por la lengua y la literatura catalanas, haya puesto la pluma en sus manos y haya obrado el milagro inverosímil de convertir en literato á quien había dedicado á la ciencia lo mejor de sus estudios y desvelos, encariñándose por ella con especial predilección.

Pero otros milagros obrará, Dios mediante, salvo el de llenar los bolsillos de nadie, como no sea de impresos y cuartillas.

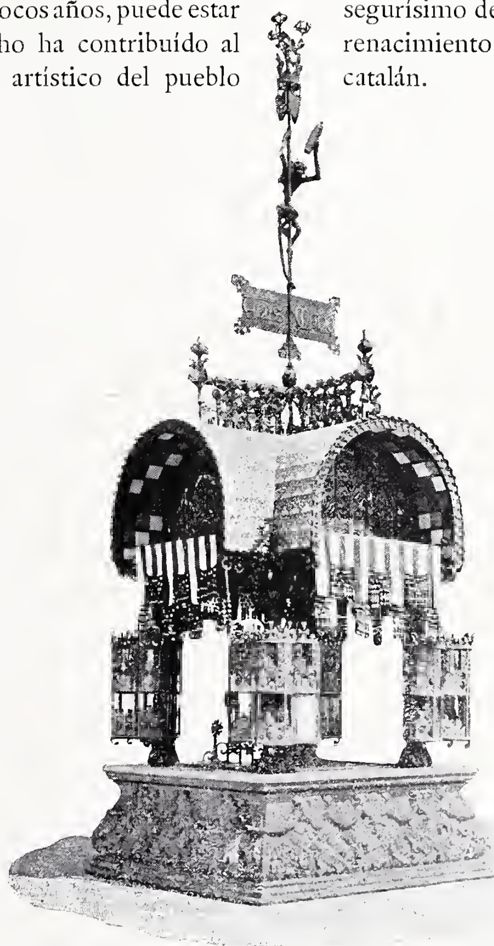
Por esta razón, á pesar de que escribía de continuo y se honraba aceptando cargos que, como el de mantenedor y secretario de los Juegos Florales, se le conferían en certámenes literarios y demás (aunque le obligaran á escribir en provenzal), buscó inmediatamente trabajo más reproductivo.

Y como quien lo busca, lo encuentra, yendo á él, — como Mahoma á la montaña, en caso extremo — fundó una Academia politécnica, obtuvo el cargo de arquitecto municipal de Mataró y abrió despacho, encontrándose al poco tiempo de acabar la carrera ocupadísimo durante todas las horas del día y gran parte de las de la noche... Después, puede decirse que sus obras hablan mejor que nadie, aplicando este sobado «cliché» con más propiedad que de costumbre suele hacerse. Basta añadir que á los seis años de acabar su carrera, las consabidas y benditas obras le impedían ejercer sus cargos de arquitecto municipal de Mataró y de profesor de las cuatro ó cinco clases que en la Academia enseñaba, por lo que se vió obligado á prescindir de ambos cargos, no aceptando luego alguno, más que el honroso y cómodo de catedrático en la Escuela Superior de Arquitectura.

Esta es la biografía de una juventud dedicada al trabajo, y que, según frase de él mismo, *tiene la fortuna de no presentar hechos retumbantes y célebres,* como podría hacerlo cualquiera, sin pasar de la categoría de sargento, de conspirador, de agente de negocios, ó más sencillamente, de vulgar criminal.

¿Podrá expresarse así toda su vida? El hombre no es como un árbol cuya clase, una vez conocida, permite predecir los frutos que dará; es un ser en extremo complejo, al cual hay que juzgar únicamente por lo que ha producido. Bajo este punto de vista puede estar satisfecho Puig y Cadafalch, porque á pesar de sus muy pocos años, puede estar segurísimo de que mucho ha contribuído al renacimiento político y artístico del pueblo catalán.

Conill



Kiosco anunciador del Anís del Mono,
junto á la Estación del ferrocarril en Badalona - 1900




Pascó
93


HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



EL GRECO — JESUS DEVOLVIENDO LA VISTA Á UN CIEGO. (Museo de Parma)

El Parador de Los Tres Cuervos

POR H. D. LOWRY. TRADUCIDO DEL INGLÉS POR M. L.

I

IBA yo caminando entre abertales, por una tierra desolada y pantanosa; de trecho en trecho, la vereda rozaba las lindes de raquíticos pinares en los cuales el viento había dislocado y retorcido los troncos; algunas cabañas iba encontrando también, muy pocas, construídas de adobes y con la techumbre de bálago. La mañana había sido poco divertida; entre doce y una empezó á lloviznar para que fuese más incómoda la frialdad del viento, y mucho antes de que cerrase aquella melancólica tarde de invierno, ya estaba yo calado hasta los huesos y helado hasta el mismo tuétano. Figuraos, pues, la alegría con que divisé el alto campanario ceniciento que domina el lugar de Tresennis y, poco después, las casitas blancas de la misma aldea. Nunca había notado que las millas tuvieran tan desmesurada longitud, pero las dos ó tres que me faltaban fueron realmente desesperantes, pues mi caballo cojeaba, tan rendido y apabullado como su dueño.

Con todo, no dejaba de reanimarme el pensar en el recibimiento que tendría mi persona en el mesón de «Los Tres Cuervos.» Diez años largos habían corrido desde la última vez que me alejé de allí, pero en épocas anteriores solía visitar aquella comarca con bastante frecuencia y no se me olvidaba, no, la simpática y rubicunda paz del posadero, Josué Penhallow, ni el buen trato que se daba en aquel parador. Mas la suerte y destino común de todas las cosas es ir mudando, y las mudanzas suelen en su mayoría ser de lento proceso; así es que, por lo regular, las circunstancias no tienden á darnos aviso claro de la celeridad con que menguan los pocos años de nuestro saldo de vida. Pero diez años son verdaderamente una sima abierta en el tiempo, y al fin se me ocurrió que bien podría suceder que «Los Tres Cuervos» ya no fuese aquella hostelería que yo recordaba. Al apearme y entregar el caballo al mozo de cuadra, tuve el consuelo de ver que no había desaparecido de su sitio el rótulo antiguo, aunque la intemperie lo tenía bastante maltratado. También se me antojó que la casa se había deteriorado mucho durante los diez años de mi ausencia y que no iba á encontrar en ella más que una sombra de su pasada prosperidad, aunque me rondaba algún escrúpulo de que tuviesen parte en esta desfavorable impresión el tristísimo cáriz del tiempo y la fatiga abrumadora del momento.

Apenas hube entrado, la sorpresa me salió al encuentro: en vez de Penhallow vino á recibirme un hombre extrañamente embutido en un traje negro estrechísimo; un hombre alto y blanco, totalmente afeitado, de facciones pálidas y enjutas. Movíase con estudiado amaneramiento y marcaba trájicamente las palabras, realzándolas con abundantes ademanes. Mejor hubiera parecido aquel sujeto en un barracón de cómico de la legua que en una modesta posada campesina, y así, todo aterido, mojado é intranquilo, me puse á imaginar que aquel recibimiento y aquella escena de mi llegada al mesón, más que á la vida real, pertenecían al prólogo de algún drama lastimoso representado ante expectadores invisibles. Y miré á las ennegrecidas paredes que me rodeaban, con temor de que no fuesen otra cosa sino tela pintada.

— Buenas tardes, señor — dijo el patrón. — En muy mal día se ha puesto V. en viaje, y comprendo que viene V. de lejos.

— Larga ha sido la caminata — contesté — y el día una condenación insufrible. Tengo frío, estoy mojado y me muero de hambre. Vea como hacer una fogata con buenos tizones, enseguida, y que sea en el mejor cuarto que V. tenga. No haré más que mudarme la ropa y ya estaré listo para la comida.

— Todo se hará al momento.

Llamó á un criado y le dió órdenes. La escena me pareció completamente teatral, trabajada con un artificio demasiado visible para ser de mi real gusto.

— Bueno será — dijo volviéndose á mi de nuevo — bueno será tomar alguna precaución contra los efectos del frío y de la mojadura. Voy á darle á V. un cordial.

Y luego, mientras yo saboreaba el humeante confortativo (solo Penhallow, el viejo, tenía el secreto de hacer llegar coñac exquisito hasta aquel mesón de Cornuailles) hablamos un rato.

— Puesto que lleva V. diez años sin recalar por acá — dijo el patrón — va V. á encontrar novedades. En primer término, es de saber que han abierto otra carretera hacia Poniente, y por lo mismo ya no pasan las diligencias por Tresennis. «Los Tres Cuervos» se han resentido mucho de esta mudanza, pues con los coches el negocio ha variado de rumbo. En segundo lugar, mi padre murió de apoplejía seis años ha; por lo cual mi madre, envejecida del golpe, me escribió que viniese á encargarme del parador, lo cual es causa de que en vez de hallarme ahora representando tragedias en Bath, esté aquí sirviendo jarros de cerveza clara ó, para los mejores parroquianos, copas dobles de aguardiente. Pues aunque nací bajo este techo y no hube menester enmendar el rótulo antiguo cuando me adueñé del mesón, á duras penas puedo contarme entre los naturales de esta aldea. Cerca de treinta años he vivido

lejos de aquí, y en todo este tiempo mi profesión ha sido la de actor, no sin algún lucimiento. El célebre Mr... Pero estoy cansando á V.: basta con lo dicho para que V. comprenda cómo es posible que un hombre como yo ocupe el lugar de un hombre como mi padre.

Creo que hubiese continuado por su gusto y hasta que hubiera dado pormenores de sus triunfos escénicos, pero en aquel momento se oyó una voz que desde fuera le reclamaba. Mirando por la ventana, ví á un labrador curtido y toscamente trajeado, jinete en un caballejo bayo de pelo revuelto, el cual agricultor aguantaba pacientemente la lluvia.

— Con permiso de V. — dijo el mesonero — y un instante despues le ví también aguantar la lluvia, bajo la muestra que rechinaba al empuje del aire; hablaba al jinete con suma seriedad y gran copia de gestos enfáticos. El labrador le escuchaba con atención estólida. Un momento después picó espuelas, habiendo recibido instrucciones, y cuando el patrón estuvo de vuelta é iba á entrar, la moza vino á avisarme que ya estaba el cuarto arreglado.

No me entretuve mucho en soltar la ropa mojada y ponerme la seca, pues me apretaba el deseo de llegar pronto á la manduca. La comida fué excelente en cuanto cabe y yo me sentía poco inclinado á los melindres. Apenas coló el último bocado, me arrellané en la silla y me eché á discurrir en lo agradable que es la vida y en que no valía la pena de acercarse más al fuego. En esto volvió á entrar el patrón y, después de preguntarme si había comido con apetito, se soltó á platicar sobre otro asunto con remuchísimo misterio.

— ¿ Es V. por casualidad aficionado á los dramas ?

Y al decirme esto me hurgaba curiosamente con la mirada.

— Hombre, sí — le contesté — Tengo muchas ocupaciones, pero si la obra es buena, si los artistas se lucen...

Me interrumpió.

— Cabalito, entendido; no diga V. más. Ea, sepa V. que soy el único actor entre todos los chapuceros de estos lugares. Pero hay ocasiones en que no debe desdeñarse la mediocridad, puesto que lo bueno no es asequible al halago ni á la dádiva. Además, aunque mi compañía está compuesta de los aficionados más torpes del mundo (y la torpeza siempre ha sido achaque de aficionados) el drama que tiene que representar se sale mucho de común, pues es drama y realidad á un tiempo mismo.

Hizo una pausa.

— No entiendo — dije yo.

— Claro, permítame V. que le cuente todo el caso. Hoy es un día tétrico, cual corresponde al aniversario de un tétrico suceso. Hoy hace un año, día por día, que un joven de este lugar, muy conocido y estimado de cuantos frecuentan nuestra tertulia, en el recibidor de abajo, sufrió pena de horca como asesino siendo sin posible duda inocente.

— ¿ Tiene V. pruebas de su inocencia ?

— Irrefutables. Le conocíamos bien: por ser huérfano desde niño, vivió aquí durante muchos años con un tío suyo, el cual era ya viejo y poseía un pequeño cortijo á tres millas de Tresennis, en el camino de Tregear. Un día riñeron y Ricardo, á quien siempre se tuvo por heredero del cortijillo, se vió precisado á convertirse en chalán sin más caudales que unas cinco libras. Naturalmente, él hablaba pestes del viejo, pero todo ello no era sino corajina pura y arrogancias de mozo; mala intención no tenía, ó hubiera puesto más recato en sus palabras. Pero todas las tonterías que se le fueron de la lengua se volvieron contra él el día en que la criada del viejo se lo halló muerto en la cocina, con un horripilante tajo que le partía la cabeza. A Ricardo le perjudicaban mil detalles: habíasele visto en las inmediaciones del cortijo en hora más ó menos próxima á la del crimen y la declaración de Dusha Caruell, su *lucero*, acabó de estropearlo todo. Juró Dusha que Ricardo había



ido allí á cortejarla y que estuvieron juntos hasta mucho más tarde de la hora en que se encontró el cadáver, pero bien sabido era que los amoríos de Dusha, hija de padres pobres y nada honrados, habían sido la causa del rompimiento entre el tío y el sobrino. De modo que se puede decir hasta cierto punto que Dusha fué quien ayudó á que lo ahorcasen.

— Pues entonces — dije yo — si Ricardo era inocente, hay algún otro individuo que es doblemente culpable. ¿ Tiene V. sospechas ? ¿ No hay nadie que haya tenido motivos para odiar al viejo ó para sacar provecho de su muerte?

La cara del mesonero tomó una expresión mucho más misteriosa.

— ¿ Sospechas ? Lástima fuera que toda la gente de un pueblo no llegase más que á la sospecha en doce meses de hablar de lo mismo. Se descubrirá al asesino, porque

las víctimas son dos ó, mejor dicho, tres, ya que sería preferible para Dusha estar en el otro barrio que verse como se ve. Para acabar, señor mío, sepa V. que los bienes del difunto fueron á parar á otro sobrino, primo del ahorcado; á un propietario de la aldea que suele venir á nuestra tertulia las más de las noches. También forma parte de mi compañía: esta noche es el protagonista, pero él no lo sabe.

— ¡ Zambomba ! — díjele al patrón — Me ha picado V. la curiosidad por modo increible, aunque á fé que no atino cual es el plan que lleva V. entre ceja y ceja. Mucho me gustaría ver ese drama.

El actor sacó del bolsillo un gran reloj de plata.

— Son poco más de las cuatro. Hay muchas cosas que preparar y mi compañía estará ahora reuniéndose. De manera que lo mejor será que se entretenga V. fumando y bebiendo hasta que den las seis y entonces déjese V. caer por el recibidor como quien no lo hace. Tome V. asiento al lado del fuego y condúzcase como si nada supiese del crimen y como si yo no le hubiese prometido un buen rato de teatro. Verá V. como cumplo mi palabra.

Y se volvió para irse, pero al llegar á la puerta retrocedió y vino á decirme en voz baja y medrosa :

— Se me ha olvidado una cosa importante. El ahorcado Ricardo Vivian, tenía un rasgo muy particular : una sonrisa constante. En cualquier situación, alegre ó triste no podía menos de sonreirse; no lo podía remediar; la sonrisa era en su cara como una cicatriz imborrable. Mientras duró su juicio no cesó de sonreir; delante del jurado se mantuvo pálido y sonriente; no varió un ápice su sonrisa cuando el juez lo condenó á pena de horca; indudablemente, tendido en la fosa conserva todavía su horrible sonrisa... Y ahora le ruego que, según le he dicho, obre como si no estuviera enterado de nada, tomando las cosas como vengan, sin dudas y sin preguntas.

Dicho lo cual, fuése... por el foro.

Durante algunos segundos el misterio que entrañaban las palabras del mesonero, y especialmente la imagen de aquel cadáver con la espantosa sonrisa esculpida en su faz, aun dentro de su deshonrosa tumba, tuviéronme nervioso é impresionado. Pero luego hize por reir en voz bien alta.

— ¡ Cuerno de hombre ! — añadí muy recio — ¿ Quién había de creer que el buen Josué tuviese un hijo tan estrambótico ?

II

No me había hecho bastante cargo, mientras el cómico peroraba, de la extraña incoherencia de semejante relato. En puridad, lo único claro era que cierta gente de aquel contorno coincidía en creer inocente al hombre que subió á la horca por asesino; también parecía evidente el común acuerdo en sospechar que el crimen fué obra nefanda de cierto otro sugeto. Pero descartados estos dos puntos, el resto del cuento se me presentaba como desvarío insinge ó como vaciedad impertinente, y así lo estuve discurriendo al amor de la llamarada carminosa que brotaba de los tizones.

Mas no tardé en desechar estos pensamientos y en atender á otros relacionados con el importante asunto que me había llevado á aquellos lugares, pues solo me quedaba una jornada hasta Tallywarn, término de mi expedición. Al fin me venció el cansancio y acabé por dormirme. Despertóme el estrépito impensado del alto reloj de caja colocado al volver de la puerta y oí las seis, la hora convenida para que yo bajase á tomar parte en la tertulia. Encendí de nuevo la pipa y, á oscuras, me fuí descolgando por los crujientes peldaños y, tentando la pared, encontré por fin la puerta.

El recibidor del mesón era bajo de techo y contenía muy pocos muebles. El revestimiento de roble viejo dábale un tono sombrío muy singular; las luces eran pocas y observé que las bujías de las cornucopias habían sido apagadas. A cada lado del anchuroso hogar campeaba un escaño de encina y, cuando abrí la puerta, dióme en la nariz el delicioso aroma del fuego de turba. El mesonero hallábase de pie en frente del fuego, con una mano apoyada en la monumental consola de la chimenea; su espectral y descarnada figura volvió á impresionarme por el mero hecho de desviar hacia mí su rostro, interrumpiendo la conversación entablada con un hombre sentado en el rincón más oscuro del escaño. El desconocido, por el traje, parecióme un agricultor, pero de la cara no pude sacar nada en limpio.

— Un viajero aburrido en las soledades de Cornuailles — dije dirigiéndome al patrón — no es posible que se albergue en esta casa sin sentir que el aburrimiento mayor es estar solo. Me he tomado la libertad de traer la pipa y espero su venia para beber una copa con V. y con sus amigos.

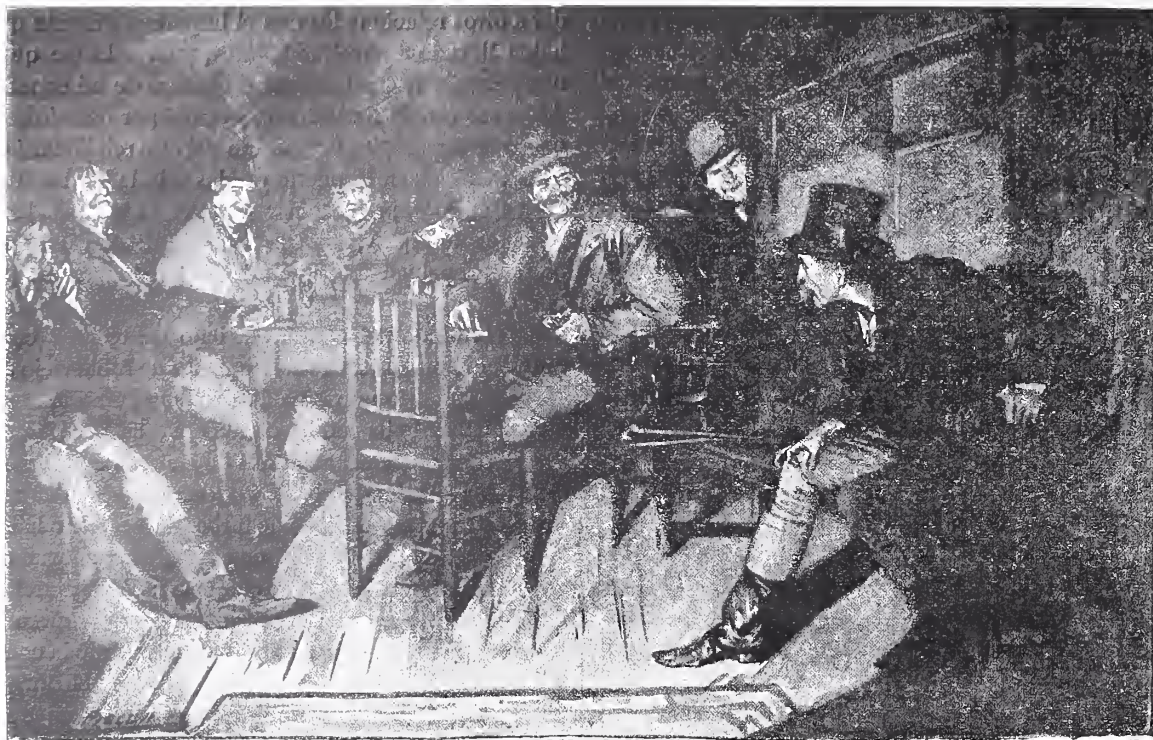
— Perfectamente — contestó él, saludando como en el teatro. Tenga V. la seguridad de que será muy bien recibido. No hay duda en que traerá V. noticias frescas de Londres. Pero... permítame que le presente á este caballero. El Sr. Diego Vivian, un hombre que sabe cantar una canción ó referir un sucedido como el más pintado entre los mejores en cualquier velada ordinaria, aunque hoy (si me es lícito entrometerme á excusarle) no es presumible que esté de buen humor. Tuvo algo que ver en la historia que le he contado á V.; el interfecto era tío suyo y el pobre Ricardo Vivian era su primo. Naturalmente, esta noche el estado de su ánimo no es placentero.

Parecióme que esta presentación era rematadamente torpe.

— Comprendo — dije al fin — la situación del Sr. Vivian. El joven, según se corre, fué víctima de la maldad de otro y me explico que sus amigos estén apenados esta noche.

— Mucho — saltó Penhallow — Pero los sentimientos de los amigos son tortas y pan pintado en comparación con los que deben de atenazar al asesino, porque todo se descubre y no hay criminal que en el silencio de su corazón no oiga la voz que se lo advierte.

El personaje sentado en el escaño no había dicho aún esta boca es mía: largó un carraspeo como para limpiar el gaznate, y saludó con la cabeza levemente. Ví que tenía la color terrosa y que ponía una cara huraña y estúpida; hablaba despacio, tropezando y, á mi entender, de mala gana.



— Sí, sí, — dijo — es terrible, es terrible pensarlo. Yo no puedo creer que aquel pobrecico lo hiciese. Y sin embargo... las pruebas, las pruebas bien lo dicen.

El posadero me lanzó una mirada significativa y tomó la palabra, impacientemente.

— ¿ Qué pruebas ni pruebas ? el carácter del chico es bastante prueba para mí y para todos los que le han conocido. Es como si me dijesen que V. es quien lo hizo y quien dejó que colgasen al otro.

Dió media vuelta y se puso á despabilar las luces. Otra vez me llamó la atención el escaso número de ellas y las sombras que invadían los rincones. En esto oyéronse las fuertes pisadas de alguien que se acercaba por el corredor embaldosado, una voz hombruna y poderosa dijo algo al cruzarse con alguien en el pasillo, después se oyó tentar en la puerta, luego sonó el picaporte y ví entrar á un hombrachón ajigantado y rollizo, con la barba de tres días, mandíbulas salientes y estrecho bigote negro. Echó una mirada en torno.

— Buenas noches, Josué — dijo al patrón. Y tras una ojeada al escaño :

— Salud, Sr. Vivian, muy buenas noches. Tomaré una copita de ginebra, Josué. La costumbre, lo de todos los días; pero, ahora que pienso, mejor será que vuelque V. la botella algo más de lo usual, porque con este perro de tiempo está uno acobardado.

Y se sentó á la mesa, echando sobre ella su enorme brazo carnoso y se puso á tamborilear con los dedos.

— Vaya un día endiablado — añadió. Y siguió tocando el tambor. Entonces, en medio de aquel silencio me percaté de que el hombre del escaño miraba fijamente al recién llegado desde su oscuro rincón. Miréle también yo más atentamente y una mezcla de sorpresa y de disgusto se apoderó de mí. ¡ Había algo tan violento, por decirlo así, en sus facciones! Al momento comprendí que aquella cara tenía la misma particularidad de que me había hablado Penhallow, la sonrisa del ahorcado. El efecto era horrible, repugnante, por la incongruencia de las facciones.

Aquel silencio, sólo interrumpido por el tamborileo de los dedos sobre la mesa, comenzaba á hacerse intolerable. Oimos que el mesonero daba la bienvenida á alguien en el pasillo y entraron luego juntos. Penhallow traía el licor que se le había pedido. El nuevo tertulio era de poca estatura y de no muy robusta facha; su rostro pálido, el pelo y la barba negros, con alguna pincelada cana; movíase con parsimoniosa blandura y en sus ojos pardos se revelaba un observador sagaz.

— Muy buenas noches, caballeros.

Y dirigiéndose al hombre corpulento;

— Salud, Juan, ¿ cómo se va tirando ?

— Pues, — dijo el otro, alzando la vista y tomando el vaso de manos de Penhallow — como siempre. Pasando, nada más que pasando. Lo cierto es que en todo el día he tenido sosiego, sólo de pensar en el pobre Ricardo Vivian: hoy hace un año que lo ahorcaron.

— Sí, añadió el de la barba. En eso mismo venía yo también pensando al cruzar la marisma en tarde tan lluviosa y triste.

Y sin decir más, tomó asiento en tal postura que la luz de las velas le daba de lleno y el hombre del escaño podía ver que también aquel prójimo llevaba en la cara la horrible contorsión del primero. Comparando los dos visages, se podía creer que lo que en el uno era defecto físico espantoso, en el otro era picardía desvergozada. Pero en ambos la sonrisa era repugnante á causa de su agresiva violencia.

El silencio iba creciendo, cada vez más tirante. El hom-

bre acurrucado en el oscuro rincón del escaño dejó oir una aspiración que lo mismo podía ser un suspiro que un sollozo. É inmediatamente entró un nuevo tertulio; el labrador á quien pocas horas antes había yo visto conversar con Penhallow en la puerta de la posada.

— ¡ Ginebra, ginebra ! — gritó con áspera jocosidad. Estoy chorreando; vengo hecho una sopa. Esta es noche para ahogarse las gaviotas. Ojo avizor, Josué, no me dejes coger un reuma de muerte.

Y al sentarse, lejos del amigable escaño como los otros, se vió que traía en su cara curtida la espeluznante sonrisa. Trataron estos de trabar conversación con él mientras el posadero se apresuraba á servirle, pero yo comencé á ver la trama de la función prometida y compadecí sinceramente al miserable que, sentado cerca de mí, se ocultaba en la negra sombra del escaño. Hay cosas que no debieran hacerse pasar ni al hombre peor. Adiviné que ya estaba agobiadísimo por un miedo espantoso y me asaltaron algunas dudas sobre el probable desenlace, no ensayado, de aquella farsa siniestra.

Volvió el mesonero, y con él todo el resto de su hórrida compañía: sobre media docena de rudos é incultos varones que ostentaban en sus rostros el feo visage característico de aquel Ricardo que murió en horca vil un año antes. Unos lo hacían bastante bien, otros eran más torpes, tanto que un niño hubiera comprendido que aquello no era más que un disfraz, pero todos habían hecho tiempo en los alrededores, todos habían bebido y muy pronto se armó un vocerío tremebundo. En aquel tumulto y algarabía, la figura de Penhallow no cesaba de ir de un lado á otro, ni yo podía apartar el pensamiento de la angustia de aquel hombre que tenía enfrente.

Una vez ó dos alguien me dirigió la palabra y yo hice por contestar, pero no fuí más que un espectador del horrible drama. Y á todo esto, Diego Vivian no se movía de su oscuro rincón, inescrutable y sombrío. Y cuando la confusión era mayor, admiróme el notar que Penhallow había desparecido de la escena: hubo un cambio súbito en aquella gente, á quien faltaba la dirección del trájico, y además los ensayos nunca habían pasado de aquel punto y esto fué parte á que, no obstante la excitación de los licores, se mostrasen corridos y avergonzados. Aquel recibidor tenebroso fué como un escenario lleno de actores que hubiesen olvidado el papel y no tuvieran apuntador. Uno ó dos se corrieron con algun chiste tabernario, pero los demás no tenían ganas de reirse y pronto se contagiaron el torpe temor unos á otros. Durante algunos minutos nadie habló. Pude oir la apresurada respiración del hombre del escaño, aterradísimo, como si el espantoso fuese en realidad una mano de carne y hueso que le atenazase la garganta. La compañía sentada en torno, no le quitaba el ojo, con aquella infernal sonrisa petrificada en cada uno de los rostros pálidos. Mirábale yo también y, por momentos, sentía que me embargaba la opresión del mismo terror que á él le volvía loco.

Un silencio de muerte reinaba allí. Afuera, la lluvia goteaba lentamente y el viento extremecía las ventanas, sacudiendo las maderas con petulante rabia. Oyóse el aullido de un perro, pero no insistió, como si el miedo lo acallase; resonó un gran portazo en el zaguán vacío. En esto se abrió la puerta y entró un nuevo personaje.

Me volví á él con súbito temblor. Indudablemente, aquel hombre no podía ser otro que el mesonero, Josué Penhallow; pero su traje negro tan ceñido hallaba sustitución en la indumentaria de un labrador acomodado y había en su cara otros artificios además de la sonrisa fija.

Todos se pusieron de pie, menos el hombre del escaño que siguió agazapado en la sombra. Penhallow tuvo un instante la mano en la puerta, mientras le miraba sin chistar. Las contorsiones y visajes de su cara eran imponentes; de pronto cerró la puerta tras sí y fué en derechura á donde estaba el mísero Vivian. Irguióse y le habló con voz semejante á un lamento de ultratumba :

— ¡ Diego ! ¡ Diego ! ¿ Piensas acaso escapar de la horca porque ha corrido un año desde tu segundo asesinato ?

Pausa. Silencio prolongado.

De repente Vivian prorrumpió en una frenética risa y, de un salto, se echó sobre Penhallow y le pegó en la cara.

— ¡ Yo te ví ahorcar ! — gritaba — ¡ Difunto ! ¡ Difunto ! ¡ Atrás ! ¡ Atrás !

Arrojáronse aterrorizados los presentes á protejer á Penhallow, pero costó algún trabajo domeñar al furioso y, hasta después de atado, siguió bregando y delirante, porque decía él á gritos, no había ley para que su primo, un hombre muerto, viniese á entrometerse en los asuntos de los vivientes.

— ¡ Difunto ! ¡ Difunto ! — estuvo vociferando toda la noche — ¡ Yo te ví ahorcar ! ¡ Vuélvete con los muertos !





CARLOS VAZQUEZ DEL BARRIO DE MARAVILLAS

LOS RAYOS DE BECQUEREL

La casualidad desempeña un gran papel en la historia de los descubrimientos científicos. Muchas veces, cuando un físico ó un químico están haciendo experimentos partiendo de una idea preconcebida, se les presentan de repente nuevos hechos que les abren nuevos horizontes y permiten descubrir secretos de la naturaleza en los cuales ni siquiera habían soñado. Pero, tengan en cuenta que raras veces favorece la casualidad con descubrimientos de esta naturaleza á los que no trabajan. El hombre que trabaja, que investiga, ve á menudo premiados sus esfuerzos con un rayo de luz que le enseña ignorados caminos, cuando tal vez había perdido la esperanza de hallar nada que satisficiera sus deseos y que colmara sus esperanzas.

Por casualidad descubrió el doctor Röntgent, de Würtzburg los maravillosos rayos que llevan su nombre. Cuando fueron conocidas las portentosas propiedades de tales rayos, los físicos trataron de fijar cual era su naturaleza y cual era su origen. Entre las diferentes hipótesis para explicar esta última, surgió la de atribuirlo á la fosforescencia de la pared interna del tubo de vidrio en el cual saltaba la crispa eléctrica en el vacío. La hipótesis no resultó comprobada; pero, en cambio, dió lugar á un nuevo y sorprendente descubrimiento: los estudios de los rayos Röntgent condujeron á los rayos de Becquerel.

Becquerel trató de averiguar si los cuerpos fosforescentes ó fluorescentes tienen la propiedad de emitir rayos de Röntgent, y descubrió que el sulfato doble de potasio y de urano actua á distancia y á través de pantallas opacas sobre las placas fotográficas, de lo cual se deduce que aquella sal emite ciertas radiaciones comparables á los rayos de Röntgent ó rayos X. Pronto reconoció Becquerel que no debía atribuirse el hecho á la fluorescencia de la sal de urano, porque no es necesario someterla previamente á la acción de la luz para lograr que actue sobre la placa fotográfica, y también porque el mismo metal urano, que no es fluorescente, presenta igualmente tan singular propiedad. Se puede conservar en la obscuridad durante meses enteros la sal de urano sin que pierda lo que podríamos llamar su poder radiante propio.

Los rayos de Becquerel se parecen mucho á los de Röntgent, y como ellos marchan en línea recta sin reflejarse ni refractarse como los rayos luminosos. Son, si cabe, más misteriosos en su orígen que los rayos X y á pesar de los numerosos trabajos de diferentes sabios, sigue siendo un enigma la fuente de donde procede su singular energía.

No sólo los despiden el urano y sus compuestos, sus minerales y sus sales; los compuestos y los minerales de torio tienen igual propiedad que ha recibido el nombre de *radio-actividad:* Aun cuando sea ésta débil puede reconocerse mediante una placa fotográfica encerrada en una caja formada de plancha delgada de aluminio para evitar toda causa de error. Si la radio-actividad es muy marcada puede ponerse de manifiesto con las mismas pantallas impregnadas de cianuro doble de platino y de potasio que se usa para los rayos de Röntgent, y que se vuelven luminosos por su acción.

El estudio químico-analítico de algunos de los minerales radio-activos conocidos, permitió obtener un metal, muy parecido en sus propiedades al bismuto que es cien veces más activo que el urano, y como el bismuto es inactivo se considera el hecho como indicio de la existencia de un nuevo elemento ó cuerpo simple hasta entonces desconocido. A este elemento se le llamó *polonio;* pero falta aun comprobar científicamente su existencia con nuevos datos científicos.

Si la existencia del *polonio* es aun dudosa y si lo mismo sucede con el *actinio* (que se creyó acompañaba al torio), se ha podido comprobar lo del *radio,* nuevo cuerpo simple radio-activo en alto grado. La índole de este artículo no me permite exponer los caracteres propios de este cuerpo y manifestar su individualidad; me limitaré á recordar que de mil kilos de mineral de urano se obtiene medio gramo de bromuro doble de radio y de bario.

Los compuestos de radio presentan en alto grado la radio-actividad. La placa fotográfica que se pone cerca de ellos se ennegrece en seguida. Con ellos se puede obtener del mismo modo que con los rayos de Röntgent; pero, segun parece, las imágenes no tienen la misma figura de detalles que los obtenidos con los tubos apropiados para los trabajos con los rayos X. Los rayos del radio seguramente no son todos de la misma naturaleza; una parte puede atravesar placas metálicas de algunos centímetros de espesor, mientras que otra solo atraviesa las placas que sean muy delgadas.

Las sales de radio pierden su actividad cuando se les disuelve en agua: la disolución acuosa es inactiva. Si de la disolución se separa la sal, haciéndola cristalizar, al principio apenas tiene actividad alguna y solo des-

pacio va aumentando ésta hasta llegar á su maximum.

Ya he dicho arteriormente que los rayos de Becquerel, cuando eran algo intensos, podían ser reconocidos mediante la pantalla impregnada de cianuro doble de bario y de platino que se vuelve luminosa. Lo mismo sucede con diferentes otras materias, como el vidrio, el diamante, el espato fluor, el petróleo y aun el agua. Cerca de un cuerpo muy activo el vidrio toma color violeta ó pardo, el sulfato potásico fundido aparece verde. El papel en que se haya tenido envuelto durante largo tiempo un compuesto de radio se vuelve pardo y quebradizo. El aire muy próximo á un cuerpo que tenga gran radio-actividad tiene olor de ozono. Las radiaciones que emiten estos cuerpos pueden llegar á producir profundas inflamaciones en la piel y destruir el vello de un modo duradero; en las plantas verdes hacen desaparecer el color.

A tan singulares propiedades aun hay que añadir otra no menos rara. Del mismo modo que el acero imantado transmite su poder al hierro dulce, así también los cuerpos que emiten rayos de Becquerel tienen el poder de comunicar su radio-actividad á la mayoría de los metales que se les acerquen; sin embargo, esta actividad inducida desaparece pronto.

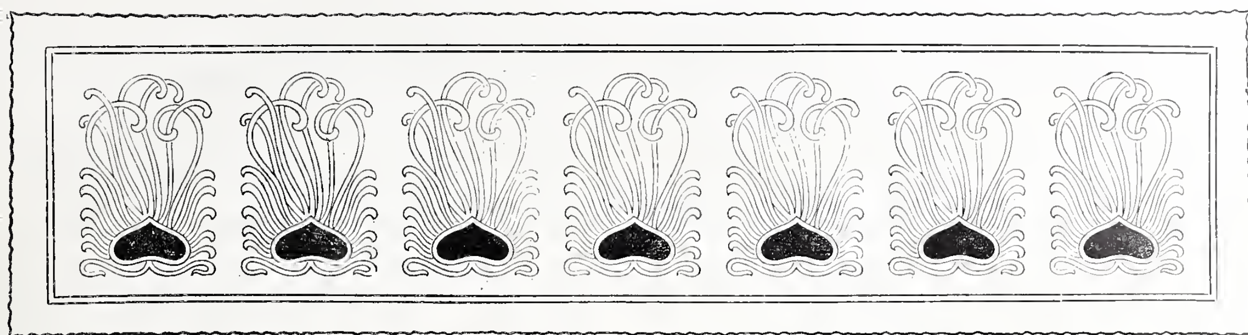
Según se ha podido ver son numerosos los hechos relacionados con los rayos de Becquerel, por más que no se tenga la más remota idea de cual es la procedencia de su energía, y de como puede conservarse ésta sin perder con el tiempo y casi sin que el cuerpo que le proporciona sufra aparentemente cambio alguno.

A pesar de que se ha trabajado mucho para estudiarlos, los rayos de Becquerel son aún para conocidos. Es de esperar que poco á poco se irán reuniendo nuevos datos y se podrá fijar leyes experimentales que permitan aclarar la obscuridad en que estamos todavía respecto de unos rayos que atraviesan los cuerpos opacos. Tal vez también se sacará partido de ellos para cosas prácticas como se hace con los rayos Röntgent. La ciencia experimental trata de descubrir siempre hechos nuevos, aun cuando no tengan aparentemente ninguna aplicación á la vida práctica; las aplicaciones vienen después, y las más sorprendentes son con mucha frecuencia sencillas deducciones de un experimento insignificante á primera vista.

Dr. Casimiro Brugués



F. DOMINGO EN LA LINDE DEL BOSQUE



DE LENGUAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Es posible que las enfermedades del cuerpo social se desarrollen paralelamente en las naciones civilizadas como eflorescencias de un mismo virus en diferentes cuerpos, presentando en todas idénticos síntomas y difiriendo tan solo en la intensidad del padecimiento. Este malestar nervioso, este pesimismo inquieto, este anhelo vago de un cambio salutífero, semejan la turbación profunda de la adolescencia, cuando la oleada de la vida cambia su ritmo é imprime direcciones nuevas al desarrollo, cuando el efebo nota en sus entrañas el empuje poderoso de la virilidad incipiente, y la virgen se acongoja con el extremecimiento de la fecundidad que la invade.

Al estupor de nuestra derrota, ha sucedido en España una melancolía cavilosa en los espíritus apocados y una aspiración ardiente en los más valerosos y cultos. La bandera de la *Regeneración* ondea sobre la multitud aturrullada y, paulatinamente, los ojos dejan de mirar al suelo, las lenguas se desatan y el rumor de las voces toma cuerpo, busca encarnación y fórmula. Esta vaguedad de la *Regeneración* no satisface á nadie, y en el esfuerzo para concretar la aspiración naciente, para hacerla pasar del corazón á la cabeza, todo el cuerpo social se extremece, muchísima energía se malgasta y el nervio de la nación es presa de calenturienta inquietud, como un pájaro que está en la muda.

En Inglaterra, país que acostumbramos á mirar como el prototipo de la robustez política, se observa actualmente el desarrollo de la misma neurosis que tanto nos impresiona en España. John Bull se ha dormido en el surco; el experimento militar que un ejército mercenario ha hecho en las nuevas repúblicas sudafricanas, demuestra que el oficio de conquistador se ha puesto ya tan mal como todos los demás oficios, que se han acabado las gangas y que la Inglaterra de hoy no es la Inglaterra de Waterloo y de Trafalgar. El espíritu nacional está dividido y la guerra del Transwaal no solo ha producido una relajación en la fidelidad de todas las colonias del vasto imperio británico, sino que ha creado contra Inglaterra una corriente de cordial animadversión en el mundo entero, sentimientos hostiles que se manifiestan sin rebozo en la prensa de Europa y América, pero sobre todo en la de Alemania.

Inglaterra es sobrado orgullosa para sentirse herida por la malevolencia del género humano, pero sus necesidades son enormes y si su preponderancia industrial y mercantil sufriese menoscabo, su decadencia sería espantosamente rápida. Este es el gran peligro, la escueta realidad que los intelectuales del Reino Unido ven aterrados alzarse ante el espléndido lecho donde John Bull, descuidado y ahito, digiere sosegadamente su *roast-beef* y su *whisky*.

En la guerra militar podrán los ingleses salir vencedores, pero en la guerra comercial y manufacturera salen positivamente vencidos. Alemania y los Estados Unidos les han tomado la delantera. Este inesperado giro de la rueda de la fortuna ha engendrado allí la neurosis social, la inquietud melancólica, el vago anhelo de una regeneración saludable que escribe en su bandera «WAKE UP JOHN BULL», despabílate, Juan Lanas.

El pesimismo cunde en todo el imperio. El Príncipe de Gales, al regresar de su largo viaje á fines del año pasado, dijo en un banquete de bienvenida con que le obsequió la ciudad de Londres:

« A vosotros, que tan dignamente representais los intereses comerciales del Imperio, tengo que daros conocimiento de la opinión que más domina entre nuestros hermanos allende los mares, y es que este país nuestro necesita *despabilarse* si quiere conservar su antigua preponderancia en el comercio colonial, á pesar de la competencia extranjera. »

En Inglaterra, como aquí, el remedio que preconizan los más clarividentes parece ser *la educación*. Mister Kenric Murray, Secretario de la Cámara de Comercio de Londres, preguntado por el *Daily News* acerca del



mejor expediente para *despertar* á John Bull, responde:

« Educación, educación y educacion! Para que sea » eficaz el remedio hay que comenzar por aplicarlo á la » sociedad civil, porque el progreso no tiene otra base » más que la educación, particularmente si la referimos » al mejoramiento de la enseñanza elemental. Si los » cimientos elementales no son firmes, falsa será la cons- » trucción comercial, técnica ó científica que sobre ellos » se levante. *Vamos cuatro generaciones detrás de Alemania* » y *casi dos detrás de los Estados Unidos*, no solo en la » educación elemental sinó también en los demás ramos » de enseñanza. »

Pero el proceso educativo es largo, las necesidades apremiantes, y el coloso puede desmembrarse antes que el fruto de estos buenos propósitos se haga palpable. En vísperas de la coronación del Rey Eduardo, mientras se preparan festejos suntuosos y regocijos artificiales, Londres sufre una epidemia de viruela, enfermedad desconocida en Alemania, donde es obligatoria la revacunación. Y con la epidemia de viruela sufre una epidemia de escepticismo. La eterna mentira oficial, que se ha hecho patente en la campaña del Transwaal, sugiere en los corazones ingleses la duda, la desconfianza, el temor de estar representando en el gran drama de la civilización un papel desairado.

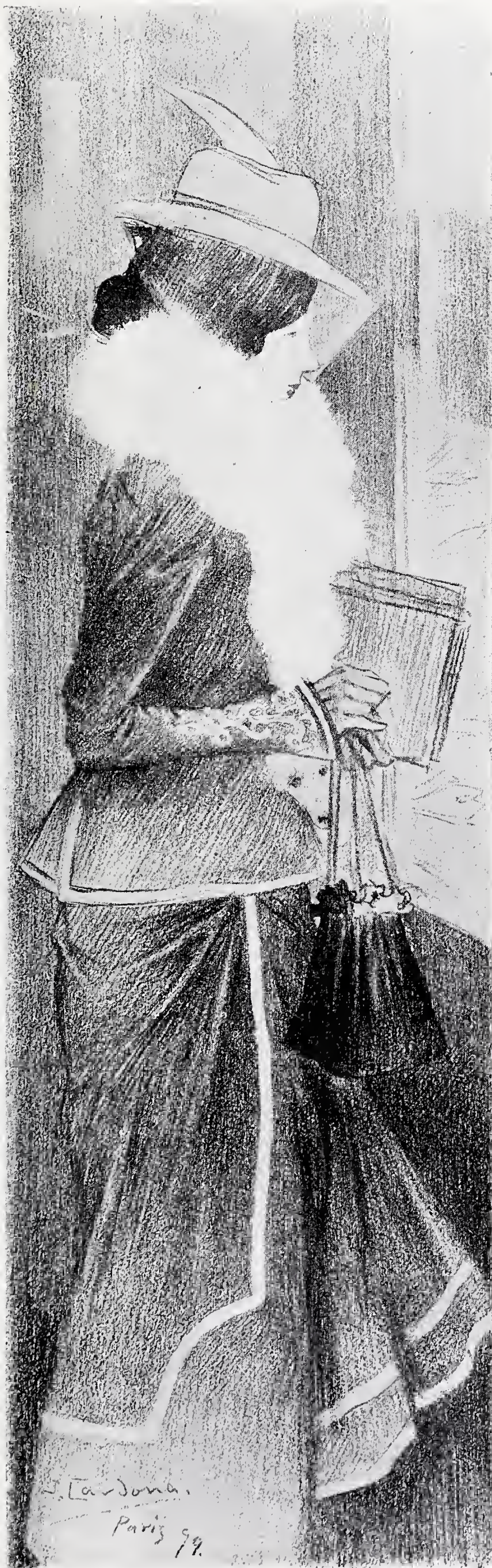
Mr. William Digby presenta á la opinión pública en un libro reciente el horroroso cuadro de la dominación inglesa en el Indostán:

« Mirad al fondo y endureced vuestro corazón ante lo » que vais á ver y á oir, porque os va á ser presentada la » suma miseria y vais á contemplar una degradación » mental y política que en ningún país civilizado y pro- » gresivo os será dable encontrar actualmente, y que, con » toda probabilidad, no hallaréis tampoco en los dilatados » anales de la historia. »

En vano la mentira oficial habla por boca de Sir Henry Fowler, ex-secretario de Estado en la India:

« No creo que la historia haya conocido nunca un » gobierno más justo, más benigno, más equitativo, más » pacífico y más venturoso que el gobierno de la Gran » Bretaña en el Indostán. »

Trescientos millones de seres humanos soportan en la India Inglesa la tiranía de una administración expoliadora. Mr. Digby lo demuestra con una imponente masa de datos y números de procedencia extrictamente oficial. Lejos de haberse enriquecido la India bajo la mano de la Emperatriz Victoria, ha ido constantemente empobreciéndose, hasta el punto de que toda la población agrícola se halla en un estado lastimoso de hambre crónica. Cincuenta años atrás los indígenas conseguían vivir milagrosamente con un ingreso diario de dos peniques por cabeza; en 1882 las cifras oficiales demuestran que el ingreso ha bajado á penique y medio; Mr. Digby sostiene, analizando todas las fuentes de riqueza en 1900 que el ingreso por día y por cabeza no excede de tres cuartos de penique.



Y en esta vasta población de miserables, azotada por el hambre, los ingleses han implantado la administración más dispendiosa y las instituciones civiles mejor retribuídas del mundo.

Si John Bull, nervioso é inquieto, aparta su mirada de Oriente para no enterarse de este cuadro, puede volverla hacia Occidente y verá como sus Antillas son pacificamente conquistadas por los Estados Unidos. En todas ellas la corriente de la exportación se desvía de Inglaterra. Jamaica en 1900 exportaba al Norte el sesenta y tres por ciento del total y al Reino Unido solo el diecinueve por ciento.

Que mientras John Bull duerme, otras naciones velan y se le adelantan, es fácil verlo hasta en materias que parecen reservadas por la Naturaleza al monopolio inglés. ¿Cuando se había de soñar que un país tan cercano á Inglaterra como Alemania hubiese de surtirse de carbón en América? Pero con la baja de los fletes el carbón yanki puede venderse en Stettin á 28 chelines la tonelada, mientras la antracita del país de Gales cuesta 27 chelines en Swansea y el flete hasta Stettin 6 chelines más. Si John Bull sigue roncando, todo el mundo se surtirá de carbón en América. El secreto de esta barrabasada de la fortuna, está en el atraso de la minería británica. Los yankis explotan gran número de sus minas por medio de máquinas (coal-cutters). En la Gran Bretaña no hay en la actualidad más que 311 aparatos de esta índole y la cantidad de carbón extraída con ellos no pasa de 3.312.000 toneladas. En los Estados Unidos trabajan 3.125 máquinas y se obtienen con ellas anualmente 45.000.000 de toneladas de combustible.

Pero ¿es posible que estos graves síntomas y estos negros augurios sean una realidad? Nos hemos resignado á la idea de que sólo España está degenerada y maltrecha. Los males que nos afligen nos parecen exclusivamente nuestros, y nos complacemos en envidiar á otras naciones que están en positiva decadencia. De un artículo que Mr. C. W. Sorensen publica en la *Contemporary Review* se pueden entresacar, respecto á Inglaterra, lamentaciones sumamente curiosas. La decadencia de la agricultura británica, la inseguridad del capital dedicado á la labranza, la baja de los granos, la disminución de la renta, la carestía de los transportes por ferrocarril, la mucha tierra dedicada á pastos por falta de capital y de iniciativa, la inferioridad de la raza vacuna, la rutina embrutecedora de los cultivos, el deterioro fisico de la nueva generación en las ciudades, ¿no parece que todo esto corresponda á los españoles por derecho propio y sea una floración unívoca de nuestro abatimiento y de nuestra mengua?

No, el viento de la adversidad no sopla sólo para nosotros; pero que esto no nos sirva de consuelo, sino de enseñanza, para que los profetas llorones y los zurcidores de la capa nacional y los filósofos indignados y los arbitristas soñadores se dejen el verso y, mirando resueltamente á la prosa, apliquen un hombro á la rueda.



LA ALEGRIA DE LA CASA

LOS CAÍDOS

París, como todos los campos de batalla, tiene sus vencidos. A la caída del invierno, salen de la gran ciudad inmensas caravanas friolentas de cuerpos flacos y caras amarillas, que se alejan en diferentes direcciones y van á encallar á los Pirineos, á Malta, á Córcega y á todas las tierras cálidas, desde Nápoles, hasta Alejandría. Los trenes huyen, atestados de hombres, mujeres y niños que ahogan sus toses en abrigos de lana y se calientan los pies en caloríferos portátiles, mirando ávidamente por las ventanillas, como si hicieran provisión de paisajes que no esperan volver á ver.

En la cumbre de las montañas ó al borde del Mediterráneo, abundan los caseríos melancólicos, tajados por avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles muy verdes. Los techos de las casas son rojos, los muros están pintados de colores vivos, el sol cae de lleno sobre las calles y entra por las ventanas como un intruso, pero en la atmósfera hay una tristeza extraña que nadie puede definir.

Todos esos pueblecitos que viven de la muerte, tienen el mismo aspecto de cementerio. Las calles parecen desiertas y abandonadas, como después de un desastre. Las casas se alinean dejando grandes huecos entre sí, como si temieran el contagio. Y solo de tarde en tarde, se divisa la cara amarilla de un enfermo, que pasa sobre un sillón de ruedas, empujado por un lacayo.

Los días de fiesta, cuando los vecinos bajan á la plaza donde toca una murga y las campanas de la iglesia dan grandes saltos, asomándose por las rendijas de las torres, los tuberculosos llegan unos tras otros, acompañados por madres ó hermanos que les sostienen, trayendo abrigos y almohadas. Se instalan al sol, con la cara vuelta hacia los pinos que aparecen por sobre las últimas casas, en la cumbre de la colina. Tienen los ojos hundidos, la piel amarilla, los pómulos puntiagudos, las manos blancas, las orejas transparentes, y los labios teñidos de un rosa muy pálido, como ciertas corolas de rosa thé. Han sido pintores, cortesanas, artistas, enamorados, soñadores y prometidas; han vivido en las grandes ciudades y han luchado; han tenido afectos, ambiciones ó esperanzas, y se encuentran de pronto vencidos, emasculados, desterrados de la vida en un caserío.

La plaza se llena de gente y se oyen conversaciones vacías entre los grupos. Los unos se informan de la salud de los otros y se mienten impresiones favorables, afirmando mejorías problemáticas que nadie puede comprobar. Las familias intervienen y confirman la inocente mentira, para evitar los desalientos. La música repite sin cesar sus mismas polcas antiguas. Y todos parecen niños caprichosos que se entretienen con frivolidades bajo la vigilancia de las institutrices.

A veces una enferma y un enfermo jóvenes, vecinos de silla, y compañeros de paseo, sienten revivir las quimeras de antaño y esbozan un amorío de adolescentes, con el vago presentimiento de que realizan, ella, su último *flirt* y él su postrera aventura.

Pero hay una amenaza tan inflexible en la atmósfera, que los padres y los tutores callan, dejándoles correr tras un peligro irrealizable.

Cuando el mar está tranquilo y el sol cae de lleno sobre la ensenada, hay muchos tuberculosos que se hacen llevar hasta el embarcadero y ensayan excursiones tímidas hacia la puerta del Océano. Una involuntaria glotonería de aire les lleva á buscar los sitios más anchos y á respirar á grandes sorbos, como si quisieran hacer el vacío para los demás. Las barcas parten y se alejan con sus velas blancas tendidas y un marinero en la popa. Los enfermos descansan sobre sillas que se alargan como lechos. Visten trajes claros y telas de colores vivos que contrastan con la palidez de los rostros. Algunos hojean un libro ó un periódico de París. Y así que el sol declina, las embarcaciones están de regreso y todos vuelven á sus prisiones, unos en carruaje, otros en sillón de ruedas, otros á pie, apoyados sobre un bastón.

La monotonía de la vida en la pequeña ciudad provinciana, es desesperante. De mañana sólo se ven los carruajes que se detienen ante los chalets. El médico desciende, entra en la casa y sale al cabo de un rato acompañado por un padre ó un hermano que insiste y le apura, como si quisiera arrancarle una promesa imposible. Por las ventanas abiertas se ven á veces caras graves y pensativas que escudriñan la soledad. De tiempo en tiempo aparece el dependiente de una droguería con una bolsa de oxígeno bajo el brazo. Y por las conversaciones sorprendidas al velo entre dos proveedores ó á la puerta de un almacén, se sabe la agonía de X ó la muerte de Z que ayer eran nuestros vecinos en la plaza.

Al caer la tarde, suele pasar su entierro, rodeado de cierta pompa teatral que contrasta con la simplicidad de la naturaleza. Los caballos cubiertos de paños negros, el carro con filetes amarillos y los lacayos indiferentes, están en oposición con el paisaje. Los enfermos ven pasar el convoy con cierta amargura resignada. ¡Un compañero menos con quien escuchar el domingo las polcas antiguas de la murga de la ciudad!

En el silencio de la noche, cuando el caserío dormita bajo la luna y la floresta de pinos levanta su masa negra en la cumbre de la colina, se oyen á veces las canciones malvadas de los muchachos del país:

Que vengan los moribundos;
Aquí los tratan muy bien:
El cementerio es tan grande
Que todos caben en él.

Los enfermos son de toda nacionalidad y toda categoría. Hay parisienses, coquetas que parecen escapadas de una novela de Prèvost y tosen escondiendo los labios en pañuelos de batista, sin olvidar su elegancia para remangarse el vestido; ingleses correctos y graves que traen los bolsillos llenos de periódicos y se hacen llevar en brazos hasta la iglesia protestante; rusas ensimismadas, de ojos celestes y cejas rubias; y españoles de tez cobriza que se acuestan envueltos en la capa. Ese conjunto heterogéneo

se funde en un grupo armónico. Parece que todos olvidáran su origen y se creáran una nueva pátria común, en las lejanías de un destino.

La calle principal del pueblo está llena de modistas que trabajan día y noche, haciendo vestidos de seda que las enfermas ensayan una vez y abandonan enseguida en el armario para estrenar otro, como si quisieran agotar en dos meses la provisión de telas que habrían consumido en muchos años. Parece que Mimi Pinson y Marguerite Gautier tuvieran celos de sus rivales y soñaran acaparar, antes de morir, todo el arte y todo el ingenio de las costureras.

Para los enfermos que se dedican á catalogar medallas ó trastos viejos, hay grandes almacenes de anticuarios. Las vidrieras están atestadas de bronces enmohecidos, porcelanas rotas y muebles cubiertos de polvo que aguardan una mano que los descubra. Allí hay sillones Luis XV, grabados meticulosos de artistas del siglo XVII, bomboneras de esmalte, encajes raros, manuscritos del Rey, y muebles inexplicables y arcáicos que parecen construídos con el unico fin de mostrar gráficamente la diferencia entre dos épocas. Los tuberculosos aficionados á esas exhumaciones, se hacen conducir hasta el almacén del anticuario y revuelven todas aquellas cosas que han muerto, con un gesto grave de viajeros ante un enigma.

Para los intelectuales, las dos librerías de la ciudad se convierten en santuarios que exigen una peregrinación diaria. Son algo así como un rincón de París al que se puede entrar con corbata *Lavallière* y pipa entre los dientes. Los parroquianos son pocos y, — aparte de dos ó tres profanos, prisioneros de la moda, que quieren poseer un *Quo Vadis*, para dejarlo sobre la mesa del salón, — todos son directa ó indirectamente del oficio. Su destreza para orientarse en las estanterías y su laconismo para informarse de las últimas publicaciones de Stock ó de Fasquelle, establecen entre ellos una especie de franc-masonería. Es fácil reconocerlos en un detalle : demuestran una predilección rara por autores que, como Rodenbach, Jean de Tinán ó Emmanuel Signoret, han dejado obras inacabadas como sus vidas.

Á veces hay *matinée* en el teatro de la ciudad. Y es de ver como los asiduos de los grandes coliseos de Europa, aplauden á los cómicos famélicos que estropean los versos de *Ruy Blas*.

Los que todavía pueden salir, van en carruaje hasta la puerta del teatro y asisten á las escenas más inverosímiles con una indulgente credulidad de niños. La sala parece un hospital. Durante los entreactos se oye toda la gama de las toses, desde la muy profunda, que parece resonar en el fondo de una caverna, hasta la apenas perceptible, que acaba en una burbuja de sangre. Y apesar de los roces y el espectáculo de tantos compañeros vencidos, nadie parece tener una visión neta de la muerte.

Cuando salen, los carruajes se dispersan por la ciudad y cada cual vuelve á su sillón de incurable. La resignación parece ser parte de la enfermedad misma. Algunos llegan hasta á felicitarse de la calma y el retiro en que viven. El recuerdo de viejas decepciones y antiguas luchas, les hace saborear quizá el placer de hallarse lejos de la batalla humana. Pero como todas las casas miran hacia la estación, ningun enfermo vé salir sin tristeza los trenes rápidos que huyen hacia la gran ciudad, — hacia la vida.

Manuel Ugarte



A. MAS Y FONDEVILA — DEVOTA

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Quiero daros un consejo», dijo Hagen. «Preguntad al señor Dietrich y á sus buenos guerreros con que intenciones nos ha hecho venir aquí la señora Crimilda.»

Los tres reyes comenzaron á hablar entre sí, el señor Gunter y Gernot y el señor Dietrich. «¿Dinos, noble y buen caballero de Berna, en que disposición has visto á la reina?»

El héroe de Berna contestó: «Qué queréis que os diga? Todas las mañanas veo llorar y lamentarse de sus desgracias á la esposa de Etzel, la señora Crimilda y quejarse al Dios del cielo de la muerte del valeroso Sigfrido.»

«No nos es posible librarnos», dijo el fuerte Volker, el músico: «Iremos á la corte y veremos qué puede pasar á los atrevidos héroes entre los Hunos.»

Los fuertes Borgoñones se dirigieron á la corte vestidos suntuosamente según la usanza de su país: muchos fuertes hombres de entre los Hunos, admiraban la gallardía de Hagen.

Como lo referían, el pueblo supo bien pronto que él era quien había matado á Sigfrido el del Niderland, al guerrero más fuerte, al esposo de Crimilda: en la corte se hacían muchas preguntas acerca de Hagen.

El héroe era de magnífico aspecto, ancho de espaldas; sus cabellos eran grises; largas sus piernas, su rostro feroz y su andar imponente.

Los guerreros Borgoñones fueron llevados á sus alojamientos, quedando separados de ellos los del acompañamiento de Gunter. Esto era por consejo de la reina que lo odiaba: más tarde los escuderos fueron degollados en sus aposentos.

Dankwart, el hermano de Hagen, era mariscal: el rey le recomendó mucho su acompañamiento para que le dieran cuanto pudiera necesitar. De todo cuidaba con esmero el fuerte héroe.

La hermosa Crimilda, rodeada de su acompañamiento, fué á recibir á los Nibelungos con falsa intención. Besó á Geiselher y lo cojió de la mano. Al ver esto Hagen de Troneja, se ciñó mas su yelmo.

«Después de semejantes saludos», dijo Hagen, «bien pueden tener cuidado los intrépidos guerreros. Saludan de distinto modo á los príncipes y á los que con ellos vienen: no hemos hecho buen viaje viniendo á esta fiesta.»

Ella dijo: «Sed bien venidos para los que os ven con gusto. No os saludo por la amistad con que os veo. Decidme que me traéis de Worms, sobre el Rhin, para que seáis bien venido para mí.»

«¿Qué queréis decir?» replicó Hagen. «¿Debían traeros regalos estos guerreros? Os creía bastante rica, según me han dicho, y por esto no he traído presente ninguno al país de los Hunos.»

«Pues bien, decidme, ¿del tesoro de los Nibelungos qué habéis hecho? Me pertenecía, bien lo sabéis, y esto podíais haberlo traído al país del rey Etzel.»

«Por mi fé, señora Crimilda, que hace muchos días que no he visitado el tesoro de los Nibelungos. Mis señores me mandaron arrojarlo al Rhin, y allí debe permanecer hasta el día del juicio.»

La reina le replicó: «Ya me lo había yo pensado: nada me habéis traído aquí de los bienes que eran míos y de que podía disponer. Por tí y por tus señores he tenido muchos días de pesar.»

«¡Os traigo al demonio!» exclamó colérico Hagen. «Vengo cargado con mi escudo, mi arnés, mi brillante yelmo y la espada en la diestra: por esto no os traje nada.»

«No me expreso de esta manera por que desee más oro: tengo tanto para dar que no necesito de vuestros obsequios. Un asesinato y varios robos se han cometido por mi mal y de esto, pobre de mí, quisiera hallar satisfacción.»

La reina dijo después á los guerreros reunidos: «Ninguno llevará espada en esta sala, vosotros, héroes, me las entregaréis; las haré guardar.» «Por mi fé», respondió Hagen, «yo no haré eso.»

«Rehuso el honor, amable hija de reyes, de que llevéis á vuestro aposento mi escudo y mi armadura; vos sois aquí la reina, pero mi padre me enseñó á que yo fuera mi camarero.»

«¡Oh, qué dolor! exclamó Crimilda: ¿por qué ni mi hermano ni Hagen quieren que se les guarde sus escudos? Están sobre aviso y si supiera quien se lo ha dado, lo haría condenar á muerte.»

Al escuchar esto, dijo con cólera Dietrich: «Yo soy quien ha avisado á los ricos príncipes y al fuerte Hagen, el héroe de Borgoña: sin embargo, mujer de los demonios, no me haréis sufrir pena ninguna.»

La noble reina se sintió confusa, pues el héroe Dietrich le causaba miedo. Se separó de ellos sin pronunciar una palabra, pero lanzó á sus enemigos furiosas miradas.

Entonces dos guerreros se estrecharon la mano, el uno era Hagen, el otro Dietrich. El héroe valeroso dijo: «Vuestro viaje al Huneland me causa pena», «Porque la reina os ha hablado así.» Hagen de Troneja le respondió: «Estaremos con cuidado á todo.» Esto dicho, los héroes avanzaron el uno al lado del otro. Al ver esto, el rey Etzel preguntó:

«Quisiera saber, quién es el guerrero que tan amistosamente ha sido recibido por Dietrich; parece muy animoso: sea quien fuere su padre, parece un buen guerrero.»

Uno de los hombres de Crimilda respondió al rey: «En Troneja ha nacido; su padre se llamaba Aldriano; aunque parezca agradable es un hombre terrible: ya os probaré que no he mentido.»

«¿Cómo conoceré yo que es terrible?» El rey no sabía aún los crueles lazos á que después atrajo la reina á sus parientes, de tal modo que ni uno pudo volver á salir del Huneland.

«Conocí mucho á Aldriano, pues fué vasallo mío: gloria y grande honor adquirió aquí á mi lado. Yo lo hice caballero y le dí mi oro; como me era fiel lo quería mucho.»

«Por esto conozco todo lo que á Hagen se refiere: dos nobles niños estuvieron aquí en gajes: él y Walter de España crecieron aquí. A Hagen lo envié á su patria; Walter huyó con Hildegunda.»

Así pensaba en los hechos ocurridos en los pasados tiempos. Volvía á ver á su amigo el de Troneja que en su juventud le prestó grandes servicios. Ahora en su vejez, Hagen le mataría muchos amigos.

XXIX

De como ni Hagen ni Volker se pusieron de pie ante Crimilda

Los dos héroes dignos de alabanza, Hagen de Troneja y Dietrich se separaron. El vasallo del rey Gunter miró por encima del hombro buscando un compañero de armas, que halló en seguida.

Allí cerca de Geiselher estaba el notable músico Volker: le rogó que lo acompañara, pues sabía que era muy amigo de querellas. Volker era en todo un noble y valiente caballero.

Dejaron á los príncipes en la corte y marcharon solos á través de ella dirigiéndose hacia un gran palacio. Aquellos guerreros escogidos no temían el rencor de nadie.

En aquella morada sentáronse en un banco que había frente al salón en que estaba Crimilda. Sus armaduras esparcían reflejos luminosos al rededor de ellos. Muchos de los que los veían hubieran deseado conocerlos.

Los Hunos veían con admiración á los atrevidos héroes, lo mismo que se mira á las fieras. La esposa de Etzel los vió desde la ventana y tal vista le afligió el alma.

Ellos le hacían recordar sus sufrimientos y rompió á llorar. Los guerreros de Etzel se extrañaban sin saber que era lo que causaba su aflicción. Ella dijo: «Hagen tiene la culpa, buenos y valientes héroes.»

Respondieron á la señora: «¿Cómo es eso?» pues nunca os hemos visto contenta. Por fuerte que sea el que os ha agraviado, decidnos que os venguemos y le daremos muerte.»

«Al que me vengue de las penas sufridas le daré todo cuanto desee. Yo os lo pido de rodillas», añadió la esposa del rey, «vengadme de Hagen, hacedle perder la vida.»

Inmediatamente se ciñeron las espadas sesenta guerreros. Por amor á Crimilda querían salir del salón al encuentro de Hagen y matar al fuerte héroe y al músico; hablaron acerca de esto.

Viendo la reina que eran pocos, dijo con brío á los guerreros: «Desechad la resolución que habéis tomado; siendo tan pocos, nunca podréis luchar contra el terrible Hagen.

»Por fuerte y altivo que sea el de Troneja, más fuerte es aún el que está sentado á su lado, Volker el músico; es un hombre terrible: no debéis atacar á esos héroes siendo tan pocos.»

Al escuchar esto se armaron mayor número de ellos, hasta cuatrocientos. La soberbia reina sintió alegre el corazón pensando que quedarían vengadas sus ofensas. Los guerreros no dejaron de sentir grandes cuidados.

Cuando vió armado á su acompañamiento, la reina dijo á los atrevidos guerreros: «Esperad todavía, permaneced quietos aún. Quiero pasar con la corona por delante de mis enemigos.

»Quiero decir todo el mal que me ha hecho Hagen, el compañero de Gunter. Sé que es tan impertinente que no lo negará; pero tampoco me importará el mal que le suceda.»

Cuando el hábil tañedor de laud, el fuerte músico, vió á la reina bajar los escalones para salir de la casa, el fuerte Volker se volvió hacia su compañero de guerras y le dijo:

«Mira, amigo Hagen, como se adelanta altiva la que con mala fe te ha invitado para que vengas á este país. Nunca ví á una reina acompañada de tantos hombres, con las espadas desnudas y las armaduras puestas.

»¿Sabéis, amigo Hagen, si os odian? Si estas son vuestras noticias, cuidad de vuestra vida y de vuestro honor; esto me parece conveniente, pues si no me engaño parece que sienten gran cólera.

»Todos son anchos de espaldas, fuertes y valientes; tiempo es de defender la vida. Creo ver que bajo la seda traen las corazas, pero nadie nos ha dicho lo que quieren.»

Así dijo con ira reconcentrada Hagen, el fuerte hombre: «Bien sé que todos traen en las manos las brillantes espadas para atacarme; pero aun puedo salir de aquí y volver á Borgoña.

»Ahora dime, amigo Volker, ¿me harás el favor de ayudarme si la gente de Crimilda me quisiera atacar? Contéstame á esto en nombre del cariño que me tengas, yo por mi parte os serviré siempre fielmente.»

«Os ayudaré» le contestó Volker «y aun cuando viera venir en contra nuestra al rey Etzel con todos sus guerreros, mientras tenga vida, el temor no me hará retroceder un paso de vuestro lado.»

«¡Ahora doy gracias al Dios del cielo, muy noble Volker! Si me atacaran, ¿qué otra ayuda puedo desear? Puesto que me queréis socorrer, según he oído, la cuestión será peligrosa para esos guerreros.»

«Levantémonos de nuestros asientos» dijo el músico. «Hija de reyes es la que pasa. Hagámosle los honores á la noble reina! Así seremos más honrados.»

«¡No! por lo que me quieras!» replicó Hagen enseguida. «Esos guerreros podrían creer que lo hacíamos por miedo y que nos queríamos ir. No me levantaré de mi asiento por ninguno de ellos.

»Bueno es que nos dejemos de cortesías. ¿Por qué hacer honores á quien me odia? No, nunca los haré por larga que sea mi vida. ¿Qué puede importarme en el mundo el odio de Crimilda?»

El soberbio Hagen cruzó sobre sus rodillas una brillante espada, en cuyo pomo había un jaspe deslumbrador, verde como la yerba. Crimilda reconoció muy bien que era la de Sigfrido.

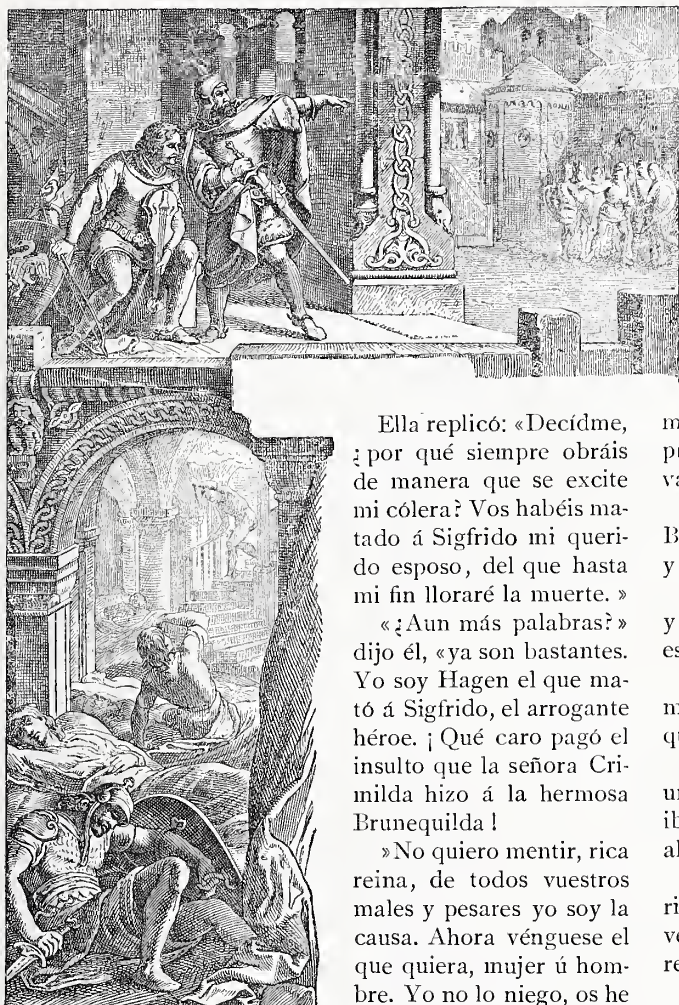
Al reconocer la espada experimentó grande aflicción. El puño era de oro, la vaina de galón rojo. Acudieron á su mente todos sus pesares y rompió á llorar. Creo que Hagen lo había hecho de exprofeso.

Volker el fuerte colocó á su lado, en el banco, un duro arco, largo y fuerte semejante á un acerado machete. Allí permanecieron sentados sin ningún temor aquellos dos guerreros valerosos.

Los dos fuertes héroes estaban con tanta altivez que por temor de que se creyera otra cosa, no se levantaron de sus asientos. La reina pasó por delante de ellos y les hizo un saludo en el que se advertía el odio.

Ella dijo: «Me parece, señor Hagen, que sabéis todo el mal que habéis hecho á quien os ha mandado buscar, á quien os ha invitado á venir á este país. Obrando con un poco de juicio debíais haber renunciado.»

«Nadie me ha mandado buscar», respondió Hagen. «Pero han invitado á este país á tres héroes que son mis señores; yo soy de sus huestes y nunca me he quedado atrás cuando la corte hace una expedición.»



Ella replicó: «Decídme, ¿por qué siempre obráis de manera que se excite mi cólera? Vos habéis matado á Sigfrido mi querido esposo, del que hasta mi fin lloraré la muerte.»

«¿Aun más palabras?» dijo él, «ya son bastantes. Yo soy Hagen el que mató á Sigfrido, el arrogante héroe. ¡Qué caro pagó el insulto que la señora Crimilda hizo á la hermosa Brunequilda!

»No quiero mentir, rica reina, de todos vuestros males y pesares yo soy la causa. Ahora vénguese el que quiera, mujer ú hombre. Yo no lo niego, os he causado grandes penas.»

Entonces dijo ella: «Ya lo oís, guerreros, no niega ninguno de los males que me ha causado; ya no me inspira cuidado, nada de lo que le pueda suceder, hombres de Etzel.» Los feroces guerreros comenzaron á mirarse.

Si se hubiera comenzado el combate, el honor habría sido para los dos compañeros que tantas veces habían vencido en las batallas. Pero el temor les hizo abandonar el intento que habían formado.

Así dijo uno de los guerreros: «¿Por qué me miráis? No quiero realizar lo que había prometido: por obsequios de nadie quiero perder la vida. Mal nos quiere guiar la esposa del rey Etzel.»

Otro dijo: «En el mismo sentido me hallo yo. Aunque me dieran torres enteras de oro rojo y bueno, no querría combatir con ese músico, pues horribles son las miradas que le he visto dirigir.

»También conozco á Hagen desde su juventud, y creo cierto cuanto de él hayan dicho. Lo he visto en veinte y dos combates, y por sus hechos muchas mujeres han sentido su corazón roto.

»Él y el de España han realizado muchas proezas cuando al lado de Etzel combatían en honor del rey. Con mucha frecuencia ha sucedido, y por esto no puede dudarse del honor de Hagen.

»Entonces el guerrero era casi un niño; los jóvenes de aquel tiempo han envejecido ya. Está en todo el vigor de su espíritu, y es un hombre furioso: ciñe la Balmung que adquirió de una manera desleal.»

Después de esto, se separaron sin librar combate, lo cual fué para la reina un pesar de corazón. Los guerreros se retiraron de allí, pues tenían miedo á la muerte de mano de los dos héroes: hubiera sido para ellos un gran peligro.

El fuerte Volker dijo: «Ya hemos visto que tenemos aquí enemigos según nos habían anunciado, vamos á reunirnos con el rey en la corte, y nadie se atreverá á dirigir un ataque contra nuestros señores.»

«Está bien, os sigo» respondió Hagen. Fueron á reunirse con los arrogantes guerreros que se preparaban para ser recibidos en la corte. Volker el fuerte hablaba en alta voz.

Dijo á sus señores. «¿Cuánto tiempo vais á permanecer aquí dejándoos estrujar? Id pronto á la corte y procurad saber cuales son las intenciones del rey.» Los valientes guerreros comenzaron á reunirse.

Dietrich de Berna, tomó de la mano al rico Gunter de Borgoña; Irnfrido tomó la de Gernot el fuerte caballero, y vióse ir hacia la corte á Geiselher con su suegro.

De cualquier modo que fueran, no se separaron Volker y Hagen hasta la muerte, sino en un solo combate. Por esto lloraron pesarosas muchas nobles mujeres.

Vióse ir hacia la corte á los reyes con su acompañamiento de mil fuertes guerreros; además los sesenta héroes que había escogido en su país el valeroso Hagen.

Hawart é Iring, dos notables guerreros, marchaban el uno al lado del otro acompañando á los reyes. Después iban Dankwart y Wolfhart, un héroe distinguido, que en altas virtudes excedían á los demás.

Cuando el rey del Rhin entró en el palacio, Etzel el rico no permaneció sentado. Se levantó de su asiento al verlos llegar, y nunca hasta entonces habían tenido mejor recibimiento los reyes.

«Bienvenidos para mí, señor Gunter y señor Gernot y vos su hermano Geiselher. Os hice ofrecer con afección y lealtad mis servicios en Worms sobre el Rhin; bienvenido sea también todo vuestro acompañamiento.

»Seáis también bienvenidos á este país para mí y para mi esposa vosotros valientes guerreros, Volker el fuerte y vos señor Hagen. Ella os envió muchos mensajeros al Rhin.»

Así le contestó Hagen de Troneja. «Ya lo he sabido. Si no hubiera venido con mis señores al país de los Hunos, lo habría hecho solo por tener este honor.» Entonces el noble rey tomó á sus amados huéspedes de la mano, y los condujo á los asientos que tenían preparados. Escanciaron con la mejor voluntad á los extranjeros, hidromiel, moral y vino en copas de oro, y manifestaron contento por la feliz llegada de los guerreros.

El rey Etzel dijo: «Puedo aseguraros que nada me podía ser tan agradable en este mundo como el que vosotros, héroes, hayáis llegado. También la reina desechará la tristeza que la posee.

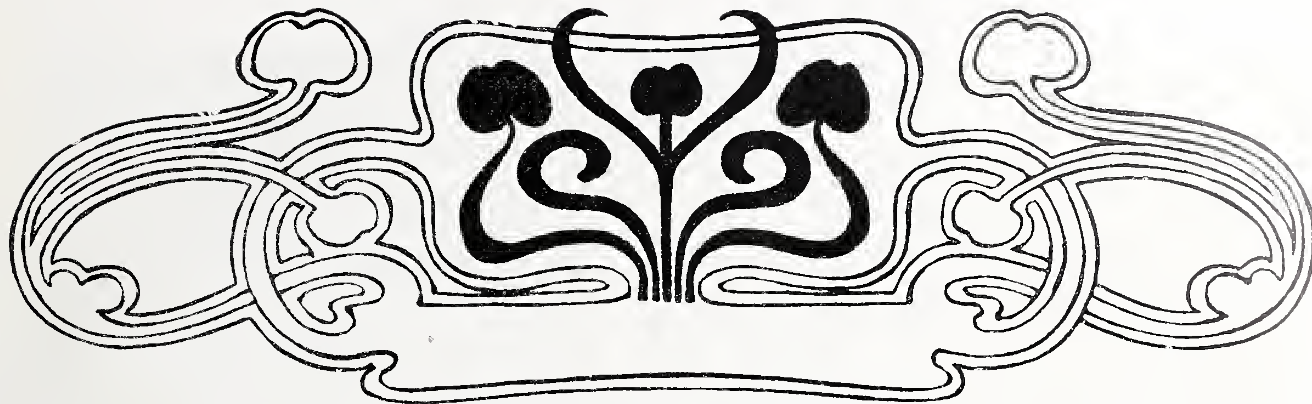
»Muchas veces me preguntaba con extrañeza que os podía haber hecho, yo que á tantos huéspedes he recibido en mi país, para que no quisierais venir á mi reino. Para mi es un gran placer ver aquí á mis amigos.»

Así le respondió Rudiguero, el caballero altivo: «Podéis recibirlos bien; su buena fe es grande: los hermanos de mi señora han querido honraros, pues han traído en su compañía muchos nobles héroes.»

(CONTINUARÁ)



J. L. E. MEISSONIER — LA RIÑA



A ELLA

Ya llegó la primavera
con sus efluvios de amores,
tendiendo mantos de flores
sobre la verde pradera.
De venturas mensajera
bate sus alas de oro
y vierte el rico tesoro
de dulces inspiraciones,
despertando corazones
con su cántico sonoro.

Canta el ave en la vecina
y solitaria arboleda;
el viento el eco remeda
de su estrofa peregrina,
más verde está la colina,
el mar se mira distante
revolviéndose gigante
bajo su espumoso velo,
y está más azul el cielo,
y el sol está más brillante.

El corazón al latir
en la cárcel de mi pecho,
halla su recinto estrecho,
nuevas ansias al sentir.
En nuevo espacio vivir
pretende en su despertar,
que en trinidad singular
y en conjunto seductor
le brindan besos de amor
la tierra, el cielo y el mar.

Llega mi prenda adorada,
de mi dicha á ser testigo,
y recorrerás conmigo
la campiña perfumada.
Nueva aurora afortunada
veré transcurrir sereno,
y, á todo cuidado ageno,
te dará mi amor ardiente
guirnaldas para tu frente
y rosas para tu seno.

Al disfrutar tu mirada
llena de anhelo profundo,
soñaré que surge un mundo
de las sombras de la nada.
Contemplaré disipada
la triste duda que escondo,
y del pecho en lo más hondo
copiará raro espejismo
las negruras de un abismo
que oculta el cielo en su fondo.

Mi corazón oprimido
sienta el roce de tu mano,
surja el amor soberano
á su potente latido.
Ven, formaremos el nido
de nuestros castos amores;
Entre campestres olores
viviremos orgullosos,
y nos verán envidiosos
auras, pájaros y flores.

Rosa y señora serás
de las rosas de mi huerto;
cual palmera en mi desierto
fresca sombra me darás.
Amante realizarás
mis ilusiones más bellas,
y nuestras dulces querellas
probarán, mujer querida,
que sin amor es la vida
como un cielo sin estrellas.

El arrullo de los mares
y del viento los gemidos
escucharé confundidos
con tus lánguidos cantares.
Del amor en los altares
nuestros cantos elevados
se perderán arrullados
por otras dulces canciones,
con ritmos de corazones
que laten enamorados.

Nubes de melancolía
no eclipsarán tus auroras,
serán minutos las horas
y muy breve será el día.
Mas cuando noche sombría
envuelta en su denso velo,
cubra de nieblas el suelo
y en el alma siembre enojos,
con los rayos de tus ojos
alumbrarás tierra y cielo.

Pues no hay noche junto á tí,
ni tristezas á tu lado,
es amarte y ser amado
todo un mundo para mí.
Ni más dicha pretendí,
ni más gloria imaginé;
que tanto y tanto soñé
en tu divina hermosura,
que fué parte en mi ventura
lo mucho que te adoré.

No habrá dudas ni temores
que mitiguen las delicias
de tus amantes caricias
y de tus sueños de amores.
Mas si en hora de dolores
la muerte con sus abrazos
rompe los benditos lazos
de amor tan inmenso y fuerte
¡ Hallaré dulce la muerte
por recibirla en tus brazos !

Narciso Díaz de Escovar

Fotografía Artística

Hispania no aspira solamente á servir á sus lectores en la esfera en que puede realizarlo toda publicación que desea **hacer arte** por sí misma, sino que extendiendo sus medios se propone vivir más que hasta ahora en contacto espiritual con aquellos.

Hispania no abre propiamente un concurso de fotografías, pero ofrece sus páginas á aquellos de sus lectores (**amateurs**, no profesionales) que satisfacen esta afición con gusto artístico, agradeciendo la colaboración que en este particular se le ofrezca.

No es necesario sujetar á base alguna nuestro llamamiento, porque el buen juicio de nuestros futuros colaboradores sabrá discernir entre lo artístico-fotográfico y lo fotográfico simplemente. Escenas, tipos, costumbres, paisajes, todo cabe en el dominio del aficionado artista.

Hispania reproducirá los **clichés** dignos de la publicidad con la perfección material que ha sido siempre su característica, reservándolos luego á disposición de sus autores, cuyos nombres firmarán las correspondientes reproducciones.

Ocioso parece añadir que á cada **cliché** deberá acompañar una prueba y una sencilla noticia del asunto, dirigido todo ello en las mejores condiciones de seguridad del cristal ó película á la dirección de **Hispania,** la cual acusará oportunamente recibo.



* * *

Ya han podido apreciar nuestros lectores que nuestro llamamiento á la afición fotográfica ha sido atendido por los **amateurs** inteligentes de Barcelona.

En números pasados hemos publicado **clichés** verdaderamente notables, que hemos procurado reproducir con toda perfección, y en el presente publicamos tres del inteligente **amateur** D. Vicente Oliver, que por elección de asunto y finura del **cliché** nos parecen dignos de ver la luz.

Dichos **clichés** estan tomados durante la visita que hizo á España la tribu de esquimales, y en ellos pueden apreciarse los pintorescos trajes de este extraño pueblo que vive en las regiones casi inexploradas del círculo polar.

Las instantáneas del Sr. Oliver han sorprendido á los esquimales en los momentos en que se entregaban á sus juegos peculiares, bien inocentes, como todas las costumbres de este pueblo primitivo.





LO QUE SE LEE

PAISAJES PARISIENSES, por Manuel Ugarte, con prólogo de Miguel Unamuno.

La mejor prueba del gusto con que hemos leído este libro está en el hecho de no haber resistido á la tentación de copiar algo de él.

En este mismo número puede ver el lector el capítulo *Los caídos* que cortamos de los *Paisajes parisienses* de Ugarte.

El prólogo de Unamuno es muy notable.

ARCHIVO MENUDO

Cómicos y autores — Hasta el siglo XVII no se introdujo en Francia la costumbre de anunciar las funciones de teatro por carteles, pero al principio no daban ni el nombre del autor de la obra ni los de los cómicos que la hacían.

En 1617 se imprimió por vez primera el nombre del autor en el cartel. Los cómicos tuvieron que aguardar hasta fines del siglo XVIII.

Animales procesados — Los ha habido, y en gran cantidad.

En 1554 fueron excomulgadas las sanguijuelas por el obispo de Lauzzanne porque se comían los peces del río.

En Chalous sur Saone fué procesado un cochino — con perdón sea dicho — por haberse comido un niño. El suculento animal fué condenado á la horca y ejecutada la sentencia.

En Autun y á principios del siglo XVI se formó proceso á las ratas, y lo que es más curioso, se las nombró por defensor de oficio á Chasseneux.

La herencia de María Antonieta — Por una curiosísima acta de subasta descubierta hace pocos días en los archivos del Sena, se sabe cuales fueron los objetos hallados sobre el cuerpo guillotinado de la infortunada reina.

Aquellos fueron: una cartera de tafilete verde que contenía tijeras, sacacorchos, pinzas, peine y un espejito de marco, y tres retratos con marco de *chagrín* verde.

Todo fué tasado en diez francos quince céntimos.

La tumba de un perro — Existe en el *Cementerio de perros* de París.

Se trata de un magnífico perro de San Bernardo sobre cuya tumba le ha representado el escultor saltando riscos y llevando sobre el lomo un niño.

Al pie se lee lo siguiente: *"Salvó la vida á cuarenta personas, y fué muerto por la cuarenta y una."*

Por algo cuando Schopenhauer quería insultar á su perro le llamaba *hombre*.

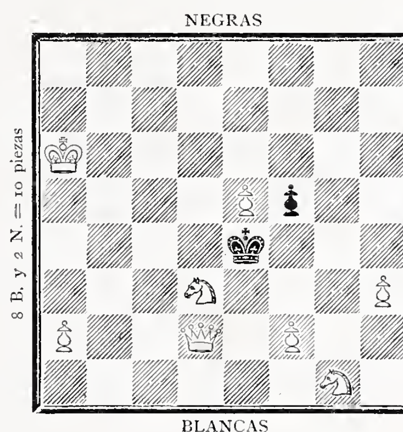
HOJAS SELECTAS, revista para todos.

He aquí el sumario del tercer número.

El ilustre pintor italiano Domingo Morelli, con 8 grabados. — La navegación sobre el hielo. — Pascua florida, *novela de G. Martínez Sierra*. — Variedades. — El perro rabioso (historieta muda). — Cangrejos de mar, cangrejos de río y otros crustáceos. — Historia de la Locomotora. — Algunos consejos acerca de los cuidados de que debemos rodear á nuestros pequeñuelos. — El Río de Oro (continuación). — Los hijos de Padilla. — Arte moderno. — Panorama universal. — Nota política. — La moda parisiense. — Pasatiempos.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 46. — J. DRTINA



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 45, POR A. G. FELLOWS

1. C 3 A D, etc.

ATLAS



GEOGRÁFICO

SEGUNDA EDICIÓN

aumentada con un Mapa de las tierras descubiertas por España y Portugal

Mapa de Cuba, doble tamaño

Mapa de Puerto Rico y de la Bahía de Manila

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA-ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

68, Calle de Bailén, 70

BARCELONA

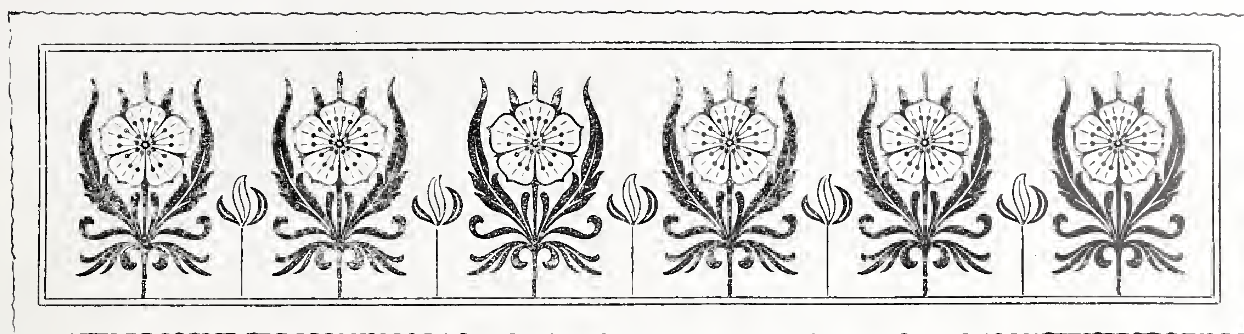

SALUS NOSTRA IN MANU TUA EST. G. c. 47 v. 25
HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



EL GRECO — JESÚS DEVOLVIENDO LA VISTA Á UN CIEGO (MUSEO DE DRESDE)



SAN JOSÉ

Hay flores que despiden sus aromas en la sombra y cuya fragancia se hace más suave á medida que el sol se remonta á los cielos: hállanse ocultas entre el fresco césped y á la sombra de gigantescos árboles; y no obstante, cuando el cálido viento del mediodía ha entibiado la frescura del bosque, exhalan suavemente su agradable incienso, dilatándolo por toda la atmósfera al través de la enramada. Su perfume da un tinte de poesía al espectáculo rústico, y más tarde traerá su imagen á nuestra memoria. Tal es la suave fragancia de San José en la Iglesia, que se difunde en torno nuestro, sin que de ello nos apercibamos, creciendo incesantemente. Extiéndese particularmente en las sombras de Nazaret, de Belén y Egipto, pero no llega hasta las estériles y peladas alturas del Calvario. San José es el odorífero césped que crece á la sombra de todos los misterios de la santa Infancia, y cuando meditamos en estos misterios, obligamos á sus flores á que exhalen su aroma, y por más que nos parezca percibirlo poco (por atraer dulcemente nuestras miradas la hermosura de la Madre y del Hijo), no obstante, nos faltaría alguna cosa y nos detendríamos maravillados si llegase á desaparecer este perfume. ¿Quién puede dudar que José, á quien tanto amó Nuestro Señor, elegido por Él para padre putativo, estuvo también en su mente en el seno de María? De todas las santidades de la Iglesia, la de José es la más profunda y más difícil de ver distintamente; comprendemos cuan inmensa debió ser. El honor de Jesús, el cargo que San José debía desempeñar respecto de Él y de su Madre, todo nos hace suponer que recibió una efusión de gracias extraordinarias; y por otra parte, los rayos de lumbre que atraviesan, por decirlo así, algunos intersticios del Evangelio, nos descubren una vida enteramente divina y al mismo tiempo profundamente oculta. En ocasiones nos parece que vemos renovarse en Él el carácter de alguno de los antiguos patriarcas, particularmente de Abrahan cuando hacía una vida sencilla y pastoral bajo las tiendas y en las soledades de Mesopotamia; ó bien el contraste nos recuerda también el primitivo José, junto al segundo, en las orillas del Nilo. Después creemos distinguir en el esposo de María los rasgos distintivos de la santidad del Nuevo Testamento, y vacilamos en aceptar la idea, tan verdadera bajo muchos aspectos, de que la santidad del Antiguo Testamento llegó en Él á su más hermoso desarrollo; que de esta manera llegó hasta Jesús, y que ha permanecido en el círculo de la Encarnación para representar en Él á los justos de la antigua ley. En cualquiera hipótesis, Nuestro Señor debe haber circundado de lumbre y amor á San José, y debe haber realizado con solicitud en su alma las obras de gracia más maravillosas y perfectas. Si la magnificencia es compañera inseparable de todas las perfecciones divinas, no hay ninguna que la acompañe de manera más particular, aunque al mismo tiempo más oculta, que el atributo de la justicia; y precisamente procedía de la justicia de Dios la superabundancia de gracias de San José. ¿Quién no conoce, aún entre los hijos de los Hombres, la generosa munificencia del agradecimiento? ¿A qué se parecerá, pues, la gratitud de Dios? La santidad de San José y la perfección de su hermosura interior nos lo demostrarán. Nuestro Señor contrajo, en cierta manera, obligaciones respecto de San José, así como se sometió á su dirección: el alma de éste, tan pura y hermosa, fué el claustro edificado en torno de la inocencia de María; en sus paternales brazos descansaba el Niño, que no tenía otro Padre que el Eterno. ¡Cuánto no se dignó deber Jesús á San José, tanto por si mismo como por María! Se lo pagó en santidad.

* * *

Comparando la elección que hizo Dios de San José con el cargo que debía desempeñar, conseguimos ver la gloria y grandeza del humilde esposo de María, y

contemplar con respeto y admiración la eminencia de esta santidad, que llegó á familiarizarse tanto con Dios. Nos maravilla el ver que la familiaridad debe ser el carácter distintivo de la devoción á tan gran santo. Sin embargo, fácil es para nosotros comprender que esta familiaridad debe ser la gracia especial concedida á aquella devoción, porque José sólo ha sobrepujado á todos los hombres en el espíritu de adoración, porque les excedió á todos en su tierna familiaridad con Dios.

* * *

También San José se acercó á adorar al niño Dios recién nacido; la sombra terrenal del Padre Eterno detiénese amorosamente sobre el Niño. El nacimiento temporal de Jesús es completo, por hallarse de esta manera figurada su natividad sin principio ni fin. Acércase José, el más oculto de todos los santos de Dios, envuelto en las mismas nubes y sombras que rodean al manantial increado de la Divinidad. Su alma es un manantial de innumerables gracias, de gracias más profundas que las que producen virtudes ordinarias: son raíces que no intentan probarse en el invierno de este mundo, sino que aplazan su desarrollo para producir maravillosas flores á la faz de Dios en el venidero. No nos es posible dar un nombre al carácter de su santidad: no podemos compararle con ninguno de los santos de Dios. Así como su oficio fué único, así también fué su gracia enteramente particular, y correspondió á lo que tenía su cargo de especial: fué único también. José fué para María entre los hombres lo que Gabriel fué para ella entre los ángeles, pero estuvo más próximo á ella que Gabriel, porque José era de igual naturaleza que María. También fué para ella después de Belén lo que San Juan después del Calvario, de manera que, probablemente, si nos fuese posible distinguirla, reconoceríamos cierta analogía entre su santidad y la del Discípulo muy amado. Pero su santificación se halla oculta en la oscuridad: es probable que recibiese el don de la justicia original, con San Juan Bautista, aunque no podamos decir si este don le fué concedido antes de su nacimiento como á Juan y Jeremías. Conviene creer también que, por gracia especial, fué preservado del pecado venial. Lo cierto es que fué un vaso de la predilección divina, predestinado eternamente para un cargo particular é incomparablemente sublime, y revestido de las gracias más eminentes destinadas á hacerle digno de este cargo. Porque por muy maravilloso que fuese su oficio respecto de María, el que había ejercido para con Jesús era mucho más superior, á no ser quizá que se diga, lo que es más cierto, que el primero sólo formaba parte del segundo.

Estaba frente á Jesús y ocupaba visiblemente el lugar del Padre Eterno; por eso era amado de manera tan especial por la Persona divina á la que representaba en un cargo tan importante, y también de manera enteramente particular por la segunda y tercera Personas de la Santísima Trinidad, causa de esta representación misteriosa. El alma humana de Jesús debe haberle considerado no sólo con el más tierno amor, sino también con un profundo «respeto» y sumisión inefable. No podemos describir la santidad de José, porque nos falta el término de comparación: no sólo era más elevada que la de los santos, sino de diferente género; pero estaba eminentemente oculta en Dios. Su vida no era de este mundo: el lugar mismo que ocupaba en él sólo era la apariencia de su lugar; fué una aparición en el mundo, aparición del Padre no engendrado y eterno. Su alma estaba, por decirlo así, retirada en sí misma: Él era débil y de avanzada edad, bondadoso y clemente, pobre y oscuro, tranquilo y dócil, y no obstante, fortaleza inexpugnable, á cuyo abrigo el honor de María y la vida de Jesús se hallaban á cubierto. Si su vida privada se parecía á la de Dios, lo mismo podía decirse de su tranquilidad. Se hallaba de tal manera templada por la misericordia su justicia, como la de Dios, que casi perdía su caracter de justicia para revestir el exterior de la indulgencia. Su santidad había sido una de las ideas eternas de Dios, una de las que Dios había alimentado con mayor complacencia y conservado más intimamente. Él comunicaba con Dios durante las horas de su sueño, como si éste sólo hubiese sido el reposo místico de la contemplación. Hoy día aún se mantiene apartado en la Iglesia á la sombra del Antiguo Testamento, como si la ley antigua fuese más bien privilegio del Padre, y por consiguiente, el lugar que mejor le conviene.

José se acerca de nuevo á Jesús para adorarle antes de mandarle: llénase silenciosamente su alma de amor, y gustoso vería quebrantarse y extinguirse su vida en el suelo de la gruta á los pies del Niño, como lo hizo más tarde sobre sus rodillas. Pero aun no era tiempo, y el Niño le santificó de nuevo, revistiéndole de una fuerza llena de calma y de dulzura rebosando fuerza, y elevóle á la más alta esfera de santidad é inefable gracia, para que pudiese representar dignamente á su Dios.

* * *

Por muy benigno y humilde, por puro y amoroso que fuese San José, no nos es posible pensar en Él sin profesarle profundo respeto, á causa de la sombra de identidad con el Padre Eterno que le pertenece y oculta á nuestras miradas, aun cuando lo presenta á nuestra fe.

REV. P. FEDERICO G. FABER

ba, acurrucada en un rincón, como si no quisiese hacer á nadie partícipe de sus penas.

Y como el Sr. Pepe fué de los que se apercibieron del caso, sintióse de súbito enternecido y, dirigiéndose á ella, la dijo con voz entrecortada por la emoción:

—Señora, no llore usted. Me llevo el Santo, pero puede usted pasarse por mi casa siempre que guste y rezarle si quiere sus oraciones.

A lo cual la viuda, enternecida á su vez, replicó estrechándole la mano:

— ¡ Gracias, D. Pepe! —

Y desde aquel día, como si la posesión de la imagen le diese derecho al tratamiento que hasta entonces se le había negado, fué el Sr. Pepe fué conocido por D. Pepe, ganando con ello mucho mayor prestigio su personalidad.

Con lo cual creció el número de sus clientes y disminuyó en proporción el de los de la viuda, que regentaba como Dios le daba á entender su establecimiento.

* * *

Todo lo borra la muerte. El Sr. Pepe, ó D. Pepe, que al dejar de existir su rival había casi experimentado un sentimiento de júbilo, llegó á la larga á olvidar toda suerte de odios y rencores, hasta el punto de acojer con sonrisa benévola y cariñosa á la infortunada D.ª Gertrudis, la cual, aceptando su ofrecimiento, entraba de tarde en cuando á la tienda para contemplar la imagen.



Cierto día llegó la pobre jadeante y descompuesta. Encontrábase en un apurado trance y quería rogar á San José que la sacara de él.

Y San José escuchó su ruego.

Tratábase de un conflicto originado por las pretensiones de sus dependientes, los cuales, aprovechando la ocasión de tener que entregar el mismo día ciertos trabajos, se negaron á concluirlos si D.ª Gertrudis no accedía á pretensiones y exigencias que no les podía conceder, so pena de echar á perder el negocio.

Enterado del caso D. Pepe y sintiendo sublevada por tamaña injusticia su conciencia de hombre honrado, tuvo un rasgo de magnanimidad.

— No se amedrente V., señora—dijo á la viuda,—que aquí estoy yo para sacarla en bien del apuro.

Y se puso con sus dependientes á la disposición de doña Gertrudis.

La cual, de aquel día en adelante, sintió crecer la amistad que había sabido inspirarle D. Pepe desde que se hallaba en posesión de la bendita imagen. Hasta llegó á considerar al rival de su difunto marido como una especie de aliado con el cual podía contar en trances apurados como el de marras.

Y, naturalmente, con aquel aumento de amistad, menudearon sus visitas á la tienda de D. Pepe, llegando hasta el punto de que la gente sospechase que no obedecían solo á su devoción por el Santo.

Ni á ella ni á D. Pepe les dejaron las malas lenguas hueso sano.

Por eso la pobre señora tomó el partido de renunciar al goce que le proporcionaba la contemplación de la imagen.

* * *

Pero sucedió que, al cesar sus visitas, apoderose de D. Pepe una profunda tristeza. ¡Se había hecho tanto á ellas!...

No sabiendo acostumbrarse á aquel aparente rompimiento de relaciones, empezó á aprovechar los más fútiles pretextos para llegarse al establecimiento de la viuda y echar con ella un parrafito sobre los resultados de la maledicencia.

Y como, sin apercebirse de ello siquiera, fué aumentando de día en día el número de sus visitas, resultó peor el remedio que la enfermedad.

— ¡ Si D. José volviese del otro mundo! — decían las comadres.

Y hasta hubo algunas que se creyeron en el deber de retirar su amistad á la viuda.

— Eso no puede seguir así — exclamó por último don Pepe, lleno de justa indignación.

Y fué y emprendió á D.ª Gertrudis en los siguientes términos:

— Señora: ¿le gustaría á usted poseer de nuevo la imagen del Santo?

La viuda respondió afirmativamente.

— Pues se la cedo á V. con una condición.

— ¿ Cuál?

— La de que se quede V. con ella... y con el encargado de guardarla.

— ... Lo pensaré.

Y como considerase la viuda que aquel era el único medio capaz de hacer que enmudecieran las lenguas, de devolver á su establecimiento su perdido explendor y de proporcionarla el cariño que echaba de menos, á los ocho días resolvió el asunto á satisfacción de ambas partes.

Y al año de la muerte de D. José, su antiguo rival le substituía en todos conceptos: en el de guardador del Santo, en el de dueño de la mejor carpintería del pueblo y en el de esposo de D.ª Gertrudis.

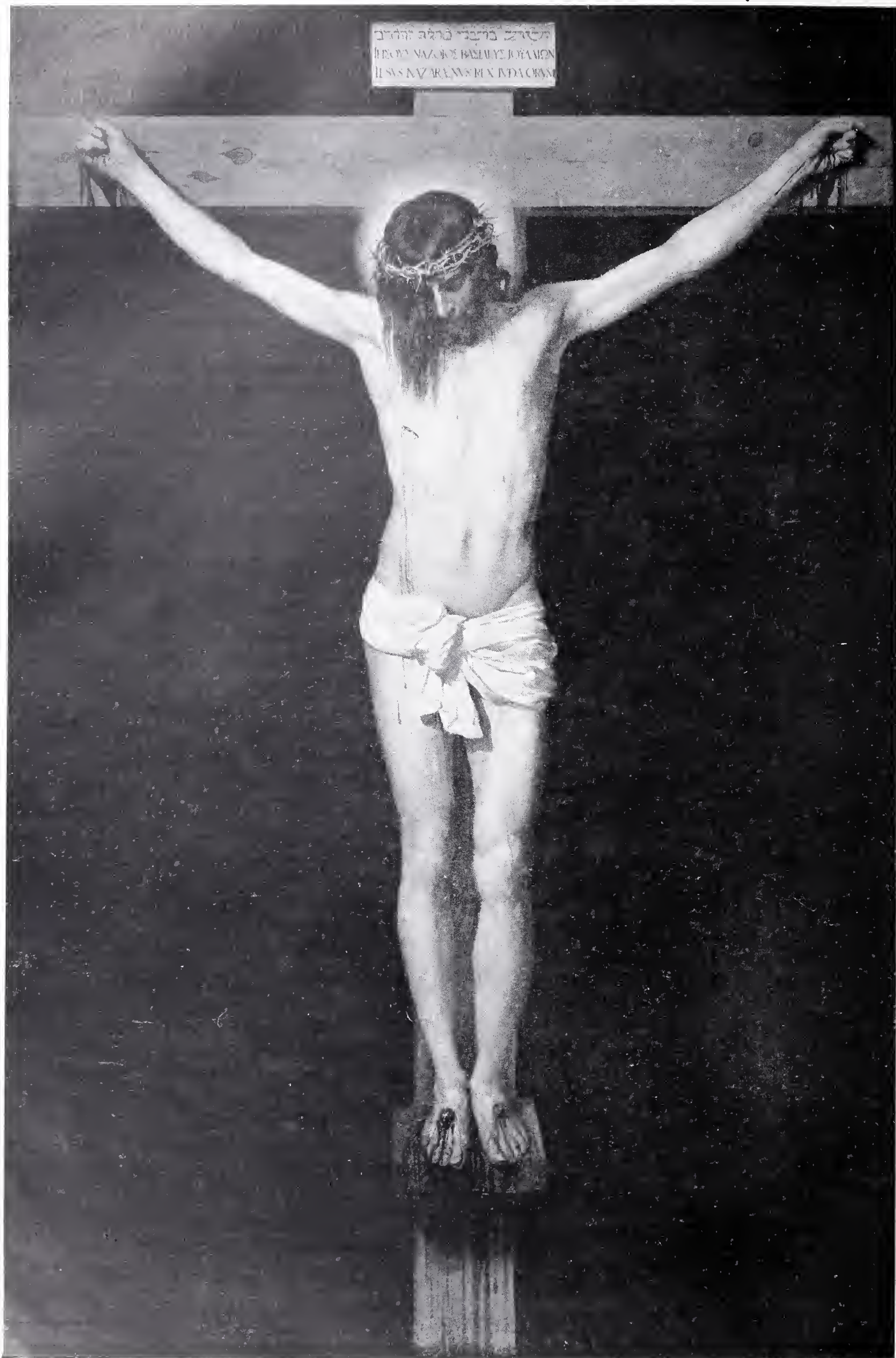
Para hacer más completa esa substitución, hasta la gente la dió en llamarle D. José.

Desde entonces, cuando alguno, viendo la felicidad con que transcurrían para él los años, le recordaba su antigua rivalidad y los disgustos que le proporcionara, solía exclamar:

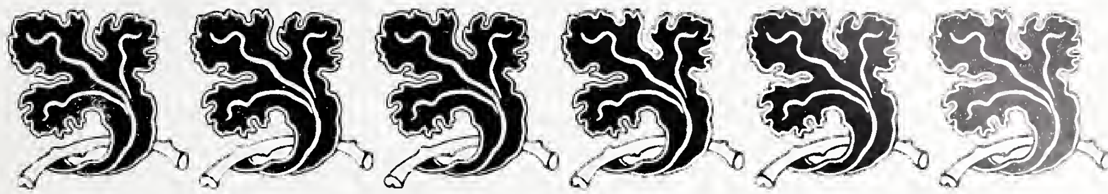
— Nunca es tarde cuando llega. Y yo siempre tuve la esperanza de que llegaría para mi la época de la fortuna y de que San José haría el milagro.

Y echaba á la imagen una mirada de agradecimiento.

J. Morató



EL CRISTO DE VELAZQUEZ



EL JUEVES SANTO

Mi Dios, Dios de mis padres, mi alegría,
¡Ay! ¿qué te ofreceré, dulce amor mío?
Siempre estaré clamando noche y día
Cuan grande es el Señor, en quien confío!

Aparici GUIJARRO

La Iglesia latina llama al Jueves santo Feria quinta *in coena Domini* por conmemorar en este día la obra mas estupenda de nuestra Santa Religión, el admirable y divinísimo milagro del Cenáculo.

La Iglesia griega le denomina por antónomasia *el día de los misterios.*

En este día obró Dios en favor del hombre el más grande prodigio de su poder, de su sabiduría y de su amor infalible.

En este día celebró Cristo con sus apóstoles la última cena legal y en ella instituyó la Eucaristía.

En efecto, Jesús, que *había amado* á los suyos, los amó hasta el fin como dice San Juan y para quedarse con ellos, para unirse con ellos estrechamente, para hacer de los hombres una misma cosa con Dios y transformar la tierra en cielo, tomó un poco de pan, y bendiciéndolo dijo: *Este es mi Cuerpo;* y hechando un poco de vino en misteriosa copa, la bendijo también, pronunciando estas palabras: *Este es el Cáliz de mi Sangre.*

Desde aquel instante, en aquel pan no quedó substancia de pan, pues se convirtió en el Cuerpo de Cristo, ni en aquel Cáliz quedó substancia de vino, pues se convirtió en su Sangre.

Es desde entonces Jesucristo, Dios y hombre verdadero, el que se pone en lugar de la sustancia del pan y del vino.

En Nazareth el Verbo se hace hombre en el seno purísimo de María.

En el misterio eucarístico, el Divino hijo de María, uniéndose á cada cristiano, prolonga, dice S. Agustín, el Misterio de la Encarnación en todos y cada uno de los cristianos.

A la manera que de dos gotas de cera derritidas, si llegan á juntarse, se hace una sola, así de Cristo y del cristiano, que dignamente comulga, se hace una sola cosa, como dice S. Cirilo de Alejandría.

Y una voz del cielo decía á San Agustín, (según él nos refiere en el admirable libro de sus Confesiones) que el Cristiano, al comulgar, no convierte á Cristo en sí, sino que es convertido en Cristo.

La infernal serpiente, para seducir á Eva, la dió á entender que comiendo ella y Adan del fruto del árbol prohibido, *serían como dioses.* Comieron, por desgracia contra la orden de Dios, y cayeron en la degradación y en la miseria.

¡No estaba Dios obligado á dar al hombre lo que le habia prometido falsamente el espíritu tentador! pero Dios, por su infinita bondad, no solo ha realizado aquella promesa, sino que la realidad de lo que Dios ha hecho, ha superado á ella.

Esto lo realizó Dios en el Cenáculo al instituir la Sagrada Eucaristía.

Cuando el salmista celebra en sus inspirados cánticos al *Dios de los Dioses,* no solo canta la gloria del único Dios verdadero, que ha triunfado de todos los falsos dioses, sino que anuncia que un día los cristianos, haciéndose como Dioses por la digna participación de la Eucaristía, formaran la corona de ese Dios, que, abatiéndose hasta unirse con el hombre, ensalza á este y le levanta hasta hacerle como Dios. ¡Concepción sublime que solo podía surgir en la mente de un Dios! ¡Prodigio de fuerza y de amor, de que solo Dios era capaz!!!

B. Grases y Hernandez



FELIPE VIGARNI EL CALVARIO. ALTO RELIEVE DE LA CATEDRAL DE BURGOS

LA PASIÓN

Si hubiésemos estado en Jerusalén el Viernes y el Sábado, donde quiera hubiéramos hallado objetos, ó más bien, la multiplicada presencia de un objeto que habría excitado nuestra veneración. El empedrado de las calles, el uniforme de las legiones romanas, el suelo del cuerpo de guardia, los escalones del Tribunal de Pilatos, la columna de los azotes, la subida del Calvario, el madero de la Cruz, las sandalias y los zapatos de la muchedumbre, las vestiduras, las cuerdas, los instrumentos, los azotes y una multitud de otros objetos, fueron también saturados de la Preciosa Sangre. Y donde quiera los adoraban los ángeles. Si entonces hubiésemos estado nosotros con ellos, dotados de la santa sabiduría que nos da nuestra actual fe, habríamos debido adorarlos también. Pero ¡qué cuadro nos ofrecen del mundo estos recuerdos! ¡De qué manera tan misteriosa tomó lugar el Criador en su creación! ¡Qué conocimiento de Dios podemos tener aquí! ¡Qué idea del pecado! ¡Qué revelación de la magnificencia de nuestra redención! La sangre de Dios, la sangre humana del Sér increado, la sangre que Aquel que no tuvo principio sacó de las venas de una Virgen judía, esta sangre es despreciada, y ella misma, esa Virgen, la Reina ignorada de la Creación, permanece en la misma ciudad, oculta en las profundidades de un dolor inconmensurable. Millones de ángeles se prosternan y adoran en toda la superficie de la tierra, como si en ella, más bien que en las alturas del espacio, se encontrase el cielo, y en hecho de verdad no se engañaban. Y no obstante, los hombres, esa parte especial de la Creación, considerada muy particularmente por la Preciosa Sangre, recorrian las calles, hollaban con su planta las señales rojizas, aquellos adorables objetos, sin cuidarse lo más mínimo de ellos; los ángeles se encontraban bajo sus sandalias, y ellos no lo sabian, y caminaban por entre un laberinto de misterios que por todas partes les rodeaban y cuya súbita revelación les hubiese aterrado y herido de muerte; y, sin embargo, permanecían en la más indiferente ignorancia. Es difícil que nuestra imaginación pueda formarse una idea de semejante estado de cosas y que se acostumbre á él nuestro ánimo; y no obstante, esto no es otra cosa que la imágen de nuestra conducta diaria respecto de la presencia invisible de Dios entre nosotros. Dios está dentro y fuera de nosotros, sobre nosotros, debajo de nosotros, en rededor de nosotros. Donde quiera que sentemos la planta, aunque fuese para cometer un acto malo, allí se encuentra Dios. Si extendemos la mano, está en ella Dios; encuéntrase en el aire que atraviesa nuestra mano, y si ésta toca alguna cosa, también Dios se encuentra en ella. Está de tres diferentes maneras: por esencia, por presencia y por potencia; y de cada una de estas tres maneras existe más realmente que la dureza en la roca, la humedad en el agua ó la solidez en la tierra. No obstante, nosotros seguimos nuestro camino segun nuestros caprichos: cantamos, nos dejamos llevar de la vanidad, cometemos mil locuras, y esto no sólo en el templo consagrado, sino en el seno del Dios vivo. Este misterio se nos puso de manifiesto, por la más prodigiosa de las revelaciones, en la Preciosa Sangre, cuando fué derramada por las calles de Jerusalén...

EL SUDOR DE SANGRE

Veamos ahora qué hacía entre tanto el alma del Salvador. Atrajo hacia sí los pecados todos, tan numerosos, tan variados y enormes, de los hombres, y cubrió su hermosísima santidad con esta repugnante vestidura que abrasa como un veneno, parecido á las más ardientes llamas. Así cubierta, tiembla, presa del más terrible de los estremecimientos humanos. Su vida sólo por fuerza milagrosa se conserva, porque nunca hubo sobre la tierra pesadumbre tan mortal, tristeza tan penetrante, sequedad tan completa de las fuentes de la vida, languidez tan cruel, abatimiento tan excesivo como los suyos. Entonces aquella alma poderosa levanta las manos, como si una fuerza mayor que la de Sanson intentase que descendiesen los cielos; atrae sobre sí la terrible tempestad de la Justicia eterna y de la abrumadora venganza de Dios. Y después póstrase aniquilada bajo este inmenso peso, triste vida humana, casi extinguida, que sólo debía el último aliento de vida que le quedaba á la vida divina, á la cual estaba unida. ¡Qué humanidad! ¡Qué divinidad! ¿Quién podrá elevarse á la altura de misterio tan terrible? ¡Oh, Jesús, cuan espantosa se ha vuelto esa soledad, todavía más profunda con la presencia de ese ángel tembloroso que vuestros lamentos han hecho descender de los cielos! El sagrado corazón no puede resistir más; despréndese de él su

vida colorada, como se sale de un lagar el vino que lo contiene, y una en pos de otra, de manera sobrenatural, rezuman lentamente las gotas de sangre por entre los ardientes poros de la divina piel. Detiénense en su frente, y ruedan después por todo su rostro; enredan su cabellera, cubren sus ojos, y llenan su boca de manera muy distinta de como la llenaba el cáliz de su sangre tres horas antes. La sangre mancha su barba, empapa sus manos, y corre por todos sus miembros como un sudor general; salpica sus vestiduras, enrojece las raíces de los olivos, y cubre el blanco polvo de rojizas manchas. Verdaderamente, si hubo en la tierra algun padecimiento hermoso — ¡ y cuan pocos hay en el mundo que no lo hayan sido ! —fué aquel, sin duda alguna, que contempló la luna de Pascua aquella noche á la sombra de los olivos de Getsemaní.

EL CAMINO DE LA CRUZ

El camino de la cruz fué otra grande efusión de sangre; este singular misterio de la pasión, en el cual el corazón de María y el del Hijo, hasta entonces exteriormente separados, se unen en una sola corriente y siguen juntos hasta el fin. Las dos víctimas de la flagelación, el cuerpo del Hijo y el alma de la Madre, avanzan por las calles; el Rey y la Reina llevan ambos sus coronas de espinas; el Rey lleva la suya sobre su cabeza, mientras la Reina la lleva sobre su corazón, porque la majestad de María está en su corazón.

LA CORONA DE ESPINAS

El cuarto derramamiento de sangre fué causado por la corona de espinas; lo que desagradaba á sus corazones era la tierna soberanía del Hombre-Dios; no podían soportar que se llamase Rey. Ellos hubieran querido convertir en burla su majestad, pero sentíanla y temíanla siempre. Si no hubiese sido Rey hasta aquel día, no se hubiera hecho entonces, por el carácter verdaderamente Real de la dulzura que había demostrado en medio de las ignominias de la noche anterior y de los ultrajes de aquella madrugada. Sólo hay una figura de Rey que pueda parecer tan verdadera en estado tan desfigurado; pero su dulzura agriaba á sus verdugos y rebajábales en su propio aprecio, y la mansedumbre de su silencio era para ellos una reconvención. Había en sus padecimientos alguna cosa tan adorable, que su vulgar fanfarronada se sentía aplastada. Humillábales su mirada; ¡ era tan hermoso! Así, pues, en la ceguedad de su malicia, hicieron un misterio divino; le coronaron por Rey. Aun cuando el Dios Eterno no debía ser de utilidad alguna á la soldadesca romana, les serviría, por lo menos, para distraer el fastidio de un cuerpo de guardia asirio; los criminales judíos les dan harto que hacer, y necesitan disfrutar de algunos ratos de solaz. El sol y la lluvia habían caído alternativamente sobre las verdes zarzas que la tierra, sin saberlo, había hecho crecer para su Criador, y habíanse entrelazado éstas sobre el césped, brotando de ellas robustas ramas. Hallábanse erizadas de agudas puntas, que, al principio flexibles, habíanse endurecido al calor de los rayos del sol de otoño, convirtiéndose en largas y duras espinas. Quizá la abeja se había posado sobre su flor para extraer su delicioso jugo; tal vez la mariposa había acudido allí atraída por su aromático perfume, ó el pájaro se había llevado con el pico sus doradas bayas. Pero ¿quien hubiera podido nunca imaginar que hubiesen de ser aún teñidas de la sangre de su



Criador? Los soldados han cubierto sus callosas manos con sus manoplas de cuero, y forjan una corona con aquellas duras y rebeldes espinas. ¡Qué importa si no se ajusta exactamente á la cabeza de su César teatral! Pronto se dá por terminada la tosca obra, entre las burlas, sarcasmos y blasfemias paganas, y después levántanse y se acercan á su Rey. ¡Oh, no de la misma manera qúe hoy nos acercamos nosotros al Santísimo Sacramento ó que se acercan los ángeles al trono del Eterno! Jesús está sentado en un banco; apenas nos atrevemos á mirarle, tan divino está en su abyección. ¡Como impele el amor á nuestros corazones á adorarle, y les alienta á amarle el respeto de la veneración! ¡Con cuanta paciencia espera, cubierto de sangre, deshonrado, pálido, decaido, y no obstante, tan agraciado, atractivo y hermoso! Acércanse al Eterno exhalando olor á pecado, con indiferencia que rebosa fanfarronería. Llénase silenciosamente el cuerpo de guardia del esplendor de su divinidad; ¿no la ven acaso? No. Sin temor, y con voz altiva é imperiosa, ponen las manos sobre su larga cabellera; si las retuviesen allí sólo por un momento, podrían sentir en su cabeza los latidos de aquella bendita vida. Ellos juran por sus dioses y se entregan á groseras burlas en su lengua romana, como si se encontrasen en presencia de un extranjero; pero al fijarse en el aspecto de aquel judío, advierten que sabe el latín; una nueva distracción. Clavan la corona en su cabeza con brutal violencia, pero no encaja en ella por no ser redonda, y á la fuerza hacen penetrar sus puntas en su piel, y brota sangre negra lentamente y con agudísimos dolores. Los judíos alientan á los romanos en su bárbara tarea, y uno de ellos, entre ardorosos aplausos, coge una pesada caña, y de un golpe hace penetrar la corona en la cabeza del Salvador; penetran agudas espinas por la piel de la frente, y salen sus puntas sobre los ojos; otras atraviesan las orejas; otras penetran por lo largo de los nervios del cuello; otras húndense en el cráneo, y queman como aguijones de fuego. Jesús tiembla de pies á cabeza en insoportable suplicio. Un velo de dolor cubre sus hermosos ojos; vuélvense lívidos sus labios con el exceso del tormento; pero el semblante de un niño dormido no es más dulce que el suyo, ni su corazón está más tranquilo, y coronado nos parece hoy más hermoso. ¡Oh Preciosa Sangre! ¡oh amante de la soberanía de Dios! durante mucho tiempo tuviste sed de tu majestad. Pero ¡cuan extrañas, cuan pasmosas ceremonias habias preparado para tu coronación!

LA CRUCIFIXION

Ya han despojado á Jesús de sus vestiduras, y el rubor que le causa este estado ha hecho estremecer su naturaleza humana sobre toda ponderación. En cuanto á María, esta infamia era en sí misma un tormento, mientras que la vista sin velo del corazón de su Hijo causábale un horror y un tormento que no podrían expresarse con palabras. Los sayones han tendido á Jesús sobre la cruz, lecho más duro que la cuna de Belen donde primero fué colocado, y entrégase en sus manos con tanta humildad como un niño fatigado á quien su madre prepara cariñosamente el lecho. Parece (y realmente era así) que hacía su propia voluntad más bien que la de sus verdugos. Hermoso, aunque desfigurado, venerable en medio de su ignominia, extiéndese el Dios Eterno sobre la cruz, con los ojos dulcemente fijos en el cielo. Nunca le pareció á María más digno de adoración, más evidentemente Dios, que cuando le vió así tendido y acostado, víctima impotente, pero voluntaria, y adoróle con la más profunda veneración. Despues extienden los sayones su brazo y mano derecha sobre la cruz, y atraviesan con tosco clavo aquella mano dispensadora de gracias para el mundo, y el primer martillazo resuena sordamente en medio del silencio. El estremecimiento que le causa lo excesivo del dolor extiéndese por todos sus miembros, pero sin alterar la dulce expresión de la mirada. Pronto se suceden unos á otros los golpes que un débil eco repite: la Magdalena y Juan se tapan los oídos, porque para ellos es insoportable aquel ruido; es más doloroso que si los martillazos se descargasen sobre sus corazones. María todo lo oye; el martillo cae sobre la vida de su corazón, porque hace mucho tiempo que el amor ha muerto en ella, y sólo vive en Jesús. Ella dirige sus ojos al cielo; no puede hablar, ¿qué podrían expresar las palabras? Sólo el Padre comprendía la ofrenda de su corazón, tantas veces despedazado; respecto de María, los martillazos descargados sobre los clavos sólo constutuyen un acto; cada golpe de martillo causábale un martirio particular, como la mano del músico, que una en pos de otra, oprime las llaves de su instrumento.

Quedó clavada en la cruz la mano derecha, pero la izquierda no llega á su lugar; han medido mal la distancia del agujero que han abierto para que pudiese penetrar el clavo, ó acaso la agonía ha contraido el cuerpo de Jesús. Terrible fué la escena que se siguió, como los santos nos la describen en sus revelaciones. Los verdugos tiraron con todas sus fuerzas del brazo izquierdo pero no lo alargaron bastante; en su vista, apoyan sus rodillas sobre las costillas de Jesús, hácenlas crujir con tan violenta presión, sin romperlas, y dislocando su brazo, consiguen que llegue la mano á su lugar; sólo un ligero suspiro exhaló el pecho de nuestro Salvador, sin que sufriese la menor alteración la dulce expresión de sus ojos. Pero ¿quien podría imaginarse el horror que este espectáculo causaría á

María? ¡Oh! ¡había allí mayor suma de dolor para ella que el sufrido por todos los santos que han sido canonizados! De nuevo empieza el sordo martilleo, que cambia de sonido según se descargan los golpes sobre la carne, los músculos y sobre la dura madera, en la que el clavo se abre cruel paso. Los verdugos tiran también violentamente de las piernas de Jesús; cruzan uno sobre otro sus pies, aquellos pies tan frecuentemente heridos y cansados de caminar en busca de almas, y el clavo penetra lentamente, atravesando la sólida masa de los temblorosos músculos, y haciendo sufrir á Jesús inaudita agonía por la falta de fijeza del pie en esta posición. Inútil sería hablar de la Madre, vano el compadecerla; nuestra compasión no podría de manera alguna compararse con lo extraordinariamente terrible de la agonía de María. Pero Dios sostuvo á su criatura, y continuó viviendo.



Ahora levantan la cruz, y á Jesús tendido sobre ella, sin que desaparezca la dulce expresión de sus ojos. El instrumento del suplicio es llevado cerca de un agujero abierto en el suelo para clavarlo en él, y una vez allí, levántanlo con el auxilio de cuerdas atadas á él y le colocan en una posición perpendicular; en este estado van tirando hasta arrastrar el pie del madero junto al hoyo hasta hundirle en él á plomo y de un violento golpe que descoyunta todos los huesos de la víctima y casi desprende de la cruz su cuerpo con los clavos que le sujetan á ella. Algunos santos dados á la contemplación mencionan también una cuerda atada por la cintura del Redentor para impedir que su cuerpo se desprendiese de la cruz, tan cruelmente apretada, que penetró en sus carnes. De esta manera un horror sobrepuja á otro, minando, como los fuegos subterráneos que hacen temblar la tierra, en las profundidades del dolorido corazón de la santa Madre todas las facultades sobrenaturales del sufrimiento. No comparemos el dolor de María con ningún otro dolor; es cosa enteramente distinta; podemos contemplarla, llorar en su presencia amorosamente con un amor dolorido, pero no nos atrevemos á discurrir sobre su estado. ¡Oh aflijida Madre, bendita sea la Santísima Trinidad por los milagros de gracia que obró en vos en aquella hora terrible!

La tierra tiembla hasta sus cimientos; los seres inanimados estremécense como si tuviesen inteligencia. En los contornos se hunden las rocas, ábrense los precipicios á lo largo de las más lejanas costas del Mediterráneo, y el velo místico del templo rásgase por medio, á causa del sacudimiento de la tierra, como por mano de hombre. Según se lee en una revelación, levantáronse en aquel momento de los ámbitos del templo los tristes y prolongados sonidos de las trompetas que anunciaban la ofrenda del sacrificio del mediodía, y no sospechaban los que las tocaban que aquel día resonaba su eco en el cielo. Todo un mundo impuro debía cubrirse con las vestiduras de la Justicia y hermosura del Hijo de María; los pecadores debían apropiarse sus virtudes, merecer con sus méritos, satisfacer con sus satisfacciones, y apagar la sed á sus anchuras en la fuente de su Preciosa Sangre. Así como Jacob fué bendecido en las vestiduras de Esaú, así tambien debía ser bendecido todo el género hnmano en las de su Hermano primogénito.

MUERTE DEL SALVADOR

María no levantaba los ojos; pero sabía que los de Jesús se hallaban fijos en ella. ¿Por qué extraña fuerza los ojos de los moribundos atraen hacia sí las miradas, fijas en otra parte, para que el amor pueda ver los últimos momentos del objeto amado? Los ojos de Jesús fijábanse en el mismo objeto que le atrajo al nacer, cuando se encontró tendido en el suelo sobre un pliegue del vestido de María, mientras ésta oraba de rodillas, y el Niño levantaba sus manecitas sonriendo para que le tomase en sus brazos y le estrechase contra su pecho. De distinta manera habíanse levantado entonces los brazos de Jesús: para convidarnos á subir y echarnos en ellos como hijos cariñosos, para que viésemos cómo son los abrazos del amor de un Salvador. María conoció que Jesús la miraba, y levantó la cabeza para contemplar su rostro; nunca semejantes miradas expresaron tan inefable amor. El Padre sostenía á María en sus brazos, temeroso de que sucumbiése bajo el peso de tanto amor, y el retumbante grito lanzado en la cima de la colina sumergió á María como un rayo, sepultándose en la tierra; y soplando el viento, disipó el manto de tinieblas, el sol sacudió la sombra de la luna, los tejados de la ciudad brillaron con esplendente blancura, y los pajarillos empezaron á cantar, aunque como si estuviesen á medias tranquilos. Y al pie de la Cruz hallábase María, madre sin hijo. Había transcurrido la tercera hora.

Rev. P. Federico G. Faber



PEDRO PABLO RUBENS DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ



El Castillo de Burgos

En 1496 vinieron los Reyes Católicos á Burgos, y en el Castillo hubo justas, corridas de toros y otros festejos, repetidos al año siguiente por la boda de su primogénito el príncipe Don Juan de Castilla con la infanta Doña Margarita de Austria, hija de Maximiliano, emperador de Alemania, que se efectuó el 19 de marzo (Domingo de Ramos), velándose el 2 de abril en la real capilla del Castillo, colgada de muchos y ricos paños de raso y terciopelo, en presencia de los principales magnates de la corte y de los regidores de la ciudad, que acudieron vestidos de *rozagantes ropones de terciopelo negro y cetros en las manos, con las cruces de las collaciones,* y seguidos de pajes y músicos con *trompetas, chirimías* y *sacabuches.*

Por la tarde se desplegó igual boato en el torneo celebrado en honor de la futura reina, que vestía soberbio brial de brocado *chapado con mucho aljofar grueso é perlas é hilo de oro, una muy rica cadena al cuello é un tabardo de carmesí blanco ahorrado en damasco.* Su séquito lo formaban, según viejas crónicas, gran número de damas ataviadas con finísimas *olandas* y sedas de diversos colores y profusión de bordados al modo recargado de la época, que obligó á publicar leyes suntuarias contra tal lujo y despilfarro; y el del infante Don Juan, que montaba brioso corcel blanco, lo constituían multitud de caballeros con ricos trajes y armaduras.

En la plaza de armas de la fortaleza tuvo lugar el brillantísimo torneo, cuyo triste remate fué la desgracia ocurrida á Don Alonso de Cárdenas, uno de los jóvenes más apuestos y bizarros de la corte que, despedido por el caballo en una de las evoluciones, sucumbió á los cuatro días á consecuencia de la tremenda conmoción. Poco después, el 4 de octubre del mismo año, falleció el heredero del trono castellano, nublando la alegría de su joven esposa y de sus padres, á cuyo duelo se asociaron sinceramente los vasallos que veían desaparecer sus más risueñas esperanzas.

No obstante conservar los reyes el dominio de la fortaleza y habitarla algunas veces, pusieron en ella tenientes de alcaide para que los representaran, concediéndoles algunos derechos y privilegios, pero exigiéndoles el juramento, común para todos los nobles á quienes agraciaban con alguna fortaleza, de ejercer lealmente la tenencia y custodia «en honor y servicio del monarca y sus sucesores,» recibiendo por inventario las *armas, vituallas, pertrechos, fornituras y municiones* que en ellas hubiera pertenecientes á la Corona.

Todos estos efectos debía tenerlos el castellano en perfecto estado de conservación y lo mismo las construcciones, aun las hechas por su cuenta; de lo con-

trario, se le obligaba á demolerlas, ya que no sabía ó no quería repararlas como exigían las necesidades públicas y la defensa del territorio.

Tenían que residir en aquéllas, ó por lo menos sus tenientes, dándose gran importancia á su guarnición, siempre escogida y bien atendida, como ya se ha hecho notar en el reinado de Enrique III. El feudo era por cierto tiempo, ó por toda la vida, á veces, cuando se trataba de premiar servicios extraordinarios, con facultad de transmitirlo á sus sucesores; mas como esto daba lugar á graves inconvenientes, dispuso Fernando V por una real cédula, expedida en Madrid á 26 de abril de 1483, que para ocupar el puesto de alcaide de *Castillo* ó *Fortaleza* se hubieran de tener por lo menos diez y siete años. Posteriormente se introdujeron algunas variaciones en el servicio, atribuciones y deberes de los mencionados funcionarios, más en armonía con los adelantos de los tiempos, pero conservando todas sus grandes prerrogativas, y por lo tanto no cesaron los abusos y disgustos de que hemos hecho mérito.

El alcaide del Castillo de Burgos era uno de los que mayores honores disfrutaban, y la ciudad promovió repetidas quejas ante el trono, obteniendo reparación y justicia, según se desprende de una ejecutoria litigada en contradictorio juicio entre el concejo y Andrés de Rivera por excederse en los derechos de *Castillería,* que le fueron cercenados, y no conformándose Rivera apeló á los reyes y éstos sancionaron lo propuesto por los del Consejo de SS. AA.

A la muerte de la Reina Católica, el ambicioso Felipe de Austria, bajo el pretexto de que la inteligencia de su esposa estaba obscurecida por las sombras de la locura, se apoderó del gobierno, distribuyendo á manos llenas dádivas y mercedes á sus amigos y parciales, tocándole la alcaidía perpétua del Castillo de Burgos á su privado Don Juan Manuel, señor de Belmonte y caballero del Toisón.

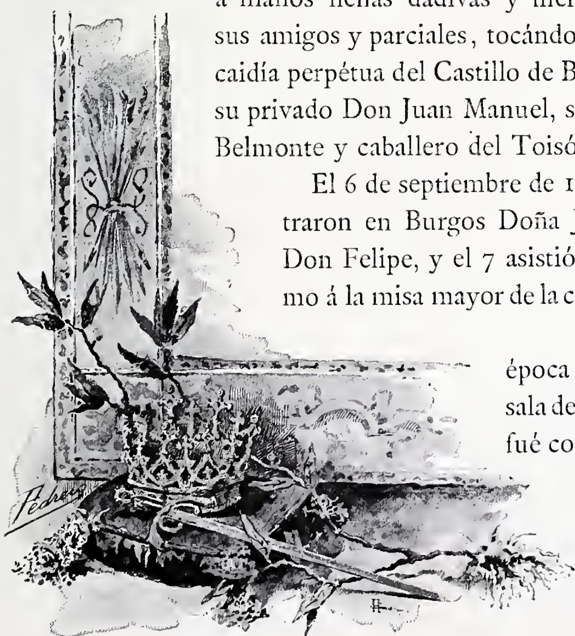
El 6 de septiembre de 1506 entraron en Burgos Doña Juana y Don Felipe, y el 7 asistió el último á la misa mayor de la catedral, en la cual tomó posesión de la prebenda de canónigo con arreglo á un antiguo derecho de la Corona. Queriendo demostrar Don Juan Manuel su agradecimiento, aprovechó la venida de su señor para invitarle á un soberbio banquete celebrado en el Castillo, al que subió Felipe *el Hermoso,* acompañado de Doña Juana, que iba montada en una mula con albarda de terciopelo verde y *repostero* de brocado rojo, al lado de la cual marchaban dos nobles puestas las manos en la brida de la real cabalgadura, lo que se tenía á gran honor. Terminada la comida, en la cual se había excedido bastante Don Felipe, estuvo un rato jugando á la pelota, montó á caballo, é hizo otros ejercicios igualmente violentos, y sofocado y sudoroso apuró ávidamente un vaso de agua helada, sobreviniéndole aguda enfermedad que le condujo al sepulcro en breves días (25 de septiembre), consumido por una fiebre maligna, que eran entonces epidémicas en Castilla, á pesar de los cuidados y frenético desvarío con que la desolada reina de Castilla quiso defender de la muerte aquel cuerpo tan idolatrado.

Con el último suspiro de Felipe *el Hermoso* se acrecentaron las sombras en la inteligencia de Doña Juana que, nacida para gustar las dichas de la realeza, sólo experimentó sufrimientos y sinsabores en toda su quebrantada existencia.

A los pocos años de casada Doña Juana estuvo (7 diciembre de 1501) en el castillo de Blois, suntuosa mansión real francesa, acompañada de su marido, que, acostumbrado á la severa etiqueta austriaca, se desvaneció ante los esplendores llenos de encantadora seducción en que era ya maestra la corte francesa, y á presencia de su esposa, cuya educación y carácter tan en oposición estaban con aquellas costumbres frívolas y desenvueltas, galanteó á cuantas hermosuras le asediaban por todas partes. En aquel castillo experimentó el primer desengaño el enamorado corazón de Juana de Castilla; el de Burgos, engalanado para recibir á su esposo en el apogeo de su grandeza, fué causa del eterno desfallecimiento de su espíritu.

Embalsamado el cadáver, mandó la reina vestirle con ostentoso traje de brocado y armiños, calzarle borceguíes flamencos cubiertos de pedrería, ponerle en el pecho una hermosa cruz de diamantes que en época más feliz le regalara, y después de estar expuesto tres días en una sala del palacio del condestable para que el pueblo pudiera contemplarle, fué conducido el 29 de septiembre á la catedral, donde iban á celebrarse solemnes funerales.

Por las estrechas y tortuosas calles de la vetusta ciudad castellana vióse desfilar el fúnebre convoy rodeado del clero, que iba entonando graves salmodias, y seguido de brillante cortejo de





caballeros, regidores de la villa, pajes y escuderos de vistosos trajes, relucientes armas y bordadas dalmáticas, que formaban severo contraste con los humildes sayales de los religiosos. Cuadro triste, sombrío, de tintes melancólicos, á lo que contribuía un cielo aplomado que, por entre rotos jirones, mostraba los postreros rayos de un pálido sol de otoño.

Asegúrase que en el *Carnero* de los fundadores de la Cartuja burgalesa se guardan las entrañas de Felipe *el Hermoso,* pero no hay dato fidedigno que lo confirme y sólo se sabe que allí estuvo depositado su cadáver hasta que Doña Juana emprendió aquella lúgubre peregrinación, cuyo recuerdo ha llegado á la posteridad como el más acabado emblema de amor y celos, y que el pincel maravilloso de Pradilla ha fijado de modo inmortal en el lienzo.

El Castillo de Burgos continuó en poder de don Juan Manuel, sufriendo, así como la ciudad, la tiranía del orgulloso potentado y las amargas consecuencias que la temprana muerte del archiduque y la locura de la reina produjeron en toda España. Allí se celebraron en los primeros días de octubre largas conferencias entre el marqués de Villena, el duque de Béjar y otros grandes, á las que asistió Andrea del Burgo, embajador del Rey de Romanos, para transmitir á ésta la determinación que tomasen los congregados, la que consistió en pedirle que enviase al príncipe don Carlos á gobernar por sí el reino en defecto de su madre, apartada por completo de los siempre enojosos negocios del Estado.

Al propio tiempo, en la morada del cardenal de Toledo, se reunían los partidarios de la regencia de don Fernando, y unos y otros fomentaban un estado de alarma é intranquilidad tal, que únicamente se calmó con la presencia en Castilla del Rey Católico.

Su primera determinación fué ordenar que se entregasen todas las fortalezas, á lo que se negó la de Burgos, custodiada á nombre de don Juan Manuel por Francisco Tamayo, á pesar de que sobre ella venía el conde Pedro de Navarro con grandes fuerzas y artillería tomada de Medina del Campo; pero al fin la prudencia aconsejó ceder en vista de la enérgica decisión del regente, *ayudada de las razones* de Navarro.

Recuperada la fortaleza, la convirtió Fernando V, por su estratégica posición, en una gran maestranza donde se fabricaba y recogía artillería, municiones y otros pertrechos, llegando á tener, según se desprende de antiguos documentos, considerable importancia, que compartió con Medina del Campo, Barcelona, Málaga y otros puntos.

E. de Oliver Copons



POR ESOS TEATROS

Los conciertos Cuaresmales en el Liceo. — La orquesta Lamoureux en Novedades. — Racha de conciertos. — Invasión musical. — « La pecadora. », drama en tres actos de Guimerá.

El espacio de que disponemos nos hace imposible la tarea de dar cuenta detallada de todo cuanto por esos teatros ha sucedido desde nuestra última crónica.

Con solo la reseña, por sucinta que fuera, de cada uno de los conciertos que se han celebrado durante la temporada de Cuaresma, habría suficiente materia para llenar por completo las páginas de esta revista.

Los que se han dado en el Liceo con el concurso de notabilísimos maestros extranjeros, tales como Colonne, Kunwald y Panzner, han resultado brillantísimos, habiendo asistido á ellos lo más selecto de la buena sociedad barcelonesa.

El primero fué dirigido por el Mtro. Goula, que, por circunstancias especiales, tuvo que prepararlo y ensayarlo deprisa y corriendo, lo cual impidió que los inteligentes pudiesen saborear por completo todas las bellezas de algunas obras que figuraban en el programa, como la «Sinfonía en re» de Haydin. El *clou* de ese concierto lo constituyeron los números encomendados al eminente violinista y paisano nuestro Sr. Manen, que ejecutó con sin igual maestría el « Concierto en si menor » de Nojamann y la « Introducción, Adagio y Variaciones » de Palloffen.

Los tres conciertos sucesivos estuvieron á cargo del Mtro. Colonne, que demostró en ellos las brillantes cualidades que ya en distintas ocasiones le había reconocido nuestro público, el cual se deleitó una vez más escuchando las soberbias notas de los « Maestros cantores », la «Sinfonía Pastoral», el preludio de « El Diluvio», de Saint-Saëns y otras notables obras cuya interpretación, dirigida por el eminente músico, resultó verdaderamente magistral.

Sin embargo, la circunstancia de tener el Mtro. otros compromisos que cumplir fuera de Barcelona, le impidieron dedicar á los tres conciertos que dirigió la atención debida, lo cual no fué obstáculo á que nuestro público le prodigase sus aplausos, especialmente en el concierto de despedida.

En los conciertos que siguieron á los del Mtro. Colonne, tuvimos ocasión de apreciar las brillantes cualidades del Mtro. Kunwald, uno de los que se nos han presentado con personalidad más marcada entre los que hemos tenido ocasión de oir. El dominio que tiene de la orquesta es extraordinario, como lo demostró en la dirección de obras dificilísimas.

Además de las personalidades nombradas, desfilaron también por el Liceo el eminente pianista Rosenthal y el Mtro. Panzner, quien dirigió también brillantemente, tres conciertos.

Como dije al principio, los celebrados durante la temporada de Cuaresma han sido numerosísimos. Los ha habido en el Liceo, en Novedades, en el palacio de Bellas Artes, corriendo á cargo unos del « Orfeó Catalá », otros de la « Sociedad Filarmónica », éstos de un concertista eminente, aquellos de una entidad musical de universal nombradía.

Con todo, el acontecimiento que ha sobresalido entre todos los que han tenido lugar, ha sido la visita que nos ha hecho la orquesta Lamoureux, de París, dirigida por el Mtro. Chevillard. El entusiasmo que despertó tan soberbia orquesta entre los aficionados barceloneses, fué verdaderamente extraordinario.

Tres fueron los conciertos dados en Novedades por la orquesta Lamoureux, y en cada uno de ellos figuraban obras desconocidas de nuestro público, que las saboreó con singular deleite, debido, tanto como á las cualidades de cada una de ellas, á la soberbia ejecución que alcanzaron.

La acogida que dispensó el público á la orquesta, fué en el primer concierto reservada. Las 24 ó 25 pesetas que costaban butaca y entrada fueron sin duda la causa de que muchos dejaran de saborear á sus anchas los méritos de la orquesta y de su director.

A pesar de lo cual éste recibió en la noche del segundo una ovación ruidosísima. Tanto que, mientras el público aplaudía frenéticamente, pidiendo por cuarta ó quinta vez con indescriptible entusiasmo que se presentase á la escena, dijo dirigiéndose á sus compañeros :

— *Sortez donc et vous verrez une chose que vous n'avez jamais vue.*

Según cuentan los que tuvieron ocasión de trabar relaciones con los elementos que constituyen la orquesta Lamoureux, todos ellos se han marchado sumamente agradecidos de nuestro público y haciéndose lenguas de la cultura musical de Barcelona.

La falta de espacio nos impide dar cuenta detallada de los demás acontecimientos musicales que han tenido lugar ultimamente. Creo que el lector se hará perfecto cargo de las omisiones que pueda haber en esta crónica, cuando le diga que, durante la temporada, hubo día en que se celebraron tres ó más conciertos. Puede afirmarse que hemos sufrido una verdadera invasión musical.

Todo sea para honra y gloria del arte.

Lo único importante que nos ha dado la literatura dramática, ha sido el estreno efectuado en Romea del drama de Guimerá « La pecadora ».

El notable trágico catalán ha demostrado las cualidades y los defectos de siempre. Con todo, se ha visto en esta obra su laudable afán por apartarse de los moldes antiguos, para acercarse á la manera de cultivar el teatro puesta en práctica por los más renombrados autores extranjeros.

La sobriedad del primer acto y parte del segundo y el corte de ambos, recuerda, aunque vagamente, á Hauptmann, y Sundermann, en sus obras « Almas solitarias » y « Magda », de cuyos asuntos hay en « La pecadora » ciertas reminiscencias.

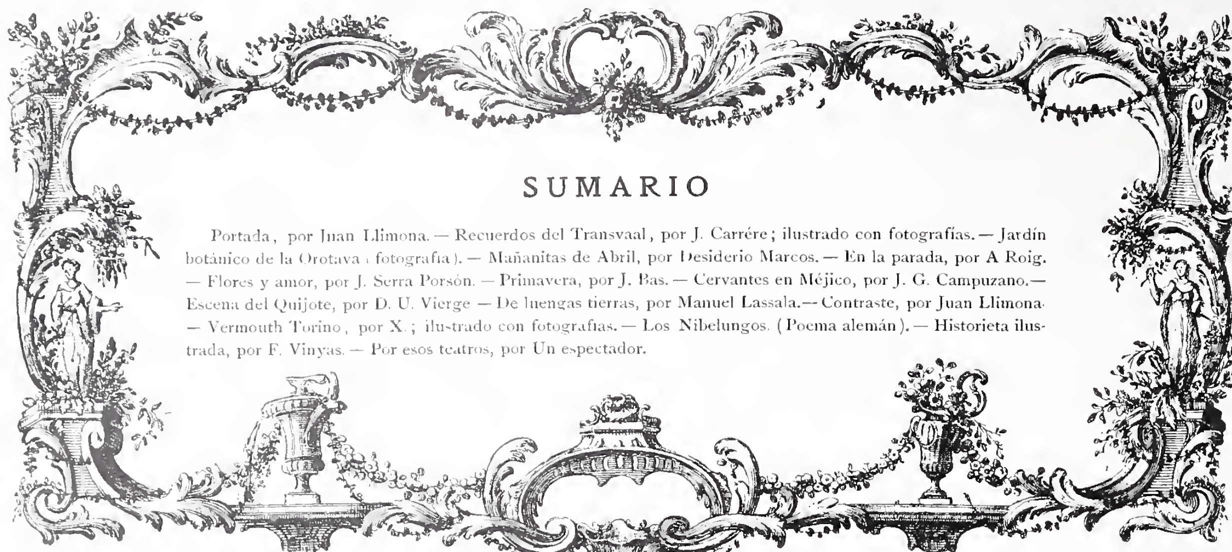
El movimiento en los demás teatros ha sido, más que escaso, insignificante.

Un espectador

HISPANIA



Numero suelto, DOS REALES



SUMARIO

El Dr. Robert

Barcelona, Cataluña, España entera lloran hoy la muerte de uno de sus hombres más ilustres.

El Dr. D. Bartolomé Robert, el médico insigne, el político eminente, el ciudadano honrado que sostuvo siempre con singular energía las causas justas, apoyando al débil contra el fuerte y defendiendo la razón contra la injusticia, ha dejado de existir cuando más podía esperar nuestra patria de su privilegiado talento.

Hispania, asociándose al dolor general, no puede menos que dedicar un recuerdo al ilustre finado, en cuyas virtudes teníamos puestas todos las más halagüeñas esperanzas.

Por eso, deseosa la redacción de esta revista de rendir al genio desaparecido de entre nosotros el tributo de admiración á que se hizo acreedor por sus merecimientos, dedicará el número próximo á su memoria, para lo cual contamos ya con la colaboración de notables literatos y artistas, deseosos de dar público testimonio de su admiración por el hombre eminente por cuya muerte lloramos todos.



Luís Botha

RECUERDOS DEL TRANSVAAL

I

LUIS BOTHA

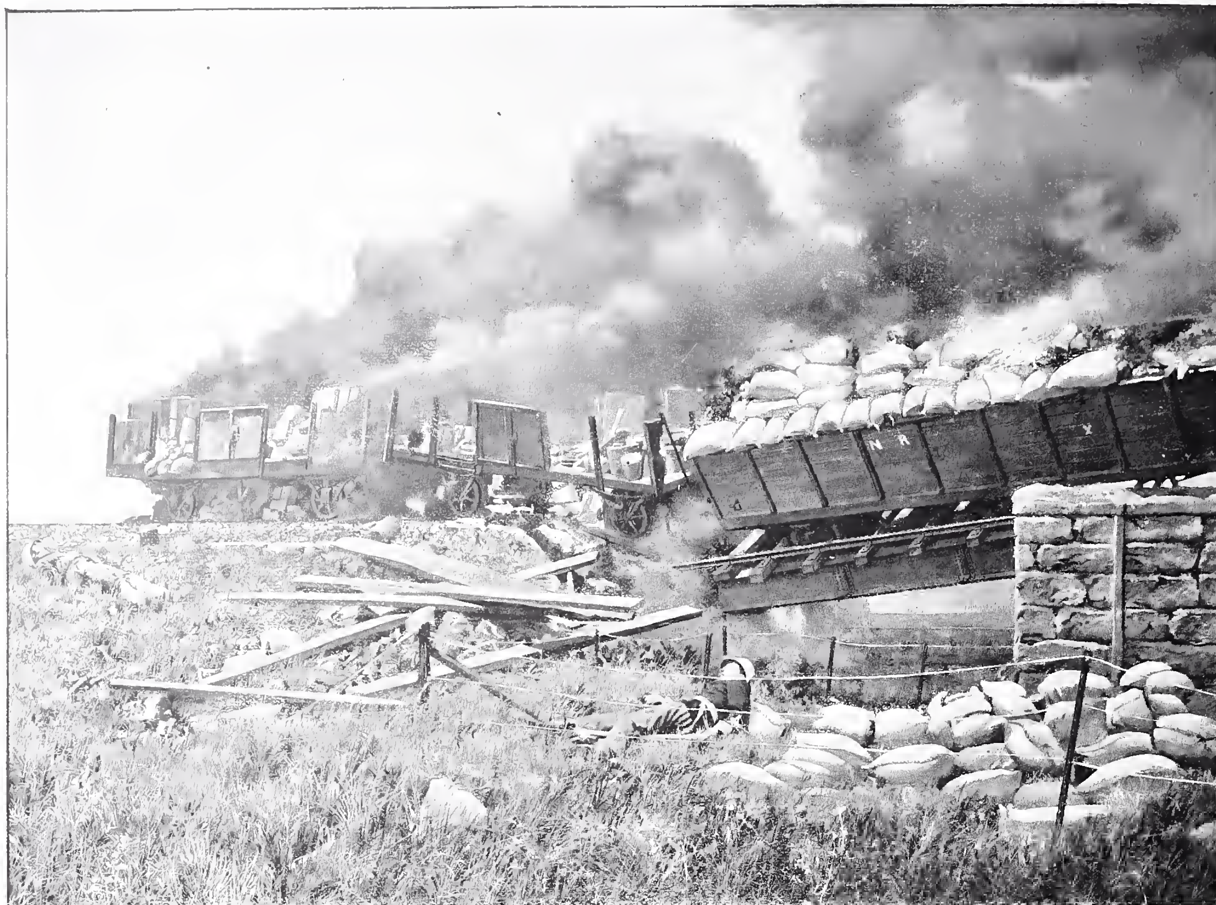
Está fuera de duda que el general Botha no tiene la popularidad de Cristian Dewet ni posee un genio que seduzca la imaginación y haga latir los corazones con la poderosa magia de las aventuras.

Puede ser también que no posea la inacabable variedad de invenciones, el impulso temerario y el desprecio del destino que han contribuído á que el famoso jefe de los ejércitos del Estado libre haya entrado para siempre en la leyenda heróica.

Pero si Luís Botha no tuvo ocasión de prodigar su energía en deslumbrantes proezas, debió cumplir una misión tal vez más difícil: la de sostener, con su esfuerzo constante, una lucha la mayor parte de las veces obscura, en la cual se conjuraban contra él las fuerzas de la naturaleza y el encarnizamiento de sus enemigos.

En tanto que Dewet recorría las regiones más conocidas del Estado libre, promoviendo el entusiasmo de todo el mundo y encontrando á su paso gentes llenas de simpatía y abnegación por la causa que defendía, Botha, sobre quien se han estrellado durante diez meses todos los esfuerzos de los principales jefes militares, se encontraba encerrado como quien dice en una región estéril y montañosa, cruzada á menudo por el grueso de las tropas, cojida entre el ejército invasor y las fronteras de la colonia portuguesa.

Luís Botha posee hasta la abnegación la virtud de



Incendio de un tren inglés por los boers

la tenacidad, que tanto caracteriza la raza holandesa.

Además posee el don de dominar á los que le rodean: solo el culto que sentían por él los jóvenes de la república invadida, puede explicar la formidable resistencia que muchachos de quince á veinte años han podido oponer durante diez meses á las fuerzas inglesas.

Luís Botha, como Krüger, como Dewet, como Steijn, es un místico. Pero, por una curiosa particularidad, mientras Steijn, Dewet y Krüger son en cierto modo místicos *exteriores,* dejando en cualquier ocasión manifestar su alma creyente en plegarias públicas, Botha es un místico *interior* que reserva para las ocasiones solemnes los impulsos de su alma ardiente, pero, en general, guarda encerrada en su corazón toda su fe.

No ha podido alcanzar victorias de las que se anuncian á son de bombo y platillos. Ha hecho más. Con su energía comunicativa ganaba diariamente una batalla y proporcionaba ocasión á Dewet para continuar sus guerrillas.

Gracias á esta fuerza interior, Botha fue en distintas ocasiones un incomparable general. En la batalla de Belfort, con un ejército diez veces menor al inglés, resistió durante tres días al enemigo y dirigió sin cooperación ninguna una serie de maniobras que fueron, según manifestación de distintos oficiales ingleses, verdaderos prodigios de estrategia.

Su ejército estaba dispersado en *comandos* sobre una vasta superficie y él en persona, desde la cima de una montaña en extremo visible, dirigía todos los movimientos por medio de un telégrafo óptico.

En la época en que esto sucedía, era tanta la energía que había derrochado, que cayó enfermo y, á últimos de septiembre se vió precisado á resignar el mando de sus tropas en el general Viljoen.

Sé que en aquella ocasión los ingleses le ofrecieron la vuelta á Pretoria para cuidar su estado de salud. «La guerra está á punto de terminar, le decían; tenéis enfermedad para días. ¿De qué os sirve continuar en el campo?»

Botha renunció con energía el ofrecimiento.

Su esposa le propuso irse con él para cuidarle y también se opuso á ello.

Una vez restablecido, volvió á encargarse de la dirección del ejército.

Al considerar que ese hombre de 38 años, ese abogado de vasta ilustración, llevaba antes de la guerra una vida tranquila y obscura en una florida y elegante *villa,* no hay quien pueda dejar de admirar el hálito de

libertad y de patriotismo que, en algunos días, transformó, gracias á la virtud de una irresistible fe, los *burgueses* de ayer en héroes de hoy.

II

CRISTIAN DEWET

En Bloemfontein, en junio de 1900, oí hablar por primera vez de Cristian Dewet.

El Estado libre acaba de ser proclamado solemnemente colonia inglesa y Pretoria ha caido en manos de lord Roberts.

Estos dos acontecimientos parecen marcar la terminación de la guerra y los tapones de las botellas del champagne parecen saltar por sí mismos en celebración del triunfo definitivo.

«Estad alerta, me dicen los oficiales ingleses; en Pretoria va á celebrarse pronto la ceremonia de la anexión. No faltéis á la fiesta.»

Y solicito el permiso para partir.

Mi marcha está en principio decidida. Debo embarcarme el jueves.

Pero he aquí que, bruscamente, el miércoles por la mañana, el capitán Crookshank, con el cual como en el club, llega con una noticia que esparce un estremecimiento por todas las mesas. Un tren salido de Pretoria ha entrado en la estación de Bloemfontein acribillado por las bombas.

— No podéis partir — me dice entonces el capitán Crookshank.—Se han dado órdenes severas para que nadie embarque con las tropas.

— ¿Y la anexión? — pregunto.

— En las colonias de Su Majestad, la tranquilidad continúa.

De grupo en grupo oigo pronunciar este nombre: «Dewet.»

Entonces me entero de que este rumor proviene de un hombre endiablado que se llama Cristian Dewet, el cual se ha conquistado súbitamente una gloria fulgurante. Ni los ingleses le regatean su admiración.

Ese Dewet ó de Wet, que unos toman por un cortante de Pretoria, otros por un abogado educado en Londres y los demás por un rico cortijero del Estado libre, acaba de surgir en la Historia como un meteoro.

Hay quien dice que es un jovencito; hay quien afir-



El campo de batalla de Elans aagte

ma que es un viejo luchador de barbas blancas, perteneciente á la misma generación que Krüger. Por mi parte, creo en ocasiones que no es más que un mito.

Pero, sea quien sea y vaya donde vaya, pasa sobre los ejércitos como una amenaza perpetua y su nombre, desconocido hasta ahora, resuena por todas partes.

Hasta que se dió á conocer, en circunstancias en que los dos ejércitos se embestían frente á frente, se disfrutaba de una relativa tranquilidad. Por la noche nos dormíamos con el cuerpo cansado y el cerebro en calma y podíamos soñar impunemente hasta la aurora.

rostro sonriente que le hace parecer más joven de lo que realmente es.

Era cortijero en el Estado libre y poseía en él una de las tierras más fértiles.

Al empezarse la guerra era un hombre obscuro y nadie se acordaba de él.

Sin embargo, el imperio extraordinario que tenía sobre sus hombres, su audacia personal, su ímpetu comunicativo que le dan á la vez autoridad y simpatía, hicieron que, después de los desastres de febrero y de marzo, fuese él el hombre á quien designasen las tropas del Estado libre como jefe suyo.

El presidente Steijn, cuya conducta ha sido siempre noble, le concedió por su parte toda su confianza.



Los habitantes del Transvaal son sacados de sus casas é internados en los campos de concentración

En cambio ahora, si durante la noche se oyen entre las sombras rumores desconocidos, los soldados se ponen alerta ahuecando las voces y se oye repetir aquí y allá la misma frase: «Es Dewet.» Si á lo lejos rasga las tinieblas una luz inesperada, las pálidas lámparas de las tiendas se extingen y la gente se contempla murmurando: «Dewet.» Si el viento ha derribado un árbol sobre el camino, enseguida se reconocen los contornos, por ver si se encuentran trazas del paso de Dewet.

Y esto sucede en tales términos, que en este extenso desierto, sin más oasis que algún que otro cortijo de vez en cuando, un solo hombre, seguido de algunos adictos, llena de misterioso terror todo un ejército.

Dewet es un hombre de 35 á 40 años, moreno, de

Dewet condujo la retirada con una audacia y al mismo tiempo con una prudencia que le presentaron á la vista de sus hombres como el director indiscutible.

Pasados los desastres de Kroonstad, mientras el ejército transvaaliano se replegaba sobre Johannesburg, Dewet desapareció. Durante largo tiempo no se supo de él. Había concebido la idea peligrosa y genial de replegarse dentro el Estado libre, de mantenerse silencioso hasta dejar subir el ejército inglés, para comenzar después subitamente esa guerra inolvidable desde ahora, por la cual su nombre se habrá elevado á la categoria de los más ilustres.

Al verle enérgico y bueno, susceptible de los actos



Paso del Klipriver por un comando boer



Un campo de concentración

más implacables y de las acciones más generosas, temible y dulce á la vez según las necesidades del momento, fastuoso para con los prisioneros y sencillo para con sus hombres, semejante á César y Cincinato, hay que preguntarse forzosamente en donde ese hombre, propietario de ganados, ha encontrado las llamas de genio con las cuales se iluminan en la Historia los más vertiginosos de los jefes de pueblos.

Sencillamente: ha tenido fe en el destino místico de su raza y ha dejado agrandar y condensarse en si mismo el alma de su patria. Al mismo tiempo ha despreciado la infamia del oro que había suscitado esa guerra y, despreciándola, ha osado atacar sin temor. Después, ha rogado á Dios y se ha levantado.

Y he aquí como, gracias al esfuerzo de su conciencia y al cuidado constante de la justicia, ha podido hacerse con la autoridad que dirige las cosas y con la habilidad que las lleva á cabo.

J. Carrére

(De la «Revue illustrée»



Interior del campo de concentración de Winberg al principio del internamiento



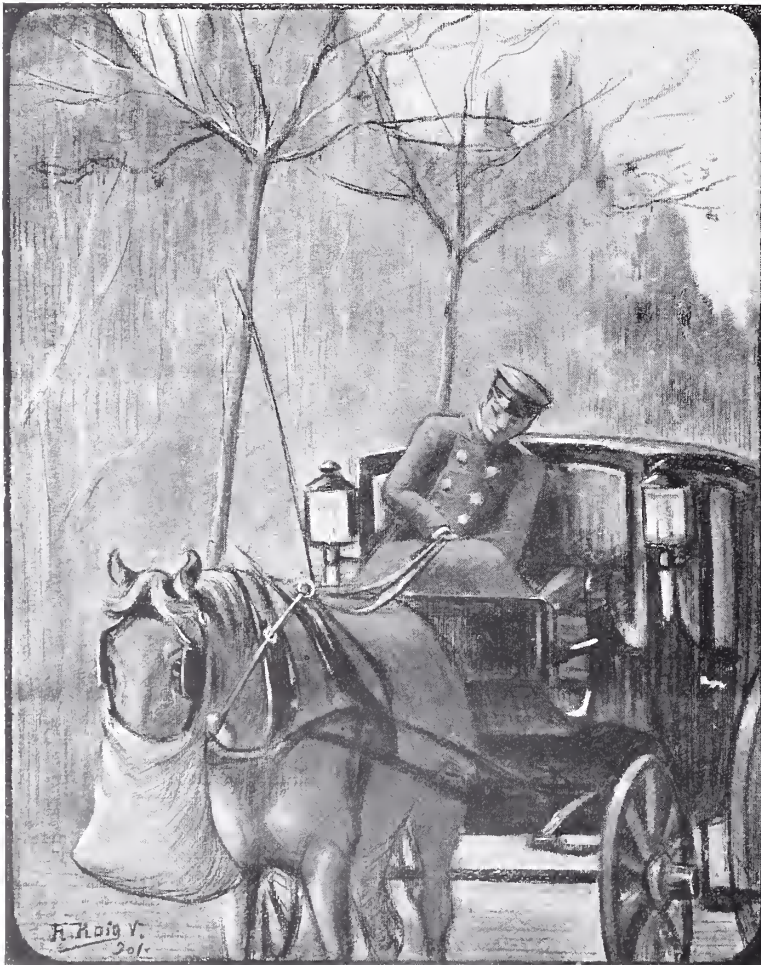
JARDÍN BOTÁNICO DE LA OROTAVA (TENERIFE)



MAÑANITAS DE ABRIL

Las *mañanitas de Abril, son muy dulces de dormir*—dicen mis conterráneos... Y eso mismo me parece á mí: que en este mes en que la alegre y hermosa Primavera empieza á despertar y á canturrear, los cuerpos, yertos y encogidos á consecuencia de las bajas presiones atmosféricas del invierno, se dilatan, sacúdense regocijados como si resucitaran á nueva vida, y, después de rebullirse arrullados por la tibia frescura de esas noches risueñas y retozonas en que se muestra pródiga la estación, llegan al nuevo día probando su flexibilidad y elasticidad con cosquilleantes contorsiones, con estiramientos musculares, desperezándose deleitosamente, y tornando á la quietud placentera del sueño profundo, de esa somnolencia aplanante, embriagadora, que, á pesar de su tiránica sugestión, deja libertad á los sentidos para solazarse, para recrearse inconscientemente al amor de las brisas húmedas y oxigenadas, para aspirar las olorosas fragancias que exhalan los campos nacientes, la flora que brota con timideces de feto temprano y que rie jubilosamente cuando el primer rayo de sol la saluda con fraternal ósculo de paz y de armonía, infundiéndola esperanzas de tranquila existencia, animándola á vivir... á vivir y á crecer.

Y entonces, mientras la Naturaleza de arriba y la Naturaleza de abajo, mientras el cielo y la tierra sostienen íntimo y sosegado coloquio, espabílase el hombre, saboreando parsimoniosamente las inyecciones de savia vital que han penetrado por sus poros, paladeando, entre voluptuosos desperezos y bostezos de dejadez y apatía, las dulces reminiscencias de un amanecer impregnado de exquisitos aromas, de un ambiente saturado de substancias orgánicas, de un despertar que, si á veces malhumora, convida en cambio con gratísimas impresiones é inefables deleites...



A. ROIG — EN LA PARADA

* * *

También se dice:

Abril, aguas mil.

Y éste es otro de los peculiares aspectos del segundo mes de la fecunda y florida Primavera... Llueve mucho, es verdad—sobre todo en las regiones norte y noroeste de nuestra península,—pero:

Aguarradillas de Abril,
...unas ir y otras venir.

Así cantan las viejas por allá, queriendo dar á entender que si con facilidad llueve con facilidad escampa.

Y los chiquillos, remedando á las viejas, entonan este otro estribillo:

Mientras llueve y hace sol
hace la vieja el requesón.

Las lluvias de Abril, no obstante ser tan empalagosas para el paseante como simpáticas para el agricultor y benéficas para los campos, tienen el *encanto* de que, generalmente, mojan y calan á la vista de un sol diáfano, risueño... de un sol inquieto y juguetón, que parece burlarse de los que le miran, preguntándole si tendrá paciencia para estarse mucho tiempo sin arrojarnos chaparroncitos de agua fresquecita y fecundante, y que, ora oscureciéndose, ora presentándosenos con faz benévola y sonriente, semeja á esos chiquillos traviesos que solemos encontrarnos en las calles tirando piedras, y que al observar que cruzamos temerosos de recibir un chinarro, se plantifican sonrientes como perdonándonos la vida y, tan pronto como nos ven un poco alejados de ellos, nos gritan con algazara y malicia: — *¿ Éh, que le doy, que le doy !...* Y lo hacen ó no lo hacen, según les pete; porque al que con chiquillo se acuesta... le suele suceder lo que á quien de las veleidosas sonrisitas del cielo de Abril se fía: que cuando menos lo piensa ¡zas! ya tiene la piedra ó la lluvia encima.

* * *

Pero las aguarradillas de Abril, que tan pronto se van tan pronto vuelven, son tan benéficas para los sembrados, rocían con tanto mimo las plantas, derraman tan acariciadoras pulverizaciones sobre el suelo, sobre la fauna y la flora, que el reino animal se reanima despertando de su letargo, y el reino vegetal crece, se expansiona y florece exhibiendo sus vistosas galas y multicolores matices... Muge el buey mientras rumia la vaca su compañera, chospa fingiendo piruetas el ternero mamón; bala quejumbrosamente el ganado lanar que pugna por abandonar el estrecho recinto de sus apriscos; cacarea la gallina, ufana con el cortejo del gallo que la requiebra y con el filial cosquilleo que la producen los polluelos que protege bajo sus alas; se perciben los primeros canturreos del perdigón y la codorníz; gorjean las diversas especies de pajarillos que revolotean por el espacio conduciendo materiales para construir sus nidos; pian inharmenicamente los gorriones anidados en los aleros de los tejados; nótase la presencia de la golondrina, mensajera de buen tiempo, y el avión, saliendo vertiginosamente de los socavones del río en que tiene su guarida, nos dice que los riesgos del frío ya pasaron y que la Naturaleza anuncia festejarnos con los esplendores de su magnificencia...

Luego, ante el precioso verdor de los campos, deslumbrados por los brillantes fulgores de un sol revoltoso y picante, suavemente embriagados por los delicados perfunes que el aire nos trae de montes y vegas, se vé uno impulsado á huir de las viviendas, á corretear y esparcirse por la tierra desierta, confundido por los ternerillos que mugen salameramente, con los corderitos que balan denotando pueril tristeza, con las codornices que prorrumpen en cánticos severos y monótonos, con los pajarillos que trinan regocijados y en confusa algarabía, con los aviones que cruzan ante nuestra vista fugaces, sorprendiéndonos con la pasmosa velocidad de su vuelo y extasiándonos en la curiosa contemplación de su casi imperceptible aleteo...

Y en la tierra desierta, un inmenso tapiz verde cubriéndolo todo por igual, sin necesidad de ribetes y festones que lo adornen. Plantas alimenticias y plantas de embellecimiento y ornato, se desarrollan al unísono, se elevan á porfía, prestándose desinteresadamente su jugo y su savia. Más tarde, las unas granan lozanas y las otras florecen coquetonas y altivas; pero al fin, perecederas y finitas como todo lo que es materia, las primeras se agostan y las segundas se marchitan... ¡ Ay !... ¡ Todo muere !

* * *

Mas, ideas fúnebres á un lado, aprovechemos los dulces y arrobadores sueños á que se muestra tan propicia la actual estación, y cantemos :

Mañanitas de Abril :
¡ Qué dulces sois de dormir !

— ¡ Volved, volved !

Desiderio Marcos



J. SERRA PORSÓN FLORES Y AMOR



J. BAS PRIMAVERA



CERVANTES EN MEJICO

Por aquello de que la privación es causa de apetito, cuando, por culpa de la última y primera huelga general, de que fué teatro y víctima Barcelona, nos encontramos faltos de periódicos locales, todos, hasta los menos inclinados á la lectura, nos sentimos con hambre voraz de ella y nos dimos á devorar cuantas hojas, periódicos y gacetas caían en nuestras manos, sin reparar en procedencia, ni índole, ni idea política, ni fecha.

Así fué como, mientras otros tragaban los bien cebados *canards* que les servían las publicaciones traspirenaicas, vine yo á leer el *Diario Oficial del Estado de México*, correspondiente al 7 de Enero, y en él una instancia presentada á la Sección 5.ª de la *Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización é Industria*, por...

¿Por quién dirán Ustedes?

Pues por *D. Miguel de Cervantes*.

¿Y que pedía el famoso *Manco de Lepanto*, á quien creíamos enterrado desde el año 1616?

¡Ah, lectores, que descubrimiento!

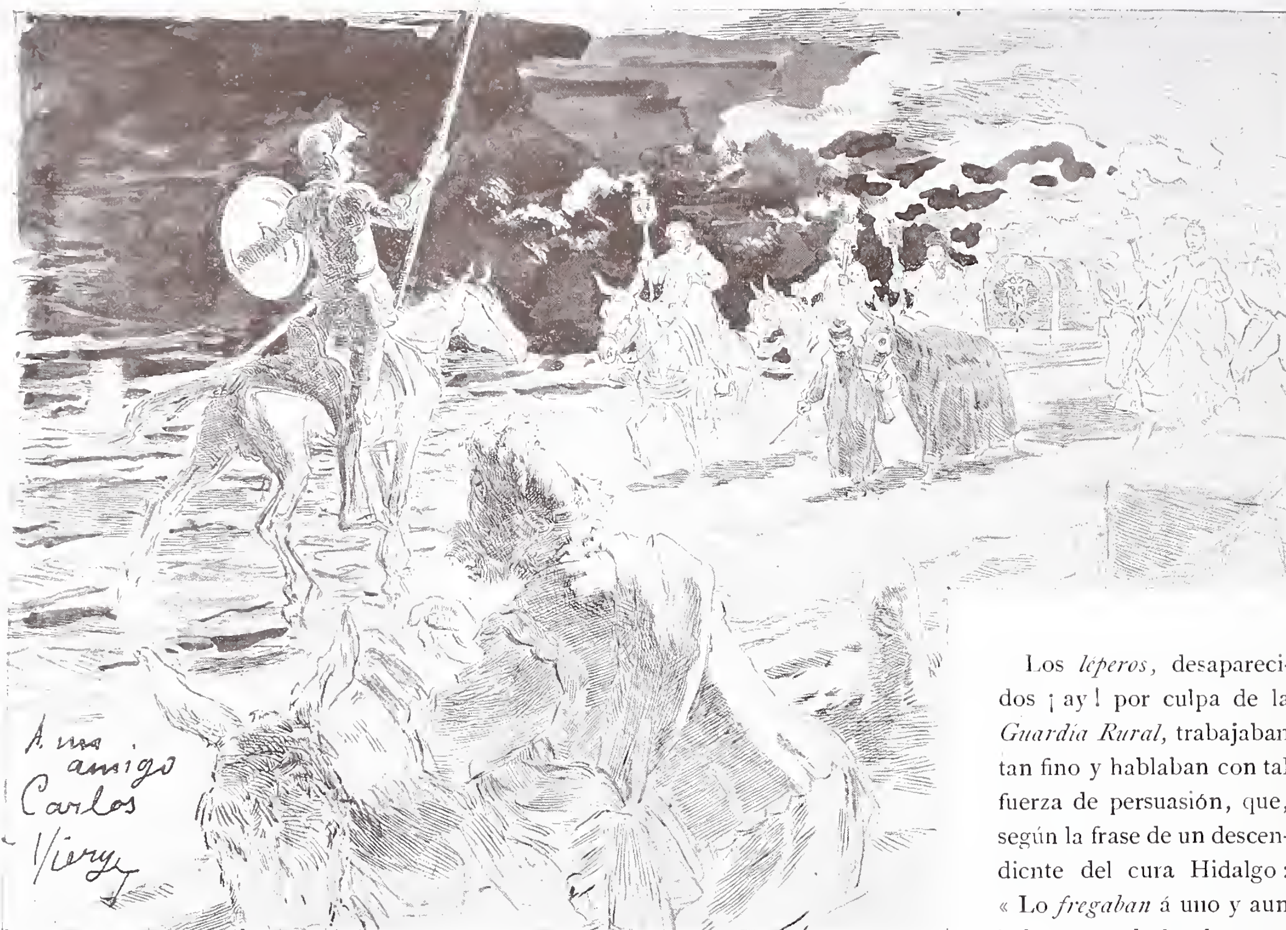
La natural alegría de haberlo hecho y hasta la de saber que el insigne *manco sano* vivía aun y podía seguir regalándonos con los frutos de su privilegiado ingenio, aguóseme al caer en la cuenta de que ha desaparecido ya del mundo la plaga aquella de cervantómanos, á alguno de los que á tan buen precio hubiera podido venderlo.

Es sensible, sí, desde el punto de vista de mi personal interés, que no sobreviva ninguno de aquellos pacientísimos varones, que un tiempo se dieron á averiguar cuales fueron la intenciones del regocijado y triste hijo de Alcalá, haciéndole ya físico, ya matemático, ya teólogo; ahora cosmógrafo, más tarde arquitecto, después alquimista; una vez metalúrgico, otra burgués y otras más pintor modernista; aquí cocinero, allí sastre y más allá libertario.

Pero resulta el descubrimiento casi completamente inútil, por no existir aquellos beneméritos investigadores.

¡Si al menos siguiera escribiendo!...

Hubiera sido digno de ver un D. Quijote que, en lugar de correr las áridas llanuras de la Mancha, operase en los fértiles valles que rodean á la *Gran Tenoxtitlar*, el relato de cuyas hazañas empezara así: «En un lugar de *Apana*, de cuyo nombre no puedo acordarme...» lo cual sería después de todo cosa de coser y cantar, y facilmente inteligible hasta para el último de esos cervantófilos que no tienen más noticias de D. Quijote, que las adquiridas por los chascarrillos que les han contado de Sancho; pero que se metiera el bueno de D. Miguel á hablar de *Netzahuatcoyotl (rey de los Acothuas)*, de *Tlacoxipalmalixtli*, *Tlatlanhquitercal*, *Macuñxochitl*, *Neteotoquilirtlitl*, *Huitzilopochtli* etc, etc; y que cuando tuviera que nombrar á *Ceres*, dijera *Centeotl*, á *Neptuno*, *Tlaloc*, á su esposa *Chalchinhtlicul*; para citar á *Apolo* se acordara de su colega azteca *Xochiquetzal*; al invocar á la casta diva, lo hiciera con el nombre de *Camaxtli* y á *Mercurio*, el siempre honrado y complaciente protector de los carteristas y las



D. U. VIERGE — ESCENA DEL QUIJOTE

Los *léperos*, desaparecidos ¡ ay ! por culpa de la *Guardia Rural*, trabajaban tan fino y hablaban con tal fuerza de persuasión, que, según la frase de un descendiente del cura Hidalgo: « Lo *fregaban* á uno y aun había que darles las gracias».

celestinas, le llamara *Jacatecutli*; que hablando de pueblos y de lugares, citara á *Tlalpujahua, Ixtahuacla, Chapultepec, Popocatepelt, Ixtacihuatl, Mixcone, Popotla, Tlampaulta*, y ya veriamos á donde se iba la decantada claridad del más castizo y elegante de nuestros escritores y á donde el conocimiento que de sus obras tienen la generalidad de los cervantistas.

Otra cosa muy distinta fuera si nos describiese escenas de la *pulqueria*. Sancho y Tomé lecial, por ejemplo, *encachándose* más de *judio*, ó de *curado*, cuando no de *mezcal* ó *thequita*, ó Sancho solo regodeándose, en sustitución de las aquí clásicas *uñas de vaca* y *ollas podridas*, con las allí no menos castizas, pero sí más picantes *tortillas enchiladas*, recien salidas del *comal*, las *chalupitas*, el *mole de guafolote* y la *salsa poblana*, que á buen seguro que, por forrado que tuviera el gaznate, le había de hacer repetir con brío el apóstrofe que dirigiera al vino del narigudo escudero del *Caballero de los Espejos*.

También sería digna de ver la pintura que, como en su obra archifamosa de los bandidos de Roque Guinard, hiciera él de los *léperos* y *plagiarios*, por cuya extinción lanzarán los amantes de lo típico y pintoresco, eternas maldiciones sobre Porfirio Diaz; pero en donde estaban aquellos en cuanto á finura y cortesanía, ya se podian retirar los atentos italianos y los generosos andaluces.

Pero por desgracia, el D. Miguel Cervantes actual, el D. Miguel en quien me ocupo, el Cervantes mejicano, no se dedica á la recaudación de impuestos, ni, con muy buen acuerdo á mi entender (aunque con ello dé más gusto á los cervantámonos que á los cervantistas), á la literatura.

Lo que solicita D. Miguel de la Sección 5.ª de la Secretaría de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización e Industria, de México, es: « Una concesión de aprovechamiento de aguas del río *Coscacuaco*, para producir energía hidráulica y transformarla en eléctrica en la *Hacienda del Batan* y el *Molino de las flores* ».

De modo que, Cervantes, en Méjico, es: hacendado, ingeniero hidro-eléctrico, molinero y jardinero, pero de sus antiguas aficiones no recuerda más que los *batanes* y los *molinos*.

Lo cual prueba por modo concluyente que pasaron para no volver los tiempos en que la gloria alimentaba, y que en estos positivistas que alcanzamos, hasta los genios encuentran preferible el cultivo de la tierra al cultivo de las letras, y hasta el mismísimo principe de los ingenios halla más práctico moler maíz, sembrar *hennequén* y cosechar *pulque*, que escribir novelas contra los libros de caballerías.

Juan G. Campuzano

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Hombres de clarísimo juicio han llegado en España á una tétrica desilusión: somos, dicen con amargo convencimiento, un país imposible, degenerado, paralítico, que inevitablemente se disgrega y anula. Según dichos hombres de talento, con músicos viejos no se puede hacer música nueva y con españoles no se puede hacer civilización, porque son perezosos, ignorantes, mal educados é ingobernables. En Inglaterra, algunos varones justos y perfectos son de la misma opinión respecto á sus paisanos. El doctor James Gow, Director de la famosa Escuela de Westminster, en un discurso que como Presidente ha dirigido á la Asamblea General de Profesores, lo ha cantado muy clarito: el porvenir intelectual de su patria le da muy mala espina. «En cuanto á mi,» ha dicho, «no abrigo esperanza alguna de que haya reforma de instrucción ó acta del Parlamento capaz de hacer á nuestro pueblo bien educado, trabajador ó inteligente. Los ingleses son notoriamante indóciles y los escoceses les dan quince y raya, aunque la gente de Escocia gusta de instruirse, mientras que los ingleses, ó una gran parte de ellos, desdeñan el saber en absoluto; no quieren que se les enseñe, ni ellos quieren enseñar tampoco. Tan imposible es mejorar un pueblo así por acción gubernativa como conseguir que no se emborrache.»

Y otra cosa. Ya no están solos los franceses en sus lamentaciones jeremíacas sobre la escasa fecundidad de sus hembras y el tristísimo porvenir que puede augurarse á Francia si continua disminuyendo la natalidad. Ese mal viento ha cruzado la Mancha, produciendo un escalofrío en el incauto espíritu insular de la Inglaterra de Eduardo VII.

Basándose en el testimonio de la Estadística, Mr. Edward Caunon sostiene que los ingleses van por el mismo camino que los franceses, que su natalidad no solo ha cesado de crecer, sino que va disminuyendo, y que si la raza británica no halla medio de ingertar en su viejo tronco elemen-



JUAN LLIMONA CONTRASTE

tos adventicios, se convertirá en una nación pequeña, dándose por satisfecha si puede quedarse con Francia entre las potencias de segunda fila.

No tengo la pretensión de señalar con dedo certero la especiosidad posible del razonamiento de Mr. Caunon, pero tengo una aprensioncilla de que hay en él un elemento débil, porque en este valle de lágrimas, los datos estadísticos son de su propio natural algo inseguros y erráticos. Entiéndase bien que no digo con esto que la Estadística sea un infundio, pero ahí está don Damián Isern que el año pasado nos demostró en un libro que ha sido muy leído lo siguiente: según los Censos, la población legal de España era en 1897 de 18.226,040 habitantes, pero la realidad enseña que los españoles somos más de 31.612,104.

Dígase lo que se quiera, el dardo que don Damián Isern ha clavado en el corazón de la Estadística es dificilísimo de arrancar, porque, si quien sale en defensa de los Censos es incompetente, no sabrá como arrancarlo, y si es competente, estará comiendo de ello y no podrá tener independencia de criterio. Es como si ahora viniese del otro barrio un alma en pena á contarnos que vivimos en un grande error, que no hay un solo purgatorio sino cinco y que las oraciones pagadas no aprovechan para salir de ninguno de ellos. Para desmentir estas noticias del aparecido, un seglar carecería de competencia y un clérigo no persuadiría á nadie de su absoluta imparcialidad. Ciertos lectores hallarán esta comparación de muy mal gusto porque, dirán ellos, nada sabemos con tanta certeza como las cosas del otro mundo. A los escépticos también les ha de parecer impertinente, porque en opinión de ellos ¿quién sabe positivamente una palabra de la vida futura, ni como es posible que un alma en pena vuelva acá desde la otra orilla del Leteo?

He de decir que la tendencia del pensamiento moderno no repugna esa suposición; decididamente, el materialismo en la ciencia es una antigualla que pasará á los museos con los fetiches de bambú y las manufacturas de la literatura naturalista: todos los maestros de la incredulidad sufren un eclipse, desde Hume á Spencer. Mr. Wake Cook sostiene que un espíritu científico no hallará hoy dificultad en plegarse á la idea de que existe dentro del cuerpo físico un cuerpo espiritual hecho de una pasta más fina. En Francia, en Alemania, en América y en Inglaterra van acumulándose lentamente las pruebas y los estudios que han de trastornar nuestras ideas actuales sobre el otro mundo. Dice Wake Cook que el conocimiento de la vida futura de tal modo se había mezclado con la superstición, que ha sido bueno que el escepticismo lo haya sumergido entre sus turbias aguas durante algún tiempo para que ahora pueda salir purificado y tome el lugar que le corresponde entre las conquistas de la ciencia. Lo que, según parece, preocupa más á los cientistas que estas cosas investigan, es saber si nuestra personalidad sobrevive á la muerte del cuerpo ó si no es más que un conjunto de atributos de la organización material. Wake Cook no asegura nada, pero se muestra bastante satisfecho de los adelantos conseguidos. La muerte pierde su horrible aspecto y se concibe como un proceso feliz y lleno de encantos, puesto que no es más que el nacimiento de nuestro cuerpo espiritual. Al entrar en la segunda fase de la existencia, no sentimos cambio alguno durante cierto tiempo y á menudo es necesaria la persuasión para convencer al recién llegado de que ha pasado ya el tremendo portal de la muerte. Y cuando vemos que el gran cambio es una realidad, apenas nos sentimos extraños en aquella esfera, donde nos parece hallar la plena realizacíón de los ideales terrenos. Hallámonos allí con antiguos amigos que nos reciben, nuevas ilusiones nacen y la esfera de actividad y desarrollo queda abierta de nuevo ante nuestra vista, el cielo de aventuras torna á empezar en una región menos densa y vuelve á seducirnos la exploración de las inagotables maravillas del universo. Nuestros cuerpos, cada vez más finos, más hermosos, se mueven en regiones de refulgente esplendor, completamente imposibles de imaginar con nuestros actuales cerebros.

¿Chi lo sa? Hay un hombre extraordinario que á éstas horas sabe perfectamente la verdad de lo que pasa más allá del misterio de la tumba. Y este hombre que nunca se había preocupado de lo que pudiese haber en aquellas esplendorosas regiones, si lo que nos cuenta Wake Cook es presumible, hallaráse muy pronto aclimatado en su nueva esfera y la recorrerá en todas direcciones en busca de un imperio que conquistar.

El cuerpo espiritual de Cecilio Rhodes ha nacido felizmente en *Groote Schuur*, residencia señorial situada en las inmediaciones de la *Ciudad del Cabo*. Allí, en el extremo meridional del gran continente africano, mientras una guerra sin piedad, provocada por la codicia del oro y los diamantes, devasta una civilización recién salida del huevo, en poético apartamiento, en el sosiego del blanco palacio escondido en la frondosidad de la arboleda, el gran Rhodes ha entrado en la segunda fase de su existencia, que en ninguna ocasión se podrá dudar mejor de la realidad de la muerte. ¿Acaso ha muerto Alejandro y eso que no ha podido dejar tras si más que una ciudad mediana? ¿Qué es Alejandría, el puerto levantino, comparada con la Rhodesia, que tiene una superficie seis veces mayor que el Reino Unido? Rhodes ha sido llamado *maestro constructor de naciones* y declarado por Rudyard Ripling, el *más grande de los hombres actuales*.

Rhodes tiene cuarenta y nueve años. He aquí una demostración palmaria de que la vida terrenal no es en manera alguna breve, como se suele decir, y que en ella hay tiempo suficiente para las mayores empresas, cuando se aprovecha como es debido. Y el observador atento sacará otra preciosa lección del ejemplo que á la posteridad ha legado Rhodes. ¿Donde está el secreto de la fuerza colosal, increible, de que ha dispuesto Rhodes? En su optimismo. Muy poco ha penetrado en la filosofía de los hechos el que ignora que el miedo atrae el fracaso, como el balido al aullido, como las campanas al rayo, y que los llorones y los perezosos no van á ninguna parte. De Rhodes se ha dicho que era el *sumo pontífice del optimismo*. Condenado á morir de tisis antes de los veinte, se mantuvo en su color de rosa, se mudó de emisferio, negó realidad á su mortal enemigo y, es claro, lo venció con la única energía capaz de vencer en todos los terrenos: con la energía de la voluntad.

Dícese que Rhodes ha destinado gran parte de su inmensa fortuna á promover la educación popular y los adelantos científicos en el Sur de África. No se necesita gran previsión para adivinar que se avecinan los tiempos en que la humanidad evolucionará en poderosos núcleos civilizados en ese enorme continente que tenemos á las puertas de casa y del cual parecemos excluídos por ahora. ¿Entre tanta vegetación raquítica y canija, no habrá un rinconcito de tierra española capaz de producir un Rhodes? Porque si así es, fuerza será que el África venga segunda vez á conquistarnos, y si los Rhodes van escasos ¿los Pelayos abundarán como la vez pasada?



Fachada del establecimiento

VERMOUTH TORINO

Es indudable que cada día se vive más deprisa, que la actividad humana, centuplicada por los rapidísimos medios de locomoción, se entrega á un verdadero vértigo, á un brutal derroche de energías. Nuestros abuelos, que estimaban en la mesa más la abundancia que la calidad, tomaban las once—refrigerio no despreciable entre el desayuno y la comida—y por la tarde—entre esta y la cena—el rico soconusco con acompañamiento de melindres delicados ó substanciosos picatostes.

Nosotros no tenemos en el día ni tiempo ni humor para dedicarnos á estas *pequeñeces* alimenticias, y como aun dentro de nuestra frugalidad de neurasténicos y dispépsicos, el apetito nos falta y el hambre sana no nos acomete, hemos recurrido á los aperitivos que, despertando las energías del estómago, lo tonifican á la par que lo incitan. La hora del vermouth ha tomado en la sociedad moderna legítima carta de naturaleza, como obedeciendo, más que á una moda pasajera, á una necesidad real de los tiempos.

Pensando así, sin duda alguna, don Flaminio Mezzalama, gerente para España de la célebre marca Martini & Rossi, de Turín, hace algunos meses que estableció en la calle de Escudillers un *bar* espléndido, resumen del buen gusto y alarde de riqueza. Feliz ha sido la idea de popularizar desde un establecimiento propio la conocida marca de vermouth Martini & Rossi, pero mucho más feliz aun ha resultado en la prác-

tica, ya que, gracias á la inteligentísima dirección de don Ricardo Capmany, «*Torino*» es realmente el establecimiento que debe ser en su severa elegancia modernista. Tanto en la portada como en el interior, así en el atrevimiento de los arcos, como en la artística bodega, que forma en el fondo de la sala un amplio y hermoso departamento, como en los tapices y pinturas murales y en el cómodo y originalísimo mobiliario de inspiración del señor Capmany, fielmente interpretada por los demás artistas, ha sabido producir un todo bello y armónico de sin igual atractivo.

Los tapices, que han sido pintados por el señor Ventosa, representan una alegoría de la ciudad de Torino y escenas de la vendimia y de la fabricación del vermouth. Los escultores señores Massana y Bussi, los ebanistas señores Calonje é hijos, los marmolistas señores Josué Bussi é hijos, los lampistas señores Miret y Ascus y el vidriero señor Gabarró, todos han colaborado gallardamente al mejor efecto estético del establecimiento, que se ve favorecido por lo más selecto de Barcelona, que llena de distinguida concurrencia el local.

Plácemes mil merece la iniciativa del representante del vermouth Torino, porque ha puesto á disposición del público un establecimiento á la altura de los mejores que figuran en las grandes capitales europeas, sabiendo hermanar el arte con la comodidad y el más refinado confort y ofrecer á la vez que un producto celebradísimo, las condiciones de *presentación* que en la vida moderna son tan apreciadas.

Por eso el local de que se trata se ve todos los días y á todas horas lleno de parroquianos, que van á saborear con fruición el esquisito vermouth Torino y á recrear la vista con la elegante decoración y el bien escogido mobiliario que adornan el establecimiento.

X.



Vista interior del establecimiento

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

En los días con que media el estío, habían llegado los jefes á la corte del rey Etzel. Nunca se había oído decir que un rey hubiera recibido á sus huéspedes con más cariño. Llegada la hora, se dirigió á la mesa con ellos.

Nunca un rey fué tan espléndido con sus huéspedes. Diéronles qué beber y qué comer en abundancia, y dispuestos estaban á darles cuanto pudieran desear. De aquellos héroes se habían contado grandes maravillas.

El altivo Etzel había empleado en una morada sus cuidados, su dinero y mucho trabajo: había hecho construir en una gran población su palacio con muchas torres y un magnífico salón, que muchos guerreros venían á visitar en todos tiempos. Además del acompañamiento, se hallaban cerca del rey doce ricos y elevados reyes, y muchos valientes guerreros que estaban allí en todo tiempo.

Jamás un rey tuvo cerca de sí tanta gente. Rodeado de sus parientes y vasallos, disfrutaba de una felicidad sin límites. Aquel buen jefe sentía el alma alegre con el ruído de los torneos que celebraban muchos atrevidos héroes.

XXX

Como Hagen y Volker estuvieron de centinela

El día caminaba á su fin; se aproximaba la noche. Los guerreros fatigados del camino se preocupaban por saber donde hallarían un lecho y cuando reposarían. De esto habló Hagen y lo tuvieron pronto.

Gunter dijo al rey: « Dios os conceda la felicidad. Queremos retirarnos á dormir; despedidnos y si lo mandáis volveremos mañana temprano. » El rey se despidió contento de los extranjeros.

Se vió á los extranjeros ir deprisa por todas partes. Volker, el fuerte, dijo á los Hunos: « Como os atrevéis á pasar delante de esos guerreros? Si volvéis á hacerlo, os sucederá una desgracia. »

« Dispararé sobre cualquiera de vosotros tan fuerte flechazo, que si tiene algún amigo fiel lo llorará sin remedio. Vosotros debéis andar detrás de nuestros guerreros; esto es lo que debéis hacer. Todos somos guerreros, pero no todos tienen igual valor. »

En tanto que con gran cólera hablaba así el músico, el fuerte Hagen miró hacia atrás y dijo: « El valiente músico os aconseja bien; volved á vuestros aposentos, soldados de Crimilda. »

«Me parece que ninguno llevará á cabo lo que ha pensado, pero, si queréis comenzar, esperad hasta mañana temprano. Dejadnos reposar ahora, pues somos extranjeros. Me parece que nunca los caballeros obrarían de otro modo. »

Condujeron á los extranjeros á una espaciosa sala donde habían preparado para todos los guerreros lechos muy cómodos, anchos y largos. Contra ellos meditaba Crimilda grandes pesares.

Se veían allí muchas colchas de riquísimos tejidos y suntuosos cortinajes de Hermelín y Lobel, más brillantes que la luz del día. Nunca un rey ni su acompañamiento tuvieron morada tan rica.

« ¡ Oh ! Desgraciado nuestro aposento de esta noche, » dijo Geiselher el jóven, « y desgraciados los amigos que nos han acompañado, pues aunque mi hermana nos ha invitado con tanto agasajo, temo que por su causa nos dén aquí muerte. »

« No tengáis cuidado, » le respondió Hagen el héroe, «yo mismo quiero hacer esta noche centinela, y creo que podré protejeros hasta que sea de día. Estad sin temor; luego cada uno saldrá como pueda.»

Al escuchar esto, todos le dieron las gracias. Después se retiraron á sus lechos y no tardaron mucho los héroes en quedarse dormidos. Hagen el fuerte se comenzó á armar.

El músico, el valeroso Volker, le dijo: « Si no te opones, amigo Hagen, quiero hacer guardia en tu compañía hasta que brille la aurora.» El guerrero dió las gracias con cariño.

Ambos se ciñeron las brillantes armaduras, y cada cual embrazó su escudo; salieron del salón y se colocaron ante la puerta donde velaron por sus compañeros con gran lealtad.

Volker el valiente apoyó su escudo contra el muro de la sala y entró en ella para coger su laud. Después hizo con sus amigos lo que convenía á un héroe tan magnánimo.

Sentóse en una piedra á la puerta del palacio. Nunca se había oído á un músico tan notable. Hirió las cuerdas de su instrumento y sacó sones tan dulces, que los extranjeros le dieron las gracias.

Las cuerdas resonaban en toda la sala, pues su habilidad y su fuerza eran iguales, Comenzó á tocar más suave y más melodiosamente y muchos guerreros cuidadosos se durmieron.

Cuando vió que estaban dormidos, embrazó de nuevo el escudo y, saliendo del salón, se colocó ante la puerta para guardar á los Borgoñones de los guerreros de Crimilda.

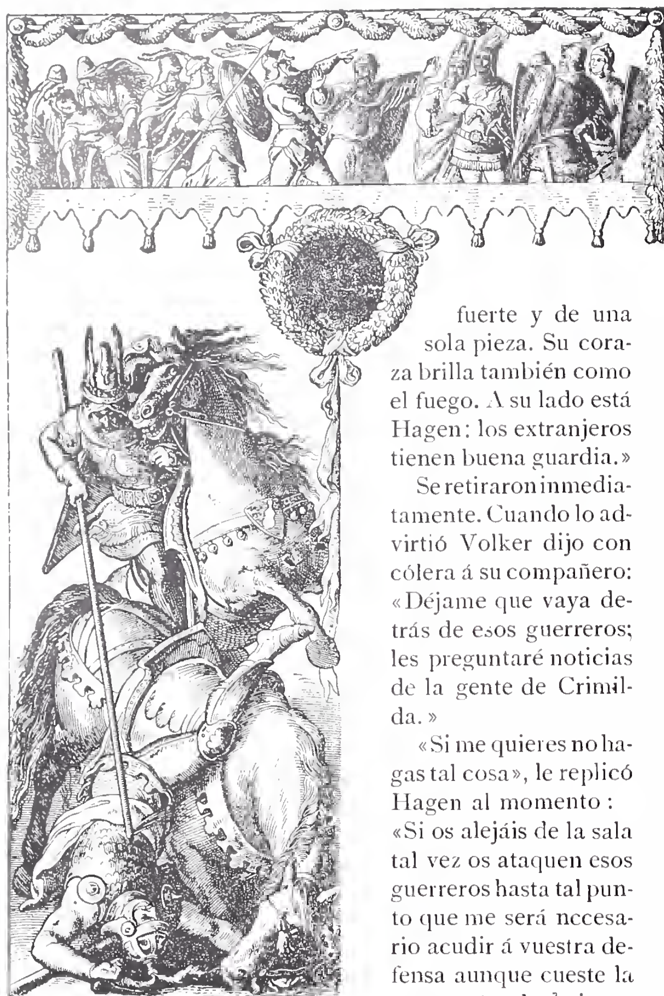
Hacia la media noche ó más (no puedo decirlo de cierto), Volker el esforzado vió brillar en las tinieblas unos yelmos. Los guerreros de Crimilda deseaban atacar á los extranjeros.

Antes de enviar á los suyos, Crimilda les había dicho: « Si por gracia de Dios los encontráis, os ruego que no matéis más que al traidor Hagen; dejad la vida á los demás. »

El músico dijo: « Amigo Hagen, nos conviene luchar juntos contra el peligro. Me parece que se acercan unos soldados y si no me engaño quieren atacarnos. »

Un guerrero Huno vió que en la puerta había centinela y dijo el atrevido: «Debemos desechar nuestro propósito; el músico está de guardia en la entrada. »

«Lleva en la cabeza un yelmo brillante, duro y bruñido,



fuerte y de una sola pieza. Su coraza brilla también como el fuego. A su lado está Hagen: los extranjeros tienen buena guardia.»

Se retiraron inmediatamente. Cuando lo advirtió Volker dijo con cólera á su compañero: «Déjame que vaya detrás de esos guerreros; les preguntaré noticias de la gente de Crimilda.»

«Si me quieres no hagas tal cosa», le replicó Hagen al momento: «Si os alejáis de la sala tal vez os ataquen esos guerreros hasta tal punto que me será necesario acudir á vuestra defensa aunque cueste la muerte á todos mis parientes.»

«Cuando los dos estemos en la pelea, dos ó cuatro de ellos se arrojarán al momento sobre esta habitación y asesinarán á nuestros amigos de modo que jamás podremos olvidarlo.»

Volker le respondió enseguida: «Hagamos por lo menos de modo que comprendan que los hemos visto á fin de que los hombres de Crimilda no puedan negar que han querido ser desleales con nosotros.»

El músico gritó á los Hunos: «¿A donde váis armados de ese modo, atrevidos guerreros? ¿Vais de merodeo, acompañantes de Crimilda? Si es así iremos en vuestra ayuda yo y mi compañero de armas.»

Nadie dijo una palabra, por lo cual se puso furioso. «¡Oh! ¡malvados cobardes!», exclamó el buen héroe. «¿Habéis querido asesinarnos durante nuestro sueño? Rara vez ha sucedido semejante desgracia á guerreros tan bravos.»

Dieron á la reina la noticia de que nada habían hecho sus enviados: ¡se afligió con razón! Ella pensó en otros medios, pues su alma estaba furiosa. Quería hacer morir á guerreros fuertes y buenos.

XXXI

De como los señores fueron á la iglesia

«De tal modo siento frío en mi arnés», dijo Volker, «que pienso que la noche no debe durar mucho. Por lo frio del aire opino que no tardará en ser de día.» Velaron por los muchos que aun dormían.

La brillante mañana iluminó á los extranjeros en la sala. Hagen comenzó á despertar á los guerreros para que fueran á misa á la iglesia. Según las costumbres cristianas, las campanas comenzaron á tañer.

Se escuchaban distintos cantos, marcándose así la diferencia entre cristianos y paganos. La gente de Gunter quería ir á la iglesia; todos habían dejado el lecho al mismo tiempo.

Avanzaron los guerreros llevando trajes tan magníficos como nunca los habían llevado héroes. Hagen experimentó pena y dijo: «Aquí es menester gastar otros vestidos.»

«Pues bien sabéis lo que sucede. En vez de rosas hay que llevar en las manos las espadas; en lugar de capacetes adornados, los brillantes y bien templados yelmos. Ya sabemos cual es el ánimo de Crimilda.»

«Tal vez hoy tengamos que combatir: quiero que lo sepáis. En vez de túnicas de seda, vestíos buenos tabardos; y en vez de ricas capas, llevad vuestros acerados escudos: si alguno os ataca, que podáis defenderos.»

«Mis queridos señores y amigos, id á la iglesia y rogad á Dios con todo corazón por vuestros cuidados y penas, pues estad seguros de que se acerca vuestra muerte.»

«No olvidéis nada de lo que habéis hecho y sed ante Dios humildes y sumisos. Quiero que sepáis, valerosos guerreros, que si el Dios del cielo no os salva, no volveréis á oir misa.»

Los príncipes y sus gentes se dirigieron á la iglesia El terrible Hagen hizo que se detuvieran junto al santo cementerio para que no se separaran, y les dijo: «Nadie sabe todavía lo que nos pasará con los Hunos.»

«Dejad, amigos míos, vuestros escudos á los pies, y si alguno os hiciera el saludo con hostilidad, causadle heridas mortales; este es el consejo de Hagen. Así aprenderán que sabéis portaros de una manera digna de encomio.»

Volker y Hagen fueron á colocarse ambos ante la anchurosa iglesia. Hacían esto porque sabían que la reina tenía que pasar por allí. Sentían terrible furia en su alma.

Llegaban ya el soberano del reino y su hermosa esposa, cubiertos los cuerpos con suntuosos trajes y acompañados de muchos esforzados guerreros que formaban su séquito. La caballería de Crimilda levantaba el polvo del camino.

Cuando el rico rey vió armados á los príncipes y á los de su acompañamiento, dijo: «¿Como es que mis amigos llevan sus yelmos? Esto me causa pena, á fé mía, pues no los he ofendido.»

«Os daré satisfacción de la manera que os parezca buena. Si os ha causado alguien pesar en el corazón ó en el alma, le haré saber que me ha ofendido. Cuanto pidáis estoy dispuesto á concedéroslo.»

A estas palabras, respondió Hagen: «Nadie nos ha hecho mal, pero es costumbre de mis señores permanecer armados durante tres días en todas las fiestas. Si alguien nos ofendiera, lo haríamos saber á Etzel»

La reina comprendió lo que Hagen quería decir y miró al héroe con rencorosos ojos. A pesar de todo, no dijo cual era la costumbre en su país, aunque mucho tiempo hacía que conocía las de los Borgoñones.

Por grande y fuerte que fuera la cólera de la reina, si cualquiera hubiera dado á Etzel noticias de lo que pasaba, hubiera evitado lo que sucedió después, pero por grande orgullo nadie quería confesarlo.

Crimilda se dirigió á la iglesia rodeada de la multitud, y los dos compañeros no quisieron ceder un paso de la

anchura de dos manos; esto causó gran pesar á los Hunos. Ella se vió obligada á rozar con los dos fuertes guerreros.

A los camareros de Etzel no pareció bien esto. Si se hubiesen atrevido á ello, habrían provocado el furor de los guerreros ante el noble rey. La multitud se apretó mucho, pero no hubo nada más.

Cuando terminó el servicio divino, é iban á salir, llegaron á caballo muchos Hunos. Al lado de Crimilda se veían muchas hermosas doncellas, y más de siete mil caballeros acompañaban á la reina.

Crimilda, con sus mujeres, estaba sentada á la ventana al lado de Etzel, lo cual le agradaba mucho. Quería ver pasar á caballo á los héroes esforzados. ¡ Oh ! ¡ cuántos altivos caballeros pasaron ante ella por la corte !

El mariscal había llegado allí con sus caballos. El fuerte Dankwart llevaba todo el acompañamiento que sus señores habían traído de Borgoña. Admiraron las monturas que llevaban los caballos de los Nibelungos.

Los principes y sus guerreros habían ido á caballo ; el atrevido Volker les comenzó á aconsejar que hicieran un torneo como tenían costumbre en sn reino. Los guerreros comenzaron entonces á esgrimir las armas.

No se arrepintieron de hacer lo que el héroe les aconsejaba: el ruido de los choques de las lanzas se hizo muy grande. En la corte se reunieron muchos hombres, á los que también comenzaron á mirar Etzel y Crimilda.

Llegaron al torneo diferentes hombres, guerreros de Dietrich, para encontrarse con los extranjeros. Querían justar con los Borgoñones y con placer lo hubieran hecho si les hubieran dado permiso.

¡ Oh ! ¡ qué de buenos caballeros habían ido con ellos ! Hicieron saber al héroe Dietrich, que no permitiera á los suyos justar con el acompañamiento de Gunter ; temía por sus gentes y esto era una gran desgracia.

Cuando se marcharon los que habían ido con Dietrich, llegaron de Bechlaren los fieles de Rudiguero en número de quinientos, los cuales entraron en la sala cubiertos con los escudos. El margrave sentía pesar, pues no quería que justaran.

Se acercó recatadamente á las compañías, y dijo á sus hombres que podían advertir como los que habían ido con Gunter estaban de mal humor y que le darían un placer con no tomar parte en el torneo.

Cuando se retiraron estos héroes, llegaron los de Turinga, según nos han dicho, y los fuertes de Dinamarca. A los golpes volaron en astillas las hastas de muchas lanzas.

Imfrido y Hawart llegaron al torneo : los del Rhin lucharon contra ellos con ánimo esforzado, esgrimiendo fuertes lanzadas contra los de Turinga; más de un fuerte escudo quedó agujereado.

Llegó el guerrero Bloedel con tres mil de los suyos. Etzel y Crimilda los vieron al momento, pues justaban ante ellos. La reina los vió venir con gran placer en odio á los Borgoñones.

Así pensaba en su interior y ocurrió más tarde. «Si ofenden á cualquiera, confío en que principiará el combate; podré vengarme de mis enemigos y terminarán mis cuidados.»

Schrutano y Gibecke, Ramunco y Hornbogo llegaron al torneo á la manera de los Hunos, é hicieron frente á los guerreros Borgoñones: las astillas de las lanzas saltaron por encima de las paredes del palació.

Por mucho que todos hicieron, no era más que ruído. En el palacio y en los salones se escuchaba el chocar de los escudos de los hombres de Gunter. Allí consiguió su acompañamiento grande honor.

El torneo era tan fuerte y tan animado, que los buenos caballos que montaban los guerreros arrojaban espuma á través de los bocados. Justaron con los Hunos por deferencia.

El fuerte Volker, el noble músico, dijo: «Creo que esos guerreros no se atreverán á hacernos frente. He oído decir que nos odiaban: nunca se les ha presentado mejor ocasión. »

« Ahora, » dijo el altivo rey, « es necesario llevar nuestros caballos; volveremos por la noche cuando sea hora. Tal vez entonces la reina conceda el premio á los Borgoñones. »

Vieron llegar á uno más bello que todos los Hunos que hasta entonces se habían presentado. En la ventana debía de estar la que amaba, y se adelantaba con tan airoso continente, que parecía un recien desposado.

Volker dijo : « ¿ Quien es el que llega ? Ese afeminado debe sentir mis golpes. Nadie lo podrá evitar, porque en ello vá su vída: ¿qué me importa á mí la cólera de la esposa de Etzel ? »

« No hagas eso si me quieres » le dijo el rey, « la gente nos censuraría si lo acometiéramos : deja que los Hunos comiencen, esto será mejor. » El rey Etzel seguía en la ventana al lado de la reina.

« Quiero animar el torneo » dijo entonces Hagen : « Hagamos ver á esas mujeres y á esos guerreros que sabemos cabalgar; de cualquier manera que sea, no concederán el premio á los héroes de Gunter. »

Volker el atrevido, entró de nuevo en la liza causando al corazón de muchas mujeres grandes sobresaltos. Esgrimió su lanza contra el cuerpo del rico Huno; se vió enseguida llorar á muchas mujeres y muchas doncellas.

Inmediatamente Hagen con sus guerreros, en número de sesenta, se dirigieron al sitio en que justaba el músico. Etzel y Crimilda veían todo aquello.

Los reyes no quisieron dejar sin ayuda al buen músico en medio de los enemigos. Fueron allá con mil guerreros caminando con gran maestria; todo cuanto querían lo llevaban á cabo cortesmente.

Cuando el rico Huno fué herido de muerte, se escuchó á sus parientes llorar y quejarse. Todo el acompañamiento preguntó : « ¿ Quien ha hecho eso ? Eso lo ha hecho el músico, Volker el esforzado artista. »

Los parientes del margrave de los Hunos, pedían á grandes voces sus escudos y sus espadas; querian dar muerte al músico. El rey había visto todo aquello desde la ventana.

Por todas partes lanzaban gritos los Hunos. Los príncipes y Volker hecharon pie á tierra ante la sala, y el acompañamiento de Gunter dejó á un lado los caballos. Llegó el rey Etzel y separó á los dos grupos.

(Continuará)





— ¡ Que poco abriga la bufanda ! Voy á empeñarla.



— Ahora á la taberna.



— Esto sí que abriga.



— ¡ Ole, ole, ole !



— Diga V. joven ¿donde estará mi bufanda?
¡ porque hace una hora que la busco y no la encuentro!

POR ESOS TEATROS

Ojeada general. — Inauguración de la temporada de Primavera en el Liceo. «Tosca» de Puccini. — Romea: «El regiment de Malgrat» comedia en cuatro actos de Melitón González. — Conciertos de la Filarmónica.

Concluída la Cuaresma y transcurridos los dios de Semana Santa en que se cierran la mayoría de nuestros teatros, ha empezado en la mayoría de ellos con gran actividad la temporada de Primavera.

El Liceo ha abierto nuevamente sus puertas con una compañía de ópera; el Tivoli ha dejado de hacer las veces de Circo Ecuestre para albergar por algún tiempo una aceptable compañía de zarzuela grande; el Granvia ha emprendido la campaña con una de zarzuela chica, formada por apreciables artistas valencianos.

En el Eldorado, en Romea y en el Principal, han continuado durante esta quincena las mismas compañías que en la anterior, presentando en conjunto escasas novedades.

El primer estreno de la quincena fué el de la ópera *Tosca,* de Puccini, verificado en el Liceo.

Basada la obra en el descabellado melodrama de Sardou, tan conocido de nuestro público, no llegó ni con mucho á satisfacer á los aficionados. Puccini, el mismo autor que en *La Bohème* supo cautivar al público con su habilidad de compositor que sabe los recursos de que debe valerse para alcanzar el aplauso de la mayoría, no ha sabido en *Tosca* hacer lo mismo, debido en gran parte á haber echado mano de recursos idénticos á los que usara en aquella su espléndida producción.

Por eso, oyendo *Tosca,* no puede menos el espectador que recordar ciertos trozos de *La Bohème,* lo cual á ratos despoja la obra de uno de los principales atractivos que debiera tener: el de la novedad. Recuérdense sino las escenas del primer acto y del segundo entre el tenor y la tiple.

En la orquestación no ha demostrado Puccini ningún adelanto sensible, notándose en ella cierto desequilibrio que redunda en perjuicio del buen efecto total.

Puede afirmarse que *Tosca* no llegó á convencer á nadie: ni á los inteligentes ni al gran público.

Con el teatro lleno de bote en bote, estrenóse en Romea la comedia en cuatro actos de Pablo Perellada (Melitón González) titulada «*El regiment de Malgrat.*» Arreglo de otra producción escrita en castellano por el mismo autor con el título de «El regimiento de Lupión», puede afirmarse que al ser vertida la obra al idioma catalán perdió buena cosa de su primitiva frescura, rayando en lo chavacano muchas de las escenas que resultaban en el original bastante graciosas.

Es un caso bastante común, entre los autores que escriben indistintamente en catalán y en castellano, el de creer que, para provocar la risa, les es lícito cuando usan el idioma materno apelar á medios de los cuales no osarían echar mano escribiendo en otra lengua. Lo cual hace suponer que niegan á la que mamaron en la cuna la superioridad que conceden á las demás. Y eso no deja de ser sensible.

Apesar de lo anteriormente dicho, puede afirmarse que hay en «El regiment de Malgrat» buen número de escenas y situaciones cómicas que provocan con gran eficacia las carcajadas del público y especialmente del público de las alturas.

La misma noche en que se estrenó «El regiment de Malgrat», púsose en escena en el mismo teatro la producción de Santiago Rusiñol y el Mtro. Morera «L'alegría que passa» que no obtuvo ni con mucho la interpretación que han dado á la obra otras compañías. Lo cual no impidió que fuera aplaudida la producción y aclamados los autores, que no pudieron presentarse por hallarse ausentes de Barcelona.

La Sociedad Filarmónica, que tanto ha contribuído á la educación musical de nuestro público, ha dado recientemente dos conciertos en Novedades, habiendo sido el mayor atractivo de ellos la presentación del pianista Risber, el cual conquistose con la interpretación de difíciles obras de eminentes músicos, los aplausos de los inteligentes.

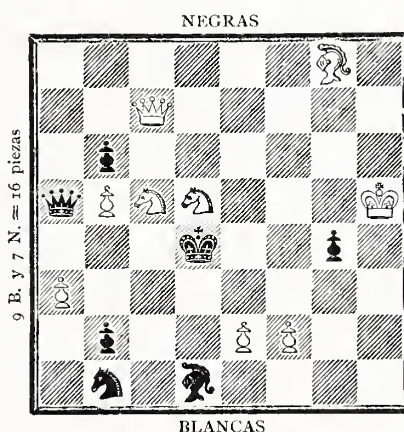
Las novedades que nos han ofrecido los demás teatros han sido escasas y de insignificante mérito.

UN ESPECTADOR

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 47. — J. FRIDLIZIUS

NEGRAS



BLANCAS

Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 46, POR J. DRTINA

Blancas	Negras
1. C 3 A R	1. P 5 A
2. D 2 A D	2. Cualquiera
3. C mate	

Variantes: Si... R p i C; 2. C 4 A, etc. — Si... R 4 D; 2. C 4 A jaque, etc.

ATLAS GEOGRÁFICO

Hermenegildo Miralles, Editor

BARCELONA

HISPANIA



EL HOMBRE SÍMBOLO

Entre las categorias de grandes hombres, hay la del hombre-símbolo, más brillante y deslumbradora que todas las demás. No es que sea posible separar radicalmente unas categorias de otras: el hombre-símbolo es también propulsor y el propulsor no lo es de una manera tan absoluta que no deje de simbolizar fuerzas propulsoras que actuan bajo su sombra. Pero unicamente los grandes genios reunen á la vez en grado eminente ambos caracteres.

Robert es el símbolo de una acción social y politica que ha removido hasta las entrañas á la actual sociedad catalana. Esfuerzos, sacrificios, victorias y esperanzas en él se resumen, á él refluyen, en sus esfuerzos, en sus sacrificios, en sus victorias encarnan.

Robert representa todo un momento de la vida catalana, resume el ideal y el sentimiento de nuestra tierra en uno de los instantes mas decisivos de su historia: el de colocar la primera piedra de nuestra restauración política.

Con su gloria personal se funde la gloriosa aureola del potente movimiento político-social al cual su nombre quedará indeleblemente unido.

Enrique Prat de la Riba

El Dr. Robert en la política

No han pasado cuatro años todavía desde que ví á Robert comenzar en realidad su carrera política y toda ella parece ya dilatada y distante, y se presenta, aun para mí que le acompañé en su campaña, con algo de la nebulosa grandiosidad que adquieren los hechos trascendentes de la historia.

Era en los momentos mismos de la deshecha nacional. Desvanecíase el pasado como una falsa leyenda, mostraba el presente en toda su crudeza el desorden, la desmoralización, la nulidad del Estado, y cerrábase el horizonte con oscuras nubes. La escuadra de Watson anunciaba su salida para Barcelona y comenzaba la zozobra de la gran ciudad indefensa. ¿ Qué iba á suceder aquí ? ¿ No serían seguramente más terribles que el bombardeo los desordenes intestinos de una sociedad regida por autoridades sin prestigio? En los círculos, en las sociedades, se hablaba de que era preciso oponer nuevas fuerzas al desorden y nuevos prestigios en que fundar una reorganización social.

De estas discusiones en el Ateneo nació la idea de juntar á los presidentes de las sociedades económicas para intentar una acción sobre la marcha del Estado. Pareciónos el presidente más indicado para hacer la convocatoria, el del Fomento, que lo era entonces Sallarés. De una conferencia con él tenida salió la convocatoria, de ella las representaciones de las sociedades á los gobernantes pidiendo que cesara la representación de aquella trágica y teatral resistencia en que cada escena era un desastre y una vergüenza, de la misma conferencia salió el plan de indicar á los altos poderes del Estado una nueva marcha política en que pudiesen hallar aplicación la inteligencia de personalidades no gastadas por el fracaso y de pueblos que por multiples causas estaban apartados de la jestión del Estado.

Sallarés desde el primer momento se inclinó á las soluciones regionalistas y fuimos á la primera reunión formal de los presidentes con esta idea Esperábamos y temíamos la opinión de Robert, presidente que había de ser de nuestro consejo por serlo entonces de la Económica de Amigos del País, la sociedad más antigua de las convocadas, y que especialmente, por sus extensas relaciones y personales prestigios, venía á representar entre nosotros la verdadera opinión de las clases conservadoras de Barcelona. Desde el primer momento la actitud de Robert fué decisiva: todo buen ciudadano debía acudir al lugar que se le señalare en la reorganización del País, era menester levantar y alentar las energías locales, las energías de las razas regionales más aptas para restaurar el Estado, era menester acudir á la Reina reclamando medidas que á ello condujeran El éxito de la representación nos pareció ya seguro. Los demás presidentes siguieron : el Marqués de Camps, del Instituto agrícola, con algun reparo, Sebastián Torres, de los Gremios, resueltamente.

No había posibilidad de hacer entrar al gran público de repente en un programa regionalista completo: yo mismo, que lo defendía, que había extendido el primer plan con su exposición de causas, lo comprendía así. Era menester reducir el programa de momento á cuatro ó cinco principios elementales que constituyeren un organismo funcionable, de vida propia administrativa para las regiones; tras de ellos vendría luego por



Alrededores de la casa mortuoria

si misma la acción política, y así se transigió y se convinieron los principios fundamentales, se convino también en la exposición de sucesos y puntos de vista en que debian apoyarse las conclusiones y Robert quedó encargado de la redacción del documento que había de llevarse á la Reina.

En la redacción de este documento mostró Robert para la política la asombrosa fuerza de asimilación y de exposición de ideas que todo el mundo le reconoce. Desgraciadamente aquel primer tanteo hubo de abreviarse por un lado para pasar rapidamente por ciertas ideas, diluirlo por otro para hacer viables ideas que en seco no habrían aceptado todas las sociedades, suavizar conceptos... en fin estropearlo para uso del público. La ductilidad de Robert se prestó á ello y se llegó á un acuerdo, pero el documento publicado no vale de mucho el original.

Tengo presente como si la viera en este momento la audiencia de la Reina. En mitad de la Saleta de recibo, con muebles familiares, con libros y cuadernos por encima de mesillas y repisas, como si hubiésemos ido á interrumpir una escena íntima, habla Robert, de pie; sobre su traje negro no luce ni una condecoración ni una insignia; grave, conmovido, razona con sentido acento, con voz velada expone las causas del desastre, la necesidad de acudir por nuevòs caminos á la salvación del Estado, pone á la disposición de la soberana las fuerzas vivas que Cataluña ofrece... La Reina, vestida de luto riguroso, oye de pie, al parecer conmovida también; contesta en términos breves, habla con frase entrecortada de los días terribles que acaban de pasar... Todo hace presumir que van á venir nuevos días, tristes pero de orden y de fructuoso trabajo. Breve ilusión.



Paso de la comitiva al pie del monumento á Colón

De momento pareció que iba á emprenderse una vía de restauraciones sociales. El cambio de gobierno, el llamamiento al poder de personalidades de representación en el país, especialmente en Cataluña, mantuvieron la espectación. ¿Era aquello un medio momentáneo de que se apaciguara la indignación general para seguir luego como antes, ó era que realmente se iba á la enmienda de vicios y errores? En estos momentos de espectación sonó el nombre de Robert para la Alcaldía de Barcelona. El prestigio era grande para el público pero para él no era menor el sacrificio de su tranquilidad, de su posición, de sus intereses.

Robert fué á la Alcaldía. Todos sabemos sus esfuerzos para encauzar y moralizar la administración municipal, las rémoras, los tropiezos que se le pusieron y como terminó todo con la campaña de los gremios y su honrosa dimisión.

Al poco tiempo, retenido yo en Madrid por deberes de mi cargo, recibí una comunicación del Ateneo Barcelonés, de que entonces era presidente, para que me juntara á los demás presidentes de las sociedades económicas de Barcelona. Iban á intermediar entre la resistencia de los gremios y el jefe y los gobernantes del Estado. En la estación nos reunimos, allí estábamos los mismos de la embajada anterior, excepto Sallarés á quien había sustituído Rusiñol. No hay nada que hacer, hube de decirles. Estoy aquí hace semanas, en todas partes hallo una atmósfera hostil contra las aspiraciones de Cataluña. Se han valido de manifestaciones hechas allá para crear aquí un estado de odio general. No harán, es más, no pueden ya hacer nada. Conocido el medio, el sistema ha sido seguro.

No obstante obramos como si tuviésemos fe completa en el éxito. Robert llevó la palabra ante la Reina, ante el jefe del gobierno y los ministros. Estuvo comedido como siempre, pero las acusaciones contra la administración las hizo con digna energía. En eso le dieron la razón pero en los remedios propuestos ya

no hubo contestación terminante. Había que restablecer el principio de autoridad: que los gremios depongan su actitud, nos decían, y podremos hacer las reformas prometidas. Resolvimos hacer omisión de las promesas, aconsejar á los gremios que abandonaran una actitud que ya no podía tener otra salida que la revolución ó la sumisión violenta y por nuestra parte reclamar el cumplimiento de lo ofrecido. Y vueltas las cosas á la normalidad, lo reclamamos. La contestación vino tardía, muy tardía y con promesas muy vagas. No juzgamos ni siquiera necesario darlas al público y contestamos ofreciéndonos para el día de las obras, que no ha venido.

La candidatura de Robert y de los demás presidentes para la diputación á Cortes sacó al pueblo de Barcelona de sus casas para llevarlo á las elecciones, á que no había concurrido en realidad desde los principios de la Revolución de Septiembre. Todos nos figurábamos que el esfuerzo para romper las mallas en que se tenía presa la voluntad de los ciudadanos, sería de momento inútil, que la elección no sería más que un ensayo para otro día. El éxito nos sorprendió á todos: á mi especialmente me cojió desprevenido. El nombre de Robert, su fama intachable, sus agradecidos, sus partidarios personales fueron gran parte de este éxito. Honroso, si, para todos, pero para Robert especialmente muy costoso. Entonces comenzó la campaña: los disgustos, las exigencias, los sacrificios desconocidos, la maledicencia que no ha terminado para él hasta que estuvo cerrada su tumba: el eco de la calumnia sonaba todavía por las calles al paso de su cadáver El que había sido siempre respetado por todos, propios y estraños, el sabio de alto pensamiento y elocuente palabra, el altruista, el hombre de corazón generoso, de honradez y desprendimiento imponderables era en su propia ciudad puesto á discusión indigna. Las calumnias sobre asuntos de honra le herían vivamente. Un día quería llevar una de estas cuestiones hasta el terreno de la fuerza. Fácilmente le disuadimos. Corazón generoso, ni siquiera sabía recibir mal al otro día á los mismos que le calumniaran.

En cambio su campaña en las Cortes le colmó de satisfacción y con razón podía estar orgulloso de ella. Él mismo lo decía: si no hubiese sido por sus deberes profesionales y de familia se sentía allí muy bien física y moralmente; si no fué querido, fué muy pronto respetado y admirado. Había que ver el cambio que se operó en el seno mismo del Congreso el día de su primer discurso. Aquel hombre sobre el que se habían amontonado necios cuentos y opiniones, el de los cráneos mal formados de que estaban allí tan ofendidos (cosa que en realidad no había dicho jamás) se levantaba en medio de la hostilidad de la Cámara, de las tribunas, de todo Madrid. Su simpática figura, su nobleza, la deferencia extremada para todo y para todos,



En el Cementerio

el cuidado, los circunloquios con que trataba siempre de evitar la ofensa al contrario, la fe y convicción con que defendía sus principios, causaron una sorpresa grata. El ogro de la leyenda de la prensa resultaba ser un gigante bondadoso.

En los primeros momentos las miradas se dirigían á él bajo rudo ceño, se oían murmullos desagradables. Junto á las gradas se agrupaban los políticos viejos, gruñendo, renegando de Cataluña y de los catalanes; algunos de estos, entre ellos un viejo diputado de las Constituyentes, hoy catalanista acérrimo, les contestaban vivamente. Nosotros temíamos, yo especialmente, temía uno de aquellos momentos en que sin saber porque, Robert, tan elocuente, se quedaba alguna vez á la mitad de un raciocinio. «No tema V., me decía, esto que ha visto V. que me ha sucedido en algun meeting es un efecto puramente físico; yo no pierdo nunca la





serenidad en una discusión como no me dé un vahido y hoy me siento bien» ¡El gran médico no se dió cuenta jamás de que uno de estos vahídos le llevara á la muerte!

Y efectivamente, la odiosidad se iba desvaneciendo á medida que hablaba, cambiábase en simpatía, y parecía que todos deseaban ser amigos de aquel hombre. Era realmente este un don de Dios de que él hacía ofrenda á la patria. Recuerdo que en un momento en que la mayoría se creyó obligada á protestar por fórmula de un concepto patriótico del Dr. Robert, salió de mi lado, del grupo hasta hacía poco furioso de los ex-diputados, una imprecación á los turiferarios del Gobierno: «Ese tiene más talento que todos vosotros juntos» Y los demás asintieron. Así era Robert en el Congreso.

Yo me quedé sorprendido. Jamás podíamos soñar efecto semejante. Hubiese ido allá un gran orador formado en las luchas parlamentarias, hubiese llevado un profundo y concienzudo estudio de nuestras doctrinas, hubiese sido un convencido de siempre, y no habría logrado tales resultados. Por el contrario era de temer de aquella discusión un conflicto y una rotura irremediables. Hoy pueden ir á aquellos bancos en que nos sentábamos, los combatientes jóvenes y de gran talento que tiene Cataluña; yo estoy seguro que aun que no logren nada positivo se les oirá desde el primer momento con deferencia. Las opiniones de Cataluña pueden ya resonar libremente en aquella sala, sin que se caigan por si mismos sobre el osado que las haga resonar, techos, paredes y galerías, como amenazaban en un principio Y entiéndanlo cuando vayan allí; esto lo deberan al doctor Robert.

* * *

Tanto como gustaba Robert de la deferencia y consideración general que se había ganado, le descontentaban las manifestaciones ruidosas. Pasaba verdaderos trabajos para escapar á ellas. El día del regreso, después de la discusión sobre el catalanismo, la multitud ejerció sobre él y sobre nosotros un verdadero acto de violencia. Nos encontramos llevados y metidos en un *landeau*. Hicimos tomar al cochero por un arroyo del Paseo de la Aduana para de allí dirigirnos hacia las calles interiores y la multitud rompió la fusta del cochero y se apoderó de las riendas, forzando al coche á pasar por los paseos centrales. Y emprendimos por el centro del Paseo Colón y de las Ramblas. Solo un momento vi á Robert de buen humor durante su forzada marcha triunfal; las pobres floristas de la Rambla, al ver pasar por junto á sus paradas el coche, cogieron brazadas de las flores que tenían por encima de las mesas y llenaron el *landeau* materialmente de ellas: la capota, los asientos, el pescante, quedaron cubiertos de alegres colores.

Este episodio me lo ha recordado otro del día del entierro, para todo el mundo desapercibido y para los pocos que lo vieron sin sentido. Bajaba tristemente el féretro en medio de la lluvia y de la desolación general por aquella Rambla por la que hacía unos meses subían á Robert en triunfo en un día brillante de sol y de entusiasmo. Frente á Belén, al embocar la Rambla central, sombría y sin flores aquel día, de debajo de una de las enlutadas farolas avanzó un grupo de muchachas floristas y una de entre ellas echó sobre el ataúd una brazada de lilas; era en recuerdo sin duda del día triunfal. Las pobres flores resbalaron sobre la madera pulimentada del féretro, se detuvieron un instante sobre las gasas, cayeron en el fango y la muchedumbre del séquito pasó inadvertida sobre de ellas.

LUIS DOMÉNECH



Bastón de mando que usó el Doctor Robert siendo Alcalde de Barcelona y que le fué regalado por el Excmo. Ayuntamiento, vecinos y colonia veraniega de Camprodón.

Los albores del catalanismo del Dr. Robert

Correría el mes de Septiembre de 1898 cuando tuve el gusto de visitar, en su lindo retiro de Camprodón, á quien ha sido después famoso campeón de la causa Catalana y alto ejemplo de virtudes cívicas, que la despiadada muerte nos acaba de arrebatar. Allí, en aquel retiro, tuvo la bondad de invitarme un día á almorzar, y recuerdo perfectamente que, tomando el café en la deliciosa galería de su casa con dos ó tres amigos más, hablóse de política.

Se habían perdido las últimas colonias españolas del modo que todos desgraciadamente sabemos; habían discutido nuestras cámaras, no de modo menos desdichado, la gravísima responsabilidad de los fautores del desastre, sin tomar acuerdo alguno que sirviese de escarmiento, y, naturalmente, así los comentarios de lo ocurrido como los pronósticos que podían aventurarse para el porvenir de España, habían de ser tristísimos. Aun los menos pesimistas, entre los cuales figuraba un diputado provincial afiliado al partido gobernante, mostrábanse desperanzados de un porvenir consolador. Nadie creía ya en la regeneración de la política española; nadie sabía vislumbrar siquiera, entre los que más figuran en ella, un hombre que fuera por si solo capaz de contener, en un momento dado, el derrumbamiento que nos amenazaba y que sigue amenazándonos. Los últimos gobiernos no habían hecho más que continuar la historia secular de la España propiamente dicha, guerrear para perder la hacienda de sus mayores. Los desprendimientos de soberanía de lo aportado en matrimonio por Fernando de Aragón y los más recientes de lo conquistado así en Europa como en América, maldita la enseñanza que habían dejado á los reyes y ministros de Castilla. La impericia y el orgullo de raza, causantes de ello, se perpetuaban indefinidamente y se perpetuarían hasta la consumación de los siglos como un vicio atávico ya imposible de corregir. Lo que aquellos hicieran, seguirán haciéndolo sus sucesores eternamente, y las víctimas propiciatorias de su vicioso sistema serán principalmente las pocas regiones de España que no viven del maná del Estado, sino del trabajo propio; Cataluña la primera, por la escasísima intervención que ha tenido siempre en el gobierno y por ser la que más suelen mirar de reojo los irreconciliables nietos del Conde Duque. La dependencia absoluta de unos gobiernos tan insensatos é incorregibles y tan atrasados en el camino de la civilización moderna, nos ahoga, cohibe nuestras legítimas aspiraciones de europeización, ataja, hasta si se quiere inconscientemente, el desarrollo de nuestra industria y de nuestro comercio, que sería portentoso, y constituye para la riqueza creada una perenne amenaza de muerte contra la cual hemos de vivir apercibidos. ¿Cómo evitar, pues, aquel daño y esta amenaza? hubo de preguntar alguno de los del concurso.

—Pues, reaccionando—contestó, inmediatamente y con voz firme, el Doctor Robert.—Acordándonos de que, un día, Cataluña por si sola, ó cuando más confederada con sus vecinos, llegó á hacerse dueña del Mediterráneo. Aunando todos nuestros esfuerzos para reconquistar la autonomía perdida. Sacudiendo cada uno la apatía política en que hemos venido viviendo los que como yo nos hemos consagrado solo al ejercicio de nuestra profesión privada.

—¡Doctor, doctor!—exclamó, entonces, uno de sus colegas á quien, por desgracia, han debido llorar ya también no pocos enfermos—Usted se nos vuelve catalanista; tiene la palabra el amigo Oller.

—Catalanista, catalanista, sí, lo que usted acabará también por ser—recalcó enseguida el Doctor Robert, acentuando la energía de su convicción con voz briosa y mirada rutilante.—Está ya resuelto: me voy con los señores—añadió, mirándome á mí.—Me he convencido de que solo ustedes ven clara la solución de ese espantoso problema; de que son los únicos patriotas verdaderos; de que nadie más que ustedes ha dado en la clave de la salvación de Cataluña y hasta diría de España entera si supieran las demás regiones reaccionar también contra el uniformismo y la pereza que las tiene abatidas.—

Y como á estas palabras sucediera aquel silencio respetuoso que suelen imponer las grandes verdades expresadas con convicción sincera, interrumpiólo él mismo para añadir aún:

—El entusiasmo, la fe de los catalanistas, son signo de nueva salud. ¿No nos amenaza la muerte? Pues á combatirla; hay que huir de ella.—

. . . .

¡Cómo me acordé de esto al leer en Enero último el hermoso artículo de mi eximio amigo Maragall, *El sentimiento Catalanista,* en la revista *La Lectura!*

«He aquí pues—dice al resumir—lo que significa »el movimiento catalanista: un amor y una busca de la »vida; un horror y un huir de la muerte.»

¡Qué coincidencia casi en la materialidad de las palabras! ¿Pero es acaso extraño que vean el sol del mismo modo cuantos gocen de una visión perfecta y no sean de los que no quieren ver?

Narciso Oller

30 de Abril 1902



En la mort d'en Robert

I

Los bons fills de Catalunya
bona feyna fan temps há:
van texint una bandera
que tothom hi posa má,
la bandera de la patria
qu'algun día han d'arborá'.

II

Los bons fills de Catalunya
si eran quatre, ja son cent,
ja son mil que la bandera
van texint seguidament,
cada fil un dret de patria
que no esquexará cap vent.

III

Los bons fills de Catalunya
n'han triat un dels germans,
li han donada la bandera
qu'es de tots los catalans:
— Ara es l'honra de la patria
lo que portas en tes mans!—

IV

Los bons fills de Catalunya
tenen bona y mala sòrt:
ja es plantada la bandera
que'l germá axecá tan fort,
l'arborá ab un crit de patria
y á sos peus hi caygué mort

V

Los bons fills de Catalunya
tenen prou de què plorá'...
Benehida la bandera
y la má que la plantá
y la nostra pobra patria
y son noble capitá.

FRANCESCH MATHEU



El Dr. Robert, médico

En el áspero camino de la vida, flaquearía á cada paso el ánimo si el ejemplo de los grandes elegidos no nos mostrara amorosamente la realidad del bien y el goce del esfuerzo encaminado á conseguirlo. Sólo la imitación de ese ejemplo da sabor á la vida! Por esto en los momentos de doloroso estupor que siguen á la desaparición de un varon ejemplar, cuyos talentos y cuyas virtudes le conquistaron no sólo un lugar preeminente entre los hombres de su profesión, sino, — lo que es más — un lugar escogido en el corazón de cuantos le conocieron, hay que apelar á todas las energías de la voluntad y de la razón para encontrar forma de sostener el espíritu en medio de tanta tristeza! Y la muerte en plena vida, llevándose en un instante, en un beso, las energías más lozanas, apagando en los labios la palabra elocuente, emocionada, reviste mayor majestad, conmueve más aún y causa mayor anonadamiento que cuando se aparece como el término de las tristes miserias de la enfermedad. Así fué, y es honda, hondísima la conmoción aflictiva que la muerte del Doctor Robert produjo en todos los corazones catalanes.

Y si lo lloramos como político convencido y capaz de convencer y de imponer el respeto á sus ideales; si lo lloramos como maestro doctísimo que consagró á sus discipulos las más hermosas flores de su inteligencia poderosa y lo más intenso de su amor, todavía debemos llorarlo con más y más amargas lágrimas como médico!

Porque Robert era ante todo el médico y todo él era médico. Verdad que era por naturaleza capaz de dar á su alma, sin esfuerzo ni exageración, todos los modos posibles. Ejemplo vivo del hombre más humano, lucía por modo admirable el equilibrio justo, preciso de todas las actividades intelectuales y morales. Si su inteligencia asombraba por lo vasta, por la capacidad portentosa de asimilación, que le permitía no mirar como árduo asunto alguno, pues al hacérselo suyo y exponerlo le hacía perder toda dificultad, no eran ciertamente menos vigorosas las dotes de su sensibilidad, delicada y fuerte á la par, y las energías de sn voluntad. Ponderación igual entre tantas potencias superiores ¡qué pocas veces se dará en la mísera criatura humana! Siempre con pleno dominio de la reflexión y la razón, sabía lo que quería y porqué lo quería; y su camino fué recto, proseguido toda su vida, con constancia, sin vacilar, sin un tropiezo, sin una desviación. Y con todo este conjunto de energías, bastantes para imprimir relieve al alma de un hombre, y por encima de todas estas dotes, como dándoles humano perfume que atraía hacia él, la modestia, la sencillez, el desinterés, el altruismo, la caridad, que le hacían hablar sin tratar de imponerse, escuchar con respeto la opinión del más ínfimo, mirar con indiferencia, no con desprecio, todas las grandezas mundanas y entregarse en cuerpo y alma al dolorido, al triste, al enfermo del cuerpo ó del alma. ¿Cómo no había de conquistar la veneración de todos sus convivientes si encarnaba tantas virtudes y las había consagrado por entero á la verdad, al amor, al bien?

«El amor á los hombres es el amor á nuestro arte», escribió Hipócrates. ¿De qué otro médico puede decirse con mayor justicia que del Doctor Robert que amó á su prójimo? Y esta es la condición esencial del médico.

Las dotes de inteligencia y laboriosidad, podrán hacer que, con cierta afición al estudio de las ciencias fisiológicas, cualquier hombre llegue á adquirir un caudal de conocimientos médicos, mayor ó menor según las aptitudes de cada cual y también según la época histórica en que realice sus estudios. Pero esto no bastará para hacer un médico. Sin duda un escolar aprovechado posee hoy una suma de conocimientos positivos en medicina, superior á toda la ciencia de Hipócrates, de Galeno, de Sydenham y aun de Graves. Pero aun no es médico; y en cambio si esos grandes astros del arte resucitaran hoy, mucho tendrían que aprender y muchos errores habrían de corregir; pero más de una vez, colocados en la cabecera del enfermo, en sus decisiones semi-intuitivas lucirían un criterio más fundamentalmente médico que algunos de los sabios á secas cuyos descubrimientos más nos admiran. Considérese que Robert, educado en esta que bien puede llamarse edad de oro de la Medicina, verdadero conocedor de las conquistas modernas, poseía además la inspiración artística de los grandes maestros, y se comprenderá lo que su muerte representa para los enfermos y para la profesión.



EL ENTIERRO DEL DOCTOR ROBERT.—PASO D[CO



CORTEJO POR EL LLANO DE LA BOQUERÍA

Fotografía de la casa Helius, objetivo Cooke

De su manera de asistir al enfermo, no hay que hablar siquiera. En Cataluña y fuera de ella era más que popular su nombre como médico cariñoso, compasivo, desinteresado. Su sola presencia era bastante para levantar el ánimo atormentado del que sufría y una palabra suya infundía esperanza. Para los deudos del enfermo, el fallo de Robert, favorable ó adverso, era poco menos que inapelable y así anunciara la curación, como si desconfiaba del poder de la ciencia ó vaticinaba la próxima muerte, después de oirle á él, todos quedaban con el ánimo aquietado, dando pábulo á la esperanza ó apelando á la resignación, pero sin dudar de la certeza de sus juicios. Y entre los médicos ocurría lo propio, pues—y esto solo hace su elogio,—la clásica *invidia medicorum* no le alcanzó. Al contrario. Dificilmente otro médico conquistará entre los de la clase respeto igual. Y es que además de ver en él un maestro y un sabio, los médicos sentían como todo el mundo la singular fascinación que ejercía y en la cual entraba por algo su gran prestigio, pero que principalmente era un don del cielo.

No es este el lugar á propósito para estudiar al Doctor Robert como hombre de ciencia, analizar las que eran bases fundamentales de su criterio, ni enumerar y juzgar sus obras y escritos. Ni tampoco me atrevería yo á tal empresa. En este breve apunte, que sólo aspira á ser recuerdo de su gran figura médica, únicamente quiero indicar algunos de los rasgos que le daban más poderoso relieve.

Asistió á la renovación de la Medicina, y su alma, enamorada de la ciencia y que veía con creciente entusiasmo la conquista de cada nueva fracción de verdad, supo conservar siempre la serenidad de juicio necesaria para no entregarse con ciego apasionamiento á ninguna escuela de las muchas que, fundadas al amanecer de todo descubrimiento, trataban de llevar inmediatamente á la práctica las consecuencias de más de una teoría, que luego el tiempo y los nuevos hallazgos, demostraban falsa ó exagerada. Y era porque su ardiente amor á la verdad, la severidad lógica de su entendimiento y la sujeción de su criterio á los rigores del buen positivismo experimental, lo tenían convencido, por las enseñanzas de la historia, de la caducidad de todos los sistemas fundados en las teorías del momento. Y se atenía á las sanas enseñanzas de la observación clínica, sincera, serena y desapasionada. No fué nunca de los entusiastas de la primera hora; mas tampoco fué nunca de los rezagados por misoneistas. Supo ver siempre en el hombre todo el hombre y cuando los progresos de la ciencia aportaban un nuevo adelanto y los espíritus fácilmente sugestionables creían hallado ya el secreto de las causas de enfermar y veían seguro el remedio, él, que tenía de la ciencia concepto más alto, esperaba, y en más de una cuestión el tiempo ha justificado su templanza.

Conociendo la viveza de su sensibilidad y su entusiasmo por la ciencia, causaría extrañeza que hubiera conservado siempre esa serena severidad si no se recordara que él no veía en el enfermo un sujeto de estudio,—achaque de más de un *sabio*,— sino un semejante que sufría y al cual no se creía autorizado á someter á experimentos aventurados.



Salón de consultas del Doctor Robert

Observaba, observaba siempre, y con admirable prontitud sabía recoger los datos de su análisis, de forma que muchas veces la brillantez de su síntesis intelectiva tenía apariencias de adivinadora intuición.

Formábase claro concepto de la personalidad de su enfermo, descubría la localización ó punto de partida del mal y su resonancia sobre el total organismo, y la claridad de su visión clínica era tan grande, que cuando la exponía, servido por aquella palabra inimitable, no dejaba en el oyente la menor duda: tenía que ser verdad lo que él decía.

Y nunca habló con rigidez académica, altisonante

y vana. Su lenguaje sencillo, fluido, preciso, sonaba tan lleno de vida, de convicción sincera, que conquistaba desde luego la atención y convencía.



Estudio del Doctor Robert

No veía en los procesos de enfermedad un problema con soluciones matemáticas, porque sabía que la vida es toda movimiento y que la fugacidad y la variabilidad de las reacciones orgánicas, escapan al cálculo. Sabía perfectamente que, en último análisis, los elementos esenciales de la enfermedad, como de la vida, deben ser reductibles á principios y leyes del dominio de las verdaderas ciencias naturales. Por esto era un adorador de la ciencia y se mantuvo siempre al corriente de sus adelantos. Pero tenía también y sobre todo el sentimiento, la noción íntima de lo que, siendo propio y exclusivo de la vida, todavía no se ha dejado averiguar por la ciencia, de lo que quizás nunca alcance á analizar la inteligencia humana. Y la grandeza de su saber, unida á este sentimiento esencial, llenaba de modestia sus palabras é imprimía á sus decisiones el sello de un arte soberano, gracias al cual cuando faltaban datos positivos suficientes para formar juicio que pudiera parecer exacto, procedía como por inspiración. Esta palabra, que á muchos médicos les suena como á heregía, responde empero á una realidad. Porque la ciencia va haciéndose, siempre está *in fieri*, y, en tanto, el enfermo no puede esperar á que nuestras construcciones científicas queden terminadas: pide alivio, consuelo inmediatos. Y hay que dárselos ó no se es médico. Para serlo, hay que apelar á la impresión personal, y entonces es cuando los elegidos lucen su inspiración.

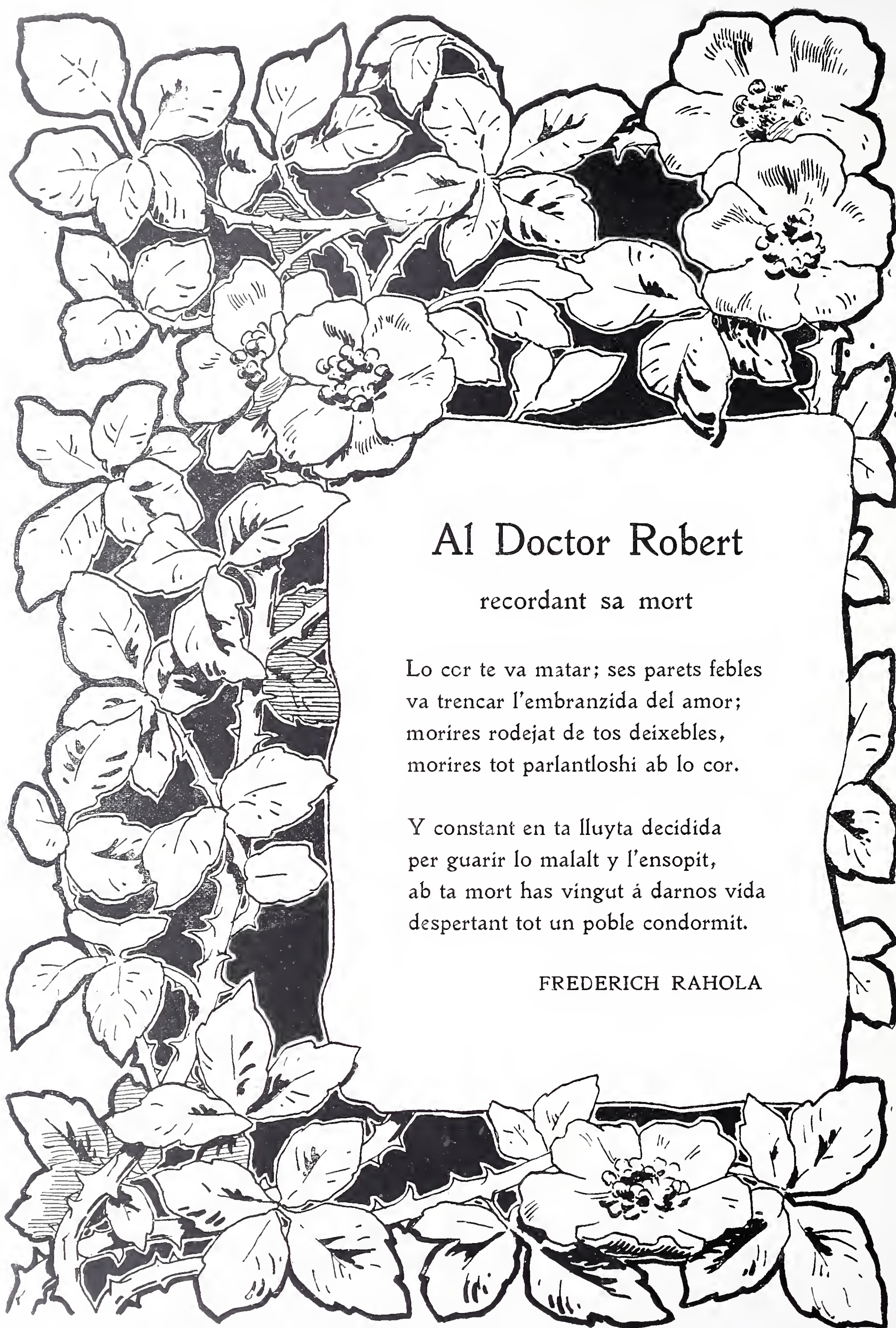
Formado su concepto con toda claridad y viendo los motivos de obrar ó la dirección que urgía emprender, deducía el doctor Robert con lógica rigorosa las indicaciones del tratamiento y entonces lucía la riqueza portentosa de su arsenal terapéutico, pues conocía como bien pocos los recursos de la farmacología y sabía utilizarlos en tales formas, que cada una de sus recetas era una obra de arte. Con igual oportunidad sabía escoger todos los medios de curar y con igual precisión juzgaba del momento preciso para apelar á los poderes de la Cirujía, cuyos progresos seguía con afán.

Mas no era sólo ni principalmente en la terapéutica armada donde iba á buscar sus mejores recursos. Conocedor profundo del alma humana, sabía encontrar en cada enfermo el resorte más sensible para despertar el deseo de vivir y con él la esperanza de la curación y sosteniendo el ánimo hacía más breves los tristes días de dolor.

El Doctor Robert ha sido durante veintisiete años profesor de Clínica médica y cuantos aprendimos de sus labios los principios fundamentales de esta disciplina, no podremos olvidar lo que valía como hombre de ciencia. Mas la ciencia seguirá progresando y las nuevas adquisiciones irán perfeccionando y modificando nuestros conceptos. Lo que no deberemos olvidar nunca es el ejemplo que nos ha dejado. Ejemplo que, por lo que respecta á la ciencia, nos enseña á conservar siempre la independencia de criterio que libra de todo apasionamiento, y que sobre todo, en la esfera del arte, nos demuestra que en realidad la Medicina es un sacerdocio y que la abnegación, el sacrificio de uno mismo, el desinterés, el altruismo, habrán de ser siempre las condiciones esenciales de todo médico.

Él encarnaba las principales virtudes de nuestro pueblo. Quiera Dios que un día, andando el tiempo, cuando con el renacimiento total pueda también hablarse de una Medicina verdaderamente catalana, sea la vida del Doctor Robert la que sirva de ejemplo!

J. Góngora



Al Doctor Robert

recordant sa mort

Lo cor te va matar; ses parets febles
va trencar l'embranzida del amor;
morires rodejat de tos deixebles,
morires tot parlantloshi ab lo cor.

Y constant en ta lluyta decidida
per guarir lo malalt y l'ensopit,
ab ta mort has vingut á darnos vida
despertant tot un poble condormit.

FREDERICH RAHOLA

El Doctor Robert

(ARTÍCULO BIOGRÁFICO)

DESAPARECIÓ súbitamente de entre nosotros, dejándonos sumidos en el mayor desconsuelo. La muerte le cogió por sorpresa, hiriéndole como quien dice por la espalda, mientras se hallaba en plena actividad, rodeado de sus compañeros, ó, mejor dicho, de sus discípulos, ya que aun los que no habían asistido como tales á su cátedra de Patología interna, no dejaban por eso de considerarle como el maestro indiscutible de cuyas lecciones se habían aprovechado á menudo.

Su muerte fué la del luchador que, enardecido por el combate, no pára mientes en los peligros que le rodean. Y es que el Dr. Robert, en aras de su amor al prójimo, se olvidaba de si mismo. Por uno de esos contrastes, más comunes en este mundo de lo que cree la mayoría de las gentes, el insigne hombre cuya memoria veneramos todos, defendía de la muerte á sus semejantes, exponiendo para ello la propia vida. El derroche de actividad que parecía alentarle desde los albores de su carrera, fué minando poquito á poco su naturaleza enfermiza y acabó con él.

Puede afirmarse que el Dr. Robert vivió y murió luchando... luchando encarnizadamente por el bien de su prójimo, al cual había consagrado todos sus esfuerzos.

Vivió luchando, sí. Porque ¿qué fué su vida más que una eterna lucha?

Nacido en Tampico (Méjico) el día 19 de Octubre de 1842, vino á Cataluña, su verdadera patria, cuando aun no había traspasado los albores de la infancia. Vino... y casi tan pronto como llegó empezó á luchar, y á luchar con verdadero provecho. Que lo digan sino los premios que llegó á alcanzar y las consideraciones de que le hicieron objeto sus profesores.

Todos los años, al llegar la época de recoger el fruto de sus trabajos y de sus desvelos, veíalos el estudiante Robert convertidos en una verdadera lluvia de *sobresalientes* que eran, si no la envidia, la admiración de sus compañeros. Los *premios* que alcanzó fueron seis, sin contar entre ellos el extraordinario de licenciatura, del cual se hizo acreedor en el año 1864.

Alumno interno por oposición durante sus estudios, hizo, según uno de sus biógrafos, la guardia de noche en el Hospital durante cuatros años consecutivos.

En pago de sus desvelos y de su intenso amor á la Ciencia, terminó su explendorosa carrera escolar con la codiciada nota de *sobresaliente,* ganada en buena lid en los ejercicios que practicó para la obtención del grado de Doctor.

Los que fueron sus condiscípulos, cuentan que su vida de estudiante fue ejemplar como pocas, como debe serlo la de todo hombre que aspira á ocupar un lugar eminente en cualquier rama del saber humano.

Ya concluidos sus estudios, ganó por oposición en 1870 la plaza de médico mayor del Hospital de



El Dr. Robert y su nietecito



El Dr. Robert, á los 22 años

la santa Cruz, cargo que ejerció hasta el año 1875 en que, vacantes las cátedras de Patología interna de las Facultades de Barcelona, Valencia y Santiago de Galicia, obtuvo la de nuestra ciudad, por haber conquistado el primer lugar de la primera terna.

De su explendorosa carrera como catedrático y como médico eminente, no hay que hablar. Basta con consignar el extraordinario prestigio y el respeto que supo conquistarse entre los de su clase, que le consideraban en su totalidad como al maestro más digno de ser respetado. Hasta los mismos que lo habían sido suyos, llegaron á considerarse discípulos. Tanto y de tal magnitud era su talento.

Por eso son innumerables las distinciones de que se le hizo objeto, tanto en España como en los países más adelantados del mundo civilizado. Por eso en innumerables congresos médicos celebrados en distintas capitales de Europa, la voz del Doctor Rober fue escuchada por los más eminentes sabios venidos de todas partes de la tierra. Por eso eran en número crecidísimo las Academias científicas de España y del Extranjero que albergaban en su seno al Doctor Robert ó que le contaban como socio correspondiente.



A los 26 años

Y lo más notable del caso es que aquel hombre consagrado á la Ciencia, aquel médico eximio cuyos servicios disputábanse las clases más elevadas de nuestra sociedad, no desdeñaba jamás el trato con los humildes, á los cuales asistía con la mayor solicitud, desvelándose para devolverles la salud perdida, haciéndoles objeto de singular predilección.

Según cuenta un su compañero, el Doctor Suñé y Molist, saliendo en cierta ocasión de una consulta en una casa de gentes menesterosas, entablóse entre los dos el siguiente diálogo:

El Doctor Robert:—¿Les cobra usted algo por sus visitas?

El Doctor Suñé:—No... pero eso no reza con usted. Ya se yo que han hecho cuanto han podido para recojer unos cuartos con que pagarle su consulta.

—Pues dígales usted que no me obliguen á hacer el papel de la fiera de la fábula, que se lo comía todo, no guardando nada para los demás.

Y como la familia del enfermo se deshiciese en frases de agradecimiento, las rehuyó diciendo:

—¡Ea, á cuidar al enfermo, que de mi ya no deben cuidarse ustedes más... por hoy!

En otra ocasión, saliendo de madrugada para ir á dar un paseo á caballo, encontróse á la puerta de su domicilio con una mujer, una pobre madre que iba á implorar sus servicios al Doctor, de quien le habían dicho que era el único ser capaz de arrancar de la muerte á su hijo.



Ejemplar del discurso leído por el Doctor Robert en el XII congreso de Medicina de Moscou en el año 1897. Oferta que le hizo el abogado don Ernesto Vilaregut.

Este se encontraba enfermo de gravedad en una barriada extrema. El Doctor Robert tenía que cumplir ciertos compromisos. ¿Qué hacer?

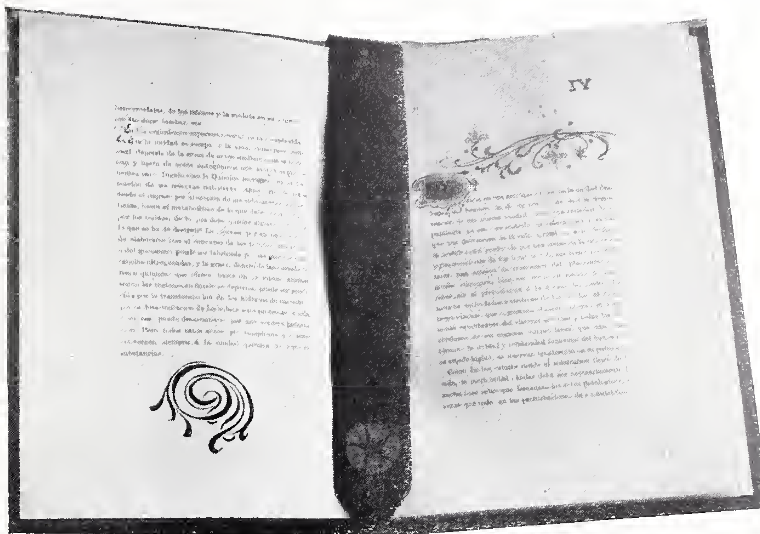
—En este momento—dijo á la buena mujer—no me es posible complacerla, pero si tengo un rato, iré á ver á su hijo.

Y se alejó de ella, dirigiéndose á la cuadra donde debía encontrar el caballo ensillado ya.

La excursión debía realizarla en compañía de un amigo. Ambos estaban ya á punto de emprenderla, cuando el Doctor, de cuya mente no se apartaba el recuerdo de aquella madre dolorida, exclamó de súbito:

—¡Vámonos á ver al enfermo!

Y al trote largo se dirigieron al domicilio que les había indicado la desventurada madre, llegando al mismo antes que ella. Y desde aquel día continuó el Doctor Robert visitando al enfermo, dejando cada día al despedirse una moneda de cinco pesetas con que sufragar los gastos de la enfermedad, pues se trataba de una familia sumamente pobre.



Páginas del discurso de Moscou

Hechos de esta clase abundan en la vida del Doctor Robert de una manera asombrosa. De ahí su inmensa popularidad y el gran amor que sentían por él los barcelonsese todos, desde los de las clases más encopetadas hasta los de las más humildes y menesterosas, desde la aristocrática y nerviosa dama que lloró su muerte recostada en mullidos cojines hasta la sencilla mujer del pueblo á quien oímos exclamar mientras pasaba por las calles de Barcelona la imponente comitiva que fue á rendir el último tributo al cadáver del Doctor Robert: — *¡ Que n'era de bo pel pobre !*

Y la mujer que decía esto, lo decía con lágrimas en los ojos... dos lágrimas ardientes, que rodaron por sus mejillas para ir á juntarse con las que enviaban á la tierra las nubes, deshechas en lluvia como en señal de duelo.

Detalles como el anterior son una excelente prueba de la popularidad de que gozaba el Doctor Robert y de la estima en que se le tenía.

Estima y popularidad que tenía bien merecidas, ya que se las había ganado en buena y noble lid, luchando día y noche, en la cátedra y en el parlamento, en su casa y en las de los demás, en la calle y en los salones de las Academias científicas, para el bien de sus semejantes.



A los 30 años

Los cargos que ejerció son innumerables. Fue presidente de la Academia de Medicina y Cirujía durante cuatro bienios consecutivos; lo fue dos veces de la Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas; ocupó la vice-presidencia en el Congreso Médico Internacional reunido en Barcelona en 1888 con motivo de la Exposición Universal; tomó parte activa en los Congresos Médicos de Berlín, Roma, Moscou, etcétera; fue durante varios bienios vocal de la Junta provincial y de la municipal de Sanidad, viéndose obligado, en cumplimiento de su cargo, á prestar servicio durante la fiebre amarilla en 1870 y durante el cólera en 1885.

Tantos y tan señalados servicios prestó en dichas ocasiones, que fue recompensado por el Gobierno con la Cruz de Carlos III y por el Ayuntamiento con honoríficos diplomas y medallas.

De la gestión política del Doctor Robert, no hemos de hablar aquí, por cuanto la autorizada pluma del docto catedrático de esta Escuela de Arquitectura, don Luís Doménech y Montaner, ya lo hace por nosotros en otro lugar de este número.



Company, fot. - Madrid

Último retrato del Dr. Robert

Sin embargo no debemos dejar de señalar la entrada del Doctor Robert en la Alcaldía, ni la campaña de moralización emprendida por él desde el sillón presidencial de nuestro Ayuntamiento, ni su salida triunfal del Consistorio, motivada por haber prestado su auxilio á nuestros industriales, cuyos derechos se veían en peligro por las concupiscencias del fisco.

La bandera de regeneración que había desplegado desde la presidencia del Municipio, fue la misma que empuñó en la memorable campaña en favor del Concierto Económico, durante la cual tanto y con tanto fruto



Casa-torre del Dr. Robert, en Sitges

trabajaron él y los demás presidentes de las sociedades económicas más prestigiosas de Barcelona.

De las campañas del Doctor Robert en el Congreso no hay que decir una sola palabra. Ahí está su compañero de Diputación, el meritado señor Doménech, para hacerlo con mayor autoridad que nadie. Juntos batallaron, juntos lucharon á brazo partido contra las preocupaciones y malquerencias de los unos y contra la mala fe y la estupidez de los otros.

El sentimiento que ha experimentado Cataluña por la muerte del ilustre patricio ha sido dolorosísimo. El que han experimentado los que fueron sus compañeros ha sido aterrador.

Los de profesión que en la noche de su muerte se encontraban con él en los salones de la casa Pince, al verle caer desfallecido, sin fuerzas para continuar el brindis que pronunciaba con el aplauso de todos, rompieron en llanto y en lamentaciones, doblemente emocionantes si se tiene en cuenta que las lanzaban hombres curtidos, acostumbrados á batirse cara á cara con la muerte.

Sí, aquellos hombres lloraron... lloraron como lloró Barcelona á la mañana siguiente, mientras corría de boca en boca la triste noticia... como lloró Cataluña, como lloró España entera y como lloramos nosotros al emborronar las cuartillas en que intentamos evocar la memoria del ilustre hombre público, del médico eminente, del ciudadano de acrisolada honra y de intachable conducta.

¡ Dios le haya acogido en su seno !

* * *

BIBLIOGRAFÍA :

Entre las producciones dadas á luz por el Doctor Robert, se encuentran las siguientes, cuyo número dista mucho de ser completo:

Programa razonado de Patología interna. Volúmen de 400 páginas. 1876.

Traduccion y prólogo de la obra *Patologia celular,* de Rudolf Virchow. 1878. (En colaboración con el Doctor Giner.)

Emfermedades del aparato digestivo. Volúmen de 581 páginas. 1889. (En colaboracion con el Doctor don Emerenciano Roig y Bofill.)

Patologia medica. Apuntes de las lecciones dadas por el Doctor don Bartolome Robert y don E. Cardoner y revisadas por aquel profesor. Dos ediciones. 1894 y 1899.

En forma de folleto ó bien en revistas científicas, publicó también el Doctor Robert innumerables obras, asi como notables prólogos. etc.

Véase la siguiente lista:

Zona, tratamiento antineurálgico; curación. (Independencia médica) 1876.

Prologo al « Tratado de Patología Interna » del Doctor C. F. Kunce. 1877.

Prologo á la edición española de la obra « Manual de Patologia Interna » de G. Dieulafoy.

Tratamiento antipiretico, sus indicaciones y contra-indicaciones. Trabajo presentado al Congreso Medico de 1888.

La Medicina de hoy. (Revista de Ciencias Medicas). 1893.

Bradicardia, « Revista de Ciencias médicas », 1e94.

Patogenia y tratamiento de los delirios neumónicos, comunicacion al Congreso de Medicina de Roma, 1894.

Congreso internacional de Roma, « Revista de Ciencias medicas » 1894.

Curso de Clinica general del Doctor Letamendi. Revista citada, 1894.

La Grippe actual. Revista citada 1895.

Pasteur. Revista citada. El mismo año.

La Hiposistolia y su tratamiento, revista citada, 1896.

Sobre Seriterapia, revista citada, 1896.

Sobre la enfermedad de Aransa, revista citada, 1896.

Aneurismas de la aorta, Dificultades del diagnóstico, revista citada. 1897.

Jose de Letamendi, Necrologia, revista citada. El mismo año.

Caracteristica de la Patologia humana en sus relaciones con la Terapéutica, discurso del Congreso de Moscou, 1897.

Congresode Moscou, 1897.

La peste bubónica, folleto, 1897.

Apendicitis, Revista de Ciencias Médicas, 1898.

Jaime Pi y Suñer, recuerdo necrológico leido en la Real Académia de Medicina y Cirugía de Barcelona, 1898.

Relaciones de la Patologia mental con los Tribunales de Justicia. Conferencias dadas en la Universidad, folleto, 1898.

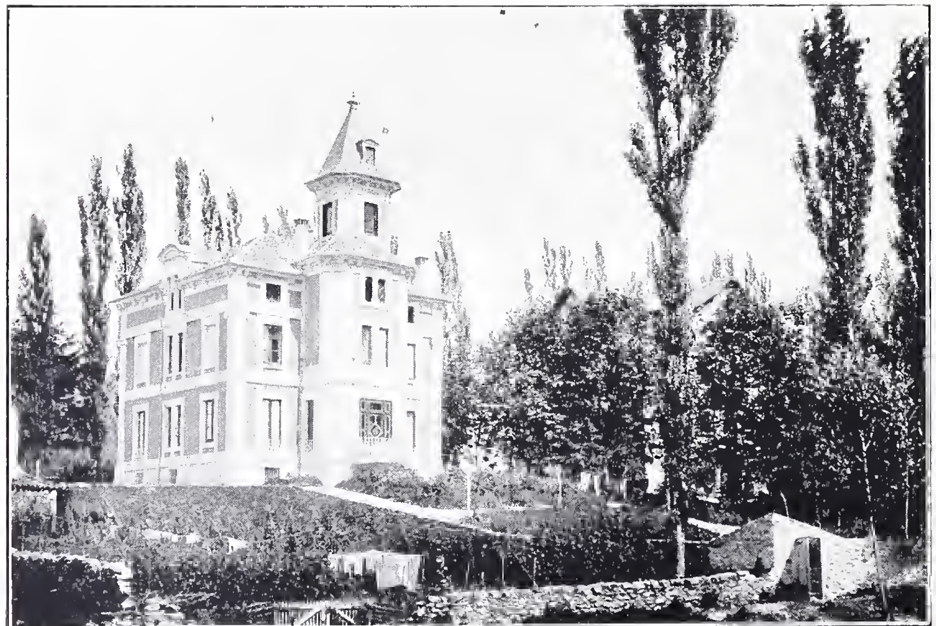
El Oportunismo es terapéutica. Revista de Ciencias Médicas, 1899.

Infecciones agudas recidivantes. Revista citada, 1900.

Discurso de contestación al Doctor don Manuel Ribas y Perdigó.

Discurso leido en la « Solemne sesión pública que la R. A. de Medicina de Barcelona » celebró para honrar la memoria del Doctor don Franeisco Salvá y Campillo, en 1901.

Y un sinnúmero de trabajos de distinto carácter cuyos titulos es materialmente imposible agrupar, y entre los que deben recordarse las conferencias dadas en la Academia « El Laboratorio » sobre el tratamiento de la dispepsia; los diseursos pronunciados en el Ateneo sobre el « Hipnotismo », sobre « La Antropologia y la Historia » y sobre « La célula social », etc., etc., etc.



Casa-torre del Dr. Robert, en Camprodón

POR ESOS TEATROS

Incidente cómico. — «Las flors del desert», drama de D Jaime Brossa, estrenado en Romea. — La compañía francesa del Principal. — Los demás teatros.

Después de un invierno de relativa calma, parece que la primavera haya sacudido la modorra á la gente de teatro. Durante la quincena que acaba de transcurrir no ha habido teatro en que no ocurriera algo de que poder hablar en una crónica de espectáculos.

Hasta ha habido su miajita de incidente cómico El tenor Ibos, comprometido para cantar varias funciones en el Liceo, se ha ido con la música á otra parte, dejando con un palmo de narices á nuestros bonachones burgueses, entre los cuales no ha dejado aun de rendirse culto al dios tenor, á pesar de los esfuerzos de los wagnerianos para desterrar semejante adoración, que consideran perjudicial al arte... y que verdaderamente lo es.

Sin embargo la huída no ha tenido consecuencias más que para el bolsillo del empresario, pues, descontando las buenas entradas que el tenor le hubiera proporcionado, tenía ya desembolsados algunos centenares de pesetejas que han volado con el cantante. Eso sin contar las que deben haberle costado los remitidos que ha hecho insertar en los periódicos narrando la partida serrana que le había jugado el *voluble* artista.

¡ Todo sea por el arte !

De todos modos, la temporada en el Liceo ha concluído bien, habiéndose ganado muchos aplausos el tenor Palet, en quien ha tenido el público ocasión de apreciar visibles adelantos.

La compañía que, dirigida por el primer actor don Enrique Borrás, actúa en el teatro Romea, ha estrenado recientemente un drama en tres actos, original de don Jaime Brossa y cuyo título es «Las flors del desert».

A pesar de los antecedentes del autor, *afiliado al modernismo militante*, el drama estrenado en el teatro de la calle del Hospital pertenece al antiguo régimen, debatiéndose en él un problema de honor ya tratado por muchos autores catalanes y con singular acierto por algunos de ellos.

Trátase del eterno galán que seduce á una doncella de condición humilde y la abandona para casar con una joven de elevada posición, la cual, á su vez, enterada de la vida pasada de su pretendiente, rehusa darle la mano de esposa.

El único mérito de la obra es el de estar desarrollada con cierta sobriedad, no desprovista con todo de algún que otro exceso de lirismo. Por lo demás, los caracteres resultan abocetados, sin gran relieve ni mayor consistencia, lo cual contribuyó no poco á que la interpretación resultase pálida y monótona por parte de todos los artistas. La obra no daba más de sí.

Los actores señores Larra y Balaguer se despidieron noches atrás del público del principal, cediendo el sitio á una compañía francesa de declamación que debutó en dicho teatro á los pocos días, poniendo en escena la obra de Dumas «L'ami des femmes», en cuya interpretación dieron prueba todos los artistas de que estaban perfectamente poseídos de sus respectivos papeles.

Sin embargo, ni en aquella producción ni en las que representaron después, tuvimos ocasión de apreciar cualidades escepcionales en ninguno de los elementos que constituyen la compañía, disgregados de las más notables de París.

De todos modos, las veladas que nos han proporcionado aquellos artistas han sido del todo agradables y muy especialmente para las familias de la colonia francesa que alberga Barcelona, la mayoría de las cuales acudieron á aplaudir el arte de sus compatriotas.

El Tívoli ha continuado durante la quincena con su compañía de zarzuela grande, habiendo efectuado la *reprise* de «Don Lucas del Cigarral», que, como siempre, fue recibida con nutridos aplausos del público.

En el Eldorado no ha habido otras novedades que los estrenos de «La Venta Eritaña» y de «Los nenes». El libro de la primera no ofrece gran novedad, lo cual se perdona sin esfuerzo gracias á algunos números de música verdaderamente hermosos. La segunda no tiene importancia mayor bajo ningún concepto.

Los demás teatros, esceptuando el de la Granvía, en que se han estrenado algunas obritas valencianas, han continuado como estaban.

Un Espectador

HOJEANDO LIBROS

«En Miseria» Poema de Apeles Mestres. - «Florescencia». Col-lecció d'ensaigs literaris d'Ortensi Güell.

Tenemos sobre la mesa un montón de libros... De todos debemos decir algo en las páginas de esta revista, pero el espacio nos falta.

Esperando tenerlo suficiente para dedicar á todos la debida atención, nos contentamos por hoy con formular juicio respecto á dos de ellos: «En Miseria,» poema catalán de Apeles Mestres y «Florescencia», colección de trabajos del malogrado Hortensio Güell, publicados por el padre del autor.

Ambos libros son interesantes. En el primero, Apeles Mestres nos presenta un hermoso cuadro de carácter medioeval, cantando en correctos y harmoniosos versos un asunto originalísimo. La pulcritud y el esmero con que están construídas las estrofas, la naturalidad en la narración, el suave perfume popular de la mayoría de los versos y el pensamiento filosófico que encierra el poema, hacen de este una joya de inestimable valor.

El libro «Florescencia», apesar de contener solamente trabajos en prosa, resulta también el libro de un poeta... De un poeta desequilibrado si se quiere, pero poeta al fin. Hojeando aquellas páginas, no puede menos el lector que lamentar la prematura muerte del que las escribiera, cuyo temperamento artístico había hecho concebir á todos los que le conocieron muy halagüeñas esperanzas.

Felicitamos cordialmente al padre del autor por la publicación de tan interesante volumen.

HISPANIA



78 -15 MAYO 1902

HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

SUMARIO



— Lo que me monta á las narices no es precisamente el capital sino esos tipos que trabajan.

A OFRECER LAS FLORES

I

A principios del mes de Marzo, dijo el señor cura á doña Manuela Mendoza:

— Este año ya cumple seis Josefina, y puede usted, por lo tanto, arreglarle sus ropitas para que sea una de las que ofrezcan las flores á la Virgen.

Y la octogenaria señora agradeció al párroco que se hubiese acordado de su nietecilla, y, no obstante su casi precaria situación, la alegró extraordinariamente la invitación del sacerdote, y corrió presurosa á dar cuenta de la grata nueva á su nieta:

— ¿ No sabes... no sabes lo que me ha dicho don Tomás, Josefina?

Y la niña, agarrándose ansiosa á las faldas de su abuela, la interrogó con visible impaciencia:

— ¿ Qué te ha dicho abuelita, qué te ha dicho? .. ¿Que iré á ofrecer las flores este año?

— ¡ Pero que chiquilla, Dios mío! — exclamó doña Manuela, agradablemente impresionada por la fina perspicacia de la rapazuca.

— ¡ No es eso!... ¿ Verdá abuelita que no es eso? — añadió la pequeñuela entre convencida y dudosa.

—¡Sí, si es eso, mocosina! ¿Pero cómo diantres lo has adivinado?... ¿Te comunicas de noche con tus compañeros los angelitos que están en el Cielo, y ellos te lo han dicho?

—¡Ay que gusto, abueluca mía, hay que gusto!— gritó Josefina, más alegre que unas pascuas—¿Y me comprarás un vestido blanco, y un velo blanco, y una corona blanca, y unos zapatitos blancos, y unas calcetucas blancas, verdá abuela?

—Te lo compraré todo, todo, á condición de que seas buena, de que te apliques en la escuela, y de que me quieras mucho, ¿oyes?

—¡Pués qué! : ¿ te quiero poco abuelita?

—¡No; no me quieres poco, Josefina; pero muchas veces, en lugar de estarte quietecita en casa, haciéndome compañía, te marchas á enredar por ahí y me dejas sola... solita con Dios!

—Pues no lo volveré á hacer, ¿eh, abueluca rica?

Y terminó el diálogo, confundiéndose la anciana y la niña en tierno y amoroso abrazo.



II

Huérfana de padre y madre desde la edad de dos años, Josefina no había conocido otro cariño que el de su abuela, ni otros labios que los de su abuela la habían besado maternalmente. Juntas vivían en el amplio y vetusto caserón donde doña Manuela naciera, juntas dormían, con sus cabezas y sus brazos en contínuo contacto é intimidad y juntas compartían las necesidades y escaseces á que las condenaba el ya exiguo patrimonio que restaba á la hija de don Fausto Mendoza, el que fué un día el hombre más acaudalado y respetado de la comarca. Pero en medio de sus privaciones y apuros, doña Manuela se consideraba



feliz, por tener á su lado á la hijita de su hija difunta. Porque lo que ella decia: —¿Qué sería de mí, Dios mío, si muerto mi marido y muerta mi hija, no me hubiese quedado para compañía y para consuelo éste pimpollito, esta encantadora criatura que parece que me ha hecho olvidar hasta á su abuelo y su madre?

Lo único que intranquilizaba á ratos á la amantísima abuela, la única preocupación que la embargaba y solía entristecerla profundamente, era el pensar que, como era «tan vieja,» se moriría el día menos pensado, y entonces... ¿qué sería entonces de su adorada Josefina?... ¿Sería Dios tan bondadoso y clemente para su nieta que la concediera á élla doce ó quince años más de vida, á fin de poder dejarla casada ó en aptitud de campar en el mundo sin ayuda de nadie?... Y cuando caía abismada en tan tristes pensamientos, llamaba a su nietecita, la sentaba sobre sus rodillas y la decía muy callandito:

—Oye, Josefina de mi vida: cuando rezas por tus papás has de acordarte de rezar también porque yo no me muera hasta que tu seas grandecita, ¡sí! Porque, ¿qué sería de tí, preciosa mía, si te quedaras ahora sin tu abuelita?

Y la chiquitina, empañados los ojos en lágrimas, escuchaba atentamente la recomendación de su abuela, y sensible al instinto de felicidad y de dicha, sentíase presa de tierna melancolía y acababa por besuquear estrepitosamente á su segunda madre, diciéndole al oído:

—No llores, no abuelita... ¡Ya verás, ya verás!... Rezaré muchos... muchos padrenuestros y muchas avemarías todas las mañanas y todas las noches, y así no te morirás nunca, ¿verdá?

III

Llegó el mes de las flores, como se llama profanamente al mes de Mayo, ó el mes de María, que dice poseído de ardiente fé el pueblo católico, y la angelical Josefina no soñaba con otra cosa más que con su vestidito blanco, con sus zapatitos blancos de piel de ternera, con sus guantes blancos de hilo, con sus calcetucas blancas, con su tul ó gasa de extremada blancura, que la llegaba desde la cabeza hasta los pies, y con su corona de flores y rosas también blancas, todo de una nitidez que parecía envolverla en un nimbo de maravillas celestiales.

El equipo completo lo había encargado doña Manuela á la capital de la provincia, y desde el día que se lo enviaron, á fines de Abril, se lo puso un ratito todas las tardes la chiquilla para ensayarse en las ceremonias del ofrecimiento ante el altarcito que, *ad hoc*, improvisó la abuelita en la sala.

Y como era lista y muy presumidita y muy airosilla, daba gloria verla acercarse al altar, depositar el canastito de flores á los piés de la Imágen, y retroceder, haciendo vénias y genuflexiones, hasta el sitio que simulaba ser las gradas de la capilla de la Virgen.

La víspera del primer domingo de Mayo, ó sea del día en que habían de empezar en la iglesia los festejos á María, dijo doña Manuela Mendoza á su nieta:

—¡Mira, hija mía, no te olvides de pedir á la Virgen que me proteja contra las enfermedades, hasta que tú seas mocita!

Y la niña abrazó á su abuela tiernamente, y empezó á cantar con argentina voz:

«¡ Venid y vamos todos,
con flores á porfía,
Con flores á María
...que Madre nuestra es!»

IV

¡Pobre Josefina! Precisamente aquella tarde, cuando ella se hallaba ya tan emperegilada y peripuesta, cuando el campanero había redoblado el primer repique anunciando que el rosario iba á empezar, cuando tenía ya en sus manos el cestito repleto de rosas, lilas, claveles, dálias, y alhelíes... su abuelita que, compuesta también para ir á la iglesia, la contemplaba embelesada y bulléndole la satisfacción por todo el cuerpo, se indispone repentinamente, desplómase en el suelo, y gime lastimeramente:

—¡Ay, Jesús!... ¡Me muero!... ¡¡Josefina de mi alma!!

. . . .

. . . .

Cuando el médico y algunos vecinos que habían acudido en socorro de la anciana señora, salieron de la habitación en que, ya mejorada, se encontraba la enferma, observaron encantados que Josefina, la dócil nietecilla de doña Manuela, estaba en la sala de hinojos ante el improvisado altar de sus ensayos, con el canastito de flores delante de ella, las manitas cruzadas, llorosa, compungida, y *diciendo* á la Imagen con bellísimos mohines de súplica:

—¡¡No me lleves á mi abuelita, Virgen mía, no me lleves á mi abuelita!!

Desiderio Marcos



Ilustraciones de Carlos Vázquez

DARÁN RAZÓN

PRIMERO: «porque tenía Reyes, el pianista del café, aquella nariz que, si bien como nariz dejaba mucho que desear, lo que es como rábano madrileño sólo le faltaban las hojitas.»

Segundo: «porque, siendo Reyes un jamón bien conservado y muy *amigo* de coquetear con las parroquianas del café, siempre que fueran hermanas, amigas ó *señoras sueltas*, se abstenía prudentemente de todo coqueteo cuando se trataba de madre é hija.»

Tales eran los dos únicos misterios que para mí tenía la vida de Reyes. Todo lo demás, desde las aventuras de su infancia hasta su devoción á Goltschalk, me era perfectamente conocido.

Y no hay que añadir que los susodichos misterios tampoco me importaban un comino; pero el café estaba desierto, caía la tarde y llovía como los versos de una oda; había pues que combatir el hipnotismo ambiente (?) con alguna narración tomada *del vivo*.

— Capítulo primero — dijo Reyes; — *pues sabrás* cómo el año 82 me casé canónica, civil y gustosamente con la señora Demetria Rodríguez y Rodríguez, que hoy es el día en que no tengo por qué arrepentirme de ello, que juntos hemos pasado muchas veces las de Caín, cuando las lecciones escaseaban y que las de Abel las pasé yo solo en el portal de mi casa el día infausto en que murió una correctísima nariz griega del propio Córdoba...

Reyes ahogó en un sorbo de achicoria el resto del recuerdo.

Y continuó:

—El día 20 de Marzo de 1883, diez meses después de mi matrimonio, doña Demetria puso en manos de la comadre una niña que se llamó Fé, y á los diez meses de esto, otra niña que se llamó Esperanza...

—Y á los diez meses...

—No: conté previamente con el dueño del café y se negó á tener Caridad.

Reyes hizo una pausa.

—Capítulo segundo: Han pasado catorce años. Demetria se mantiene muy fresca; Fé y Esperanza son dos muchachitas de nariz griega de Córdoba; yo me defiendo bastante bien, y Pilarcita viene todas las noches y ocupa con su madre aquella mesa del rincón. Hace un año de esto. A la madre y á la hija les gusta extraordinariamente *El despertar del león* y yo rujo todas las noches en mí bemol y Pilarcita me mira muy tiernamente como diciendo:—¡Ay, pobrecito! ¡cómo estará cuando ruje de esa manera! Por último me proponen que dé lección á Pilarcita, después de saber por mí que soy soltero, que vivo en campañía de unas señoras y que Pilarcita tiene la mano admirablemente conformada para el piano; conformación que examiné durante diez minutos, y haciendo ejecutar á Pilarcita todos los movimientos de la mano.

— *Glissez; n'appuyez pas.*

—Pilarcita se inflamó como la pólvora, el proyectil fué su madre y el blanco...

—¿Quién?

—¡Mi mujer!

—¿Qué?

—Que doña Teresa y Pilarcita, convencidas de que yo iba derecho á casarme con la última, se arrancaron á pedir informes de mi persona á las *señoras solas* ó que hubieran vivido solas sin mi compañía.

—¡Caracoles!

—Al principio de la conversación todo fué bien. Doña Teresa buscaba para su hija un profesor de piano; mi mujer hacía mi elogio; mis hijas estaban calladas, y doña Teresa y Pilarcita se deshacían en alabanzas de mi manera de tocar.

Nueva pausa. Yo no me atrevía ni á respirar.

—Capítulo tercero,—dijo Reyes.—Doña Teresa, que era tonta de capirote y á quien habían sido muy simpáticas... mis *patronas*, se *salió* como la leche que cuece y dijo á Demetria: Señora, veo que con usted se puede tener confianza (cosa que ella veía enseguida con cualquiera); yo vengo á tomar estos informes con tiempo, como se deben hacer las cosas, porque me parece que las relaciones están en camino de que esta niña se case con don Reyes.—¡Con papá!—exclamaron simultáneamente las dos chicas. Esta revelación levantó en alto á doña Teresa; gritaban ella y mis hijas, Pilarcita quiso hacer añicos un retrato mío del cual había colgado los ojos desde que entró...

—Y tu mujer les daría azotes.

—Mi mujer, pasado el primer momento de estupefacción, se reía con los hombros y con todo el cuerpo; acompañó á doña Teresa y á su niña hasta la escalera y las asaeteó á cumplidos que hacían en las otras el efecto de flechas envenenadas. Todavía me gasta bromitas.

—¿Y se acabó la historia?

—Capítulo cuarto,—exclamó Reyes—Yo, que soy un bestia, tuve por conveniente entrar en mi casa en el momento preciso en que pisaba el portal doña Teresa que, con la sofocación, estaba verde.

—¡No serían insultos!

—Te equivocas. No me dijo una sola palabra. Me metió el abanico por la nariz, con tal fuerza, que se rompieron las varillas.

—Y la nariz.

Reyes levantó el índice hacia el rabanillo, como diciendo: «á la vista está.»

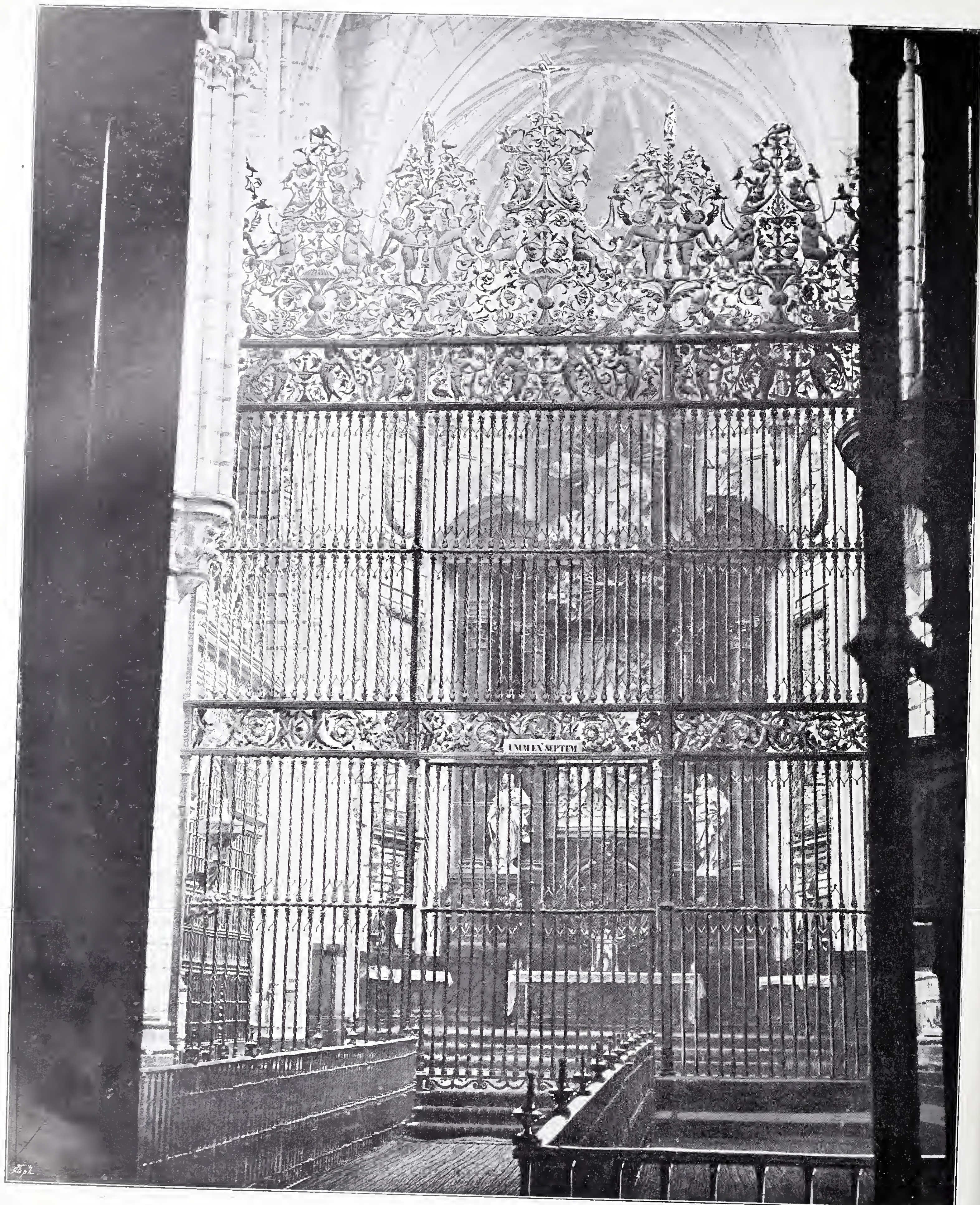
Yo le dejé en esa postura.

F. SERRANO DE LA PEDROSA



FACHADA DE LA CATEDRAL DE CUENCA

Herraiz, fot. - Cuenca



ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE CUENCA

Herraiz, fot. Cuenca

CUENCA Y SU CATEDRAL

La catástrofe recientemente ocurrida en Cuenca ha hecho que todos dirigiésemos la atención á aquella capital de Castilla la Nueva. Los periódicos han dado conmovedores detalles del hundimiento de la torre de aquella Catedral, el edificio más notable é importante de la población.

Fué fundada en 1178 por Alfonso VIII y es de sencillo y severo estilo gótico. Destácase casi á los dos tercios de la altura del cerro en que la ciudad se asienta, y su fachada, que corresponde á la plaza, fué restaurada con poco gusto en 1664, aunque vista desde cierta distancia presenta buen aspecto. Llégase á ella por una escalinata ceñida de balaustres, y presenta tres portadas, dos ojivales y semicircular la del centro, con un rosetón en el segundo cuerpo protegido por una ojiva. Las arquivoltas de las portadas son enteramente lisas, las repisas carecen de efigies, y en vez de las delicadas ojas y sutil arquería del estilo gótico á que pertenece el resto del templo, vense por todas partes fruteros y colgajos que el reformador de la fachada, José Arroyo, prodigó en ella. A los lados del rosetón hay dos grandes balcones y sobre una pesada cornisa, entre dos linternas octógonas, una estátua de San Julián.

La torre cuyo hundimiento costó tantas lágrimas era cuadrada y de su plataforma se alzaban en pirámide tres filas de arcos sobrepuestos, terminando en una figura de bronce ó giralda; en dicha torre estaban las campanas y dos relojes, uno para el interior del templo y otro para la parte exterior.

El altar mayor de dicha catedral, construído con ricos jaspes y mármoles de la provincia, trabajados con mucho gusto y esmero, fué hecho por el renombrado arquitecto don Ventura Rodriguez en 1785. Ostenta cuatro grandes columnas de estilo corintio y de jaspe morado con manchas blancas y sus esculturas é imágenes son todas extranjeras, habiendo venido de Génova el bajo relieve que representa la imágen de la Virgen y figura en lugar preferente de dicho altar, estando decorado con una cortina de perspectiva de ángeles y serafines, las estátuas de San Joaquín y Santa Ana que hay á ambos lados, el precioso ático que corona el altar y en que está representado el Padre Eterno, y los ocho medallones de estuco que, figurando episodios de la historia de la Madre del Salvador y los cuatro Evangelistas, adornan en dos series los muros de esta capilla mayor. Dos modernas é insignificantes verjas cierran los lados del presbiterio; pero la de entrada, labrada en 1557 con plateresco primor por Hernando de Arenas, es una maravillosa obra de arte, digna de la fama de los herreros de aquella época.

* * *

La consternación que produjo en toda España la catástrofe de Cuenca; el interés que despertaron los trabajos llevados á cabo para intentar el salvamento de las víctimas; el peligro inminente de perecer en que se hallaban los que realizaban dichos trabajos, despreciando la constante amenaza en que les tenían los lienzos de muro que habían quedado en pié, son cosas que no pueden describirse. No hay más que recordar el interés con que el público se enteraba de todo lo referente á la ciudad teatro de tan infausto suceso.

Y si esto sucedía en toda España, calcúlese con cuanto mayor motivo debía de suceder en aquella ciudad, de reducido número de habitantes, — 7.500, — casi aislada en medio de la pendiente del cerro de San Cristóbal, separado por grandes despeñaderos y sinuosidades llamadas Hoces, de otras dos eminencias más elevadas que dominan casi por completo la ciudad.

La situación de esta resulta por demás pintoresca. Los ríos Júcar y Huécar, afluente éste de aquel, ciñen la población, lamiendo los cimientos de sus antiquísimas murallas; el Huécar corre en dirección S y O, separando el arrabal del antiguo caserío; el Júcar lleva sus aguas por la parte N, y uno y otro, bañando los enhiestos peñascos y elevadísimas cortaduras, contribuyen á aumentar los medios defensivos de la ciudad, pudiéndose inundar con ellos los arrabales y la llanura y haciendo de este modo sumamente difícil la entrada. Por las antigüedades encontradas en esta población supónese con fundamento que existía ya en la época romana, pero sólo empezó á tener alguna importancia en la árabe, como fortaleza muy apreciada llamada Conca, regida por un gobernador dependiente del emirato de Córdoba. Pasó luego al de Toledo cuando éste se declaró independiente; fué después una de las ciudades que constituyeron el dote de la conversa Zaida, mujer de Alfonso VI, pero andando el tiempo cayó de nuevo en poder de lo muslimes de quienes la rescató Alfonso VIII en 1177. En la guerra de sucesión se declaró por Felipe V, á pesar de que toda la parte oriental de España era afecta al Archiduque. Las casas de la ciudad descienden hasta lo más profundo del valle, donde se extiende el arrabal. Vista Cuenca de frente y desde abajo presenta el aspecto de una pintoresca pirámide de edificios por encima de la cual descuellan otras pirámides de peñascos, contrastando la blancura de aquellos con el color ceniciento de éstos y del paisaje en general. Las calles son empinadas, tortuosas, estrechas y sombrías, aunque últimamente se han reformado algunas. En el arrabal, unido á la población por algunos puentes sobre el río Huécar, está la calle de Madereros, vulgo Carretería, que es la principal y en ella se halla el comercio, el Gobierno civil, la sucursal del Banco de España, los casinos, y las fondas. La plaza mayor es de forma irregular, teniendo en uno de sus frentes la casa Ayuntamiento, y en otro el convento de monjas Petras, ambos con fachadas bastante elegantes: en uno de sus extremos la catedral contribuye á dar mayor realce al conjunto. Los principales edificios de Cuenca son la Catedral, las iglesias de San Miguel, de Santo Domingo de Silos, y de Santa María de Gracia, antigua sinagoga, la casa de Beneficencia, de suntuosas proporciones y el Hospital de Santiago. Tiene también esta capital Teatro, plaza de Toros, casinos y varios paseos y jardines, figurando entre ellos la Alameda y la Glorieta Nueva.

Los arrabales de San Francisco, San Agustín, la Trinidad, el Puente y Tiradores de la ciudad de Cuenca, situados en la parte más llana y al Oeste, se comunican con la población, circuída por los ríos Júcar y Huécar, por medio de varios puentes. El más notable de todos era el de San Pablo, que reproducimos en este número, construído sobre el segundo de dichos ríos en el siglo XVI por don Juan del Pozo, canónigo de la catedral y el cual facilitaba el paso desde la ciudad al antiguo convento de Dominicos. Por su solidez y hermosura considerábasele análogo á los mejores que nos dejaron los romanos; pero no hace mucho tiempo derrumbóse uno de los arcos, impidiendo por consiguiente el paso por él y quedando en el estado en que se ve en la adjunta lámina. Este puente mide unos 100 metros de longitud por 150 de altura, apoyando sus extremos ó estribos uno en la colina de la ciudad y otro en el cerro de enfrente; consta de cinco arcos desiguales, algunos de ellos con pilares de 40 metros de elevación, que suben desde el profundo cauce del río, semejando elevadísimas torres de piedra toscamente labrada, y constituyendo una obra de verdadero atrevimiento.


GÖSCHL

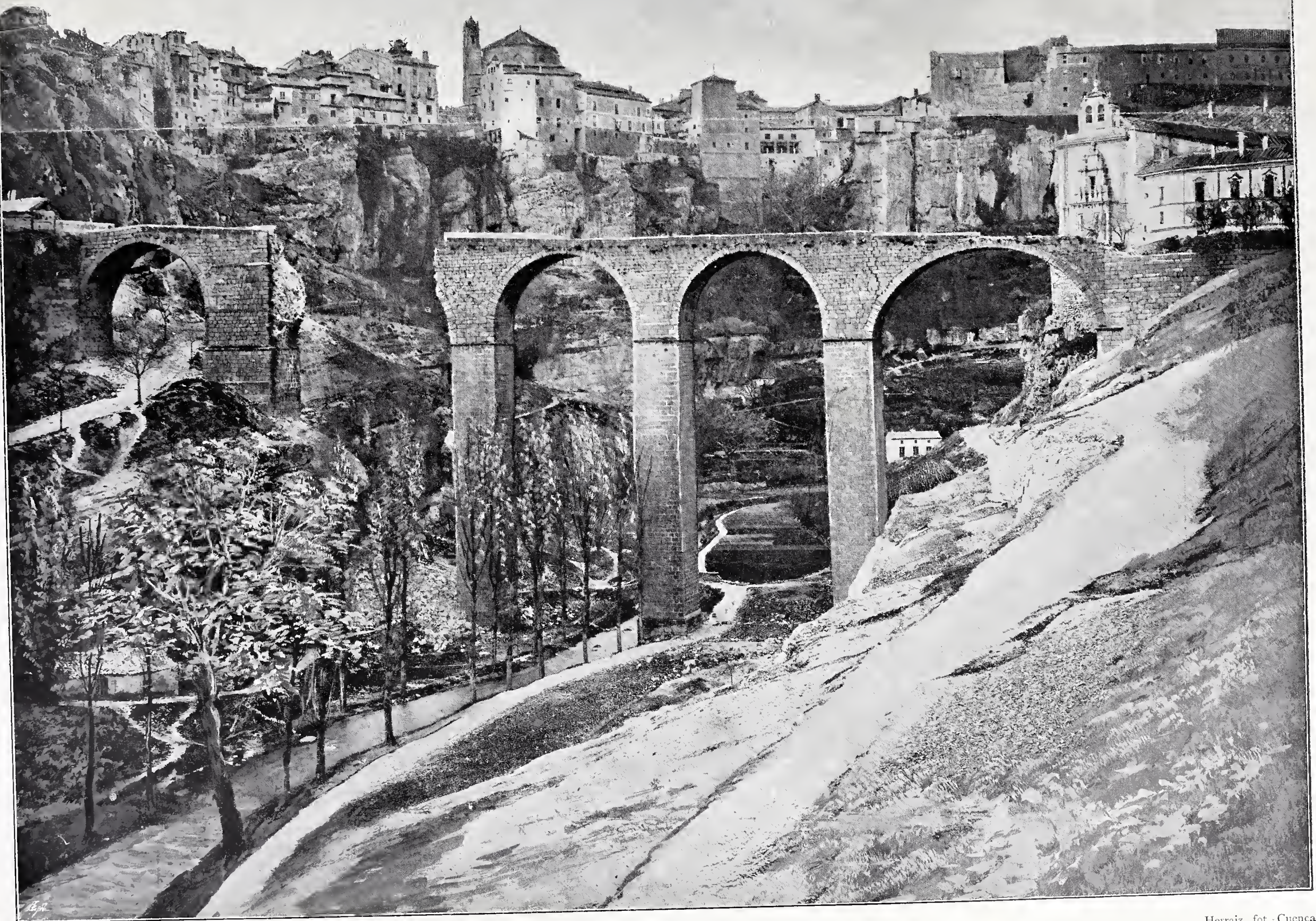


VISTA PANORÁMICA DE CUENCA



Herraiz, fot.-Cuenca





PUENTE DE SAN PABLO EN CUENCA

Herraiz, fot. Cuenca

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Como los hombres oscuros se elevan á la celebridad repentinamente, gracias á sucesos que apasionan ó consternan al mundo entero, así hay lugares ignorados en la superficie del globo donde el caprichoso girar de la ruleta histórica arroja una cruz de sangre, y por esa sola marca toman ya posesión de una casilla perpétua en la memoria de los vivos. ¿Quien sabía poco ha en España que existiese Ladysmith y quien lo ignora actualmente? Pues esta ciudad sudafricana tiene en sus anales una nota romántica. Ladysmith significa *la Señora de Smit,* porque tomó su nombre de la esposa de un célebre gobernador de aquella región ó *ínsula,* Sir Harry Smith. No puede ser más novelesco el suceso que motivó el casamiento de aquel ínclito gobernador. Naturalmente, en aquella época era solo uno de tantos capitanes, joven, apuesto, ardiente al estilo rubio y caballeroso al de la época. Era en 1812, cuando el asalto de Badajoz; las tropas inglesas se hallaban en plena borrachera de victoria y de brutalidad; los atropellos se consideraban como desahogos legítimos. Entre las personas maltratadas por la soldadesca, hubo dos extremeñas *extremadamente* lindas, hermanas, que se acogieron á la protección de los oficiales ingleses: habíanles arrancado los pendientes de las orejas y se hallaban en lastimoso estado de desfellecimiento. No hubiesen sido aquellos militares espejo de galantería si tan hermosas niñas no hubieran encontrado seguro refugio en su aflicción. De las dos, la más jóven tenía catorce años y se llamaba Doña Juana de los Dolores de León. Y esta fué la gran suerte del capitán Harry Smith, porque se prendó de Doña Juanita y se casó con ella tras cortísimo galanteo. Se cuenta y no se acaba de esta valerosa extremeña, *Lady Smith.* En la jornada de Waterloo tuvo energía suficiente para recorrer á caballo sesenta millas en busca de su marido, porque se susurraba que estaba tendido en el campo. ¡Qué buena madera la de aquellas antiguas españolas! ¡Qué excelente pasta la de todas las damas de todos los países! No hay mejor ni más hermosa arcilla. No hay rumbo como el suyo en el querer y en el dar. Leo en «The Lady's Realm» que una señora de América (se calla el nombre) ha obsequiado al Padre Santo con una tabaquera de inmenso valor, dentro de la cual iba un cheque de cincuenta mil duros como *óbolo* en la colecta anual para el dinero de San Pedro. Este es un donativo de mujer opulenta sin aroma de ternura: S. S. conservará seguramente mejor recuerdo de aquella maternal campesina que para su jubileo le obsequió con una enormidad de confites envueltos en un vastísimo pañuelo de hierbas, porque Leon XIII tiene una pasión por las golosinas.

En el mismo periódico viene un cálculo aproximado del valor de los regalos hechos á León XIII desde su exaltación al trono pontificio: diez millones de duros. Solamente en su jubileo recibió, entre otras magníficas alhajas, 28 tiaras, 319 cruces de pedrería, 1.200 cálices, 81 anillos de subido mérito, uno de los cuales era regalo del Sultán y valía *cien mil duros.* Recibió también 16 báculos de oro y piedras preciosas, 7 estátuas de oro y plata y, cosa notable, el diamante mayor del mundo, valorado en 800.000 libras esterlinas, regalo del ex-Presidente Krüger.

Ahora que vengan los economistas y que me nieguen que hay en el mundo muchísima gente que tiene muchísimo dinero de sobra. En medio de todo es un consuelo esta superfluidad que nos abruma, porque el planeta que habitamos, por ahora, está ya muy viejo, es defectuoso y necesita reparaciones urgentes. Tanto y tanto fachendear con las maravillas de la ingeniería moderna y apenas hemos hecho nada más que arañar una estrecha raya en la arena del istmo de Suez. Que por medio de un ferrocarril se hayan aproximado el Atlántico y el Pacífico, algo es, no lo niego, pero todavía no está Pekin en los arrabales de París, ni El Cabo se da la mano con El Cairo; todavía falta dar el pellizco en Panamá ó en Nicaragua. Indudablemente, el mundo no está bien así.

Los ingenieros rusos son los más valientes ortopedistas del planeta. Lo primerito que van á operar es el canal del Báltico. Trátase de unir por medio de una ranura navegable el Duna y el Beresina: estos rios se comunican ya por medio de un canal insignificante, pero sería menester ahondarlo y ensancharlo en una distancia de mil millas, á fin de poner en fácil comunicación el Báltico con el Mar Negro. El único inconveniente es que el agua del canal se helará durante parte del año.

Pero tiene más miga el proyecto de construir una gran presa en el estrecho de Kertck para elevar diez pies el nivel de las aguas. Actualmente el Mar de Azof es tan somero que los buques tienen que anclar muy lejos de los puertos principales, lo cual grava enormemente el comercio ruso de exportación. El autor de dicho proyecto es el teniente Mendeleyef, hijo del famoso químico que ha descubierto la ley de periodicidad de los cuerpos. Parece que la tal obra no solo es factible, sino que constituye un buen negocio.

Y si los rusos alteran el nivel del Mar de Azof ¿porque no han de hacer lo propio con el Mar Caspio y el lago de Aral? Represando las aguas de los rios Obi y Tobol es posible obtener una corriente capaz de cuadruplicar el área del lago Aral y duplicar el Mar Caspio: el resultado sería mejorar el clima de un enorme territorio ruso, dar habitabilidad á los desiertos y obrar el milagro de que los Cosacos del Don y las provincias del sudeste, que solo tienen hoy cosechas periódicas, puedan rivalizar en lo sucesivo con las comarcas mejo regadas del imperio.

Seamos optimistas: el mundo rueda y se va puliendo; no solo se mejora el medio, sino que tambien se mejora

la mente; no solo la máquina se perfecciona, sino que hasta el ruido de la labor es cada vez más agradable. La literatura moderna es á mis ojos muy superior á la antigua, aunque la opinión contraria sea la corriente entre los doctos. Quizás esto dependa de olvidar que la producción literaria se ha centuplicado en pocos años y que, tomándola en masa, el mérito de las obras de ingenio se diluye y pierde en la multitud de los escritos civiles. Refiriéndose á la literatura inglesa, el doctor Garnett, que ha sido hasta hace poco Bibliotecario del Museo Británico y que toda su vida la ha pasado escribiendo, manifiesta sin ambajes que los literatos de hoy no pueden ser favorablemente comparados con los que florecieron cuando la reina Victoria era jóven. Garnett lo atribuye, y esto es muy curioso, á la gran masa de lectores de mal gusto y corta ilustración que la sociedad moderna ha improvisado. Esto equivale, según yo entiendo, á acusar á los literatos de aduladores de las masas cursis. Sin embargo, el doctor Garnett reconoce que Jorge Meredith y Tomas Hardy casi se han sostenido á la altura de Carlyle, Ruskin, Thackeray y Dickens.

Habiéndose pedido á tan venerable experto una lista de los mejores libros, veo qae coloca en primer lugar á la Biblia, Shakespeare y Milton. Esto basta para saber que el doctor Garnett, no pudiendo ser Académico, como lo sería en España, es clasicista neto. Yo no sé ver cual es el mérito literario de la Biblia inglesa. Naturalmente, la importancia del libro como documento religioso no se pone en tela de juicio, pero una de las muchas maravillas que no tienen explicación es que haya tanto cristiano capaz de leer con paciencia el anticuado inglés de la Biblia, un inglés repleto de pedantería, conceptuoso, amanerado, tal como lo gastaban los profusos, confusos y difusos clérigos del siglo de Isabel. Que no somos únicamente los extranjeros los que notamos esta imperfección del estilo bíblico *inglés*, lo demuestra la edición que ahora se está vendiendo del Antiguo Testamento, *traducido al inglés moderno*.

El buen gusto casi se cifra en saber remozar lo antiguo y en encontrar una patina aceptable para lo nuevo. Lo moderno enteramente crudo y flamante pocas veces calma la sed artística. Así, en épocas de manufactura insolente ó cuando para hacer obra de arte hace falta el permiso del amo de los moldes, brotan los reformadores místicos, los Orfeos que bajan á cualquier profundidad en busca de su Erudice. Ahora hace 20 años pasó á vida mejor en Birchington-on-Sea un exímio artista, uno de estos Orfeos, Dante Gabriel Rosseti, poeta y pintor de meollo, fundador de la *Hermandad Pre-Rafaelista*. Rossetti, Holmann Hunt y Millais fueron los iniciadores del movimiento artístico más fecundo y más simpático de la segunda mitad del siglo XIX.

En el siglo actual, hablando de otras artes, han de verse portentosas aplicaciones de la arquitectura. La prensa ha heredado el poder del clero y, como en tiempos pasados el clero construía iglesias, ahora la prensa construye palacios para alojar sus redacciones. De estas, la más hermosa del mundo es *The Washington Star*. Este periódico, que apenas es conocido en Europa, tiene una circulación muy reducida, puesto que no escede de 35.000 ejemplares diarios. Sin embargo, es uno de los periódicos que más anuncian en el mundo. Los domingos, en lugar del número ordinario, publica un magnífico sumario ilustrado.

El edificio erigido para albergar á tan selecto diario es de una suntuosidad imponente. Todo él está construido con marmol pulimentado, y eso que tiene nueve pisos: de arriba abajo todo es marmol: ahora la catedral que pueda decir otro tanto que levante el dedo. El vestíbulo, de elevadísimo techo, es todo de mármol primorosamente labrado y realzado con adornos de bronce. En derredor se despliegan siete frescos colosales de Dealmau, obras simbólicas que representan la historia del día, la gacetilla, la función directriz, los anuncios y otros asuntos periodísticos. El despacho del propietario es un salón holandés del siglo XVIII. Todas las habitaciones son igualmente lujosas: en todas se ven costosos mosáicos, columnas de marmol y adornos de bronce. Los cajistas tienen locales que envidiarían en Londres los príncipes del comercio. Todos los cajistas tienen su armario privado y baño idem: hasta en los lavatorios se han prodigado los mosáicos, los mármoles y los metales plateados. Todos los *reporters* tienen su mesa escritorio, su butaca giratoria y su máquina de escribir Remington. En la misma casa hay un elegante casino para solaz de los empleados. Mediante un ingenioso sistema de tubos neumáticos, queda reducido á casi nada el servicio de los recaderos. En fin, la mar!... Cosas de por allá.

Abril de 1902



TEMPLETE EN LA VILLA BORGHESE, ROMA (Remitida por D. Luis Roig de Lluis)



NUEVO AEROSTATO

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS

No es de hoy: de antiguo y constante ha sido la lucha de los hombres iniciados en las ciencias, por vencer la aviación de tejas arriba, de ese espacio inmenso y desconocido que tan fácilmente atraviesan las aves y que al hombre le ha sido imposible dominar, como lo consiguiera en la tierra y en el agua.

¡ Cuánto esfuerzo intelectual y cuánta materia gris perdida, y qué capitales inmensos invertidos en esa porfía !

El pasado siglo del vapor y de la electricidad parecía que en los últimos años iba á cerrar su existencia con ese descubrimiento que lo coronase como rey de los siglos en la historia de la humanidad; pero si triunfó en muchos y maravillosos inventos, dejó sin solución práctica el gran problema de la aviación.

No hay nación que no cuente con un inventor, y muchos que creyeron acertar, tienen patente de invención, sin que nadie hasta la fecha pueda legítimamente ser proclamado como tal *urbi et orbe*.

Ultimamente, M. Roze en Argenteuil; el conde de Zeppelin en el lago de Constance, y Santos Dumont en París, han fracasado.

La lucha sigue, y quién sabe cuándo y quién será el vencedor del elemento irreductible hasta hoy; mas sin esos empeños que la idea de gloria y el becerro de oro mueven, las ciencias, las artes, las industrias, todo cuanto significa progreso quedaría inactivo, y la cultura del presente no se habría alcanzado.

Por eso toda iniciativa es plausible y todo esfuerzo merece apoyo. ¡ Quién sabe si alguien acertó y le faltaron recursos ó quien le diera la mano !

MIGUEL ESCUDER

En España y en diversas regiones, en Cataluña y en Barcelona, no son pocos los que laboran en ese problema.

Hace algunos dias, un jóven conocidísimo en esta capital, que lleva un apellido pregonado en España y fuera, porque sus motores corrieron por la Península y traspasaron las fronteras, y sus máquinas de coser y sus ascensores pregonaron su fama, presentóse ante una entidad respetable, la Asociación de Ingenieros, é invitado por ella, expuso ante tan docta Sociedad, re-

presentación de otras no menos importantes, la prensa y selecto público, su invento de un aereostato dirigible.

Miguel Escuder, ese es el inventor; hijo de don Miguel; socio de la casa Miguel Escuder é hijos; inteligencia viva, cultivada en el estudio y fundida en el crisol constante del trabajo en la fábrica; actividad incansable y voluntad firmísima, bulló en su cerebro la idea, y en muchos días de vigilia logró darle forma real.

¿Habrá acertado? El tiempo, ya muy próximo, contestará.

Por él, por Barcelona, por Cataluña, por España, experimentamos satisfacción inmensa, orgullo justificadísimo.

Veamos su invento.

EL INVENTO

El señor Escuder ha estudiado los últimos inventos para obtener la dirección de los globos, y ha intentado corregir sus defectos.

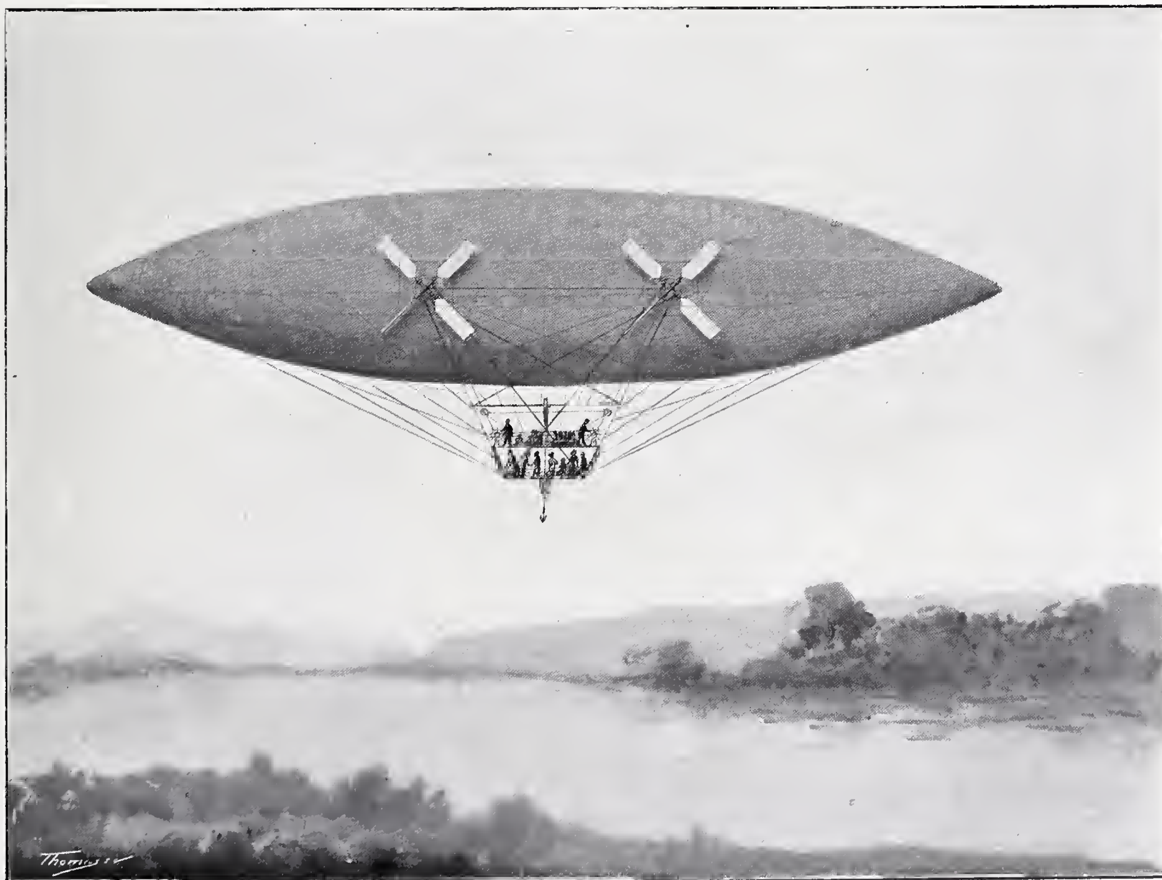
La dificultad principal para la dirección aérea son las corrientes atmosféricas. En el invento del señor Escuder se trata de vencer las de 7 y 8 metros por segundo.

No se ha propuesto, por lo tanto, resolver el problema en toda su amplitud, sino solamente la dirección.

El aerostato, comenzado á construir, tiene la forma de un cigarro, con sus puntas á un ángulo de 30 grados, para que ofrezca la menor resistencia á las corrientes atmosféricas. Está fabricado de seda, y es capaz para una cabida de 825 metros cúbicos de hidrógeno puro, de una fuerza ascencional de 905 kilogramos.

El aerostato está sujeto con delgados cables de seda, que parten de varios puntos, á una armadura de partinium, metal casi tan resistente como el acero, y ligero como el aluminium, cuya armadura pesa 150 kilogramos.

En la parte superior de dicha armadura van colocados cuatro juegos de palas, invención del señor Escuder, cada uno de los cuales se conpone de seis aspas, y de éstas solamente dos están en acción, mientras las cuatro restantes se colocan ellas mismas de canto. La superficie de cada aspa es de 1'20 metros cuadrados, haciendo las ocho en junto un trabajo de 136



kilogramos de repisón. Están construídas de partinium, recubiertas de seda, y miden cada una un largo de 2 metros por 60 centímetros de ancho. El punto de esfuerzo de la pala se halla á 1'50 metros del eje. La velocidad á que funcionarán es de 60 á 70 revoluciones por minuto, obteniéndose una marcha de 10 metros por segundo, sin que las corrientes de aire sean ni favorables ni contrarias.

Para obtener esa velocidad, precisa un motor de 11 caballos teóricos, y el que instalará el señor Escuder será de 16 caballos ó más, y del sistema de petróleo.

De la parte baja de la armadura, donde irá el aeronauta que dirija, partirán á derecha é izquierda tubos de transmisión para la fuerza de los juegos de palas y á las excéntricas directrices.

La maniobra se efectuará con solo hacer girar unos pequeños volantes conectados á los árboles que transmiten la fuerza á las excéntricas. A la vista del aeronauta, habrá un indicador que señalará la posición en que se encuentren las palas de los dos lados del globo, y á voluntad del que dirija la maniobra se describirán todas las evoluciones imaginarias, avanzando á grandes velocidades, retrocediendo y parando rápidamente, dando vueltas pequeñas y grandes, subiendo y bajando, vertical y oblícuamente, sin que varíe su posición horizontal ni se cambie el movimiento rotativo de los juegos de palas.

Aunque al variar de alturas el globo se haga más ó menos pesado, á causa de las presiones atmosféricas, no por eso hay necesidad de desalojar gas, ni tirar lastre; pues colocando las excéntricas directrices de modo que al mismo tiempo de marchar hacia adelante tengan tendencia á subir ó bajar, se obtiene que el globo no varíe la altura que el aeronauta desee.

Las palas trabajan en el centro de tracción y de resistencia, de manera que la fuerza propulsora es directamente opuesta á la resistencia que ha de vencer.

Las cabezadas naturales que de cuando en cuando tienen los globos, se vencen al momento, y sin parar la marcha, con los juegos de palas.

LAS PRUEBAS

El señor Escuder, al acceder á la invitación de la Asociación de Ingenieros, no podía proponerse más que dar una idea de su invento, no una demostración y prueba práctica de haber resuelto el problema de la aviación, porque ni el aerostato está terminado, ni podía funcionar el motor.

Tuvo necesidad de valerse de medios deficientes, aunque ingeniosos, para suplir aquéllos y otros obstáculos.

No obstante, el aparato funcionó á voluntad del señor Escuder. Colocado sobre unos rieles, avanzó y retrocedió, y desprendiéndose de éstos, se elevó por el extremo donde están las alas hasta tomar una posición inclinada próxima á la vertical, é igual prueba se practicó por el extremo contrario; tomó direcciones de derecha á izquierda, y descendió en linea recta.

Esas pruebas, realizadas con éxito satisfactorio, arrancaron entusiastas aplausos á los concurrentes, los cuales fundaron esperanzas dignas de que el éxito más lisonjero corone los esfuerzos del joven inventor.

Por nuestra parte, sólo ansiamos llegar al momento en que ese aerostato, libre de las ligaduras con la tierra, se eleve sobre esta hermosa capital, y el señor Escuder vea cómo se proclama su invento.

El invento ha sido patentado en España, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Bélgica y los Estados Unidos, y otras naciones.



LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



De manos de un primo suyo de los Hunos, arrancó una afilada espada, y esgrimiéndola los separó á todos; grande era su cólera.

«¡Oh! ¡como voy á perder los servicios de estos héroes si matáis aquí el noble artista!» exclamó el rey Etzel. «Yo he visto como atacó á ese Huno. Él no ha tenido la culpa sino su caballo que se ha desbocado.

»Es menester dejar en paz á mis huéspedes.» El mismo lo acompañó. Llevaron los caballos á sus cuadras donde muchos criados los curaron y vendaron con esmero.

El príncipe con sus amigos se dirigió al salón, y contuvo con imperio todos los odios. Pusieron las mesas y trajéronles agua. Los del Rhin tenían allí fuertes enemigos.

Aunque á Etzel le incomodaba, se vió mucha gente armada que se agolpaba cuando pasaron los príncipes para ir á la mesa: todo revelaba el odio hacia los extranjeros. Querían vengar á su pariente si había tiempo para ello.

«Preferir comer con vuestras espadas que sin ellas, es ya una gran descortesía» dijo el soberano del país. «Si alguno de vosotros hace la menor ofensa á mis huéspedes, le cuesta la cabeza. Sabedlo, Hunos.»

Antes que se sentaran pasó mucho tiempo; los cuidados de Crimilda éran grandes. Ella dijo: «Principe de Berna, os pido ayuda y consejo; mi angustia es grande.»

A estas palabras respondió Hildebrando, el noble caballero: «El que ataque á los Nibelungos lo hará sin mi ayuda, ningún tesoro podrá decidirme, y además les sucederá una desgracia. Estos esforzados guerreros no han sido vencidos todavía.»

«Hagen me ha causado grandes pesares, pues él asesinó á Sigfrido, mi amado esposo. Daría todas mis riquezas al que lo separara de los suyos, pero si uno más pereciera, sentiría grandísima aflicción.»

Hildebrando le respondió enseguida: «¿Cómo podría matársele cerca de los suyos? Fácil es que comprendáis que si se atacara á ese héroe, se empeñaría enseguida un combate, en el que tendrían que perecer pobres y ricos.»

El señor Dietrich, animado de los mejores sentimientos, añadió: «Dejad esas palabras, rica reina; vuestros parientes no nos han inferido ofensa ninguna que pueda llevarnos á un combate contra los fuertes guerreros.»

«Vuestra petición os favorece muy poco, noble esposa del rey, y no es bueno querer quitar la vida á vuestros parientes. Con gran confianza han venido á este país. Sigfrido no será vengado por la mano de Dietrich.»

No hallando deslealtad ninguna en el de Berna, prometió hacer mandar á Bloedel una extensa marca que en otro tiempo tenía Nudungo. Bien pronto, matándole, le hizo olvidar Dankwart el regalo.

Ella le dijo: «Tú me ayudarás, hermano Bloedel. Aquí en esta casa están mis enemigos, los que asesinaron á Sigfrido, mi querido esposo. Al que me ayude á vengarlo, quedaré siempre reconocida.»

Bloedel le respondió: «Señora, bien sabéis que no puedo dar satisfacción á vuestro odio, pues Etzel quiere mucho á vuestros hermanos. Si les causara algún mal, la cólera de Etzel caería sobre mí.»

«No, señor Bloedel, yo os lo agradecería siempre; os daré en premio toda mi plata y mi oro y una hermosa esposa, la viuda de Nudungo: placer tendríais acariciando su hermoso cuerpo.»

«Yo os daría además tierras y ciudades; siempre podríais vivir satisfecho, noble caballero, si consiguiérais la marca que tenía Nudungo. Todo lo que hoy os prometo lo cumpliría fielmente.»

Cuando Bloedel conoció toda la recompensa, como aquella hermosa le agradaba mucho, se apresuró á conseguir, combatiendo, la hermosa mujer. Pero en aquella empresa debía perder la vida.

Dijo á la reina: «Entrad en la sala y sin que nadie pueda sospechar provocaré un combate. Menester es que Hagen pague el mal que os ha hecho. Os entregaré amarrado al vasallo de Gunter.»

«Ahora, exclamó Bloedel, armáos todos los de mi séquito. Iremos en busca de nuestros enemigos á su alojamiento. La esposa de Etzel me lo pide, y no se lo puedo negar; por esto, héroes, debemos exponer nuestros cuerpos.»

Cuando la reina dejó al guerrero Bloedel dispuesto á emprender el combate, se dirigió á la mesa donde estaba Etzel con su acompañamiento. Había preparado una horrible traición contra los extranjeros.

Quiero deciros como fué al banquete: se veían allí ricos reyes con la corona ceñida marchando delante de ella, muchos elevados príncipes y muchos valerosos guerreros que hacían grandes honores á la reina.

El rey hizo dar asientos á todos los extranjeros, colocando cerca de sí á los de más valía. Hizo servir lo mismo á los cristianos que á los paganos, siempre con abundancia, pues así lo quería el sabio rey.

Los del acompañamiento comieron en sus habitaciones y les habían puesto sirvientes para que los atendieran con esmero. No pasó mucho tiempo sin que aquella hospitalidad se convirtiera en llanto y duelo.

Como no podía provocarse el combate de otro modo y Crimilda sentía siempre el dolor en su corazón, hicieron llevar á la mesa al hijo de Etzel. ¿Como una esposa podía vengarse de una manera más cruel?

Llegaron luego cuatro hombres de Etzel llevando á Ortlieb el hijo del rey, y colocaron al príncipe en la mesa en que estaba Hagen. El niño tenía que morir á los golpes de su terrible odio.



Cuando el rey vió á su hijo, dijo amistosamente á los hermanos de su mujer: «Mirad, amigos míos, ese es mi hijo único y de vuestra hermana, por lo que todos seréis buenos con él.»

«Si crece en relación con su origen, llegará á ser un fuerte hombre, rico y noble además, valeroso y atrevido. Si vivo le daré doce ricos dominios de reyes y con esto el joven Ortlieb podrá serviros bien.»

«Por esto os ruego, queridos amigos míos, que cuando volváis al Rhin llevéis al hijo de vuestra hermana y obréis cariñosamente con ese niño.»

«Educadlo en el honor hasta que sea un hombre y si alguna vez en vuestro país os ofende alguien, él os ayudará á vengaros tan pronto como sus fuerzas se lo permitan.»

«Esos guerreros podrían tener confianza en él, si llegara á hombre», dijo Hagen, «pero el joven rey morirá bien pronto: difícilmente se me podrá ver ir á la corte de Ortlieb.»

El rey miró á Hagen; aquellas palabras le afligían y le causaban inquietud, pero nada le respondió. Los intentos de Hagen no se armonizaban con la fiesta aquella.

Lo que Hagen había dicho afligió á todos los príncipes y á los que formaban su acompañamiento. Estaban tristes por tenerlo que soportar y aún ignoraban lo que muy pronto tenía que hacer aquel guerrero.

Muchos de los que le habían escuchado hubieran querido atacarle al momento y el mismo rey lo hubiera hecho, de permitírselo su honor. Bien pronto Hagen hizo más, pues mató al niño á propia vista.

XXXII

De como Bloedel luchó con Dankwart en el alojamiento

Los guerreros de Bloedel estaban listos. En número de mil avanzaron hacia la sala en que Dankwart estaba á la mesa con los criados. Entre los héroes estalló la lucha más violenta.

Cuando el guerrero Bloedel pasó junto á las mesas, Dankwart el mariscal lo recibió muy amistosamente. «Bienvenido por aquí, mi señor Bloedel: ignoro lo que ocurre; ¿qué noticias vais á darme?

«No te está permitido saludarme» le respondió Bloedel, «pues mi venida aquí es para tu muerte por causa de tu hermano Hagen que mató á Sigfrido. Menester es que los Hunos te lo hagan pagar á tí y á muchos guerreros.»

«Nada de eso, señor Bloedel», le replicó Dankwart, «pues si fuera así tendríamos que arrepentirnos de nuestro viaje á esta corte. Era aún un niño cuando Sigfrido perdió la vida. No se pues que puede exigir de mí la esposa del rey Etzel.»

«Nada puedo deciros acerca de eso; tus parientes Gunter y Hagen lo hicieron; ahora defendeos, pobres gentes, no podéis escapar y es menester que vuestra muerte sea una satisfacción para Crimilda.»

«¿De modo que no queréis dejarnos?» preguntó Dankwart. «¡Siento las disculpas que os he dado y que hubiera podido ahorrarme!» El rápido y fuerte guerrero saltó de la mesa y tiró de una acerada espada ancha y fuerte.

Con ella asestó tan fuerte tajo á Bloedel, que la cabeza cubierta con el yelmo cayó á sus piés. «Sea esta el *morgengabe*» dijo el fuerte Dankwart, «para la viuda de Nudungo á quien querías ofrecer tu amor.»

«Mañana podrán desposarla con otro hombre y si quiere tener bienes esponsalicios se le tratará del mismo modo.» Un huno que lo quería le había dicho que la esposa del rey les preparaba crueles emboscadas.

Cuando los guerreros de Bloedel vieron muerto á su señor, no quisieron tener consideración por más tiempo á los extranjeros. Con las espadas levantadas y poseídos de indecible rábia, acometieron á los sirvientes, pero muchos se arrepintieron.

Dankwart gritó á los jóvenes: «Bien véis, nobles jóvenes, lo que os aguarda. Ya que somos extranjeros, defendámonos bien. Estamos en peligro por más que Crimilda nos haya invitado afectuosamente.»

Los que no tenían espadas, se defendieron con los bancos, cogiendo del suelo los anchos escabeles. Los servidores de los Borgoñones no querían retroceder. Con las sillas bollaron muchas corazas.

¡Con cuánta furia se defendieron aquellos jóvenes lejos de su patria! Echaron fuera de los alojamientos á los invasores, quedando muertos quinientos ó más de ellos. Todos los del acompañamiento estaban húmedos y rojos de sangre.

Esta noticia la supieron al poco tiempo los guerreros del rey Etzel y les causó gran dolor el que Bloedel con sus hombres hubieran muerto y que la causa fuera el hermano de Hagen y su acompañamiento.

Antes que el rey lo supiera, se reunieron los Hunos en número de dos mil ó más. Se dirigieron contra el acompañamiento como tenía que suceder y de todos ellos no dejaron á uno con vida.

Los infieles llevaron un fuerte ejército delante del alojamiento. Las servidores extranjeros se defendieron valerosamente; ¿pero de qué les servían sus pujantes esfuerzos? Ellos debían sucumbir. Poco tiempo después sucedió una terrible catástrofe.

Oiréis contar cosas maravillosas de un horrible acontecimiento. Nueve mil servidores yacían en tierra destrozados, como también doce caballos feudatarios de Dankwart. Vióscle solo resistir todavía á sus enemigos.

El ruído se calma, el estruendo cesa, Dankwart, la buena espada, mira hacia atrás y esclama: «¡Qué desgracia! ¡cuántos amigos he perdido! Ahora, ¡ay de mí! yo sólo tengo que hacer frente á mis enemigos.»

(Continurá)

POR ESOS TEATROS

Sada Yacco y Loïe Fuller en Novedades. — «Sol ixent.» Drama en tres actos original del Sr. Pous y Pagés, en Romea. — Compañías en puerta.

Durante la quincena que acaba de transcurrir hemos tenido acontecimiento teatral de verdad. Lo han constituído las funciones dadas en Novedades por la compañía japonesa de Sada Yacco con la cooperación de Loïe Fuller que presentó al público barcelonés bajo nuevos aspectos la danza serpentina que le ha valido el singular renombre de que goza.

Los elogios que durante la Exposición de 1900 hizo de Sada Yacco y de su compañía la prensa de París, fueron sacados á colación por los periódicos barceloneses al anunciarse la visita de la genial artista, lo cual hizo concebir á nuestro público la esperanza de un arte deslumbrador, despampanante. Porque ya es cosa sabida que el público bonachón no cree bueno lo que no le deslumbra y seduce desde el primer instante.

Por eso la eminente trágica japonesa fué recibida con cierta frialdad, producto natural del desencanto ocasionado por el error tan corriente entre nuestra clase media de creer que no hay oro donde no hay resplandor inusitado.

La primera noche en que se presentó en el escenario de Novedades la notabilísima actriz, no fué comprendida. No lo fué por la mayoría de los espectadores, pero si por la minoría verdaderamente intelectual que se confundía entre la turbamulta de los que habían asistido al teatro con ánimo de gozar un espectáculo asequible á todas las inteligencias.

El arte que nos presentó la compañía japonesa, primitivo hasta cierto punto, es en un todo propio para que lo saboreen los refinados... los que buscan en el teatro algo más que efectos chillones y relucientes. Para gozarlo debidamente, debe poseer el espectador antecedentes que no suele tener la mayoría de los que asisten á los espectáculos *caros*,... solo por ser caros y á pesar de aburrirse en ellos muchos más de lo que se aburrirían, pongo por caso, en una sesión de cinematógrafo.

Los dramas japoneses representados por Sada Yacco y su compañía son de una simplicidad encantadora, presentándose en ellos el amor y los celos, el odio y el cariño, bajo formas primitivas, sin mezcla de ninguna clase, pero con una intensidad y con un vigor verdaderamente escepcionales. Naturalmente que en ellos no debemos buscar los refinamientos de la alta comedia moderna de los países septentrionales: son producción de una raza distinta, de una civilización distinta á la nuestra y por eso mismo deben producir en el ánimo del espectador *poco enterado* cierta contrariedad, ocasionada por el choque de impresiones opuestas.

De todos modos y apesar de lo dicho, á la segunda noche de presentarse Sada Yacco ante nuestro público, triunfó por completo. Y es que, *dando más de sí* los dramas que puso en escena, tuvo ocasión de manifestar las diversas fases de su talento escepcional, interpretando personajes y situaciones comprensibles para todo el mundo. El corage y la ira, el odio y el amor, la rabia y el cariño, lo mismo pueden representarse hablando en japonés que en castellano neto. Por eso triunfó completamente la actriz, apesar de los que el día anterior se quejaban por no entender una palabra de lo que decía. Y así mismo como triunfó el segundo día, triunfó también al tercero, recibiendo al despedirse de nuestro público una entusiástica ovación.

En los demás teatros el movimiento ha sido escaso, mereciendo citarse el estreno en el de Romea del drama en cuatro actos de don José Pous y Pagés *Sol-ixent* en el que su autor ha demostrado muy apreciables dotes para el cultivo de la escena. Y eso que el asunto que escogió para su primera obra no tiene mucho de original, ya que, bajo una ú otra forma ha sido llevado á la escena por un número considerable de autores. Trátase de la eterna fábula del padre que, con miras egoistas, quiere impedir el matrimonio de su hijo con una muchacha de condición humilde á la cual ama el joven con toda su alma.

A pesar de lo sobado del asunto, el autor lo ha tratado con tal discreción y originalidad, que el espectador lo acepta casi como cosa nueva.

Puede augurarse al señor Pous y Pagés un brillante porvenir dentro la dramática catalana.

Thuiller y la Pino se nos anuncian para el verano con sus compañía en los teatros de Eldorado y Novedades respectivamente. Les deseamos buena temporada.

Un Espectador

HOJEANDO LIBROS

«Crisálidas». Poesías de Abelardo Hernández y Cid.-«¿Pecadoras?» por J. F. Lujan.-«Los Evangelios», por Tolstoi.

El señor Hernández y Cid es un autor joven pero que demuestra condiciones no vulgares para el cultivo de la poesía. La sinceridad, el cuidado de la forma, la inspiración y el buen gusto en la elección de asunto son cualidades esenciales de las composiciones poéticas que constituyen el volúmen cuyo título encabeza estas líneas.

Las letras castellanas tienen en el señor Hernández y Cid una esperanza legítima.

* * *

«¿Pecadoras?» de don J. F. Lujan, es una novela de costumbres contemporáneas en la que su autor ha mostrado una vez más las cualidades que ya le ha reconocido el público en otras ocasiones. Escritor atildado y observador finísimo, ha producido el señor Lujan una obra de todo punto apreciable, como lo es la traducción que acaba de hacer de la de Tolstoi «Los Evangelios», editada, como aquella, por la casa Lezcano y C.ª, formando parte de la biblioteca económica que se vende á cuatro reales volúmen.



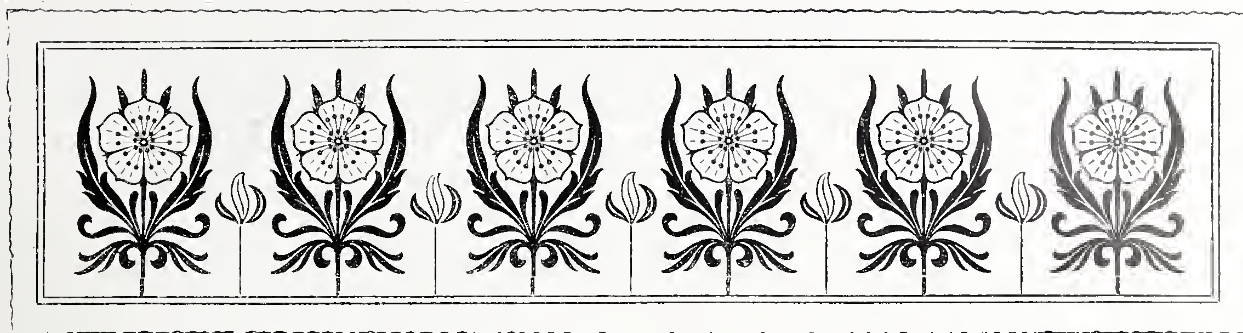
N.º 79 – 30 MAYO 1902 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



S. M. el rey D. Alfonso XIII en traje de alumno de la Academia de Infantería



La Corte de Alfonso XIII

Madrid, la capital de la monarquía española, acaba de ser teatro de un memorable suceso, de un acontecimiento cuyo recuerdo guardará la historia de una manera perdurable. El Rey Alfonso XIII, llegado á su mayor edad, acaba de jurar en la coronada villa el respeto á la Constitución, sentándose por primera vez en el trono de sus mayores, ocupado durante los dieciseis años de su menor edad por su augusta madre, la dama cuyas virtudes son reconocidas por todos, hasta por los mismos enemigos de la monarquía.

De hoy más, en el trono que ocupara Alfonso XII, se sentará su vástago y heredero.

Dios quiera que se realicen las esperanzas que tienen puestas en el nuevo Rey tantos y tantos millares de españoles, ganosos de que su país emprenda nuevos derroteros que les conduzcan á una felicidad completa.

Mientras esperamos un porvenir brillante y lisongero en que impere por completo la justicia y se dé á cada cual lo que de suyo le pertenece, creemos del caso recordar los testimonios de las grandezas pasadas, que constituyen tal vez el mayor encanto de la coronada villa y los cuales están estrechamente relacionados con la vida del Rey y muy particularmente con las ceremonias que han tenido lugar con motivo de su entrada en la mayor edad.

El palacio real, el monumental edificio donde ha pasado su niñez el nuevo monarca, es por su imponente majestad y el hermoso aspecto que presenta, uno de los mejores que se conocen por lo que respecta al objeto á que está destinado. Fué comenzado en 1735 por disposición de Felipe V en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar, destruído por un incendio el día de Nochebuena del año anterior. El rey ordenó al arquitecto don Felipe Juvarra, natural de Mesina, que trazara los planos de la nueva morada; pero el plan resultó tan vasto y dispendioso, que todos los tesoros de las Españas no hubieran bastado para llevarlo á cabo, por lo cual el arquitecto hubo de reducirlo á menores proporciones, y aun así el Real Palacio presenta un cuadrado que mide por cada lado 150 metros de longitud por 33 de altura. Cerca de veintisiete años transcurrieron antes de estar habitable, y la circunstancia de haberse construído en un terreno desigual hizo que las obras fuesen más difíciles y costosas, habiéndolas dirigido el arquitecto don Juan Bautista Saccheti por fallecimiento de Juvarra. Monstruosos muros de contención que llegan hasta el ángulo de las caballerizas sostienen esta enorme masa de piedra. No es posible en el breve espacio de que disponemos, hacer una reseña siquiera compendiada de este notable edificio: el examen de la adjunta lámina suplirá esta deficiencia por lo que respecta á su aspecto exterior, y á la estructura de sus cuatro fachadas que dan á la plaza de Oriente, á la de Armas, al Campo del Moro — donde se celebró durante las fiestas de la coronación una animada *garden parti* — y á las caballerizas. En cuanto á su interior, es verdaderamente suntuoso.

Entre sus principales salones, figura en lugar principal el llamado Salón de Embajadores y también del Trono, el más espacioso y rico del palacio y el cual está destinado á las ceremonias oficiales y grandes recepciones. Ocupa el centro de la fachada principal en la que tiene cinco balcones, y todas sus paredes están cubiertas de terciopelo carmesí bordado de oro; en la parte fronteriza á los balcones, se halla situado sobre un estrado el sillón que sirve de trono cobijado por un magnífico é historiado dosel; á la izquierda se ve una estatua que representa la Justicia, á la derecha otra representando la Prudencia, y en los



PALACIO REAL DE MADRID

Company, fot. - Madrid



SALÓN DE EMBAJADORES EN EL PALACIO REAL DE MADRID

ángulos que forman las gradas hay cuatro leones de bronce dorado. Constituyen el adorno de este rico salón grandes y hermosas arañas de cristal, enormes espejos de lunas venecianas, mesas antiguas de mármol con pies dorados y sobre ellas bustos de la misma piedra ó de pórfido, figurando entre los primeros dos que representan las testas de los hijos de Agripina, y además otros valiosos adornos. Entre estas mesas hay intercaladas estatuas, obras de los más renombrados artistas. Las pinturas de la bóveda, debidas al pincel del famoso Juan Bautista Tiépolo, representan la monarquía española asistida por las Virtudes y rodeada de sus Estados en uno y otro hemisferio. Además de esta alegórica pintura, hay otras sobre las puertas, así como en los medallones de los cuatro ángulos. Por su artístico conjunto y riqueza, es este salón uno de los primeros de los palacios de Europa.

Entre los construídos durante la dinastía de que es el último vástago el monarca Alfonso XIII, en el cual son á millares los españoles que han puesto las más halagueñas esperanzas, hay el que en la plazuela de las Cortes de Madrid ocupa la Cámara popular ó Congreso de los Diputados, en cuyo salón de sesiones tuvo lugar la solemne ceremonia de la jura de S. M. Se empezó á construir en 1843 reinando doña Isabel II quien colocó la primera piedra. Además de la fachada principal, que da á la plaza citada, tiene otras en las calles de Floridablanca, Sordo y Florín. Ocupa una superficie de 42.692 pies; es de forma irregular y está fabricado de ladrillo excepto la fachada, que es de granito y piedra caliza: hállase sobre una cuesta cuyo desnivel es de 14 pies y medio en sentido longitudinal. El pórtico forma un cuerpo saliente con seis columnas corintias estriadas, y contiene un frontón, obra del escultor don Ponciano Ponzano, representando á España abrazada á la Constitución del Estado, con la Fortaleza, las Bellas Artes, el Comercio, la Agricultura, los Ríos y Canales, la Justicia, el Valor, la Industria, la Navegación, la Paz y la Abundancia. A ambos lados de la escalinata, sobre dos cuerpos salientes, descansan dos leones de bronce, modelados por el citado escultor y fundidos en Sevilla con el metal de los cañones cogidos al enemigo en la guerra de Africa. En el fondo del pórtico está la puerta principal que solo se abre en las ceremonias oficiales de la apertura de Cortes: por las calles de Floridablanca y Florín tienen entrada los Diputados, y las tribunas públicas por la del Sordo. En este edificio se hallan distribuidos los departamentos siguientes: salón de sesiones, salón de conferencias, secretaría, gabinetes de lectura y de escritorio, sala de Presupuestos, gabinete del Ministerio, gabinete del Presidente, etcétera.

Las obras llevadas á cabo por los antecesores del Rey cuya coronación acaba de tener lugar, son muy numerosas, como lo son los testimonios de su grandeza y su fastuosidad. Para hacerse cargo de la que desplegaron algunos de aquellos al presentarse en público, basta hacerse cargo de los objetos que se guardan en el Palacio Real.

En las caballerizas de éste se conservan algunas sillas de manos más bien como recuerdo histórico que como objetos de utilidad inmediata, pues hasta ha caído en desuso la costumbre practicada años atrás de sacar alguna de ellas, como vehículo de respeto, cuando el monarca asistía á la procesión del Viernes Santo. Una de las sillas de manos más notable es la llamada de Felipe V, cuyo estilo general es de lo más exquisito del tiempo de Luís XV; toda su armadura es de talla delicadísima, dorada; sus tableros llevan pintadas preciosas composiciones en las que campean caprichosos grupos de amorcillos y flores, está forrada de raso carmesí, que lleva bordados con profusión ricos adornos de oro, de lo cual son también los gruesos cordones que sirven para cerrar la puerta y correr las cortinillas, y su techo remata en una corona real, que se cree añadida posteriormente. Tanto ó más lujosas que ésta debían ser las sillas de manos usadas por las principales damas de la corte á principios del siglo XVIII, toda vez que el mismo Felipe V tuvo que dictar en 1723 una pragmática poniendo coto al despilfarro y ostentación de que en ellas se hacía gala.

También en las caballerizas reales, tan encomiadas por los extranjeros, se conserva una suntuósa colección de carrozas que, si no llaman la atención por su antigüedad, pues datan de los reinados de Carlos IV y Fernando VII, en cambio son verdaderas joyas por su buen gusto artístico, (del estilo francés denominado «Imperio»), por lo delicado del trabajo y por las riquísimas materias empleadas en su construcción, pudiendo asegurarse que son dignas de la pompa desplegada por nuestros monarcas en las ceremonias oficiales. Todas son carrozas suspendidas, con los juegos y el armazón de hierro dorado, y las cajas de maderas escogidas con incrustaciones de bronce; exórnanlas bellas pinturas de gusto pompeyano, á veces hechas sobre cristal y preciosos ornatos consistentes en guirnaldas y roleos también pintados, é interiormente están forradas de valiosos tejidos de seda labrada. Estas carrozas se distinguen con nombres especiales, y por ejemplo, una se llama la «de cifras» por las de Fernando VII que lleva en las portezuelas; otra la de «tableros dorados», cuya orla de flores la embellece en alto grado; otra la de «concha», por estar toda su caja recubierta de esta materia; otra la de «caoba», y en fin, otra, la de «la corona real», que es la representada en la adjunta lámina, por llevar en su techum-



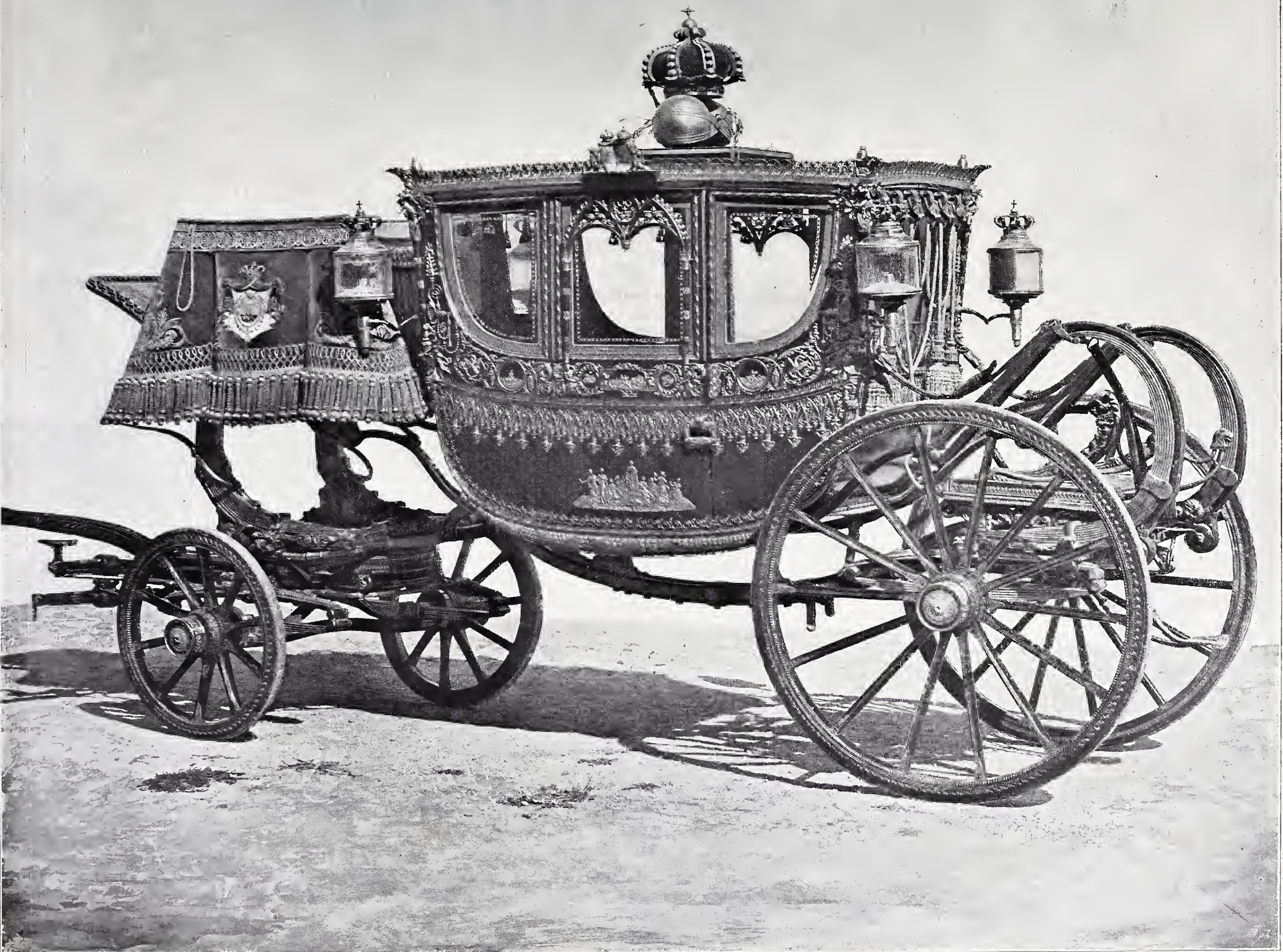
Company, fot. Madrid

PALACIO DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS



SILLA DE MANOS DE FELIPE V

Laurent, fot. Madrid



CARROZA REAL LLAMADA DE LA «CORONA»



INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

bre una hermosa corona sobre dos mundos. Estas carrozas sólo suelen exhibirse con ocasión de bodas de reyes y príncipes, bautizos de éstos, apertura de cortes, y otras solemnidades análogas, como lo han sido las fiestas celebradas recientemente, con motivo de entrar en la mayor edad el joven monarca que ha de regir en adelante los destinos de España.

Durante la menor edad de S. M. Alfonso XIII diose feliz término á la restauración, concluída en 1889, del templo de San Francisco el Grande, el mejor sin duda de la capital de España. Dicho templo — bajo cuyas bóvedas resonaron solemnes las notas del Te-Deum cantado con motivo de entrar el Rey en su mayor edad—tuvo origen en una modesta ermita, construída por San Francisco de Asís cuando, á principios del siglo XIII pasó por Madrid en peregrinación á Santiago, y por sucesivas ampliaciones ha llegado á ser lo que es hoy. La obra del templo actual, comenzada en 1761, corrió á cargo de un lego llamado Fr. Francisco Cabezas, que lo levantó hasta la cornisa, concluyendo la construcción el arquitecto Sabatini. En 1880 se dieron órdenes para su restauración, costeada con fondos de la Obra pía del Ministerio de Estado, y á decir verdad se ha efectuado suntuosamente, tomando parte en ella los artistas españoles más renombrados. Los magníficos frescos que adornan el templo, cuya descripción no es posible hacer por demasiado prolija, son obra de pintores tan célebres como Contreras, Ribera, Plasencia, Jover, Domínguez, Martínez Cubells, Ferrán, Casado y otros, y las estatuas de santos, profetas, apóstoles, jueces, etc , de Suñol, Samsó, Benlliure y Bellver. Tanto las esculturas, como los cuadros, frescos y alegorías, son un prodigio de ejecución y de arte.



Relevo de la Guardia del Real Palacio

Uno de los espectáculos más genuinamente cortesanos que se puede presenciar en Madrid y que dentro de su relativa sencillez ofrece cierto carácter de simbólica grandeza, es el relevo de la Guardia en el Real Palacio, al que acuden constantemente gran número de espectadores, provincianos en su mayoría, que no regresan á sus hogares sin haberlo visto alguna vez.

Se efectua el acto en la espaciosa plaza de Armas que, merced á las obras realizadas por la Reina Regente, es hoy una de las más bellas que adornan los palacios de los soberanos europeos

Forman la guardia tres secciones de infantería con bandera y música, al mando de un capitán y tres subalternos; una sección de artillería y otra de caballería, mandadas por tenientes, y el conjunto á las órdenes de un jefe, servicio en el que alternan todos los de la guarnición.

A las diez y media de la mañana todo el año, á excepción del verano que es á las ocho, se verifica el relevo. La guardia saliente espera á la entrante en correcta formación, en línea perpendicular al palacio, á la derecha de su puerta principal, delante del arco de Santiago.

Entra la que ha de relevarla, á paso lento, batiendo marcha las músicas y bandas, y evoluciona para colocarse frente de ella, en cabeza la infantería, después la caballería y finalmente la artillería. Una vez colocada se saludan ambos jefes, que permanecen reunidos en el centro y se procede al relevo de los centinelas, en lo que se emplea bastante tiempo, durante el cual las músicas, colocadas al pie de los balcones de palacio, tocan sucesivamente escogidas piezas que escucha regocijada la multitud, por más que no aplauda por impedirlo la etiqueta.

Terminada aquella operación, desfila la guardia saliente por delante de la entrante, haciendo ésta los mismos honores que habrá recibido.

Al cruzarse las banderas, ambas se saludan inclinándose, y el público, á despecho del positivismo que nos invade y de la indiferencia que engendra la rutina de todo lo que se ve repetidamente, saluda también ó al menos guarda momentáneo silencio, que es otra forma de respeto y á veces la más sincera.

Al salir de la plaza de Armas, con la venia del jefe



S. M. el rey Don Alfonso XIII



S. M. la Reina Regente

se disgregan las fuerzas marchando á sus respectivos cuarteles. La guardia entrante, antes de romper filas, tributa honores á la bandera que es depositada en el cuarto del jefe de Parada, se procede á desenganchar las piezas de ar illería retirándose el ganado al cuartel, así como también van al suyo los soldados de caballería á quienes no corresponde el servicio de centinelas. Cuando ha de hacerse el relevo de éstos, cada dos horas, va á Palacio un cabo con los números necesarios y una vez cumplida su misión regresa al cuartel con los relevados.

Esta guardia no depende de la Plaza, y sí únicamente del Comandante General de Alabarderos, teniendo por consigna vigilar el exterior del regio Alcázar y hacer honores, los sábados al salir S. S. M. M. á la Salve del Buen Suceso, cuando van á Palacio las Mesas de los Cuerpos Colegisladores para que el Monarca sancione las leyes votadas en Cortes, ó cuando llegan reyes y príncipes extranjeros ó embajadas extraordinarias.

Los demás días no tienen que formar, pues de ordinario, los Reyes, Infantes, Ministros y altas autoridades, entran y salen por la puerta del Príncipe, que da á la Plaza de Oriente.

El jefe de Parada sube á comer con Sus Majestades.

La guardia interior del Palacio está encomendada al Real Cuerpo de Alabarderos, que coloca centinelas en las galerías, antecámaras y saletas de aquella suntuosa morada, donde parece respirarse todavía la atmósfera de grandeza, gloria y poderío que cercaba un día á aquel solio que impuso leyes á los demás.

Muchas anécdotas existen sobre estas guardias; tan ligadas con no pocos hechos de la historia patria, sólo citarlas alargaría sobradamente este artículo, cuyo objeto se encamina á describirlas para conocimiento de quienes no han tenido ocasión ó curiosidad de asistir á su relevo.

Recordaremos no obstante, que en estos últimos años, al verificarse la parada, veíase casi todos los días detrás de los cristales, en los balcones que caen sobre la puerta principal, una figurita esbelta y simpática, un rostro juvenil, iluminado por unos ojos vivos de mirada inteligente, y por una dulce y atractiva sonrisa. Era nuestro joven rey Alfonso XIII que, educado en los severos principios de virtud, culto á la patria y amor á las instituciones militares por su augusta madre—cuya gestión en los negocios públicos se encargará la historia de encomiar—mostró desde muy niño gran predilección por las cosas de la milicia, y se asomaba afanoso de saludar la santa enseña nacional y de ver aquella pequeña porción del ejército que iba á dar guardia á su alcázar, y á rendir á su persona el homenaje debido al que encarna la representación suprema de la autoridad.

En tales ocasiones adquiría la escena mayor relieve y quien la presenciaba, veía algo sublime en el trivial acto de relevarse una guardia; es que allí estaban los elementos que constituyen la hermosa trabazón de la nacionalidad; lo que trae á la mente el recuerdo de glorias del pasado y risueñas esperanzas para lo futuro.

El *Pueblo*, masa anónima, con todas las virtudes y defectos de la raza española, pedestal firmísimo donde asienta el solio real.

El *Ejército*, expresión de la fuerza noble; del deber abnegado; apoyo de la justicia, del legislador y del soberano, salvaguardia de toda ley y derecho.

El *Rey*, imagen de la autoridad que emana de Dios; padre de sus vasallos grandes y pequeños, y jefe supremo de la nación.

Cobijando á todos la bandera roja y gualda que abrumada de laureles se paseó triunfante un día por todo el planeta, recibiendo pleitesía de naciones y monarcas humillados, de ejércitos vencidos, y de ciudades y plazas conquistadas, y como fondo del cuadro el soberbio monumento que levantó la fastuosa esplendidez de Felipe V (1) y donde se han ido acumulando tanta riqueza y tantas obras de arte, gallarda muestra del exquisito gusto de nuestros monarcas y del mérito de nuestros artistas.

El momento de retirarse las banderas á los acordes de la marcha real resultaba ciertamente conmovedor y solemne. El rey y sus acompañantes las saludaban, y el público, presa de cierta emoción á que en ocasiones no puede sustraerse el *espíritu más fuerte*, dirigía sus miradas á Palacio, pensaba en aquellos hechos hazañosos que hoy se ven á través de un velo de tristeza cual visión alhagadora que se pierde en las borrosas lejanías de un tiempo que pasó, y soñaba con un porvenir dichoso durante el reinado de aquel niño que iba á ocupar el trono de los Fernandos, los Jaimes y los Alfonsos, de perdurable memoria.

Cuando esto lean nuestros lectores habrá comenzado ya el nuevo reinado.

Quiera Dios, en cuyas manos está el destino de gobernantes y gobernados, que aquellos deseos y aspiraciones se realicen, que cesen las pruebas á que ha sido sometida nuestra fortaleza, y después de las de-

(1) En el mismo sitio, á la parte occidental de la villa, se elevaba en lo antiguo el Alcázar de Madrid, obra de Alfonso VI según unos, de Pedro I según otros, pero destruido por horroroso incendio en la Noche Buena de 1734, Felipe V que reinaba entonces, determinó construir en su lugar un palacio que superase en magnificencia á cuantos existieran. Acudió á los famosos arquitectos italianos Jubara y después Sachetti, que trazaron los planos y aprobados por el rey se colocó la primera piedra el 7 de Abril de 1737. El primitivo proyecto era de tan colosal grandiosidad, que lo actual constituia sólo el ala derecha; después de la anchurosa plaza de Armas debia venir el cuerpo principal; otra plaza de iguales dimensiones; y un edificio semejante al que vemos, formaba el ala izquierda, y todo unido en su parte posterior por inmensos jardines. Era imposible realizar plan tan vasto y no obstante la parte hecha obligó á Napoleón, cuando subia la escalera de este maravilloso edificio, á exclamar volviéndose á su hermano José: «Vous serez mieux logé que moi». Además cuentan que, colocando nerviosamente la mano sobre uno de los leones de mármol blanco que hay en el primer descanso, añadió con expresión de orgullo: «Je la tiens enfin cette Espagne si desirée.»



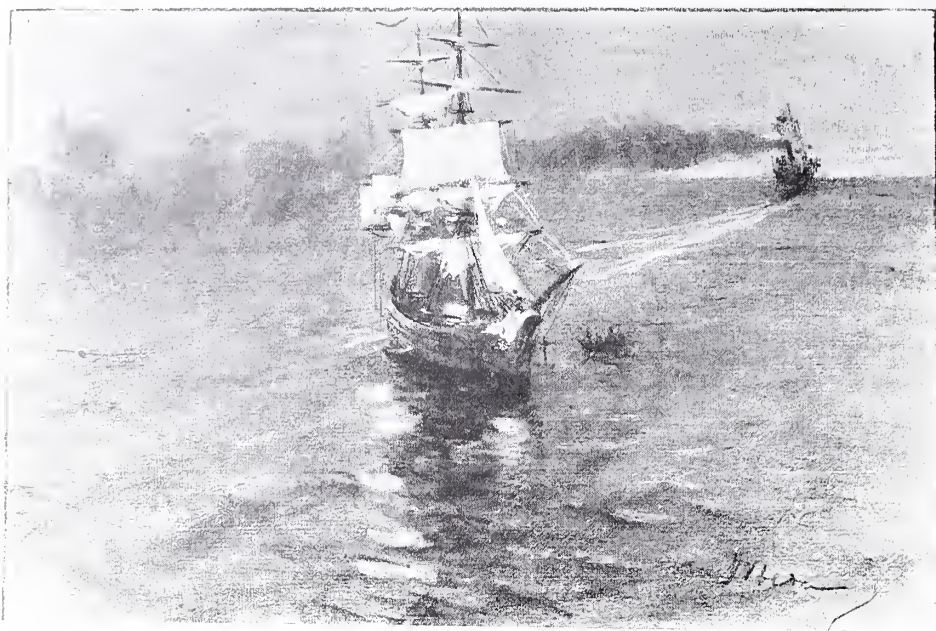
solaciones sufridas, sea Alfonso XIII iris de paz y de ventura para esta nación querida.

¡Ojalá que, impulsados por el cariño al viejo solar español, comprendamos todo lo que de consuno exijen el bien de la intangible patria y los propios intereses y dando asiento en el corazón á sentimientos de concordia, nos agrupemos alrededor del trono donde brillan la tradición y las virtudes, hermanadas con cuanto tiene de noble, de fuerte y de generoso la juventud!

Confiemos que el Señor premiará tan nobilísimos esfuerzos y veremos renacer una nueva España en que se reflejen fielmente las glorias de otras épocas más poderosas y felices.

Eduardo de Oliver-Copons





EL AVATAR DE LILÍ

POR MANUEL LASSALA

SOBRE la tersa superficie del Océano Índico en calma chicha, bajo un sol de rayos verticales, el vapor correo *Asia* pasaba muy ligero, á treinta brazas por la aleta de babor de un bergantín ruso extremadamente pintoresco. El velero iba vestido con la ropa de las grandes ocasiones: juanetes, sobrejuanetes, alas y arrastraderas. Sin duda los tripulantes del bergantín filosofaban sobre la eternidad y la virtud de la paciencia, para no dejarse llevar por todos los diablos. Los que se divisaban en el alcázar de popa (me refiero á los navegantes, no á los diablos) no se dignaron levantarse de sus asientos para asistir al raudo paso del empenachado vapor, pero sus caras lánguidas y la envidiosa mirada de sus ojos aburridos, delataban sus sentimientos melancólicos. Uno asestó los gemelos hacia la toldilla del *Asia* y pareció consolarse algo con lo que allí descubría. Realmente, el hombre que navega tiene pocas ocasiones para repastar su vista en mujeres de la pinta de doña Pelos.

Más tumbada que sentada en un vasto sillón de Singapoore, la rubia misteriosa, conocida á bordo del *Asia* por doña Pelos, mostraba con todo su realce y poderío las formas tentadoras de su carne rolliza, sobre la cual el calor de los trópicos no consentía exceso de ropa. Las exigencias del pudor quedaban satisfechas con una sutilísima bata azul celeste. No era mala visión, así para poco y desde lejos. Sobre el pecho de la dama, rebullía una cosa blanca, lanuda y removiente, aposentada en aquel seno abundoso: era el ínclito Lilí.

En la toldilla del *Asia* los pasajeros miraban con burlona sonrisa el bergantín atascado y, entre ellos, Pepe Gatera le decía con su media lengua gaditana al sobrecargo:

—Compae, ayúdeme usté á saltá, arrempuje un poco, que me voy con eso ruso, á ve si me divierto.

—¿Necesita usté carbón? gritó el sobrecargo, poniéndose las manos en la boca como un portavoz.

Este chiste no obtuvo el éxito que su autor esperaba.

—Diga usté, señor de Gatera — preguntó Florez — ¿cuantos años tardará en acogerse á puerto ese barco tan bonito?

—Ande usté, guasón, que siempre ha de andá usté echando cuenta. Eso ruso tienen buena sombra y de aquí ar fin der mundo no fartará un siclón que venga á empujarlo por la popa.

La risa con que los pasajeros acogieron esta majadería mostró que Gatera llevaba gran ventaja al sobrecargo en concepto de popularidad. Alentado por esta acogida, el gracioso se dirigió á doña Pelos:

—Señora, por María Santísima, dígale usté argo á ese ruso que la está fusilando con lo gemelo. Póngase usté mejó, que va á matá ar perro.

La risa de los pasajeros se acentuó más. La dama de la bata azul no quiso contestar al gaditano: echóle una mirada rabiosa y besó al perrillo en la boca.

Entretanto, el buque correo trabajaba gallardamente su tingladura: la hélice barrenaba la superficie lisa del mar con terquedad simpática y pronto se perdió de vista al velero. El agua resplandecía como una hoja de metal, sin una arruga, reflejando el cálido azul del cielo: la suave corriente de aire producida por el desplazamiento del buque bastaba para refrescar los ardorosos cuerpos de aquellos españoles en travesía para Filipinas. Pero, con todo, la atmósfera moral á bordo del *Asia* no tenía nada de placentera. El pasaje se aburría, embotado por

la calma y las enormes digestiones; el malhumor era general y un rencor sordo llenaba el buque desde la roda al codaste, inspiraba los gestos y las miradas, teñía de hiel las pocas conversaciones de los combarcanos. La tripulación tampoco estaba de mieles: los hombres de máquina reñían con los hombres de cubierta; el capitán no saludaba al primer maquinista, y hasta se permitía mandarle algún recado como este:

—Dice el capitán que no puede dormir hace dos ó tres noches por causa del estrépito infernal que arman ustedes ahí bajo; que no comprende que diablos están ustedes haciendo en la chocolatera.

El doctor y el sobrecargo tenían serios agravios que ventilar *cuando llegasen á tierra;* el páter ponía mala cara al mayordomo y el contramaestre hablaba de cortarle las orejas al gambucero. Eran días de tirria y malquerencia.

Los españoles no tenemos tan desarrollada como los franceses la protuberancia de la reclamación, pero aun así, el reclamar incesante de todos y cada uno era insufrible. Las señoras de la camareta mareaban á la oficialidad con sus quejas inacabables, apelando á la caballerosidad legendaria de nuestra raza. Unas veces formaban liga y manifestación tumultuaria para que se prohibiese á la tenienta de caballería el roncar en un diapasón ofensivo: otras veces reclamaban contra los niños de doña Paca que no guardaban en la camareta la pulcritud y decencia propias de tan excelso lugar: cierto día pidieron la separación de la linda Rosaura, pero los motivos de esta queja parecieron insuficientes al capitán. Florez, oficial tercero de Aduanas, reclamaba la separación del pasajero que dormía en la otra litera de su banda ó que se le obligase á mudarse con más frecuencia los calcetines. El coronel Dauñón quiso hacer responsable al sobrecargo de unas palabras impertinentes que le oyó á la señora de un mentecato que iba de juez á Ilo-Ilo.

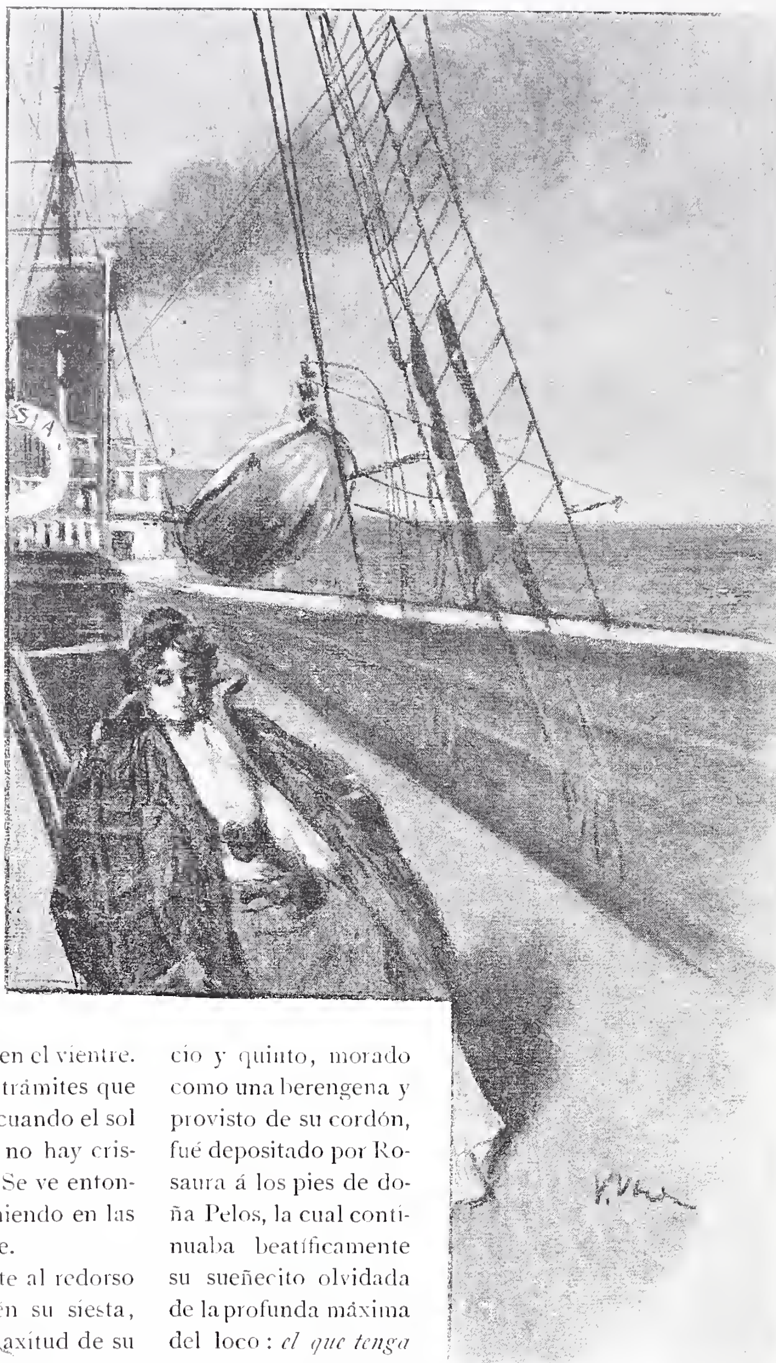


En los veinte días de navegación todo el poco dinero del pasaje había pasado al bolsillo de dos *puntos filipinos* que pasaban por afortunados tresillistas y este sí que era un mal asunto, un tristísimo asunto: las señoras estaban aburridas y nerviosas en una sociedad donde el amor es imposible porque toda conversación tiene su espía y toda cita sus testigos. Para colmo de males, el calor era insufrible y no se podía bailar: de nada servía haber subido el piano desde el salón á la toldilla, porque faltaba quien supiese tocarlo: la tenienta solía de vez en cuando manotear encima de las teclas, como si fuese á empezar un nocturno, mas Lilí, el perro de doña Pelos, era demasiado sibarita para tolerarlo y se echaba á ladrar como si le tirasen del rabo. La rubia misteriosa acudía entonces al perro con tal diluvio de besos extremosos, que á los pasajeros les entraba basca y suplicaban á la tenienta que lo dejase para otro rato. Pepe Gatera, el guardia marina, tocaba de oído, pero su repertorio no carecía de variedad; se pensó en él. Desgraciadamente, habíale entrado de pronto una violenta pasión por Rosaura y ya no era un hombre; era un duende. Absorto en sus recónditos planes amatorios, vivía misteriosamente y sin sosiego, visitaba las profundidades más inverosímiles del buque, cruzaba como un espectro por todas partes, recatándose de ser visto, pegaba la hebra con el sereno, subía al puente con el piloto de guardia... Las señoras de la camareta pasaban de noche algunos sustos, porque resultó que la pobre Rosaura era sonámbula. ¡Qué miedo!

Tal era el malhumor y el fastidio que se había apoderado del pasaje, que el sonambulismo de Rosaura no logró sacar á nadie de su apatía. Era absolutamente preciso inventar algo que volviese á los rostros la risa olvidada y les despojase de su tiesura. Comprendiéndolo así, algunos varones ingeniosos formaron un conciliábulo terrible. Trabajaban insidiosamente al redorso de la caseta del timonel, ó en el castillo de proa, ó en el hueco de los botes salvavidas, ó en cualquier parte, en fin, donde no hubiera moros en la costa. El primer decreto del poder oculto excluyó de la conspiración á las señoras, mas á instancias de Pepe Gatera, que se unió á la conjura en cuanto hubo barruntos de gresca, se añadió un artículo al decreto para esceptuar á las buenas *jembras.* En tal concepto fué admitida Ro-

saura y empezaron con gran actividad los trabajos. Dirigiólos el teniente Rodrigo, natural de Murcia, y ejecutáronlos Suarez, un contador de fragata vizco y malcasado, los dos amantes, el doctor de á bordo y el páter, que se agregó á última hora.

Doña Pelos pertenecía á la camareta, pero no hacía migas con nadie. Venía muy recomendada al capitán y era la mujer más cargante que ha cruzado los mares: alta, blancota, de cabello rubio algo cobrizo, muy rizado y profuso y suelto y derramado: se suponía que era soltera y que ya no cumpliría los cuarenta. Según cierta hipótesis, el color del pelo era teñido y, según otra, se había tragado de moza el palo del molinillo y aun lo llevaba dentro. Gastaba un perpetuo mohín despreciativo y unas miradas olímpicas que asombraban al pasaje: apenas hablaba; su distracción era leer ú hocíquearse con el perro. El pobrecito Lilí era una monada, blanco como la nieve, de lanas tan crecidas que le tapaban los ojos y las patas. Por gruñón, por goloso y mal educado era un perrillo antipatico, digno apéndice de doña Pelos. Esta lo llevaba sujeto con un cordón azul que no soltaba nunca de la mano.



A todo esto el poder oculto atisbaba en la sombra, y un par de ojos malignos vigilaba por turno á la víctima expiatoria, mientras en medio del aire inflamado y de la mar en reposo, el *Asia* se mantenía á flote sobre el abismo, con todo aquel drama en el vientre.

La digestión del almuerzo es uno de los trámites que piden más quietud en un viaje trasatlántico, cuando el sol se empeña en abrasar los toldos mojados y no hay cristiano que resista el calor de los camarotes. Se ve entonces al pasaje diseminado en la toldilla, durmiendo en las mecedoras al arrullo del truntrún de la hélice.

Doña Pelos se había dormido plácidamente al redorso del palo mayor. El perrillo tomaba también su siesta, arrollado á los pies de la rubia. Mas en la laxitud de su modorra hubo de abrir la mano la infeliz señora, aflojóse el cordón azul, se escurrió sobre la falda y cayó sobre cubierta. En el mismo instante, Rosaura cogió á Lilí y desapareció por la escalera de la cámara.

La operación se llevó á término en el camarote del médico. Gatera y los demás conjurados llegaron á punto: eran tantas las manos, que faltaba perro y fué menester acudir á la ley de la distribución del trabajo. En un periquete esquilaron al animal entre Suarez y el teniente Rodrigo: luego Rosaura le dió una jabonadura y Gatera procedió á afeitarlo prestamente con maquinilla americana. El doctor dió el último toque á la obra magna pintando al bicho del hocico al rabo con tinta violeta instantánea. Merced á la previsión admirable de Rodrigo, todas estas delicadas manipulaciones quedaron terminadas en breves minutos, y el pobrecito faldero, disminuído en tercio y quinto, morado como una berengena y provisto de su cordón, fué depositado por Rosaura á los pies de doña Pelos, la cual continuaba beatíficamente su sueñecito olvidada de la profunda máxima del loco: *el que tenga enemigos que no duerma*.

El pobre Lilí saltó inmediatamente al regazo de su ama y la despertó con sus ladridos. ¡Oh númenes sagrados! ¿Quien es capaz de describir el asombro, el horror, la ira que se sucedieron en el rostro de doña Pelos? ¿Quien acierta á ponderar la soberbia patada con que arrojó de sí aquel bicho intruso, aquel enjendro asqueroso que usurpaba el puesto á su adorado Lilí? ¿Y quien no concibe la risa homérica de los combarcanos, la risa inextinguible y franca, la ruidosa manifestación de alegría con que fué acogido el chasco? Todos los tripulantes que no estaban de servicio acudieron á reirse juntos, y en la soledad imponente del mar resonaban las carcajadas ahogando el ruido de la hélice, y todo el buque, desde la roda al codaste, se extremecía de gusto y recobraba el buen humor, como si no anduviese sobre un abismo.

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Las estocadas llovían sobre su cuerpo. Muchas mujeres de héroes lloraron en estos momentos: levantando su escudo, apretó las correas é hizo correr arroyos de sangre sobre más de una cota de mallas.

«¡Desdichado de mí! qué sufrimiento,» exclamó el hijo de Aldriano. «¡Retroceder ahora, guerreros hunos! Dejadme tomar el aire, que el viento me refresque, porqué estoy muy fatigado del combate.» Y vióse al héroe avanzar resueltamente.

Cansado de luchar, se precipitó fuera de aquella sala. ¡Cuántas espadas resonaron sobre su casco! Los que no vieron las maravillas hechas por su brazo, se precipitaron al encuentro del guerrero del país de Borgoña.

«Dios quiera, dijo Dankwart, que yo tenga un mensajero, para hacer saber á mi hermano Hagen á que extremo me reducen los que me atacan. Él me libraría de ellos ó caería muerto á mi lado.»

Los Hunos le respondieron: «Tú mismo serás el mensajero, cuando te llevemos muerto ante tu hermano. Entonces el hombre de Gunter conocerá por fin el dolor. Tú has causado aquí muchos males al rey Etzel.»

Dankwart replicó: «Cesad en vuestras amenazas y alejaos de mí, ó inundaré aún de sangre la coraza de más de uno de entre vosotros. Yo mismo iré á la corte á dar la noticia y me quejaré á mi señor de vuestros furiosos ataques.»

Se defendió tan vigorosamente contra los hombres de Etzel, que ya no osaron atacarle con la espada. Lanzaron sus picas contra su escudo, que se puso tan pesado, que se vió obligado á dejarlo caer.

Creyeron vencerle ahora que no llevaba escudo, pero les hizo muchas profundas heridas á través de sus cascos. Muchos hombres valientes cayeron á sus piés. El atrevido Dankwart adquirió mucha gloria.

Por ambos lados se precipitaron sobre él, pero más de uno se lanzó demasiado pronto al combate. Corrió ante sus enemigos, como corre el jabalí ante los perros en la selva. ¿Podía mostrarse más valiente?

Señaló su camino humedeciéndolo con la sangre que vertía. Jamás un guerrero sólo ha combatido sus enemigos mejor que él lo hizo. Se vió al hermano de Hagen dirigirse fieramente hacia la corte.

Los reposteros y escanciadores, al oir el ruído de las espadas, dejaron caer de sus manos el vino y las viandas que llevaban á los convidados. Él encontró ante las gradas de la escalera muchos vigorosos enemigos.

«¡Qué es esto! reportáos, dijo el héroe fatigado, pensad en servir convenientemente á vuestros huéspedes, llevad buenas viandas á esos héroes y dejadme dar noticias á mis queridos señores.»

Entre los que, confiando en su fuerza, se avanzaron ante los escalones, pegó algunas tan fuertes estocadas, que todos por temor volvieron á las escaleras. Su poderosa fuerza había hecho grandes prodigios.

XXXIII

De como los Borgoñones se batieron contra los Hunos

Cuando el esforzado Dankwart llegó ante la puerta, mandó al acompañamiento de Etzel que se hiciera atrás. Todo su vestido estaba manchado de sangre y en la mano llevaba desnuda su acerada espada.

En el mismo momento en que Dankwart llegaba á la puerta, pasaban á Ortlieb el elevado príncipe de mano en mano por la sala sobre las mesas: aquellos terribles acontecimientos causaron la muerte del niño.

Dankwart gritó al guerrero: «Permaneceis sentado mucho tiempo, hermano Hagen, y á Dios del cielo y á vos me quejo de nuestra desgracia; caballeros y escuderos han sido asesinados en sus alojamientos.»

El interpelado contestó: «¿Quién ha hecho eso?» «El guerrero Bloedel y los que iban con él, pero he de deciros que lo ha pagado caro: con estas manos he hecho rodar su cabeza.»

«Es una desgracia insignificante», respondió Hagen, «cuando nos dan la noticia de que un guerrero ha sido matado por un héroe: menos tendrán que sentir las hermosas mujeres.»

«Pero decidme, querido hermano, como estáis tan ensangrentado? Me parece que vuestras heridas os causarán gran dolor. ¿Quién os las ha inferido en este país? Aunque el negro demonio venga en su ayuda perderá la vida.»

«Como veis, no tengo herida ninguna: mi traje está húmedo de sangre, pero es de las heridas de otros buenos guerreros. He matado á tantos hoy que no podría contarlos aunque me tomaran juramento.

Él le dijo: «Hermano Dankwart, guardad la puerta y no dejéis salir un solo hombre de los Hunos. Quiero hablar á esos guerreros como la necesidad nos obliga á hacerlo: nuestro acompañamiento ha recibido de ellos una indigna muerte.»

«Por cuanto soy camarero,» dijo el hombre esforzado, «creo que podré servir bien á tan ricos reyes; guardaré esta bajada con honor.» A los guerreros de Crimilda no podía suceder cosa peor.

«Me causa admiración,» dijo de nuevo Hagen, «lo que aun dicen entre sí los Hunos: creo que bien quisieran prescindir del que guarda la puerta y del que ha traído á los Borgoñones la horrible noticia.»

«He oído decir desde hace mucho, que Crimilda no podía olvidar las aflicciones de su corazón. Ahora bebamos por el amor y paguemos el vino de Etzel.»

A Ortlieb el niño dió tan fuerte tajo, Hagen, el valeroso héroe, que la sangre corrió á lo largo de la espada y la cabeza fué á parar á las rodillas de la reina. Entonces principió entre los guerreros una grande y espantosa carnicería.

Dió tan fuerte golpe al camarero que tenía al niño en las manos, que al momento cayó la cabeza á sus piés debajo de la mesa; triste era la recompensa que deba á aquel maestre de la corte.

Vió cerca de la mesa de Etzel á un músico y dirigiéndose hacia él con cólera, dejóle caer la mano derecha sobre la viola: «Esto es por el mensaje que llevastes á Borgoña.»

«¡Ah! ¡mi mano!» exclamó Werbel el músico de Etzel: «Señor Hagen de Troneja, yo ¿qué os he hecho? Yo fuí con la mayor buena fe al país de vuestros señores; ¿como podré hacer resonar los acordes, ahora que he perdido mi mano?»

A Hagen le importaba muy poco el que nunca volviera á tocar. Poseído de horrible furor hirió á muchos guerreros del rey Etzel, y dejó muertos en la sala á muchos de ellos.

Volker se levantó de la mesa de un salto é hizo crugir en sus manos el arco. El músico de Etzel hacia escuchar sones horribles. ¡Oh! ¡cuántos enemigos se hizo entre los fuertes Hunos!

Se levantaron de la mesa los tres ricos reyes: ellos hubieran querido separar á los combatientes, antes que ocurrieran más desgracias. Pero nada pudieron evitar, pues la colera de Volker y de Hagen era muy grande.

Viendo el rey del Rhin que no podia evitar el combate, hizo también profundas heridas á través de las bruñidas corazas de los enemigos. El héroe era esforzado y lo hizo ver de una manera horrible.

También se lanzó al combate el fuerte Gernot, y dió muerte á muchos guerreros Hunos con la acerada espada que le había regalado Rudiguero. Muchos males causó á los guerreros de Etzel.

El más joven de los hijos de la señora Uta, se arrejó también en la contienda, y lanzó su brillante javalina á través de los yelmos de los guerreros del rey Etzel del Huneland. Grandes prodigios realizó la mano del fuerte Geiselher.

Por arrojados que fueran los reyes y sus gentes, siempre se vió á Volker delante de todos, haciendo frente al enemigo; era un héroe valeroso. Hizo rodar á muchos heridos, bañados en su propia sangre.

Con un vigor indecible se defendieron los soldados de Etzel. Los extranjeros lo recorrían todo esgrimiendo á su alrededor las aceradas espadas, y por todas partes se oía espantoso ruído de gritos y lamentos.

Los que estaban fuera, querían entrar al lado de sus amigos, pero avanzaban muy poco hacia la puerta. Los que estaban dentro querían salir de la sala; Dankwart no dejaba á ninguno ni subir ni bajar.

Junto á la puerta se formó una enorme barricada, y las espadas crugían al caer sobre los cascos. El fuerte Dankwart estuvo en gran peligro, pero su hermano veló por él con grande afecto.

Hagen gritó á Volker en alta voz: «Compañero, mira allá abajo como lucha mi hermano contra muchos Hunos. Salva á mi hermano, amigo mío, ó perderemos al héroe.»

El músico le respondió: «Inmediatamente lo haré.» Y esgrimiendo el arco comenzó á atravesar la sala: una terrible espada llevaba desnuda en la mano y resonaba á los golpes. Los guerreros del Rhin hacían lo mismo en el interior.

Volker el fuerte dijo á Dankwart: «Habéis sufrido aquí fuertes ataques, y vuestro hermano me encarga que venga en vuestro socorro. Poneos detrás de mí, yo me pondré á la parte afuera.»

Dankwart el atrevido se puso fuera de la puerta, y arrojaba por la escalera á los que se le presentaban para subir. Las fuertes espadas resonaban en las manos de los héroes. En el interior hacia lo mismo Volker el borgoñon.

Así gritó el fuerte músico por encima de todos: «La casa está muy bien cerrada, amigo Hagen; han corrido los cerrojos á la puerta del rey Etzel las manos de los héroes y ellas valen más que mil barras.»

Cuando Hagen de Troneja vió la puerta tan bien guardada, el atrevido buen héroe se puso el escudo á la espalda, y comenzó á vengar los males hechos á sus amigos. Su cólera era terrible, muchos caballeros perecieron en el combate.

Cuando el señor de Berna vió maravillado que Hagen hendía tantos yelmos, el rey de los Amelungos gritó desde su banco: «Aquí vierte Hagen la más amarga de las bebidas.»

El rey estaba en gran cuidado, su esposa desolada. ¡Cuantos queridos amigos fueron matados ante sus ojos! El mismo pudo librarse con mucho trabajo de sus enemigos. Estaba sentado con gran angustia: ¿de qué le servía ser rey?

Crimilda la rica, gritó á Dietrich: «Sálvame la vida, noble caballero, por todos los príncipes que habitan el Amelungo, pues si Hagen me alcanza me dará muerte al instante por su mano.»

«¿Como ayudaros aquí, noble reina?» le respondió Dieietrich, «Tengo que defenderme yo mismo. Tan grande es la cólera de los que acompañan á Gunter



que en este momento no puedo salvar á ningún amigo.»

«En manera alguna, señor Dietrich, noble y buen caballero. Poned hoy de manifiesto vuestro valor y virtud ayudándome á salir, pues sino me darán muerte. Salvadme á mi y al rey, ó de lo contrario pereceremos.»

«Quiero probar si me es posible ayudaros: ha mucho tiempo que no he visto en parte ninguna tantos caballeros enfurecidos de esta suerte. ¡Yo veo salir la sangre á través de los yelmos á cada tajo!»

Con toda su fuerza comenzó á gritar el caballero en tan alta voz, que resonaba como un cuerno de bisonte, y toda la ciudad retemblaba. La fuerza de Dietrich era horriblemente grande.

Escuchando el rey Gunter gritar á aquel hombre sobre la tempestad, prestó atención y dijo: «La voz de Dietrich ha llegado á mis oídos: nuestros héroes deben haber matado á alguno de sus guerreros.»

«Lo veo sobre la mesa haciendo señas con la mano. Amigos y parientes míos de Borgoña, haced alto en el combate, dejadme escuchar y ver lo que han hecho á Dietrich mis hombres.»

Entonces el rey Gunter, mandando y rogando, consiguió que cesaran las espadas en el combate, é hizo aun un esfuerzo mayor para que nadie hiriera. Pidió al de Berna que le dijera lo que ocurría.

Le dijo: «Muy noble Dietrich, ¿qué os han hecho mis amigos? Estoy dispuesto á vengaros y á recompensaros. Cualquier cosa que os hayan hecho, será para mí una amarguísima pena.»

El noble Dietrich le respondió: «A mí no me han hecho nada. Dejadme salir en paz de la sala con mi acompañamiento, y que abandone esta horrible lucha. Siempre os quedaré agradecido, guerrero.»

«¿Por qué suplicar tan pronto?» preguntó Wolfhart. «Ese músico ha cerrado la puerta de una manera tan fuerte que no podemos abrirla, tan ancha como es.» «Calláos pronto» le dijo Dietrich. «Estáis haciendo de demonio.»

El rey Gunter le respondió: «Quiero permitíroslo: sacad de la sala muchos ó pocos, pero que no sean mis enemigos; esos deben quedar aquí, pues me han hecho gran mal en el país de los Hunos.»

Cuando escuchó esto el de Berna, tomó del brazo á la noble reina cuya angustia era grande; del otro lado tomó á Etzel y salió de la sala. Muchos más guerreros acompañaron á Dietrich.

Así dijo el margrave, el noble Rudiguero: «Si alguno más de los que están en la sala y os sirven quieren salir, hacédnoslo saber: una paz constante debe reinar entre buenos amigos.»

A estas palabras de su suegro respondió Geiselher: «Paz y buena fe reinarán entre nosotros, pues nos habéis sido fieles vos y vuestra gente. Salid de aquí sin ningún cuidado con vuestros amigos.»

Cuando el margrave Rudiguero salió de la sala de Etzel, lo siguieron quinientos hombres ó más. Los héroes habían consentido con buena fé, pero luego resultó desgracia para el rey Gunter.

Viendo un guerrero Huno salir al lado de Dietrich al rey Etzel, quiso marchar también, pero el músico le dió tan horrible tajo, que su cabeza fué volando á los pies del rey.

Cuando el rey del país hubo pasado la puerta de la sala se volvió y dijo mirando fijamente á Volker: «¡Terrible desgracia es para mí la llegada de esos huéspedes: por ellos todos mis guerreros tienen que recibir la muerte!»

«¡Desgraciada fiesta! añadió el elevado rey: dentro hay uno que se llama Volker, que se bate como un furioso jabalí y es músico; yo no me he salvado, sino librándome de ese demonio.»

«Sus cantos son fúnebres, sus acordes sangrientos y á sus sones mueren muchos héroes. No sé por qué nos odia ese músico, pero en la vida he tenido un huésped más malvado.»

Dietrich de Berna y el margrave Rudiguero, los dos héroes distinguidos, se fueron á sus alojamientos. No querían mezclarse en el combate y rogaron á sus guerreros que no turbaran la paz.

Si los extranjeros hubieran sabido todos los males que los dos habían de causarles, no los hubieran dejado salir tan fácilmente del palacio y les hubieran hecho sentir su fuerza.

A todos los que querían los dejaron salir de la sala. Los extranjeros se vengaron de todo lo que les había ocurrido. ¡Cuantos yelmos hizo pedazos el fuerte Volker!

El rey Gunter se volvió hacia donde se oía el ruído: «Hagen, ¿escuchas los cantos que Volker canta á los Hunos cuando se acercan á la puerta? El arco de su viola está empapado de sangre.»

«Siento mucho», respondió Hagen, «haber estado separado de ese guerrero. Yo era su compañero y él el mío; si volvemos algunas vez quiero ser siempre su amigo.

«Ahora mira, noble rey, como te es fiel Volker; como merece abundantemente tu oro y tu plata. Su arco corta el duro acero y parte sobre los yelmos los adornos que brillan á lo lejos.»

«Nunca ví á un músico que combatiera tan bravamente como hoy lo ha hecho Volker, el guerrero valeroso. Sus canciones se escuchan á través de los yelmos y los escudos: buenos caballos debe montar y vestir magníficos vestidos.»

De todos los Hunos que estaban en la sala ninguno pudo escapar con vida. Cesó el ruído, pues ninguno sostenía el combate; los fuertes guerreros dejaron las espadas con que habían luchado.

XXXIV

De como sacaron los muertos de la sala

Después de tan gran fatiga, reposaron los señores. Volker y Hagen salieron del palacio. Se apoyaron en los escudos aquellos bravos, y los dos héroes conversaron largamente.

Así dijo Geiselher, el héroe de Borgoña: «Aun no debemos descansar, queridos amigos: es menester sacar los muertos del palacio, pues en verdad os digo que seremos atacados de nuevo.»

«Es menester que no esten bajo nuestros pies durante más tiempo. Antes que en el combate nos logren vencer los Hunos, les causaremos aún muchas heridas. Esto será para mí» añadió Geiselher «una gran alegría.»

«Feliz yo que tengo estos señores», dijo Hagen. «El consejo que ahora nos dá nuestro joven señor, es digno de un héroe distinguido: por esto, Borgoñones, podéis estar contentos.»

(Continuará)

POR ESOS TEATROS

La compañía francesa del Principal: «La Robe Rouge» «Trois femmes pour un mari» «M. le Directeur.» «Le gendre de M. Poirier. — Los demás teatros.

La compañía francesa que, dirigida por M. Vast, actúa en el Principal, ha atraído durante la quincena las miradas de la minoría intelectual que se preocupa en serio de cuestiones teatrales. Y no es que entre los artistas que forman dicha compañía figure ningún genio de fama universal que con solo su nombre llene el cartel, sino por estar constituída por elementos apreciables, acostumbrados á trabajar juntos y á estudiar concienzudamente sus papeles, con el fin de obtener inmejorables efectos de conjunto... En ninguno de ellos se vislumbra ni por asomo el prurito, tan común entre los actores de por acá, de atraer toda la atención de la concurrencia en perjuicio de sus compañeros y del arte. Porque, al cabo y al fin, el hecho de que un artista sea verdaderamente grande, no impide que, cuando le rodean nulidades ó medianias perjudique con su talento avasallador el buen efecto del conjunto. Y donde no existe dicho buen efecto no hay harmonía y por ende no hay verdadero arte.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. Francisco Santigosa Martí



Santuario del Coll el día de Pascua Florida

Los artistas franceses que forman la compañía de M. Vast, como si estuviesen convencidos de la verdad de la precedente afirmación, sacrifican siempre que se lo exigen las circunstancias, su lucimiento personal al de la compañía. Parecen ruedas de una misma máquina, que se encadenan y se enroscan entre sí para producir entre todas el efecto apetecido.

Y no cabe duda que en toda ocasión consiguen su objeto, como lo han probado de una manera que no deja lugar á dudas, interpretando ante nuestro público los géneros más distintos.

La obra con que debutó la compañía fué «La Robe Rouge», en la que su autor, M. Brieux, pinta al vivo, con indelebles pinceladas, los vicios y preocupaciones que corrompen la pequeña magistratura francesa.

El autor, uno de los que más renombre han adquirido recientemente con motivo de la prohibición por la censura de alguna de sus obras, demuestra poseer un talento dramático de primera fuerza y un caudal de conocimientos no común. Por eso el drama resulta una obra realmente sólida, dejando adivinar la vasta ilustración de Brieux. Este es un autor dramático de escepcionales dotes, que tiene la abnegación de ofrecerlas á sus semejantes, á los cuales procura mostrar con su obra los vicios de la sociedad contemporánea, procurando siempre imbuir en el espectador la idea de perfeccionamiento.

Entre las demás obras estrenadas por la excelente compañía de M. Vast, merece especial recuerdo «Trois femmes pour un mari», comedia *vaudevillesca* basada en un asunto ya sobradamente sobado de puro viejo, pero que ha sido tratado por su autor de una manera original y con verdadera gracia.

También es digno de alabanza el *vaudeville* «M. le Directeur», que habíamos visto arreglada al castellano en uno de nuestros teatros. Con decir que el original está cien leguas por encima del arreglo que nos *sirvió* en Novedades cierta compañía castellana, hay bastante para que el lector pueda formarse una ligera idea de la gracia, la sal y el gracejo que campean en todos los actos de «M. le Directeur».

Las mismas cualidades se observan en «Le gendre de M. Poirier», original de Emilio Augier, en la cual se notan además soberbias condiciones de autor dramático serio de primera fila. La parte cómica y la parte dramática se funden y compenetran tanto entre

sí, que la obra, en conjunto, resulta de un sabor agridulce delicioso.

En la interpretación de cada una de las citadas obras mostraron todos los artistas singular discreción, llegando algunos de ellos á alcanzar en sus respectivos papeles legítimos triunfos.

Es verdaderamente de sentir que nuestro público no haya sabido corresponder como era debido á aquellos artistas.

Los demás teatros han ido tirando en general con obras viejas, esperando la conclusión de la temporada que ha terminado estos días en todos ellos. Sin embargo el de Novedades, ha abierto de nuevo sus puertas con la notable compañía del teatro de la Comedia de Madrid. Para la noche del debut, escogió la compañía un regocijado juguete en tres actos titulado «Tortosa y Soler», que fué muy bien recibida por la numerosa y distinguidísima concurrencia que llenaba de bote en bote el local y entre la que se veían las más distinguidas familias de Barcelona.

En el Eldorado habrá debutado uno de estos días Thuiller y en el Gran vía lo ha hecho Carmen Cobeña con la mayoría de los artistas que figuraron al lado del difunto Mario. Todo hace esperar que este verano tendremos una buena campaña teatral, pues, además de las meritadas compañías, tenemos en puerta una italiana, que es muy posible nos visite en julio y de la cual forman parte algunos artistas ya conocidos de nuestro público por haber figurado en la compañía de la notabilísima actriz Italia Vitaliani.

Quiera Dios que no resulten fallidas nuestras esperanzas.

Un Espectador

HOJEANDO LIBROS

«Arte gradual de lectura y escritura», por D. Primitivo Sanmartí.

La obra del Sr. Sanmartí es de grandísima utilidad, constituyendo uno de los mejores libros de enseñanza que en su género se han producido.

Método, precisión, acierto. He aquí las principales cualidades que hacen recomendable la obra, destinada á prestar grandes servicios á los que se dedican á las sagradas tareas de la enseñanza.

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. Francisco Santigosa Martí



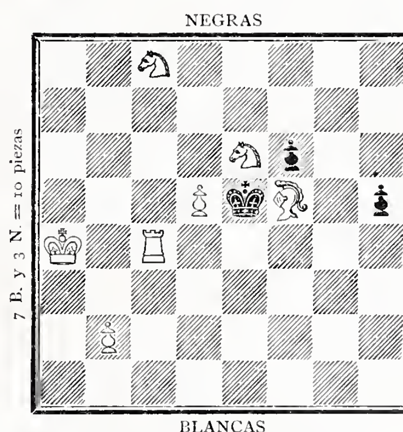
Alrededores del Coll el día de Pascua Florida

Creemos prestar un buen servicio á los señores profesores, recomendándoles la adopción del «Arte gradual de lectura y escritura» que ha sido editado con singular gusto por la casa Bastinos.

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 48.— H. v. DÜBEN

NEGRAS



BLANCAS

Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución al problema 47, por J. FRIDLIZIUS

1. C 3 A D, etc.


HISPANIA
JIMENEZ & LA
MALAGA & MANZA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



En la lucha contra el capital, me declaro vencido

El Pretendiente de Washington

Ha leído usted alguna vez *El Centinela de Remus?*, me preguntó.

Y no tan sólo no había leído nunca semejante periódico, sino que ignoraba hasta la situación geográfica del pueblo.

—¡Es extraño que no reciban *El Centinela* en la fonda!, continuó. Será preciso, pues, que yo le diga algo al Director... No porque la cosa tenga gran importancia, sino porque, hablando en confianza, también yo he pertenecido algún tiempo á la honrosa profesión de usted y he escrito varios artículos en aquel diario. Algunos amigos, quizás por exceso de indulgencia, decían que mi estilo tenía cierta relación con el de Junius. No hay por qué decir que sólo á beneficio de inventario aceptaba yo una opinión que tanto me halagaba. Pero, en fin, la verdad es que durante la última campaña electoral, mis artículos produjeron su efecto... Mucho me alegraría de poderle leer á usted alguno... y hasta creo que los traigo en el bolsillo...

Y diciendo y haciendo se metió la mano en el bolsillo interior de la levita, con una agilidad que denotaba larga práctica; pero, después de hojear sobre las rodillas un paquete de papeles grasientos que tenían el aspecto de unos certificados ya escritos desde tiempo inmemorial, acabó por exclamar:

—¡Me los habré dejado en la maleta!

Respiré. La escena tenía lugar en Washington, en el salón de una celebrada fonda. Hacía como cinco minutos que aquel sujeto, desconocido para mí, había acercado á la mía su butaca para entablar conversación. Tenía ese aspecto receloso, tímido é impotente que gravita sobre los provincianos cuando se encuentran por vez primera en su vida fuera de su círculo de acción y ven perdida su personalidad en un mundo más vasto, más frío y más indiferente de lo que ellos podían imaginar.

Digámoslo de paso: esa familiaridad é indiscreción que generalmente se les achaca á los campesinos y á los provincianos, sobre todo en los trenes y en las ciudades, suele ser originada por un sentimiento abrumador de su aislamiento y por un exceso de nostalgia. Me acuerdo de que un día, en el coche de los fumadores de la línea Kausas, me encontré con uno de esos desterrados y á fuerza de acribillarme de preguntas tontas, acabó aquel desgraciado por descubrir que yo trataba apenas á un hombre que hacía muchos años había vivido en Illinori, que era su ciudad natal. No tuve más remedio que hablar de aquel hombre hasta el término de mi viaje, á pesar de que me convencí de que mi compañero no le conocía más que yo. Pero aquello le unía indirectamente á su amada patria y no necesitaba más.

Pensando en todo esto me puse á examinar á mi hombre. Era bajito, de complexión débil, de treinta años ó poco más, cabellos rubios y pestañas tan blancas que apenas se le veían. Vestía traje negro de corte algo anticuado. No sé por qué se me metió en la cabeza que era su traje de boda, y acabé por averiguar que no me había equivocado. Sus modales tenían ese movimiento dogmático que da el oficio de maestro de escuela y la necesidad de luchar cuerpo á cuerpo con inteligencias tardías. También en esto acerté, según vino á desprenderse de su historia, que tuvo buen cuidado de contarme.

Nacido en un estado del Oeste, había recibido una buena educación primaria, acabando por que le nombrasen maestro de escuela de Remus y encargado del catastro. Por fin se casó con una de sus discípulas, hija de un pastor que tenía algún dinero. Bien pronto se dió á conocer por su facilidad de palabra y acabó por ser uno de los miembros más distinguidos de la *Sociedad de los debates* de Remus. Entre otras cuestiones que por entonces agitaban á aquella linda población, era una la de saber «si la vida agrícola es compatible con la fe en la inmortalidad del alma» y «si el wals de tres tiempos es un baile rechazado por la moral», temas ambos que le facilitaron la ocasión de distinguirse entre sus contemporáneos.

—¿No ha leído usted en el *Memorial cristiano* del 7 de Mayo de 1876, un extracto de lo que decía *El Centinela de Remus?*... ¿No?... Pues ya procuraré yo darle á usted un ejemplar... En la última campaña electoral tomé una parte muy activa, y aun cuando no me esté bien el decirlo, es lo cierto que todos convienen en que Gashwiller me debe su triunfo.

—¿Gashwiller???

—Sí, el general Pratt Gashwiller, diputado por nuestro distrito.

—¡Ah!

—Un hombre de mucho talento, que no tardará en abrirse camino en el parlamento.

En una palabra, mi hombre había venido á Washington con Gashwiller, y ni él, ni mucho menos Gashwiller, sabían por qué no había de lograr la recompensa... (aquí una sonrisa de excusa) la recompensa á que le hacían acreedor sus servicios...

—¿Ha fijado usted su atención en algún cargo determinado?

—No, pero confío en Gashwiller, porque me tiene dicho: «Déjeme usted hacer, Daré un vistazo á las diversas dependencias del Estado y ya veremos cual es la que más conviene á sus aptitudes...»

—¿Y qué?...

—Pues busca, examina... Ahora le estoy esperando. Precisamente ha ido al Ministerio con el objeto de ver si encuentra algo bueno para mí... ¡Ah!... Ya está aquí...

Vino hacia nosotros un hombre alto y desmesuradamente grueso. Era voluminoso, difícil en los movimientos, lustroso y pesado. Veíase que afectaba la sencillez del *honrado campesino*, pero de un modo tan grosero, que el más cándido labriego no se hubiese dejado engañar. Tenía algo del hombre de negocios poco correctos que un juez listo no tolera tres minutos en la barra, y del soldado dudoso predestinado á sufrir consejo de guerra.

Hízose la presentación en toda regla, y por ella supe que el pretendiente se llamaba Expectante Dobbs. Volviéndose hacia mí, dijo Gashwiller:

—Nuestro joven amigo espera el día, á mi juicio poco lejano, en que el Estado necesite de sus servicios...

É hinchando la voz como quien habla en público, añadió:

—¿Y qué es la juventud, al cabo y al fin, sino la edad de la esperanza y de la preparación?... ¡ah!...

Y alargó la mano con un movimiento familiar y paternal, tan poco sincero como todo el resto de su persona, dando pie para que yo no supiese á quién despreciar más, si al diputado ó á su víctima, que tomaba todo aquello como dinero contante y sonante. El pobre diablo preguntó:

—¿Qué? ¿Aun no hay nada?

—No. Nada *definitivo;* pero desde ahora puedo asegurar que hemos tomado excelentes posiciones para seguir adelante. ¡Ah!... Sólo que hay que saber esperar, joven. Ya conoce usted la frase del filósofo: «*Hay que apresurarse poco á poco...*» ¡Ah! No hay nada mejor para llegar.

Tomando un aire confidencial, añadió:

—¡Los jóvenes son tan impacientes! Precisamente acabo de encontrar á mi antiguo amigo y compañero de la infancia Jim Mac Clacher, director de Instrucción pública y *(bajando misteriosamente la voz)* hemos convenido en que mañana nos volveremos á ver...

—¡Señores, al coche!, gritó en aquel instante el mayoral del ómnibus del ferrocarril.

Vime obligado á dejar la compañía del inteligente legislador y de su protegido. En el momento de emprender la marcha vi al poderoso Gashwiller ocupado en calmar las impaciencias de Dobbs.

Mi ausencia duró una semana. Al regresar volví á encontrar á estos dos caballeros conversando en el portal: pero me pareció advertir algo así como si el ilustre Gashwiller tuviese ganas de librarse de su amigo.

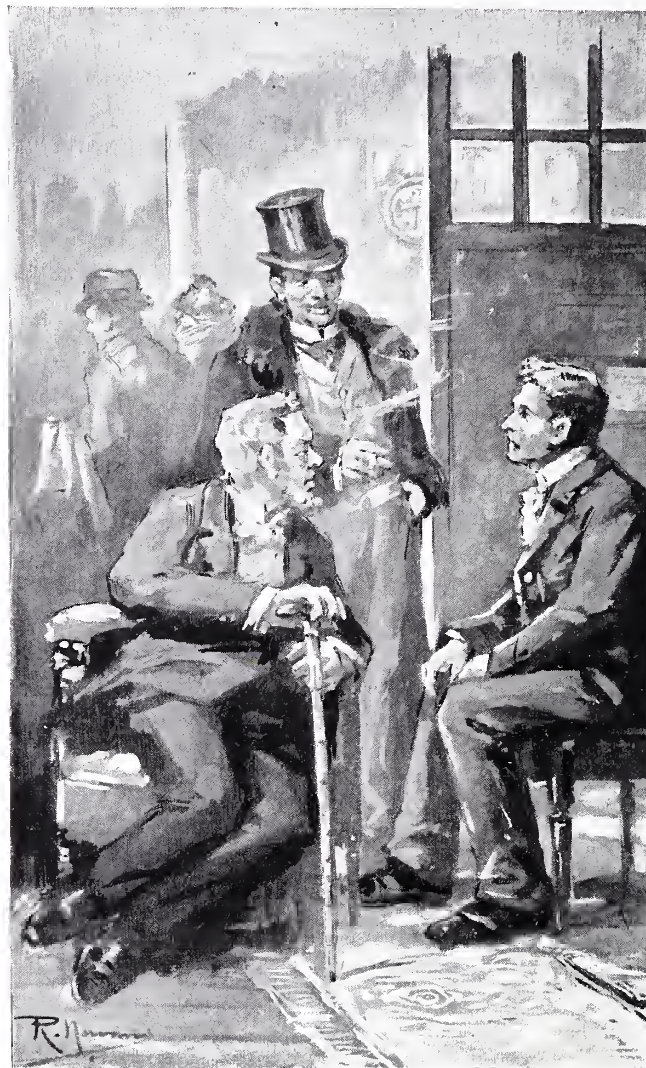
—No tengo más remedio que ir ahora á mis asuntos... ¡Mañana nos veremos!, le oí decir más que de prisa.

Por vez primera vi alguna expresión en el rostro lleno de pecas del pobre Dobbs: la expresión del desengaño.

—¿Cómo van los asuntos de usted?, le pregunté.

Su orgullo aun no estaba abatido. Los asuntos no iban del todo mal, pero el Parlamento tenía tanta confianza en las grandes cualidades administrativas de Gashwiller, que el pobre general se veía agobiado de trabajo y no podía salir de las oficinas.

Observé que la levita del pobre pretendiente no estaba tan flamante como antes, y me confesó que había dejado la fonda para irse á vivir á una casa más barata en una callejuela próxima. ¡Previsora economía!



Pocos días después tuve que ventilar un negocio en un ministerio. No sé por qué estos establecimientos oficiales, con sus puertas cuidadosamente numeradas, me recuerdan esos grandes almacenes donde se ven artículos de todas clases. Aquí podéis adquirir pensiones, privilegios de invención y certificados; allí terrenos, simientes y hasta indias para explotarlas, ¿qué se yo? Por todos lados se oyen timbres y se ven ordenanzas corriendo. ¡Nada, que parece una casa de comercio!

Tenía que hablar personalmente con el director de aquel gran Bazar Nacional, y me apresuré á entrar seguidamente en su despacho, dejando en la antesala la multitud hambrienta y triste de los pretendientes, y dejando también detrás de mí una buena provisión de celos y de

reflexiones poco caritativas. Al pasar el lindar del santuario, oí una voz monótona que vaciaba su negocio con marcado acento del Oeste. Allí estaba Gashwiller.

—...Crea usted, señor secretario de Estado, que este nombramiento será muy bien recibido en el distrito. La familia es rica é influyente y para las elecciones de Noviembre puede asegurarnos el apoyo de todos los medidores y jueces de la comarca. Bien vale la pena de hacer algo. Respecto á los delegados del comité central, todos, desde el primero hasta el último...

Al llegar aquí Gashwiller adivinó en la mirada distraída de su interlocutor que acababa de entrar un tercero y acabó la frase inclinándose al oído del funcionario con notable familiaridad. ¿Qué no será capaz de hacer un hombre de Estado para conservar en el puño la mayoría?

—¿Tiene usted papeles relativos al asunto?, preguntó.

—¿Papeles? Los bolsillos llenos... Apresuróse á vaciarlos. El funcionario los echó sobre las otras recomendaciones que tenía en la mesa, donde perdieron acto continuo su personalidad para confundirse con aquellas. En aquel momento servían de dato para todo, menos para lo que habían sido llevados allí. ¡Valiente ensalada de intereses! En un rincón estaba una instancia firmada por todo el vecindario de Massachussets con el ayuntamiento á la cabeza, pidiendo inmediatamente que se roturasen unos terrenos incultos del Iowa; pero había caído de tal manera que parecía como que llevase en un extremo la recomendación de cierta dama muy conocida, que reclamaba sencillamente una pensión por heridas recibidas en el campo de batalla.

—Si no me equivoco, dijo el funcionario, me va por la dea que he recibido una carta de no se quién del distrito de usted, en la que pide que se le dé cierto destino, invocando para ello la recomendación de usted. ¿Debo hacer algún caso?

—¿Y quién es el que se permite especular con mi nombre?, preguntó con acritud el señor Gashwiller.

—Aquí debo tener la carta, contestó el funcionario mirando vagamente sobre la mesa.

Revolvió algunos papeles, y después, cansado de aquella tentativa, reclinóse en el sillón y echó una mirada vaga á la ventana, como si temiese que la carta hubiese volado por allí.

—¡Ah!... ya me acuerdo... Firmaba un tal Globbs, ó Gobbs, ó Dobbs, de Remus... añadió después de prodigioso esfuerzo de memoria.

—¡No haga usted caso! Es un tonto que me está martirizando desde hace un mes.

—De manera, que como si no la hubiese recibido.

—Justamente. Al menos por lo que á mí se refiere. Además, que si se hiciese tal nombramiento, caería como una bomba y quizá nos produjese una violenta oposición en el distrito...

El director dió un suspiro de satisfacción, y el notable Gashwiller se despidió.

En el momento en que aquel distinguido tunante pasó por delante de mí, le miré cara á cara, pero el no me conoció.

La cuestión consistía en saber si yo debía rebelarle á Dobbs aquella traición; pero el pobre muchacho estaba tan contento cuando le ví, que me faltó el valor. Su mujer le había escrito diciéndole que acababa de saber que un primo segundo estaba de oficial en la oficina de correos y le había escrito. Dobbs fué á verle, consiguiendo algunas promesas.

—Su cargo le pone frecuentemente en relación con el secretario de Estado, me dijo con los ojos encendidos. Muchas veces trabaja en una oficina inmediata al despacho del Ministro... ¡Ah! ¡Es un hombre influyente!... ¡muy influyente!...

No sé el tiempo que se prolongó aquella situación; pero se prolongó mucho, quizás el necesario para que la levita del pobre Dobbs se pelase, para que él renunciase al uso de los puños en la camisa, se olvidase de afeitarse y de dar lustre á las botas, y enseñase dos ojos hundidos al lado de dos pómulos inflamados.

Veíasele en todos los ministerios escribiendo memoriales ó haciendo antesalas pacientemente de la mañana á la noche. Algo se había amortiguado su dogmatismo, pero nada su orgullo.

—Con tanto esperar aquí, decía, me voy iniciando en los detalles de la vida oficial.

Un día recibí una tarjeta suya invitándome á comer á una de las mejores fondas. Aun no me había repuesto de la sorpresa cuando vino á buscarme Dobbs en persona. Al principio me costó algún trabajo el reconocerle con su traje nuevo de corte elegante, que difícilmente disimulaba los ángulos de su perfil provinciano. Tal vez por lo mismo había adoptado cierto abandono en sus maneras, por creerse así más elegante. Con su ordinaria franqueza, se apresuró á explicarme aquella metamórfosis.

—¡Ya he descubierto la manera de conseguir mi objeto!, me dijo. Esos señores empleados me conocían sólo como pretendiente, y por eso me trataban por debajo de la pata. He pensado, pues, que lo mejor era presentarme delante de ellos con otro aspecto, darles una comida y tratar las cosas de igual á igual... Aquí donde me ve usted, añadió recobrando su voz de maestro de escuela, anoche se sentaron á mi mesa dos ministros, dos magistrados y un general...

—¿Y aceptaron el convite?

—¡Oh, no!... no me hubiese atrevido... Sólo pagué el extraordinario de la comida... Tomás Suffit fué quién dió el convite y les invitó. Conoce á todo el mundo. No faltó un amigo que me abrió los ojos, diciéndome que Suffit ha obtenido por este procedimiento no sé cuantos nombramientos y pensiones... ¿Comprende usted? Cuando toda esa gente gorda se alegra con el *champagne,* les dice así, indirectamente: «¡Ahora que me acuerdo, yo conozco á un fulano de tal, guapo chico, que desea este empleo. ¡Cuánto me alegraría de que lo obtuviese!» Y antes de que se echen á pensar, les arranca la promesa. Me parece que no está mal pensado eso de obtener un buen empleo á cambio de una buena comida.

—¿Pero de donde saca usted el dinero?

—¡Oh!... (añadió algo dudoso), escribí á la familia y el padre de Fanny ha encontrado la manera de que le prestasen quinientos duros... Me los ha enviado y los

cobraremos con cargo al capítulo de gastos secretos...

Sonrióse algo tontamente y añadió:

—El pobre viejo ni bebe ni fuma... ¡Figuraos si abrirá los ojos para saber adónde va su dinero!... Pero tan pronto como me empleen se los devolveré... ¡Tan cierto como tres y dos hacen cinco!...

Este aspecto desahogado le sentaba casi tan mal como el traje, y aquel tono familiar me disgustaba casi más que sus antiguas timideces.

—¿Pero qué ha sacado usted de sus gastos?, le pregunté.

—Hasta ahora nada; pero el Ministro de Estado y uno de los Directores generales, han hablado conmigo, y hasta me dijo el Ministro, que no le era desconocido mi nombre. ¡Ya lo creo! (añadió forzando algo la sonrisa), ¡como que le he escrito lo menos quince ó diez y seis veces!

Pasaron tres meses. Iba yo á uno de los estados del Oeste donde me aguardaban para una lectura, cuando á diez millas del punto de destino vimos bloqueada la vía férrea por una tempestad de nieve. ¿Qué hacer cuando sabía que los que me esperaban estarían pataleando? ¡No había más remedio que ir en trineo!

Lo intenté. Por desgracia el camino era largo y los obstáculos muchos. Aun no habíamos andado cuatro millas, cuando el cochero declaró que los caballos estaban rendidos y no podían más. Promesas y amenazas fueron inútiles, viéndome obligado á aceptar los hechos consumados.

—¿En dónde estamos?, pregunté.

—En Remus, contestaron.

¡Remus, Remus! ¿Dónde diablos, había oído yo aquel nombre? Acabábamos de detenernos frente á una taberna de pobre apariencia; eran las nueve, y tenía delante la perspectiva de una triste noche de invierno. Quise que me facilitaran otro tiro, y en vista de que era inútil, me resigné á la suerte, encendí un cigarro y me senté frente á la roja estufa.

Muchos hombres se paseaban por el salón de la posada. Uno de ellos vino cordialmente á manifestarme su sentimiento por lo que me sucedía.

—Lo mejor que puede usted hacer es pasar la noche en Remus, me dijo. Esta posada no es muy buena que digamos, pero aquí cerca vive un buen anciano, antiguo predicador, que por espacio de más de veinte años ha recibido y alojado gratis en su casa á los viajeros de la clase de usted. El pobre hombre fué rico y ya no lo es; ha vendido su magnífica casa de los tres caminos y vive con su hija en una casita de campo. Lo que usted debe hacer es ir á verle. Se alegrará mucho y estoy seguro de darle un disgusto si dejo que usted salga de Remus sin decírselo... ¿Quiere usted que le acompañe?

Me dejé convencer y fuí en compañía de mi hombre hasta la próxima casa de campo. Seguía nevando. En cuanto sonó la aldaba abrióse la puerta y un anciano de setenta años, de fisonomía dulce y cabellos blancos, salió á nuestro encuentro. El guía me presentó diciendo:

—Anciano, aquí tenemos un orador, que ha sido detenido por el nevasco y que presento á usted.

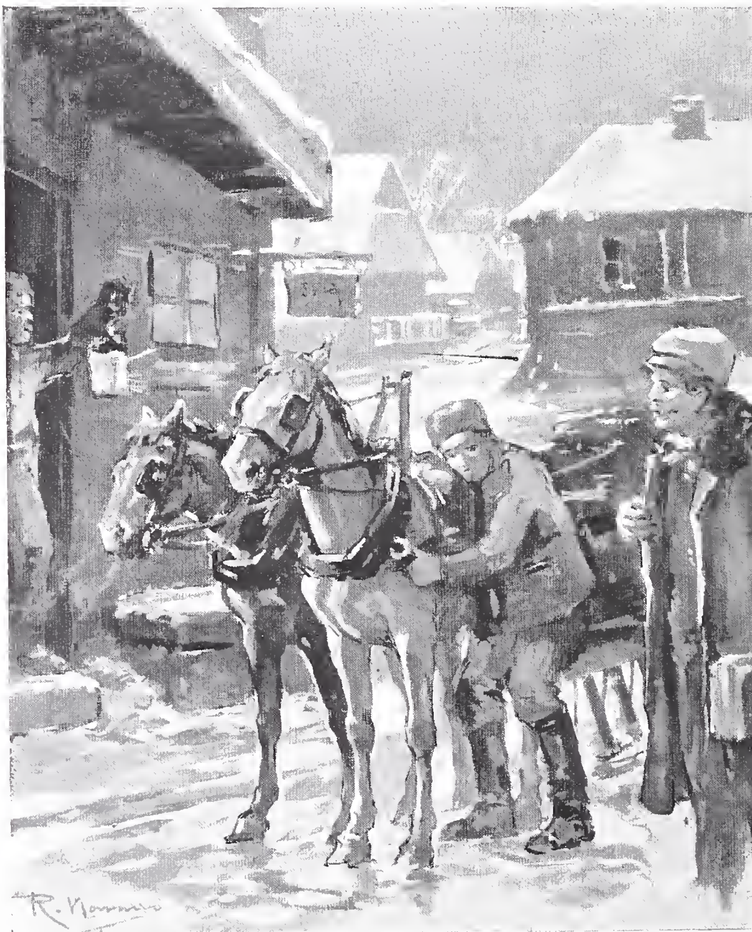
Con estas solas palabras, que no me dejaban hablar á mí, fuí acogido con la mayor simpatía. Bien pronto acabaron con mi cortedad la franqueza y buena educación de mi huésped. Dejé que me introdujesen en una sala modesta y que me presentasen á una joven que se levantó al verme entrar.

Era bastante bonita, pero estaba ajada antes de tiempo.

—Tanto mi hija Fanny, como yo, dijo el anciano, vivimos aquí en completo aislamiento, y si usted supiese cuánto nos alegramos de que venga á vernos alguno de los que huyen del mundo civilizado, no se tomaría usted el trabajo de pedirnos que le dispensásemos.

Mientras hablaba, traté de recordar cuándo y en qué circunstancias había yo visto aquella aldea, aquella casa, y aquel honrado anciano y su hija. ¿Habría sido en sueños? ¿Serían reminiscencias de una existencia anterior, de esas á que se halla sujeta el alma humana? Miré con detención á aquellas pobres gentes y en las arrugas prematuras que se dibujaban alrededor de los labios de la joven, en los pliegues de la frente del anciano, en el tic-tac del viejo reloj, hasta en la manera como se ahogaban los ruidos exteriores en la nieve que caía lentamente, me parecía oir: «Paciencia, paciencia; tranquilidad y esperanza.»

El buen anciano cargó una pipa y me invitó á llenar la mía. Después añadió:



—Soy poco aficionado á beber, pero ordinariamente tengo algún licor confortable para obsequiar á mis huéspedes. Por desgracia hoy no hay nada en la casa.

En vista de lo cual me permití ofrecer mi caramañola de viaje, que fué aceptada, no sin escrúpulos.

Gracias á su benéfica influencia, pareció que el buen viejo se había quitado diez años de encima, á juzgar por lo tieso que se puso y las ganas que le entraron de hablar.

—¿Y cómo marchan los asuntos en la capital?, me preguntó.

De todas las cosas del mundo quizá sea esta la que menos me importa; pero el buen viejo tenía seguramente ganas de hablar de política. Tomé la determinación de decir vagamente y sin miedo á equivocarme, que no se hacía cosa de provecho.

—¡Comprendo, comprendo!, dijo mi huésped. En el asunto de los pagos en especie y en el de los derechos mútuos de la Unión y de los estados, sería usted partidario de que se siguiese una política más conservadora, por lo menos hasta que dé su veredicto el cuerpo electoral.

Volvíme hacia la señora como implorando su auxilio, mientras decía con dificultad que había interpretado muy bien mi pensamiento. El buen hombre, al ver la dirección de mi mirada, añadió:

—Tengo á mi yerno empleado en Washington, pero está tan ocupado que no puede darnos muchos detalles cuando nos escribe... ¿decía usted algo?

Acababa de soltar inconscientemente una exclamación. ¡Se había roto la venda y todo quedaba explicado!... Estaba en Remus, en casa de Expectante Dobbs, y en presencia de su mujer y de su suegro. Aquella elegante comida de Washington se había pagado con la sangre más pura de esta pobre criatura... Sobre los hombros de aquel infeliz anciano, de aquel hombre tembloroso, venía á descansar todo el peso...

—¿Qué empleo tiene?

—No lo sé positivamente. Creo que es algo así como de vigilancia. El Sr. Gashwiller me dijo que era una posición de la *clase de primeros*, si, *de la clase de primeros*.

No creí prudente decirles á aquellas buenas gentes que en la fraseología oficinesca de Washington hay la costumbre de contar de atrás á adelante.

—¿Se lo ha proporcionado Gashwiller?, pregunté.

La mujer me interrumpió dando un brinco.

—¡Por Dios, no pronuncie usted ese nombre!, dijo con tristeza. Hasta ahora sólo le ha proporcionado á Expectante disgustos y sinsabores... ¡Ah, qué hombre!... ¡Le odio y le desprecio!...

—Vamos, Fanny, hija mía, dijo el anciano con dulzura, sé más resignada y más justa. Gashwiller es hombre de gran talento; pero tiene muchas ocupaciones y le falta el tiempo para los asuntos importantes.

—No le faltaba el tiempo cuando necesitaba á Expectante, replicó la paloma herida, con toda la mala intención de que era capaz.

No era malo, sin embargo, que Dobbs hubiese alcanzado un empleo por modesto que fuese, y sea cual fuere el camino por donde había venido. Al acostarme aquella noche en la alcoba nupcial, experimenté gran satisfacción pensando que el pobre diablo había dado por fin el paso más difícil. Las paredes se hallaban atestadas de recuerdos de los días felices que habían precedido al matrimonio: un retrato de cuando Dobbs tenía veinticinco años; un vaso con un ramillete que Dobbs había regalado á Fanny el día de su triunfo académico; un voto de gracias firmado por toda la Sociedad de los Debates; un título de Presidente de la Sociedad Filomántica; un nombramiento de capitán de la milicia nacional de Remus y un diploma de francmasón, en el que se designaba á Dobbs con los títulos más pomposos y sonoros que puedan concederse al rey más poderoso de la tierra.

Aquellas pobres glorias de una vida mezquina y de un cerebro pequeño, tenían su parte ridícula; pero eran conservadas y consagradas, digámoslo así, por la sacerdotisa fiel que se sacrificaba ante el altar doméstico, y que no obstante su duelo, su duda ó su desesperación, mantenía siempre el aceite de la lámpara.

Entretanto la tempestad rugía fuera y sacudía la ventana con sus puños llenos de nieve. De vez en cuando alguna ráfaga de viento penetraba en la habitación. De una corona de laurel se desprendieron algunas hojas secas. Era la misma que Fanny había colocado en la cabeza de Dobbs el 4 de Julio de 1876, después del famoso discurso que pronunció en el salón de la escuela con motivo del aniversario de la Independencia.

Acostado en la cama de Dobbs, todo era preguntarme qué empleo sería aquel de la clase de primeros.

Lo supe cuando llegó el verano. Pasaba por el vestíbulo de un Ministerio, cuando tropecé desgraciadamente con un hombre que llevaba al hombro una especie de yugo, del que pendían dos cubos llenos de nieve para refrescar el agua de las oficinas.

¡Era Dobbs!

No dejó la carga, porque el reglamento lo prohibía y comenzó á hablarme alegremente y á decir que estaba aún en el primer escalón, pero que muy pronto subiría más. Como era inevitable la reforma de los servicios civiles, pronto tendría un ascenso.

—¿Quién le dió á V. ese empleo? ¿Gashwiller?

—No, creo que se lo debo á usted. ¿No le contó usted mi historia al subsecretario Blank? Pues éste se la refirió al Director Dasle, y como son tan buenas personas, han hecho por mí lo que han podido... Ahora ya tengo el pie en el estribo, como suele decirse... Sin embargo, hay que montar.

Le acompañé por las escaleras contándole de color de rosa mi visita á Remus y la impresión que me habían causado su mujer y su suegro. Después le prometí visitarle otra vez tan pronto como volviese por Washington, y por último le dejé bajo el yugo que se había impuesto.

Con el cambio de Ministerio vino la reforma de los servicios civiles, pero vino violenta y mal dirigida como todas las reformas repentinas; cruel para los individuos como todas las modificaciones. Al primer golpe del hacha revolucionaria cayeron aquellas cabezas, á las cuales una larga práctica en la rutina oficinesca había hecho inútiles para cualquier otro trabajo, y entre ellas cayó la de Expectante Dobbs, aquella cabeza tonta, débil y hueca.

Más tarde se supo que el ilustre Gashwiller había distribuído personalmente más de veinte empleos, y que en cuanto vió el nombre del pobre Dobbs en una de sus muchas instancias, se apresuró á sacrificarle sin piedad, porque figuraba en la oposición. La moral pública quedó vengada en su persona.

Desde entonces desapareció. Inútilmente le busqué por vestíbulos, antesalas y corredores. Acabé por creer que se había vuelto á su tierra.

Procedente de Baltimore llegué una mañana á Washington. El sol bañaba dulcemente la fachada del Capitolio, mientras que el resto del edificio reposaba aún en una calma majestuosa. ¿Cómo debía uno imaginarse que á aquella hora podría Gashwiller deslizarse por la espléndida columnata y atravesar el maravilloso pórtico sin que la estatua del frontón, indignada de tanta audacia, se precipitase espada en mano sobre el intruso y castigase su indiscreción? ¿Cómo comprender que manos parricidas llegarían á levantarse contra la Madre común, envuelta allí en la casta blancura de su ropa, en la noble tranquilidad de su fuerza, en el amor de los hijos de mármol que agrupa á su alrededor?

Me hallaba muy lejos de pensar en Dobbs, cuando al paso del carruaje me llamó la atención un rostro que acababa de entrever. Le dije al cochero que parase y reconocí indecisa y desolada á la pobre mistress Dobbs en una esquina de la calle. ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba Expectante?

Balbuceó algunas palabras sin ilación y acabó por echarse á llorar. La obligé á tomar asiento en mi carruaje.

Sola allí y ahogada por los sollozos, me contó que Expectante ya no había vuelto nunca al redil, y que élla recibió carta de una tercera persona diciéndole que su marido estaba enfermo de muerte. Su padre no había podido acompañarla, y venía sola, á pesar de su miedo, de su miseria y de su abandono...

—¿Sabe usted dónde vive?

—Aquí le tiene usted.

Era en los arrabales de Washington, cerca de Georgetown. Me faltó el tiempo para decirle á la pobre mujer que yo la acompañaría. En el momento de arrancar el coche traté de distraerla, llamándole la atención sobre los hijos de la Gran Madre común; pero, sin mirarlos, murmuró:

—¡Oh! ¡qué distancias tan terribles y tan pesadas!

Llegamos. Era un barrio de negros, pero limpio y aseado. La pobre mujer temblaba como la hoja en el árbol, cuando el coche se detuvo frente á una especie de barraca llena de negritos harapientos. Una mulata se acercó á la puerta.

Allí era. Vivía en la parte más alta, en la mayor miseria, y ahora tal vez estuviese durmiendo.

Le encontramos en el piso alto, acostado en un jergón. Junto al pobre lecho había una mesa de pino toda llena de solicitudes para los distintos ministerios. Sobre la sábana se veía una instancia á medio escribir, que se había escapado de sus débiles dedos.

Al oir pasos se apoyó en el codo.

—¡Fanny!, exclamó.

En su rostro se dibujó el disgusto.

—Pensé que era la contestación del secretario de Estado... añadió á modo de escusa.

La pobre mujer había sufrido ya demasiado para no soportar con resignación este último desengaño. Acercóse lentamente á la cama, sin exhalar una queja, sin derramar una lágrima, arrodillóse y abrazó á su marido. Los dejé solos.

Por la noche cuando volví estaba mejor; pero contra lo mandado por el médico, habló hasta con cierta alegría durante una hora.

Después apoyó la cabeza entre las manos y quedó pensativo. Cuando la levantó dijo á su mujer:

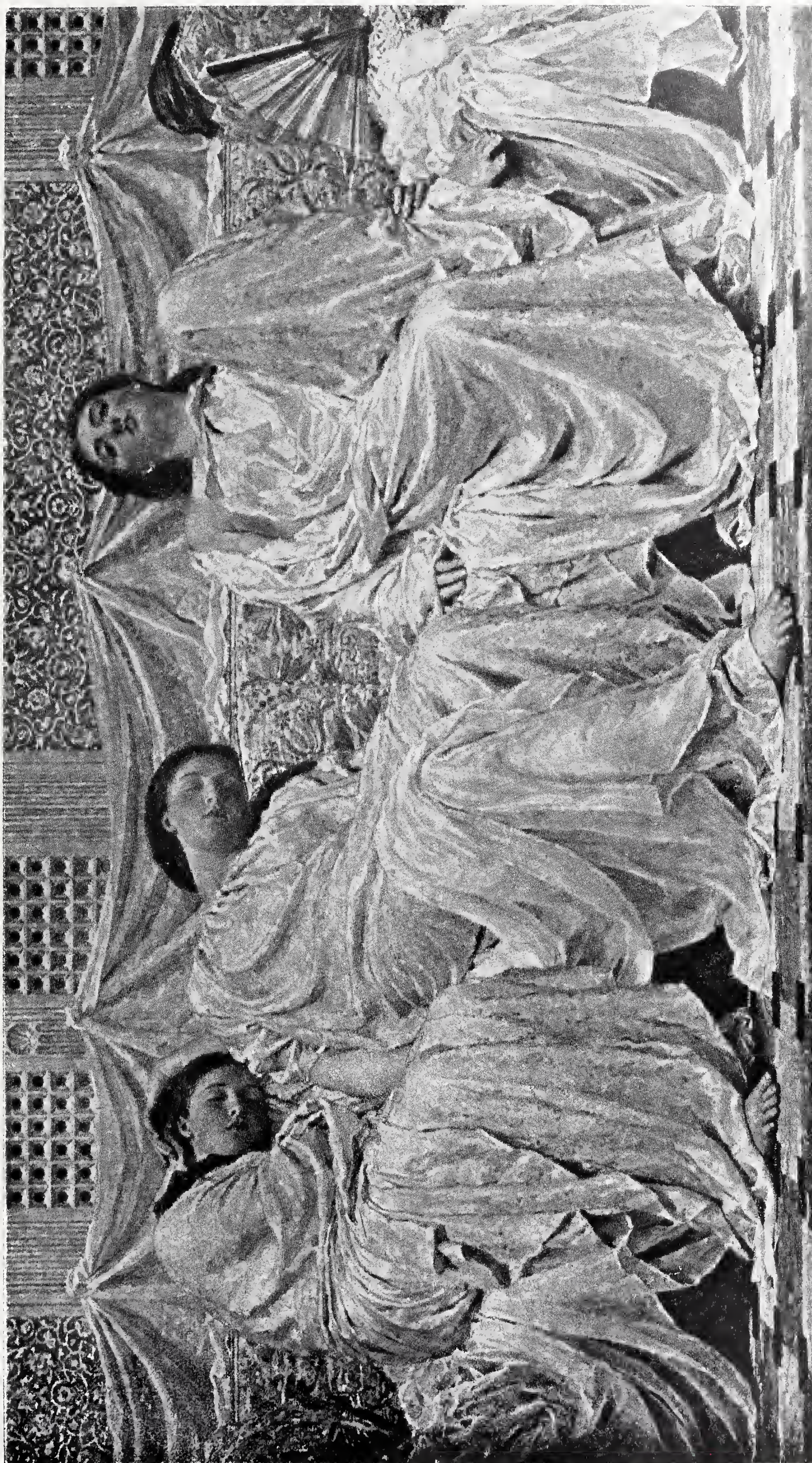
—¿Sabes que mientras buscaba apoyo y protección por todas partes me había olvidado del más poderoso de todos, del que manda en los reyes y en los ministros?... Me parece que ya es tiempo de pedirle que se interese por mí. Y si no fuese tarde, mañana mismo le pediría una audiencia...

Aun no había llegado el día de mañana, cuando ya había obtenido la audiencia... ¿Le darían entonces un buen destino?

BRET HARTE

Ilustraciones de R. NAVARRO





ALBERTO MOORE — SOÑADORAS

JOYAS CLÁSICAS

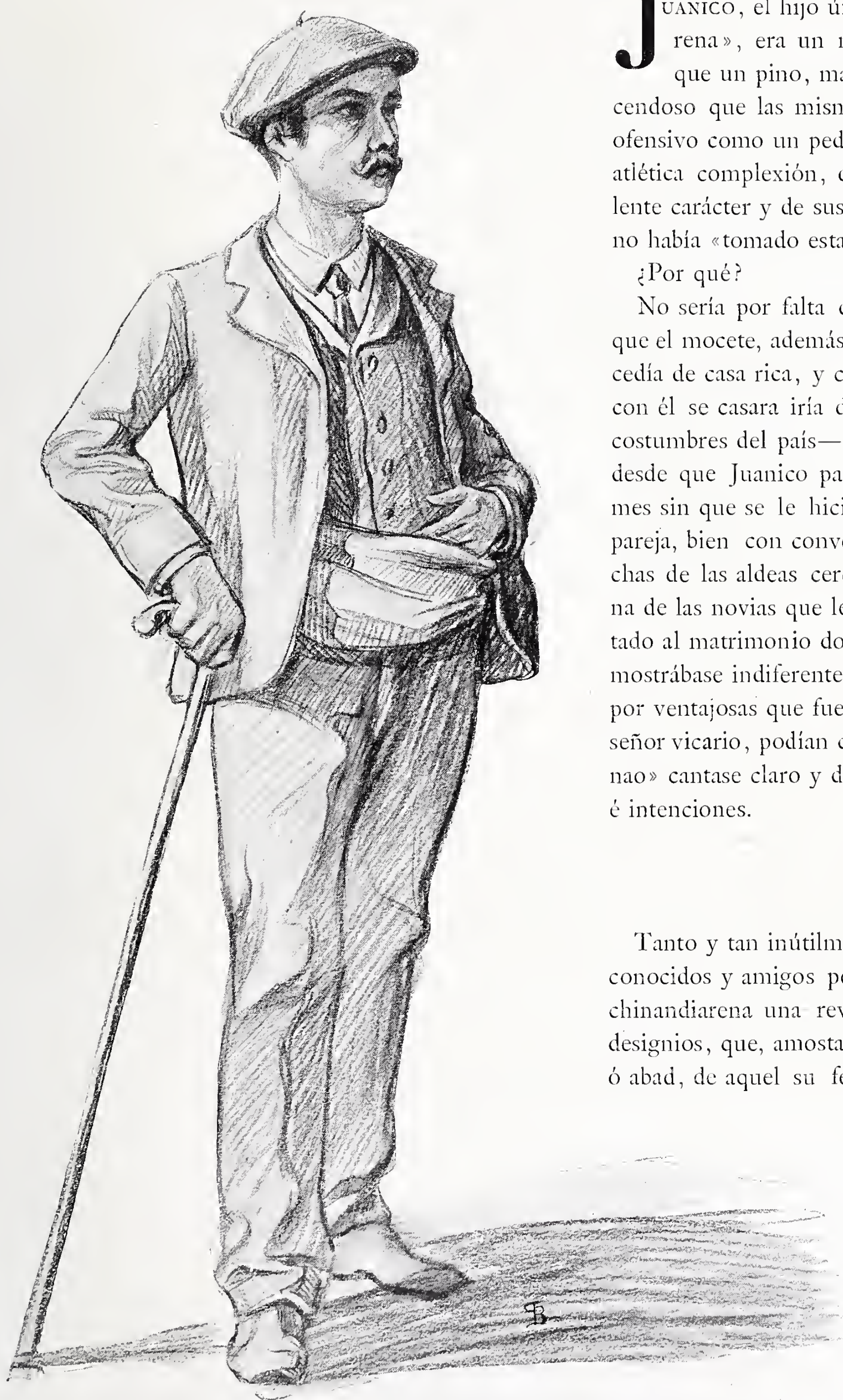
Excelencias mal conocidas de la mujer propia

El que tiene mujer moza y hermosa,
¿Qué busca en casa de mujer ajena?
¿La suya es menos blanca, es más morena?
¿Es fria, flaca y fea? No hay tal cosa.
¿Es desgraciada? No, sino amorosa.
¿Es mala? No, por cierto, sino buena;
Es una Venus, es una sirena,
Es blanco lirio, es una fresca rosa.
¿Pues que busca? ¿Á do va? ¿De donde viene?
¿Mejor que la que tiene piensa hallarla?
¿Ha de ser un buscar en infinito?
No busca, no, mujer, que ya la tiene,
Busca solo el trabajo de buscarla,
Que es lo que enciende al hombre el apetito.

QUEVEDO

JG

EL "DONAO" (1)



I

JUANICO, el hijo único de casa de « Machinandiarena », era un mocetón fornido, más derecho que un pino, más fuerte que un roble, más hacendoso que las mismas hormigas y tan bueno é inofensivo como un pedazo de pan. Pero á pesar de su atlética complexión, de su laboriosidad, de su excelente carácter y de sus treinta y tres años cumplidos, no había «tomado estao.»

¿Por qué?

No sería por falta de novia, seguramente, puesto que el mocete, además de su hermosa presencia, procedía de casa rica, y como quiera que la mujer que con él se casara iría de «dueña»—siguiendo usos y costumbres del país—á «casa de Machinandiarena», desde que Juanico pasó las quintas no transcurrió mes sin que se le hicieran algunos ofrecimientos de pareja, bien con convecinas suyas, bien con muchachas de las aldeas cercanas, y me consta que alguna de las novias que le fueron ofrecidas hubiese aportado al matrimonio doscientas onzas... Mas Juanico mostrábase indiferente á toda clase de proposiciones, por ventajosas que fuesen, y ni sus interesados, ni el señor vicario, podían conseguir que el presunto «donao» cantase claro y dijera cuáles eran sus propósitos é intenciones.

II

Tanto y tan inútilmente habían luchado parientes, conocidos y amigos por arrancar al hijo de los Machinandiarena una revelación de sus impenetrables designios, que, amostazado don Marcelino, el vicario ó abad, de aquel su feligrés, le dijo un día en tono un tantico duro y poniendo el semblante algo nublado:

—«Vamos á ver, Juanico, escúchame con atención, y basta de recados y requilorios, que lo mismo á tus padres que á mí nos tienen más disgustados de lo que á tí te parece.»

(1) Adjetivo que se aplica en Navarra á los solterones.



que te quiero decir?... Sí, hijo, sí: cásate, aunque sólo sea por evitar las habladurías de las gentes que, como son tan malas, ya andan parloteando por ahí que si tienes ó dejas de tener tus malos negocios con una mala mujer y á la cua visitas en la capital. Yo no doy crédito ¡claro está! á semejantes calumnias, pues por falso testimonio tengo ese run-run que corre, pero son tan lenguaraces estas mis feligresas, que no anhelo otra cosa que verte casado para taparlas sus bocas infernales... Conque, Juanillo, ¿en qué quedamos? ¿te casarás, *pues?*... ¿Estás preocupado?... ¡Me parece que te veo un poco mustio!... ¿Es que te han llegado á lo vivo mis reflexiones?... Alégrate, alégrate, chico, que para acabar te voy á hacer una pregunta; enseguida me marcharé, y te concedo una semana de tiempo para que pienses la contestación que has de darme... Dime, dime: ¿Conoces á la hija menor de «casa Jaurrieta», del alcalde de la cendea?... Una mocetica guapa, *pues;* morenica, cinco ó seis años más joven que tú, muy espabiladica, muy ahorradora y que os traería, acaso, dos centenares y medio de onzas... ¿Te hace buen ojo, mocete?»

—«Qué, ¿me «reniega» usted, señor vicario?»

—«¡Vaya, hombre, así quiero yo verte: sumiso y humilde; pues aun cuando rebelde no lo has sido nunca, te has presentado siempre tan poco franco al tratar de cierto asunto que, ¿qué quieres que te diga?: en muchas ocasiones te he tildado de díscolo!»

—«Pues hable usted, don Marcelino, que se le contestará en aquello que se pueda.»

—«¿Todavía sales con preámbulos?... ¡Recorcho, recorcho, con este gallo crestudo!»

—«¡Bueno, no se enfade usted, señor vicario, que le escucharé cuanto tenga á bien decirme, y luego, en aquello que se pueda!...

—«Pues en ese supuesto—añadió paternal y cariñosamente el anciano y virtuoso sacerdote—voy á decirte, hijo mío, que el hombre, para cumplir con Dios y con el mundo, como perfecto católico, sólo tiene dos caminos: ó casarse, ó abrazar el estado religioso. Con que elije, elije, Juanico, entre uno y otro, y no te descuides, porque los años pasan sin sentir; cuando quieras recordar será tarde para todo, y sin darte cuenta de ello te verás convertido en un «donao», y no serás útil á tus padres, ni á tus semejantes, ni para tí mismo, siquiera ¿Comprendes lo

III

Dejáronle á Juanico tan *espantado* las cosas que oyó de labios del señor vicario, que cualquiera que observara su abstracción creeríale abrumado por la más terrible de las desgracias. Y es que él á todo se avenia: á sufrir las intencionadas indirectas de la madre, á escuchar resignadamente los «reniegos» de don Marcelino... ¡pero eso de que le levantaran un falso testimonio de tal magnitud, eso de que le atribuyeran tratos ilícitos con una mujer!... Y juraba ante Dios y ante todas las imágenes de Cristo que él, que Juan Machinandiarena y Chapelzuri, jamás pensó en otra mujer que en su Casildica ¡Vaya si lo juraba!

Y era forzoso creer en los juramentos del pobre muchacho, porque reunía todas esas envidiables condiciones morales que caracterizan á los aldeanos de nuestra región Vasco-Navarra: sobriedad, prudencia, temperamento reflexivo y una tan casta predisposición que admira y encanta.

. . . .

Casildica, la hija de «Cachules» el pastor de «casa Machinandiarena» era una moceta de lo más florido de la cendea de X... Guapota, frescachona, de aspecto austero y un tantico frío, al parecer, pero sanota y apetitosa... Menos tímida que el galán que estaba enamorado de su trapio y donosura cuando la casualidad la deparaba ocasión de hallarse á solas con Juanico, el «donao» de su amor, mirábale frente á frente y casi hasta le decía con sus grandes ojazos de un verde interesante: — «¿Y por qué si me quieres eres tan cobarde, *pues?*»

Los dos se gustaban y sabían que se querían y que se querían de veras. Pero como quien debía hablar era él ¡y él se callaba!... Ella, la pastora, y su romántico é ideal pretendiente el amo, sospechaba la muchacha que la diferencia de posición era la causa del retraimiento de Juanico; mas entonces ¿por qué no buscaba otra? Y la hija de «Cachules» solía exclamar: — «Jesús, María y José ¿para que habrá ricos y pobres en el mundo, *pues?*»

IV

Aquel día celebrábase en el pueblo no sé qué tradicional fiesta religiosa. Acudieron á oir la misa la mayoría de los vecinos. Juanico y Casildica no asistieron porque, siendo la época del destete de corderos, tenían que hacer indispensables menesteres en el corral.

«¡Qué ocasión más oportuna para parlárselo á Casildica!» — pensó el heredero de «casa Machinandiarena.» Pero ¿cómo empezaría á decírselo?... Al verse cara á cara con ella, con aquella moza fresca y de rostro sonrosado, temblaba como un azogado; repetidas veces se rascó la oreja izquierda con la mano del mismo lado y muchas, también, paseó de un lado á otro de la *corte* sin atreverse á desembuchar la primera palabra, hasta que, pasados estos sudores y trasudores, rompió á hablar y la dijo:

— «¡Casildica: hablarte quería, *pues!*»

— «¡De broma estás tú, Juanico!»

— «De broma dices ¿eh?... ¡Vaya una broma, *pues*, moceta!... ¡Lo que yo quiero decirte años hace que lo sabes tú, no mientas!»

— «¿Saber yo?... ¿Qué he de saber, hombre?... Lo que es que si no te explicas mejor no lo sabré, no.»

— «Pues escucha y contéstame, Casildica: ¿por qué yo no he tomado *estao* ya?»

— «¡Jesús, María y José! ¿y á mi que me dices, *pues?*»

— «¿Que á ti qué te digo, moceta?... Pues te digo que se lo digas á los padres esta misma noche que yo también se lo diré á los míos, y, que les acomode ó no, yo he de ser para *tú* y la «Cachuluca» será la «dueña» de «casa Machinandiarena.»

Tornóse la moza más colorada que una amapola, rastreó Juanico su mirada por el suelo, y agregó:

— «Conque, ya lo sabes ¿eh?... Que no pase de esta noche y á ver si para de hoy en quince vamos de vistas á Pamplona.»



ESCENA DEL QUIJOTE, POR D. U. VIERGE



D. QUIJOTE BUSCANDO UN NOMBRE PARA SU CABALLO

—«Jesús, María y José ¿y qué te dirá la madre?... ¡Casarte con la hija del pastor!»

—«Pues diga lo que le parezca, yo la replicaré: que ó me caso contigo, ó me meto fraile, ó me tiro de cabeza al río»

V

Casildica y Juanico se unieron en el indisoluble lazo del matrimonio. Los amos de «casa Machinandiarena» prefirieron ver casado á su hijo único con la hija de su pastor, antes que se metiera fraile, se tirase de cabeza al río ó se quedara «donao.»

El día de la boda se hizo un gasto *atroz*, y los novios, acompañados de don Marcelino, y de los compañeros ó padrinos, fueron á lucirse un rato por Pamplona y á tomar café en «Yruña.»

Anochecía cuando regresaron al pueblo; descansaron algunos minutos; pusiéronse á cenar, y así que hubieron terminado, murmuró Casildica al oído de Juanico:

— «¡Jesús, María y José!... ¿Tendrás que dormir conmigo, *pues?*»

— «¡Eso digo yo!... Y sino, espera, se lo diremos al señor vicario á ver que le parece..»

— «¡Eh, señor vicario!..»

. . . .

DESIDERIO MARCO

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Con motivo del centenario de Dumas padre, vuelven á recordarse particularidades del famosísimo autor de «Los Tres Mosqueteros». La más pasmosa, á mi entender, es la increible frescura que tuvo para firmar obras ajenas, vendiendo su firma por arrobas, como las patatas. Parece que son más de mil los volúmenes que por ahí circulan y en cuya portada se lee: *por Alejandro Dumas*. Todo el mundo sabe que en la mayoría de esos libros el autor no tuvo arte ni parte, y en otros muchos se limitó á dar el argumento, dejando en las manos pecadoras de ignaros y mercenarios escribidores el trazado de las páginas en que el demonio del hombre daba gato por liebre á la posteridad.

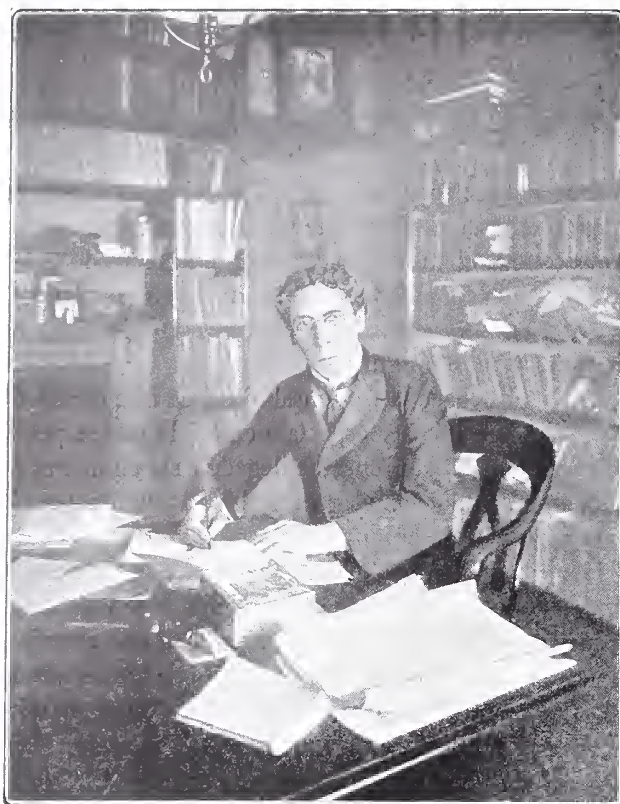
Esto revela la inocencia y las enormes despachaderas de los críticos y de los lectores que se estilaban en aquellos tiempos en que el mundo no estaba tan perdido como ahora, en aquellos benditos tiempos que ¡ay! no volverán. Aquello si que era un gusto. Todo lo que necesitaba un librero para dar salida á la literatura invendible era cambiar el nombre del autor: la obra era lo de menos, *le fonds n'est rien*. Este dato histórico se le ha pasado por alto al bueno de Tolstoi, el cual arremete contra críticos y lectores en un prólogo que recientemente ha puesto á la novela «El Campesino» de Von Polentz.

«A lo que yo recuerdo, dice Tolstoi, en cincuenta años se ha operado esta increible decadencia del buen gusto y del sentido común del público. La corrupción fácilmente se ve en todos los ramos literarios... La ignorancia de nuestra gente pulida es tal, que los pensadores verdaderamente grandes, poetas ó prosistas, antiguos ó modernos, se miran como pasados de moda, insípidos, incapaces de satisfacer las finísimas demandas de la generación presente. O vendemos protección á los maestros ó los ponemos desde luego fuera de caso con desden. En filosofía la última palabra es la jerga incoherente, ampulosa, cínica é inmoral de Nietzsche, y tomamos como poesía de primer orden la justaposición forzada de palabras que solo van juntas por virtud del metro y de la rima. En todos los teatros se ponen en escena obras que nadie entiende, ni los autores que las han escrito, y corren en manos de todos millones de ejemplares de unas cosas que llaman novelas y en las cuales nadie puede descubrir hilaza de arte ó miga de ninguna especie».


BRET HARTE

Tolstoi achaca la responsabilidad de este estado de cosas á los críticos y especialmente á la prensa periódica. Según él, la prensa ha llegado á ser en manos de la gente acomodada el principal instrumento para la diseminación de la ignorancia. «Si en nuestros días, dice, se diese á un jóven despejado, y salido de la clase popular, libre acceso á los libros y periódicos actuales, por muy deseoso de instruirse que estuviese el jóven, correría el riesgo de pasar diez años leyendo cosas inmorales ó insignificantes. Tan difícil le sería topar con un buen libro como con la aguja en el pajar del proverbio. Y así sucede que de tanto leer libros malos, el conocimiento y el gusto se pervierten y no queda capacidad para apreciar ó para entender el mérito de los buenos libros».

Amen. Este sermoncito del venerable ruso se me antoja una pizca dogmático y más que medianamente subjetivo é indocumentado. ¿Lo digo bien? Libros y periódicos los hay de todas las maneras imaginables *en estos tiempos*, gracias al ejercicio del sagrado é inalienable derecho á disparatar, que es el orgullo y la bendición del hombre moderno. Y así el progreso es innegable en todas las líneas y el espíritu altruista cada vez más boyante. ¿Cuando ni como los ricos de las épocas pasadas se han dignado descubrir el secreto de la riqueza á todo bicho viviente? Pues ahora el señor Andrés Carnegie, el archimillonario yanki, ha publicado un libro con el solo objeto de que todo joven decente y de medianos alcances pueda labrar una fortuna enteramente desproporcionada por su magnitud á las necesidades y requerimientos de la vida cristiana y de los estados perfectos. De modo que en adelante el que sea pobre con su pan se lo comerá porque «La Escuela del Millonario» es para todo el mundo.



MR. ISRAEL ZANGWILL

Carnegie, en su simpático altruismo, no ha repartido el pastel, pero ha prodigado la receta, lo que es casi lo mismo. El secreto en sí es menos complicado de lo que pudiera creerse. En primer lugar, para hacer millones es menester *poner atención* en lo que se hace. Si no se pone atención no hay millones, ea. En segundo lugar hay que procurar en lo posible no ir á la oficina completamente borracho, porque es algo probable que el principal esté casi claro del todo y, naturalmente, hay peligro de que se haga cargo. Finalmente y para terminar: el que quiera ser millonario que no juegue: se debe uno contentar con negocios que produzcan el ciento por ciento ó algo más si se cuadra, pero es evidentemente absurdo dejarse seducir por las fabulosas ganancias de la ruleta ó del *poker*.

Si á los millonarios, con su omnisciencia indiscutible, les da por invadir este espinoso campo de la literatura donde ya no cabemos ni de pie, estamos perdidos. A tiempo se ha muerto Bret Harte, el famoso autor de «Bocetos Californianos».

Las letras inglesas han perdido en Bret Harte un eximio cuentista, uno de los que más han contribuído al esplendor del *género corto*. Nació en 1839 en la ciudad de Albania, en el Estado de Nueva York, pero se trasladó á California á los 15 años y allí labró su fama de literato insigne y de experimentado periodista. En 1885 dimitió el cargo de Consul de los Estados Unidos en Glasgow, que á la sazón estaba desempeñando, y se estableció en Inglaterra definitivamente.

Otro cuentista americano ha fallecido también: Stockton. Se refiere que la fama de Stockton nació repentinamente al publicarse su cuento «The Lady or the Tiger?». Este exitazo estuvo á punto de ser la ruina del autor, porque todos los periódicos quisieron inmediatamente su colaboración. Apremiado por la excesiva demanda, empezó á remitir cuentos á diestro y siniestro, pero se los devolvían los editores echándole en cara su inferioridad respecto al primero y así aprendió Stockton á su costa cuan difícil es escribir cuentos á porrillo y cuan peligroso dar á la estampa una obra que no se tiene la seguridad de poder honrar en lo sucesivo con otras de mérito semejante.

Bien que, si reflexionamos en las contingencias de este mundo traidor, poca cosa ganamos con la fama y poca cosa perdemos con la oscuridad, y bien deleznables resultan todas las obras del ingenio. Llámese usted Balzac y tómese la molestia de escribir «La Comedia Humana» y siéntese usted luego á esperar lo que sigue. Hay en Paris unos editores que han publicado esta obra en diez tomos, pero advierten en los anuncios que han resumido *según su leal saber y entender* todos aquellos pasajes del libro que les han parecido demasiado largos y tediosos. Hay quien propone que los admiradores de Balzac se reunan en un dia fijo para romper las prensas y quemar la edición. Pero eso sería pasar de la Comedia á las infracciones de órden público, y tengo para mí que las cosas de la literatura se estropean y malogran al pasar de la ficción al hecho.

Por esta razón veo con ojos de lástima el movimiento *sionista* que se ha iniciado en Inglaterra. El último *tour de force* del apostol del *sionismo*, Mr. Israel Zangwill, es su libro «La Capa de Elías», el cual ha causado una decidida impresión en el público. Dos años de concentración y laboreo han costado de escribir las mil páginas del manuscrito y Zangwill ha salido de esta dolorosa gestación con tal quebranto de fuerzas, que los médicos le han mandado que no escriba una letra en algunos meses.

El *sionismo* es la tendencia ó movimiento político-social que se refleja en la literatura y se propone dotar al pueblo judío de un suelo propio. La esperanza, que tan invenciblemente anida en los corazones israelitas, deja entrever á los sionistas la posibilidad de que los cresos de la raza tomen en serio la idea y empieze desde el año que viene la emigración á la Palestina. Para comenzar bastarán unos pocos millones, pero luego serán menester muchos más para explotar debidamente el país; de todos modos, el dinero necesario para esta empresa en su conjunto es incomparablemente menor que el que exige la constitución de un *trust* á la americana.

Y cuando los judíos estén ya en Palestina ¿qué harán en su tierra? «Tengo la persuasión, dice Zangwill, de que no faltará un grandioso edificio religioso-nacional, á semejanza del antiguo Templo. En él me gustaría volver á resucitarlo todo, menos la parte sangrienta de los sacrificios que podría sustituirse con ofrendas de frutas y de flores. También espero que no dejará de formarse un teatro nacional judío; pero el pueblo es quien tiene que hacer las leyes y todo cuanto guste. El único deseo de los *leaders* es ayudar al pueblo á que vuelva á encontrar una forma de expresión propia».

Paréceme que en este último sentido la carencia de un idioma común ha de ser algo embarazosa en los sentimentales albores de la Nueva Palestina. La ocasión sería de perlas para escoger una lengua perfecta y muy comercial, el volapuk pongo por caso, ó bien para dotar á los *palestinos* de una lengua *azul,* como la inventada por Bollak, ó de una lengua *rosa*... del color de las ilusiones.



F. DOMINGO — EN LA POSADA

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Siguieron el consejo y sacaron de la sala siete mil muertos que echaron abajo y que cayeron delante de los escalones. Entonces se escucharon los lamentos angustiosos de sus parientes.

Muchos de ellos tenían heridas tan ligeras, que si los hubieran curado se habrían salvado, pero aquella horrible caída les causó la muerte. Sus amigos gimieron, pues era para ellos amarguísima pena.

Así habló el músico, el héroe valeroso: «Ahora veo que es verdad lo que me han dicho; los Hunos son cobardes, lloran como las mujeres; mejor harían si cuidaran á sus heridos.»

Escuchando esto un margrave y creyendo que lo decía de verdad, cogió á un pariente suyo que se bañaba en sangre y quiso llevárselo para curarle las heridas, pero de una lanzada lo tendió muerto el fuerte músico.

Los demás que vieron esto, se alejaron corriendo de la sala y todos maldijeron al músico, pero éste esgrimió la dura y afilada javelina que uno de los Hunos le había lanzado.

La arrojó lejos, más allá de la multitud, al otro extremo de la población. Además indicó á los de Etzel el extremo de la sala en que debían detenerse. Todos llegaron á temer su horrible fuerza.



Delante del palacio de Etzel permanecían muchos hombres. Volker y Hagen comenzaron á hablar al rey de los Hunos y á decirle cuanto pensaban. Después tuvieron aflicciones aquellos héroes fuertes y buenos.

«Gran consuelo es para los pueblos», dijo Hagen, «ver á los reyes tomar parte en sus combates: esto hace aquí cada uno de mis señores: ellos hienden los cascos y hacen correr la sangre por las espadas.»



El rey Etzel que era valiente, tomó su escudo. «No les des tu vida», le dijo Crimilda, «ofrece mejor á los guerreros un escudo lleno de oro; si Hagen te alcanza te dará muerte con sus manos.»

El rey era tan valeroso, que no quería prescindir del combate, como en nuestro tiempo lo hacen muchos príncipes distinguidos. Tuvieron que retirarlo de allí cogiendo las correas de su escudo. El furioso Hagen comenzó á burlarse.

«Un parentesco lejano», dijo Hagen haciendo ademanes, «une á Etzel con Sigfrido. Amó á Crimilda antes que vos la hubiérais visto; cobarde rey Etzel ¿por qué has conspirado en contra mía?»

Estas palabras las escuchó la noble reina. La cólera de Crimilda se aumentó al ver que se burlaban de ella en presencia de los guerreros de Etzel. Nuevamente comenzó á maquinar contra los extranjeros.

Ella dijo: «Al que mate á Hagen de Troneja y me traiga de regalo su cabeza, le llenaré de oro el escudo de Etzel y le daré además, en recompensa, buenas ciudades y campos.»

«Yo no sé por qué tardan tanto», dijo el músico. «No he visto guerreros tan cobardes cuando les ofrecen rica recompensa. Por esto Etzel debía retirarles su gracia.»

«Veo permanecer quietos á muchos cobardes que comen el pan del rey y que lo abandonan en tan grande aflicción, allí veo á muchos sin vergüenza, que para siempre deben ser execrados.»

Así pensaban los mejores de ellos: «Verdad es lo que Volker dice.» Pero ninguno se sintió tan enardecido como el margrave Iring, el señor de Daneland y bien pronto lo hizo ver.

XXXV

De como murió Iring

El margrave Iring de Daneland gritó: «Con cuidado guardo mi honor desde hace mucho tiempo, y me he batido valientemente en muchas batallas sostenidas con distintos pueblos. Que me traigan mis armas, quiero batirme con Hagen.»

«No os aconsejo tal cosa», le respondió Hagen. «Haced por el contrario, que retrocedan los guerreros de Etzel, porque si dos ó tres de ellos penetran en la sala, los arrojaré de mala manera desde lo alto.»

«Lo que dices no me hará retroceder», le contestó Iring: «yo me he encontrado en aventuras de mayor peligro, y quiero combatir contigo solo con la espada. De nada te servirá lo atrevido de tus frases.»

El valiente Iring se armó muy pronto, así como también Irnfrido el fuerte de Turinga y Hawart el valeroso con mil hombres; ellos se encontraban dispuestos á socorrer á Iring en la empresa.

El músico vió avanzar una apuesta tropa que se aproximaba con Iring; llevaban ceñidos los buenos y brillantes yelmos. El arrogante Volker se sintió poseído de fogosa cólera.

« ¿Ves, amigo Hagen, como se adelanta Iring que ofreció batirse contigo solo con la espada? ¿Mienten aquí los héroes? Desprecio tal manera de obrar; traen consigo mil guerreros ó más.»

« No me acuses de decir mentira » dijo el vasallo de Hawart. « Estoy pronto á hacer lo que prometí, y el terror no me hará desistir de mi empeño; por terrible que sea Hagen, quiero combatir con él.»

Rogó Iring á sus parientes y guerreros que lo dejaran combatir solo con el héroe; accedieron con pesar, pues conocían el valor terrible de Hagen el de Borgoña.

Tanto lo rogó que cedieron al fin, y cuando los de su acompañamiento vieron el decidido ánimo con que buscaba honores, lo dejaron ir. Entre los dos se empeñó un terrible combate.

Iring el de Daneland llevaba levantada la lanza y se cubría con el escudo el valeroso héroe; comenzó á subir los escalones para encontraase con Hagen en la sala. Los golpes de los combatientes producían un horrible ruído

Botaron sus lanzas contra los escudos, llegando con ellas hasta las bruñidas armaduras con tal fuerza, que las astas volaron en astillas. Furiosos los héroes, echaron entonces mano á las espadas.

La fuerza del terrible Hagen era muy grande; sobre él asestó Iring dos tajos que se oyeron en toda la ciudad. La sala y las torres retemblaban, pero el guerrero no pudo conseguir lo que se proponía.

Iring dejó á Hagen sin haberlo herido y se dirigió hacia el músico, creyendo que podría derrotarlo con sus terribles golpes, pero aquel esforzado héroe se supo defender bien.

El músico descargó con tal violencia que rompió el escudo; dejando entonces á Volker, que era un hombre horrible, se dirigió contra Gunter el rey de Borgoña.

Ambos eran bravos en el combate. Por fuertes que fueran los golpes que Gunter diera á Iring y éste á Gunter, no consiguieron que la sangre brotara de las heridas. Sus armaduras que eran magníficas los preservaban.

Dejó á Gunter y se lanzó contra Gernot, haciendo brotar chispas de su cota de mallas. El fuerte Gernot de Borgoña hirió casi mortalmente al atrevido Iring.

De un salto se alejó del príncipe; era muy ágil. El héroe mató á cuatro nobles del acompañamiento de los señores venidos de Worms sobre el Rhin. Con esto se excitó el furor de Geiselher.

«Juro á Dios, señor Iring,» dijo el joven Geiselher, « que me pagaréis la muerte de los que habéis matado.» Se arrojó con tanta fuerza contra el héroe de Daneland, que logró derribarlo.

Cayó sobre sus manos en la sangre, y todos creyeron que aquel buen guerrero no podía dar un tajo más con su espada en el combate. Ante Geiselher yacía Iring, pero sin herida ninguna.

Con el choque en el yelmo y el ruído de la espada, había perdido el sentido y la fuerza aquel esforzado guerrero y parecía sin vida. Aquello lo había hecho con su fuerza el valiente Geiselher.

Pero cuando pasó la conmoción producida por los golpes sufridos en la cabeza, pensó: « estoy vivo y no tengo herida ninguna; ahora comienzo á conocer la fuerza del noble Geiselher.»

Escuchaba á sus enemigos cerca de sí; si hubieran sabido que vivía lo hubieran rematado. Vió también á Geiselher á su lado y pensaba en la manera de escapar con vida á sus enemigos.

¡ Con cuanta fuerza saltó el héroe de la sangre! Con su gran rapidez dió un terrible salto hacia la puerta donde halló á Hagen, sobre el que descargó su férrea mano fuertes golpes.

Hagen pensó:« es menester que seas de la muerte, y si el demonio no te proteje no volverás á escaparte.» Iring hirió á Hagen por debajo de la celada de su yelmo; esto lo había hecho el héroe con Waske que era una buena espada.

Cuando el furioso Hagen sintió la herida, hizo girar en su mano la espada: el vasallo de Hawart tuvo que retroceder, y Hagen siguió persiguiéndolo por la escalera

Levantó sobre su cabeza el escudo Iring el fuerte, pero aunque aquella escalera hubiera tenido más peldaños, Hagen no le hubiera dejado dar un solo golpe. ¡ Cuantas rojas chispas brotaron de sus yelmos!

Iring llegó sin herida hasta donde estaban sus amigos Crimilda supo la noticia de que el de Troneja había sido herido en el combate; por esto la esposa del rey le dió expresivas gracias.

« ¡ Dios os lo recompense, Iring, bueno y excelente guerrero; tu animas mi corazón y mi alma. Desde aquí veo enrojecida por la sangre la armadura de Hagen! » Crimilda en su agradecimiento le tomó el escudo de la mano.

« No le dés las gracias tan pronto, le grito Hagen: si quiere comenzar ahora la lucha, hará lo que debe, y si vuelve á luchar será un hombre valiente. No te alegres de la herida que he recibido.»

« Si con la sangre de mi herida veis rojo el arnés, esto me excitará para dar muerte á muchos hombres, mi cólera crece con la primera herida que Iring me ha hecho.»

Iring el de Daneland, se puso al aire refrescando su armadura y desatando su yelmo. Toda la gente decía que era fuerte y bueno, por lo que el margrave se sentía muy orgulloso.

Iring gritó entonces: «Ahora, amigos míos, es menester que me arméis enseguida; quiero ver si puedo domeñar á ese hombre impertinente.» Su escudo estaba agujereado, por lo que le dieron uno mejor.

Inmediatamente el guerrero se encontró mejor armado que la primera vez; cogió con furiosa cólera una fuerte lanza, la que en su odio quería esgrimir contra Hagen, pero fué recibido de una ruda manera.

Hagen el valeroso no lo esperó; saltó la escalera saliendo á su encuentro, lanzando una javalina y esgrimiendo su espada, terrible era su cólera. Para nada le sirvió á Iring el guerrero, su fuerza.

Golpeaban de tal modo sus escudos que parecían iluminados por rojas llamas. El vasallo de Hawart recibió de la espada de Hagen una terrible herida á través del yelmo y del escudo; ya no vivió más.

Cuando Iring el héroe sintió la herida, el fuerte hombre levantó el escudo hasta el casco. Le parecía que el tajo recibido era mortal, pero aún le dió uno mayor el guerrero del rey Gunter.

Hagen vió á sus pies una lanza tendida; la esgrimió contra Iring del Daneland con tal fuerza, que el asta le atravesó la cabeza. Terrible muerte le había dado Hagen.

Iring tuvo que retirarse hacia sus Daneses, y antes que pudieran quitarle el casco, tuvieron que sacarle la lanza de la cabeza; estaba próximo á morir, sus parientes lloraron, grande era la aflicción de ellos.

Llegó la esposa del rey y se inclinó sobre él, llorando al fuerte Iring, afligida por sus heridas. Así dijo ante sus parientes aquel guerrero fuerte y vigoroso:

« Dejad vuestro doloroso llanto, muy noble reina. ¿ Para qué sirven vuestras lágrimas ? Tengo que perder la vida por las heridas que he recibido. La muerte no me quiere dejar más tiempo á vuestro servicio y al de Etzel.»

Luego dijo dirigiéndose á los de Turinga y á los Daneses : « Nunca reciban vuestras manos los regalos de la reina, ni toméis su oro rojo; y si atacáis á Hagen es lo mismo que si corriérais ante la muerte.»

En sus pálidas mejillas tenía los signos de la muerte Iring el valeroso; todos los que estaban allí, sentían pena por la muerte del héroe de Hawart; los Daneses querían comenzar de nuevo el combate.

Irnfrido y Hawart se dirigieron contra el palacio con mil guerreros ; por todas partes se escuchaba un grande y terrible ruído. ¡ Oh, cuantas aceradas flechas lanzaron contra los Borgoñones !

Irnfrido el fuerte se dirigió hacia el músico, pero recibió grave daño de su mano: el noble músico hirió al margrave á través de su templado yelmo: su furor era indecible.

Él hirió al valiente músico, de tal modo que la armadura del guerrero brilló como si el arnés tuviera una roja hoguera. A pesar de todo, el músico dió muerte al margrave.

Hagen y Hawart se habían encontrado y el que logró verlos pudo admirar maravillas. Las espadas se agitaban con gran rapidez en las manos de los héroes, pero Hawart debía morir á manos de los Borgoñones.

Cuando los de Turinga y los Daneses vieron muerto á su señor, comenzó ante el palacio una horrorosa lucha antes de que llegaran á la puerta con sus fuertes brazos. Allí quedaron agujereados muchos yelmos y escudos.

« Atrás », exclamó Volker, « dejadlos entrar en la sala que ellos no conseguirán jamás lo que han pensado: aquí perecerán en poco rato y con la muerte ganarán lo que les ofreció la reina. »

Cuando los valerosos penetraron en la sala, muchos perdieron la cabeza y fueron muertos por los golpes. A muchos mató el fuerte Gernot y lo mismo hizo Geiselher.

Mil cuatro habían entrado en el palacio : las espadas en rápidos molinetes despedían chispas. Todos los que habían entrado fueron muertos por los extranjeros; de los Borgoñones podrían contarse maravillas.



Cesó el tumulto y reinó el silencio; la sangre de los guerreros muertos, corría por las aberturas y por los caños que daban salida á las aguas. Esto habían hecho los del Rhin con su terrible fuerza.

Sentáronse para descansar los Borgoñones y dejaron sus escudos y sus espadas. Allí delante del palacio se estaba el fuerte músico esperando que alguno lo invitara al combate.

El rey lloraba desesperado y lo mismo hacía la reina ; doncellas y mujeres sentían turbada el alma. La muerte me parece que se había conjurado contra ellos; pronto los extranjeros les hicieron perder muchos más guerreros.

XXXVI

De como la Reina mandó incendiar la sala

« Ahora aflojad vuestros cascos », dijo Hagen el héroe: «yo y mi compañero velaremos por vosotros y si los guerreros de Etzel quieren combatir nuevamente, avisaré á mis señores lo más pronto posible.»

Muchos buenos caballeros se quitaron los yelmos de la cabeza y se sentaron en la sangre sobre los cuerpos á que habían dado muerte. Los nobles extranjeros seguían espiados por sus contrarios.

Antes que llegara la noche, el noble rey y Crimilda la reina, hicieron que los Hunos intentaran nuevamente el asalto por si conseguían vencer; á su lado se veían más de veinte mil que debían emprender el combate.

Una horrible tempestad descargó sobre los extranjeros. Dankwart, el hermano de Hagen, aquel hombre fortísimo, dejó á sus señores y saltó hacia la puerta para hacer frente al enemigo. Creyeron que había muerto pero apareció sano y salvo.

La terrible lucha continuó hasta que fué de noche : los extranjeros se defendieron como deben hacerlo los héroes, durante todo un día de verano contra los guerreros de Etzel. ¡ Oh ! ¡cuantos buenos caballeros cayeron muertos ante ellos !

A mediados del estío tuvo lugar la gran matanza, y entonces fué cuando Crimilda vengó en sus más próximos parientes y en muchos guerreros, las aflicciones de su corazón. Desde entonces el rey Etzel careció de toda alegría.

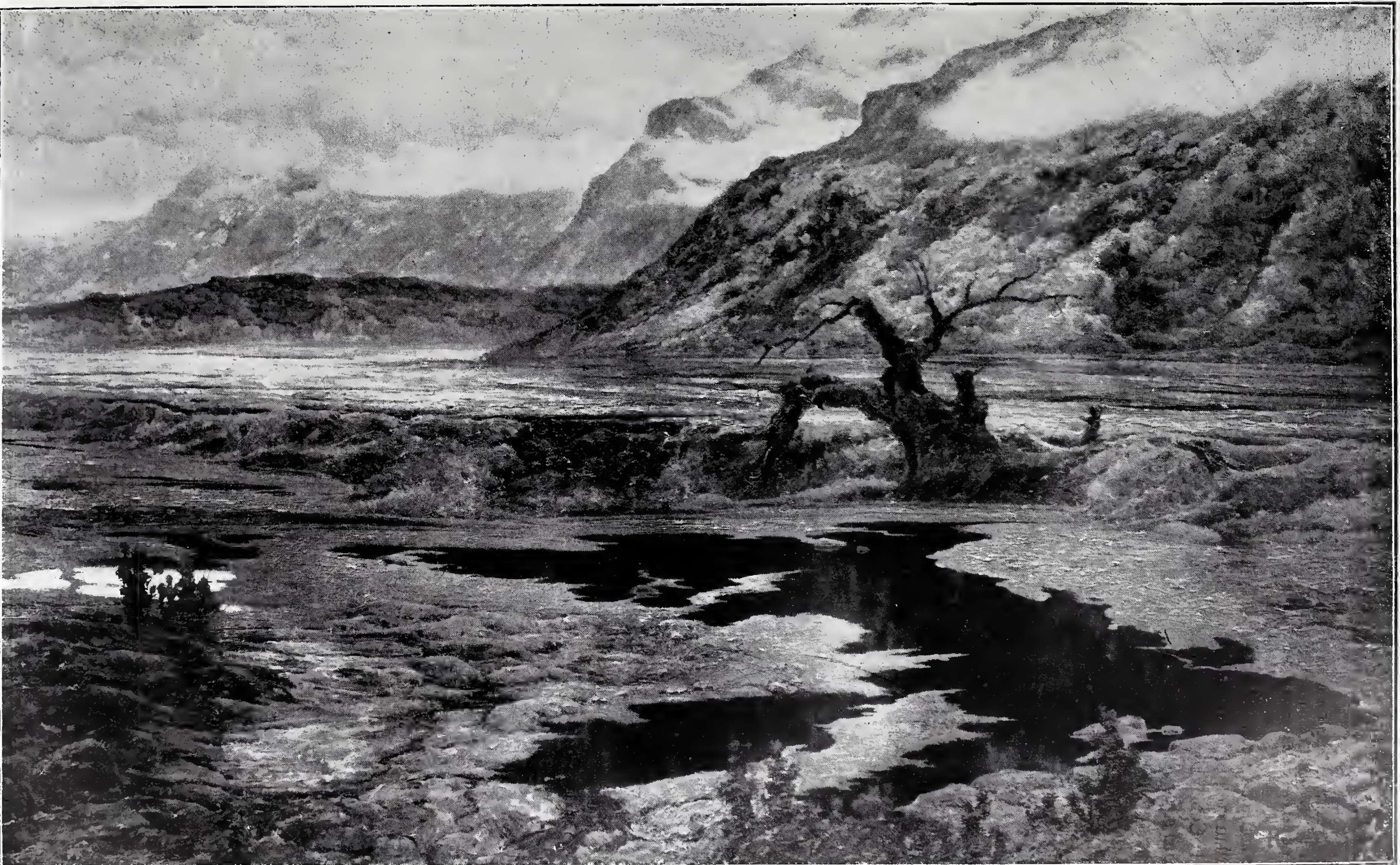
Ella no había pensado en tan horrible carnicería : quería haber hecho de modo que en el combate pereciera solo Hagen y ninguno más. Pero el maldecido demonio extendió sobre todos la desgracia.

Había pasado el día y sentían pesar y angustia. Ellos pensaban que valía más morir de una vez, que no soportar lentamente tan atroces dolores. Deseaban ya hacer la paz con sus enemigos, aquellos esforzados guerreros.

Rogaron que viniera el rey á la sala. Los héroes empapados en sangre y deslumbrando con el brillo de sus armas, salieron del palacio con los tres reyes. No sabían á quien quejarse de sus terribles males.

Etzel y Crimilda avanzaron los dos: el país era suyo y tenían muchos señores. Él dijo á los extranjeros : « Decid, ¿ qué queréis de mi ? ¿ Creéis obtener la paz ? eso difícilmente puedo concederlo, después de los grandes males que me habéis ocasionado.

(Continuará)



N. RAURICH — PAISAJE

POR ESOS TEATROS

Teatros abiertos: Novedades, Granvía y Eldorado.—«Las flores,» comedia en tres actos de los hermanos Alvarez Quintero.—«Alma y vida,» drama en cuatro actos de Pérez Galdos.

Tres son los teatros abiertos actualmente y en los tres actúan compañías madrileñas. La Pino en Novedades, la Cobeña en el Granvía, Thuiller en el Eldorado, nos sirven las obras de más diversa índole pertenecientes al teatro castellano antiguo y moderno, dramático y cómico.



PUENTE NOMENTANO.—ROMA Remitida por D. Luis Roig de Lluis

«La moza de cántaro», de Lope de Vega, refundida por don Tomás Luceño, ha sido entre las obras clásicas la que se ha conquistado la predilección de las compañías, pues de las tres que tenemos hoy en Barcelona, dos—la de la Cobeña y la de Thuiller—la han representado durante varias noches.

Los demás teatros han permanecido cerrados, habiéndose despedido del público la compañía catalana que actuaba en el de Romea bajo la dirección de don Enrique Borrás, la de zarzuela grande y de ópera que tenía á su cargo el del Tívoli y la francesa de declamación que, dirigida por el primer actor Monsieur Vast, hizo durante unas tres semanas las delicias del público escaso pero escogido que acudía al Principal noche tras noche para saborear las bellezas de las obras modernas que nos representaban con singular discreción aquellos actores, ganosos de conquistarse con su arte las simpatías de Barcelona

Desgraciadamente, como sucede siempre que nos visitan artistas *europeos,* nuestro público no ha sabido corresponder á los deseos de los que constituían la *troupe* Vast y se ha obstinado en no acudir al teatro. Por eso no se veía en él sino los inteligentes que buscan en los espectáculos algo más que la satisfacción que proporciona el poder exhibirse con lujosos atavíos. Media docena de intelectuales y otras tantas familias pertenecientes á la colonia francesa: he aquí los elementos que constituían el público habitual del antiguo teatro de Santa Cruz durante la última temporada.

Ya lo dije en otra ocasión. A pesar de encontrarse el Principal situado en la parte baja de la urbe barcelonesa, á nuestro público se le hace cuesta arriba asistir á las representaciones que se dan en su escenario. Sobretodo si estas representaciones exigen de su parte algún esfuerzo, como lo representa el tener que fijar la atención en artistas que hablan una lengua extranjera ó que representan obras para cuya comprensión se requiere mayor cultura de la que posee el común de las gentes.

Decimos eso porque, apesar de cuanto se dice para probar que la asistencia al Principal constituye una molestia, á causa de haberse convertido en extremo el barrio en que se halla enclavado, hay hechos que desmienten tal afirmación. Recuérdense los llenos que tuvo hace unos dos años María Tubau, precisamente con una obra de tan poco valor literario como «María Tudó».

Pero, ¿qué le vamos á hacer? El público es así; caprichoso y voluble en todas sus cosas.

Las novedades de la quincena han sido bastante numerosas, siendo las más notables los estrenos, efectuados en Novedades y Eldorado respectivamente, de la comedia en tres actos «Las flores», original de los hermanos Alvarez Quintero y del drama en cuatro actos de Pérez Galdós «Alma y Vida».

Los autores de la primera de dichas producciones, con ser de los que más méritos poseen entre la turbamulta de los que se dedican en Madrid á escribir obras para el teatro, no han demostrado en esta ocasión las cualidades de que han hecho gala otras veces. Lo cual no impide que «Las flores» sea un cuadro de costumbres lleno de luz y rebosando vida y perfume. Analizada severamente la comedia, casi puede afirmarse que está faltada de asunto, con la circunstancia de que esta falta es precisamente debida á ser muchos los que han intentado bosquejar los autores. La acción

no tiene unidad y se comprende que no la tenga, pues se reduce á la presentación de diversas historias amorosas que se desarrollan independientemente, sin otro lazo entre sí que el de desarrollarse en un mismo sitio. Por eso la comedia tiene el aspecto de varias comedias refundidas en una, lo cual no es obstáculo á que resulte interesante, á pesar de los escollos que han tenido que salvar los autores para salir en bien de su cometido, escollos que han conseguido sortear gracias en gran parte á la viveza del diálogo, el carácter de cada uno de los personajes, la maestría con que están retratadas en la obra las costumbres andaluzas y la expontaneidad y el buen gusto de los chistes y situaciones cómicas, que constituyen las principales cualidades de la obra, muy inferior á la que con el título de «Los Galeotes» dieron á la escena los mismos Alvarez Quintero, pero muy superior á la mayoría de las que suelen mandarnos los autores de allende el Ebro.

La interpretación que cupo á « Las flores », por parte de la compañía que actúa en Novedades fué en conjunto excelente, cumpliendo como buenos todos los actores y notándose un gran acierto en el reparto de papeles, pues cada uno de ellos fué encomendado al artista que mejores condiciones tenía para adaptárselo.

«Alma y Vida», de Pérez Galdós, no ha despertado en nuestro público el interés que despertara el año pasado «Electra» del mismo autor. Apesar de lo cual cabe afirmar que es muy superior á ella, tanto por los méritos literarios que atesora como por su tendencia sana.

Según manifestación del propio Galdós, estampada en el prólogo que acompaña la primera edición de la obra, su intento ha sido el de vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, un presentimiento más que una idea precisa : — la melancolía que oprime el alma española—tomando como á signo capital para la expresión de este sentimiento los últimos vestigios de la España heráldica, al caer en el olvido su leyenda y al apagarse el histórico brillo de sus luces moribundas.

Como sucede en la mayoría de las obras simbolistas, á pesar de los esfuerzos del autor, ha habido quien se ha obstinado en no ver en «Alma y Vida» realizados semejantes propósitos, viendo en cambio en la obra lo que tal vez vale más : las cualidades de una producción dramática de primera fuerza.

Y es que, si bien la *visión* que se propuso presentar el autor no resulta ni con mucho suficientemente determinada, la intensidad de las situaciones dramáticas es en cambio avasalladora, produciendo en el espectador el efecto apetecido.

La acción está desarrollada por Perez Galdós con tanto conocimiento de los recursos escénicos, que, en ocasiones, el público se deja llevar facilmente por ella y arrebatar por los toques dramáticos que contiene.

Sin embargo nótase en los cuatro actos de la obra cierto desequilibrio, siendo el último como una especie de epílogo del cual muy bien podría haberse prescindido por poco que el autor se hubiese esforzado en ello.

De todas maneras « Alma y Vida » es un drama verdaderamente interesante y digno del eminente autor de «Realidad» y «La loca de la casa».

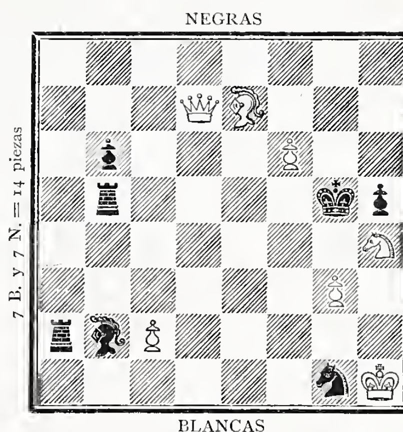
A pesar de lo cual la mayoría del público no salió del teatro convencido. Por eso, si bien la obra fué aplaudida, no lo fué con el entusiasmo que era necesario para que pudiese ser calificada de éxito la acogida que obtuvo.

La interpretación, sin llenar las exigencias de los refinados, fué bastante cuidada, distinguiéndose las señoras Moreno, Rios y Terri y los señores Donato Gimenez y Thuiller.

Un Espectador

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 49.— Dr. A. W. GALITZKY



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

Solución al problema 48, por H. v. DÜBEN

Blancas	Negras
1. C 8 D	1. R toma P
2. C 6 R	2. Cualquiera
3. C 6 T mate	

Variantes: Si... R toma A; 2. C 7 R jaque, etc.— Si... P 5 T; 2. C 7 A R jaque, etc.

HISPANIA



VÁZQVEZ

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

EL ENTIERRO DE VERDAGUER



ESPERANDO LA SALIDA DE LA COMITIVA

MOSSEN JACINTO VERDAGUER

(NOTAS BIOGRÁFICAS)

El día 10 de junio dejó de existir en la «Quinta Juana» de Vallvidrera, el eminente autor de «L'Atlántida», Mossén Jacinto Verdaguer, el poeta de altos vuelos traducido y admirado en toda Europa, el literato cuyas producciones han colocado á la literatura catalana á mayor altura.

De procedencia humilde, supo conquistarse el ilustre vate uno de los sitios más eminentes. Nacido en un pequeño pueblo, un pueblecillo olvidado por todos los que no son sus vecinos, supo remontarse en alas de su genio hasta atraer hacia si las curiosas miradas de todo el mundo.

En Folgarolas, cerca de Vich, vió la luz Jacinto Verdaguer el día 17 de abril de 1845.

Sus padres, modestos propietarios rurales, dedicábanse á los trabajos propios de los campesinos, siendo considerados por todos como acabados modelos de honradez, cualidad ésta que poseían en un grado extraordinario.

La primera educación de Mossén Verdaguer la recibió del humildísimo dómine de su pueblo.

Llegado á la época de la juventud y sintiéndose llamado por la vocación eclesiástica, ingresó en el seminario de Vich, donde se le despertó de una manera intensísima la afición á los estudios literarios, con la circunstancia de que él mismo la despertó en un sinnúmero de compañeros suyos que formaron andando el tiempo el famoso *esbart vigatà*, algunos de cuyos miembros ocupan dentro la literatura catalana lugar preferente.

La primera aparición en el campo de las letras, la hizo en los Juegos florales del año de 1865, en que obtuvo un premio extraordinario por su composición poética «A la mort den Rafel Casanova» y un accésit á la *Englantina d'or y argent* por su hermosa poesía «Els minyons den Veciana».

Pocos años después, obtuvo en el mismo poético certámen otras distinciones señaladas por sus hermosas producciones «Nit de sanch», «Al heroe montanyench Joseph Manso» y «Sorpirs de l'ànima».

Así como en su primera aparición en los Juegos florales no se fijaron en los trabajos del modesto estudiante más que unos pocos, á la segunda ya llamaron la atención de la mayoría de los intelectuales, que fundaron en el que había de remontarse á mucha mayor altura de la que habían llegado ellos las más halagüeñas esperanzas.

Estas se convirtieron antes de mucho en hermosa realidad. Llegado el escritor á la edad de la madurez, cuando dejó á un lado la chaquetilla corta y la *barretina musca* para vestir la sotana y el manteo del sacerdote, todo el mundo veía ya en Mossén Verdaguer al poeta más eminente que había producido hasta entonces la literatura catalana.

Pero cuando llegó á su mayor plenitud el convencimiento de los inteligentes, fué al ver la luz el grandioso poema «L'Atlántida», que ha valido á *Mossèn Cinto* la fama universal de que goza. Como si desconfiase de la bondad de su obra maestra, también buscó el eminente vate la sanción de los demás, presentándola al Certámen de los Juegos florales de 1877, en que fué premiado el poema por unanimidad.

Con la aparición de «L'Atlántida» puede decirse que se funda la epopeya catalana. «Después de Miltón en su *Paraíso perdido* y después de Lamartine en su *Caída de un ángel,* dice Federico Mistral, en una carta dirigida al autor y publicada en las ediciones sueltas que se han hecho de «L'Atlántida», nadie había tratado las primordiales tradiciones del mundo con tanta grandiosidad y potencia».

Y añade más abajo: «¡Oh cantor insigne! habéis cumplido con creces las promesas que de joven hicísteis. Recuerdo aún aquellas magníficas fiestas de Barcelona en que os encontré, y en que, modesto estudiante, cubierta la cabeza con la barretina morada, os acercásteis á mí con tanta gracia como entusiasmo; todos, lo recuerdo bien, confiaban en vos: *¡Tu Marcellus eris!* Habéis realizado cien veces las esperanzas que en vos fundó la patria».

«L'Atlántida» fué empezada por su autor cuando, *sin haber visto más tierra que la que se divisa desde un pico de las montañas que rodean el llano de Vich, conocía el mar como si sólo le hubiese visto en pintura.* Pero si fué empezada la obra tierra adentro, fué concluída — soberbiamente concluída — en alta mar, cuando, habiendo entrado el autor de capellán en un trasatlántico, visitó las Canarias y las Azoes y reccorrió los puertos de América, recogiendo tradiciones y estudiando de cerca los sitios que habían sido testimonio del gran cataclismo geológico.

Las ediciones que en catalán se han hecho de «L'Atlántida», han sido muy numerosas, así como las traducciones á diversas lenguas. Además de la castellana de Melchor de Palau, recordamos la de los señores J. M. de Despujol y Díaz Carmona, en la misma lengua; las francesas de Alberto Savine y Justin Pepratx, la inglesa de Bonaparte Wyse, la provenzal de Monne, la italiana de Sugeri, etcétera, sin contar los fragmentos que tiene admirablemente traducidos el gran Federico Mistral y la edición alemana presentada con gran lujo.

Las composiciones que valieron á Verdaguer el título de *Mestre en gay saber,* fueron «Plor de la tortra», «Sant Francesch s'hi moría» y «La barretina», premiadas respectivamente en los Juegos Florales de 1873, 1874 y 1880. Al año siguiente al de su proclamación fué el poeta presidente del Consistorio.

Cuando dejó Mossen Verdaguer de viajar como capellán de navío, entró como limosnero al servicio del marqués de Comillas, de cuya casa salió al cabo de muchos años, empezando entonces la época de su vida que le inspiró su hermosa producción «Flors del Calvari».

Más tarde fué nombrado por el señor obispo de esta diócesis beneficiado de la iglesia de Belén, cargo que ha ocupado hasta su muerte.

Las obras de Verdaguer son las siguientes:

«L'Atlántida», poema.— «Canigó», id.— «Idilis y cants místichs».— «Llegenda de Montserrat».— «Cansons de Montserrat».— «Caritat».— «Nerto», traducción del poema de Mistral.— «El somni de Sant Joan».— «Patria», poesías.— «Cántichs».— «Jesús infant», trilogía compuesta por las obras «Nazareth», «Bethlem» y «La fugida á Egipte».— «Roser de tot l'any».— «Flors del Calvari».— «Ayres del Montseny».— «Flors de María».

Á estas obras poéticas deben añadirse sus libros en prosa «Excursions y viatjes» y «Dietari d'un pelegrí á Terra Santa», que le han colocado como prosista a uno de los más eminentes lugares.

De todas sus obras se han hecho varias ediciones, habiendo sido la mayoría de ellas traducidas á otras lenguas.

Las circunstancias de que fué rodeada la muerte del insigne vate, trasladado casi moribundo á la «quinta Juana», de Vallvidrera, ofrecida por el propietario Sr. Miralles; el interés con que fué seguido por los periódicos el curso de su enfermedad; las noticias que circularon por la prensa respecto á su muerte y á sus últimos instantes, despertaron en grado sumo la curiosidad hasta de las gentes más alejadas del mundo artístico y literario.

Por eso en la manifestación de duelo á que dió lugar el entierro del eminente vate, tomó parte Barcelona entera. Por eso desfilaron ante el cadáver, expuesto en el Salón de Ciento convertido en capilla ardiente, millares de ciudadanos pertenecientes á todas las clases sociales. Por eso la figura del gran escritor, desconocida antes por la mayoría del pueblo bajo, adquirió la mayor popularidad que ha podido obtener jamás en Cataluña ningún otro poeta ó artista.

Puede afirmarse en absoluto que el acto de conducir á la última morada el cadáver del gran Verdaguer ha sido el más grandioso y el más imponente de cuantos en su género ha presenciado el pueblo de Barcelona.

¡Descanse en paz el ilustre vate, cuya memoria perdurará eternamente entre sus semejantes!

M. G.

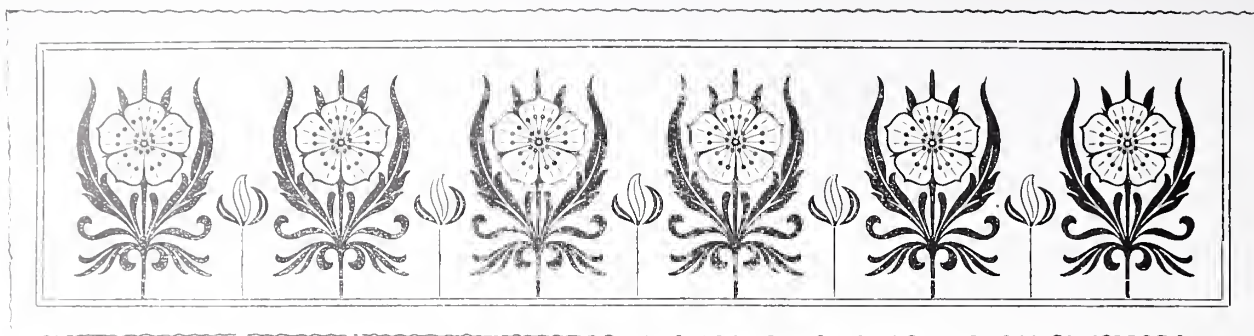
EL ENTIERRO DE VERDAGUER



El coche fúnebre saliendo de las Casas Consistoriales



MOSSEN VERDAGUER EN EL AÑO 1886



VERDAGUER LITERATO

¡Ha muerto Verdaguer! Á los dos meses cabales de haber desaparecido de entre nosotros el Doctor Robert y cuando conservábamos aun tiernas en el corazón las huellas que dejara en él la pérdida del eminente médico y esclarecido hombre público, nos sentimos de nuevo heridos en el fondo del alma por la desaparición del ilustre vate cuyos cantos habían repercutido en toda Europa para honra de Cataluña y enaltecimiento de la hermosa lengua catalana.

Porque Verdaguer, el colosal Verdaguer, ha sido quien en más alto lugar ha puesto el nombre del idioma en que compuso sus soberbios cantos, haciendo con él lo que el Dante con el italiano: comunicarle nueva vida, crearlo de nuevo.

El canónigo de la Catedral de Vich Dr. D. Jaime Collell, dice en el prólogo del libro que con el título de «Patria» dió á luz Mossen Jacinto Verdaguer en el año de 1888:

«Más que de arriesgada, de loca podía calificarse la empresa de querer restaurar una literatura muerta, enterrada en la tumba de las bibliotecas y archivos, y devolver el explendor literario á una desvalida lengua de campesinos que se encontraba, como se encuentra aún, puesta en entredicho civil—y quiera Dios que no eclesiástico en algunos sitios.»

Gracias al gran Verdaguer, al eminente *Mossen Cinto*, aquella empresa arriesgada y loca, aquel propósito de algunas docenas de entusiastas soñadores, se convirtió en hermosa realidad. Y decimos gracias á Verdaguer, no porque consideremos obra suya exclusiva la resurrección verdaderamente literaria de la lengua catalana, sino porque él fué quien con más actividad y mayor provecho trabajó en la realización de tan hermoso sueño. Es indudable que, aún sin Mossen Cinto, el idioma de D. Jaime I hubiera recobrado a la larga su antiguo explendor: una verdadera legión de literatos meritísimos trabajaba en ello y tarde ó temprano hubiera conseguido su objeto. Lo que hizo Verdaguer con su haliento de gigante, fué dar mayor impulso al movimiento, apresurando con sus colosales obras el día del triunfo, que, á Dios gracias, ha sido completo, pues el grado de perfección á que ha llegado hoy día la lengua catalana, es verdaderamente asombroso, como lo prueba la existencia de escritores tan castizos como Raimundo Casellas, Joaquin Ruira y otros maestros del bien decir, sin contar los que, anteriormente á ellos, se habían desvivido para dotar el habla de la mayor precisión y el mayor grado de fijeza posibles.

La labor de Verdaguer en este sentido fué verdaderamente titánica. Su aparición en los Juegos florales de Barcelona á mediados del siglo pasado, marca á la literatura catalana un nuevo rumbo. El joven seminarista de Vich, que se presentaba vestido con el clásico traje de la tierra, luciendo la airosa *barretina*, á recojer las distinciones de que le hiciera objeto el Consistorio, venía á marcar á la poesía catalana derroteros más conformes á su manera de ser y al carácter de nuestro pueblo. Hasta entonces, nuestros poetas, educados en los castellanos, se habían contentado por lo general con seguir rastreramente las huellas de estos y con llenar sus versos de frases ásperas, palabras rústicas, interjeciones enérgicas, á fin de *catalanizar* sus producciones, plagadas de castellanismos y galicismos sin cuento.

En cambio Verdaguer se presentaba desde el primer momento catalán: —catalán por el espíritu que animaba sus poesías; catalán por su bocabulario puro, sin mezclas extrañas; catalán por la profunda energia de su expresión. Con todo, se notaba también en él la influencia ejercida en su educación literaria por los poetas castellanos del



EN EL CEMENTERIO

siglo de oro, influencia á la cual fuese sustrayendo después poco á poco, gracias á que nunca había pasado de ser puramente superficial, ya que no trascendia jamás al fondo, catalán por esencia, de las creaciones del eminente autor de «L'Atlantida.»

Y es que *Mossen Cinto*, amén de los buenos autores castellanos, había estudiado y había sentido — como nadie había estudiado y sentido antes que él — el alma catalana. La musa popular fué tal vez el manantial más rico en que bebió desde su infancia, durante la cual, sintiendo ya la sed de gloria que había de encumbrarle andando el tiempo al eminente sitio en que se colocó, escuchaba absorto de labios de su madre las soberbias baladas y los tiernos idilios, los romances caballerescos y los lindos madrigales que constituyen la rica poesía popular catalana. Porque es fama que la madre del genio cuya pérdida lloramos, poseía de memoria un riquísimo caudal de cantos populares y se complacía entonándolos delante de su hijo.

Por eso todas las obras de éste, desde las más modestas á las de mayor magnitud, conservan siempre el riquísimo perfume, el sabor popular, *l'agre del terrer* que se desprende de las canciones del pueblo. Esa cualidad, realzada por el riquísimo bocabulario que poseía el gran Verdaguer, hace estimables hasta sus composiciones de menos vuelos. En una simple cuarteta suya, aparece siempre el gran literato.

Y si eso sucede en sus trabajos de menor importancia, ¿qué no sucederá en obras de tanto empuje como «L'Atlántida» y «Canigó», las dos soberbias columnas que sostienen con singular firmeza el monumento colosal formado por las obras completas del genio?

La aparición de la primera de dichas producciones constituye el acontecimiento literario más notable acaecido en España durante el pasado siglo. Lo cual no quiere decir que le vaya en zaga el que representa la aparición de «Canigó», la obra más sazonada que á mi entender ha producido Verdaguer y en cuyos cantos tuvo ocasión el genio de mostrarse bajo sus múltiples aspectos: el épico y el místico, el lírico y el popular.

En una época de fatal decadencia para la literatura castellana, en un tiempo en que los poetas de allende el Ebro confundían — como siguen en general confundiendo — la inspiración con la rimbombancia, el vigor con las frases chillonas, se alzó de súbito la colosal figura de

nuestro poeta, lanzando al aire en la lengua del terruño aquellos cantos sublimes de su «Atlántida», aquellas notas ya viriles ya tiernas, aquellas estrofas llenas de color y de energia con las cuales expresaba en su «Canigó» las amarguras del odio ó los encantos del amor, los lamentos de los vencidos ó el júbilo de los vencedores, el fragor del combate ó las dulzuras de la vida monástica... Y al expresar todo eso lo hacía en lenguaje altamente literario, castizo, pintoresco, vigoroso, esencialmente opuesto á la fraseología huera tradicional en los poetas en cuya lectura se había educado. Véase con cuanta verdad y con cuanto vigor describía en la introducción de «L'Atlántida» el choque de dos naves enemigas:

Ab cruixidera y gemegor s'aferran
com espatlludas torres que s'aterran,
trinxant en sa caiguda un bosch de pins;
y entre ays, cridoria y alarit selvatge,
ressona 'l crich feréstech d'abordatge
y cent destrals rosegan com mastins.

Los espectáculos de la naturaleza los sentía y los expresaba *Mossen Cinto* con una intensidad avasalladora. Por eso, al profetizar en su soberbia «Oda á Barcelona» la portentosa transformación de nuestra ciudad, lo hace con la clarividencia de un verdadero iluminado, dotando á la vez las magistrales estrofas de que se compone, de un espíritu moderno extraño en quien, como Verdaguer, es amante sincero de la tradición.

Entre ciertos elementos que se han convertido á última hora en defensores de Verdaguer, se ha dado en llamarle siempre *el seráfico Mossén Cinto.* «Verdaguer, se ha dicho, era una inocente paloma sin hiel, libre de todas las pasiones de los catalanistas etc., etc.» ¡Pura calummia! Los que tal afirmaban, no conocian á Verdaguer más que de oidas. *Mossén Cinto,* cuando cantaba las glorias de Cataluña, lo hacia con todo el calor de que era capaz y cuando lloraba sus desgracias, era para lanzar irado al rostro de los que las originaran todo el odio, toda la ira santa de un patriota herido en lo más hondo de sus convicciones Véase sino la maldición y los denuestos que dirige al conde de Santa Coloma, en su poesía «Nit de sanch:»

¡Comte de Santa Coloma,
malviatge qui't pari!
¡Que tants llamps caiguin en terra
y que de tants cap te fir!
El dia que vares néixer
fou un dia maleit;
més li valdria á ta patria
que hagués nat un escorpí.
A la pobre de ta dida
devias rosegá'l pit
perqué llet ¡malaguayada!
te doná en lloch de verí.

Así se expresaba en uno de sus cantos patrióticos el dulce, el seráfico autor de los «Idilis y cants místichs». Y es que el patriotismo del autor de «Canigó», corría parejas con su acendrada fe... aquella fe que le inspirara en «La batalla de Lepant» esos versos:

A arrencar la creu d'Europa
venen quatrecentas naus;
si avuy no escorna la lluna
¿qué'n vol fer Deu de sos llamps.?

Lo que hay es que el mismo patriotismo y la misma fe que le dictaban semejantes enérgicas expresiones, le inspiraban otras veces dolorosos gemidos, tiernos lamentos, dulcísimos cantares ó deliciosas visiones, según el estado de ánimo ó la disposición de espíritu en que se encontrara. ¡Cómo contrastan los cantos grandiosos del «Canigó» ó de «L'Atlántida» con las delicadas estrofas del «Plor de la tortra!»

Vora, voreta'l riu
me n'he guarnit un niu
que'l sol hi toca;
el cobricel es d'or,
veniu, somnis d'amor,
bresseumhi à l'ombra.
Qui'm fa de cobricel
es d'un colom del cel
l'aleta hermosa.
. . . .
Allí ab ma dolsa Amor,
abella sense flor,
gosa, que gosa,
endolciré felís
ab cants de paradís
ma veu de tortra
Oh verges que hi rieu
ab qui ferí'l cor meu
de mort tant dolsa,
dieuli que al vergè,
qui tant cantà y rigué
sospira y plora.

Esa terneza del «Plor de la tortra» se convierte en sublime grandiosidad en «Jesús als pecadors», en lamento profundo en «El pecador á Jesús», en amorosa súplica en «Jesús als noys».

Veniu á ma presencia
noyets, veniu á mi;
las flors de l'ignocencia
son flors del meu jardí.

Que Verdaguer, aun sin haber escrito más que sus «Idilis y cants místichs», hubiera resultado grandioso, está fuera de duda. Pero de eso á considerarle únicamente un eximio poeta místico, hay mucha distancia, pues si las composiciones que componen aquel soberbio libro y las que forman el poema «El somni de Sant Joan» y las que constituyen la trilogía «Jesús infant» ó las colecciones «Flors del Calvari» y «Cantichs,» le hacen grande, los cantos de «Canigó» y de «L'Atlántida», las estrofas de la «Oda á Barcelona,» le hacen gigantesco.

¡Con cuánta fuerza se graba en la imaginación del lector de «Canigó» el carácter que revisten en Cataluña las

luchas de la Reconquista! Toda una época resucita el eximio Verdaguer en sus colosales cantos. Y lo mismo hace en «L'Atlántida», su concepción más grandiosa. En el prólogo de tan soberbia obra, dice el autor: «Cuán hechiceras me parecieron las Hespérides, amor de la antigua Grecia, por las que, con dulzura tanta, suspiró la lira de sus poetas! ¡cuán terrífico el Pirineo en llamas, pero cuán tentadoras y hermosas las olas de plata y oro que rodaron de sus fundidas entrañas! ¡cuán grande Hércules alargando con el sepulcro de Pirene la cordillera á que dió su nombre, batiendo con su clava á los gigantes de la Crau en la Provenza, aniquilando á Gerión y á Lívico Anteo, amilanando á las Arpias y á las Gorgonas y en su postrer trabajo abriendo la montaña de Calpe, dique del Mediterráneo, y soltándolo como un río en la vecina Atlántida, puente levadizo roto por Dios para en época de corrupción incomunicar los mundos, vueltos á unir en el más hermoso de los modernos siglos por los titánicos brazos de Colón!» He aquí, magistralmente condensada, la sublime concepción. De su desarrollo no hay que decir más sino que Verdaguer, con su genio, consigue hacer sentir al lector todo el horror de la imponente catástrofe que intentaba cantar Solón cuando le sorprendió la muerte y que cantó nuestro vate con la misma altísima inspiración que lo hubiese hecho el poeta griego.

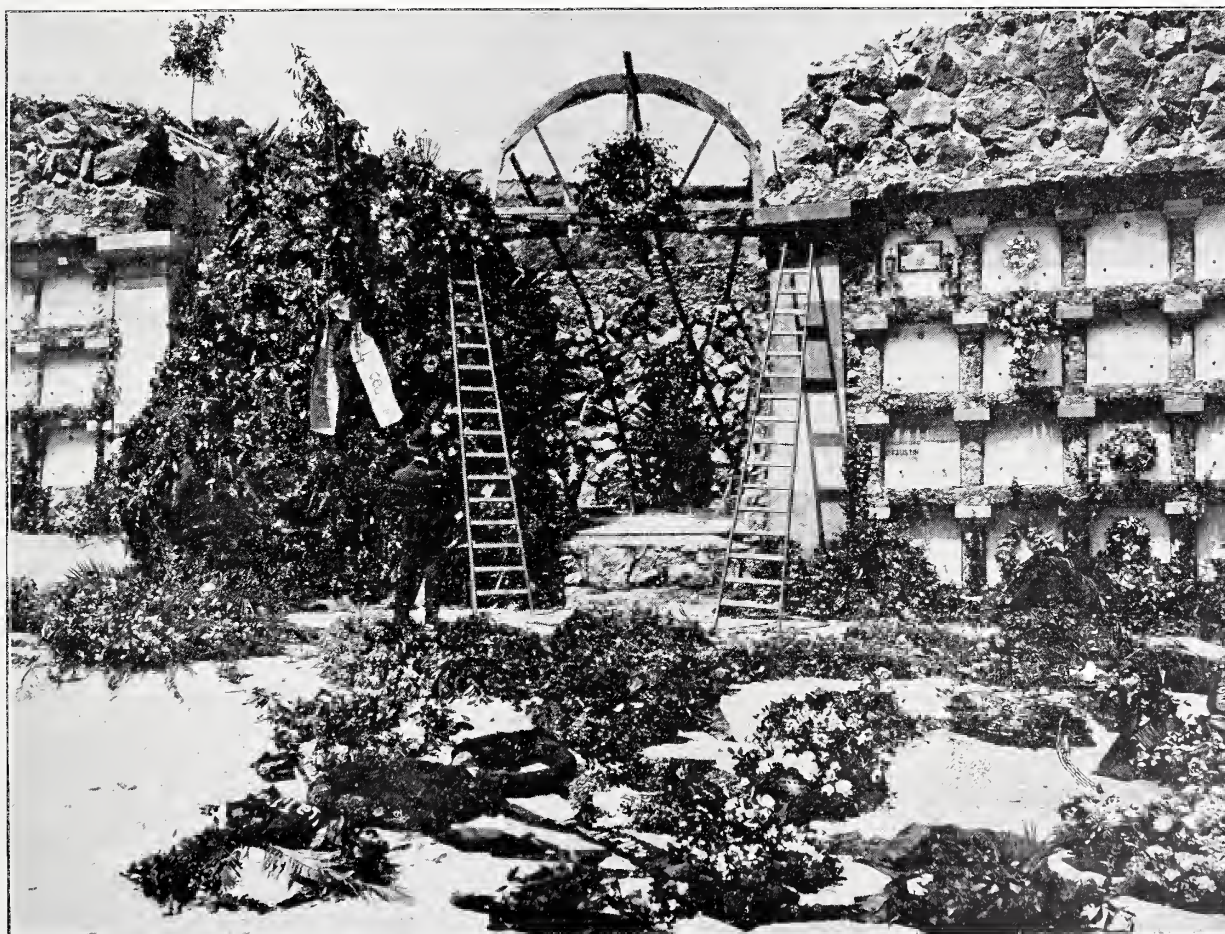
Con Verdaguer hemos perdido nuestro gran poeta nacional, el más digno tal vez entre los modernos del calificativo de eminente. Puede decirse de él lo que él dijo de otro vate:

Ploréu poetas de la patria mía,
s'es post *un altre estel*;
l' angel hermós de nostra poesía
se n'es tornat al cel.

Lo que hay es que sobra la mitad del segundo verso, pues al decir *un altre estel*, podría suponerse que los ha habido tan brillantes como el que acaba de ponerse. Y ni de Cataluña ni de España puede hacerse semejante afirmación, aplicada á los tiempos contemporaneos.

J. Morató

EL ENTIERRO DE VERDAGUER

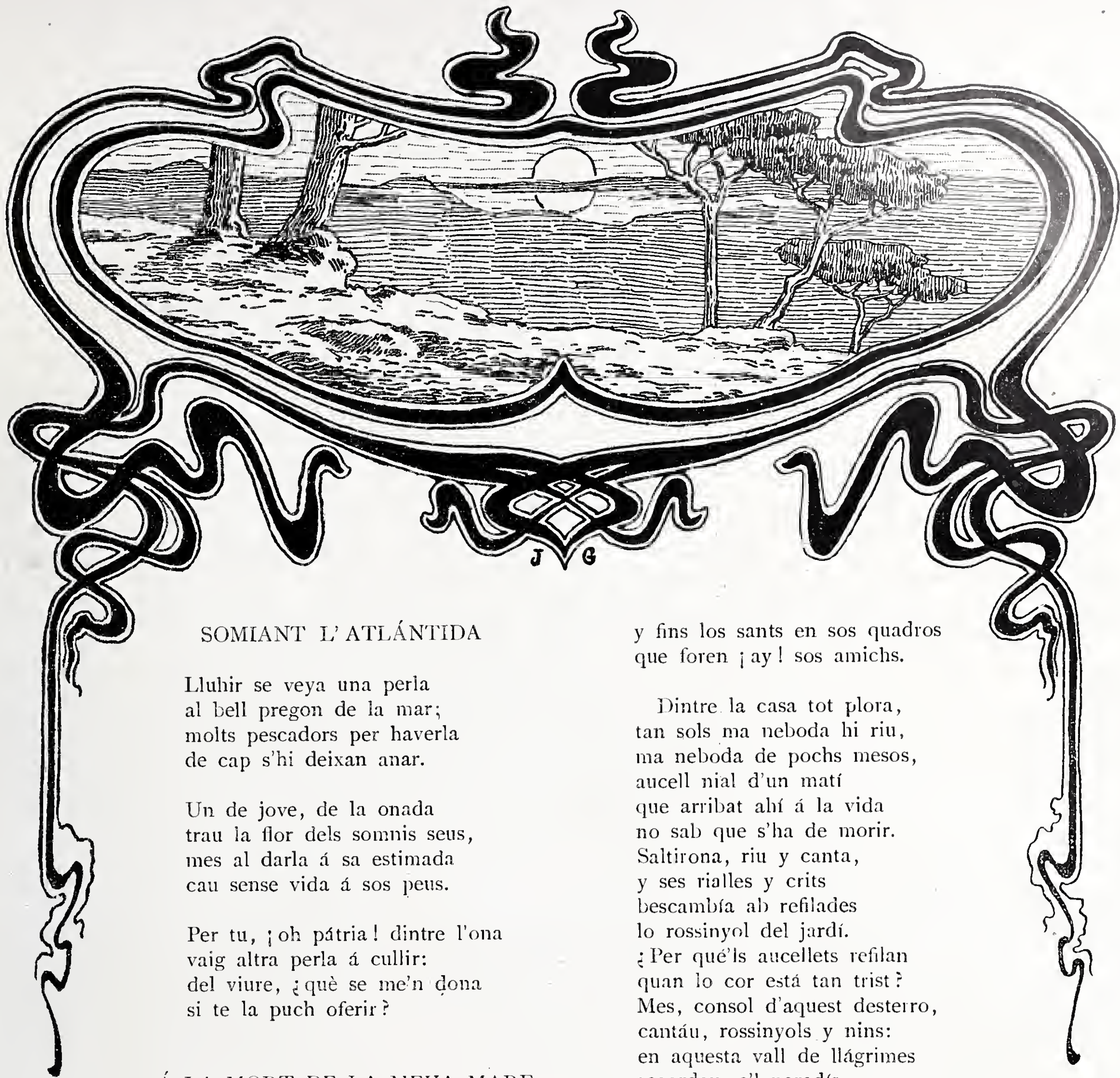


Las coronas



MOSSÉN JACINTO VERDAGUER

Nació en Folgarolas en 17 Abril 1845. Murió en Vallvidrera en 10 de Junio 1902



SOMIANT L' ATLÁNTIDA

Lluhir se veya una perla
al bell pregon de la mar;
molts pescadors per haverla
de cap s'hi deixan anar.

Un de jove, de la onada
trau la flor dels somnis seus,
mes al darla á sa estimada
cau sense vida á sos peus.

Per tu, ¡oh pátria! dintre l'ona
vaig altra perla á cullir:
del viure, ¿què se me'n dona
si te la puch oferir?

Á LA MORT DE LA MEVA MARE

Tristitia implet cor vestrum, sed
tristitia vestra vertetur in gaudium.
Joan, 16-60-20.

Lo rossinyol entre'ls arbres
ha cantat tota la nit,
del presseguer á la eurera,
de la eurera al romaní.
Quínes passadas tan fines!
quín refilar tan bonich!

Mes ¡ay! ma estimada mare
está espirant en son llit,
y més que'l cant d'alegría
jo escolto los seus sospirs.
Mon pare al peu de la espona
va plorant de fil á fil,
al veure apagar la flama
que ell no trigará á seguir;
plora'l germá y la germana,
ploran parents y vehins,
y fins los sants en sos quadros
que foren ¡ay! sos amichs.

Dintre la casa tot plora,
tan sols ma neboda hi riu,
ma neboda de pochs mesos,
aucell nial d'un matí
que arribat ahí á la vida
no sab que s'ha de morir.
Saltirona, riu y canta,
y ses rialles y crits
bescambía ab refilades
lo rossinyol del jardí.
¿Per qué'ls aucellets refilan
quan lo cor está tan trist?
Mes, consol d'aquest desterro,
cantáu, rossinyols y nins:
en aquesta vall de llágrimes
recordaume'l paradís,
lo paradís que es per viure
com la terra per morir.

31 Janer, 1875.

Á LA VERGE DE MONTSERRAT

Vostre blau mantell es gran,
es més gran que l'estrellada;
puix ne sou Reyna gentil,
abrigáu la nostra Patria.

Vostre blau mantell es gran,
enmantelláu ses germanes,
á Valencia en son verger,
en sa mar l'Illa Daurada.

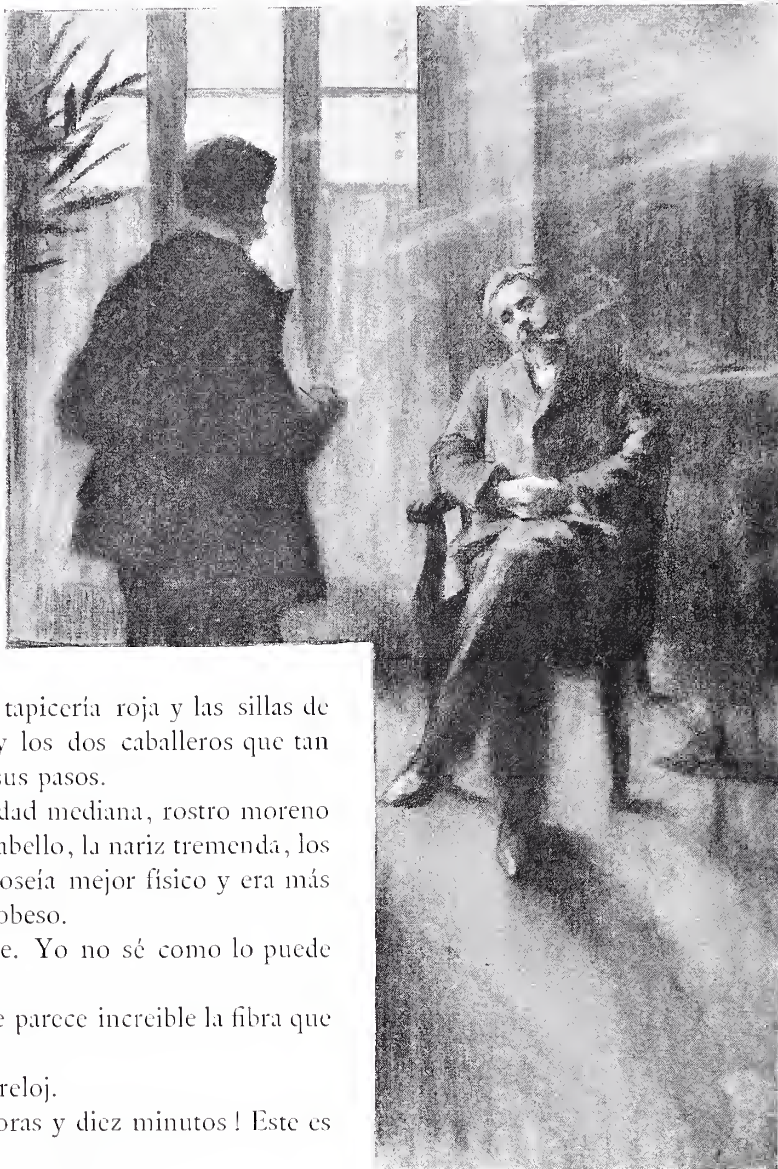
Vostre blau mantell es gran,
abrigáu tota la Espanya,
lo regne de vostre amor,
com un niuet sota l'ala.

Jacinto Verdaguer Pre.

AL PRIMER VAGIDO

POR MANUEL LASSALA

Muy de mala gana entraba por el balcón la luz, ya escasa, de una tarde de llovizna. En la salita de paso los muebles se distinguían apenas, y dos siluetas de hombre la cruzaban sin cesar, yendo y viniendo de extremo á extremo. Otros bultos pasaban también apresuradamente, respondiendo á una llamada, con rumor de faldas y variados cuchareteos en tazas y vasos. Del cuarto de la izquierda trascendía el resonar de voces confusas y de lamentos agudísimos amortiguados por el tabique.



—Dá la luz, Angela, dijo una de las sombras.

Repentinamente, brotó del techo una claridad desproporcionada al ámbito de la salita, llenó todos sus planos y rincones y se acumuló en el aire, cruda y quieta, como comprimida en tan menguado recinto. Viéronse los portieres de tapicería roja y las sillas de roble y la alfombra listada de fieltro gris y los dos caballeros que tan nerviosamente la medían y remedían con sus pasos.

Era el más alto de los dos un señor de edad mediana, rostro moreno y delgado, con sobra de barbas y falta de cabello, la nariz tremenda, los ojos dulces y la boca invisible. El otro poseía mejor físico y era más joven, rubio, de buen color, con vistas á obeso.

—Esto es inaguantable, esto es terrible. Yo no sé como lo puede soportar esa criatura. ¿Oye usted vecino?

—Calle usted por Dios, Fernández, que parece increible la fibra que tiene una mujer, contestó el rubio.

Y Fernández sacó por centésima vez el reloj.

—¡Canastos! ¡Pues llevamos cuatro horas y diez minutos! Este es el cuento de nunca acabar.

A pesar de la sordina del tabique, seguían oyéndose desaforados chillidos.

—¡Pobrecilla!, murmuró el vecino.

—Nada, ya lo ve usted, Alfredo. No se case usted; no se case.

Y luego, como respondiendo á una reflexión antigua, añadió:

—La verdad, no sé como somos tan tontos de casarnos.

La mirada del vecino respondió con una expresión tan turbia, que Fernández no supo darse cuenta de si el vecino compartía su opinión ó si se callaba por deferencia.

En aquel momento se entreabrió la puerta un poquito y al punto les dió en la cara un vaho soso y caliente: con él se deslizó por el hueco una señora ténue y avejentada que manejaba con azoramiento un llavero voluminoso.

Los dos hombres se abalanzaron á su encuentro.

—¿Como va eso? preguntaron á la vez.

—Despacio, contestó la dama sin detenerse.

—Y dígame usted, Fernández, saltó el rubio, ¿ese don Fausto de mis entretelas es hombre en quien se puede tener confianza? ¿No nos hará una de pópulo bárbaro?

—Quite usted allá: es un comadrón de primera. Nada, veinticinco años sin hacer otra cosa. Conoce todas las alcobas de la ciudad. ¡D. Fausto! Pues si es el número uno, hombre.

—Pero dicen que hay que cogerle cuando está claro.

—No, eso no: él cuando bebe no trabaja y cuando trabaja no bebe. Es un tío muy célebre.

Otra vez se oyeron los gritos y los chillidos; se sucedían ya sin intervalo, resonantes, á pleno pulmón, prolongadísimos.

La nerviosidad de Fernández ya no le permitía pasearse: él y Alfredo se aproximaron á la puerta y se pusieron á escuchar. Luego hubo un silencio y luego gran rumor de voces y después otro silencio, tras el cual se oyó muy clara, al través de la pared, la primera nota temblorosa de una laringe nueva; el primer vagido:

—¡Unguééé, unguééé!

Fernández perdió el color. Bruscamente, allá en sus entrañas, brotaba un manantial desconocido que le aturdía con su novedad; una oleada sentimental que se le subía á la garganta.

Don Fausto apareció entonces en la puerta, calvo, con ojos guasones, ceja negra corrida y un bigotillo gris colgante.

—¿Que es? preguntó ansioso el moreno.

—Un chico, respondió el comadrón guiñando el ojo. Ya pueden entrar.

El escenario donde un nuevo prójimo acababa de proclamar su derecho de respiración, tenía mucho de campo de Agramante y algo de estufa: el aire se podía cortar, el calor era pegajoso y se olía allí á botica, á cocina y á matadero. La lámpara eléctrica, atenuada por un rebocillo azul, dejaba filtrar una claridad de agua profunda ó de caverna de magia, pero además iluminaban el quinqué gigantesco arrebujado en encajes y una palmatoria puesta sobre un velador. Encima de las sillas se desbandaban ropas en desorden, mantas y pañuelos, y en el suelo había también ropa blanca, servilletas perdidas, canastillas y cajas de cartón. Bajo el quinqué monumental, dos señoras estaban dando la última mano al aseo del recién nacido y además iban y venían entre los estorbos dos muchachas atentas al despejo.

Don Fausto acompañó á Fernández y al vecino al lugar donde el novel ciudadano estaba recibiendo sus primeras galas, y la señora ténue, la del llavero bien provisto, al ver acercarse el grupo, levantó al niño hasta donde se lo permitía la cortedad de sus brazos.

—Mil enhorabuenas, señor Papá, ahí tiene usted lo suyo.

Fernández apenas distinguió entre la blancura del envoltorio, más que una carita amoratada y borrosa, pero alargó las manos y cogió el bulto con el mismo tiento que si hubiese estado lleno de merengues. Allí lo tenía ya al hijo tan suspirado, á dos dedos de su corazón, tan vivo y tan real como la luz del día. Un enternecimiento iba haciéndose paso en su pecho, una penetrante dicha le embargaba y le ponía ante los ojos el velo de una lágrima que le temblaba en las pestañas. Acercó la cara al chico y, desde dentro del bigote, por debajo de la nariz tremenda, le besó con inefable ventura.

—¡Hijo de mi alma!

—Por muchos años, por muchos años, repetían todos. Don Fausto iba con sus ojos guasones de Alfredo á Fernández y de Fernández á Alfredo, el cual, todo asombrado, miraba y callaba.

Insensiblemente las señoras rompieron á charlar.

—¿Pero ha visto usted qué chico tan guapo?

Y entre ellas dos y Fernández, que se reponía aprisa y se estaba sintiendo locuaz después de la primera impresión, discutieron las facciones del niño y el color de los ojos y la forma de la barbita (más inclinada á la tradición de la rama materna) y luego hablaron del nombre que le habían de poner y de los dulces



del bautizo y de si pronto pediría novia y de que quizá sería obispo, todo con más prolijidad que buen criterio.

Mientras tanto, Alfredo se había acercado á la cama, seguido por la mirada guasona de don Fausto.

—¿Como se encuentra usted, Adelaida?

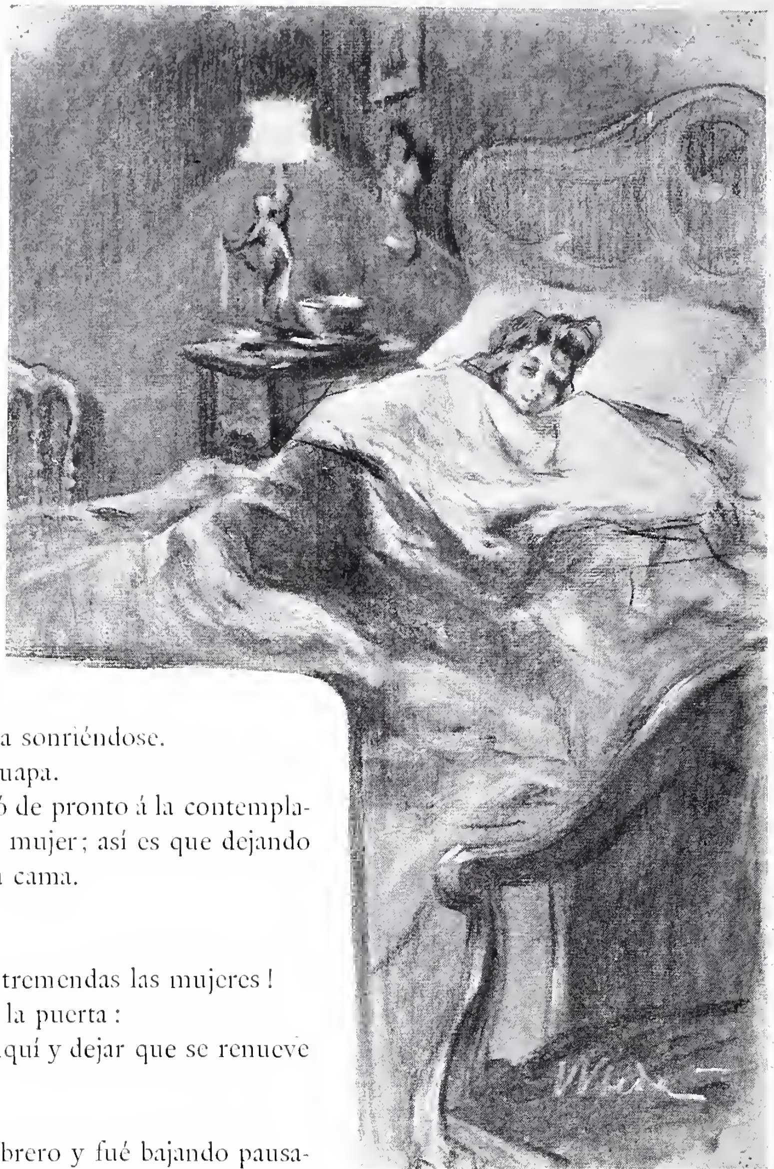
—Rendida, pero contenta.

Estaba la flamante mamá recogida en el saboreo y quietud de su bienestar después de la cruelísima lucha, pero tendió la mano á su amigo. El afectuoso vecino la tomó entre las suyas y dijo:

—También nosotros hemos pasado muy mal rato. Afortunadamente ya está usted bien, que es lo esencial.

—He creído morirme.

—Ea, ya pasó: ahora á reponerse. Y tiene usted muy buen rostro; está usted muy bien; palabra.



—Puesto que usted lo dice, contestó élla sonriéndose.

Efectivamente, valga la verdad; estaba guapa.

En aquel momento Fernández se arrancó de pronto á la contemplación de su vástago y le vino en mientes su mujer; así es que dejando al rorro en la falda de la señora, corrió á la cama.

—¿Como estás, chiquilla?

—Estoy bien: solo tengo sueño.

—¡Ah, valiente! ¡Eres tremenda; sois tremendas las mujeres!

Don Fausto, que se aburría, gritó desde la puerta:

—Buenas noches, señores. Poco ruído aquí y dejar que se renueve el aire.

—A Dios, doctor, hasta mañana.

Tomó en la antesala el abrigo y el sombrero y fué bajando pausadamente la escalera. Mientras abría la portezuela de su berlina, dábale en la cara la luz del farol y sus cejas parecían más negras y corridas, más blanco su bigote lácio, menos disimulada la sonrisa escéptica que le torcía la boca.

Ya en casa, halló que su mujer y su hija le aguardaban en el comedor, enfrascadas en una conversación animadísima, sostenida por una y otra parte con flujo torrencial. Él, conocedor del paño, se apresuró á coger una butaca cómoda y se hizo traer las zapatillas.

—¿De qué se trata? preguntó con sorna.

—Pues la Basilia, la muy indecente, contestó al punto la doctora, la muy puerca. ¿Está eso bien? ¿No hay sino marcharse y ya está? ¿Y las tres criaturas? ¡Mira tú que abandonarlas así! ¿Y por quien? Por un perdido, por un bribón. ¿Donde tiene esa mujer el instinto de madre?

—En ninguna parte: no tiene, ni le hace falta: hay muchas así.

—Pero ¿y la voz de la sangre? ¿A tí te parece que eso es tener corazón?

—No, mujer ¡qué me ha de parecer! Pero, mira, oye, en eso de instintos y de corazonadas nadie sabe una jota; déjate de majaderías; ahora, en que la Basilia es una indecente estamos conformes: hay muchas.

—¡Qué cosas tan célebres tiene papá! dijo echándolo á broma la niña.

Don Fausto se encogió de hombros y pidió un vasito de coñac. Pusiéronselo delante. El aroma fino del licor, el reflejo dorado de la luz en los bordes del menisco, la finura del cristal, la anticipación del cosquilleo, teníanle cogido por la entraña y cuando, tembloroso, acercó á sus labios la copa, parecióle á su mujer que murmuraba:

—Ven acá, buen amigo. Tu si que no engañas á nadie.



R. OPISSO

ESPERANDO LA SOPA

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Por largo tiempo que viva no accederé á lo que queréis. Habéis matado á mi hijo y á muchos de mis parientes: por esto es imposible toda compensación y paz.»

A estas palabras respondió Gunter: «A ello nos ha obligado la desgracia. Todos los de mi séquito han sido asesinados por tus guerreros en los alojamientos: ¿había yo merecido esto? Yo he venido con la mejor buena fe, creía que me seríais fiel.»

Así dijo Geiselher el joven de Borgoña: «Vosotros, guerreros del rey Etzel que aún estáis vivos, ¿qué tenéis que reprocharme? ¿qué os he hecho? Yo vine á este país en la mejor amistad.»

Ellos respondieron: «Vuestra bondad es la que ha esparcido tanta desolación por ciudades y campos; siempre desearemos que no hubiérais venido nunca de Worms. ¡A cuantos habéis dejado huérfanos en el país tú y tus hermanos!»

Fuertemente irritado, dijo Gunter el héroe: «¿Queréis hacer la paz con nosotros y desechar todo violento odio? Nosotros no hemos merecido nada de lo que el rey Etzel nos hace sufrir.»

El rey dijo á los extranjeros: «Mis males no son iguales á los vuestros. La gran desgracia del combate, las pérdidas y las muertes que me habéis causado, son los motivos que tengo para que ninguno vuelva vivo al lugar en que nació.»

Así respondió al rey el fuerte Gernot: «Quiera Dios hacer que nos tratéis con cariño y que no queráis asesinarnos en vuestra casa. Dejadnos salir de aquí y redundará en honor para vos.»

«Entonces se decidirá pronto nuestra suerte. Muchos de los que os siguen están descansados y nos matarán porque nos abruma la fatiga: ¿qué tiempo podremos resistir á vuestros guerreros en el combate?»

Los guerreros de Etzel se manifestaban dispuestos á consentir que los héroes salieran de la sala. Cuando Crimilda lo oyó sintió un gran pesar; por esto se les negó la paz que solicitaban.

«No, nobles guerreros, yo os aconsejo que no hagáis lo que habéis pensado, pues si salen de la sala harán una horrible carnicería, en la que todos vuestros parientes serán heridos mortalmente».

«Aun que no quedaran vivos más que los hijos de Uta y mis nobles hermanos llegaran á respirar el viento y á refrescar sus armaduras, estábais perdidos: en la tierra no ha habido nunca tan fuertes héroes».

El joven Geiselher dijo: «Muy hermosa hermana mía, no esperaba tanto rigor cuando me invitastes á venir á este país: ¿porqué merezco que los Hunos me den muerte?

«Yo siempre te fuí fiel y nunca te causé pesar: vine á tu corte creyendo que me amabas, querida hermana mía. Piensa en nosotros con la afección que debes.»

«No puedo tener misericordia con vosotros, solo os tengo odio: á mí me ha causado grandes pesares Hagen de Troneja y aquí en mi país ha matado á mi hijo, es menester que todos me lo paguéis.»

«Si queréis entregarme prisionero solo á Hagen os dejaré á los demás la vida, por que sois hermanos míos, hijos de mi madre: entonces hablaremos de paz con los héroes que están aquí.»

«No quiera tal cosa el Dios del cielo» contestó Gernot, «aunque fuéramos mil moriríamos todos tus fieles parientes, antes que entregar á un solo hombre prisionero; jamás haremos eso.»

«Menester es que muramos» dijo Geiselher, «no abandonaremos á ninguno de nuestra escolta de caballeros. Los que quieran atacarnos que sepan que estamos aquí: no faltaré á la fe que debo á un amigo mío.»

El fuerte Dankwart dijo, porque no le convenía callar: «No quedará solo aquí mi hermano Hagen. Los que nos niegan la paz lo sentirán; le haremos ver que decimos la verdad.»

La esposa del rey dijo: «Llegad hasta la escalera, vosotros guerreros, y vengad mis ofensas. Yo os quedaré agradecida como debe ser. La impertinencia de Hagen recibirá por mí su recompensa.»



«No dejéis salir á uno solo de la sala; yo haré prender fuego al palacio por sus cuatro extremos: así vengaré mis ofensas.» Los guerreros del rey Etzel estuvieron pronto dispuestos.

Obligaron á entrar en la sala á los que habían salido, á lanzadas y flechazos: movióse terrible estruendo. Los príncipes y sus guerreros no quisieron separarse; no podían prescindir de la fe que se debían los unos á los otros.

La esposa de Etzel mandó entonces prender fuego á la sala y las llamas atormentaron los cuerpos de aquellos héroes. Con el viento ardió todo el palacio. Creo que nunca hubo guerreros que sufrieran tan atroz martirio.

Así gritaban muchos: «¡Oh! ¡cruel desgracia! ¡mejor hubiera sido morir en el combate! ¡Dios tenga piedad de nosotros; estamos perdidos! ¡Con furia se venga la reina y descarga sobre nosotros su colera!»

Uno de ellos dijo: «Aquí tenemos que morir, por el humo ó por el fuego; ¡que horrible desgracia! El calor

me hace sufrir tanto con la sed, que creo que mi vida acabará pronto en tan terrible martirio.»

Así dijo Hagen de Troneja: «Vosotros nobles y buenos caballeros, á los que la sed os hace sufrir, bebed sangre, En calor semejante vale más que el vino; en este momento no hay nada mejor que beber.»

El guerrero se fué á donde estaba un muerto, se inclinó, desatóle el casco y comenzó á beber la sangre que manaba de sus heridas. Por raro que parezca, aquello le hizo mucho bien.

«Dios os lo pague, señor Hagen», dijo el hombre sediento, «por el bien que me ha hecho vuestro consejo de que beba. Nunca me fué escanciado mejor vino: por mucho que viva siempre os estaré agradecido.»

Cuando los demás oyeron que aquello era bueno, hubo muchos que bebieron sangre: con esto se aumentó la fueza de aquellos guerreros; y muchas amorosas mujeres perdieron luego á sus queridos esposos.

El fuego caía en la sala, sobre ellos, pero se preservaban dejándolo resbalar por sus escudos. El humo y la sed les hacían sufrir mucho. Nunca se hizo sufrir tan grandes tormentos á los héroes.

Hagen de Troneja, dijo: «Arrimáos á las paredes; no dejar caer las ascuas sobre las celadas de los yelmos y apagarlas con los piés en la sangre. Una horrible fiesta es la que la reina nos ofrece.»

En estos tormentos pasó la noche. Dentro del palacio el valeroso músico y Hagen, su compañero, estaban apoyados en los escudos esperando grandes ataques de los guerreros del rey Etzel.

El techo que cubría la sala preservó á los extranjeros y muchos lograron escapar con vida, pero sufrían grandes dolores con las llamas que entraban por las ventanas. Así se defendieron aquellos guerreros como el honor les prescribía.

El músico dijo: «Entremos en la sala: así creerán los Hunos que hemos muerto en el suplicio á que nos han condenado; pero nos verán permanecer fuertes después en el combate.»

Geiselher, el joven de Borgoña, dijo: «Me parece que pronto será de día, pues llega hasta aquí un aire fresco. ¡Nos dejará el Dios del cielo vivir aún algún tiempo! ¡Espantosa ha sido la fiesta que nos ha dado mi hermana Crimilda!»

Uno de ellos, añadió: «Ya diviso el día. Ya que no ha de mejorar la suerte de los guerreros, arménonos y defendámonos. Pronto veremos venir á la esposa del rey Etzel.»

El rey creyó que todos los extranjeros habían muerto á causa de la batalla ó por el suplicio del fuego. Pero aún vivían de aquellos valientes más de seiscientos hombres como ningún rey los había tenido.

Los que desde lejos espiaban á los extranjeros habían visto algunos de ellos que vivían los príncipes y su gente, á pesar de cuantos tormentos les habían inferido para que murieran. Se los veía andar por el palacio sin el menor daño.

Dijeron á Crimilda que muchos vivían todavía. «No puede ser», contestó la reina, «que uno solo se haya librado de las llamas. Mejor creo que todos han muerto.»

Bien hubieran querido los príncipes y sus hombres escapar de aquella angustia, si les acordaran misericordia, pero no la hallaron en ninguno de los del Huneland. Vengaron sus muertes con terribles manos.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, comenzaron los ataques; los héroes se encontraron en gran peligro. Les arrojaron fuertes lanzas, pero supieron defenderse de una manera terrible aquellos bravos y valerosos guerreros.

Los guerreros de Etzel se hallaban muy encolerizados; ellos querían ganar el oro rojo y los regalos que se les habían prometido, así como también cumplir las órdenes que el rey había dado, por lo que murieron muchos.

Acudió hacia la puerta un gran número de guerreros y el músico dijo: «Aquí estamos. Nunca ví guerreros que acudieran tan presurosos al combate, como los que por matarnos han recibido el oro del rey.»

Muchos de ellos contestaron: «¡Al combate! Ya es tiempo de que concluyamos; aquí no morirá ninguno que no deba morir.» Inmediatamente se vieron llover las javalinas sobre las escudos.

¿Qué mas podré decir? Más de mil doscientos hombres los asaltaron por todas partes. Los extranjeros saciaron su encono hiriendo á sus enemigos. Nadie podía poner paz entre ellos y la sangre corrió á torrentes, por las mortales heridas.

Se escuchaba como cada uno llamaba á sus amigos. Todos los valientes y ricos reyes fueron muertos: los parientes que los amaban, sintieron amarguísima pena.

XXXVII

De como fué muerto Rudiguero

Los extranjeros habían combatido bien aquella mañana. El esposo de Gotelinda llegó á la corte y vió por todas partes una horrible carnicería. Interiormente lloró el fiel Rudiguero.

«¡Oh, desgraciado de mí, por qué he nacido!» exclamó el guerrero», «y por qué nadie ha podido evitar tan grandes desgracias. Intervendría para hacer la paz, pero el rey se negará; pues cada vez son mayores y más fuertes sus pérdidas.»

El buen Rudiguero envió á Dietrich para ver si podía vencer la cólera del altivo rey. El de Berna le hizo contestar: «¿Quien podrá contenerlo ya? El rey Etzel no quiere que se interponga nadie.»

Un guerrero Huno, viendo allí á Rudiguero con los ojos llenos de lágrimas, de las que había vertido muchas, dijo á la reina: «Ved como permanece quieto el que puede más cerca de Etzel.»

«Y á quien está sometido el país y la gente. ¡Como ha obtenido tantas ciudades Rudiguero, sino por la generosidad del rey! En este combate aun no ha descargado un solo tajo.

«Pienso que se preocupa muy poco de lo que aquí ocurre, después que ha conseguido todo lo que deseaba. Dicen que es más fuerte que ningún otro, pero en esta ocasión no lo parece.»

Con triste cólera escuchó el fidelísimo guerrero este discurso, y mirando de frente al Huno, pensó: «Ya me las pagarás; ¡dices que soy cobarde! Muy alto has dicho esa palabra aquí en la corte.»

Y apretando los puños se dirigió contra él, hiriéndole con tanta fuerza, que el guerrero Huno cayó muerto á sus piés. Con esto se aumentó la cólera del rey Etzel.

«Fuera de aquí, fanfarrón», exclamó Rudiguero, «bastantes penas y dolores estoy sufriendo para que me reproches que no lucho. Cierto es que con razón debía sentir odio hacia esos extranjeros.

(Continuará)

POR ESOS TEATROS

Eldorado: «Aurora». Drama en tres actos de D. Joaquín Dicenta.—«El pastor». Poema en tres actos de D. E. Marquina.— En Novedades: «El amor en el teatro» de los hermanos Alvarez Quintero. «Amor de amar» de Benavente.— Los demás teatros.

Después de «Alma y vida», de Pérez Galdós, vino en el teatro de Eldorado el estreno de «Aurora», drama escrito por don Joaquín Dicenta expresamente para el público de Barcelona.

Recordando sin duda el autor el ruido que metió el año pasado el drama «Electra», de Galdós, intentó alcanzar un éxito de escándalo. Para ello apeló á los mismos medios que usara en su producción el eminente autor de «Fortunata y Jacinta». Y no sólo hizo esto, sino que en la acción del drama se contentó con seguir los pasos del maestro, creando una obra sin pizca de originalidad, pálido recuerdo de la que escogió por modelo. El asunto de ambas es de todo punto semejante. Como en «Electra», hay en «Aurora» su traidor, su hipócrita refinado que se escuda en la religión para cometer todo género de fechorías. La única diferencia que existe entre el personaje de uno y de otro drama es la del nombre. Pero á pesar de ello el personaje es el mismo, llámese Pantoja ó don Homobono.

Á ejemplo de Galdós, también ha puesto Dicenta en su drama el joven hombre de ciencia, de *ideas avanzadas*, que pasa el día discurseando y haciendo filosofía de arrabal, asequible á todas las inteligencias. También el personaje es, como el de «Electra», hombre de laboratorio. No se diferencia del de Galdós sino por su profesión, que es la de médico, así como la de aquel era de ingeniero. Ya es cosa sabida: en el teatro y en la novela, los hombres de ciencia verdaderamente *avanzados* han de ser médicos ó ingenieros.

Por lo demás el drama de Dicenta está desarrollado á la pata la llana, con ciertos toques ridículos de puro sentimentales, con personajes sin ninguna equivalencia en el mundo real y con un exceso de lirismo que tumba de espaldas.



EN «EL PRAT» Remitida por D. Román Macaya



EN «EL PRAT» Remitida por D. Román Macaya

Lo cual no fué obstáculo para que los amigos que tiene por acá el señor Dicenta le dedicasen un banquete para darle testimonio de su admiración entusiasta. Con su pan se lo coman y buen provecho les haga.

En el mismo teatro y por la misma compañía, se ha estrenado también durante la quincena la obra «El pastor», de don Eduardo Marquina, que no ha demostrado en esta ocasión más condiciones que en su obra catalana «El llop pastor», estrenada un año y medio atrás en el Tívoli, por la compañía del «Teatre lírich catalá».

Otra de las obras estrenadas ha sido el capricho literario en un acto y cinco cuadros «El amor en el teatro», original de los hermanos Álvarez Quintero y puesta en escena en el teatro de Novedades por la compañía de la señora Pino.

Trátase de una finísima sátira literaria, rebosando sal por todos lados.

El plan de los señores Quintero ha sido el de crear una serie de cuadros distintos para poner de relieve el carácter que toma en el teatro el amor, según sea tratado por un autor trágico, cómico, dramático, grotesco ó alegre.

Que han conseguido su objeto, lo demuestran no sólo los aplausos con que ha recibido el público la producción, sino los elogios que han hecho de ella los críticos.

«El amor en el teatro» es obra en la cual sus autores hacen gala de una cultura y una discreción dignas de todo encomio. Sin embargo, á pesar de ser ante todo autores cómicos, dotados de la sal propia de todos los andaluces, por esta vez han cumplido mejor su cometido al satirizar los géneros serios que los regocijados. Y es que, tal vez por cultivar los últimos con preferencia, no han podido colocarse en situación adecuada para apreciar sus aspectos ridículos.

De todos modos «El amor en el teatro» es una producción digna de sus autores. En el cuadro que dedican al género clásico español han llegado á imitar tan bien el estilo de los autores del antiguo teatro castellano, que la mayoría del público tomó la cosa por lo serio, aplaudiendo las escenas creadas por las señoras Alvarez Quintero

con la misma buena fe que aplaude los originales de Lope, Moreto etc.

La interpretación que dió á la obra la compañía de la señora Pino fué de todo punto cuidada, estando cada artista á la altura de su papel.

En el mismo teatro estrenose la comedia en dos actos de Benavente «Amor de amar», que no pasa de ser un debil remedo precisamente del teatro clásico castellano, con cierta mezcla del francés de Moliere ó del italiano de Goldoni.

Ni en dicha obra ni en «El tren de los maridos», estrenada en el treatro Granvia por la compañía de la señora Cobeña, estuvo el autor á la altura que otras veces.

En los demás teatros el movimiento ha sido escaso y sin importancia mayor, mereciendo elogios la compañía de ópera italiana que ha actuado en el Tívoli con aplauso de los aficionados.

Un espectador

HOJEANDO LIBROS

Francisco de Quevedo. PABLO DE SEGOVIE, illustré et edité par DANIEL VIERGE.

El *Pablo de Segovia* del gran Francisco de Quevedo, ilustrado por Daniel U. Vierge, es una doble obra maestra, tanto por su admirable texto, modelo de bien decir debido al más gracioso y mordaz de los autores españoles del siglo de oro, como por los soberbios dibujos del maestro indiscutible de la ilustración en nuestra época.

La edición que tenemos á la vista es definitiva, siendo presentada con carácter monumental. Se trata de un libro soberbio en la más hermosa y más noble acepción de la palabra.

En su confección ha puesto el ilustrador-editor el más exquisito cuidado. Las bellezas de los caracteres tipográficos, del papel, de la impresión, de los grabados, retocados por Vierge, hacen del libro una perfecta obra de arte,



EN EL HIPÓDROMO — Remitida por D. Román Macaya



EN EL HIPÓDROMO — Remitida por D. Román Macaya

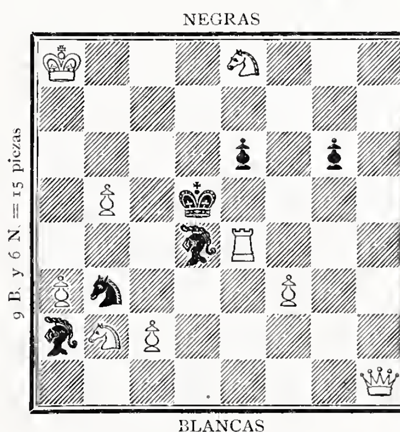
sobria, limpia, altiva como el talento del dibujante, soberbia como el genio de Quevedo.

Además la traducción francesa que ha hecho de la obra M. Rosny, es verdaderamente notable y será apreciada sin duda por todos los inteligentes de allende el Pirineo. Y es que, conservando el debido respeto por el original, ha puesto M. Rosny en su trabajo todas sus cualidades de escritor atildado y castizo que le distinguen.

Los pedidos de la obra, cuya tirada ha sido reducida y hecha, como digimos, con carácter monumental, pueden dirigirse directamente al editor, Rue Guttemberg, 29, Boulogne S. Seine ó á la casa Eduard Pelletan, Rue Saint Germain, 125, París.

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 50.— J. DUSOLD



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución al problema 49, por el Dr. A. W. GALITZKY

1. A 3 T D, etc.


HIS
PA
NI
A



Hèrcules buscando las Hespérides

Pintura mural en el palacio Güell, insp·rada en «L'Atlántida» de Verdaguer

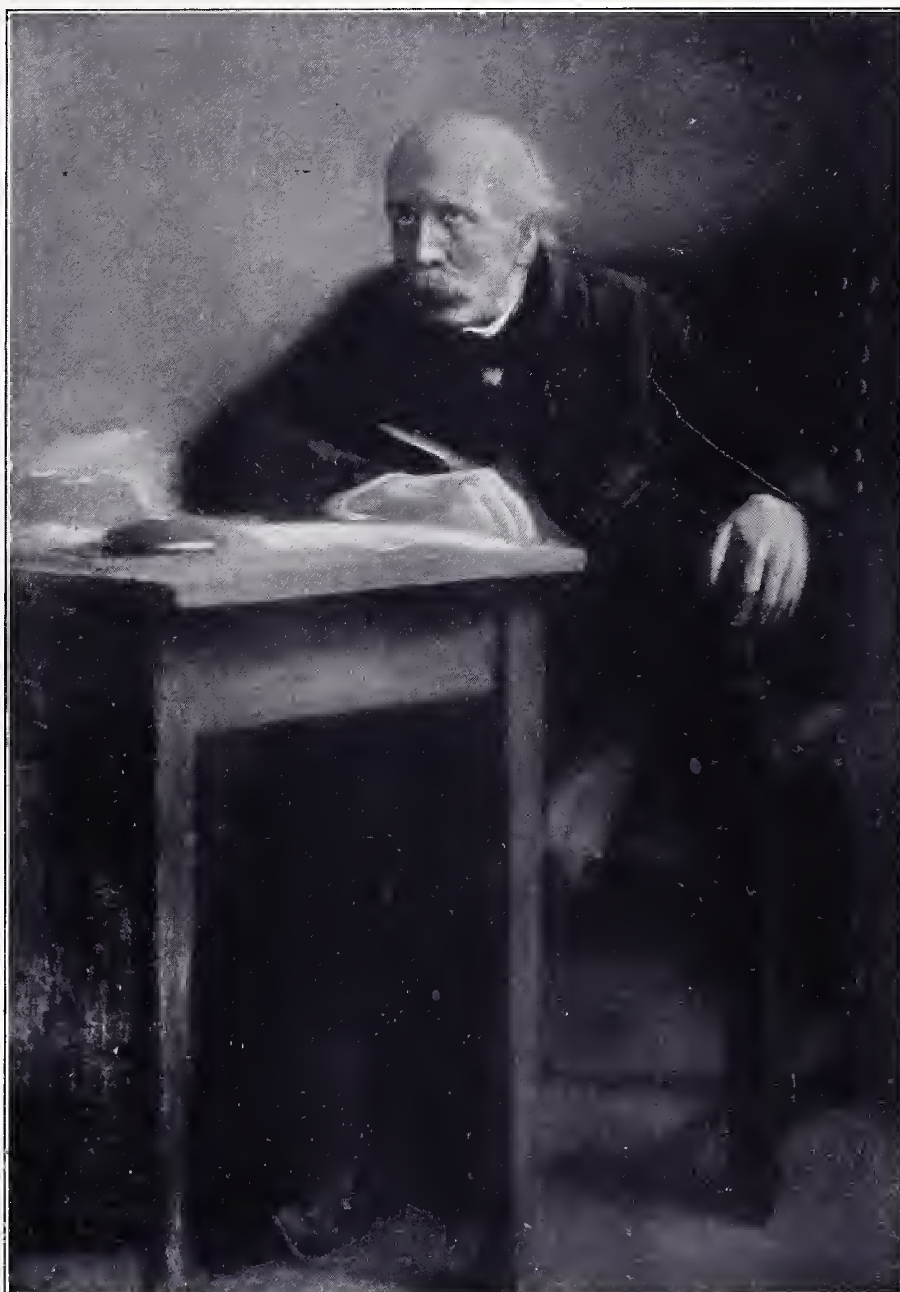
ALEJO CLAPÉS

La firma de este pintor, prestigiosa como pocas entre los del oficio y no menos entre los inteligentes y aficionados, es, sin embargo, escasamente conocida del común de las gentes. Verdad es que el autor ha prodigado poquísimo sus obras en exposiciones y salones de venta, que es donde se adquiere celebridad, pues lo particular del caso es que quizá no haya un artista más hecho para aspirar al aura popular, cuando menos por el carácter de su inspiración, sus tendencias y hasta el aspecto de sus obras. Ornamento estas de suntuosas estancias en aristocráticas moradas, no harían, sin duda, inferior papel en democráticos consistorios, palacio de las multitudes, bajo las naves de las catedrales ó en los paraninfos universitarios.

Por otra parte, la vida de nuestro artista no ofrece los novelescos episodios que la de otros, ni sus gustos le han llevado á exhibirse ó á buscar el reclamo, que aborrece. De ahí que la historia de su existencia pueda resumirse en pocas líneas; nació en Vilasar, siendo el último vástago de una numerosa prole; pasó, niño aún, á Reus, al lado de un su hermano allí residente; fué discípulo de nuestra Escuela de Bellas Artes; hizo dos viajes al Uruguay, no siendo menester decir que nada tuvo que ver el arte en ellos; estuvo en Roma, y se fijó desde hace muchos años en Barcelona donde ha trabajado mucho, pero casi exclusivamente para contadas personas.

Si pretendiéramos ahora indagar los elementos influyentes en la dirección de sus ideas, en su estilo y en su concepto del arte, nos veríamos en una seria dificultad, pues no podríamos descubrir casi la menor huella que nos lo indicase.

Clapés conoció en Reus al profesor de dibujo y notable pintor de frescos Sr. Hernández, grande



Retrato de D. J. Bocabella

Iniciador de la erección del grandioso templo que el eminente arquitecto D. Antonio Gaudí levanta para gloria del Arte y adoración de la Sagrada Familia



Santa Isabel ofreciendo la corona de reina á un pobre

Cuadro existente en el palacio Güell



Santa Isabel amparando al inválido

Cuadro existente en el palacio Güell



Retrato de don Miguel Ibars

miento de las coloraciones espléndidas, tal como se traduce en las obras de sus artistas, poetas y oradores. Por algo se ha dicho que aquella comarca viene á ser como la Andalucía de Cataluña.

Pero si hay algún fundamento para creer en la influencia posible de Reus en la dirección del espíritu de Clapés, nos parece que debe considerarse como nula la que ejerciera en él nuestra Escuela de Bellas Artes. Discípulo de Lorenzale, y discípulo de la categoría de los predilectos, en nada recuerda al maestro, antes bien aparece como su contradicción viviente, ya que pocas antítesis son tan marcadas como las que existen entre el brío, la decisión y la originalidad de Clapés y la frialdad ultra-académica de aquel digno representante del tradicionalismo clásico, en su lamentable decadencia; por lo que hace ahora á sus estudios en Roma, tampoco se vé que fuera muy honda la impresión que dejaran en el joven artista las obras del Renacimiento italiano, por más que retuviera algo de lo más característico de Miguel y Rafael en punto á vigor y corrección de dibujo.

amigo de Fortuny; frecuentó su clase y tan aprovechado salió, que no tardó en regentarla y en cumplir muchos de los encargos confiados á su maestro. Solo á título de hipótesis podríamos aventurar aquí la creencia de que allí sintió Clapés despertarse su vocación, pues el ambiente que se respira en la rica ciudad, patria de tantos ilustres varones, parece como que despierta el sentido del color, según acreditan los muchos pintores que de allí han salido, siendo verdaderas notabilidades en dicho particular: Fortuny, Tapiró, Llovera, por ejemplo. Por otra parte abundan en Reus las moradas suntuosas, decoradas con magníficos frescos, y sobre todo, su cielo y su campo son los más propios para despertar el senti-

La primera obra que conocimos de Clapés ya daba perfecta idea de quien y como era su autor. Tratábase de un retrato del malogrado poeta Bartrina en los últimos días de su larga y sensible dolencia. Clapés no aduló al modelo; no hizo de él un enfermo sentimental; no retrocedió ante los mayores atrevimientos del realismo, pero en cambio le retrató el alma, si vale hablar así; aquel era el verdadero Bartrina, con su exuberancia de talento, con su sensibilidad casi morbosa, con la llama del genio

en la mirada, con la terrible huella del martirio heróicamente sufrido. Nadie hubiera creido ciertamente que se pudiera convertir en lo que llaman los ingleses *cosa de belleza* á aquel ser demacrado, fantásticamente desencajadas las facciones, con sobrenaturales fulgores en los ojos, reducido á la última expresión de la corporeidad, pero con un alma gigantesca. Clapés vió, sin embargo, en aquel pobre cuerpo, materia adecuadísima á una obra de arte y conservó para la posteridad la psicología de Bartrina, con sus complicaciones y delicadezas, vistas, por decirlo así, al descuido, en el trance de un máximo aguzamiento.

Y aquí es de hacer notar como pinta Clapés la mayoría de sus retratos. Es tan prodigiosa la fuerza de su percepción, tan excepcional su *retentiva*, como suele llamarse, que le basta haber visto á una persona para retratarla exactamente. De este don, verdaderamente extraordinario, tiene dadas pruebas memorables; así, habiendo pintado en una ocasión, de memoria, el retrato de un conocido tratante en granos de Lérida, produjo tanta impresión aquel alarde de habilidad, que multitud de leridanos vinieron á Barcelona con el solo objeto de conocer y saludar al autor de aquella peregrina obra, cuya realización les parecía imposible, pues la fidelidad de la reproducción era tanto más maravillosa, en cuanto la imagen del original estaba únicamente impresa en la retina del pintor, sin fotografía alguna que consultar. Y de memoria, igualmente, está pintado aquel admirabilísimo y famoso retrato del *Alcalde de Vilasar*, que, para muchos, fué la mejor obra que figuró en la Exposición de Barcelona de 1896.

Por este dato puede apreciarse una de las condiciones que caracterizan á nuestro autor, y se explica como Clapés puede pintar con el desembarazo que lo hace, ya que no tiene que inmovilizarse en la nimia contemplación del modelo, como el que se vé obligado á escribir con pauta. Lo que tiene que pintar lo vé como reflejado sobre la tela desde den ro



Retrato de la señora viuda de dcn Pedro M. Calvet



El Peón

de sí mismo, y todo lo que no fuese obrar así, haría imposible su rápida y segurísima ejecución.

Este dominio absoluto de la memoria, que le conserva la exacta imagen de todo cuanto vé, ha determinado el empleo que de tan maravillosa facultad debía hacer el artista, á la manera que la función determina el órgano. Y al hacerlo así, no ha hecho más que obedecer á su intento; como otros son paisajistas, marinistas, costumbristas, etc., Clapés se sintió arrastrado por irresistible vocación á lo que, empleando un término galicista, pero expresivo, se podría llamar *la gran pintura;* mas no se entienda que á la manera de este ó del otro, á la manera de Delacroix ó de Burne Jones, de Puvis de Chavannes ó de Morelli, no; por la idea, por la ejecución, por el estilo, Clapés es *él,* independiente, personalísimo, con pensamiento y medios propios.

Hombre de clara y profunda intuición, parece como obsesionado por la tragedia humana, y se diría que ha tomado voluntariamente á su cargo el apostolado de la piedad. Su pincel hace veces de fulminadora sátira, de cruel azote, pero también de melancólica elegía; él arte, reducido á su estricto terreno, es harto estrecho para su ideal, y salva sus límites para elevarse al planteamiento de los más pavorosos problemas sociales. Para ello necesita de inmensos espacios, de incontables multitudes; se ahogaría en la estrechez de la intimidad, por dulce que fuese, y le es menester desplegar su fantasía *en grande,* con amplísimos horizontes, con ilimitadas perspectivas. Todos los moldes resultarían mezquinos para el desarrollo de sus concepciones; pinta á la manera que otros componen poemas.

Y poemas son las obras que pinta *por sí,* y carácter de poema dá á los asuntos á que debe sujetarse por encargo. Vé las cosas como ya indican sus ojos, sus grandes ojos, espejo de su alma grande. No se concibe á Clapés pintando cosas pequeñas.

Inolvidable es la impresión que entre las almas... no de cántaro, produjo la obra extraña, perturbadora, desconcertante, que figuró en la Exposición de 1896: *¡ Misericordia, Señor !*

Ya por su forma se apartaba de todo lo demás, pues, destinada á la decoración del salón de un opulento cuanto ilustradísimo prócer de esta ciudad, presentaba en medio una escotadura, obligada por la disposición de su emplazamiento. ¡ Qué escena ! Un paisaje horriblemente siniestro, iluminado por la violenta y lúgubre claridad de un ocaso tempestuoso. El cielo aparecía teñido de tintas amarillentas, verduzcas, cárdenas. A un lado del pedregoso camino, un Crucifijo tétrico, dominando aquel cielo desconsolador y aquella naturaleza inhospitalaria, y ante el Crucifijo una turba de miserables harapientos, famélicos, desesperados, lamentables; una familia de desheredados, locos de necesidad.

El hombre, especie de cadáver ambulante, había llegado hasta el pie del Crucifijo, al que se abrazaba, arrodillado, como para sostenerse en su desfallecimiento, y detrás de él, en pie, aullando más que orando, su mujer y su prole, misérrimos, frenéticos, demandando furiosamente al Crucificado la misericordia que les negaban la Naturaleza y los hombres. No es aquélla escena de aflicción, sino de desolación tremenda, como la genial transcripción de abrumadora pesadilla. El pintor ha ido á buscar en su más extremo grado la desesperación humana, rayana en lo bestial, como un naufragio en tierra. Náufragos de la vida son, en efecto, aquellos desdichados, en cuyos rostros se hallan pintados los estragos de la inundación. Rechazados por el mundo, acuden á Jesucristo, pero no al de los suntuosos templos, sino al del desierto árido, al abandonado en su soledad, como abandonados se ven ellos.

El grabado que figura en estas páginas dá idea de la composición, de las expresiones, del dibujo, pero es preciso ver el original para formarse idea de como maneja Clapés los colores de su paleta. De nadie, como no sea del Greco en el *Entierro del Conde Orgaz,* conocemos igual maestría en la violencia de los tonos, formando como una estridente sinfonía que penetra hasta los tuétanos.

Realista, hasta la más refinada crudeza, por la verdad de los tipos y por la implacable fidelidad del trasunto, es sin embargo *¡ Misericordia, Señor!* obra del más puro espiritualismo en cuanto á la fidelidad, harto evidente para que necesite comentarios.

Otra obra famosa es *El Peon,* inspirada igualmente en la triste condición de los desheredados. Esta vez se trata de una figura sola, mas no por eso es menos grandiosa la escena. Difícil era luchar con el recuerdo de los eminentes pintores que han representado al trabajador en su vida de dolores y miserias: recuérdese el *Pescador* de Puvis de Chavannes, *El peon de carretera (le Casseur de pierres)* de Courbet, etc. Clapés ha inmortalizado á su vez en ese *Peon,* no la epopeya, sino la inexplicable tiranía del trabajo. Convertido en un repugnante esqueleto, decrépito, exhausto de fuerzas, casi desnudo, horrible en su fealdad y su vejez, el peon tira de la pesada carreta, sin conseguir moverla, consumiendo en vano sus últimas energías para transportar la carga. Ha sonado la hora en que la bestia bípeda reciba el puntapié que se dá á los que ya no sirven; el viejo es ya inútil; á la calle y que tire otro del carretón. ¿ Y donde irá el infeliz ? ¿expirará allí mismo, en aquel inclemente sitio, donde todo amenaza y amedrenta, sin nada que consuele, sin un rayo de luz que aliente á la esperanza?





¡MISERICORDIA, SEÑOR!!...

Cuadro existente en el palacio Güell



Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral

Propiedad de Don Eusebio Güell



Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral

Boceto propiedad de Don Eusebio Güell

El Peon, aparte de sus condiciones trascendentes, rivaliza con sus congéneres como materia artística. Hay que fijarse en la anatomía de la figura, profundamente estudiada en sus demacrados músculos, en sus articulaciones anguilosadas por la edad, en la innumerable cantidad de sus arrugas y repliegues, y así como en *¡ Misericordia, Señor !* todo son tonos violentos, entrechocamientos de cadmios, ocres y cromos, en *El Peon* domina la nota negra del Caravaggio, la sombría tonalidad del oscurecer siniestro, cuando todo vá sumiéndose en el espesor de las tinieblas.

Otro poema, doloroso en medio de su dulzura, es el de San José contemplando á Jesús dormido en la cuna. Rompiendo con el convencionalismo de representar el santo patriarca á la manera de los franceses, Clapés ha visto en el carpintero de Nazareth á un simple y buen artesano, á un hijo del trabajo. El esposo de María abre la puerta de su humilde vivienda y vé al Salvador del mundo acostado en tosca cuna. Irradía de su cuerpo vivísimo y sobrenatural resplandor, á cuya claridad aparece el dulce Niño teniendo amorosamente abrazada sobre su pecho una cruz. La abertura de la puerta deja ver el cielo azul cuajado de estrellas, y las verdes copas de los árboles. San José, vestido con holgada túnica gris, permanece atónito, contemplando con inefable dulzura al dormido infante.

Por fin se encuentra uno al ver esa obra ante un cuadro religioso sinceramente sentido y distintísimo de lo vulgar y corriente. La abstracción se ha hecho realidad y al tipo imaginario sucede el tipo humano, realzado por el elemento sobrenatural de la luz. En unos tiempos en que la pintura religiosa se halla en tan lamentable decadencia, viviendo de copias y de convencionalismos, produce consolador efecto ver surgir un talento que interpreta con fé y conocimiento las escenas de la vida de Jesús, conservando toda su melancólica poesía y embelleciéndolas con la gracia que se advierte en las *Sagradas Familias* de Murillo.

Al género religioso pertenece también el vasto lienzo en que está representada la *Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral,* en el siglo XIII.

Ningún tema mejor que ese podía convenir á las facultades de colorista que caracterizan á Clapés. La animación, la vida que hay allí es extraordinaria. Es un pueblo entero transportado por la fé al mayor grado de fervorosa exaltación. Los heraldos que preceden al cortejo anuncian con sus trompetas la abigarrada procesión, que se desenvuelve multicolor y alegre por la llanura; hombres y niños, vírgenes y eclesiásticos, caballeros y menestrales, siguen las banderas que ondean al viento, y sigue detrás el pálio envuelto en nubes de incienso, solemne é imponente al cobijar las preciosas reliquias de la santa mártir. Aquella muchedumbre se agita, se mueve, canta los loores de la invicta barcelonesa, y, por vulgar que parezca la comparación, produce el efecto de un desfile en el cinematógrafo, pero con la enorme diferencia de las maravillas de color esparcidas aquí y allá, con las níveas manchas de los cendales de las niñas resaltando sobre la escarlata de las dalmáticas y las capas, con los oros de los ornamentos eclesiásticos y los vivísimos colores de los ropajes de los hombres, á la luz de un cielo puro que aviva con su claridad el brillante centelleo de las telas y las joyas.

Esta magnífica obra, pintada por encargo de una ilustre personalidad, basta por sí sola para dar idea del talento de composición de Clapés. Nada más usual que el tema de una procesión, pero no todos saben transformarlo, como sucede en *La Traslación de Santa Eulalia,* en glorioso himno de triunfo, en maravillosa escena de rebosante júbilo. A la pasividad que implica el acto por parte de los asistentes, sustituye la pintura de la psicología de una muchedumbre arrebatada por el entusiasmo religioso, y la sensación de arrogante majestad que produce la actividad de los trompeteros y los abanderados que rompen la marcha se prolonga á todo lo largo hasta llegar á su máxima intensidad en el grupo que cierra la procesión, como el *allegro* de grandiosa sinfonía.

Por lo que hemos dicho, ó á lo menos tal ha sido nuestra intención, se habrá podido apreciar la característica de Clapés como pintor *de ideas* y al par como excepcional colorista; pero si en alguna obra puede formarse juicio completísimo acerca del autor, habrá de ser en la que está á punto de terminar ahora, y lleva el simple título de *Siglo XX.*

No conocemos mayor alarde de audacia en ningún pintor, y eso que ha habido un Wierk que parecía no deber tener quien le aventajara en atrevimientos. Lo que Clapés ha pintado en *Siglo XX* ha sido, pura y sencillamente, *un mar de sangre.*

La obra es *formidable.* Sobre un lienzo de más de seis metros de largo por cuatro de alto, ruedan tempestuosas las encrespadas olas de la sangre derramada entre hermanos, sangre roja y rutilante, que aterra. Sobre aquel mar cruento mécese una barca cubierta de riquísimos brocados y lujosos rasos, dentro de la cual van dos enamorados á quienes todo sonríe: la belleza, la fortuna, la felicidad.

Al otro lado la escena es diferente: he ahí el infortunio, el desvalimiento, la miseria. Un náufrago se tambalea, ya exánime, sobre el madero que le sirve de sostén y á punto de soltar los remos con que hiende el horrible mar por donde va avanzando. El contraste es cruel; allí la dicha egoista, el amor, la



Responsos (boceto)



Retrato de la señora de Clapés



El éxtasis de San Francisco

indiferencia insolente; aquí la infelicidad, el desamparo, el abandono.

Flotan sobre el mar de sangre destrozados cadáveres, cabezas segadas, restos informes, y en lo alto aparece la imagen de Jesús con la cruz á cuestas, y en torno suyo los mártires, que inmolaron sus existencias para la redención de la humanidad. Y sin embargo, en veinte siglos no se ha conseguido evitar que se formara ese *mar de sangre,* ese espantoso lago producido por la soberbia, la ambición, la rapacidad de los poderosos. La filosofía de esa obra es para descorazonar, ciertamente, mas por desgracia no puede ser más cierta.

Siglo XX representa sin duda el punto culminante de la obra de Clapés y viene á ser como el resúmen de las anteriormente producidas; mas, aun bajo la impresión profundísima que determina en el espectador, es imposible dejar de sentirse poseido de admiración ante las maravillas de la pintura. La inmensa nota roja del cuadro, realzada por los blancos de la barca y los fulgores verdosos que serpentean por el horizonte. Y por lo que hace al dibujo reaparecen allí, en la figura del hombre— que es la variante del de *¡Misericordia, Señor!* y de *El Peon,*— aquellas líneas esculturales propias del autor que tan admirablemente sabe construir.

Este predominio de la facultad de apoderarse de la forma humana y presentarla como *de bulto,* puede explicar porque nuestro artista ha reducido su campo de observación al hombre, dejando de cultivar el paisaje y la marina como temas, y sólo en todo caso como fondos ó accesorios. El hombre, en las más trágicas situaciones de la vida ó en los más sublimes transportes de su alma, merece sus preferencias sobre todo, de tal manera que resulta eminentemente antropocéntrico.

De ahí el desembarazo con que se mueve en la pintura de retratos. Muchos y famosos son los que lleva hechos, debiendo agregarse á los ya citados de Bartrina y *el Alcalde de Vilasar* otros que, expuestos al público, han merecido los más calurosos elogios de la crítica. El retrato llamado *decorativo* adquiere, tratado por Clapés, una grandiosidad debida esencialmente al modelo, no á los accesorios. Seríale imposible absolutamente, como á otros, subordinar lo principal á lo secundario. El modelo lo ocupa todo: tapices, muebles, cortinajes, toda la balumba del decorado son nuevos auxiliares del efecto profundo que produce el personaje retratado.

Otras veces, como en el *Alcalde de Vilasar,* no hay en el retrato más que la figura sola, y no son esas efigies las menos valiosas del autor. Nada más sóbrio ni enérgico, en este concepto, que el retrato sobre fondo verde, de un joven sacerdote, como nada más vaporoso que el retrato de una señora, en la nota gris y roja. En ambos la expresión, reconcentrada en los ojos, llega á producir un efecto verdaderamente fascinador.

En alguna ocasión, la protesta trágica del artista adquiere la forma de sátira violentísima, á lo Hogarth ó á lo Daumier, y como muestra de esta clase de obras,— alguna de las cuales quizá se popularice algun día,—citaremos *El último cuadro de la Comedia.* La escena representa un sombrío y ruinoso cementerio. El sepulturero acaba de enterrar á un difunto; la comitiva se retira por el fondo, bulliciosa é insensible á la tristeza del acto, y un borrico, en primer término, se permite comerse las coronas que la vanidad ha depositado sobre la tumba. Es lo que pasa.

Artista de alto vuelo, necesitado siempre de amplias y holgadas superficies en que dar rienda suelta á su fantasía poderosa, Clapés sobresale como pocos en los cuadros á imitación de tapices. Aquellas figuras colosales, aquellas agrupaciones de personajes, aquellas vastas arquitecturas, le hacen hallarse en su elemento, y es de ver la magistral justeza con que aparecen atenuadas las tintas y la armonía que producen las líneas, aparte de la profunda ciencia de la composición.

Por lo dicho no es menester ponderar la resolución sorprendente, la seguridad y rapidez de la ejecución, la fuerza de intuición y la extraordinaria riqueza de color que caracterizan al maestro Clapés; lo que sí conviene añadir ahora es que se engañaría quien se figurara que su pincelada es ruda ó espesa; nada más fino, al contrario, cuando lo requiere el caso, como sucede en algunos retratos; pero, lo mismo en estos que en las grandes composiciones, si el color es rico, brillantísimo, está puesto, sin embargo, en su estricta cantidad, sin emplazamientos ni relieves. Se adivina una mano tan sabia como ligera, un conocimiento profundo y hábil de la pintura y la razón imponiéndose y guiando siempre la sensibilidad y la fuerza.

En manera alguna pretendemos, dicho sea para terminar, que se tenga por definitivo, aunque sí por exacto, nuestro juicio. Trátase de un autor que no tiene semejante ni en el arte catalán, ni en el arte del resto de la península; de un artista personalísimo, ageno á las corrientes del *snobismo,* de un hombre todo sinceridad, dotado de poderosísima inteligencia, tan poderosa que ella sola le basta para realizar lo que concibe. Clapés no tiene filiación; no es clásico, ni romántico, ni impresionista, ni simbolista, ni realista, etc., etc. Es, sí, un idealista, pero que vé las cosas como son, y se vale de lo que retiene en su retina para expresar los altos pensamientos que anidan en su mente.

Alfredo OPISSO



El Prisionero. Escena de la guerra civil en el Uruguay (Dibujo al carbón)

AZULEJOS

CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Estranjero

Nuevo elemento para la Decoración. Arrimaderos, frisos, artesonados, muebles & &.

Pídase el Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles

59 Bailén. Barcelona.





N.° 83.-30 JULIO 1902 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

UNA NUEVA PROFESIÓN



—Si señorita, gravo los nombres de los enamorados en la corteza de los árboles. Ya veo que es indispensable que hoy ponga los suyos. Para una hermosa señorita como V. sólo le costará 5 pesetas.



EL MISTERIO DE GLEN ECHO

Hacia seis meses, que por fallecimiento de un pariente, vinieron á mi poder una colección de cuadros, muebles, trastajos y papeles viejos que me tocaron en el reparto de la herencia.

La mayor parte fueron almacenados en la guardilla de mi casa. Un día que casualmente visité aquel depósito, llamó mi atención un antiquísimo y destrozado baúl, forrado de cuero.

Repetidas veces me entró el deseo de saber su contenido, pero no podía satisfacer mi curiosidad, por no encontrar á mano una llave que sirviera á su mohosa cerradura. Al fin sucedió lo que era natural que sucediera, que avivándose la curiosidad, me puse á considerar que el viejo trasto no tenía ningún valor, pues no era ni artístico, ni señalaba para mí ninguna fecha grata; y que, á falta de llave, un cuchillo podría satisfacer mis deseos. Saqué de mi bolsillo la cuchilla y rajé de parte á parte al viejo adminículo. Encontré dentro de él gran número de paquetes de cartas, libros de cuentas, periódicos y diversidad de manuscritos, que por su amarillento color revelaban su antigüedad. Los extendí todos por el suelo y empezé, paciente y perezosamente, á registrarlos. Nada encontraba que me fuese interesante; pero de pronto dí con un paquete de forma rara. Tenía una especial envoltura muy original, que indicaba cuidadoso interés por parte del que la hizo. Se componía de dos piezas de papel tela, azul, perfectamente encolados y amarrados juntos, y sobre el paquete estaban inscritas estas palabras "Rigurosamente prohibido abrirlo" y debajo *H. Stone*. Esta era la firma del difunto pariente á quien yo había heredado y creo que debería haber respetado su mandato — pero no lo hice.— Mi curiosidad tuvo más fuerza que mi reverencia por el muerto y rompí las envolturas.

Con los paquetes ya abiertos, casi estaba arrepentido de haberlo hecho. ¡Entrometerme en los secretos de un venerable anciano, accidentalmente puesto bajo mi custodia! ¡Estar frente á frente de un secreto que no me pertenecía, me aterraba!

Días y más días, noches y más noches, transcurrían y las tribulaciones de mi espíritu suspendían mi acción. Consultaba mi conciencia y me presentaba el asunto bajo diferentes aspectos. Lo analizaba, buscaba pretextos, pensaba y me lo imaginaba todo, pero nada resolvía. Me encontraba completamente confundido. Lo mismo que yo estaban algunos amigos íntimos, á quienes consulté el asunto.

Nuestras ingeniosas combinaciones caían fuera de toda solución, pero, en tanto, mi curiosidad se había hecho irresistible.

Todo lo que contenían los dos sobres de papel-tela azul era simplemente los siguientes tres recortes de periódicos, que parecían ser muy viejos:

Misteriosa desaparición en Glen Echo.

Poughkeepsie, Octubre 20. — Los oficiales de policía aquí, y los detectives de New York, son incapaces de dar la menor luz, sobre la desaparición misteriosa de Silvestre Baldwin desde la casa de nuestro estimado conciudadano, Profesor Edwin Stone, que vive en su antigua casa solariega en Glen Echo, uno de los más pintorescos arrabales de esta ciudad. Mr. Baldwin desapareció extrañamente durante la noche del último domingo y cuantas diligencias se han practicado, durante cuarenta y ocho horas, no han dado un solo indicio.

La casa vivienda de Mr. Baldwin está en Boston. Vino aquí hará dos semanas á visitar al Profesor Stone, de quien fué discípulo en Harward. Se dió una fiesta en su honor y entre los huéspedes figuraban Mr. Jorje Jones y su esposa, de Albany: la señorita Irene Davidge, de New-York; y el Sr. Wilson y su esposa, de Yonkers.

Mr. Baldwin era hombre de unos veinticinco años de edad, y ya notable abogado, en Boston. Era soltero, pero se susurraba que estaba comprometido desde su llegada á esta. Disfrutaba de completa salud y envidiable buen humor. Casi todos los días, desde su llegada, era obsequiado con giras campestres, excursiones, caza, pesca, paseos á caballo y otras diversiones. Mr. Baldwin era el alma de todas ellas, por su vivacidad, sus chistes y angelical alegría. A muchas de estas excursiones y juegos,— á las que no le era posible al Profesor Stone asistir, porque, como

todo el mundo sabe, en el laboratorio que tiene en la azotea de su casa se pasa la vida dedicado á importantes experimentos químicos—delegaba en su amigo Baldwin, rogándole que hiciera los honores de la partida.

El domingo último las señoritas y caballeros, acompañados por la anciana madre del Profesor Stone, con quien él vive, fueron á misa por la mañana, y por la tarde pasearon á caballo. Al anochecer, por inclemencia del tiempo, todos se reunieron en el gran comedor, donde encendieron la estufa para disfrutar de una agradable temperatura, y allí pasaron la velada. Tomaron un refrigerio, hicieron música, y Mr. Baldwin deleitó la reunión dejando oir su excelente voz de barítono, que nunca se había escuchado mejor que aquella noche.

Sobre las diez de la noche, después de dejar acordada una excursión para el próximo día, todos se retiraron á sus habitaciones del segundo piso.

Mr. Baldwin fué oído por Mr. Jones y señora y por la señorita Davidge,—quienes ocupaban los cuartos inmediatos al suyo,—á los pocos momentos de entrar en sus departamentos. Baldwin estuvo tarareando y silbando un aria, lo cual indica la buena disposición de su ánimo. Se le oyó también cerrar la ventana y los postigos, y correr los trasparentes. Entre el cuarto ocupado por Baldwin y el de los señores Jones, había una puerta algo maltratada por la acción del tiempo, y tanto por sus rendijas, cuanto por el ojo de la llave, se oía sin esfuerzo, cuanto hacía Mr. Baldwin y así le oyeron hasta saltar á su cama; pero, como la luz de su cuarto no fué apagada, según advirtió Mr. Jones al meterse en la cama, suponen que Mr. Baldwin estaría leyendo—como tenía por costumbre—antes de quedarse dormido.

Después de esto, ni el más pequeño rastro se ha vuelto á obtener de lo que ha sido del joven abogado. Lo último que de él se sabe, es que aparentemente quedó feliz y satisfecho, leyendo en su cama.

En la mañana del siguiente día no estaba en su dormitorio. Toda su ropa y efectos que le pertenecían estaban en su cuarto, excepto el *pajamas* ó bata, la cual usaba de noche para andar en su habitación. Desapareció tan completamente como si se lo hubiera tragado la tierra.

Es inconcebible que Mr. Baldwin sufriera un ataque cerebral y hubiera echado á correr bajo la acción de la locura, pues algo se hubiera oído ó visto: hubiera dejado algún rastro por los alrededores de la casa. El granero; las habitaciones más apartadas; todos los rincones y agujeros; todo, absolutamente todo, y por todos con el mayor interés, fué registrado.

La policía registró el heno, todo lo revolvió, bajó á los pozos y no quedó en toda la comarca un palmo de tierra que no fuese escrupulosamente visto, ni un ser viviente que no fuese interrogado, si habían visto un joven envuelto en una bata.

Si Mr. Baldwin dejó la casa, lo hizo sin botas, ni sombrero, ni otra ropa que el *pajamas* ó bata y no era concebible que con el frío que había, hubiera podido resistir cuarenta y ocho horas y es de suponer que á algún paraje ha debido acudir para proporcionarse alimentos y abrigo. Los detectives, no creen que Mr. Baldwin dejara la casa. A la mañana siguiente á la desaparición, estaba la ventana del cuarto de Baldwin perfectamente cerrada: las cortinas echadas y todo en perfecto orden. También estaban cerradas todas las puertas que comunican al exterior. Todas fueron examinadas: las llaves y cerraduras estaban perfectamente intactas. Los detectives, tuvieron en cuenta que, habiendo nevado mucho el domingo y habiendo dejado de nevar á las nueve y media de la noche, no era posible que Mr. Baldwin, ni nadie, hubiese salido de la casa sin dejar el rastro de sus pasos sobre la nieve. Ni la más pequeña huella se encontró en la casa, ni fuera de ella, de Mr. Baldwin vivo ó muerto, en el registro que se hizo desde los sótanos á la bohardilla.

El laboratorio que Mr. Stone tenía en la azotea fué igualmente registrado. Todos nuestros conciudadanos saben la parte tan activa que Mr. Stone se toma en las investigaciones, esforzándose en proporcionar cuanto pueda ofrecer alguna luz, penetrando hasta en las alcantarillas. Para sus inventos, tiene él en la azotea, una vastísima colección de aparatos, retortas, generadores de gas, diversidad de máquinas, herramientas, hornos, preciosos instrumentos, etc.

Dice el Profesor Stone, que él estuvo en su laboratorio, engolfado en el trabajo, hasta hora muy avanzada de la noche del día de la desaparición de su amigo.

Ninguno de los huéspedes de la casa tenía idea de haber oído el menor ruído.

El Profesor Stone, loco de pesar, insistió en que los detectives registraran minuciosamente su laboratorio, abriendo las fornallas y máquinas de gas; hizo cerner las cenizas de todas las retortas; hizo desparramar todos los montones de maderas y materiales y no encontraron ni un átomo que pudiera atribuirse á un hombre, muerto ó vivo.

Mr. Stone y cuantos ocupaban su casa, tan alegres hace pocas horas, se llenaron de profunda melancolía. No sólo temían que Mr. Baldwin hubiese muerto, sino que estaban agobiados, abrumados de terror por el misterio que les rodeaba. Se sentían vivir dentro de una atmósfera sombría, en medio de las tinieblas de una gran tragedia, la cual, ni se explicaban, ni era remotamente concebible.

Otro de los recortes decía:

MISTERIO SOBRE MISTERIO

Poughkeepsie, Octubre 22.—El misterio de la desaparición de Silvestre Baldwin, está lejos de aclararse. Realmente crece en gravedad y es más obscura que nunca. Esta mañana se recibió de Saratoga el siguiente telegrama:

"Jefe de Policía—Poughkeepsie.—Cuerpo de un hombre en ropas de noche, encontrado madrugada último lunes, por conductor del correo, sobre el camino, en Adirondaks, á cien millas de aquí. ¿Cuál es la fecha exacta en que desapareció vuestro hombre? City Marshal."

El Jefe de Policía Kipley contestó en seguida dando la fecha de la desaparición y añadiendo: "imposible sea el mismo hombre."

Indudablemente es imposible y aun lo parece más la

rara coincidencia de que dos hombres desaparezcan á un tiempo en *pajamas* ó traje de noche.

Y es tal la convicción del Jefe Kipley que á cuantos le han interrogado sobre la posibilidad de que pudiera haber alguna conexión entre ambos incidentes, ha replicado: "Es un absurdo pensar semejante cosa. Mister Baldwin desapareció después de las diez de la noche del domingo. En la madrugada del lunes inmediato, fué encontrado el cuerpo de un hombre en Adirondaks, es decir, á doscientas millas de aquí. No hay ferro-carril más cercano que el de Saratoga. Es una jornada de cerca de dos días desde el punto que se encontró el cuerpo á la estación más próxima. Un vehículo cualquiera, rodante, necesitaría cuatro días para recorrer aquellos escabrosos caminos. Hay, pues, una física imposibilidad para que el cuerpo de Mr. Baldwin pudiese ser llevado al remoto punto de Adirondaks en tan poco espacio de tiempo y por lo tanto es temerario discutir sobre este extremo. El cuerpo encontrado en la montaña, es de algún otro hombre."

El Jefe Kipley tiene indudablemente razón.

Nuestro reporter afirma además, que el último tren para el Norte después que Mr. Baldwin se retiró á su cuarto, fué el expreso que salió á media noche y no conecta con Albany para Saratoga. Lo más temprano posible que cualquiera hubiera podido llegar á Saratoga habría sido á las diez de la mañana del lunes y aun le hubieran quedado por recorrer cien millas de camino escabroso, para llegar al lugar donde se encontró el otro cuerpo—según el telegrama—al amanecer de dicho lunes.

Sin embargo de todo lo expresado, para probar la imposibilidad de que exista conexión alguna entre los dos incidentes, la señorita Davidge que se tomó el más extremado interés desde el instante que se enteró del hecho ocurrido con Mr. Baldwin, insiste en que se haga una minuciosa investigación del hecho ocurrido en Adirondaks, y en esto es apoyada por el profesor Stone y otros de la casa de éste en Glen Echo. Su ansiedad es tan grande, que se ha apoderado de la voluntad de todos.

El Jefe Kipley á pesar de sus razonadas creencias ha consentido en enviar á un hombre de toda su confianza y grandes dotes, á las montañas, para inquirir cuidadosamente cuanto se relacione con el cuerpo hallado allí, aunque protesta de la inutilidad de las molestias y gastos que esto ocasiona. El Jefe Kipley está aún convencido como lo están todos los detectives y policías que han trabajado en aquel caso, que Mr. Baldwin, muerto ó vivo, está en aquella casa solariega de Glen Echo. Èl ha expresado su creencia al profesor Stone y ambos insisten en seguir buscando. En su consecuencia, el viejo edificio ha sido materialmente destrozado. Se han derribado paredes y tabiques, quitado techos, y derriban y quitan cuanto se presta á suponer que pueda ocultar algo. Se han aventado los depósitos de heno y de carbón, hasta las cenizas de las retortas de Mr. Stone, por encargo de éste, se han sujetado á análisis químicos, por los profesores Tansig y Brunner de la Escuela Politécnica.

Los graneros y todos los edificios del exterior; los pajares y los pozos, han sido objeto de las más escrupulosas pesquisas. Cada pedacito de papel encontrado en las habitaciones de Baldwin, ha sido escrupulosamente examinado. Todos los sirvientes han sido rigurosamente interrogados, sin resultado alguno. No ha quedado nada, absolutamente nada, por registrar, tanto de las pertenencias de la casa solariega como de sus alrededores, sin obtener el más leve rayo de luz de aquel misterio."

El tercer recorte dice:

El cuerpo de Mr. Baldwin hallado

Saratoga, Octubre 26.—El cuerpo encontrado en las montañas Adirondanks, hace hoy una semana, era, después de todo, el de Silvestre Baldwin. Ha sido positivamente identificado por el profesor Stone, Mister Jones y señora, y por la señorita Irene Davidge, quienes vinieron aquí, acompañados por nuestro reporter á fin de adquirir completo convencimiento. Pero, en vez de aclarar el misterio, este descubrimiento lo obscurece más y más, y nos conduce tan sólo á la persuación de la existencia del más inexplicable crimen cometido en este siglo.

Lo único que todos nosotros sabemos es que Mr. Baldwin está muerto. Que desapareció desde su habitación de la casa solariega de Mr. Stone, después de las diez de la noche del domingo 18 de este mes. Que su cadáver fué encontrado al amanecer del siguiente día, á doscientas millas de distancia y á cien millas de la estación del ferrocarril más próxima y que debió ser, por lo que se ve, inícuamente asesinado.

El detective Brown, que ha venido comisionado por el Jefe Kipley, para la investigación del caso de Adirondaks, llegó á Saratoga el viernes por la mañana: sin perder tiempo, atravesó á caballo los pésimos caminos y llegó á Cascadeville el sábado por la noche. Allí encontró el cuerpo que había sido traído desde el punto en que fué hallado, que dista ocho millas al Norte. Mr. Brown, inmediatamente, interrogó al conductor de correos, quien había tropezado con el cadáver á eso de las seis de la mañana del lunes 19; cuyo cadáver estaba sobre el camino de Lake Placide. No tenía, por lo tanto, la menor duda respecto á la hora y día; ya por atestiguarlo el conductor de correos Daniel Givins, cuanto por confirmarlo las autoridades de Cascadeville, que despacharon—en el acto de conocer el hecho—un correo á Westport con un telegrama para la primera autoridad de Saratoga.

Givins dice, que el cadáver estaba sobre el sendero, al pie de la montaña. Que el caballo que él—el conductor—montaba, retrocedió espantado. Que se apeó y al reconocer la causa del espanto del caballo, se encontró el cadáver, hecho un montón informe. Que advirtió que no estaba aún absolutamente frío. Que el cráneo estaba machacado; el pescuezo roto, y toda la cabeza doblada y pegada á la espalda; muchos de los miembros y huesos estaban rotos; algunos, materialmente triturados, lo cual daba lugar á creer que podía, el cadáver, haber sido embutido en algún cajón.

La única ropa que cubría el cuerpo era una especie de traje de noche, que conocemos por *pajamas*, atado á la cintura con un cordón también de seda. El muerto, no

era de persona que hubiese sido nunca vista en aquella región, ni se tenía noticia de que nadie de ella hubiera desaparecido. La población es escasa y los forasteros y turistas son bien conocidos por los guías, boteros y fondistas. Nadie podría conducir un cuerpo humano á tan remoto lugar, como no fuera sobre un caballo, y ningún misterioso jinete, ni personaje extraño había sido visto por el distrito. La forma en que aquel cadáver había aparecido en medio de la montaña, era un misterio para aquellos pacíficos habitantes de Poughkeepsie, que nunca habían sido molestados é interrogados como lo están siendo por el celoso detective Brown.

El detective Brown había conocido en vida á Mr. Baldwin y tan pronto como vió el cadáver estuvo convencido de su identidad. En su consecuencia, envió en el acto un correo con un telegrama para el Jefe Kipley y alquiló dos hombres y dos caballos para trasladar el cadáver á Saratoga. Han llegado aquí á las tres de la tarde y ha ocurrido una triste escena cuando nuestros expedicionarios han sido admitidos en la habitación de la autoridad, para ver el cadáver.

Todos, en el acto, reconocieron en aquella masa informe, el hermoso cuerpo de su querido amigo Silvestre Baldwin. El profesor Stone estaba extraordinariamente agitado cuando contempló á su amado colega, condiscípulo y el mejor de sus amigos. La señorita Davidge lanzó un grito de aguda pena y cayó desplomada, y lo hubiera pasado muy mal si no acude á sostenerla rápidamente la señora Jones.

La cara del muerto está natural: uno de sus dientes muestra una orificación; la misma que todos le habían visto en vida á Baldwin. El *pajamas* de seda es el de Baldwin y á mayor abundamiento tiene bordadas sus iniciales S. B. en una tirita de tela en el interior del cuello que tiene también la firma de la casa que los fabrica en Boston.

Han hallado una prueba más irrefutable de la identificación del muerto; si hubiera sido necesaria, bastaría por sí sola. Se ha encontrado en el bolsillo del pecho del *pajamas* un estuchito que contiene el retrato en miniatura de la señorita Irene Davidge. No hay, por lo tanto, repetimos, la menor duda de que éste sea el cadáver de Baldwin. Tampoco cabe duda de que ha sido forzosamente asesinado. ¿Pero, cómo y por quién? Y, sobre todo, ¿cómo ha sido este cuerpo trasladado á seis ó siete horas, desde su cuarto en la hacienda de Glen Echo á una montaña á doscientas millas de distancia, cuando se necesitan lo menos dos días con sus noches para recorrer este trayecto en las mejores condiciones? No es posible que este cuerpo que se encuentra aquí sea el de otro hombre. Está fuera de toda razón natural suponer que simultáneamente desaparecieran dos hombres, ambos con *pajamas* de seda exactamente igual; que los dos hombres se pareciesen el uno al otro en su figura, cara, color de los ojos y pelo, dientes, y en todo, cual si fuesen modelo exagerado de gemelos; que las iniciales de ambos fueran S. B. y que ambos guardasen en su bolsillo, la miniatura de la hermosa señorita Irene Davidge de New York.

Todos se encuentran profundamente abatidos, no ya sólo por el dolor que les causa la muerte de Mr. Baldwin, sino por el inexplicable misterio que rodea esta terrible tragedia.

La policía y los detectives están tan desconcertados, que no se atreven á formular la más insignificante teoría. Los doctores y cirujanos han examinado minuciosamente el cadáver y han sujetado á la inspección del microscopio todas las vísceras sin obtener ninguna explicación que arroje alguna luz.

¿Habrá resucitado la Magia Negra?

Nuestra civilización no nos permite que atribuyamos esta tan extraordinaria como terrible tragedia al resultado de algún milagro moderno."

Esta es la extraña historia que había yo desenterrado del baúl de mi difunto pariente. Ahora comprenderán ustedes por qué me pesa haber desobedecido el mandato, escrito sobre el paquete azul.

El minucioso relato que esos viejos recortes de periódicos nos ha dado á conocer, retumbaba en mis oídos y daba vertiginosas vueltas en mi cabeza, robándome el sueño, poniendo en conmoción todo mi sistema nervioso. Dí mil vueltas al viejo trasto y registré minuciosamente su contenido buscando un átomo de luz, pero sin resultados. Por otro lado, sentía yo terriblemente que cualquiera, por una casualidad, penetrara aquel secreto; porque en mi fuero interno, presentía que aquel tenebroso drama, pertenecía por entero á mi familia: no sólo por la idea que concebí desde el principio, de que aquellos sucesos ocurridos en casa de uno de mis parientes, podían inferirle más ó menos responsabilidad, sino que después de conocer el relato recordé que mi pariente, el Profesor Stone, se había casado con la señorita Davidge, cuyos personajes figuran en primer término, en aquella historia: que habían vivido muy felices durante muchos años, fundando una respetable familia compuesta de varios hijos de ambos sexos, que por su educación y fortuna disfrutaba de grandes prestigios sociales, y se me oprimía el corazón al dudar que pudiera no ser inocente. Aun cuando yo nunca conocí al Profesor Stone ni á su mujer, Mr. Henry Stone, su hermano, fué el que me legó el dichoso baúl y él me había hablado algunas veces de los triunfos obtenidos en su carrera por el Profesor Stone y la dicha de que disfrutó en su apacible hogar durante su vida.

Todos mis esfuerzos han sido ineficaces. Soy incapaz de encontrar la clave que desenvuelva satisfactoriamente la teoría de aquel crimen. Puedo tan sólo dar á mis lectores la relación de lo acontecido y la libertad de investigar lo que se ha resistido a todas mis pesquisas.

. . . .

Lo anterior fué escrito hace algunos meses.

Posteriormente seguí haciendo todos los esfuerzos imaginables y practiqué imprudentes investigaciones para satisfacer la monomanía que se apoderó de mí, por lo fascinado que me tenía aquel misterio. Más de una vez me detuve y reflexioné que sería sensato abandonarlo, pero me sentía de nuevo y con más fuerza, impulsado á perseguirlo, y mis deseos eran superiores á mi fuerza de voluntad y proseguía mi trabajo hasta fatigarme.



EN EL LAVADERO

Hoy, sintiéndome más excitado ó más impaciente de lo usual me fuí á la bohardilla provisto de una hachuela y un gran cuchillo, resuelto á cortar y destrozar en mil pedazos al viejo baúl, á fin de ver si entre su cuero y tabla podía encontrar algo. Debajo de la tela que cubría el fondo he encontrado, al fin, una carta que por su apariencia no tiene de escrita más de siete ú ocho años.

Febrilmente leí lo que sigue:

«San Francisco, Junio 20 de 1892.—Querido hermano Enrique:—Escribo esta carta para tí, de mi puño y letra, á despecho de mi gran debilidad física. Ésta es la última que te escribiré, porque tengo la evidencia que mi fin se acerca. El médico, por su buen deseo, dice que me restableceré, pero yo no tengo la menor duda que mi última hora se aproxima.

Como tú sabes, he dirigido bien mis negocios, y he sido dichoso y próspero durante mi vida. Mis inventos me han llenado de distinciones y he sido, por ellos, espléndidamente recompensado.

Sólo hay una cosa en mi vida que llena mi alma de dolor y me causa horribles sufrimientos. Hay momento para mí, en los cuales todo lo que la vida parece prometerme, todas las felicidades, triunfos y ambición satisfechos, están envueltos por una terrible lucha que se esta blece entre los dos seres que residen en mi propia existencia y no sé si soy yo ó si es el otro el que me anonada.

Es ley de la naturaleza, que cuando dos fuerzas chocan, la más débil sucumba. La naturaleza tiene, de este modo, establecido el principio de la supervivencia del más fuerte: el dominio del superior sobre el inferior. No importa que la lucha se verifique entre el mundo planetario ó entre diminutas moléculas. Entre los hombres ó los animales. Entre las grandes naciones ó entre las pequeñas tribus. La Ley, inflexible, es siempre la misma. Ningún hombre puede sustraerse á esa ley, entre su propia existencia y todos los demás seres que le rodean. La lucha entre el derecho y el deber trabajan sin cesar y determinan su salvación ó su pérdida, dentro de la esfera, y bajo los principios que la naturaleza tiene ordenado; y á pesar de toda mi voluntad, por encima de todas las frías consideraciones de los demás, y ser lo que me veía obligado á hacer extremadamente desagradable, me dejé arrastrar por la fuerza de la ley.

Tenía que alejar á otro hombre que se había cruzado en mi camino. El uno ó el otro tenía que sufrir la más grave pérdida: un contratiempo capital. Yo tenía la razón y el derecho de defenderme, apoyándome en la Ley natural.

El hombre cuya vida se cruzó en la mía y á quien era de todo punto necesario que yo apartase, era mi mejor amigo y por el momento mi huésped. Estas circunstancias se añadían al disgusto de mi tarea, pero esto no me privaba de mis derechos de propia conservación; derecho que existe en la vida universal, desde la más humilde á la más elevada y cuyo ejercicio la naturaleza restringe tan sólo con limitaciones de poder.

De seguro que te admirarás, hermano, y te preguntarás —¿por qué escribo estas palabras?—Las escribo porque no me siento con fuerzas para morir con mi secreto. Todos estos años lo he llevado sólo; absolutamente sólo. Un impulso que yo no puedo describir, ni dominar, me lanza á compartir mi secreto con alguna alma humana y naturalmente, no puede ser otra que la tuya—mi hermano —mi mejor y más querido amigo—que siempre has compartido conmigo todos tus secretos—y antes de concluir te diré por qué no lo he hecho hasta hoy.

Recordarás todas las circunstancias de la tragedia que aconteció en nuestra casa, en Glen Echo, poco después de haber yo dejado la Universidad y estando tu en Europa. Hemos hablado con frecuencia de ello y á tí lo mismo que á todos te extrañaba el que no hubiera sido posible explicar aquel misterio... ¡Si hubieras podido adivinar lo que yo sabía!

Yo amaba á Irene Davidge, antes que la amase Silvestre Baldwin.—Antes que él y élla se hubieran encontrado en nuestra casa, yo estaba consagrado apasionadamente á élla.—La adoraba como adoran los hombres de mi temple. Organicé aquella excursión con el propósito de procurarme una decorosa oportunidad para apresurar la realización de mis deseos; porque, comprendía que yo no le desagradaba. Antes que élla regresase á su casa de New York, tenía yo el proyecto de que fuese ya mi prometida. Pero, desde el primer instante que élla vió á Baldwin, comprendí que mi estrella se había apagado, y esto fué en grado ascendente.

Baldwin fué rápido y próspero en su amor, y yo fuí completamente olvidado. Una sola semana, bastó para que ellos fuesen novios. Una tarde tuve la desdicha de ver que él la besaba, estando ambos en el jardín, detrás de un frondoso rosal. Si yo no hubiera sido filósofo, hombre frío que razona con calma, los hubiera matado á ambos. Pero conocía mi verdadera situación: fuí dueño de mi mismo y me parapeté en mi teoría favorita, de que el hombre que puede dominarse á sí mismo, puede dominar al mundo entero... ¡Qué noche más terrible! Me la pasé razonando y discutiendo conmigo mismo.

Mis conclusiones, que entonces, como ahora, me parecieron lógicas, fueron las siguientes: 1.ª Sin élla mi vida es imposible. Me conozco lo bastante para saber que, como la amo á élla, no volveré á amar nunca. 2.ª Si él vive, élla le pertenecerá. Yo, hombre superior á él en todo, menos en aquellas efímeras cualidades que son el atractivo principal del otro sexo, seré quien pierda en esta batalla de amor. 3.ª La naturaleza ordena que el más fuerte triunfe, y por lo tanto tengo el perfecto derecho de eliminarlo á él, puesto que se ha cruzado en mi camino. 4.ª Si lo suprimo de un modo conveniente y hábil, élla será mía, como lo hubiera sido si él no se hubiera colocado entre nosotros. Por tanto, la supresión de ese intruso me restituirá lo que me pertenece. Lo suprimiré.

Resuelto el proceso, sólo faltaba decidir los medios. Era necesario ejecutarlo todo con la mayor prudencia. Había una absoluta necesidad de que no pudiera recaer sobre mí la más ligera sospecha, que pudiera destruir mis ulteriores propósitos. Evitar la posibilidad de ocasionar toda pena ó humillación á nuestra querida madre y á tí, hermano mío, era tan importante, como evitar anularme la buena disposición del ánimo de la señorita Davidge.

Era necesario, por lo tanto, una meditación y profundo examen antes de proceder para salvar todas las variantes que en la ejecución de cada acto mío pudieran presentarse. Lo de menos para mí ya, era matarlo; pero, era digno de atención, el que si me veía compelido á hacerlo por mi propia mano, evitara toda escena que pudiera traslucirse. Aun llegado el momento de mi triunfo, era preciso que mi reputación para el porvenir quedase libre de toda suspicacia sobre aquel acto, y se me siguiera considerando como perfecto caballero. No podía correr el riesgo de hacerme ayudar por nadie.

En pocas horas fijé todo mi plan. No dudo que tú, al conocerlo, convendrás conmigo, en que lo fijé con buen juicio, habilidad y precisión, como correspondía á un hombre de ciencia en plena posesión de sí mismo. Afortunadamente, tenía en mi laboratorio todos los materiales necesarios para mis operaciones concebidas; pero había mucho qué hacer. Día y noche trabajaba sobre el techo de nuestra vieja casa, donde tú y yo habíamos pasado tan felices horas, mientras yo perfeccionaba mis inventos, que tanta y tanta admiración te causaban. Procuraba, hasta donde me era posible, evadirme de asistir á las giras y diversiones, tanto por lo doloroso que era para mí, verlos juntos, alegres y enamorados, cuanto porque necesitaba no perder tiempo en la preparación de mi obra. De cada cien horas sólo me permitía dormir lo que habitualmenle se duerme en veinticuatro. Conocida por todos mi afición á los estudios astronómicos y mi pasión por la mecánica, á nadie extrañaban mis ausencias ni mis veladas.

Al fin lo tuve todo listo. Dí por terminado mi trabajo al anochecer de un domingo, después de escrupulosos ensayos, revisados mis cálculos y estar bien seguro de no haber descuidado el más insignificante detalle.

Después de la comida, por la noche, permanecí algún tiempo en el comedor y las expresivas miradas amorosas que se cruzaban entre Silvestre é Irene, se me hicieron más insufribles que nunca; pedí mis excusas para retirarme al laboratorio á eso de las nueve. Entré en el cuarto de Baldwin, encendí un fósforo y hallé sobre la mesa de noche el libro que él leía antes de quedarse dormido—era *Odas de Horacio*, de mi librería.—Sabía yo la costumbre de Silvestre, de leer próximamente una hora, antes de conciliar el sueño.—La tenía ya en el colegio.—Abrí el libro por donde estaba por él marcado, pasé seis páginas y coloqué allí esta nota, que llevaba preparada de antemano: "Querido Silvestre: si no tienes demasiado sueño cuando encuentres esto, sube á mi laboratorio. Tengo algo importante que enseñarte.—*E. S.*" Calculé que tardaría próximamente un cuarto de hora, en leer desde la marca hasta donde hallaría la nota, y estaba seguro que subiría, porque era gran entusiasta de mis experimentos y le halagaría tanto más, cuanto que yo era muy parco en permitir á nadie que entrara en mi laboratorio. Mi único temor era que en el tiempo que yo le daba no estuviesen ya todos los de la casa dormidos; pues era esencial para mí, el que nadie tuviera conocimiento de su visita. Al mismo tiempo no me atreví á situar la nota más lejos, y que dejase de leerla por entrarle sueño. De todos modos—en caso conveniente—podría diferir el acto para otra noche; pero aquella noche el viento y el tiempo me eran muy favorables y debía aprovecharlos.

Vino poco antes de las once. Yo estaba listo y resuelto.—"Silvestre, le dije, tengo una máquina que he construído para un experimento importante y necesito que me ayudes á probarla"—"All right, Edwin, replicó. ¿De qué se trata?"—"De un fuerte fluído, extraído de la seda, dije yo, y tengo aquí una porción del nuevo gas. Toma, aspíralo con fuerza. Es como el vino: huele bien." Se dispuso á respirar el receptáculo que yo tenía sujeto. Dí vuelta á la llave y como un rayo cayó insensible á mis pies. El aparato estaba lleno con una combinación de cloroformo é hidrógeno puro á gran presión y cuando la llave dió la vuelta, una nube del más poderoso anestésico inundó su cara.

Desde aquel instante era yo dueño de la situación. Primero cerré la puerta que comunicaba con los pisos de abajo. Noté, con satisfacción, que él había traído en la mano la nota que le dejé en el libro. Hubiera sido para mí una complicación que hubiera quedado en el cuarto después de su salida. La quemé en el acto en la fornalla.

Una mirada en el anemómetro me evidenció un viento que recorría treinta millas por hora y me alegré al ver que el barómetro continuaba en descenso.

Si hubiera sido posible que un hombre de mi temperamento titubeara en su propósito, la vista de un estuche que encerraba el retrato de Irene, el cual saltó del bolsillo del pecho del *pajamas* al caer él tendido en el suelo, hubiera excitado mis nervios á la continuación de mi tarea.

Con el conocimiento que tú tienes de la exactitud y método con que yo procedo, te explicarás fácilmente, querido hermano, con cuanto cuidado ejecutaría mi plan, sin descuidar el menor detalle.

El peso exacto del cuerpo de Silvestre, era de ciento cincuenta y tres libras. Yo contaba con que se aparecería sin ropa, porque era osado y atlético y tenía orgullo en su habilidad, y resolución en sortear el peligro, circunstancia muy principal, que tuve en cuenta para todos mis cálculos. El peso del globo era de dieciocho libras. Las fajas de defensa y la malla, cinco libras. Total, ciento setenta y seis libras. Por medio de cuidadosas y repetidas pruebas, tenía conocimiento exacto del peso de mi gas—casi hidrógeno puro—el ochenta por mil de una onza por pie cúbico y como el aire pesa uno ó dos décimos de onza por pie cúbico, podía contar con una potencia neta de más de un décimo de onza por pie. El globo era esférico, tenía poco más de diez pies de diámetro, dando una capacidad de tres mil ciento cincuenta pies, teniendo fuerza para elevar doscientas diecisiete libras de peso. Necesitaba contar con un pequeño margen para compensar las pérdidas ocasionadas con los escapes de gas. Cuidadosos cálculos de la rareza del aire atmosférico en las diferentes alturas, me demostraron que el globo con su carga ascendería de momento, á unos cinco mil seiscientos pies, conservando en aquella altura estabilidad en relación con el peso del aire desplazado y el peso total

del aparato con su carga y desde ese momento tendería á su descenso por el lento natural escape de gas.

Lo interesante era que subiera al pronto, rápidamoute, para evitar que pudiera ser visto por nadie. También era indispensable que la totalidad del aparato permaneciera, á lo sumo, seis horas en el espacio para que pudiera ser trasladado á la distancia conveniente. Al mismo tiempo debía arrojar la carga antes de que amaneciera, antes de que, por casualidad, pudiera su caída ser vista, pues el terror que su caída ocasionara produciría un terrible escándalo y lo echaría todo á perder. Era altamente importante, para mis propósitos ulteriores, que el cuerpo fuese más ó menos pronto encontrado é inequívocamente identificado, pues á Irene podría metérsele en su cabeza, algo romántica, esperar, año tras año, soñando en la posible reaparición, durante su vida, del ausente amante, lo cual anularía la eficacia del sacrificio hecho y mis futuras esperanzas. Por esta razón volví á colocar cuidadosamente en el bolsillo del *pajamas* de Silvestre el retrato de Irene.

Era absolutamente necesario que el aparato y la carga no pudieran ser encontrados juntos, pues en este caso fácilmente la experta policía daría con el rastro y desde luego vendría á descubrir que globo y cadáver habían salido de mi laboratorio. Para evitar este peligro ya había hecho experimentos en el efecto corrosivo, de diferentes ácidos sobre materias textiles y precisé con exactitud el tiempo en el cual una cantidad dada de ácido vitriolio, comería una cuerda de determinado grueso, bajo la acción de un peso de ciento cincuenta y seis libras, que debía decidir su rompimiento. Por estos medios estaba seguro que el aparato y el cadáver, se separarían antes de amanecer; el último para caer en la tierra y el primero para elevarse á las nubes y recorrer en poco tiempo, algunos miles de leguas, antes de descender ó ser inutilizado. Preparé la cuerda, empapándola con el ácido, por el centro de la atadura, envolviéndola en algodones para que al romper no quedase ningún fragmento unido al cuerpo, ni quemase el ácido la tela del *pajamas*. Até el cadáver por la cintura y amarré el extremo opuesto de la cuerda á la malla del globo.

Había llegado el momento. Registré minuciosamente todo el laboratorio y me cercioré de que nadie pudiera espiar mis últimas operaciones; ví con satisfacción que la noche era extremadamente obscura y que todo seguía favoreciendo mis infernales propósitos.

A las once y cuarto en punto de la noche del domingo 18 de Octubre, tomé la mano derecha de Silvestre; la apreté fuertemente y me despedí de él.—En seguida con tres rápidas cuchilladas, corté las amarras del pequeño globo, que ascendió rápidamente, llevándose el cuerpo de mi rival, con dirección al norte, impelidos por fuerte viento.

. . . .

Por los periódicos estás enterado de cuanto ocurrió después. Me dediqué á consolar á Irene, á la que oportunamente hice conocer mi amor y poco después de un año de aquel drama, asististe á nuestro matrimonio y constituí un hogar, que no ha sido turbado por la más ligera nube. Sin embargo, dentro de mi existencia, rugía una terrible tormenta.

Más de una vez, hermano mío, quise echarme en tus brazos y comunicarte mis horribles sufrimientos, pero, me detuve siempre ante la idea de que no podías ser copartícipe de mis penas sin serlo de mi crimen. Al comunicártelo, experimento el primero y único consuelo, desde que lo cometí.

Adios, querido hermano. *Edwin Stone*

Tal fué el secreto de la muerte de Silvestre Baldwin, y dado el arte como fué llevada á cabo, creo que sin mi perseverante curiosidad é indiscreción, difícilmente nadie hubiera descubierto aquel misterioso crímen.

WALTER WELMAN

(De *Cuba y América*)





EL HIMNO UNIVERSAL

Eres, Natura, grandiosa lira.

Odas sin cuento, sí, musa mía;
ya que los templos de la cultura
lauros ofrecen, más cada día,
para la gaya literatura,
vibren tus notas, alma poesía,
luzcan las galas de tu hermosura
en los acordes de tu armonía,
en los hechizos de tu dulzura;
y como vienen tras de las flores
las mariposas á los rosales,
el coro venga de trovadores
á las brillantes lides florales,
versos rimando tan seductores,
que sólo tengan dejos iguales
en sus arpegios los ruiseñores
y las abejas en sus panales.

¿Canción? Un himno gigante y santo...
El Universo con su belleza,
es el augusto solemne canto,
Dios de los cielos, de tu grandeza;
pues si las liras expresan tanto,
si la palabra con su rudeza
modula notas de tal encanto,
¡ah! con el numen de los Virgilios,
con esos tonos cuya pureza
es la del ritmo de los idilios,
venid las almas más soñadoras,
con esas arpas arrobadoras
que sólo pulsa genial destreza,
y en vuestras dulces rimas sonoras.
mostrad la madre Naturaleza:
la luz radiante con sus auroras;
el sol poniente con su tristeza;
la negra noche con su reposo,
con sus estrellas y con sus brumas;
el mar ya manso, ya borrascoso,
con sus arrullos y sus espumas;
ese murmullo tan rumoroso
que ya risueño, ya quejumbroso,
tienen las hojas del bosque umbrío;
ese parlero son cadencioso
del turbulento curso del río;
ese concierto maravilloso
con que revelan tu Providencia
seres y mundos, Dios poderoso,
mientras los cielos en su elocuencia
son el hossanna majestuoso
con que Natura te reverencia,
el argumento más luminoso
de tu infinita magnificencia
y el inefable salmo glorioso
que nos pregona tu Omnipotencia.

Sí, todo canta, todo suspira;
eres, Natura, grandiosa lira,
Astres brillantes que en las alturas
ois oraciones de luces puras;
ol esplendente cuyos fulgores
son un poema de resplandores,
siendo la luna doliente nota
que en los espacios lánguida flota;
gritos y ruidos, vagos ó ciertos,
los del bullicio de las ciudades,
triste silencio de los desiertos
con el que lloran las soledades;
brisa que gimes en la hojarasca;
viento que agitas las heredades;
mar cuyos cantos son la borrasca
y cuya pompa las tempestades;
música grata de la arboleda;
imperceptible sollozo vago
nacido al beso del aura leda
en el tranquilo sueño del lago;
flor de los valles que solitaria,
mostrando perlas que son rocío,
eres imagen de una plegaria
que lacrimosa dice «¡Dios mío!»;
campos alegres en cuyos prados
vagan los ecos y los rumores
de los balidos de los ganados
y los cantares de los pastores;
voz de las aves que al ser de día
das á las auras la melodía
de sus endechas y sus amores;
sed que libando miel en las flores
en torno llevas de sus olores
la zumbadora monotonía
de los enjambres susurradores;
notas que forman la sinfonía
de todo cuanto con voz ó ruído
produce un eco, tiene un sonido,
es en el aire canto ó rugido,
desde el vagido del mar sereno
con su doliente melancolía,
al estampido del ronco trueno
en la callada noche sombría;
interesante filosofía
de todo cuanto mudo y velado
por su misterio ó alegoría,
en el silencio mejor hablado,
desde la cima que tras la nube
es un anhelo que al cielo sube,
hasta la roca cristalizada,
que es una estrofa petrificada;
razas humanas, seres conscientes
en cuyas almas inteligentes
numen divino brilla fecundo
y á cuyos rayos gentes y gentes,
siglo tras siglo, van por el mundo
con su palabra, sus concepciones,
con los portentos de sus creaciones,
con sus sociales agrupaciones,
con sus costumbres y sus hogares,
sus esperanzas y sus altares...
sí; cuanto nombro, cielos y mares,
rojos vislumbres crepusculares,
astros y sombras, luces y flores,
roncos acentos, dulces rumores,
cúspides altas, piedras preciosas,
muda elocuencia de tantas cosas,
inteligencias, voces humanas,
ritos, idiomas, liras, campanas,
todos el himno sois armonioso,
todos el culto sois fervoroso
del Universo, que religioso,
así la Gracia divina canta:
«¡Omnipotente Dios que nos creas,
cuán infinita tu gloria santa!
¡Bendito seas! ¡Bendito seas!»

¡Oh, qué prodigio de vibraciones
llena del éter la esencia pura!;
¡que bien en ellas los corazones
la voz escuchan de la Natura!;
¡como los mundos son armonía
cuyas fecundas palpitaciones
germen eterno son de poesía!...
¿Y las ciudades? ¿Y las naciones?
Con su diversa vocinglería,
coros inmensos son que á los cielos
cantan las dichas, lloran los duelos,
alzan el grito de las pasiones,
llevan el eco de los anhelos
de las humanas generaciones.
También tu cantas, España mía;
pero ¡qué tristes son tus canciones!
Eres imagen de una elegía;
eres amargo, lúgubre canto,
eres gemido de una agonía,
son tus canciones gotas de llanto.
Ayer, orgullo de las edades,
eras el himno de la victoria;
ayer tus altas heroicidades
eran hermoso canto de gloria;
hoy, desgarrado tu regio manto,
sufres tremendas iniquidades...
Pero no sufras, España, tanto;
no más de duelo la frente ciñas;
y en las escuelas, en los talleres,
entre los surcos de tus campiñas,
en el respeto de tus deberes,
otra vez grande, próspera y libre,
cántico nuevo serás que vibre,
notas que anuncien tu fortaleza,
mientras ofrecen á tu esperanza
los esplendores de tu grandeza
tras de la gloria de tu venganza.

También el Betis, sin par Sevilla,
oye tus cantos junto á su orilla.
Sí; por tu cielo resplandeciente;
por las sonrisas que hay en tu ambiente,
por esos campos donde las flores
la gloria brindan en sus olores;
por esas rosas que son guirnalda
que por doquiera ciñe tu suelo;
por la belleza de esa Giralda
que tan esbelta subes al cielo;
por esas auras que son halagos
que aromatizan tus azahares
y que recogen los dejos vagos
con que murmuran tus olivares;
por esas coplas á cuyos sones
lucen sus moños las panderetas;
por tus leyendas y tradiciones;
por tus pintores y tus poetas;
por los donaires con que tu «sombra»
es esa gracia que te renombra;
por esas noches de tus estíos;
por ese Betis, «rey de los ríos»,
cuya corriente quizás refrena,
cuando en su margen encantadora
la sugestiva música suena
de apasionada guitarra mora,
en fin, Sevilla, por ser quien eres,
por los hechizos de tus mujeres,
porque por esa tu gallardía
es en el mundo tuya la palma...
eres un canto, más todavía,
eres el numen, eres el alma
de los cantares de Andalucía;
eres la salve con que Natura
los esplendores canta del día;
y hay en tus notas tal hermosura,
irradias tanta luz y alegría,
de tales gracias te miro llena,
que para gloria de tu valía,
es sevillana por Macarena
hasta la misma Virgen María.

Pues ¿y las fiestas de la Poesía?
Entre laureles, versos y flores,
sí que son himnos fascinadores;
cánticos bellos de gaya ciencia,
en cuyas rimas los trovadores
á Dios elevan su inteligencia,
cantan la Patria de sus mayores
y son las musas de su existencia
los gratos sueños de sus amores.
Á tales fiestas, ¡honor egregio!
Reinando en ellas como una diosa,
entre las flores de trono regio,
sus gracias luzca mujer hermosa.
Ellas! El brillo de sus miradas
luz es del arte, numen del verso;
ellas, las notas más inspiradas
son en el Himno del Universo;
ellas, en esas modulaciones
que aladas suben á las estrellas,
son las que ponen los corazones...
Los nuestros... ¡esos los tienen ellas!

GASPAR ESTEVA

Motril — Abril — 1902



El Excmo. Sr. D. Camilo Fabra y Fontanills

MARQUÉS DE ALELLA

El día 24 de Junio entregó su alma á Dios en su casa palacio de la Rambla de Canaletas, el Excmo. señor marqués de Alella, don Camilo Fabra y Fontanills.

Las simpatías de que gozaba el finado en nuestra ciudad, quedaron completamente evidenciadas con motivo de la larga y penosa enfermedad que le llevó al sepulcro, durante la cual fueron á centenares los que diariamente acudieron al domicilio del marqués para enterarse de su estado.

Y cuando, tras largos y terribles días de angustia y sufrimiento, cuando, después de luchar semana tras semana contra la muerte, que disputaba á los facultativos el cuerpo del ilustre enfermo, dejó éste de existir, aquellas simpatías quedaron de manifiesto una vez más. Ricos y pobres prodigaban á la memoria del señor marqués de Alella sentidas frases, de la misma manera que se las prodigó la prensa sin distinción de matices.

Y es que el Excmo. señor don Camilo Fabra era un perfecto caballero, como lo había demostrado en múltiples ocasiones, conquistándose con sus hermosas prendas de carácter el favor de todos sus paisanos.

Apesar de pertenecer á la más encopetada aristocracia, el marqués de Alella había llegado á adquirir en Barcelona y en Cataluña singular popularidad, debido especialmente al celo y pericia con que había desempeñado los múltiples cargos que se le habían conferido y muy en particular el de Alcalde de Barcelona, que ocupó á entera satisfación de todos los ciudadanos.

Sus merecimientos y su inteligencia le habían valido innumerables distinciones, entre las cuales merecen especial mención la Gran Cruz de Isabel la Católica, el título de Comendador de número de Carlos tercero, la placa de Beneficencia, la Encomienda de la Corona de Italia, el cargo de oficial de la Legión de Honor etc. etc.

Además ocupaba el marqués de Alella elevados cargos en importantes sociedadas mercantiles y de crédito, así como cientificas y literarias, pues era presidente del comité barcelonés de los ferro-carriles de Madrid á Zaragoza y Alicante, del Conservatorio de Isabel II y de la Sociedad Anónima Sucesora de Fabra y Portabella; vice-presidente de la Junta provincial del Censo y de la Sociedad de Crédito Mercantil, y socio protector de la Real Academia de Ciencias y Artes.

En este último concepto, es decir, en el de protector del Arte y de la Ciencia, se había distinguido extraordinariamente el ilustre difunto, prestando su concurso valioso á toda manifestación de cultura que necesitase de él, así como pagando á buen precio las obras de los artistas de nuestro país y obsequiando con importantes donativos á las sociedades científicas, artísticas y literarias que tiene nuestra ciudad.

Como si lo que había hecho en vida no fuese bastante para evidenciar su amor á todo cuanto significase cultura y progreso, quiso el señor Marqués coronar con actos espléndidos, dignos de ser imitados por todos nuestros próceres, la larga serie de los que había realizado durante su vida. Nos referimos á los legados que en metalico había hecho á varias Academias y al que de la innumerable serie de cuadros al óleo que constituían el principal adorno de su morada, hizo por disposición testamentaria á favor de los museos municipales de Barcelona.

En este país, donde la mayoría de los ricos no se acuerdan al morir más que de las instituciones benéficas — ¡ cómo si no hubiesen más que pobres para socorrer ! — es doblemente de alabar el acto del marqués de Alella. Es doblemente de alabar y conviene que sigan el ejemplo nuestros potentados, que beneficencia es, y beneficencia nobilísima, proteger las manifestaciones del arte en todos sus sentidos. Bueno que se proteja á las clases menesterosas creando asilos y hospitales, bueno que se funden premios á la virtud, pero debemos considerar que también es gran virtud, en ese país, cultivar las artes y por eso mismo los que la practican deben ser tenidos en la mayor estima y consideración.

Así debía entenderlo el ilustre hombre que nos ocupa y por eso una de sus últimas voluntades fué la de entregar á los museos públicos la hermosa colección de cuadros al óleo que poseía y entre los cuales los hay de notabilísimos maestros antiguos y modernos, extranjeros y nacionales.

Barcelona debe quedar agradecida al marqués de Alella por su legado que ha de contribuir sobremanera á hacer respetable su memoria.

Del buen recuerdo que guardan los barceloneses de ella, es testimonio el acto del entierro, el cual constituyó una verdadera y sentida manifestación de dolor de todas nuestras clases sociales.

Dios haya acogido en su seno el alma del ilustre prócer, modelo de ciudadanos y espejo de caballeros.

M. G.



Excmo. Sr. D. Camilo Fabra y Fontanills — MARQUÉS DE ALELLA



CASO DE HONRA

POR MANUEL LASSALA

De todos los pitillos que el general de división don Álvaro Sánchez Mena, era capaz de fumarse, ninguno tan deleitoso para él, como el que encendía á raíz del almuerzo, y aquel poco de humo era cosa exquisita, ó así la imaginación se lo fingía, cuando reforzaban la fruición un asiento cómodo y la lectura del periódico. Con éste en la mano y el papelillo humeante prendido de la boca, colóse en la sala de recibir y se acomodó en una butaca.

La sala de recibir era el mírame y no me toques, un retiro archisagrado, donde no se podía penetrar más que cuando había visita, y eso con toda pulcritud y miramiento. Los muebles y colgaduras, la alfombra y los cachivaches todos que adornaban tan selecto lugar, eran iguales á los que tienen en su sala de recibir los de Benitez y los de Hernández, los de Castro y los de Valenzuela, los de este lado de la calle y los de la acera de enfrente. El entredós era fiel reproducción de los entredoses que venden en todas las tiendas, la jardinera era astilla del mismo palo que cualquier otra jardinera, y el terciopelo de la sillería tenía un color gris rosado tan original que, cuando el fabricante lo puso en venta por vez primera, todo el mundo lo compró é hizo tapizar con él sus muebles. No hablo ya (ni mentarlas) de las panderetas con gitana, ni de la platinotipia del amo en la presidencia, ni del mantón de Manila recogido con mucha gracia en el sitio más conspicuo: todo eso puntualmante tenía el salón de Sánchez Mena; así es que el bizarro general, necesitaba fijarse bien para no confundir su casa con la de cualquier amigo.

No dejaba el esclarecido caudillo de tener cierta inquietud vaga, semi-conciencia de su transgresión, pero, en comparación del gusto, casi era imperceptible aquel escozorcillo. Extendió, pues, las piernas y comenzó la lectura. Era un general típico, de porte distinguido, luengo bigote cano, complexión sanguínea y ojos azules iracundos.

Aun estaba el cigarrillo corriéndose hacia el comedio, cuando con paso menudo entró Susana y se puso á limpiar con un plumerito las baratijas diseminadas por las paredes: hacíalo diestramente, pero no paraba de murmurar por lo bajo y con este zumbido molesto iba de un punto á otro, como el abejorro que toma por suya una madreselva.

—¿Qué demonio rezas entre dientes?—preguntó ásperamente don Álvaro.

—Si le parece al señor que una no tiene otro quehacer que ir limpiando la ceniza por la casa...

—¡Pero, mujer, si tengo aquí un cenicero!

—¿Porqué no se vá el señor á la salita?

—Porque Alberta no quiere que haya nadie allí cuando ella estudia.

En efecto, no cesaba de oirse una voz de contralto que vocalizaba las frases llorosas de una romanza en *la menor*.

—Pues bien, yo aquí tengo que limpiar, dijo resueltamente Susana.

—Eso es decir que estorbo, contestó poniéndose en pie el general.

—¡Si parece que el señor lo haga adrede!

—Cállese usted la boca.

—¡Si se figurará el señor que está en el cuartel!...

—¡Voto á bríos! ¡Insolente!

Abrióse de pronto la puerta y apareció la de Mena, alta, majestuosa, de facciones nobles.

—¿Quién grita aquí?

Los culpables no chistaron. Doña María se volvió á la doncella:

—Susana, vete.

Y cuando hubo salido la chica ¡con que blandura tomó por el brazo al general! ¡Cómo templó su severidad con la inflexión cariñosa de la voz!

—No seas así, Álvaro. Ya te he dicho que no quiero que disputes con las criadas. Si un amigo tuyo lo hiciese lo encontrarías ridículo.

—Pero, Mariquita, ¿puedo yo tolerar que me falten al respeto?

—No des lugar. ¿Qué pito toco yo aquí, si además de mandar tu división, te empeñas en chillar en casa? Cuando tengas alguna queja me lo dices: yo me basto para poner orden.

—Pero, vamos á ver, ¿qué mal hay en que me venga aquí á fumar un cigarro?

—Pues, que ensucias y molestas. ¿Qué haces tú en casa por la mañana? Los caballeros deben salir á distraerse y dejarnos quietas. Son ya las diez: supongo que algo tendrás tú también que hacer.

—Esta mañana no.

—Pues, te lo buscas. Ea, ven acá que te cepille y te irás á dar una vuelta.

Y se llevó al general á la antesala, donde le atusó el bigote y le pasó el cepillo y le enderezó la corbata.

—¿Llevas pañuelo? A ver, ¿que bulto es este? ¡Puros!

—Es que me los han regalado, Mariquita.

—Hombre, no me vengas con embustes. Ya te he dicho que no quiero despilfarros: somos pobres, no tenemos más que la triste paga. Bueno sería que ahora á la vejez te acostumbrases á más vicios. Anda, que te dé un poco el aire. Aguarda; ya que sales, cómprale á Alberta el nocturno aquel que toca la de Enriquez. ¿Como se llama? Ah, sí: *Cabe al Adriático*. Que no se te olvide.

Dos tramos había bajado el general cuando doña María sacó la cabeza para decirle:

—Que no me vuelvas antes de la una.

Y con esta recomendación en los oídos, el bravo militar llegó á la calle pensando á donde dirigiría sus pasos.

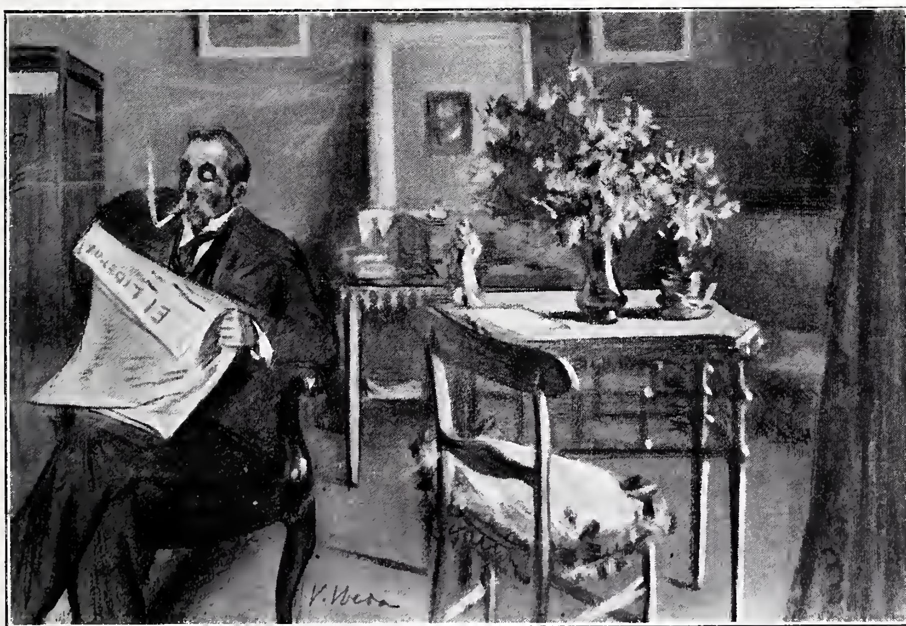
Era don Álvaro un soldado prestigioso, muy ordenancista, duro en la reprensión, parco de palabras, caballeroso en su trato, terco de genio y enamorado de su noble profesión y ejercicio. En cambio doña Mariquita, aunque vallisoletana, nunca tuvo afición á la milicia: venía élla de otra casta de pájaros, gente de pluma y birrete; su raza se había afinado por la influencia de la pluma y del balduque, y algo en su sangre repugnaba las voces de mando y la música de espuelas. En las escaramuzas en que ensayaron los consortes el temple de sus voluntades, pronto se vió que doña Mariquita llevaba más que regular ventaja y, desde puertas adentro, Mena perdió toda su aureola de caudillo.

—Nada de traerme á casa—decía la señora—los humos del cuartel y los rumores del regimiento y las triquiñuelas del cuarto de banderas. Tu á lo tuyo—eso es muy natural—y yo á lo mío. Aquí no se ha de oler á quinto, ni se ha de hablar de táctica. Fuera de aquí es distinto: compónte y haz lo que gustes: en todo lo que se refiera á asuntos del servicio no me oirás decir una palabra.

De los cinco hijos de aquel matrimonio sólo quedaban á la sazón dos: Adrián y Alberta. Adrián, por ser abogado, pretendía tener un dejo de la grandilocuencia de un antepasado suyo (línea de la madre). Cuando le apuntaba el bozo, ya solía invectivar á su hermanita con voz hueca y tonillo forense: si ella perdía el dedal ó pisaba la cola del gato, Adrián le endilgaba un apóstrofe tremebundo. ¡Ah, desdichada! Tú, la que te sientas en esa silla, ¿sabes por ventura, tienes plena conciencia de tu delito?

A pesar de tan buenos comienzos, después que el chico fué abogado, se contentó con ser el renglón más caro de su casa y con dejar traslucir una afición loca á las corbatas y á los bastones. Su madre y él hablaban siempre con misterio de unas oposiciones á cierta cosa que el propio Adrián en persona se descolgaría á hacer cuando llegase el caso, pero ya ni el mismo general daba crédito á la intención, aunque no se resolvía á decirlo por no tratarse de asuntos del servicio.

La pobre Alberta hubo de salir fea: se conoce que la tinta y la pólvora no hacen buena liga. Además, en opinión de la de Mena, tenía muy hermosa voz y cantaba con mucho primor. Sin embargo, la opinión más generalizada entre los que la habían oído cantar alguna vez era lastimosamente opuesta á esta creencia.



Mas ahora caigo en que he dejado á don Álvaro en la calle. No sabiendo á donde ir, se encomendó á sus pies, los cuales sin ningún rodeo le pusieron en el casino á los pocos pasos. Los salones estaban desiertos y en la biblioteca sólo encontró tres señores que leían los periódicos



de la mañana. Y él cogió el primero que le vino á mano que acertó á ser el más desenfadado y vocinglero de odos, e scrito por gente biliosa y demoledora. Al recorrer el periódico tropezó don Álvaro con la reseña de la procesión de la víspera, á la que él había asistido, con el pecho cuajado de cruces. Y el ágrio reseñador se expresaba así:

«A la cola (siempre arrimados), iban los figurones de »costumbre, los jefes de administración civil, que van á »lucir el uniforme, los niños que exhiben el frac, en repre»sentación de sus papás y los generales mamarrachos, »que parecen mejor con un *hacha* en la mano que con »una espada.»

Un latigazo en la cara no hubiese sacudido más pronto el coraje de don Álvaro que aquella apreciación injusta é irrespetuosa. De sus ojos azules y coléricos, brotaba una indignación terrible: serenarse no podía, considerar des pacio el ultraje exigía tiempo: cogió el sombrero y volvió á la calle.

Minutos después, se hallaba el general de pie, ante la mesa del director del periódico, en actitud fría y correcta, pero con los dientes apretados y el rayo de la ira en las pupilas.

—¿Puede usted decirme quien es el indecente que ha escrito esto?

Con el dedo le señalaba el párrafo del papelucho.

El periodista se le quedó mirando con mucha flema: era un joven desgarbado, de feísima y sucia dentadura, la frente aborregada y un malhumor de todos los diablos.

—Pues, suponga usted que he sido yo.

—Soy el general Sánchez Mena y ayer fuí á la procesión.

—Lo siento—respondió el civil.

—Necesito una satisfacción inmediata.

—En el terreno que usted quiera, general: aquí no se nos arruga el ombligo.

Valga la verdad, don Alvaro salió algo desconcertado de esta entrevista, porque él daba por seguro que el paisano se achantaría; pero no siempre sucede lo que el deseo nos promete. Fuese, pues, á encargar el asunto á dos amigos, menos acalorado ya, pero siempre resuelto á castigar al audaz periodista.

En estas graves diligencias invirtió Mena el resto de la mañana, y á eso de las dos regresaba á su domicilio. Iba relativamente sereno, porque fiaba en la discreción de sus amigos, pero no sabía que alguien había oído la escena del reto y que la noticia circuló velozmente mientras él parlamentaba con sus padrinos; ignoraba que Adrián y doña Mariquita habian ya tenido una conferencia sobre suceso tan inesperado y que el duelo más terrible era el que iba á empeñarse detrás de la puerta. En el umbral ya le dió un vuelco el corazón: Doña Mariquita en persona era la que abría; Adrián y Alberta estaban con élla; evidentemente, los tres se habían enterado.

—Hijos míos—dijo la de Mena—vosotros al comedor. Álvaro, ven; tengo que hablarte.

Él dejó la chistera y pasó con su mujer á la sala de recibir. La voz grave, de dulce metal, de doña María, se ayudó del relámpago cariñoso de sus ojos.

—Ya sé lo de tu desafío: no lo has pensado bien.

—Esas cosas no son necesario pensarlas, sino hacerlas.

—No, Álvaro, no. Tú eres juicioso y eso no lo harás.

—Sí, Mariquita, sí: soy militar y mi honra nadie la empaña y mi palabra es la de un caballero. Si no me desagravia públicamente, le mato.

—Ó él á tí.

—Enhorabuena.

—Pues yo no quiero enviudar ¿entiendes? Yo no quiero que te batas.

—Pues yo quiero batirme ¿entiendes? Prefiero que enviudes á que seas la mujer de un cobarde.

Doña Mariquita tampoco esperaba esto. Jamás había encontrado resistencia en su marido, y ahora la dureza de sus ojos le indicaba la ineficacia radical de la oposición.

—¿Y tus hijos? ¡En bonita situación nos dejarías!...

—El pan de la honra, es el más sabroso. Mis hijos podrán llorar, pero no se sonrojarán nunca de su padre. Además, no hay que pensar en eso: yo le mato.

—No, Álvaro no,—exclamó ella con voz profética—el

corazón me dá que no ha de ser así. Casi eres viejo, no te alucines, por Dios; lo seguro es que él te mata.

Mena miró un segundo á su mujer, fascinado. Luego abrió los brazos y dijo serenamente :

— Sea.

Entonces doña Mariquita varió de táctica; se abrazó estrechamente á su marido, pidióle con lágrimas y por Dios y, por los hijos de su alma, que no se batiése. Don Álvaro se enterneció, trató de calmar á su Mariquita y dijo que sólo un militar pundonoroso merecía una mujer tan buena. Con lo cual hubo una tregua en el combate y tiempo para recoger las ideas, pasado el fragor de las primeras descargas.

Y dijo la dama con gran dulzura y autoridad entonces:

—Yo quisiera que sin pasión alguna, sin preocuparte de otra cosa más que de la razón y el buen sentido, me dejases decir lo que pienso de ese desafío.

—¿Qué piensas? Vamos á ver.

— Pues que tú eres el que no tiene razón.

Mena hizo un gesto de cólera.

—Si te enfadas no lo diré.

—Dí lo que gustes.

—Ese hombre no te ha ofendido. Llamar mamarracho á un caballero de tus prendas es una majadería y nada más, y que tú parezcas mejor con hacha que con espada es una opinión particular é insignificante que en nada mancha tu honra ni la mía.

—Es que yo no tolero que nadie me llame mamarracho.

— No puedes poner un bozal á todos los perros, ni puedes dar entendimiento á todos los necios.

— Pero puedo darles una puntera.

La de Mena vió que no iba á ninguna parte, y esta convicción barrió todos sus propósitos de prudencia.

—Anda, pues, anda. Ve á que te maten, ya que es tu empeño. Sacrifica tu familia á una idea falsa y absurda del honor y del valor. Ya que eso está en tu código, cúmplelo. ¡Ah, Dios mío! ¡Cuánta razón tenía mi madre! ¡Necia de mí, haberme casado con un militar!

—¡Mariquita!—gritó él irritadísimo.—Te prohibo que hables así en mi presencia. Ten cuidado conmigo.

Adrián y Alberta acudieron al oir estos gritos. La de Mena estaba blanca, el general encendido y terrible; ellos se quedaron atónitos y temblorosos.

La tarde pasó en una mudez forzada y rencorosa, violenta para todos. Las visitas de oficiosos amigos fueron muchas y al día siguiente hubo gran jaleo de entradas y salidas, de conferencias y de avisos. Se supo que el encuentro había de ser el miércoles por la mañana, pero doña Mariquita no cayó en la cuenta del lazo que le tendían, sencillísimo, reducido á adelantar la hora del duelo.

El martes al anochecer la de Mena estaba reunida con sus hijos, intranquila y agobiada por la brevedad del plazo, cuando se oyeron sonar unas espuelas y acto seguido una voz grave y respetuosa.

—¿Dá vuecencia permiso?

Era un capitán de caballería, encargado de la espinosa misión de comunicar á la familia que el duelo se había llevado á cabo.

—Y felicito á vuecencia, porque mi general ha salido ileso, aunque traerá un pequeño rasguño (cosa insignificante) y para que vuecencia no se alarme y crea que es cosa mayor...

—¿Pero donde está mi marido?—gritó la dama, perdida, en la duda más horrible.

—Ahí llega, señora; ahí llega por su pie.

La verdad era que el general tenía un balazo á través del pulmón, que había perdido mucha sangre y que lo subían entre dos, en muy mal estado. El bravo caballero, después del balazo, quedó enteramente desenojado y manso : no le asustaba su herida, no le preocupaban sus dolores, lo que le hacía sufrir cruelmente era el pensar en la cara que pondría su mujer cuando le viese llegar de aquella manera.

Y llegó. Pero por encima de todas las debilidades y defectos de carácter, por encima de la educación y de los resabios heredados, se alzaba vehemente el amor realísimo, el amor humano. Sin aspavientos y sin ruído, doña Mariquita, Adrián y Alberta, recibieron al general en sus brazos; recibiéronle con besos y con lágrimas para que más presto sanase de la herida.

—¡Qué razón tenías, Mariquita!—murmuró humildemente don Álvaro.—Pero ya tú ves; era un caso de honra.

—No, tontín,—respondió élla con ternura—era un caso de sentido común.





R. LORENZALE EL ZAPATEADO

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

Yo les hubiera hecho todo el mal posible, sino fuera el que hasta aquí ha traído á Gunter y su acompañamiento. Yo he sido su guía en el país de mi señor. Por esto mi brazo infortunado no debe atacarlos.»

Así dijo al margrave el altivo rey Etzel: «¿Es así como me ayudáis, noble Rudiguero? Teníamos ya tantos muertos en este país, que no era menester aumentar el número: no habéis obrado rectamente.»

El noble caballero respondió: «Insultó mi valor y me reprochó los honores y los bienes que como obsequio recibí de vuestras manos; por esto al mentiroso le ha ocurrido esa desgracia.»

Llegó allí la reina que había visto la cólera con que el guerrero había herido al Huno. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo á Rudiguero: «¿Cómo hemos merecido, ni yo ni el rey, que aumentes nuestra aflicción? Siempre nos has dicho, noble Rudiguero, que por nosotros expondrías vida y honor; escucho que todos los guerreros te aprecian más que á nosotros.»

«Te recuerdo la fidelidad que me juró tu mano cuando me aconsejastes que tomara á Etzel por esposo, digno caballero, y que me ofrecistes servirme hasta la muerte de uno de los dos. Yo, pobre mujer, no me he encontrado nunca en tan amarga desgracia.»

«Verdad es, reina, que os juré dedicaros vida y honor; pero no juré perder mi alma, y yo he sido quien trajo á esta fiesta á los elevados principes.»

Ella respondió: «Acuérdate de tu juramento, Rudiguero, de tu fidelidad y de la constancia que prometistes en vengar mis ofensas.» El margrave contestó: «Yo no os negué ningún servicio.»

Etzel el rico, suplicó también, y ambos se arrodillaron á los piés del guerrero. Se veía conmovido al buen margrave, y el distinguido caballero dijo de este modo:

«¡Oh desgraciado de mí que he vivido hasta este día; menester es que me deshonre y que falte á mi fidelidad y á las virtudes que Dios manda! ¡Oh Señor del cielo; porqué no soy presa de la muerte!

«Cualquiera que sea el partido que escoja ó que deseche, siempre habré obrado mal, y que lo tome ó lo deje, todo el mundo me lo reprochará. ¡Quiera iluminarme el que me ha concedido la vida!»

Con instancia le suplicaron el rey y su esposa, y fué causa de que muchos guerreros fueran muertos por Rudiguero y de que el héroe mismo pereciera. Diremos ahora como ocurrió la sensible desgracia.

Sabía que no le podían ocurrir más que penas y aflicciones. Él hubiera abandonado con gusto al rey y á la reina, pues temía que si mataba á un héroe, todo el mundo se lo había de reprochar.

Aquel fuerte hombre dijo al rey: «Señor Etzel, recojed todo lo que de vos he recibido, tierras y ciudades; prefiero ir descalzo por extraños países.»

«Quitadme todos mis bienes, abandonaré vuestro país, y con mi esposa y mi hija de la mano, prefiero morir que faltar á mi buena fé; obré mal aceptando vuestro oro rojo.»

El rey Etzel contestó: «¿Quién me ayudará? Te daré mi reino con los que lo habitan, Rudiguero, si me vengas de mis enemigos, serás al lado de Etzel un poderoso rey.»

Rudiguero le respondió: «¿Como entrar en el combate? Los invité á hospedarse en mi casa, y amistosamente les dí de comer y de beber, haciéndoles además, regalos; ¿hé de contribuir yo á la muerte de éllos?»

«La gente podrá creer que yo soy cobarde, pero nunca negué mis servicios á esos príncipes y á los que los acompañan. Me arrepiento de la alianza que con ellos hice.»

«A Geiselher el héroe, dí mi hija; en la tierra no podía estar mejor casada, si se atiende á las virtudes y al honor, á la lealtad y á los bienes.»

Crimilda dijo entonces: «Muy noble Rudiguero, apiádate de mi aflicción y de la del rey; piensa que nunca en la tierra un rey recibió huéspedes tan terribles.»

El margrave contestó á la reina: «Hoy debe pagar con la vida Rudiguero, lo que vuestra afección y la del rey le han concedido: menester es que muera; esto no puede durar mucho.»

«Se que hoy mis ciudades y mis campos quedarán sin señor por la mano de esos héroes. Recomiendo á vuestra bondad mi mujer y mi hija y los muchos expatriados que quedan en Bechlaren.»

«Que Dios te lo pague, Rudiguero», le dijo el rey que lo mismo que la reina se sentía contento. «Nosotros cuidaremos de tu gente, pero tengo fé en mi fortuna; tú te salvarás.»

Él se lanzó á exponer su alma y su cuerpo. La esposa del rey Etzel rompió á llorar por lo que él le dijo: «Yo debo cumplir lo que os juré; ¡oh amigos míos! voy á luchar bien á mi despecho.»

Lo vieron separarse del rey muy afligido. Fué cerca de allí donde estaban sus guerreros y les dijo: «Menester es que os arméis, mis fieles, á pesar mío tengo que atacar á los Borgoñones.»

Los guerreros mandaron que fueran á buscar sus armas, y los de su acompañamiento les trajeron los yelmos y los escudos. Ésta triste noticia la supieron pronto los fieros extranjeros.

Se habían armado Rudiguero y quinientos de sus hombres; además, iban con él, doce guerreros que querían conseguir el premio de valor en el combate; no sabían que la muerte estaba muy cerca.

Se vió al margrave cubierto con el yelmo; aceradas espadas llevaban la gente de Rudiguero y embrazaban anchos y brillantes escudos. El músico los vió y sintió amarga pena.

El joven Geiselher vió venir á su suegro con el casco ceñido. ¿Como podría él suponer que no iba con buena intención? El noble rey sintió alegría en el corazón.

«¡Felices nosotros, amigos míos!» exclamó Geiselher, «que en el camino habemos conquistado buenos amigos. Por mi esposa conseguimos socorro: estoy contento por mi fe, del matrimonio que hice.»

«¡Qué os alegra!» dijo el músico; «¿cuando habéis visto que vengan con intenciones de paz los guerreros con el casco ceñido y la espada en la mano? Él quiere acrecentar á nuestra costa sus ciudades y sus campos.»

Antes que el músico hubiera terminado su discurso, el noble margrave estaba ante el palacio. Puso su escudo á sus piés; no podía ofrecer sus servicios ni saludar á sus amigos.

El noble Rudiguero dijo dirigiéndose á la sala: «Ahora, fuertes Nibelungos, es menester que os defendáis. Tenéis que rechazar mis ataques cuando debíais contar con mi amistad; es menester que la alianza se rompa.»

Esta terrible noticia abatió á los fuertes, pues ninguno pensaba que en su vida tendrían que combatir contra el que les había sido tan fiel.

«Quiera Dios del cielo» exclamó Gunter el héroe, «que tengáis aún misericordia, y nos manifestéis la buena fé de que hacíais gala; confio en vos y no haréis lo que habéis dicho.»

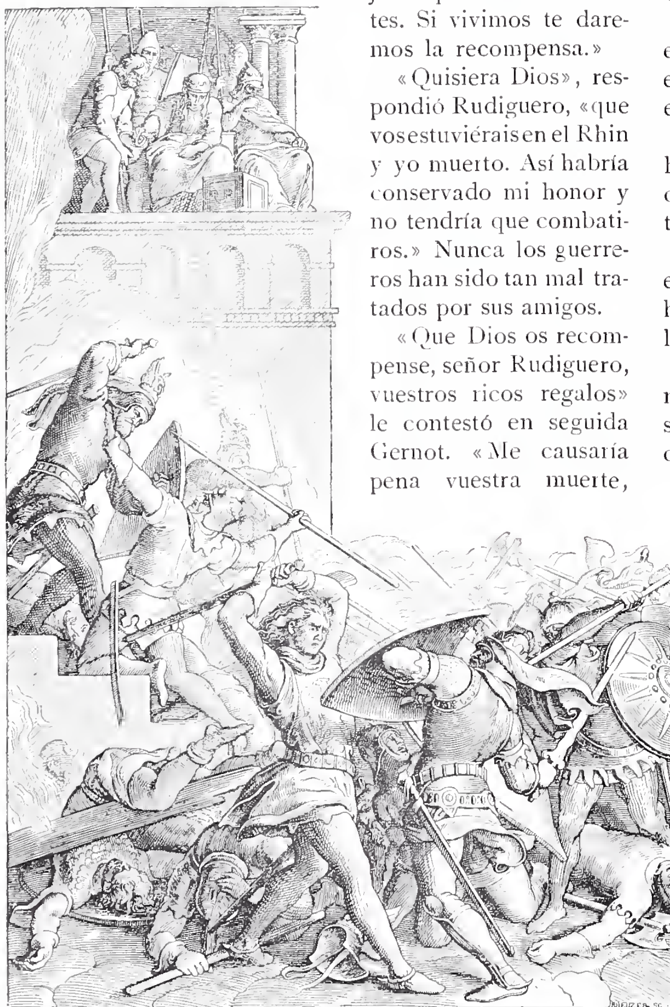
«No puedo hacer otra cosa,» contestó el fuerte guerrero, «debo combatiros como he prometido. Defended vuestras vidas héroes valerosos, si os son caras, pues la esposa del rey Etzel no quiere librarme de ésto.»

«Tarde nos provocáis», le replicó el altivo rey. «Dios os recompensará, muy noble Rudiguero, si conservais algo del afecto con que nos habeis tratado y lo demostráis hasta el fin.

«Si nos hacéis gracia, yo y mis amigos os serviremos toda la vida; acuérdate de los regalos que nos hicisteis cuando nos guiabas al país del rey Etzel, noble Rudiguero.»

«¡Bien quisiera hacerlo!» le respondió el héroe, «y que os pudiera dar más grandes regalos, como tenía esperanza de hacerlo; entonces no tenía que sufrir ningún reproche de la noble reina.»

«Detente, noble Rudiguero» le dijo entonces Gernot; «ningún príncipe recibió más amistosamente á los extranjeros que tú nos recibistes. Si vivimos te daremos la recompensa.»



«Quisiera Dios», respondió Rudiguero, «que vosestuvieraisen el Rhin y yo muerto. Así habría conservado mi honor y no tendría que combatiros.» Nunca los guerreros han sido tan mal tratados por sus amigos.

«Que Dios os recompense, señor Rudiguero, vuestros ricos regalos» le contestó en seguida Gernot. «Me causaría pena vuestra muerte, por las grandes virtudes que con vos perecerían. Aquí tengo vuestra espada, la que me habéis regalado, buen guerrero.»

«En esta desgracia no se ha separado de mí, y su filo ha dado muerte á muchos guerreros. Es fuerte y bien templada, brillante y buena; pienso que un guerrero no hará nunca mejor regalo.»

«Si no queréis renunciar á vuestro propósito, y uno de los amigos que aquí tengo es herído por vos, con vuestra espada os quitaré la vida; lo sentiré tanto, Rudiguero, como vuestra esposa.»

«Quiera Dios, señor Gernot, que así suceda, que en todo se cumpla vuestra voluntad, y que vuestro amigo, conserve la vida; yo os confiaré á mi esposa y á mi hija.»

Así respondió el Borgoñón, hijo de la hermosa Uta. «¿Por qué obráis así, señor Rudiguero? Los que están conmigo os quieren, mal hacéis atacándonos; váis á dejar viuda á vuestra hermosa hija.»

«Si vos y vuestros guerreros empeñan el combate en contra nuestra, me pagaréis mal la confianza que tuve en vos, mejor que en ningún otro hombre, cuando os pedí á vuestra hija por esposa.»

«Recordad vuestro juramento», dijo Rudiguero, «y si Dios os saca de aquí, muy noble rey, que mi hija no padezca por causa mía; hacedlo así por vuestras elevadas virtudes.»

«Así lo haré», contestó el joven Geiselher, «pero si mis ilustres parientes y los que están con nosotros en la sala tienen que morir, se romperá la alianza con vos y con vuestra hija.»

«Dios tenga piedad», dijo el fuerte guerrero. Levantó el escudo, y todos hicieron lo mismo para atacar á los extranjeros en la sala de Crimilda. Hagen gritó desde la escalera:

«Detente un momento, muy noble Rudiguero, aun no hemos dicho ni yo ni mis señores cual es nuestra desgracia. ¿Qué ventaja será para Etzel la muerte de estos extranjeros?»

«Estoy en gran cuidado», añadió Hagen, «porque el escudo que la señora Gotelinda me había regalado, lo han agujereado los Hunos en mi brazo: amistosamente lo había llevado en el país de Etzel.»

«Quiera Dios del cielo concederme un escudo tan bueno como el que ahora embrazáis, muy noble Rudiguero; si lo tuviera no me sería necesario en el combate llevar casco.»

«Bien quisiera regalaros mi escudo, si me atreviera á hacerlo en presencia de Crimilda. No importa, tomadlo, Hagen y ceñidlo á vuestro brazo: ¡Oh! ¡así podáis llevarlo á Borgoña!»

Cuando le vieron ofrecer generosamente su escudo, los ojos de muchos vertieron amarguisimas lágrimas. Fué su último regalo; después Rudiguero de Bechlaren no regaló nada á ningún guerrero.

Por furioso y colérico que estuviera Hagen, se conmovió al recibir el regalo que le hacía aq buen guerrero, tan próximo á su fin. Muchos nobles caballeros lloraron con él.

«Dios os lo recompense, muy noble Rudiguero. Nunca tendréis semejante que haga á los guerreros tan magníficos regalos. Dios permitirá que vuestra virtud sea eterna.»

«Esta noticia ha aumentado mis desgracias», añadió Hagen, «habíamos sufrido ya grandes pesares y me quejo á Dios de tener que combatir con los ami-

gos.» El margrave replicó enseguida: «Para mí es también un terrible pesar.»

«Tendré en cuenta vuestro regalo, noble Rudiguero: sea lo que sea lo que estos guerreros hagan en el combate, nunca os herirá mi mano aunque matárais á todos los Borgoñones.»

Al escuchar esto el buen Rudiguero, dió las gracias. La gente toda lloraba. Era una horrible pena no poder evitar aquel encuentro. Rudiguero, el padre de todas las virtudes, iba á morir.

Desde lo alto de la escalera, dijo Volker: «Ya que mi compañero Hagen ha hecho la paz con vos, también os respetará mi mano. Bien lo habéis merecido desde que llegamos á vuestro país.»

«Muy noble margrave, sed mi mensajero: estos rojos brazaletes me los regaló la señora Gotelinda, para que me los pusiera en esta fiesta: vedlos en mis brazos y sed testigo de ello.»

«Quisiera el Dios del cielo, dijo Rudiguero, que la margravesa os pudiera regalar más. Haré saber la triste noticia á mi querida esposa, si la vuelvo á ver alguna vez.»

Después de hacer esta promesa, Rudiguero con el alma inflamada levantó el escudo: sin tardar más se arrojó contra los extranjeros el héroe valeroso. Fuertes golpes descargó allí el rico margrave.

Volker y Hagen estaban lejos, según aquellos buenos heroes lo habían prometido. Pero delante de la puerta halló tantos bravos que Rudiguero emprendió la pelea con gran cuidado.

Con mortal intento lo dejaron entrar en el palacio. Gunter y Gernot lo sentían mucho, como héroes que eran. Geiselher se apartó á su pesar, esperaba la dicha y no quería encontrarse en el combate con Rudiguero.

Los guerreros del margrave, siguiendo á su señor con gran valor, lanzáronse contra sus enemigos; llevaban en las manos afiladas espadas, con las que hendieron muchos yelmos y muchos brillantes escudos.

Los extranjeros dieron también á los de Bechlaren muchos violentos golpes que, partiéndoles las corazas, les llegaron á los huesos. En la batalla realizaron infinidad de prodigios.

La noble compañía había penetrado en la sala. Volker y Hagen salieron á su encuentro sin perdonar á nadie más que al jefe. A sus golpes la sangre brotaba de debajo de los cascos.

El choque de las espadas producía un triste ruído y á los golpes, los adornos de los escudos caían perdiéndose en la sangre. Era tan furiosa la lucha, que nunca se había visto otra semejante.

El jefe de los de Bechlaren saltaba de una parte á otra, deseando poner de manifiesto su valor en el combate. Aquel día Rudiguero probó que era un guerrero valiente, fuerte y digno de alabanza.

Los guerreros Gunter y Gernot, permanecían fuertes y mataron á muchos héroes en el combate. Geiselher y Dankwart no estaban lejos, y por ellos muchos vivieron su último día.

Rudiguero demostraba que era valiente, fuerte y que estaba bien armado: ¡á cuantos héroes mató! Viendo esto un Borgoñón, se sintió poseído de cólera y acordó la muerte del muy noble Rudiguero.

Gernot el fuerte, gritó al héroe, diciendo al margrave: «No queréis dejar escapar con vida á ninguno de mis hombres, muy noble Rudiguero. Esto me aflije mucho y no puedo tolerarlo por más tiempo.»

«Ya que me habéis privado de tan gran número de mis amigos, vuestro regalo os causará daño. Venid hacia mi, noble y fuerte hombre: haré por merecer el obsequio que me habéis hecho.»

Antes que el margrave llagara á donde estaba Gernot, dejó tintos en sangre muchos buenos arneses. Lanzáronse el uno contra el otro, parando cada cual los terribles golpes que el contrario le asestaba.

Eran tan cortantes sus espadas, que no podía detenerlas nada. El héroe Rudiguero hirió al rey Gernot por debajo del yelmo, y brotó la sangre á caños; pero se lo devolvió con aumento aquel caballero fuerte y bueno.

Esgrimió en sus manos la espada que le había regalado Rudiguero, y aunque herido de muerte, le dió tan terrible golpe que cayó sobre la celada después de partir el duro escudo. El fuerte Rudiguero tenía que morir.

Nunca tan rico regalo fué peor recompensado: herido el uno por la mano del otro, Gernot y Rudiguero cayeron en la lucha. Hagen se tornó furioso al presenciar aquella catástrofe.

Así dijo el héroe de Troneja: «Nos ha sucedido una horrible desgracia, pues con esos hombres tenemos una pérdida que no compensaremos, ni reparará su pueblo ni su país. Que los de Rudiguero sufran la pena.»

Ni uno ni otro bando se daban tregua: muchos que caían sin heridas, hubieran podido librarse, pero era tal el tropel, que los que no eran alcanzados en el combate, se ahogaban en la sangre.

«¡Ah! ¡mi hermano ha muerto aquí! por todas partes nos cerca la desgracia. Siempre lamentaré la pérdida del buen Rudiguero: los dos partidos pierden, y nuestra pena es grande.»

Cuando el joven Geiselher vió muerto á su hermano, puso en grave apuro á todos los que habían entrado en la sala. La traidora muerte recogía de pronto á los de su acompañamiento: de los de Bechlaren no quedó ni uno.

Gunter y Hagen y también Geiselher, Dankwart y el terrible músico Volker, los buenos héroes, acudieron al lugar en que los dos estaban tendidos, y los guerreros lloraron la terrible desgracia.

«La muerte es terrible con nosotros», dijo el joven Geiselher. «Dejémonos de lágrimas y pongámonos al aire para que se refresquen nuestras armaduras: temo que el Dios del cielo no nos deje vivir mucho tiempo.»

Sentáronse muchos de los hombres que allí se veían; estaban muy cansados. Los que habían acompañado á Rudiguero yacían muertos; el ruído había cesado y tanto duró el silencio que Etzel se irritó.

«¡Oh! ¡desgraciada de mí!» exclamó la reina. «No nos ha cumplido lo que dijo, y la mano de Rudiguero no ha bastado para destrozar á nuestros enemigos; los dejará que vuelvan á Borgoña.»

«¿De qué nos sirve, rey Etzel, que le hayamos dado todo cuanto ha querido? Él no ha obrado bien. El que debía vengarnos, quiere hacer la paz.» A estas palabras respondió Volker el audaz guerrero:

«No ha sucedido como dices, noble esposa del rey. Si me atreviera á decir que es mentirosa tan elevada señora, diría que á propósito de Rudiguero ha dicho diabólicas mentiras. Él y sus guerreros han muerto sin proponer la paz.»

(Continuará)

POR ESOS TEATROS

Cierre de teatros. — La compañía de ópera del Tívoli. — Las compañías de Novedades y Eldorado. — « Tempestad en la sombra » de Nani. — « La gobernadora » de Benavente. — Versión castellana de « ¡ Libertad ! » — « Las alegres comadres de Windsor ». — « Raimundo Lulio » de D. Joaquín Dicenta.

A raíz de nuestra última revista, la actividad que se notaba en nuestros teatros era inusitada, contrastando notablemente con la calma de esos últimos días, en que han cerrado sus puertas la mayoría de los de Barcelona, no permaneciendo abiertos más que los de la Gran Vía y del Tívoli.

En este último continúa obteniendo los aplausos del público la compañía de ópera que, dirigida por el Maestro Baratta, ha hecho las delicias de los aficionados con las obras más selectas del repertorio antiguo y moderno.

Entre las temporadas de *ópera barata*, dejará siempre un grato recuerdo la actual del Tívoli, pues habrá sido de las mejores, ya que la empresa se ha desvelado por dar gusto al público, variando á menudo el cartel, tanto por lo que se refiere á las obras como á los intérpretes.

En el género cómico y en el dramático nos ofrecieron durante la primera quincena del mes las compañías de la señora Pino y del señor Thuillier, en Novedades y en el Eldorado respectivamente, algunas obras nuevas, aunque pocas de ellas notables.



R. OPISSO — A BAÑARSE

Una de las mejores es sin duda el dramita en un acto « Tempestad en la sombra » del italiano Nani, estrenado en el primero de dichos teatros con motivo del beneficio del distinguido actor señor Morano. El asunto de la obra es altamente dramático. Un pintor ciego, después de algunos años de no ver la luz, adivina en el ambiente que le rodea la infidelidad de su esposa. La angustia del personaje al adivinar su desgracia y la desesperación que se apodera de él al cerciorarse de la verdad de su presentimiento, están pintados en la obra de Nani con singular maestría, habiendo dado lugar á que el señor Morano crease el tipo con una verdad y una fuerza no comunes en los actores castellanos, sobretodo teniendo en cuenta que para conseguir su objeto no rebasó nunca los límites de una sobriedad *bien entendida*.

En el mismo teatro estrenóse la comedia del señor Benavente « La Gobernadora », obra de costumbres en la que se pintan al vivo los vicios y defectos de nuestra administración, uno de cuyos mayores inconvenientes es el nepotismo imperante en todos los centros dependientes del poder central.

Un gobernador bonachón, un bendito sin pizca de trastienda, al cual domina por completo su mujer, domina

da á su vez por el secretario particular del marido, es lo que á servido de base al señor Benavente para escribir su comedia, en cuyo desarrollo no ha demostrado la traza de otras veces, debido sin duda á su afán de querer fustigarlo todo, el cual ha impedido que el espectador se hiciera verdadero cargo de la intención que tuvo al escribirla.

De todos modos la comedia es entretenida y animada, proporcionando algunos ratos de solaz y esparcimiento gracias á la animación de las escenas que la componen y al sinnúmero de chistes de que están esmaltadas.

Lo cual puede afirmarse también de la de Santiago Rusiñol, titulada «¡Libertad!» cuya versión castellana, hecha con singular pulcritud por el mismo señor Benavente, nos presentó también la compañía Pino.

Lo estrenado por el señor Thuillier en las últimas semanas de su campaña en el Eldorado, ha sido poca cosa, tanto por el número como por la calidad de las producciones. Y eso que había entre ellas «Las alegres comadres de Windsor» del incomparable Shakespeare, comedia verdaderamente notable que no llegó á entender el público, debido, en parte, á los escasos méritos de la adaptación á la escena castellana, hecha por los señores José de Roure y González Llana. Tal como nos la presentó la compañía Thuillier, la obra, mutilada en algunas de sus partes con singular desparpajo, resulta en ciertos pasajes una traducción de las que el malogrado Ixart solía llamar más literales que literarias.

De manera que, así como á trechos pecan los arregladores por carta de más, pecan en muchas ocasiones por carta de menos. Por eso la producción no conserva del original otra cosa que el esqueleto y aun destrozado en algunos puntos.

Al arreglo de «Las alegres comadres», siguió «Raimundo Lulio», original de don Joaquín Dicenta, drama en el cual su autor, si bien demostró la experiencia adquirida durante los muchos años que ha bregado en cosas de teatro, no llegó á triunfar del público, á causa de la inconsistencia de la trama y del poco partido que supo sacar del asunto, con ser éste uno de los más soberbios que hayan podido inventarse. El Raimundo Lulio del señor Dicenta, no es más que una variante del Tenorio. Ni un solo destello de inspiración, ni una frase que den la medida justa de lo que era el personaje.

Lo cual no impidió que una parte del público aplaudiera estrepitosamente la obra, llamando al autor á la escena.

Un Espectador

HOJEANDO LIBROS

Colección Calón.— «Horas grises», Poesías de Luis Romano, con prólogo de Miguel de Unamuno. «Frivolidades», Artículos de César Real y Rodríguez, con prólogo de M. R. Blanco Belmonte.

«Horas grises» es un pequeño volúmen de composiciones poéticas, en el que su autor, don Luís Romano, demuestra muy excelentes dotes para el cultivo de la poesía en sus diversos géneros y especialmente en el descriptivo.

La reja en la sombra,
la vega en silencio;
Granada dormida
y allá, allá en el cielo,
tachonado de blancas estrellas,
la pálida luna
que vela amorosa su plácido sueño.

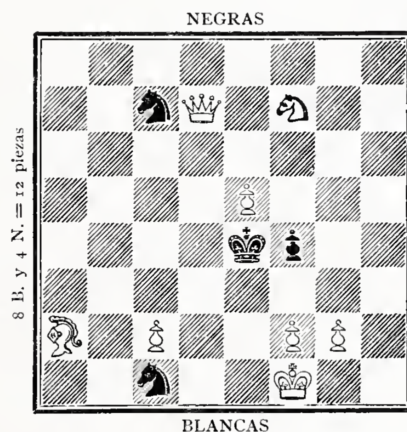
He aquí, vigorosamente apuntado, un cuadro de todo punto sugestivo, que no desdeñarían firmar autores de mayor renombre que el del libro que nos ocupa, libro al cual no desmerece el de la misma colección titulado, «Frivolidades», debido á don César Real y Rodríguez y compuesto de una serie de pequeños trabajos en prosa pintoresca y atildada. En ellos demuestra su autor muy apreciables cualidades de observador finísimo y de escritor culto.

«Dos monólogos», por don Luís M. Blázquez.

Trátase de dos pequeñas obritas, dos lindos monólogos escritos el uno en prosa y el otro en verso, correspondiendo el primero al género dramático y el segundo al cómico y siendo la lectura de ambos agradable por igual.

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 51.— Dr. A. W. Galitzki



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

Solución al problema 50, por J. Dusold

Blancas	Negras
1. D 1 C R	1. A 8 C D
2. T 5 R jaque	2. juegan
3. D 6 P mate.	

Variantes: Si... A toma D; 2. P 4 A D jaque, etc. — Si... P 4 R; 2. D toma P, etc. — Si... R 4 A; 2. T 5 R jaque, etc.


HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO

FEMINISMO



... y por eso digo á ustedes que las mujeres hermosas y desamparadas no tenemos otro medio de sacudir el yugo del hombre que la emancipación del sexo...

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

En Calabria se dan los bandidos como en Valencia se dan las chufas. Y este producto de la tierra calabresa es estimado y honrado como se merece, porque lleva en sí un sello de originalidad y un prestigio histórico que ya quisieran tener los míseros paises decadentes, tan pobres de savia y tan encanijados que sólo dan ya criminales menores y asesinos chapuceros como Cecilia Aznar, incapaces de herir la imaginación popular y de hacerse querer de veras por los honrados hijos del terruño. Ahí tenemos al simpático Musolino, malogradamente puesto á la sombra desde hace poco: no sólo se ganó las ardientes simpatías de las mujeres italianas de todas las clases, no sólo ha logrado los honores de la controversia en toda la península y la aureola del héroe lengendario entre los moradores del Sud, sino que ha tenido la suerte de conseguir hasta un crítico malévolo. El Sr. Morasso, en la *Revista Moderna*, se desahoga llamándole asesino, maleta, cobarde, hombre vulgar, y diciendo que ni en la manera de perpetrar ni en el propio carácter ha mostrado Musolino rasgo alguno *pintoresco*. Este dardo es el que ciertamente escocerá más al digno *penado*, pero no le regateará nadie, ni el Sr. Morasso, el servicio que ha prestado á la ciencia y á la humanidad echando un jarro de agua fría sobre el áscua creadora del profesor Lombroso: Musolino no tiene los estigmas del criminal nato.

Triste es reconocerlo, pero el facineroso novelesco va escaseando relativamente en la Italia meridional y, lo que es peor, bastardea de su genial linaje. Mas ¿en qué nación no se apolilla una ú otra de las glorias más preciadas? En Francia, por ejemplo, disminuyen los duelos. Fijarse bien en esto: si una institución tan culta y un ejercicio corporal tan saludable como el duelo francés decae en el aprecio público ¿qué puede augurarse de otros institutos de función menos obvia, como la Legión de Honor ó la Academia Francesa? M. Emilio Faguet, académico de meollo, nos cuenta que no solamente los duelos escasean, sino que raras veces son fatales. Tenía yo desde muy atrás opiniones fijas sobre la escasa mortalidad del desafío clásico, sobre la benignidad del código del honor y sobre la sanísima intención de los combatientes, pero no podía corroborarlas mejor tinta. Monsieur Faguet atribuye la inocuidad de los espadachines franceses á la excelencia de los padrinos. *Connu, farceur:* los padrinos traspirenáicos tienen la delicada misión de embotar la punta y el filo de los sables, sisar la pólvora, medir la distancia á ojo de buen padrino, etc. Todo eso me parece muy bien, pero si así es ¿qué necesidad hay de la flamante «*Ligue contre le duel*»? M. Faguet se ha dignado inscribirse en ella cuando ha visto que su objeto era predicar en todas partes la estupidez de dicha institución, pero lo que no puedo entender qué pito tocan en esa liga los partidarios del duelo, sobre todo si son académicos y se les supone sanidad de la mente. M. Faguet, no es enemigo del duelo, sino de su profanación; lo que él juzga que desde luego se podria y se debería suprimir, es el batirse con poca formalidad: *tous les petits duels bêtes*. Mas es dudoso que los aficionados á este deporte tengan en cuenta los pareceres de los ligueros, porque la raiz del obrar no está en el entender, sino en el querer. Los argumentos más contundentes no hacen mella alguna en las voluntades mal dispuestas, como se ha visto en la catástrofe de San Pedro de la Martinica. Durante cien años la isla no ha cesado de tener augurios en los espantosos terremotos que la han sacudido; todos estaban persuadidos de que tarde ó temprano el volcán reventaría, pero los más supersticiosos se tomaban mil años de tiempo para arreglar los preparativos de la mudanza. ¡Podemos mirar con sonrisa tan burlona un peligro remoto y es tan cómodo alejar los plazos desagradables! Una ciudad conozco yo (no revelaré su nombre) que viviría en perpétua zozobra si no aplazase el día de su catástrofe. En cuanto llueven cuatro gotas, ya está con el agua al cuello; organízanse los socorros en barca por las calles, hay que subir á los tejados para deliberar en seço y los amantes de distinto barrio tienen que hablarse con portavoz. Pues bien; eso se considera allí como una diversión: los ricos organizan tertulias en los desvanes, los pobres hacen *juerga* y chillan hasta que les llevan condumio y vino, y todos los días se manda al Gobernador cierto telegrama urgente, que pone los pelos de punta y que se saben de memoria los damnificados y... los gobernadores, cierto telegrama que siempre lleva prevenido todo alguazil en todo bolsillo, cierto telegrama mágico que termina con las palabras del ábrete sésamo: *Pan y bacalao!*



Y así los obreros huelgan gozosamente gracias á la providencial inundación. Verdaderamente están en su derecho al aprovecharse de las circunstancias, ya que donde las dan las toman. Los paternales gobiernos lo mismo reparten pan y bacalao que reparten palo: eso es según la fuerza de las circunstancias. En los Estados Unidos de América, que son la Meca de la democracia, como dijo Castelar, se pueden observar estos fenómenos en su sencillez elemental: allí se reconocen y practican todos los derechos; el de trabajar, el de holgar, el de fastidiar y el de patear. Existen allí hordas vagabundas de bárbaros civilizados que se llaman *hobos*, los cuales hobos, ó dígase obreros nómadas, participan de la naturaleza del hombre y de la naturaleza de la langosta. El hobo bebe por regla general mucho más de lo que necesita para salvarse y recibe en especie el estipendio de su trabajo, pero como ilustración práctica del principio de libertad individual, nunca se sabe si un hobo aguantará la labor más de tres días ó solamente tres horas. En cambio, cuando los hobos llegan á un distrito nuevo donde hay escasez de brazos ó de bestias de carga, los ciudadanos de la gran república arrameten con ellos, los echan como fardos en las carretas y los expiden á los campos donde hacen falta y donde es seguro que sudarán lo que hayan bebido. Las cosas de este mundo son ó no son tolerables segun el nombre que se les pone, radicando en esto su bondad intrínseca. El arrebato colectivo de *hobos* se llama en el pais *body-snatching*, que significa *rapto de cuerpos*, con lo cual queda perfectamente legitimado en un pais cristiano, ya que á las almas se las deja en libertad absoluta.

Otra práctica americana de alta filosofía se relaciona con el problema económico. A los europeos no se nos ha ocurrido nunca ensayar la influencia benéfica de la música en la cantidad y calidad del trabajo. Cierto es que en Londres, en Holborn, hay un restaurán donde se come con orquesta; pero por la clase especialísima del trabajo no me atrevo á asegurar que el experimento tenga un valor apreciable. Al revés en las plantaciones del Sud de los E. U. se considera necesaria la música en todo negocio bien entendido: un sexteto toca todas las tardes desde las dos hasta el anochecer y el resultado tangible es un 30 por ciento en la cantidad de labor desempeñada por los negros. Supongo que el color de la piel no influirá en el resultado de este experimento y propongo que en lo sucesivo no se monte ningún taller de calderería y forja sin un piano decente; pero ya me figuro que esta excitación culta y desinteresada será desoida. ¡Somos tan rehacios y tan tardos en adoptar las cosas buenas del extranjero!

En desquite, los extranjeros se apresuran á imitar nuestros cantos bélicos, parte no despreciable de la herencia poética que nos han legado nuestros mayores. La Revista *Good Words*, en el frenesí patriótico de la coronación, se ha corrido con 50 libras para la mejor oda alusiva al acto. Con lo cual ha venido á demostrarse que en el imperio de Eduardo VII abundan más las odas que las libras, porque al certámen han concurrido 1084 poetas, entre blancos y de color. El codiciado premio se lo ha llevado un clérigo escocés, Mac Lean Watt, y con razón, porque se le ha ocurrido un símil muy poco sobado. Dice que «las huestes de Inglaterra siguieron á su bandera hasta que el mundo tembló bajo sus plantas». ¡Qué apagada, qué timida y ñoña aparece esta imagen ante los ojos del español neto, que se sabe de memoria la fulgurante estrofa del «Dos de Mayo!»:

« *Tembló el orbe á tus legiones*
» *Y de la espantada esfera*
» *Sujetaron la carrera*
» *Las garras de tus leones.* »



O. JUNYENT ACUARELA



POUS Y PALAU SOBERBIA

El Observatorio del "Mont-Blanch"

M. J. Vallot, sabio é intrépido fundador del Observatorio meteorológico, físico y glaciario del *Mont-Blanch,* acaba de publicar los volúmenes IV y V de los *Anales* del Observatorio.

Es cosa altamente atractiva é interesante seguir en esta hermosa obra las diversas peripecias de la lucha científica emprendida contra las dificultades de la naturaleza, contra la nieve, contra el hielo y contra el frío á 4.358 metros de altitud. Esta es la situación, única en el mundo, en que resueltamente ha plantado M. J. Vallot su Observatorio.

El sabio ingeniero y meteorólogo nos participa este año, como, sin haber recibido desahucio de ningún género, tuvo que marcharse de aquella región de todo punto interesante pero también inconfortable. Pero lo más original fué que partió llevando con él su observatorio, practicando la máxima célebre del filósofo Bias: *Omnia mecum porto.*

El Observatorio había sido emplazado, en un principio, á poca distancia de la cima, en un sitio recomendable sobre todo por la facilidad y la rapidez con que podía verificarse en él la edificación. No hay que perder tiempo para construir á 4.358 metros de altitud, en un paraje donde hay que soplarse á menudo los dedos á causa del frío.

El pequeño edificio científico fué pues, construído sobre una gran roca plana, la cual no rebasaba más que de algunos centímetros el campo de nieve que cubre el monte.

Durante tres años la cosa no ofreció dificultad. Pero sobrevino un período terrible de nieves: la construcción mantúvose firme, aguantando el viento y las borrascas y, debido á su resistencia obstinada, llegose á acumular á sus lados gran cantidad de nieve, empezando el campo á aumentar su nivel.

¡Lucha terrible! M. Vallot, creyendo el percance un contratiempo pasajero, hizo retirar la nieve por una brigada de obreros. Pero la invasión era formidable y, en vez de las palas de que los obreros se servían vióse obligado á proveerse de grandes sierras, con las cuales mandaba aserrar la nieve congelada, formando con ella grandiosos bloques que, cargados sobre un trineo, eran precipitados por una pendiente.

También este recurso fué pronto insuficiente: la nieve, convertida en mar, seguía subiendo, lo cubría todo, sumergía el Observatorio.

No quedaba otro recurso que marcharse. Esto es lo que hizo M. Vallot. Pero como no era del caso abandonar la partida científica, no hizo más que replegarse sobre una roca vecina, donde, en 1892 había construído un refugio para los *touristes.*

Esta roca tiene la forma de un timón de navío y viene á pique: la nieve intenta tenazmente asaltarla, pero es desdeñosamente recibida, no logrando nunca su objeto. Por lo cual fué instalado allí el nuevo Observatorio.

En 1898 M. Vallot establecióse en compañía de veinte obreros en la antigua construcción completamente sepultada en la nieve, llevando en ella durante cuarenta y cuatro días, según el mismo reconoce, una verdadera vida de esquimal. Si cumple su promesa, algún día nos sorprenderá con la narración de aquella vida, narración que nadie debe cansarse de solicitar, pues será sin duda emocionante y de gran interés. Entretanto, puede afirmarse que el nuevo Observatorio, puesto sobre su emplazamiento en mes y medio de trabajo encarnizado, mide 10 metros de largo por 6 de anchura, cuatro metros de altura en el centro y 2 en ambos lados. La arista rocosa ha sido reforzada por un muro de contención de 15 metros de largo por 5 de altura y 2 metros de espesor, el cual completa la defensa del timón contra la nieve.

El Observatorio, que posee un hermoso espacio entre la roca y el muro de contención, tiene menos departamentos pero más grandes que el antiguo. Comprende un cuarto laboratorio para el director, otro destinado á los sabios huéspedes del observatorio, un comedor común, una cocina, con alojamiento para los guías, un taller de reparaciones y un granero que coje la mitad de la construcción. Los sótanos sirven para la conservación de las provisiones de carne fresca y de combustible. La construcción es de madera y de doble pared, revestida de cobre, *blindada* como un navío, lo cual la asegura contra las filtraciones y garantiza la conservación del calórico en el interior. Por medio de señales ópticas comunica con la estación correspondiente de Chamonix. En fin, el amparo meteorológico ha sido fijado en un sitio adecuado y la nieve no puede sumergirlo.

En 1898 el Dr. Andressen de Berlín fué allí á determinar con éxito la influencia del espesor atmosférico sobre los rayos amarillos. El profesor

Cora, de Turín, verificó también allí estudios geográficos apreciados por todo el mundo. Además, 180 *touristas* han recibido hospitalidad en el Observatorio.

En 1899 M. Vallot estuvo allí trece días en compañía de M. M. Juan y Luís Lecarme, de París, y con el barón de Gonmoëns realizando experimentos sobre la telegrafía sin hilos, los cuales fueron comunicados á la Academia de Ciencias. Mme. de Vallot, quedóse en Chamonix, encargándose de las manipulaciones eléctricas de la estación subalterna: lo cual vale tanto como decir que tan delicada labor estuvo en buenas manos.

En Agosto de 1900 estuvo M. Vallot en el Observatorio durante 17 días con las mismas personas, á las cuales se había añadido M. Collet, estudiante de Ciencias Físicas de Ginebra. A pesar del mal tiempo, persistente por desgracia, pudieron efectuarse buenos trabajos.

No es posible resumir, en una simple nota, todos los documentos interesantes que vienen á añadirse á los precedentes en los nuevos volúmenes de los «*Anales del Observatorio del Mont-Blanc*» Lo que si podemos decir es que M. Vallot prosigue sus pesquisas sobre los torbellinos, estudiados según los movimientos simultáneos del estatoscopio y de la veleta. También ha emprendido el estudio fisiológico de la aclimatación del hombre en las regiones altas y de los cambios que provoca en la respiración y la circulación de la sangre. El barón de Gonmoëns así como M. M. Juan y Luís Lecarme, no solamente asisten á M. Vallot en sus experimentos, sino que se someten personalmente, con una buena voluntad á la cual es preciso rendir homenaje, á sus ensayos fisiológicos.

M. Enrique Vallot, digno colaborador de su hermano, continúa su importante trabajo del Mapa del *Mont-Blanc :* Mme. de Vallot, busca la influencia de la altitud sobre la descomposición del papel fotográfico y estudia la actinometría química, así como la velocidad de los torrentes.

Merece atención, en los nuevos volúmenes de los *Anales,* un importante trabajo sobre los movimientos del *Mar glacial,* recorrido por el director del Observatorio de 1891 á 1899.

He aquí el breve resúmen de este nuevo capítulo de una de las más bellas empresas científicas que se llevan á cabo actualmente. Sus activos é incansables autores merecen ya la más viva admiración y los impulsos de la ciencia universal, de lo cual reciben diariamente testimonios venidos de todas las partes del mundo, testimonios á los cuales se suman, con la expresión de la mayor simpatía, los más vivos deseos para el éxito completo en el cumplimiento del amplio é instructivo programa que se han trazado.

MAX DE NANSOUTY



F. DOMINGO — ESTUDIO



BARRACAS DE LA HUERTA DE VALENCIA



LAS GRUPAS (COSTUMBRES VALENCIANAS)

García, fot. - Valencia

LAS DOS HERMANAS

Rogelia y Anita E... habían quedado huérfanas en los primeros años de su juventud. Educadas por un tío, que no se había impuesto otro deber que el de amarlas, cada una de ellas había crecido entregada á sus propias inclinaciones, sin tener más educación que la que la proporcionaran las circunstancias. Pero el mundo es un libro peligroso para quien lo estudia sin preceptor y guiado sólo por su inexperiencia y sus pasiones: en lugar de leer lo que se encuentra en él, vemos á menudo lo que queremos encontrar, y faltos de un guía que nos reprenda, nuestras prevenciones llegan á ser preceptos y nuestros errores principios.

Esto precisamente sucedió á la joven Anita. Dotada de una imaginación viva y de una voluntad firme, pero de un carácter absoluto, habíase acostumbrado á no titubear jamás en sus resoluciones y á mostrarse impasible para con los demás, como lo era para consigo misma.



La intolerancia de la juventud, que no es otra cosa que la inexperiencia de la vida, habíase transformado en ella en una especie de regla de conducta: sentía vivamente, juzgaba según la sensación y obraba sin moderar sus repentinos arranques. Resultaba de esto lo que era lógico y natural: un rigor y una prontitud cuyas consecuencias convertíanse frecuentemente en pesares. La práctica de la vida no le había enseñado aún que las mismas virtudes, para ser humanas, necesitan atemperarse con la ternura y la paciencia.

Felizmente, Dios había puesto á su lado la más dulce de las enseñanzas, esto es el ejemplo de su hermana. Tan animosa como sincera, Rogelia era menos implacable. No era uno de esos corazones novelescos que no saben doblegarse ni esperar.

Contando algunos años más que Anita, había aprendido á conocer que la existencia terrestre no es más que un cambio de indulgencias, de beneficios, de perdón y que el papel de Radamanto no pertenece á naturalezas mortales. Muchas veces había detenido á Anita en

sus resoluciones extremas, pero la joven hermana se rebelaba contra las indulgentes amonestaciones de Rogelia, y rehuía consultarla con el fin de evitar las objeciones.

Desde la muerte de su tío, sobre todo, Rogelia había llegado á ser el verdadero jefe de la familia y ejercía este título con una autoridad que Anita no se atrevía á contrarrestar, pero á la que, en determinadas circunstancias, esforzábase en oponer obstáculos.

Una dolorosa ocasión se le presentó, á propósito de su prometido Emilio M... Habíase señalado ya una fecha muy próxima para el casamiento, y esperando el día prefijado se había establecido una correspondencia entre ambos prometidos. Las cartas de Emilio, ausente de su lado, eran afectuosas, pero generalmente cortas, lo cual disgustaba á Anita y movíala á dirigirle muy ásperas reconvenciones. El joven se disculpaba con los infinitos negocios de la casa de Londres, á la cual se acababa se asociar, y con su vista un poco fatigado. Esta última escusa inquietó grandemente á la joven, por cuanto Emilio había estado amenazado ya, en otra ocasión, de una oftalmía grave. Anita se informó con su acostumbrada vivacidad de la naturaleza y de la gravedad del mal: pero Emilio respondió con ligereza y chanceándose, á fin de tranquilizarla completamente.

No obstante, su correspondencia iba siendo cada día más breve y más rara. La fecha señalada para el casamiento se acercaba, y Emilio pretextó cierto negocio, que le obligaba á aplazarla para más adelante.

Al recibir esta carta una llamarada de indignación encendió el rostro de la joven: luego palideció densamente, y por primera vez sintió en su pecho los efectos de la duda. Incapaz de disfrazarla, escribió á su prometido advirtiéndole que su promesa no debía encadenarle y que si titubeaba en cumplirla, ella no le manifestaría su despecho ní rencor, pero lo que unicamente reclamaba era sinceridad.

Emilio contestó por medio de un billete que sólo contenía algunas líneas, cuya confusa escritura probaba la precipitación con que fueron trazadas, anunciando á su amada que marchaba á Berlin para realizar un negocio que no admitía retardo, y que á su regreso contestaría á su pregunta. Terminaba suplicando á Anita que le esperase y le conservase en su amistad.

Esta carta hirió á la joven en lo más vivo del corazón: la brevedad de la respuesta, el aplazamiento respecto á la explicación, la especie de contrariedad que se adivinaba en la carta, todo la persuadió de que su prometido se arrepentía de la palabra que le había dado. En vano la suplicó Rogelia que no decidiese nada antes de recibir la carta prometida; pero Anita no sabía esperar, y herida en su dignidad, en sus esperanzas y en su inclinación, previno el golpe con la inflexible resolución que le era habitual. Escribió á su prometido devolviéndole su palabra y declarándole que toda alianza entre los dos era desde aquel momento imposible... Y temiendo las objeciones de su hermana, no le habló nada respecto á la carta, que se apresuró á entregar á uno de los criados para que la depositase en el correo.

* * *

Transcurrieron quince días sin recibirse noticias de Emilio.

Una tarde se hallaba Anita sola en el salón, contemplando desde la ventana el sol poniente. Una lágrima silenciosa deslizábase por su pálida megilla, sin que ella misma lo notara. El ruido que hizo la puerta al abrirse la sacó de su ensimismamiento, y, enjugando prontamente sus ojos, se volvió... Su hermana acababa de entrar.

Tenía ésta un semblante alegre y risueño, pero á la vez conmovido: llevaba en la mano una carta y aproximose á Anita, á la cual abrazó con ternura.

— Te buscaba, hermana mía, — dijo: — es preciso que hablemos detenidamente.

— ¿ Qué ocurre ? — preguntó Ana.

— He de hacerte una larga confesión y te ruego que me escuches con paciencia.

— Habla: ya te escucho — replicó la joven siempre desconfiada.

Rogelia se sentó y Anita permaneció de pie, apoyada en el respaldo del sillón.

— La carta que Emilio te ha escrito antes de partir para Berlín — prosiguió la primera — te ha herido vivamente, y no escuchando más que á tu descontento, le has contestado...

Ana quiso interrumpir.

— Déjame acabar — advirtió Rogelia; — tu le has contestado al momento, y una gran parte de la noche la has empleado en escribir esa respuesta, porque la lámpara no se apagó hasta las tres de la madrugada.

— Y bien, es cierto: pero, por favor te pido que no hablemos...

— Es preciso, — replicó Rogelia con tono de dulce firmeza: — esa carta que has escrito, Ana mía, era la expresión de un resentimiento amargo, y ella rompía enteramente el proyectado enlace.

— ¿ Cómo lo sabes ? — exclamó la joven.

— Antes que saliese de casa quise leerla — contestó Rogelia.

Anita se irguió, con la mirada severa y frunciendo el entrecejo.

— ¿ Tu ? — dijo — ... ¿ Y quien te ha dado facultades ?

— Mi amistad — observó dulcemente la hermana mayor: — sé por experiencia lo inflexible que eres en tus resoluciones, Ana, y tuve miedo de lo que hubieras decidido, bajo la inspiración de tu descontento... ¡ Ay ! mis temores no eran infundados.

— No me arrepiento de lo ejecutado: — dijo con altivéz Ana. — Sufro, no obstante, con la ruína de mis esperanzas, y sufriré mucho tiempo, tal vez, pero este dolor no es por arrepentimiento... Vale más romper una cadena funesta antes que nos haya ligado, aun cuando el esfuerzo despedace el alma, que condenarse á arrastrarla eternamente. Si hoy Emilio no encuentra tiempo para escribirme, dentro de algunos meses no lo hallará para hablarme: si el éxito de una especulación en Berlín le interesa más que la opinión en que se le pueda tener en X..., nosotros no hemos nacido para vivir unidos, porque no podremos entendernos nunca.

— ¿ Y quién te ha dicho que no te engañaras al juzgar la


Carlos VAZQUEZ

conducta de Emilio?— replicó Rogelia, que había escuchado á su hermana con grave tristeza.—¿Estás tan segura de tí misma para condenarle de ese modo á primera vista? Te quejas de sus lacónicos escritos, de su aparente vacilación, de su repentino viaje... Pues bien; escucha esta carta suya que acabo de recibir.

Rogelia desdobló el pliego que tenía en la mano y leyó lo que sigue:

« Mi querida amiga y simpática Rogelia: hago escribir » á otro por no poderlo hacer yo mismo. Es preciso que » sepas la verdad. Hace tres meses que la oftalmía de » que veíame amenazado ha llegado á ser cada día más » grave; pero nada he querido deciros para no alarmaros. » Procuraba engañarme á mi mismo, y, sin embargo, mis » inquietudes iban en aumento. Ana acusaba mi laconis» mo sin saber que cada esquela me costaba un trabajo » doloroso. Evitaba apesadumbrarla, pero sus amargas re» convenciones despedazan mi corazón.

« Un célebre oculista alemán, decíanme, podía unica» mente curar mi mal, y decidí dirigirme á él como al Des» tino. Si me condenaba, no quería asociar á tu hermana » á una existencia tormentosa y perdida, y estaba resuelto » á quedar á solas en mis tinieblas con la esperanza de no » permanecer en ellas mucho tiempo. Contesté, en conse» cuencia, á Ana, aplazando la explicación que me pedía » hasta mi regreso de Berlín. En esta ciudad me encuen» tro todavía; pero ¡tranquilo ya y casi dichoso! Gracias » á los auxilios de la Ciencia, mi mal se disipa y el sabio » que me asiste promete una próxima y completa cura. » Esta promesa significa para mí, no solamente la luz, si» no la vida: una vida de alegría y de ternura al lado de » mi amada Ana.

« Trasmítele con precaución esta carta. He podido evi» tarle la inquietud, evítale tú la menor emoción dolorosa: » que no sea yo nunca para élla ocasión de una tristeza, » ya que élla no ha sido nunca para mí más que causa de » reconocimiento y de felicidad.—*Emilio*.»

La lectura de esta carta produjo desde las primeras palabras intensísima emoción en el ánimo de Anita. La verdad habíase presentado á sus ojos como una luz radiante y fulgorosa, y á medida que la lectura avanzaba, su fisonomía reflejaba todas las sensaciones de la sorpresa, del pesar, de la ternura, del arrepentimiento, de la gratitud... Todo lo había comprendido: el noble silencio de Emilio, su generosa indecisión y la especie de aplazamiento, del cual estaba tan indignada. Todas sus acusaciones se convirtieron entonces en alabanzas, y tanto como le había condenado, ensalzóle después.

Lágrimas de reconocimiento y de ternura inundaron el rostro de la joven. Inclinada sobre su hermana, la estrechaba entre sus brazos sin poder balbucir palabra. De pronto se incorporó: el recuerdo de la carta de rompimiento, escrita por ella, acababa de acudir á su mente, preocupando su pensamiento y traspasando su corazón como un dardo.

Dejóse caer sobre una silla, cubriéndose el rostro con ambas manos y rompiendo el dique de contención que había opuesto al caudal de sus lágrimas.

—¿Qué tienes?—preguntóla enternecida Rogelia.

—¡Ah!—exclamó—Yo misma he matado mi felicidad.

—¿Qué quieres decir?

—¡Mi carta!... ¡mi carta!—sollozó la joven.

—Hela aquí,— dijo la hermana mayor, presentándola abierta á los ojos de Anita.

Ésta lanzó un grito de alegría, y se arrojó en brazos de la hermana, exclamando:

—¡Ah!... ¡me has salvado!

—Sí,—contestó Rogelia con dulzura,—pero advierte que no se salvan sino aquellos que se exponen á su pérdida. No olvides jamás este aviso que acaba de darte la Providencia. La verdadera firmeza consiste en esperar. Cuando se trata de juzgar á los demás, se puede creer el bien fácilmente; pero para creer el mal es necesario esperar las pruebas.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias!—balbució la joven desprendiéndose de los brazos de su hermana y cayendo desfallecida y ruborosa en un sillón.

E. REVERTER DELMAS

Ilustraciones de CARLOS VÁZQUEZ



NOVÍSIMO DESCUBRIMIENTO

Conforme va pasando el tiempo, parece que marchamos mas de prisa.

Cualquiera diria que nos vamos deslizando por un plano inclinado y que obedecemos á una ley de física.

En esta especie de atropellamiento, en este correr vertiginoso, los descubrimientos se suceden con rapidez increible, y una sorpresa casi no da lugar á otra.

El último de los descubrimientos de que tengo noticia fue... de hace pocos dias, de ayer, quizá de esta mañana: la noción del tiempo se pierde enmedio de este vivir eléctrico.

Y como todos los descubrimientos recientes y que se relacionan con la naturaleza del hombre, resulta interesante, prodigioso, innovador.

Hasta hoy, el que queria oler bien, se derramaba encima un frasco de esencia: desde hoy y merced á la perspicacia del doctor Roussel, la procesion irá por dentro, es decir: que el perfume no se derramará en el pañuelo sino en la sangre.

Las esencias se introducirán en el cuerpo humano por medio de inyecciones subcutáneas y la sangre quedará perfumada.

Y la transpiracion olerá despues á rosas, á violeta, á heliotropo, lo que más agrade al inyectado.

Las geringuillas Privat van á extender su esfera de accion.

En lo sucesivo formarán entre los mil accesorios del tocador de las damas.

Y serán objeto de animadas conversaciones y de ardientes controversias femeniles.

Lo que no sabemos aún es el tiempo que durará la accion del perfume sobre la sangre, y esto entraña grandísimo interes por los incidentes que puede derivar.

Véanse algunos ejemplos.

Joaquinillo está prendado de Rufina y consigue ser presentado en casa de ésta, no sin haber tenido que vencer muchas dificultades.

Ofrécese á los ojos de la bella vestido con arreglo al último figurin, acicalado por el mejor peluquero, y trascendiendo á esencia de bergamota.

Palpítale el pecho con inusitada violencia porque prevé que de su primera entrevista con Rufina va á depender su ventura ó su desgracia, y se aproxima á ella con el afan del deseo y, al mismo tiempo, con la timidez de la duda.

Sus ojos no se separan de los de la bella, como si en ellos quisiera leer la primera impresión que produce en su alma.

Y observa que Rufina retira de pronto la mano que le alargaba, y que la sonrisa de sus labios se trueca en mohin, al parecer de disgusto.

¿Cuál es la causa de cambio tan repentino?

La ignora, pero se propone descubrirla, y á trueque de ser importuno, inquiere, interroga, insiste, hasta que la bella le dice, ya aburrida.

—Porque huele usted á melon, y ese olor me desagrada.

— Dispense usted: huelo á bergamota.

—Pues nadie lo diria: mas para el caso es lo mismo: tanto me desagrada un olor como otro.

Joaquinito se retira corrido y renegando de la esencia de bergamota, de las inyecciones subcutáneas y del doctor Roussel.

Don Froilan es hombre que no puede sufrir olores de ninguna clase, porque todos le producen neuralgias.

De su mesa se hallan proscritos los albaricoques y las manzanas porque dice que huelen á perfumería.

Esto tiene muy contrariada á su señora que es partidaria de las esencias.

Un dia recibe don Froilán carta de un amigo establecido en Gijon invitándole á una montería en Asturias: será una escursión que durará un par de semanas.

Don Froilan, que es aficionadísimo, acepta y parte en el tren, diciendo á su consorte que no lo espere lo menos en veinte dias.

Una de las primeras operaciones de Matilde es la de inyectarse esencia de heliotropo á grande dósis como si quisiera desquitarse de la forzada abstinencia á que la tenian condenada las neuralgias de su esposo.

Hétenos ya á Matilde transformada en *bouquet* por sus emanaciones odoríferas, y hétenos también que al siguiente dia de su partida regresa don Froilán con un humor de dos mil diablos por haber recibido en la estación de Valladolid un telegrama de su amigo rogándole que no continuase el viaje por haber quedado aplazada la montería hasta el mes siguiente.

Entrar en su casa, acercarse á su mujer y empezar á estornudar, todo es uno.

No menos de media hora le dura el acceso: la gorra de viaje sale disparada de su cabeza lo mismo que un proyectil en uno de los estornudos, y sus ojos, llenos de lagrimones, parecen dos fuentes de vecindad.

Imposible restablecer ya la paz del hogar alterada por el heliotropo.

La fuerza de la neuralgia trastorna de tal modo á don Froilán, que le hace emigrar de su casa para siempre.

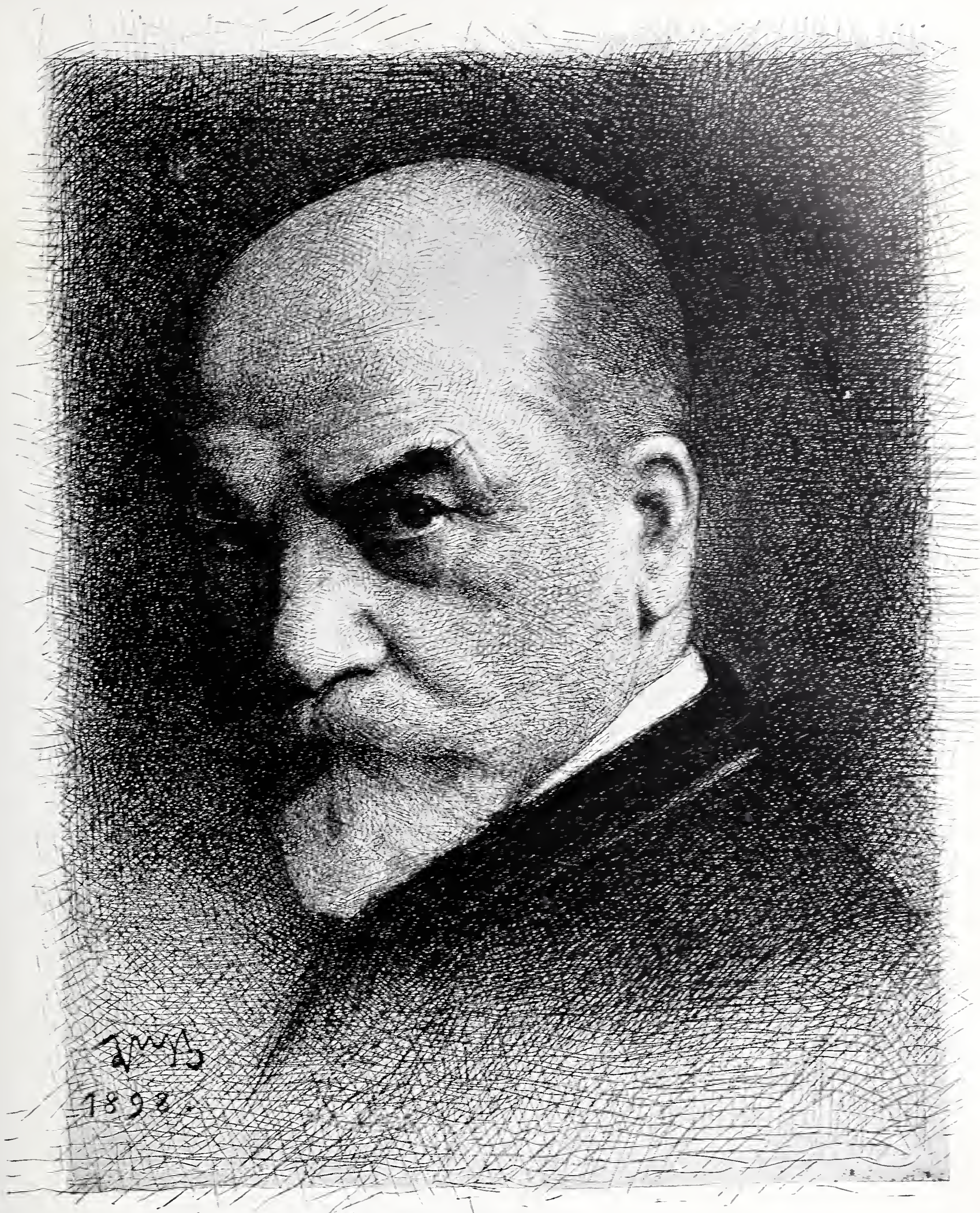
Como estos casos han de darse muchos.

Las inyecciones aromáticas han de producir en la vida humana notas trágicas y notas cómicas.

Y no ha de ser extraño que, al ir uno á visitar á una dama, le diga la doncella con la sonrisa en los labios.

Pase usted á la sala y espere un poco, porque á mi señora la están acabando de inyectar.

Camilo Millán



AQUA FUERTE RETRATO DE LEÓN BONNAT, POR EL MISMO. PROPIEDAD DE D. C. V.

UNA EQUIVOCACIÓN



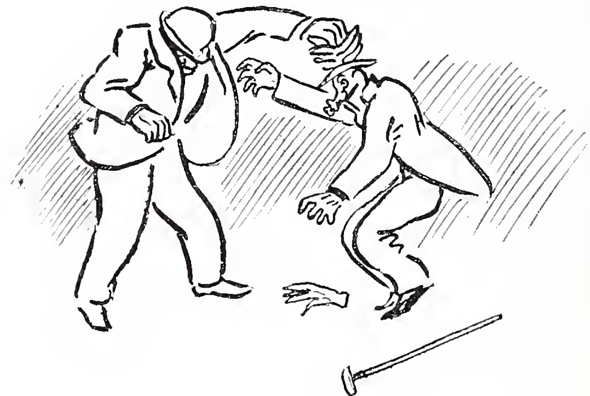
1. — ¡ Gracias á Dios que te cojo !



2.



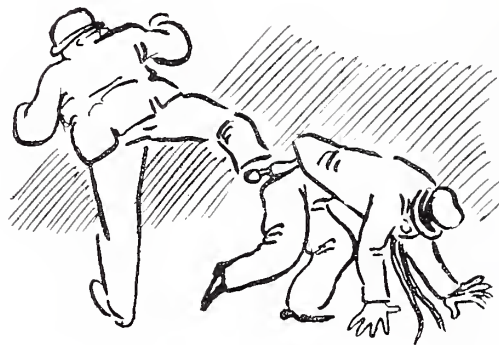
3.



4.



5.



6.



7. — Usted me dispense, lo he confundido con otro.



8. — ¡ ... !

MÁXIMO GORKI

No siempre han de conocer las gentes á los grandes autores después de su muerte. No siempre se han de dar alabanzas á los que fueron, sino que es justo tributarlas, cuando se merecen, á los que son. Por esto hablamos hoy en estas columnas de Alejo Pechkow, nacido en Nigni-Novgarod en 1868 ó 1869, según ingenuamente confiesa él mismo, que á punto fijo no sabe la fecha de su nacimiento, de humildísima familia, conocido desde hace tres años en la República de las letras con el pseudónimo de Maximo Gorki, que equivale en ruso á la idea que expresa «el gran desdichado» en castellano.

Desde hace tres años, se le conoce, desde hace cerca de uno, le consideran en todos los paises civilizados como uno de los grandes escritores que en todas las épocas ha producido la humanidad. En su patria, en Alemania, en Inglaterra, en Polonia, en Francia y en Italia se hacen continuas ediciones de sus obras. Exceptuando el solitario de Isnaia-Poliana, no hay escritor moderno que alcance la popularidad de Maximo Gorki. Muchos editores se han enriquecido publicando sus obras, lo cual es tanto más admirable, cuanto que sólo hace cinco años que para el público escribe.

¿Qué tiene de particular el estilo, ó qué de notable tienen las concepciones de Gorki, para que así se estime su labor y canten sus alabanzas los mejores literatos del mundo? En primer lugar, la vida misma del autor, agitadísima y llena de peripecias, es ya por si sola una obra maestra de desdichas que despierta el interés de todos los lectores. Huérfano á los nueve años, recogido por un tío suyo, entró de aprendíz en el taller de un escultor tallista. Escapó de allí, no gustándole el oficio, y después de ser sucesivamente encuadernador, pinche de cocina, ayudante de jardinero, marmolista, á los diez y seis años estaba de tahonero en Pern, después de haber recorrido á pie distancias enormes. En *Konovalov* y *Veintiseis y una,* describe Gorki de un modo magistral las fatigas indecibles de la existencia del oficial tahonero. No pudiendo resistir esas fatigas, marcha al poco tiempo hacia el Volga, y se contrata como descargador de buques, y pasa así dos años, hasta que un día, ansiando ver nuevas tierras y estudiar costumbres para él desconocidas, se dirige hacia el sur en compañía de unos vagabundos, y así recorre todo el Cáucaso y la Crimea, penetra en Asia, y sin dejar su vida vagabunda, pasa por las principales ciudades del Turkestan y de Siria. Un día, de tal manera le pesó su existencia sin objeto y sin ideales, que encomendó al cañón de una pistola la tarea de acabarla. La bala mal dirigida le destrozó el cuello y el hombro, y cuando llegó á la edad de cumplir el servicio militar, no entró en filas por inútil. Durante una temporada, estuvo con un abogado, y allí empezó á leer con afición tal, que en breve tiempo y robando horas al sueño, devoró todos los libros que cayeron en sus manos. Después, sintiéndose estrecho en aquel despacho de abogado, no pudiendo soportar la ingrata tarea de copista, entró de nuevo en el batallón de los vagabundos, y durante tres años recorrió en todos sentidos las tierras de la Santa Rusia.

Pero la semilla que cayera en su inteligencia encontró terreno abonado y fructificó lozana. A pesar de su vida errante, no cesó de leer ni un solo día, y mientras sus compañeros de infortunio bebían ó dormían, Gorki, á orillas del mar, que nadie ha descrito de un modo tan magistral como él, ó en plena estepa, iluminado por un sol que no encuentra en aquellas planicies otros límites que los del horizonte, leía y estudiaba á la par, leía en los libros, estudiaba en los hombres, en sus compañeros, libros siempre abiertos para aquel que sabe leerlos, porque la franqueza y el descaro vicioso de los vagabundos, prescinden de toda hipocresía, y por lo tanto son fáciles de comprender.

En esta época, (tenía entonces veintisiete años,) es cuando al llegar á cualquier gran ciudad iba Gorki á las redacciones de los periódicos y les entregaba los manuscritos que escribiera en pleno campo, teniendo por todo techo la inmensa bóveda de los cielos. Uno de sus primeros trabajos, el *Makar Tehudra,* llamó poderosamente la atención de los literatos, á pesar de que el estudio tiene defectos de bulto. Poco tiempo después, publicó en la revista *Rossia* su famoso cuento *Tchelkache.* Desde entonces se le consideró como un gran escritor.

En los cinco años últimos, ha publicado dos grandes novelas, el *Tomas Gordeieff* y *Los tres* y ocho volúmenes de relatos cortos que son verdaderas obras maestras en su género.

Seduce y avasalla desde el primer momento el estilo de Maximo Gorki, porque en nada se parece al estilo de los demás escritores.

Es mucho más sencillo y mucho más fuerte. Sus descripciones y sus imágenes son tan nuevas y tan exactas, que aquel que las lee, imagina que por vez primera ha leído una descripción del mar ó de la estepa. No cuida mucho de esplicar al lector los detalles y particularidades de los personajes que pone en acción, pero tiene una mano feliz para hacer que, de un solo trazo, surja del campo de la fantasía un hombre real y verdadero que despierta acto seguido el interés del lector.

Si los relatos y novelas de Gorki no valieran mucho, no sería ciertamente la calidad de los personajes que pone en

acción lo que los avalorara. Se le ha llamado y con razón, «el poeta de los miserables», «el cantor de los vagabundos», «el novelista de los desdichados». Tan cierto es esto, que en todas sus obras, apenas si hay personajes que ocupen una posición social elevada. Exceptuando *Tomas Gordeieff,* no aparece en ninguna de sus narraciones otra cosa que gente desharrapada, pobres de espíritu ó de inteligencia, que recorren el mundo como los pájaros los campos, á merced de la casualidad, ó fiando alguna vez en mañas que no son de las más recomendables. No se crea sin embargo, que Gorki hace un panegírico de sus antiguos compañeros. No intenta jamás hacer creer que son mejores de lo que son en realidad. Les muestra con todos sus defectos y todas sus miserias, sin tratar de atenuar aquéllos, ni de hacer resaltar éstas de un modo excesivo. Es un Velázquez de la pluma, que pintando los borrachos y los vagabundos, ha demostrado que los escritores de alto vuelo, como todos los grandes creadores, necesitan sólo de algunos elementos, para producir obras maravillosas.

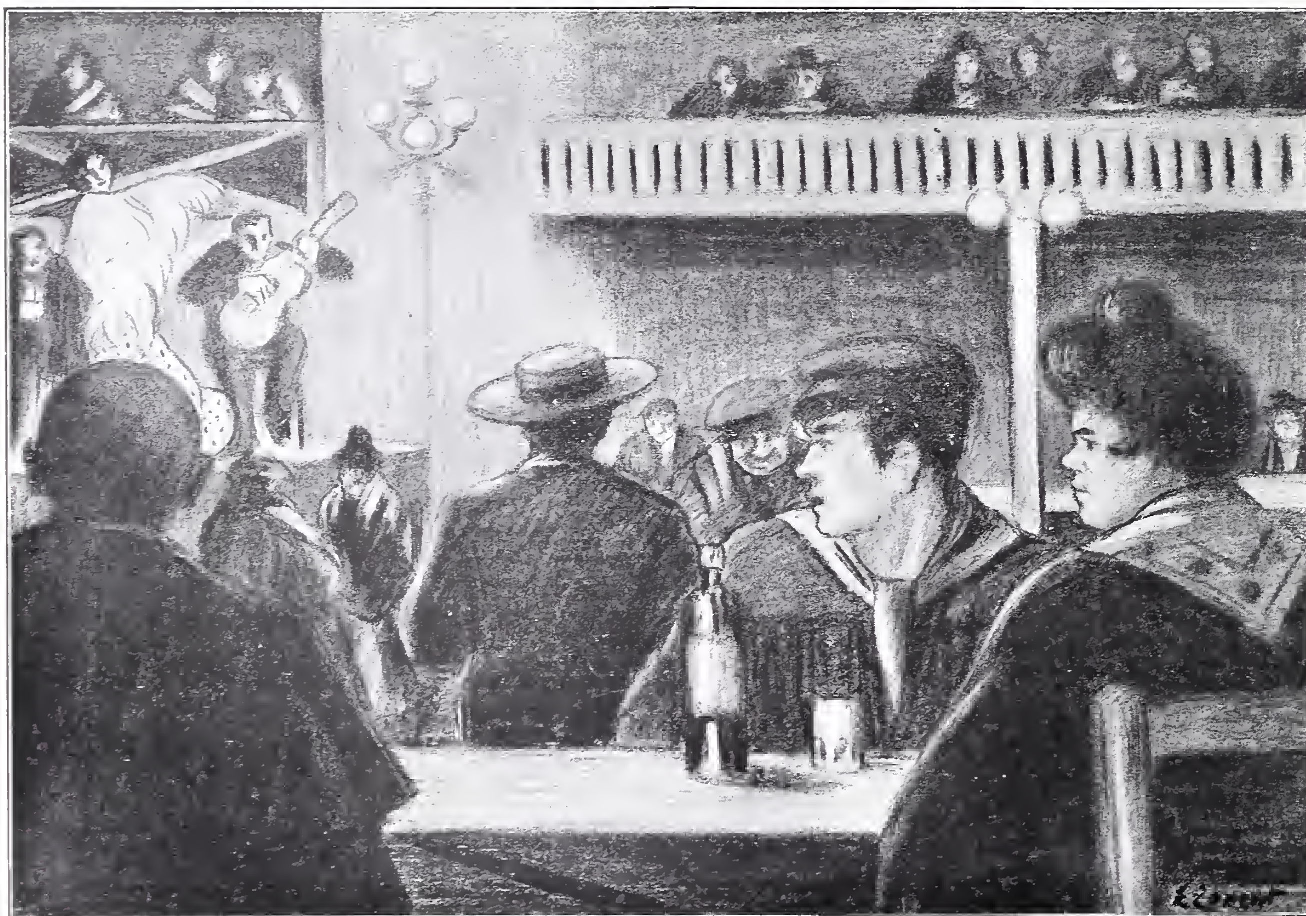
Una noche de tempestad en la estepa, una puesta de sol vista desde la playa donde mueren, una tras otra, las olas rumorosas, y la conversación y los recuerdos de dos vagabundos que miran como muere el día ó acechan el instante de la alborada, bastan á Gorki para trazar un cuadro magistral, de esos que no se olvidan, porque persiste en el cerebro la impresión profunda que producen.

Desterrado hace poco por el gobierno del Czar al Cáucaso, ha tenido la habilidad de burlar la persecución de que era objeto, y hoy por hoy, nadie sabe donde está el eximio novelista. Quizá su cuerpo, que estaba ya acostumbrado á la vida regalona de las ciudades, ha vuelto á cubrirse con los harapos del vagabundo, y quizá entre sus antiguos compañeros de peregrinación y de miserias recoje nuevos datos para asombrar luego con ellos á cuantos admiran el talento y sus creaciones.

La filosofía de Gorki encarna casi por entero en lo que dice Kuvalda, uno de los héroes de *Los ex-hombres,* á uno de sus compañeros, ante el cadáver de otro:

«Llegará nuestra hora y todos moriremos del mismo modo. ¿Qué importará entonces haber vivido de una ú otra manera? Todos moriremos igualmente. Este es el fin de la vida, creedme. El hombre vive para morir, y muere... y si así es... ¿no resulta indiferente vivir de un modo ó de otro, morir aquí ó allá? ¿Verdad Martianov? Bebamos aún... bebamos en tanto que vivimos...»

José Brissa



E. TORENT EN EL CAFÉ CANTANTE

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)

Tan fielmente ha cumplido las órdenes que el rey le ha dado, que él y su acompañamiento han muerto. Mira ahora á tu alrededor, señora Crimilda, para ver á quien das tus órdenes: hasta su fin, os ha servido el valeroso Rudiguero.»



«Por si no queréis creerme vais á verlo.» Entonces, para causarle mayor aflicción, trajeron al héroe con la cabeza hendida, á sitio desde donde pudiera verlo el rey. Los hombres de Etzel no habían experimentado nunca una pena mayor.

Cuando vieron al margrave muerto, ningún escritor podrá decir ni contar como lloraron hombres y mujeres. Todos sentían el corazón destrozado.

La pena del rey Etzel, era muy grande. Semejantes á los rugidos del león, eran los lamentos del rico rey, y lo mismo hacía su esposa. Muchos lloraron la muerte del muy noble y valiente Rudiguero.

XXXVIII

De como murieron todos los guerreros de Dietrich

Por todas partes se escuchaban tan grandes lamentos, que retemblaban las torres y el palacio. Lo oyó uno de los hombres de Dietrich de Berna y se apresuró á comunicar la horrible noticia.

Dijo al príncipe: «Óyeme, señor Dietrich: en lo que he vivido no sentí tan grandes lamentos como los que ahora llegan á mi oído. Paréceme que el rey mismo ha perecido en esta fiesta.»

«De otro modo ¿cómo habían de estar todos en tan grande aflicción? El rey ó Crimilda, uno de los dos, ha muerto por la cólera de esos fuertes extranjeros. Muchos héroes soberbios lloran amargamente.»

El príncipe de Berna dijo: «Mi querido guerrero, no te precipites tanto: cuanto hayan hecho esos extranjeros ha sido obligados por la necesidad: déjales la ventaja de que esté en paz con éllos.»

El fuerte Wolfhart dijo: «Yo iré á la sala para saber noticias de lo que han hecho, y haré saber á mi querido señor cual es la causa de los lamentos que se escuchan.»

El noble Dietrich contestó: «Cuando se espera hallar la cólera, las preguntas importunas irritan el alma de los guerreros: por esto, Wolfhart, no quiero que les preguntes nada.»

Mandó á Helferico que fuera y preguntara lo que había sucedido, fuera á los hombres de Etzel, fuera á los extranjeros. Nunca habían visto á gente tan profundamente afligida.

El mensajero llegó y preguntó: «¿Qué ha sucedido?» Uno de los que allí estaban le respondió: «Todos aquellos á quienes amábamos en el Huneland, han sido matados. Aquí yace Rudiguero, muerto por los Borgoñones.»

«Ninguno de los que habían venido con él, ha podido escapar.» La aflicción de Helferico no pudo ser mayor. Nunca había recibido una noticia que le causara tanta pena. Volvió á Dietrich llorando y lamentándose.

«¿Qué habéis podido saber?» preguntó Dietrich, «¿por qué lloráis tanto, héroe Helferico?» El noble guerrero respondió: «Gran motivo tengo para llorar: los Borgoñones han matado á Rudiguero.»

El guerrero de Berna, dijo: «No lo habrá querido Dios. Sería demasiada venganza; sería una jugada del demonio. ¿Cómo puede ser que Rudiguero haya tenido tan triste suerte? Yo sé que es muy amigo de los extranjeros.»

El fuerte Wolfhart, le respondió: «Si han hecho tal cosa, es menester que todos lo paguen con la vida. Si lo sufriéramos, sería una vergüenza, un deshonor. Grandes servicios nos ha prestado el brazo de Rudiguero.»

El jefe de los Amelungos mandó tomar mejores informes. Sentóse á una ventana con el corazón oprimido. Luego dijo á Hildebrando que se acercara á los extranjeros para saber por ellos lo que había pasado.

El fuerte guerrero en los combates, el maestre Hildebrando, no llevaba en las manos ni escudo ni armas. Quería llegar cortesmente á los extranjeros, pero el hijo de su hermana le hizo una observación.

El furioso Wolfhart, le dijo: «Si vais sin armas, os ultrajarán y tendréis que retiraros de un modo vergonzoso: llevad vuestras armas y os respetarán muchos.»

Siguiendo el viejo el consejo del joven, Hildebrando tomó sus armas, y antes que lo advirtiera, todos los guerreros de Dietrich tenían las espadas en la mano. Ésto causó pena al héroe y hubiera querido evitarlo.

Preguntó á donde querían ir: «Nosotros queremos ir contigo, porque Hagen de Troneja es tan osado, que podría hablaros con desprecio, como hace con frecuencia.» Cuando escuchó esto, el héroe accedió á los deseos de los guerreros.

Vió el fuerte Volker como avanzaban los guerreros de Berna, la gente de Dietrich, con las espadas ceñidas y los escudos al brazo y lo hizo saber á sus señores de Borgoña.»

El músico dijo: «Se aproximan hacia acá en actitud hostil los hombres de Dietrich, armados y cubiertos con el yelmo: querrán atacarnos y me parece que nos ocurrirá una desgracia.»

Sin tardar más llegó Hildebrando: puso á sus pies su adornado escudo y preguntó á los que acompañaban á Gunter: «Decidme, buenos héroes, ¿qué habéis hecho de Rudiguero?»

«Me ha enviado mi señor Dietrich, para que me digáis si la mano de uno de vosotros ha matado á ese noble margrave, según nos han dicho. Nosotros no podremos sufrir tan dura pena.»

El furioso Hagen, le respondió: «Lo que os han dicho no es mentira: bien quisiera que vuestro mensajero os hubiera engañado y que Rudiguero gozara aun de la vida: lo quería mucho: ya pueden llorarlo para siempre hombres y mujeres.»

Cuando supieron ciertamente que Rudiguero había muerto, lloraron los guerreros como se lo exigía el afecto. Los hombres de Dietrich vertieron lágrimas que caían de sus mejillas á la barba: sentían un grandísimo pesar.

Siegstab, el duque de Berna, dijo: «Ha tenido fin la ventura que Rudiguero nos había proporcionado, después de nuestros días de desgracia. La alegría de un pueblo expatriado yace ahí muerta por vuestras manos.»

El jefe de los Amelungos, el héroe Wolfwein, dijo: «Aun cuando viera muerto á mi padre, no sufriría tanto pesar como con la muerte de Rudiguero. ¿Quién consolará ahora á la margravesa?»

Poseído por la cólera, dijo el héroe Wolfhart: «¿Quién guiará á nuestros guerreros en muchas expediciones como el margrave lo hacía? ¡Oh, muy noble Rudiguero, lástima que te hayamos perdido.»

Wolfbrando, Helferico y también Helmnot con todos sus amigos lloraron su muerte. El llanto no dejó preguntar más á Hildebrando. «Ahora, guerreros, haced lo que mi señor me ha mandado.»



«Sacad al muerto Rudiguero de la sala donde han muerto todas nuestras alegrías. Dejad que le tributemos honores al que á nosotros y á muchos hombres ha hecho tan grandes beneficios.

«Nosotros, como Rudiguero, estamos aquí fuera de nuestra patria: ¿á qué suplicar? Dejad que nos lo llevemos para que lo honremos muerto: lo mismo hubiéramos hecho durante su vida.»

El rey Gunter respondió: «Ningun servicio es tan bueno como el que hace el amigo á su amigo muerto. Obrar así se llama fidelidad y constancia: con razón queréis honrarlo, os quería mucho.»

«¿Cuanto tiempo rogaremos todavía?» preguntó el héroe Wolfhart. «Ya que hemos perdido nuestro consuelo por vuestra causa y que no nos alegrará su presencia, dejad que lo llevemos á donde se entierran los guerreros.»

A estas palabras, contestó Volker: «Nadie os lo dará, pero entrad por él al palacio donde yace el héroe, con muchas heridas en el corazón, bañado en su sangre. Así será completo el servicio que queréis hacer á Rudiguero.»

El fuerte Wolfhart, respondió: «Dios sabe, señor músico, que no hace falta provocarnos: nos habéis causado grave daño. Si me atreviera delante de mis señores, os ocurriría una desgracia: pero tenemos que estar quietos, no nos es permitido combatir.»

El músico le replicó: «Muy prudente es el que deja de hacer lo que quiere, porque le está prohibido, pero no puedo decir que eso lo hagan los guerreros valientes.» El discurso agradó á Hagen, su buen compañero de armas.

«No será vuestra la jugada», le contestó Wolfhart, desafinaré de tal modo las cuerdas de vuestro laud, que no podréis alabaros cuando volváis al Rhin. Vuestra arrogancia no puedo soportarla sin deshonor.»

El músico dijo: «Si de mi instrumento rompéis los suaves tonos, mi brazo hará perder á vuestro casco su brillantez y sin que importe cómo, regresaré á Borgoña.»

Wolfhart quiso arrojarse sobre él, pero su tío Hildebrando lo contuvo con fuerza. «Creo que no te debes dejar llevar de tu violenta cólera, pero si lo haces, perderás el favor de mi señor.»

«Dejad al león, maestre: se siente furioso, pero si se acerca á mí», dijo el buen héroe Volker, «aun cuando sus manos hubieran domeñado al universo, le daré un golpe que no le deje hablar en lo venidero.»

La cólera excitó al de Berna. Wolfhart, el bueno y atrevido guerrero, se cubrió con el escudo y avanzó como un león furioso. Todos sus amigos lo siguieron al momento á la pelea.

A violentos saltos se dirigió contra los muros de la sala, pero el viejo Hildebrando llegó primero: no quería que entrara en el combate antes que él. Pronto hallaron en los extranjeros lo que querían.

El maestre Hildebrando se arrojó sobre Hagen y se oyó crujir las espadas en las manos de los héroes. Su cólera era tan grande, que le brillaban sus ojos. Las dos espadas movían un aire ardiente.

En lo más terrible del combate, fueron separados por la fuerza y la cólera de los de Berna. El maestre Hildebrando se separó de Hagen y entonces el atrevido Wolfhart acometió al fuerte Volker.

Descargó tan fuerte golpe en el casco del músico, que el filo de su espada se inflamó, pero con tal vigor se lo devolvió el artista, que la armadura de Wolfhart despidió chispas.

Brotaba el fuego de sus corazas, pues la más grande furia animaba á los unos contra los otros. El guerrero Wolfwein de Berna los separó: sino hubiera sido un héroe, no lo hubiera conseguido nunca.

Gunter el fuerte rechazó con poderoso brazo á los terribles guerreros Amelungos. El joven Geiselher dejó tinto con olas de sangre más de un brillante casco.

(Continuará)

POR ESOS TEATROS

Ojeada general. — Obras del repertorio antiguo en Novedades. — La compañía de ópera del Tívoli. — Noticias teatrales.

Teniendo en cuenta la época del año en que nos encontramos y la circunstancia de permanecer cerrados algunos de los más importantes coliseos, el movimiento teatral ha sido durante la anterior quincena relativamente importante.

El Liceo, Romea, el Principal, todos los teatros de invierno, han continuado cerrados, lo cual puede afirmarse también de Eldorado y algún otro de la ciudad nueva. Novedades lo ha estado á medias, pues no ha tenido abiertas sus puertas más que los sábados y domingos, en que ha actuado en él una aceptable compañía de zarzuela catalana que ha sacado del olvido en que vivían algunas obras del repertorio antiguo, como "De Sant Pol al polo Nort," "De la terra al sol," "Robinsón Petit," etcétera, introduciendo en algunas, como la primera de las citadas, de la que es autor el señor Coll y Britapaja, diversas modificaciones que las dan cierto sabor de actualidad.

El público que ha asistido á dichas representaciones ha sido siempre numeroso, habiendo sido recibidas aquellas obras con singular regocijo, lo cual prueba que una buena parte de los espectadores asiste al teatro, no para saborear las bellezas literarias que puedan tener las producciones que se representen, sino para pasar alegremente la velada, olvidando con unas cuantas horas de alegría los sinsabores de la vida ó descansando de las fatigas de una semana de trabajo.

La compañía de ópera del teatro del Tívoli, ha continuado obteniendo los favores de los aficionados á la música que, si bien no han encontrado en la representación de las obras de los grandes maestros el grado de relativa perfección que alcanzan en el Liceo, no han dejado de saborear las bellezas que contienen todas ellas y que aquellos artistas han procurado hacer resaltar según la medida de sus fuerzas.

Además la empresa, esmerándose en corresponder al favor del público, ha procurado dotar de todo el aliciente posible las representaciones, habiendo contratado para un buen número de ellas al notable barítono señor Blanchart quien, después de la brillante campaña que realizó el invierno pasado en el Real de Madrid, no ha desdeñado la ocasión de presentarse ante el público del Tívoli, no por más democrático menos inteligente que el del teatro madrileño.

Una de las obras que mejor interpretación ha alcanzado por parte de todos los artistas que constituyen la compañía, ha sido sin duda "Hensel y Gretel," á la cual no han ido en zaga "La Bohemia" y el "Faust."

Durante estas últimas noches se han celebrado diversos beneficios que han contribuído á hacer más numerosa la concurrencia á aquel teatro.

El último acontecimiento de la temporada, que concluirá dentro algunos días, habrá sido el estreno del "Don Juan" de Mozart, obra casi desconocida de la mayoría de los aficionados barceloneses por no haberse representado en nuestros teatros desde muchos años atrás.

La primera representación de dicha obra estaba anunciada para el martes, día 12, habiéndose encargado del papel de protagonista el señor Blanchart.

De la acogida que haya dispensado el público del Tívoli á la producción de Mozart, nos ocuparemos en nuestro próximo número, pues en éste no tenemos tiempo ni espacio suficientes.

Cuando cesen las representaciones de ópera en aquel teatro, se convertirá su platea en pista y empezarán las funciones ecuestres, acrobáticas, gimnásticas, etcétera de la compañía Alegría, cuyo director ha estado recientemente en Barcelona para preparar la temporada.

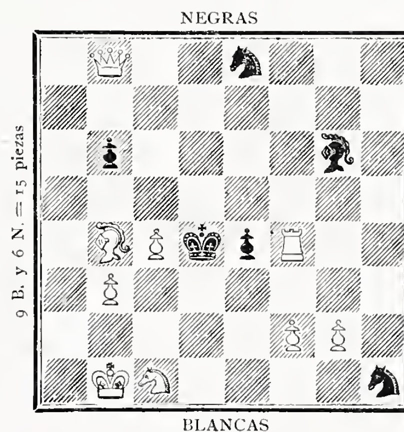
La de invierno en el Liceo parece que resultará brillante, teniendo ya escriturados el empresario señor Bernis para formar la compañía diversos artistas de singular renombre y habiendo manifestado el deseo de presentar las obras con el mayor lujo y la mayor propiedad posibles.

De su viaje á Italia para reclutar cantantes, ha regresado el señor Bernis con la autorización para representar la ópera "Cristoforo Colombo," que es esperada con vivo interés por los aficionados.

Un espectador

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 52. — M. EHERENSTEIN



Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución al problema 51, por el Dr. A. W. GALITZKI

1. P 4 C R etc.

LA CIENCIA APLICADA Á LA SEGURIDAD PÚBLICA

[illegible]


HISPANIA
Munich
B. Gili y Roig
1900

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



J. LLIMONA ESTUDIO

PEL-ROIG Y LESNETA

Las borracheras del tío Pel-roig se parecían á los discursos académicos: constaban de exordio, proposición, demostración y resumen. Durante el primer período, ó sea el exordio, Pel-roig trataba de captarse las simpatías de su siempre numeroso, aunque no escogido auditorio: allí era el elogiar su ilustración y buena crianza, elogio que cuidaba de desmentir su público, lanzándole á la cara ó una frase soez ó una corteza de melón llena de barro; allí el hablar de su incompetencia para tratar asuntos tan elevados como los que se proponía poner en claro en su discurso; y allí el derramar á boca llena, con lengua todavía expedita y parladora, las más esquisitas frases de cortesía, en que se aunaban, con maravilloso enlace, un elevadísimo concepto de su suficiencia y una modestia en el decir, tanto más atractiva cuanto menos estudiada.

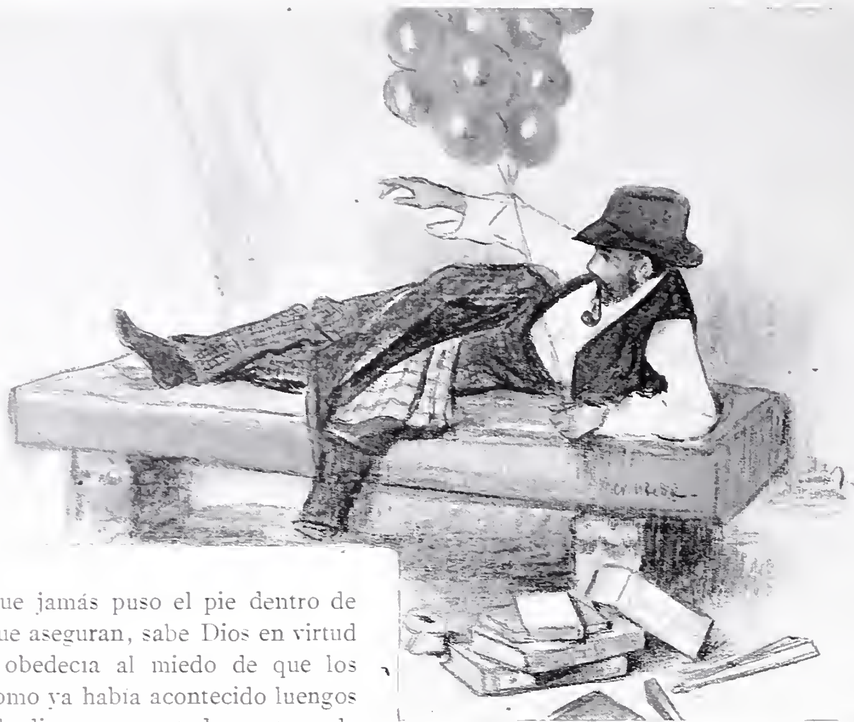
Cuando Pel-roig llegaba á la segunda parte de sus borracheras parlamentarias, comenzaban á flaquear al propio tiempo, por inexplicable simpatía, su cabeza y sus piernas: aquélla dificultándole la exposición tranquila, clara y no interrumpida del tema que se proponía desarrollar y éstas negándose á sostenerle en posición vertical. No eran estas flaquezas más que relámpagos, destellos rápidos, anuncios de lo que venía después, en la demostración, pero contribuían á dar á su lenguaje ciertos tonos pintorescos que le hacían más movido y elocuente, y á su acción cierta amplitud y grandeza que le hubieran envidiado los Pel-roigs de la Revolución francesa del antepasado siglo. El auditorio, de que ya hablaré y que nunca le faltaba, se estrechaba en torno suyo, conforme avanzaban á la par el discurso y la borrachera, no se sabe si atraído por el palpitante interés de los asuntos que con tan magistral elocuencia desarrollaba, ó si animado de la perversa intención de empujar al orador para que fuera á terminar su más florido período cayendo de bruces en medio del arroyo.

¿Y quien podrá pintar la variedad de tonos, de modulaciones, de giros, que empleaba nuestro Demóstenes levantino al llegar al tercer período de sus famosas oraciones callejeras? Con qué facilidad y dominio de su arte pasaba en transiciones no estudiadas del llanto más amargo y doloroso á la carcajada más sonora y regocijada, del apóstrofe más violento y conciso á la frase más mirada y poética, de la peroración más noble y elevada, á la ironía más sútil y penetrante? El léxico de Pel-roig, al llegar este período, dejaba tamañito al del fénix de los ingenios: porque éste, al fin y al cabo, no disponía más que de un idioma, y Pel-roig cuando no hallaba la palabra exacta y adecuada en el castellano en que principiaba sus arengas, acudía al dialecto valenciano, su lengua nativa, ó á los trozos sueltos de inglés, sueco, italiano, francés ó alemán, que había aprendido en el muelle, ó inventaba una palabra nueva, deduciéndola de raíces que quizá se hallaran en el Ramayana y adornándola con anfijos y prefijos de una filosofía y fuerza de expresión extraordinaria. Al llegar á este punto se comprendía la absoluta necesidad de que sus discursos tuvieran por tribuna el ancho espacio, el aire libre, el antiguo foro, porque no era accidente, sino común y corriente, el de que comenzase un período en el extremo de una calle y lo acabase en el opuesto, ó el de que recorriese media ciudad para terminar su perorata. Eso sí: su auditorio, pendiente de sus labios, embelesado con su elocuencia, sugestionado por su arte inimitable, seguíale á todas partes, ansioso de beber, no vino como el orador, sino aquel caudal de ciencia en que el vino trasegado por Pel-roig se trocaba por una misteriosa transmutación. Verdad es que los discípulos, durante esta tercera parte de sus pláticas, en lugar de estrecharle, como antes, le huían, manteniéndose á respetuosa distancia; pero esto se colige que era para dejarle ancho campo en que desarrollar su corazón siempre enérgico y apropiado, y no para esquivar los puntapiés con que solía premiar la atención demasiado familiar de algún oyente aventajado.

(?) Llegaba por fin, á las tres ó cuatro horas de comenzarlo, el final, el epílogo, el resúmen de una de sus inolvidables arengas. Y entonces era el elevar los brazos al cielo con trágico ademán, y el pronunciar párrafos enteros en idiomas desconocidos, semejantes al de las brujas del Macbhet, y el volver las espaldas al concurso, besando la pared con la misma actitud patética con que los judíos besan las derruídas murallas de la Ciudad santa. Seguían á estos entrecortados sollozos, gritos inarticulados, ayes lastimeros, el lenguaje entrecortado y confuso de la pasión más exaltada y, por fin, caía el Cicerón callejero, aturdido por la doble embriagez de su elocuencia y del mosto sobre un banco del paseo de Mendez-Nuñez, donde se dormía arrullado por la ovación frenética con que su auditorio ponía punto final á la conferencia.

¡Su auditorio! Los limpiabotas más granujas poniendo en práctica el lema de la Academia Española, limpia, fija y dá esplendor, con sus cepillos resobados y sus untes misteriosos, los vendedores de periódicos, que pregonaban con sus atipladas voces de niños de coro la noticia más culminante del día como señuelo para el comprador del diario; los desarrapados lazarillos de los ciegos vendedores de billetes de lotería; toda la eximia golfería alicantina, en suma, para la que era espectáculo siempre nuevo y variado el de las borracheras tribunicias de Pel-roig. Pel-roig les llamaba *els pardalets*.

II



Otro de los rasgos característicos de Pel-roig era su devoción ferviente. Católico más convencido ni le hubo ni le habrá. Ni la sombra de una duda empañó jamás el diáfano cristal de sus creencias. Verdad es que, en lo tocante á la práctica no se le podía disputar por escrupuloso observante; y también ha de consignarse que jamás puso el pie dentro de una iglesia. Historiadores hay que aseguran, sabe Dios en virtud de que testimonios, que ésto obedecía al miedo de que los sacristanes lo echasen á palos, como ya había acontecido luengos años ha, en virtud de su manía de discursear en todas partes y de su obstinación en dialogar con los predicadores, pero otros afirman, y yo creo que mejor enterados, que su animadversión era solo consecuencia de su horror innato á verse bajo techado. Por lo demás, ni aun para practicar su religión le hacía falta. Tenía él su altar al aire libre y allí iba de continuo á rezar sus oraciones y á depositar sus ofrendas. En la plaza de Elche y adosado á la pared de la Sucursal del Banco de España, existía un retablillo con una imagen borrosa y oscura de la Santa Paz, y aquel era el templo donde nuestro héroe acudía con fervor de creyente y compunción de pecador arrepentido. Arrojaba á la pared en vez del oloroso incienso, bocanadas del humo pestífero de las colillas que, por ignota virtud, ardían días enteros entre sus labios; y vez hubo en que apedreó al divino rostro con puñados de cacahuetes, esclamando, en arranque de filial confianza:

—*Pera tu, negreta, que ningú se'n recorda de tu.*

Claro es que los cacahuetes cayeron al suelo, con gran regocijo y algazara de su auditorio, que se apresuró á repartírselos á puñetazo limpio. El devoto los miró con cariño y dirigiéndose de nuevo á la faz divina, dijo:

—*Negreta, els perdalets se'ls menxen.*

Pero en vista de que Dios no hacía un milagro para impedir aquel despojo, se persignó con fervor, aunque no con seguridad, puesto que al nombrar al Espíritu Santo puso la mano en la cadera izquierda, y siguió su camino.

III

Y preguntaréis ahora, si es que Pel-roig os ha inspirado interés y simpatía, ¿de qué vivía, en qué se ocupaba? ¡Ah! No creáis que el héroe de mi cuento era un vagabundo sin oficio ni beneficio, que pasaba su existencia bebiendo y durmiendo el vino alternativamente. Nada de eso. Pel-roig era un comerciante. Libros viejos, abanicos pasados de moda, papel de escribir, lapiceros, gomas para las carteras, esteras finas, pelotas cautivas, americanas baratas, de todo vendía, pudiéndose afirmar que, si se hubieran reunido los objetos vendidos por él al cabo de un año, constituyeran el más surtido y pintoresco de los bazares. En su honor debe consignarse que aquellos artículos le eran dados en comisión por casi todos los comerciantes de la capital, y que nunca se dió el caso de que Pel-roig dejara de entregar religiosamente el importe de lo vendido, ni mucho menos que se lo bebiera sin dar cuenta exacta á su comitente. Eso sí: el importe íntegro de su comisión iba siempre á la taberna, porque, según decía un literato, gran amigo suyo, era el único medio de que fuera con verdad saldo líquido á su favor.

Esta acrisolada honradez y su nunca desmentida puntualidad en rendir cuentas, habían borrado por completo la natural desconfianza que su embriaguez perpétua podía inspirar, y así, no había tendero en la ciudad que no le confiara sin temor ni escrúpulo sus géneros para que Pel-roig los paseara, como viviente reclamo, de un cabo á otro de Alicante. Tal fué la razón de que Lesneta, famoso zapatero alicantino, le llamara un día á su taller y le dijera:

— Mira, Pel-roig, te vas á llevar estos veinticinco pares de botas y á procurar vendérmelos por ahí... De lo que saques tendrás tu parte... conque, cuanto más recojas más te tocará... ¡Ah! Y para ti, este par de botas nuevas, que no se si te las podrás meter sin calzador...

Y al decir esto, el buen Lesneta, deshaciéndose de risa, ponía en las manos de su improvisado dependiente un par de botas que, si no eran aquellas del gigante del cuento que andaban siete leguas de cada paso, debían de ser de algún individuo de su familia. ¡Compadre, y que par de botas! Sólo emparejaban en el tamaño, puesto que la una era de reluciente charol, y toda llena de pespuntes y arrumacos, y la otra de becerro tosco, sin ador-

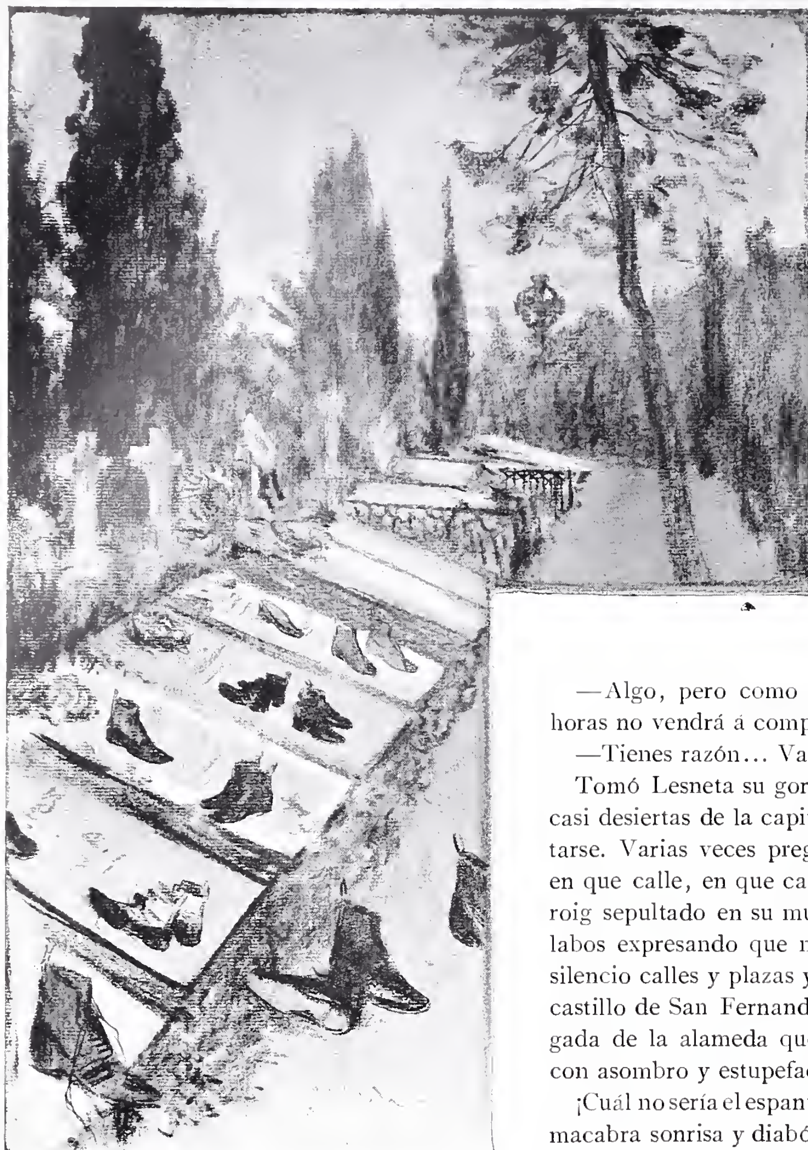
nos ni ringorangos, por lo cual con facilidad se deducía que ambas habían servido de muestra del establecimiento colgadas, en diversas épocas, de un garfio á la puerta del mismo y viviendo intranquilas é inseguras en elemento tan contrario á su naturaleza y destino como el aire.

Pel-roig las miró asombrado; miróse luego sus pies que, al lado de aquellas enormes botas, parecían de aristocrática dama ó de travieso pajecillo; y, sin decir palabra, tomó bajo su brazo izquierdo el paquete que contenía los veinticinco pares de calzado que se entregaban á su pericia de vendedor ambulante, metió un dedo de su mano derecha por las orejas de las botas goliatescas, y salió de casa de Lesneta mirando los pies de los transeuntes, con el propio afán que el príncipe de la Cenicienta para buscar á la hechicera dueña del pie que había servido de molde al más coquetón de los zapatos.

Pero nada: á juzgar por el tamaño de sus pies todas aquellas personas con las que se cruzaba Pel-roig en su camino, habían llegado del fantástico reino de Lilliput. Y entonces se le ocurrió á nuestro héroe la fatal idea de comenzar sus operaciones mercantiles de aquel día por la venta del par de botas que Lesneta le acababa de regalar. ¡Qué bien dijo el que dijo que las pequeñas causas engendran los grandes efectos! Si Lesneta hubiera podido entrever las fatales consecuencias de su obsequio, antes lo hiciera trizas que ponerlo en manos de Pel-roig. Pero como el porvenir es inescrutable, el pobre zapatero no previó que su mandatario comprendiera que tal calzado no servía ni para sus pies ni para los de ningún otro semejante suyo, tuviera la ocurrencia de venderlo, y, tras de cobrar por él las dos pesetas que le dió el dueño de un puesto de trastos viejos vecino al Mercado, entrara en una de sus tabernas predilectas á beberse el importe de la venta.

¡Famosa borrachera fué la que pescó Pel-roig! Una curda de dos pesetas, tan monumental como el par de botas que la había dado origen. ¡Qué discurso el de aquel día memorable, comenzado en la misma puerta del templo de Baco, después de las copiosas libaciones en honor al más regocijado de los dioses, y acabado no se sabe donde porque la oscuridad de la noche envolvió en sus tinieblas al orador y á su perorata! Dícese que la más famosa arenga de Demóstenes fué la de la corona, y cítase como modelo de oraciones ciceronianas una de sus Catilinarias; pues de igual suerte puede afirmarse que la más grande de las alocuciones de Pel-roig fué la de aquel día inolvidable. Política, religión, ciencias, artes, todo tuvo su lugar oportuno ó inoportuno en aquel Océano tempestuoso de palabras que principió á las ocho de la mañana y persistía inagotable á las ocho de la noche. Ora como Pedro el Ermitaño dirigiendo su fogosa palabra á los hombres, ora como San Francisco de Asís atrayendo con suave elocuencia á los pajarillos que anidaban en el paseo de Mendez-Nuñez; ya imitando á San Antonio de Padua y arengando á los peces sentado en un canto colosal del rompeolas del muelle; ya superando á todos los santos y oradores del mundo y dirigiéndose á las piedras, como si esperase ver conmovidas sus endurecidas entrañas; tan pronto rodeado de su habitual corte de golfos cual misionero cercado de catecúmenos, como solo y abandonado, nuevo San Juan clamando en el desierto, todas las horas de aquel día le vieron elocuente, inspirado, superándose á si mismo, desbordarse en torrentes de frases admirables y elevarse á las más vertiginosas alturas de la oratoria.





á la puerta de Lesneta y allí se detuvo apoyándose en el marco para conservar el equilibrio.

—Ola, compadre,—dijo el zapatero —¿qué te trae por aquí tan de mañana?

—Vengo á darte el parte de tu encargo de ayer...—repuso Pel-roig. Y al contestar á su amigo y comitente, una sonrisa socarrona plegó los tostados labios del viejo.

—¿Y que hay?

—Pues nada... que ya están colocados los veinticinco pares...

—¡Ché... Pel-roig...! Eres el demonio... ¿Y cómo te las has compuesto para despacharlos tan pronto?... Me traes el dinero?...

—No. Tienes tu que venir á cobrar, porque á mi ni siquiera me contestan cuando les pido el dinero.

—¿Y es muy lejos?...

—Algo, pero como es temprano, te puedes venir, que á estas horas no vendrá á comprar mucha gente...

—Tienes razón... Vamos.

Tomó Lesneta su gorrilla y echaron á andar los dos por las calles casi desiertas de la capital que á aquella hora comenzaban á despertarse. Varias veces preguntó el zapatero á su guía donde estaban, en que calle, en que casa, los compradores de su género: pero Pel-roig sepultado en su mutismo, contestaba con gestos ó con monosílabos expresando que más adelante. Por fin los dos caminaron en silencio calles y plazas y paseos; y salieron de la ciudad por junto al castillo de San Fernando; y bordearon su falda á la sombra prolongada de la alameda que termina en el cementerio; y llegaron á él con asombro y estupefacción de Lesneta; y entraron; y...

¡Cuál no sería el espanto del pobre zapatero al ver á Pel-roig que, con macabra sonrisa y diabólica expresión, le mostraba acá y acullá, cual ofrendas fúnebres jamás vistas en aquel recinto, sus pares de botas, cuidadosamente colocadas sobre las blancas lápidas, húmedas aún por el rocío de la noche! Allí estaban los veinticinco pares sobre otras tantas tumbas, y ante ellas quedó Lesneta mudo, no se sabe si de asombro, de miedo ó de cólera, y de tal suerte abstraído y petrificado, que ni oyó siquiera á Pel-roig que con burlón acento le decía:

—Ahí tienes una buena parroquia... Si te pagan, ya me darás la parte que me ofreciste...

Y el borracho impenitente dió media vuelta y salió del camposanto, dejando á Lesneta convertido en la única estatua policroma de aquel sagrado recinto.

¿Dónde fué á parar? ¿Cuál fué el término de su discurso peripatético? ¡Misterio insondable! A las últimas luces del crepúsculo dijo uno de sus más entusiastas oyentes que le había visto por los desmontes de la prolongación de la calle de Alfonso el Sabio; después Pel-roig y su discurso y su fardo de calzado habían caído en alguna sima ignota. ¿Habría sido aquel su canto del cisne?

IV

No, por fortuna. Al amanecer del siguiente día hallábase el buen Lesneta á la puerta de su zapatería, regocijado y contento, como hombre satisfecho de si mismo y de su negocio, cuando vió aparecer por el extremo de la calle á su improvisado comisionista del día anterior: sus pasos inseguros y tortuosos denotaban que los nubarrones de la pasada tempestad todavía entoldaban su cerebro. Contra su costumbre, Pel-roig venía silencioso. ¿Era que el kilométrico discurso de horas antes había agotado ¡por fin! su elocuencia? ¿Era que alguna catástrofe inesperada le enmudeciera? Se ignora. Triste y callado llegóse

V

Cundió la broma por la ciudad y el desgraciado Lesneta perdió su característico apodo, cambiándolo por el de *Sabater dels morts*. Pero no perdió eso sólo. Perdió también la clientela y el dinero y la paciencia y tuvo que emigrar de Alicante maldiciendo de Pel-roig y del día funesto en que tuvo la malhadada idea de nombrarle su comisionista.

LUIS CÁNOVAS



ENRIQUE SERRA CORTESANA

LA VIDA LITERARIA

Diez de la mañana. El madrugar se impone. Ha muerto Pérez, el egregio poeta, regocijo de las musas españolas, y rindiendo tributo á la amistad y al compañerismo, tenemos que acompañar su cadáver á la última morada. Formamos el fúnebre cortejo media docena de amigos... los que nada le debíamos. ¡Pobre Pérez! Él, que tanto dinero ha dado á ganar á su editor, y á las empresas teatrales, ha muerto pobre, sin una peseta, sin dejar ni aún lo indispensable para el entierro, que hemos tenido que costearle entre algunos de sus íntimos, á fin de que no tuviese que ir andando al cementerio, como el chulo del cuento. Un detalle curioso: El editor de Pérez ha enviado una corona de *siemprevivas*... ¡No puede darse un rasgo más expresivo de la filantropía editorial! Durante su vida sembró su camino de punzantes espinas y de intereses compuestos á razón del ochenta por ciento mensual, y una vez muerto, le envía una corona... ¡la corona del martirio!... ¡Pobre Pérez! Era un hombre honrado, un excelente compañero, un amigo leal y cariñoso, un escritor insigne, un poeta de mérito excepcional... ¡Desdichado de aquel para quien suena en el reloj del tiempo la hora de los elogios!...

. . . .

Todo ha concluído. La última espuerta de tierra ha caído sobre el metálico ataúd que guarda los inanimados restos de Pérez... En el momento de retirarnos, hemos visto que un empleado de la casa del editor de Pérez recogió la corona de *siemprevivas*. ¿Será para llevarla á la familia del muerto? No, señor; ¡es para que figure en el entierro de la próxima víctima de su principal!

. . . .

Una de la tarde—Cochero, al Inglés, ¡á escape! A la una en punto comienza el banquete con que obsequiamos á Gomalch con motivo del gran éxito que ha obtenido su última comedia. Gomalch es un adoquín como una catedral; pero los sacerdotes de la crítica, esos señores que hacen y deshacen representaciones á su capricho, han reconocido y proclamado *urbi et orbe* que Gomalch es un genio de la dramática española, y que su comedia puede codearse dignamente con *La vida es sueño*, y no hay más remedio que acatar aquel soberano é inapelable fallo, sopena de concitar sus iras y atraer sobre nuestras míseras cabezas todos los rayos de su olímpica cólera: Con tal motivo nos reunimos hoy en fraternal banquete para festejar al compañero insigne... que hasta hace tres días anduvo rodando por los escenarios, sin que nadie, ni aún con la recomendación de Nuestro Señor Jesucristo, le quisiese leer una comedia. Aquí, ya se sabe: en cuanto uno hace algo que sobresale tres milímetros de lo vulgar y corriente, ¡banquete al canto! La broma suele costarnos seis pesetas por barba, ó algo más para médico y botica, si se nos indigesta la merluza al *gratin*, plato obligado en todo banquete cómico-lírico, ó nos sientan mal las quintillas que algún querido compañero lleva *improvisadas* para soltarlas en su tiempo y lugar oportunos; pero, eso sí; nos divertimos, derrochamos un trimestre de ingenio, y en cuanto el *champagne*, ó, en su defecto, el honrado peleón comienza á hacer de las suyas en los pisos superiores del individuo, ¡cualquiera nos aguanta!



. . . .

Nueve y media de la noche. A Eslava. Se estrena la nueva obra de Martínez, y no es posible faltar. Los que han asistido al ensayo general se hacen lenguas de la nueva zarzuela de Martínez, augurando que ha de ser un exitazo. El asunto es originalísimo, pues él no es de los que *traducen*, *imitan* ni *arreglan*, tres vocablos que hemos inventado para disimular los *timos*, *escalos y atracos* literarios; las situaciones son de *primera fuerza*, porque Martínez posee como nadie el arte de *mover los monos;* los chistes se *atropellan* los unos á los otros... La música es de Gómez, el inspirado y genial compositor á quien el Arte tiene por uno de sus hijos predilectos. Según se dice, el terceto va á ser un alboroto, el duo una revolución, el concertante un pronunciamiento. Agréguese á ésto que Muriel ha pintado siete decoraciones lindísimas, y que Gambardella ha vestido la obra con lujo y propiedad verdaderamente notables, y no cabe duda que el éxito de la zarzuela de Martínez será asombroso

. . . .

Los agoreros y profetas se han equivocado de medio á medio. La zarzuela de Martínez ha sido un fracaso de esos que hacen época. El asunto huele á pasado desde un kilómetro; las situaciones resultaron vulgares y preparadas sin habilidad ni arte; los chistes son una colección de groserías digna de caer bajo la acción del Código penal. La música mereció el honor de ser coreada por el público. Desde las primeras escenas se inició el pateo que duró hasta que cayó el telón y media hora más...

. . . .

Dos de la madrugada. A Fornos. En una de las mesas de turno de Hilario nos reunimos una colección de trasnochadores. Tomamos chocolate ó tomamos asiento únicamente, y nos entretenemos en hacer el resúmen del día, despellejando de paso á los más queridos compañeros. Allí averiguamos de que obra francesa está tomada la comedia de Fulano; cazamos los ripios de la última poesía de Mengano; señalamos los galicismos de Perengano... Allí hacemos reputaciones y derribamos ídolos. En aquella mesa no practicamos la disección con el bisturí del anatómico que con hábil mano, segrega fibras, tegidos y filamentos hasta llegar á la víscera dañada, sino con el hacha del leñador que de un solo golpe derriba el árbol secular que han sujetado los más furiosos vendavales... Al amanecer, cuando el sol asoma por Oriente y las burras de leche por la calle de Peligros, se retira cada cual á su domicilio... si lo tiene...

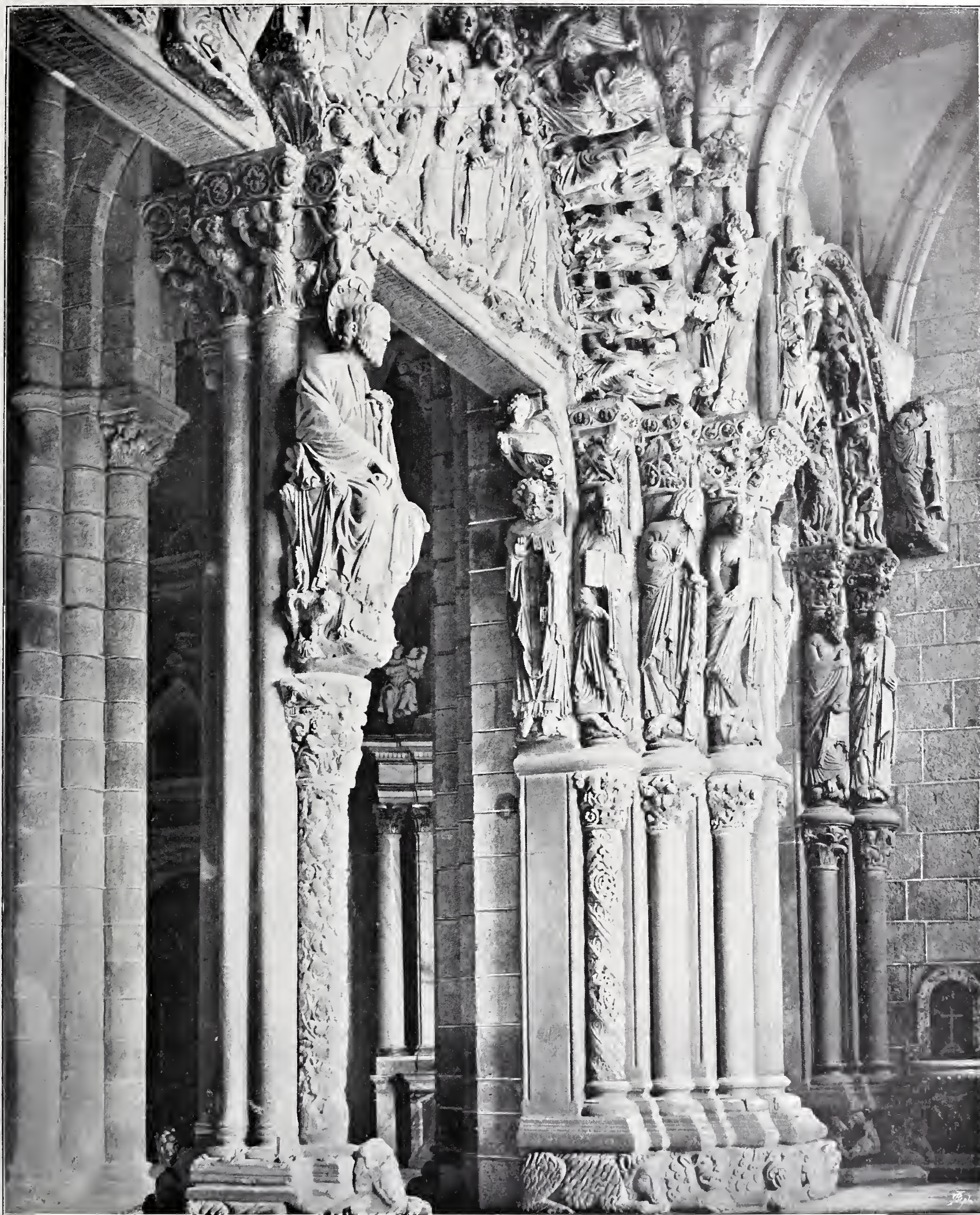
Manuel Soriano



J. SOROLLA — ESTUDIO



FACHADA OCCIDENTAL Ó DEL OBRADOIRO DE LA BASÍLICA DE SANTIAGO



PÓRTICO DE LA GLORIA DE LA BASÍLICA DE SANTIAGO

AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos, y de caudales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatar á la muerte una segura presa, pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y á la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, á mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado á las tinieblas quien gozó una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtióse rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, á la esperanza de que la ciencia lograra devolver á la cámara obscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clichés produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música encontró en el divino arte alguna compensación á los placeres que le robara la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reunióse en torno del marquesito una corte de maestros y compositores, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre el arte superó á la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban á veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada deshaucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas sustituyeron á los rayos del sol, la armonía al colorido, los motivos á los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales á los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó á considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos inspirados á veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio, pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al cieguecito obligándole á la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse á un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado á orillas del océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar á la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado á su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el Real á los más célebres artistas de la época aquellos tiempos que como sueños se representaban á su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por transmigración, sin duda, del espíritu, encarnaba ahora en su ser. Y á la caída de la tarde solían padre é hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien á orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo á su delirio artístico, pues ni aún en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desgracia.

Era entonces cuando su inspiración llegaba á más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruídos de la naturaleza con el estado de su espíritu entristecido por la más horrible de las desgracias: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos plebeyos propietarios.

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el duo de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando á sus oídos llegaron ecos de los lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, *Elsa* respondía á las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que á Alfredo produjo aquella inesperada conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del cieguecito, reduciendo el suceso á las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan solo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedóse, para sus adentros, con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido á las demandas de amor del protagonista de su ópera favorita.

Aun más, adivinaba que aquella mujer también sufría, y también como él buscaba un amor, que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesario más para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual alagüeño resultado. Al canto de *Rahul* respondióle *Valentina;* al de *Radamés, Aida;* al de *Sansón, Dalila;* al de *Hamlet, Offelia*...

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto,* salvando las distancias, llegaron á confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban á encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aun más que á los oídos: y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inesperada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza á los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de ver á la mujer amada, estériles protestas sujeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar á los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con la esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde á la cita que tácitamente tenían convenida los dos amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.

Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega, una familia inglesa, cuya hija, de dieciocho bellísimos abriles, buscaba en las playas meridionales algún alivio á la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.



La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, reveladas en la facilidad de acomodarse á la diversidad de emociones estéticas á que Alfredo la había sometido como prueba de la impresionabilidad de su temperamento.

—¿Cuándo es la operación?—preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

—Pronto hijo, pronto—replicábale el padre, casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer, de la desgracia.

Y así transcurrieron pesadamente días y semanas, renovándose padre é hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, á las constantes demandas de los padres, presentóse un día en el castillo un oculista inglés, más sabio ó más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron á inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

—¡La veré! ¡La veré! ¡Podré buscarla!—repetíase sin cesar el cieguecito. Idea fija que hubiera acabado con su razón á prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabi-

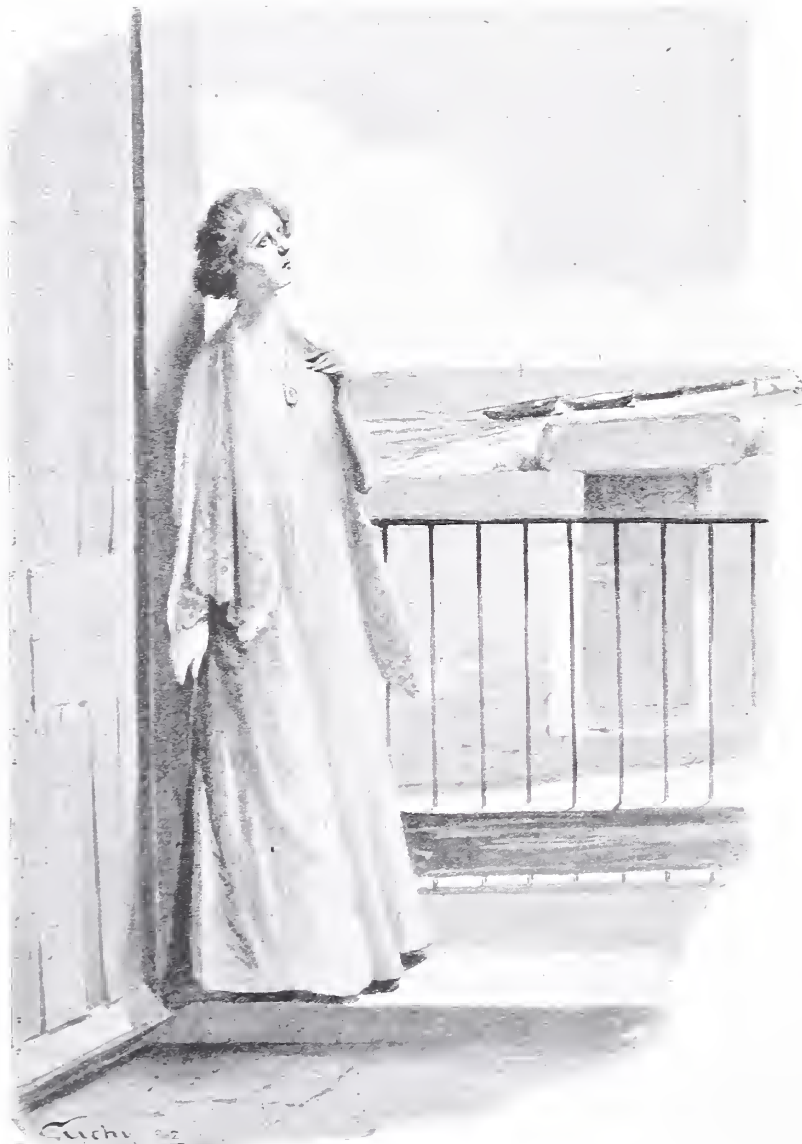
nete, convertido en cámara obscura, ocho días de impaciencia mortal, exijidos por el médico para asegurar el éxito de la operación que restituiría la felicidad á aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla, y el oculista dedicó sus diarias visitas á conservar el fuego sagrado de la esperanza.

* * *

Á la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, pareciole eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada á los balcones del jardín, castigando su débil pecho con la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta á cuantos rumores llegaban á su oido, esperando en vano el eco de un amor ideal en que llegó á cifrar todas las esperanzas de su vida.



Á veces iniciaba en el piano alguna de las melodías favoritas, lo cual era tanto como gritar ¿estás, bien mío? Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la naturaleza parecía decir á sus oídos de tísica: ¡quién piensa en románticas fantasías!

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de mozos tocando los guitarros. ¡Ya está! se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Y así estuvo largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió á la realidad, y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: ¡me ha olvidado!

* * *

Pocos días después en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres tiritaban de emoción ante la seguridad del doctor famoso: éste preparaba con orgullosa calma, atento á los más nimios detalles de la *mise en scène*, la solemne demostración de su gran triunfo; Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: ¡por fin podré verla! ¡iré á buscarla!

Quitó el doctor las vendas al cieguecito, levantóle los recortes azulados que tapaban sus ojos, y abriendo tímidamente la ventana, le dijo con imperio: —¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría, cerró en seguida los ojos como miedoso del mundo ya olvidado, y al volver á abrirlos intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente á contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, y seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó á preguntar:

—¿Entierran á una joven?

—Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista; estaba tísica. ¡Pobre Lady Betti!

—¡Lady Betti? rugió Alfredo.

—¿Acaso la conocías?—exclamaron los padres sorprendidos.

—No—les replicó cayendo desvanecido —¡La adoraba!

A. Aguilera y Arjona

Ilustraciones de Cuchy



P. ROIG

AVES DE NOCHE



CAPITANIA Y PUERTO DE BARCELONA

La Trasfusión de la Sangre

La medicina es una gran cosa: podrá no curar al enfermo, pero en cambio, lo envía al cementerio con todas las reglas del arte.

Dícese de ella que es una ciencia muy obscura, lo cual está en contradicción con lo que todos sabemos: no puede ser obscura una ciencia que utiliza los rayos X para iluminar por dentro el cuerpo humano.

Aunque, en todo caso, éste sería un contrasentido más: el primero y el mayor de todos es el de ser á un mismo tiempo *ciencia* médica y *arte* de curar

La última definición me resulta algo inexacta, y si los muertos hablaran, tengo para mí que habrían de impugnarla seriamente con argumentos de *ultra tumba*.

Pero dejando á un lado eso de si la medicina es ciencia ó arte y si éste es de curar ó no, habremos de convenir en que progresa, siquiera los resultados no lo confirmen de una manera indubitable.

Si en los tiempos de Gil Blas de Santillana la medicina estaba sintetizada en el doctor Sangredo, en los tiempos actuales en que los descubrimientos invaden todas las esferas, y en los cuales envejecen en un mes todas las teorías, difícil nos sería sintetizarla.

Pasó la época de las sangrías y del agua caliente, y se relegó al olvido aquel procedimiento por perturbador y ruinoso para la naturaleza del individuo: que hay fiebre, antipirina por arriba: que la fiebre arrecia, antipirina por abajo: que la fiebre no remite, antipirina por arriba y por abajo: que se muere el enfermo, vaya bendito de Dios: se marcha al hoyo sin que se le haya debilitado con la extracción de la sangre y demás tratamientos antiflogísticos, y esto es siempre una satisfacción para la familia y para los gusanos.

Nada de antiguallas: Hipócrates y Galeno pudieron ser notabilidades en su época, pero hoy serían unos consumados ignorantes. ¡No saber lavar el estómago! ¡no saber iluminar el bazo! ¡desconocer las inyecciones hipodérmicas! ¡no poseer el secreto de la antipirina! ¡no conocer el sistema de la trasfusión de la sangre! Eso sería imperdonable y los graduaría de *curanderos* ante el vulgo sensato y medianamente instruído.

Tuve un amigo, natural de Coria, que se hacía lenguas del médico de su pueblo desde que había operado á su mujer en un caso gravísimo de anemia acarreada por un mal parto.

Y no fué producido su entusiasmo por la habilidad del operador al trasladar á las arterias de su mujer un par de libras de sangre desde las arterias de una cabra; ni fué tampoco hijo de la satifacción que le causara la pronta mejoría de su esposa; el entusiasmo se produjo en él por el cambio notado en su consorte, tanto en lo moral como en lo físico: su apoltronamiento y dejadez se habían trocado en agilidad y energía, y su carácter triste y melancólico, en el más alegre y vivaracho del mundo.

— Calcule usted — me decía — que antes apenas podía dar cuatro pasos sin fatigarse, y que ahora de un salto se planta encima de una mesa.

— Saltar es.

— Que antes de la operación no salía de casa más que para ir á misa y que ahora no perdona baile ni jolgorio.

— Ya veo que la cura ha sido radical.

— Mejor haría usted en decir que la transformación ha sido completa, y tentado estoy de mandar que me hagan á mí la misma operación.

— Pero hombre de Dios ¿está usted acaso anémico?

— No, pero noto ya ciertos entorpecimientos, ciertas deficiencias, y quiero ver si las corrijo para estar á la altura de mi mujer en vigor y en carácter.

Y como lo pensó lo hizo.

Circunstancias particulares me tuvieron alejado del pueblo algunos meses, y al regresar á él, una de las primeras visitas que hice fué á la casa de don Marcos.

Apenas puse el pie en el umbral, escuché un sonoro balido que hizo retemblar las puertas de cristales.

— ¿Qué es eso? — pregunté á un criado.

— Es el amo que llama — me respondió con naturalidad.

Quedéme algo perplejo, y le volví á preguntar.

— ¿Y la señora?

— El ama no está en casa — me dijo: — desde que le metieron en el cuerpo la sangre de la cabra, tira al monte y apenas se la vé por aquí.

Un segundo balido, más estentóreo que el primero, interrumpió mi indagatoria. Vacilé un poco acerca de lo que me convenía hacer y adopté la resolución de volverme á mi casa, ante el temor de que don Marcos me topara instintivamente con todos los bríos de su nueva sangre.

¡Y luego dirán que la medicina no progresa!

Camilo Millán



R. Marín De «soirée»

LOS NIBELUNGOS

(Continuación)



Dankwart, el hermano de Hagen, era un hombre terrible; lo que en los combates anteriores había hecho de notable contra los guerreros de Etzel, no era más que aire. Ahora se batía con rabia verdadera el hijo de Aldriano.

Ritschart y Gerbart, Helferico y Wichart no se habían hecho atrás en ningún combate: se lo hicieron ver á los guerreros de Gunter. Allí se veía á Wolfrando portarse bravamente en el combate.

El viejo Hildebrando se batía como un loco. Muchos buenos guerreros murieron á manos de Wolfhart y hallaron la muerte ahogados en sangre. Así vengaban la muerte de Rudiguero aquellos guerreros fuertes y buenos.

Cediendo á su cólera se batía el duque Siegstab. ¡Ah! ¡cuántos magníficos yelmos hendió en aquella batalla el sobrino de Dietrich! En la pelea nadie podía portarse mejor.

Como viera Volker el fuerte que Siegstab hacía verter torrentes de sangre por las buenas armaduras, se sintió furioso y se lanzó contra él. Allí hubiera perdido la vida Siegstab á manos del músico: Volker le dió tales pruebas de su arte, que con la espada le dió muerte. El viejo Hildebrando lo vengó, según su valor se lo exigía.

«¡Oh desgracia!» exclamó el maestre Hildebrando «¡mi querido señor yace aquí muerto por la mano de Volker! Ya no puede vivir más el músico.» ¿Quién vió á nadie más furioso que el fuerte Hildebrando?

Dió á Volker con tanta fuerza, que los pedazos de su yelmo y las piezas del escudo del valeroso músico saltaron hasta las paredes de la sala; allí encontró su fin el terrible Volker.

Los hombres de Dietrich se apresuraban en el combate: daban tan fuertes golpes que hacían saltar las mallas de las cotas y las puntas de las espadas volaban. Por debajo de los cascos hacían correr torrentes de humeante sangre.

Hagen de Troneja vió muerto al guerrero Volker: esto era para él la pérdida mayor entre sus amigos y compañeros. ¡Con cuánta furia emprendió Hagen la venganza de su amigo!

«No gozará de su victoria el viejo Hildebrando: mi querido amigo, el mejor compañero de armas que he tenido, ha muerto á manos de ese guerrero.» Levantó su escudo y avanzó, amenazador contra él.

Helferico el valiente mató á Dankwart causando gran pena á Gunter y á Geiselher, cuando lo vieron caer en la revuelta lucha. Su valentía había vengado de antemano su muerte.

(Aunque había allí mucha gente de distintos países y muy poderosos príncipes contra el pequeño grupo, si los cristianos no hubieran estado contra ellos, su valor hubiera bastado para rechazar á los paganos.)

A pesar de todo, Wolfhart seguía saltando acá y allá, matando sin tregua á los del acompañamiento de Gunter. Atravesaba por tercera vez la sala del combate, y su brazo derribaba muertos á muchos héroes.

El valeroso Geiselher gritó á Wolfhart: «¡Oh! ¡qué terrible enemigo hemos encontrado! Noble y valiente guerrero, venid hacia acá; quiero ayudaros á terminar; esto no puede durar más tiempo.»

Wolfhart se volvió luchando hacia Geiselher; cada uno hizo al contrario profundas heridas. Descargó con tanta fuerza contra el rey, que de la cabeza á los pies quedó bañado en sangre.

Encolerizado el hijo de la hermosa Uta, atacó á Wol-



fhart con horribles tajos. Por muy fuerte que fuera el guerrero, tenía que sucumbir. Nunca un rey tan joven fué más valiente.

Alcanzó á Wolfhart sobre la buena armadura, y de las heridas brotó la sangre en abundancia. Hirió de muerte al guerrero de Dietrich. Sólo siendo un héroe pudo dar un golpe semejante.

Cuando el fuerte Wolfhart recibió la herida, dejó caer el escudo: después con ambas manos levantó una cortante espada con la que hirió al héroe Geiselher á través del yelmo y la coraza.

Uno á otro se habían dado horrible muerte. El guerrero de Dietrich no podía conservar la vida. El viejo Hildebrando vió caer á Wolfhart: en su vida había experimentado mayor pena.

Todos los hombres de Dietrich y Gunter habían muerto. Hildebrando fué al sitio en que había caído Wolfhart, bañado en su sangre, y lo tomó en sus brazos el guerrero fiel y bueno.

Quiso sacarlo fuera del palacio pero pesaba mucho. Aquel hombre mortalmente herido, volvió los ojos hacia su tío y vió que lo quería sacar de allí.

El moribundo dijo: «Muy querido tío mío, no es bueno que en este momento me dediquéis á mí mucha atención. Defendéos de Hagen; esto es lo que os conviene: él siente en su corazón horrible odio.»

«Si mis parientes quieren llorar mi muerte, decidles vos, que sois el mejor, que lloran sin motivo. He recibido honrosa muerte de manos de un rey.

«Tan bien vengué de antemano mi muerte en esta sala, que tendrán que verter lágrimas las mujeres de muchos buenos caballeros. Si os preguntara alguien, decidle que con mi mano dí muerte á más de cien enemigos.»



Hagen se acordó del músico á quien el viejo Hildebrando había quitado la vida, y dijo al guerrero: «Vos pagaréis la pena de mi dolor, pues en el combate habéis dado muerte á muchos guerreros.»

Descargó tan fuertemente sobre Hildebrando, que resonó Balmung, la espada que Hagen el fuerte había quitado á Sigfrido después de muerto. El viejo se defendió, pues era muy valiente.

El tío de Wolfhart dió á Hagen de Troneja un fuerte tajo con su espada de acerado corte: pero no pudo herir al vasallo de Gunter. Hagen sí, le atravesó el arnés.

Cuando el maestre Hildebrando recibió la herida, temió más fuertes golpes de manos de Hagen. El guerrero de Dietrich se puso el escudo á la espalda, y á pesar de su herida logró escapar de Hagen.

Ninguno de los guerreros vivía ya sino Gunter y Hagen, los dos héroes terribles. El viejo Hildebrando caminaba bañándose en su sangre, y fué á dar á Dietrich la triste nueva.

Vió sentado y pesaroso al jefe, pero mayor pena iba á hacer experimentar al príncipe. Cuando vió que se adelantaba Hildebrando con la coraza tinta en sangre, le preguntó con gran cuidado que ocurría.

«Decidme, maestre Hildebrando, ¿por qué venís bañado en la sangre de vuestras venas? ¿quién os ha herido? ¿Os habéis batido con los extranjeros en la sala? Os lo había prohibido y debisteis evitarlo.»

Contestó á su señor: «Hagen lo ha hecho; me hirió en la sala cuando quería librarme del guerrero. Trabajo me ha costado escapar con vida de aquel demonio.»

El de Berna respondió: «Con razón os ha sucedido eso pues habiendo escuchado que la amistad me ligaba con esos guerreros, no debisteis romper la paz que con ellos tenía. Si no fuera una verguenza para mí, os daría muerte.»

«No os irritéis tan pronto en contra mía, señor Dietrich: grande ha sido el daño para mí y para mis amigos. Queríamos sacar de la sala el cuerpo de Rudiguero, pero no quisieron acceder los guerreros de Gunter.»

«¡Oh! ¡qué dolor para mí! ¿ha muerto Rudiguero? Nunca ha sido tan grande mi desgracia. La noble Gotelinda es tía mía. ¡Pobres huérfanos, los que quedan en Bechlaren!»

Dolor y pena les causó aquella muerte, y sin poderse contener el héroe rompió á llorar. «¡Oh! ¡qué buen apoyo he perdido! ¡nunca dejaré de acordarme del guerrero del rey Etzel!»

«¿Podréis decirme de una manera cierta, maestre Hildebrando, quien es el guerrero que lo ha matado?» Él le contestó: «El fuerte Gernot, pero el rey fué muerto también por mano de Rudiguero.

Le dijo á Hildebrando: «Decid á los míos que se armen pronto; quiero ir yo mismo. Decidles que me traigan mi brillante armadura de combate: quiero preguntar yo mismo á los héroes de Borgoña.»

El maestre Hildebrando le respondió: «¿Quien irá con vos? Todos los que tenéis vivos, los véis á vuestro lado: yo soy el último de éllos; los demás han muerto.» Se aterró con esta noticia y tenía motivos para éllo, pues nunca en la tierra sintió tan amarga pena. Exclamó:

«¡Si todos mis hombres han muerto, es que Dios abandona al infortunado Dietrich! Yo era un rey rico, noble y elevado.»

Dietrich añadió: «¿Cómo ha podido ser que los hayan matado á todos, esos héroes cansados del combate y reducidos al ultimo extremo? ¡Si no me persiguiera la desgracia aun no habrían muerto!»

«Ya que la suerte no me ha querido ayudar, decidme al menos, ¿viven aún algunos de esos extranjeros?» El maestre Hildebrando respondió: «Dios sabe que no viven más que Hagen y el altivo rey Gunter.»

«¡Oh! ¡querido Wolfhart, á quien he perdido! nunca sentiría el haber dejado de nacer. Siegstab, Wolfwein, y también Wolfbrand; ¿quién me ayudará ahora en el país de los Amelungos?

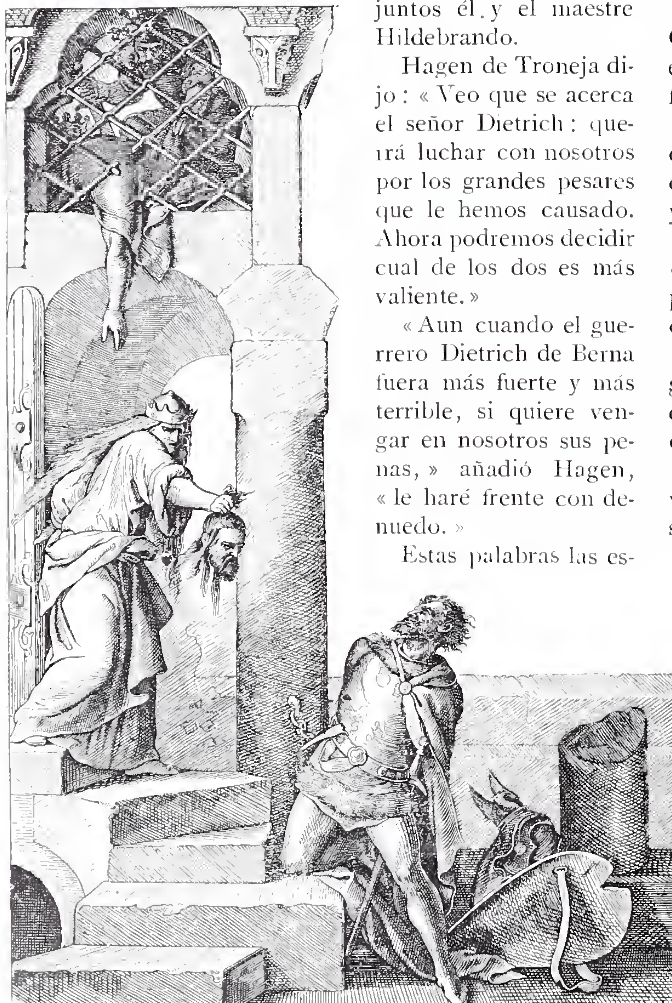
«Helferico el fuerte ha sido muerto también, ¿cómo lloraré á Gerbart y á Wichart? Hoy es mi último día de alegría. ¡Oh! ¡triste de mí! ¡qué nadie pueda morir de dolor!»

XXXIX

De como murieron Gunter, Hagen y Crimilda

El mismo señor Dietrich cogió su armadura que le ayudó á ceñirse el viejo Hildebrando. Aquel fuerte hombre lloraba, y su voz hacia retemblar todo el palacio.

Pronto recobró toda su energía el valeroso guerrero, y el buen héroe se armó dominado por la cólera: embrazó el escudo y marcharon juntos él y el maestre Hildebrando.



Hagen de Troneja dijo: «Veo que se acerca el señor Dietrich: querrá luchar con nosotros por los grandes pesares que le hemos causado. Ahora podremos decidir cual de los dos es más valiente.»

«Aun cuando el guerrero Dietrich de Berna fuera más fuerte y más terrible, si quiere vengar en nosotros sus penas,» añadió Hagen, «le haré frente con denuedo.»

Estas palabras las escucharon Dietrich y el maestre Hildebrando. El fué á buscar á los dos guerreros que estaban apoyados en el muro fuera de la sala. Dietrich puso á sus pies su buen escudo.

Dominado por el dolor y por el cuidado, dijo Dietrich. «¿Por qué has obrado así en contra mía, rey Gunter, cuando no soy de este país? ¿Qué os hice yo para que me hayáis dejado solo y sin ningún consuelo?

«No ha sido bastante para vos matar á Rudiguero el valeroso héroe en esta espantosa lucha, sino que también habéis matado á todos mis hombres. Nunca os hice yo sufrir penas semejantes.

«Pensando en vosotros mismos, en vuestros pesares, en vuestros amigos muertos en este combate, debéis sentir el alma rota, buenos héroes. ¡Cuánto me aflige á mí la muerte de Rudiguero!

«Tan fuerte pesar nadie lo tuvo en el mundo. Vosotros no habéis pensado en vuestra pena ni en la mía. Aquí yacen muertos todos mis amigos: nunca lloraré bastante la pérdida de mis deudos.»

«Nosotros no somos los culpables», respondió Hagen, «á este palacio han venido vuestros guerreros en gran tropel y fuertemente armados. Me parece que no te han dado las noticias con verdad.»

«¿A quién debo creer? Hildebrando me ha dicho que mis guerreros Amelungos os han pedido que les dejárais sacar del palacio el cuerpo de Rudiguero: y vosotros habéis respondido á los míos con burla.»

El rey del Rhin dijo: «Querían llevarse de aquí el cuerpo de Rudiguero: yo se le negué en odio á Etzel, no por los vuestros, y entonces Wolfhart comenzó á insultarnos.

El héroe de Berna replicó: «Así tenía que suceder. Gunter, noble rey, por tu virtud, repara la pena que en el corazón me has causado. Concede una compensación, fuerte caballero, para que te lo perdone.

«Entrégate prisionero con Hagen tu vasallo: yo te defenderé aquí entre los Hunos, de modo que nadie os ofenda ni cause agravio. Sólo encontraréis en mí bondad y buena fé.»

«No permita el Dios del cielo», respondió Hagen, «que se entreguen á tí dos guerreros que bien armados pueden defenderse todavía con valor y que marcharán con la frente alta hacia el enemigo.»

«No debéis despreciar mi ofrecimiento, Gunter y Hagen», añadió Dietrich. «Los dos habéis causado tan grandes tribulaciones á mi corazón, que obraríais bien si me compensarais.

«Os doy mi palabra, y mi mano os lo jura, que iré con vosotros hasta vuestro país. Os acompañaré con honor, ó sufriré la muerte y por vosotros daré al olvido mi desgracia.»

«No pedirlo más» replicó Hagen. «No nos conviene que se diga que dos tan fuertes guerreros, se han entregado á vuestra mano, pues sólo os acompaña Hildebrando.»

El maestre Hildebrando, dijo: «Dios sabe, señor Hagen, que la paz que el señor Dietrich os ofrece, llegará un momento en que la echéis de menos: debíais aceptar la composición que os pide.»

«Yo aceptaría esa paz», le respondió Hagen, «antes que huir, como un mal guerrero, del campo del combate, según vos lo habéis hecho, maestre Hildebrando. Por mi fé, creí que erais hombre más valeroso.»

(Continuará)









ARTISTAS ESPAÑOLAS

FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA remitida por D. FRANCISCO SANTIGOSA MARTI



ALREDEDORES DE LA RABASADA

POR ESOS TEATROS

En el Tívoli. — Fin de la campaña de opera. — D. Giovanni. — Anuncio de representaciones en el teatro de las Artes.

Después del estreno de «Don Giovanni» en el Tívoli, el movimiento teatral ha sido casi nulo, habiendo concluído en dicho coliseo las representaciones de ópera, para dejar libre el local á la compañía acrobática, gimnástica, ecuestre etc. etc. del popular Alegría, la cual debuta uno de esos días.

La representación de la obra de Mozart con tanta fruición esperada por los amantes de la música, constituyó el acontecimiento artístico más importante de la temporada.

Después de ver anunciado el «Don Giovanni» en infinidad de ocasiones, ya empezábamos todos á perder la esperanza de llegar á verlo en la escena para saborear sus múltiples bellezas. El incumplimiento de las empresas de teatros *mayores* en este punto, tiene su esplicación en las dificultades que para su interpretación ofrece la obra, pués exige de los intérpretes que sean de escuela correctísima y que reunan á la vez facultades de verdadero actor, circunstancia ésta bastante difícil de hallar entre cantantes.

¿La halló la empresa del Tívoli en los suyos? He aquí una pregunta cuya contestación es bastante difícil. Lo que sí puede asegurarse es que todos los artistas se esforzaron en estar á la altura de la obra, por lo cual, y por tratarse de una temporada de á diez reales entrada y butaca, el público mostró la debida indulgencia hacia los que á pesar suyo no lograron su objeto y aplaudió con entusiasmo á los que salieron en bien de su cometido.

En cuanto á la obra, apesar de no ser sus cualidades las más propias para seducir al *gros public*, satisfizo completamente á los inteligentes, que se hacían lenguas de las bellezas que atesora.

El «Don Giovanni» es una de las mejores y más sazonadas producciones de Mozart, el insigne maestro cuyas obras son entre nuestros aficionados menos conocidas de lo que se merecen.

Mozart no es de los músicos que cifran los éxitos en efectos de relumbrón. Su arte es un arte esquisito, refinado, propio para ser saboreado por los inteligentes. Como todo gran artista, Mozart sabe encontrar grandes efectos sin echar nunca mano de recursos complicados. La simplicidad es una de las facultades que en mayor grado posee. Como lo demuestra en todas sus obras, cree Mozart que la música no debe herir el oído de una manera brutal. No hay más que recordar algunas de las escenas del «Don Giovanni.» Hasta las de un vigor dramático más subido, las resuelve sin agitaciones, sin efectos retumbantes, pero con una grandiosa sobriedad que las hace doblemente conmovedoras é interesantes.

Entre los artistas que interpretaron la obra, merecen citarse las señoras Gabbi, Homs y Lopeteghi, así como los Sres. Blanchart, Quadri y Banquells, el primero de los cuales se vió obligado á instancias del público, á repetir la serenata.

Todos, al igual que el maestro Baratta y la empresa, merecen plácemes por haber conseguido su objeto de presentar al público una obra con la cual no se habían atrevido empresas de mayor empuje.

Los demás teatros han continuado en general cerrados.

En el de las Artes, de la calle de Floridablanca, se anuncian por unos cuantos jóvenes algunas veladas en las cuales se representarán traducidas á la lengua catalana, diversas producciones de autores modernos. Entre ellas hay «Les mauvais bérgers» de Octavio Mirbeau y «Les Tenailles» de Pablo Hervieu, ya conocida de nuestro público por haber sido estrenada recientemente la obra original por la compañía francesa de M. Vast, en el Principal.

Además se pondrán en escena algunas obras de Ibsen.

La primera velada está anunciada para el día 30 de agosto y la última para el 11 de septiembre.

Deseamos á los jóvenes que han tomado á su cargo la empresa, mucha suerte en esas funciones, que, según anuncian, darán por vía de ensayo, con la esperanza de realizar más adelante campañas de mayor empuje.

Quiera Dios que el público responda al llamamiento y

que los organizadores de las veladas en cuestión se muestren dignos de la empresa que anuncian en los prospectos que han repartido esos días.

Un Espectador

HOJEANDO LIBROS

« La Rondeña » y « El Salvador. » — Colección de cuentos de Blanca de los Rios de Lampérez.

La eminente escritora cuyos trabajos gozan de tan considerable estima en el mundo literario, ha tenido la acertada idea de publicar sus Obras completas, empezando por el volumen «La Rondeña» y «El Salvador», en cuyas páginas ha recogido unos veinticinco cuentos de los que tenía diseminados en periódicos y revistas, los cuales habían sido traducidos en gran parte á idiomas estranjeros.

No tenemos que hacer á nuestros abonados el elogio de la eximia escritora. Los lectores de *Hispania* han podido en distintas ocasiones saborear el color de sus descripciones, la intensidad de su expresión, la originalidad de los asuntos que trata y el vigor y la corrección de su castiza pluma.

Algunos de los artículos que forman la interesante colección que nos ocupa, ha visto la luz por primera vez en estas mismas columnas, con verdadera satisfacción de todos nuestros lectores.

Los cuentos que constituyen el volumen «La Rondeña» son todos interesantísimos, llenos de color y de luz, de vida y movimiento. Para los aficionados á la buena literatura, constituye la publicación del libro de nuestra eminente colaboradora un verdadero acontecimiento.

Aquí, donde son miradas por algunos con sonrisa desdeñosa las obras artísticas y literarias producidas por señoras, es doblemente de alabar el *atrevimiento* de la Señora de los Ríos de Lampérez de lanzar á la venta sus Obras completas.

A bien que no se necesita mucho para emprender semejante publicación, pues ya de antemano puede asegurarse á la empresa un éxito lisonjero

Felicitamos sinceramente á la notable escritora, esperando con indecible fruición el segundo volumen de sus obras



GRITO DEL CORAZÓN

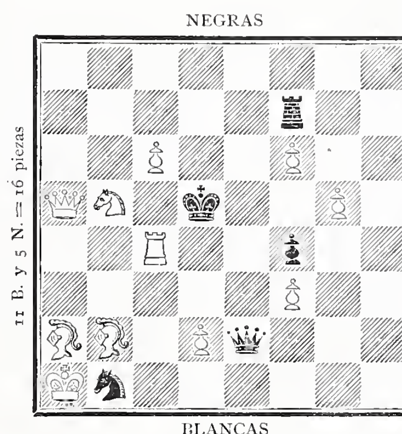
—Si, amiga mía, Don Pedro, mi jefe, aquel que fué tan bueno para mí, acaba de fallecer.

— ¡ Pobre hombre, qué desgracia tan horrible !

¿ Se dice si te darán su vacante?

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 53. — Dr. H. GOTTSCHALL



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

Solución al problema 52, por

M. EHERENSTEIN

Blancas	Negras
1. T 4 T	1. A 2 T
2. P 4 A R	2. P 6 R jaque
3. P 5 A mate.	

Variantes : Si... C toma P; 2. D 3 C, etc. — Si... P 4 C; 2. D toma P, etc.

HISPANIA



N.º 86-15 SEPTIEMBRE 1902 HERMENEGILDO MIRALLES.- BARCELONA



SUMARIO



—Cuán bueno sois de dejarme aprovechar vuestro paraguas



Un episodio de la Guerra de África

En el pintoresco pueblecillo de X..., que el mar lame con sus tranquilas olas, y sombrea á lo lejos el legendario *Tibidabo,* vivía María, hermosa payesa cuyo corazón pertenecía á Jorge desde el día en que éste, trémulo y azorado, más que con los labios con los ojos, de los que brotaba todo un poema de amor, la confesó su ardiente cariño.

Finalizaba el año 1859, de tan glorioso recuerdo para España en lo sucesivo.

La guerra de Africa, campaña penosa, pero esmaltada de heróicos hechos, caminaba á su desenlace, y las nuevas que de allende el Estrecho se recibían patentizaban el valor de nuestros soldados y los incesantes triunfos que iban obteniendo sobre las fanáticas hordas musulmanas, que, olvidando enseñanzas de la historia, habían tenido el atrevimiento de ultrajar nuestro pabellón.



Todos los españoles, lo mismo los que ocupaban lugar preferente en la sociedad, como los desheredados de la fortuna, en completa unidad de pensamiento y de acción, se sintieron heridos en lo más profundo de su alma, respondiendo con noble altivez al insulto, decididos á no dejarle sin castigo.

De todos los rincones de la Península partía un eco ensordecedor, clamando venganza contra nuestros tradicionales enemigos.

Donde mayor exaltación produjo la campaña del 59, fué seguramente en Cataluña. Sus nobles hijos, recordando la expedición famosa de sus antepasados al extremo Oriente, tan magistralmente descrita por Moncada, sentíanse electrizados por una lucha en la que hallábanse enfrente dos razas y dos civilizaciones tan distintas.

A este movimiento patriótico de los catalanes respondió el Gobierno expidiendo una Real orden en 24 de Diciembre de aquel año, para la rápida organización de un núcleo de fuerzas que debía titularse: *Voluntarios de Cataluña.*

Al tenerse de ella conocimiento en el antiguo Principado, acudieron sus naturales al alistamiento, en tan gran número, que no hubo otra dificultad para nutrir los cuadros que el tener que rechazar á los sobrantes y escoger los de mejores condiciones.

En X... causó la noticia tanta alegría en los hombres, como espanto en las mujeres; decimos mal, que al fin, enardecidas por el animoso esfuerzo de las prendas queridas de su alma, acallaron su dolor para no sentir más que el de la patria; con una sola excepción... María. ¿Qué sabía la pobre niña de patriotismo, deberes y gloria...? Sólo veía que Jorge, el elegido de su corazón, se marchaba, envolviendo en obscuros crespones su existencia, y llenándola de vagos pero fúnebres presentimientos.

La víspera de la partida reuniéronse los dos enamorados para darse el último adios, al pie de una humilde cruz de piedra, que en apartada encrucijada elevara la fe de sus mayores.

Quejas, protestas y juramentos, mezcláronse á los sollozos

de María, y Jorge, con palabras dulcísimas, con cierto dejo de remordimiento y amargura que á su pesar se traslucían en lo trémulo de su acento, quiso calmar los temores y angustias de su adorada.

—Si la suerte no me abandona, le dijó, volveré triunfante y tan enamorado como me alejo, confiando te hallaré firme en tus promesas, cual esas rocas que desde aquí alcanza nuestra vista, que en vano el mar al azotarlas pretende desunirlas.

Si á los ocho días de haber desembarcado en Barcelona el cuerpo espedicionario, no vengo á ertrecharte en mis brazos, ruega por mi alma al Dios de las misericordias... mi cuerpo habrá quedado envuelto en las ardientes arenas africanas, en aquellas apartadas comarcas adonde voy lleno de ilusiones.

Mañana marcho á Barcelona, pues pasado es el embarque; ve á despedirme: así al zarpar la nave lo último que contemplarán mis ojos será tu adorado semblante.

Y ahora separémonos, que la noche empieza á cubrirnos con sus sombras y la niebla fría que el aire va arremolinando pudiera serte dañosa.

María, que había escuchado las últimas palabras de su amante sin desplegar los labios, ensimismada en sn profunda aflicción, con ademán rápido y febril, arrancó el blanco pañuelo que rodeaba su cuello y, rasgándolo en dos pedazos, dió uno á Jorge como expresión de que su pecho quedaba desgarrado con la ausencia.

Los vagos murmullos del campo parecieron acallarse, como respetando la tristeza de aquella despedida, y en medio del silencio se percibieron los apagados ecos de las pisadas de Jorge y María que se alejaban en distintas direcciones.

* * *

Dos días después, 26 de Enero de 1860, el puerto de la capital de Cataluña presentaba un aspecto de extraordinaria animación.

A las nueve de la mañana hallábanse en él las autoridades, presididas por el obispo é inmensa multitud de todas las clases sociales, pues según frases de un testigo presencial «Barcelona y sus alrededores se habían despoblado para ir á despedir á los expedicionarios.»

El vapor *San Francisco de Borja* se balanceaba orgullosamente, deseoso de soltar sus amarras llevando á bordo tantos valerosos hijos de España.

La despedida fué imponente y conmovedora. En las vergas de los empavesados buques veíanse los marineros agitando con frenesí sus gorras y atronando con sus vítores el espacio, mientras que en las murallas, balcones y terrados, apiñada muchedumbre hacía coro, poseída de verdadero delirio, al ver partir á aquellos que en la flor de su juventud iban á ofrecer á la madre patria el tributo de su sangre generosa, confortados con la bendición que en nombre del Dios de los ejércitos acababa de otorgarles el sucesor de los Olegarios y Severos.

* * *

A las cuatro de la tarde levó anclas con rumbo á Tarifa el *San Francisco,* alejándose lenta y majestuosamente del puerto, seguido por la ansiosa mirada del pueblo y saludado con atronadores gritos de júbilo y gemidos de dolor, como presagio de que los laureles que se iban á conquistar, gloriosos para unos, para otros serían fúnebres y sangrientos.

El sol comenzaba á ocultarse; la silueta de la embarcación iba desapareciendo entre las vagas tintas del crepúsculo y las brumas marinas, y aún se distinguía el pañuelo que Jorge movía convulsivamente, como blanca gaviota que al abandonar el cariñoso nido bate con pesar sus alas como diciendo... ¡hasta luego!

La gente se fué retirando torturada por la idea de que muchos de los que se ausentaban no volverían á contemplar las hermosas costas de España. Al bullicio anterior sucedió una quietud sepulcral, y la abandonada María, sentada en un extremo del muelle, continuaba fijando sus escaldados ojos en un punto del lejano horizonte por donde habíase disipado la nave en que marchaban todas sus ilusiones. Sólo al cerrar completamente la noche se arrancó á tan melancólica contemplación, dejando correr libremente sus lágrimas sin temor á la indiscreta curiosidad de los indiferentes.

* * *

Han pasado algunos días. El vapor *Piles* ancló en la bahía de Tetuán el 3 de Febrero, desembarcando los intrépidos catalanes, con tal oportunidad, que al día siguiente pudieron tomar parte, bien brillante por cierto, en la gloriosísima batalla de Tetuán, la cual vino á reverdecer los agostados laureles de Alarcos y las Navas, de Túnez y Lepanto.

Una carta llevó á X... con la noticia del venturoso hecho de armas, el recuerdo de Jorge, y al recibirla María fué á exhalar bajo las bóvedas del templo los ecos de su gratitud y á pedir á la Madre purísima del Redentor velase por una vida que le era tan querida y le devolviése, más que victorioso, constante y fiel, al que había visto partir con honda pesadumbre.

Seguidas las operaciones y emprendida la marcha para Tanger, se encontró el 23 de Marzo detenido nuestro ejército por el marroquí, que, posesionado de los montes que cercaban la formidable posición de Wad-Ras, se proponía hacer un esfuerzo para impedir la toma de la ciudad sagrada.

A las cuatro de la mañana se disparó el primer tiro en las avanzadas, y á las nueve ya se había generalizado el fuego por todas partes.

Los moros que como enjambres surgían de las desigualdades del terreno, validos de la defensa natural de los ríos Jelú y Buceja, hacían gran estrago en las filas cristianas, principalmente en el batallón de voluntarios catalanes, que si bien falto de sus primeros jefes don Victoriano Sugrañes y don Mariano Moxó, muertos en las acciones anteriores, peleaba con heróico encarnizamiento rayano en lo temerario, ocupando siempre los puntos de más peligro.

A las tres de la tarde aun nuestras tropas, sostenidas

por un milagro de resistencia, seguían batiendo al enemigo que empezaba á flaquear, y se retiraban á tomar nuevas posiciones en las alturas que defendían el camino del Fondack.

Todo el esfuerzo de los fanáticos islamitas fué inútil, y nuestros soldados los arrollaron por completo quedando dueños del valle, donde acamparon para hallar con la noche algun descanso. A sus primeras sombras mezcláronse los últimos tiros de aquel combate de gigantes, el más empeñado de la campaña, según opinión de O'Donell, y de más fructíferos resultados.

Al desaparecer el sol, que para tantos había lucido por última vez, cubrióse el cielo de estrellas, y la luna, con su fosforescente resplandor, vino á alumbrar tanta destrucción, arrancando miriadas de chispas de las armas y los



cascos como trémulos fuegos fatuos de inmenso cementerio.

De vez en cuando veíase cruzar un grupo silencioso y fantástico, al cual el astro nocturno daba los borrosos contornos de mal dibujadas figuras. Eran los médicos de las ambulancias que iban recogiendo á los heridos para prestarles sus humanitarios servicios, y los sacerdotes que aplicaban á aquellos para quienes la ciencia era ya inútil, el bálsamo consolador de la religión.

Por uno de los más apartados lugares del campo de batalla, apareció la esbelta silueta de una hermana de la Caridad, quese destacaba plácida y tranquila sobre aquel panorama fúnebre y que con el oído atento y mirada escudriñadora caminaba en busca de algun infeliz que se hubiera escapado á los cuidados de los médicos y sacerdotes.

Al pasar por cerca de un arroyo cuyos bordes festoneaban las malezas, creyó percibir débil gemido, y rápida como el pensamiento se abalanzó á un grupo informe de sangrientos despojos de españoles y musulmanes, y con sus delicadas manos, y sin el espanto natural en alma no tan bien templada, buscó al desgraciado, que no privado aun de vida había estado expuesto á perecer sin socorro.

Con gran trabajo consiguió incorporarle apoyando su cabeza en su falda. El aire fresco de la noche y algunas gotas de generoso licor reanimaron al herido, que era un voluntario catalán, y al abrir sus párpados envió á la santa mujer una mirada triste y cariñosa.

Comprendiendo la religiosa por el estertor que empezaba á hervir en el pecho del soldado, que la muerte no tardaría en presentarse, pudiendo cuando más detenerla algunos minutos, quiso aprovecharlos para salvar aquella alma, dirigiendo sus pensamientos á Dios y á las misteriosas é inexploradas regiones de la eternidad.

Al empezar á hablar la hermana, gruesas lágrimas resbalaron por las pálidas mejillas del moribundo, lo que, dando algún alivio á su oprimido pecho, permitió pudiera barbotar trabajosamente estas palabras.

—No creí que la muerte pudiera aterrarme... ¡ah...! sí me espanta... sólo por verme separado de la que amo... ¡pobre María...! tú esperas que vuelva feliz á tu lado, y muero entregándote á eterna desesperación.—Y mientras esto decía estrechaba en sus manos y besaba con frenesí el ensangrentado jirón de un pañuelo.

Un golpe de tos seca y cavernosa cortó la palabra á Jorge, pues él era, y la hermana, aprovechando su forzado silencio, quiso apartarle de aquellas ideas profanas, diciéndole:

—Aun vuestro fin puede ser apacible; el resto de vida que os queda empleadlo en elevaros hacia *Aquel* que al morir por nosotros, miserables pecadores, nos preparó una existencia inacabable de goces, tras esta transitoria y caduca.

Dios no ha querido que realizáseis vuestros sueños de gloria y felicidad... Respetad sus altos juicios, y ya que habéis dado al cuerpo perecedero y á la humana fragilidad su tributo, recordando el pasado, olvidad ahora lo que fugazmente pasa; desligáos de la tierra y orad.

Quizás un ser querido esté rogando por vos al Supremo Hacedor; estas plegarias unidas harán descender sobre vuestras almas la bendición divina, y purificadas irán á reunirse allá, donde toda felicidad tiene su asiento, toda ansia su hartura, toda esperanza su realización.

Al mismo tiempo puso ante los ojos del moribundo el crucifijo de su rosario, y á sus palabras de consuelo mezcló las sublimes oraciones de la Iglesia Católica.

Escena de sublime melancolía imposible de describir. De un lado un alma próxima á dejar el cuerpo que la albergó durante su mortal peregrinación, de otro la caridad tratando de salvarla.

. . . .

Al exhalar Jorge el último aliento, la hija de San Vicente arrancó de sus manos el pañuelo y colocó cuidadosamente la cabeza en el suelo, alejándose triste y conmovida para continuar su piadosa tarea, en la que no quería darse tregua ni descanso mientras hubiera alguno necesitado de su auxilio.

Allí quedó el cuerpo del valiente voluntario solo y abandonado para recibir al siguiente día cristiana sepultura, revuelto con tantos otros, sin nombre, sin historia, sin ninguna señal que recuerde á los supervivientes el sitio en que reposan.

Su espíritu en cambio, santificado por el sacrificio hecho en aras de la patria, regenerado por la religión, cuyos sentidos acentos había evocodo la persuasiva voz de la caridad, seguramente volaría al seno del Padre de las Misericordias, ante el cual ningún mérito queda sin premio, ninguna acción buena oculta y desconocida.

* * *

Han pasado dos meses de este acontecimiento.

En uno de los hospitales de Barcelona admira á todos por sus virtudes una bellisima y modesta joven que, llena de abnegación, se consagra al servicio de los enfermos.

De ella sabíase únicamente que se llamaba María y que estaba haciendo pruebas para á su tiempo tomar plaza entre las insignes hijas de San Vicente de Paul.

Los desvalidos la apellidaban su *Angel* y en efecto, parecía uno de esos espíritus puros y desinteresados que de vez en cuando Dios envía á la tierra á prestar sus consuelos, cuando ve que se derraman muchas lágrimas ó que furiosa se agita la tea de la discordia.

Un día dejó de acudir á su puesto de honor y de peligro, y los enfermos supieron consternados que había partido á Madrid á tomar el hábito, única aspiración de su alma.

* * *

A fines del otoño de 1860, cuando la naturaleza se despojaba de sus galas para soportar el blanco y helado manto del invierno, con la esperanza de renacer á nueva vida, aquella privilegiada criatura, *el Angel* de los hospitales barceloneses, se despojó de los atavíos de la juventud y de la vanidad para cubrirse con la inmaculada y humilde toca, símbolo de candor y sacrificio.

Verificada la sencilla ceremonia con que se efectúa en el noviciado de las hijas de la Caridad la admisión de éstas, la nueva hermana pasó á la celda en que durante seis meses había de fortificarse en la oración y adiestrarse en la virtud, para después salir á esparcir por la sociedad el perfume de sus buenas obras.

Acompañábala únicamente la maestra de novicias, religiosa de tan excepcionales condiciones, que era el orgullo de la orden. Llamábase Sor L... y había venido recientemente de Africa en cuya guerra realizó prodigios de heroísmo.

Al abrazar á su nueva discípula y darla los primeros consejos, sacó ésta un trozo de pañuelo, y alargándoselo dijo: Os ruego, querida Madre destruyáis este recuerdo que tantas veces he empapada con mi llanto y es el único que me liga al mundo que tan contenta abandono, pues vais á ser mi guía en el espinoso sendero que emprendo: que vuestra propia mano sea la que reciba este mi primer sacrificio.

Sor L... cogió aquel mutilado resto, y al fijarse en él, un rayo de luz brotó vivamente en su imaginación, uniendo y relacionando entre sí hechos y pensamientos distantes.

. . . .

La Providencia la había puesto en presencia de los dos protagonistas de un mismo drama.

EDUARDO DE OLIVER COPONS

Ilustraciones de R. NAVARRO



DOS AVECHUCHOS

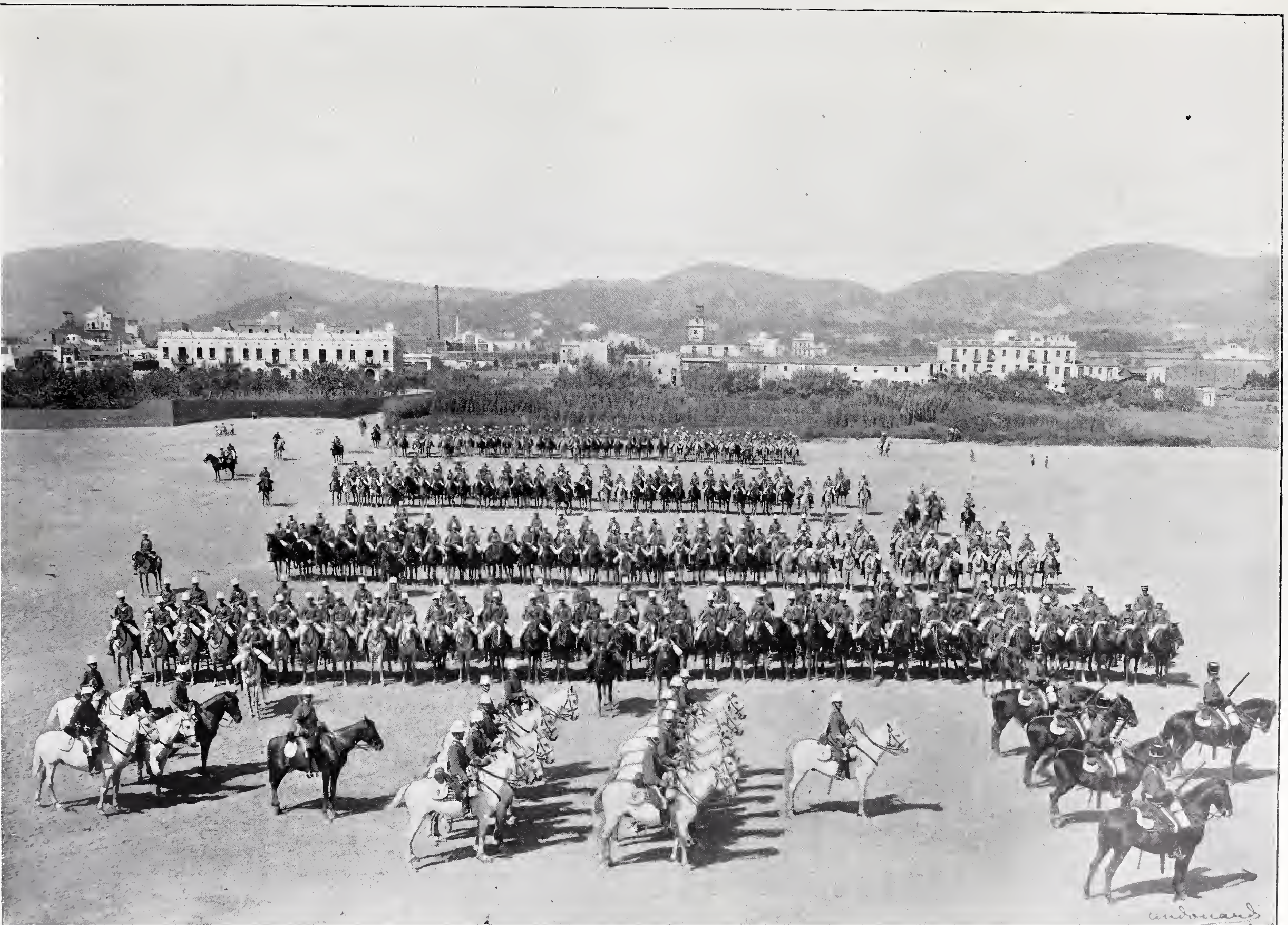
Juntólos la obscuridad
Al borde de un negro abismo.
— ¿ Quién eres ?
— El egoismo.
¿ Y tú ?
— Soy la vanidad.
— ¡ Qué rozagante y hermosa !
— No tanto cual tú galante.
— ¿ Me quieres ?
— Desde este instante.
— Soy tu novio.
— Soy tu esposa.

Y resueltos allí mismo
A juntarse en matrimonio,
Los casó el mismo demonio
Al borde del negro abismo.
Veneno por bendiciones,
Por dichas iniquidades,
Volaron á las ciudades,
Mordieron los corazones.
Y fué tal su actividad
Y su enlace tan fecundo,
Que hoy llenan el ancho mundo
Egoismo y vanidad.

JUAN TOMÁS SALVANY



EJERCICIOS DE CABALLERÍA — EN MARCHA



EJERCICIOS DE CABALLERÍA   ESCUADRON FORMADO

DE LUENGAS TIERRAS

POR MANUEL LASSALA

Me escribe un amigo londinense que está contentísimo, y no es en concreto porque Eduardo VII se haya ceñido la corona, aunque él se precia de monárquico y *lealista,* como por allá se dice. Mi amigo describe su situación en términos pintorescos y vengo á barruntar que estaba ya harto de la coronación y de la corona. Londres acaba de pasar una tediosa congestión de sangre azul con su calentura y todo. Y cuando la fiebre ardía y el entusiasmo se hacía crónico y las festividades necesitaban con urgencia un punto final, vino el aplazamiento y los temores y se puso á prueba el buen temple de los cerebros ingleses. Parece que son muchos los que milagrosamente y por un negro de uña se han salvado de la enagenación mental. Aquí en España nos podemos hacer cargo de la situación recordando nuestra epilepsia patriótica con motivo del submarino Peral. Ya descansan en Londres, los pobrecillos: ya se ha concluído la *corona,* la pintada, la de bulto, la oral y la escrita: ya no sale al destapar la sopera, ya no se cierne en el aire ni flota en las aguas del Támesis; ya se puede poner el pie donde acomode sin temor de pisarla.

Como recuerdo de tan grandiosa solemnidad, el Rey ha regalado á la nación su palacio de Osborne, en la isla de Wight. Este espléndido Real Sitio se destina á servir de retiro á los oficiales del Ejército y de la Armada, albergue análogo al que encuentran en los Inválidos los veteranos franceses. Hay en este donativo una nota de ternura que no ha dejado de

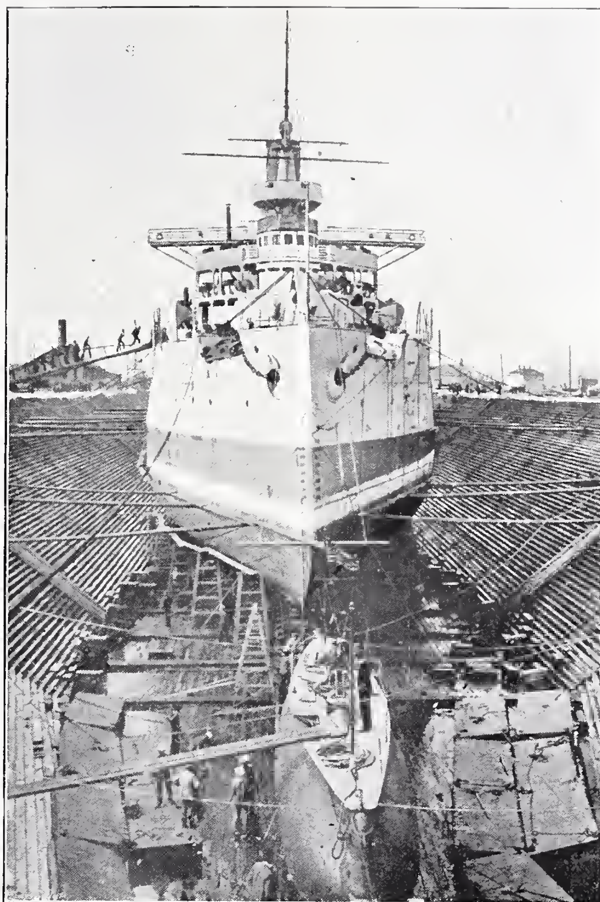


Osborne House, en la isla de Wight

impresionar á los corazones británicos, porque Osborne House ha sido durante cerca de sesenta años la morada predilecta de la reina Victoria y está enlazado en la memoria del Rey con toda suerte de recuerdos venerandos. El clima templado de la isla de Wight permite en aquellos extensos jardines una vegetación lozana, variadísima y un lujo y regalo que no se conocen en Inglaterra : el de tener parras.

Son terribles los climas septentrionales: á lo mejor se queda uno sin primavera ó sin verano : lo que no falta ningún año es el invierno. En el actual han sobrevenido fríos y lluvias en Julio y la siega del trigo se ha retrasado más de un mes. Consuélanse ellos diciendo que no por eso dejará de ser excelente la mies y abundante el grano. Falta les hace, porque la escasez de cereales es pesadilla constante de los cavilosos del Reino Unido y tópico favorito de los economistas que padecen de murria. Como aquí hay en los pesimistas la aprensión de que se nos repartan tranquilamente el mejor día, como se reparten las cartas de una baraja, en Inglaterra los literatos y sabios que no tienen el hígado limpio profetizan la muerte en masa de la nación, que perecerá el mejor día de pura hambre, si los plutócratas americanos que acaparan el grano se ponen una sola vez de acuerdo. Puede colegirse el gozo con que se habrá oído en la Cámara de los Lores al Conde Onslow. Este señor que parece muy bien enterado, asegura que el Canadá Occidental producirá dentro de pocos años trigo suficiente para quitar á los ingleses toda aprensión respecto á este particular. A medida que la tierra canadiense se pone en cultivo desarrolla una fertilidad pasmosa y de los Estados Unidos acude la gente en tropel á explotar las tierras nuevas que el Gobierno reparte. En 1897 se establecieron en el Canadá nueve mil familias americanas, pero sólo en la primera mi ad de 1902 ya se han establecido veinticuatro mil.

Puede, pues, dormir tranquilo John Bull: nada tiene que temer de los americanos ni de nadie. Ríase de los alarmistas que cuando no saben que desgracia nueva augurar, predicen la destrucción de las escuadras por los modernos submarinos. Un señor Fyfe, que es especialista en la materia, acaba de publicar un libro muy nutrido de datos, y por él se viene en conocimiento de que la navegación submarina está muy lejos de hallarse resuelta y de que, de todos modos, los submarinos no podrían combatirse con otros submarinos. La principal dificultad consiste en que á pocos pies por debajo de las olas reina una obscuridad impenetrable.



El buque ruso « Retvisan », de 12.700 toneladas, y el submarino « Holland », de 75 toneladas.

Los peligros de esa navegación antinatural y misteriosa no se pueden concebir sin espanto : por ruda é imponente que sea una travesía *supramarina*, cuenta á lo menos el nauta con luz y con oxígeno. De esto puede dar fe un hombre de actualidad, Holbein.

Desde que el desdichado Capitán Webb cruzó á nado el Canal de la Mancha, ningún intento serio se ha hecho para *batir el record*, como ahora se dice en una algarabía mal sonante que no es francés, inglés ni castellano. Holbein antes de repetir la hazaña ha querido hacer un experimento previo, yendo á nado desde Dove á Ramsgate, que distan veinte millas en línea recta, pero encontró el tiempo tan malo y la marea tan fuerte que no pudo llegar á Ramsgate, aunque solo le faltaban cuatro millas. Sin amilanarse por este contratiempo, Holbein se negó á salir del agua y regresó á nado hasta Deal para completar una distancia igual á la menor que separa las costas de Inglaterra y las de Francia. Es creencia general que con tiempo favorable hubiera hecho el viaje en poco más de seis horas, dos menos que las que empleó el capitán Webb, pues está dotado de una expléndida

musculatura y de una resistencia física maravillosa.

Dejando la locomoción acuática por la terrestre, he de referir la mala impresión que me ha causado la adopción, por la Compañía General de Londres, de los ómnibus eléctricos de Fischer. No, dígase lo que se quiera, no son bonitos: son una mezcla de coche fúnebre y coche celular, sin el adorno del tiro. A mi me resulta por una friolera, pero cuando las barbas de tu vecino veas pelar... Y no me hacen gracia los automóviles. Creo que á muchos les pasa lo mismo, pero no se atreven á confesarlo por no ser cursis. Lo que si he reparado es que el hombre que guía un automóvil tiene una cara de expresión enteramente nueva. No es la gallardía del jinete, ni la entusiasta animación del que guía un tronco de potros, ni el ahinco placentero del pedalista devoto, ni la fria serenidad del maquinista. Cogido al volante como un náufrago que se agarra á una tabla, el hombre se ve abrumado de urgentes posibilidades: la explosión, el vuelco, el desboque, el atropello... pero él dice que se divierte mucho. Realmente, en la cara lo lleva escrito.



MR. MONTAGUE HOLBEIN

Esta es por lo menos *mi* impresión actual. Pero se ven milagros, y es presumible que si á mí me cayeran (es una hipótesis), de alguna parte donde los hubiese, los pocos francos necesarios para comprarme un chisme de esa índole, me caería al propio tiempo el deseo de experimentarlo por mi propio. Ahora no me los puedo tragar, esos endiablados automóviles.

Es lo mismo que si un calvo
Se encuentra en la calle un peine.



El ómnibus eléctrico de Fischer



CASA CONSISTORIAL DE BILBAO

San Miguel, fot. Bilbao

Rejuvenezcámonos

Ríome de Salomón y de sus píldoras, del poeta Zorrilla y de todos los específicos inventados en el trascurso de los siglos por farmacéuticos y charlatanes.

El celebérrimo aceite de bellotas con savia de coco ecuatorial que hizo brotar el pelo de la palma de la mano y que le salieran bigotes á una mesa de pórfido, no merece la pena de compararse con el invento último, con el postrer descubrimiento hecho en favor de la humanidad.

Bien hice al asegurar el otro día que todo pasaba á nuestra vista, en esta época de electricismo, con vertiginosa rapidez, y que bastaba el trascurso de tres ó cuatro semanas para que resultasen viejas hasta las ideas.

La trasfusión de la sangre, sistema novísimo, relativamente, y remedio el más heróico para vigorizar la naturaleza, es justo que pase ya á la categoría de lo ineficaz é innecesario.

Con tal procedimiento, es indudable que se recuperan fuerzas y se modifican instintos: siempre he creído en la virtud de los ingertos, y ¿cómo no había de tener fe en la del ingerto de la cabra, ó de cualquiera otro animal, en el hombre?

Pero sobre ser algo peligroso el procedimiento, puesto que basta la introducción de una pequeña burbuja de aire para que se produzca la muerte, todo se reduce á regenerar un poco la decaída naturaleza, y nada más.

Ahora se trata, no de regenerarla, sino de rejuvenecerla, y lo que es más notable aún, de atajar en ella los destrozos de cualquiera enfermedad antes de su período álgido, en su período álgido, ó después de su período álgido, que es como si dijéramos: antes del parto, en el parto, y después del parto.

Un doctor, cuyo nombre no recuerdo ni me quiero tomar el trabajo de buscar, pero que debe de ser el *non plus* de la ciencia médica, acaba de descubrir la manera de prolongar indefinidamente la vida del hombre, y la de la mujer, seguramente.

El tratamiento consta de dos partes, á saber: primera; la carambanización: segunda; la carena. Lo primero que el tal doctor hace es meter al paciente en una cámara frigorífica y tenerlo en ella hasta que se convierte en carámbano, y luego se entretiene en recomponerle los nervios, mudarle los músculos, cambiarle las vísceras, reconstituirle la sangre, devolver á la sinobia su gelatinización primitiva, y calafatear, por último, la envoltura, para que el contenido, al licuarse de nuevo, no se rezuma más ni menos de lo que corresponde á una naturaleza de veinte años.

No importa que la operación sea larga, ni que sufra interrupciones, ni que se dilate años por cualquier contingencia: el estado de carámbano es un paréntesis en la vida y no determina solución de continuidad en ella, así es, que lo mismo da que dicho período sea largo ó que sea corto.

Cuando el doctor juzga terminada su obra de reconstrucción, y quiere, empieza á retirar hielo para que el termómetro suba gradual y lentamente, y entonces es de ver como el que en sus manos se entregó agonizante ó decrépito, sale de ellas convertido en apuesto mancebo lleno de salud y de vida y en disposición de correrla nuevamente por esos mundos de Dios.

Este procedimiento lleva sobre el de la trasfusión de la sangre, á más de otras ventajas, la de no cambiar el carácter, las ideas ni el instinto de las personas y la de no correr éstas, por lo tanto, el riesgo de imitar á *Zapaquilda*, quien, á pesar de su traje de boda y de su *toilette* espléndida, saltó como una simple gata tras del primer ratón que se ofreció á su vista. Con el congelamiento y el calafateo está uno seguro de no ladrar al primer amigo que encuentre, al darle los buenos días; de no relinchar al ver en paseo á una dama, y de no pegarle una topada al asíduo concurrente á nuestra tertulia, al estrecharle la mano.

El congelamiento es también garantía de la paz y de la felicidad domésticas. Que tiene uno precisión de hacer un viaje; nada de centinelas de vista que pueden quedarse ciegos; nada de encierros que se pueden escalar; nada de candados cuyos remaches pueden limarse: á la cámara frigorífica á hacer un paréntesis en la vida, y si el caso lo demanda, una carenita para que nuestra deteriorada mitad quede como cuando vino á nosotros por virtud de la epístola de San Pablo.

¿No les parece á ustedes, caros lectores, que ha llegado ya la hora de aprovechar los rápidos progresos de la ciencia médica y que debemos rejuvenecernos y calafatearnos de lo lindo?

Camilo Millán



CROQUIS F. DOMINGO



UNIVERSIDAD DE DEUSTO EN BILBAO

San Miguel, fot. - Bilbao

FINAL DE UN IDILIO

Cuando aquella noche Lulú, acabado el espectáculo, pasó al restaurant, una turba de viejos engomados y mozalbetes anémicos se agolpó en el pasillo para comérsela con los ojos.

La verdad es que la chica tenía gracia y salero por arrobas. Había que verla en los *couplets* de la *Gata* hacer mil contorsiones y monerías, y amenazar con sus uñitas de rosa á la encendida concurrencia. Aquel día, último de su contrata, varias veces prorrogada para atender á los entusiasmos de sus admiradores, agotó su variadísimo repertorio de gestos picarescos y mohines, y supo tan bien *subrayar* las frases de efecto, que el *Saloncillo Arabe* se venia abajo á fuerza de vítores y aplausos.

El viejo gordo, el de la cuarta butaca de la segunda fila, no dejó un minuto descansar á sus gemelos; el pintorcillo modernista, el niño mimado de Lulú, el de lacias y largas guedejas, arrojó al escenario un voluminoso ramillete, y el redactor de *La Aureola* la prometió la más dulce y empalagosa de sus crónicas.

Como todas las noches, el atlético y corpulento banquero gallego estuvo solo en su palco de la derecha, absorto, inmóvil, contemplándola en extática y muda adoración. Lulú, que era poco asequible á estos cultos platónicos, no se ocupaba de él, ni poco ni mucho, y aunque su amiga Berta, le dijo varias veces: «Ese te pone coche» maldito si se acordaba del banquero cuando el camarero le puso delante la media docena de ostras con que principiaba todas sus comidas. Aun no había llevado á sus labios la copa de Sauternes con que rociaba habitualmente el exquisito molusco, cuando entró muy colorada y risueña la florista del saloncillo, mujer madura, y asegurada de ataques amorosos, pero servicial é insinuante, factor y cómplice indispensable en toda aventura galante que tuviese por marco la cargada atmósfera del saloncillo.



—Tengo una cosa para usted, señorita Lulú,—dijo sentándose con su habitual franqueza.

—¿Para mí?

—Vaya. Tenía que suceder.

—Hija, explícate: estás muy misteriosa.

—Pues que el *buey* me ha dado una carta para usted.. y dos duros para mí. ¡Vaya un tío con dinero!

—Pero, ¿qué *buey* es ese?

—¡Que! ¿No sabe usted? Pues aquí todos le llaman *eso*. Como tiene aquel cogote y aquellas manazas... El señor del palco de la derecha, el banquero gallego, ¡Pelayo!

—¡Ah, sí! Pues es una sorpresa: creí que los gordos no se enamoraban nunca.

—Sí, fíese usted. Ese las mata callando. Tome usted, y déjese querer. Me voy: tengo todavía esta noche que buscar á la corredora á ver si deja dos pulseras á *esa* que debuta mañana... Ya me dirá usted..., ¡adios!

Lulú leyó la carta, que era una hoja arrancada de la cartera escrita con lápiz, y en la que decía á secas: «Tengo que hablarla. Mañana á las doce estaré en su casa».

—Bueno; este animalote me cree ya plaza conquistada. En mala hora te has metido entre mis uñas, ahora que hasta dos meses no tengo contrata alguna. Yo te domaré, *buey*.

El pintorcillo entró con su pipa en la boca, echando bocanadas de humo, y escupiendo á diestro y siniestro. Su rostro palidísimo, sin un contraste de color, tomaba á veces tintes violaceos, como los de un cadáver, y toda su faz era absorvida por sus dos ojazos negros, acariciadores y brillantes.

—¿Qué haces, chica?

—Ya lo ves: cenar. ¿Quieres algo?

—No me hables de comer. Tomaré una copita. Nos iremos pronto; hace mucho frío.

—A ver, lee eso—y Lulú le puso en las manos la nota del banquero.

—¿Cartitas?...

—¿Qué te parece?

—Que nos viene á pedir de boca. Los dibujos para *El Lirio* me los han devuelto esta mañana... ya ves. Por supuesto, tu cariño solo para mí, y los cuartos del *buey*...

—Para los dos. ¡Como te conozco! Sí hijo, sí; quiero que puedas acabar tu paisaje para la Exposición, y que vayas el verano á las aguas y que...

—¡Qué buena es mi Lulú! Pero todavía no sabemos para qué te querrá. Porque si se trata solo de un capricho... ¿No notas que hace mucho frío? Ea, vámonos: ya hablaremos mañana.

Y tiritando como un galguillo inglés salió del brazo de Lulú, desapareciendo completamente bajo su largo gabán que le llegaba hasta los pies.

. . . .

El *buey* supo hacer las cosas como quien era: un millonario de buen gusto. En el hotel de Lulú nada faltaba: todo era riquísimo y selecto. Su guardarropa estaba atestado, y tenía cuenta abierta con el joyero. Sus antiguas *amigas* la miraban con envidia y rabia, y cuando en el paseo pasaba como una centella su coquetona berlina, más de una mano enguantada y diminuta trazaba un signo en el aire que no se sabía si era un saludo ó una maldición.

El banquero había puesto pocas condiciones, casi ninguna.

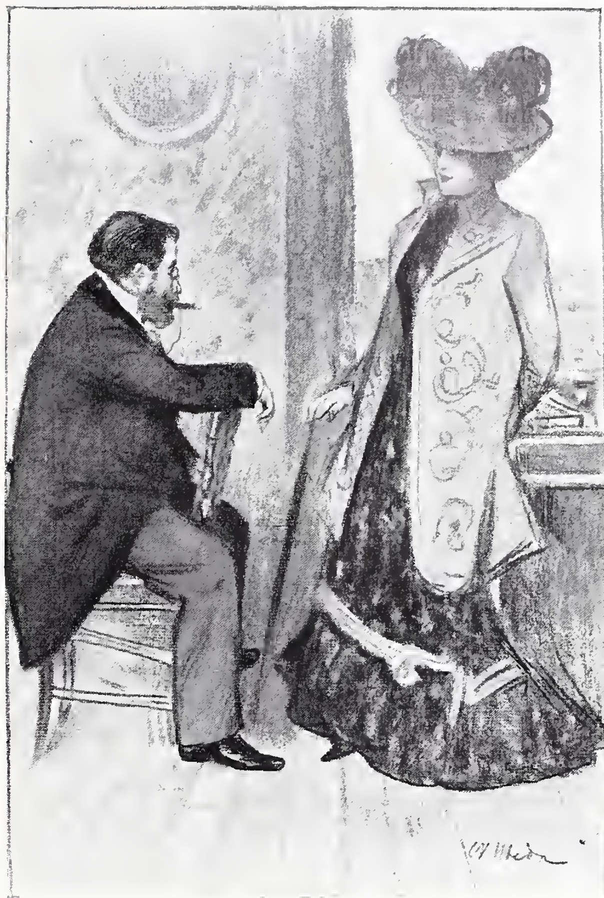
—Yo sé—le dijo moviendo con calma su cara congestionada – que no te inspiro amor, ni quizás tu fueras capaz de sentirlo; pero sí quiero que seas agradecida, y esa gratitud la demuestres en tu *fidelidad*. Esto quiere decir que tus conocidos están desterrados de esta casa, y mientras aquí estés de tu imaginación y afecto... Yo no sé hacer, ni tengo afición, al oficio de carcelero; puedes salir y entrar cuando quieras, y gastar cuanto te acomode: no te vigilaré, puedes estar segura. Pero si la casualidad pone un día en mis manos la prueba de tu delito, entonces... Y al llegar aquí la faz del *buey* se puso roja como las brasas, y sus dedos vellosos oprimían con furia los brazos del sillón.

Lulú tembló á pesar suyo, y tentada estuvo de mandarle á paseo; pero su pintorcillo la tranquilizó, diciendo: «Cuando te tome cariño pasará por todo. Déjale hablar».

Pero Lulú no era feliz con los esplendores de Pelayo. Le faltaban las emociones de su vida bohemia, las alegres cenas del restaurant del saloncillo; la perenne compañía de su pintor, cada día más pálido, más fumador, más friolero.

Recordaba con triste nostalgia las noches de invierno de su cuarto piso en que ella estaba sentada en la butaca, y el pintorcillo postrado á sus pies, casi encima del fuego de la alegre chimenea, mientras ella pasaba y repasaba sus finos dedos entre las enmarañadas vedijas del modernista.

Verdad es que le quedaba el consuelo de sus interminables cartas con él; y ahora que le tenía lejos su afecto tomaba proporciones gigantescas, y en aquella conversa-



ción epistolar diaria sostenida entre los dos, solo flotaba un deseo vivísimo, devorador: volver á vivir juntos.

Lulú atendía con esplendidez, con prodigalidad verdadera, á todas las necesidades de su amante; y aquel ser de naturaleza exquisita y delicada por una parte y grosera é inmoral por otra, gastaba el dinero de Pelayo con tranquilidad suma sin conocer toda la sublime extensión del sacrificio del alma realizado por Lulú. Porque Lulú, que entró en el hotel de Pelayo por cálculo é interés, continuaba allí ahora solo por sostener la vida de aquella raquítica flor de su artista que necesitaba regalo y comodidades que no bastaban á cubrir los exíguos sueldos de un café cantante. Porque si ella tuviera dinero... ¡oh, entonces saldría de aquella casa maldita que nada decía á su corazón, y volaría al lado de su pintor, de aquella queridísima *piltrafa*, como le llamaba despreciativamente el banquero! Todas las tardes en el paseo su coche marchaba al paso al llegar á determinado sitio, y al lado, con el aire indiferente de un paseante cualquiera, caminaba el pintor con sus largos cabellos despeinados, su pipa en la boca, sembrando esputos por todas partes, y lanzando miradas ardientes y tristísimas, como flor mustia que bebe con ansia los rayos luminosos de un sol tonificante.

Lulú bajaba á veces de su carruaje y se internaba entre los árboles y senderos del parque, tímida y nerviosa y allí cambiaba con su *piltrafa* frases cortas, apasionadas, vehementes, en las que se escapaban girones de su alma, gritos de su cariño ardiente, ansias infinitas de su corazón

enamorado, y el artista tembloroso, trémulo por la emoción, clavaba en ella sus dos ojos negrísimos con arrobación extática, mirándola como angel benéfico portador del consuelo y la calma.

Lulú vaciaba su cartera en las manos del artista, frías y sudosas, y escapaba aterrada creyendo ver por todas partes la grosera silueta del banquero que repetía sin cesar: «Fidelidad, nada más que fidelidad».

Porque aquel hombre sensual, aquel montón de carne maciza y músculos de acero no tomaba ni quería de Lulú sino la pasividad estúpida de la materia en la que el cariño no tiene participación alguna; y Lulú en sus brazos, como la gacela bajo las garras del león, volaba siempre en alas de su pensamiento hacia su pintor, hacia su artista, cuyo espíritu apenas era aprisionado por las débiles paredes de su raquítico cuerpecillo.

—¡Oh! Bien hicieron en apellidar *buey* al banquero gallego, los concurrentes al Saloncillo Arabe; buey era, sí; decía Lulú, buey lleno de innobles apetitos, que compraba sin tasa orgasmos de placer para su carnaza; mientras su pintor, ser privilegiado, *flor* exótica en la tierra, sólo vivía para sus doradas ilusiones, su amor idolátrico hacia ella, sin materialismos acres, sin cieno ni hedores... Cuando mi pobrecito recobre la salud te dejaré,—pensaba Lulú—y con mis ahorros yo le procuraré una existencia feliz y tranquila á costa de tu oro, del premio que me das por mirarte...

La *flor* delicada vivirá dentro de la estufa fabricada á costa del *buey*.

Un día Lulú tuvo un capricho imperioso, avasallador. En el paseo habló con su pintor. Pelayo se había marchado aquella mañana á visitar unas minas, cuya adquisición le proponían; era la primera vez que se veía libre por algún tiempo de su odiosa presencia.—Quiero que vengas: tenerte á mi lado una noche entera ¡qué felicidad! Él no sabrá nada: enviaré la doncella al teatro. ¿Vendrás?... ¡Ay, si! Necesito que me infundas fuerza para continuar esta horrible vida; verte mucho tiempo, hablarte largo rato, acariciar tu pelo como en nuestras antiguas veladas, ¿te acuerdas?... Muy cerquita de la chimenea, juntos, muy juntos... Y mañana te vas al balneario: en casa te daré el dinero... ¡A las diez! No faltes... te espero...

. . . .



—Va á ser de día muy pronto, vete. En el primer tren te marchas á los baños y estate todo el tiempo que necesites. Ten cuidado, no hagas ruído. La puerta de la escalera está entornada: la dejé yo después que la chica volvió del teatro. Tapa bien el balcón con la cortina, voy á dormir para seguir soñando contigo. Fíjate bien, atraviesas el salón, y al salir á la derecha allí está el recibidor y la salida á la escalera. Con esta llave abres la de la calle, y guárdala... para otra vez. Abrígate bien, adios, vida mía. Toma esta cartera. Y en la caldeada atmósfera de la elegante alcoba de Lulú repercutió un ósculo prolongado, vibrante, ternísimo...

El pintor salió de puntillas, y Lulú se acomodó en su lecho alegre y satisfecha. De pronto creyó percibir un gemido muy débil, y un golpe sordo como la caída de un cuerpo; se incorporó asustada y acudió. No se oía nada.

—Ha debido tropezar con alguna silla. ¡Pobrecillo! Es tan aturdido... Si; ahora han cerrado la puerta de la calle: ya está en salvo. ¡Gracias á Dios!...

. . . .

. . . .

Bien avanzada la mañana la puerta del dormitorio de Lulú se abrió con violencia, y la doncella pálida y desencajada, pudiendo apenas hablar, decía asustadísima:

—¡Ay, señorita! ¡Qué horror! Levántese... allí á la puerta del salón... mire... venga por Dios... ¡Qué desgracia!...

Lulú saltó del lecho llena de pánico y salió al salón.

En la puerta que daba acceso al recibidor yacía sin sentido, muerto, el pobre pintorcillo. En su mano crispada llevaba todavía la elegante cartera de Lulú que le entregara al salir, y encima de su rostro, violaceo y exangüe, sobre el que se extendían sus enmarañadas guedejas, semejando un Cristo yacente, había una hoja de papel escrita con lápiz, una hoja de cartera igual á la que recibió ella en el restaurant la noche que terminó su contrata.

Lulú, sintiéndose morir, leyó con estupor inmenso: «Ahi te dejo esa *piltrafa* como recuerdo de tu fidelidad... Puedes seguir en casa: yo estaré mucho tiempo ausente».

Lulú no pudo resistir más y cayó desvanecida al lado de su pintorcillo...

En el cuello de éste se veían las huellas de unos dedos de hierro...

¡El buey se había comido la flor!...

Erasmo

Ilustraciones de V. Ubeda



EL PUENTE DE VIZCAYA EN BILBAO

San Miguel fot. Bilbao

LOS NIBELUNGOS

(CONTINUACIÓN)

El maestre Hildebrando, le respondió: «¿Porqué me insultáis? ¿Quién permaneció sentado en Wasgensteine, sobre su escudo, mientras Walter de España le mataba muchos de sus parientes? Hay mucho que decir acerca de vos.»

El noble Dietrich, dijo: «¿Cuando se ha visto á los héroes cambiar palabras como á las viejas? Os prohibo, maestre Hildebrando, que habléis mas. Gran dolor me aflige fuera de mi patria.»

«Déjame oir, amigo Hagen», añadió Dietrich, «lo que decíais entre vosotros, guerreros valerosos, cuando me habéis visto venir armado. Decíais que ambos lucharíais conmigo en un combate.»



«Nadie os lo negará», contestó Hagen el esforzado, «quiero sostener el combate con fuertes golpes á menos que no me falte la espada del Nibelungo: indignado me tiene que me hayáis solicitado como prisionero.»

Cuando Dietrich conoció la horrible disposición en que Hagen se encontraba, el buen guerrero embrazó el escudo. ¡Con cuánta rapidéz bajó Hagen los escalones á su encuentro! La buena espada del Nibelungo, cayó con fuerza sobre Dietrich.

El señor Dietrich sabía que aquel hombre esforzado estaba de humor sombrío. El noble héroe de Berna se defendió bien de los golpes que le asestaba. Conocía bien á Hagen, al soberbio héroe.

Temía á la Balmung, la terrible espada, pero Dietrich esgrimió tan certeros golpes, que logró vencer á Hagen en el combate. Le infirió una herida ancha y profunda.

El noble Dietrich pensó: «Mírate en peligro: poco honroso sería para mí darte muerte. Quiero ver si te cojo y te llevo prisionero.» Esto lo hizo con mucho cuidado.

Dejó caer el escudo; su fuerza era grande y cogió en sus brazos á Hagen: de este modo pudo domeñar á tan fortísimo hombre. Gunter el noble, al ver aquello, rompió á llorar.

Dietrich amarró á Hagen, llevándolo hacia Crimilda en cuyas manos dejó al más fuerte guerrero que había ceñido espada. Después de tan grandes dolores, ella se sintió alegre.

De alegría se inclinó ante el héroe, la esposa del rey Etzel. «Sed siempre dichoso de cuerpo y alma; tú me has dado consuelo en mi desgracia, te estaré agradecida hasta la muerte.»

El noble Dietrich, le contestó: «Es menester conservarle la vida, noble reina, tal vez con sus servicios llegue á compensar todo el daño que os ha causado: es menester que no sufra porque os lo entrego amarrado.»

Hizo llevar á Hagen á un calabozo, donde nadie podía verlo: Gunter, el noble rey, comenzó á gritar: «¿A dónde ha ido el héroe de Berna? Él me ha causado gran pena.»

Fué á donde él estaba el señor Dietrich de Berna. La fuerza de Gunter era grande y digna de un caballero; sin esperar más tiempo se precipitó fuera de la sala. Al chocar sus dos espadas se escuchó gran ruído.

Aunque desde hacia mucho se tenía en gran estima el valor de Dietrich, Gunter estaba tan animado por la cólera en el combate, sentía tanto odio en el corazón hacia el guerrero, que fué una maravilla que el señor Dietrich se escapara.

Bravos y fuertes eran los dos; á sus golpes retemblaron el palacio y las torres y los cascos se bollaban con las espadas. El señor Gunter tenía, en verdad, un ánimo esforzado.

Sin embargo, el de Berna lo venció como había vencido á Hagen: se vió correr la sangre por debajo de la coraza á causa de un fuerte tajo dado con la acerada espada que llevaba Dietrich. El señor Gunter, se había defendido allí de una manera caballeresca.

El rey fué amarrado por Dietrich de un modo tal, que nunca un príncipe sufrió nudo semejante. Pensaba temeroso que si dejaba libre á Gunter y á su vasallo, matarían á cuantos encontraran.

Dietrich de Berna lo cogió de la mano y lo llevó á donde Crimilda estaba. La reina se hallaba de un humor sombrío y exclamó: «Rey Gunter, sed muy bien venido.»

Él le contestó: «Os doy las gracias, muy querida her-

mana mía, si ese saludo me lo dirigís con buena fe. Sé, reina, que tenéis tan sangrientos designios, que á Hagen y á mí no podéis hacer sino irónicos saludos.»

El héroe de Berna dijo: «Reina elevada, nunca han sido hechos cautivos mejores guerreros que los que ahora os entrego, noble señora. Creo que por afección á mí, seréis buena con los extranjeros.»

Ella respondió: «que lo sería.» El señor Dietrich se alejó de los fuertes guerreros con las lágrimas en los ojos. La esposa de Etzel se vengó horriblemente: quitó á los buenos guerreros la vida.

Para atormentarlos los encerró separados, y en la vida no se volvieron á ver los héroes, sino cuando ella llevó á Hagen la cabeza de su hermano. La venganza de Crimilda fué terrible.

La reina fué á donde Hagen estaba, y dijo al guerrero con colérico acento: «Si me devolvéis lo que me habéis robado, os dejaré ir con vida al país de Borgoña.»

El terrible Hagen le respondió: «Tu ruego es perdido, muy noble reina. He jurado no decir donde se encuentra el tosoro, por larga que sea mi vida, en tanto que viva uno de mis señores.»

«Iré hasta el fin», dijo la noble reina, y mandó que cortaran la cabeza á su hermano. Cortáronsela y trajéronla de los cabellos á donde estaba el héroe de Troneja. Aquello fué para él terrible dolor.

Cuando el valiente vió la cabeza de su señor, dijo á Crimilda: «Has llegado hasta el fin, como era tu voluntad, y ha sucedido todo lo que yo había pensado.»

«Ahora ya está muerto el noble rey de Borgoña, Geiselher el joven y también el señor Gernot. Nadie sabe donde está el tesoro sino Dios y yo: tu, mujer de los demonios, lo ignorarás siempre.»

Ella le dijo: «Mal has reparado el mal que me has hecho, pero quiero conservar al menos la espada de Sigfrido. Mi amado la llevaba la última vez que lo vi, y su muerte me ha hecho sufrir más que mis otros males.»

Ella se la sacó de la vaina sin que pudiera evitarlo. Quería quitar la vida al guerrero y esgrimiéndola con ambas manos le cercenó la cabeza. Esto lo vió el rey Etzel y sufrió un gran pesar.

«¡Oh!» exclamó el rey, «¡cómo ha sido asesinado por manos de una mujer, el más valeroso héroe que se lanzó en los combates y embrazó escudo! Por enemigo suyo que fuera, lo siento mucho.»

El maestre Hildebrando dijo: «No gozará del placer de haberlo matado, y aunque él me tuvo en grandísimo peligro, quiero vengar la muerte del héroe de Troneja.»

Colérico Hildebrando, saltó hacia Crimilda y descargó sobre la reina un fuerte tajo con la espada. Terrible fué para ella la cólera del guerrero; ¿de qué podían servirle sus desgarradores gritos?

Por todas partes se veían cadáveres, y allí estaba también la reina en dos pedazos. Dietrich y Etzel comenzaron á llorar; lamentaban la pérdida de sus parientes y guerreros.

Allí yacían muertos los valerosos héroes; la gente estaba afligida y pesarosa. La fiesta del rey acabó de una triste manera, pues muchas veces el amor termina con desgracia.

No puedo deciros lo que sucedió después, sino que cristianos y paganos lloraron, y que estaban en la mayor aflicción caballeros, mujeres y muchas hermosas vírgenes.



POR ESOS TEATROS

Próxima apertura de temporada en Romea, el Principal, Novedades y Eldorado. —La Vitaliani en el Granvía.— Representaciones en el teatro de las Artes.— Circo ecuestre en el Tívoli. — Los demás teatros.

Con motivo de la proximidad de las fiestas de la Merced, se ha iniciado en nuestros teatros una actividad desacostumbrada, que contrasta notablemente con la escasez de espectáculos que se notaba en las quincenas anteriores.

En Eldorado se anuncia la temporada de invierno, durante la cual trabajará en aquel escenario la consabida compañía de *género chico*, que será dirigida este año por el actor Sr. Gil. El Principal y Romea anuncian también su apertura para el día 20 del actual. La compañía que actuará en el primero será la de doña María A. Tubau y la que tendrá á su cargo las representaciones del segundo, la misma de los demás años, con ligeras modificaciones en el personal de segunda y tercera fila. Lo cual vale tanto como decir que los aficionados al teatro catalán podremos saborear durante la próxima temporada el arte exquisito de la eminente actriz de carácter señora Monner y de los actores señores Soler, Borrás (Enrique), Capdevila, Goula, etcétera.



LA MONJITA

El debut de la compañía catalana se anuncia con el drama póstumo de Federico Soler «El comte l'Arnau» y el estreno del cuadro de costumbres montañesas original del distinguido escritor don Antonio Bori y Fontestá «La Gallarda del Roser.»

Los acontecimientos de la quincena han sido algunos, pero de escasa importancia, esceptuando el debut en el teatro Granvía de la eminente actriz Italia Vitaliani, ya conocida y admirada de la parte de nuestro público que se ocupa y se preocupa en cosas de arte dramático.

Por admirado que sea entre los intelectuales barceloneses el talento de la gran artista, no deja de constituir su presentación una novedad, ya que, en vista de la acogida, fría hasta cierto punto, que ha merecido en las dos ocasiones que ha estado anteriormente en Barcelona, no era de esperar que volviese á ofrecernos jamás su arte exquisito y refinado, superior al de la mayoría de las actrices y de los actores unanimemente aplaudidos por nuestro público.

Pero la Vitaliani une á sus indiscutibles méritos una singular obstinación, y es casi seguro que no cejará en su empeño de conquistar á todos los barceloneses, hasta que lo haya logrado.

Si conseguirá ó no su objeto, es cosa que no puede afirmarse. Lo que si puede decirse es que lo merece.

La obra con que efectuó su aparición en el teatro Granvía fué «La Tosca,» de Sardou, en cuya interpretación realizó como siempre verdaderos prodigios, dando á cada frase, á cada movimiento, á cada actitud, la expresión, el relieve, el carácter que requieren las situaciones por que pasa el personaje.

Y lo mismo que de «La Tosca,» puede afirmarse de «Magda,» «Come le foglie» y demás producciones que ha interpretado en las noches sucesivas y en las cuales se ha visto convenientemente secundada por los actores que forman su excelente compañía y entre los cuales figuran la mayoría de los que acompañaban á la eximia actriz en las campañas, tan interesantes como poco afortunadas, del año pasado.

Aun recuerdo las últimas palabras con que se despidió de los admiradores que fuimos á despedirla á bordo, á su partida para Italia.

—Ritorneró... A rivederci, amici!

Y su promesa ya se ha cumplido, y aun más pron-

to de lo que todos esperábamos, pues el intento de la señora Vitaliani era tardar tres ó cuatro años, para que ya nuestro público *la hubiera olvidado*. ¡Como si eso fuera posible!

Como anuncié en mi crónica anterior, se han efectuado durante la quincena en el teatro de las Artes, de la calle de Floridablanca, varias representaciones de obras modernas, organizadas por algunos jóvenes amantes del arte.

Esceptuando la primera, puede afirmarse que las veladas han carecido de importancia.

Y si la primera la tuvo, no fué ciertamente por los méritos intrínsecos de la obra—que los tiene numerosos,—ni por el talento de los actores, que no pasan en general de discretos. La tuvo sencillamente por la significación del drama representado, que fué «Les mauvais bérgers,» de Mirbeau, vertido al catalán.

Trátase de una obra en que se remueve la cuestión de la lucha de clases. Lo cual quiere decir que hay en ella los consabidos falsos apóstoles que difunden entre las clases proletarias ideas de destrucción y ruina y que las impulsan á rebelarse contra el *yugo de la burguesía*. Con lo dicho y con añadir que el público que asistió á la representación era formado por elementos semejantes á los que figuran en la acción de la obra en clase de desheredados, hay bastante para comprender que el drama excitó el entusiasmo de los espectadores, los cuales, como acontecía con los melodramas del Odeón, tomaban partido por los personajes simpáticos y protestaban ruidosamente contra los *traidores*.

Las obras de Ibsen «Quan ens despertarem d'entre els morts» y «Els pilans de la Societat» y la de Hervieu «Las tenazas,» no tuvieron mejor suerte. Por el contrario, debe rebajarse de la acogida que obtuvieron del público la parte de entusiasmo que excitaron los parlamentos declamatorios de «Els mals pastors.»

A pesar de lo cual no puede afirmarse que la campaña emprendida por los organizadores de esas veladas haya sido infructuosa, pues si no ha alcanzado un éxito ruidoso, lo ha obtenido bastante lisongero para que puedan esperarse mejores frutos el día en que se emprendan trabajos serios en el mismo sentido.

Que hay elementos para poderlo hacer, no cabe duda. Lo que conviene es que se cultiven con un estudio perseverante, concienzudo, paciente. Es preciso que la primera materia—que la hay—sea convenientemente trabajada, que los actores no se limiten á *hablar* y *accionar* el personaje, sino á sentirlo, á sentirlo con fuerza suficiente para identificarse con las ideas que le ha querido prestar el autor, con las afecciones y los odios, las preocupaciones y prejuicios propios de su temperamento individual y del medio en que se mueve.

Claro que para conseguir ductilidad suficiente para poder interpretar tipos de las más diversas condiciones es preciso poseer una ilustración vasta, no común en nuestros actores. Pero hay que tener en cuenta que, en tanto no se tomen las cosas en serio, no iremos á ninguna parte.

El actor, por lo mismo que se ve obligado muchas veces á encarnar tipos de vasta ilustración y de singular talento, debe estar cuando menos en condiciones de poderlos apreciar y sentir con toda intensidad. Y para ello es preciso poseer también talento é ilustración.

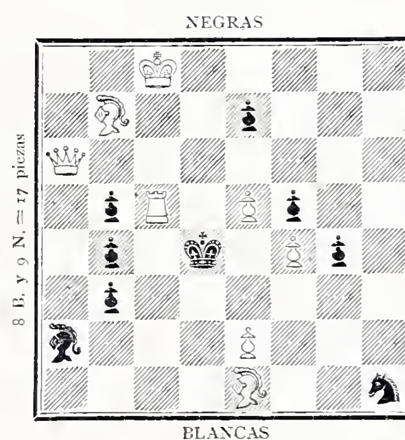
La compañía Alegría, que, como en años anteriores, ha convertido en Circo Ecuestre el teatro del Tívoli, ha hecho durante la quincena las delicias de los aficionados, que han acudido en extraordinario número á admirar los variados ejercicios de acróbatas, gimnastas, artistas ecuestres, ciclistas, etcétera, que, alternando con los clowns, han trabajado en aquella pista.

Un espectador

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 54.—K. ERLIN

NEGRAS



BLANCAS

Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución al problema 53, por H. GOTTSCHALL

Blancas	Negras
1. A 5 R	1. D toma A jaque
2. C 4 D jaque d. mate.	



ANIMATÓGRAFO FAMILIAR





FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

PRIMERA SERIE

Cuatro pesetas.



A los corresponsales que pidan 4 ejemplares de una vez se les mandarán francos de porte.

HISPANIA



BARTHOLOMEUS MURILLUS HISPALENSIS SE IPSUM DEPINCENS PRO FILIORUM VOTIS AC PRECIBUS EXPLENDIS EX. NICOLAO OMAZGRINUS ANTUERPIENSIS. ANNO 1682.

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



F. DOMINGO — DE OTRO TIEMPO



EL NENE EQUIS

I

Doña Enriqueta de Haro, señora navarra, viuda desde la juventud y desde antes de su viudez avecindada en Sevilla, no tenía parientes ni habientes ni por lo tanto obligaciones, ni cariños, ni lazos que la ataran á nada ni á nadie. Libre, sola y perpétuamente joven, merced á la doble salud y lozanía del cuerpo y del alma, decidió compartir su vida entre la oración y la caridad, y adoptar por familia á todos los desvalidos; y así, pertenecía á cuantas hermandades devotas y á cuantas asociaciones benéficas había en Sevilla.

Pero de todos aquellos misericordiosos instintos, el que singularmente merecía la predilección de la bendita señora, que la tenía muy grande por la infancia, era el de la Inclusa, ó de la *Cuna*, como allí se dice.

Sin duda porque de contínuo resonaban en su corazón las suaves palabras del Maestro: «*Dejad que los niños se acerquen á mí*», y acaso también porque como toda mujer tiene mucho de madre, la piadosa dama que no logró sucesión de su breve matrimonio, cifró en los desventurados todos sus amores, prefiriendo de entre ellos á esos tiernos seres, á quienes el crimen ó el egoísmo desampara, privándolos desde el primer vagido del calor y de los besos maternales, más necesarios al lento desarrollo de la maravillosa planta humana donde florece un alma, que el vivo sol de primavera á la germinación de las plantas de la tierra.

Y como eran tan grandes el celo y el amor con que la ejemplar viuda cuidaba personalmente de la lactancia de los niños, ya dentro de la Cuna, ya en casa de sus respectivas nodrizas, así como de la higiene y salud de los pequeñuelos y de sus amas, y como no todas las Señoras de la Junta se hallaban tan libres de familia y obligaciones como Doña Enriqueta, poco á poco fué ésta asumiendo los cargos y atribuciones de todas, y acabó por ser el alma y el *factotum* de la casa Cuna, la madre de los expósitos, como la llamaban en Sevilla.

II

La mañana del 12 de Octubre de 1874, sonó la campana, giró el torno de la Inclusa y la hermana encargada de él recogió de la dura tabla á un nuevo huésped, á un nuevo hijo ignoto, que entraba en la vida sin nombre y sin amores.

Un simple movimiento, el que una mano, sin duda mercenaria, imprimió al torno que rechinó al girar, como doliéndose de consumar tal desventura, aquel solo movimiento bastó á lanzar al inconsciente recién venido á la vida, desde los brazos de una madre al montón informe de los anónimos, de los desclasificados á quienes engendra la culpa y abandona el desamor.

—¡Benditas sean las obras de Dios, hermana Dolores, en mi vida he visto criatura más hermosa!—exclamó la tornera, delicada joven de á penas veinte años, ofreciendo el recién llegado á la piadosa admiración de una religiosa ancianita que se deshizo en elogios y bendiciones.

En efecto, la criatura que ambas contemplaban, era un verdadero milagro de esa indecisa belleza crepuscular y mórfida, impregnada de aurora y de misterio, propia del capullo cerrado y del niño no bien despierto á la vida.

Pero no era aquel un ser tan embrionario y abocetado como todos los recién nacidos que de solo algunas horas eran depositados en el torno: no era ya la masa amorfa de carne que yace aplanada é inerte en el dintel de la vida, sin que parezca saber por donde empezará á moverse y á usar de todo aquel organismo nuevo que se ignora á sí propio y se resiste á ser manejado por los demás.

No era tampoco el pedazo de carne anónima, marcado con los negros estigmas hereditarios del vicio y de la miseria.

El nuevo acogido tenía ya algunos días: la existencia había trazado algunos rasgos de cincel en aquel mármol rosado y palpitante, y sus ojitos parecían aprender á mirar, sus manecitas empezaban á tenderse en busca de algo querido, sus miembros semejaban desprenderse de

invisibles ligaduras, comenzaba á perder la rigidez de cosa y al desentumecerse blandamente, como quien despierta, al estrenar con vaga inconsciencia la vida, sus labiecitos esbozaban algo que fluctuaba entre puchero y sonrisa. ¿Debía reir ó llorar el inocente al sentirse vivir?



Algo semejante hubieron de preguntarse las religiosas, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Mire, hermana, — decía la tornera: — si parece el niñito que lleva en los brazos nuestro Padre San Vicente! ¡Mire, mire qué carnecitas de rosa, qué camisilla tan fina y llena de encajes, como la del Niño Jesús que ponemos por Navidad! ¡Pero qué cosa tan particular! ¿Pues no tiene bordada en todos los pañalitos una equis?

—Esa será señal que trae para reconocerlo en su día.

Llevaba también el nene al cuello una medalla de oro en cuyo anverso campeaba la imagen de la Virgen del Pilar, y á cuyo reverso aparecía grabada una X. y la fecha: *1.º de Octubre de 1874*. La del nacimiento sin duda.

Todas aquellas exquisitas minucias, así como el fuerte aroma de *iris* que se exhalaba de las ricas envolturas delataban la elevada procedencia del expósito.

Así por el día en que fué entregado, como por la medalla que llevaba, acordaron las madres bautizarle con el nombre de Mariano del Pilar, y que en lo sucesivo se le apellidase con el nombre que sus desconocidos padres le daban por expresivo lema, ya que aquella era una verdadera X, una incógnita.

Cuando Doña Enriqueta conoció á su nuevo hijo de adopción, se deshizo en elogios, caricias y bendiciones; y después de apadrinarle en la pila, llevóle ella misma á casa de una buena mujer, esposa de un carpintero, de la cual tenía la Junta las mejores referencias.

III

Frasquito, el carpintero, Reyes, su mujer — la elegida para nodriza del nene Equis — amen de los seis retoños con que Dios había bendecido á la dichosa pareja, eran todos tales y tan simpáticos, interesantes y típicos, que merecían para ser descritos un libro entero. Pero á falta de espacio, tendré que retratarlos en abreviados bocetos, de trazos recogidos y escasos colores, porque en mi paleta no los hay tan vivos y jugosos como ellos los requerían.

Apunte de Frasquito.—Treinta años, cuerpo pequeño y enjuto, cejas hirsutas y bajo ellas grandes ojos garzos con irisaciones azulinas, barba castaña con reflejos cobrizos, condición indómita, palabras aspérrimas, corazón blandísimo; opinión *republicana neta,* si bien el buen hombre ignoraba qué fuese República, y no sabía definir de ella sino el apellido de *Federal,* que harto se le alcanzaba á él que directamente procedía de *Don Federico Rubio,* del cual era fama que *había sido el padre de la República en Sevilla*. (Histórico). Ajorrar unas motas pa vasiar unas cañas, ó pá vé matá á Frascuelo ó al Gordito—sus dos ídolos,—jurar por la República y votar como un carretero, eran los pecados gordos de aquel ogro que trabajaba día y noche, como un negro, por su *jembra* y por sus seis cachorros, á los cuales vestía, lavaba y arrullaba, si era preciso, con tanto cariño y terneza como la propia madre.

Apunte de Reyes.— Veinte y cinco años espléndidos, como florecidos al sol de Sevilla. Cara morena, roja y luciente como un membrillo de los sanos de la tierra: ojinegra, peliazabache, metida en carnes, pero ágil y soberanamente *plantá;* boca de corales y en ella confundidas de contínuo una sonrisa y una seguidilla eternas.

¿Que aljofifaba la sala? Que hundía los brazos morenos en montes de blanca espuma jabonosa, para *escamondar* los pañales de tanto mocoso? Que remendaba la blusa de Frasquito, ó amamantaba al rorro...? Pues al compás de toda faena y al son de todo ruído, la seguidilla no se le caía de los labios.

Así, se la oía á toda hora cantar, con apartes como estos:

—Me dieron agua;

¡Ole, ole morena!... ¡Chiquiyo, límpiate esos mocos!

—Me dieron agua... ¡Condenao, que te vá á espampaná!

Fría como la nieve... ¡Como me quite un sapato vai *á piá!*

En una talla... ¡Sol del mundo, lusero! ¿porqué yora tú? ¡Vén, vén con tu maresita!

Y para arrullar al mamón, continuaba la seguidilla en otro tono:

—¡Nanita, ea!
¡á la naana naanita
Naanita eea!
A la cunita mare,
Mamita,
¡Que se menea!

IV

Digno de ser notado fué el recibimiento que en tal casa y de tal familia alcanzó el ahijadito de Doña Enriqueta.

Reyes, que había dado á luz pocos días antes el cuarto de los varoncillos—las dos mayores eran niñas,—en vista de lo *arrancao* de los tiempos, de lo poco que ganaba Frasquito y de lo mucho que tragaba *tanta boca,* decidió

ayudarse criando un niño de la Cuna, á cuya Junta dirigió solicitud por medio de Doña Enriqueta.

Cuando la Señora, tomándolo de los brazos de la mujer que lo llevaba, presentó á Reyes el niño, fué de ver el asombro, el entusiasmo y la lluvia de ternezas y de vocablos pintorescos y cálidos como la tierra aquella, con que la buena mujer acogió á la criatura á quien iba á dar su vida y empezaba por regalarle su cariño.

El léxico de las gentes graves y correctas no contiene palabras que den idea siquiera de las cosas que expresa con su inculto, suave y apasionadísimo hablar, el amor de las madres sevillanas.

¡ Color ! ¡ Vaya si lo tenían las enérgicas y calientes palabras de la vehemente andaluza ! Desde los tonos sepiosos del cieno de alcantarilla que arrojó sobre el nombre de la *perra* madre que abandonaba á su hijo, hasta las tintas de iris y de aurora que derramó en arrullos de maternal blandura sobre la frente opalina del *inosente lucero* á quien cubrió de besos que estallaban como explosiones de amor, todos los matices de su riquísimo idioma pasaron atropelladamente por sus labios.

Atraídos por el restallar de los besos y el sugestivo arrullo de las caricias, frescos y desnudos como los chiquillos de Rubens, acudieron los del carpintero, que con el esplendor de sus morbideces, la gracia de sus actitudes y la música de las risas, chillidos y palmoteos con que saludaban al tierno huésped, colmaron el regocijo y animación de aquella jubilosa fiesta de la vida.

V

Y sin otras ceremonias ni formalidades, allí se quedó el anónimo, el sin ventura, entregado al cariño espontáneo de aquellos infelices, tan indigentes de bienes como ricos de nativa, inculta y fertilísima ternura. Y allí por virtud de aquella leche pagada y de aquel amor gratuito, acababa una extraña la santa obra de vida que Dios impone á las madres. La del niño á juzgar por los pañales que le envolvían, era, sin duda, rica. Pero ¿ ingrata ? ¿ desgraciada ? ¿ culpable ? ¡ Quién sabe !

Cada día asomaba en el inconsciente infortunado una gracia nueva y con cada sonante beso aplicado á las suaves carnecitas de leche y rosa, penetrábase el tierno ser como en trasfusión de vida, del amor de la madre fortuita, y *entrábasele á ella*—según su gráfica expresión—*hasta las entrañas el almita de su querubín emprestao.*

—*¡ Porvíchele* lo moro ! —solía decir Reyes al ogro de su marido— Cuando pienso que éste es un pajarito sin *nío,* un *güertesito* sin dueño, un cachito é gloria escurría de la grande, y á pique de *jundirse* mañana ó al otro en este cochino fangá der mundo... miá tú, se m'espeasa er corasón !

—¡ Pero que toita *habei ustede* de ser iguale la condená mujere : *toitita* loca rematá y sin gota é sentío en l'arrastrá moyera ! ¿ No te basta con la *endina* jarapá é mocoso que ha echao ar sucio mundo, y *otavía* te dá por reblandeserte por el baboso der barraco que no nos deja *probá* er sueño, y mardito si vale la condená peseta que te dan por *estuetanarte* criándolo, por el hijo de la muy... pendona que s'estará echando aire pá que este par de burro no duerman cudiándole ar tragón der crío ! ¡ Mira, Reye, c'a palo c'aguante su vela ! *¡ Masiao* jasemo con aplacá tanto pecho jambrío y cubrile las pajarera carne á tanta *ánima bendita !* Conque en cuantito que arrematès la *sebaura* der lechonsillo, si no se *me pone* á mí que sea mañana, se lo entriega á la beatona que lo trajo, y ¡ á cojé lo cuarto que es lo que importa, que con *yoramico* y querere no se engorda en esta perruna vía !

Lo cual no obstaba para que con los ojos aún encendidos por aquella furia que atropelladamente se le desataba por la boca, dijése á seguida, el formidable agitador, asustado de si mismo al ver llorar á Reyes.

—¡ Paese mentira, mujé, que t'achare por tan poco ! Yo no *m'aparto* de lo justo. Una cosa é que me sargan lo chiquiyo pó la mema punta é lo pelo, y otra que yo le quite ar cachorro ese lo que es suyo, po que Dió se lo ha dao y basta ! ¿ Qué quié que diga ? ¿ Que es bonito como una flore y más salao que la peseta ?... ¿ Que yo *tamie* le tengo lástima y le quiero y le retequiero como *er que má*... ¡ porra ! — ¡ Pue, recuerno, ya está dicho ! ¿ y qué, te paese á tí que se m'encoge á mí el arma por eso ! ¡ Pero, canasto, po lo mesmo que tié tanto ange, er con-



denao der chiquiyo ese... po lo mesmo hay que plantarse y tirarse pa trá y sacudirse la mosca, como jiso la güena piesa é su mare! ¿Que ere bonito—esto lo decía mirándole—y resalao y sandunguero y retegrasioso!...—comiéndoselo con los ojos—¿Y qué! ¿Te he traío yo ar mundo, ¡jinojo!... pué entonse á mí que me importa ni que tengo yo que vé con carga ajenas, ni con hijos de otro, si con los que tengo me sobra pa divertirme y pá quitarme la arrastraísima vía, canasto!

VI

Y en estas y en esotras escenas del propio arte, se pasaron los días, hasta llegar el tan temido por Reyes de la entrega del niño á las Señoras de la Junta de la Inclusa, es decir á Doña Enriqueta, que era su representación más entera y genuína.

¡Válgame Dios y qué tempestad de llanto y de gemidos, de sollozos, de quejas é imprecaciones se levantó en la *sala* de la Señá Reyes al tiempo de la dolorosa despedida! si aquello era *un juisio*, como decían las vecinas.

¡Y qué chaparrón, qué diluvio, qué granizada de besos resonantes, prolongados, *lamidos* y *sorbidos*, descargaron sobre el pobre nene Equis las siete bocas de Reyes y sus chiquillos, que se disputaban el tierno cuerpecito como si quisieran devorarle, como si quisieran comerse las manitas regordetas llenas de hoyuelos, las rosquitas mantecosas de los mórbidos bracitos, los inquietos piececillos de rosa, los rojos mofletitos y la pura flor de vida, de la boquita húmeda y desdentada donde apuntaba, como breve semilla blanca, el primer hueso de leche!

—¡Gracias que no está Frasquito—sollozaba Reyes—hartándose de besar á plena boca y de llorar á todo trapo—porque si nos vé, nos mata!

Asustado, angustiadito, sofocadísimo el pobre nene por aquella avalancha de asfixiadora ternura, tras de modelar con la boca diminuta unos cuantos pucheritos monísimos, rompió á llorar con todos sus robustos bríos y con tal desconsuelo y congoja, que no parecía sino que el inocente adivinaba su desventura y se despedía también llorando de aquella *familia de amor* que con tanta ventaja sustituyó para él á la familia de sangre... ¡Aquello partía el alma!

Y para completar la situación en tal momento, estalló en el patio una descarga cerrada de ternos y maldiciones; y apartando brutalmente el grupo de vecinas compasivas que obstruía la puerta de la sala, apareció Frasquito con la blusa al hombro, la espuerta de las herramientas á rastra, la sierra al brazo, la colilla del cigarro pegada al labio, la gorra tirada atrás y la negra pelambre revuelta y caída sobre la frente.

—¡Jórrio de aquí toita la *parva* de curiosona jambría!—gritó ronco de furia—¡Mardita sá la *primé iembra* que mamó leche, pó no he creío que pasaba argo en mi casa!



Y amagando con una tanda de puntapiés y soplamocos á los chiquillos, que se dispersaron llorando:—Dios guarde á usté—dijo á Doña Enriqueta, que le saludó entre ofendida y temerosa, y preguntó tragando trabajosamente saliva:—¿Vamo á vé, que sinifica tóo este *terretiemblo*? ¡Si paesía mesmamente que les estaban *escuajarando* los reaños á tóo!

—¿Qué quié que sea, hombre, que se yevan á mi niño de mis entraña!—gimió Reyes volviendo á soltar el torrente de su llanto.

—¿Que... se lo ye...van?—Articuló torpemente Frasquito, desconcertado por la sorpresa; pero rehaciéndose continuó:—Eso ya no lo teníamo tragao... ¡Y... á úrtimo é tó...! ¿pá qué lo trajeron! ¿Ni qué tengo yó que vé con er baboso der mamón ese... jinojo!—y mientras lo decía se le iba contrayendo y anublando la cara y tornándosele el ceño tan duro y negro, que presagiaba tormenta.

Sobrecogida Reyes ante el amenazador aspecto de su hombre, entregó temblando el niño á Doña Enriqueta, la cual, estirándole cuidadosamente las mantillas, presentábaselo á la mujer que para llevarlo había traído, cuando el pequeñuelo de Reyes, el hermano de leche del huérfano, á quien su madre acababa de recoger del suelo por donde andaba gateando, consciente ó inconscientemente, echó los tiernos bracitos al cuello del angelical desheredado, con cuya tierna acción, volvió á renovarse el llanto y desconsuelo de todos.

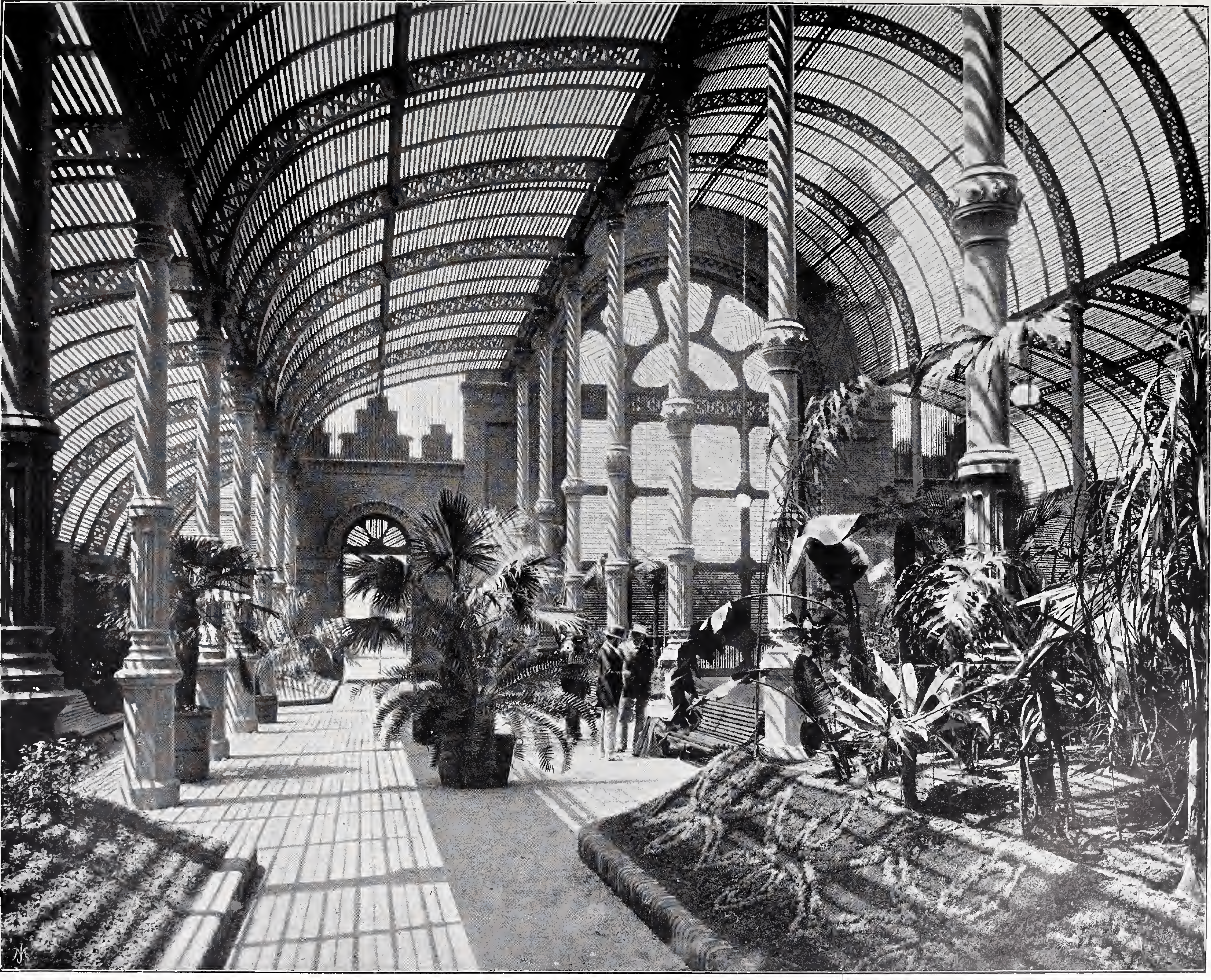
—¡Mardita sea mi estampa!...¡Esto solo fartaba!—rugió el terrible demagogo—¿Qué jase ahora un hombre, por hombre que sea, vamo j'a vé! ¿Pá qué yorais, condenao, si er que má y *er que meno*, se está ajuegando en *jiele* negra! ¡Vaya, que como me jarte, m'arranco por derecho y me tiro á fondo! ¿Qué queréis, jato é bestias, que me quede con er crío? ¿Pó como si yo *estuvia* queriendo otra cosa?... ¡canastos!—¡Echelo usté acá, señora, que es má bonito que er *Niño perdío* de la prosesión der Corpu! Y dígale á laj marquesa de la Junta que lo *prodijo* (prohijo) Y *quié isí* que si había é tené seis renegao tragone... tendré siete y... s'abía é trabajá é dia, trabajaré *tamié* de noche y s'abía é jumá un consumío pitiyo... me chuparé er deo, y... en iguá de vé matá tre vese ar Gordo... lo veré una, ó ninguna ¡porra! ¡Y que se vea si no tengo yo mejor corazón que la República!

Y el espantable sectario rompió á llorar como un chiquillo.

Culpable, ingrata ó desgraciada ¿qué hubiera sentido ante aquella escena la desconocida madre del *nene Equis*?

Blanca de los Ríos de Lampérez.

Ilustraciones de R. Navarro



Audouard, fot.-Barna.

UMBRACULO DEL PARQUE DE BARCELONA

BAJO UNA VENTANA

Dicen que no saldrás, y yo maldigo,
oyéndolo decir, la suerte mia:
¡esta noche, bien mio, que traia
tantas risueñas cábalas conmigo!

Yo que hoy tuve á ese sol por enemigo
pensando ya que nunca se ponia,
¿qué haré de lo que falta todavia
hasta la hora de soñar contigo?

El áura de la noche mansa lleva
los vanos restos de mis sueños de oro
y á tu muda ventana los eleva...

¡En qué noche te ausentas, mi tesoro!
¡Hoy que pensaba darte la gran nueva
de que con alma y corazón te adoro!

Enrique Menéndez



TORNÉ — REQUIEBROS

El antiguo Municipio de Barcelona

La *curia,* compuesta por lo regular de diez *decuriones,* formaba el gobierno interior de Barcelona, durante las dominaciones romana y goda. Que el miembro más antiguo y venerado de ella se llamase en algún tiempo *presidente,* y en otro *comes,* lo mismo que hubiese *duumviros, prefectos, censores, defensores,* etcétera, para dirigir la parte económica y administrativa de la ciudad, no se apoya en datos ciertos ni fidedignos.

Mientras permaneció Barcelona en poder de los árabes, estuvo gobernada por un emir, dependiente primero de los walíes, y después de los califas Ommiadas de Córdoba. Mas apenas se apoderaron de ella los francos en el año 801, el gobierno interior de Barcelona fué confiado, según la opinión más probable, á las cabezas de familia, ó á los ancianos *(seniores)* que, formando una especie de junta universal, acudían paternalmente á remediar las necesidades de la población. Esta forma de gobierno la admiten varios autores, y aun añaden que los presidentes de las citadas juntas, eran el vizconde y el veguer de Barcelona, electos siempre por los condes, y planteados ya por el mismo Ludovico Pío.

Hasta el reinado de don Jaime I no se vuelve á hacer mención en las crónicas del Principado de la forma del gobierno interior de Barcelona, que cambió por completo, concediendo la elección de concelleres y prohomenes. Un ciudadano de la misma ciudad, que en el siglo XV escribió unas memorias, conservadas hoy entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, nos da las curiosas noticias siguientes:

« Apres lo dit senyor Rey en Jacme ab carta suadata Barchinone VIII Kls. febrarii anno Millesimo CCLXII° atorgá á tots los homens é universitat de Barchnonai que haguessen é á ells fos licit haver huyt prohomens per á Concellers del Veguer de la dita Ciutat, é que cascuna setmana en lo disapte se aplegasen é que los dits VIII Concellers elegirent docents prohomens de la dita Ciutat qui en presencia dels dits huyt é en poder del veguer jurassen. E que en la fi del dit any, ço es de la aparició de nostre Senyor fossen tenguts elegir altres huit consellers qui com fossen elets é haguessen jurat en faus ab lo Veguer, elegiren altres docents prohomens de la dita ciutat. E la dita concesió é ordinatio lo dit senyor Rey tant cuant á ell é á sos succesors plauría volgue que duras... »

«En les Kls. de Abril any de nostre Senyor Mil CCLXV. lo dit Sor. R. en Jacme primer atorga á tots los homes é universitat de Barcelona que de allí á la festa de cincogesima é de la dita festa á deu anys cumplits hagessen quatre prohomens en Concellers. E que cascun disapte se congregassen. E que elegissen cent prohomens de consell, é que los dit concellers sostinguessen lo dit cárrech per hun any, é que en la fi del dit any, ço es en la festa de sent March evangelista fossen tenguts elegir altres concellers qui elegiren cent prohomens de consell, é que consellaren lo veguer é batle de Barchinona.»

«Aprés lo dit Sor. R en Jacme ab carta sua data Barchine III nonas novembris Anno M. CC. k XXIIII, attorgá al prohomens é á tota la universitat de la dita ciutat de Barchina que de la festa de sent Andreut á deu anys poguessen cascun any elegir cinch prohomens de la dita

ciutat pera consellers ab XII elegidors qui fossen trets dels cent jurats, per los dits consellers elegidors los quals sien tenguts consellar lo veguer é batle de Barchina, la qual electio se hagues á fer lo día de sent Andreu apóstol.»

Sucedió al Rey Don Jaime su hijo Don Pedro, quien en 3 de los idus de enero de 1293 dilató para siempre *(perpetualment)* el privilegio que su padre había concedido á los barceloneses.

«Continuó esta forma de elecciones, dice Feliu en sus *Anales*, con disminución de número del Consejo de dos cientos á ciento, y aumentó á ciento treinta y ocho hasta el año 1498, en el qual el serenísimo rey don Fernando el Católico, dió otra forma de gobierno á la ciudad, y mandó formar las bolsas para los oficios, dispuso las insiculaciones, y concediolas in perpetuum á los conselleres» — «Ha durado esta forma de gobierno, hasta que concluída la guerra de Cataluña, el rey Don Felipe III *(IV de Castilla)*, año de 1652 se las reservó por entonces, con las cláusulas de estimación expresadas en su real despacho, hasta quedar dispuesto el gobierno, y no se cumplió lo que se ofreció.»

Ninguna innovación notable recibió el gobierno interior, económico y administrativo de Barcelona, hasta principio del siglo XVIII, en que, con motivo de la guerra de Sucesión, el nuevo monarca Felipe V extinguió este cuerpo municipal, sustituyéndole el Ayuntamiento. Perdió desde entonces su autoridad y atribuciones, que fueron tan grandes y democráticas que competían con las del Senado de la república de Venecia, á cuyo *Dux* ó presidente podía compararse el primer consejero ó conseller en Cap. La utilidad pública y una extremada fidelidad al rey, fueron siempre las miras por donde se dirigían las disposiciones de este consejo, que por otra parte, no requería de sus miembros otras circunstancias que la probidad, tan fácil de encontrar en aquellos tiempos.

En el *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña en los años 1640 y 1641,* su autor, fray Gaspar Sala, la describe del modo siguiente:

«Gobiérnase la ciudad de Barcelona prudentísimamente por cinco conselleres y Consejo de Ciento, que por la prudencia en el resolver y bien común tiene merecidamente el renombre de sabio. Es un gobierno mixto de democrático y aristocrático, alabado de todos los políticos porque consta de militares, ciudadanos y pueblo. El primero, y el segundo, y el tercero Conseller, es caballero ó ciudadano alternativamente: el cuarto es siempre mercader: el quinto un año es oficial y otro artista, como cirujano, adroguero, boticario, etc., no se hacen por elección ó nominación, sino por abstracción ó suerte!... para que Dios (que es quien corazones penetra y tiene las suertes en su mano) escoja los más convenientes á su servicio, y bien común del Principado y ciudad.»

El actual Ayuntamiento debe, pues, su creación á Felipe V, quien, no contento con destruir los fueros, libertades y franquicias barcelonesas, dió nueva planta al gobierno interior de la ciudad, tan venerado siempre en la época de los condes y reyes de Aragón. Así castigó aquel monarca el entrañable afecto que mostró tener Barcelona para con su enemigo y competidor al trono de las Españas, Carlos, archiduque de Austria.

Finalmente, el cuerpo municipal de Barcelona que bajo el nombre de Ayuntamiento rige la ciudad, ha sufrido alteraciones más ó menos notables hasta hoy día, siendo la más notable la que tan tristes y graves acontecimientos dió lugar en 1840 la *Ley de Ayuntamientos*. De todos modos, debe estar agradecida Barcelona á una corporación que en diferentes épocas y en calamitosos tiempos la ha conducido con mano firme y benéfica por entre el torbellino de las revoluciones, y bajo cuya dirección tanto gana cuotidianamente la belleza y ornato público, y el bienestar y salud de sus moradores.

J. Brissa

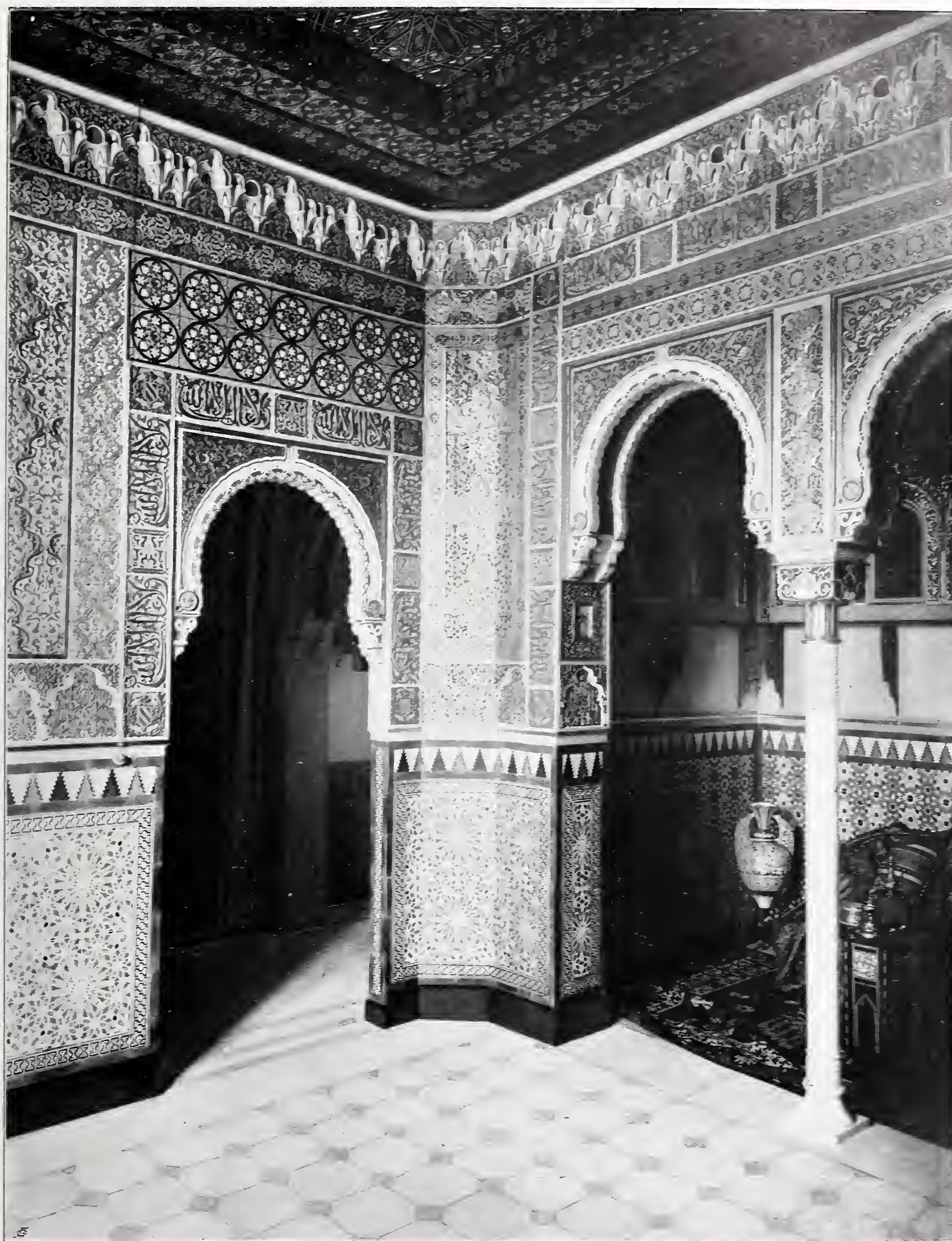




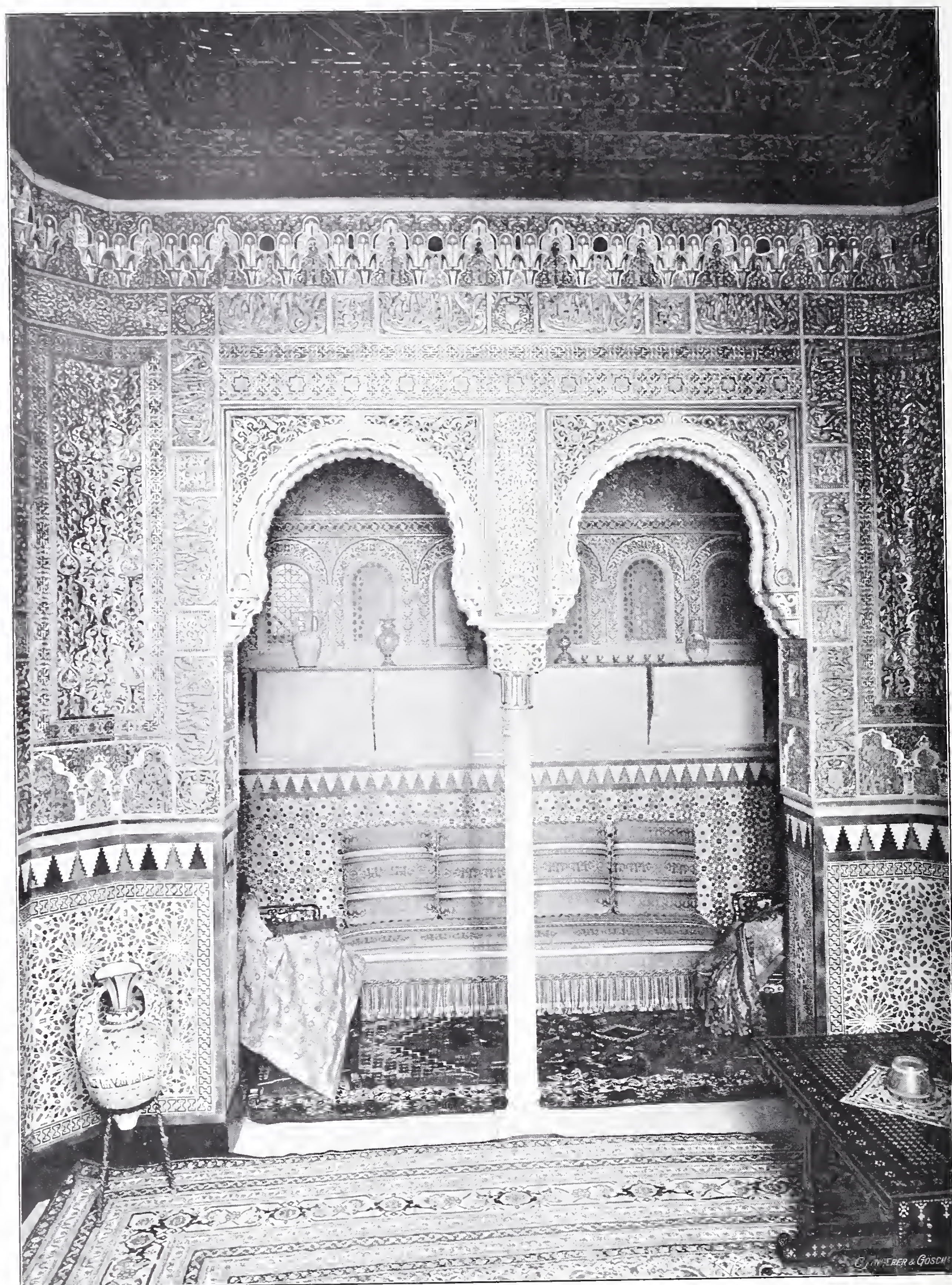
Palacio de los Marqueses de A. - Antesala ó calle árabe



Palacio de los Marqueses de A. - Salón árabe



Palacio de los Marqueses de A. - Salón árabe



Palacio de los Marqueses de A. - Salón árabe

PRUEBAS CRUELES

Al declinar el sol en una tarde nublada, fresca y sombría, triste como todas las del otoño madrileño, bajaban por la calle de Atocha hacia la estación del Mediodía, como antes habían atravesado, desde la del Mesón de Paredes, la Plaza del Progreso y la calle de la Magdalena, dos seres vulgares, según todas sus apariencias, porque por nada extraordinario atraen la atención de la inmensa colmena, más abundante en zánganos que en útiles abejas, que constantemente vaga por la corte, un joven como de veintiseis años y tras él un mozo de cordel que lleva fácilmente una maleta.

Marchaban á prisa, como quienes cumplen un deber apremiante que no permite duda, y á no ser por algunas lágrimas indiscretas que avergonzaban la varonil fisonomía del viajero, los pocos conocidos sorprendidos en el camino apenas si hubieran fijado su atención en el joven que se disponía á abandonar, quizás para siempre, no sólo Madrid, sino con él, ilusiones, esperanzas, sueños de gloria y de fortuna, un porvenir de laurel fundado en un pasado de trabajo, y aun más que todo eso: el amor de una mujer que se había enseñoreado de su espíritu.

No es tan corriente ver llorar en medio de la calle á un hombre joven, robusto y no mal arreglado; y por esa irresistible simpatía que inspira la desgracia y por curiosidad también de penetrar en los secretos estímulos del corazón humano, los desconocidos fijaban su atención en aquella pareja extravagante que á toda prisa descendía desde la Plaza de Antón Martín y los amigos quedaban murmurando largo rato, como queriendo descifrar el misterio de un viaje ocultado hasta á la propia familia de nuestro protagonista.

Y así, camina que camina, recorrida ya aquella calle de la amargura, dieron en la estación mozo y viajero, aguardando éste el último adios de la mujer amada.

No se hizo esperar ella. Media hora antes de anunciar el correo de Barcelona su salida comenzaban el interrogatorio de rigor en casos tales:

—¿Me olvidarás?

—Jamás, bien mío.

—¿Me querrás como siempre?

—Te lo juro.

—¿Habrá alguien capaz de sustituirme?

—¡Imposible!

. . . .

La obscuridad del andén y la indiferencia de las gentes próximas, preocupadas en los cuidados de su propio egoismo, protejían las expansiones cariñosas de los amantes. Pero como no hay copa sin fondo, aquel último momento de felicidad tuvo su término con el ¡viajeros al tren! y el precipitado cerrar las portezuelas con que los empleados de la estación previsoramente evitan más de una desgracia posible. Con la intención se cruzaron infinidad de besos y abrazos, el tren comenzó lentamente, como gigante perezoso, á deslizarse por los rails, y el pañuelo sacudido desde el muelle y la mano agitada nerviosamente desde la ventanilla del vagón fueron perdiéndose, poco á poco, á la vista y debilitando la corriente magnética entre ellos establecida, hasta hacerse, al fin, el uno de la otra completamente indiferentes. Quizás, y sin quizás, los espíritus continuaban ligados por el sentimiento; pero la materia, esclava de las leyes físicas que regulan sus acciones, perdió el centro de gravedad que les mantuviera equidistantes y sucedió... Pero ¿á qué destripar el cuento?

* * *

Sucedió, por lo pronto, que por todo Madrid se extendió como en reguero de pólvora la llama, con igual rapidez y estrépito, la noticia de la marcha de Alfonso á Barcelona. Y como su amor á Josefina era público que constituía por entonces la única preocupación de su cerebro, y el solo estímulo de su corazón, nadie dudó que un contratiempo en él había determinado aquella fuga inesperada; y la mujer ¡cosas del mundo! fué la moda del capricho de los tenorios profesionales durante una muy larga temporada, y para el hombre quedó de repertorio en las tertulias la frase ¡pobre Alfonso!, pronunciada despreciativamente por los *snob*, por los incapaces del corazón, y noble, sentida, generosamente por los plebeyos, por el pueblo, último refugio del sentimiento.

Y así transcurrieron algunas semanas, algunos meses,





casi un año: ella en Madrid, solicitada con todo el empeño del amor propio, y él en Barcelona, encaneciendo prematuramente del desengaño sufrido con la lectura de una carta, de la cual es fama que apenas separaron de su corazón, durante una temporada, la piel y algunos tejidos que se obstinan en ocultar lo mejor del hombre.

A poco de instalarse en la capital catalana, Alfonso recibió la siguiente epístola de su amada:

« Apreciable Alfonso:

» Júzgame como quieras, llámame como gustes: no se me oculta que mi proceder es criminal, y digno por lo tanto de la severidad de tu criterio justiciero. Tan mal lo estimo yo misma, que ni confío en la generosidad de tu corazón, fácil al perdón de todo agravio, ni siquiera ¡ya ves! en la inmensidad de tu amor, familiarizado con el martirio.

» Viene este extravagante preámbulo á cuento de que, contra todas tus esperanzas, no es de amor esta carta que te escribo, sino de absoluta y definitiva despedida. Será para tí muy amargo desengaño, pero es preciso que alguna vez lo sufras, y elijo este momento, preparado por mi con toda alevosía, para que la distancia te impida volver á mis pies, como otras veces, á romper con tus súplicas y lágrimas la inquebrantable decisión de mi egoismo.

» No me sirves ya, no me eres útil. Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda, como se arrincona un trasto sin posible compostura, como se abandonan las sobras de una golosina que empalaga. El corazón quisiera violentarme la voluntad, porque quererte sí te quiero, mejor dicho, te he querido: pero es inútil su empeño, estéril su insistencia: cruz y raya.

» Sin olvidar jamás tu apoyo, á partir del cual he subido, como pompa de jabón desde el balcón al cielo, de la humildad al lujo y á la fama (cosa que te agradeceré toda mi vida), hoy por hoy tu mismo, pensando serenamente, reconocerás que en Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos una preocupación fastidiosa sin probable futuro. ¿Á qué seguir viviendo de ilusiones? Ni puedes ni podrás sostenerme como necesito: y por lo tanto á los dos conviene romper un lazo que nos perjudica, á tí aún más que á mi, puesto que compromete tu porvenir y resta energías á tus empeños ideales. ¿No es verdad que obro, á falta de corazón, con muchísima cabeza?

» Los tiempos son muy positivistas: y el lujo ha concluido con los últimos restos de trovadores y tenorios sin cartera. Ya el ventero famoso recomendó á don Quijote proveerse para sus aventuras de bolsa bien repleta de camisas y doblones, y en nuestra época sólo como ironía se admite que el amor resista el pan y la cebolla, tan débil alimento.

» Así, es preciso olvidar, borrar todo nuestro pasado.

» Trabaja, trabaja en esa hasta satisfacer las ambiciones de gloria que tantas veces me contaste, aún más con los ojos que con los labios, y no pienses más en mi, ni menos con esperanzas imposibles. Se me recuerdas alguna vez, sea como remordimiento que corrije, como experiencia que alecciona: y dadas tus aficiones literarias ¿quién sabe si algun día te serviré de asunto para alguna novela que labre tu gloria y te abra las puertas de la fama? En mi afán de serte util y pagarte de algun modo lo mucho que te debo, quisiera que así fuese.

» Adios para siempre... te iba á decir... lo que otras veces... pero no... Adios para siempre.

» Josefina ».

* * *

Casi no se había aun dado cuenta Alfonso del viaje realizado, distraído con los preparativos de su instalación en la capital catalana, cuando la lectura de la carta anterior vino á herirle gravemente en el corazón, desalentándole para sus planes futuros, segando en flor todas sus esperanzas, sembradas sobre el cariño de aquella mujer cuyo recuerdo hasta entonces parecía determinar una corriente de energía del cerebro á los músculos todos de su cuerpo, y aun más á los estímulos de su voluntad, capaz de vencer la pereza, que siempre fué su mayor vicio, y el horror á la ventura que le retenía en Madrid, por afición también á la vida alegre, despreocupada y familiar característica de la corte.

De sorpresa en sorpresa, interrumpiéndola frecuente. mente para contener la tensión creciente de sus nervios, y como si quisiera cerciorarse, palpándose bien las vestiduras y confrontando el lugar en que se encontraba, de que no sufría una pesadilla enfadosa, concluyó al fin la lectura de aquel extravagante documento, tóxigo estraño en que la amargura infinita de inspirar conmiseración y desdén al ser amado se atenuaba un tanto con la referencia al cariño pasado y el recuerdo, prometidamente eterno, del bien agradecido.

Y tras unos instantes de trastorno absoluto en que su desesperación buscó refugio de consuelo en el espíritu de los padres, prematuramente perdidos, volvió una vez y dos y tres y muchas veces á leer la carta conocida, examinando párrafo por párrafo, analizando la intención de cada oración en ellos contenida, queriendo descubrir el sentido, el propósito y el estado de ánimo que los hubiese inspirado.

Todo en vano, porque por el momento la reflexión estaba tan ofuscada, que sólo conseguía renovarse las torturas de su corazón tantas veces como repasaba la carta. De la excitación turbulenta de su sangre, pugnando por romper las válbulas que la encauzan y dirigen, pasaba rápidamente á un sopor parecido al desvanecimiento provocado por el cloroformo, en el que la circulación llegaba en su debilidad á los linderos de la muerte; terrible gimnasia del sentimiento que hubiera acabado con su razón á no rendirle el sueño en una butaca en que se dejó caer sin sentido, despertando á las seis ú ocho horas sin noción siquiera del dolor pasado.



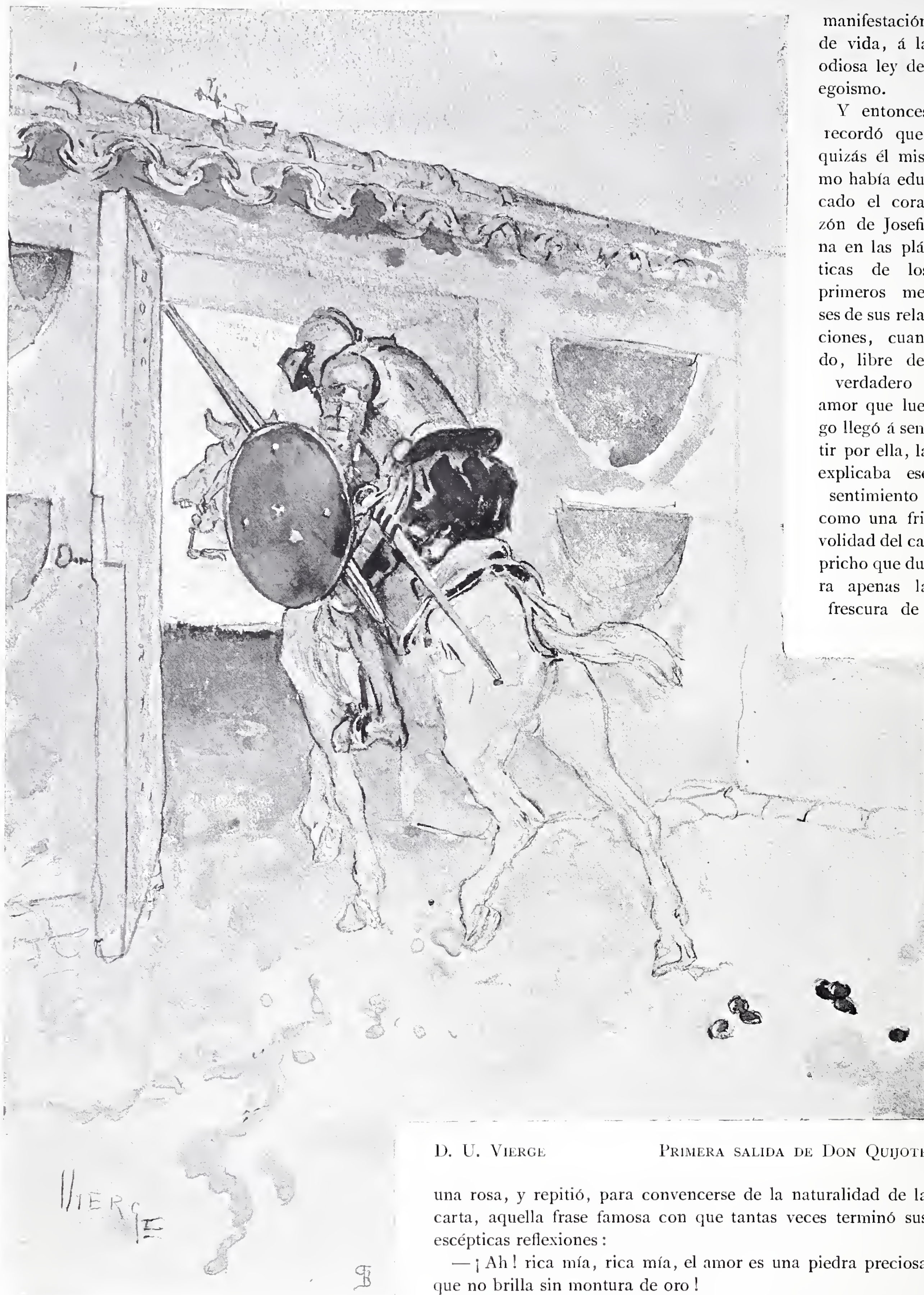
Cuando la patrona le anunció que todos los compañeros de hospedaje le esperaban para cenar, encontrole leyendo nuevamente la carta, más tranquilo en apariencia, pero más afectado en realidad por comprender ya la irrevocable decisión de su adorada; y pretestando algo de calenturilla, para esquivar su dolor de agenas profanaciones, encerrose al poco rato en su cuarto para seguir inquiriendo el documento fatal que le condenaba á eterno celibato. El quería leer otras cosas de las allí contenidas, lo contrario á ser posible; cuando no eso, una postdata, unos renglones intercalados en el texto que concluyeran por decirle: ¿has sufrido bastante? pues todo es mentira, caprichos de mi histerismo que me aficiona á Torquemada; la verdad es que te amo, que te adoro aún más que nunca, que, lejos, la ilusión te me representa más hermoso, más enamorado, y que empiezo á comprender la inmensa filosofía de las coplas que tantas veces cantaste á mi oído, para ejercitar mi alma en el sentimiento, como decías, excitando su sensibilidad hasta ti dormida:

Dicen los sabios doctores
que ausencias causan olvido,
eso lo dirán, serrana,
los que nunca hayan querido.

Verdad, verdad, Alfonso de mi vida, — deseaba él leer á través del desprecio — verdad, se ama con la memoria aún más que con los ojos, y el amor se oye, se respira, se toca, se siente tropezar en las carnes tanto como en el espíritu, aunque no se vea, y jamás se olvida. Hasta muy pronto, Alfonso mío...

Todo eso quería leer el bueno de Alfonso en lugar de la eterna despedida de su adorada, pero la letra refutaba cruelmente las fantasías de su amoroso deseo; y le decía con toda claridad: « Te dejo », « No me sirves ya, no me eres útil », « Te dejo como se prescinde de un vestido anticuado por la moda, como se arrincona un trasto sin posible compostura, como se abandonan las sobras de una golosina que empalaga: cruz y raya... En Madrid eres un estorbo para mi fortuna, y lejos una preocupación fastidiosa sin probable futuro...Es preciso olvidar, borrar todo nuestro pasado... Adiós para siempre »... ¡Para siempre!, repetía Alfonso enjugando las últimas lágrimas de una emoción que poco á poco acabó por rendirse á la lógica de la reflexión, enemiga mortal de todo lirismo, porque, como siempre, el corazón encontró en el entendimiento el último refugio de consuelo.

¡Para siempre!, sí, adiós, para siempre!, exclamó al fin Alfonso, recobrando súbitamente la frialdad de sentimiento y el sentido práctico que otras veces le había permitido ver claro en materias de amor, sujetas, como toda



manifestación de vida, á la odiosa ley del egoismo.

Y entonces recordó que quizás él mismo había educado el corazón de Josefina en las pláticas de los primeros meses de sus relaciones, cuando, libre del verdadero amor que luego llegó á sentir por ella, la explicaba ese sentimiento como una frivolidad del capricho que dura apenas la frescura de una rosa, y repitió, para convencerse de la naturalidad de la carta, aquella frase famosa con que tantas veces terminó sus escépticas reflexiones:

D. U. Vierge — Primera salida de Don Quijote

—¡Ah! rica mía, rica mía, el amor es una piedra preciosa que no brilla sin montura de oro!

A. Aguilera y Arjona



PALACIO DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Serra, fot. Barna

ÓRGANOS SIMPÁTICOS

Es innegable la simpatía de los miembros homólogos y así creo que lo proclama la ciencia, cosa que, sin embargo, no afirmo por ser profano á ella, pero que asegura y mantiene con el mayor de los convencimientos mi amigo don Homobono, hombre que tiene la preocupación de las enfermedades.

Así como otros andan siempre á vueltas con el barómetro y con los partes meteorológicos, á veces en desacuerdo, así don Homobono anda siempre á vueltas con el termómetro clínico, con la jeringuilla Privat y con el novísimo método de Brown Sequard, ó sea el de la inyección de líquidos orgánicos vivientes.

Y de igual manera que los árabes son fatalistas hasta el punto de creer que todo está escrito de antemano en el gran libro del Destino, así don Homobono cree fatalmente que si le pisan el callo que tiene en el juanete del pie derecho, ha de dolerle el callo que no tiene en el juanete del pie izquierdo.

Y esta preocupación, fundada ó no, le lleva al extremo de convertirlo en *curandero*: de hacer que recite *récipes* con toda la fe del poseído en la eficacia de su ciencia, y de congratularse de los resultados que obtiene con el empleo de su sistema, sin que haya quien le haga apearse del burro cuando el resultado es negativo, pues siempre encuentra razón con que disculpar el fracaso, como hay siempre achaque para justificar la muerte de cualquiera.

Resbaló una vez en la escalera cierto amigo suyo y rodó uno tras otro los diez y seis escalones de aquel tramo, con suerte bastante á no fracturarse ningun hueso ni dislocarse ningun miembro; pero no con tanta que le librara de recibir fuertes contusiones en el parietal derecho, en la clavícula izquierda y en la rodilla del mismo lado, y don Homobono, testigo del lance, dijo que allí sobraba el médico y, quieras que no, llenó á su amigo de parches y cataplasmas aplicándoselos por partida doble, esto es, sobre las contusiones y sobre las partes homólogas de las contusas.

Y era cosa de ver á don Ciriaco, que así se llamaba el paciente, entrapajado de pies á cabeza y quejándose más de la tirantez de las cataplasmas sobre las partes sanas, que de los dolores que le producían las contusas, sin que don Homobono se ablandara ni permitiera el levantamiento de los parches, pues decía que aquel malestar era prueba evidente de la simpatía de los miembros.

Fracturóse don Serapio, otro amigo suyo, el brazo derecho al dar una caída de caballo, y aunque el médico se limitó á reducir la fractura y á entablillar el brazo, él no paró hasta conseguir del paciente que se dejase entablillar también el brazo izquierdo, cosa que el médico ignoró hasta la convalecencia del enfermo y que le hizo desternillar de risa, más que por el fatalismo de don Homobono, por la candidez de su amigo, al someterse al martirio del doble entablillamiento; pero don Homobono juró, y perjuró que á tal tratamiento y no á otra cosa se debía el éxito de la curación.

Hubo persona que, dócil á la presión del curandero, consiguió que adquiriese carácter grave lo que, sin cuidarse de la simpatía de los órganos, no hubiera revestido importancia alguna, y hubo también quien estiró la pata por seguir los consejos de don Homobono, consejos que produjeron la inflamación del peritoneo, tras ella la gangrena y luego la muerte; pero ni este ni otros varios casos á este parecidos, han llegado á convencerle ni á disuadirle de su manía, y en prueba de ello voy á relatar, sin variar punto ni coma, mi última conversación con él.

— Felices, don Homobono ¿Qué tiene V. que tan preocupado va?

— ¿Qué quiere V. que tenga? Sentimiento y disgusto.

— ¿De qué?

— Ya conoce V. mis opiniones sobre la simpatía de...

— ¿Los miembros homólogos? Sí señor: hace ya tiempo que me la sé de memoria. Y bien ¿qué pasa?

— Que á don Federico, aquel vecino que encontró V. en mi casa la última vez que estuvo V. en ella, le dió un cochero involuntariamente hace días un fustazo en el ojo derecho, y se le inflamó de un modo horrible.

— ¿El fustazo?

— No señor, el ojo; yo, temeroso, mejor dicho, seguro de que por simpatía...

— Sí, sí, comprendo.

— Pues bien; no ha querido hacerme caso; se ha reído de mí, y ahora está sufriendo las consecuencias.

— ¿Se le ha puesto malo el ojo izquierdo?

— ¡Cá! no señor: le han salido hemorroides.

Camilo Millán





SALA DE ESPECTÁCULOS DEL GRAN TEATRO DEL LICEO EN BARCELONA

Audouard, fot. Barna.

POR ESOS TEATROS

Principio de temporada.— « El anillo mágico » en Novedades.— Estreno del drama « Deborah » en el Granvía.— Apertura en Romea y Eldorado. — El Diorama animado.

Ya hemos entrado en la temporada *de invierno*... á pesar de hallarnos todavía á principios de otoño. La mayoría de los teatros que las tenían cerradas, han abierto de nuevo sus puertas, coincidiendo su apertura con las fiestas de la Merced, lo cual equivale á decir que el movimiento teatral á sido durante la quincena mucho mayor que en las anteriores.

Eldorado, Novedades, Principal, Romea, Nuevo Retiro, todos los teatros de la capital, esceptuando el del Liceo, se han visto animados por las compañías de diversos géneros y por los barceloneses y los forasteros que los llenaban de bote en bote todas las noches. Ha habido espectáculos para todos los gustos. Romea, como siempre, ha deleitado á *su público* con escogidos dramas y regocijadas comedias del teatro catalán... Eldorado y el Nuevo Retiro han divertido al suyo con piezas del género chico, del chiquitín y del ínfimo... María Tubau, en el Principal, nos ha servido diversos dramas, predominando entre ellos los de espectáculo como *Pepita Tudó*, mientras la Vitaliani, que continúa en el Granvía, cautivava á los amantes del arte escénico con las preciosas dotes de gran actríz que tan alto sitio le han conquistado entre los artistas de su clase.

Entre tanto estrenábase en Novedades, para admiración del gran publico, el baile de espectáculo « El anillo mágico », obra á propósito para la exhibición de decoraciones de gran efecto, algunas de ellas ya *admiradas* de nuestro público por haber *servido* en otras ocasiones.

Lo cual no ha impedido que el teatro rebosase todas las noches de gente, ávida de admirar y ganosa de aplaudir los cuadros que constituyen el espectáculo.



MARÍA GUERRERO

El primer estreno de la quincena se efectuó en el teatro Granvía con el drama romántico-sentimental « Deborah », del alemán Mosenthàl, autor que tuvo cierta fama durante el segundo cuarto del pasado siglo XIX.

El drama no es de los que cautivan á los espectadores de todas las épocas, como sucede con los de Schiller, Shakespeare y Gœthe, y á pesar de algunas situaciones propias para que pueda lucirse una actriz de las condiciones de la Vitaliani, no nos explicamos la preferencia de esta artista por él. Y no nos la explicamos porque no la merece, pues no pasa de ser un dramón inconsistente, sin la más ligera sombra de arte en la sucesión de las situaciones y sin otros atractivos que la música sonora de los endecasílabos en que está traducido al italiano y la interpretación que da al papel de protagonista la Vitaliani.

Esta circunstancia fué la que impidió que el público acogiese la obra con la frialdad que merecía. Hasta en algunas ocasiones, hizo que el público tomase por oro de ley lo que no era más que purpurina. Y es que el arte de la actriz sobrepujaba en mucho al del autor, dominando por completo al público, que hasta llegó á interesarse por los amores desgraciados entre la judía « Deborah » y el cristiano que, queriéndola con toda el alma, deja subitamente de quererla, obedeciendo á la presión que hacen en su ánimo las palabras de su padre.

No parece sino que el amor sea cosa de bobos, que se tome y se deje sin esfuerzo, bastando un solo minuto para transformarse en profunda indiferencia lo que antes era indómita pasión.

Las demás obras puestas hasta ahora en la presente temporada por la señora Vitaliani, le han valido ruidosas ovaciones del público que ha continuado llenando todas las noches el espacioso teatro Granvía.

Para la noche de la apertura, escogió la compañía del teatro Romea el drama póstumo de

Federico Soler «El comte l'Arnau», después del cual estrenose la comedia de costumbres en un acto «La gallarda del Roser», original del distinguido escritor don Antonio Bori y Fontestá.

Sin ser una obra notable, tiene muy apreciables cualidades, entre las cuales merecen especial mención la viveza y la cultura del diálogo, el carácter de los diversos personajes que intervienen en la acción y la naturalidad con que ésta se desarrolla.

La interpretación resintiose de falta de ensayos, mereciendo no obstante figurar como escepción entre los artistas la señora Monner, que dijo muy bien su papel de viuda vieja con aspiraciones á un nuevo himeneo.

El señor Capdevila, que interpretó el de solterón recalcitrante que siente resucitar en su interior un amor muerto desde su juventud, mereció aplausos del público por la vis cómica de que supo dotar el personaje.

En conjunto, la compañía de este año es casi la misma que actuaba en aquel teatro durante el anterior, no habiendo sufrido más que lijeras modificaciones entre el personal secundario.

La de género chico que actúa en Eldorado ha sido objeto de diversos cambios en el personal, pero no puede afirmarse de un modo absoluto que con el cambio haya ganado ni perdido.

Algunos de los elementos de la temporada anterior como el señor Cerbón y la señora Campos, han sido substituídos, pero otros, como la señorita Gurina y el señor Gordillo han continuado formando parte del personal, que está dirigido por el señor Gil, actor popular entre el público aficionado al género chico.

Hasta ahora no nos ha servido la compañía más obra nueva que «La buena ventura» cuyo libro, debido á los señores Fernández Saw y López Ballesteros, deja bastante que desear, apesar de estar inspirado en una obra tan hermosa como «La gitanilla» de Cervantes.

En cambio la música con que ha ilustrado la obra el maestro Vives es en general agradable y hermosa, sobresaliendo por su originalidad y por su magistral instrumentación algunos números.

Con motivo de las fiestas de la Merced, se ha inaugurado un espectáculo que no queremos pasar en silencio, á pesar de no ser ninguno de los teatros *conocidos* el sitio donde tiene lugar. Nos referimos al «Diorama animado», para el cual ha sido construído un elegante teatrito en unos bajos de la plaza del Buensuceso.

Trátase de la exhibición de diversos cuadros animados, que producen un efecto sorprendente y que, al contrario de las películas cinematográficas, tienen un aspecto realmente artístico.

Lo cual hace presumir que los empresarios del espectáculo harán su agosto en pleno septiembre.

UN ESPECTADOR

HOJEANDO LIBROS

«Poesies», por José Falp y Plana.

El señor Falp es un distinguido médico que dedica sus ocios al cultivo de la poesía, por la cual siente una irresistible vocación.

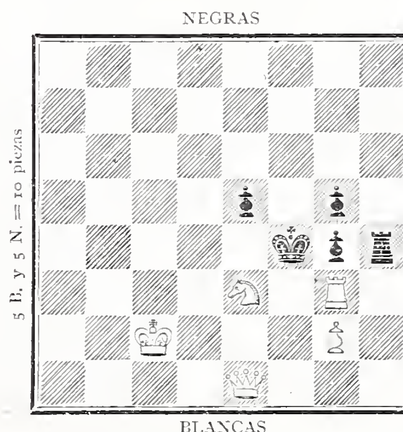
Sus obras rimadas son el producto de un temperamento poético que se siente impulsado á crear por una fuerza irresistible. Por eso una de las primeras cualidades que pueden apreciarse en las composiciones poéticas del volumen de poesías que acaba de publicar, es la sinceridad.

Lo cual no significa que sus versos dejen de poseer otras muchas cualidades estimables. Su estilo pintoresco, su narración vigorosa y su pensamiento original, aun que ligeramente deslucido por ciertas expresiones forzadas, hacen de la mayoría de las poesías que componen la colección que nos ocupa, verdaderas obras de arte.

Felicitamos al señor Falp y Plana por su obra.

SECCIÓN DE AJEDREZ

PROBLEMA 55.— H. GOTTSCHALL



Las Blancas juegan y dan mate en 2 jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA 54, POR K. ERLIN

Blancas	Negras
1. D 3 T D	1. P toma D
2. T 3 A	2. Cualquiera
3. P mate.	

Variantes: Si... R toma T; 2. D toma P jaque, etc.— Si... P 7 C; 2. T 4 A jaque, etc.—Si... R 6 R; 2. D 2 C, etc.— Si... cualquiera otra; 2. D toma P jaque, etc.



ATLAS GEOGRÁFICO



SEGUNDA EDICIÓN

[illegible] un Mapa de [illegible] por España y Portugal.

Mapa de [illegible]

[illegible]

[illegible] y encuadernado, [illegible] PESETAS

LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

[illegible], Calle de Bailén, [illegible]

BARCELONA


HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO





SANCHA APUNTES

EL ELEGANTE DE LA PUERTA

También era minero. Durante el invierno de 1851 le encontró un grupito de exploradores que franqueó las nieves desembocando en un pequeño valle, que más adelante tomó el nombre de la Puerta. Era su único habitante. Por espacio de tres meses había vivido sin comer más que dos galletas por día y alguno que otro pedazo de bacalao. Habitaba en una choza construída con troncos y maleza, y á pesar de todo, estaba alerta, dispuesto á cualquier eventualidad, valiente y rebosando cumplimientos.

Dejemos la palabra á Enrique Symes, jefe de los exploradores, el cual da cuenta de su primera entrevista en los siguientes términos :

— Señores, le vimos de improviso al dar vuelta á una roca... á tanta distancia... En cuanto nos vió, metióse en su choza, y al poco rato vino á recibirnos con un enorme sombrero de copa en la cabeza, alto como el tubo de una chimenea, y provisto—¡me muero de risa!—de guantes... Era un señor alto, flaco, con los carrillos hundidos, no sin razón, y el rostro pálido, gracias á su régimen y á sus raciones de hambre. Saludó con un aire y un ademán que...¡vamos!... afectaban distinción y nos dijo :

—¡Me alegro mucho de conocer á ustedes, caballeros! Supongo que habrán tropezado ustedes con algunas dificultades para llegar hasta aquí. ¿Quieren ustedes aceptar un cigarro?

Y diciendo y haciendo sacó del bolsillo una petaca llena de dibujos que contenía dos cigarros habanos.

—¡Siento el no tener más!, dijo.

—¿No fuma usted?, le pregunté.

—Pocas veces, me contestó mintiendo como un sacamuelas, porque aquella misma tarde le ví con una pipa ennegrecida entre los dientes, en la que chupaba como un recién nacido en un viverón.

—Tengo estos cigarros para obsequiar á los viajeros que pasan por aquí, añadió.

—Sin duda se dan cita en estos parajes las gentes más elegantes, dijo Bill Parker con gravedad, paseando su mirada desde los guantes al tubo de chimenea, no sin haberles hecho antes una seña á sus compañeros.

—De vez en cuando pasa por aquí algún indio, contestó.

—¡Indios!

—Sí, buenas gentes. Son personas pacíficas. Dos ó tres veces han tenido la amabilidad de traerme caza, pero no he querido aceptarla, porque estos pobres diablos llevan una vida bastante dura.

...Al llegar aquí, caballeros, conviene advertir á ustedes, que nosotros éramos gente pacífica y poco amiga de bronca; pero los buenos y honrados indios nos habían atacado más de una vez, y el mismo Parker había dejado entre sus manos algunas partes de su cuero cabelludo, cosa que le obligaba á cubrirse la cabeza con hojas verdes como un busto romano. Esto nos hizo creer que aque amable desconocido se divertía á costa nuestra.

Bill Parker dirigióse hacia él, y midiéndole con la mirada, le preguntó con tono guasón :

—¿Conque dice usted que los indios son *pacíficos* y que le ofrecen su caza?

—Eso es, contestó el solitario.

—¿Y que usted no lo ha aceptado?

—¡Claro!

—¿Y cómo lo han consentido?, añadió Bill con suavidad. ¡Cuanto daño les habrá hecho la negativa de usted?

—Efectivamente, en la cara se les veía pintado el disgusto.

—¡Bueno! Y ahora ¿podríamos saber quien es usted?

—¡Ustedes dispensen!, dijo el desconocido. ¡Se me había olvidado! Y sin más ni más sacó del bolsillo un tarjetero, y tomando de él un pedacito de cartulina rectangular, se la entregó á Bill, añadiendo:—Aquí tiene usted mi tarjeta.

Bill la tomó y leyó en alta voz :

J. Frott Kentucky



—¡Vaya una tarjeta bonita!, dijo.

—Me alegro mucho de que sea del agrado de usted, contestó el desconocido.

—Supongo que las cincuenta y una que le quedan á usted serán todas tan lindas como ésta. Una baraja de ases y sotas.

El desconocido no contestó ni una sola palabra, pero dió un paso atrás.

Bill añadió:

—¿Aquí, quién se burla de quién, señor J. Frott, de Kentucky?

—¡No sé qué es lo que usted quiere decir!, contestó el solitario, al mismo tiempo que sus mejillas se coloreaban como el recipiente de una pipa encendida.

—Pues yo se lo explicaré á usted. ¿A qué viene toda esa comedia de los guantes de piel? ¿Qué se propone usted con tanta monada? ¿Para qué toma usted ese aspecto de saltimbanqui? Y en último término, ¿quién es usted?

Irguióse el desconocido y dijo:

—Toda persona bien nacida, como yo, sépalo usted bien, no gusta de tener cuestiones en su propia casa!

Después quitóse el sombrero, hizo una profunda reverencia y se dispuso á retirarse, al mismo tiempo que Bill, dándole un puntapié geométricamente aplicado, metió su bota número diez por la copa del tubo de chimenea con la misma facilidad con que un volatinero pasa por dentro de un aro de papel. Después de esto no recuerdo exactamente lo que pasó. ¡Señores! sólo un hombre sería capaz de referirlo con todos los pelos y señales, y ese hombre no ha hablado nunca. El valle se sintió sacudido por una tromba. Yo sólo vi cosas que se movían mucho, y un torbellino de polvo. Ni un grito, ni un tiro. Fué tan súbito, tan imprevisto, que ningún rewólver hubiese podido acudir al llamamiento. Cuando recobré el sentido me encontré acostado sobre la maleza y con sólo media camisa en el cuerpo; en los bolsillos llevaba lo menos tres libras de grava y de piedras y la cabeza la tenía bastante sucia. Al levantar los ojos vi á Bill montado en un nogal y á más de veinte pies sobre mi cabeza.

—Capitán, me dijo con algún recelo, ¿ha terminado el cataclismo?

—¿Qué dices?

—Esta convulsión de los elementos ¿ha terminado?

—Pero...

—Es que, añadió Bill, en el mismo momento en que se ha producido el fenómeno eléctrico, acababa de tener una cuestión con un desconocido y quisiera darle explicaciones.

Y sin más ni más, bajó del árbol más tierno que un cordero, entró en la choza y salió mano á mano con el desconocido, dibujándose una sonrisa de recién nacido en su fisonomía.

De esta manera entramos en relaciones con el elegante de la Puerta.

No respondo en absoluto de la exactitud de todos los detalles narrados por el capitán. Es probable que haya en ellos su poco de exageración; pero el lector prudente hará bien si acepta, con algunas reservas, el notable cataclismo que se menciona. Sin embargo de todo, es cosa averiguada que la fuerza física del hombre de la Puerta le valió el libre ejercicio de sus monomanías y el que ya no le gastasen ninguna broma sus contemporáneos. Públicamente se le otorgó esta concesión. Un día un recién llegado, hombre bromista, recibió la noticia de la muerte de un pariente lejano y tuvo el capricho de adornarse el sombrero con una gasa. La imprudencia le costó el pagar el gasto hecho por todos los que se hallaban reunidos en la taberna de Parker.

—Me parece, señores, se atrevió á decir, que hay una gran contradicción en establecer un impuesto sobre el legítimo testimonio de mi dolor, cuando se tolera un verdadero despilfarro de guantes amarillos como el que hace este caballero que se halla presente. No es que yo me niegue á pagar el consumo, pero bueno es hacer constar que el reglamento de la tertulia y la manera como se observa, son dos cosas distintas.

Aquel llamamiento dirigido á la mayoría, que todo el mundo respetaba, evitó al elegante de la Puerta el dar una contestación. El presidente, representado por el tabernero señor William Parker, tomó la palabra.

—Joven, dijo con severidad, cuando usted lleve guantes amarillos tan honradamente como este caballero, y sepa hacerlos brillar como rayos en los cuatro puntos cardinales, tendrá derecho á hablar; y entonces, además, podrá enarbolar la camisa á media asta, en señal de luto, si así lo tiene á bien.

Aplaudió el concurso, y el bueno del muchacho pagó la cuenta y hasta se ofreció á quitarse la gasa, cosa que el elegante de la Puerta no quiso consentir.

Y, sin embargo, ni la cara ni la musculatura de éste, denunciaban un terrible poder. Las largas extremidades, mal soldadas, se movían con una lentitud tarda y automática, que excluía toda idea de una actividad peligrosa. Al final de sus interminables brazos colgaban las manos con la palma vuelta hacia fuera. Al andar volvía los pies hacia dentro como si descendiese de los aborígenes en línea recta. En su rostro no había nada agresivo: era pálido y flaco, y la sonrisa, que muy de tarde en tarde se dibujaba en la boca, parecía más bien la prueba de consideración otorgada por la educación á las bromas de los otros, que la explosión íntima de una alegría que no le era natural. Sus cabellos lacios y negros y sus salientes pómulos, aumentaban su semejanza con la raza india, y ofrecían notable contraste con dos ojos desmesurados, que parecían no tener nada de común con el resto de la fisonomía. Eran de color azul claro, muy poco salientes y sosos, de manera que no expresaban nada de cuanto el elegante pensaba y hacía ó tenía la intención de hacer. Hasta estaban en desacuerdo con sus modales, su manera de hablar y lo extraño de su traje. Algunos decían, así por broma, que en una riña había perdido los ojos con que le dotó la Naturaleza, y después, de prisa y corriendo, los había reemplazado con los de su adversario.

Si la casualidad le hubiese hecho conocer al elegante aquella ingeniosa explicación, probablemente se habría contentado con darle un mentís, sin fijarse en que la cosa no tenía el más pequeño viso de verosimilitud, porque, como acabo de decir, estaba completamente desprovisto de

todo sentido humorístico y de toda apreciación de lo cómico. En una reunión donde los sucesos más tristemente dramáticos se comentaban en un tono eternamente humorista, y en donde el entretenimiento favorito consistía en darse bromas pesadísimas, aquella particularidad era tanto más de extrañar, porque iba unida á una sinceridad infantil que desconcertaba á sus interlocutores.

—Me parece, le dijo un día á un sujeto muy conocido en la Puerta, que para probar el carácter disputador de William Peghammer decía usted un día que pasaba las noches en claro disputando con los papafigos. He sabido por su propia boca que esto no es verdad y yo mismo he pasado una noche en el campo en compañía suya sin ver semejante cosa; de todo lo cual he sacado en consecuencia que usted *ha mentido*.

El resultado inmediato de tan severo comentario fué el enfrenar la imaginación de los bromistas cuando estaban en su presencia y crear á su alrededor un respetuoso aislamiento.

Hallándose, como se hallaba, tan identificado con el orígen del campamento, participó Frott de su creciente prosperidad. En virtud de sus derechos como primer propietario de la mina *El Águila* disfrutaba de ciertos productos que le permitían vivir sin trabajar, satisfaciendo sus gustos sencillos y económicos. Su lujo principal consistía en llevar la ropa blanca sin la más pequeña mancha y en hacer regalos de un valor más sentimental que intrínseco. Un día le ofreció á un amigo íntimo un bastón sacado de una vid silvestre nacida donde se descubrió el primer filón de la mina; el puño era el del último bastón que usó su padre y la contera del último dollar que Frott había llevado á California.

—A pesar de todo, dijo indignado el propietario de semejante obsequio, anoche cuando traté de jugármelo en casa de Robinsón por valor de cinco dollars, ninguno de los camaradas quiso aceptar la apuesta, y con la mejor buena educación del mundo me dijeron que se me prohibía el continuar jugando, y es que en este campamento no se respetan ya ni las cosas más sagradas.

Cuando la colonia de la Puerta llegó á la plenitud de su prosperidad y de su florecimiento, le eligieron juez de paz por unanimidad. Era digna de verse la majestad con que llenaba sus nuevas funciones, pero bien pronto se observó con estupor que era muy indulgente en la aplicación de las penas y de las multas.

—La ley os impone, le decía al culpable, diez días de cárcel ó diez dollars de multa. Si desgraciadamente no poseyeseis tal cantidad, supongo que el escribano os la facilitará.

Nunca el escribano dejó de entregar la cantidad deseada, la cual le reembolsaba el juez. Tan sólo una vez un delincuente rebelde, bien por pura travesura, bien porque no quisiese que su condena cargase sobre las costillas del juez, se negó á pedir prestada la suma y quiso que le llevasen á la cárcel, que era un pequeño edificio de hormigón que servía al mismo tiempo de archivo. Cuentan, y no sin fundamento, que una vez terminado el despacho, encaminóse la autoridad á la cárcel, vistiendo una camisa de deslumbrante blancura y guantes amarillos; que después de examinar con énfasis algunos legajos, llamó al carcelero y le dió orden de traer una botella de whisky y una baraja. Cuentan más, y aunque compatible con la buena voluntad del juez, el detalle es, sin embargo, algo atentatorio á la dignidad de la ley. Parece que en una larga partida de juego, dedicada á hacer más llevadero el aburrimiento del reo, el carcelero perdió un mes de su sueldo y el juez un año de los emolumentos de su cargo. Aquella bondad habría podido acarrearle algún perjuicio en el ejercicio de sus funciones, si no hubiese aprovechado la ocasión de desplegar inofensiva mente todos sus recursos musculares.

Un abogado de Sacramento, tan joven como hábil, fué á defender una causa civil ante el juez de paz, y seguro de ganar la causa en primera instancia, no se cuidó de disimular el poco caso que hacía del juez, y puso de relieve en el discurso su desdén. El juez le dejó acabar sin interrumpirle, pero unas ligeras rosetas coloreaban apenas sus salientes pómulos. Voy á copiar otra vez las palabras de un testigo ocular.

—Fué cosa de ver en aquel momento á nuestro juez, pues tan luego como enarboló la bandera roja, que quería decir *¡Peligro!*, volvióse tranquilamente á aquel insecto de Sacramento, y dijo: «Joven, ya sabe usted que podría imponerle una multa de cincuenta dollars por desacato á la autoridad» — «Está usted en su derecho,» contestó el insecto venenoso, zumbando como un moscardón, «y creo que no ha de faltarme dinero para pagarlo». — «Déjeme usted acabar», replicó el elegante con cierta dulce melancolía. «No es esa mi intención. Soy partidario de la libertad de la lengua y de las manos». Y, sin añadir palabra, levantóse, descompúsose, por decirlo así, extendió su mano, grande como la de la Providencia, cogió al insecto, lo suspendió en el aire y arrojóle por la ventana á veinte pasos de distancia.— «Continúa la vista», dijo volviendo á tomar asiento, con sus grandes ojos redondos y claros, apagados y dulces como si nada hubiese sucedido.

Si las manías originales del elegante no hubiesen tenido peores consecuencias, todo se habría podido tolerar. Por desgracia para él, se presentó un incidente en aquel mismo tribunal que le había visto salir triunfante, y, al menos por el momento, dió al traste con su popularidad. Una mujer de antecedentes dudosos y de gran libertad de acción, diosa encargada del manejo de la rueda de la fortuna en la principal casa de juego de la Puerta, acudió en queja contra cierto número de ciudadanos que habían invadido á viva fuerza el local, haciendo pedazos los ingeniosos mecanismos de su aparato. Su abogado pronunció una hábil lamentación, y un caballero, que no era su marido, le prodigó los testimonios de la más grande simpatía. No obstante aquella inapreciable cooperación, perdió el pleito. Probóse claramente el delito de defraudación, y los jurados, antes de abandonar el salón, dieron su veredicto favorable á los invasores. El juez volvió sus plácidos ojos hacia los jurados y les preguntó:

—¿Han pronunciado ustedes su última palabra?

—Aunque usted opinase lo contrario, señor juez, no volveríamos atrás, contestó el que llevaba la voz con una familiaridad menos irreverente que jovial.

—Escribano, redacte usted la orden de detención, dijo Frott con mucha parsimonia, y luego extienda mi dimisión de juez. Levantóse y dejó su sillón. Muchos ciudadanos influyentes trataron inutilmente de contenerlo, alegando la mala fama de la reclamante y la poca importancia del asunto. También fué inútil el que los jurados le dijesen que consideraban como un insulto su dimisión. El juez volvióse rápidamente hacia el que representaba á los jurados, y con las mejillas coloradas, de una manera amenazadora le dijo:

—No entiendo nada de cuanto usted me dice.

—Pues decía solamente, contestó con rapidez, que no vale la pena de discutir más tiempo, y echó á andar acto contínuo, siguiendo á sus colegas, que huían tan de prisa como se lo permitía el decoro de su posición oficial.

El juez Frott ya no volvió á tomar asiento en el tribunal.

Al cabo de un mes el elegante estaba sentado en un banco, á la puerta de su casa y á la sombra de un cedro gigantesco, situado casi en el mismo sitio donde le vimos por primera vez. Comenzaba el crepúsculo, cuando descubrió el contorno de una mujer y oyó su voz. Al principio dudó y después se colocó un ancho lente de oro, que era la única bagatela que le había quedado. No conocía á la mujer, pero su voz era la de aquella que había pedido justicia en aquel último y memorable proceso que él había presidido. Aquella voz era la de la señorita Clotilde de Montmorency. Pero ante todo apresurémonos á decir que esta señorita, de orígen anglo-sajón, no sabía una palabra de francés, de manera que su sonoro nombre formaba parte de la farsa de la casa de juego que regentaba, y, según el concepto denigrante de la colonia, debía haberlo tomado en el extranjero.

—Desearía saber, dijo la señorita Clotilde, sentándose con mucho desparpajo al lado del elegante... quiero decir que Jaime Woods y yo desearíamos saber qué perjuicios ocasiona á usted... su dimisión.

Al ser interrogado de semejante manera por aquella súbita aparición, Frott no comprendió bien de lo que se trataba y preguntó con cierta turbación:

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Supongo que las palabras de usted no son sino una manera discreta de decirme que no me ha visto nunca, que no me conoce, ó, mejor aún, que no desee conocerme, le contestó la señorita Montmorency con afectada calma y amontonando con la contera de la sombrilla algunas hojas secas, como si tratase de ocultar su emoción. Soy la señorita de Montmorency y venía á decirle á usted que tanto Jacobo como yo, creemos que no es justo el que usted pierda su posición por culpa nuestra, supuesto que usted se puso de nuestra parte cuando aquellos malditos jurados dieron su veredicto falso y amañado en contra mía. Jacobo me ha dicho que averiguase qué perjuicios le ocasiona á usted su dimisión, porque cree que podría indemnizarle. Esto me ha dicho Jacobo y crea usted que es hombre formal de quien puede usted fiarse. Hay que hacerle justicia.

—Me parece que no he comprendido bien, dijo el juez con mucha calma.

—¡Vaya, vaya!, exclamó la señorita Clotilde con mal disimulada amargura. Ya se lo había indicado yo á Jacobo, cuando le dije: Estoy segura de que el juez no le comprendería á usted como no me comprenderá á mí. Es un hombre tan orgulloso que nos enviará á paseo. El jueves dió conmigo de manos á boca en la calle é hizo como que no me había visto. Ni siquiera me devolvió el saludo.

—Señorita, se apresuró á decir el elegante, puedo asegurarle á usted que padece un error, y debe creerme. La verdad es, y casi no me atrevo á confesármelo á mí mismo, que he perdido mucho la vista.

Y al llegar aquí se detuvo suspirando. La señorita Montmorency le miró y encontró su rostro pálido y descompuesto. Con la rápida intuición de las mujeres aceptó como una excusa aquella cortedad de vista y le perdonó la desvergüenza con que ahora la miraba. Las mujeres todo lo soportan de un hombre, aunque sea feo, menos lo que no pueden explicarse.

—Vamos, ¿es de veras que no me conoció usted? le dijo algo dudosa.

—Me parece que no, contestó Frott sonriéndose.

Calló élla, pero al cabo de un rato añadió:

—¿De manera que el día de la audiencia no me vió usted en el tribunal?

El juez se puso como una amapola.

—Si he de decir la verdad... sólo vi una forma vaga.

La señorita Clotilde le interrumpió en seguida.

—Pues llevaba un sombrero de paja forrado de majenta, con el ala doblada á un lado... lo mismo que éste, y las bridas también de color majenta...—Y al mismo tiempo alargaba su cuello redondo y torneado para enseñar el sombrero...—¿No se acuerda usted?...

—Sí... es decir... me parece...

—Y un traje de seda Pompadour... á flores... añadió con insistencia.

Frott se sonrió vagamente, pero con mucha galantería. La señorita Clotilde se convenció de que no había parado mientes en su traje seductor. Dispersó las hojas amontonadas y rayó el suelo con la contera de la sombrilla.

—¿De suerte que usted no me ha visto nunca?

—Así, bien, jamás.

—Voy á hacerle á usted una pregunta, dijo la señorita de Montmorency bruscamente, ¿por qué ha presentado usted su dimisión?

—Porque no podía continuar formando parte de un tribunal que acababa de dictar una sentencia tan inícua como la que por boca del jurado la condenó á usted, contestó Frott con mucha viveza.

—Repita usted eso, hijo mío, exclamó la señorita Clotilde con una admiración tan sincera que le quitaba al epíteto todo cuanto tenía de demasiado familiar.

El juez repitió muy cortesmente toda la parte más sustanciosa de su discurso, pero bajo otra forma.

La señorita de Montmorency permaneció un momento callada y luego añadió:

—¡Luego eso no fué *por mí!*...

—No sé... contestó el juez algo turbado.

—Hable usted claro; ¿fué *por mí* ó *no fué por mí* por lo que obró usted de aquella manera?

—¡No!, contestó el juez, dando á su palabra cierto aspecto de amabilidad.

Nuevo silencio. La señorita de Montmorency hacía equilibrios con la sombrilla sobre la punta del pie.

—¡Perfectamente!, dijo al fin. ¿Pero qué le he de contestar á Jacobo?

—¿A quién?

—A Jacobo.

—¿Al marido de usted?

La señorita Clotilde, con un movimiento seco, casi hizo saltar el muelle del brazalete, y acto continuo añadió con sequedad:

—No he dicho que fuese mi marido.

—Usted perdone...

—He dicho Jacobo Woods, un hombre de verdadero crédito... Me dijo que viniese á preguntarle al juez qué se hallaría dispuesto á aceptar de nosotros. No se trata de seducirle, de corromperle, ni de nada que se le parezca. Hablando con franqueza, la causa está terminada y usted no es juez. Vengo solo á rogarle que nos procure la satisfacción de que su conducta no ha de servirle de perjuicio. No es posible expresar la cosa con más claridad. Así me lo ha encargado, y yo cumplo mi comisión. Sin embargo, ya sé lo que usted va á contestarme, porque lo tenía previsto. ¡Claro! Va usted á incomodarse y quizás esté ya furioso, porque usted tiene demasiado orgullo para aceptar un dollar nuestro. Quizás prefiera usted morirse de hambre. Quizás nos envíe usted á Jacobo y á mí á los quintos infiernos; pero, ¡qué diablo! Todo me es igual.



Cuando había llegado á este grado de arrebato, rápidamente, sin razón ni motivo, por medio de una reacción tan brusca como sorprendente, echóse á llorar de una manera tan ilógica como todo lo demás. Dejóse caer de nuevo en el banco, del cual se había levantado, y cubrióse el rostro con ambas manos adornadas con guantes de hilo, sin abandonar por eso la sombrilla que formaba un ángulo agudo con la cabeza. No fué pequeña su estupefacción cuando el juez, poniéndole una mano sobre el hombro, le quitó con la otra la sombrilla y la dejó tranquilamente á su lado sobre el banco.

—Se equivoca usted, señorita, dijo con respetuosa gravedad: está usted completamente equivocada, si por acaso cree que su oferta me inspira algo que no sea el agradecimiento, pero por lo mismo que es tan generoso como excéntrico, usted misma comprende que es inaceptable. ¡No! Déjeme usted creer que al cumplir con los deberes de magistrado he merecido la estimación de usted, y que al llenar hoy mis deberes de hombre la conservaré.

La señorita Clotilde le miró, pareciendo como que trataba de aclarar aquellas francas y leales palabras, pero se contentó con decir:

—¿Me ve usted bien á esta luz y á esta distancia? Póngase usted los anteojos.

El rostro de la señorita no estaba muy lejos del del juez. ¿He dicho que era un rostro bonito? Lo había sido en otro tiempo; pero la señorita Clotilde conservaba bastante belleza para envolver la rueda de la fortuna que manejaba con un encanto peligroso y seductor que multiplica el riesgo de los jugadores. Aquella era precisamente la temible combinación de gracia y de azar que había encendido la cólera de la Puerta al despertar sus recelos.

Los ojos eran hermosísimos, y es posible que Frott no hubiese nunca visto tan cerca otros tan brillantes y expresivos. Levantó la cabeza preocupado y con rubor. No sé si por instintiva buena educación ó por introducir un tercero en aquel diálogo difícil, añadió:

—Supongo que usted le dirá á su amigo... á ese señor... que aun cuando agradezco su ofrecimiento, lo rechazo.

—Si alude usted á Jacobo, debo decirle que se ha marchado al Este. No se preocupe usted del asunto que ya lo arreglaré yo con él.

Después de una nueva pausa, que tal vez aprovecharon los dos para pensar en la ausencia de Jacobo, dijo la señorita de Montmorency.

—Cúidese usted la vista, porque me alegraré mucho de que me conozca usted cuando nos volvamos á ver.

Se separaron. El juez la encontró muchas veces y la conoció. Al cabo de algún tiempo corrió entre los habitantes de la Puerta un rumor extraño, que sacudió los cimientos de la colonia desde las vertientes de las colinas hasta las entrañas de las minas. El juez Frott se había casado en San Francisco con Juana Thompson, conocida por Clotilde de Montmorency. Durante algunas horas ru-

gió sobre la población una tempestad de ira. Hablóse de complot y de conspiración. Se dijo que la renuncia al cargo de juez era el precio con que había comprado la mano de aquella mujer y la modesta fortuna que poseía. Inventóse una novela patética á propósito de Jacobo Wood, su último amante, víctima de la doble traición de Frott y de la señorita Clotilde. Nombróse una comisión para dirigirle una carta de pésame y de simpatía á aquel hombre que tres meses antes habían querido sacrificar á su venganza, aplicándole la ley de Lynch. Por último, calmóse la efervescencia, cuando el capitán Enrique Symes, que conocía el asunto, dijo:

—Hay un detalle, señores, que no tienen ustedes presente y que no hay que olvidar, por su mucha importancia. El mismo día que esta mujer se presentó al juez de San Francisco para formalizar los esponsales, acababa de salir de casa del médico, el cual le había declarado que Frott *estaba completamente ciego y que no tenía cura*. Señores: cuando una mujer como esta renuncia á su pasado, á su comercio y á un hombre de dinero como Jacobo Wood, para casarse con un ciego sin dinero, sólo porque un día la defendió, es decir, por agradecimiento, Dios me perdone si aseguro que no creo haya un solo hombre con derecho para pronunciar una palabra contra élla. Si el juez ha podido olvidar ó perdonar ciertas debilidades que se les atribuyen para dejarse atrapar y cuidar por ella, eso es cuenta suya, pero permítanme ustedes que les diga, aleccionado como estoy por la experiencia, que no procede, no estando como no está uno en su piel, mezclarse en los asuntos privados del elegante de la Puerta.

BRET HARTE

Ilustrado por R. NAVARRO



A. QUEROL ROMANA



Guardia municipal á caballo, en traje de gala

El Primer Premio del Concurso de Gigantes y Monstruos típicos



Los Gigantes de la Comparsa del Castillo de Santa Florentina (Canet de Mar)





La Comparsa del Castillo de Santa Florentina



Grupo de Enanos de la Comparsa del Castillo de Santa Florentina



Gigantes en marcha

LA VIDA RURAL

DE ROMERIA

El día trece de Junio, día de San Antonio, salté de mi flamante catre de madera de pino, pintado de azul celeste, tan pronto como el astro diurno asomó su risueña faz por el raquítico ventanuco de mi lóbrego dormitorio...

Yo era entonces, como soy ahora, excesivamente dormilón, y para que abandonara el lecho, antes de las nueve de la mañana en todo tiempo, veíase mi madre en la necesidad de rociarme el cogote con unas gotitas de agua fresca; pero aquel día, ya lo he dicho, brinqué de la cama, tarareando no sé qué tonada de moda por aquella época, así que el primer rayo de luz hirió mi retina.

Y, bien mirado, la cosa no era para menos. Desde la primera quincena del mes de Mayo, la conversación favorita, la única y exclusiva conversación que se debatía entre mis camaradas, versaba siempre sobre el mismo tema: sobre la alegre y bulliciosa romería de San Antonio, en el pintoresco pueblecito de Fuentebella, distante poco más de una legua del nuestro.

La víspera por la noche, ó sea el día doce, reunidos en el soportal de la Casa de la Villa todos los comprometidos á efectuar tan deliciosa excursión, convinimos por unanimidad que ésta tuviera lugar de cinco á cinco y media, para evitarnos que el sol nos «tostara», y que había de hacerse la travesía en los jumentos más pacíficos, calmosos y sensatos del pueblo.

Como quiera que en las villas y villorríos de cada vecindario nos conocemos todos, (la gente á los burros, los burros á la gente y la gente más ó menos «burra», entre sí) nos echamos en seguida á discurrir de quien eran los jumentos de más juicio, y fuimos á pedirlos.

Nos fueron negados algunos, por temor al mal trato que, en opinión de sus sentimentales amos, recibirían de semejante camarilla de calaveras Pero, en fin, á fuerza de súplicas y halagos, é invocando razones de amistad ó parentesco, conseguimos reclutar la media docena de acémilas que necesitábamos.

Resuelto detalle tan importante, nos dirijimos á las casas de las muchachas que nos tenían dada palabra de acompañarnos, y aunque, en un principio, afectaron mostrarse asustadas de tan atrevida pretensión, diciéndonos que habíamos pecado de cándidos al tomar en serio su promesa, concluyeron por aceptar—con un júbilo tan franco que á todas ellas se las pintó en el rostro—nuestra galante invitación... Madre hubo (¡pícaras suegras!) que nos recibió con remilgos de beata empedernida y nos despidió con respingos parecidos á los que emplean ciertas viejas místicas para ahuyentar al demonio de su ¡ay! impecable cuerpo; mas, previas no pocas protestas de formalidad, corrección y *santidad*, logramos obtener el beneplácito de tan recatadas mamás, y encareciendo á las hijas la más exacta puntualidad respecto á la hora señalada para la partida, nos retiramos cada mochuelo á nuestro olivo, satisfechísimos del triunfo y anhelando llegara el instante de vernos, no en Fuentebella, sino en la mitad del camino.

. . . .

A pesar de nuestros propósitos, tan laborioso fué el tocado de las doncellas que, á las siete, tres horas después de alumbrar aquel pedazo de mundo un sol que á las once sería abrasador, aun permanecíamos pacientemente apostados á las puertas de nuestras respectivas dulcineas...

Un buen rato más tarde, cuando la campana del reloj de la iglesia nos anunciaba con un sordo zumbido que iba á sonar el primer martillazo de las ocho, emprendíamos la marcha, caballeros en seis matusalenes jumentos, una docena de muchachos de ambos sexos, medio chiquillos medio adolescentes, que abrigábamos la *modesta* ilusión de dar tres y raya á todos los demás romeros de Fuentebella...

Cada galán llevábamos á las ancas de nuestra cabalgadura á la damita de nuestra mayor devoción: mi prima Narcisa iba con su novio Pedro; mi otra prima Nicolasa, con Tomás; mi vecinita Asunción, con su adorado Manolo; la revoltosa Paulita, con Joaquín; la tímida Sofía, con Alfonsito, el mozalbete más charlatán y más ocurrente de la compaña; y la angelical y miedosilla Teresina (la que andando el tiempo hubiese sido mi mujercita, si su insufrible madre *muere oportunamente)* montó conmigo en «la Parda», la burra de paso más majestuoso y reposado de todo el partido judicial á que pertenece Castroazul, la inolvidable y encantadora villa de mi nacimiento.

Apenas nos habíamos alejado un cuarto de legua de nuestro lugar, oímos voces que nos rogaban nos detuviéramos. Era mi tío Fermín, quien nos pidió por favor que mi primita Clara, monja presunta, formara parte de la comitiva, pues quería ir á Fuentebella, no seducida por los atractivos de la función profana, ¡quiá!... ¡que horror!, sino con la espiritual y piadosa intención de visitar al Santo festejado y rezarle no sé qué oraciones que le tenía ofrecidas.

Algo nos contrarió á todos, moceticas y mozalbetes, la inesperada compañía de la meticulosa y cicatera Clarita; pero ¡anda! con cuidar de ella por el camino estaba salvado nuestro compromiso y... ¡que allá se las entendiera mascullando jaculatorias, al suave compás que marcaba la tarda andadura de su pelicana «pollina»!

. . . .

San Antonio nos brindaba con un día espléndido, exuberante de luz, de sol y de retozona alegría...

La fértil y extensa vega que corta por el centro el angosto senderito por que caminábamos, sembrada de las más variadas plantaciones, todas de un precioso verde á la sazón; regada por multitud de arroyuelos que la cruzan en distintas direcciones; regocijada por el severo cántico

de las codornices, por el inharmónico pío-pío de la diversidad de pajarillos que la pueblan, por el rechinante grigrí de millares de grillos que á una cuarta de profundidad, minan el suelo, y embellecida y aromatizada por los morados lirios nacidos á orillas de los arroyos, por las coloradas amapolas que crecen á porfía con las plantas utiles que las prestan calor y jugo, por las multicolores florecitas que brotan risueñas de los arbustos, por las olorosas azucenas y por las humildes y tristes violetas, ofrecía á nuestros corporales sentidos un hermoso conjunto de felicidad infinita, de dicha inmensa, de inefables placeres, de encanto y de amor...

Las lindas chiquillas, asustadizas y nerviosillas por la natural efervescencia de su sangre moza é impresionable, temblaban de miedo á cada desacompasado movimiento de las testarudas bestias que, engolosinadas con los incitantes yerbajos que se alzaban á ambos lados del sendero rozándoles insidiosamente el hocico, nos ponían en peligro de medir el suelo á cada instante, y entre ayes de temor y chillidos de alborozo, nos agarraban tan frenética y amorosamente, para no caerse, que si ellas temblaban de miedo, nosotros también temblábamos de... ¡no sé decir de qué!...

Y á todo esto, mi prima Clara, que no había concedido un momento de reposo á sus impecables labios, marchaba serena en su mansa borrica, rezando estaciones y dando vueltas sin cesar á las cuentas de su valioso rosario de azabache, regalo del Padre misionero que la sugirió tan ferviente vocación monjil... Y cuando mi angelical y miedosilla Teresina, rodeaba con su delicado brazo mi cintura, suplicándome que no la dejara caer, la mística Clarita tapábase con las manos su pálido rostro, y exclamaba horrorizada: — «¡Por Dios, Teresina, que poco aprensiva eres!... ¿Cómo te atreves á agarrarte así á mi primo?... ¡Pobre de mi que voy sacrificada, con toda la falda llena de alfileres, para evitar que estos tunantes me vean los picos de las enaguas, siquiera!»

. . . .

Al dar vista á Fuentebella, un volteo general de campanas anunciaba que la misa solemne se celebraría media hora después... Nuestras acémilas aceleraron el paso barruntando sin duda un abundante y sabroso pienso tan pronto como jinetes, y *jinetas,* descendiéramos de sus incómodos lomos. Pero se equivocaban, porque no probarían bocado hasta que, por la noche, estuvieran de regreso en sus respectivas cuadras.

Entrábamos en la plaza del pueblo, cuando la dulzaina, tocando las más escogidas piezas de su repertorio, recorría las calles en busca del señor cura, del alcalde, del juez de paz y de todos los de justicia para acompañarlos á la ermita donde se venera San Antonio, el patrono de Fuentebella, cuya capilla está situada á doscientos pasos de la localidad.

...Mas, ¡oh desgracia de mi primita Clara!, su mansa «pollina», la burra más cachazuda, más juiciosa y más obediente de entre las siete que montábamos los excursionistas, debió sentirse tan grata ó ingratamente impresionada al escuchar las estridentes notas musicales que lanzaba al aire el robusto gaitero, que encogió el rabo, amusgó las orejas, hurtó traidoramente el resto de su cuerpo y dió en tierra con la futura monjita que, aunque resultó ilesa, se llevó la infeliz un disgusto tan grande ó mayor que el que la proporcionó mi Teresina cuando, para no caerse, rodeaba mi cintura con su delicado brazo, estrechándome tiernamente...

Corrí presuroso en auxilio de mi cara prima, sacudí el polvo de que se había ensuciado su negro vestidito de merino, la pregunté si la molestaba algún dolorcillo y, sin contestarme, la candorosa chiquita se me echó á llorar.

—Pero si no te has hecho ningún daño ¿á qué fin lloras, criatura? — volví á preguntarla.

—¡Pues lloro... lloro!... ¿Sabes por qué?

—¿Por qué, mujer!

—¡Pues porque vosotros sois muy maliciosos y no sé si al caer me habré recogido bien las faldas!... Dime la verdad, ¡anda!, dímela; *¿me tapé bién?...*

DESIDERIO MARCOS



RICO UNA CALLE DE VENECIA



LA CONVALECIENTE

LA MAGNA CHARTA

I

Allá por los años de 1189 á 1207 durante la época borrascosa de la lucha constitucional de los Estados ingleses, el país atravesaba un período de convulsiones interiores y de peligros exteriores que se multiplicaron á la muerte de Enrique II fundador del Estado inglés, precipitando á su patria hacia una total y desastrosa ruina.

Este monarca murió maldiciendo á sus hijos, que en atrevidas empresas mermaban las grandes conquistas realizadas y destruían los inmensos tesoros adquiridos á fuerza de constancia por su padre quien, á pesar de su carácter absoluto, había conseguido colocarse en la senda de la legalidad.

La organización esencialmente centralizadora dada por Enrique II á la política de su Estado, fué en mala hora explotada por Ricardo I, llamado *Corazón de León,* joven indomable que, habiéndose criado en el desorden de una vida dedicada exclusivamente á los amoríos y al bandolerismo, no poseía ni una sola de las cualidades necesarias para cumplir la misión que las altas cuestiones del gobierno de su reino exigían.

Ricardo I aplicó á los delicados asuntos del estado el descabellado romanticismo y la petulante caballerosidad de que estaba rodeado, y solamente tuvo á su favor el renombre que le había dado su valor indómito y una temeridad á toda prueba.

El reinado de Ricardo *Corazón de León,* fué una serie no interrumpida de desaciertos, tales como la expulsión vergonzosa de los judíos, ordenada á poco de su coronación en Westminster; el tráfico repugnante y desmedido de todos los empleos y honores; el afán por amontonar tesoros sobre tesoros para dilapidarlos después en empresas estériles por lo inútiles y por fin los atropellos contra los señores, la Iglesia y el pueblo.

Más tarde, en el año 1201, durante el sitio del castillo de Chaluz, fué herido de un flechazo, de cuyas resultas falleció á la edad de 42 años en el convento de Fonterrault designando en su lecho de muerte á su hermano Juan *sin tierra* (mote con que le apellidaba su padre Enrique II) para sucesor suyo en el trono de sus mayores.

No obtuvo el Estado inglés grandes ventajas con la proclamación del nuevo soberano, pues aunque tuviera más talento militar que su hermano Ricardo I, la tiranía y arbitrariedad con que trataba todas las cuestiones de su reino le acarrearon la mala voluntad de sus vasallos.



Transcurrido algún tiempo, pidió el divorcio contra su esposa la condesa de Glocester para casarse con la joven Isabel, hija del conde de Angulema, matrimonio que le indispuso con el noble Hugo de la Marche prometido de la joven, si bien el rey ya había solicitado anteriormente la mano de la hermosísima doncella siendo á su vez correspondido por ésta.

Bien pronto Isabel interesose por todo lo que tenía relación con el rey y constituyéndose en su sombra, puso toda su inteligencia en dilucidar los asuntos del Estado llegando en su abnegación y fanatismo á velar el sueño de su esposo, temerosa de que una traición cortara de golpe una existencia para ella tan querida.

El asesinato de Arturo de Bretaña junto á las mil depredaciones que á su pueblo hacia el rey, pusieron el espíritu de aquel en contra de su monarca; ultimamente las campañas emprendidas contra el pontificado debilitaron el poder de Juan; tanto, que Inocencio III, obligado por los delegados eclesiásticos y los nobles señores presididos por el sabio cardenal Esteban Langton se congregaron para poner coto á los desafueros del monarca, y tanta fuerza é influencia morales desplegaron en sus reuniones, que Juan tuvo que reconocer la superioridad del papa y acabó por aceptar las bases que redactaron en consejo, acordando darlas el nombre de MAGNA CHARTA LIBERTATUM, ó sea la gran carta de las libertades de los estados ingleses.

Tuvo pues el rey que someterse á la voluntad del consejo, mas la reina Isabel, viendo decaer de día en día el ánimo de su esposo, y sabiendo por confidencia que la *Magna Charta,* para ser válidos sus articulos, tenía que ser sancionada por el papa Florencio III, propuso al rey la desaparición del célebre documento á lo que accedió Juan por creer usurpados sus derechos y ultrajada su dignidad real.

II

Fué tanta la fuerza moral que ejerció la *Magna Charta* sobre el ánimo del rey, robándole la influencia anorreadora con que vejaba á nobles, eclesiásticos y vasallos, que al poco tiempo viose acometido de una tristeza mortal que le sepultó en el lecho gravemente enfermo, fatigado su cuerpo y debilitado su espíritu por múltiples y terribles agitaciones.

Isabel velaba constantemente ý su esposo durante las horas de fiebre y de delirio; enjugándole

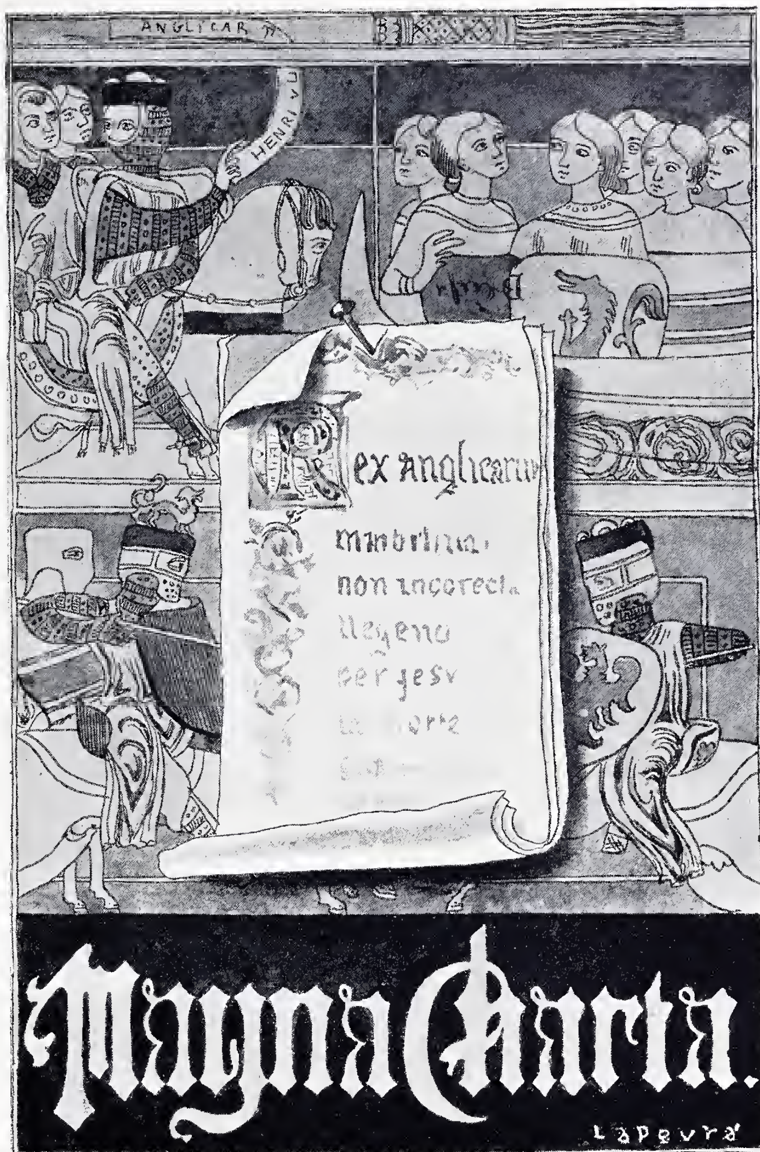
á intervalos el copioso sudor que manaba de su ardorosa frente y cuidando al mismo tiempo que nadie traspasara el umbral de la cámara regia, pues el vestíbulo y galerías hallábanse atestados materialmente de una legión de guardias, caballeros, obispos y abades, quienes no querían abandonar el palacio, demostrando así gran solicitud por la salud del monarca, mas en realidad era que aguardaban con ansia que el rey sucumbiera para proclamar á su hijo Enrique III, habido de su segunda esposa.

La reina, sabiendo que el papa Inocencio no había firmado el tremendo documento, pugnaba por arrebatarlo de las manos del arzobispo de Glocester, Roberto el Negro, quien lo tenía encerrado en una urna dentro del palacio del arzobispado; mas, como en las habitaciones interiores del rey daban la guardia la nobleza y el clero, Isabel tuvo que conformarse á que la mejoría del monarca pusiera término á aquella vigilancia tan estricta.

No obstante, una circunstancia favorable vino por fin á secundar los planes de la reina sin que nadie opusiese obstáculo alguno á su realización.

Una noche, estando sentada Isabel junto al enfermo, acertaron sus ojos á posarse sobre el fondo de una tapicería de la cámara real, cuando con asombro vió destacarse una cabeza cuyos ojos, mirándola fijamente, acabaron por fascinarla completamente, paralizando todos sus movimientos.

La cabeza iba avanzando hacia la reina, la que al cabo pudo divisar una figura grave que, deslizándose junto á ella díjole en tono muy bajo al oído: «Señora: no temáis, yo conozco vuestros deseos y quiero ayudaros; si teneis confianza en mi, tomad y seguidme» y juntando la acción á la palabra, puso en las manos de Isabel un agudo puñal y una llavecita dorada.



La reina levantóse maquinalmente y siguió con paso vacilante á su guía quien, abriendo sin hacer ruído una puerta secreta, la condujo hacia un pasadizo oscuro añadiendo: «El rey no puede quedarse solo: id vos señora en busca del documento que encontrareis saliendo por este pasadizo, luego atravesad la tercera columnata del palacio arzobispal; una vez allí, con esta llave abrireis la sala capitular que ahora está desierta, y en la puerta interior de la izquierda, junto al capitel del fondo, apretad una cabeza de dragón que hallaréis y se os abrirá una puerta. Entrad y encerrada en una arquilla encontraréis la *Magna Charta;* si alguien osa detener vuestros pasos, sepultadle este puñal en el corazón».

Al llegar aquí la reina iba á hablar, pero su guía, adivinándole la intención, la interrumpió añadiendo : «Podeis ir tranquila, soy el esclavo fiel de vuestra majestad, Arnulf de Cornwalls ».

Al reconocer Isabel á su antiguo servidor, que era muy adicto al rey, lanzóse en busca de la *Magna Charta* dejando al duque de Cornwalls al lado del monarca.

Atravesó el largo y oscuro pasadizo y al llegar al extremo, subió sobre un pequeño foso que había y se encaminó hacia la terceracolumnata; la luna iluminaba por completo el firmamento contribuyendo no poco á aumentar la ansiedad de Isabel, pues cualquier batimento de columna parecíale un ser humano y cada arbusto que se agitaba á impulsos de la brisa se le figuraba que era alguien que venía en su seguimiento.

Por fin llegó enfrente la puerta de la sala capitular, puso la llave en la cerradura y abrió lentamente, temerosa de que la sorprendieran, apretó convulsivamente el puñal y entró; la sala capitular estaba efectivamente desierta y solamente la animaba la claridad del astro de la noche que penetraba á través de los románicos ventanales.

Infundíale miedo á Isabel cualquier rumor que lejanamente se oyese, causándole no poco sobresalto el trabajo destructor de los parásitos que en gran número se enseñoreaban del mueblaje de la lujosa y artística sala, tur-



bando con su monotono chirrido el silencio de la noche.

Al fin, venciendo su temor, aproximose á la puerta indicada por el duque y apretando la cabeza de dragón que formaba parte del capitel de la izquierda, penetró en la estancia donde estaba encerrado el documento objeto de sus cuidados.

El primer movimiento de la reina fué de repulsión, pues la estancia despedia un hedor insoportable á causa de no haberse abierto en mucho tiempo la puerta resorte; al franquearla, un rayo de luna que penetraba por una pequeña ventana con capiteles y rejada por el centro verticalmente, iluminó de repente el rostro de Isabel á favor de cuya luz pudo hacerse cargo de la situación que ocupaba la arquilla donde se hallaba depositada la *Magna Charta.*

El sitio destinado á guardar el documento era un recinto de forma cuadrangular y reducidas dimensiones, cuyas paredes interiores destilaban agua á causa de la humedad existente en esta parte del edificio.

La reina dirigió una postrer mirada á la sala y con mano trémula apoyó la punta del puñal en la cerradura de la arquilla, cediendo aquella á poco de forcejar, y sacando del interior unos rollos de pergamino, dejó caer precipitadamente la tapa y se alejó con paso rápido á través de las galerías que conducían al pasadizo secreto de la cámara real.

III

Al llegar á la habitación del rey, el duque de Cornwalls refirió á la reina que durante su ausencia había solicitado audiencia el cardenal Langtón y que este había notificado á Juan que la *Magna Charta* estaba ya firmada por el Papa pues había mandado el consejo hacer una copia del original para ser este archivado.

El rey confirmó á Isabel lo expuesto por el duque, quedando en un estado de abatimiento notable.

La desesperación de la reina no tuvo límites, acentuándose más poco tiempo después cuando empezó á empeorar visiblemente el rey, hasta que el 19 de diciembre del año 1216 falleció en medio de horribles sufrimientos y dejando á su reino presa del más espantoso desorden, casi en poder de Luis hijo del rey de Francia y además asolado y destruído por una guerra civil; la reina retiróse al convento de Cornwalls para llorar la muerte de su esposo.

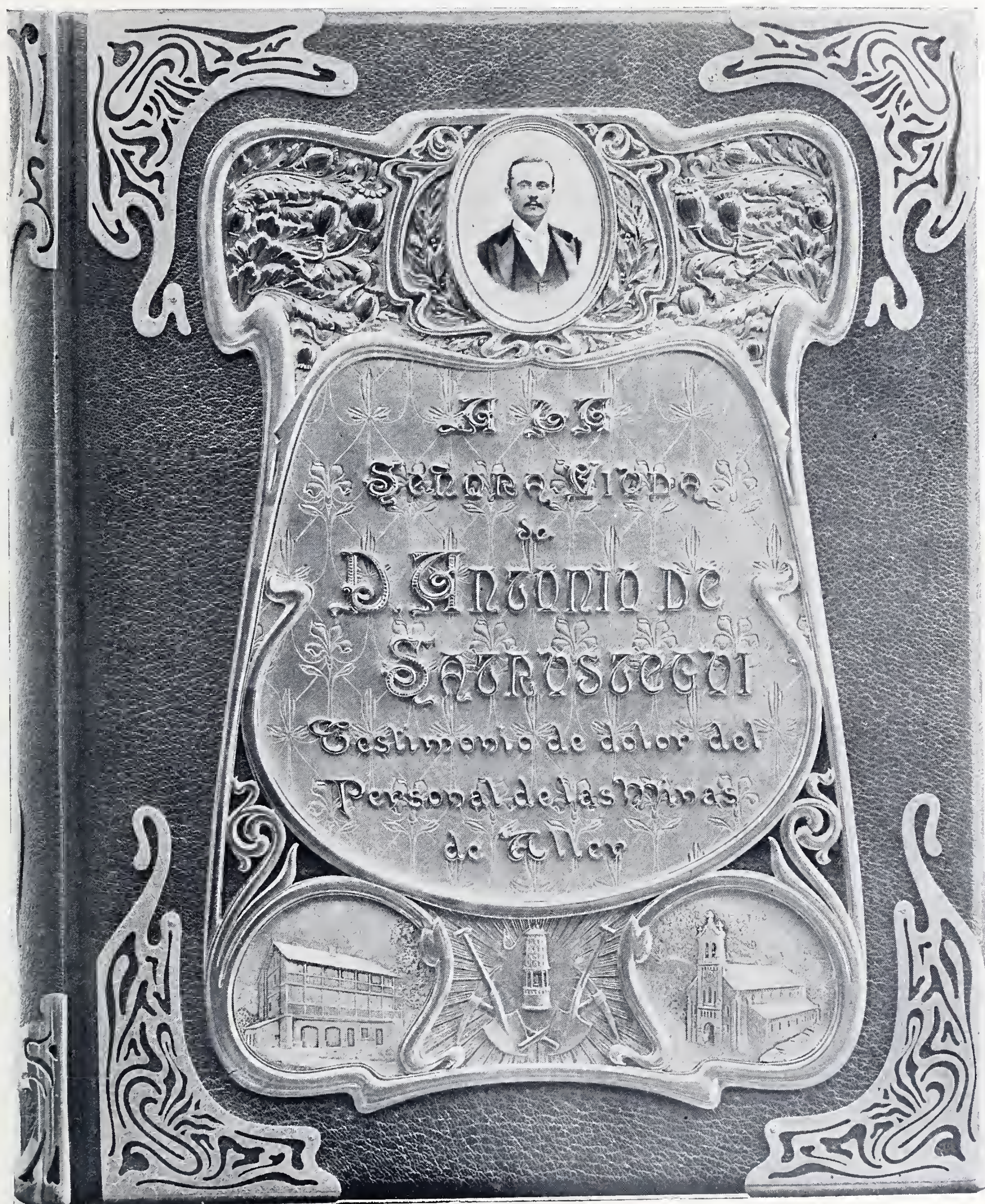
En medio de tales trastornos reuniéronse los barones y grandes del reino y haciendo un llamamiento al sentimiento nacional, prepararon el gran acontecimiento que en parte contribuyó á la nueva organización del estado inglés, el cual consistió en la coronación del hijo de Juan *sin Tierra*, niño de 10 años á quien el pueblo recibió con entusiasmo por descubrir en ello una nueva era de paz y tranquilidad.

Alrededor de Enrique III levantose un partido formidable que acabó por rechazar la soberanía francesa de Luis y confió la regencia del joven monarca al conde de Pembroke y al legado pontificio Guala quienes, bajo la base de la *Magna Charta*, organizaron al cabo de diez años la coronación de Enrique III.

Este fué coronado en Glocester en 28 de Octubre de de 1226 jurando el documento que tan funesta muerte trajo á Juan *sin Tierra*.

El nuevo rey, reunido en consejo con los regentes y demás privados, hicieron algunas modificaciones á las bases que habían mermado las atribuciones de su padre y en 20 de noviembre del año 1227 quedaron aprobadas, sancionadas y firmadas nuevamente dichas bases que fueron fijadas con gran solemnidad sobre el tapiz sagrado de la catedral de Glocester, ostentando debajo la célebre leyenda: *Magna Charta libertatum.*

J. Lapeyra



Album proyectado y encuadernado por Hermenegildo Miralles.-Barcelona

Plata cincelada y esmaltes de Cabot

INTRIGAS DE PUEBLO

El alcalde de Mártela era suspicaz y bruto: á cada momento decía á su mujer, que dicho sea de paso, era una arrogante moza:

— Ese maldito vecino de boticario que no cesa un instante de tocar la flauta, me está minando el terreno; pero ¡cuerno! ¡como yo lo coja en un renuncio!...

— ¿Por qué dices eso?

— Porque yo me entiendo: ese quiere ser alcalde: siento yo aquí en la mollera algo que me lo indica, pero trabajo le ha de costar sustituirme en el uso de la vara. ¡Cuerno! ¡pues no faltaba más!

El señor Juan, el boticario, que era un tuno de siete suelas, no se cuidaba de conspirar contra la autoridad, como el alcalde suponía, y empleaba su tiempo en despachar drogas muy de tarde en tarde; en tocar la flauta muy amenudo; en cambiar con la alcaldesa miradas significativas, y en celar que su sobrina Clara no anduviese en chicoleos con el tío Romo (a) el Largo, que tenía fama de mujeriego y era amigote del alcalde, vigilancia que irritaba á aquellos.

Un día el señor Marcos, más receloso que de ordinario por algo que Romo le había dicho de una conversación sorprendida á dos vecinos del pueblo en la que juzgaban su nombre y el del boticario, concibió la idea de dar con éste y con su maldita flauta en la cárcel para desautorizarlo en el concepto de las gentes del lugar. Al efecto convino con el tío Romo en oficiar reservadamente al Gobernador civil advirtiéndole que se conspiraba contra las instituciones y que el alma de la conspiración era el señor Juan, y que pasados unos días, Romo denunciase por telégrafo al teniente de los civiles del puesto próximo, que el complot iba á estallar en determinada noche siendo su jefe el boticario, en cuya casa podrían hallarse las pruebas del delito, pruebas que consistirían en unas listas de conspiradores que el alcalde llevaría consigo al allanar la casa. La intriga, como se ve, tenía la intención de un Miura.

— ¡Cuerno! — decía el alcalde después de haber oficiado al Gobernador — Ahora sí que me las va á pagar ese perro flautista.

El tío Romo, que no descuidaba ocasión de arrimar el ascua á su sardina, pensó que no podía ofrecérsele mejor oportunidad (para demostrar á su novia que no era tan romo de ingenio como de apellido,) que la noche en que debieran prender á aquel, y que ningún sitio había más seguro para ello que un cobertizo del corral del alcalde,



S. CLEMENTE — LA FERIA DE SEVILLA

cuya tapia medianera era bastante baja y se podía saltar con facilidad. Convínolo así con Clarita y quedó en designar á ésta la noche en que habrían de verse.

La alcaldesa, que era mucho más lista que su marido, al notar en éste cierto cambio de carácter y leer en su rostro la satisfacción, le preguntó sonriendo, aunque con cierto reconcomio.

— Dí, Marcos. ¿Qué tienes que tan alegre estás?

— ¡Cuerno! ¿Qué he de tener?... Que dentro de poco se habrá ido con la música á otra parte ese bribón que trata de suplantarme.

— ¿De veras?

— ¡Digo! Me parece...

— Mira que sabe más que tú...

— Pero yo puedo más que él.



CANALS — LA VIDA BOHEMIA

— ¿Qué has de poder tú, hombre, qué has de poder?

— Lo veremos.

Llegó el instante decisivo: el alcalde sacó del cajón de su mesa un rollo de papeles y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta, para que fueran encontrados en casa del boticario al hacer la requisa. El tío Romo había telegrafiado al teniente de la Guardia Civil diciéndole:

« Va á estallar motín: jefe boticario conspiradores: alcalde registrará esta noche casa para encontrar cuerpo delito. »

Pero el telegrafista, que no debió de entender bien la letra, trasmitió lo siguiente:

« Va á estallar motín *contra* boticario: jefe conspiradores, alcalde: *regístrese* esta noche casa para encontrar cuerpo delito. »

Eran las once, y ni alma viviente, á excepción de la ronda, circulaba por las obscuras calles de Mártela: dos bultos, sin embargo, habían montado media hora antes y en opuestas direcciones, la barda medianera de ambos corrales, los del alcalde y el boticario, lo que indicaba que no todos dormían en el pueblo.

Un cuarto de hora después, asaltaba el alcalde con los suyos la casa del señor Juan, y seguido del juez municipal y de los alguaciles, sorprendía al boticario en su alcoba, en el momento en que este aplicaba á la nariz de la alcaldesa un pomito de sales.

— ¡Cuerno! — fué lo único que se le ocurrió decir.

Simultaneamente, la Guardia Civil asaltaba la casa de la autoridad local de Mártela y sorprendía al tío Romo y á Clarita en conversación animadísima, debajo del cobertizo.

— ¿Y el alcalde? — preguntaron los Guardias.

— En casa del boticario — tartamudeó el tío Romo.

A ella fué el teniente con algunos números, y encarándose con el señor Marcos, á quien extrajo del bolsillo las listas consabidas, le dijo.

— Dese preso, por conspirador.

— ¡Cuerno! ¿Yo preso?... ¡Pero si es el boticario el que conspira contra mí!...

— El boticario es su víctima; pero eso ya se aclarará: ahora, á la cárcel.

Y en ella dieron con el pobre Marcos, quien fué suspenso y procesado.

El escándolo no pudo ser mayor.

El boticario, debió de apreciar mejor las prendas personales del tío Romo, porque al poco tiempo lo casó con su sobrina.

Y la rabia del señor Marcos no tuvo límites cuando supo que el señor Juan le había sustituído en el uso de la vara, y que los solos de flauta se repetían con más frecuencia, como si quisiera demostrar con ellos su regocijo.

Camilo Millán

POR ESOS TEATROS

Compañía italiana.—« Los fuegos de San Juan », de Shudermann. — En el teatro Romea. — Eldorado, Principal y Tivoli.

Fuése la compañía de la Vitaliani y substituyola en el escenario del teatro Granvía la de la señora Iggius, formada por apreciables artistas, entre los cuales figuran algunos ya conocidos de nuestro público.

La despedida que hizo éste á la eminente actriz que nos ha dejado, fué de todo punto cariñosa y entusiástica. Puede decirse de la señora Vitaliani que ha sido una de las grandes artistas que más esfuerzos ha tenido que hacer contra la apatía y la indiferencia de una parte de la prensa y del público. Como es sabido, su primera campaña en Novedades, fué poco menos que desastrosa, como lo fué la segunda, aunque no tanto, pues, si bien no obtuvo todo el favor que merecía, obtuvo ya el de la parte de prensa que piensa por patrón y que, habiéndose mostrado al principio rehacia, mostrábase ablandada, gracias á los elogios que habían hecho de la eminente actriz los periódicos madrileños que hablaron de ella durante las semanas que estuvo con sus compañeros en la Corte.

Sin embargo la Vitaliani no desmayó y volvió á Barcelona, tomando por su cuenta el teatro Granvía, en cuyo escenario mostró nuevamente su poderoso talento, triunfando por completo del público barcelonés, que llegó á sentir por ella indecible simpatía.

También la siente, aunque de distinto género, por Blanca Iggius. Sin embargo, la inclinación que muestra hacia ésta, es motivada, más que por los méritos de la actriz, por las gracias y encantos de la mujer. Todo lo contrario de lo que sucedía con la Vitaliani, cuyo temperamento de actriz hacía desaparecer á los ojos del público todas las cualidades y todos los defectos físicos.



BALBINA VALVERDE

Ya se comprenderá, por lo dicho, que el género predilecto de la señora Iggius debe ser el que más se preste á lucir sus encantos. Por eso prefiere la comedia al drama y el *vaudeville* á la comedia. Y no hablemos ya de la tragedia, pues durante su estancia en el teatro Granvía no ha representado hasta ahora ninguna.

En cambio nos ha servido á todo pasto género ligero, en el cual llega á dominar por completo á los espectadores—y á cierta clase de ellos más que á otros—gracias á la belleza de su rostro, la gracia de su cuerpo y el encanto de su voz acariciadora y dulce.

Sea como quiera, la señora Iggius puede considerarse como una artista de todo punto apreciable, lo cual puede afirmarse asimismo de la mayoría de sus compañeros, entre los que sobresale el simpático actor cómico Alfredo Sainati.

En el género serio no nos ha dado la compañía más que « I fuocchi di San Giovanni » de Shudermann. Y es una verdadera lástima, pues lo interpreta con mayor arte que el cómico.

Buena prueba de elio fué el estreno de dicha obra, en la cual cada uno de los artistas estuvo en su punto, tanto individualmente como en relación con los demás.

El drama es verdaderamente notable, así por su asunto como por su desarrollo, en el que Shudermann ha dado una nueva prueba de las facultades que posee para dominar al público.

Una muchacha pobre ha sido recogida de niña por una familia, en cuya compañía ha continuado viviendo separada de su madre, que gana la propia vida mendigando y robando : — sobre todo robando. Ya grande y cuando está á punto de contraer matrimonio la hija del que la recogió, descubre la muchacha el amor que por ella había sentido el novio, amor en el cual es correspondido. He aquí la base del drama. El conflicto ya se adivina. La lucha sostenida entre el amor y el agradecimiento, entre los impulsos de la pasión que la empuja á unirse con el hombre á quien ama y los de su alma bondadosa que la incita á evitar la desventura de que sería víctima la hija de sus protectores, está pintada por Shudermann con un vigor y una fuerza extraordinarios. Tanto, que el público llega en ciertos instantes á olvidar que se encuentre en una sala de espectáculos. Tan intensamente sentido es el ambiente de que ha sabido rodear el autor los personajes que intervienen en la acción.

La señora Iggius interpretó el papel de protagonista con mucho sentimiento y extraordinaria verdad, sin descomponerse jamás, ni en las escenas de mayor fuerza dramática. Fué debidamente secundada por los demás actores, especialmente por los señores Robert—el enamorado—y Bertini—el padre de la novia—que dijeron sus respectivos papeles con una sobriedad digna de todo elogio, dotando cada uno su *personaje* del carácter que le correspondía.

El teatro Romea no nos ha dado hasta el presente ninguna obra de empuje, siendo la más importante de las estrenadas en dicho coliseo durante esta temporada la comedia en tres actos « Vocació de Sant, » original de don Pablo Parellada.

He dicho importante y ya me arrepiento de haberlo dicho. Lo es, sí, por su extensión, pues es la única obra en tres actos estrenada hasta ahora, pero no lo es, ni mucho menos, por su bondad artística. Por el contrario, «Vocació de Sant» no pasa de ser un ridículo sainete, indigno del buen nombre legítimamente adquirido por su autor.

Los actores y algunos de ellos especialmente, hicieron cuanto estuvo en su mano para que la obra resultara todo lo chavacana posible. Puede hacerse sin embargo alguna escepción, sobretodo en lo que se refiere á la señora Monner, que interpretó con el acierto que le es peculiar un bien trazado tipo de beata que es tal vez el más firme de la obra.

El público que asistió al estreno no era de los que se preocupan en serio del aspecto artístico de las producciones. Por eso rió á carcajada limpia los chistes que tiene « Vocació de Sant » y entre los cuales los hay para todos los gustos. Al final de la representación hasta fué llamado á la escena el autor, que no pudo presentarse por hallarse en Valladolid, donde tiene su residencia.

En el mismo teatro estrenose noches atrás un juguete titulado « Botifarras dolsas », en el cual su autor, don Francisco Javier Godo, nos muestra bajo un aspecto relativamente nuevo el eterno asunto del amor y la conveniencia. Sin ser una producción *de punta,* merece « Botifarras dolsas » un aplauso por la cultura del diálogo y por la lección que encierra.

Por ninguna de esas dos cualidades se distingue la zarzuela «San Juan de Luz», original de los señores Jackson Veyan y Arniches, con música de los señores Torregrosa y Valverde (hijo), y estrenada en el teatro Eldorado. En ella se presenta al marido que escapa de su mujer para correr algunas aventuras amorosas; al hombre de confianza de ésta que se deja *corromper* por los encantos de las palomas que acompañan en su viaje al marido; á la niña prometida del hombre de confianza, que corre tras él en compañía de la mamá, etc., etc., etc. Lo que se llama un asunto sobado y resobado.

En cuanto á la música resulta agradable y juguetona, habiendo arrancado en la noche de su estreno bastantes aplausos del público.

El movimiento teatral en los demás teatros ha sido bastante escaso. La señora Tubau, que ha continuado en el Principal con su apreciable compañía no nos ha ofrecido más que una sola obra nueva, traducción de un *vaudeville* sobre el cual más vale callar. Es lástima que una actriz de los méritos de la señora Tubau emplee su talento en producciones de tan escasos méritos como « Mi nuera ».

Como de costumbre, el Tívoli nos ha servido durante la quincena numerosos *debuts* de otras tantas *celebridades...* Y el público ha correspondido á los *esfuerzos* de la empresa llenando el local noche tras noche.

Un Espectador

Fotografía artística remitida por Don J. SÁNCHEZ GARRIGÓS



« TURÓ DE MODOLELL » (Bonanova) — Vista tomada desde el tren de Sarriá

HOJEANDO LIBROS

« Poemas de color ». — Sonetos de don José López de Maturana

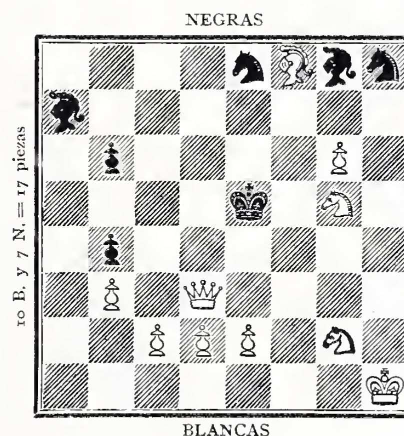
La obra responde perfectamente al título. Sí, los sonetos que componen la colección del señor López de Maturana son verdaderos *poemas de color,* vibrantes de luz y de armonía, preñados de ideas hermosas y de pensamientos originales que los hacen saborear con gusto. Además hacen recomendable el libro la cultura de la frase, la belleza de la forma y la corrección de los versos.

La obra ha sido bellamente editada en Buenos Aires.

SECCIÓN DE AJEDREZ

Problema 56. — M. FEIGL

NEGRAS



BLANCAS

Las Blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Solución al problema 55, por H. GOTTSCHALL

1. D 2 D, etc.

HERMENEGILDO MIRALLES

BARCELONA


HISPANIA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



JOSEFINA HUGUET

El Museo de Bellas Artes y La Exposición de Arte Antiguo

La entrada en el Municipio barcelonés de los elementos pertenecientes al bando regionalista, cuyas filas van engrosando cada día más, se ha señalado por un verdadero derroche de actividad en todos los ramos y servicios encomendados al Ayuntamiento.

Un espíritu sano, esencialmente reformador, ha presidido todos los actos de la minoría regionalista, á la cual han prestado su concurso algunos de los individuos, que, á pesar de pertenecer á otros bandos, han conservado suficiente independencia de criterio para desligarse de todo prejuicio y ponerse en diversas cuestiones al lado de los elementos que habían sido llevados á la Casa del Pueblo por la voluntad de éste y á pesar de los manejos del caciquismo, á cuyos favores debían su cargo una buena parte de los individuos pertenecientes á municipios anteriores.

Al espíritu reformador á que aludimos se debe una de las mejoras más importantes realizadas por el actual Ayuntamiento: la descentralización del ramo de Bellas Artes. Gracias á élla y á sus entusiastas defensores, entre los cuales ocupan lugares preferentes el eminente jurisconsulto é historiador Don José Pella y Forgas y el no menos eminente arquitecto Señor Puig y Cadafalch, la nueva Junta de Museos y Bellas Artes vióse por fin libre de las trabas que llevaba consigo la sujeción absoluta de la anterior á la Corporación Municipal y tuvo más ancho campo para desenvolver sus iniciativas.

Uno de los primeros acuerdos tomados por la flamante Junta, dignamente presidada por el meritado Señor Pella y Forgas y en cuyo seno figuran elementos valiosísimos que han dado muestra en distintas ocasiones de una portentosa actividad acompañada de la correspondiente cultura artística, fué el concerniente á la celebración de la notable Exposición de Arte Antiguo, inaugurada oficialmente durante las fiestas de la Merced y actualmente abierta para admiración de propios y extraños y para enseñanza y vergüenza de los que antes de ahora negaban la existencia de un arte escepcionalmente bello y genuinamente catalán.

De hoy más nadie osará proferir semejante heregía á no ser que quiera exponerse al desprecio de las personas cultas.

El ilustre crítico y novelista catalán Raimundo Casellas, miembro, como los señores nombrados más arriba, de la Junta de Museos y Bellas Artes, así como de la comisión ejecutiva de la actual Exposición, ha dicho á propósito de élla: «No creo que, proporcionalmente á la reducida extensión de nuestro territorio y al número de sus naturales, exista ningún pueblo en la tierra—aun contando entre ellos Italia y los Países Bajos,—que haya producido la cantidad de pinturas muebles que ha producido nuestro país, tanto en el período románico como en el ojival.» (*)

Partiendo de éste punto de vista, busca el autor de las precedentes líneas las causas del predominio de la pintura sobre las demás manifestaciones del arte antiguo catalán, encontrándolas principalmente «en la especial manera de ser de Cataluña, rica de cultura en todos los órdenes pero modesta de fortuna material.»

El predominio en cuestión es lo primero que se echa de ver en la Exposición de Arte Antiguo. Cierto que en élla están representados—y algunos con verdadera explendidez—todos los ramos del arte catalán de otros tiempos. Pero, á pesar de ello, la parte principal, el papel más brillante, corresponde de derecho á la pintura y muy especialmente á la pintura sobre tabla.

(*) «La Veu de Catalunya» del día 9 de Octubre.



Capa Pluvial del Obispo Bellera



Detalle de la Capa pluvial del Obispo Bellera

Toda un ala de la planta baja del palacio de Bellas Artes está destinada á ella, constituyendo una soberbia manifestación del grado de cultura artística alcanzado por la Cataluña medio-eval. De todas las comarcas catalanas han venido á la Exposición preciosos ejemplares de retablos, pertenecientes en general á corporaciones religiosas y propiedad de particulares algunos de ellos. Las tablas románicas del museo diocesano de Vich, las góticas de la iglesia de Argentona, las de Granollers y Sarriá, las pertenecientes al gremio de revendedores de Barcelona, las de los Padres Escolapios, las de las catedrales de nuestra ciudad, Gerona, Lérida, Tarragona y Manresa, hacen del ala izquierda de la Exposición un interesantísimo museo, digno de ser visitado por todos los amantes del arte. Recorriendo aquellas salas llenas de reflejos de oro viejo y cuajadas de preciosidades, el visitante parece respirar el ambiente de la edad media, con sus creencias y sus costumbres, con sus tradiciones y sus leyendas.

A lo largo del pasadizo que corre á un lado, se han colocado las obras escultóricas y en artísticas vitrinas instaladas en el centro de cada sala ricos ejemplares de ornamentos, ropajes, telas bordadas, manuscritos preciosos, tapices etc., etc., algunos de los cuales pueden reputarse como verdaderas maravillas.

¡Con cuánto interés las recorre el visitante aquellas salas! Y con qué gusto, una vez recorridas, se saborean las bellezas que atesoran y las que contiene el famoso retablo de Dalmau conocido por *Retaule dels Concellers* é instalado en una de las salas de la planta alta del edificio destinada á los Museos municipal y provincial!

Además de las corporaciones civiles y religiosas de Cataluña, han contribuído también al buen éxito de la Exposición algunos particulares, exhibiendo ejemplares interesantísimos de pintura y escultura, cerámica y vitraria, telas y muebles. Por eso la manifestación ha sido completa, pudiendo el visitante admirar á la vez el interesantísimo tapiz románico ó la estatua llamada de Carlomagno, procedentes de Gerona, y la magnífica colección de objetos de cerámica del Señor marqués de Brusi; las telas pintadas por Flaugier y los muebles colocados debajo de ellas en la sala que ocupan; los objetos del Señor Estruch y los retratos debidos al lápiz ó al pincel de Rodes; el salón reconstituído por Don Eusebio Güell con pinturas del *Viguetà* y los diversos ejemplares de pintura neerlandesa, francesa é italiana que ocupan varias salas y entre cuyos ejemplares los hay notabilísimos pertenecientes á la colección del Señor Pella y Forgas, quien, no contento con la cooperación prestada á la Exposición de Arte Antiguo con sus cuadros y objetos de arte nacional y extranjero, ha dirigido con admirable celo y actividad pasmosa los trabajos de instalación.

Como si no fuese bastante la profusión de objetos notables contenidos en la planta baja, se han habilitado también en la alta varias salas, destinándolas igualmente á Exposición de Arte Antiguo.

Una de ellas es la llamada de la Reina Regente, cuyo centro está ocupado por una larga y espaciosa vitrina, en la cual Raimundo Casellas expone un centenar de soberbios dibujos y apuntes originales de Viladomat, Tramu-

llas, Casanovas, Montaña, el *Viguetà*, Gurri, Travé, Flaugier, Ametller, Campeny, Rodes, Espalter y otros varios autores catalanes de los siglos XVIII y XIX. Dicha instalación es una de las más interesantes que pueden verse en el palacio de Bellas Artes, constituyendo un verdadero tesoro artístico á pesar de no ser más que una ligera muestra del muy valioso que en dibujos catalanes posee su expositor, dueño del más soberbio caudal de dibujos catalanes que se conoce.

Las paredes de la misma sala están ocupadas por notables cuadros de los pintores catalanes Viladomat y Juncosa y de varios artistas de las escuelas valenciana, andaluza, castellana etc., etc. Los nombres de Murillo, Velázquez, Zurbarán y el Greco, hacen buena compaña á los de nuestros paisanos representados en el mismo local por los dibujos de la colección Casellas.

A la entrada del ala izquierda de la planta alta se encuentra el saloncito donde el inteligente coleccionista Don Emilio Cabot ha instalado los objetos con que su importante colección está representada en la manifestación artística que nos ocupa. La instalación de que se trata es una de las más valiosas de la Exposición, tanto por el número de objetos que la constituyen como por su valor artístico y arqueológico. Los retablos góticos de escuela catalana figuran al lado de importantísimas tablas flamencas; los ricos muebles de talla y de taracea ostentan sus ricos adornos entre hermosos tejidos y magistrales esculturas como por ejemplo el San Miguel de Pedro Millán; las imágenes religiosas contrastan con los objetos profanos. Sin embargo, lo más interesante tal vez de la instalación Cabot, es la vitrina que ocupa el centro de la sala, atestada materialmente de valiosos ejemplares de la riquísima colección de vidrios artísticos catalanes y extranjeros que posee su propietario.

Como se ve, los particulares han contribuído grandemente al buen éxito de la Exposición, siendo por tal motivo dignos del mayor elogio.

Para que el lector pueda hacerse cargo por si mismo, procuraremos reseñar ordenadamente las instalaciones.

Escepción hecha de las de los Señores Casellas y Cabot, todas se hallan en la planta baja... Entrando por las salas del ala derecha, lo primero que encuentra el visitante es el hermoso salón de que ya se ha hablado, reconstituído por bonitas pinturas murales del artísta catalán del siglo XVIII conocido por el *Viguetà*. Dicho salón, que es propiedad de Don Eusebio Güell y Bacigalupi, ha sido completado con muebles de la época, entre los cuales llama justamente la atención una preciosa consola propiedad del mismo señor.

En la segunda sala, destinada á « Iconografía » y especialmente á las obras de este género debidas al celebrado retratista Vicente Rodes, los hermanos Señores Moragas, nietos del artista, exponen una infinidad de retratos al pastel representando personajes históricos del tiempo de Fernando VII, que son verdaderos modelos por la firmeza del dibujo y la perfección del parecido. En la misma sala figuran numerosos retratos al oleo de otros autores y entre los cuales merecen especial mención los de Pascual Moles, Folch, Montaña y Rodríguez, directores que fueron de esta escuela de Bellas Artes.

Sigue á la sala destinada á iconografía la dedicada al artista pseudo clásico José Flaugier, autor de la notable pintura mural existente en la cúpula de la iglesia del actual hospital militar de esta plaza. Cedido por un biznieto del pintor, ocupa lugar preferente el autoretrato de éste, que se halla rodeado de soberbios plafones pintados al temple, regalados al Museo Municipal por el escultor Reynés. Entre las demás obras del artista á quien está destinada la sala, llaman poderosamente y con justicia la atención, el retrato de José Bonaparte, hermano de Napoleón I y tres pasajes de la historia de la Virgen, propiedad del Doctor Fábregas; cuatro pinturas bíblicas ce-



Detalle de la Capa pluvial del Obispo Bellera

didas por el Señor Janer, y dos grandes cuadros de propiedad de la parroquia de San Agustín.

La pintura extranjera del Renacimiento ocupa la sala siguiente, que corresponde á la torre Norte del palacio de Bellas Artes. Esta sección es verdaderamente notable, figurando en ella notabilísimas obras italianas, entre las cuales llaman justamente la atención el cuadro de la Virgen y el niño, de la colección del Señor Pella y Forgas; algunos retratos franceses de Rigaud y Van Loo; varios cuadros flamencos y uno de flores perteneciente á Don Buenaventura Grases.

En los departamentos del fondo del edificio, pueden verse y admirarse la rica colección de cerámica del Señor marqués de Brusi; los cuadros de Coello, Morales, Giordano, Sarsoferrato y Pandolfi, cedidos por el Señor Estruch; los notables objetos de cerámica de la Señora

Viuda de Espina; la colección de peinetas de Don Marcos Jesús Bertrán etc., etc.

Sin que haya montado para sus objetos instalación especial, ha contribuído también y en parte no pequeña, al buen efecto del conjunto de la Exposición, el inteligente y simpático anticuario Don Luis Quer, á quien pertenecen una obra del Greco expuesta en el salón de la Reina Regente, un cuadro de asunto religioso que figura el «Descendimiento», atribuído á Van der Weyden y otras notables obras artísticas.

A pesar de la parte importantísima que han tomado en la Exposición los particulares nombrados y otros que es casi imposible recordar, el éxito principal corresponde como puede comprenderse á las obras cedidas por las corporaciones y entidades de antigua creación, que no han vacilado un momento en ceder sus tesoros para admiración de los visitantes inteligentes. En las salas del ala izquierda, destinadas principalmente, como dijimos al principio, al arte gótico y románico, goza el visitante de un espectáculo verdaderamente soberbio y sugestivo. El arte catalán de las épocas pasadas brilla allí en toda la plenitud de su explendidez, manifestando su importancia en obras tan notables como las tablas de las «Bodas de Canaan», la «Transfiguración» y la «Multiplicación de los panes y los peces», propios de nuestra Catedral; las de la historia de San Antonio Abad, cedidas por las Escuelas Pías; la del martirio de San Medin, procedente de San Cugat del Vallés; la soberbia estatua yacente de San Alejo; los frontales que, además del tapiz bizantino de la *Creación*, la estatua llamada de Carlo Magno y otras obras, ha presentado la Catadral de Gerona; las magníficas tablas procedentes de Granollers y representando la historia de San Esteban; los retablos de la «Venida del Espíritu Santo» y de la «Resurrección» de la iglesia de Santa María del Mar, de esta ciudad; la serie de San Vicente, de Sarriá; el frontal de San Jorge, de esta Audiencia; las tablas de «San Miguel» pertenecientes al gremio de revendedores; la del Nazareno, propiedad de Don Baudilio Carreras; el soberbio retablo de la iglesia de Argentona; las tablas que exhibe el distin-



La Santísima Virgen y los Concelleres, retablo de Luis Dalmau



La Adoración de los Reyes, por Viladomat



LA VIRGEN Y EL NIÑO

Escuela florentina, tal vez de Andrea del Sarto

Expositor, Sr. Pella

guido coleccionista Señor Muntadas; las obras de diverso género y sobre todo las tablas románicas que constituyen la instalación del Museo diocesano de Vich, y otros innumerables objetos de distinto carácter, que sería imposible recordar y que hacen tal vez de la Exposición de Arte Antiguo la más brillante de las manifestaciones artísticas que ha presenciado Barcelona.

Por eso enviamos desde estas columnas á sus entusiastas é inteligentes organizadores nuestra más sincera enhorabuena, que hacemos extensiva á todos cuantos directa ó indirectamente han contribuído al buen éxito de tan soberbia manifestación, cuyo recuerdo perdurará eternamente en la memoria de los que han tenido la suerte de presenciarla.

Al mismo tiempo, y ya que del palacio de Bellas Artes se trata, no podemos menos que aplaudir la reorganización que, gracias á la Junta de Bellas Artes, se ha hecho en la planta alta de los Museos artísticos municipal y provincial, centralizando en aquellas salas para comodidad de los aficionados tantas y tantas obras como se hallaban diseminadas en los edificios ocupados por corporaciones como la Diputación provincial, las Casas Consistoriales, la Lonja etc., etc.

El sabio orden que ha presidido los trabajos llevados á feliz término por la Junta autónoma de Bellas Artes en la instalación de dichas obras, permite ahora á los inteligentes estudiar con verdadero provecho en las obras de nuestros antepasados, tales como Viladomat, cuya «Galería Seráfica» ocupa una sala del Museo Provincial; Martí y Alsina, representado por diversas obras notables; Mercader, Fortuny, Clavé, Rigalt, Cerdá, Casanova, Planella Rodríguez, etc., etc., sin contar los artistas no catalanes que, tanto en el Museo Provincial como en el Municipal, ocupan sitios preferentes.

La *Sala Caracci,* perteneciente al primero, es digna de ser visitada, tanto por las obras de autores extranjeros que contiene, como por las de Vicente Rodes, Pablo Rigalt, Salvador Mayol, Antonio Ferrán y otros.

Sin embargo, la obra que merece tal vez por su gran importancia la atención del visitante es el soberbio retablo de *los Concelleres,* original de Dalmau, que ha sido convenientemente acondicionado bajo la dirección del Señor Cabot (Don Emilio).

La parte de edificio destinada á Museo Municipal está casi dedicada exclusivamente á obras de arte moderno, siendo una de las salas destinada al legado del Señor Marqués de Alella, compuesto por más de cien obras debidas muchas de ellas á autores notables nacionales y extranjeros.

Por todo lo dicho ya se comprenderá el trabajo que desde la creación de la Junta autónoma de Bellas Artes ha pesado sobre sus indivíduos, quienes no han dejado un momento de cumplir con creces su cometido, desvelándose y trabajando enérgicamente en bien de la cultura de sus conciudadanos.

Su labor ha sido verdaderamente asombrosa y fructífera, pues ha iniciado entre los barceloneses un saludable movimiento de reacción en favor de las artes plásticas, tan poco favorecidas durante algunos años por nuestros paisanos.

Buena prueba de ello es el número de visitantes que acuden diariamente, no solo al palacio de Bellas Artes, sino al Museo de Artes Decorativas, instalado en el ex-palacio real del Parque bajo la activa dirección del eminente arquitecto Señor Puig y Cadafalch, quién, además de haber tomado como los Señores Pella y Forgas, Casellas, Cabot y otros una parte activa en la instalación de las obras exhibidas en la Exposición de Arte Antiguo, no ha vacilado en abandonar, como alguno de dichos señores, sus obligaciones particulares, para atender á las que, como amante de las Bellas Artes, se había impuesto él mismo.

¡Qué simpática aparecía su figura, durante los días de fiebre que precedieron á la inauguración de los Museos, yendo y viniendo en bicicleta del ex-palacio real al de Bellas Artes, dirigiendo en aquél los trabajos de instalación y ayudando con todas sus fuerzas á sus compañeros de Junta en la de las obras de la Exposición de Arte Antiguo!

Pero vemos que este artículo va alargándose demasiado y ante la imposibilidad de dar idea en pocas líneas de la importancia del nuevo museo, digno por si solo de un detenido estudio, nos vemos hoy precisados á hacer aquí punto final, después de desear á la Junta de Bellas Artes mucha perseverancia en el entusiasmo que ha demostrado hasta ahora en todos sus trabajos.

LUCAS DE HOLANDA





La Flor del Valle

BALADA

« Rosa, aparición divina,
hada explendida del valle,
la del arrogante talle,
la de la tez nacarina;

La que en sus pestañas de oro
tiene presa mi existencia;
y en su boca, rica esencia,
y en sus labios, un tesoro.

Rosa, celestial hurí
de belleza soberana,
las flores de tu ventana
me dicen que estás ahí.

Con sus pétalos y aromas
te brindan á cada instante;
quieren que cuando yo cante
te asomes, mas no te asomas.

Parece que baten palmas
cuando canto mis amores...
¡ Cuán dulce es para las flores
el lenguaje de las almas !

No te escondas: se refleja
en tus ojos hechiceros
la luna, y cual dos luceros
brillan detrás de la reja.

¿ Es que no quieres que calle
mis canciones amorosas ?
Sal, pues, Rosa, entre las rosas,
sal á iluminar el valle.

Acércate, esbelta flor,
á adornar la reja de oro
que al compás del laud sonoro
te lo ruega el trovador.

Yo sé, porque ayer lo ví,
que te ronda otro mancebo
y hasta á decirte me atrevo
que le prefieres á mí.

Mas tan grande es mi pasión
que no me amedrenta nada;
por algo llevo la espada
debajo del corazón.

Lucharé sin embarazo
y á mi rival daré muerte,
que siendo mi amor tan fuerte
no ha de ser débil mi brazo.

Y bien sabe Dios que es cierto
que lamento, por mi gloria,
no poder cantar victoria
sin antes tocar á muerto. »

De este modo el trovador
formulaba ardiente queja,
cuando á los pies de la reja
vino á caer una flor.

« Oh, gracias, amada mía. »
— dijo con creciente anhelo,
trocando su desconsuelo
en éxtasis de alegría.

« Gracias, divino tesoro,
hada espléndida del valle,
la del arrogante talle,
la de las pestañas de oro. »

Y olvidando los agravios
con que antes pagó su amor,
de tanto besar la flor
la deshojó con sus labios.

Y embriagado de contento
guardó la flor deshojada...
sin saber que fué arrancada
por la violencia del viento.

MARIANO MIGUEL DE VAL

UNA OBRA NOTABLE

El nombre de Daniel Urrabieta Vierge es ya familiar á los habituales lectores de *Hispania*, acostumbrados á saborear en estas páginas las bellezas de sus soberbias composiciones, cada una de las cuales es una patente manifestación del talento de un gran artista.

Enamorado de las obras maestras de la literatura clásica española, los temas preferidos por Vierge y los que más se adaptan á su manera de ser y de sentir, son los que le inspira la lectura de las obras de los grandes autores castellanos de otras épocas y especialmente de Cervantes y de Quevedo.

A buen seguro que el solo nombre de nuestro eximio colaborador artístico es suficiente para evocar en cada uno de los lectores de *Hispania* el recuerdo del sinnúmero de escenas del «Quijote» que, soberbiamente interpretadas por el lápiz del artista, hemos tenido nosotros ocasión de ofrecerles, dándoles á ellos la de admirarlas.

Dada la predilección de Vierge por semejantes asuntos, no son de extrañar el entusiasmo con que ha acometido la tarea de ilustrar la popular obra de Don Fransisco de Quevedo « Don Pablo de Segovia » y el éxito completo que ha coronado su empresa de editarla en forma monumental, encerrando en uno solo dos monumentos : el literario y el artístico ; que monumento es, y digno en un todo de ser perpetuado, el magnífico caudal de dibujos que decoran la edición, rica en todos conceptos.

Además de los innumerables dibujos firmemente apuntados, elegantemente construídos, magistralmente compuestos, figuran en ella expléndidas láminas sueltas en las cuales ha prodigado Vierge todas sus cualidades de artista ilustrador y de caricaturista refinado. Es verdaderamente asombrosa la compenetración que se observa entre el texto de Quevedo, bellamente traducido á la lengua de Racine por J.-H. Rosny y las ilustraciones de Vierge. Puede afirmarse que éste, por medio de su arte, evoca toda una época, presentándola á la admiración del espectador con todo su carácter y sus costumbres, retratándola de cuerpo entero, comunicándola una vida intensa y exuberante.

¿Cómo ha logrado semejante prodigio? Estudiándola tenazmente en todos sus detalles y bajo todos sus aspectos, viviéndola primero con la imaginación, para reproducirla después fielmente, gracias al mágico poder de su talento de asimilación y á la avasalladora fuerza de su lápiz.

Y no solo se ha compenetrado de la época en que se supone la acción de la popular novela de Quevedo, sino del alma de ésta y de los personajes que en ella se pintan, á cada uno de los cuales ha reproducido fielmente, dándose el caso curioso de que el lector, aun cuando antes los hubiese imaginado de distinto modo, al verlos dibujados por Vierge, siente que desaparece de su magín la impresión que antes le dejaran para ceder el sitio á la que le producen interpretados por el artista. «Sí, así son y así debió concebirlos Quevedo» exclama. Y ni por pienso se le acude que puedan ser de otro modo. Lo cual no tiene nada de extraño, pues, á decir verdad, no pueden serlo desde el momento que Vierge los ha representado, no solamente de cuerpo entero, sino en cuerpo y alma.

Fondo y figuras, ambiente y personajes, todo lo que pueda contribuir á dar una idea de la novela de Quevedo, lo ha tenido en cuenta el dibujante para contribuir con sus soberbias ilustraciones á hacer *sentir* la obra. Y como, amén de su estudio concienzudo y hondo, ha puesto al servicio de su empresa la fuerza de expresión, la firmeza, la gracia y la elegancia de su lápiz privilegiado, ha triunfado completamente en su empeño, justificando en un todo las frases laudatorias y entusiásticas que en el estudio sobre su personalidad artística le dedica el notable crítico Roger Marx.

Los dibujos que constituyen la ilustración de « Pablo de Segovie » (El Gran Tacaño) alcanzan la respetable cifra de 120 y son soberbiamente reproducidos por medio del heliograbado en cobre, siendo éste retocado por el eminente artista.

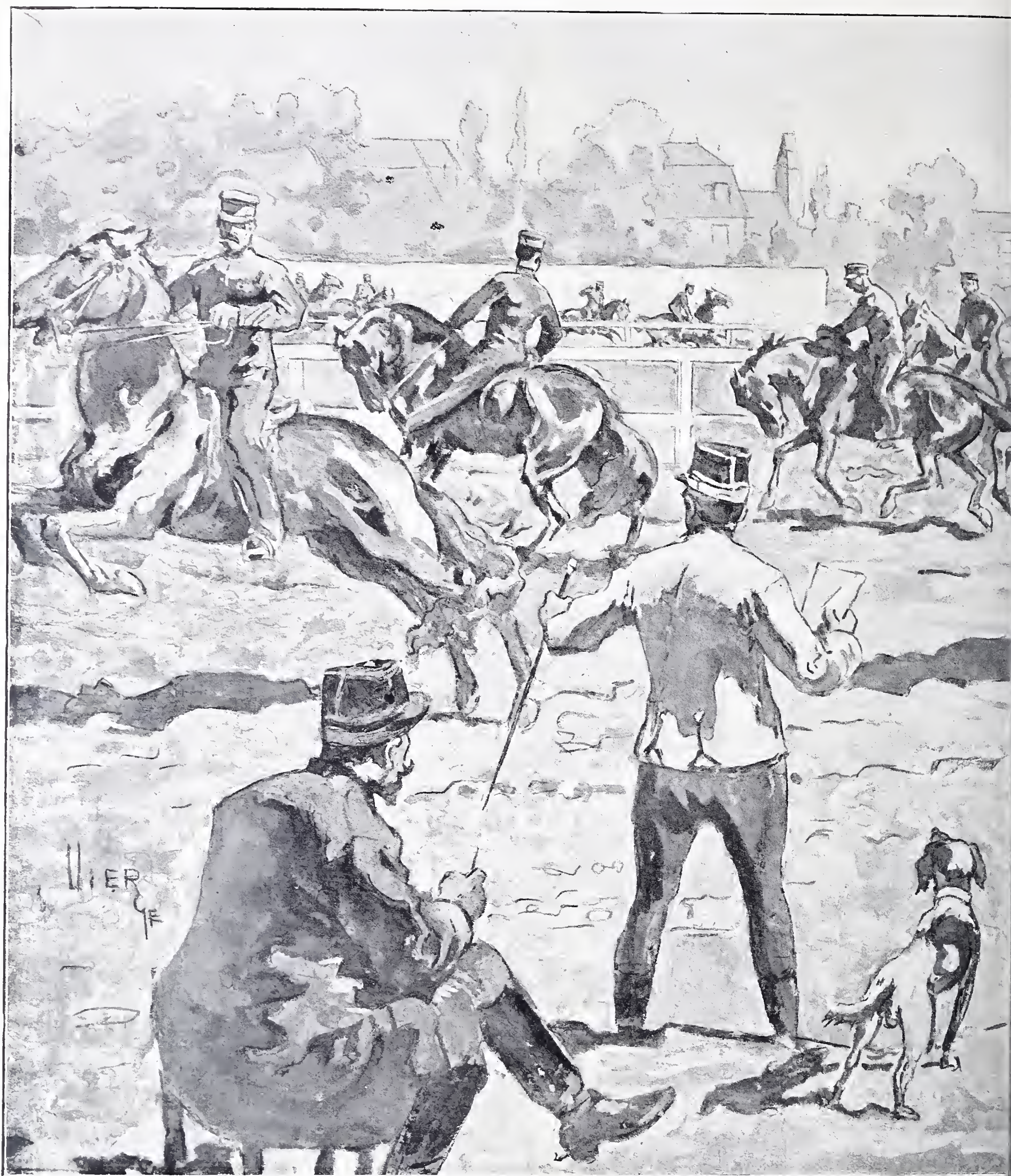
Como se ha dicho, la edición es monumental, constituyendo un grueso y rico volúmen de unas doscientas páginas, impresas sobre recio papel superior.

Tanto por las condiciones materiales del libro como por la pulcritud de la traducción, merece ocupar un sitio de preferencia en el despacho de todo bibliófilo y de todo literato, de la misma manera que debe ocuparlo en el estudio de todo artista por las inmejorables ilustraciones de Vierge y por la semblanza de tan eminente artista que, como hemos dicho, ha puesto Roger Marx ante el texto de Quevedo.

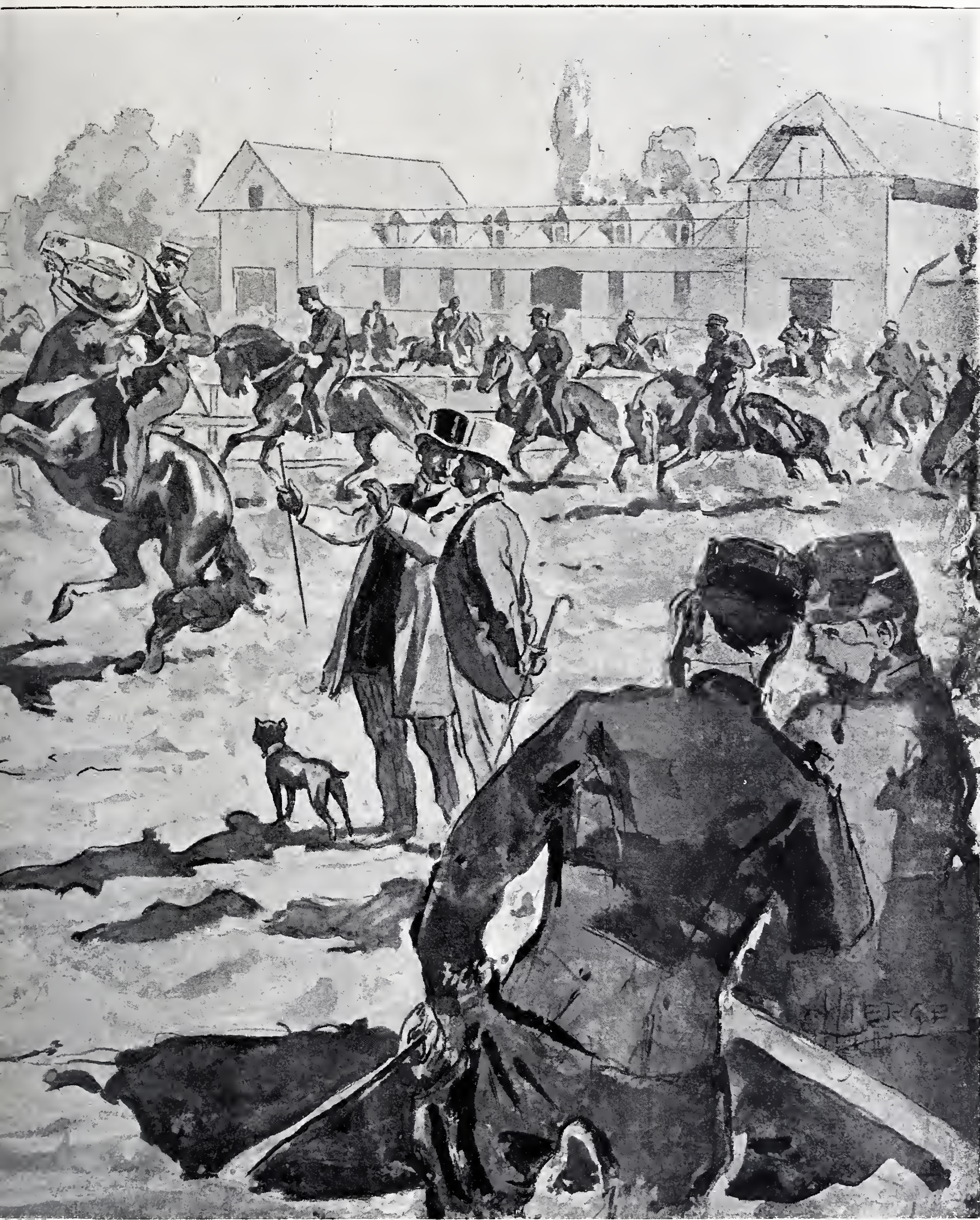
Por todo lo cual creemos prestar un servicio á los lectores de *Hispania* recomendándoles la adquisición de la obra, cuyos pedidos pueden hacerse al mismo Vierge, (29, rue Gutenberg, Boulogne sur Seine) y al editor Edouard Pelletan, (125, boulevard Saint Germain, París.)

* * *





D. U. VIERGE



CONCURSO HIPICO



CUENTOS ORIENTALES

I

A la muerte del rey Yusuf, toda la India se llenó de duelo: y de los más ocultos rincones de Afghanistán, acudieron *plañideras* de fama, á llorar diez días y diez noches sobre el cadáver sagrado.

Hubo junta de grandes para acordar las penitencias. Los sacerdotes, en señal de duelo, cerrarían los templos y darían libertad á todos los rehenes para sacrificios. Las mujeres del harem, subirían descalzas al monte Rún, y, como por afrenta, habrían de aceptar trato con los pastores negros.

Daríase libertad á los esclavos adolescentes para que, armados de mirto, y con fajas de terciopelo azul, pasearían por la ciudad, voceando, á modo de pregoneros, las grandezas del rey que murió.

Por último, se cerrarían al pueblo, durante seis lunas, los jardines reales; serían degollados los cisnes de la laguna Zobeya y en la sangre caliente se mojarían las armas victoriosas de Yusuf, para preservarlas de maleficio.

Tales fueron, entre otras, las decisiones del Consejo de los grandes, celebrado en el salón de caoba y de oro, á presencia de los dos hijos del rey: Tual, guerrero, y Adul, poeta.

De pronto, sonaron flautas y chirimías y oyéronse, pausados y quejumbrosos, los cánticos sacerdotales.

Era que el Gran Fakir venía á «cerrar consejo», santificando los acuerdos tomados con su palabra pontifical.

Precedido de veinte sacerdotisas, que arrastrando sus túnicas blancas miraban el suelo y cantaban versos del Mamí, el gran Fakir, con su barba blanca y venerable, entró en la estancia, moviendo, lentamente, su tiara.

Tenía la figura de un apóstol cristiano y en su mirar sereno y tranquilo había mucha caridad.

Conforme entró, los grandes hicieron reverencia. La silla de marfil fué custodiada por dos vírgenes rubias y el anciano tomó asiento, luego de bendecir á todos.

Los dos príncipes, Tual, guerrero y Adul, poeta, llegáronse ante el Gran Fakir: éste, tomando el pebetero sagrado de manos de una virgen rubia, quemó harinas olorosas, de cinamomo y de laurel. Luego, la otra virgen trajo los libros de los Vedas, y el sacerdote leyó, en voz alta, á los dos príncipes arrodillados, aquel pasaje: « *El sueño de tu padre es profecía y tu eres sol y el sueño de tu padre flor que espera...* »

II

El Gran Fakir habló de esta manera.

—« Grande es la congoja del reino, porque Yusuf nos deja, al anochecer, cuando las sombras vienen y el jaguar menea su cola.

Orillas del Ganges, entre el rumor de su corriente sagrada, suenan lamentos de guerra. Y por la reina Hurí, se arman tropas, contra nosotros ».

Un murmullo de cólera siguió á estas palabras del Fakir, el cual, levantándose, y con los brazos en cruz, hizo un conjuro sagrado á los dos príncipes.

—« Es destino de Brahma, y escrito queda con las estrellas del anochecer, que uno de vosotros, ¡ hijos de Yusuf, príncipes de Darmenia, favorecidos de Budha! busque en su corazón, y en sus manos, para vencer á la reina Hurí. Sus tropas son como las arenas de la mar; sus ca-



ballos, fuertes y ligeros como leones; y ella está cautiva, porque Brahma le enviará su libertador.

El mortal que librase á la reina Hurí, nos librará de sus ejércitos y será su amo y su señor y su gloria.

Porque Hurí es la reina hermosa, la reina buena y la reina sabia. Y su conquista es amor para ella, gloria para el caudillo y salud y bendición para dos reinos...

Estudiad ¡oh príncipes! vuestros corazones y vuestras manos, para elejir acertadamente los caminos del Amor.»



III

Los dos hermanos vivían sin sosiego; pensativos y tristes, erraban por los bosques de día, y, llegada la noche, se iban á las riberas del lago, donde, á la claridad de una luna suave, parecían oirse las palabras del Gran Fakir.

En una de estas mansas noches indias, Tual, el guerrero, lanzó su canoa á las aguas. Y Adul, creyente y melancólico, se puso á orar entre los tamarindos.

La quietud del lago se alteró con el remar de Tual. Huían los cisnes, gallardeando sus airosos pescuezos; los peces de color se hundían y volvían á asomar, en una agitación incansable, y la canoa de cedro avanzaba entre vistosos flecos de espuma.

Tual pensaba en la reina Hurí y en el terrible ejército que la defendía. Su corazón generoso saltaba de placer, y su imaginación india creaba ejércitos poderosos, inmensos escuadrones invencibles, á cuyo frente él, Tual, jinete en una yegua blanca, daba libertad á la reina Hurí.

En el entretanto, Adul oraba. Sus ojos miraban á la luna, á la blanca luna señoril, colgada de los cielos como una lámpara ideal. En su cara tranquila, había placidez de éxtasis, y sus manos, levantadas al cielo, tenían como ofrenda un manojo de rosas.

Adul soñaba con la reina Hurí.

Su alma de poeta se adormecía en la quietud de la noche; y respirando la frescura del agua se esponjaba su corazón.

Pensaba en la reina y en su terrible ejército. Y soñó que su caridad de poeta, desarmaba á los hombres; que su amor á la paz vencía á todos los guerreros, y que las suavidades de su palabra evangélica conquistaban el corazón de aquella reina incomparable.

...Al otro día, los dos príncipes partieron en busca de la reina Hurí.

Tual, el esforzado, recorrió las tribus, formó tropas de bandoleros, compró á los pastores y levantó en armas cuantos lugares hubo de recorrer.

Dejaba á los pueblos en la ruina; á las mujeres viudas; á los niños sin padres. Cuando salía de un lugar, allá quedaba el rastro de la perdición; rebaños de carneros se desparramaban por las siembras; manadas de toros corrían, mujiendo, por las llanadas; grupos de camellos en libertad, trotaban hacia los bosques del Arot. Y el azote de la guerra, maldito y odioso, avanzaba con Tual, como atado á la cola de su yegua blanca...



IV

Adul emprendió su camino, en busca de la reina Hurí. Despojado de toda señal guerrera, solo y lleno de amor, se presentó á los pastores. Con palabras de humildad predicó la paz entre los necesitados. Llamaba á sí á los niños y le seguían las mujeres pobres. Y una tarde primaveral y divina, entró en una ciudad, á pie y con su túnica blanca, entre las aclamaciones del pueblo.

Aconsejaba á los ricos la limosna y á los pobres la fé. Limpiaba á los enfermos sus úlceras, se cogía á los vagabundos de otras tierras y á las vírgenes indias les contaba historias de amor.

Bien pronto, la fama de Adul se corrió por el Asia entera. De todos los reinos llegaban gentes en su busca, y los guerreros de su hermano Tual arrojaban las armas al camino y venían, sedientos, por la caridad y por el amor.

Al clarear un sábado, llegó el joven apóstol ante el palacio de la reina Hurí. Las tropas, al verle, acudieron á él y se arrodillaron como ante un Dios. Y la reina Hurí, delicada y joven, graciosa y serena, aguardaba al apóstol, sentada en su trono de marfil.

La reina besó al príncipe y un coro de vírgenes cantó bendiciones.

Y á la misma hora en que Tual, medroso y fugitivo, corría descalzo por el monte, la tierra se alborozaba con los desposorios de un evangelista y de una reina.

Y la reina Hurí, cantaba á su esposo:

—Ven á mí, elegido de mi alma. Porque tú me regocijas y tu corazón está sano y en tí mora el bien...

Porque llegaste á mí por los caminos del Amor...

Cristóbal de Castro

Ilustraciones de R. Navarro



J. CARDONA BRETONA

EL QUINTO NO MATAR

Durante los ruidosos sucesos ocurridos recientemente en Francia con motivo de la aplicación de la Ley de las Asociaciones, se dió el caso curioso de que un militar, obedeciendo á la voz de su conciencia, dejase sin cumplir la orden de un superior. Sometido á consejo de guerra, se le condenó á un solo día de prisión, con aplauso de todo el mundo... Las simpatías de la mayoría de los ciudadanos se inclinaban hacia el acusado, debido, más que á otra cosa, á las circunstancias en que realizó su acción. Casi puede afirmarse que ésto le valió los honores de la celebridad que no había conseguido hasta entonces, á pesar de los muchos años que llevaba sirviendo y de la brillante nota de servicios que podía ostentar con orgullo.

— Mi conciencia de cristiano — afirmó ante el consejo de guerra el coronel Saint-Remy — me impedía obedecer la orden que se me daba de dirigir mis hombres contra otros cristianos que sostenían sus derechos.

— La obligación de un militar — se le objetó, — no es la de discutir las órdenes de sus jefes, sino la de cumplirlas.

—La obligación de un cristiano, de un católico, es la de obrar según Dios manda. Por delante la voluntad de todos los jefes habidos y por haber, hay la de Dios.

He aquí una razón que entre cristianos no tiene vuelta de hoja.

Lo cual no impide que en diversas ocasiones haya dejado de producir el efecto que con ella ha alcanzado el coronel Saint-Remy.

Algunas publicaciones francesas han sacado recientemente á colación diversos casos de desobediencia, realizados por simples soldados que han llegado en aras de su conciencia á un heroismo verdaderamente asombroso. Al lado de esas almas sencillas, el acto realizado por el simpático coronel resulta casi insignificante.

He aquí algunos botones de muestra.

En el mes de Diciembre de 1900, estaba sirviendo como recluta en la quinta compañía del 162° regimiento, de guarnición en Verdun, un soldado que respondía al nombre de Petit.

Durante las primeras semanas de servicio, sometióse el muchacho, de suyo dócil, á los múltiples preliminares que lleva consigo la instrucción militar. La subordinación de Petit era digna de ser imitada y la buena voluntad con que se prestaba á los ejercicios podía servir de ejemplo á sus compañeros. Sus jefes estaban completamente satisfechos de su comportamiento.

Por lo cual causó en el regimiento mayor sensación de la que hubiese causado tratándose de otro soldado, la tenaz resistencia que de la noche á la mañana opuso á los mandatos de sus superiores.

Esa resistencia tuvo por orígen la orden que se le dió de empezar los ejercicios de manejo del arma.

— Mi conciencia — afirmaba con energía — me impide aprender á matar al prójimo.

La sorpresa fué grande.

Amonestaciones, argumentos, amenazas, todo fué inútil. El soldado se contentaba con encojerse de hombros.

En vista de ello, se le encerró en el calabozo.

— Ved que triste situación la mía — solía decir á sus guardianes: — me encuentro privado de la libertad por el único crimen de no querer ser homicida.

A pesar de sus razones, fué sometido á consejo de guerra, ante el cual no varió su actitud...

Y fué condenado á tres años de prisión, que cumplió resignado, con la resignación de un verdadero mártir.

Al año siguiente otro recluta, apellidado Gontaudier, gracias á la ley relativa á los sostenes de familia, fué mandado á sus lares.

Su historia era de las más curiosas. Venido expresamente de América para entrar en suerte, había poco después, en 26 de agosto de 1895, fecha de su incorporación en caja, rehusado también el manejo del fusil.

Las demás obligaciones que se le habían impuesto, habíalas cumplido sin la más lijera sombra de protesta. Y al negarse á aprender el manejo del arma, hacíalo suplicando que se le utilizase en las tareas de un cuerpo de administración ó de sanidad, tan penosas, tan repugnantes como se quisiese.

La justicia militar condenole á dos años de prisión, que cumplió pacientemente.

Después fué reintegrado al regimiento para acabar de cumplir el tiempo de servicio. Al incorporarse de nuevo



EL CAZADOR

tendiéronle el arma... y persistió en su negativa de admitirla.

— Mis convicciones religiosas — seguía afirmando — no pueden ser quebrantadas por nada ni por nadie.

Y volvió á visitar el calabozo y fué sometido otra vez á consejo de guerra y le fueron impuestos otros dos años de prisión.

...Y quien sabe lo que hubiese durado la cosa, si, á la vuelta de innumerables gestiones practicadas por diversas personalidades enteradas del caso é interesadas por la suerte del infeliz soldado, no le hubiesen rebajado á éste la pena, mandándole á acabar el servicio en una sección de enfermeros militares de Lión.

Allí fué donde le sorprendió la orden de su libertad definitiva, por haberse descubierto que era sostén de familia. El desdichado había sufrido un año de servicio y cuatro de prisión.

A las mismas razones aducidas por él para negarse á aceptar el fusil, apeló un año más tarde otro soldado, natural de Giromagny (Alto Rhin), apellidado Grasselin y perteneciente al noveno batallón de artillería rodada.

Se le leyeron los artículos del código militar concernientes al caso, pero todo fué inútil.

— No puedo acceder á lo que se me pide — decía por toda respuesta: — Jesucristo dijo: «No matarás...» «Amaos los unos á los otros...» De consiguiente, no puedo aprender á matar ni á herir á mis semejantes.

Al comparecer ante sus jueces, díjole el presidente del consejo de guerra:

— Su obligación de usted no era la de discutir, sino la de cumplir una orden de un superior.

— Por encima de todos mis superiores, que son hombres, está Jesucristo, que es Dios.

Hermosa respuesta, igual á la que daba recientemente el coronel Saint-Remy ante los que le juzgaban por su acto de desobediencia, realizado con motivo de la orden de dirigir sus soldados contra una congregación religiosa.

A pesar de lo cual el coronel Saint-Remy no sufrió otras consecuencias que un día de prisión, mientras que el soldado Grasselin fué condenado, como los reclutas de los ejemplos anteriores, á los consabidos dos años de prisión.

Y cuenta que todos ellos obraban con una lógica mucho mayor á la del citado coronel. Al fin y al cabo éste había abrazado por gusto su carrera, que se negaba á ejercer en un caso determinado, mientras ellos veíanse obligados al oficio de soldados á pesar de su voluntad y, si se negaban á ejercerlo era por tomar de una manera absoluta el principio del Decálogo que nos manda no matar, no tomado por el coronel Saint-Remy más que de un modo relativo

M. G.



F. DOMINGO MI PEQUEÑO ROBERTO



S. VINIEGRA — ESTUDIO DE MUJER



SÁNCHEZ SOLÁ — EN ACECHO

FUEGO A BORDO

I

El magnífico vapor mercante *Concepción* se hallaba fondeado, hace algunos años, en la bahía de Cádiz, pronto á levar anclas y á ponerse en franquía con rumbo á la Habana.

Notábase á bordo la agitación característica de los últimos momentos: despedidas afectuosas, lágrimas y besos, confundiéndose con el ruido estridente del silbato del vapor y con las voces de mando de sus oficiales.

Poco á poco fueron despejando los curiosos y los deudos y quedando sólo en el buque la tripulación y el pasaje: aquellos tomaron las lanchas y los botes que los habían conducido, y desde ellos daban á los viajeros su postrer adios.

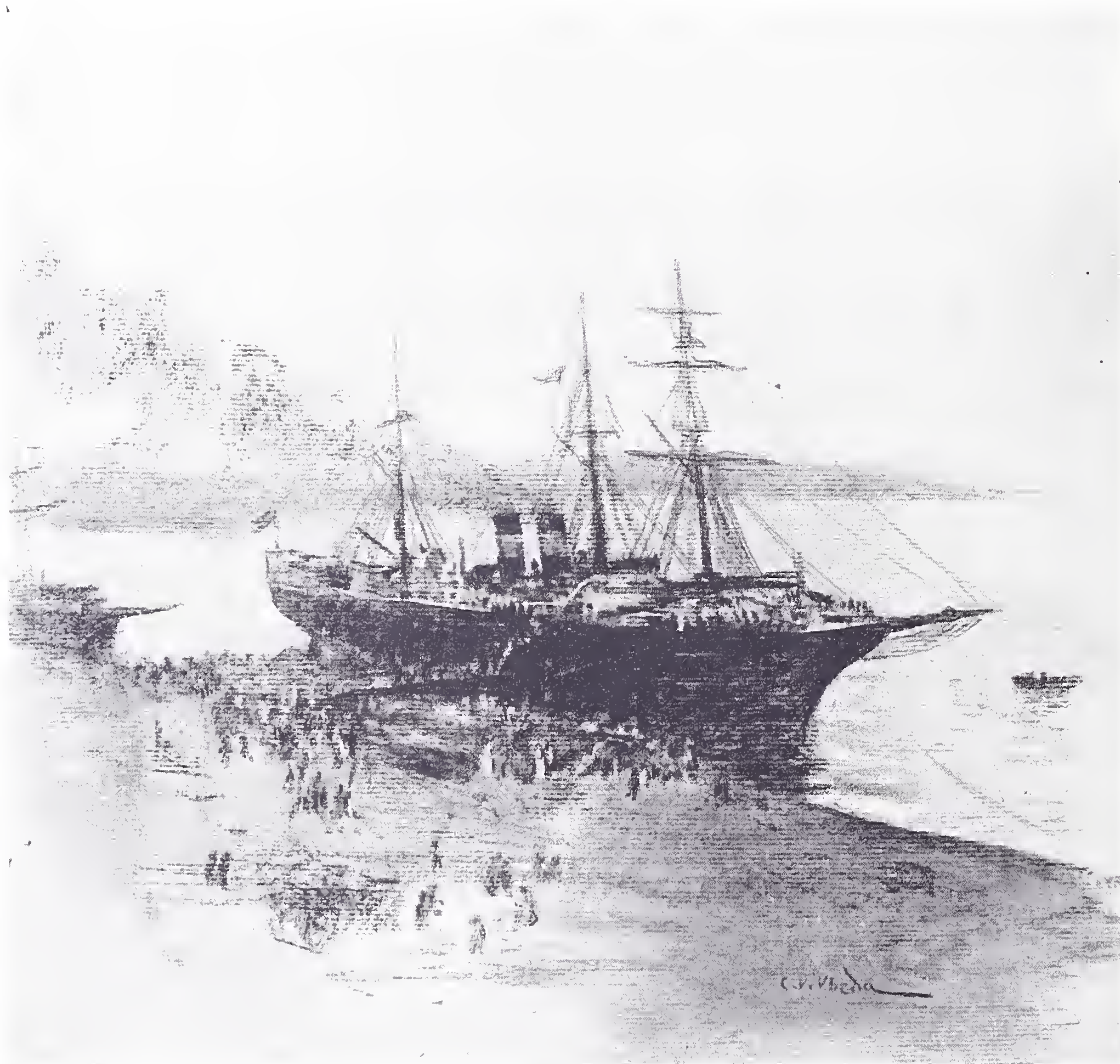
La voz de *leva*, dada por el capitán, hizo funcionar con vertiginosa rapidez la maquinilla elevadora, y el *Concepción* se extremeció al primer movimiento de su poderosa hélice.

Ya llevaba el vapor cuatro horas de marcha, y en su alcazar de popa se respiraba un ambiente de suprema melancolía. Los viajeros, apoyados en las bordas, contemplaban, con ojos humedecidos, las últimas remotas cumbres de su patria querida, porque si bien iban á Cuba, que á la sazón era tierra española, no era aquella la tierra en que nacieron, la que guardaba sus más caras afecciones, ni la en que deseaban morir.

El tiempo era hermoso: ni la más ligera nube empañaba la trasparente bóveda del cielo, y el mar parecía un inmenso lago: por el horizonte descendía el sol con majestuosa lentitud, y su rojo disco empezaba á velarse con la densidad de la bruma.

La campana del buque, con sus sonoros tañidos, sacó á los viajeros de su muda abstracción, anunciándoles que se aproximaba la hora de la comida, y todos ellos bajaron á sus camarotes para lavarse las manos y perfilar su traje.

Y en tanto el *Concepción*, al impulso de su hélice, latía con fuerza y proseguía su marcha tranquila y majestuosa á través del atlántico.



II

Eran las tres de la madrugada.

Todos descansaban á bordo menos el oficial de cuarto y la parte de tripulación que hacía la guardia.

El tiempo seguía siendo inmejorable.

Sobre el puente y recostado en una silla, hallábase Jaime, segundo oficial del buque, y á poca distancia el timonel, empuñando la rueda y mirando con frecuencia la bitácora para mantener el rumbo que se le había marcado.

Sintiéronse pasos por la escalerilla del puente, y momentos después se presentó el capitán: Jaime, al verlo, se levantó de su asiento.

—Quieto, Jaime, no se incomode: en esta silla estoy bien—dijo, tomando otra y sentándose al lado del piloto.

Don Juan, capitán del *Concepción*, era hombre de cincuenta años, marino antiguo, curtido por el sol de los trópicos, avezado á los peligros del mar, encariñado con su buque, y un tanto rudo en sus formas, pero con un corazón de oro, y de un carácter bellísimo.

— ¿ Hay alguna novedad ? — preguntó.

— Ninguna : el tiempo sigue bueno y el mar está como un plato : creo que este va á ser el mejor viaje de cuantos hemos hecho.

— ¿ A esto llama usted un buen viaje ? Esto se llama aburrirse.

— Mi capitán : eso va en gustos, y...

La frase del piloto quedó truncada por la aparición del contramaestre.

— ¿ Qué hay, nostramo ? — le preguntó Don Juan.

— Quisiera hablar con usted, mi capitán.

— Pues empiece.

— Hay fuego á bordo.

El capitán y el piloto se pusieron en pie rápidamente ; pero dominando el primero la impresión que la noticia le produjo, preguntó con relativa calma :

— ¿ En dónde está el fuego ?

— En las bodegas.

— Vamos allá.

Y él y el contramaestre, bajaron del puente y se dirigieron hacia la proa.



III

Alboraba el nuevo día: la tripulación se entregaba á las faenas del baldeo: alguno que otro pasajero se paseaba por la toldilla: nada indicaba la proximidad de una catástrofe.

Sin embargo ; á cualquiera que hubiese conocido el número de hombres de mar que formaban la dotación del buque, le hubiera extrañado que fueran tan pocos los que se veían baldeando : verdad es que los que se echaban de menos, podían estar ocupados en otra cosa.

Y así era en efecto; pero ni remotamente podía pensar nadie qué cosa era aquella que así distraía á una parte de la tripulación.

A proa del buque y con el sigilo y la circunspección que el caso requería, se estaba preparando todo lo necesario para construir y armar una balsa con tablones y pipas vacías.

Las escotillas estaban herméticamente cerradas.

Pasó la hora del desayuno y vino la del almuerzo.

Don Juan se presentó en la cámara que servía de comedor, con el semblante sonriente, y como él, todos los oficiales del barco.

La conversación fué muy animada mientras duró el almuerzo : á los postres giró sobre el calor que se empezaba á sentir, especialmente en la cubierta.

El capitán no hizo, al parecer, caso de aquella observación, y abandonó la cámara.

El día pasó sin incidente alguno: los pasajeros se entretuvieron en leer ó pasear por la toldilla, y los niños en jugar.

En uno de los grupos y ya de noche, tomó la conversación un giro interesante. Un joven almibarado y presumido, que iba á Cuba á pasar una temporada para complacer al ministro y para distraerse, porque en Madrid se aburría, dijo haber notado desde por la mañana que la gente de á bordo estaba muy seria y, sobre todo, que los tripulantes cuchicheaban entre sí.

— Para mí — decía — debe de ocurrir algo : quizá se haya inutilizado algún pistón de la máquina.

Dos ó tres de los oyentes coincidieron en aquella apreciación, y á ruego de las señoras fueron á preguntarle al capitán si eran ciertos sus temores.

— Nada ocurre ni nada hay que temer — les contestó Don Juan.— El tiempo está magnífico, y si continua así, llegaremos felizmente al término de nuestro viaje.

Los temores que por un momento habían suscitado las palabras del joven observador, quedaron desvanecidos con las palabras del capitán.

IV

Pasó la noche, y amaneció el tercer día de navegación tan espléndido y tan sereno como los anteriores.

Sin embargo, se acentuó mucho el ir y venir de los tripulantes: se recogían cables, se preparaban las embarcaciones menores, se disponía la escala, y se hacía todo esto porque de tres á cuatro de la tarde debía el *Concepción* tomar puerto en Canarias.

La arribada á puerto regocija siempre y, esto no obstante, los pasajeros creyeron notar que la taciturnidad de la tripulación acrecía y que sus cuchicheos aumentaban.

Había terminado el almuerzo hacía ya una hora, y los pasajeros observaban desde el alcázar de popa el Pico de Tenerife que parecía surgir del fondo de las aguas á una distancia de veinticinco á treinta millas, cuando la voz del Capitán, seca y vibrante, les hizo abandonar la observación.

—Señores—les dijo—escucharme un momento.

La severa actitud del viejo marino, la rigidez de su semblante y el acento con que pronunció aquellas palabras, impresionaron vivamente á los viajeros. Cuando todos estos prestaron atención á sus palabras, continuó diciendo:

—Estamos á la vista de tierra con mar tranquila, y no hay ya peligro alguno si ustedes me obedecen ciegamente. Desde que salimos de Cádiz trae el barco fuego en sus bodegas, sin que haya sido posible dominarlo: en este instante el peligro es inminente; pero como ya he dicho, no hay que temer por la vida de nadie si todos ustedes me obedecen. Les concedo diez minutos para que puedan ustedes recoger de sus camarotes lo más indispensable, y presentarse de nuevo sobre cubierta.

El estupor y el pánico que las palabras del capitán produjeron en el pasaje, fueron horribles: ayes, lágrimas, carreras, confusión, aturdimiento.

Las madres abrazaban á sus hijos exhalando gritos lastimeros é implorando la misericordia del cielo: los hombres corrían desatentados: nadie se cuidó de bajar á los camarotes para recoger ni siquiera un pañuelo.

Don Juan observó el aturdimiento del pasaje y vió que el tiempo se perdía en lamentaciones, así es que, tomando una resolución extrema, dijo con voz de trueno.

—Elijan ustedes entre la salvación ó la muerte.

Y al decir ésto, sacó de los bolsillos dos revólvers, y los amartilló. Al propio tiempo, los oficiales del buque, que habían ido acudiendo, así como el contramaestre, amartillaron á la vez sus armas.

Ante aquella inesperada y resuelta actitud, todos quedaron suspensos: el capitán aprovechó aquel momento para ordenar que se arriaran los botes y para que echasen al mar la balsa en sigilo construída.

Cuando vió cumplimentadas sus órdenes, se acercó á la escala y allí, con el semblante tranquilo, pero con las armas en la mano, empezó á dar sus últimas disposiciones.

—Carlos—dijo llamando al primer oficial.—Al primer bote con seis marineros.

Su mandato fué inmediatamente efectuado. Luego prosiguió:

—Las señoras y los niños: pronto; á ese bote.

Esta segunda orden no fué tan fácilmente obedecida como la primera, porque casi todos los pasajeros quisieron precipitarse en la pequeña embarcación, pero dos disparos hechos al aire los contuvieron, y las señoras y los niños pudieron acomodarse en el bote, que inmediatamente se separó del costado del vapor, cuya máquina había dejado de funcionar, é hizo rumbo hacia la isla al impulso de los remos.

Por el orden de un oficial, seis ó cuatro marineros y quince ó diez pasajeros, según el tonelaje de los botes, todos fueron evacuando ordenadamente el vapor, en el que no quedaron más que el capitán, el contramaestre, cuatro marineros y el personal de máquina indispensable.

Don Juan subió al puente; hizo poner en movimiento la hélice, y ordenó forzar la marcha cuanto fuera posible con intención de abordar la playa más próxima; pero todo fué inutil: diez minutos después estalló con estrépito la cubierta; las llamas empezaron á invadirla, y el buque comenzó á hacer agua y á sumergirse lentamente: la máquina había dejado de funcionar.

Entonces fué cuando don Juan abandonó el *Concepción* con la gente que en él quedaba y siguió el rumbo de los demás botes.

El valiente marino, que nunca había tenido miedo á las borrascas; que jamás había temblado ante peligro alguno, y que siempre había arrostrado con serenidad el embate de los huracanes que habían puesto en grave riesgo su existencia, abandonó su barco, taciturno y sombrío.

IV

No pereció ninguno de los pasajeros ni de los tripulantes del *Concepción*, que se fué á pique enseguida, y todos llegaron sin accidente alguno á las costas de Canarias tras unas diez horas de viaje á remo; pero al poner los pies en la hospitalaria isla de Tenerife y respirar ansiosamente, con la satisfacción del que ve salvada su vida, observaron que el capitán, pálido como un cadáver y con la vista fija en el mar, lloraba como una criatura.

CAMILO MILLÁN

Ilustraciones de V. UBEDA



POR ESOS TEATROS

Teatro Granvía: «Anima» drama en tres actos de la Señora Rossetti. — Dos estrenos en Romea. — Los demás teatros.

Durante la quincena que acaba de transcurrir ha continuado actuando en el teatro Granvía la señora Iggius, obteniendo con su compañía los aplausos del público que, noche tras noche, ha acudido á saborear su arte y su belleza... Especialmente su belleza.

De pocas de las obras que nos ha ofrecido hasta ahora puede afirmarse que sean producciones realmente notables. Lo cual no quiere decir que no las haya representado buenas y apreciables hasta cierto punto. Dejando á un lado «Los Fuegos de San Juan» de Shudermann, la mejor sin duda de las que nos ha dado á conocer hasta ahora ha sido «Anima» de la escritora italiana señora Rossetti. La fama de que venía precedida la obra y la circunstancia de haber sido premiada en el concurso dramático italiano de Turin, fueron bastante para que el público que se preocupa de cosas de teatro esperase el drama con verdadera impaciencia.

Pero vino la noche del estreno y, sino un chasco, se llevaron los espectadores una verdadera decepción. El acto primero es de todo punto notable, conteniendo la exposición de un problema interesantísimo y profundamente dramático, basado en el desamor que siente un hombre por la mujer á quien ha querido, al confesarle ésta una grave falta pasada, cometida contra su propia voluntad, circunstancia ésta que no toma en cuenta el amante, á pesar del empeño con que se la hace notar ella. El acto concluye con la separación violenta, dejando á ambos en el mayor desconsuelo.

En la exposición del conflicto raya la señora Rossetti á gran altura, creando situaciones dramáticas de un vigor extraordinario. El acto resulta bien construído y los personajes adquieren el relieve que les corresponde, gracias al carácter de que ha sabido dotarles la autora.

Pero viene el segundo acto y la obra decae sensiblemente, debido más que á otra cosa á la circunstancia de no haber sabido la señora Rossetti conservar los tipos tal como aparecían en el acto anterior. No parece sino que cada uno de ellos haya cambiado de temperamento pasando de sujetos dramáticos á entes vulgares, sin pizca de razón ni de alma. El amante es un calavera como todos y la mujer una perdida como cualquiera, sin otro ideal que el de hacer sufrir á su antiguo adorador, vendiendo delante de él la propia honra.

En cambio en el tercer acto vuelve á aparecer la mujer de rectas intenciones. Casada con el que en el segundo la *compró*, le hace completamente feliz, impulsándole en el camino de la vida y dándole fuerzas para resistir fatigas y penalidades, mientras su antiguo amante, casado con una joven materialmente casta pero moralmente corrompida, pasa una vida de amarguras y busca en el suicidio una solución á sus males.

He aquí el esquema de la obra de la señora Rossetti. Que los caracteres de los personajes son inconsistentes no hay para que decirlo, pues á la vista salta. A pesar de lo cual la obra consigue casi siempre interesar al espectador, debido á las bellezas que adornan cada uno de los actos, considerado aisladamente.

La compañía de la señora Iggius interpretó la obra con singular acierto, distinguiéndose extraordinariamente dicha actriz en el papel de protagonista y el señor Robert en el de amante.

El público que asistió á la representación de *Anima* no fué ni con mucho tan numeroso como el de otras noches en que se representa género... ligero.

Esceptuando dicho teatro, el único que ha ofrecido alguna novedad digna de mención ha sido el de Romea, donde se han estrenado el magnífico sainete de Santiago Rusiñol titulado «El malalt crònich» y el drama en tres actos «L'escolanet de la Pobla», debido á los señores Giraldos y Ferrer y Codina.

De la primera de dichas obras, cabe decir que es realmente deliciosa, tanto por las situaciones cómicas que en ella abundan, como por los innumerables chistes de que está cuajada. Con apuntar el asunto hay bastante para hacerse cargo del carácter del sainete. Trátase de una de las llamadas *casas de salud*, en la cual se albergan innumerables huéspedes completamente sanos, ávidos de divertirse y cuyo tormento lo constituyen las impertinencias de un viejo paralítico, (el único enfermo verdadero que hay entre ellos) el cual se ve precisado al final de la obra á abandonar el establecimiento.

Santiago Rusiñol, con su gracia exquisita, ha bordado deliciosamente el asunto, esmaltándolo de escenas altamente cómicas que obligan á reirse aun á los espectadores que, más sensibles que la mayoría, llegan á sentir conmiseración por el paralítico.

En su género, puede afirmarse que «El malalt crònich» es de las mejores piezas que suelen estrenarse en el teatro Romea.

Siento no poder decir lo mismo respecto á «L'escolanet de la Pobla», obra de *costumbres ampurdanesas* escrito casi en bilingüe, pues abundan en ella los modismos y giros absolutamente castellanos. Y es una verdadera lástima, pues, si bien no se trata de una cosa del otro jueves, tiene el drama dos actos (el primero y el segundo) aceptables.

La interpretación, igual que la de «El malalt crònich», fué muy acertada por parte de la mayoría de los artistas que tomaron parte en ella.

Las novedades en los demás teatros han sido escasas, habiéndose realizado en el del Tívoli (Circo Ecuestre) innumerables debuts y beneficios de artistas y estrenado en Eldorado con éxito dudoso una zarzuelita de D. Fiacro Irayzoz y el Mtro. Vives, titulada «Lola Montes.»

UN ESPECTADOR

A NUESTROS LECTORES

Creemos un deber ineludible participar á nuestros lectores y abonados que *Hispania* desde el próximo 1.° de Enero de 1903 pasará á ser propiedad del eminente artista Don Alejo Clapés, cuyo sólo nombre es garantía del éxito y vida futura de nuestra publicación.

Hispania ha contraído con el público, que con tanto aliento ha favorecido nuestros desinteresados impulsos en pro del arte y cultura genuinamente española, un compromiso y deuda muy solemnes, de no cejar en mantener el nivel artístico y literario hoy universalmente reconocidos. *Hispania* ha sido objeto de nuestra preferente solicitud y más nos place mostrar la colección completa de sus números que acudir á vanos encomios en loor de la tarea que voluntariamente nos impusimos.

Otras atenciones, también de índole artística, reclaman hoy nuestro concurso y hacen que en bien del público, traspasemos la propiedad y dirección artística desde la fecha indicada al Sr. Clapés, cuya relevante personalidad y vigorosa potencia en el terreno del arte imprimirán á *Hispania* aquella importancia é interés á que hubiésemos también contribuído nosotros al continuar al frente de nuestra Revista.

Al despedirnos del público desde el año próximo, cúmplenos ante todo agradecer el valioso apoyo de todas las entidades, corporaciones, prensa y subscritores que nos alentaran en nuestra empresa, merced á las cuales pudimos llegar á donde ha llegado nuestra revista. Dígnense los mismos en adelante favorecer con igual entusiasmo á la nueva empresa editorial de *Hispania*, de la cual seremos nosotros los primeros entusiastas colaboradores.

H. M.



ATLAS



GEOGRÁFICO

SEGUNDA EDICIÓN

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Completo y encuadernado, 12 PESETAS

LITOGRAFÍA. ENCUADERNACIONES

Hermenegildo Miralles, Editor

68, Calle de Bailén, 70

BARCELONA



º 90.-15 NOVIEMBRE 1902 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



JOAQUINA PINO

El Palacio de don E. Juncadella

El palacio de don E. Juncadella, recientemente construído en la Rambla de Cataluña, es una verdadera joya, digna en un todo del premio que acaba de concederle el Ayuntamiento en el concurso anual de edificios, establecido de algunos años acá para estímulo de propietarios y arquitectos.

Como podrán ver los lectores de *Hispania* por las reproducciones que publicamos de diversas vistas de tan soberbia construcción, dicho palacio es la obra de un verdadero refinado. Todo el talento, toda la cultura artística del arquitecto señor Sagnier, se manifiestan en cada uno de los detalles, en cada aspecto del conjunto, en cada línea del edificio.

¡Cuán atractiva aparece aquella casa esbelta, primorosa, llena de distinción y elegancia! ¡Y qué belleza la suya, al comparársela con muchas de las que, adocenadas y cursis á pesar de la bondad de sus materiales, figuran en aquella importante vía de nuestra ciudad!



Puerta de entrada del Palacio de don E. Juncadella
Arquitecto: don Enrique de Sagnier

El estilo moderno á que pertenece la obra y la circunstancia de ser ésta destinada á un propietario de exquisito gusto, han permitido al señor Sagnier desenvolver su imaginación portentosa de artista eminente. En cambio su educación artística y su privilegiado temperamento le han guiado en su camino para vencer todo género de dificultades é impedir que cayese en el defecto de extravagancia en que caen ciertos artistas que confunden lastimosamente el arte moderno con el mal gusto.

Por eso, sin rebasar jamás los límites de una sobriedad realmente artística ni apelar nunca á recursos extremosos y complicaciones desmedidas que, si seducen al *gros públic,* no llegan á convencer á ningún hombre de mediana ilustración, ha producido un ejemplar de *arquitectura artística* escepcionalmente elegante, harmónica, de una simplicidad sumamente simpática y de una esbeltez altamente atractiva.

Así lo han entendido todos los que han fijado su atención en el palacio y así lo entendió el jurado encargado de premiar los edificios concluidos durante el año al otorgarle el premio, en testimonio del cual fué entregada hace pocos días por el Ayuntamiento al propietario señor Juncadella la placa conmemorativa que, colocada en la fachada del edificio, debe en adelante atestiguar distinción tan honrosa.

Al testimonio de admiración que con su fallo otorgó el jurado al señor Sagnier, une *Hispania* el suyo, reproduciendo las vistas que acompañan estas líneas y felicitando al mismo tiempo al arquitecto por su obra.

* * *

PALACIO DE D. E. JUNCADELLA EN LA RAMBLA DE CATALUÑA

Vista general



Escalera. — Parte alta

Arquitecto: Don Enrique de Sagnier



Escalera.—Planta baja



Fachada principal



EN UN SLEEPING-CAR

Lo que voy á referir ocurrió en el *sleeping-car*, sistema Pullman, que circulaba por una línea del Oeste. Después de aquella primera entrada en lo inconsciente que hace el viajero fatigado al echarse en su cama, me desperté para observar con verdadero asombro que había dormido apenas dos horas. Una larga noche de invierno fijaba en mí su cóncava mirada.

Era imposible el dormir, y permanecí allí, echado boca arriba, pensando en un sinnúmero de cosas, y preguntándome, por ejemplo, qué razón había para que las sábanas del *sleeping-car* no se pareciesen á las otras que yo conocía: por qué son á cuadritos iguales como el adorno de ciertos pasteles: por qué resbalan cada vez que uno se mueve: por qué pesan tanto y no calientan aun estando quietos: por qué las cortinas de la cama, en vez de tener un espesor sofocante, son solamente opacas, y por qué se acuesta uno despierto en un *sleeping-car*, cuando sería mucho más fácil dormir sentado en un coche ordinario.

Hay que advertir que los ronquidos de mis compañeros de viaje contestaban á esta pregunta mía más pronto de lo que yo quería.

La comida del día anterior me pesaba en el estómago aun más que la cubierta de la cama. Sin duda esto me condujo á preguntarme por qué razón en todo cuanto abarca el nuevo continente no se ha descubierto ni un solo plato local: por qué la lista de todos los comedores es siempre la misma, es decir, una pálida copia de las listas de la metrópoli: por qué los platos que en ellas figuran son siempre idénticos y sólo difieren en el grado de incapacidad de sus autores: por qué un viajero americano ha de comer quiera ó no quiera pavo y salsa fría de arándanos: por qué la linda muchacha que os sirve en la mesa baraja los platos como si fueran naipes y los pasa agitándolos como un abanico por vuestras espaldas, y por qué, después de haber cumplido estrictamente con su deber, se bate en retirada y reclinándose sobre la pared os mira desdeñosamente como diciéndoos:

—Elegante caballero, aun cuando no soy una señorita, tengo mis puntas y ribetes de orgullo. Si por acaso creéis que he de consentiros familiaridades, estáis muy equivocado.

Y al acordarme de esto empecé á pensar con terror en el almuerzo del día siguiente, á extrañarme de que el jamón de las fondas esté siempre cortado con el grueso de media pulgada y de que los huevos al plato presenten siempre el aspecto de dos ojos de vidrio que fijan en el convidado una mirada diabólica, prometiéndole un ataque de gastrálgia.

Otra cosa: ¿por qué razón los pasteles calientes que sólo deben comerse después de cierta premeditación y preparación artística, los sirven un minuto antes de la marcha del tren?

Al llegar á este punto me acordé de pronto, como si le viese, de un viajero que había encontrado la solución al problema. Era en el comedor de no sé qué estación de Illinois. Al gritar: « *¡ Señores viajeros al tren, que va á marchar !,* » se levantó de un modo frenético, guardó en un pañuelo á cuadros encarnados su ración de pastel, se

metió en el compartimiento de los fumadores y allí lo saboreó á sus anchas mientras el tren corría.

Soñando así, con los ojos abiertos, no podía menos de recoger ciertas observaciones que se le escapan fatalmente al que viaja de día.

Y entonces observé con extrañeza que la velocidad del tren no es siempre la misma. Unas veces la locomotora acelera el paso y parece como que diga á los carruajes que la siguen:

—¡Vaya, vaya! esto no puede continuar así... Ya son las dos y media... ¿Como queréis que lleguemos á la hora reglamentaria?... Os digo que no tengo ganas de conversación... ¡Pooh! ¡Pooh!

Todo esto, extendido sobre ese ritmo maquinal que fija la imaginación del viajero en un tren en marcha. Por ejemplo: una noche, viajando, acababa yo de levantar la cortina del ventanillo para contemplar el paisaje de nieve que atravesábamos, alumbrado por la luna. En el momento en que la volví á bajar me vino á la memoria una canción popular. ¡Qué desgracia! El tren se apoderó de ella y toda la noche fuí martirizado por la siguiente estúpida tonadilla:

—¡Baja la cortina!... ¡Baja la cortina!... ¡Yo hago *clinch... clinch!*... y después *¡Sooo! ¡Sooo!*...

Como es natural, no sucede lo mismo en todas las líneas de ferrocarriles. En el *New-York-Central*, donde la vía está perfectamente sentada, he oído á un tren irreverente modificar en la siguiente forma, un canto alegre:

—¡Id con cuidado que soy Sankey!... ¡Aun puede Moodi dar vueltas á su honda!... (1) ¡Blandid las espadas!... *¡Clinqui... clinqui... clanqui... clanch!*

En la línea de Nueva-York á Newhaven, donde hay muchas agujas y la máquina silba constantemente, por que constantemente tiene que cruzar pasos á nivel, he oido varias veces:

—¡Tomás, ábrele paso á esta flecha! .. ¡Gritemos otra vez!... *¡Bumpity, bumpity, bumpity!... ¡Traca-trac, traca-trac... pam!*

Hasta tiene poesía el asunto. En la línea de Quebec, una noche estrellada que atravesábamos un bosque virgen, me acordé de los primeros versos de *Evangelina*. Pues, á pesar de mi afición, no pude decir más que lo siguiente:

« Es la selva primitiva... »

¡tiva, tiva!

« Llena de pinos y de cicuta »

¡cuta, cuta!

Y era el maldito tren quien hacía el eco, dándole al metro cierta incoherencia.

Hay un canto particular, eólico, que se prolonga de un coche á otro cada vez que se detiene el tren después de una carrera larga. Es como un suspiro de inefable consuelo, un suspiro musical que empieza en el *mi* y acaba en el *la* y que todos los viajeros pueden observar tanto de día como de noche. No ha habido ni un solo empleado de ferrocarriles que me haya podido dar una explicación satisfactoria. Un ingeniero, amigo mío, dice que este fenómeno se debe al retorno gradual de todos los wagones al estado de inercia y de aplomo sobre sus ejes, no obstante la tendencia que conservan á separarse para correr por la vía. Pero estoy bien seguro de que esta teoría la rechazará con desdén toda alma poética.

Son las cuatro.

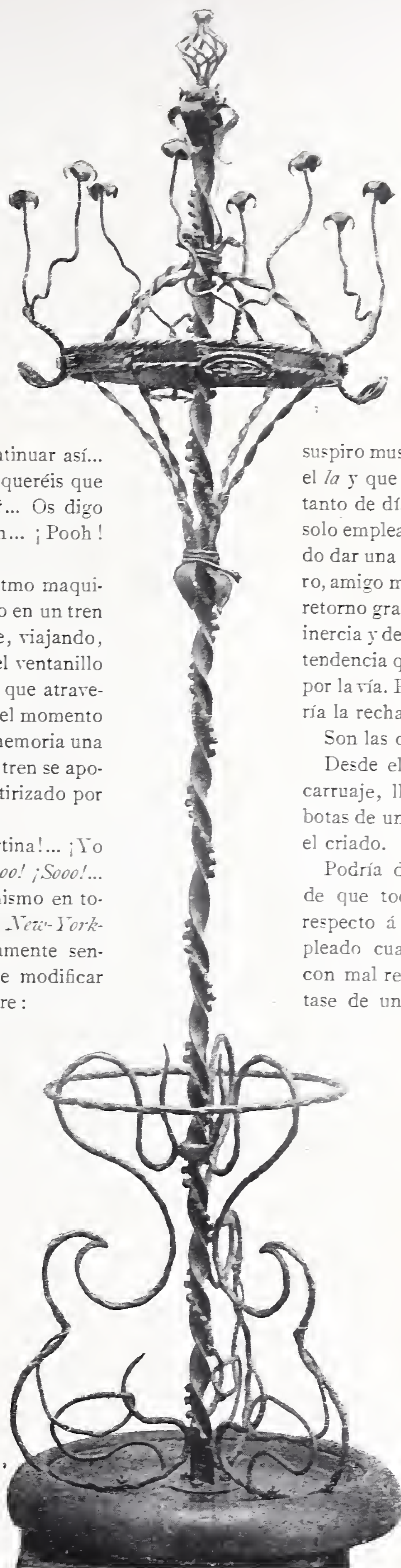
Desde el lavabo, situado en un extremo del carruaje, llega un débil ruído del roce con las botas de un cepillo discretamente manejado por el criado.

Podría dirigirle la palabra, pero me acuerdo de que toda tentativa de este género tanto respecto á un criado como respecto á un empleado cualquiera de ferrocarriles, se rechaza con mal reprimida indignación, como si se tratase de un ataque á la fidelidad que se debe á la compañía. Una vez quise hacerle comprender á un revisor que era una insensatez el entrar de noche en los compartimientos para taladrar los billetes, y me sucedió que á poco más me toman por un loco que se ha escapado del manicomio.

No tengo por qué decir que no hay ni la más leve esperanza de escapar á aquella intolerable y fastidiosa investigación.

Levantemos la persiana y miremos el campo. Estamos delante de una casa. En el granero se ve luz. Sin duda es la de un labrador que se levanta... ¡No me equivoco! En el horizonte se dibuja una débil cinta de color de rosa... Es el alba que asoma... ¡Gracias á Dios!

Acabamos de entrar en el apartadero de una estación. Suben dos hombres y toman asiento en la



Colgador de hierro forjado construído por los señores Cadena y Bayó

(1) Sankey y Moody eran dos cantores populares en los Estados Unidos.

única sección del coche que no está ocupada ni se ha transformado en cama.

Bostezan de vez en cuando y cruzan algunas lánguidas palabras como para darse cuenta de que aun tienen conciencia de sí mismos. Sentados el uno frente al otro echan una mirada distraída por la ventanilla, y os producen la vaga impresión de dos seres profundamente cansados ya de verse juntos. Cuando asomo la cabeza por entre las cortinas para verles, dice el *Uno*:

—Pues bien, créame V. ó no me crea, hay que convenir en que en sus tiempos no hubo ningún contratista de entierros más popular que él...

El *Otro,* viéndose obligado á hablar, contesta con cierta buena educación indolente, como el que trata de mudar la conversación, á falta de respuesta apropiada:

—Pero, en fin, ese contratista de entierros, ¿era cristiano?... ¿iba á la iglesia?

—De eso sé tanto como usted, pero creo que practicaba la religión... No hay que negar que tenía convicciones... y casi me atrevería á asegurarlo... El doctor Wylie se las había inculcado... Así, al menos, se explica el asunto.

Aquí un silencio largo y mortal.

El *Otro,* como comprendiendo que había llegado la oportunidad de decir algo:

—Pero, ¿por qué era tan popular como empresario de entierros?

El *Uno* con cierto abandono:

—Le diré á usted, su principal éxito lo obtuvo entre los viudos. Tenía su manera especial de consolarles tapando por aquí ó tapando por allá. Con unos cuantos versículos de la Biblia todo lo arreglaba, y si no, echaba mano de algunas sentencias suyas, como hombre de experiencia que ha conocido el dolor... Por lo que á él atañe dicen... *(en voz baja),* como usted puede suponer yo nada afirmo... dicen que se le han muerto tres mujeres y cinco niños de esa enfermedad nueva que se llama... ¿cómo se llama?... la difteria... y que se le murieron allá en Visconsin... No es esto decir que yo lo haya visto... pero las gentes lo cuentan.

—¿Pero cómo ha perdido su popularidad?

—Ese es el asunto, precisamente. Como usted comprenderá, él había introducido algunas novedades en su arte, empezando, por ejemplo, por manipular, según sus propias palabras, en el rostro del difunto.

—¿Cómo? ¿manipular?...

El *Uno,* como asaltado por una idea luminosa y con tono casi agresivo:

—Vamos, sea usted franco. ¿No ha visto usted nunca que, generalmente hablando, los cadaveres presentan una cara muy repulsiva?

El *Otro,* al parar mientes en esta circunstancia, no tuvo más remedio que afirmar.

El *Uno,* volviendo á su idea:

—Por ejemplo, voy á citarle á usted á María Peebles, hija de la amiga más íntima de mi mujer, la cual era tan bonita como buena. Murió de una fiebre escarlatina... y la pobre niña... Yo estuve en el entierro, ni más ni menos que por la amistad de mi mujer y porque me ofrecieron una cinta del féretro... Pues, como iba diciendo, á la pobre niña la colocaron en un coche de los mejores, que lo habían traído expresamente de Chicago, todo lleno de flores y de adornos que ya no cabían más... No soy yo quien debiera decirlo, pero, la verdad, no hacía gozo... Por más que yo era amigo de la familia y uno de los que llevaban las cintas, me sentía al verla desconsolado, disgustado, por decirlo así.

—¡Comprendido! ¡comprendido!...

—¿Verdad?... Pues bien, ese empresario, ese Wilkins, tenía un procedimiento para remediar esto... Un procedimiento de manipulación. Trabajaba la fisonomía del muerto, la modelaba y llegaba á producir lo que las familias de luto llamaban un *aire de resignación,* como quien dice, una



especie de sonrisa... Y cuando sabía que no era difícil añadir un suplemento á la factura, un *extra* como se dice en lenguaje comercial—porque eso sí, tenía una tarifa para su trabajo—entonces producía lo que llamaba él *la esperanza del cristiano.*

—En ese terreno, ya sabe usted que me gusta ver las cosas personalmente.

—¡Oh! ¡Cuando yo le digo á usted que era muy singular! Aquí entre nosotros *(de una manera confidencial)* siempre he dicho que tenía mis dudas respecto á si todo esto era muy ortodoxo y si estaba ó no conforme con las Escrituras; porque, en fin, ¿verdad que nosotros no somos más que polvo? Un día consulté á mi pastor, pero él creyó que no debía mezclarse en el asunto mientras éste no

saliese del círculo de las verdades cristianas. Hace poco, sin embargo, cuando murió Cy Dunham... ¿Le conocía usted?...

Largo y prolongado silencio. El *Otro* miraba por la ventanilla como quien se ha olvidado de su compañero.

En el mismo momento en que yo asomaba la cabeza entre las cortinas, ví al nivel de las otras camas otras cuatro cabezas igualmente impacientes por conocer el fin de la historia. Uno de aquellos rostros, que por cierto era femenino, desapareció precipitadamente al ver el mío, pero en el temblor de la cortina con que se cubría, adivinábase lo despierto que estaba su interés.

Solos en el compartimiento el *Uno* y el *Otro*, parecían ya completamente indiferentes al asunto.

Por fin el *Otro*, dejando de contemplar el paisaje, preguntó :

— ¿ Qué decía usted de Cy Dunham ?

— Pues decía, que era un hombre que nunca tuvo fe. Se burlaba de todo de un modo atroz y hasta se mostraba poco delicado en sus bromas. Era una especie de hijo pródigo y aun algo peor, si hay que juzgar por lo que me han dicho .. Pues bien, un día Cy Dunham, cayó desde lo alto de la Roca Pequeña y su cuerpo fué á parar á manos del contratista... La familia era rica y no omitió gasto en los funerales... Y, ahora, hablando entre nosotros, le diré á usted que el resultado fué completo y como yo no he visto otro. Wilkins manejó por vez primera su *extra*, y puso en el rostro del hijo pródigo su procedimiento número uno, *la esperanza del cristiano*... Y esta fué precisamente la base del litigio. Muchas personas de la parroquia y hasta el mismo pastor, creyeron que todas las cosas deben tener su límite. En fin, en casa de Tibbet, el deán, hubo una consulta sobre el particular... A pesar de todo no fué esto tampoco lo que le hizo impopular.

Nuevo silencio. En la fisonomía del *Otro* nada revelaba el más pequeño deseo de saber qué era lo que había labrado la impopularidad del empresario de entierros. Sin embargo, por entre las cortinas de todas las camas asomaban rostros ansiosos, algunos hasta irritados, que esperaban con impaciencia la conclusión.

El *Otro*, volviendo perezosamente á la conversación :

— ¿ Y qué le hizo impopular ?

— Creo que el *extra*... Y digo creo, porque no me atrevo á afirmarlo... Cuando mistress Widdecombe perdió á su esposo, hará como tres meses, aun cuando élla había atravesado ya dos veces el valle del luto, supuesto que era éste su tercer marido... Recordará usted que el primero lo fué Juan Barker...

— ¿ Se burla usted ?

— ¡ Lo juraría hasta delante de Dios ! Era viuda de Barker.

—¡Me extraña mucho!

—Pues bien, esta viuda Widdecombe, quiso arreglar de la mejor manera posible todo lo referente á su tercer difunto. Llamó á Wilkins y éste se puso á trabajar desplegando todos los recursos de su arte... Desgraciadamente, y casi podría decir por fortuna, pues tales son las vías de la Providencia, hed aquí que un antiguo amigo mío de Widdecombe, que ejercía la medicina en Chicago, vino a asistir al entierro. Cuando le tocó el turno para darle su último adiós al muerto, pudo ver como aseguraba todo el mundo, que aquél parecía dormido con una sonrisa celestial, como quien espera la recompensa de sus virtudes. La viuda acababa de sentarse en su sitio, encantada, como toda mujer, de las alabanzas que les dirigían á élla y al difunto. De repente volvióse el médico y le preguntó :

— ¿ De qué dice usted que ha muerto su marido, señora ?

— De tisis. ¡ Angel de mi corazón !, contestó élla enjugándose los ojos. De tisis galopante.

—¡Qué tisis ni qué niño muerto!, exclamó sin pudor y con la ignorancia de un médico de Chicago. Ha muerto de una dosis de estricnina, y si no mirad esa *facies*. ¡Vea usted esa contorsión de los músculos labiales! Ha muerto de estricnina y esa es su *risus sardonicus*... Creo que esto es lo que dijo aquel malvado.

— Pero no, doctor, contestó dulcemente la viuda : si esa es su última sonrisa, *la resignación del cristiano*.

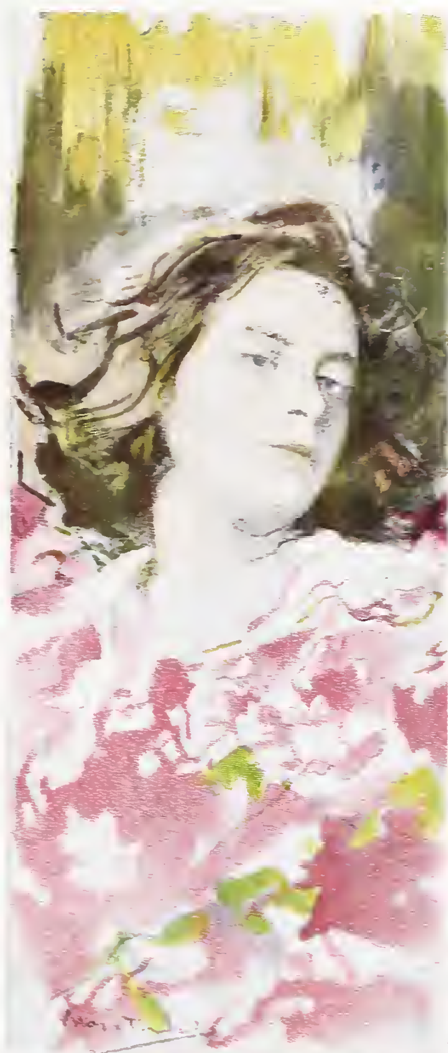
— ¡ Váyanse usted y la resignación allá al infierno! ¡En el estómago es donde tiene esa resignación!... Le han dado un veneno y ahora mismo voy... Pero, ¡ calle usted!... Ya hemos llegado á la estación... ¿Quién diría que llevábamos ya una hora de camino ?...

Dos ó tres viajeros, contrariados y sacando el cuerpo de la cama, gritaron :

— ¡ Un momento .... Diga usted, caballero... Respetable anciano... ¿ Y cómo acabó eso ?...

Pero el *Uno* y el *Otro* se habían apeado ya y estaban muy lejos.

BRET HARTE



MAS Y FONDEVILA «DOLCE FAR NIENTE»

Ilustraciones de R. NAVARRO



FRONTÓN BARCELONÉS.—Proyecto del arquitecto D. Enrique de Sagnier

UNA INDUSTRIA FLORECIENTE

La riqueza, desigualmente repartida y cada vez con más irritante proporción ostentada, ha despertado de tal manera el ansia de goce, que el lujo y el desenvolvimiento de las artes suntuarias han alcanzado ya, en las sociedades modernas, proporciones verdaderamente aterradoras.

Ante ese afán de todas las clases y condiciones sociales, el industrial inteligente ha meditado y tratado de resolver un problema, tan fácil de plantear como difícil de resolver: ¿cómo es posible, con los recursos industriales de estos tiempos, poner el lujo al alcance de todas las fortunas? ó lo que es lo mismo: ¿qué procedimientos y qué recursos ha de emplear el industrial inteligente para que los que no pueden aplicar la piedra de sillería, la mayólica y la cerámica, las maderas finas y los hierros artísticos á la construcción, por ser demasiado caros, puedan, mediante una ficción ó un procedimiento industrial, conseguir el goce de un decorado ostentoso, sin que traspase el gasto posible de una fortuna modesta?

La última Exposición de París presentó resuelto el problema, en tan vasta escala, que tienta la pluma el estudio de lo que parece ya una dificultad en apariencia fácilmente vencida, siendo un vistoso ejemplar de lo que en este ramo industrial pudo estudiarse en aquel Certamen, la hermosa instalación hecha por Don Hermenegildo Miralles, en el Anexo grande de España situado en el Campo de Marte y junto á la Avenida de Suffren.

Y tienta mi pluma dicha instalación, porque, mereciendo figurar, en mi concepto, entre lo más vistoso, más artístico, dentro de lo que se entiende por arte industrial, más económico y de más fácil aplicación entre lo instalado, en su género, en la Exposición, estuvo á pique de ser preterida y de no alcanzar, quizá por ser española, la resonancia y el merecimiento que ganó en buena lid y ante el Jurado, al otorgarle dos de sus más valiosas recompensas.

Montada la instalación con gusto y discernimiento, el visitante no podía menos que extasiarse ante un ejemplar reducido del patio de los Leones de la Alhambra de Granada, finamente moldeada, con sus arcos en herradura, sus filigranas y colores, sus alicatados azulejos, todo lo que da idea exacta de una maravilla que es obra portentosa de la España árabe y de los grandes califas que la gobernaron.

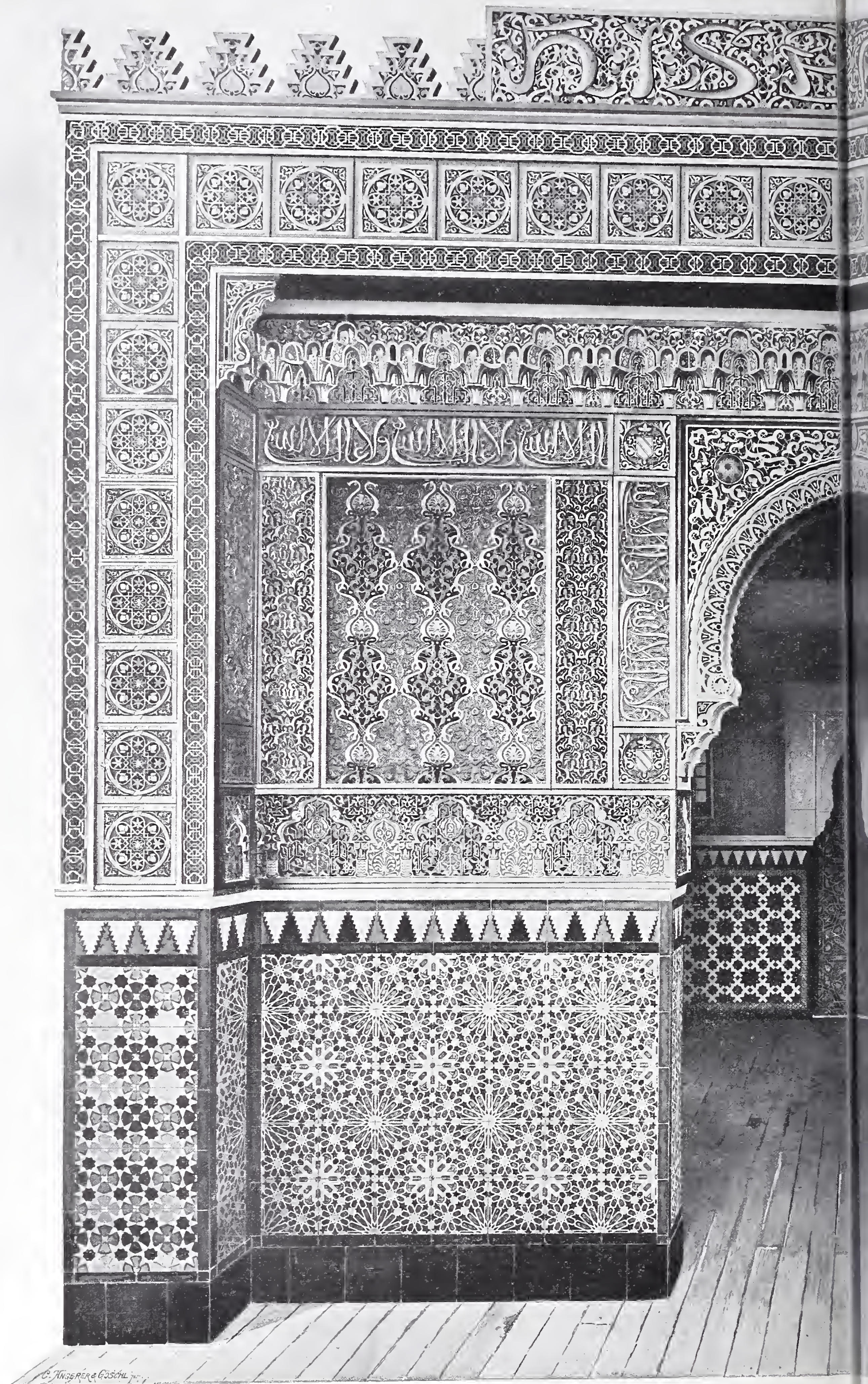
En el interior figuraba el elemento decorativo, que no aspira al atractivo de lo que impresiona por su forma y color, sino á lo práctico, á lo que exige cada día la construcción moderna, en salas decoradas con frisos que imitan mayólicas, arrimaderos que parecen de nogal, plafones que ofrecen las veteaduras y colores del arce sicomoro, y bajos relieves que recuerdan á grandes rasgos las fantasías modernistas que apasionan á la juventud del día. En otro paramento lateral, el Renacimiento, con sus figuras y dibujos primorosos de hojarascas, flores y frutos, imitando frisos de talla, plafones de mayólica y bronce, con puertas que completaban la decoración, ilusionaban al visitante y le daban idea exacta de la flexibilidad, si así puede decirse, que ofrece la materia empleada por el señor Miralles como elemento decorativo, para emplearse en toda clase de edificios, aun en aquellos en que los recursos del constructor sean lo suficientemente cuantiosos para decorar las habitaciones con materiales más ricos, pero no menos ostentosos, que los ofrecidos á la curiosidad de las gentes por Don Hermenegildo Miralles, de Barcelona, en la Exposición de París.

El secreto, si secreto hay, es fácil de descubrir: en el centro del salón que formaba la instalación Miralles, y sobre una mesa, el visitante podía examinar minuciosamente parte de los elementos decorativos que necesita el constructor en los paramentos que quiere adornar, y de este examen, por somero que fuese, se deducía que el material empleado por el expositor no era más que una pasta celulosa, un cartón comprimido que, por un procedimiento que no conozco, convierte en masa impermeable, ligera, mal conductora del sonido y del calor, fácil de estampar por procedimientos conocidos de prensas más ó menos poderosas y fácil de adornar, pintar y dorar con arreglo al gusto del arquitecto ó del dueño con todas las fantasías de los árabes, los finos dibujos del Renacimiento, y las osadías más ó menos acertadas del modernismo.

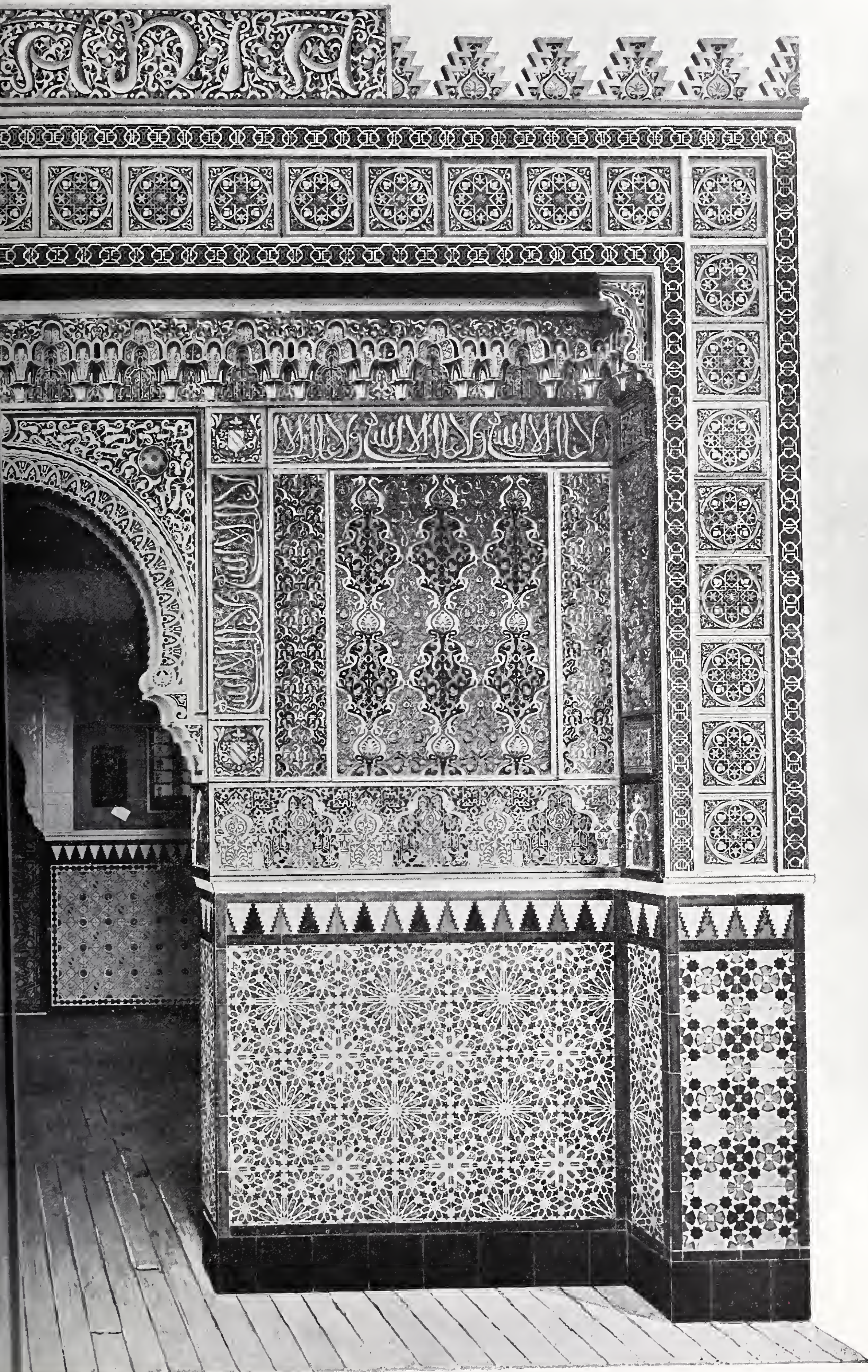
A un material tan ligero, tan fácil de colocar, adornar y amoldar, con extremada baratura, á las exigencias de la vida moderna, como lo probó el señor Miralles en su instalación del Campo de Marte, en París, si se ha hecho impermeable á la humedad, si conduce mal el ruido y el calor, si es barato y resistente, ¿qué duda tiene que el señor Miralles ha resuelto con aquella difícil facilidad de que hablo al principio de este artículo, y con singular fortuna, una parte del problema de ofrecer á las clases medias un recurso decorativo que permite dar gusto á los sentidos con poco gasto, y con toda la perfección de un procedimiento industrial ingenioso y digno de alabanza?

Así supo entenderlo el Jurado al otorgor al señor Miralles dos medallas de oro.

Rafael Puig y Valls



Instalación de la casa Hermenegildo Miralles



la última Exposición Universal de Paris



EL "TORINO".-Aspecto exterior

UN NUEVO ESTABLECIMIENTO

Hace algunos meses que Don Flaminio Mezzalama, representante de la casa Martini y Rossi, de Turin, abrió en la calle de Escudillers con el rótulo de «Torino» un elegante establecimiento destinado al despacho de sus exquisitos vermouths.

La popularidad que alcanzó dicho establecimiento fué extraordinaria, aunque no tanto como la que ha adquirido en el poco tiempo que lleva de estar abierto al público el que ha inaugurado recientemente bajo idéntico título en el aristocrático paseo de Gracia, cruce con la calle de Cortes.

Y es que si aquél fué montado con exquisito gusto, éste le supera, habiendo sido instalado con gran explendidez y lujo.

La dirección en general ha corrido á cargo de don Ricardo Campmany si bien han colaborado otras personalidades con entera independencia. Así la marquesina de hierro es obra del arquitecto don Pedro Falqués y los tapices pintados por los señores Urgell y Ferrater. Grata sorpresa nos han causado los nuevos elementos que para la decoración nos presenta la casa de don Hermenegildo Miralles. Conocíamos desde hace tiempo los azulejos cartón piedra invención de dicho señor, pero ahora sus trabajos en maderas, bronces y pastas especiales impermeables, producidos con poderosas máquinas hidráulicas, productos sólidos, de hermoso y rico aspecto que resultan á un precio asequible puesto que se obtienen por medios industriales nos han producido mucho mayor efecto. Por dichos procedimientos se han coseguido los soberbios techos de las dos primeras salas cuyo proyecto es debido al arquitecto don José Puig y Cadafalch, así como también la preciosa sala del fondo que fué proyectada por el arquitecto don Antonio Gaudí.

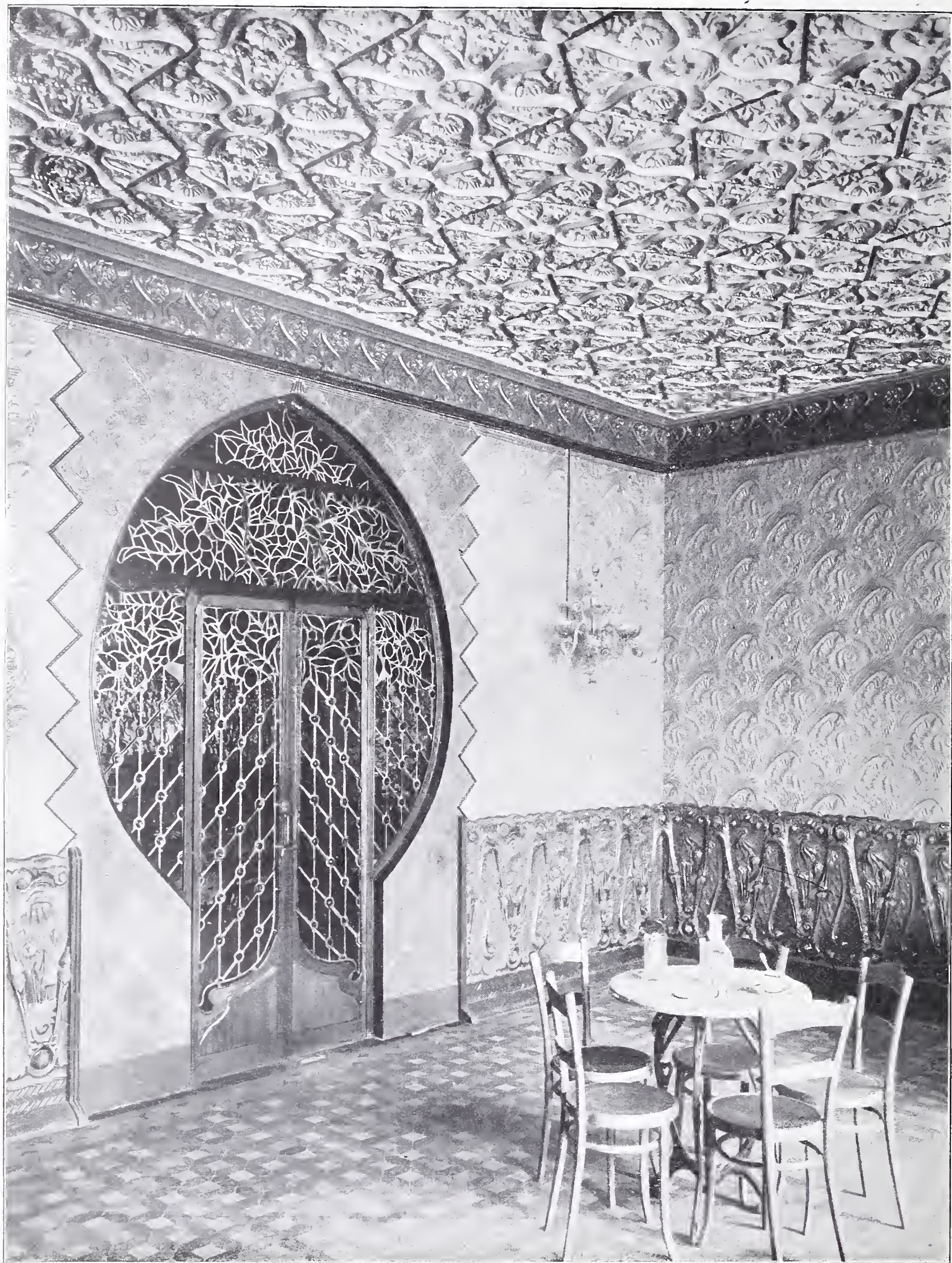
Todo lo cual combinado con los arrimaderos y talla salidos de los talleres de los señores Calonge é hijos dan al local un aspecto realmente suntuoso.

Sería interminable la lista de tantos y tantos industriales que dando gallarda muestra de su pericia y buen gusto han hecho del Torino un magnífico establecimiento. G.

TECHO PROYECTADO POR DON JOSÉ PUIG Y CADAFALCH



EL «TORINO».—Sala principal.—Techo construído con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles



EL «TORINO».—Sala interior.—Construída con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles

EXPÓSITO

Manolín, el mejor aprendiz de carpintero que en su acreditado taller de la calle de Embajadores tenía el famoso *Viruta*—así conocido de la zumbona gente del barrio por su raquítico desarrollo—estaba aquél día—día de difuntos—tan preguntón, que más de una vez había agotado la cariñosa solicitud de su maestra, quien sin saber responder á algunas de sus interrogaciones, le replicaba—¡Pero, chico, pregunta tú algo! ¡Si paeces el señor juez del distrito! ¡Pues ni que estuviás haciendo el atentao, digo el atestao, ó como llamen los papeles á eso que hace la justicia cuando va á descubrir un crimen célebre!

—¿Porqué va la gente á los cementerios? Porqué llevan coronas y velas? Á qué santo dedican tantas misas como se oyen por la mañana? Qué día es para no trabajar y vestirse de riguroso luto? Qué sepulturas pensaba adornar la maestra con tantos cachivaches como tenía preparados para su visita á la sacramental de San Lorenzo? Por qué no le dejaban ir con su maestro? Á quienes debía él dedicar otros recuerdos análogos?

Todas estas y muchas otras preguntas, pero sobre todo la última, de mayor gravedad, importunaban á la maestra, que a duras penas iba satisfaciendo la curiosidad infantil del chicuelo. Pero á la última no quiso contestar, no pudo, mejor dicho, hacerlo, porque ello era tanto como nublar de allí para siempre la inocente alegría de su espíritu.

Así unicamente cuando, por las sucesivas interrogaciones de Manolín, lógicamente encadenadas por una intuición natural que le arrastraba á la desgracia, se vió reducida á lo que los dialécticos denominan círculo de hierro, no tuvo otro remedio que explicar de pe á pa al desdichado aprendiz la irreparable característica de su vida.

—Sabrás—le dijo la maestra—que sin nuestro cariño te verías á estas fechas desnudo y haraposo, sin casa ni personas que tuvieran por tí cuidado alguno, como esos golfos callejeros que tanta compasión te inspiran.

Hace unos doce años, cuando el maestro, deshauciado de los doctores, curó por milagro de la santísima Paloma de una agudísima pulmonía, ofrecimos á nuestra patrona, además de varias misas y sus arrobas de cera, recoger en nuestra casa y cuidarlo de allí en adelante como hijo verdadero á un chico de la Inclusa; para lo cual así que mejoró Viruta nos hizo la correspondiente instancia el señor Juan el municipal, que como sabes es muy versado en letra. Ya que Dios no se mostró jamás con nosotros generosos, concediéndonos una ambicionada descendencia, quisimos demostrar de ese modo á la Virgen de la Paloma nuestro agradecimiento por la salud de Antonio, librando de las garras de la miseria, y quizás luego de la deshonra, á uno de los innumerables desdichados arrojados por amores cobardes al tesoro del olvido. Y tu, Manolín, que ya no eres nuestro recogido sino nuestro propio hijo, porque tus virtudes y nobleza de corazón y sentimientos han conquistado para siempre nuestro cariño, eres el objeto sagrado de aquella promesa.



—Por eso ninguna obligación para con los muertos te corresponde en este triste día en que todos recordamos á los padres y parientes fallecidos. ¿Quién sabe si los tendrás vivos ó muertos, paseando en coche una feliz existencia ó expiando merecidamente en la miseria su criminal abandono?

... Tú no tienes almas porque rezar, ni tumbas que adornar de flores y librar de las inclemencias del tiempo, ni recuerdos que ennegrezcan tu memoria de color de rosa ni apesadumbren tu imaginación preñada de esperanzas. Hoy eres, quizás, uno de los pocos seres felices. Cuando todos lloran, puedes tú reir con desembarazo; cuando todos rezamos, divertirte sin faltar á deber alguno; en tanto que nosotros visitamos la mansión más triste, bailar y saltar á tus anchas sin que la conciencia recrimine tus acciones.

... Y no te apures Manolin. Ya que se ha empeñado tu infantil curiosidad en conocer todos los detalles de tu desdicha, que no te sirva esto de desconsuelo. Si los tuyos te abandonaron, otros, á quienes la Providencia no concedió tantos favores, te han servido y servirán hasta su muerte de padres verdaderos. En nosotros tienes cuanto pudo negarte un convencionalismo criminal que considera anulada la falta con la extinción ó desaparición de los efectos naturales. No tengas otros amores que San Vicente de Paul, bendito fundador de esas casas de maternidad que tantos inocentes arrebatan á la muerte, la Virgen de la Paloma que ganó para tu favor nuestra promesa, y... ¡algo pá nosotros que te queremos como si talmente fueras nuestro hijo!

* * *

La maestra acarició cariñosamente al aprendiz y se retiró medio llorando á preparar los recuerdos que llevaría luego á sus difuntos. Y Manolín, al verse solo, co-

menzó á meditar seriamente sobre su situación, hasta entonces desconocida.

A punto fijo no se daba cuenta exacta de su desgracia. ¿Por ventura, se decía, hay otra clase de padres diferentes á los que hasta hoy como tales consideraba? ¿No son éllos, únicas personas que la memoria asocia á mi niñez, los que legítimamente me llaman hijo suyo? ¡Que no tengo persona alguna á quien dedicar mis sentimientos en este día; que me sacaron de la Inclusa cumpliendo sagrada promesa de tratarme como hijo verdadero; que sin ellos me vería abandonado á la casualidad y quizás despreciado de las gentes, como esos perros vagabundos á quienes se cierran todas las puertas y se procura ahuyentar á bastonazos!

Manolín apoyó fuertemente los codos en las rodillas, descansó la cabeza en ambas manos, y quedose durante largo rato barajando todas estas ideas que sucesivamente habían puesto en grave aprieto su entendimiento, ageno al largo discurso. Fué su memoria revolviendo el empolvado archivo de la vida, desde que de ella pudo darse alguna cuenta, y no encontró sufrimientos ni privaciones cuyo recuerdo le entristeciera: la caridad de los maestros le había evitado el hambre y la miseria y las inclemencias del cielo de que otros niños son víctimas en su vida callejera.

Pero apenas su maestra le hubo revelado la idea de los padres verdaderos, comprendía que, si no su estómago, su espíritu sonaba á hueco, que, si no sus carnes, su corazón se había acostumbrado al frío; y que sus sentimientos, no satisfechos de descansar en aquel matrimonio, parecíanle vagar por los espacios buscando base de mayor firmeza. Notó que era respeto y agradecimiento, y no cariño, lo que los maestros le inspiraban, á despecho de todos los cuidados y solicitudes de que siempre le rodearon, y entonces comenzó á darse exacta cuenta de su desgracia.

Sí; algo y mucho significaba la palabra *padres* cuando tanto la respetaban en sus atrevidas conversaciones hasta los golfos callejeros, cuyo trato frecuentaba en los ratos de asueto que le concediera el señor Viruta. Sobre todo, *madre*, debía ser cosa sacratísima. Recordó que muchas veces, por ofensas á ese ser, cuyo verdadero concepto hasta entonces desconociera, había presenciado riñas sangrientas, fieramente sostenidas por aquellos maleantes amigos, tolerantes hasta la indiferencia respecto de todas las demás cuestiones de la vida en virtud de un altruismo no igualado en generosidad y amplitud por moral alguna.

En verdad, era tristísima su inferioridad con relación á aquella grey trashumante, desconceptuada de las gentes sensatas á pesar de la secreta simpatía que irresistiblemente gana en favor suyo todas las voluntades.



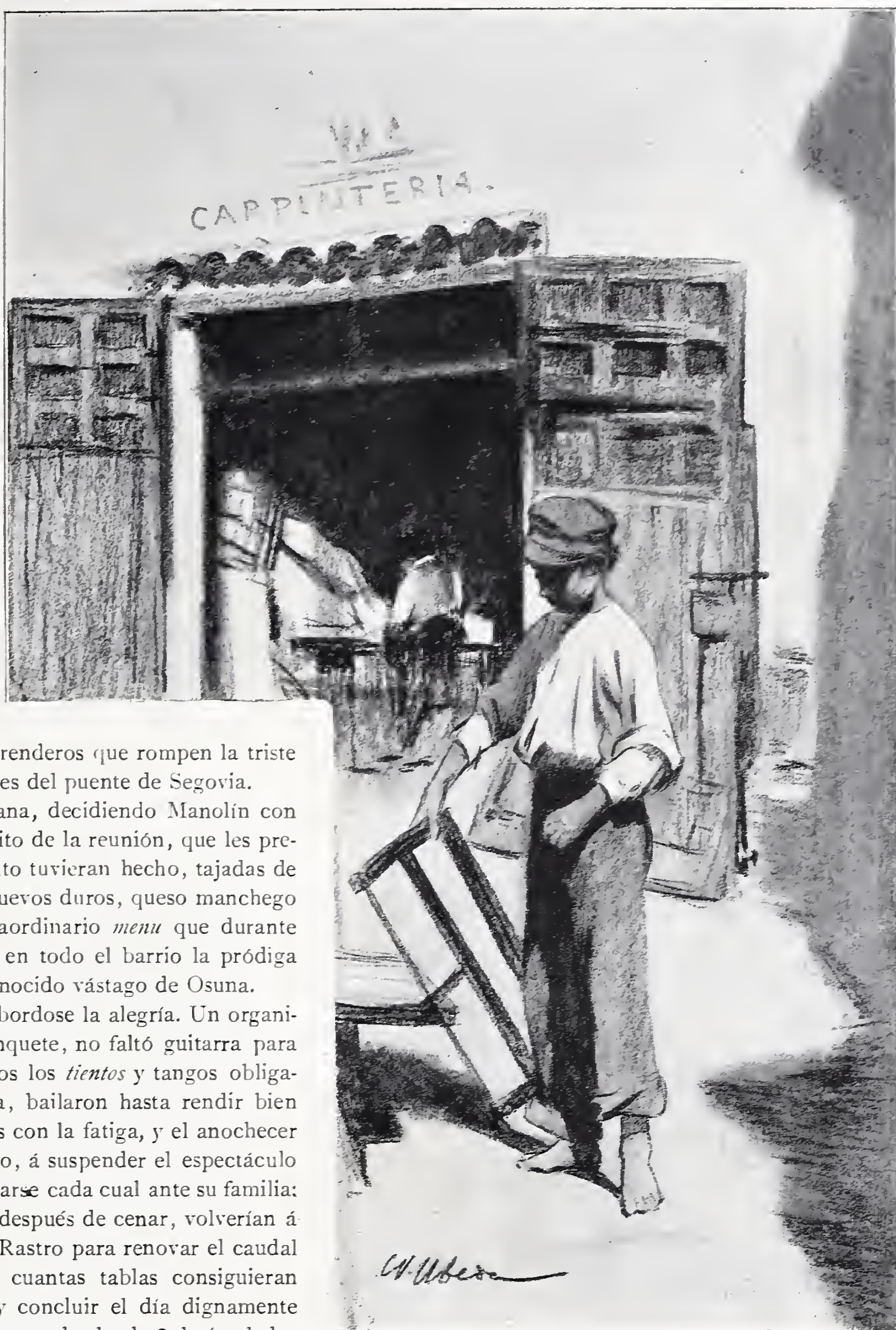
Madre es algo así como la raíz para el árbol, orgullo de la naturaleza, como el manantial para el río, como la misma carne y el mismo espíritu y el mismo corazón para el ser humano. Los pajarillos esperan piando de dolor que con la madre vuelva al nido el calor que ha de procurarles el desarrollo indispensable para su independencia, y no hay cuidado humano capaz de sustituir la solicitud materna para el avecilla prisionera; el ganado va tras la ubre que le sustenta, agradecido á su generosidad nunca en balde solicitada; todos los animales rinden culto fervoroso á ese sentimiento natural; hasta la fiera olvida su rudeza, dedicándose padres é hijos las más delicadas expresiones de cariño... ¿Qué haria cuando alguien quisiera extremar su provocación hiriéndole en aquella fibra imaginaria con ofensas que, bien mirado, en él no tendrían valor alguno? ¿Confesaría su desgracia, ó simularía una indignación semejante á la de los demás muchachos que realmente podían ofenderse? ¡Triste vivir, desligado en absoluto de todo vínculo humano, ignorante de su procedencia, como aluvión olvidado de las revoluciones geológicas que conformaron definitivamente el planeta!

Manolín no pudo resistir más tiempo el tormento de la imaginación ensañada en revolver y aquilatar el concepto de su abandono, y rompió á llorar en tanto que la reflexión reaccionaba lógicamente sobre el pesimismo de sus primeras impresiones.

¡Qué culpa tengo yo!...—rugió por fin, irguiéndose repentinamente y enjugando sus últimas lágrimas—¡qué culpa tengo yo del abandono de unos padres criminales! Puedo ser fruto del mal, pero no causa obligada al remordimiento. Si vine al mundo como hijo del pecado, puedo, al fin, con mis obras, inspirar la virtud de otros mejores. Y en último extremo ¡qué remedio! tiene razón la señá maestra; hoy por hoy soy el más feliz de los mortales: cuando todos lloran, puedo reir con desembarazo; cuando todos rezan, divertirme sin faltar á deber alguno, mientras visitan los cementerios, bailar y saltar sin que la conciencia recrimine mi exótica alegría... Sí, sí; á reir, á saltar, á correr, á jugar... puesto que no tengo almas porque pedir á Dios, ni tumbas que cubrir de flores...

Y, esforzándose por sostener su nerviosa alegría, abandonó precipitadamente el taller en busca de los camaradas que en la cabecera del Rastro y alrededores conciertan las clásicas

partidas de *inglés* y de *cané,* amén de las exploraciones por las rondas adyacentes y las pedreas donde renovar los laureles del popular distrito madrileño.



Al salir vació en los bolsillos cuantos ahorros le guardaban para estímulo de su amor al trabajo, deseoso de convertir el día de difuntos en verdadero día de fiesta, fiesta de los abandonados, protesta inconsciente contra una sociedad desnaturalizada en que la madre subsiste al voluntario despojo del fruto del amor ó del vicio, igualmente adorable.

Y hecha la correspondiente invitación á los compañeros, decidió el popular concurso que el festival se celebrara en los merenderos que rompen la triste monotonía de los alrededores del puente de Segovia.

Allí llegó la alegre caravana, decidiendo Manolín con voz de imperio, como árbrito de la reunión, que les preparasen merienda con cuanto tuvieran hecho, tajadas de bacalao, hígado en salsa, huevos duros, queso manchego y vino en abundancia: extraordinario *menu* que durante muchos días puso de moda en todo el barrio la pródiga explendidez de aquel desconocido vástago de Osuna.

Aún más que el vino desbordose la alegría. Un organillo amenizó el solemne banquete, no faltó guitarra para acompañar á los aficionados los *tientos* y tangos obligados en toda fiesta madrileña, bailaron hasta rendir bien las piernas connaturalizadas con la fatiga, y el anochecer obligoles, muy á pesar suyo, á suspender el espectáculo por la necesidad de presentarse cada cual ante su familia: pero bien entendido que, después de cenar, volverían á reunirse en la cabecera del Rastro para renovar el caudal social con el producto de cuantas tablas consiguieran arrancar de los derribos, y concluir el día dignamente recorriendo, como es de rigor, todas las buñolerías de los típicos distritos de la Inclusa y la Latina.

Era ya noche cerrada cuando la bullanguera comitiva subía por la calle de Segovia, hacia el Viaducto, confundiéndose con los grupos de familias que regresaban de los cementerios. Iban los muchachos escandalizando la calle con sus alegres risotadas y sus canciones atrevidas, aún más despreocupados que de costumbre efecto de la excitación producida por el vino, y no faltó vieja gruñona que les recomendara á las parejas de orden público.

También Manolín participaba de la excitación de sus compañeros, pero no con alegría. Ni un momento había logrado olvidar durante la fiesta las revelaciones de la maestra, y los vapores del alcohol, al subirle al cerebro, proyectaban en su imaginación en sombras gigantescas la magnitud de su desgracia. En vano hacía extraordinarios esfuerzos mentales para acomodar su ánimo al de sus camaradas; hasta en su cantar revelaba la verdadera situación de su espíritu, ageno á toda sincera alegría.

Cantaba, sí; pero con lágrimas en los ojos, y esclavo de la idea fija que atormentaba su memoria:

—Voy subiendo á carcajadas
la pendiente de la vida.
No tengo ningún recuerdo
que me haga volver la vista.

A. Aguilera

UN CAPRICHO

Refrán, adagio ó lo que sea, aquél que dijo que en cuestión de gustos *no había nada escrito* nos «descubrió» una verdad como un templo; pues en eso de los gustos solemos andar los hombres (y las mujeres) tan desorientados y desavenidos como en todas las demás cuestiones que caen fuera del radio de lo discutible ó axiomático... y siendo verdad que en la generalidad de los casos, y de las cosas, disentimos y caminamos en desacuerdo, ¿qué tiene de extraño que en achaques de amor cada uno tenga una afición, un gusto, una rareza, un capricho?

A unos les gustan las mujeres morenas, de ojos negros, rasgados y *picantes*, á otros las rubias de ojos garzos, melancólicos y *apacibles*, á unos las robustas y esculturales, á otros las de cuerpecillo endeble, lánguido y flexible, á unos las altas, á otros las pequeñitas, á unos las de quince abriles, y á otros... nos gustan todas en general: morenas, rubias, robustas, endebles, tiernas... ó aunque estén ya más duras que alón de gallo padre... Al fin y al cabo, con gustarnos unas ú otras, demostramos nuestra natural inclinación al bello sexo, y las adorables mujeres tan contentas y satisfechas de nuestra exquisita «galantería».

Lo que no es gusto vulgar ni corriente, ni gusto siquiera, es el enamorarse de lo que se enamoró Plácido, un muchacho joven, todo un real mozo, y que no era tonto ni loco; pero que, por las trazas, dudo haya nadie que á caprichero le gane.

. . . .

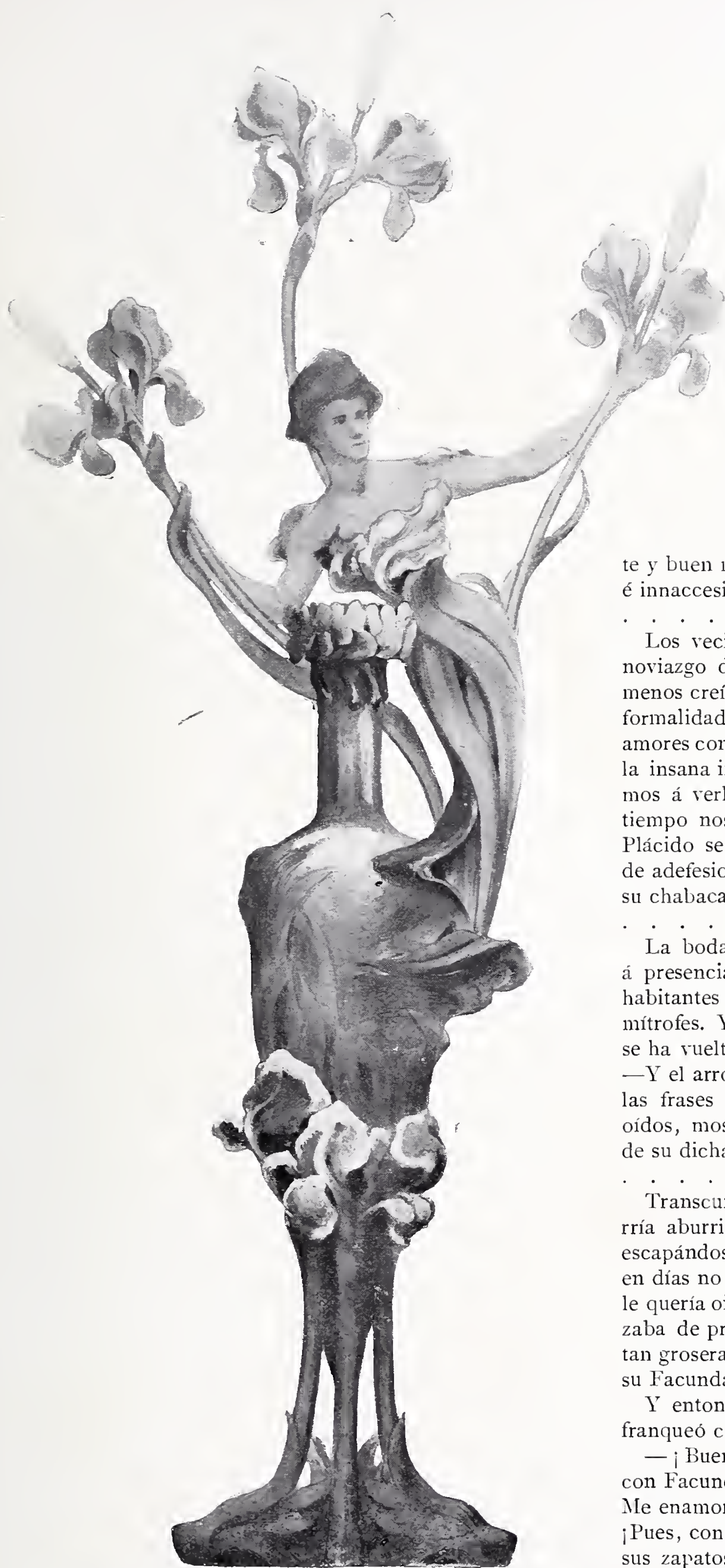
Era Plácido, como ya dejo indicado, un chico joven, guapo, apuesto, y por añadidura trabajador y formalote. Novias suyas, lo habían sido la mayoría de las muchachas de su pueblo y no pocas de los comarcanos; mas él, fuese por ser refractario al matrimonio ó porque no encontró en sus multiples amantes encantos y atractivos suficientes, á los treinta años de edad continuaba en estado de soltería y sin ánimo, según él decía, de abandonar el celibato.

Pero el hombre propone... y la mujer ó las mujeres disponen, y sucedió que llegó al pueblo donde el buen Plácido estaba avecindado, una moza, de nombre Facunda, que además de vieja, jorobada, patizamba y tuerta, era descaradota y mal hablada.

La llegada de dicha *beldad* al pueblo de X... llenó de regocijo á todos los vecinos, sobre todo á la gente de buen humor, pues desde aquel dia fué Facunda el hazmereir de chicos y grandes, y su presencia en el baile, en la plaza, en la fuente ó en cualquier paraje público motivo de júbilo y algazara, porque la infeliz, no solo movía á risa con su empecatada figura, grotescos ademanes y suelta y deslavada lengua, sino que iba envuelta en una indumentaria tan extravagante y grotesca, que parecia vestida por sus enemigos. Sin embargo, en lo que ella cifraba su orgullo, en lo que presumía ser la primera y unica, era en el calzado: gastaba unos zapatitos madrileños de tacón alto,—regalo de una prima suya, que servía de cocinera á unos señorones muy encopetados de la Corte,—que causaban la admiración de todas las muchachas de X... y que á la sin par Facunda la valieron el apodo de «la Tacones». Apodo y zapatos que ella llevaba con singular contento y donaire, pues cuando los chiquillos ó las muchachas sus compañeras la decían:



VICTOR MASRIERA OTOÑO



VICTOR MASRIERA PRIMAVERA

—Taconea, taconea, Facunda, que taconeando disimulas...,—solía ella contestar en tono no exento de femenil vanidad:

—Taconeo porque puedo y porque para taconear me ha dado Dios gracia y salero;... y que se rían las mocitas de X..., que se rían, que los tacones de mis zapatos han de hacer morderse los labios de rabia á más de cuatro que presumen de guapas y emperegiladas.

. . . .

Y ocurrió que un domingo, al terminar el baile, se produjo una zalagarda más que regular por haberse propasado en sus chanzas y burlas á «la Tacones» algunos mozalbetes poco discretos y sobradamente libertinos, á los cuales reprendió severamente Plácido, quien acompañó á la descocada «doncella» hasta su casa... y á partir de aquel domingo, Plácido fué fiel y constante acompañante de Facunda y, andando el tiempo, el campechano, formalote y buen mozo se hizo novio de la más fea, horrorosa é innaccesible de las mujeres.

. . . .

Los vecinos de X... no acertaban á explicarse el noviazgo de la desigual pareja. El que más y el que menos creíamos que Plácido, á pesar de su reconocida formalidad, había tenido la humorada de enredarse de amores con «la Tacones» por mero pasatiempo y con la insana intención de burlarse de ella; pero empezamos á verle «perdidamente enamorado» y al poco tiempo nos sorprendió la estupenda noticia de que Plácido se casaba... y se casaba con aquel prototipo de adefesios que, para mayor ignominia y escarnio de su chabacana figura, se llamaba Facunda.

. . . .

La boda se celebró con gran rumbo y regocijo, y á presenciar la ceremonia concurrieron en masa los habitantes del villorrío y no pocos de los pueblos limítrofes. Y todo el mundo se preguntaba: — ¿Pero se ha vuelto loco Plácido?, ¿le habrán embrujado?... —Y el arrogante mancebo, sin importarle un comino las frases irónicas y burlonas que sonaban en sus oídos, mostrábase satisfecho, contento, feliz, ufano de su dicha...

. . . .

Transcurrió algún tiempo, y el pobre Plácido discurría aburrido y triste por las solitarias calles de X... escapándosele los ojos tras las lindas muchachas que en días no lejanos había despreciado. Y á todo el que le quería oir confesaba ingénuamente, que se avergonzaba de presentarse en público al lado de una mujer tan grosera, deslenguada y superlativamente fea como su Facunda...

Y entonces fué cuando, acosado á preguntas, se franqueó con varios amigos, y nos dijo *en reserva*:

— ¡Bueno... no se lo digáis á nadie!: el casarme con Facunda, fué un capricho como otro cualquiera... Me enamoré... me enamoré... no os riáis de mí, ¿éh?... ¡Pues, con franqueza, me enamoré de los tacones de sus zapatos!

. . . .

DESIDERIO MARCOS

POR ESOS TEATROS

Los actores de la Comedia francesa Mlle. Bartet y M. Le Bargy en el Teatro [illegible]. — Una obra de Alfredo de Musset [illegible]. — «Le [illegible]» de Augier por la compañía [illegible]. — [illegible].

A la lista de los actores eminentes que nos han visitado debemos añadir dos nombres: los de Mlle. Bartet y M. Le Bargy, distinguidos artistas [illegible] de la Comedia [illegible]. La visita que con su compañía acaban de hacernos ha sido excesivamente corta. Por eso no hemos tenido tiempo más que para [illegible] su arte [illegible] sin llegar á [illegible]. Son muy pocas [illegible] dos representaciones para hacerse cargo completo de la personalidad de dos artistas de semejante talla.

Sin embargo, [illegible]

[illegible]

El carácter de la obra, más apreciable por el dulce sentimiento poético que exhala que por las situaciones dramáticas que contiene, no nos pareció al verla anunciada muy apropósito para que pudiesen lucir representándola sus facultades dos artistas de altos vuelos. Más que á la fuerza y vigor de las situaciones, deben fiar su éxito los intérpretes en el discreteo, en la delicadeza, en el primor que campean en cada uno de los tres actos de que se compone la producción.

A pesar de lo cual el éxito de Mlle. Bartet y M. Le Bargy fué verdaderamente [illegible]. Y es que, para artistas de sus vuelos, lo mismo tiene representar la alta tragedia con sus grandilocuentes tiradas de alejandrinos, que la comedia [illegible].

El asunto de «On ne badine pas avec l'amour» es por demás sencillo. Después de una ausencia de algunos años, llega el joven Perdican al pueblo donde tiene su familia y donde debe casar con su prima Camille, joven recién salida del convento. A causa de ciertos puntillos sin importancia el joven, para [illegible] á su prima, [illegible] amor á una hermana de leche de ésta, la cual, al descubrir el engaño de que ha sido víctima, atenta contra la propia existencia [illegible] las ilusiones de Camille, la cual decide volver al convento de donde saliera.

[illegible], sirvió [illegible] de Musset para crear una obra deliciosa, [illegible] en tres actos, á pesar de [illegible] en verso. Sin [illegible] los personajes creados por el poeta de las [illegible] eminentemente poética.

[illegible] Mlle. Bartet [illegible] su papel de Camille [illegible] que es [illegible] una actriz. Sin [illegible] los límites [illegible] al auditorio [illegible] M. Le Bargy en su papel de Perdican, [illegible] del personaje [illegible].

[illegible] M. Le Bargy [illegible] de apreciar [illegible] la segunda y última de las representaciones [illegible]. El papel de protagonista de la obra de [illegible] con las facultades [illegible] de las situaciones [illegible].

El personaje presentado por [illegible] en su obra [illegible] de aventuras [illegible] sensual hasta la [illegible] en el daño que [illegible]. Por eso, cuando la [illegible] para regocijarse con el desengaño.

Naturalmente la vida de [illegible] del marqués le lleva á un resultado [illegible] consecuencia natural de [illegible] que no muera abandonado, gracias á [illegible] su hijo natural bastante bueno para encargarse de él hasta su muerte.

El temperamento [illegible] y enérgico de M. Le Bargy y sus maneras [illegible] de hombre de mundo, encontraron en el marqués de [illegible] un elemento en que desenvolverse por completo. De ahí que el actor [illegible] del público, llenando con su figura

el escenario y constituyendo por sí solo el principal interés de la representación. Con lo cual no intento aminorar en un ápice los méritos de los demás artistas y especialmente los de Mlle. Bartet, quien, á pesar de no tener en la obra más que un papel secundario, rayó en él á tanta altura que cautivó por completo al auditorio.

Éste, compuesto de las principales familias barcelonesas y algunas de la colonia francesa, aplaudió estrepitosamente la labor de todos los artistas de la compañía y especialmente de las dos partes principales, á las que secundó con mucho acierto la joven é inteligente actriz Mlle. Ninove, ya conocida de nuestro público por haber actuado recientemente en el mismo teatro, formando parte de la compañía dirigida por M. Vast.

En los demás teatros ha habido durante la quincena pocas novedades dignas de mención.

María Tubau, en el mismo Principal, nos ha dado un arreglo de una obra de Augier titulado « Los sinvergüenzas », que obtuvo un éxito medianejo.

En cambio lo obtuvo entusiasta la comedia «Amanti», original de Donnay y puesta en escena por Bianca Iggius con motivo de su beneficio. El teatro Granvía vióse en la noche del estreno lleno de bote en bote, recibiendo la hermosa actriz italiana ruidosas ovaciones del público, compuesto en su mayor parte de los admiradores que ha sabido conquistarse con su arte y con su belleza.

Con haber sido muchas, además de «Amanti», las obras estrenadas por la bella artista, no han tenido en general más importancia que la que las daba la interpretación de los artistas que forman la compañía y que malogran sus facultades empleándolas en la interpretación de producciones de muy escaso valor literario y de un género asaz picaresco y resbaladizo.

Un Espectador



ARTISTAS DE « GÉNERO CHICO »

A NUESTROS LECTORES

Creemos un deber ineludible participar á nuestros lectores y abonados que *Hispania* desde el próximo 1.º de Enero de 1903 pasará á ser propiedad del eminente artista don Alejo Clapés, cuyo sólo nombre es garantía del éxito y vida futura de nuestra publicación.

Hispania ha contraído con el público, que con tanto aliento ha favorecido nuestros desinteresados impulsos en pro del arte y cultura genuinamente española, un compromiso y deuda muy solemnes, de no cejar en mantener el nivel artístico y literario hoy universalmente reconocidos. *Hispania* ha sido objeto de nuestra preferente solicitud y más nos place mostrar la coleccion completa de sus números que acudir á vanos encomios en loor de la tarea que voluntariamente nos impusimos.

Otras atenciones, también de índole artística, reclaman hoy nuestro concurso y hacen que en bien del público, traspasemos la propiedad y dirección artística desde la fecha indicada al señor Clapés, cuya relevante personalidad y vigorosa potencia en el terreno del arte imprimirán á *Hispania* aquella importancia é interés á que hubiésemos también contribuído nosotros al continuar al frente de nuestra Revista.

Al despedirnos del público desde el año próximo, cúmplenos ante todo agradecer el valioso apoyo de todas las entidades, corporaciones, prensa y subscritores que nos alentaran en nuestra empresa, merced á las cuales pudimos llegar á donde ha llegado nuestra revista. Dígnense los mismos en adelante favorecer con igual entusiasmo á la nueva empresa editorial de *Hispania*, de la cual seremos nosotros los primeros entusiastas colaboradores.

H. M.



ARTISTAS DE « GÉNERO CHICO »



HISPANIA

91.-30 NOVIEMBRE 1902

HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



H. ANGLADA « PARIS LA NUIT »

LA FELICIDAD DE LA DESGRACIA

No me causa dolor la dicha agena. Pero declaro noblemente que me detengo envidioso, atormentándome con su contemplación muy largo rato, siempre que tropiezo en mi camino con una pareja de jóvenes obreros comiendo en mitad del arroyo, por mantel las piedras de la acera, ese cocido amarillo como el oro y limpio como la pureza de los elegidos que todos los dias, de doce á una de la tarde, lleva en Madrid al pie de la obra ó á la puerta del taller la honrada hija del trabajo.

Os referiré una historia, de cuya exactitud os responde mi palabra.

* * *

Juanito Guzmán, Príncipe de Asturias del dinero, según le denominaba la alta sociedad madrileña, más por envidia que por elogio á su posición social privilegiada, sucumbía al *splin* de los placeres.

Hijo único del más poderoso millonario de la época y mimado hasta la perversión por el viejo autor de sus dias, incapaz de torcer ó refrenar lo más mínimo una voluntad virgen de contrariedades, que comenzó templándose en las adulaciones disculpables á la niñez en colegios y salones y completó su desarrollo en la corte de amigos incondicionales que la esplendidez concede, habíale llegado por fin, aunque prematuramente, el día inevitable del hastío á que el exceso de goces y felicidades condena á todos los mortales, con preferencia á aquellos que no supieron emanciparse á tiempo de la esclavitud que el vicio impone.

Y Juanito Guzmán, el Príncipe de Asturias del dinero, para quien ninguna mujer reservaba secreto alguno de amor, harto de conquistas sin resistencia y de victorias sin lucha, aburrido del *bacarrat* que no logró inspirarle la pasión del oro, de caballos y trenes, de comodidades casi orientales, de manjares exquisitos y vinos inapreciables, de orgías que hubiera envidiado el mas pervertido patricio romano, de amigos aduladores y de criados serviles, pidió permiso, mejor dicho, comunicó á su padre su resolución de emprender un viaje extraordinario, no por Europa, cuyas cortes y principales poblaciones le eran conocidísimas, sino por Asia, África y Oceanía, expedición marítima destinada á olvidar la monotonía de su pasado y descubrir otras sociedades cuyos individuos y costumbres le revelasen sensaciones nuevas.

Con rapidez verdaderamente mágica hiciéronse cuantos costosísimos preparativos exige un viaje de semejantes proporciones. Y llegado que fué el dia señalado por Juan para la partida, padre y amigos en crecido número reuniéronse en la estación á despedir al original viajero, que abandonaba la felicidad segura de sus palacios y recreos cortesanos por la incertidumbre de una exploración cuyos riesgos y peligros no lograrían evitar en absoluto los inmensos tesoros del titulado Príncipe.

El padre lloró la posible contingencia de que su excesiva edad le impidiera presenciar el regreso del hijo querido; los amigos sintieron algo así como el vacío hecho á su alrededor, recordando los placeres, las fiestas, las orgías, el cúmulo de felicidades que el tren les alejaba para un plazo quizás dilatadísimo. No faltó quien, al abandonar el andén, se devanara la sesera ante el problema irresoluble de la cena. Y alguna *demi-vierge* que quiso presenciar extraoficialmente la partida de Juanito, aun duda si es amor ó necesidad el secreto fuego que aviva su memoria.

* * *

Lo cierto es que el llamado Príncipe de Asturias del dinero partió del litoral levantino en condiciones de honor para su título: yate propio, de cuya suntuosidad hablaron no poco los periódicos, cartera bien repleta de créditos contra todos los Bancos del universo, excelente repuesto, mejor bodega, tripulación experta y satisfecha de su pago ... *mar bella*, si se me permite aplicar esta frase á la manera como Juanito comenzó su empresa atrevidísima.

A los pocos dias de abandonar el viejo continente, dejó atrás el Mediterráneo, *mare nostrum*, como orgullosamente le llamaron los romanos hasta que de su efectivo dominio hubieron de hacerse cargo los cartagineses, hombres nacidos para las conquistas del trabajo; y al avistar las soberbias pirámides que guardan el secreto de las ciclópeas dinastías faraónicas y del predominio histórico de una raza superior que hubo de legar á la posteridad el modelo de códigos que en vano pretenderá superar la ciencia humana, comenzaron para nuestro héroe una serie de emociones completamente desconocidas, más aun ni soñadas en los delirios de poeta que, como hombre culto, provocaron en su imaginación miles de veces las orgiásticas libaciones.

De Egipto al Japón sería imposible detallar la variedad de territorios, razas, costumbres y cuadros naturales y sociales que hubo de admirar el buen Juanito.

Y como hombre mas aficionado á los placeres corporales que á las puras emociones de la observación científica, sorprendió de cada lugar todas las esencias materiales de la vida.

Gustó toda clase de manjares y bebidas, distrajo la imaginación con cuantos recreos inventó la especie humana en su lucha por alejar el espíritu de las tristezas de la vida, gozó de múltiple variedad de sensaciones carnales, hasta de las aberraciones mas absurdas, en los infinitos mercados de placer que halló á su paso, que de polo á polo la mujer siempre fué y será esclava del puñado de oro que satisfaga su vanidad congénita; admiró la variedad inclasificable de la naturaleza, unas veces sumisa sierva del hombre, para cuya satisfacción parece fué creada, otras terrible vengadora, que amenaza cobrarnos la existencia por la felicidad que á su costa pudimos lograr no sin esfuerzo.

Sufrió en alta mar tempestades indescriptibles en que las sublimes proporciones de la naturaleza embravecida obligan al hombre á buscar en la divinidad refugio al es-



sigo alejar de mi imaginación el terrible fantasma del aburrimiento ante la inclasificable variedad de tipos y escenas humanas que van sucediéndose durante el largo viaje?: egipcios, árabes, turcos, chinos, malayos y japoneses: aquí una sociedad esclava de antiquísimos recelos, ocultando su rostro al cristiano durante el único paseo á que le obliga la distancia del hogar á la sinagoga; allá la ranchería mora, cuya proximidad ofende los sentidos con el hedor de su abandono; luego la febril ambición del judío, víctima de su miseria voluntaria; después la charla fascinadora del cambiante turco, el mercantilismo mezquino y la laboriosidad pacientísima del chino, la potencia asimiladora del japonés... el fácil disfrutar de los placeres sensuales en unas sociedades pervertidas, donde ningun afecto ni secreto resiste al peso de un puñado de oro!...

Y en estas abrumadoras reflexiones volaban las horas para el buen Juanito, que *hacía* kilómetro tras kilómetro en la cubierta del yate, durante las noches de sus travesías.

* * *

Un inesperado cablegrama de Madrid vino á poner fin á su interminable viaje y aun á su extraoficial tratamiento de Principe de Asturias del dinero.

pìritu, único resto que en casos tales confía salvar el más convencido materialista. Atravesó cordilleras y espesuras donde la tierra, virgen del atrevimiento humano, revela al hombre su inmensa grandeza y poderío. Valles feracísimos ofreciéronle mil veces paisajes de incopiable belleza, cuya contemplación permite recobrar el concepto de la superioridad de la inteligencia, olvidado ante tanta grandeza.

Y sin embargo, á pesar de tantas, tan distintas y tan sublimes emociones, Juanito se aburría extraordinariamente.

Su carácter, antes decidor y comunicativo, volvíase cada día más reservado é irresoluto: apenas lograban arrancarle algunas palabras las solicitudes del capitán fríamente contestadas por aquel ataud de un espíritu muerto, al parecer, en plena juventud para las ilusiones.

— ¿Cómo — se preguntaba mil veces durante sus frecuentes paseos sobre cubierta — no logra templar mi decaído espíritu la contemplación de ese inmenso occeano, á veces plácidamente dormido, como gigante en sueño de reposo, á veces majestuosamente soberbio, protestando tal vez del atrevimiento humano que de él se sirve para satisfacción de sus necesidades? ¿Cómo no con-

« El señor Guzmán ha muerto víctima de terrible desgracia. — Y añadía — Regrese enseguida, recogiendo en *Port-Saint* carta con detalles de lo ocurrido. »

Juan lloró mucho su desgracia, y cumpliendo la segunda cláusula del cablegrama, ordenó al Capitán regresar á toda máquina y con los menores retrasos posibles en la provisión de carbón y víveres, al puerto de salida.

En *Port-Saint* recogió la carta que sus testamentarios le anunciaron, que le enteró de toda su desdicha.

No era la muerte del padre, con ser inmensa, su única desgracia.

Esta había sido el epílogo de su ruina.

El señor Guzmán se había arriesgado en una comprometidísima operación de bolsa, y, contra la felicidad á que le tenía acostumbrado su envidiada fortuna, resultó en descubierto por una cantidad fabulosa, á que no alcanzó la venta de cuantas fincas y objetos de valor constituían el *confort* de su dichosa vida.

Ninguno de sus amigos y antiguos protegidos quiso garantizar la firma del viejo tirano de los negocios. Y viéndose avergonzado por su falta, y despreciado de sus rivales, como león inválido á la boca de cuya cueva vinieran á mofarse las antes miedosas alimañas que huye-

ran su presencia, una mañana apareció muerto sobre su bufete, con dos horribles heridas en el cráneo y una carta para su hijo explicándole los motivos de su última determinación, pidiéndole perdón por la ruina á que involuntariamente le arrojaba y dándole algunos consejos de conducta social inspirados en la triste experiencia de sus postreros días.

La lectura de esta carta redobló fuertemente el dolor en el corazón del joven Juanito.

¿Qué conducta seguiría en la nueva posición social á que le reducía su completa desgracia?

Buscó en el capitán, hombre de edad madura, ducho en las batallas de la vida, el consejo que le negara su inteligencia virgen de dificultades, y así le habló el viejo marinero:

— Salvo el natural sentimiento que por la muerte del señor Guzmán, vuestro buen padre, tiene obligadamente que apesadumbraros, podeis creerme: tan solo gracias á Dios debeis dar por la ruina á que os encontrais reducido.

...Explicaré este juicio, que bien pudiera pareceros una caprichosa paradoja... Si no me han engañado los chismes de la gente de tierra, el verdadero móvil del singular viaje que vamos á terminar en breves días fué una contrariedad amorosa que detuvo vuestra desenfrenada carrera por el vicio. Amabais á una virgen del trabajo, cuyos favores quisisteis lograr, como siempre, á precio de oro. Os contrarió su negativa. Y como no estaba vuestro capricho acostumbrado á violentarse ante ningún obstáculo, que no los hay en estas malditas sociedades para el oro, harto de placeres rendidos y de victorias bien pagadas, decidisteis buscar en otras tierras nuevas emociones que os renovaran la sensibilidad de los sentidos... Y ya lo veis, no habeis podido conseguirlo... En vano hemos recorrido más de medio mundo tras el imposible despertar de un espíritu agotado por el éxito. Eludiendo, al parecer, la ley de compensación del dolor y el placer á que vivimos forzosamente sometidos, jamás se templó vuestra alma en el yunque de la desgracia; y, creedme, ahora es cuando estais en camino de reconciliaros con la felicidad, pagando el inexcusable tributo de lágrimas que la propia esencia de nuestro espíritu nos exige.

... La vida es dolor y placer, llanto y alegría, virtud y vicio. Y tan preciso nos es un sorbo de amargura para reaccionar nuestro espíritu, obligando al pensamiento á refugiarse en la triste realidad de la vida, como indispensable apurar alguna copa de felicidad que nos reconcilie de cuando en cuando con la existencia.

...Seguid el camino opuesto al anterior en la nueva posición social á que os veis reducido. Buscad en el trabajo el olvido á las tentaciones del deseo y en el amor de aquella mujer pobre y honrada, que antes considerarais indigna de vuestra mano, la dicha que os haga adorable el sacrificio. Alternad entre la risa y el llanto. Y en las raras visitas que la Felicidad os haga, comprendereis que no tienen lágrimas bastantes nuestros ojos para pagar un beso de amor ó una promesa de placer generosamente satisfecha.

* * *

Al pie de la letra cumplió nuestro héroe los consejos del viejo marinero, sabio en experiencia de la vida, y hoy vive en Madrid un matrimonio feliz, dichoso por completo, que entre el taller y el lecho goza veinticuatro horas cada día de una anticipación del cielo, libre de deseos impuros y de ambiciones martirizadoras, como espíritus justos en la plenitud de la divina gracia.

Y he ahí porqué me detengo envidioso siempre que tropiezo en mi camino una pareja de jóvenes obreros, consumiendo en mitad del arroyo, por mantel las piedras de la acera, ese cocido amarillo como el oro y limpio como la pureza de los elegidos que todos los días, de doce á una de la tarde, lleva en Madrid al pie de la obra ó á la puerta del taller la honrada hija del trabajo.

A. Aguilera y Arjona

Ilustraciones de J. Cuchy



CERVANTES

En 9 de octubre de 1547 nació y fué bautizado en Alcalá de Henares el que, andando los siglos, había de ser llamado con justicia *Príncipe de los ingenios españoles*; el que, según Carolina Coronado, pasea en carro triunfal por el mundo entero la literatura de su patria; el que, para honra y orgullo de ésta, es universalmente conocido por el sobrenombre de *El manco de Lepanto;* el autor, en fin, del inmortal Quijote, libro el más asombroso de cuantos han conocido las generaciones.

Fueron sus padres Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas, hidalgos linajudos aunque pobres, quienes dieron á su hijo en la Universidad Complutense la educación que sus recursos les permitieron.

Desde niño fué aficionado á escribir versos; pero tan clara fué su inteligencia, que él mismo reconoció en sí la falta de ese *quid divinum* que es el don de los poetas, *por habérselo negado el cielo*, y lamentándose de ello, decía:

Que yo soy un poeta desta hechura:
Cisne en las canas y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco.

Fué tal su afición á la lectura, que recogía, para leerlos, los papeles rotos que encontraba por las calles: no siguió carrera alguna literaria, y su principal escuela fueron las posadas, los campamentos y las cárceles, escuela del mundo en la que el genio perspicaz y observador aprende mejor que en las aulas.

La primera producción que de Cervantes se conserva, es un soneto con ocasión de la muerte de la reina Isabel de Valois, que aunque recomendado por el maestro Juan López de Hoyos, dista mucho de ser notable.

Protegido por monseñor Aquaviva, legado del Papa, que años más tarde y á la edad de 24, había de obtener el capelo, y que si era mozo aficionado á las letras, no lo era menos á tratarse con los hombres de ingenio, fuése Cervantes con él á Roma, centro entonces de la cultura literaria del orbe, y allí desarrolló su inteligencia y sus pasmosas condiciones de observación; pero sin que se haya traslucido la causa de ello, dejó Cervantes al poco tiempo la casa del cardenal Aquaviva, y en 1571 le vemos hecho soldado de los Tercios españoles.



SARDÁ ESTUDIO

Fué Cervantes hombre honrado y trabajador, siquiera la malquerencia ó el error le metieran en prisiones, siendo alcabalero de la Real Hacienda; casó en Esquivias en 12 de diciembre de 1584 con doña Catalina de Palacios, con la cual no tuvo sucesión; no se le conoció más descendiente directo que una hija, fruto de sus amores con una dama portuguesa, hija que se llamó en el mundo doña Isabel de Saavedra, y que profesó en las monjas Trinitarias de Madrid.

Como soldado se distinguió Cervantes en diferentes hechos de armas, y muy especialmente en la batalla naval de Lepanto, *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros,* en la cual batalla y en la galera *Marquesa,* mandada por Francisco Sancto Pietro, hallábase postrado por la fiebre al romperse el fuego entre la poderosa escuadra turca capitaneada por Selim y la cristiana bajo las órdenes de don Juan de Austria; pero Cervantes, al tener noticia del choque, corrió á empuñar las armas, contestando á cuantos quisieron disuadirle de aquel empeño:

–« ¡ Qué se diría de Miguel de Cervantes ! En todas las ocasiones que hasta hoy en día se me han ofrecido de guerra á

S. M. y se ha mandado, he servido muy bien como buen soldado; y así, ahora no haré menos, aunque esté enfermo é con calentura: más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta.»

Ocupando el sitio más peligroso de la nave, á petición suya, rechazó varias veces las acometidas de los moros y recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda de la cual quedó manco.

Hecho prisionero de los moros algunos años después al regresar á España en la galera *Sol* en 26 de septiembre de 1575, fué conducido como cautivo á Argel, encerrado en una de sus lóbregas mazmorras, y sujeto á tratamientos crueles; pero el ánimo de Cervantes no se achicó por esto, antes bien, en el cautiverio se engrandeció su alma, se agigantó su ingenio, se aquilató su heroismo, y se sublimó su generosidad, pues en más de una ocasión puso á riesgo inminente su vida, bien por obtener su propia libertad, bien por lograr la de sus compañeros en el cautiverio.

Este fué para él una verdadera odisea en la ardiente región africana, y sensible es para mí que los reducidos términos de esta *silueta,* no me permitan narrar la serie de abnegaciones del pobre y esforzado *manco* en aquella larga y dolorosa etapa de su vida: consignaré, sin embargo, que los arranques de su corazón le llevaron al punto de intentar, según algunos de sus biógrafos, alzarse con Argel por España, apoyando su atrevida empresa, unicamente, en el valor de los cautivos españoles que en Argel había, y en prueba de ello, véase lo que acerca de este punto consigna el P. Haedo.

Si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la fortuna, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos.

Rescatado por los PP. Trinitarios en 1580, regresó Cervantes á España donde aun siguió sirviendo á su patria con las armas hasta finalizar el año 1583, en cuya fecha empieza su verdadera ocupación de escritor.

En pocos años produjo su fecundidad más de treinta comedias; la novela *Galatea,* famosa en la posteridad, y otras muchas, pero luego dejó de escribir, y estuvo sin hacerlo cerca de veinte años, período que fué para él una segunda odisea, aunque menos gloriosa que la de Argel.

Peregrinando en busca de sustento; aceptando cargos enojosos y de miserable retribución; preso unas veces por trabacuentas que bien puede asegurarse que no fueron en desdoro suyo; menospreciado de los unos; mirado con ojeriza por los otros, y humillado siempre, posible es que Cervantes echase de menos las húmedas y mortificantes mazmorras de Argel, y más aún cuando se vió encerrado y aherreojado en Argamasilla en cárcel donde, como él decía, *toda incomodidad tiene su asiento.*

Pero tal vez á aquella injusta y penosa reclusión se debe la obra más portentosa de los siglos; la joya más estimable y estimada de la literatura universal; el imperecedero rayo de gloria que circunda el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra.

De la prisión de Argamasilla salió hecha la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* admiración y encanto de las generaciones pasadas, presentes y venideras.

Puesto Cervantes en libertad, justificada su conducta, y en paz ya con la justicia hasta el resto de sus días, gestionó, aunque inútilmente, recompensa á sus servicios. Trató de publicar entonces la primera parte de su obra inmortal, y gracias á la pasagera protección que le dispensó el duque de Béjar, pudo conseguirlo en los comienzos de 1605; pero forzado Cervantes, por su situación económica, á enagenar la propiedad del libro á un tal Francisco Robles, se comprende que los beneficios fueron para éste, y que Cervantes, aparte algunos miles de reales, no cosechó más que el aplauso con que fué recibida su obra por el público.

No faltaron envidiosos de la gloria de Cervantes que motejaran su *Don Quijote* y amargaran la precaria existencia de su autor; pero éste, con alguna protección, no



Anna E. Klumpke.—Retrato de la eminente artista Rosa Bonheur

mucha, del conde de Lemos, siguió escribiendo y dando á luz sucesivamente las novelas *El curioso impertinente*, *La gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *Las dos doncellas*, *La ilustre fregona*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, novelas ingeniosísimas y dignas de su pluma.

En 1615 publicó Cervantes la segunda parte de su *Don Quijote*, y contra lo que comunmente ocurre, y contra lo que el proverbio dice, la dicha segunda parte aventajó á la primera en mérito literario.

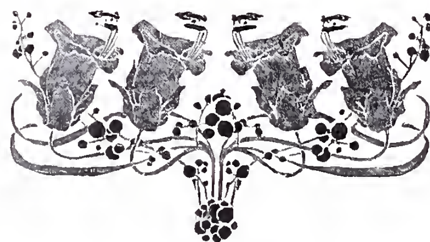
F. DOMINGO.—BOCETO

Pérsiles y Segismunda fué la última obra que escribió Cervantes, y su carta-prólogo al conde de Lemos, fechada en 19 de abril de 1816, fué el último escrito que trazó su mano, porque, enflaquecido y doliente, abatido, más por la escasez de recursos y por la injusticia de sus contemporáneos que por el peso de la edad, rindió al Creador su alma en 23 del mismo mes, con la resignación del justo. Su cadáver fué conducido modestamente en hombros al convento de las Madres Trinitarias, en donde recibió cristiana sepultura, sin que hoy sea dable determinar cuáles puedan ser sus despojos, confundidos con otros muchos.

Pero si sus contemporáneos no supieron hacer justicia al ingenio sin rival de Cervantes, la posteridad, sin limitación de escuelas ni de fronteras, ha rivalizado de dos siglos á esta parte en desagraviar su memoria, tributándole elocuentes testimonios de admiración, pues, como dice muy bien Aribau, los soberanos han honrado á porfía su memoria; los magnates amantes y protectores de las letras le han levantado monumentos; los sabios le han colmado de elogios; el pueblo venera y rinde culto á su nombre; las naciones extrañas nos le envidian; todas las artes han reproducido, bajo mil formas, su efigie y las creaciones de su fantasía, y la imprenta multiplica todos los años sus escritos, y los difunde, como luz vivificadora, por todos los ámbitos del mundo.

No menos honra merece; no de menos gloria es acreedor el *manco de Lepanto*; el sublime autor del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*; el astro más esplendoroso y de mayor magnitud de la literatura española.

CAMILO MILLÁN





JUAN BRULL PUREZA

La Comunión de Silvia



VICTOR MASRIERA — VERANO

Mi tío, el cura de Tres-torres, á cuyo lado me habían puesto mis padres para que me enseñara unas miajas de latín, me dijo aquella noche:

— Oye, Jaime, mañana me ayudarás misa á primera hora, pues tenemos que ir después con el Viático á Metelina. El domingo fué Pascua, hoy estamos á jueves, y no es cosa de dejar transcurrir la semana sin que haya comulgado el tío Homobono.

El tío Homobono era un viejo chapado á la antigua, el cual, durante sus cortas estancias en el pueblo los días de feria y los domingos, había conseguido inspirarme singular respeto.

Cuatro años hacía que el buen hombre, á causa de los malos caminos y sobre todo de los años que llevaba á cuestas, no podía llegarse hasta Tres-torres, por lo cual mi tío, durante la semana pascual, subía al monte para llevar la Comunión al más antiguo de sus parroquianos.

Las palabras del sacerdote me hicieron brincar de alegría. Llevar la Comunión al monte durante una mañana de primavera, constituía para mí uno de los mayores placeres.

La ascensión no solía ser muy alegre. Cuando se va de camino en compañía del Señor, siempre se experimenta un fuerte respeto que obliga á la seriedad. No era cosa de reirse. Mi tío iba balbuceando latinajos, á los cuales yo replicaba según Dios me daba á entender, mirando á un lado y otro del camino, olvidando mi obligación de sonar la campana cuando encontrábamos algún campesino y retardando distraidamente el paso cada vez que veía un pajarillo posarse sobre una rama, un lagarto escurriéndose por las grietas de un muro ó una pendiente alfombrada por la hierba y sobre la cual me hubiera gustado dejar rodar mi cuerpo.

A pesar de las privaciones que me imponía á la subida el oficio que desempeñaba, me consolaba facilmente al pensar en las diversiones de la vuelta. Porque la segunda parte del programa era siempre deleitosa. Cumplida nuestra obligación acerca el tío Homobono, al punto en que el copón portátil, no conteniendo ya la sagrada forma, había desaparecido encerrado en su estuche bajo los pliegues de la sotana de mi tío, emprendíamos libres como el aire los tortuosos senderos de la vertiente opuesta del monte, hasta que parábamos en la casa rectoral del pueblo de San Marcos, cuyo párroco, prevenido desde la víspera, solía esperarnos lleno de júbilo.

Mi tío, de suyo triste y melancólico, parecía que, á la sola idea de visitar á un amigo de treinta años, compañero de seminario por añadidura, se sintiese alegrado y rejuvenecido.

Por eso corría de pareja conmigo, reíase de todo, hacía suyos mis entusiasmos de niño por la extraña forma de una piedra, por una planta curiosa, por una mariposa de colores vivos ó por un insecto que reluciera al sol como el acero templado.

¡Qué alegría la nuestra cuando, al mediodía, con el hambre aguzada por el aperitivo de la montaña, apercibiamos á lo lejos la torre de San Marcos y la iglesia nueva, en medio de unas cincuenta casas de cubiertas grises, semejando la madre entre sus polluelos! ¡Qué júbilo al ver en medio del camino, cortándonos el paso, al viejo amigo de mi tío, el alegre padre Benavente, que nos gritaba desde lejos:

— ¡Aprisa, gandules!... La comida está echada á perder... Se ha quemado toda... Tendréis que refugiaros en la hostería.

Pero todo lo hallábamos en buen orden. Aún después de muchos años, la imagen de San Marcos no se aparece á mi memoria sino á través de los apetitosos vapores que se desprenden de una suculenta tajada de cordero dorado al horno y de unas deliciosas chuletas de cabrito.

* * *

Henos aquí pues, á mi tío y á mí, camino del monte. Mi tío avanza gravemente, sin fijar la atención en nada que no sean sus funciones sacerdotales. En cambio yo no ocupo la imaginación en otros particulares que los platos que nos ofrecerá el padre Benavente, sin olvidar las sabrosas truchas que solía pescar el viejo sacerdote en honor de sus huéspedes ni el plato de setas que nos ofrecía, procedentes del huerto rectoral.

Clareaba el cielo y el sol, invisible aún en el Oriente, anunciaba con su resplandor su proximidad á rebasar la línea del horizonte, para esparcir de súbito sus rayos sobre la tierra, cubriendo de luz las rosadas puntas de los montes.

De tarde en cuando, jadeantes, nos parábamos á descansar y mi tío colocaba respetuosamente el copón encima la fresca hierba, sin escandalizarse cosa mayor de los animalillos que se acercaban á él.

Decididamente, la casa del tío Homobono se hallaba en un sitio excesivamente elevado. Ya lo decía mi tío: — El bueno de Homobono vive á la mitad del camino del cielo.

Partiendo á la del alba, no era cosa del otro jueves llegar á ella á las diez de la mañana.

Al apercibir las paredes de la casa, me puse á sonar la campanilla. Ladrónos un perro, espantáronse las gallinas, y el toro, que estaba encerrado, sacudió dentro el establo la cadena que le sujetaba.

A pesar de lo cual permaneció la puerta sin abrir. Nadie salió á recibirnos.

Medio asombrados, continuamos avanzando hacia la casa, cuando, de súbito, exclamé:

— Tío... alguien se ha muerto.

— ¿Qué me dices muchacho?



VÍCTOR MASRIERA INVIERNO


V. GINÉ EL CHARLATÁN

— Mire usted: las abejas están de luto.

En efecto, cada una de las seis colmenas alineadas delante de la casa, ostentaba una gasa negra.

Emocionado por semejante espectáculo, dijo entonces mi tío:

— Habrá muerto el bueno de Homobono.

Esta era la verdad. Una vecina que guardaba el difunto y que respondió á nuestro llamamiento, nos lo manifestó al cabo de unos segundos. El nieto del muerto, que acababa de partir para Tres-torres, no se había apercibido de nosotros á causa de haber tomado algún atajo para abreviar camino.

Por todo lo cual mi tío decidió que el entierro se efectuase al día siguiente é hizo las preces de rúbrica...

* * *

La jornada se anunciaba fúnebre. Adiós San Marcos, el padre Benavente y su comida.

Al salir de la casa, interrogué á mi tío con la mirada.

— ¿Qué le vamos á hacer? — dijo, adivinando sin duda mi pensamiento. — El padre Benavente tendrá que pasar el día de hoy sin nuestra compañía. Por una diversión profana, no podemos de ningún modo pasear el cuerpo de Dios por esos mundos del diablo. Su sitio es el sagrario... De manera que, en lugar de ir á San Marcos, nos volveremos tranquilamente á casita.

¡Qué triste se me aparecía en aquel momento la imagen del pueblo! Y cómo, gracias á la comparación, se embellecía San Marcos, con sus praderas cubiertas de narcisos floridos y su caminito serpenteando entre ellos bordeado del riachuelo rumoroso! ¿No podía haber tardado unos días á morir el viejo Homobono?

Mi tío púsose á reflexionar y hasta creo que en el fondo compartía conmigo los sentimientos que me atormentaban. También los santos tienen sus debilidades.

Sin embargo, emprendimos el camino de regreso.

De pronto, á la otra parte de las rocas sobre las cuales estaban situadas las colmenas, encontramos una muchacha guardando como media docena de corderos. Al vernos, arrodillóse, santiguándose devotamente.

— ¿La conoce usted? Es Silvia, — dije á mi tío.

— ¿Silvia, la de Pedro Juan, que recibió la confirmación cuando tú, el año pasado y que tenía siempre el número uno en la clase de catecismo?

Mi tío había cesado de avanzar. Silvia se acercaba tímidamente. Yo, antiguo amiguito de ella, tenía una verdadera satisfacción en verla nuevamente.

Con voz dulce, el sacerdote la amonestaba por sus faltas á la misa y á las lecciones de catecismo.

— ¡No es por falta de voluntad, señor cura! — exclamaba la niña, — sino porque el amo no me deja.

— Está bien. Ya me veré con él.

Entretanto Silvia reclamaba de nosotros un pequeño favor: el de guardar un momento los corderos, mientras ella iría á pedir prestado un pedazo de pan á la primera casa que le viniese al paso, pues el perro se había comido las provisiones que llevaba para pasar el día.

— Como por aquí no suele pasar nadie, corro el peligro de quedarme en ayunas hasta la noche.

— ¿Cómo? ¿Estás en ayunas? ¿completamente en ayunas?

— Completamente, señor cura.

— Desde ayer á la hora de la cena, ¿no has comido ni bebido nada, absolutamente nada?

— No, señor cura.

— ¿Ni una gota de agua?

— Ni una gota.

— ¿No has cogido, sin parar mientes en ello, un níspero ó un grano de mora?...

Silvia se puso á reir.

— ¡ No hace poco tiempo que los pajarillos se han comido las últimas !

Entonces mi tío interrogó á Silvia sobre el catecismo y vió con satisfacción que la muchacha lo recordaba maravillosamente.

Después dijo :

— La Providencia lo quiere... Los designios de Dios son misteriosos.

¿ Quería tal vez la Providencia que aquel día pudiésemos comer en compañía del padre Benavente ? Empezaba á barruntarlo, cuando me dijo mi tío :

— Aléjate un poco ; voy á confesar á Silvia.

* * *

La confesión fué corta y la absolución no se hizo esperar. La pobre Silvia tenía pocos pecados.

—Ahora que te hallas en estado de gracia — dijo mi tío, — después de darlas al Todopoderoso que se digna, por un favor especial, descender hasta tí, ya que tu no te acercabas á Él, prepárate para recibirlo dignamente.

Cerca de aquel sitio había una especie de oratorio sobre cuyas gradas se arrodilló Silvia, quien, emocionada, entornaba los ojos arrasados en lágrimas.

Mi tío rezaba en voz baja. La Sagrada Forma brillaba en sus dedos herida por el primer rayo del sol naciente. Innumerables pajarillos rompieron á cantar y un perfume más penetrante que el del incienso se esparció por el aire.



F. DOMINGO — EL PRÍNCIPE

También á mi me asaltaron las ganas de llorar como hacía Silvia. Pero, llorando y todo, me decía :

— Por poco que apretemos el paso, antes de medio día podemos estar en San Marcos, donde el padre Benavente nos está esperando con el cordero asado, las truchas, las setas, el cabrito...

Y, en un impulso de piadoso agradecimiento, bendije al cielo que, en lugar de privarnos de una inocente expansión, había querido que mi amiguita Silvia se encontrase en nuestro camino, á punto de recibir la Hostia.

Pablo Areñé

LA CASA DE LOS DUENDES

Era el día 20 del mes de Enero del año de 188... y los pacíficos vecinos de Villatoquite celebraban la fiesta anual en honor de su patrono San Sebastián...

En aquel pueblo, y en tres ó cuatro leguas á la redonda, había caído la noche anterior una nevadita propia de los últimos días del Otoño ó de los albores de la Primavera. Es decir: ni tan copiosa que los caminos quedaran intransitables, ni tan insignificante que permitiera á los labradores ocuparse en las pocas faenas que en tal época exigen y consienten los campos.

Por estas dos circunstancias, felices ambas para los aficionados á festear, la función del mencionado lugarcillo se vió más concurrida que el año precedente y que otros años en que, ya por excesivo temporal de aguas ó nieves, ya por ser éste bonancible para las operaciones agrícolas, los habitantes de las aldeas limítrofes se abstenían un tanto de honrar con su presencia la festividad con que los «villatoquiteros» obsequiaban al Santo de su devoción.

De modo que el número de romeros se contaba por centenares, y en todas las casas tenían los que deseaban y algunos más. Pero seguramente que hubo y aun sobró comida para todos, porque los moradores de Villatoquite llevan desde tiempo inmemorial fama de rumbosos, y, puestos á sacrificar ovejas tísicas, no se sabe que tasaran nunca las que habían de engullirse sus convidados.

Sin embargo de que todas las viviendas, desde la más pobre hasta la más rica, rebosaban de gente forastera, la que se llevó la palma fué, sin disputa, la del tío Agustín Majadas, el mayorazgo, donde nos juntamos á comer, entre grandes y chicos de los dos sexos, setenta personas.

La comida correspondió á la riqueza y categoría de la casa: sopa de pan y de fideos: cocido, compuesto de garbanzos de los mejores de la cosecha, de carne fresca de vaca, de cecina, tocino, chorizo, relleno, y, aparte, un puchero de berza bien esponjada: luego, carnero guisado, oveja frita, gallos asados y escabeche de barbo; y, para postre, queso, manzanas, nueces y un pote de castañas que regocijó extraordinariamente á la gente menuda.

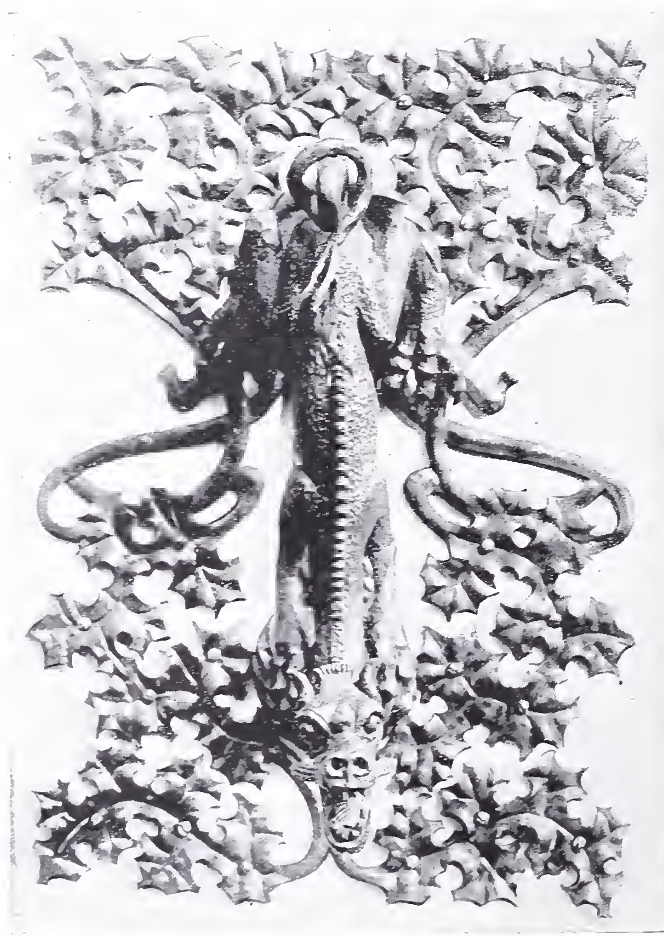
. . . .

De sobremesa, el que la presidía, un vejete de ochenta navidades, con tantos nietos y bisnietos como años,—de lo cual se mostraba él muy orgulloso,—parlador, campechano y más alegre que unas castañuelas, nos endilgó no sé que retahila de oraciones, jaculatorias, avemarías y demás rezos que allá en su niñez le inculcara un su tío cura, besámosle la mano los pequeñuelos, imitáronnos los mozos y mozas, y así que el venerable anciano se hubo calado hasta las orejas su flamante gorra ó «cachucha» de piel de cordero, habló de esta manera:

—Soy de parecer, puesto que la tarde arruga el entrecejo y la poca nieve que hay por las calles ya casi estará convertida en hielo, que mientras sinan á vísperas, los casados jueguen una brisca ó un «tute arrastrao», la mocedad zarandée la pandereta y dance, y la chiquillería se venga conmigo á la cocina á oir cuentos, consejas y chascarrillos, que aprendí en mi juventud y que recuerdo tan al dedillo como los peldaños que tiene la escalera de mi bodega... ¿qué parece á la honrada concurrencia mi parecer?

—Muy bien, muy bien, tío Ramonín—contestamos todos, casados, mozos y chiquillos.

—Pues, entonces—añadió el abuelico—andando; cada uno á lo suyo: los hombres hechos, á la baraja; las muchachas de quince abriles para arriba, al pandero y á choyiar con esa caterva de fachen-



Aldaba de hierro forjado construída por los señores Cadena y Bayó

dosos: y vosotros, galopines—nos dijo á los rapaces y rapazucas que no habíamos pasado de la edad pueril—venid tras de mí á la cocina, que allí, al amor de la fogata, os contaré cada cuento que en vuestra vida olvidaréis aunque viváis más años que mi tatarabuelo, el cual, según oí decir á mi difunto padre (que en gloria esté) murió á la edad de ciento doce años... ¿ Sabéis cuantas docenas de años son ciento doce ?...

—Si señor: mil docenas—voceó Manolico.

— ¡ Trescientas, trescientas docenas ! — gritó Teresina, una nieta del tío Ramonín.

— ¡ Uf... qué torpes ! — agregó en tono de convicción y con cierto énfasis, Perico, el hijo del maestro de Escuela de Santa Elena — ... pues ciento doce años á doce años la docena, dos docenas y media ¿ verdá tío Ramón ?

— ¡ Carafe, carafe ! — replicó riéndose á carcajadas el abuelete — ¿ y son vuestras madres las que se atreven á decir que los niños de hoy nacen más espabilados que los de antaño?... Sentaos, sentaos por ahí en los escaños, en esos banquillos y sinó en el suelo ; y que nadie chiste ¿ entendeis ?

— ¡ Sí, señor ; sí entendemos, tío Ramonín !

. . . .



Farol de hierro forjado construído por los Señores Cadena y Bayó

— ¡ Ajajá !... Yo ya me arrellané en esta poltrona desvencijada que es la misma en que se sentaron los mayorazgos viejos, el padre, el abuelo y hasta el bisabuelo del tío Agustín, que cien años viva... Y vosotros, *buenos* escolantes, ¿ estáis ya acomodados ?

— ¡ Sí, señor ; ya estamos todos *sentaos !*

— ¿ Y de qué queréis que sean los cuentos ?... Porque los sé de muchas clases y colores ; los sé de historia, de duendes y brujas, y puramente de risa.

— ¡ De risa, de risa ! — prorrumpimos alborotados.

— ¡ Bueno !... Os quiero dar gusto en todo y yo os prometo que esta tarde os reiréis hasta reventar ; pero antes vais á saber el porqué llaman á esta casa donde estamos « La casa de los duendes... »

Creo que todos los chiquitos allí reunidos ignorábamos que la casa del tío Agustín Majadas tuviera tal denominación, y comenzamos á temblar de miedo; más el jovial tío Romanín no debió percatarse de nuestro susto y nos refirió el siguiente sucedido :

— ¡ Hará cosa de cuarenta años, ó sea en vida de mi primo Narciso, (que en paz descanse) el padre de Agustín, oyéronse en esta casa durante un período de tiempo de tres ó cuatro meses, los ruídos más extraños y diabólicos que podéis imaginaros. Oíanse de noche solamente y siempre que los dueños de la casa se encontraban solos, pues si algunos vecinos se venían á pasar aquí la noche, ni brujas, ni duendes, ni espíritus empecatados daban señales de existencia... Mirad : ahí en esa alcoba que llamamos la glorieta, dormían los mayorazgos, Narciso y su mujer María Antonia ; en el cuarto de la entrada, junto á la despensa, su único hijo y heredero Agustín; en ese cuartuco que está á mano izquierda, según se vá á la troje, dormía la criada ; y el criado, un mozo viejo que entró á servir en la casa á los quince años y en ella estuvo hasta que pasó á mejor vida, tenía la cama en el establo... Los ruídos no eran producidos por golpes, ni por el crujido de las vigas ; tampoco se notó nunca que arrastrasen cadenas, ni que los espíritus malignos corretearan de un lado á otro del desván... Como ya os he dicho, los duendes, brujas ó lo que fueran, únicamente trasgueaban por la casa cuando no había más personas que las de la familia, y, siempre, después de haberse todos acostado... A horas avanzadas de la noche, mi primo Narciso, la María Antonia y el criado, que se quedó á dormir algunos días sobre los escaños de la cocina para poder levantarse al primer barrunto de ruído, oyeron ayes, chirridos de puertas que se abrían ó cerraban, y algo así como el murmullo de una conversación ; pero se armaban de tenazas, badilas y otros enseres del hogar pintiparados para moler las costillas á cualquier prójimo de carne y hueso, salían con las debidas precauciones, iban á despertar al muchacho y á la criada para que recorrieran con ellos todas las habitaciones, tinadas y escondrijos de la casa. . y jamás vieron ni rastro de aquella pícara gente hechizada... Por más que, á mi modo de ver, no se trataba de duendes ni de brujas, pues bien claro dice la doctrina cristiana que con solo creer en agüeros y hechicerías se peca mortalmente ; lo que pudo haber en todo esto, es que el bisabuelo del abuelo del padre de mi primo Narciso, ó sea de mi tío Matías, dejó en su testamento una manda piadosa cuyo cumplimiento demoraron los herederos por no sé qué desavenencias con los párrocos del pueblo, y, ¡ naturalmente !, el alma de aquel piadoso testador, no pudiendo salir del purgatorio mientras no se entregase á la Iglesia lo estipulado en su última voluntad y cansada de penar por los mundos desconocidos, pensaría en recordar de alguna manera á sus herederos la obligación en que estaban de saldar una deuda tan sagrada, y de ahí aquel abrir ó cerrar de puertas, aquellos murmullos y aquellos ayes producidos por arte de encantamiento...

...Sinaron á vísperas, y como quiera que la narración del tío Ramonín nos ponía los pelos de punta, tomamos las de Villadiego, y le dejamos con la palabra en la boca y con los cuentos « puramente de risa » entre las orejas y la cachucha.

. . . .

En dos catres de cinco palmos de anchura, dormimos aquella noche nueve chiquillos. El miedo á ser atrapados por los duendes, ó por el alma en pena, hizo que ni siquiera nos detuviéramos á quitarnos los escarpines. Nos metimos en la cama sin almadreñas, porque es costumbre descalzarlas en el portal y arrinconarlas tras de la puerta de la calle; pero nos zabullimos entre los cobertores tan vestiditos como habíamos asistido á misa y al rosario, más vestidos aún, porque para entrar en la iglesia guardamos la boina en la faltriquera, y acostarnos nos acostamos con boina y todo y hasta creo que sacamos el dobladillo á fin de que, calándonosla bien, no oyéramos chirridos de puertas, ni ayes, ni murmullos... ¿Pero quién se quedaba á la orilla?... El centro de la cama, sí, le queríamos todos, y el «regero» también; mas eso de quedarse al descubierto y en peligro de que las brujas se apoderaran de nosotros, de los que habíamos de dormir al caer, ¡quiá, ni á tiros!... Por fin, rendidos de tanto luchar por colocarnos todos en el sitio más seguro, nos entregamos dulcemente en brazos del sueño, y al amanecer del nuevo día era punto menos que imposible averiguar si los nueve chiquillos éramos uno, ninguno, ó un fenómeno de carne humana... embrujado.

. . . .

Durante la comida del segundo día de función, alguien que se enteró de nuestros apuros y sobresaltos sacó la conversación de los duendes y brujas y el tío Ramonín explicó con todo lujo de detalles lo mismo que á nosotros nos contara respecto á la causa de que la casa del mayorazgo se llamara en algún tiempo y aún siguiera llamándose «La casa de los duendes...» Pero así que concluyó su conseja, le dijo, sonriéndose, el tío Agustín:

—¿Y usted cree, tío Ramonín, en agüeros, hechicerías, almas en pena y encantamientos?

—¡Carafe!... Ya digo que en brujas y duendes no creo, porque es pecado creer; pero las almas en pena son otra cosa muy diferente ¡carafe!

—¿Y usted se acuerda de la criada que teníamos por aquella época en esta casa?

—¡Pues no me he de acordar, hombre, no me he de acordar!

—¿Quién era?

—¡Quién había de ser!... ¡La que es hoy la mayorazga: tu mujer!

—¡Já... já... já!...

—¿De qué te ries, vamos á ver, de que te ríes?

—Pues de que ésta y yo cortejábamos por aquel entonces... y de que aquí no ha habido *más brujas que ella, ni más duendes que yo...*

. . . .

Desiderio Marcos



NOTAS SUELTAS

Yo he tenido amantes
de los tipos y genios mas distantes:
unos me han remontado al quinto cielo,
otros me han arrastrado por el suelo,
pero de mi victoria estoy ufana,
pues siendo el ideal, ó carne humana,
he sido cuanto en vida puedo ser,
menos mujer.

* * *

De tanto estudiarte, amor,
he llegado á comprender
que en sentirte es el mejor
quien no te alcanza á entender

* * *

Cubres con la mentira
tu rostro ajado
poniendo en tus mejillas
rubor pintado,
y ¿ crees con eso
que borrarás la huella
de tanto beso?

* * *

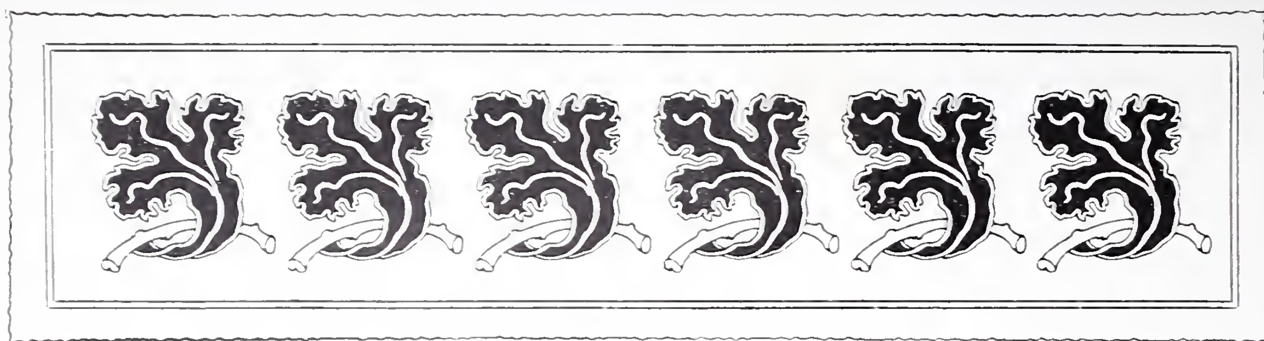
Yo he visto una perdida
consolar las nostalgias del regazo,
meciendo entristecida
un niño de cartón entre sus brazos

* * *

No se parecen tus ojos
cual dicen al mar sereno,
ellos son como él, azules,
mas no reflejan el cielo

Román de Saavedfa

ERI-
ADÓ



MEJICANOS ILUSTRES

Entre los pocos estados americanos que en materias intelectuales se encuentran al mismo nivel que esta vieja Europa, ocupa un lugar preeminente la República Mejicana, una de las más fieles guardadoras de las costumbres españolas, y en la que no ha podido, por mas esfuerzos que ha hecho, sentar sus reales esa tinta cosmopolita, esa mescolanza de razas que impera en muchos puntos de América y que hacen una Babel insoportable é inhospitalaria de lo que debiera ser refugio constante de todos los espíritus que, ávidos de luchar y de corrientes nuevas, buscan al través *de los mares* lo que parece no encuentran en esta parte del hemisferio.

Méjico es el estado que siempre tuvo más simpatías por la madre España: prueba patente el gran número de españoles que allí residen, el trato galante de que son objeto por los naturales del país y las iniciativas felicísimas llevadas á la práctica por todos los elementos más valiosos de aquella República que jamás titubearon con tal de reportarnos algún bien.

Por eso, principalmente, más que por nada, hoy se complace Hispania en tributar un aplauso á las cinco figuras de gran relieve de aquella región: el Excmo. señor general don Porfirio Díaz, Presidente desde el año 1876, su virtuosísima esposa la ilustre dama señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz, don Ignacio Mariscal, don José Ives Simantour y don Joaquín Baranda.

Mucho espacio haría falta para nada más que sintetizar el historial de estos grandes hombres y de su amante



F. DE SORIA EN EL CAMPAMENTO

compañera; así que nos vamos á reducir á copiar unos apuntes que de allí nos remiten para que sirvan de base á este artículo-semblanza:

« He aquí al primer estadista de América, al hombre que ha hecho la grandeza y la felicidad de su patria.

» El héroe de la paz, con el cual nombre es conocido hoy en el mundo el señor general don Porfirio Díaz, nació en 15 de Septiembre del año 1830 en Oaxaja. Hijo de padres no pudientes y huérfano de muy niño, desde su tierna infancia comenzó á luchar contra el infortunio al cual ha vencido completamente.

» En el Seminario de Oaxaja comenzó sus estudios, y su pobreza era tanta que no pudo asistir á ningún acto público por no tener recursos para pagar los gastos que eran indispensables en aquellas funciones literarias.

»Cuando los norteamericanos invadieron á Méjico, Porfirio Díaz acudió á alistarse de defensor de su patria.

» Siempre ha pertenecido al partido liberal, y ha obtenido sus grados militares por riguroso ascenso.

» Cuando la intervención francesa, Porfirio Díaz fué uno de los que más rudamente la combatió. Estuvo en la famosa batalla del 5 de Mayo, en el sitio de Puebla el año 1863 y en otras muchas acciones. Ganó á los Austriacos la batalla de la Carbonera y de Miahuatlan; tomó por medio de un atrevido asalto á Puebla el 2 de Abril de 1867 y ocupó á Méjico en Junio del mismo año.

» Por medio de una revolución subió á la presidencia de la República Mejicana á fines de 1876. Desde entonces comienza la era de prosperidad para Méjico. El valiente soldado ha demostrado ser hábil estadista: él ha levantado el crédito público, ha surcado el país de vías férreas y ha hecho á Méjico grande y respetado.

» Posee multitud de condecoraciones que le han concedido los gobiernos de Europa, justos apreciadores de sus grandes méritos. Es gran Cordón de la Legión de Honor de Francia y tiene dos grandes cruces españolas.

»La distinguida dama que comparte con el señor general Díaz el cariño del pueblo mejicano, es hija del finado



ministro de Gobernación de aquella república, licenciado don Manuel Romero Rubio, y se desposó con el Presidente mejicano en 1880.

» Por su ilustración, por su bondad y por su distinguido porte, se ha conquistado el respeto y admiración de todas las clases sociales de Méjico. Ella es la elegante dama que en los salones subyuga por su belleza, su gallardía y su finura y la que enjuga las lágrimas del que sufre.

» Como testimonio de su gran corazón, se alza en la capital de la República Mejicana la *Casa Amiga de la Obrera* en donde los hijos de las operarias encuentran pan é instrucción. Este establecimiento lo fundó y lo sostiene de sus fondos particulares *Carmelita,* como la llaman cariñosamente los Mejicanos.

»Por su grande alma y por sus bellas cualidades morales, la señora Romero Rubio de Díaz ha logrado algo que parecerá imposible: ser respetada y querida como reina en aquel país republicano.

» Es una dama legítimo orgullo de Méjico y de la raza latina.

» Está condecorada con la banda de María Luisa.»

* * *



MISS REBECA

Era soñadora, hermosa y melancólica. Sentíase herida por esa terrible dolencia tan general en los hijos de la nebulosa Inglaterra, el spleen, pero de un modo tan grave que, consultado un galeno, declaró que la rubia miss necesitaba impresiones nuevas, cambio de atmósfera y de costumbres, en una palabra, que el único remedio era viajar.

La joven se reanimó, abarcando la distancia que mediaba desde el suntuoso recinto de Milton Square hasta los floridos campos de India.

Hacía largo tiempo que soñaba con bandidos de ojos negros y atezada cabellera, de dominadora belleza, de carácter audaz y de valor indomable.

[illegible] La idea del viaje la trastornaba: presentía las emociones del terror, de la lucha, del amor irrealizable, pero que se arraiga y vive en el corazón.

El padre de miss Rebeca era flemático, imperturbable, parecía de granito; semejaba a una estatua de mármol; había resuelto que su hija no abandonase Londres hasta el mes de Agosto, corría Julio y la probabilidad de la muerte no le hubiera hecho variar en un ápice su plan.

Además en el retraso había un interés material: la romántica niña no resolvía la cuestión palpitante, cuál era fijar la época de su matrimonio con un primo suyo, que a la vez era socio de la casa Thompson y Compañía.

¿Le amaba? tal vez como hermano, y su cariño era puramente fraternal y aun así, indiferente y tranquilo.



J. CAMPENY — SIEMPREVIVAS Y CRISANTEMAS

Por su parte Jaime, admiraba la hermosura de Rebeca, quería llamarla suya, pero con estoicismo inglés soportaba con paciencia los desdenes y la frialdad glacial de aquel ser caprichoso y romántico.

Por fin llegó el día de la partida; una respetable aya aceptó la misión de acompañar a la heredera de la casa Thompson y Compañía.

Miss Rebeca abrazó a su padre, tendió la mano ceremoniosamente a Jaime, pronunciando un seco good-bye y se instaló en el vapor que por el río Támesis la condujo al canal de la Mancha y a las playas francesas.

Su estancia en París fué corta, desdeñando conseguir su admiración en la capital más brillante y [illegible] de Europa. Tenía vehemente curiosidad por ver realizados sus ideales.

Ya en la frontera cambiaron de tren, tomando el que debía conducirlas a Turín. Hallábanse ya cuando salieron de la estación, pero a corta distancia de aquélla se abrió la portezuela y un hombre joven de arrogante presencia, ocupó un asiento al lado de la bellísima miss.

El viajero tenía tipo árabe: tez morena pálida, barba larga, negrísima como los ojos y cabellos. Su mirada escrutado-

ra se fijó en Rebeca, como magnetizándola: tenía expresión audaz y amenazante.

Sacó del bolsillo unas tijeras y mostrándolas dijo con acento imperioso:

— Córteme usted el cabello y la barba.

La inglesa hizo un movimiento de terror y de sorpresa. El aya exclamó con severo acento:

— Caballero, caballero...

El desconocido lanzó una mirada tal sobre miss Wey, que la hizo bajar los ojos estremeciéndose.

— No hay tiempo que perder: corte usted.

La atribulada Rebeca vió brillar un puñal y, temblorosa, aterrada, cortó los rizos y la barba del bandido.

—Ahora miren ustedes por la ventanilla.

Obedecieron trémulas y asustadas. Minutos después una voz cascada dijo:

—Vuelvan ustedes á sentarse.

Rebeca y miss Wey lanzaron una exclamación de asombro: en vez del apuesto joven, se encontraban frente á frente con un anciano de barba blanca y cabello como la nieve.

En aquel momento entraban en una estación. Un empleado abrió la portezuela: detrás de el asomaba la cabeza un agente de policía.

— Hija mía, muestra los billetes, creo que los piden, articuló el extraño personaje.

— No; no es eso lo que deseamos... andamos á caza de cierto sujeto.

— Y se escapará probablemente.

El tren continuó su marcha.

— Me han salvado ustedes — dijo el desconocido, — hemos pasado la frontera, nada puedo temer: muchas gracias y buen viaje.

Y abriendo la portezuela saltó al campo y se perdió entre los árboles.

Miss Rebeca, tenía calentura cuando llegaron á Turín; durante quince días estuvo gravemente enferma y el flemático mister Thompson, preparaba su maleta para trasladarse á Italia cuando supo que su hija entraba en convalecencia.

— Así como así, se dijo, este viaje era para mí un trastorno; no debí permitir que Rebeca se ausentara de Londres.

Cuando la heredera de la casa Thompson pudo leer los periódicos, le señaló mistress Wey un párrafo en el «Siglo» de París.

«El cajero de la casa J. M. y Compañía, se ha fugado llevándose los fondos que existían en caja. Hacía más de un año que ocupaba su puesto, pero está averiguado que era el jefe de una partida de bandoleros.

» Es joven, de rostro hermoso, con ojos y cabellos negros; se cree que se ha internado en Italia.»

— ¡Era él! — exclamaron las dos inglesas.

Restablecida Rebeca y curada de su pasión por los Fra Diavolo, regresó á Londres á su lujosa casa de Milton Square.

Un mes más tarde, era esposa de Jaime Standerson.

X.



E. TORENT MEDITACIÓN

POR ESOS TEATROS

«Aygua que corre.» Drama en tres actos de Guimerá, estrenado en Romea. — «Oltre la vita.» Drama de José Leon Pagano, estrenado por la compañía Iggius, en el Granvía. — La compañía del señor Talavera. — Inauguracion de temporada en el Liceo.

El estreno en Romea del drama de Guimerá «Aygua que corre» ha sido hasta ahora el acontecimiento de la temporada. El eminente autor de «La Boja» y de «Terra baixa», de «Mar y cel» y «María Rosa,» ha entrado con él de lleno en el drama moderno, llegando al cabo del camino que emprendiera en «Arrán de terra» y en «La pecadora.»

De la antigua *manera* de Guimerá no queda en «Aygua que corre» casi ninguna huella. La sobriedad en la exposición del conflicto, la firmeza de los caracteres, la naturalidad con que se desarrolla la acción y la lógica con que se suceden las escenas, hacen del drama un verdadero modelo, colocándolo muy por encima de los demás que había producido últimamente su autor.

No aseguraré yo que Guimerá haya podido prescindir en un todo de su anterior manera de entender el teatro. Con un bagaje literario como el que lleva á cuestas, esto era materialmente imposible. Además, por encima de los procedimientos de escuela, hay el temperamento, del cual no puede prescindir ningún autor y mucho menos si es de la talla de Guimerá.



La Alameda de Hércules en Sevilla

Por eso, si bien ha prescindido éste de lirismos desmesurados y relaciones relucientes, de choques violentos y estallidos brutales de pasión, no ha logrado desprenderse de ciertos vicios adquiridos en obras anteriores y entre ellos el de anunciar ya al segundo acto el final del tercero y el de basar la obra en un hecho, si bien real en el fondo, falso por las circunstancias que lo rodean.

Un joven, enamorado perdidamente de una mujer casada, la confiesa su amor, que le es plenamente correspondido según le confiesa la propia interesada. Como se ve, se trata de una mujer sin pizca de escrúpulos, dispuesta á faltar al juramento conyugal. A pesar de ello, no falta... gracias á la vuelta de su marido, que se hallaba en viaje.

Entonces el galán, para poder vivir más cerca de su amada, decide casarse con una hermana de ésta. Así tendrá más y mejores ocasiones para conseguir su objeto. Pero no lo consigue, á pesar de su deseo y el de su cómplice, gracias al anuncio en su esposa de la maternidad, motivo de todo punto insuficiente en un sujeto de su índole.

En cambio en el tercer acto, teniendo en la habitación contigua á la esposa moribunda, déjase caer en brazos de su cómplice, matando con su acción á la enferma que, al aparecer á la puerta de la habitación, cae herida de muerte por la infidelidad de su marido y de su hermana.

La inconsistencia que se nota en la base del drama, ha sabido Guimerá substituirla por una extraordinaria firmeza en los caracteres y un gran vigor en la presentación de las situaciones. En este sentido es verdaderamente notable el segundo acto de la obra, uno de los mejores que posee el teatro catalán. En cambio el primero resulta pálido, reduciéndose á la exposición lisa y llana del conflicto, que se resuelve en el tercero con naturalidad al principio pero con cierta brusquedad hacia el final.

Los artistas de Romea interpretaron la obra con mayor naturalidad que de costumbre, distinguiéndose sobre todos los demás los señores Soler y Borrás, encargados de los papeles de maridos. Entre las actrices merece citarse la señorita Jarque, que hizo una buena ingenua en el papel de esposa ultrajada.

La compañía de Blanca Iggius ha dejado de actuar en el Gran-vía, habiéndola substituído la de zarzuela chica del señor Talavera.

El último estreno que nos sirvió aquélla fué el del drama del joven escritor José Leon Pagano «Oltre la vita», en el cual muéstrase su autor obsesionado por los dramaturgos del Norte y muy especialmente por Ibsen. Y es lástima que así sea, pues el señor Pagano tiene cualidades para que pueda atreverse á andar por si solo, como lo demuestra en algunas escenas de su obra llenas de vigor y llevadas con singular acierto y soltura. ¿Cuando será que los autores jóvenes — no digo los principiantes, pues ya es cosa sabida que todo el mundo empieza imitando — seguirán el consejo que encierra Alfredo de Musset en un verso, cuando dice: «Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso?»

La campaña hecha por la señora Iggius en nuestra ciu-

dad no ha sido más que medianeja, habiéndose basado todos sus éxitos en la representación de obras de género libre ó descocado. Los espectadores que van al teatro en busca de arte, se han abstenido de acudir á las representaciones que ha dado la compañía, cediendo la plaza al público alegre, que busca distracción aunque sea á cosa de la moral.

Por eso, á pesar de los pocos días que han pasado desde que se despidieron de nuestro público aquellos artistas, ya nadie se acuerda de ellos. Casi me atrevo á afirmar que los asistentes al teatro Gran-vía, prefieren á la compañía de la señora Iggius, la de género chico del señor Talavera.

Una de las obras que representa ésta, es la nueva zarzuela de costumbres aragonesas «El olivar», estrenada con éxito por los mismos artistas en el teatro de las Artes de la calle de Floridablanca, donde actuaban antes de entrar en el Gran-vía.

Las obras antedichas y el estreno en el Principal del drama «La risa de Grecia», de don Eduardo Marquina, han sido las novedades ocurridas en los teatros que tenían ya abiertas sus puertas al escribir mi anterior revista, pues una de las ocurridas durante la quincena ha sido la inauguración de la temporada en el teatro del Liceo, la cual tuvo lugar el día 15 con la ópera de Franchetti «Cristoforo Colombo.»

Prescindiendo del libro, reñido con la historia y la literatura, la obra ha obtenido un éxito *de público*, debido tal vez, más que á sus méritos, á la explendidez con que ha sido montada. El decorado, á cargo de los escenógrafos señores Vilumara y Junyent, fué de lo mejorcito que suele ofrecernos la empresa del Liceo, lo cual puede afirmarse también del atrezo y el vestuario.

En cuanto á la música, puede afirmarse que está escrita con fe y entusiasmo por su autor el maestro Franchetti, siendo en un todo apropósito para deslumbrar á la masa. Merece citarse sobre todo el «Epílogo», en el cual campean los principales motivos de la ópera.

De todos modos, la acogida que dispensó á ésta el público fué en general bastante fría, sin que esa frialdad llevase á los espectadores á protestar ostentosamente, como hubiese ocurrido en otras ocasiones.

La interpretación fué de todo punto acertada, habiéndose distinguido notablemente la señora Bonaplata y el señor Sanmarco. Ambos viéronse obligados á presentarse en escena algunas veces, en compañía del maestro Mascheroni, director de la orquesta.

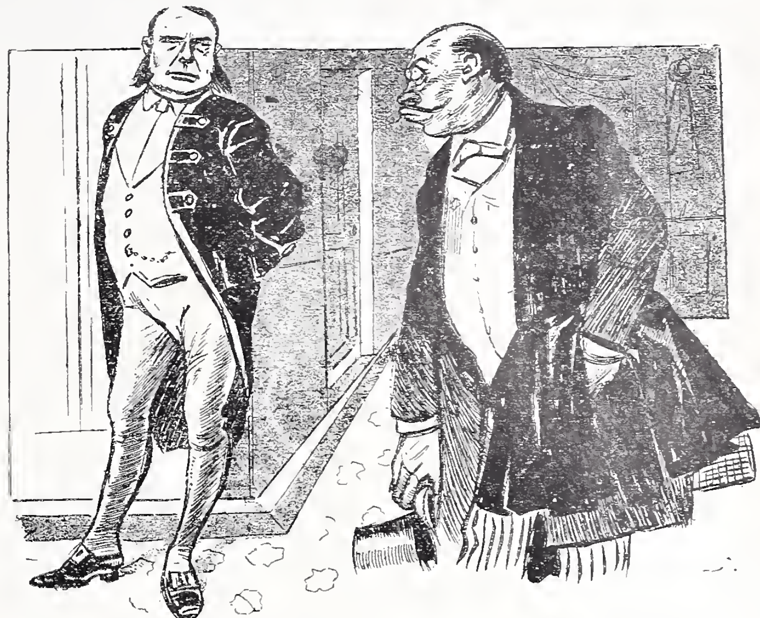
Un espectador

HOJEANDO LIBROS

«Dramas rurals», por Víctor Catalá.

Trátase de la obra de un autor casi desconocido como quien dice hasta ayer y el cual, de un solo salto, ha sabido colocarse entre los mejores que han cultivado la prosa catalana.

El libro que acaba de dar á luz con el título de «Dramas rurals» es una soberbia muestra de su gran talento.



EL ACREEDOR.— Pero si el conde me había dado cita para hoy sin falta.
EL CRIADO.— Oh, me extraña mucho, porque no me ha dado siquiera orden de ponerlo á V. en la calle.

Vigor, colorido, fuerza y expresión: he aquí las cualidades indiscutibles que posee la obra, compuesta de una docena de novelitas. Y conste que el diminutivo se refiere solamente á la extensión de las mismas, ya que por su intensidad merecen todas ellas el nombre de novelas y el calificativo de soberbias.

Mientras esperamos que Víctor Catalá nos dé nuevas muestras de su talento, no podemos menos que mandarle con estas líneas la expresión de nuestro entusiasmo y nuestra admiración por sus «Dramas rurals.»

«Impresions», por P. Colomer y Fors.

Como indica su título, los trabajos de que se compone el libro del señor Colomer son simples impresiones, artículos cortos, visiones fugaces de la vida, observadas por un autor cuyo temperamento le arrastra á describir y pintar cuanto ve y siente, sin preocuparse de otra cosa.

Por eso se nota en el libro cierta falta de selección en los asuntos, falta que no es obstáculo á que la lectura produzca singular buen efecto, pues de ella se saca una impresión viva é intensa de varios aspectos de ciertas poblaciones.

Lo cual no es poco que digamos.

«Mossen Verdaguer», por el doctor J. Falp y Plana.

Uno de los amigos que tuvo en la última época de su vida el insigne vate Mossen Jacinto Verdaguer, fué el doctor Falp y Plana quien le asistió como médico hasta sus últimos instantes.

Por eso, gracias á su triple cualidad de escritor, médico y amigo, ha podido el doctor Falp estudiar en su obra á Verdaguer bajo sus múltiples aspectos, dando del poeta, del hombre, del sacerdote y del enfermo una cabal idea.

HISPANIA



 HERMENEGILDO MIRALLES.-BARCELONA

Número suelto, DOS REALES

SUMARIO



E. SALA — LA COQUETA PRECOZ



FACHADA PRINCIPAL SOBRE LA PLAZA DE CATALUÑA

El Gran Hotel Colón y el arquitecto Audet

En el hetorogeneo y numeroso acopio de estudios técnicos de la arquitectura, no se adjunta ni adjuntarse puede, en concretos preceptos, la más difícil de las prácticas profesionales á que el arquitecto se dedica.

El arte y la ciencia ó la ciencia y el arte señalan la característica, dan especial vitalidad, retratan al arquitecto en cada una de sus obras.

Si las preferencias son sentidas en pro del arte, si el arquitecto pretende seguir los libres vuelos de la fantasía, éstos deben ser tributarios del cálculo, reteniendo en severas fórmulas las expansiones del sentimiento, para hacer bueno y útil lo bello.

Cuando el arquitecto inclina su predilección á conjunciones matemáticas, pugna por salir de la austeridad de sus trazados, invocando al arte para que lo útil y bueno no estén despojados de belleza.

Estos dos modos de ser del arquitecto despiertan en sus estudios preferencias que en sus obras exteriorizan su personalidad, más ó menos acertada según fuera la vehemencia de sus investigaciones.

Para el artista tiene consejos la ciencia, para el científico tiene el arte modelos de éxito seguro, pero ni para el arquitecto calculador, ni para el idealista tienen el arte y la ciencia modelo, precepto, ni siquiera consejo que en término seguro guíe sus pasos cuando están en pugna, no el arte con la ciencia, no el idealismo con el cálculo matemático, sino ambos á dos en abierta lucha con el prosáico y poco concreto coste á invertir en una obra.



Salón Comedor del piso principal

Arrimadero construído con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles



Salones de las habitaciones

Arrimadero construído con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles

GRAN HOTEL COLÓN



Andrés Audet y Puig, Arquitecto

Cuando el arquitecto puede obrar sin limitaciones; cuando sobre un solar de sobrada area puede cimentar cuanto quiera sin regateo y levantar obra sin límite á sus alturas, y todo ello mediante un presupuesto sin previo término, entonces, si es arquitecto calculista, no le negará el arte sus ausilios, y si es artista, no le regateará el cálculo toda prevención de seguro, pues ni la ciencia ni el arte desatienden las invitaciones de un rumboso presupuesto.

En este caso encuentra el arquitecto en el numeroso acopio de estudios que conjuntan la técnica de la arquitectura, concretos preceptos que guían la práctica de su profesión.

Pero cuando sobre un solar de limites cerrados á toda ampliación, sobre una planta invariable, con obstáculos á la cimentación y preceptos que limitan las alturas, y todo ello mediante un presupuesto cuya cuantía dependa de las esperanzas del éxito que la obra alcance, entonces si es arquitecto calculista podrá esperar del arte lo que pueda alcanzar tras sobado regateo, y si el arquitecto es artista deberá frenar el lápiz, no sea que las galas de fantasía alejen las prevenciones de seguridad.

Entonces el arquitecto pone á prueba su valer, pues si éxito alcanza en su obra, no será por el ausilio que le hayan aportado preceptos concretos deducidos de aquel acopio de estudios.

En tan difícil situación se encontró el arquitecto señor Audet al emprender el proyecto del Gran Hotel Colón y por dichas circunstancias de tal caso merece mayor elogio el éxito obtenido.

Sobre un solar inflexiblemente cerrado por líneas cuya alteración ni intentar podía, y que estaba edificado en solo planta baja, había el propósito de levantar dos pisos y profundizar unos sótanos. Este era el programa del proyecto para edificar un Gran Hotel, que respondiera á lo que exigía un emplazamiento que ostenta los dos frentes mejores de Barcelona.

Las ilusorias trazas que el señor Audet, arquitecto artista, pudiera soñar para so'ar tan soberbiamente situado, no podían salir de la pauta que le marcaba la planta baja, donde pudo adosar con feliz armonía de conjunto, el ingreso que tanto adorna como robustece aquella primitiva construcción, dando firme arranque de aquel cuerpo central que con propio mérito ocupa preferente lugar de la Ciudad.

Sin poder señalar con libertad los huecos que la planta ya tenía, avanzó el edificio en su altura, logrando que, con solo dos pisos, no amenguara su aspecto la elevación máxima de los contiguos. Esta mayor dificultad quedó plausiblemente solucionada con la

GRAN HOTEL COLÓN



Fragmento de la fachada

alegre cresteria y cúpula que sin falsear la estructura imponen el conjunto sobre la Plaza de Cataluña.

Aprisionada en tan forzados límites la fantasía del artista, no podía el señor Audet, arquitecto de ciencia, tratar con expontaneidad sus concepciones al socabar el cuerpo bajo del edificio; construyendo en todo el solar amplio sótano, luchaba con las contingencias amenazadoras y la prudente prevención de no cargar con líneas movidas por diversos cuerpos salientes, la débil base sustentante del piso bajo.

Sin poder fantasear como artista, ni tener á elección los elementos que en caso libre le diera la cien-

GRAN HOTEL COLÓN



SALONES DE MÚSICA Y LECTURA — ARRIMADERO CONSTRUIDO CON LOS NUEVOS ELEMENTOS DE HERMENEGILDO MIRALLES

cia, con plazo fijo de ejecución y sin que ni por un solo día dejase de estar abierto al público el gran café, creció el edificio y bajó sus cimientos sin el menor contratiempo, solucionando el problema de estética sin exteriorizar precaución alguna, de las muchas que debieron adoptarse para no interrumpir los rendimientos de la costosa finca, sin que nadie advirtiera peligro alguno.

Lo que sí advirtió todo Barcelona, fué el pasmoso y rápido cambio, al surgir el esplendoroso conjunto que señala que en titánica lucha el señor Audet, arquitecto artista y arquitecto de ciencia, sabe vencer las inconcebibles dificultades que en la técnica de la arquitectura surgen de las pugnas entre el arte, la ciencia y las restricciones del libre obrar.

PEDRO FALQUÉS, *Arquitecto*



Galerías del piso principal   Arrimadero construído con los nuevos elementos de Hermenegildo Miralles

VOCES DE ULTRATUMBA

La noche era hermosa y el padre Bernardo la aprovechaba para saturarse de las dulzuras del ambiente, perfumado por la Primavera. Sentado á la puerta de la casa rectoral, contemplaba con singular deleite las estrellas que brillaban en el espacio y escuchaba con arrobamiento el silbido de los galápagos y el canto de las ranas. El perfume de las floridas acacias, el hálito de la yerba tierna y el vaho de establos y corrales, se confundían en el aire fresco de la noche.

De tiempo en tiempo, para pagar su tributo al que él solía nombrar «el vicio del demontre», tomaba don Bernardo un polvo, echaba tres estornudos acompasados y quedaba tranquilo, como todo hombre que acaba de satisfacer un gusto ó cumplir una necesidad.

Subitamente, turbó aquella paz en que se bañaba su espíritu, el ruido de unos pasos precipitados que se acercaban.

— ¡ Válgame el cielo, señor párroco ! ¡ Qué caso más extraordinario ! — gritó una voz.

Y no había resonado la frase, cuando el Padre reconoció al bueno del tío Ignacio, que venía corriendo en compañía de sus dos hijos.

— ¡Diantre ! ¿ qué sucede ?—dijo alzándose y cortando el paso á los tres hombres.

El tío Ignacio permaneció mudo, respirando con fuerza.

— ¿ Qué pasa ? — insistió el padre Bernardo.

— ¡ Vaya un caso, señor cura !... Solo de pensar en él ya me estremezco. Hay para perder los estribos !... De fijo que el más pintado hubiese muerto de miedo.

Viendo que no podía sacarle más que exclamaciones de esta índole, don Bernardo le empujó hacia dentro para ver si, después de descansar un rato, podía sacar algo concreto de sus esplicaciones. Al ruido de gente, despertose la vieja ama del cura, que se hallaba dormida con el gato encima las rodillas.

Ya sentados en torno la mesa, el tío Ignacio dispúsose á contar lo sucedido.

— Figúrese usted, señor cura, que hemos oido la voz de mi mujer, llamándonos desde el otro mundo... Nos hemos llevado tal susto, que no se como hemos tenido fuerzas para resistirlo. ¿ Verdad muchachos ?

— Verdad — dijeron á coro los dos mozos.

— ¡ Diantre ! — añadió el cura por vía de comentario.

Y saboreó otro polvo, mientras el ama, interesándose por la narración, se restregó los ojos para alejar completamente el sueño. Hasta el gato, sorprendido al ver gente á semejante hora, subió de un salto encima la mesa y sentose delante el sacerdote en la actitud de quien espera algo con extraordinario interés.

Por unos instantes, reinó un silencio casi absoluto, que permitía percibir desde allí el canto de las ranas, el silbido de los galápagos y el cri-cri estridente de los grillos.

Después el tío Ignacio continuó en su historia.

El caso era que, después de cenar, como era víspera de un día festivo, él y sus dos hijos habían cogido las redes, dirigiéndose hacia la Mina con el intento de pescar algo para la merienda que pensaban celebrar la tarde siguiente en la Fuente de los Sauces.

Mientras se dirigían acequia arriba, se habían encontrado al molinero, que regresaba de la villa caballero en su mulo. Habíanse saludado con el consabido « santas y buenas noches », y después de un rato de charla, había proseguido cada cual su camino. Es decir, cada cual no, pues él y sus hijos habíanse apartado un poco del suyo, para no dar que pensar al molinero.

— ¿ Sabe usted, señor cura ? — dijo el tío Ignacio por vía de explicación : — á Marcial el del molino no le parece bien que vayamos á la Mina á pescar. Dice que la Mina es suya y que nadie puede meterse en élla sin su permiso. Como de allí sale el agua que da fuerza al molino y como es propiedad de su amo...

Quedó el bueno de Ignacio meditabundo, pegó después un puñetazo encima la mesa y mientras el gato huía despavorido, exclamó :

— ¡ Ira de Dios ! ¡ Propiedad ! ¡ Como si Dios hubiese hecho testamento !

Y sin transición ninguna, continuó la historia.

— Pues, volviendo á lo que íbamos, cuando nos ha parecido que Marcial ya estaba en su casa, hemos cogido otra vez el camino, nos hemos plantado en cuatro saltos en la Mina y hemos puesto las redes. Pero, aun no las habíamos acabado de colocar, cuando hemos oído la voz de mi mujer que nos llamaba desde el otro mundo ... « ¡ Ignacio ... Andrés ... Perico ! ... » decía ... ¡ No hemos sabido lo que nos acontecía ! Por eso, sin acordarnos de las redes, hemos huído despavoridos ... Y aquí nos tiene usted !

— Ilusiones de ustedes — repitió el señor cura.

A lo que replicó el tío Ignacio, picado en su amor propio :

— ¡ A ver si querrá usted desmentir una cosa que hemos sido tres á oirla !

Y con tanta firmeza mantuvo su afirmación, que el padre Bernardo, si bien no se tragó lo de las voces de ultratumba, accedió á acompañar á sus parroquianos á la Mina, con el fin de ver si podía averiguar el fundamento real de su espanto.

Salieron los cuatro de la casa rectoral y después de encomendar el sacerdote al ama que cerrase la puerta, emprendieron el camino, trepando sendero arriba por el

que, bordeando la acequia del molino, se dirigía á la Mina.

A su paso, callaban por un instante las ranas, para emprender de nuevo su canto con mayor ímpetu.

La calma de la noche, — una noche estrellada y tibia, — los suspiros suaves que arrancaba el viento al cruzar las mieses; el rumor alegre del agua, y la impasible sangre fría del sacerdote, contrastaban con la invencible agitación que dominaba al bueno de Ignacio y á sus dos hijos.

En menos tiempo del que se emplea para rezar dos padre nuestros, hubieron dejado atrás el molino, cuya silueta se destacaba del cielo, dominando la masa negruzca formada por el encinal del *Cuervo*.

... Ya estaban á punto de llegar á la Mina ... ya vislumbraban la débil luz del farol que, en su huída, se habían dejado olvidado los pescadores.

Andrés y Perico temblaban de miedo, aunque no tanto como su padre. Don Bernardo, que continuaba impasible, aspiró un nuevo polvo.

— ¡ Diantre ! — exclamó de súbito.

Y sus acompañantes, notando que se hundía en el suelo, tuvieron que dominarse para resistir al impulso que les empujaba hacia el pueblo. Lo menos que creyeron fué que el mismo demonio tiraba de las piernas al cura.



GASPAR NUÑEZ DE ARCE

Pero oyendo la carcajada que soltó el buen señor y viendo que se trataba de un simple resbalón, le ayudaron á ponerse derecho y hasta á buscar la caja del rapé, que al caer se le había escapado de los dedos.

La entrada de la Mina se abría á unos veinte metros, negra como boca de lobo. Las rocas del borde veíanse siniestramente iluminadas por el farol. Las ranas de aquellos alrededores permanecían mudas, y las voces de las que cantaban á lo lejos parecían aumentar la intensidad del silencio.

— Usted que sabe el camino, pase delante, tío Ignacio — dijo don Bernardo.

— ¡ Oh ! ... ¿ quién se atreve ?

Y como los mozos tampoco osasen avanzar, lo hizo solo el sacerdote.

Pero, no había dado dos pasos, cuando salió de las profundidades de la Mina la voz de marras, llamando á grito pelado al tío Ignacio y á sus hijos.

— ¡ Ignacio ! ... Andrés !... Perico ! ...

La frase fué repetida por los ecos. Don Bernardo empezó á perder la serenidad.

Dominose no obstante y, después de avanzar unos pasos, exclamó con voz atronadora :

— ¡ Quién vá !

Pero, como nadie respondiese, añadió para sí : « Habrá sido ilusión mía. »

Casi en el mismo instante, apagose el farol y salió de las profundidades de la caverna una figura fantástica, cubierta con un lienzo blanquísimo, que apretó á correr monte arriba, desapareciendo por el encinal del *Cuervo*.

El tío Ignacio y los dos mozos huyeron azorados. El cura, al verse abandonado, se encaminó á buen paso hacia la casa rectoral, dando vueltas y más vueltas á su magín para hallar la clave del misterio.

A pesar de creer á pies juntitos adivinarla, no la halló hasta la mañana siguiente, al recibir la visita de Marcial el molinero que le traía un gran plato de pescado.

— ¿ Entiende usted, padre ? — decía el bueno del hombre al despedirse del párroco. — Lo hice porque ya me tiene la sangre frita tanto y tanto pescador como me pasa la Mina á saco sin pedirme permiso. Y por eso quise escarmentarlos. ¡ A ver si de ese modo pierden la costumbre ! ...

. . . .

¡ Ya lo creo que la perdieron! Desde el momento en que empezó á correr la voz de lo sucedido, cundió entre los campesinos la alarma y ni uno solo se atrevió de aquel día en adelante á parar una red ni un carrete dentro la Mina.

Y Marcial el molinero pudo aprovecharse solo de aquel tesoro... y dedicar á la pesca todas las horas del día y de la noche, ya que las gentes de aquellos andurriales se abstuvieron de darle trabajo.

Porque « como el agua que daba fuerza al molino era *embrujada* ... ¿ quién sabe ? ... puede que el mejor día el pan les hubiese salido del horno cubierto de moho ... ó de otras cosas peores. » ¡ Son muy malas las brujas !

J. Morató



LA MUERTE DE MIJITA

¿Quién fué *Mijita*? ¡Casi nadie! El mejor *mozo cruo* que en su época *cortó el pescao* en todo Málaga, desde el *Palo* á *Churriana*, héroe de la leyenda amorosa más trágica que recuerdan las comadres á sus niñas en son de ejemplar consejo contra la coquetería congénita de la hembra andaluza; la tradición más brava del presidio de Ceuta, donde fué á morir por agenas culpas, por *asares y esengaños de la vía*, como decía él explicando su desgracia... Vivo, un *hombre*, raro ejemplar de la raza, á quien la fatalidad de una gran pasión llevó al presidio; muerto, un legado de experiencia, digno de figurar en el programa educador de todas las escuelas.

Aún le recuerda la gente madura de Málaga, niño, jugueteando siempre por la playa, cuna, escuela y hogar de quien, sin noticia alguna de padres ni parientes, creció creyendo

que su mare fué una armeja,
y se bautisó en la má;

hombre ya, manejando como consumado maestro los complicados aparatos de pesca para llevar todos los días bien colmados los cenachos á la parroquia que esperaba impaciente el alegre pregonar de *Mijita*, puesto en jarras, caído el ancho sombrero de palma hácia la nuca, arrastrando con gallardía el fleco de su faja encarnada, anunciando en cada calle su presencia:

—¡Boquerones! ¡boquerones!
—¡Coleando! ¡Están vivitos!
—¡Sá menesté de la sal!
—¡Mirar si estarán fresquitos!



Las hembras de *tronío*, ya en forzada situación de reserva por los agravios de los años, y los jubilados del vicio aún lamentan la ausencia de aquel *Mijita*, alma de toda juerga, y celebran todavía el timbre varonil y la cadencia jitana con que, cerrando los ojos para mejor reconcentrar su pensamiento en un amor casi imposible, se arrancaba tras de unas cuantas falsetas originales:

—Mira si te quiero
con fatigas grandes,
que estoy esamparaito
y sin la caló de naide;

y repetía, y repetía, creyéndose escuchar de la mujer amada:

—Es tanto lo que te quiero,
serrana, que te matara;
y con sangre de mis venas
luego te resucitara;

hasta que, vuelto á la realidad por el ruído ensordecedor de las palmas, bravos y olés de sus jaleadores, terminaba impetrando el favor divino:

—¡Várgame Dios de los cielos
lo que quiero á esa muje!
er día que no la veo
la retrato en la paré.

Es la historia de *Mijita* una historia de amor harto curiosa.

En su niñez fué casi anfibio. El sol y el agua salada curtieron su piel y endurecieron sus músculos, aguijoneado por la necesidad de arrancar al mar el diario sustento, ocupado de día en las faenas de la pesca como ayudante de cuantos estimaron en algo su trabajo; descansando por la noche sus fatigas al abrigo de las barcazas encalladas en la playa, sin familia, sin hogar, dueño de una libertad absoluta no coartada por ley ni conveniencia alguna.

Ya mozo, alternando en las *tascas* con los jabegotes, matuteros y charranes, gente *del bronce* reclutada en las



postreras capas sociales, y con las *jembras de caliá* que iban á gastar el precio de sus favores.

Allí educó Mijita — así llamado por su pequeño desarrollo — sus facultades artísticas, llegando á ser uno de los primeros *tocaores* y *cantaores*, sin perjuicio de bailarse un zapateao ó un tango cuando el flamenco concurso lo solicitaba.

¡Y con que orgullo recibía los plácemes de los camaradas y las escitadoras miradas de las mozas, cuando, al final de cada copla, una verdadera tronada de ¡olés! ¡bravos! y palmas premiaba su competencia flamenca!

No hubiera cambiado sus triunfos por las victorias que hicieron famosos los nombres de Alejandro, César, Napoleón y todos los grandes capitanes.

Así vivió feliz, enteramente feliz, el buen *Mijita* durante su primera juventud; respetado de los hombres, disputado de las mujeres, amparado siempre por la simpatía de su *ángel,* como dicen en Andalucía.

Y así hubiera continuado feliz toda su vida, si al avisarle el despertar de las pasiones que el individuo no compone sino la mitad de una existencia, la casualidad no hubiera colocado en su camino unos ojos negros y brillantes como el azabache, adorno inseparable de un rostro nacarado en que se destacaban, como arracadas de coral, dos labios sonrosados convidando á beber el elíxir de los placeres. Y ella, hipnotizada por el salero de *Mijita* no hubiera despreciado los escrúpulos del orgullo de familia, que se oponían á rebajar su posición social hasta la ruindad de un pobre pescador sin otro patrimonio que el trabajo, ni mas honor que la valentía del carácter.

Pepilla, la estanquera de la *Trinidad,* fué la perdición de *Mijita.*

Luchaba ella fieramente por vencer en su espíritu las reconvenciones familiares que oponían á su corazón el insuperable obstáculo de la pobreza y baja calidad de su elegido. Y llegóse á convencer él de la necesidad de nivelar su posición social con la mujer amada.

Juventud y hábitos de trabajo, todo lo consiguen, se decía diariamente al volver á la barca ó á la *tasca,* después de charlar horas y horas con la mujer amada; y su imaginación forjaba inmensa variedad de planes para ponerse en condiciones económicas de merecer el premio ambicionado.

Un día se le ocurrió marchar á América en busca de fortuna. Allí abunda el oro y se recompensa el trabajo con largueza, se dijo; deseos y costumbres no me faltan, salud me sobra, la suerte... ¡hay que buscarla!

Y aprobado el plan por su Pepilla, cuya familia vió en el anunciado viaje el mejor medio de acabar con unos amores depresivos para la altivez de toda una dinastía de estanqueros, *Mijita* se alistó en un trasatlántico para evitar de ese modo á su menguada fortuna los quebrantos del viaje, y á las pocas semanas desembarcó en Méjico, rompiendo sus compromisos con la empresa naviera.

Allí comenzaron las angustias de nuestro héroe.

Desconocido de todos, sin recomendaciones ni amigos que hicieran valer sus buenos deseos, llegó á renegar muchas veces de la desdichada situación á que le había conducido su audacia. Nadie le aceptaba para el trabajo, ni siquiera le indicaba derroteros para lograrlo; y, desesperado por el fracaso, pensó volver á su tierra como había salido, de marinero, para desposarse definitivamente con la pobreza, allí, en la playa malagueña, protegido por la simpatía de su parroquia, que jamás había de faltarle. Pero ¡qué diría de él su novia, y aún más que ella su familia, si regresaba con las huellas depresivas del desengaño! No era su amor propio tímido para los peligros, y luchó hasta conse-

guir una colocación bastante ventajosa.

Ya estaba camino de la fortuna; ahora paciencia para esperar —decía; —el amor de *Pepiya* recompensará después mis sacrificios.

Durante los primeros meses también soplaba, al parecer, viento favorable para sus amores.

Pepilla le escribía puntualmente cartas cariñosísimas, alentando su fe en la eficacia del trabajo; y él la contestaba á su manera, rudamente, expresándola con brutal sinceridad la sublime abnegación y ciega esperanza de que era capaz un amor inmenso como el suyo.



Y así pasaban los días, las semanas y los meses, sosteniendo una ilusión amorosa fatalmente condenada al desengaño.

No faltan nunca amigos leales que despejen la ofuscación de nuestros sentidos, y *Mijita* recibió un día una carta, ó una puñalada en el corazón — que quizás le hubiera hecho menos daño — en que un antiguo camarada de la playa le comunicaba toda la triste verdad del engaño de que había sido víctima su buena fe al aceptar la atrevida emigración tras la fortuna.

« *Pepiya* — decíale noblemente aquel charrán — ze va á casá con un ceñorito ricacho que la ha buscao su mare. Y no creas que ella hace ascos al galancete.

Te lo cuento tóo, aun sabiendo la pena con que enveneno tus entrañas, porque no quiero, querido *Mijita,* que sufras más tiempo el destierro del engaño.

¡Te han vendío! Ven enceguía, corriendo, y castiga con tu dura mano la traición que te han jecho.

Ya que no ceas feliz, que naide á costa tuya lo cea. Y aquí tiés pa tóo á tu buen amigo.»

Al pie de la letra cumplió *Mijita* el plan aconsejado por su amigo.

Embarcó en el primer correo, llegó á Málaga, buscó más que á Pepilla al que en su corazón le había robado el puesto de honor ambicionado, y... ¡qué hacer! mojó en su sangre la faca hasta saciar el instinto de venganza.

A los pocos meses, *Mijita,* habilmente librado por su defensor de la muerte, cruzaba el Estrecho, por cuenta del Estado, con dirección á Ceuta, ni cínico ni arrepentido, con la resignación de un fatalista, cantando, como siempre, la tristeza de aquel paréntesis que un amor traidor abría en su juventud:

—Cristo der portá de Ceuta,
amparo de presiarios,
ampárame á mi, que voy
á presidio por dies años.

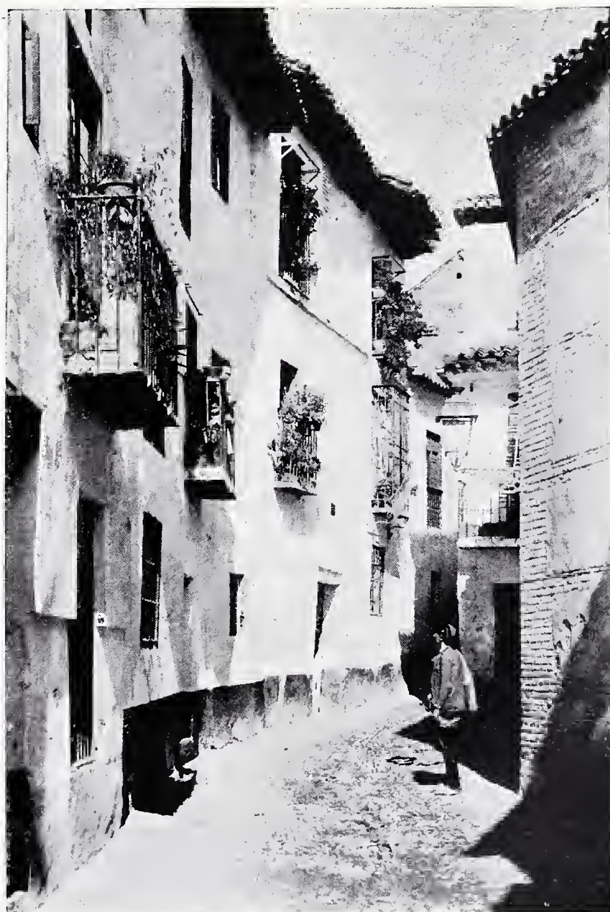
Allí la necesidad de eludir la dictadura de los *guapos* le obligó á enseñar los dientes á la canalla fanática del valor, y llegó á ser respetado tanto por su corazón como por su prudencia. Hasta que un desalmado vengó con traicionera puñalada algunos bofetones con que *Mijita* castigó cierto atrevimiento.

Y es fama en el Peñón que aquel bravo, planta exótica del presidio, murió cristianamente, pensando, no con rabia, sino con dulce melancolía en el amor pasado, al concluir de tararear por malagueñas:

—Una mujé fué la causa
de mi perdisión primera:
no hay perdisión en el mundo
que pol mujeres no venga.

A. Aguilera y Arjona

Ilustraciones de R. Navarro



Calle de San Juan de los Reyes en Granada

DOÑA CELESTINA

La monomanía es una enfermedad como otra cualquiera.

Son muchos los monomaniacos que hay en el mundo.

Hay quien tiene la monomanía de las grandezas y se pasa la vida haciendo castillos en el aire y luciendo en el ojal del frac la flor de una alcachofa silvestre.

Hay quien profesa la de atesorar, y guarda bajo siete llaves cuanta moneda cogen sus manos y cuantos zapatos viejos se encuentra por la calle.

Hay quien se pirra por comer yeso y anda á todas horas desconchando las paredes con la uña, ó hincándoles el diente á los tabiques.

Y por último; hay á quien le da por rejuvenecerse, y para conseguirlo toma á diario siete baños en agua de achicorias, y se enjuga otras tantas con la tohalla de Venus.

Doña Celestina tiene desde pequeñita la monomanía de las persecuciones.

En su edad infantil, porque la tuvo aunque parezca mentira, la perseguían los duendes y las brujas; después fué constante objeto de persecución de parte de los hombres, y hoy, que ya es vieja, dice que por todas partes la persigue el diablo.

Comprendemos que en sus años infantiles creyera en duendes, porque en esa edad toda niña, bonita ó fea, es un duendecillo más ó menos travieso, y que creyera en brujas, por adivinación de lo que había de ser andando el tiempo; pero lo que no comprendemos es que padeciera, siendo ya mujer, persecución por los hombres: dijera por la justicia, y pasaríamos por ello, porque la justicia es ciega, y de ahí que no vea claro casi nunca ni sepa apreciar la fealdad ni la hermosura en las mujeres, y Celestina fué, desde sus mocedades, más fea que Picio.



A. MAS Y FONDEVILA.— BOCETO

—¡Ay! — decía al recordar otros tiempos— ¡Qué juventud tan borrascosa la mía! Apenas vestí de largo, me acosó con sus amores un alférez de infantería que tenía una rija en la nariz: el hombre, acostumbrado á cargar á la bayoneta, no me dejaba á sol ni á sombra, y tuve, para verme libre de sus importunidades, que refugiarme en un convento. Allí me descubrió, no sé cómo, un teniente de artillería con unos bigotazos que parecían un escobil ón, quien, desesperado de mi resistencia quiso destruir el edificio á cañonazos un día de asonada. Más tarde, y fuera ya de aquel santo asilo, me persiguió de muerte un capitán de caballería, muy buen mozo, pero con las orejas partidas de dos tremendas cuchilladas que recibiera en la batalla de Alcolea: no conocí en mi vida hombre más testaduro: cargaba sobre mí como hubiera podido hacerlo contra un escuadrón enemigo, y al ver que nada conseguía, se daba porrazos en el cráneo con la empuñadura del sable. Después... pero si fuese á relatar las persecuciones amorosas de que fuí objeto, no acabaría nunca: sólo diré que mis desdenes amorosos produjeron tres suicidios: un boticario se tomó una disolución de guindillas y de piedra pómez al verse desahuciado, y reventó como un triquitraque; el empresario de una plaza de toros se mató, por igual motivo, cortándose la yugular con la cerradura de la puerta del toril, y un veterinario se atravesó el corazón con el pujavante en un momento de arrebato... Pues ¿y las persecuciones de otro orden? Siete veces estuve á punto de ser asaltada por malhechores que, sobre apoderarse de mi *haber* ¡quién sabe lo que se hubieran permitido hacer conmigo! Creyéndome unas veces agente revolucionario, espía otras, influyente en tal ó cual partido, ó relacionada con ésta ó con la otra empresa, fuí constantemente vijilada, seguida, observada por unos ó por otros, sin poderme fiar de amigos ni de conocidos, de parientes ni de criados, temiendo ser, á cada instante, víctima de algún atropello; y ahora, ahora que ya he entrado en la edad madura (por nada de este mundo admite la posibilidad de ser vieja) y que los hombres han dejado de mortificarme con sus pretensiones, ahora es el diablo el que me persigue por todas partes; el que me amenaza de contínuo con las calderas en que se retuercen los condenados, esgrimiendo ante mí sus cuernos y sus garras; el que amarga una á una todas las horas de mi existencia, sin que el agua bendita ni la oración constante me libren de semejante visión.

¡Pobre doña Celestina! La monomanía de las persecuciones la acompaña hasta los umbrales de la fosa, y ya que hoy no puedan ser los duendes ni los mozos *crúos* los que la persigan, se forma la ilusión de que la acosa el diablo.

¿Será, acaso, una alucinación, ó será que distraidamente se mira al espejo y cree ver ante sí al diablo en persona?

PERO NUÑO

AMORES RÁPIDOS

I

Fué un encuentro casual: ni Aurelia Rubí era vecina de Gerardo Olivares ni en su vida se habían encontrado en una reunión de confianza, en un espectáculo público ó al doblar una esquina. Habitaban en la misma ciudad, eso sí, pero á tan larga distancia el uno del otro que, dado el género de vida que hacían Aurelia y su mamá, nunca tropezó Gerardo con ellas, ó si tropezó no lo recordaba.

Aquella mañana—la de su primer encuentro—Aurelia salía solita de una iglesia situada en una de las calles más céntricas de la capital, al mismo tiempo que por delante de la puerta pasaba Gerardo. Ambos se miraron con insistencia, con esa indefinible insistencia de curiosidad ó simpatía que parece patrimonio de las personas jóvenes ó de los corazones eternamente enamoradizos. Ella siguió su camino, no sin recatarse á mirar discretamente si el joven la seguía, y él caminó tras élla á no muchos pasos de distancia. Impaciente por la curiosidad, ó aguijoneado por la repentina pasión que despertara en su ánimo la insinuante mirada de la muchacha, Gerardo aceleró el paso y, sin más rodeos ni requilorios, se colocó al lado de su bella desconocida y la dijo:

—¿Tendrá usted la bondad de escucharme, señorita?

Y élla, haciendo un leve movimiento de sorpresa, pero sin ruborizarse, le contestó:

—¡Qué atrevido es usted, caballero!... ¡Pero si ni usted me conoce á mí ni yo le conozco á usted...!

—¡No importa! —replicó Gerardo.— ¡Es verdad que es esta la primera vez que nos vemos; pero no miento, señorita, al decirle á usted, que la quiero!

—¡Muy vehemente es usted! —repuso Aurelia sonriendo ingenuamente y mirando á Gerardo con marcada benevolencia.

—A mi juicio, el amor, el verdadero amor, así nace y empieza: una mirada de mútua simpatía y atracción, es lo suficiente para que dos corazones afines se entiendan é interesen reciprocamente...

—Casi opino como usted;... ¡mas como solemos ser tan versátiles y tan poco sinceros!

—Luego, ¿usted se considera inconstante y...?

—¡No, no, yo no; me refiero á los hombres!

—Tiene usted razón: la generalidad de los hombres, y de las mujeres, son así como usted dice; pero sin que acierte á explicarme el por qué, se me figura que usted y yo coincidimos en ideas y sentimientos... y diferimos de todos los demás.

—¿De modo que usted sabe querer, quiere querer y querrá mucho, mucho, á la mujer que á usted le quiera?

—¡La querré tanto, tanto, que dudo haya mujer capaz de comprenderme y de corresponderme!... ¡Es decir, lo he dudado hasta hoy; pero ahora, ahora... estoy acariciando la hermosa ilusión de verme ante mi ideal, ante la mujer cariñosa, leal y apasionada que anhela mi corazón y revolotea en mi mente...!

—¡Es usted muy soñador!



J. SOROLLA — RETRATO DE MUÑOZ DEGRAIN



H. ANGLADA «PARIS LA NUIT»

— No lo niego, y me felicito de que me haya usted comprendido... ¡ Pero usted...! ...¿ no es usted algo soñadora, también ?

— ¡ Sí, lo soy !... ¡ Crea usted que nos parecemos y que siento nos hayamos encontrado !

Hubo un instante de melancólico silencio, se miraron los dos con dulce embelesamiento, entrelazaron sus manos al impulso espontáneo é inconsciente de su irreflexiva pasión, y sus labios, palpitantes y trémulos por la tentación de un mismo deseo, solo balbucearon esta frase: *Hasta mañana.*

II

El siguiente día, ó sea el de la cita, amaneció alegre y risueño. A las ocho de la mañana, hora en que Aurelia salió de casa, ya estaba Gerardo apostado á la puerta del templo donde se habían conocido. Apareció Aurelia por una de las bocacalles próximas, corrió Gerardo á su encuentro, se saludaron con un efusivo apretón de manos, y, sin que mediaran consultas ni entablaran discusión sobre la dirección que habían de tomar, se dirigieron al paraje más solitario y pintoresco de aquellos alrededores.

Llegaron al centro de una plazoleta rodeada de verdes y copudas acacias, y Aurelia, envolviendo en una mirada de exquisita ternura á su joven acompañante, le preguntó con voz suave y melodiosa:

— ¿ Quiere usted que nos sentemos ?

— Al lado de usted no tengo yo voluntad, señorita: quiero lo que usted quiera y complaciéndola me considero felíz...

— ¡ Cuente usted con mi eterna gratitud !... Y ¿ dónde nos sentaremos ?... ¿ Le agradará á usted que lo hagamos en aquel banquito rústico que descansa en el tronco de ese árbol añoso y corpulento ?

— ¿ Dónde... dónde ?

— ¡ Aquí, á nuestra derecha !

— ¡ Ah, sí, precioso sitio, magnífica idea !

— Pues corramos, ¿ eh ?

— ¡ Correr !... ¿ Desea usted correr ?

— ¡ Si usted supiera que loca soy !... Me encanta el vivir en el campo, entre árboles, flores y arbustos, el brincar, saltar y entregarme á todas las travesuras propias de la infancia...! ¿ Se ríe usted de mí ?

— No, no me río de usted, ¡ que disparate ! Me sonrío pensando en sus jugueteos y genialidades, en que es usted «mi tipo», halagado por la consoladora esperanza de poseerla, de adorarla y de que usted... ¡ no sea ingrata conmigo !

— ¿ Ingrata yo ?

— ¿ No ?

— ¡ Con usted nunca, se lo juro !

— ¡ La amo á usted con toda mi alma!

— ¡ Y yo...! Luego se lo diré á usted, ¿ sí ?... Ahora sentémonos, ¿ verdad ?

Y se sentaron juntos, muy juntitos, como si fueran antiguos amantes ligados por arrebatadora é intensa pasión.

III

— ¡ Ay, que paraje tan delicioso ! ; ¡ qué bien se está aquí — suspiró Aurelia con dulce cadencia de voz.

— ¿ Se cree usted dichosa en este momento ? — murmuró Gerardo en tono de apasionada tristeza.

— ¡ Ay, yo sí !... ¿ Y usted ?... ¿ usted no ?

— ¡ Yo... yo, me creo muy dichoso y muy desgraciado... no sé, no sé !

— Entonces ¿ me marcharé, le dejaré á usted solo ?

— No he sabido explicarme. Tengo la debilidad de querer muy de veras y muy entrañablemente ; por eso he contestado á usted que soy muy dichoso y muy desgraciado: muy dichoso si la vida entera de usted me pertenece, muy desgraciado si no puedo poseerla en absoluto... Aún no habré conseguido hacerme entender, ¿ no es eso ?

— ¿ Acaso dudaría usted nunca de mi fidelidad ?

— Pretendo otra cosa y de ahí el que no me haya atrevido á solicitar de usted terminara la frase que dejó iniciada al sentarnos. Antes de todo me permitiré hacerla á usted una pregunta:

— ¿ Ha querido usted á algún hombre ?

— ¡ Sí !

— ¿ Mucho ?

— ¡ Un poquitín !

— ¿ Y ese hombre, vive aún ?

— ¡ Vive, vaya si vive ! ¡ y Dios quiera que no muera hasta después que yo muera !

— ¿ Y se llama ?

— ¡ No lo sé aún ! ¿ Cómo se llama usted ?

— Me llamo Gerardo.

— ¡ Pues bien, Gerardo es el nombre de mi amante !

— ¡ Qué casualidad, llamarse como yo ese hombre tan afortunado !... ¿ Y el apellido ?

— ¿ Qué apellido es el de usted ?

— Olivares.

— ¡ Ya vé usted si es coincidencia : Gerardo Olivares se llama el hombre á quien yo quiero... un poquitín !

— ¿ Y dónde está ?

— ¡ Muy cerquita de mí ! — exclamó Aurelia apretando amorosamente la mano de Gerardo.

— ¿ No me engaña usted ?

— ¡ Jamás he mentido !

— ¿ Cuál es su nombre, adorada mía ?

— ¡ Aurelia !

— ¡ Bien, Aurelia mía ! : ¡ con tan grata confesión me ha hecho usted el hombre más dichoso de la tierra ! Pero perdóneme que insista : ¿ Nunca se ha fijado usted en nadie más que en mí ?

— ¡ En nadie !

—Siendo así, ¿ningún hombre podrá jactarse de haber oído de sus labios las lisonjeras revelaciones que yo acabo de oir?

— ¡ Ninguno !

— La creo á usted, querida mía, y me considero feliz, *felicísimo*; pero, sin embargo, no holgará esta advertencia : me gusta usted, la repito que la quiero con toda mi alma ; reune usted cuantas condiciones apetezco en la mujer que ha de ser mi mujer : la más preciosa y bella de todas esas condiciones, la más estimada para mí, es la de poseer un corazón virgen, inmaculado, un corazón que se consagre á mí y que por mí y solamente por mí se haya extremecido, haya sentido, haya palpitado... Mas si un día me convenciera de lo contrario, mi amor se trocaría en odio, mi adoración en desprecio... ¡ Ya lo sabe used, Aurelia !

— ¡ Soy incapaz de engañar !

— ¡ Ah !...; pero ¿ llora usted ?

— ¡ No, no lloro... me han enternecido un poco sus palabras !

— ¡ Pobrecita mía, que buena... *eres !* ¿ Se enfadará usted porque la tutee ?

— ¡ Al contrario, me agrada !

— Luego, ¿ puedo llamarte « mi Aurelia » ?

— ¡ Sí, porque te amo y soy tuya !

— ¿ Mía para siempre ?

— ¡ Ese es mi deseo !... ¡ Pero siento una tristeza, una pena tan grande, me agobia un presentimiento tan horrible...!

— ¡ Desconfías de mí, preciosa mía ?

— ¡ No es que desconfíe, pero...!

— ¡ Pero... que...!



F. DOMINGO — RETRATO

— ¡ Que como he obrado con tanta ligereza, que como me he mostrado tan pueril y poco juiciosa, que como me he dejado fascinar con tan inaudita facilidad... quizá llegue un día en que pienses de otro modo que hoy y, entibiándose tu cariño, me taches de frágil !

— Te equivocas, niña mía, y te aconsejo que deseches de tu imaginación tan infundados presentimientos. Mira : precisamente, lo que más me encanta y maravilla en tí es tu ingenuidad, tu sinceridad, tu puerilidad, tu angelical sencillez, tu fragilidad de chiquilla candorosa é inocente...! Y figúrate, siendo yo el único hombre á quien tú has querido !

— ¡ Sí, á tí solo !... ¡ te lo juro, te lo juro y te lo juro !

— ¡ Y yo, Aurelia de mi corazón, te adoro, te adoro y te adoro !

Sonaron once campanadas en el reloj de la torre vecina, y la vehemente y soñadora pareja abandonó perezosamente el banquito rústico, que descansaba en el tronco del árbol añoso y corpulento, y fué alejándose, alejándose, por las laberínticas callejuelas de la popular ciudad...

IV

Pasaron algunos días, al cabo de los cuales Aurelia Rubí y Gerardo Olivares hablaban ya de un próximo enlace matrimonial, regocijándose ante la perspectiva de dulcísimos y delicados placeres... Con no sé qué disculpa, al atardecer de un día sereno y apacible, salió Aurelia de su casa, acompañada de una sirvienta bisoña y dócil, encaminándose al paraje solitario y pintoresco donde, pocos días antes, prometiera á su cándido amante fidelidad absoluta y amor eterno. Esperábala Gerardo, febril y melancólico, llegóse á él Aurelia, saltando como un jilguero, y apoyando levemente su linda mano en el brazo de su adorador, le preguntó zalameramente :

— ¿ Qué haces, amor mío ?... ¿ Cómo no has salido á recibirme ?... ¿ No me quieres ya ?

— ¡ Te quiero demasiado ; te quiero con cariño loco é insensato... : ojalá no te quisiera tanto !

— ¡ Calla ! ¿ Estás enfadado conmigo ?

— ¡ Sí, muy enfadado !

— ¿ Por qué, vida mía ?

— Porque una persona que te conoce me dijo ayer que habías tenido muchos novios, y que de uno de ellos estabas *furiosamente* enamorada...

— ¿ Y lo has creído, tontín ?

— No me conviene creerlo y dudo...! dudo de la certeza de la noticia, pero... también dudo de tí !

— ¿ Dudas de mí ?

— ¡ Dudo !

— ¿ Sí ?... ¡ Pues adiós para siempre !

— ¿ Todo eso me quieres ?

— ¿ Y todo eso me quieres tú á mí, que das crédito á cualquier embustero envidioso, quizá, de nuestra dicha ?

— ¡ Perdóname, Aurelia, eres una santa !

— ¡ Y tú un chiquillo muy desconfiado y muy... rico !

— Me quieres mucho, ¿ verdad ?

— ¡ Más de lo que tú mereces !

— ¿ Y me darás un beso ?

— ¡ Jesús, que osadía ! ¿ No ves que viene la criada detrás de nosotros ?

— Dile que se siente mientras paseamos... ¡ y así !...

— ¡ Qué pícaro eres ! ¡ Tu haces de mí lo que quieres ! ! Bien, se lo diré !... ¡ Eh, Manuela: siéntese usted en ese banco, y espere ! ¿ Oye ?

. . . .

V

Del envidiable idilio sólo era testigo la copuda acacia, á cuya sombra dialogaban sigilosamente los dos originales amantes. Reinó un instante de sepulcral silencio, interrumpió la triste quietud del espacio el apagado y melodioso eco de dos besos simultáneos, y Aurelia, arrobada por la seductora sensación de aquel amor incipiente y olvidándose de sí misma, exclamó :

— ¡ Ay, Emilio mío, cuanto te amo !

— ¿ Qué dices ? — gritó Gerardo, retrocediendo.

— ¡ Ay, por Dios, estoy loca...! ...¡ Si eres... eres...

— ¿ No sabes quien soy ?

— ¡ Sí, Emilio...! ...¡ que tonta, Dios mío !... ¡ Eres... eres Germán... digo... Gerardo !

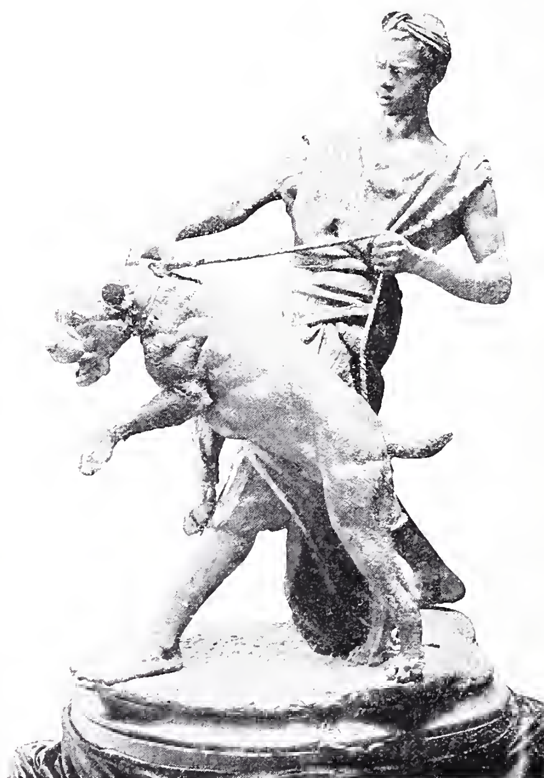
— ¿ De modo que tienes en tú pensamiento á un Emilio y á un Germán ?

— ¡ Perdóname, vida mía, Emilio es mi primo !

— ¡ Bien ! ¡ Pues sepa usted, señorita, que ...no me gustan las mujeres que tienen primos !

Y el cándido y vehemente Gerardo, enfurecido y colérico, escapó, como alma que lleva el diablo, á través de las plazoletas y senderos del solitario y pintoresco paraje...

Desiderio Marcos



QUEVEDO

Don Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid el 26 de septiembre de 1580, siendo su padre secretario de la reina doña María de Austria y su madre camarista de la misma reina. Huérfano de padre siendo aún muy niño, y poco después de madre, quedó á cargo de su tutor don Agustín de Villanueva, protonotario de Aragón, y esta orfandad fué la causa determinante de que empezara Quevedo á conocer desde muy joven y por sí mismo las cosas de este mundo.

Dotado de ingenio clarísimo, de imaginación rápida, de percepción exquisita, y de gran criterio, cursó con notable aprovechamiento humanidades en las aulas y sociología en el mundo, siendo quizá el que con mayor clarividencia ha leído en el corazón humano, y el que en escala mayor ha hecho tales estudios, pues bien pueden ponerse en su boca aquellos versos que Zorrilla puso en la de Tenorio:

Yo á los palacios subí;
yo á las cabañas bajé.

Á los veintitres años era Quevedo consumado maestro en el arte del bien hablar; docto en el latín, en el griego, en derechos civil y canónico, en matemáticas, en astronomía, en medicina, en filosofía natural y en ciencias morales y políticas, y dado el caudal de tan vastos conocimientos al que se unía, por manera encantadora, su regocijada musa, no tiene nada de extraño que Pedro de Espinosa lo incluyera en las *Flores de poetas ilustres;* que Sipsio le apellidara un año más tarde *La mayor prez y más alta gloria de los españoles;* que Lope de Vega lo calificara de *Príncipe de los líricos,* y que Cervantes, el coloso de nuestra literatura, le llamara *Hijo de Apolo.*

Accidentada como pocas fué su vida, y á ello contribuyeron poderosamente la independencia de su carácter y su afición á las mujeres: de la primera, dan idea los siguientes versos que endilgó al temible privado el condeduque de Olivares.

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca ó ya la frente,
silencio avises ó amenaces miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?
Hoy sin miedo que libre escandalice
puede hablar el ingenio, asegurado
de que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
severo estudio y la verdad desnuda
y romper el silencio el bien hablado.
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,
que es lengua la verdad de Dios severa,
y la lengua de Dios nunca fué muda.

De su pasión por las damas dan buena fe las cuchilladas que recibió en su vida, no obstante haber sido notabilísimo esgrimidor de espada; la muerte que dió en desafío á don Diego de Carrillo tras de quitarle la dama; sus aventuras sin cuento en Italia mientras fué secretario del duque de Osuna; sus amores con la condesa de Lemos, y tantos otros galanteos como esmaltan su vida.

Criado en palacio, no pudo menos de ser cortesano en algunas ocasiones; pero hay que hacerle la justicia de considerarlo una excepción en su época, pues su fiereza indómita no solía reconocer vasallaje fuera de los términos de la razón y de la verdad, y á eso debió las persecuciones de que fué objeto.

Tan hábil político como profundo filósofo, sus servicios al virey de Napoles y á la causa de España en Italia son dignos de altísima loa: sus consejos influyeron muchas veces en las decisiones del duque de Osuna; en todos ellos resplandecía el acierto, y así debieron apreciarlo el duque y el rey Felipe III, cuando éste hizo á Quevedo merced del hábito de la orden de Santiago.

Muchas fueron las alternativas que en su larga vida sufrió Quevedo: favorecido unas veces por la fortuna, vióse otras preso y desterrado, y bueno es decir que á sus for-



JUAN LLIMONA ESTUDIO AL CARBÓN



E. SANTOS EL MININO

zadas reclusiones en la Torre de Juan Abad, que constituía su *Señorío*, débense muchas de sus obras, si no las de más mérito literario, las más satíricas, las que con mayor deleite saborearon los hombres de aquel tiempo, y ha leído luego su posteridad.

Enemigo acérrimo del matrimonio, sucumbió á él á los cincuenta y dos años de edad, no obstante su carta á Polo en la que, entre otros muchísimos conceptos, decíale con gran donaire.

> Dime ¿P[illegible]
> procuras mi deshonra y desventura
> tratando [illegible] de casarme [illegible]
> Antes para mi entierro venga el cura
> que para desposarme; antes me vea
> por verdad á la muerte y sepultura.
> [illegible]
> [illegible]
> [illegible]
> [illegible]
> [illegible]
> [illegible]

Feliz en su matrimonio doña Esperanza de Cetina, fuélo poco tiempo: que la muerte se la arrebató antes del año, y se dió el caso de que el que tal sátira había escrito contra el matrimonio, no se consolara de su viudez después de comprender el tesoro que es para el hombre el cariño de una esposa.

Tristes y azarosos, más que ningunos otros, fueron los últimos años de su vida. Encerrado en húmedo y obscuro calabozo, y cargado de grillos como el más corrompido de los criminales, por no haber querido humillar su altiva cerviz al yugo de un orgulloso favorito, permaneció cuatro años, en los cuales mostró heróica fortaleza, cauterizándose por sí mismo las heridas que por efecto de la humedad se le abrieron, y sin que su espíritu desfalleciera á medida del desfallecimiento de su carne.

Caído de la privanza el conde-duque de Olivares por la explosión de la opinión pública ante el desquiciamiento de la patria, consecuencia de las torpezas de aquel, y en cuya caída tomó gran parte Quevedo con su célebre sátira contra el valido, sátira que encontró Felipe IV en su servilleta al sentarse á la mesa, y libre Quevedo de sus duras prisiones en junio de 1643, no dió punto de reposo á su espíritu y á su pluma; pero agobiado, más por sus padecimientos que por el peso de sus años, se avecinó al sepulcro, siendo su canto del cisne una sentida composición que empieza así:

> En esta cueva humilde y tenebrosa,
> sepulcro de los tiempos que han pasado,
> mi espíritu reposa
> dentro en su mismo cuerpo sepultado.

El 8 de septiembre de 1645 y á los sesenta y cinco años de edad, espiró Quevedo en Villanueva de los Infantes, edificando á todos por su fe y piedad cristianas, y borrando con ellas las impurezas y errores de su vida. Descrito á grandes rasgos el hombre, bosquejaremos de igual modo al filósofo y al poeta.

El catálogo de las obras de don Francisco de Quevedo arroja trescientas veintiuna, de las que doscientas setenta son auténticas y el resto hay duda en creer que lo sean.



SERRA Y PORSÓN EN LA BIBLIOTECA

La política de Dios, el *Rómulo* y el *Marco Bruto*, evidencian por lo serio del estilo, la profundidad del pensamiento y lo juicioso de las observaciones, que Quevedo no fué solamente un gran satírico como lo ha juzgado después el vulgo, sino un verdadero sabio, un político de primera fuerza, pues dichas obras constituyen el arte de gobernar á los pueblos según el Evangelio, y han sido, son y serán admiración de las edades.

La hora de todos y la fortuna con seso le acredita de filósofo eminente, y en tal obra no se sabe qué admirar más: si la profundidad de la filosofía ó la sublimidad del ingenio.

Sus obras satíricas en prosa, todas son á cual mejores, y juntas, abarcan la crítica acerba de aquella sociedad en que vivió; de las corrompidas costumbres de aquel tiempo en que los grandes y los favoritos daban la norma de la concupiscencia y del desenfreno.

Sus obras poéticas, las más conocidas del vulgo, son un tesoro de chistes, y en ellas campean diferentes estilos, desde el más levantado al más chocarrero; desde el más ligero al más zumbón y epigramático.

Como muestra de su estilo florido, véanse los siguientes lindísimos versos:

Todo este mundo es prisiones,
todo es cárcel y penar;
los dineros están presos
en la bolsa donde están;
la cuba es cárcel del vino;
la trox es cárcel del pan;
la cáscara, de las frutas,
y la espina, del rosal:
las cercas y las murallas
cárcel son de la ciudad;
el cuerpo es cárcel del alma,
y de la tierra, la mar:
del mar es cárcel la orilla,
y en el orden en que están,
es un cielo, de otro cielo,
una cárcel de cristal.

En lo festivo, en lo humorístico, en lo epigramático, no tuvo Quevedo rival en España, y todas sus poesías son demostración de ello. ¿Quién no recuerda su romance sacudiéndose de un hijo pegadizo, que empieza así?

Yo el menor padre de todos
los que hicieron ese niño
que concebisteis á escote
entre más de veinticinco.

¿Quién no tiene presente aquel otro en que describe la cobardía de los infantes de Carrión?

Medio día era por filo
que rapar puede la barba.

¿Quién no se sabe de memoria su célebre soneto?

Erase un hombre á una nariz pegado

¿Quién, por último, no hace memoria de aquellos hermosos tercetos en que pinta de mano maestra á la mujer que hace granjería de su amor



PROYECTO ARQUITECTÓNICO DE DON JOSÉ PUIG Y CADAFALCH

Ella dice que es virgen, y no miente,
que el deleite de amor aun no ha probado,
y si remeda el gusto no le siente;
que el interés, del gusto apoderado,
adormece del cuerpo las acciones
y tiene el apetito encarcelado.

Prolijo sería continuar citando composiciones ingeniosísimas, porque lo son todas las de Quevedo, y terminamos los trazos de esta silueta, repitiendo lo que ya hemos dicho; que don Francisco fué un hablista consumado, un ingenio agudísimo, un carácter entero, un político perspicaz, un filósofo profundo, un escritor incansable, y que compartió con el manco inmortal de Lepanto el sitio más preeminente en el siglo de oro de nuestra literatura.

CAMILO MILLÁN



Portada principal del Palacio de San Telmo en Sevilla

POR ESOS TEATROS

Veladas del Ateneo en el Principal. — «La dicha agena», comedia de los hermanos Álvarez Quintero. — «El puñao de rosas», zarzuela de los señores Arniches y Mas, música de Chapí.

Nos hallamos ya á mediados de temporada y, por lo que se refiere al estreno de obras de verdadero mérito estamos casi á la misma altura en que nos hallábamos en agosto. Y no es que las obras teatrales estrenadas de entonces acá estén en absoluto desprovistas de méritos que las hagan acreedoras á los aplausos del público, sino que ninguna de ellas ha conseguido despertar en éste un interés bastante intenso para obligarle á salir de su pasividad... Ni un éxito ruidoso, ni un acontecimiento verdaderamente notable han venido á turbar durante el invierno la monotonía en que nos mecemos.

Y cuenta que las tentativas que se han hecho para reanimar la decaída afición á los espectáculos teatrales, hacía esperar cierta reacción en el público, que asiste al teatro por costumbre ó por vicio, sin el entusiasmo de quien va á satisfacer una sed imperiosa de algo ideal, que le levante el ánimo haciéndole olvidar los azares de la vida.

Con el objeto de educar al público y encaminarle en cuestiones de arte por buenos derroteros, se ha creado recientemente en el Ateneo Barcelonés una comisión de teatros, la cual tiene á su cargo la organización, en los distintos coliseos con que cuenta Barcelona, de espectáculos compuestos de la representación de todas aquellas producciones, ya sean antiguas, ya modernas, que puedan contribuir á la cultura general.

Á pesar de tan excelentes propósitos, la labor realizada hasta ahora por la citada comisión, no ha sido meritoria más que á medias. Dos han sido hasta hoy las representaciones que nos ha ofrecido y ninguna de ellas ha ejercido sobre los espectadores ninguna influencia benéfica.

En la primera, el público, atraido por la novedad, dejose tentar por el reclamo y, á pesar de hacer una noche de perros, acudió al Principal, llenándolo casi por completo.

Las obras que debían representarse eran «La escuela de los maridos» de Molière, arreglada á la escena española por Moratín, y el sainete de don Ramón de la Cruz «Las castañeras picadas.» Como puede verse, la flamante comisión de teatros no manifestó en su primer acto un gran espíritu reformador.

Ambas obras, representadas con bastante propiedad, no llegaron como se dice ahora á *convencer* á los señores, á pesar de ser cada cual en su género verdaderos modelos y de haber precedido á la representación una notable conferencia en la cual el individuo de la comisión de teatros señor Hurtado expuso los motivos que habían impulsado á la misma á emprender la serie de representaciones que se inauguraba.

El trabajo del señor Hurtado es verdaderamente notable, demostrando en su autor una vasta cultura, una excelente intención y un singular talento crítico.

Por eso constituyó la nota culminante de la velada, ya que la representación de «La escuela de los maridos» y «Las castañeras picadas», no tuvo otro atractivo que el de la propiedad en la indumentaria, único detalle en que se vió la mano de la comisión organizadora del espectáculo. En cuanto á los artistas, no hicieron en su labor otros primores que los que hacen comunmente y que no son muchos ni muy notables, como lo han demostrado en múltiples ocasiones y una de ellas la de la segunda velada organizada por la flamante comisión.

La primera, sin llegar á constituir para ésta un triunfo, dejó en los que asistieron á ella un grato recuerdo; la segunda constituyó en cambio una completa decepción.

Y es que los organizadores, dejándose llevar de las simpatías particulares, olvidaron su objeto primordial y sirvieron al público una obra desprovista por completo de cualidades. Obras como «La risa de Grecia» de don Eduardo Marquina, si de algo son dignas es del olvido absoluto.

Es cierto que la comisión de teatros del Ateneo procuró basar su elección en las discusiones que provocara la obra al estrenarse, pero no lo es menos que esas discusiones no existieran más que en la mente de los organizadores de la velada, ya que no las hubo nunca. Lo único que sucedió fué que los amigos del autor encontraron la obra superior á toda ponderación, contrastando sus elogios desmesurados, no con las acerbas censuras de los enemigos sino con las de todo el público en general.

Si hubiese habido tal discusión, el interés del público

hubiese crecido con ella y las representaciones de la obra se hubieran contado por docenas y no se hubieran atascado á la segunda, como se atascaron, debido á la falta casi absoluta de espectadores pues, según cuentan los pocos que asistieron á ésta, los que había en la platea no pasaban de catorce.

En cambio los que pocos días antes habían presenciado en el mismo teatro el estreno de la comedia «La dicha ajena» de los señores Álvarez Quintero fueron numerosísimos, llenando por completo palcos y butacas.

La nueva producción de tan simpáticos autores, mantiene el nombre de éstos á la altura á que se encontraba de «Los Galeotes» acá. Por eso su estreno en el Principal constituyó para los hermanos Álvarez Quintero un nuevo y señalado triunfo. Traza en la exposición, lógica en el desarrollo, carácter en los personajes, originalidad en la presentación de las situaciones y en la solución de los conflictos, todas las cualidades en fin que hacen buena una comedia, se encuentran reunidas en la de los señores Álvarez Quintero.

Así lo entendió el público y la prensa, prodigándoles entusiásticos y merecidos elogios.

También los obtuvo la zarzuelita «El puñao de rosas», original de los señores Arniches y Asensio Mas, con música del maestro Chapí, estrenada en Eldorado y digna por sus cualidades del más sincero elogio ya que además su diálogo pintoresco á la par que culto, tiene una extraordinaria delicadeza de pensamiento que contrasta con la mayoría de las obras del mismo género.

Entre las estrenadas desde nuestra última revista en los demás teatros, no hay casi ninguna digna de mención.

Un espectador

UN ESPECTÁCULO INTERESANTE

Notabilísimo es el espectáculo organizado por el *Circol Artistich de Sant Lluch* con motivo de los días de Navidad. Se compone de un Diorama y un *Pesebre*, figurando este último instalado en un típico interior de *Masía* Catalana. Han trabajado en la preparación de este espectáculo los elementos artísticos más importantes con que cuenta el Círculo.

Como invitación para el mismo, se han repartido unas tarjetas postales que forman una colección de diez, dibujadas por los señores Antonio Utrillo, Dionisio Baixeras, Juan Llimona, José Llimona, Francisco Galí, Octavio de Romeu, Alejandro de Riquer, Juan Llaverías, Ricardo Opisso, y Mas y Fondevila.

A NUESTROS LECTORES

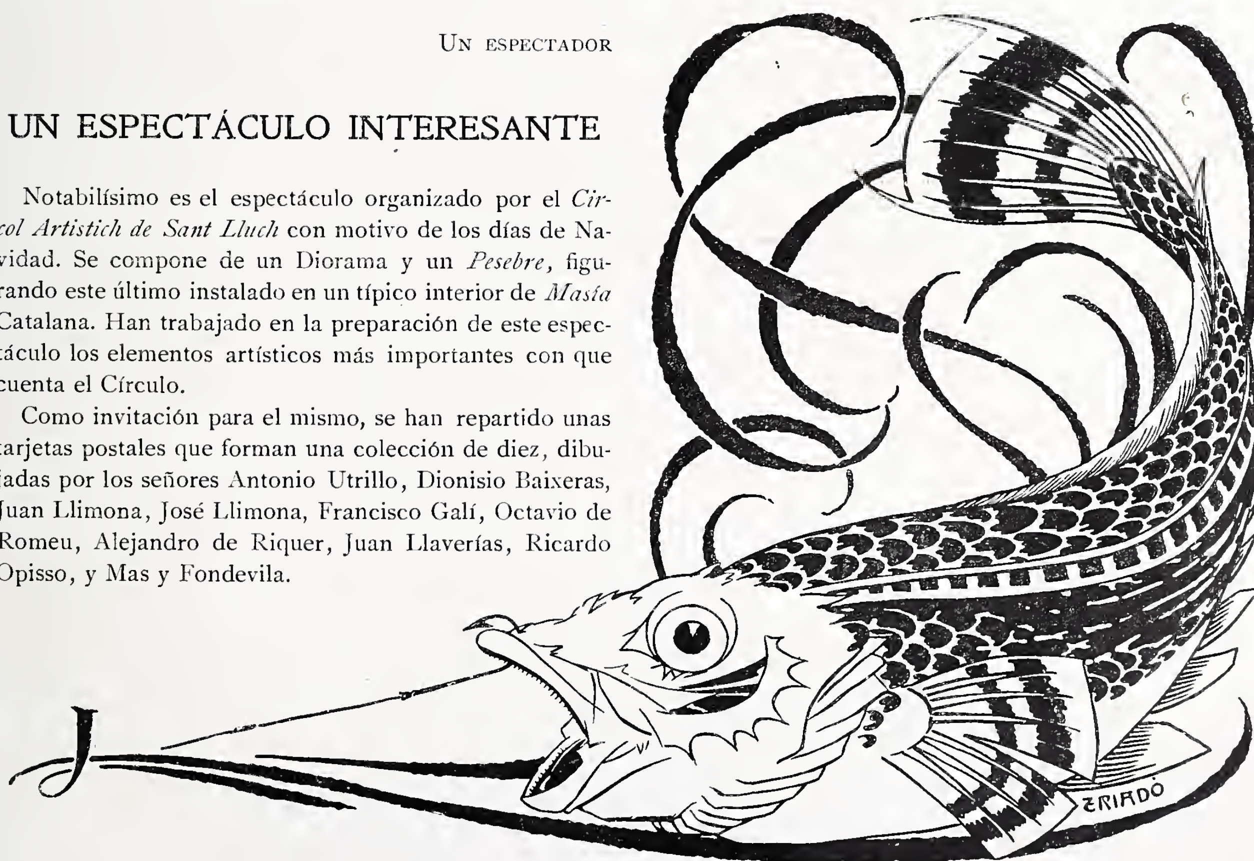
Creemos un deber ineludible participar á nuestros lectores y abonados que *Hispania* desde el próximo 1.º de Enero de 1903 pasará á ser propiedad del eminente artista don Alejo Clapés, cuyo solo nombre es garantía del éxito y vida futura de nuestra publicación.

Hispania ha contraído con el público, que con tanto aliento ha favorecido nuestros desinteresados impulsos en pro del arte y cultura genuinamente española, un compromiso y deuda muy solemnes, de no cejar en mantener el nivel artístico y literario hoy universalmente reconocidos. *Hispania* ha sido objeto de nuestra preferente solicitud y más nos place mostrar la colección completa de sus números que acudir á vanos encomios en loor de la tarea que voluntariamente nos impusimos.

Otras atenciones, también de índole artística, reclaman hoy nuestro concurso y hacen que en bien del público, traspasemos la propiedad y dirección artística desde la fecha indicada al señor Clapés, cuya relevante personalidad y vigorosa potencia en el terreno del arte imprimirán á *Hispania* aquella importancia é interés á que hubiésemos también contribuído nosotros al continuar al frente de nuestra Revista.

Al despedirnos del público desde el año próximo, cúmplenos ante todo agradecer el valioso apoyo de todas las entidades, corporaciones, prensa y subscritores que nos alentaran en nuestra empresa, merced á las cuales pudimos llegar á donde ha llegado nuestra revista. Dígnense los mismos en adelante favorecer con igual entusiasmo á la nueva empresa editorial de *Hispania*, de la cual seremos nosotros los primeros entusiastas colaboradores.

H. M.

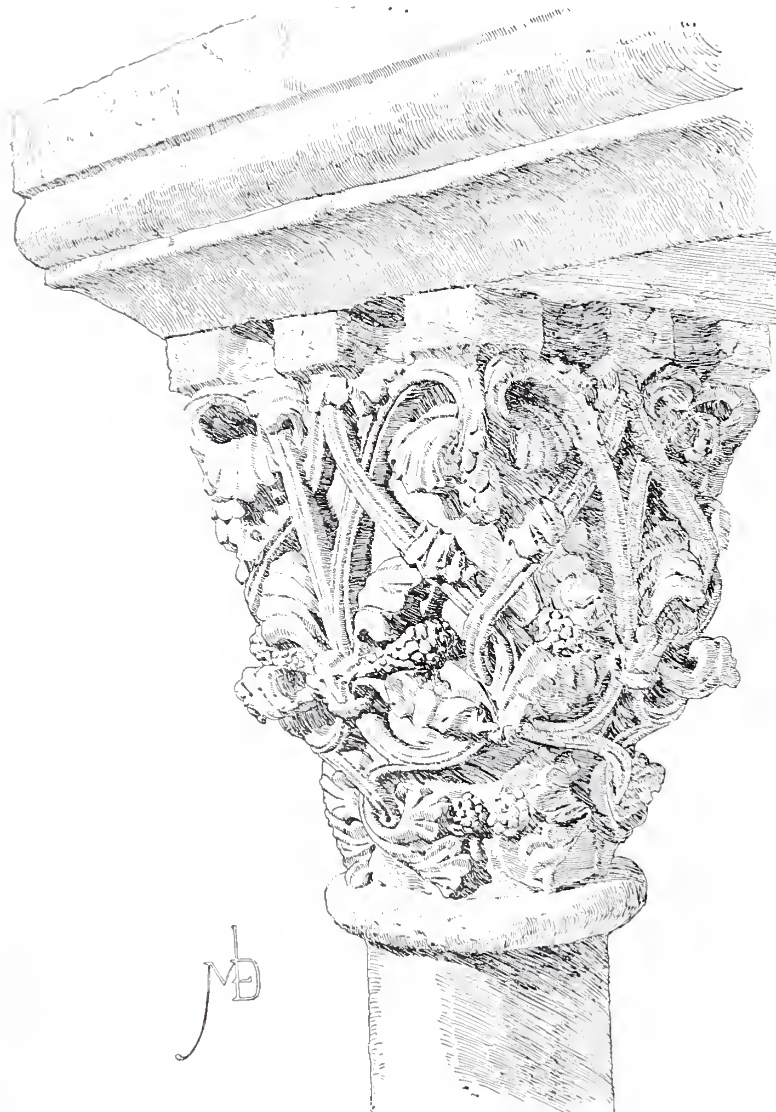




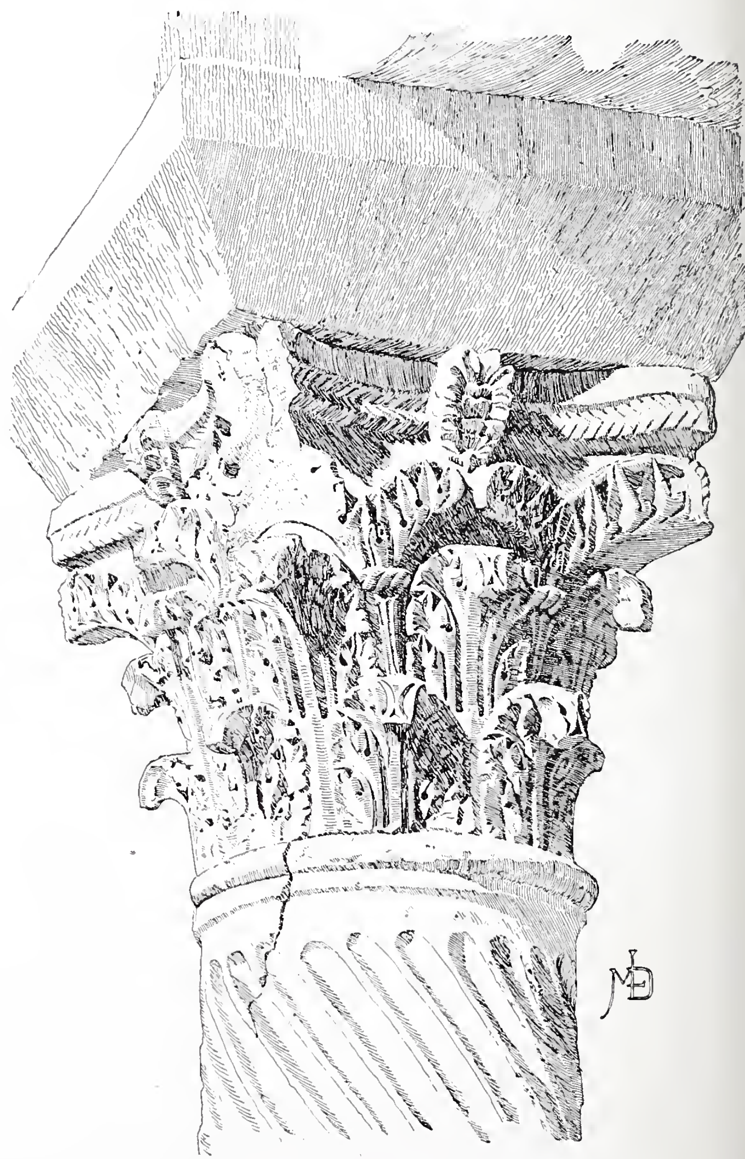
Nº 93 - 30 DICIEMBRE 1902 HERMENEGILDO MIRALLES. - BARCELONA



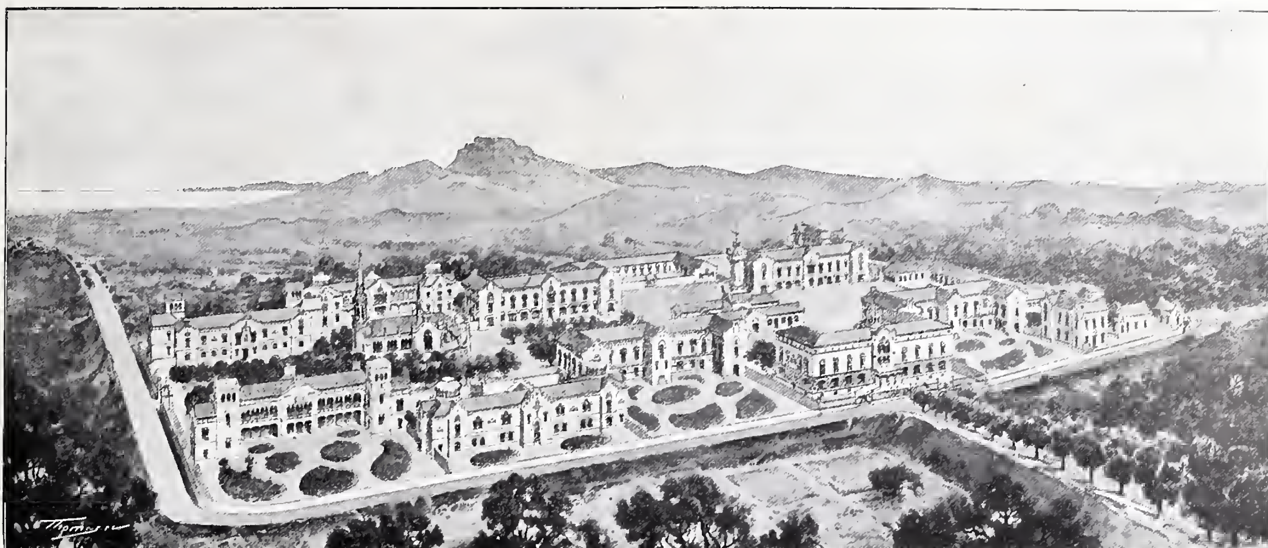
SUMARIO



Capitel de S. Cugat del Vallés



Capitel Romano de la Mezquita de Córdoba



Instituto Pedro Mata.— Manicomio de Reus

Don Luís Doménech y Montaner

Los hombres vulgares son gentes de su tiempo, amantes de lo que ama todo el mundo, temerosos de todo cuanto signifique apartamiento de las cosas que se sabe que son del gusto de la mayoría. En cambio los grandes hombres son escepcionales y encaminan la voluntad de los demás por nuevos derroteros.

En los pueblos y colectividades sucede lo mismo: unos son innovadores y otros siguen una vía paralela á la que marcan los afortunados que figuran en la vanguardia de los hombres. Y esa vía paralela, que es la de los pueblos atrasados, la siguen unos casi al compás de los innovadores, en tanto que otros quedan rezagados y viven en un tiempo ya pasado de la historia. Encontramos hoy individuos y pueblos que están en el momento histórico de veinte años atrás, otros que viven el medio de ha treinta y cinco, en plenos albores de la revolución de Septiembre; quien se encuentra aún en la época de Espartero, quien en el año veinte del pasado siglo y quien vive el mundo de ideas de la Revolución Francesa.



Por eso acontece que nuestra historia es un remedo de otra, muchas veces una repetición bajo un nuevo carácter, algunas una armonización y hasta en ocasiones una composición nueva sobre un tema tratado ya por los genios que nacen en los pueblos que llevan la delantera en la historia; por eso viven siempre algunos siglos de ésta y es posible asistir á hechos del pasado á pocas leguas de los grandes centros y hasta encontrarse de manos á boca al recorrer pueblos menos afortunados en la lucha, con períodos ya rematados por nosotros.

Y en esos pueblos, como el nuestro, que no figuran en la vanguardia de la cultura humana, los innovadores siempre son en poco ó en mucho imitadores. Son escasos los hombres que huyen de aquella vía paralela de que hablábamos y más escasos todavía los que arras-

Croquis de Monumento destinado á la población de Balaguer



Hotel Internacional.-Exposición de Barcelona en 1888

tran detrás de sí á sus conciudadanos. El hombre serio y formal vive entre el común de las gentes y, moral é intelectualmente, se le considera hombre *corriente, comme il faut* según el nivel establecido.

Vamos á hablar de un hombre que, en el arte de nuestra tierra, ha torcido ese paralelismo de la historia... Es el hombre de un período artístico, de una escuela artística, que tiene caracteres propios y que, tal vez con mayor explendor, ha sido como el eco de una escuela y un periodo artísticos que se han desarrollado en otros países pero que ha sabido adaptarlos á un caracter propio especial, una de las escasas cosas en que nuestro país puede gloriarse de innovador.

* * *

Nada más difícil que intentar decir algo de un arte dentro el cual se vive y del que por tanto es difícil ver los límites, distinguiéndolo y separándolo de lo que no es él mismo. Eso me acontece al tratar de explicar aquí la obra de Doménech, que tan intensa influencia ha ejercido en todos los arquitectos catalanes más jóvenes que él y al cual me glorio de haber tenido por maestro, teniendo á gran honor el oir que he sido discípulo pasable de su escuela.

La gente no lo sabe que haya escuelas en arquitectura. A lo más cree que hay *estilos* catalogados: seis ó siete *maneras* con sus correspondientes reglas establecidas, estatuidas perfectamente, y basta... Como si dijésemos: algunas fórmulas que contienen todo lo necesario para producir la emoción de la obra arquitectónica.

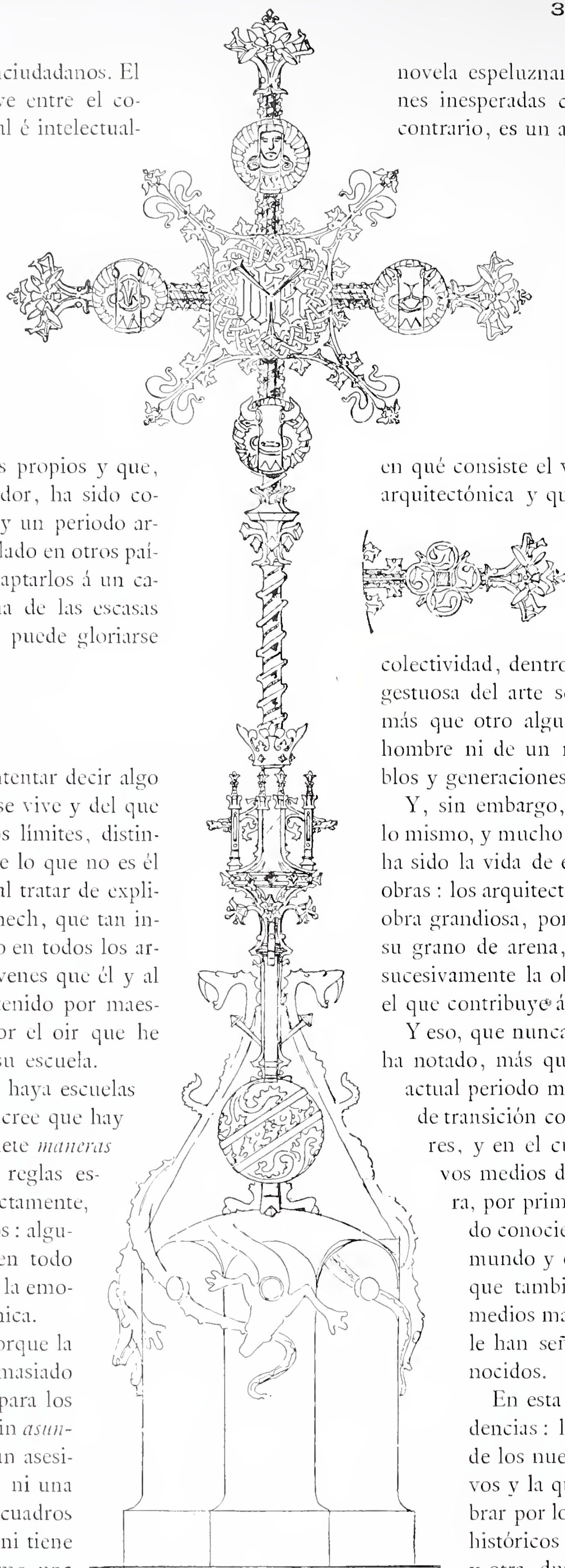
Y no lo sabe la gente porque la Arquitectura es un arte demasiado fino, excesivamente sutil para los espíritus incultos; un arte sin *asunto,* que no representa ni un asesinato, ni un final de acto, ni una escena de salón como los cuadros predilectos del *gros public,* ni tiene momentos de ansiedad como una novela espeluznante, ni tan solo sucesiones inesperadas como la música. Por el contrario, es un arte quieto, solemne, inmutable y el hombre penetra en él sin que pierda su sublime seriedad, como si fuese la obra, no de un hombre, sino de un ser superior.

El no ser la arquitectura obra individual, constituye otra dificultad para dar á entender al común de las gentes en qué consiste el valor artístico de la obra arquitectónica y qué plaza ocupa el mérito del autor en esa labor colectiva de la creación de una nueva fase dentro la solemne evolución de la colectividad, dentro la marcha lenta y magestuosa del arte social por esencia, que, más que otro alguno, es obra, no de un hombre ni de un momento, sino de pueblos y generaciones.

Y, sin embargo, siempre ha acontecido lo mismo, y mucho más cuanto más intensa ha sido la vida de ese y más vigorosas sus obras: los arquitectos han contribuído á esa obra grandiosa, poniendo cada cual en ella su grano de arena, modificando, afinando sucesivamente la obra de todos como todo el que contribuye á una obra social.

Y eso, que nunca ha dejado de ser así, se ha notado, más que en otro tiempo, en el actual periodo moderno y de formación, de transición como dicen los historiadores, y en el cual, á causa de los nuevos medios de estudio, la arquitectura, por primera vez, se ha encontrado conociendo las obras de todo el mundo y de todas las épocas y en que también á la vez los nuevos medios materiales de construcción le han señalado derroteros desconocidos.

En esta obra ha habido dos tendencias: la que se ha enamorado de los nuevos recursos constructivos y la que se ha dejado deslumbrar por los nuevos conocimientos históricos y arqueológicos. Y una y otra, durante esos últimos años,



Cruz del Panteón de la Familia Piélago en Comillas
Proyecto

han ido imperando aquí y allá é imperan aún en toda Europa, produciendo diversos matices y diversas escuelas que quisiera indicar rapidamente, miradas desde nuestro país, para explicar la personalidad de don Luís Doménech y presentarla á propios y extraños con toda su complicación y bajo sus múltiples aspectos.

No hay más que hojear la numerosa publicación de revistas de arquitectura para vislumbrar los caminos por que anda la contemporánea, dibujándose aquí y allá, cruzándose y mezclándose las ideas de resurrección arqueológica y las de realismo mecánico y constructivo, extendiéndose sobre ellas algo que las ha transformado y continuará transformándolas en ideas nuevas.

Pero á pesar de tantos nuevos temas de composición arquitectónica y de tantos nuevos medios de construir y de materiales hasta hoy desconocidos, la revolución artística no ha estallado todavía con la intensidad de aquellas revoluciones históricas que coinciden con el conocimiento de nuevos materiales de construcción ó de nuevos organismos constructivos como la que produjo el conocimiento del ladrillo en la Roma de los Augustos y el de la bóveda apeada por arcos en el Norte de Francia originando la estructura ojival.

Algo incompleto de nuevas formas vese en los puentes de luz colosal, construídos en hierro y acero ; algo también en las inmensas naves de las exposiciones ; algo que es todavía ingenieril y que el arte, á lo más, recubre de aplicaciones ; ejemplo de ello fué la Exposición de París de 1889 : lo nuevo se ha realizado en la decoración, pero el edificio modernista está aún por hacer. Como puede verse á menudo en la Historia de la Arquitectura, se ha repetido el hecho de preceder á ésta la decoración ; los ensayos verificados hasta ahora no son otra cosa que formas viejas, sistemas viejos de composición con decoración nueva.



Cruz del Panteón de la Familia Piélago en Comillas
Ejecución

Todas las escuelas modernas, hasta las que se califican á si mismas de « *nuevas escuelas libres* » : *(Reuen freien schule)* han buscado en sus obras tradicionales la forma de las nuevas, inspirándose ya en las griegas y romanas del Renacimiento ó sus derivadas, ya en las góticas. En Francia, bajo el modernismo de Schöllkopf hay un edificio Luís XV, bajo los edificios de la Exposición Universal hay un edificio neo clásico ó barroco; en Inglaterra, bajo los « cottage » de Baillie Scott, hay la casa medioeval y del renacimiento inglesas ; bajo las casas de Olbrich en la Colonia de Darmstad hay la casa medioeval germánica ; bajo el modernismo de Horta y de Van der Valle hay en Bélgica la antigua casa flamenca de Bruges y de Gand ; y bajo las obras de Otto Wagner y de Haumann hay las formas neo griegas y algo de la tradición medioeval y del renacimiento austriaco.

Del mismo modo en España las primeras tentativas contra el neo clasicismo decadente fueron dos muy características : la una dirigiéndose por los caminos del arte mudéjar y el gótico castellano, seguida en la escuela castellana y la otra inspirándose en el gótico catalán, iniciada por Rogent en un sentido completamente arqueológico y transformada por Doménech en el sentido de emprender sobre la obra vieja la creación de la obra nueva.

Y esta es la gran obra de Doménech, no aislada como la obra infecunda nacida antes de tiempo, fuera del momento apropiado y del medio conveniente, sino como la obra fecunda, á la que rodea toda una escuela y que germina y da frutos y semillas que se esparraman y, encontrando terreno abonado, engendran nueva vida.

Hay que hojear esta revista para convencerse de la fecundidad de esa orientación de una escuela arquitectónica que toma como punto de partida el arte más adelantado conocido hasta hoy en la cons-

trucción en piedra, el arte más dúctil y más libre de los conocidos, el arte más susceptible de ser aplicado á las invenciones de la construcción moderna, de adoptar los atrevimientos de la ornamentación y de avenirse con las concepciones más nuevas de la escultura y la pintura.

No lo saben los progresivos caseros de aquí y fuera de aquí, lo que encierra de progreso y de novedad ese arte gótico, ese arte medioeval creador de la Catedral, la estructura más sabia del edificio petreo, ante la cual el templo griego resulta una obra primitiva simplicísima y de la cual ha dicho un ateo que gozó de gran fama hace algunos años que era el único milagro de la Religión Católica!

En las hojas de esta revista, viendo el monumento que debía levantarse en la plaza de Balaguer representando á Cataluña velando el trono vacío de sus monarcas; la cruz de hierro de un monumento funerario; los azulejos vidriados de la iglesia de Comillas; las laudas sepulcrales y las puertas de plancha batida ó de bronce fundido: las cruces y los mosaicos dibujados por Doménech, puede sentirse lo que es ese arte moderno saturado de savia antigua, semejante al vino nuevo de que habla Horacio, transformado en rancio al depositarlo en ánforas viejas.

Al momento actual de su arte, no ha llegado don Luís Doménech de golpe y porrazo. Veinte años atrás, cuando yo ponía por primera vez los pies en la Escuela de Arquitectura de Barcelona no era el mismo que hoy día el arte que cultivaba.



Revestimiento de azulejos de la fachada de la iglesia del Seminario de Comillas

Entonces había en Barcelona tres escuelas: la del arte arqueológico de Rogent, restaurador de la basílica de Ripoll, reconstructor é historiador de edificios románicos, con su arquitectura, eco, en Cataluña del Viollet-le-Duc francés y encarnación del espíritu histórico del romanticismo catalán, precursor del potente movimiento político de restauración de nuestra tierra; la de Martorell, el maestro notabilísimo de las Salesas y del proyecto no realizado de la fachada de la catedral, y la de Doménech y Montaner, encarnada, más que en otra ninguna de sus obras, en el proyecto de Edificio para las Instituciones de Enseñanza que subvenciona la Diputación provincial, proyecto que no se ejecutará gracias á la pobreza y cortedad avara de la gente que convierte la administración pública en ridícula economía de mujer casera.

Pero aquel estilo, del cual quedan aún partidarios, no era más que una orientación hacia mejores caminos, y del cambio realizado en el maestro recuerdo detalles que han sido para mí de grande y provechosa enseñanza.

La primera visión de esta Barcelona grande para la cual trabajamos todos, fué para mí el taller del arquitecto de aquel Hotel Internacional levantado como por encanto con rapidez norteamericana en cincuenta y tres días. Y la primera visión de ese arte catalán moderno fué también su taller, apaciblemente instalado en una sala de una torre angular del que ha sido hasta ahora Museo de la Historia, levantado también cuan-



Lápida del Panteón del primer Marqués de Comillas

do la Exposición Universal.

Era aquella una sala cuadrada, á la que daban sombra los árboles del Parque. Las paredes hallábanse adornadas de hojas vaciadas en yeso, de muestras de cerámica entre las cuales dibujaba el arquitecto los ricos hierros forjados del chapitel que corona el edificio y las cerámicas no concluídas todavía de aquella resurrección de palacio catalán antiguo encarnado en las nuevas formas que produce la industria moderna, al mismo tiempo que modelaba allí las puertas ferradas y de bronce que debían enriquecer el Palacio y el Seminario de Comillas.

En aquel taller vi la realización de un ensueño: el arte explicado por Viollet-le-Duc realizado en nuestra tierra con mayor riqueza, con mayor flexibilidad, de una manera más humana y más moderna.

Otra vez, lejos de mi tierra, en la Escuela de Arquitectura de Madrid, pude conocer el valor de las obras de Doménech; allí, en aquel medio hostil á Cataluña, más hostil entonces á su producción industrial; allí donde se desconoce la personalidad de nuestro pueblo y como á tal se le odia, un diario catalanista, «La Renaixensa», corría de mano en mano entre los alumnos madrileños de arquitectura. El diario catalán honraba sus páginas publicando en fototipias obras del maestro.

Y por éstas era respetado nuestro catalanismo y por ellas vi por primera vez en aquel país en que no se habla mi lengua, ni se apreciaba la obra de nuestra industria, respetados por el arte el nombre y la lengua de mi patria.

Podría formarse una larga enumeración de las obras de

Doménech, enumeración que, desde el palacio de Montaner con su patio plateresco, al Palacio y Seminario de Comillas, desde la casa Thomas de la calle de Mallorca, la Fonda de España, y el Hotel en construcción en Palma de Mallorca, hasta el Manicomio de Reus y el Hospital Gil, abarcaría una variedad de matices de este arte arquitectónico de la nueva escuela catalana, libre como cualquiera de las demás de Europa, encarnada en formas vagas como todas ellas, aspirando á una arquitectura nueva, vaga é indecisamente soñada tan sólo.

* * *

No me es posible reducir este artículo á una enumeración escueta, ni explicar un arte por medio de listas de edificios, ni dar idea de un hombre alineando sus obras. Y eso aún es menos fácil de hacer tratándose de Doménech, que es á la vez arquitecto y diputado, hombre erudito de archivo y biblioteca y artista metódico y neurótico, historiador y literato; periodista... y á ratos matemático y hasta geólogo.

Y todo eso lo es, no á la madrileña ni á la *violeta*. Ha escrito un volúmen de la Historia general del arte, dedicado á estudiar las construcciones prehistóricas y las arquitecturas egipcia y asiria. Pero todo eso no admira como oirle conversar de arte entre amigos con un conocimiento que envidiarían la mayor parte de los que se dedican á eruditos.

Es curiosísimo oirle explicar en la cátedra de composición de edificios de la Escuela de Arquitectura ó en una conferencia en el Ateneo ó bien en la «Lliga Regionalista» sobre la Historia de un hecho ó de una forma artística, mostrando documentos y explicando, no por medio de libros, sino por medio de antiguos mapas ó dibujos.

Tiene su explicación cortada un encanto singular, un orden natural y lógico, espontáneo, llena de citas y de datos, y, animada por la visión material del hecho relatado que su imaginación poderosa, reconstruye con su color y forma, con todos sus detalles, no como la relación árida de un historiador, sino con la plasticidad de un cuadro.

He visto reunido el público del Ateneo, de la Lliga regionalista ó de los Juegos Florales escuchando atento sus estudios sobre las artes industriales antiguas de nuestra tierra ó sobre el origen de la bandera española, ó reconstruyendo las famosas luchas de los tiempos de Felipe IV y Felipe V; imponiéndose el asunto por el color de las descripciones que resucitaban el hecho con todos sus detalles, con los trajes de los personajes, con el aspecto del lugar, con el medio ambiente de la época.

De su obra de erudito y de historiador, como por desgracia acontece tantas veces en nuestra tierra en que el espíritu práctico de sus hombres industriales no ha entrado todavía en los hombres de estudio, es más lo que está inédito que lo que ha llegado al público y aun á reducido público de los devotos del arte. Tiene Doménech recogido un caudal inmenso para la Historia del arte decorativo de Cataluña y son á millares las papeletas con dibujos que encierran sus arcas de estudioso avaro, cada una de las cuales ilustrada por numerosos dibujos de los que algunos se reproducen en esta revista, conteniendo cada uno de ellos una obra de arte antiguo de la patria, verdadero diccionario de Viollet-le-Duc de Cataluña, pero más preciso y más verídico, y en el que hay los manantiales de ese arte renovador, de ese arte espejo del alma de nuestra tierra.



Lápida sepulcral de la Familia Valls y Vicens en el Cementerio del SO. de Barcelona

Doménech es catedrático de la Escuela de Arquitectura, pero casi hasta ahora no lo ha sido de Historia del Arte, á la cual ha dedicado tantas horas, ni de Teoría de la Arquitectura, ni de Composición de edificios, ni de proyectos. Por una de tantas anomalías propias de España, él, temperamento inquieto, se ha visto condenado á investigar las ciencias de la composición de las rocas y las recetas de las argamasas y hormigones y á bregar en los problemas de la ventilación, la calefacción, la iluminación y la acústica de los edificios.

Pero, por una de aquellas rarezas de los hombres, más frecuentes de lo que parece, por aquel parentesco entre las ciencias fisico-naturales y el arte, tal vez por lo que ambas cosas tienen de absoluto, es Doménech de los pocos que se sientan en las cátedras de estas disciplinas en las escuelas oficiales poseyendo estudios que constituyen verdaderos progresos para la ciencia.

Tiempo atrás, en uno de los pequeños departamentos de la Biblioteca del Ateneo, entreteníase en hacer extrañas combinaciones de líneas sobre el papel: aquellos trazados de telaraña eran su estudio de iluminación solar, original aplicación de la Gnomónica formada por él y solución de curiosísimos problemas arquitectónicos é higiénicos que resuelven con toda precisión las cuestiones hasta ahora vagas de la orientación de los edificios y de la forma y dimensiones de los huecos.

En cierta ocasión presentose á oposiciones obtando á la cátedra de aplicación de las ciencias físicas á la arquitectura y conocimiento de materiales de construcción de la Escuela de Madrid y, contra el parecer de los arquitectos que figuraban en el tribunal y por el voto unánime de algunos boticarios, obtuvo la cátedra un caballero que realizaba análisis cuantitativos tarando con perdigones y que de entonces acá ha honrado la ciencia oficial constituyendo la cotidiana broma de sus discípulos.

No hay que decir que tampoco es Doménech académico de aquí ni de ninguna parte.

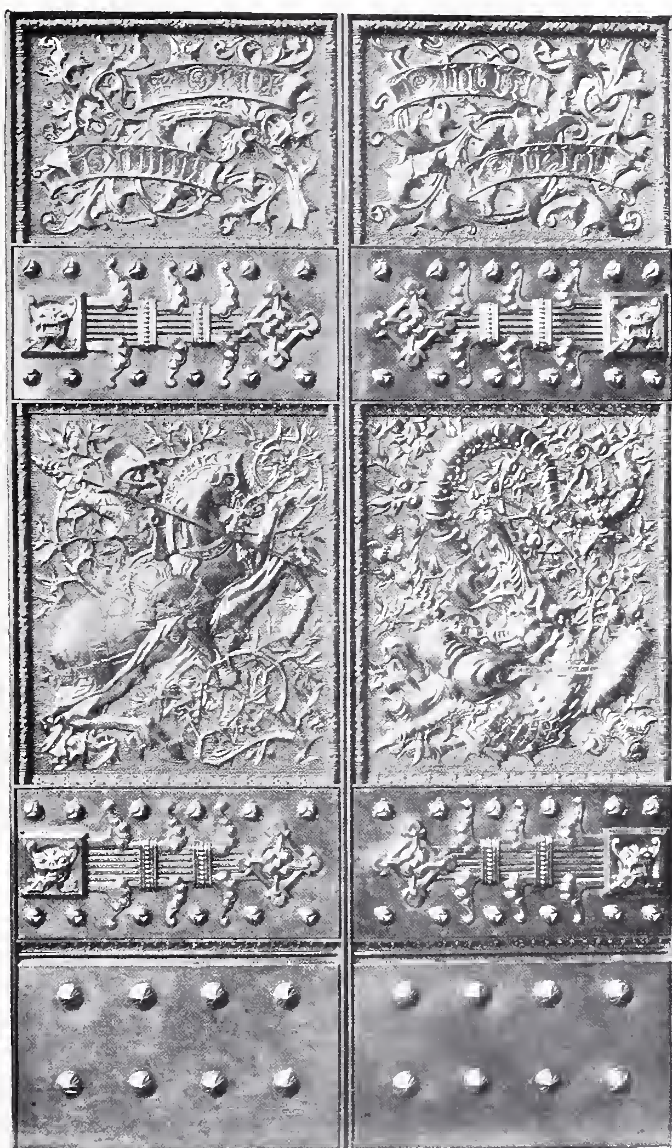
* * *

¿ Quién lo diría que un hombre de tal naturaleza fuese un hombre político ? ¿ Qué efecto debe producir en aquel mundo del Congreso donde Cánovas era un monstruo y Moret es un sabio, ese extraño diputado catalán que casi no habla y á quien rodea una atmósfera de respeto y de poder, como si él fuese el *Deus ex Machina* de un gran movimiento, de un movimiento temible que sacude un extremo del país, — el más rico é inteligente — con sacudidas de vida nueva que son convulsiones de muerte para tantas y tantas cosas caducas como están al caer ?

Ese hombre modesto que habla poco, que habla con cierta timidez hasta con la gente inferior é inculta, es el hombre de las Bases de Manresa, las famosas Bases por él escritas y casi por él impuestas á aquel partido de poetas, regido hasta entonces por maestros en *Gay Saber,* como un ejército de artistas ó un regimiento mandado, no por el general, sino por el músico mayor.

Y el hombre que creaba aquel sistema político y lo hacía discutir solemnemente, era todo un artista, era el autor de las obras cuyas reproducciones exhornan éste número de *Hispania*, era el hombre equilibrado, arquitecto al mismo tiempo de edificios y de pueblos.

Es de todo punto curiosa la historia de esas famosas Bases de Manresa, votadas en marzo de 1892 y convertidas después por un grupo de inútiles en una especie de Corán intangible en el pensamiento y en la letra, lleno de simbólicos significados como un libro oriental, en nombre del cual cuatro caballeros particulares lanzaban excomuniones á diestro y sinies-



Puertas interiores de la Iglesia del Seminario de Comillas

tro y publicaban encíclicas con aire pedantesco de dómine, como si fuesen los pontífices guardianes de una antigua ley.

Hacía ya algún tiempo que un grupo de jóvenes buscaba la manera de constituir una federación de asociaciones para la propaganda de nuestras doctrinas de amor a Cataluña. Esas tenían por aquel entonces una extraordinaria vaguedad, natural en todas las ideas verdaderamente nacionales. Quien concebía una especie de provincialismo semejante al que concibiera Milá y Fontanals, con la creencia en el hecho de la variedad dentro de la unidad de los pueblos de España; quien soñaba con un romántico pasado que no debía volver... una especie de recuerdo de una historia ya finida, de un ideal muerto, digno de un museo arqueológico ó de los desvanes nacionales; quien, entre los nuestros, consideraba una idea muerta la de la personalidad de Cataluña.

El espíritu general de la época, decía en la misma asamblea de Manresa un sabio catedrático, sintetizando este pensamiento, lleva en sí la existencia de grandes nacionalidades: nosotros somos hijos de la época .. Reivindicar la personalidad respectiva de las regiones que constituyeran antes nacionalidades independientes y autónomas, exigiendo el cumplimiento del pacto bajo el cual se unieron, sería trastornar la Historia... Aquellos tiempos harán siempre latir nuestros corazones, despertando en ellos recuerdos de gloria, pero querer transportarnos á ellos valdría tanto como renegar de la Historia... Por eso no hay que pensar en restablecer, unidas de nuevo por los lazos de la federación, esas regiones con sus organismos autonomos é independientes».



Chimenea monumental instalada en la Fonda de España

Tan solo unos pocos veían en el regionalismo un sistema político adecuado á los conjuntos de pueblos de unidad poco menos que hilvanada, para usar una palabra que vuelve á actualizar la subida al poder del señor Silvela. Algunos menos comprendían en toda su significación nacional para Cataluña el problema complicado que ha traspasado ahora sus fronteras, que ha sido discutido por la prensa de fuera Cataluña y de fuera España, que ha escalado el Parlamento y se ha convertido en la *cuestión de Occidente*, tan importante para España como la famosa cuestión de Oriente para el decadente y moribundo Imperio Turco.

Esos jovenes, contra la voluntad de la falange de poetas enamorados de la idea precisamente por su misma vaguedad, después de trabajos y discusiones, fueron vencedores más que imponiendo su pensamiento, por el poder de su actividad sobre la inactividad moruna de los hombres maduros, dedicados á las letras ó á las artes con la indolencia de quien practica un culto del cual es á la vez dios y sacerdote; y el resultado de la victoria fué la constitución de la *Unió Catalanista* y la aprobación de un reglamento y el acto de que el *Consejo de representantes de las asociaciones catalanistas* federadas, muy pocas y escasas en aquel entonces, eligiesen una Junta Permanente cuyo secretario era un muchacho de pocos años, un estudiante de la Facultad de Derecho, don Enrique Prat de la Riba, actual director de «La Veu de Catalunya», y cuyo presidente era don Luis Doménech.

Aquel Consejo de representantes que capitaneaban los exaltados de la idea nacionalista, eligió á Doménech para que llevase á buen término el plan de votar un programa que concretase el pensamiento de ese movimiento de arte y de poesía y de literatura y de arqueología y de historia en un programa político.

La obra de atar cabos y concretar pareceres que entonces se realizó, no quiero recordarla: que es triste tener que explicar las vanidades de los hombres serios y las pequeñeces de los hombres de mérito. Si



Detalle de la chimenea monumental

andando el tiempo viese algún día en el mundo una estatua levantada á uno de esos hombres de debilidades y vanidades femeninas, sentiría remordimiento por haber robado una ilusión á mis compatricios excesivamente inclinados á ver lo pequeño y á figurarse los grandes hombres como semi dioses, exentos de las tonterías comunes á la mayoría.

Corramos un velo sobre esos aspectos cómicos que hay en el fondo de las cosas más grandes. Contemplemos el espectáculo en su superficie sin pensar en la tramoya, en los bastidores surcidos y remendados y en el algodón teñido que debe semejar púrpura, ni en la purpurina que ha de parecer oro de ley, ni en el cartón que debe aparecer cual mármol ó bronce.

Era yo estudiante cuando, como premio del maestro al discípulo aplicado, recibí el nombramiento de delegado por mi ciudad natal, nombramiento que se servía hacerme el Consejo de representantes de las sociedades catalanistas federadas, y acababa de concluir la carrera cuando asistí á la hoy famosa «Asamblea general de delegados de la *Unió Catalanista*» que en Manresa votó las Bases para la constitución regional catalana conocidas con el nombre de Bases de Manresa.

Al Doménech político se le conocerá más que por otra cosa, por la lectura de sus discursos presidenciales del memorable Congreso celebrado en 1892 del cual vamos á transcribir algunos párrafos traduciéndolos del catalán, que hoy, después de lo acontecido en España de entonces acá, tienen todo el valor de profecías:

* * *

«Bienvenidos seais los que os juntais hoy por primera vez para trabajar todos juntos en la obra de restauración de la Patria Catalana. Si hasta ahora la habíais hecho revivir digna y respetada, aislados, desde vuestras casas, con vuestros trabajos particulares, en las corporaciones y sociedades locales ó en públicos escritos de múltiples conocimientos humanos, dándola, ante propios y extraños, personalidad inteligente y activa en artes, ciencia é industria, tratad hoy de volverla á la autónoma vida que le corresponde y necesita para su vigoroso progreso y prosperidad.

. . . .

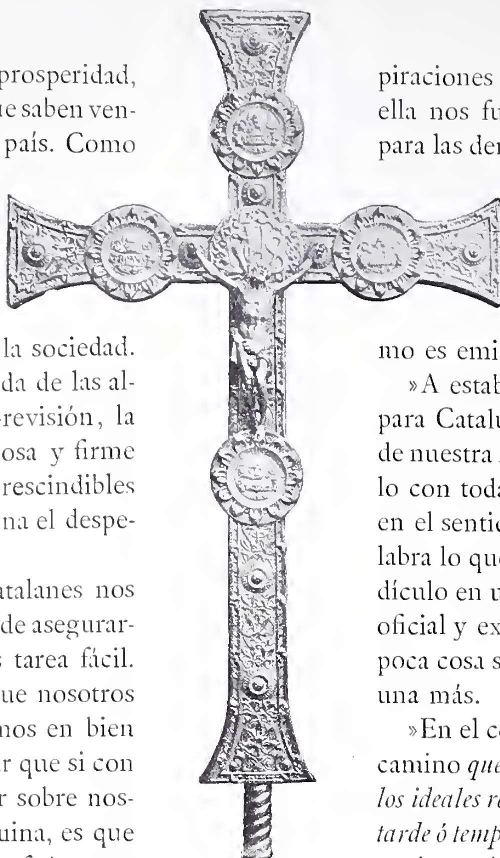
»Aquel antiguo espíritu autonómico de Cataluña y de muchas de las demás regiones de la Península que tanto estorbaba y estorba á nuestros gobernantes centralistas, que tantas veces se ha intentado destruir hasta ahogándolo en sangre en nombre de la unidad nacional, ha sido en todas las épocas de desgracia el germen más robusto de la organización española para resistir las grandes invasiones, para reconstituir la nación en los grandes desastres de nuestra historia. No es de este sitio, en el cual precisamente nos juntamos hoy, sacar ejemplos de esa fuerza regeneradora: ellos vienen por si mismos á la memoria con los nombres de esa ciudad y de sus alrededores. Bajo la protección de su recuerdo hemos venido expresamente á ampararnos.

La altiva raza maravillosamente dotada de las más bellas cualidades externas de prestigio y de dominio cuando el poder la acompaña, la raza que tan ufana y hasta orgullosamente ha asumido la represen-



Detalle de la chimenea monumental

tación de España en las épocas de prosperidad, no parece dotada de las virtudes que saben vencer la adversidad y regenerar un país. Como despavorida la vemos descender, perdido el antiguo esplendor, la vemos caer sin tino en la ruina, la vemos hundirse sin juicio en las luchas enconadas de clases que amenazan destruir la sociedad. No parece sino que esté desposeída de las altas capacidades de orden y de previsión, la asiduidad en el trabajo y la vigorosa y firme organización que son hoy día inprescindibles para atravesar con próspera fortuna el despeñadero en que nos hallamos.



»Y en esas cosas sí que los catalanes nos reconocemos maestros. Hasta puede asegurarse que ellas serían para nosotros tarea fácil. Todos estamos convencidos de que nosotros seríamos los únicos que saldríamos en bien del mal paso y es preciso confesar que si con relativa tranquilidad vemos venir sobre nosotros la amenazadora y común ruina, es que todos, seamos de la opinión que fuésemos, tenemos confianza como último remedio y refugio en la fuerza de regeneración tantas veces demostrada por Cataluña.

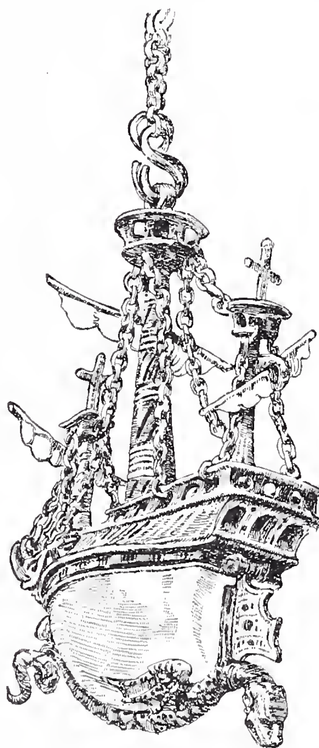
»Inútil sería querer infundir nuestro espíritu á toda España, inútil pretender guiarla. Nos faltan medios y fuerza para hacerlo. Ni nos creerían ni nos querrían seguir si tal camino emprendiésemos.

»Hoy por hoy, nos es preciso limitar nuestras aspiraciones de regeneración á Cataluña. Si á ella nos fuese dado aplicarlas, pronto sería para las demás regiones españolas un ejemplo viviente que no tardarían en seguir á mayor ó menor distancia todas ellas según sus especiales aptitudes. Y he aquí como la causa del regionalismo es eminentemente española.

»A establecer principios de reconstitución para Cataluña tiende el tema de deliberación de nuestra Asamblea. Pero, es preciso afirmarlo con toda claridad: no es una constitución en el sentido que se da vulgarmente á esta palabra lo que venimos á discutir. Resultaría ridículo en un país en que tantas se han hecho, oficial y extraoficialmente y de las cuales tan poca cosa se ha cumplido, venir ahora á hacer una más.

»En el convencimiento de que, de seguir el camino *que hoy lleva el gobierno de los pueblos, los ideales regionalistas han de venir á la práctica tarde ó temprano,* empezamos á hablar de ellos, venimos á comunicarnos nuestras privadas meditaciones y procuramos ir fijando entre nosotros un criterio y atraer la distraída atención de nuestros compatricios sobre nuestras aspiraciones, que, de manera más ó menos vaga y latente, tal vez sin darse cuenta de ello, siente todo buen catalán en su interior. Como suele decirse, queremos ir formando alrededor del nuevo organismo un medio propicio, una atmósfera favorable en la que pueda crecer exuberante y desarro-



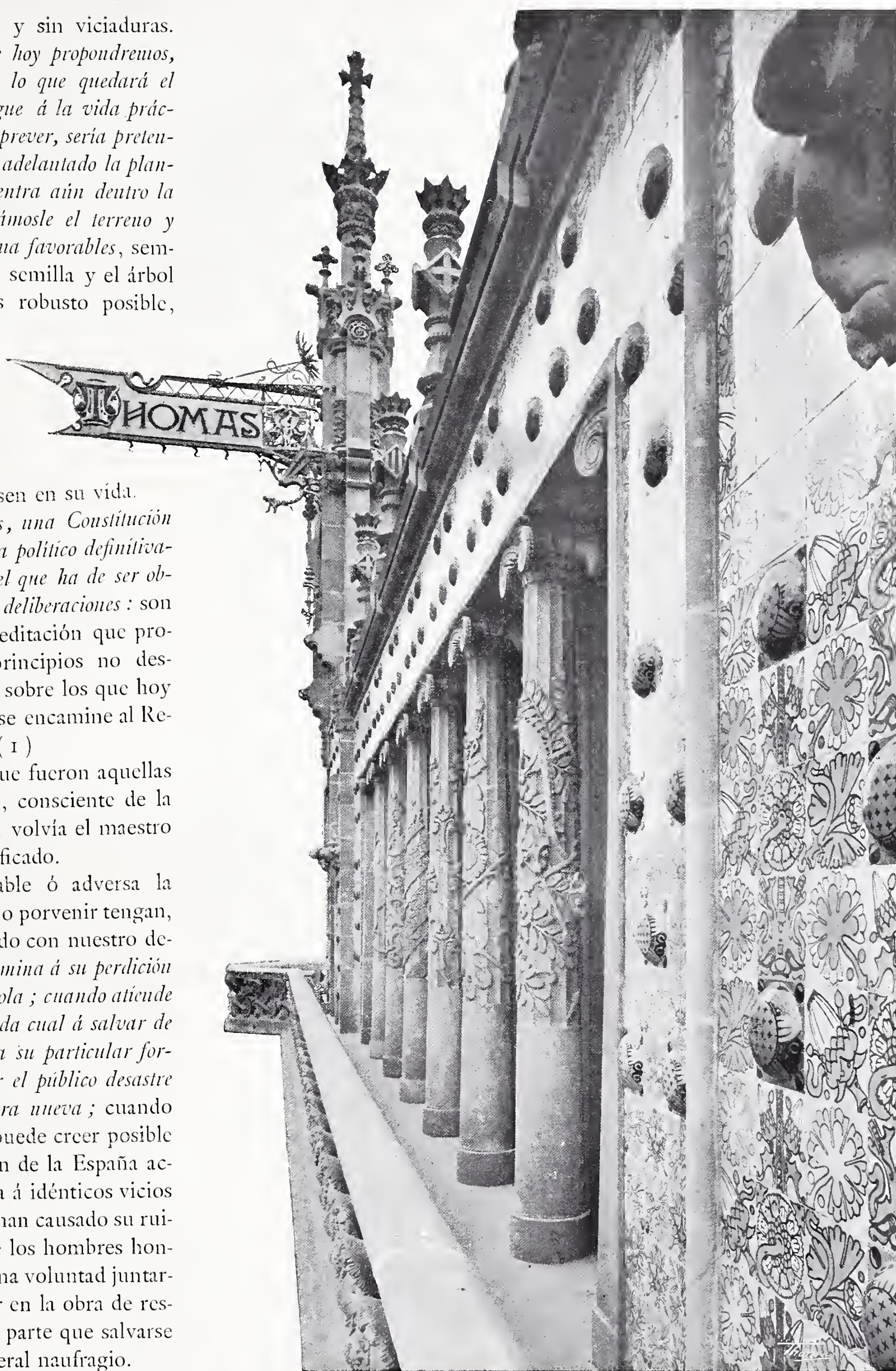




Dibujos de dijes — «joyells» — antiguos

llarse robusto y sin viciaduras.

» *De lo que hoy propondremos, solo Dios sabe lo que quedará el día en que llegue á la vida práctica. Quererlo prever, sería pretender dibujar por adelantado la planta que se encuentra aún dentro la simiente: escojámosle el terreno y el aire y el agua favorables*, sembremos buena semilla y el árbol saldrá lo más robusto posible, pero tal como lo críen el sol y las tempestades, el buen tiempo ó las lluvias que pasen en su vida.



Fachada de la casa Thomas

» *No es pues, una Constitución ni un programa político definitivamente cerrado el que ha de ser objeto de nuestras deliberaciones:* son motivos de meditación que propondremos, principios no desarrollados aún sobre los que hoy deseamos que se encamine al Regionalismo.» (1)

Y votadas que fueron aquellas famosas Bases, consciente de la obra realizada, volvía el maestro á fijar su significado.

«Sea favorable ó adversa la suerte que en lo porvenir tengan, hemos cumplido con nuestro deber. *Cuando camina á su perdición la nación española; cuando atiende el egoismo de cada cual á salvar de la general ruina su particular fortuna ó explotar el público desastre para hacerse otra nueva;* cuando nadie cree ni puede creer posible la regeneración de la España actual, entregada á idénticos vicios y sistema que han causado su ruina, deber es de los hombres honrados y de buena voluntad juntarse para trabajar en la obra de restauración de la parte que salvarse pueda del general naufragio.

» Hijos nosotros de la nación catalana, que tiene fuerzas todavía para regenerarse, deber nuestro es el de trabajar para su porvenir, ya que nada podemos hacer para su presente. De buena fe y por su propia voluntad vino Cataluña á formar parte del Estado español; leal y esforzadamente

(1) «Deliberacions de la Assamblea de Delegats de l'Unió Catalanista,» celebrada en Manresa en 1892.



Escalera de la casa Thomas

vas formas acomodadas á las necesidades modernas, trabajais y nos permitís trabajar para aprovechar las fuerzas que, aún vivas y en estado latente, quedan en el corazón de las naturales regiones españolas.

» Desprendámonos del podrido monstruo de la administración centralista que nos corrompe la sangre y se nos come vivos; dejadnos libremente afanar desde nuestra casa en aprovechar las mermadas riquezas que nos malversan hoy; dejad que las apliquemos en la explotación de nuestras montañas y minas, de las fuerzas de nuestros ríos, en abrirnos caminos y en crearnos vehículos de transporte por las vías de la civilización; dejadnos restaurar nuestras antiguas artes y nuestro comercio que hizo un día vuestro dominio sobre Europa, que dió crédito y gloria á los colores de esta bandera de que os mostrais tan orgullosos y á la cual tanto habéis dejado decaer; dejadnos avanzar libremente por el camino que ha de llevarnos otra vez á la vanguardia de los pueblos civilizados. Nosotros tenemos fe y fuerza y lo realizaremos.

. . . .

sirvieron á éste nuestros abuelos, llevándolo á la prosperidad; leal y heróicamente combatieron su ruina y, obstinados é indomables, se opusieron, hasta morir con las armas en la mano, á la desatentada política central que tenía que llevarnos y nos ha llevado al abismo. Nada le debemos al estado español. Nada más que agravios sangrientos y cruentas humillaciones. Y otra vez nosotros, los motejados de separatistas, no dirigimos los ojos fuera de España ni hacia las prósperas y vecinas naciones que nos recibirían con los brazos abiertos, sino que, *cuando se acerca la hora del desastre,* volvemos á enarbolar la blanca bandera de parlamento frente á las antiguamente hermanadas regiones ibéricas y las mandamos un nuevo mensaje de unión.

»Todavía hay esperanza de que todos nos salvemos, les decimos, si, siguiendo los antiguos tratos bajo nue-

»Mejor de lo que yo aquí sabría hacerlo, condensadas quedan en las Bases que acabais de aprobar nuestras aspiraciones; que ellas atraviesen con buena fortuna *los temerosos tiempos que corremos y los más obscuros y tempestuosos que se nos vienen encima.* Limpios de toda viciadura y del corazón de nuestra tierra hemos escogido los materiales de esa nave, que es para nosotros arca santa en la cual fiamos la salvación de la patria y á la cual lanzamos al mar de la pública discusión. *Duramente será combatida: yo no espero que llegue á buen puerto sin averías.* Mas ella ó sus astillas dirán á nuestros hijos y á nuestros nietos que con honda pena vimos los tiempos de corrupción y sin fe que nos tocaron en suerte, que no pusimos las manos sobre los despojos de la patria decaida y que, con recta intención, impulsamos á nuestros compatricios á alzarla de la bajeza en que se hallaba sumi-

da. Si Cataluña pudiese contar con el esfuerzo de todos sus hijos, triunfante y fácil empresa sería la de su restauración y prosperidad.» (1)

Y al año siguiente en 1893 el diputado catalán que ha pedido cuentas al gobierno español de su desgobierno en Cataluña, volvía á profetizar el desastre terrible con palabras tristísimas de hombre profundamente conocedor de los males de España Esas palabras son el epílogo de la descripción del estado de las obras públicas en Cataluña y de la pesada máquina española, que, cobrándonos contribuciones como si se tratase de un estado rico, nos proporciona servicios de estado pobre, donde la iniciativa privada vive una vida de país europeo y la administración pública de país africano.

« El objeto inmediato de este estudio, decía Doménech, (2) es mostrar á nuestros compatricios la prosperidad material de que sería capaz Cataluña si se gobernase á sí misma y pudiese disponer de su caudal, y su objeto definitivo sería preparar la ejecución, más ó menos remota, de tantas y tantas obras como necesita el progreso á que nuestra tierra aspira.

»Tendría asimismo este estudio otro resultado: el de demostrar con su sola exposición la absoluta impotencia de la administración centralista española de ponernos al corriente de lo más elemental que ejecutan los pueblos modernos todos en materia de obras públicas.

»Al cabo de dos ó tres cientos años que llevamos de centralismo, sería ingenuidad digna de la bienaventuranza creer que el Estado español puede dejar de andarse con rodeos y entrarse definitivamente por el camino del orden y de la administración, abandonando sus inveterados vicios de presunción orgullosa, de imprevisora desidia, de desorden y desmoralización.

» Por gobernarlos según estos vicios, perdimos los dominios de la Europa central y de Italia; por los mismos vicios perdimos un continente americano; *por regirlos con estos vicios estamos perdiendo las Antillas y perderemos las posesiones de Oceanía*. Los mismos vicios consumieron los tesoros que de América nos vinieron; luego todas las riquezas de la Iglesia española, los bienes nacionales y de la corona, los de los municipios y corporaciones y todo cuanto había vendible y empeñable en España.

. . . .

» Y todavía hay quien dice que las razas del Norte y de Levante debiéramos infundir en el gobierno central nuestro vigoroso instinto práctico: hasta hay quien habla de catalanizar España cuando no nos quieren en ella, ni hay fuerza ni inteligencia humana capaces de desviar la corriente. Ni el más grande genio legislador, ni la administración más sabia que pudiese establecerse sabrían ni podrían hacer evolucionar hacia un trabajo economicamente utilizable á la inmensa inpedimenta burocrática que en todas las ramas del gobierno central llevamos á cuestas; la mayor energía se encoje ante el clamor de centenares de miles de familias que viven dentro la hacienda pública ó la roen por fuera y que casi en su inmensa totalidad son absolutamente inútiles para la asidua práctica y detallada labor de las mejoras materiales.

» Cuando os encontreis frente la gran masa de una de esas antiguas y desvencijadas máquinas motoras, no penseis jamás en remiendos y reformas.

» El único medio consiste en hacerlas añicos y refundir las piezas».

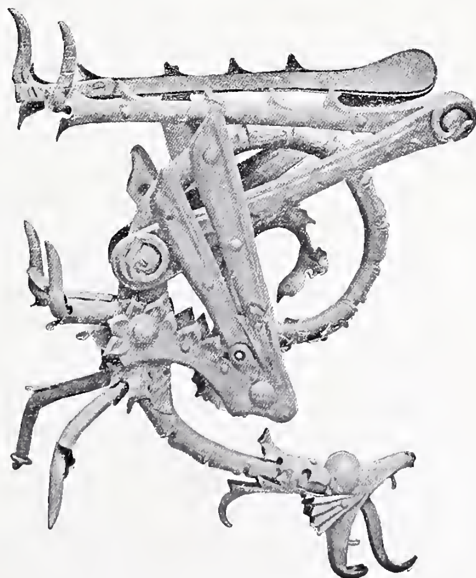
* * *

Todo el mundo sabe como esos vaticinios se cumplieron y la influencia que eso tuvo en la vida pública de nuestra tierra.

La acción en aquellos momentos de Doménech en la vida barcelonesa es asaz conocida.

El es quien organiza, para atender al posible desgobierno de la ciudad en aquellos días de amenaza de las escuadras extranjeras y de la anarquía interior, la Junta de los *Cinco Presidentes* de las principales sociedades barcelonesas, para que fuese como un gobierno popular que previniese los males que á la ciudad pudiesen sobrevenir. La federación de las Sociedades Económica de Amigos del País, Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, Ateneo Barcelonés, Fomento del Trabajo Nacional y Liga de Defensa Industrial y Comercial, ha sido desde entonces una institución barcelonesa y catalana que contribuye en gran modo á la orientación de la vida de Cataluña.

En el momento en que escribo las presentes líneas, cuatro años después, la acción fecunda de esa Junta que salió al exterior al presentar Cataluña un mensaje al Rey por los ilustres patricios don Luís Doménech, presidente del Ateneo, don Juan Sallarés, del Fomento, el marqués de Camps, del Instituto Agrícola, don Sebastián Torres, de la Liga de Defensa y el malogrado doctor Robert, de la Económica, no ha dejado de sentirse un momento; prosi-



Detalle de la Veleta de la casa Thomas

(1) «Deliberacions de la Assamblea de Delegats de l'Unió Catalanista» celebrada en Manresa en 1892.

(2) «Deliberacions de la segona Assamblea de Delegats de l'Unió Catalanista» celebrada en Reus en 1893.

Proyecto del Café Restaurant del Parque, hoy Museo de la Historia



"Hall" de la casa palacio de D. Ramón Montaner

guió en aquel movimiento revolucionario de protesta contra los tributos de Villaverde, continuó en las luchas electorales que llevaron á los presidentes á las Cortes, siguió trabajando después para la solución de la huelga general, y no ha concluído todavía. Hace pocos días, como embajadores de Cataluña, los presidentes han hecho sentir al Rey el clamor de los catalanes, ofendidos por el decreto de Romanones prohibiendo el uso del idioma catalán en la enseñanza é insultando la forma externa del pensamiento de este país, de la cual se han servido tantos y tantos filósofos, poetas y artistas.

* * *

Doménech fué uno de los elementos que con mayor ahinco trabajó en las famosas campañas de La Veu de Catalunya, en cuyas páginas hizo gala de su estilo vibrante, conciso y acerado, lleno de conocimientos y de buen sentido. Algunos de sus artículos han influído poderosamente en los acontecimientos de nuestro movimiento regionalista. En medio de aquel movimiento separatista y anexionista que palpitaba en Cataluña al concluirse para España los restos de las colonias, movimiento que encarnaba la protesta de un pueblo fuerte contra los que han perdido dos mundos con su salvaje intemperancia y con su hueco orgullo nativo, él, en medio de aquellas pasiones inconscientes de los PATRIOTAS de ayer, de cuando solo los pobres, muriendo de hambre en la manigua, tocaban las consecuencias de la guerra de Cuba, en un famoso discurso de apertura de curso en el Ateneo sienta claramente la misión y el deber de los catalanes de hacer reaccionar la patria abatida é imponer á España su criterio salvador.

Ese discurso, comparando los acontecimientos de la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas con las de los tiempos de Carlos V y Felipe II, retrata la personalidad política de Doménech, conocedor profundo de la Historia, la gran maestra de la política y es una muestra de su estilo, que podrá leerse á través de una traducción difícil de sus palabras, que no pocos literatos envidiarían.

« Debe reconocerse, decía, que el medio general moderno es de todo punto favorable á las condiciones del pueblo catalán...

» Industrioso, trabajador, inteligente y activo, previsor y ordenado, individualmente emprendedor y retenido, tiene sin duda grandes condiciones para la vida moderna. Le faltan en cambio el espíritu colectivo de empresa, la amplitud y trascendencia de miras que se adquieren sólo con la amplia instrucción y la intervención en las grandes empresas universales. Por otra parte tiene un sorprendente espíritu de asimilación. Es admirable la facilidad con que el artista, el industrial y el comerciante se ponen, no á la cabeza pero si á la primera fila de sus competidores de los grandes centros de actividad universal.

. . . .

» El ideal de un pueblo que, como el catalán, se siente crecer sano y robusto, debe ser constituir un núcleo de civilización con vida y carácter propio, que dé á sus hijos seguridad, fuerza y prosperidad, é influya en la marcha de la civilización humana.

» Si favorable es para el carácter catalán el medio exterior moderno, no así la esfera inmediata en que tiene su vida. Campo fácil de explotación ha sido para su comercio y su industria España toda, y lucrativo, aunque arriesgado empleo, ha encontrado el ahorro obtenido en los usurarios intereses concedidos por la Hacienda española. Pero la misma facilidad de productos para su trabajo y riqueza le han acarreado encogimiento y pequeñez de miras, defectos á los cuales mostrábase ya de suyo inclinado, apartándolo del universal movimiento y haciendo solidaria á su industria y su comercio de un solo mercado de produc ción insegura. (1)



Araña de la Iglesia de las minas de la «Sociedad Hullera Española»

En el discurso al cual pertenecen los párrafos transcritos, compara Doménech la administración actual con la de otros tiempos, mostrando la antigüedad del desorden económico y de la usura del préstamo al Estado, que vive siempre del crédito extranjero; lo viejo de los buenos propósitos, del expedienteo, de los empleados numerosos é inmorales mantenidos por no tenerlos que despedir ó para ahorrarse la molestia de sus reclamaciones; el tiempo que hace que se ha reconocido la necesidad del trabajo, del *fomento de los intereses materiales;* lo antiguo de los ejércitos valientes mandados por generales que los conducen al desastre y de la marina capitaneada por marinos de tierra adentro, y los precedentes que tiene ya aquella frase del «último soldado y la última peseta.»

Esta frase, dice Doménech, tiene su precedente aplicada por Felipe II á las guerras de Flandes quien escribía : « antes de transigirlos perderé todos mis » estados y cien vidas que tuviera, porque yo no pien-

(1) « Acta de la sessió pública celebrada al Ateneu Barcelonés el día 16 de desembre de 1898.»

» so ni quiero ser señor de herejes... y si no se puede » remediar todo como yo deseo sin venir á las armas. » estoy determinado á tomallas. y ir yo mismo en per- » sona á hallarme la execución de todo, sin que lo » puedan estorvar ni el peligro ni la ruina de todos » aquellos países ; ni la de todos aquestos países que » me quedan.»

» Lo cual no impidió que el implacable duque de Alba, después de haber atemorizado con las ejecuciones del *tribunal de sangre*, impotente para reprimir la insurrección que había provocado, pidiese al mismo rey que procurase por *todas las vías posibles y con todas las blanduras que en el mundo se pudiesen hallar* la reducción de los flamencos, contestando el rey á su demanda de socorro que sin dificultad le encontraría un sucesor hábil y fiel que acabase *con su moderación y clemencia una guerra que no se puede fenecer con las armas ni á fuerza de severidad.*»

La consecuencia de ese estudio es la siguiente :

« Dentro de España, solamente una franca solución autonomista lealmente planteada, podría dar satisfacción á las aspiraciones históricas y á las modernas necesidades de Cataluña.

» Restaurada en su gobierno, volvería á ser nuestra tierra la más firme muralla de la decaída España contra extranjeras ambiciones.

» El estudio y las experiencias del pasado y de los últimos desastres nos han llevado al firme convencimiento de que somos llevados á la común destrucción.

» Sin la debida representación en el gobierno del Estado (ya que todos sabemos como ésta se simula.) Cataluña se considera ajena á los actuales desastres, muchos de los cuales habían sido ya previstos por nosotros.»

Recientemente, con la autoridad que le daba su cargo de *diputado por Cataluña*, ha podido repetir Doménech las mismas ideas, definiendo en el congreso de los diputados la política catalana.

* * *

Alguna vez, leyendo ciertos periódicos de Barcelona que atacan sin conocerle á Luis Doménech y viendo como cierta gente sale de su nulidad unicamente contra los que se levantan por encima del común nivel, he sentido el temor de que una fatalidad haya condenado nuestra raza á ser gobernada por extraños ó regida por esos sabios aparentes, apergaminados y serios, únicos que se hallan á cubierto de la baba venenosa de los enemigos de que nuestro pueblo progrese, y á seguir su camino viviendo una vida mansamente *burguesa*, contentándose con ser una encogida medianía de un primitivo estado de civilización, como si fuese un pueblo de raza *yanquee* degenerado.

Los que sabemos cuanto cuesta encontrar quien abarque la complejidad de la vida de un pueblo, los que saben cuan pocos hombres completos hay entre nosotros y cuan pocos dejan de llevar dentro una cabeza de artista ó de pensador un cerebro de hortera, tememos por el porvenir de nuestra raza, que hoy no llevaría a buen término aquellas grandes empresas dirigidas por hombres del comercio barcelonés y sostenidas por nuestros ciudadanos que, como los de las ciudades italianas y flamencas, lo eran de ciudades ricas por el trabajo y por éste ennoblecidas. Y aquel temor se mezcla con la duda de si aquí el común de los hombres, por efecto de su educación, es inferior al de otros países ó el medio es bastante descorazonador para impedirles que abran el camino que, ancho y holgado, abren otros.

Al contemplar lo que queda aún por hacer, el estado de nuestras ciudades comparado con el de los pueblos más afortunados de Europa, la instrucción de nuestros sabios oficiales, el valer de nuestros políticos, la cultura de los ricos y los poderosos, la tarea difícil que se debe realizar y los que deben realizarla, nuestro espíritu decae á veces, nos sentimos deshalentados por el pesimismo y vemos irrealizables los empeños que hemos acariciado durante nuestra vida.

En algunas ocasiones he podido ver en el hombre de quien hablo ese descorazonamiento, debido á los momentos de paro propios de toda lucha ó á los de colapso que siente el espíritu fatigado. Pero otras veces, al escucharle ó al estudiarle, al contemplar su obra, sobre todo su obra social, siento el deseo y la fiebre del trabajo en esa tarea colectiva de reedificar nuestra patria, de crear aquí un arte y una cultura, de transformar aquel encogimiento y aquella *avara pobreza* de que nos habla el Dante en una vida amplia y próspera, de trocar el trabajo tosco de exportación hispano-americana en un trabajo culto y europeo.

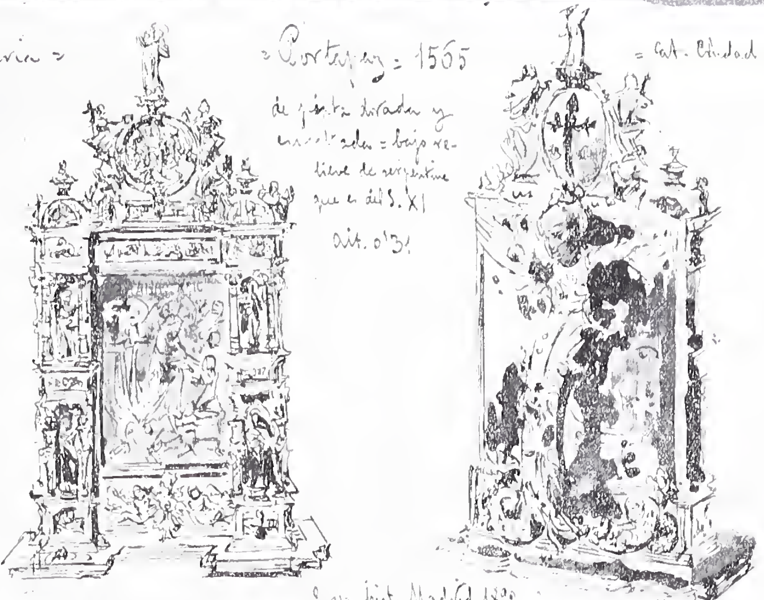
Con unos cuantos hombres como Doménech, este sueño se convertiría pronto en realidad.

J. Puig y Cadafalch

Traducido del catalán por M. G.

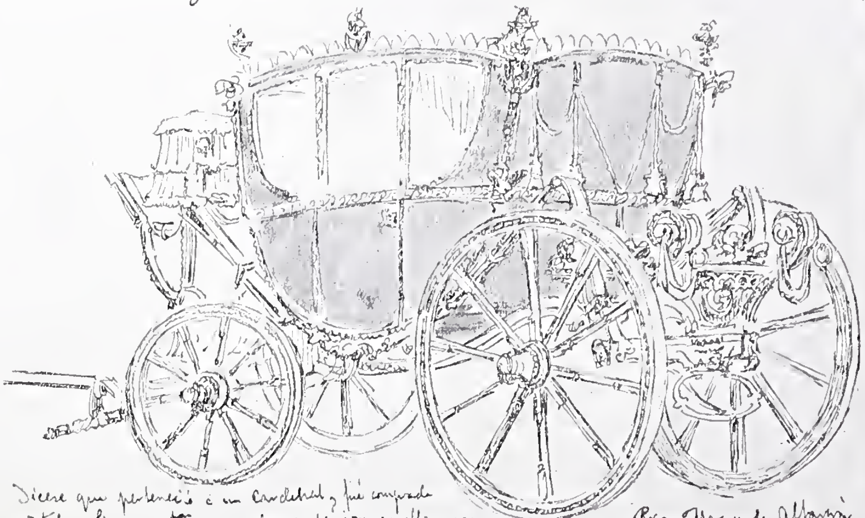


Manicomio de Reus
Elemento de una imposta en Azulejos



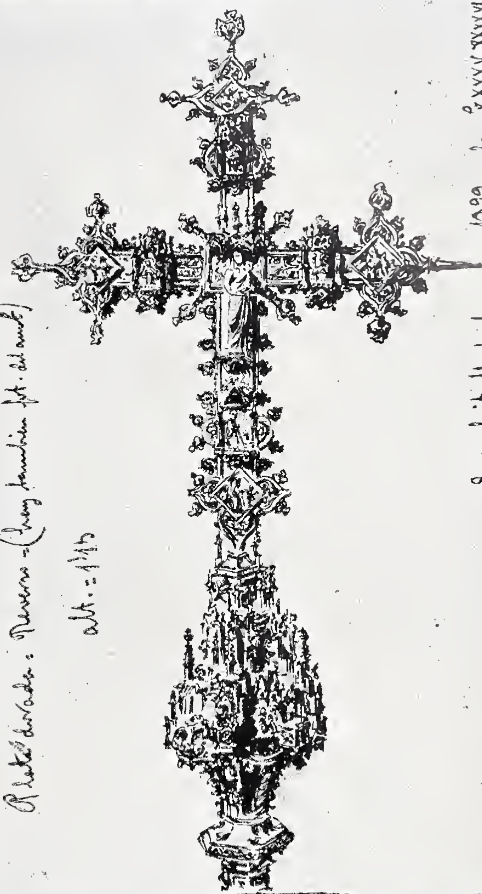


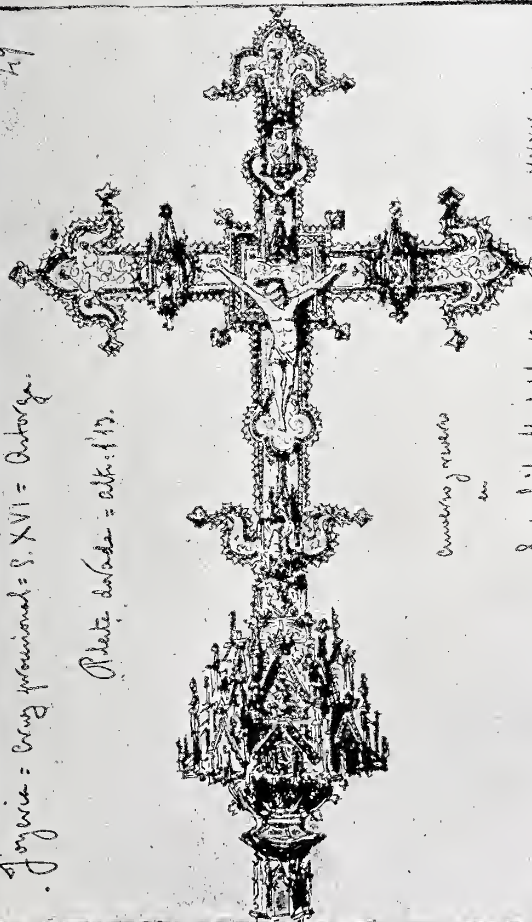




Croquis de diversos objetos antiguos







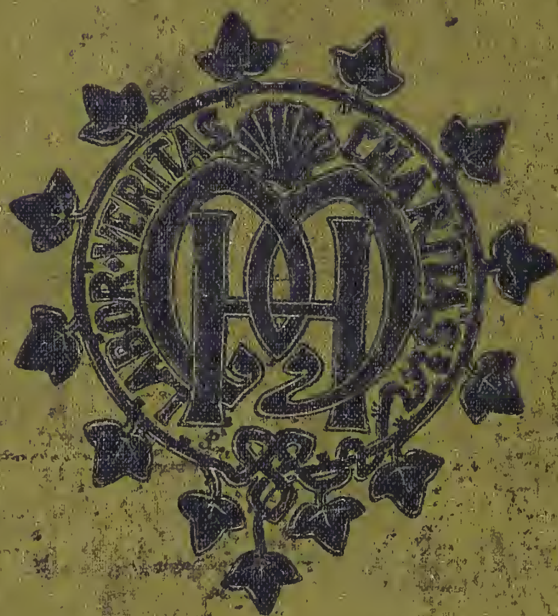


Croquis de diversos objetos antiguos

LA CIENCIA APLICADA Á LA SEGURIDAD PÚBLICA

¡Mecachis [illegible]! — ¡[illegible]!


GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00617 5075


LABOR·VERITAS·CHARITAS